

# LA VUELTA AL MUNDO



**de un novelista**

**Vicente Blasco Ibáñez**

En 1923, Vicente Blasco Ibáñez está en la cumbre de su existencia y de su carrera. Desde 1921 vive en una lujosa villa en Menton, en la Costa Azul. Sin embargo, azuzado por el deseo de «ver el mundo y no marcharse de él sin haber visitado su redondez», ese gran inquieto y vitalista emprende un periplo de seis meses para experimentar, y luego compartir con sus lectores, las impresiones, emociones, sucesos y anécdotas que a lo largo de él le van saliendo al paso. *La vuelta al mundo de un novelista* es un carrusel ameno e inolvidable de lugares, pueblos y personas en el que Blasco, como incomparable compañero de viaje, hace desfilan ante nuestros ojos la espléndida y fascinante variedad de unos paisajes de leyenda hoy en gran parte trivializados o desaparecidos.



Vicente Blasco Ibáñez

# La vuelta al mundo de un novelista

ePub r1.0  
Sibelius 25.10.13

Vicente Blasco Ibáñez, 1924

Editor digital: Sibelius  
ePub base r1.0



## Nota del editor digital

El texto de esta edición electrónica corresponde el de la editorial Prometeo de 1924 (accesible en [www.cervantesvirtual.com/](http://www.cervantesvirtual.com/)), adaptada a la ortografía actual.

También se ha modificado la transcripción de algunos de los nombres propios que emplea el autor (casi todos topónimos), para adaptarlos a una forma que resulte más familiar y reconocible en nuestros días. En algunos casos se han corregido también errores de transcripción del texto original.

# **Tomo I**

**Estados Unidos — Cuba — Panamá — Hawai — Japón — Corea —  
Manchuria**

## En el jardín de Mentón

Una de las primeras mañanas del otoño de 1923. Estoy sentado en un banco de mi jardín de Mentón. Árboles, estanques, arbustos floridos, pájaros y peces, parecen esta mañana completamente distintos a los que veo diariamente.

Algo sobrenatural anima cuanto me rodea, como si durante la noche se hubiesen trastornado los ritmos y los valores de la vida. El jardín me habla. Esto no es extraordinario. También los muebles nos hablan en las habitaciones cerradas cuando estamos a solas con ellos, en momentos críticos de nuestra existencia. En fuerza de mirar las cosas inanimadas y los seres de vida rudimentaria, acabamos por poner en ellos una parte de nosotros mismos, con los ojos y con el pensamiento. Luego, cuando las emociones nos empequeñecen y necesitamos consejo o auxilio, este mundo familiar y al mismo tiempo extraño nos devuelve de golpe el préstamo que le hicimos, día a día.

Balancen los túneles de rosales sus flores recién abiertas por la primavera otoñal. Pájaros de todas clases sostienen una lucha sonora de gorjeos flautines en las alturas de la arboleda, oasis aéreo que les sirve de refugio contra los aguiluchos y gavilanes diurnos o las aves de presa de la noche, ocultas en la vecina muralla, roja y gigantesca, de los Alpes Marítimos. Los peces coleean inquietos en el agua cargada de sol, como si persiguiesen a sus mismas sombras que se deslizan por el fondo verdoso de estanques y fuentes. Cantan los surtidores al desgranar en el aire sus sartas de blandas perlas. Los abanicos verdes de plátanos y palmeras dejan caer las últimas lágrimas del rocío matinal. Y toda esta naturaleza cándida, fresca y pueril como la luz rosada de la aurora, me pregunta a coro:

—¿Por qué te vas?.. ¿Es que te encuentras mal entre nosotros?...

Vuelvo mis ojos por toda respuesta hacia el mar violeta, que tiembla bajo los flechazos del sol más allá de la columnata de árboles.

Todo lo que me rodea sigue hablándome con lenguas aéreas, vegetales o acuáticas. Cada uno dice algo diferente, pero sus voces se confunden y unifican en la misma dirección, como los diversos temas de una sinfonía.

—Quédate —dice la orquesta murmurante del jardín—; vas a perder nuestras flores y nuestros frutos, los dulces atardeceres del otoño, la compañía serena y luminosa de los libros. El plátano tropical, que sólo fructifica en contados lugares de Europa, descuelga para ti, en este rincón asoleado, entre el mar y la montaña, sus pesados racimos. Si te alejas, otro comerá los encorvados frutos, ahora verdes y luego dorados, que lentamente van cociendo bajo el fuego solar su pulpa de miel.

»Ya se hinchan los capullos en las filas de camelias, no pudiendo contener el estallido de sus colores luminosos. Pronto se abrirán, dando paso a sus flores sin perfume, pero deslumbradoras de bella majestad, como diosas que nunca sonrieron. Y tú no verás esta milagrosa floración, preparada durante el resto del año como una apoteosis teatral.

»Perderás también las fiestas invernales de la Costa Azul, que atraen a los felices de la tierra: el Carnaval de Niza, las óperas y conciertos de Montecarlo, las regatas, los bailes en hoteles enormes como alcázares de leyenda, las batallas de flores. Vas a renunciar a las dulces horas vespertinas en tu biblioteca, cuando la luz filtrándose a través de las apretadas hojas toma un color verdoso de profundidad submarina, y tú tienes que seguir leyendo junto a uno de los ventanales con invisible tela

de alambre, que esfuma suavemente el paisaje, deja entrar nuestro aliento perfumado y cierra el paso a los insectos que procrea nuestra incansable fecundidad... ¿Por qué te marchas? ¿Qué inquietud te espolea hacia lo desconocido, volviendo tu espalda a la risueña paz en que te envolvemos...?

Alguien acaba de llegar con silencioso paso, sentándose junto a mí, en el banco de azulejos que representan antiguas danzas valencianas.

Nadie más que yo puede verle. Lo conozco. Me ha seguido siempre como un esclavo, compañero de penas e ilusiones, que llevase el pie metido en el otro extremo, de mi cadena.

Acabo de sentir ese desdoblamiento interior que todos conocemos en momentos difíciles de nuestra vida. Es una mitad de mí mismo lo que acaba de sentarse a mi lado. Su rostro es agresivo y hablan por su boca la duda y la ironía.

Sus primeras palabras son para reproducir la misma pregunta que continúan repitiendo tenazmente los rumores del jardín. Pero mi otro yo me habla con menos miramientos.

—¿Por qué te vas? ¿Qué puedes conseguir realizando tu infantil deseo de hacer un viaje alrededor del mundo?...

»Si sientes curiosidad por conocer los pueblos lejanos, no tienes más que entrar en tu biblioteca, que está a pocos pasos. Allí, entre veinte mil volúmenes, encontrarás muchos que, con la ayuda de la imaginación, te harán ver ciudades y paisajes tal vez más interesantes que cual son en la realidad.»

Se comprende el viajero de siglos remotos, un Benjamín de Tudela, un Marco Polo. Iban a descubrir y a contemplar lo que nadie había visto, y para obtener este resultado bien valían la pena cuantos sufrimientos y aventuras tuvieron que arrostrar. Pero ahora, un hombre amigo de la lectura no necesita moverse para conocer los países. A centenares se han molestado otros hombres para él, realizando dichos viajes y escribiéndolos después.

Intento contestar a mi propio fantasma, pero éste continúa hablando, con un tono cada vez más severo.

—Piensa en los peligros. Tú ya no eres joven, bien lo sabes; pero como todos los imaginativos, procuras olvidarlo y te empeñas en trastornar los períodos fijos de la vida, prolongando los entusiasmos, las ilusiones y las credulidades pasionales de los veinte años.

»Es cierto que el progreso humano da cada vez mayor seguridad a los que se pasean por la tierra, disminuyendo los naufragios y las colisiones terrestres. Pero existen las enfermedades, los rudos cambios de clima, las epidemias que resultan permanentes en los pueblos hormigueros de Asia, el cólera, la peste bubónica, el vómito negro... Recuerda también las catástrofes ciegas e injustas de una naturaleza que nos ignora. Hace un mes, un temblor de tierra casi ha borrado las principales ciudades del Japón, adonde tú quieres ir. En unos minutos ha suprimido más de un millón de vidas.

»¿Quién eres tú para lanzarte a través de mareas y continentes, con la misma tranquilidad que te paseas por los rincones floridos de tu jardín? Unos cuantos kilos de sangre, de músculos y huesos, que para distinguirse de otros paquetes semejantes ostenta un rótulo propio, como todos ellos; un amontonamiento provisional de células que se llama Blasco Ibáñez, y tiene una memoria que le permite acordarse de los hechos pasados y sacar deducciones de ellos que le guían en el presente y le sirvan de base para fantasear sobre el porvenir. La tierra no sabe que existes, como ignora igualmente a los mil ochocientos millones de parásitos de tu misma especie que viven sobre su costra. Basta que se estremezca su epidermis en los lugares predispuestos a este pequeño escalofrío, para que cambie el equilibrio político del mundo. ¡Y tú te confías a la bondad de este globo, que cuando siente de vez en



cuando la picazón producida por las agitaciones, las guerras o los grandes trabajos de los humanos, pasa sobre nosotros el peine de sus cataclismos!...

»No olvides que te restan menos años de existencia que los que llevas ya vividos, y lo prudente es quedarse quieto en el rincón planetario donde transcurrió la mayor parte de tu historia individual y en el que tienes relativamente asegurada la tranquila prolongación de esa misma existencia. Lo más cuerdo en el hombre (piense como piense) es alargar su vida por todos los medios defensivos y conservadores que encuentre a su alcance.

»¡Si al menos pudiéramos conseguir viajando el olvido de nuestras penas!... Pero acuérdate de Horacio: “La negra preocupación monta a la grupa del jinete”.

Por eso, según el poeta latino, aunque te instales en el buque más veloz y éste navegue sin descanso por todos los mares, las mismas cosas que te afligen aquí irán contigo alrededor del planeta.

Como finalmente mi hostil compañero hace una pausa, yo me apresuro a hablar.

—Ahora es el momento propicio para mi viaje. Si tardo en emprenderlo vendrá la vejez, y con ella los achaques que debilitan nuestros órganos vitales y agarrotan románticamente nuestros músculos.

»Hay que conocer por completo la casa en que hemos vivido, antes de que la muerte nos eche de ella. Recuerda que desde mis primeras lecturas de muchacho sentí el deseo de ver el mundo, y no quiero marcharme de él sin haber visitado su redondez. Ten en cuenta además la voluptuosidad del movimiento, las embriagueces de la acción, la ardiente curiosidad de contemplar de cerca, con los propios ojos, lo que se leyó en los libros. Tal vez sufra grandes desilusiones y lo que imaginé sobre las páginas impresas resulte más hermoso que la realidad. Pero siempre me quedará el placer de haber llevado una existencia bohemia a través del mundo.

»Piensa que voy a atravesar ocho mares, de un extremo a otro (el océano Atlántico, el mar de las Antillas, el océano Pacífico, el mar del Japón y el de la China, el océano Índico, el mar Rojo, el Mediterráneo); que voy a navegar por los tres cursos fluviales más famosos de la historia humana, cuyas aguas sirvieron de leche maternal a las primeras civilizaciones: el río Amarillo, el Ganges y el Nilo. Deseo ver razas, costumbres y ciudades distintas de esta Europa, cuyos pueblos, monótonamente unificados, sólo se diferencian por el odio que inspira la vanidad patriótica, por la guerra y la política. Si tardo unos años, me será imposible emprender este viaje. ¿Y tú te opones (evocando y agrandando peligros) a que realice el mayor deseo de mi vida?..

Mi otro yo sonrío irónicamente, y se extiende por su rostro la palidez verdosa de la envidia. Ha desistido de infundirme la duda que ablanda nuestra voluntad y nos hace abandonar los propósitos más firmes. Adivino que ahora va a someter mi proyecto a una crítica mordaz.

—Tu viaje es demasiado rápido —dice con mansedumbre hipócrita—. Si durase varios años, tal vez sería respetable; pero ¿dar la vuelta al mundo en unos cuantos meses! ¿Qué vas a ver? ¿Qué podrás contar?...

»Bien sé que el perfeccionamiento de los medios de comunicación agranda ahora considerablemente el valor de los días y los años. Julio Verne relató como empresa extraordinaria un viaje alrededor del mundo en ochenta días. Hoy se puede dar la vuelta a nuestro planeta en menos tiempo. Tú vas a emplear en ello seis meses, pero de todos modos verás personas y cosas como en una representación cinematográfica. Sólo podrás apreciar el aspecto exterior de los pueblos; no alcanzarás a poseer el más leve destello de su alma. ¿Para qué cansarte por tan mediocre resultado?...

A mi vez creo llegado el momento de hablar duramente.

—El valor del tiempo está en relación con las facultades del que observa. Los días de viaje de algunos valen más que los años y los años de otros. Acuérdate del viaje de Chateaubriand por América. Los críticos, al estudiarlo ahora minuciosamente, con arreglo a las fechas, han demostrado de modo indiscutible que sólo pudo visitar los alrededores de Nueva York y Filadelfia, ciudades que estaban casi en formación, dentro de los Estados Unidos nacientes. Ni vio el Niágara, ni pudo navegar por el Misisipí; pero esto no le impidió dejar de ellos descripciones que muchos aprecian como insustituibles. Además, trajo de allá la novela *Atala*, que ha hecho suspirar de emoción a varias generaciones, y con ella el empuje inicial del movimiento romántico, así como ciertos procedimientos descriptivos que después de pasado más de un siglo todavía emplea la literatura contemporánea.

»El artista sólo necesita ver una parte de la verdad. El resto de la verdad lo adivina por inducción, y las torres afiligranadas que levanta con su fantasía son casi siempre más fuertes y duraderas que los edificios de mazacote, escrupulosamente cimentados, que construye la grisácea realidad. ¿Quién puede, además, marcar dónde terminan los límites de una exacta observación? Muchas veces, después de vivir largamente en un país, cuando nos marchamos de él, saturados de su esencia y creyendo que ya lo sabemos todo, es cuando nos ofrece las facetas más inesperadas y nuevas.

»Me bastan esos meses de que hablas para que mi viaje resulte interesante. Un hombre de nuestra época, si es aficionado a los libros, sabe de antemano gracias a sus lecturas lo que va a ver cuando emprende un viaje, y sólo necesita comprobar por medio de sus ojos, con una visión puramente individual, lo que tantas veces contempló imaginativamente en las hojas de los volúmenes impresos.

»Tú olvidas, además, cómo somos muchos novelistas. Nuestra observación resulta instintiva. Observamos contra nuestra voluntad. Somos aparatos fotográficos con el objetivo siempre abierto y tomamos cuanto nos rodea de un modo maquinal. Esto hace que lo que no vemos en el primer momento ya no logramos verlo después por más que nos esforcemos.

»Yo he escrito novelas cuya acción se desarrolla en ciudades que sólo vi durante unos días, y muchos lectores se imaginaron, después de conocer mis descripciones, que había vivido en ellas meses y aun años. Somos como ciertos tiradores “repentistas”, que si se entretienen mucho en apuntar no dan en el blanco. Necesitan tirar instintivamente, guiándose por la voluntad más que por los ojos.

»No todos los que describen la vida usan los mismos procedimientos para romper la coraza invisible que nos opone la realidad, deseosa de que no la cautivemos. Unos proceden pacientemente, con una labor lenta de perforación. Yo soy de los que producen por explosión. Mi trabajo resulta semejante al del torpedo que parte vertiginosamente: unas veces toca en el blanco deseado, otras se pierde sin éxito en el vacío; pero cuando estalla, lo hace con una brevedad instantánea y tumultuosa.

»Sólo voy a viajar como novelista. No pienso escribir estudios políticos ni económicos sobre los países por donde pase. Contaré lo que vea y lo contaré a mi modo, como el que describe las personas y los paisajes de una fábula novelesca, sólo que ahora los seres y las cosas conservarán los mismos nombres que llevan en la realidad.

»En cuanto al alma de los pueblos y de los individuos, permíteme que no dé gran importancia a esa manoseada y acomodaticia objeción. ¿Quién puede marcar el plazo de meses o de años que es necesario para conocer el alma de una nación o una raza?.. ¿Basta la vida entera de un escritor para completar plenamente tal estudio?.. ¿No ha ocurrido más de una vez que, por adivinación genial, un

simple observador de paso ha visto lo que no alcanzaron a descubrir otros después de larguísimos y miopes estudios?...

»Resultan tan complejas las almas, que no llegan a ser bien conocidas ni aun de sus mismos poseedores, así sean colectividades o personas. Recuerda el caso de Lafcadio Hearn, el gran novelista norteamericano. Su pueblo predilecto fue el Japón. En sus libros sobre este país han bebido y hasta han robado numerosos autores. En el Japón vivió catorce años seguidos; aprendió su idioma perfectamente; casó con una japonesa; se hizo maestro de escuela para estudiar en los pequeños nipones el génesis de la psicología de los amarillos; y sin embargo, a la hora de su muerte confesó con una franqueza melancólica: “El alma de los japoneses continúa siendo un misterio para mí”.

»Respetemos el misterio de las almas extrañas, ya que ninguno de nosotros logrará conocer jamás el misterio de la propia alma, que tantas veces nos sorprende con sus decisiones inesperadas. Ese misterio eterno es el que da interés inagotable a la existencia humana. Si un día, blancos y cobrizos, rojos y negros, conociésemos perfectamente nuestras almas, la vida perdería sus mejores emociones, y nuestra historia resultaría aburridísima, con la monotonía de las cosas esperadas e invariables.

»Unas palabras más, y termino, malhumorado compañero. Dure lo que dure, mi viaje siempre resultará más interesante que la inmovilidad en este rincón agradable de la tierra. Mejor es dar la vuelta al mundo en unos cuantos meses, que no darla nunca.

»Debo confesar que en este periplo mundial que preparo hay un poquito de orgullo literario. Algunos marinos y diplomáticos españoles realizaron viajes de circunnavegación del planeta; pero fueron viajes que pueden llamarse “oficiales”: con observaciones y curiosidades casi siempre de carácter profesional. Después que el judío hispánico Benjamín de Tudela salió en el siglo XII (hace ochocientos años) a explorar el mundo conocido de oídas por los hombres de la Edad Media, y consignó en un libro sus correrías hasta la India, yo vaya ser uno de los contadísimos escritores españoles que habrán repetido espontáneamente la misma empresa, aunque con ello no haré más que imitar lo que realizan todos los años buen número de autores ingleses y norteamericanos y de damas de los mismos países aficionadas a la literatura. Pretendo escribir un libro que encierre en sus páginas el rebullir de los pueblos-colmenas del Extremo Oriente; la soledad majestuosa de los océanos, guardadores de las fuerzas renovadoras del planeta; la melancolía histórica de las grandes civilizaciones, muertas o agonizantes.

Después que digo esto se abre un largo silencio. El jardín va acallando sus rumores bajo la pesadez del sol, cada vez más alto. Mi interlocutor calla también.

—¿Tienes algo más que decirme? —le pregunto.

Él insiste en su mutismo, enfurruñado y hostil; un silencio de adversario que se confiesa vencido momentáneamente, pero pone su confianza en la fatalidad, esperando que le ayudará en lo futuro.

—Entonces, ahí te quedas. Te dejo sobre este banco, como algo que me estorba para seguir adelante... ¡Empiece el viaje!

## La ciudad que venció a la noche

En un corral acuático del Hudson.—Himnos, bailes, aclamaciones y banderas.—Nueva York de día y de noche.—Las obras gigantescas de su Municipio.—Nueva York ciudad de arte.—Desde lo más alto de un rascacielos.—El «Franconia» emprende su viaje.—«¡Adiós los que vais a dar la vuelta a la tierra!»—¿Quién de nosotros pagará el tributo a la Aventura?

La orquesta del *Franconia* entona de pronto un himno patriótico que tiene la lentitud religiosa de un salmo.

Las gentes dejan de reír y de gritar; las cabezas se descubren; cesa el mutuo envío de serpentinas entre las cubiertas del buque y la multitud, superpuesta en tres largas masas, que ha venido a presenciar su partida. Se interrumpe momentáneamente el espesamiento de la trama de cintas multicolores tendida del muro de acero móvil de la nave al muro sólido de hierro y madera, cuyas raíces se hunden en el lecho subfluvial.

Estamos en un patio de agua, de gran profundidad. Este patio lo forman las espaldas de un edificio enorme de hierro, y dos alas de igual construcción que avanzan sobre la llanura líquida, varios centenares de metros. El fondo de este rectángulo está abierto y se ven pasar por él incesantemente — como por el espacio practicable de una decoración teatral— gigantescos trasatlánticos de varias chimeneas; veleros de cinco o seis palos, desnudos de lona, que siguen a un remolcador negro, inquieto y rumoroso como un mosquito acuático; incansables transbordadores, verdaderos alcázares flotantes, que llevan de una orilla a otra, en sus diversos pisos, muchedumbres, masas de automóviles y pesados vehículos industriales.

El *Franconia*, paquebote de 20.000 toneladas, recientemente construido por la Compañía Cunard, va a hacer su primer viaje alrededor del mundo, y está amarrado modestamente en este patio, junto a otro buque de parecidas dimensiones que apoya sus pasarelas en los ventanales del ala opuesta. Nuestro anclaje es en el río Hudson, una de las dos ramas del puerto de Nueva York, centro convergente de navegación para más de la mitad de la tierra.

La orilla del río queda invisible en muchos kilómetros bajo los palacios de madera y acero de las más célebres compañías navieras. Son edificios con enormes salones, a cuyo final se ven las personas tan empequeñecidas por la distancia, que parecen de otra humanidad. Tienen depósitos capaces de recibir de una vez la carga de varios buques llegados a un tiempo de Europa; ascensores que admiten en cada viaje una muchedumbre; plataformas rodantes que suben o bajan por sus pendientes todos los paquetes de un incesante tráfico. Y a espaldas de estas construcciones interminables avanzan perpendicularmente en el río otros edificios, aprisionando el agua en rectángulos donde se refugian los buques para hacer tranquilamente sus operaciones de carga o de rejuvenecimiento.

Los trasatlánticos más famosos de todos los mares sólo logran asomar los extremos de palos y chimeneas sobre sus tejados. Flotas enormes de comercio permanecen casi inadvertidas en estos patios marítimos, como las bestias en los corrales de una granja.

Se extinguen en el aire las últimas notas del himno reposado y místico, las cabezas se cubren, y estalla un coro de gritos junto a los costados del *Franconia*. Algunas señoras llegadas de los Estados del interior para despedir a sus amigos que van a dar la vuelta al mundo, sacan repentinamente

banderas nacionales de estrellas y rayas, y sosteniéndolas con ambas manos, las dejan aletear, bajo las ondulaciones del fresco viento del río. Vuelan otra vez las serpentinas de papel y se hace más densa la telaraña de colores que une frágilmente el buque a los tres pisos del muro cercano.

Me despido de los numerosos periodistas —en gran parte mujeres— que han venido a pedirme la última interviú sobre los más diversos e inesperados temas. El grupo de fotógrafos de diarios y revistas me somete a las postreras «instantáneas» en traje de viajero.

La orquesta ha emprendido una serie ascendente de *fox-trots* y otras danzas americanas. La muchedumbre grita en el buque y en los férreos ventanales de enfrente, excitada por el ritmo de tal música. Algunas parejas impacientes empiezan a bailar en las diversas cubiertas. Los sillones alineados en los paseos de a bordo guardan ramos de flores, enormes como gavillas de trigo, y cajas de dulces que abultan cual si fuesen maletas.

Momentáneamente libre, subo al último puente intentando ver una vez más, por encima de los tejados del vasto embarcadero, los remates aéreos de Nueva York. Esta contemplación es para mí una de las visiones más extraordinarias que pueden gozarse sobre la corteza terrestre.

Cuando vi Nueva York por primera vez me imaginé caído en otro mundo, en un planeta de gentes que habían logrado vencer las leyes de la gravitación y jugueteaban con ellas. Contemplando los grupos de rascacielos, edificios tan altos que muchas veces hundían su cumbre en los vapores de la atmósfera, los creí por un momento obras de gigantes, algo extraordinario y quimérico, más allá de las limitadas fuerzas de nuestra especie. Luego, al considerar que eran creación de pobres hombres como nosotros, con iguales debilidades e ilusiones, sentí orgullo de pertenecer al género humano, que, no obstante su debilidad física, puede realizar, gracias a su inteligencia, tales maravillas.

Para mí, Nueva York es una de las ciudades más hermosas de la tierra; hermosa a su modo, con una belleza colosal, soberbia, audazmente despreciadora de muchos cánones estéticos venerados en el viejo mundo con la inmutabilidad de los dogmas religiosos.

No digo que este arte, especialmente americano, deba servir de modelo al resto de la tierra, ni deseo que todas las ciudades sean como Nueva York. La vida es la variedad. Igualmente resulta desesperante encontrar en todas las latitudes falsas catedrales góticas o imitaciones del Partenón. Pero me enorgullece como hombre la existencia de un Nueva York con sus audaces edificios, atropelladores de los obstáculos que esclavizaron durante siglos al constructor; con sus torres gigantescas que después de hincar las raíces en profundidades no alcanzadas por los árboles archicentenarios se lanzan en busca del cielo.

Hay en el viejo mundo construcciones tan altas como las de Nueva York, pero aisladas y excepcionales. Lo que en Europa representa una altura extraordinaria, que atrae la peregrinación de los admiradores, es aquí el nivel corriente de los edificios principales de un barrio. La Torre Eiffel todavía resulta actualmente más alta que los rascacielos norteamericanos. Pero esta torre es un andamiaje metálico, algo que parece provisional, sin la majestad imponente y sólida de los edificios neoyorquinos.

La gran metrópoli del mundo moderno ha creado un arte, leal reflejo de su concepción de la vida. Es algo grandioso, atrevido, rectilíneo, que hace pensar en el empuje sobrehumano de los inventores, los cuales solamente realizan sus descubrimientos atropellando los respetos, disciplinas y convenciones que encadenan a sus contemporáneos.

Los artistas que abominan del ferrocarril por su fealdad, pero llorarían de pena si los obligasen a

viajar a pie, como en otros tiempos; los que ensalzan las sobriedades poéticas de la vida primitiva en habitaciones con prosaica luz eléctrica, calefacción central y vulgares aparatos higiénicos, cuando quieren sintetizar lo horrible de la vida moderna, nombran a Nueva York, que los más de ellos sólo conocen por referencias. Y el rebaño panurguesco de los *snoobs*, para simular delicadezas estéticas, maldice igualmente un arte vigoroso y franco, reflejo característico del pueblo que más estupendos milagros lleva realizados en la época presente por su deseo de mejorar nuestra existencia material.

Esta ciudad que parece construida para otra raza más grande que la humana hace pensar en Babilonia, en Tebas, en todas las aglomeraciones enormes de la historia antigua, tales como nos imaginamos que debieron ser y como indudablemente no fueron nunca.

Hay calles en Nueva York que apreciarían en Europa como de aceptable anchura y parecen aquí modestos callejones, profundas grietas, a cuyo fondo no podrá llegar nunca el sol. Tan enorme es la altura de sus edificaciones laterales, que obliga a elevar los ojos, echando atrás la cabeza con una violencia precursora del vértigo.

La imaginación se resiste en el primer instante a concebir tales construcciones como obra de los humanos. Más bien las cree algo anterior a la presencia de nuestra especie sobre el planeta. Recuerda también a ciertas montañas que horadaron y ahuecaron los trogloditas en los siglos más oscuros de la Historia, convirtiéndolas en templos subterráneos o en ciudades-cuevas.

Cuando llega la noche no hay aglomeración humana, no la ha habido nunca, que ofrezca el aspecto mágico de esta urbe, en cuyo seno fue sujetado y domado el cuerpo impalpable de la electricidad, encadenándolo para siempre a las necesidades del hombre.

Los grandes edificios, con sus millares de ventanas iluminadas, son inmensos tableros de ajedrez, rojos y negros, que se estiran hacia las nubes. Las quimeras soñadas por los cuentistas orientales se realizan en esta metrópoli que muchos creen inaccesible a toda sensación de belleza. Sobre los tejados, el anuncio industrial crea un mundo fantástico que parece lanzar un reto a las exigencias de la realidad y a la tranquila sucesión de las horas. Las hadas nocturnas de Nueva York, volando en alturas sólo frecuentadas en otras partes por las águilas, van colgando del negro terciopelo del espacio figuras y adornos de fuego, pavos reales de plumaje multicolor, tropas de duendes que gesticulan mirando a las estrellas o les guiñan un ojo maliciosamente, mujeres de luz que, sentadas en un columpio, se balancean con la cabellera suelta por encima de los astros; toda una fauna y una flora de *Las mil y una noches*, nacida regularmente con los primeros latidos de la luz sideral y que se borra con la aurora, haciendo levantar sus cabezas a la muchedumbre circulante por las profundas grietas de las avenidas, orladas de puntos de luz.

Hasta hace poco, Londres era la ciudad más grande del mundo. Ahora la ha sobrepasado Nueva York. El eje de la historia humana, que durante siglos fue trasladándose de una a otra nación, siempre dentro de Europa, ha cruzado el mar, y está actualmente en la ribera occidental atlántica.

Asombra el movimiento de este centro humano, su riqueza, su actividad. La Aduana de Nueva York percibe mayores tributos que muchos gobiernos europeos de importancia. El director de su puerto, simple funcionario municipal, tiene una actuación más amplia y poderosa que la de muchos ministros de Marina.

Hablando con un individuo del Municipio de Nueva York, noté la sonrisa de conmiseración con que comentaba los trabajos enormes realizados por el gobierno americano en el canal de Panamá. El

Ayuntamiento de Nueva York acomete empresas más difíciles y más costosas que el famoso canal, sin darse importancia, sin ruido de publicidad, como si emprendiese una vulgar operación de policía urbana. El lecho del Hudson, en cuyas profundas aguas anclan los buques más grandes del mundo, lo ha perforado repetidas veces para líneas férreas y tubos de «metropolitano» que ponen en comunicación a Nueva York, por debajo de este obstáculo que parecía invencible, con la orilla fronteriza, perteneciente al inmediato estado de Nueva Jersey.

Como Nueva York ocupa una isla, tiene al otro lado un brazo de mar que la separa de Brooklyn, simple barrio, más grande que muchas capitales célebres de Europa. Para unir ambas orillas se construyó hace años el famoso puente de Brooklyn, maravilla de la industria humana, que hizo hablar al mundo entero en el momento de su inauguración.

La primera vez que estuve en Nueva York me apresuré a visitar el puente del que tanto oí hablar en mi niñez. Noté que todos lo mencionaban con indiferencia, como algo que ha sido célebre y ve luego arrebatada su fama por otras novedades.

Al pasar por él me expliqué tal frialdad. El puente de Brooklyn ya no es una maravilla única. Casi resulta una vejez en este país donde todo cambia en el curso de diez años. Vi desde su larguísima y múltiple plataforma otros puentes más audaces y más hermosos, tendiéndose como brazos férreos de una orilla a otra y dejando entrever por los filamentos de sus redes colgantes un deslizamiento continuo de trenes, tranvías, automóviles y filas de peatones, iguales por la distancia a una leve hilera de puntos.

Los llamados «rascacielos» ofrecen desde su meseta superior un espectáculo inolvidable. Los dos cursos acuáticos que se deslizan, por ambos lados de la ciudad, estrechándola como un triángulo para confundirse pasado su vértice en la bahía enorme, están arados sin descanso por las quillas de innúmeras embarcaciones que se entrecruzan y se alejan. Tienen la densidad pululante de los insectos primaverales que se mueven tejiendo una tela invisible sobre la superficie de las charcas olvidadas. Los dos brazos líquidos, a causa del incesante movimiento de sus buques, ofrecen el aspecto de esas grandes avenidas en las que van y vienen sin reposo centenares de automóviles.

Varios puentes de más de un kilómetro de longitud se lanzan sobre el agua de azul grisáceo, como barras de tinta china pendientes de filamentos sutiles, para que resbale sobre su cara superior, de ribera a ribera, todo un mundo microscópico. En la bahía, limitada por costas gibosas como lomos de cachalote, la isla que sirve de zócalo a la Estatua de la Libertad parece un juguete, un pisapapeles, flotando sobre las aguas.

Son docenas, son a veces más de cien, los buques de diversos calados y arboladuras que llegan de todos los puntos cardinales de la tierra o abren el abanico de sus rumbos hacia horizontes misteriosos, detrás de cuyo telón de brumas se ocultan nuevas costas y nuevos puertos. Parece que no quede en el planeta otra tierra que ésta y el resto de la humanidad viva sobre buques, necesitando venir a descansar sus pies sobre el único fragmento de corteza sólida.

Desde tal altura los ojos abarcan kilómetros y kilómetros de superficie terrestre sin encontrar un campo, algo que recuerde la vida rústica, que es la de la mayoría de los humanos. Se ven arboledas enormes, pero son de parques, de barrios-jardines, y estas islas de verdura se hallan encerradas por el oleaje de tejados que se pierde en el horizonte y del que emergen como picos submarinos las masas cuadrangulares de los rascacielos..

Cada uno de dichos edificios es un mundo, más grande y complicado que los mayores paquebotos.

Para completar su semejanza con uno de estos cosmos flotantes, todos ellos tienen una enorme máquina de vapor destinada a las necesidades comunes de calefacción, alumbrado, etcétera, añadiendo su chimenea torrentes de humo blanco a las inmediatas nubes. Aun en días serenos, cuando el cielo es límpido y la bahía toma un color azul de Mediterráneo, existe sobre la ciudad una ligera neblina dorada por el sol: el vapor que lanzan los rascacielos por sus tubos de trasatlántico.

Cuando cierra la noche, los propietarios de estos edificios inmensos iluminan su terraza final o los templete que les sirven de remate con focos invisibles de potente luz, azulados, verdes o rojos. La masa del edificio sube y sube en la sombra, pues transcurridas las primeras horas de la noche quedan cerradas sus filas de ventanas. Pero allá en lo alto, cual islas quiméricas que flotasen sobre las tinieblas del sueño, ve el transeúnte los remates luminosos de las torres. Como guardan ocultos sus focos eléctricos, parecen bailados por una manga luminosa, de trayectoria invisible, que.—viene de un sol oculto en la noche, más allá de nuestras pobres miradas.

Muge por última vez el *Franconia*, anunciando que va a partir. La orquesta es cada vez más incoherente y estrepitosa en sus ritmos danzantes. Cantan a gritos los músicos, pareciéndoles poco los instrumentos para su ruidosa función. La muchedumbre saluda con aclamaciones los movimientos preliminares de la partida del buque.

Ya han sido retiradas las pasarelas que lo unían a los tres pisos del embarcadero de la Cunard.

Sus primeros movimientos estiran y rompen la telaraña de cintas que ha ido tejiéndose en el espacio libre. Empiezan a flotar en el agua muerta grandes bolas de papeles de colores. Se agitan brazos, pañuelos y banderas. Cada vez es más ancha la faja líquida entre la pared inmóvil del edificio y la pared metálica del vapor, que al moverse despierta al agua, haciéndola huir por sus costados.

El *Franconia* inicia su marcha retrocediendo. Resbala lentamente por la popa, fuera del corral acuático. Quiere salir al Hudson, donde virará, poniendo su proa hacia mares más azules, hacia cielos limpios de la neblina que esfuma en estos momentos las altas torres de Nueva York, dándoles un aspecto de recortes de papel gris sobre un fondo de otro gris más pálido.

Corre la muchedumbre hacia los balconajes terminales del embarcadero que avanzan sobre las aguas libres. Allí son los últimos saludos, los mayores alaridos de despedida, las agitaciones más epilépticas de brazos, sombreros y lienzos de colores. Saludan la popa del navío que se desliza junto a ellos; después la estructura central de este pueblo flotante; últimamente, la proa que se aleja, se detiene poco después, como si reflexionase, y acaba por ladearse, recobrando su verdadero funcionamiento, que es el de avanzar partiendo las aguas.

«¡Adiós los que vais a dar la vuelta a la tierra!», parece gritar con su confuso vocerío la muchedumbre que llena los balconajes inmóviles. Dentro del buque todas las barandas de las cubiertas están orladas de gente. Hasta los tripulantes y la numerosa servidumbre se asoma a las barandillas para presenciar esta despedida.

La música continúa sonando, con una cadencia que incita a mover los pies. Las parejas, por momentos más numerosas, bailan y bailan. Una idea fúnebre me obsesiona en medio del sonoro regocijo. ¿A quién le tocará morir de todos los que vamos en este buque, amos y servidores?..

Porque es indudable que alguno de nosotros va a quedar en el camino. No se da la vuelta al planeta, desafiando tantos mares, tantos países de fiebre y la inadaptación a tan diversas temperaturas, sin que alguien caiga. La Aventura, diosa seductora y cruel, acepta la aproximación de sus devotos,



pero exigiéndoles el tributo de alguna víctima.

La parte más interesante de Nueva York se desarrolla de pronto ante mis ojos, el vértice del triángulo, la llamada ciudad baja, donde están los Bancos, las oficinas célebres.

Edificios de numerosos pisos, que en otra parte serían admirados como gigantescas construcciones, se encogen aquí, con la humildad de una casita rústica, al pie de los palacios-montañas.

¡Adiós, ciudad en la que todo es desmesurado, más allá de las ordinarias dimensiones humanas, virtudes y defectos, generosidades y miserias; donde todo se renueva incesantemente y el desinterés heroico sucede al egoísmo brutal, así como la triunfante verdad reemplaza al testarudo error!

¡Adiós, urbe de los milagros, patria de magos, creadores de los más asombrosos inventos de nuestro siglo; poetas de la acción, que despreciasteis la palabra «imposible», trabajando con la fe de los antiguos alquimistas para transmutar el ensueño quimérico en realidad luminosa!

¡Adiós, Nueva York, que venciste a la noche!

## Mi casa errante

Un vapor sin polvo de carbón.—Desde la quilla a la última cubierta.—La piscina del «Franconia».—Las mujeres de la tripulación.—Mi celda blanca.—Preparándome, como un actor, a cambiar de traje.—Lo que comieron Magallanes y sus compañeros, y lo que comemos nosotros.

Dedico mis primeros días de navegación a conocer, hasta en sus últimos recovecos, la casa errante que debo habitar durante algunos meses.

La mueven dos turbinas que dan noventa revoluciones por minuto. Su marcha es cuando menos de 18 millas. Su casco, que representa 20.000 toneladas de desplazamiento, se hunde en el mar nueve metros y se eleva sobre la superficie acuática trece: la altura de una casa de varios pisos.

A pesar de su importancia náutica y de su gran velocidad, sólo tiene una chimenea, y ésta permanece con la enorme boca limpia de vapores la mayor parte de la jornada. Las máquinas del *Franconia* no conocen el carbón. El combustible de este buque nuevo es el petróleo bruto, llamado *mazout*. Su marcha sólo va seguida excepcionalmente por un denso penacho de humo. Durante horas y horas avanza por el espacio eternamente virginal de los océanos, sin ensuciar el azul cristalino del cielo y el azul compacto de las aguas. Un leve tul rojizo se escapa ligeramente por un borde de su chimenea, una voluta de humo químico, transparente como una blonda, que se disuelve en el espacio a los pocos metros.

Tiene la marcha regular y continua de los organismos alimentados mecánicamente. No hay altibajos ni vacilaciones en su avance; no depende de fogoneros que, encorvados ante sus rojas entrañas, aflojen el paleo alimentador durante las tempestades o los grandes calores. Las calderas se nutren por espita y no por brazo; el chorro líquido las mantiene, no el golpe de pala. Y este gran progreso de la mecánica naval ha tardado mucho en ser admitido, como todos los adelantos, y aún encuentra resistencias tradicionales. Ha sido preciso que lo adoptase la marina militar, por exigencias de la última guerra, para que los dueños de las flotas de comercio reconociesen las ventajas del petróleo como alimento de la máquina naval.

Este buque hace acopio de combustible con una simple manga, igual a las de riego, en el transcurso de pocas horas, en medio de un silencio absoluto, sin necesitar los rosarios de esclavos de los puertos, tiznados y gritones, que juran al ir y venir entre la ribera y el vapor con la espuerta de carbón al hombro, ensucian el buque, obligan en los países cálidos a tener cerrados los ventanos para que no entre el polvo de la hulla, y turban el sueño o la tranquilidad de los pasajeros.

Seis veces vamos a llenar los depósitos de petróleo durante nuestra vuelta a la tierra: en San Francisco, Honolulu, Hong-Kong, Colombo, Bombay y Gibraltar. Estos depósitos contienen 3.000 toneladas de petróleo. ¡Qué hoguera inmensa en la soledad oceánica! ¡Qué llamarada de volcán, si llegara a inflamarse el lago diabólico, negro y dormido, que llevamos debajo de nuestros pies!...

Gracias a este combustible, las máquinas se mantienen en una limpieza escrupulosa, igual a la de los salones del buque. El metal brilla en ellas con la blanca transparencia de la plata, sin el menor rastro de hollín. Durante el viaje desciendo varias veces a lo más hondo de la maquinaria, desde la cubierta superior a la quilla, unos veintidós metros, por escaleras de acero. Voy vestido de blanco, con

el ligero traje que imponen las altas temperaturas del Trópico, y salgo sin una mancha de estas cavernas de la mecánica, que en otros buques chorrean grasa y por más que se extreme en ellas la limpieza tienen siempre un pegajoso empañamiento de polvo de carbón.

Aquí basta un muchacho con un alambre rematado por una estopa ardiente, para poner en actividad calderas enormes. Introduce por un agujero este aparato rudimentario, igual al que se emplea para encender los faroles de gas, da vuelta a una espita, e inmediatamente arde el chorro petrolífero, provocando con rapidez la presión tubular.

La velocidad regulada, continua, siempre igual, motiva grandes equivocaciones en el curso del viaje. Pero tales errores resultan agradables, pues son por exceso, no por defecto. Siempre llegamos a los puertos varias horas antes de la hora anunciada. En las travesías largas ganamos un día y hasta dos sobre la fecha fijada de antemano.

Como el *Franconia* no fue construido con una finalidad comercial y sus ingenieros sólo tuvieron que preocuparse de las comodidades necesarias en un viaje alrededor del mundo, carece de las enormes y oscuras bodegas que absorben la mayor parte de los cascos flotantes. Hay salones, dormitorios y numerosas dependencias para el bienestar general más abajo de la línea de flotación, en los mismos lugares que permanecen abarrotados por las cosas y son inaccesibles a las personas en otros buques. Por esto el *Franconia*, con sus 20.000 toneladas, parece más grande que muchos vapores de superior desplazamiento.

Yo he llegado pocos días antes a Nueva York en el *Mauritania*, uno de los tranvías gigantes del mar que trasladan a las gentes continuamente de una acera a otra, en la gran calle del Atlántico. Su tonelaje casi es doble que el del *Franconia* y el número de sus pasajeros enormemente superior. Y sin embargo, las gentes se encontraban en él con más facilidad. En este buque que va a dar la vuelta al mundo, los trescientos excursionistas nos buscamos a veces horas enteras sin tropezarnos.

Desde la quilla a la última cubierta todo ha sido aprovechado para el viajero. Exceptuando el espacio que ocupan las máquinas y los almacenes de víveres, el resto del vaso flotante es para las personas.

En lo más profundo de la nave, e iluminados noche y día por lámparas encerradas en tazones de alabastro, están el gimnasio, con sus aparatos complicados y sus corceles y camellos de madera que trotan al impulso de fuerzas eléctricas; los salones de paredes blancas, que parecen de porcelana, donde señoritas y caballeros juegan a la pelota o se entregan a otros deportes modernos, y la famosa piscina, una piscina pompeyana de varios metros de profundidad, en la que pueden bracear los nadadores como en un lago.

Sus orillas son de mármol; robustas y acanaladas columnas, rojas y blancas, de estilo greco-romano, sostienen su techumbre; los esbeltos lampadarios de metal y alabastro recuerdan las «villas» de los patricios de Roma; grandes relieves de bronce verdoso incrustados en las paredes representan atletas y amazonas ejecutando las suertes de los Juegos Olímpicos.

En días de tranquila navegación hay que hacer un esfuerzo mental para convencerse de que esta piscina tiene debajo de su concavidad los abismos del océano. Solamente cuando su agua se desplaza de un lado a otro con tumultuoso oleaje, salpicando a los que están en sus marmóreas riberas, es cuando recordamos, no obstante su aspecto inmovible y sus duras materias de apariencia terrestre, que va montada en algo frágil, a merced del empellón gigantesco de elementos inquietos e invisibles.

Varios ascensores ponen en comunicación esta profundidad, siempre iluminada por una luz de

veladuras lácteas, con los pisos superiores en pleno aire, donde están los salones de conversación, de danza, de escritura y lectura, de conferencias y de proyecciones cinematográficas, así como los dedicados al juego y al consumo de bebidas.

Dos comedores iguales a los de un hotel tienen en su centro una cúpula, que triplica la capacidad del ambiente respirable, y en esta cúpula hay balconajes donde se instala la orquesta, dividida en dos secciones, a las horas de la nutrición.

Cerca de quinientos hombres tripulan el buque, la mayor parte de ellos domésticos, destinados a servir nuestras mesas y asear nuestros dormitorios. Como dentro de él la mecánica sustituye al brazo en todo lo posible, no necesita de muchos marineros ni maquinistas. Cincuenta y tres hombres bastan para el funcionamiento y limpieza de sus potentes mecanismos. La tropa de fogoneros, que es siempre la más numerosa en los vapores, está sustituida aquí por unos cuantos muchachos que abren o cierran las espitas del petróleo.

Treinta y seis mujeres con gorrito y delantal blancos —inglesas románticas muchas de ellas, que se engancharon porque sentían deseos de dar la vuelta al mundo— acuden a la llamada del timbre con un aire de actrices disfrazadas de domésticas, porque así lo exige su papel; y las horas libres de trabajo las dedican a una lectura incesante de novelas. Algunas de estas *misses*, cuando hay fiesta a bordo bajan durante el banquete al balcón de la música en ambos comedores, y acompañadas por la orquesta cantan antiguas canciones inglesas o americanas, si es noche de conmemoración patriótica, y otras veces romanzas sentimentales.

Hay otras mujeres a bordo, obreras despeinadas y sin uniforme, que trabajan en el lavado y planchado, y únicamente pueden ser vistas cuando el pasajero curioso se aventura en la parte del buque ocupada por las cocinas, los talleres y los camarotes del personal.

En los grandes trasatlánticos que van de Europa a América sólo se atiende a la manutención y al sueño del pasajero. La travesía dura menos de una semana. La ropa sucia se guarda para las lavanderas terrestres. Son ómnibus marítimos organizados para acarrear la mayor cantidad de gente en el menos tiempo posible. Se encuentra en ellos un asiento en una mesa, una cama, y nada más. A la semana siguiente, otro viajero ocupará el mismo sitio.

Aquí la travesía durará varios meses. La vida de tierra, con sus exigencias higiénicas, va a prolongarse sobre los desiertos azules del océano, y un taller enorme de lavado y planchado que funciona en la popa del buque completa nuestra limpieza corporal, entretenida todas las mañanas por cincuenta cuartos de baño.

La ropa sucia pasa a través de un sinnúmero de máquinas, tan ingeniosas como terribles. Sale de ellas blanca, deslumbrante, pero adornada muchas veces por una sucesión de rasgaduras simétricas, que tienen la regularidad de los desperfectos causados mecánicamente, y además con los botones hechos añicos. Pero vamos a pasar dos veces en nuestro viaje la línea ecuatorial, vamos a vivir semanas y semanas en mares y tierras del Trópico, donde hay que usar trajes tan sutiles que parecen fabricados con telarañas blancas, y el sudor obliga a cambiar esta ropa dos o tres veces al día. Por eso debemos aceptar con agradecimiento el auxilio de unos aparatos que trabajan con más velocidad que el brazo humano, y sufrir pacientemente sus «ropicidios».

Vivo en un camarote amplio, situado en el centro del *Franconia*. Los hay a docenas más lujosos que el mío en este paquebote donde van tantas gentes ricas. Muchos ostentan sus paredes tapizadas de

seda y muebles excesivamente mullidos: una decoración dulzona y tierna de bombonera. Los tabiques de mi celda son simplemente barnizados de blanco, pero tiene unas dimensiones superiores a las normales en las viviendas marítimas, y puedo pasearme por ella en momentos de meditación.

Además, en esta parte del buque gozo de un silencio y una paz conventuales. Dos ventanos redondos y de extraordinaria abertura dan entrada a un doble chorro de luz azul y rojiza, que en alta mar irisa la blancura del camarote, como si fuese el interior de una concha perla. Cuando el buque queda inmóvil en los puertos, los dos ventanos proyectan en el techo un par de redondeles temblorosos que reflejan el palpitar de las aguas invisibles. A ciertas horas, lo mismo que si fuesen sombras chinescas, atraviesan estos círculos de linterna mágica barquitas negras movidas por remeros liliputienses, reducción óptica de los indígenas que mueven abajo sus lanchas, junto al muro férreo de la nave, y cuyo vocerío de tumulto llega hasta mí.

Entre las dos aberturas tengo una mesa que resulta enorme para un buque, y procede de una oficina de la última cubierta. Una butaca lujosa, arrebatada de un salón, me sirve de asiento de trabajo. En la pared de acero hay una cavidad rectangular que, gracias a unas tablas, se ha convertido en biblioteca.

Me ocupo en instalarme durante los primeros días con la minuciosidad del que ha cambiado de domicilio y no piensa repetir en mucho tiempo tan molesta operación. La celda grande y blanca va a ser mi casa por algunos meses, los más preciosos de mi vida, los más rellenos de acontecimientos, sorpresas e interesantes episodios. Estas paredes tal vez presenciaron el nacimiento y la formación de un nuevo hombre que reemplazará al que acaba de instalarse entre ellas.

En el curso del viaje abandonaré varias veces el buque, en el Japón, en la China, en las islas oceánicas, en la India, en Egipto, y adivino que al regresar a este camarote sentiré la alegría del que retorna a su verdadera casa después de una vida errante de aventuras y riesgos. Volveré a encontrar en él mis libros, mis papeles, todo lo que traigo conmigo de Europa y me recuerda mi existencia anterior. También saldrán a mi encuentro los ensueños, las quimeras con que habré ido poblando, en los largos y monótonos días de navegación, los rincones de estas cuatro paredes blancas.

Procuró arreglar mi ropa metódicamente, lo que no es empresa fácil. Vamos a ir rebotando de un clima a otro; saltaremos bruscamente de los fríos del norte al calor de las zonas tropicales, volviendo días después a países de llanuras nevadas. Necesito tener a mano vestidos de todas las estaciones, colocados en buen orden, como los trajes de un actor que ha de cambiar de vestimenta en cada entreacto. Y cuelgo por series, para ser usados dentro del mismo mes, trajes de invierno, de primavera y de verano. Dos gabanes de pieles quedan vecinos a media docena de trajecitos blancos, de tejido tan sutil, que no son más que un convencionalismo indumentario para no ir con las carnes al aire, como un salvaje.

Un oficial administrativo del buque, Mr. Green, inglés sonriente, grueso de cuerpo, amable de maneras y de carácter regocijado, me enseña un documento interesante. Es el jefe inmediato de los *mâitre d'hotel* que dirigen los dos comedores, de todos los criados que sirven las mesas y cuidan los camarotes, del ejército de cocineros y marmitones que preparan la extraordinaria y múltiple nutrición de este pueblo flotante, y además guarda y administra los depósitos de víveres.

En el *Franconia* comemos seis veces al día. Tres comidas fuertes: el *breakfast*, desayuno con varios platos, de las ocho a las diez de la mañana; el *lunch*, almuerzo, a la una de la tarde, y el *dinner*, la comida solemne, a las siete, en traje de etiqueta. Además tres refrigerios, compuestos de diversas especies comestibles y líquidas: el caldo de las diez de la mañana, con su escolta de cosas sólidas; el

té de las cinco de la tarde, con variadas tentaciones de pastelería y confitería, y la cena fiambre de las once de la noche, para los que se quedan a bailar en los salones de la última cubierta.

La invención y perfeccionamiento de la cámara frigorífica han revolucionado la vida del mar. Hoy, los emigrantes amontonados en la proa de un buque gozan de comodidades que no conocieron, hace unas docenas de años, los monarcas más poderosos de la tierra, cuando viajaban en sus yates o en los acorazados de sus flotas. La conservación de alimentos animales y vegetales, así como la de plantas y flores, es casi perfecta, merced a las diversas y apropiadas gradaciones de temperatura en los depósitos frigoríficos.

Leo la lista que me enseña Mr. Green. Es un resumen de las cantidades de víveres que hemos embarcado en Nueva York.

No puedo examinarla toda, pues resulta interminable; pero me fijo en algunas de dichas cantidades, y creo estar leyendo una página de la famosa novela de Rabelais, una descripción de las gigantescas hazañas gastronómicas de Gargantúa o Pantagruel.

Llevamos a bordo 50 toneladas de carne de buey, 20 toneladas de cordero y otras tantas de cerdo, 1000 jamones, 3000 pollos, 195.000 huevos, 10 toneladas de mantequilla, 100 toneladas de patatas, 90.000 manzanas, 65.000 naranjas, 22.000 *grapefruits*, especie de toronja dulce-amarga, sin la cual el norteamericano no comprende el placer del desayuno, 54 toneladas de azúcar, 7 toneladas de café, 4 toneladas de té, 6 toneladas de helados americanos de las mejores fábricas de los Estados Unidos, duros y consistentes como el mármol, saturados de perfumes de frutas y flores, iguales a los que compra el público, envueltos en un papel, en los teatros de Nueva York. Además, una máquina especial fabrica para nosotros diariamente una tonelada de hielo, con agua previamente esterilizada.

Me es imposible seguir leyendo. Adivino las magnificencias de las cantidades restantes. En esta casa movable que vagabundea por las soledades marítimas del planeta vivimos y comemos como en los grandes hoteles de Londres y Nueva York. La única diferencia es que aquí comemos más y la mesa ofrece mayor abundancia que en los «Palaces» terrestres.

La primera noche que me pongo el esmoquin —uniforme indispensable en las comidas— y me siento a una mesa para tres personas (las tres únicas que son de lengua española en todo el pasaje del *Franconia*), sufro una sorpresa, que en el primer momento casi me parece ofensiva.

Uno de los numerosos platos marcados en la minuta es pollo guisado a no sé qué estilo. Los camareros cumplen su servicio con una rapidez ceremoniosa, y cuando llega el momento de servir el plato indicado se presenta uno de ellos con una gran cazuela de plata, hace una reverencia y levanta la tapadera. Para tres personas... ¡tres pollos enteros! Yo protesto con cierta indignación. ¡Por quién nos han tomado!... Bueno es que sirvan con largueza, pero tanta generosidad casi resulta insultante.

La enorme lista de víveres que me muestra el *steward* en jefe no es definitiva: sólo representa el mantenimiento de una parte del viaje. En todos los grandes puertos será renovada con especialidades alimenticias del país y víveres iguales, pero frescos.

Recuerdo a Magallanes y sus compañeros en el primer viaje alrededor del mundo.

Explorando las costas de América del Sur sufrieron grandes tormentas, pero les fue posible renovar sus provisiones comprando a las tribus ribereñas del Brasil pan de cazabe, cerdos pecarís, gallinetas americanas, batatas y plátanos. Pero luego de haber descubierto el famoso estrecho, al desembocar en el Mar Grande que llamaron Pacífico, empezó para ellos la parte más difícil de su

viaje. Tres meses y veinte días navegaron por el inmenso océano sin ver tierra ni probar ningún alimento fresco.

El italiano Pigafetta, cronista de esta expedición, rematada gloriosamente por el vasco Elcano, dice así:

La galleta que comíamos no era ya pan, sino un polvo mezclado con gusanos, que habían devorado toda la sustancia, y que tenía un hedor insoportable por estar empapada en orines de rata. El agua que nos veíamos obligados a beber era igualmente pútrida y hedionda.

Para no morir de hambre llegamos al terrible trance de comer pedazos del cuero con que se había recubierto el palo mayor para impedir que la madera rozase las cuerdas. Este cuero, siempre expuesto al agua, al sol y a los vientos, estaba tan duro que había que remojarlo en el mar durante cuatro a cinco días para ablandarlo un poco, y en seguida lo cocíamos y lo comíamos.

Frecuentemente quedó reducida nuestra alimentación a aserrín de madera como única comida, pues hasta las ratas llegaron a ser un manjar tan caro que se pagaba cada una a medio ducado...

Siento necesidad de volver a leer la lista del encargado de los víveres en el *Franconia*.

## Los primeros días de navegación

El Estado Mayor del viaje.—Más mujeres que hombres.—Cordial familiaridad norteamericana.—La española que conoció tres Papas.—El cocinero escultor.—Las Frinés de la piscina y la tranquilidad de sus compañeros de natación.—En el canal de Bahama.—La hermosa costa de Florida.

La American Express, sociedad de Nueva York que dirige este viaje, ha montado en la penúltima cubierta una oficina que ocupa varios salones.

En este centro hay un banco, con mostrador de caoba, rejas de bronce y cajas de valores, graciosa reducción de los grandes establecimientos terrestres de igual género. El telégrafo inalámbrico te trae todas las mañanas la cotización de las diversas monedas, para que los viajeros puedan cambiar su dinero. Además admite cheques sobre todas las plazas del mundo, abre créditos, guarda depósitos, realiza cobros por medio del telégrafo en el otro lado de la tierra, cumple cuantos encargos financieros se le quieran confiar.

Hay un director del viaje, hombre instruídísimo que guarda en su memoria todas las vías de comunicación existentes en el planeta, con sus innumerables enlaces y combinaciones, y percibe por sus trabajos 12.000 dólares al año, una remuneración superior al sueldo de muchos jefes de gobierno en Europa. Tiene a sus órdenes un Estado Mayor de veinticuatro funcionarios, retribuidos también con largueza. Unos son antiguos profesores de Universidad, especialistas en materias geográficas y lenguas orientales, que darán conferencias durante el viaje; otros, simples hombres de acción, exploradores que vivieron en las regiones menos conocidas de la China y la India, norteamericanos enérgicos e instruidos que para descansar de sus andanzas se han alistado en esta expedición sin riesgos. Ellos servirán de guías a los pequeños grupos de viajeros que abandonando el buque se lancen a través de las naciones asiáticas.

Lo primero que se nota al ir conociendo las gentes que ocupan el *Franconia* es la preponderancia numérica de las mujeres sobre los hombres. Esto no es extraordinario, pues en los Estados Unidos todo lo que significa vulgarización literaria, cultivo de las artes o simple curiosidad intelectual, ve acudir inmediatamente un público compuesto en su mayor parte de elemento femenino. Además, la mujer norteamericana, intrépida y ansiosa de saber, disfruta en su vida de familia de una completa independencia.

Vienen en el buque muchas esposas y muchas solteras que viajan solas. Los maridos o los padres continúan en los Estados Unidos, prisioneros de sus negocios comerciales o de sus profesiones científicas. Los compañeros de viaje son generalmente ingenieros o banqueros en ciudades del interior, sesudos varones que, después de esforzarse para conseguir una fortuna, creen llegado el momento de descansar por unos meses, dando la vuelta a la tierra.

Cruzo mi saludo con algunos viejos de aire modesto y tímido, mediocrementemente vestidos. Los creo tenderos de alguna pequeña ciudad perdida en los vastísimos estados del centro de la gran República. Luego, en el curso de nuestro periplo, leyendo los periódicos que mencionan a todas las personas notables de la expedición, me entero de que estos pobres señores son presidentes de compañías eléctricas célebres en la tierra entera, de grandes ferrocarriles, de empresas metalúrgicas, en una



palabra, hombres que cuentan su fortuna por millones de dólares y al traducirla en cifras necesitan emplear dos unidades y a veces tres.

Nunca en mi vida anterior he vivido entre personas tan joviales, tan sencillas, tan ecuanímes en sus gustos y afectos. Creo que durante el resto de mi existencia me acordaré siempre de su agradable compañía.

En otro buque y con otras gentes hubiese sido imposible vivir varios meses sin rivalidades, disputas y murmuraciones agresivas. La monótona existencia en las soledades del océano acaba por despertar y excitar lo peor que llevamos en nosotros. Por eso, en las antiguas navegaciones, lo primero que hacía el maestre de la nave al darse ésta a la vela, era recoger las espadas de los viajeros. Además, las ofensas recibidas durante la navegación, así como los desafíos concertados, se consideraban sin valor alguno al saltar a tierra. En el *Franconia* han transcurrido semanas y meses sin que se alterase una sola vez la afectuosidad sincera, la llaneza sonriente de tantas señoras y señoritas, y de tantos hombres de negocios, ingenuos y entusiastas como niños grandes.

Casi todos los pasajeros proceden de los Estados Unidos. Sólo figuran en esta expedición tres viajeras inglesas y dos de lengua española. Éstas son una distinguida dama de América del Sur y su doncella, que hace años la sigue a todas partes y es de un pueblo cerca de Burgos. Casilda —así se llama la española— ha visto mucho en Europa, y al contar sus impresiones del viejo mundo, las resume en las tres visitas que hizo al Vaticano acompañando a su señora chilena.

—Yo he conocido tres Papas —dice con orgullo.

Ahora va a conocer algo más, la redondez del planeta, y se mueve en el buque con curiosidad, con cierta desconfianza, pero sin miedo. Sólo se había embarcado en un vaporcito suizo del lago Lemán. La primera vez que ha puesto sus plantas en unas tablas movidas por el océano, ha sido simplemente para dar la vuelta entera a nuestro planeta, y continúa tal viaje sin mostrar grandes asombros.

A mí no me extraña esta serenidad, pues recuerdo el origen de los héroes del descubrimiento y la conquista de América. Muchos de ellos salieron de pueblos de Castilla y de Extremadura, donde las gentes sólo de oídas conocen la misteriosa existencia del mar.

Otro español va a bordo del *Franconia*, un joven cocinero, llamado Antonio, valenciano, que trabaja desde los años de la guerra en los buques de la Compañía Cunard. Me hace saber su existencia bautizando todos los días con títulos de mis novelas algunos de los platos que figuran en la extensa lista. Él mismo va por las mañanas a la imprenta del buque para que los tipógrafos ingleses no desfiguren con disparates ortográficos las palabras españolas. En el curso del viaje mi mesa atrae las miradas admirativas de los vecinos por los adornos que figuran en su centro. Este valenciano de gorro blanco es escultor por instinto, y trabaja, valiéndose de un hierro candente, los bloques de hielo que con tanta abundancia produce la máquina especial del *Franconia*. Esculpe cisnes que parecen de cristal de roca, fortalezas de altos torreones, grandes canastillas de artística labor, y después de llenar con frutas y flores la cavidad de sus obras de hielo, las coloca en mi mesa, siendo su frescura inapreciable regalo cuando navegamos en los trópicos o atravesamos la línea ecuatorial.

Durante los primeros días forman grupos los pasajeros caprichosamente, y estos grupos, una vez consolidados, entablan relaciones amistosas, como los pueblos cuando se sienten atraídos por una simpatía sentimental. Las diversiones comunes del buque —bailes, cinematógrafo y conferencias— facilitan la aproximación.

Nadie se levanta tarde en el *Franconia*. Los más de sus ocupantes son aficionados a los deportes y

recibieron en la escuela una educación activa y vigorosa. Al salir el sol se rejuvenece el barco todas las mañanas. Los pasajeros más madrugadores encuentran ya húmedo y reluciente el suelo de sus diversas cubiertas. El mar parece que sonrío y balbucea como un niño. El cielo y el océano tienen la pueril alegría de la aurora. Es el momento de los ejercicios gimnásticos para fomentar la agilidad corporal, de las abluciones y nataciones que mantienen la limpieza higiénica de la piel.

A dicha hora el pasaje parece componerse únicamente de hombres. Si se entreabren las batas de baño sólo se ven pantalones, en los corredores y en el ascensor. Todas las mujeres llevan pijamas masculinos.

Las más jóvenes menosprecian la inmersión en los lujosos cuartos de baño y bajan a la piscina, en lo más profundo del buque, para hacer un alarde elegante de sus habilidades natatorias.

Hombres y mujeres se entregan al deporte acuático con tranquila camaradería, sin que nadie parezca acordarse de que existe en el mundo una dualidad de sexos. Las muchachas norteamericanas, grandes, esbeltas, largas de piernas, con una hermosura gimnástica, llevan por toda vestimenta un traje de baño cortísimo —lo necesario nada más para cubrir la parte media de su cuerpo— y una especie de tirantes que se unen sobre sus hombros. Sólo piensan en suprimir estorbos para moverse con más soltura. No se les ocurre que esta ligereza de ropas pueda excitar la atención de los varones que nadan en la misma piscina; y si lo piensan, se lo callan.

A los hombres, aparentemente, no parece interesarles de manera extraordinaria unas desnudeces a cuya vista están acostumbrados. Me acuerdo de la avidez óptica que altera con frecuencia la tranquilidad varonil en los pueblos llamados latinos. Basta que una pierna femenina muestre algunos centímetros más de lo legislado por la moda, para que los pescuezos de muchos hombres se estiren, ansiando ver tan extraordinario espectáculo de más cerca, y para que sus ojos se revuelvan en las órbitas, inquietos y saltones.

Las Frinés nadadoras se despojan aquí tranquilamente de su manto blanco, quedando sin otro tapujo que la mancha azul o negra de punto de seda que cubre la sección abdominal de su desnudez; y sin embargo, el respetable areópago masculino sentado en las orillas marmóreas de la piscina no se altera ni concentra sus miradas en la seductora aparición. El interés es únicamente para la que nada mejor, y un estrépito de alegres chapuzones, llamamientos y risas sube desde el fondo del buque a las últimas cubiertas.

Al salir de Nueva York cruzamos un mar poblado de buques. Muchos de ellos son «petroleros» y llevan su chimenea, su máquina y sus camarotes en la popa, para dejar libre todo el resto del casco a los grandes aljibes llenos del peligroso líquido que transportan. Un día después, el mar está menos frecuentado. Ha ido esparciéndose en el infinito la aglomeración naval que se forma cerca de Nueva York. El agua es más azul; el sol más radiante. Se ve que vamos hacia el trópico.

Al llegar el ocaso, hora de las visiones caprichosas y mágicas, el sol, que se mantiene muy alto, lejos de la línea del mar, parece una naranja gigantesca inmovilizada en el vacío, contra todas las leyes de la gravitación. Su color pasa del oro amarillo al oro ensangrentado. Se ensombrece por abajo, va palideciendo, sin descender para ocultarse, como otras veces, detrás del mar. Se debilita poco a poco y acaba por extinguirse, siempre inmóvil en lo alto. Es una nubecilla redonda y roja... Luego, nada. Estando en la capital de México presencié muchas veces esta puesta de sol fenomenal, en la que el astro se extingue en pleno cielo, sin descender a la línea del horizonte, sin ocultarse detrás del mar o

las montañas.

Cambia el tiempo; el mar empieza a agitarse durante la noche, y al día siguiente el horizonte es gris y las olas oscuras. Se nota la proximidad del canal de Bahama. El Atlántico se inquieta y se encrespa al sentirse oprimido entre la costa de los Estados Unidos y la cadena de las islas bahámicas, tierras avanzadas de las Antillas.

Sopla un viento fuerte que levanta polvo líquido de las crestas de las olas. Todas ellas, al avanzar hacia el buque en líneas interminables, llevan sobre su filo un penacho de humo blanquísimo que el viento estira hacia atrás. La luz intermitente del sol, surgiendo de pronto entre las nubes, atraviesa este polvo acuático y lo descompone, matizando su blancura con los colores del iris.

Cuando languidece la tarde, el *Franconia*, a pesar de su triple quilla y todas las precauciones de sus constructores para defenderle de los embates del mar, se mueve de un modo extraordinario.

Otra vez se ha cubierto el cielo de oscuros nubarrones, pero el sol antes de huir los perfora, lanzando a través de ellos un chorro de oro color de limón, que corta la atmósfera como la manga de luz de un aparato cinematográfico. Luego, rompiendo con su peso la bolsa de nubes que le aprisiona, cae en la línea del horizonte, y al tocarla se estira lo mismo que si el océano lo sometiese a una enorme succión. Ya no es redondo, se prolonga por abajo y parece un aerostato de seda escarlata. Repentinamente se apaga, y la noche cae sobre nosotros de un modo fulminante, como si estallase cubriendo el mundo con una explosión de sombras.

Todos los pasajeros están acostumbrados a los viajes por mar, y la agitación del canal de Bahama no perturba la vida ordinaria del buque. Lo mismo que en las noches anteriores, la popa está cubierta con una tienda de lienzo rayado y grupos de banderas para que la gente baile. Las más de las parejas han danzado mucho en las travesías de América a Europa, más rudas y tempestuosas.

Los profesores contratados por la American Express dan sus conferencias en el gran salón, con proyecciones cinematográficas, describiendo la vida y costumbres de los primeros puertos que vamos a visitar: La Habana y Panamá. Grupos de esbeltas muchachas, abandonando momentáneamente el baile, se divierten en marchar por las cubiertas superiores, contra el furioso viento que arremolina sus vestidos, dándoles una remota semejanza con la descabezada Victoria de Samotracia. De vez en cuando una ola más impetuosa choca con el muro férreo del buque por su parte de proa, lo escala, asoma sobre la barandilla una cabellera de espumas fosforescente en la noche y esparce al sacudirla rociadas de sal líquida. Las jóvenes chillan, ríen y saltan sobre los regueros que esta aspersion del océano hace correr sobre el suelo.

A la mañana siguiente, el mar tiene en su color y en su ambiente algo que puede llamarse paradisíaco. Marcha el buque a gran velocidad, alcanzando y dejando atrás a otros vapores menos rápidos, y sin embargo parece inmóvil.

Una costa se extiende paralelamente al *Franconia*. Vemos una línea amarilla de arena y detrás otra línea verde oscura, formada de bosques. Los pueblecitos son blancos y con un campanario, como los de Andalucía.

Navegamos ante la Florida, antigua tierra española. Aquí está la ciudad de San Agustín, la más antigua de los Estados Unidos, fundada por el conquistador Menéndez de Avilés. Aquí vino mucho antes Ponce de León, desde su gobierno de Puerto Rico, en busca de la «Fuente de la Juventud» — eterna esperanza de los hombres—, para que diese nueva savia a su cuerpo, quebrantado por enfermedades y heridas. Aquí trabajaron, lucharon y murieron centenares y centenares de españoles,

por implantar la civilización cristiana, un siglo antes de que los primeros ingleses desembarcasen en lo que son hoy los Estados Unidos.

Voy descubriendo edificios altísimos que a tal distancia me parecen fábricas. Al examinarlos con unos anteojos potentes me convenzo de que son hoteles con jardines de palmeras y cocoteros: los famosísimos hoteles de la Florida, los más caros y elegantes de la tierra, que albergan durante el invierno a los archimillonarios de Nueva York y Chicago.

El mar toma el tono verde de las aguas poco profundas. Según avanzamos, se va poblando de isletas redondas como escudos y ribeteadas de cocoteros. Son los cayos. Sobre algunas tierras a flor de agua, que no pueden verse de lejos, se alzan andamiajes, semejantes por su estructura a la Torre Eiffel, aunque de más modestas proporciones y con las cúspides ocupadas por faros.

Algo revolotea de pronto ante mis ojos: una mariposa de colores, roja, negra y dorada. Ha volado hasta el buque desde la hermosa tierra que desarrolla ante nosotros su lomo sinuoso y verde, con altos ramilletes de árboles.

Un perfume primaveral se desliza a través de la respiración salada del Atlántico. Es el aliento que nos envía, junto con sus pintados insectos, una costa que por algo recibió su florido nombre.

Nos sorprende la noche ocupados en la contemplación de esta península avanzada de los Estados Unidos. Al amanecer el día siguiente, nuestra curiosidad inquieta de viajeros y la lentitud con que avanza el buque, después de tres días y medio de marcha veloz, nos empujan a todos a las últimas cubiertas.

Vemos una costa, pero ahora es por la proa; y en ella casas, jardines, edificios industriales, las avanzadas de una ciudad importante. Graciosos veleros, dedicados al cabotaje, se deslizan entre nosotros y la orilla, cortando con sus lonas blancas la penumbra azulada del amanecer.

Al aumentar la luz vamos encontrando con los ojos la boca de un puerto, arboladuras de buques sobre sus aguas interiores, una colina junto a su entrada, y en la cumbre de ella un viejo castillo.

El sol que acaba de nacer asoma su disco de oro tierno por detrás de una torre, que lo corta, durante algunos segundos, como una barra de tinta.

Este castillo se llama El Morro, y el puerto que tenemos enfrente es La Habana.

## La isla del azúcar

Cuba imaginada por un niño.—Los monstruos guardadores de la puerta del Paraíso.—Habana la Alegre.—Los periódicos y los casinos.—Dinero abundante y pródigamente gastado.—Butacas de teatro a cien pesos por noche.—Los nuevos barrios de La Habana.—Mis habitaciones de huésped de honor.—Si duermo en ellas, pierdo mi viaje alrededor del mundo.—Los bailes de máscaras del «Franconia».—El coronel vendedor de periódicos.—Mi enfermedad.

En mi niñez, cuando la isla de Cuba era aún tierra española, no podía oír hablar de La Habana sin que me agitase un sentimiento contradictorio de admiración y de terror.

Era para mí el país del azúcar una ciudad encantada, como las de los cuentos infantiles, donde las casas debían ser de caramelo y no había más que agacharse para comer tierra cristalina y dulce. Además, todos volvían de allá trayendo onzas de oro y hablaban de negritos como los que había yo visto danzar, desnudos y graciosos, en las funciones de teatro. Pero la entrada de este paraíso era estrechísima y la guardaban terribles monstruos, siendo el más carnicero de todos el llamado vómito negro. Muchas veces escuché la noticia de haber muerto en la isla lejana, hermosa y mortífera, personas a las que conocí fuertes y animosas en el momento de partir.

Ahora hace años que desapareció para siempre lo que me infundía enorme terror al pensar en Cuba. En cambio subsiste, cada vez más amplificadas por el progreso, la riqueza de la isla que tanto admiré en mis infantiles fantasías.

Los norteamericanos, al ocuparla por algún tiempo, se dedicaron al exterminio del mosquito propagador de la fiebre mortal y al saneamiento de las tierras encharcadas. Luego, los médicos extranjeros y los del país, igualmente notables, han acabado por suprimir las antiguas enfermedades que tan insegura hacían la vida de los viajeros antes de su aclimatación. Hoy, la más grande de las Antillas es país de salubridad regular y constante, y La Habana una de las ciudades más higiénicas de la tierra.

Su prosperidad económica ha ido desarrollándose en proporciones enormes, como su higiene pública. La producción actual de azúcar y tabaco casi dobla la de pasados tiempos. Su riqueza ha resultado algunas veces excesiva y perniciosa, dando origen a reacciones de pobreza, como en otros países jóvenes, de vertiginoso crecimiento.

Si fuese preciso dar un sobrenombre a la capital de Cuba, como los ostentan pueblos y héroes en los poemas homéricos, se la podría llamar Habana la Alegre. Es una ciudad que sonrío al que llega, sin que pueda decirse con certeza dónde está su sonrisa.

Guarda cierto aspecto andaluz de antigua urbe colonial, construida con arreglo al patrón enviado de Madrid por el Consejo de Indias. La influencia poderosa de la vecina República de los Estados Unidos, las comodidades de su civilización material, no han modificado aún su fisonomía añorada y tranquila de país con tradiciones de raza y un pasado histórico.

Los nuevos monumentos en honor de sus héroes que adornan plazas y paseos resultan desiguales artísticamente: unos son dignos de respeto, otros lamentables, como obras de confitería tierna. Los parques recién trazados y los nuevos barrios del ensanche de la ciudad resultan magníficos, y parecen recordar los sucesivos chaparrones de abrumadora riqueza que han caído sobre este país en los últimos

treinta años.

La alegría de La Habana, más que en sus paseos, en sus edificaciones y en el movimiento animado de sus calles, hay que buscarla en el carácter de las gentes; en la franqueza de los cubanos, que algunas veces parece excesiva a los extranjeros; en la belleza de sus mujeres, interesantemente pálidas y con enormes ojos.

He estado dos veces en La Habana por breve tiempo, y en ambas visitas, más que la hermosura de la ciudad atrajeron mi atención dos manifestaciones características de su vida pública que no tienen nada semejante en ningún otro país. Los periódicos de La Habana y los casinos de La Habana son algo excepcional.

Un día entero necesité para ir visitando las redacciones de los diarios más importantes, y no pude verlas todas. Unas ocupan enormes casas coloniales que son casi palacios; otras, edificios propios de reciente construcción. Tienen talleres vastísimos y máquinas de múltiple funcionamiento, como los primeros diarios de Nueva York. No existe una diferencia considerable entre los periódicos más célebres de los Estados Unidos y los de la capital de Cuba. Además se publican numerosos *magazines* y revistas especiales... Y como la población de la isla no llega a tres millones de seres, se pregunta uno dónde están los lectores necesarios para esta prensa, digna por su número, su calidad y su fuerza, de un país de veinticinco o treinta millones de habitantes.

Las asociaciones de La Habana pueden competir por su lujo con los clubs más célebres de la tierra. El comercio, compuesto casi en su totalidad de españoles, considera obra patriótica la continuación y desenvolvimiento de sus casinos, anteriores a la independencia del país.

Ya están olvidadas las antiguas luchas entre peninsulares y cubanos. Ahora, unos y otros sienten igual interés por la prosperidad de la isla. Además, los hijos de los españoles son cubanos, y dentro de las antiguas sociedades se van confundiendo todos, sin diferencias de origen.

A las organizaciones españolas pertenecen los edificios más grandes y ostentosos de la ciudad. El Círculo de Dependientes de Comercio tiene 40.000 socios, residentes en La Habana. No creo que en Europa ni en los Estados Unidos exista un club tan numeroso.

El Círculo Gallego es un palacio que guarda en su interior uno de los teatros más grandes de la ciudad. El Casino Español, resumen de las aspiraciones de las diversas sociedades hispánicas con título provincial, posee un salón de mármoles diversos traídos de España y de estucos policromos, que parece el salón del trono en un palacio real.

Todas estas sociedades, uniendo lo útil a lo ostentoso, mantienen en los alrededores de La Habana hospitales y sanatorios, instalados con tanta largueza y tales innovaciones, que de muchas partes vienen a estudiarlos como modelos.

Se nota en La Habana, a las pocas horas de vivir en ella, que es ciudad abundante en dinero. Pero otras ciudades revelan igualmente riqueza y no tienen el aspecto atrayente y simpático de ésta. Es que Habana la Alegre además de tener dinero lo gasta con una tranquilidad y un descuido rayanos en el derroche. Sus teatros son numerosos y están siempre llenos. Sus café y sus bailes nunca carecen de público. Aquí fue donde Caruso y otros cantantes, pagados de un modo inverosímil, obtuvieron sus más altas remuneraciones. En la Opera de La Habana ha llegado a costar una butaca cien pesos oro por noche. Tan irritante pareció a algunos este despilfarro, que protestaron de él bárbaramente, arrojando una bomba en plena función.

En los escaparates de sus tiendas se ven las telas más caras y ricas. Las mujeres visten con un lujo

en apariencia sencillo, para no salirse de las reglas del buen gusto, pero en realidad costosísimo.

Fuera de La Habana, en los nuevos barrios, son cada vez más numerosos los palacetes particulares. La antigua arquitectura española, con el aditamento de las comodidades de la vida norteamericana, es generalmente la de tales edificios. La jardinería del trópico da una nota de originalidad a estas construcciones, que recuerdan a la vez los patios de Sevilla y los palacios de madera de Long Island.

Para el ciudadano de los Estados Unidos descontento silenciosamente de ciertas leyes de su país, La Habana ofrece un atractivo especial. Es una ciudad a las puertas de su patria, donde no impera el llamado «régimen seco». Le basta tomar un buque en Cayo Hueso, al extremo de la Florida, para vivir horas después en la capital de Cuba, donde hay un bar en cada calle. Aquí no sufre retardos en la satisfacción de sus deseos, ni tiene que absorber bebidas contrahechas ofrecidas en secreto. La embriaguez puede ser franca, libre y continua. Pero como es tierra de dinero abundante, derramado con mano pródiga, los hoteles resultan carísimos, así como los otros gastos de viaje, y sólo los ricos pueden pasar el canal de la Florida para venir a emborracharse bajo la bandera cubana.

Me veo recibido cariñosamente en esta amada ciudad de habla española. El Municipio me ha declarado su huésped, comisionando al escritor Rafael Conte, antiguo amigo mío, para que me dirija y me guarde durante el tiempo que permanezca en La Habana. Simpáticos periodistas de incansable y sonriente preguntar, jóvenes escritores que revelan su talento en las curiosidades literarias y las paradojas de su conversación, me acompañan en mis visitas a las redacciones de los diarios y en los dos banquetes amistosos y sin ceremonia con que soy obsequiado, a mediodía y por la noche.

Presencio la belleza del crepúsculo tropical en una lujosa villa de las afueras, donde vive con su esposa el joven conde del Rivero, hijo del célebre fundador de *El Diario de la Marina*.

Como el Ayuntamiento ha reservado para mí las mejores habitaciones del Hotel Sevilla —el más caro de la ciudad—, mi amigo Conte se esfuerza por convencerme de que debo quedarme en ellas, volviendo al buque en las primeras horas de la mañana siguiente. Sería mal interpretado que prescindiese yo de usar dichas habitaciones después de haber sido declarado «huésped de honor».

A la una de la madrugada discutimos frente al hotel si debo o no dormir en tierra. Siento un dolor insistente en una pierna, cierta torpeza muscular que hace cada vez más pesados sus movimientos. La necesidad de un pronto descanso me impulsa a admitir las objeciones de mi amigo, pero cuando entro en el hotel para acostarme, tropiezo con un compañero del *Franconia*.

Es un joven norteamericano, de buenas maneras, un bailarín incansable, que sale del *dancing* del hotel. En el buque se muestra sobrio; pero aquí, por seguir la rutina de muchos de sus compatriotas y para convencerse de que verdaderamente está en un país libre, se ha embriagado de un modo lastimoso. Me abraza como si viese a un hermano, intenta besarme, enternecido por el encuentro, y me dice que nosotros dos somos los únicos del *Franconia* que estamos en tierra. Todos los otros se fueron a media noche. El buque zarpará al amanecer, y no a las diez de la mañana como se había anunciado.

Corremos al puerto, solitario y silencioso a esta hora avanzada, y el amigo Conte consigue que una lancha del gobierno nos lleve hasta el *Franconia*, que tiene apagadas la mayor parte de sus luces y parece dormido... Si ocupo mi cama de honor en el hotel, termina mi viaje alrededor del mundo en la primera escala.

Cuando al día siguiente despierto, en mi camarote, el buque está navegando hace ya varias horas. Las costas de Cuba se han esfumado en el horizonte. Nos rodea el hermoso mar de las Antillas, en el

cual logra descender la luz a grandes profundidades, dando una claridad dorada a las aguas azules.

Los viajeros, después de haber pasado un día en tierra, parecen encontrar nuevos atractivos a la vida marítima. En la última cubierta juegan grupos de señoritas vestidas de blanco y raqueta en mano, interrumpiendo con risotadas los incidentes de su deporte. Otras empujan discos de madera con una pala, a través de rectángulos trazados con tiza en el suelo. Más allá arrojan anillas de cuerda para que se introduzcan en un espigón, o pelotas enormes que deben entrar por una manga de red. El suelo se estremece con los galopes de esta juventud de faldas cortas con menudos pliegues, perseguida por otra juventud que usa camisa de cuello abierto y pantalones de franela.

Las señoras hablan del próximo baile de máscaras, el primero de la travesía, que va a ser entre La Habana y Panamá. Cada una guarda el secreto de los disfraces ocultos en sus maletas.

Antes de empezar nuestro viaje, los expertos que lo dirigen, para evitar errores y olvidos, nos han dado una lista de lo que debemos llevar con nosotros, y en ella figuran como artículos indispensables un traje de baño para la gran piscina y varios disfraces para los bailes de máscaras. Esto último es tan importante como dos pares de gafas negras de recambio para los países ardientes que vamos a visitar. Con dos disfraces hay bastante por el momento. Al llegar a los países del Extremo Oriente todos comprarán vestimentas japonesas, chinas e indostánicas, y los últimos bailes van a ser los más ostentosos y originales.

Entre estas gentes simpáticas, de trato llano, propensas a la risa, y que no necesitan para alegrarse de grandes complicaciones, las hay dispuestas a disfrazarse a todas horas para regocijo de sus compañeros. El día antes de la llegada a Cuba ha sido domingo. En las ciudades de los Estados Unidos el domingo es el día en que se venden más periódicos. Los grandes diarios publican ediciones extraordinarias, de ochenta o cien páginas, con novelas completas y resúmenes de todas las materias que pueden interesar a cada lector. Desde el amanecer, los vendedores vocean en las calles la enorme edición dominical.

También en el primer domingo, a bordo del *Franconia*, una voz ronca empieza a gritar por los corredores los títulos de varias publicaciones célebres de Nueva York, como si estuviésemos aún en la metrópoli americana. Las gentes se asoman en traje de dormir a las puertas de sus camarotes. El vendedor callejero es un *gentleman* casi de dos metros de estatura, un millonario procedente de los Estados del Sur, al que llaman todos «coronel» por tener este grado en la milicia cívica de su ciudad.

Se ha disfrazado de pilluelo y ofrece gravemente periódicos viejos a todos los que se asoman a las puertas. Los más celebran con una risa, que puede llamarse americana por lo espontánea y pronta, esta excentricidad del personaje. Uno de sus compatriotas permanece serio, y le mira con extrañeza, no pudiendo comprender tal conducta.

—Si no se ríe usted un poco, voy a llorar de pena —dice el falso vendedor de periódicos.

Y tan cómico resulta el gesto con que el hombretón inicia su llanto infantil, que el otro se ve obligado a reír como los demás.

Yo no podré presenciar el primer baile de máscaras del *Franconia*. En varios días no veré otra cosa que las paredes de mi camarote.

A las pocas horas de alejarnos de La Habana he quedado clavado en mi lecho por una parálisis de la pierna izquierda. El médico de a bordo declara que es una ciática, tal vez a consecuencia de la atmósfera húmeda del mar. Luego pensamos los dos que bien puede ser por una imprudencia en el aireamiento de mi habitación.



El *Franconia* no tiene ventiladores a uso antiguo, con hélices de molesto y tenaz abejorreo. Cada camarote posee dos pequeñas esferas de bronce, metidas en alveolos del mismo metal. Estos ojos dorados, cuando tienen el agujero de su negra pupila hacia adentro e invisible, permanecen inactivos. Pero basta volverlos, para que de ambos orificios surja una manga silenciosa y fría que cambia el ambiente del camarote con sus pequeños huracanes. Durante el anclaje en los puertos, los mosquitos de agua muerta que se introducen por los ventanos se ven obligados a retroceder, volviéndose con rabiosos zumbidos por donde vinieron. Los dos chorros mudos los voltean con su ímpetu, lo mismo que un aeroplano pillado por una tormenta, y les hacen huir finalmente al otro lado de la pared del buque.

He pasado una noche entera con ambos ventiladores enfilados hacia mi cama. La proximidad del calor de Cuba me hizo emplear este refrescamiento imprudente. Mientras dormía, las dos mangas de helado viento, que hacen funciones de mosquitero, cayeron horas y horas sobre el lugar de mi cuerpo donde ahora siento el llamado nudo ciático.

—Tiene usted para algunos días —dice el médico inglés, moviendo la cabeza— o Habrá que emplear los rayos violeta... No intente moverse.

¡Bien empieza el viaje alrededor del mundo!

## La zanja entre los dos océanos

Dos escalinatas de agua y una meseta lacustre.—Las fuerzas eléctricas del canal de Panamá.—La zona norteamericana y su guarnición.—El lago de Gama y el Paso de Culebra.—La enorme afluencia de buques.—Cómo los norteamericanos perdieron el tiempo» antes de reanudar las obras.—El buen negocio del canal.—La prontitud de su limpieza.—Los bosques de sus orillas.—Panamá la Verde.

Después de tres días de continua navegación, aminora su marcha el *Franconia*, y yo, con doloroso esfuerzo, consigo ir hasta un ventano de mi camarote.

Una orilla verde avanza por el costado del buque, cada vez más cercana, y adivino que otra semejante debe ir angostándose por el lado opuesto, como la boca de un embudo. Vamos a ver una de las obras más prodigiosas realizadas por la mano del hombre; vamos a entrar en el canal de Panamá.

Reanuda su marcha el vapor, lentamente, y pasamos de la navegación entre orillas de tierra y árboles al deslizamiento junto a fuertes malecones de mampostería, con varias casas de máquinas. Cables eléctricos de enorme potencia se apoyan en los brazos en cruz de una sucesión de columnas de cemento, que por su robustez recuerdan los pilares de la arquitectura egipcia. Esta fuerza va a hacernos atravesar la zanja acuática que corta todo un continente, pasando nuestro buque del segundo mar de la tierra al más grande de todos.

Puede describirse concisamente el canal de Panamá diciendo que es una escalinata acuática. Resulta más interesante y complicado que el monótono canal de Suez. Además, sus orillas tienen la lujuriente vegetación del trópico, y las selvas panameñas, eternamente frescas, son algo más atractivas que los polvorientos arenales de Egipto.

Para pasar del Atlántico al Pacífico o hacer el mismo trayecto en sentido inverso, los buques tienen que subir una escalinata de esclusas, navegar por un lago alto, que es como una meseta, y volver a descender por la escalinata del lado opuesto.

Al llegar por el Atlántico encontramos el antiguo puerto de Colón, importante cuando no existía el canal. Aquí desembarcaban los viajeros, y tomando un ferrocarril a través del istmo, iban en unas cuantas horas a la ciudad de Panamá, para volver a embarcarse en el Pacífico. Ahora pasamos de largo ante Colón, como la mayoría de los buques, y el antiguo ferrocarril ha perdido también su importancia interoceánica, descendiendo a ser una simple vía interior, que sólo utilizan los del país.

El *Franconia* va a subir la escalinata del lado del Atlántico, o sea las esclusas de Gatún. Estas esclusas están superpuestas en tres tramos, y además son dobles para que puedan ir ascendiendo dos buques a un mismo tiempo.

Cuando el nuestro se introduce en la primera esclusa penetra en la otra gemela un vapor más pequeño con rumbo a Nueva Zelanda. Los pasajeros de ambos barcos, que van a seguir tan opuestas direcciones cuando lleguen al Pacífico, se hablan sin esfuerzo alguno de cubierta a cubierta, pues sólo están separados por unos cuantos metros.

El funcionamiento de las esclusas es maravilloso por su rapidez; tiene la velocidad casi instantánea de las mutaciones escénicas; los buques ascienden, como los personajes de teatro, por un escotillón. Sube el nivel del agua vertiginosamente en las cerradas balsas cuadrangulares, y los dos

buques se elevan sobre la superficie marítima en la que flotaban poco antes. Su ascensión aumenta al pasar al segundo rellano acuático, luego al tercero, quedando finalmente a unos veinticinco metros sobre el nivel del mar.

Estas esclusas tienen más de 300 metros de longitud, 33 de ancho y 21 de profundidad, dimensiones que permiten ampliamente el paso de los navíos más enormes construidos hasta el presente. Unas locomóviles eléctricas tiran de los buques desde la ribera y los guían a través de las esclusas. Como éstas se hallan superpuestas formando tres rellanos, los pequeños demonios eléctricos corren por los taludes desafiando las leyes de la gravedad, saltan, se agarran al suelo como insectos, trepan casi verticalmente para pasar de un plano a otro.

Nada de humo ni de mugidos de vapor. Se adivina en torno la presencia de una fuerza silenciosa e irresistible, semejante a las energías que laten ocultas en la corteza terrestre. El manajo de cables que corre a un lado y a otro del canal guarda y regula las energías producidas por enormes fábricas de fluido eléctrico.

Vemos en las orillas estos edificios y otras construcciones destinadas a las necesidades del continuo tránsito: depósitos de carbón y de petróleo, atarazanas, talleres de fundición y de reparaciones, depósitos de útiles marítimos, almacenes frigoríficos, mataderos, fábricas de hielo, enormes lavanderías. Algunos grupos de edificios están cerca de los muelles de acero y hormigón; otros se alzan tierra adentro, medio ocultos por los bosques de cocoteros y palmeras. Los buques que cruzan el canal pueden ser reparados antes de lanzarse a uno de los dos océanos y proveerse igualmente de toda clase de abastecimientos.

En los sitios tenidos por estratégicos hay aglomeraciones de casas de madera con extensas galerías, sobre cuyas techumbres flota la bandera de los Estados Unidos. Son cuarteles-pueblos, donde viven los militares norteamericanos y sus familias, con todas las comodidades y amplitudes que da la gran República a sus defensores, además de pagarlos espléndidamente.

Ocho mil hombres guarnecen el canal y durante la última guerra llegaron a ser trece mil. Las baterías invisibles que defienden sus dos bocas están artilladas con las piezas más enormes conocidas hasta el presente. Las tropas cuarteladas en las dos orillas no salen nunca de la zona que pertenece a los Estados Unidos, cinco millas por cada lado. La pequeña República de Panamá lleva una existencia independiente y digna, sin sufrir intrusiones ni arrogancias de las autoridades americanas del canal. Éstas se limitan a vigilar y guardar este paso interoceánico tan precioso para la seguridad de su propio país y jamás saltan los límites territoriales que marcó un tratado. Muy al contrario de lo que creen muchos, tal vecindad resulta provechosa a los panameños; pues algo gana el pobre cuando tiene intereses comunes con un rico, y el continuo trato de ellos con los americanos influye visiblemente en la cultura y el progreso de la nación.

Después de las tres esclusas de Gatún, el *Franconia* entra en el lago de este nombre. El famoso río Chagres, que tanto utilizaron los españoles durante tres siglos, cuando pasaban el istmo para ir al Perú y a Chile, ha sido embalsado por los constructores del canal, deteniendo sus aguas para hacer más alto el nivel del lago y dar mayor profundidad a su navegación. Dicho lago se extiende con más o menos amplitud 38 kilómetros, hasta llegar a Gamboa, siendo la parte del canal que menos esfuerzos ha costado. En ella, más que excavar, lo necesario fue inundar las tierras.

Es en Gamboa donde empieza la obra más difícil y terrible, el corte de la cordillera, columna vertebral del istmo, el famoso Paso de Culebra, donde tantos hombres perecieron. Este desfiladero

acuático se extiende hasta las esclusas llamadas de Pedro Miguel, por el nombre de un pueblo cercano, y aquí termina la meseta y empieza la escalinata del lado opuesto. Nuestra nave descenderá allí un tramo, o sea las esclusas de Pedro Miguel, bajando al lago de Miraflores, que está todavía a 16 metros sobre el mar. Al final de este lago las esclusas de Miraflores lo harán descender al nivel del Pacífico, y navegando 13 kilómetros en una vía sin obstáculos, pasará por la moderna ciudad de Balboa, donde los norteamericanos tienen establecidos los centros más importantes del canal, y por la antigua ciudad de Panamá, cortando al fin con su proa las aguas del más grande de los océanos, después de una travesía que sólo dura unas ocho horas.

Están reglamentadas tan minuciosamente las funciones necesarias para el paso de los buques, sin un movimiento inútil, sin desperdiciar un minuto, que el tráfico resulta incesante en esta avenida interoceánica. Cuando la flota de guerra de los Estados Unidos —única que rivaliza con la de Inglaterra— pasó hace poco tiempo el canal de Panamá, bastaron veinticuatro horas para que docenas de enormes acorazados, con su acompañamiento de cruceros y torpederos, se trasladasen del Atlántico al Pacífico, viaje que antes les costaba semanas y semanas de navegación, dando la vuelta a toda la América del Sur por el cabo de Hornos.

Avanzamos con lentitud, pero continuamente por esta zanja enorme de agua dulce tendida como un guión entre los dos océanos. Formamos parte de la doble fila de buques que va y viene por ambas orillas, como los carruajes marchan al paso por una calle, rozando las dos aceras. Los nombres de estos buques, su procedencia y su destino, indican la importancia y la necesidad de una obra que ha cambiado la geografía y el comercio del mundo. Vapores tan grandes como el nuestro van directamente de Londres o de Nueva York a las repúblicas de lengua española que florecen en las orillas del Pacífico y antes sólo podían estar en contacto con el resto de la tierra valiéndose del rodeo enorme por el estrecho de Magallanes o del penoso trasbordo en el istmo de Panamá, todavía intacto.

Las grandes islas oceánicas han tomado igualmente esta ruta que las aproxima a Europa. Vemos pasar, cerca de nosotros, buques que vienen de Nueva Zelanda, de Australia o de los archipiélagos esporádicos de Oceanía. El Callao y Valparaíso, gracias a este canal, han perdido varios días de distancia entre ellos y los puertos del viejo mundo.

Al ver los cortes que los hombres tuvieron que abrir en la montaña para dar paso a las aguas, resurgen en mi memoria los incidentes dramáticos de la construcción del canal. Todos saben la historia de esta gran empresa dirigida por Lesseps, el cual quiso repetir en el istmo americano su gloriosa obra de Suez. Pero aquí la hazaña geográfica se convirtió en escandaloso negocio. El «gran francés», agotado mentalmente a causa de sus muchos años, fue conducido a la deshonra por financieros sin conciencia, y el nombre de Panamá quedó como sinónimo de estafa colosal, de corrupción de los poderes públicos. Tal empresa, que sirvió de pretexto en París para negocios delictuosos, realizó aquí obras importantes que aprovecharon luego los americanos, aunque muchas de ellas habían sido ejecutadas con imprevisión notoria y con desprecio de la vida del hombre.

Existe en la ciudad de Panamá un monumento a la gloria de Lesseps y varios sabios franceses que fueron sus precursores o colaboradores en este proyecto; entre ellos los marinos Bonaparte Wyse y Reclus, hermano del célebre geógrafo. Pero al mismo tiempo se acuerdan los panameños de la manera imprudente y mortífera con que los ingenieros franceses empezaron la realización de sus obras. Con una vehemencia que algunos llamarían «latina», sólo pensaron en el trabajo, olvidando las

precauciones necesarias para asegurar su continuación.

El material humano era abundante y fácil de renovar. Atraídos por los jornales enormes, llegaron cavadores de todas partes, amontonándose en campamentos recién formados sobre terrenos vírgenes, donde sólo el natural del país puede vivir por una larga aclimatación. De estos extranjeros venidos para trabajar muchos fueron españoles: el excedente de la emigración a las vecinas repúblicas hispanoamericanas.

Cuanto más grande fue la aglomeración de obreros, más enorme resultó la mortandad. Hoy, al recordar aquella época, se mencionan cifras de víctimas que parecen fantásticas. El vómito negro y otras enfermedades tropicales se cebaron en este amontonamiento humano. El corte de la espina dorsal del istmo podría rellenarse, según afirman algunos, con los cadáveres que costaron los primeros intentos de dicha obra. El Paso de Culebra adquirió una celebridad terrorífica en todo el mundo.

Al fin, los trabajos iniciados por la compañía francesa en 1882 se paralizaron a causa de su quiebra escandalosa. En 1904 los norteamericanos aceptaron la empresa de abrir el canal, adquiriendo con extraordinaria baratura los materiales traídos por sus antecesores. Todavía he visto yo en el Paso de Culebra poderosas dragas que son de la época francesa.

En lo último que pensaron los norteamericanos fue en abrir el canal. Consideraron más urgente estudiar el medio de que los hombres trabajasen con seguridad, cambiando las condiciones higiénicas del terreno. Se dedicaron, como en Cuba, a la destrucción del mosquito transmisor de la llamada fiebre amarilla. Luego —y esto fue lo más importante— realizaron obras enormes para purificar las aguas destinadas al consumo humano y sus trabajadores no tuvieran que beber el líquido tóxico de charcas y arroyos como en la época anterior. Sólo después de «perder su tiempo» en estos preparativos minuciosos, el gobierno de los Estados Unidos emprendió la obra, consiguiendo terminarla en un plazo relativamente breve y sin pérdida notoria de gente.

Necesitó dos años de preparación nada más y ocho de trabajo para realizar esta empresa de interés universal. En los primeros días de agosto de 1914 pudo ya abrirse al comercio del mundo esta vía que iba a cambiar sus derroteros. Pero en aquella fecha acababa de estallar la guerra europea y nadie fijó su atención en tal acontecimiento, que cada vez será más famoso, con el curso de los siglos, en la historia del progreso humano. Muchos combates célebres de la última guerra quedarán olvidados, como tantas y tantas batallas de la Antigüedad, mientras que las relaciones entre los hombres futuros y su vida política girarán en torno a este canal que ha partido el nuevo mundo, atrayendo con sus dos bocas el movimiento de todos los pueblos de la tierra.

El éxito financiero de esta obra, que en realidad sólo tiene cuatro años de existencia —fue inaugurada oficialmente el 12 de julio de 1920—, es la más clara demostración de su importancia. No es una compañía comercial de los Estados Unidos la que costeó las obras; fue el gobierno establecido en Washington.

Como el canal tenía una importancia política y de seguridad para la República de la Unión, su gobierno se lanzó a realizar la obra, sin ocurrírsele ni por un momento ver en tal empresa un éxito económico. Nunca creyó en posibles ganancias. Lo único que le interesaba, costase lo que costase, era poder trasladar rápidamente su flota de un océano a otro y poner en contacto marítimo los estados atlánticos del Este, donde se concentra la vida nacional, con los estados del Pacífico, que aún se hallan en el desarrollo de la adolescencia.

Pero a los ricos todo les resulta negocio. El gobierno de Washington invirtió en el canal

aproximadamente 350 millones de dólares, y a partir de su inauguración vio con asombro que acudían, pidiendo pago, buques de todos los pueblos de la tierra. Hoy, a los cuatro años de existencia, le produce 2 millones de dólares mensualmente, 24 millones de dólares al año, lo que da un interés muy respetable al capital que empleó con un fin puramente defensivo y sin espera de ganancia.

Todo buque tributa al paso un dólar por tonelada. El *Franconia*, para llevarnos del Atlántico al Pacífico, ha tenido que pagar 20.000 dólares por un viaje de unas cuantas horas, y creo que con otros gastos accesorios la suma llegó a 25.000.

A pesar del enorme peaje, la afluencia naval es cada vez más densa. Los norteamericanos, que lo conciben todo en grande, con el pensamiento puesto en las necesidades del porvenir, se equivocaron, quedándose cortos al calcular las dimensiones del canal. Éste empieza a resultar de una modestia inadmisibile para un pueblo que ama la vida amplia y los movimientos desembarazados y fáciles. Pronto se reanudarán las obras para dar más anchura a las esclusas y los pasos angostos, y en vez de dos filas de buques se deslizarán al mismo tiempo cuatro, doblándose el movimiento de la avenida interoceánica.

En los cortes de la montaña son continuos los desprendimientos de una tierra roja y compacta, que parece piedra adormecida en mitad de su solidificación. Los desprendimientos se repiten con frecuencia, y así seguirá ocurriendo hasta que los taludes de las orillas adquieran la estabilidad de las obras viejas. Pero los batallones de trabajadores negros, mandados por ingenieros y contramaestres blancos, que forman la policía del canal, velan día y noche, montados en locomotoras y dragas, para acudir inmediatamente a barrer los residuos del desprendimiento.

Nos anuncian en mitad del lago de Gatún que el tránsito del canal va a retardarse para nosotros unas cuantas horas. Acaba de ocurrir un desprendimiento en el Paso de Culebra, y un buque del calado del *Franconia* no pudo seguir adelante sin que el dragado ahueque el fondo del estrecho.

Nos sentamos a almorzar, resignados a una larga espera en este lago, que resulta agradable gracias al fresco vientecillo que levanta el buque al desplazarse, pero cuyas aguas parecen arder cuando aquél se detiene y vuelve a restablecerse la calma bochornosa del trópico.

Atraídos por la novedad del viaje marítimo entre bosques y montañas, he salido de mi camarote apoyado en un bastón, y arrastro la paralítica pierna por salones y cubiertas, huyendo de los espacios faltos de techo que reciben la caricia cáustica del sol. Nos divierte ver cómo asoman su lomo mal esculpido los caimanes del lago. Varios aviones de la guarnición americana del canal pasan tan bajos junto al buque, que podemos ver cómo sus tripulantes responden por señas a nuestros saludos... Una hora después vuelve a reanudar su marcha el *Franconia*. Todo está reparado, y pasamos lentamente entre dos filas de dragas enormes, que acaban de limpiar el fondo con la rapidez del que ejecuta un trabajo habitual.

Seguimos la navegación entre altas riberas cubiertas de bosques. El filo de estas orillas es muchas veces superior al piso más alto del buque. Corren por ellas numerosas bandas de negras, monstruosamente gordas, con nariz aplastada y ojos de impúdico fuego. Llevan banastas sobre sus cabezas con pirámides de cocos frescos y racimos de plátanos. Como el vapor avanza lentamente, ellas lo siguen al trote y nos arrojan sus frutos, gritándonos al mismo tiempo en un inglés de negro: «¡Money!... ¡money!».

Por la orilla baja, de espesa vegetación, siguiendo un sendero que abrieron junto al agua sus pies

descalzos, corren enjambres de negritos, cabezudos, con las negras lanas cortadas en forma de solideo, la panza enorme al aire, un saliente de carne en el lugar del ombligo y otro mayor que tiembla más abajo al compás del trote.

Todo este mundo de ébano y marfil, que salta y grita, mostrando sus luminosas dentaduras, vive en chozas cónicas de paja, cuyos remates asoman sobre el apretado ramaje de la selva.

No son del país. La gente de Panamá nunca ha tenido la tez tan oscura. Son familias de Jamaica cuyos varones están contratados en los trabajos del canal.

¿Cómo describir con palabras la exuberancia de este paisaje eternamente verde?... Su colorido resulta monótono porque se desarrolla siempre dentro del mismo tono, y sin embargo sus variedades son infinitas.

Hay otros países donde parece que todo queda dicho con anotar que su color es verde. En Panamá, esta palabra resulta pobre, inexpresiva, débil. Hay que repetir sin cansarse: verde, verde, verde, verde...

La tierra, roja o del mismo color negruzco que la piel del elefante o el tronco de la higuera, apenas si se deja ver como los filamentos de una red entre masas de vegetación de eterna frescura.

Nunca creí que un mismo color pudiera descomponerse en tantas gradaciones. Veo el verde amarillento y charolado de las hojas de los plátanos; el verde oscuro y metálico de otros árboles y arbustos. Hay verde de óxido, verde luminoso de piedra preciosa, verde suave de mar adormecido, verde dorado, como debió ser el de ondinas y sirenas.

Unas flores rojas, enormes, como estrellas incandescentes, abren sus puntas en el misterio de las profundidades verdes. ¿Quién podría decirme su nombre?...

De las marañas de la selva brotan tropesles de mariposas. Revolotean formando nubes sobre el buque, se cuelan por todas partes como enjambres de moscas, se dejan aprisionar con la torpeza de la inocencia.

Loros y monos hacen estremecerse las ramas de los árboles, siguiendo con saltos invisibles la lenta marcha del buque a través de los bosques.

¡Oh, Panamá la Verde!...

## Panamá la verde

El novelesco Balboa.—Su descubrimiento del Mar del Sur.—El primer europeo que se embarcó en el Pacífico.—Mortandad de colonizadores al pasar el istmo de Panamá.—El primitivo proyecto del canal ideado por los españoles.—El saqueo de Panamá la Vieja por los piratas.—Me bajan en andas para visitar la ciudad.—El presidente Porras y la juventud intelectual. —Las escuelas de Panamá.—Versos en la noche.—De una acera a otra.

El primer descubridor de las costas atlánticas de Panamá fue Rodrigo de Bastidas, un escribano de Sevilla, que abandonando sus legajos se dedicó a navegante. Fue tal el entusiasmo aventurero en España después del primer viaje de Colón y los Pinzones, que, según dijo un escritor de aquella época, «hasta los sastres quisieron meterse a descubridores».

Colón navegó después frente a las mismas costas. Empezaba a dudar que las tierras encontradas por él fuesen las de Cipango y Catay (el Japón y la China), y buscaba un estrecho, un callejón marítimo que le permitiese pasar al otro lado, donde presentía un nuevo mar y el Asia tan buscada. Con este objeto tanteó la costa, esperando dar con un canal que sólo debía existir cuatro siglos después, y hecho por industria humana.

Sucesivas expediciones de españoles se establecieron en esta tierra, fundando Santa María la Antigua de Darién, Nombre de Dios, Portobelo y otras poblaciones famosas en la historia de la colonización. Uno de los héroes más extraordinarios de tal epopeya geográfica surge en Panamá, Vasco Núñez de Balboa, personaje de novelesca vida, superior a Cortés y a Pizarro, pero que tuvo la desgracia de morir joven, sin encontrar las riquezas que éstos en sus descubrimientos. Mas a pesar de su corta existencia, sirvió al progreso humano mejor que los conquistadores de México y del Perú, encontrando el llamado Mar del Sur, que años después bautizó Magallanes con el impropio nombre de Pacífico.

Las altas y fragosas montañas del istmo me hacen recordar los episodios del descubrimiento de Balboa. Con ciento noventa españoles y algunos indios, salió en septiembre de 1513 de la ciudad de Darién para convencerse de si era cierta la existencia de un mar en la otra vertiente de la cordillera. Tan difícil era la marcha a través de ríos y bosques, que para hacer diez leguas necesitaba cuatro días. Tuvieron que reñir, además, con las tribus belicosas del istmo, que usaban «flechas de hierba», o sea envenenadas.

Un cacique amigo afirmó a Balboa la existencia del misterioso mar, señalándole una montaña lejana desde cuya cumbre podría verlo. Otros indios le dieron prendas de oro, muy bien trabajadas, traídas de los países del gran mar que iba buscando, y añadieron que en este mar había grandes barcos con velas, parecidos a los de los españoles. Se referían indudablemente al Perú, y es posible que de no ser decapitado, años después, Balboa, por su rival el gobernador Pedrarias, habría continuado sus exploraciones por el Pacífico, descubriendo el imperio de los incas, en vez de Pizarro, que vivía a sus órdenes como oscuro lugarteniente.

Cuando la partida de españoles, batallando con los indígenas, llegó a la cumbre de la citada montaña, veintiséis días después de haber salido de Darién, todos pudieron ver la inmensidad del mar deseado. El sacerdote, Andrés Varas, capellán de la expedición, entonó un Te Deum, que sus



compañeros oyeron de rodillas. Después colocaron en aquel paraje una cruz, hecha con dos troncos de árbol, sobre un montón de piedras.

Para bajar hasta las playas del nuevo océano tuvieron que reñir nuevos combates con las tribus de esta vertiente. Un destacamento enviado por Balboa a explorar el país llegó antes que él a la costa, y su jefe, llamado Alonso Martín, se apresuró a embarcarse en una canoa de indios, haciéndose dar por sus hombres un testimonio de que era el primer europeo que navegaba en estas aguas, llamadas por unos Mar del Sur y por otros Mar Grande. Luego envió aviso a Balboa para que siguiese el mismo camino hasta la costa.

Los hombres de la expedición, entusiasmados por el descubrimiento de este océano misterioso, bebieron en sus manos el agua cargada de sal. Balboa, cubierto con su armadura, la espada en una mano y en la otra un estandarte que tenía pintada la imagen de la Virgen, entró en él hasta las rodillas y tomó posesión de su inmensidad en nombre de los soberanos de Castilla.

Fue durante muchos años la travesía del istmo un trayecto en extremo penoso que debían arrostrar inevitablemente los que iban de España a las Indias del Pacífico. La fama de las grandes riquezas del Perú hizo pasar por Panamá la corriente humana más numerosa de la conquista, y tales eran las dificultades del camino, que en menos de medio siglo sucumbieron 40.000 españoles, sin que tan gran mortandad desalentase a los aventureros. Al desembarcar en la costa atlántica remontaban sobre lentas barcazas el río Chagres hasta Cruces, y luego seguían un penoso camino por las montañas para llegar a la ciudad de Panamá. Otros marchaban por la vía de Portobelo, que era no menos peligrosa.

Tan enormes penalidades en el cruzamiento del istmo atraeron la atención de inteligentes españoles de aquella época, haciéndoles trazar proyectos para un nuevo paso interoceánico, que fueron presentados a la corte de España. En estos proyectos, la apertura del istmo de Panamá era casi igual a la forma que tiene actualmente. Aprovechaban el curso del río Chagres, cortando luego la cordillera en los mismos sitios escogidos por los ingenieros modernos. Los estudios de los españoles a principios del siglo XVI han servido indudablemente de base a los que acometieron la obra a fines del siglo XIX.

La España de aquella época, abrumada por una grandeza fatal, teniendo que atender al gobierno de medio mundo, no podía acometer una obra tan gigantesca, solamente posible con el auxilio de los progresos industriales de nuestro tiempo. Pero escritores de entonces, como Gomara y otros tratadistas de América, la creyeron factible, afirmando jactanciosamente que un rey de España tenía riquezas y poder de sobra para atreverse a empresas todavía más difíciles. En aquellos años de continuos descubrimientos y maravillosas conquistas, que vieron a muchos soldados oscuros apoderarse de reinos enormes, todo parecía hacedero.

Durante tres siglos de dominación española, la rica ciudad de Panamá fue el centro distribuidor de lo que hoy se llama América del Sur. Las flotas de España desembarcaban sus cargamentos en Portobelo, y a través del istmo pasaban éstos a Panamá, residencia de los altos empleados de la Hacienda española. De Panamá salían expediciones para el Perú, alto y bajo; para Chile; para Tucumán, y Córdoba, en lo que es hoy República Argentina, y las expediciones de vuelta desde los citados países a la metrópoli seguían el mismo camino.

Tanta era la importancia de la ciudad de Panamá, que los piratas ingleses y franceses, guarecidos en el mar de las Antillas para robar las posesiones españolas, hicieron una expedición contra ella, capitaneados por Morgan, famoso bandido del mar, al que ennobleció luego Inglaterra. En aquellos

siglos la política inglesa no fue un modelo de lealtad. Los reyes de Londres ajustaron repetidas veces tratados de paz con los reyes de Madrid, y al mismo tiempo dejaban que muchos aventureros de su país se dedicasen a la profesión de piratas, saqueando las ciudades españolas de América, indefensas o descuidadas. Y si no caían prisioneros y eran ahorcados, les daba títulos nobiliarios y puestos públicos al volver a Inglaterra cargados de riquezas.

A cierta distancia de la ciudad de Panamá existen las ruinas de la vieja Panamá, robada e incendiada por los filibusteros que pasaron el istmo, dirigidos por Morgan. Estas ruinas ofrecen hoy un aspecto interesante, pues las ha embellecido la extraordinaria vegetación del trópico, cubriéndolas en parte con su follaje. Las más de las casas del antiguo Panamá eran de madera, y desaparecieron completamente; pero la catedral y los edificios del gobierno, por ser de mampostería, sobrevivieron al incendio. Entre las murallas todavía en pie de los caserones que en otros siglos guardaron las remesas de oro del Perú y de Chile, en espera de la flota real, han crecido ramajes gigantescos, como sólo pueden verse en estas tierras. La torre de la catedral, tapizada de plantas trepadoras, recuerda las eternas ruinas que sirvieron de escenario a tantos episodios de la literatura romántica.

He visto los restos de Panamá la Vieja a la hora más favorable para estas visitas. Acababa de cerrar la noche. Árboles enormes extendían sus masas, como borrones de tinta, sobre la lámina celeste acribillada de puntos de luz. Los faros de nuestro automóvil subieron y bajaron, abarcando en sus mangas luminosas los restos de la antigua ciudad española. Así vimos surgir del misterio de la noche, con un resplandor purpúreo de incendio, el campanario de la derruida catedral y las murallas todavía en pie de las casas del gobierno. Antes había visto a la luz del sol la actual ciudad de Panamá, la que fundaron los españoles en sitio más favorable para la defensa, después del saqueo de los piratas, y que es hoy capital de la joven República que lleva su nombre.

En las primeras horas de la tarde se detiene el *Franconia* en las esclusas de Pedro Miguel. Los pasajeros van a descender aquí para visitar la ciudad y las poblaciones recientemente creadas en la zona interoceánica.

Horas antes ha subido al buque un joven colombiano que es intérprete español de las oficinas del canal. Las autoridades norteamericanas tienen expertos en todos los idiomas del mundo civilizado, y los envían a los buques que pasan, para comodidad de capitanes y pasajeros. Este intérprete viene a saludarme en nombre del gobernador americano del canal, y con él llegan otros empleados nacidos en los Estados Unidos, pero aficionados a la lectura de libros en español, que desean conocerme personalmente. Me dicen que en las esclusas van a recibirme una comisión enviada por el gobierno de Panamá y un grupo numeroso de españoles. Además, el presidente de la República me espera en su palacio a la hora del té.

Escucho estas noticias medio tendido en un sillón de cubierta. ¡Cómo moverme, con una pierna que no obedece a mi voluntad!... Pero en Pedro Miguel, donde empiezan a descender los pasajeros del *Franconia*, veo muchos señores que me aguardan y también a lo lejos, en la tierra firme, varios automóviles adornados con banderas de España y de Panamá. Pienso que tal vez no podré volver nunca a esta tierra, tan hermosa por su vegetación, tan interesante por sus recuerdos históricos, y sentiré remordimiento de no haberla visitado a causa de una enfermedad olvidada ya entonces.

Miro mi pierna como a un enemigo que necesito vencer. Debo bajar a tierra, como los otros pasajeros, que no pueden sentir por Panamá el mismo interés que yo. Desciendo del buque en andas, lo mismo que una imagen de procesión, sentado en una silla de junco sostenida por dos gruesos bambúes.

Estos bambúes los apoyan en sus hombros cuatro camareros ingleses. Así me llevan por las pasarelas de las esclusas hasta los automóviles embanderados.

Emprendemos la marcha, formando una larga comitiva de vehículos, y la novedad y variedad de las impresiones que voy recibiendo me hacen olvidar mis torturas físicas. Los caminos de Panamá se hallan tan bien cuidados, que puede correrse por ellos como en una avenida asfaltada. Pasamos por barrios que habitan los negros empleados en el canal. Sus casas son a modo de grandes jaulas. Tienen enormes aberturas para su refrescamiento por medio del aire, con cierres de tela metálica que las defienden de los insectos.

Dentro de la capital llama inmediatamente mi atención la limpieza y regularidad de su pavimento. Es de ladrillos rojos puestos de canto, duros como la piedra, cristalizados, sin que un tránsito continuo cause en ellos desgastes visibles.

Panamá guarda un aspecto de antigua colonia española, pero elegante, aristocrático. Fue una ciudad de ricos comerciantes, con sucursales en Lima y otros mercados de la América del Sur; de oidores y altos empleados de la Península. Los edificios algo antiguos tienen balcones de madera de gran vuelo, que son a modo de salones adosados a las casas, pues en ellos pasaban las señoras la mayor parte del día y recibían sus visitas. La catedral hace recordar los templos andaluces. La antigua muralla, empleada como paseo en su parte alta, atestigua que Panamá tiene varios siglos y una historia propia.

El palacio del presidente de la República es pequeño, pero está situado frente a uno de los puntos de vista más hermosos que puede ofrecer el Pacífico. Su construcción ofrece una mezcla interesante. Tiene algo de árabe, como recuerdo de la madre España, y mucho de un estilo que pudiera llamarse panameño. El patio central del edificio brilla con suave resplandor, semejante a la luz nacarada de los bajos fondos del océano en las horas meridianas, cuando la luz solar desciende verticalmente. Columnas, arcos y muros están hechos de pequeños fragmentos de concha-perla. No hay que olvidar que el famoso Archipiélago de las Perlas, tan mencionado en la historia de América, está a pocos kilómetros de aquí, en el golfo que tiende su curva ante el palacio, y cuyas aguas azules cortan el arco de su puerta.

En el centro del patio hay una fuente también de nácar, y en ella varias muestras de la fauna nacional. Sumidas en el agua veo algunas tortugas, de las que dan la fina concha llamada carey. Dos garzas domesticadas permanecen inmóviles y pensativas en el borde del tazón, como dos ibis empequeñecidos.

Me recibe el Presidente con una cortesía familiar y aseñorada al mismo tiempo. Es el doctor Belisario Porras, hombre de gran experiencia política, que ha escrito además con galanura estudios interesantes sobre la historia moderna de su país. Me anima cariñosamente a subir al último piso, desde cuya terraza se goza una vista muy interesante de la ciudad y el golfo. En los frescos salones inmediatos a dicha terraza es donde se reúnen las señoras a la hora del té, en esta tierra tropical. Me ofrece su brazo y poco a poco voy realizando la penosa ascensión.

Encuentro arriba elegantes damas norteamericanas, esposas o hijas de los altos empleados del canal y de los jefes y oficiales de su guarnición. Mezcladas con ellas hay numerosas señoras de Panamá, que guardan en su hermosura y en la gracia de palabras y ademanes mucho del origen español de sus abuelas.

Desde esta altura me va explicando y señalando el Presidente todo lo notable que lleva hecho la joven República de Panamá, absteniéndose de recordar que es él quien ha tomado las más de tales iniciativas. Veo de lejos y a vista de pájaro lo que luego voy a contemplar de cerca, en un rápido viaje por los alrededores: el gran hospital, único en el mundo, destinado al estudio de las enfermedades tropicales; los diversos edificios dedicados a la enseñanza; el monumento a la gloria de Vasco Núñez de Balboa, que dentro de pocos meses va a ser inaugurado.

Se nota en Panamá un espíritu de imparcialidad histórica, de gratitud al pasado, que extiende su influencia hasta los extranjeros. El gobierno del país elevó espontáneamente este monumento al descubridor del Pacífico. Los norteamericanos, al crear en su zona una ciudad paralela a la de Panamá, la han dado el nombre de Balboa. Una de las plazas más hermosas de la capital se llama de España, y se alza en el centro de ella la estatua de Cervantes.

El presidente Porras, tal vez por ser escritor, tiene en torno de él, como colaboradores políticos, a muchos jóvenes dedicados a las letras. Bajo su gobierno la instrucción pública se ha ido desarrollando con una rapidez y una amplitud como sólo pueden verse en los Estados Unidos.

Un catedrático, joven y de gran talento, Octavio Méndez Pereira, es el director de Instrucción pública, que secunda y ejecuta los planes educativos del Presidente. Voy conociendo a varios poetas jóvenes, de un sentimentalismo sincero y con una visión intelectual siempre clara y precisa, que desempeñan igualmente altos cargos públicos.

Apoyado en un bastón y arrastrando la pierna, me despido de la distinguida esposa del Presidente y las damas norteamericanas y panameñas que han venido para conocer al autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y sólo han visto a una especie de inválido que no puede dar un paso sin pedir apoyo y hacer gestos de dolor.

Sentado otra vez en el automóvil, vuelvo a contemplar las cosas con el optimismo del que descansa unos momentos luego de haber sufrido enervantes dolores.

Fuera de la ciudad me interesa otra vez la flor enorme y roja, abierta como una estrella de fuego, que se destaca sobre el verde infinito de la vegetación. Pregunto cómo se llama a Méndez Pereira, y éste sonrío.

—No sé su nombre científico —dice vacilando—; pero aquí la gente del país la llama... «papo de la reina».

¡Yo que esperaba un nombre dulce y poético!... Luego pienso que el vulgo ha asociado siempre la idea de grandeza con la de majestad real, y por eso, al querer dar nombre a esta flor sanguínea y desmesuradamente abierta, sólo pudo pensar en... la flor de una reina.

Entrada ya la noche, mis compañeros de letras, que son directores generales, subsecretarios de ministerio o desempeñan otros altos empleos en esta pequeña y tranquila República, presidida por un escritor, me llevan a comer al club principal de la ciudad.

Este hermoso edificio tiene por un lado las antiguas murallas españolas y en su fachada opuesta los balconajes dan sobre el maravilloso espectáculo del golfo. La comida es suntuosa. La gente rica de Panamá sabe vivir bien por tradición, adoptando además los usos elegantes de los viajeros de todos los países que pasan por su canal.

A los postres, mis nuevos amigos me recitan sus versos, y lo que tal vez resultaría inoportuno y penoso en otros lugares, proporciona aquí un verdadero placer. Al otro lado de la floreada mesa y la

baranda de la galería, extiende el Pacífico su oscura y murmurante superficie, poblada de luces de buques y de reflejos serpenteantes de astros. Y en esta penumbra, agitada por el aliento oceánico, que parece traernos la respiración de mundos que viven al otro lado de la tierra, suenan las voces de los poetas expresando sus melancolías amorosas o su lealtad patriótica; el amor a la mujer pálida, de grandes ojos, aterciopelada y olorosa como la noche del trópico; la fidelidad a la tierra natal, que cuanto más pequeña es, con más entusiasmo la defendemos.

Cerca de media noche vamos en busca del *Franconia*, que flota ya en las aguas del Pacífico, a la salida del canal. Corre el automóvil a través de parques públicos, exuberantes como selvas; atravesamos poblaciones limpias, ordenadas, de monótona regularidad, todas ellas con casitas entre jardines, iguales a las que existen en la Florida o en California. Son los barrios de la ciudad de Balboa. En lo alto de una colina se destaca sobre el firmamento, ocultando con su masa oscura numerosas constelaciones, un edificio que parece interminable, el de las oficinas del gobierno del canal.

La ciudad de Panamá queda topográficamente dentro de las diez millas que se concedieron a los norteamericanos para la defensa de sus obras, pero, como era lógico, ha conservado una absoluta independencia. Penetra sin embargo hondamente en dicha zona, y a causa de ello, en una sección de sus afueras, basta caminar unos cuantos metros para haber saltado de la República de Panamá con sus leyes de nación libre y soberana a la República de los Estados Unidos con su legislación federal, discutida y votada en el Capitolio de Washington.

En una esquina es delito beber líquidos alcohólicos, y se castiga con severas penas llevar una botella de vino, como si fuese un arma prohibida. En la esquina de enfrente, el comerciante español, chino o griego, tiene abierta su tienda de bebidas o su café.

El trabajador norteamericano, el soldado, el marinero, y quién sabe si algunas veces el policía encargado de la observancia de las leyes, no tienen más que dar unos cuantos pasos fuera de la acera, y al llegar a la acera de enfrente, les es lícito emborracharse hasta caer al suelo, revolcándose en él cuanto quieran con absoluta libertad.

## Las costas del Pacífico

Los tres colores del trópico.—Envidiando a Robinsón.—La madrastra Naturaleza.—Desfile de tortugas.—Las malas costumbres de la guerra.—La Nao de Acapulco.—Cómo los galeones del virreinato de México atravesaban el Pacífico.—50.000 pares de medias de seda en cada viaje.—El centinela que se durmió en la muralla de Manila y despertó en la plaza Mayor de México.—El protestantismo y el canto.—Temporal frente a Los Ángeles.

Después de Panamá empiezan las navegaciones más extensas del viaje alrededor del mundo.

Cuando llegemos a Asia, las escalas serán cortas; bastará un par de días para que el buque haga la travesía entre dos puertos célebres. El más viejo de los continentes tiene encima de su costra los grupos más densos de humanidad; pueblos que bullen como colmenas, mares interiores, golfos, estrechos e islas, en cuyas orillas son incontables las ciudades. Aquí estamos en la inmensa soledad del Pacífico, donde las olas deben rodar sobre la superficie de medio planeta para ir de una ribera a otra.

Necesitamos tres navegaciones algo largas, comparadas con las del resto del viaje, para salvar el más extenso de los océanos; de Panamá a San Francisco, ocho días siguiendo las costas de América Central, México y California; de San Francisco a las islas de Hawai, archipiélago solitario en mitad del Pacífico, seis días; y desde ellas al Japón, diez.

Al salir de Panamá, la serena y luminosa esplendidez del Pacífico tropical nos envuelve durante una semana. El mundo parece tricromo, como si no existiesen en él otros colores que el azul, el verde y el blanco. El cielo es eternamente azul; las aguas de un verde dorado y clarísimo, que mantiene su transparencia a enormes profundidades; las crestas de las olas, al levantarse como cascadas invertidas en los arrecifes de las islas, tienen, lo mismo que las nubes, una blancura inmaculada, que parece de los primeros días del planeta, cuando la vida animal aún no había contaminado la pureza de los primitivos ensayos de la creación. Las costas de la tierra firme y las islas de graciosos nombres españoles, inventados por los navegantes del descubrimiento, no añaden ningún color nuevo. Todas son verdes como el mar, pero de un verde más oscuro, semejante al de los óxidos metálicos.

El suelo desaparece bajo la arrolladora vegetación. Lianas y matorrales luchan trabando sus brazos retorcidos, y por encima de esta selva en muda batalla, cortan el aire graciosos y aéreos ramilletes de palmeras y cocoteros. En la orilla, cabos e islotes están festoneados con una doble fila de plátanos.

Muchos, al contemplar acodados en la cubierta esta Naturaleza libre, en la que solamente muy de tarde en tarde alcanzamos a ver con los anteojos marítimos alguna hormiga de paso vertical, que es un hombre, sienten deseos envidiosos de repetir la aventura de Robinsón. ¡Qué felicidad vivir en una de estas islas que ignoran el invierno, donde los árboles dan espontáneamente sus frutos alimenticios de azucarada pulpa, y el agua cristalina se pierde cayendo por el acantilado en hilos de plata!... Ricas damas acostumbradas a todos los refinamientos de la civilización se sienten de pronto con un alma primitiva, y fantasean sobre la poética existencia que puede llevarse en estos lugares esplendorosos, saboreando las ventajas de un salvajismo dulce.

Yo que he vivido en terrenos desiertos de América, sufriendo las penalidades del colonizador, quiebro con mi pesimismo tales ilusiones. Sé por experiencia que la Naturaleza sólo es madre cuando

el hombre la ha vencido y esclavizado, haciéndola saber que existe. Donde los humanos no la pisotearon en masa durante siglos y no la golpean y desgarran todos los años con millares de brazos y de máquinas, es una madrastra que nos ignora y nos abrumba bajo sus exuberancias crueles, más aún que a los seres inferiores, mejor preparados para amoldarse a sus asperezas.

Dejo de contemplar las islas de lujuriente vegetación. Prefiero el espectáculo del mar con la fauna innúmera que hierve en sus entrañas. En el Pacífico puede uno persuadirse, por observación directa, de que la vida marítima es infinitamente superior en intensidad a la terrestre. Como toda vida empezó a formarse en el mar y procede de él, es en los océanos donde queda más numerosa y latente. Los que, acostumbrándonos al mar fluido de la atmósfera trepamos por las sinuosidades de la corteza terrestre recién enfriada, fuimos menos numerosos que los que permanecieron para siempre a nuestras espaldas, no queriendo abandonar el elemento originario.

En los mares de Europa, devastados por una pesca excesiva, y empobrecidos por la aridez creciente de sus fondos, resulta difícil convencerse de la posibilidad de esta hipótesis científica. En el Pacífico tropical, frente a las costas de América del Centro, el agua parece herir con el chisporroteo de las bandas de peces que huyen ante la proa del buque. Algunos, al saltar fuera del agua, dan varias vueltas en el aire, muestran su panza blanca, y se dejan caer cómicamente de costado, con una gracia de payaso torpe.

Durante las horas meridianas, van desfilando sobre la llanura verde y dorada, con la tranquilidad que proporciona la ignorancia del peligro, largas hileras de tortugas. Son enormes y llevan a flor de agua su duro escudo de carey, isla flotante en la que vienen a descansar las aves marinas vagabundas, mientras por abajo mueven sus patas rugosas de lagarto y su cabeza de serpiente tonta.

Atraídos por la novedad de estos blancos, el comandante y los oficiales que están en el puente empiezan a tirar sobre ellas con pistolas y carabinas. Muchas damas americanas pertenecientes a sociedades protectoras de animales protestan con indignación, y al poco rato cesa el tiroteo.

Esta carnicería inútil es una consecuencia de la guerra reciente. En el *Franconia*, desde el primer jefe al último camarero, todos llevan en el pecho condecoraciones militares. Se han batido sobre el mar en navíos de combate, o han arrojado en buques mercantes el torpedazo mortal durante cinco años. El criado que me sirve a la mesa naufragó dos veces por haber echado a pique los submarinos alemanes los barcos en que iba. Los más de sus camaradas pueden contar aventuras semejantes. Acaban de atravesar un período de la historia humana en que el hombre daba caza al hombre, lo mismo que en los tiempos prehistóricos, y matar era función diaria y natural. Y en este océano tranquilo, luminoso, dulce, al ver junto a los costados del buque el confiado desfile de unos animales enormes y pacíficos, lo primero que se les ocurre es echar mano a sus armas de fuego, por la satisfacción vanidosa de comprobar y lucir sus habilidades de tirador.

Cuando cesan los disparos, vuelven las tortugas a continuar su viaje por las dos bandas del buque, con la tenacidad de las hormigas que reanudan su procesión después de la pisada catastrófica del viandante. El océano refleja el cielo como un espejo de suave color de turquesa, y repite en su fondo las nubes del horizonte cual si fuesen leves empañamientos de su cristal.

Para acortar la navegación nos separamos de tierra, y durante unos días sólo vemos mar y cielo en torno del buque; pero sabemos que vamos navegando ante Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala, a más de cien millas de su litoral.

He cesado de sufrir la cosquilla ardiente de los rayos violeta, que parecen freír la carne. Ya puedo

marchar por todo el buque apoyado en un bastón. El nudo ciático se ha deshecho y la pierna recobra poco a poco su funcionamiento normal. La vida vuelve a parecerme interesante.

Una mañana surgen montañas ante la proa. Son las costas de México. La tierra sale a nuestro encuentro, y vamos a seguirla, con ligeros eclipses, hasta California. Va pasando por el costado de estribor una sierra altísima, que aún parece más enorme al descender directamente al mar sin que nada la encubra. En su ribera se alzan sobre las aguas dos montañitas redondas y graciosas, como dos pechos femeninos. Deben ser de gran altura, y sin embargo parecen algo pueril y frágil, dos juguetes, en comparación con la cordillera que se yergue detrás cubriendo gran parte del cielo.

En una de estas montañitas hay un mástil de telegrafía inalámbrica. En la cumbre de la otra, un viejo castillo. Es Acapulco.

Este nombre sólo significará para muchos lectores el de un modesto puerto mexicano, si es que lo han oído alguna vez. Tal ignorancia nada tiene de extraordinaria, pues la gran mayoría de los españoles cultos también se hallan en el mismo caso. Y sin embargo, durante tres siglos Acapulco fue uno de los puertos más importantes de la colonización española, y la llamada Nao de Acapulco el servicio marítimo más regular, más extenso y audaz que existía en el mundo.

Sabido es que Magallanes, después de encontrar el paso que lleva su nombre, buscó al lanzarse en el Pacífico el famoso archipiélago titulado de la Especiería, a causa de sus abundantes especias: el llamado «Maluco» por los geógrafos de entonces, o sea las actuales Molucas, propiedad de los holandeses. En aquellos tiempos eran los portugueses los que explotaban dichas islas, pero Carlos V envió la expedición de Magallanes porque éste y su camarada el cosmógrafo Rui Falero le hicieron ver que el Maluco correspondía a sus dominios, a causa de haberse trasladado, de acuerdo con Portugal, trescientas leguas hacia occidente la antigua línea de demarcación trazada por el Papa de arriba abajo del planeta, dividiendo los nuevos descubrimientos entre portugueses a oriente y españoles a occidente.

Pero Magallanes murió combatiendo a un reyezuelo de una de las islas que después fueron llamadas Filipinas, sus principales capitanes perecieron asesinados a traición en un banquete de otro reyezuelo, y el último buque de la flota, bajo el mando de Sebastián Elcano, tuvo que volverse a España, dando vuelta a toda la redondez del planeta por primera vez en la historia humana, pero sin haber tomado posesión del Maluco.

Años después, Legazpi cimentó y organizó la conquista de Filipinas, y aunque España no fue dueña nunca de las islas de las Especias, pudo establecer cerca de ellas un mercado para su adquisición, que fue Manila. Entonces empezó la importancia interoceánica del puerto de Acapulco. Las naves españolas no podían hacer un tráfico regular con Filipinas siguiendo todo el contorno de África y de Asia. Tampoco resultaba comercial repetir la hazaña de Magallanes pasando por el estrecho que lleva su nombre. Esta navegación, que exigía años, sólo podía realizarla entonces un descubridor o un pirata. Era preciso acortar el camino con la colonia oceánica, y el gobierno de Madrid se aprovechó de la comunicación que tenía establecida con México, prolongándola a través del Pacífico.

Los primeros galeones para Manila salieron del Perú porque los vientos normales favorecían la navegación desde El Callao; pero en cambio, el viaje de vuelta resultaba difícil por ser los vientos contrarios. La ruta fue modificada, y estos galeones se trasladaron al virreinato de México, saliendo



del puerto de Acapulco por resultar más favorables las corrientes atmosféricas del hemisferio Norte, a la ida y a la vuelta.

El gobierno y los comerciantes de la metrópoli enviaban sus pliegos oficiales y sus órdenes de compra a México, y el correo, atravesando el país de este a oeste —lo que no era siempre fácil, pues abundaban los bandoleros y las partidas de indios bravos—, lo llevaba todo al puerto de Acapulco, en el Pacífico. Allí encontraba a la famosa Nao, que solía ser un buque de los más grandes de su época: un galeón de 1500 toneladas, algo extraordinario, como un *dreadnaught* o un trasatlántico gigantesco de nuestra época.

El virrey de México tenía a sus órdenes dos o tres naves de esta especie. Salía un galeón por año para las Filipinas y a veces dos, según las necesidades del comercio.

Poco a poco dejaron de traer especias de la colonia oceánica, pues los portugueses y holandeses se las procuraban a Europa por la ruta de Oriente. Era la China la que abastecía con sus riquezas el mercado de Manila. Más de 20.000 chinos vivían en dicha ciudad como mercaderes, orfebres y tejedores de seda. La famosa Nao, al llegar procedente de Acapulco, se abarrotaba de telas de la India, muselinas pintadas, mantones bordados, obras de plata, y especialmente de medias de seda. En cada viaje llevaba cuando menos 50.000 pares. La media de seda era en las ricas ciudades de la América española el mayor de los lujos. Las damas de México y de Lima, que se tapaban la cara con la mantilla para aumentar el misterio de sus ojos, llevando al mismo tiempo su hueca falda tan corta como la de una bailadora, solían cambiar de medias tres veces al día.

Al navegar de Manila a Acapulco, resultaba tan enorme el cargamento de la Nao, que gran parte de sus cañones quedaban desmontados y guardados en la bodega para dejar más amplio espacio en los entrepuentes. Su tripulación de soldados y artilleros era menos numerosa en esta travesía. Además, los piratas no podían sentirse tentados por el abordaje de un navío que sólo llevaba riquezas comerciales, fáciles de robar en cualquier puerto asiático, y muy voluminosas.

El famoso galeón excitaba la codicia de los ladrones del mar en su viaje de vuelta, de Acapulco a Manila. En esta travesía apenas llevaba cargamento; pero todos los cañones iban montados, la tripulación estaba completa, y además el gobierno aprovechaba el viaje para enviar soldados a la guarnición de Manila. La Nao de Acapulco llevaba entonces 600 combatientes y a veces más. Sus pasajeros eran contados mercaderes en relación con los comerciantes de Manila, que emprendían tan enorme viaje para hacer nuevos tratos con ellos.

La vida a bordo del galeón era la de un buque de guerra. Al llegar a los archipiélagos oceánicos había vigías en las islas de Guam y de Batán, que le avisaban por medio de llamaradas si el mar estaba libre o si algún pirata inglés navegaba desde meses antes por estos pasos, en espera de la famosa Nao. En tal caso, el capitán, que tenía título de general, anclaba en cualquier bahía segura del archipiélago filipino, echaba su cargamento a tierra, así como una parte de sus cañones y soldados, y en esta posición terrestre y defensiva aguardaba la noticia de que el camino estaba libre.

El cargamento de regreso, que apenas ocupaba una parte de la cala, era el más necesitado de defensa. Consistía en dos o tres millones de duros que enviaban los comerciantes de América a los de Filipinas como precio de sus artículos: cajones llenos de piezas de plata, brillantes y recién acuñadas en las Casas de Moneda de México. Hubo piratas que pasaron dos años vagando en el Pacífico con la esperanza de sorprender a la Nao de Acapulco y alguno de ellos lo consiguió, enriqueciéndose en pocas horas.

Hasta el siglo XVIII se mantuvo esta navegación. La Nao salía de Manila en el mes de julio y llegaba a Acapulco en diciembre o enero. Ésta era la travesía más larga. Luego, en marzo, emprendía la vuelta a Manila, llegando a mediados de junio. Un año aproximadamente invertía en su viaje redondo de ida y vuelta.

Este comercio con Filipinas, a través de las posesiones españolas de América, enriqueció durante tres siglos los palacios de México y Lima, dejando en ellos gran cantidad de sederías, obras de orfebrería y porcelanas.

Muchos capitanes españoles al regresar de Filipinas se quedaron en México y el Perú, o sea en mitad de su camino, como si les faltase fuerzas para abandonar del todo un mundo nuevo, volviendo a la sociedad reglamentada, ceremoniosa y rutinaria de la península natal. En la ciudad de Puebla (México) vive la religiosa memoria de la llamada «China Poblana», una princesita china que vino de Manila en la Nao de Acapulco, y convertida al catolicismo acabó por morir en olor de santidad.

Con la afición característica de los mestizos a creer en brujerías, milagros y relatos mágicos, el populacho mexicano siempre que inventaba algo inverosímil escogía como lugar de acción la remota ciudad de Manila, de donde aportaban los galeones de Acapulco tantas cosas maravillosas, tejidas y labradas.

Allá por los últimos años del siglo XVII, los vecinos de la ciudad de México, al ir a la catedral para oír misa en las primeras horas de la mañana, vieron a un soldado que se paseaba con el fusil al hombro por la plaza Mayor, como si estuviese de centinela. Por ser esto una novedad inexplicable, las autoridades hicieron llamar al soldado, y éste miró con asombro en torno de él, cual si despertase, no conociendo lo que le rodeaba. Luego dijo tranquilamente que era de la guarnición de Manila, y la noche anterior lo había colocado su sargento de centinela en la muralla de dicha ciudad, siéndole imposible comprender cómo se veía horas después en México. La mitad de una noche había bastado a brujas y demonios para llevarle en volandas de un lado a otro del Pacífico, sobre la curva de una mitad de la tierra.

El populacho que deseaba ver al centinela de Manila, creyendo a ojos cerrados en tal viaje, no consiguió su objeto. La Inquisición se había incautado del impostor, y tal vez lo embarcó de veras a Filipinas en el primer envío de soldados, para que hiciese centinela otra vez en los muros de Manila y repitiese su asombroso vuelo.

Perdemos de vista las montañas de Acapulco, y al día siguiente, frente al puerto de Manzanillo, la tierra se aleja de nosotros y queda abierta la boca del profundo golfo de California, que en los primeros años de su descubrimiento por los pilotos al servicio de Hernán Cortés, fue llamado unas veces mar Bermejo y otras mar de Cortés. Es tan enorme la boca del golfo, que tardaremos cerca de un día en pasarla, llegando al otro extremo, o sea al vértice de la península llamada Baja California.

Navegamos sin vestigio alguno de tierra, como si estuviésemos en alta mar, y durante las primeras horas de la noche se anima el *Franconia* con las luces extraordinarias, la música, el vocerío y los trajes multicolores de un baile de máscaras, precedido de un desfile por las diversas cubiertas. Es la víspera de una de las fiestas más tradicionales del pueblo norteamericano, el famoso *Thanksgiving Day* (el Día del Agradecimiento).

En la mañana siguiente vemos el litoral de la Baja California, pero navegamos lejos de él por ser costa sucia, como dicen los marinos, a causa de sus bajos y arrecifes. Bahías, cabos e islotes conservan

aún los nombres que les fue dando el piloto Sebastián Vizcaíno, gran explorador de la costa de California y fundador de Monterrey, cerca de San Francisco. Los más son nombres de santos. Eran entonces tan frecuentes los descubrimientos, que los navegantes españoles necesitaban valerse del calendario para rotular las nuevas tierras, escogiendo el nombre del santo del día. Otras veces inventaban el título con arreglo a los adornos naturales del país, a su fauna o al propio estado de su ánimo. En el fondo del horizonte veo esfumados por la distancia dos grupos de montañas, a las que dio Vizcaíno los títulos que aún conservan: isla de Cedros e isla Bonita.

Por la noche es la verdadera fiesta del *Thanksgiving Day*, la comida de gala, con gran profusión de banderas, luces y cánticos patrióticos. Luego, en los salones de arriba, estos norteamericanos entusiastas creen que es su deber seguir cantando a coro, y resucitan canciones antiguas ligadas a los episodios de su historia, desde Washington a Lincoln.

Todos cantan bien, y cada uno toma, instintivamente, el tono que mejor corresponde a su voz en este conjunto coral. Se nota que han pasado por las escuelas de su país, donde se canta mucho. Los más pertenecen a la religión protestante, que exige el cántico a todos sus fieles. Por algo Lutero fue hábil flautista y muchos apóstoles de la reforma religiosa expertos músicos. También por la misma causa los himnos nacionales de todos los países protestantes tienen la lentitud majestuosa de los salmos.

Hemos salido ya de la zona tropical. Volvemos a buscar los trajes de invierno que llevábamos en Nueva York y empezamos a repeler en Cuba, olvidándolos completamente al llegar a Panamá, como algo quimérico que jamás volveríamos a usar.

El océano toma un color azul plomizo; el horizonte es denso y gris. En mitad del día consigue el sol perforar las nubes y corta la atmósfera brumosa con un largo triángulo de luz que parece artificial. Las olas rompen contra las murallas del buque, levantando nubes de polvo líquido que durante las breves apariciones solares reflejan en sus facetas las tintas del arco iris.

A pesar de su majestuosa estabilidad, el *Franconia* danza como un tapón de corcho sobre las aguas lívidas. Vemos lejos a otros buques, que se ocultan de pronto cual si los hubiesen tragado las olas, y vuelven a reaparecer más allá, con saltos de animal asustado, que sacan del mar toda su proa o muestran el color rojizo de su vientre.

Afrontamos un temporal, poco temible a bordo de un buque como el *Franconia*, pero molesto para las funciones normales de la vida. Este oleaje tempestuoso es ante un golfo en cuyo remate está la famosa ciudad de Los Ángeles, punto de reunión durante el invierno de las gentes ricas y desocupadas de los Estados Unidos.

Yo que conozco Los Ángeles contemplo el horizonte gris, como si pudiese ver a través de sus brumas la costa californiana, con sus huertos de naranjos y sus enormes hoteles; la isla de Santa Catalina, de inagotable pesca, cuyas barcas tienen un fondo de cristal para sorprender los misterios de los bosques submarinos; las avenidas de la ciudad, compuestas de palacios modernos; los túneles de porcelana brillante que prolongan estas calles a través de las colinas.

Hoy es el primer día de diciembre. Los Ángeles debe tener ya toda su animación invernal, y nosotros estamos frente a ella —a 100 millas de distancia mar adentro—, reflejando con nuestras vacilaciones de muñeco desarticulado los rudos vaivenes que la tormenta hace sufrir al buque. Es como si atravesásemos una tempestad mediterránea a la altura del Casino de Montecarlo o del Paseo de los Ingleses de Niza.

Al salir del golfo de Los Ángeles se va serenando el mar. Un cabo surge en el horizonte llevando sobre su lomo un pequeño pueblo. Es Punta Argüello, primer pedazo de los Estados Unidos que vemos en el Pacífico, y que ostenta un nombre español.

Una antena enorme de telegrafía sin hilos, un andamiaje piramidal a estilo de la Torre Eiffel, se alza sobre el dorso del cabo, y en torno de ella se agrupan varios edificios. Éstos son distintos a los que pudimos ver de tarde en tarde, en ocho días de navegación, frente a las costas centroamericanas y mexicanas: casas de un solo piso, largas y bajas, horizontales, como si se hubiesen tendido en el suelo.

Aquí los edificios son de una verticalidad audaz; todos de varios pisos, con el tejado rojo que parece flamear, y las paredes blancas; el atrevimiento norteamericano unido a la gracia fresca y juvenil de la California.

Empezamos a costear otra civilización, otra manera de apreciar la vida.

## El secreto de la esfinge azul

San Francisco y sus bellezas.—El Barrio Chino.—Sus antiguos laberintos subterráneos.—Su aspecto actual.—Influencia de este barrio en la proclamación de la República china.—La propaganda en las calles.—Las farmacias chinas y sus estrafalarios remedios.—El *Franconia* adquiere nueva vida.—Los duendes de mi camarote.—La ola que no va a ninguna parte.—Una isla roja que sólo se deja ver unos minutos.—La esfinge azul y el secreto de sus estremecimientos.—La Atlántida del Pacífico.

Yo he contado en una de mis novelas, *La reina Calafia*, cómo la gran bahía de San Francisco, después de mantenerse oculta dos siglos para los marinos, se presentó inesperadamente ante los ojos de don Gaspar de Portolá, coronel español de caballería, que la descubrió por la parte de tierra.

La ciudad de San Francisco, nacida en las orillas de esta bahía, que es un pequeño mar interior con varias islas, puede llamarse la capital americana del Pacífico. El canal de Panamá le ha causado algún daño; pero todavía, para los puertos de Asia, es San Francisco el mayor centro de navegación en la orilla de enfrente.

Los que desembarcan en sus muelles sin conocer las audacias de la construcción norteamericana admiran su esplendor. Los que llegan por el este, habiendo visitado antes otras ciudades de los Estados Unidos, ven en San Francisco una imitación de Nueva York. Pero a pesar de la uniformidad de todas las urbes de la gran República, ésta conserva una fisonomía especial que revela sus orígenes de antigua tierra española y de país de oro al que acudieron hace medio siglo todos los aventureros del mundo.

Sus alrededores ofrecen parques y paseos de una vegetación esplendorosa que parece montada sobre el límite divisorio de la zona tropical y la fría, participando de ambas floras. El llamado «Presidio», que guarda aún su nombre castellano por ser el lugar donde estaba el antiguo fuerte, presidido por soldados españoles, es un parque frondoso, con árboles casi seculares. Desde sus praderas puede verse en días serenos, a través de las columnatas de troncos, el admirable panorama de la bahía, bordeada de ciudades nuevas, y la Puerta de Oro (*Golden Gate*), desfiladero marítimo que le sirve de entrada.

Se prolongan los paseos por la costa, frente al mar libre. Sobre los escollos se ven enormes orugas rojizas que son en realidad lobos marinos, viejos, monstruosos, de pesada obesidad. Hasta aquí llegan estos habitantes de los mares fríos en sus excursiones hacia las aguas del sur.

Como una cuña verde metida entre el océano y la gran ciudad, se extiende el parque de Golden Gate, uno de los paseos más admirables de América. Numerosos monumentos pueblan con su mundo de figuras metálicas o marmóreas sus avenidas de verde eterno.

En su parte más céntrica, un fraile de bronce se alza sobre un pedestal con una cruz en la mano. Es el religioso mallorquín Junípero Serra, primer colonizador de la Alta California, que dio a la ciudad el nombre de San Francisco, patrón de su orden.

Frente a él, dos hombres, espada en mano, se arrodillan ante un busto gigantesco que lleva gorguera rizada y barba puntiaguda. Son Don Quijote y Sancho haciendo acatamiento al novelista que los creó. Dos vecinos de San Francisco de origen español, antiguos oficiales de ingenieros que

emigraron a California en 1870, don Juan Cebriány don Eusebio Molera, iniciaron la erección de dicho monumento a la gloria de Cervantes y del primer idioma europeo que se habló en esta tierra, y los californianos que no quieren olvidar el origen de su patria les secundaron en tal empresa.

Lo más original en San Francisco para el viajero que no conoce Asia es visitar su famoso Barrio Chino. Antes del terremoto de 1906, que lo arruinó completamente, el *Chinatown* de San Francisco era un lugar misterioso sobre el que se fantaseaba mucho, haciéndolo escenario de dramas y novelas terroríficas. El terremoto dejó descubierto un segundo barrio subterráneo, de habitaciones superpuestas y corredores intrincados: un hormiguero para desorientar al policía más astuto. En realidad, el profundo laberinto servía para ocultar fumaderos de opio y casas de juego, las dos pasiones de los chinos a la antigua.

Hoy, dicho barrio ha sido reconstruido sin dejar en él nada misterioso. Guarda de su origen la arquitectura graciosa de sus fachadas y la riqueza asiática de sus tiendas. Algunos de sus bazares son tan abundantes y ricos como los de Pekín.

El chino de San Francisco va vestido lo mismo que un norteamericano. La nueva República china, al permitir que sus ciudadanos puedan desprenderse del adorno tradicional de la trenza, facilitó dicha transformación. Las mujeres del *Chinatown* aún guardan el antiguo traje con pantalones, porque facilita sin duda sus trabajos domésticos, pero sólo las más ancianas conservan los pies desfigurados y diminutos que he visto luego en el ex Imperio Celeste. En días de fiesta, cuando salen a paseo con su *gentleman* amarillo y de ojos oblicuos, todas llevan sombrero y abrigo de pieles, y hasta usan grandes anteojos con montura de concha, sin duda porque esto les da cierta semejanza con las profesoras norteamericanas, mandarinas de las letras.

De este barrio salieron muchos jóvenes que hoy son generales y personajes políticos en la República china. Aquí se familiarizaron con las instituciones democráticas de los Estados Unidos, atravesando luego el Pacífico para implantarlas en su país. Sin el *Chinatown* de San Francisco no hubiera sido posible que el Imperio más tradicionalista y absoluto de la tierra pasase de un salto a ser República.

Una juventud de chinos inquietos, vestidos a la moda americana, con un estilógrafo en el bolsillo superior de la chaqueta, una insignia en la solapa y el pelo largo y charolado, al estilo de bailarín de *dancing*, se dedica por la noche, después de las horas de trabajo, a instruir al populacho amarillo.

En mi primera visita a San Francisco vi uno de estos mítines de propaganda china en medio de la calle. Tres chinitos barrigudos y graciosos, con ese encanto de los amarillos y los negros cuando están aún en la infancia, sostenían tres banderas: la de los Estados Unidos, la del Estado de California y la de la República china. Un *gentleman* bien trajeado y de ojos oblicuos, subido en una tribuna portátil, hablaba a un centenar de compatriotas, obreros del puerto y de las fábricas, sucios de carbón, vestidos como los mecánicos, pero que indudablemente se habían cortado la trenza poco tiempo antes.

Cuando me cansé de la gesticulación ardorosa y las palabras ininteligibles del orador, hice preguntar a uno de los oyentes cuál era el objeto del discurso.

—Habla —me contestó— para demostrar que los chinos somos superiores a los japoneses. El Japón es un Imperio donde el hombre no es libre, y en China tenemos ahora la República.

A pesar de las tendencias modernas y revolucionarias del *Chinatown*, las tiendas que venden a sus habitantes los artículos de primera necesidad guardan un aspecto raro y repulsivo para los blancos, que nos hace recordar muchas originalidades de este pueblo leídas en los libros. En los despachos de

comestibles hay aves secas y ahumadas como el jamón, y otros alimentos acartonados cubiertos de polvo y de moscas. Los olores y el aspecto de las cosas revelan una manera completamente distinta de apreciar la alimentación y un olfato lamentablemente invertido con relación al nuestro.

Las farmacias abundan mucho en el barrio. Son el lugar de reunión de los vecinos. Todas ellas ofrecen asiento a los tertulianos, que charlan y fuman mientras el boticario, con unas antiparras enormes ante los ojitos oblicuos, lee o medita, como un alquimista antiguo en su laboratorio. Estas farmacias se dan a conocer por unas celosías de madera tallada y dorada que adornan en forma de arco el fondo de la tienda, muestras perfectas del arte chino, en cuyos ramajes se enroscan dragones quiméricos y crecen flores misteriosas. En sus escaparates hay culebras secas. Según parece, este reptil, rallado y pulverizado, entra en muchas de las combinaciones de la farmacopea china.

Mientras conversan los tertulianos, fumando sus pipas largas y de pequeñísimo hogar, los mancebos de la botica abren y cierran varias cuchillas fijas en caballetes de madera, cortando incesantemente una especie de achicorias verdes y blancas. Deben ser de gran consumo, pues en todas las farmacias al llegar la noche los dependientes se entregan a dicho trabajo, para tener pronto el remedio al día siguiente. Estos vegetales cuestan caros, por ser traídos de la misma China. Únicamente allá pueden encontrarse sobre los montículos de tierra de las tumbas, y como crecen junto a los féretros, con el zumo de los antepasados, poseen un poder milagroso para curar la tisis.

Me limito a enterarme de estas curiosidades farmacéuticas, pero no oso reírme de ellas. Sé que hace tres siglos nada más era admitido en Europa que un ratón asado puesto sobre las heridas de arcabuz y de cañón las curaba inmediatamente, y cierta piedra extraída de la cabeza de las grandes serpientes, llamada «piedra bezoar», tenía un poder tan milagroso contra toda clase de enfermedades y venenos, que el emperador Carlos V se hizo traer una de América.

Todavía en las naciones europeas existen hoy brujas y curanderos que emplean clandestinamente una farmacopea más repugnante. Dejemos en paz a los boticarios chinos. Sus recetas estrafalarias sólo significan que su ciencia se detuvo en el mismo lugar donde estábamos nosotros hace unos pocos cientos de años.

Llegan al *Franconia* los últimos pasajeros para el viaje alrededor del mundo. Unos son de San Francisco o de Los Ángeles. Otros, necesitando quince días más para sus negocios, renunciaron a visitar Cuba y Panamá y llegan directamente de Nueva York, atravesando en ferrocarril toda la anchura de los Estados Unidos.

Terminan los banquetes y recepciones con que los propagandistas de la metrópoli californiana han querido obsequiar a los viajeros del *Franconia*, y otra vez vuelve a partir éste las aguas del Pacífico.

Ahora ya no seguimos una costa; vamos a cruzar el más grande de los océanos, de una ribera a otra, navegando por su desierto azul durante medio mes, sin otra escala que el archipiélago solitario de Hawai.

En la primera noche de esta navegación el buque empieza a moverse con una inquietud que no había mostrado hasta ahora. Ha adquirido una vida nueva y ruidosa. Se retuerce como un animal bajo el empujón continuo del oleaje; suspira, lanza quejidos, silba. El viento muge entre cordajes y mástiles; luego brama, con ecos metálicos en los embudos de los ventiladores y el abismo de la chimenea. Las cosas inanimadas parecen haber poblado su interior con espíritus inquietos. Mi camarote, mudo hasta ahora, cobija en cada rincón blanco un duende que se divierte haciendo

chacolotear maderas y hierros, con una estridencia que me enerva y corta mi sueño.

Al día siguiente, este buque que nos parecía grandioso, sólido y estable como una catedral, sigue balanceándose, aporreado por el mar, con una fuerza sorda, disimulada, sin aparato terrorífico. La ola larga hasta perderse de vista y con suaves pendientes pillá al barco por un costado, lo asalta durante su marcha, lo levanta, pasa por debajo de él abriendo un abismo azul que deja descubierta la curva de su vientre, y se escapa por el lado opuesto.

Es la ola del Pacífico, moviéndose en la inmensidad sin un fin apreciable; la ola que no va a ninguna parte y corre todo el planeta, de un polo a otro, sin levantar espuma, sin hacer ruido, sin chocar con obstáculos, pues las islas oceánicas, olvidadas en sus soledades, son como granos de polvo caídos en un torbellino, como estrellas diseminadas en el firmamento.

Estas olas tienen la energía ciega, el silencio feroz, la inconsciencia sorda de las fuerzas naturales. Pasan junto a nosotros ignorándonos. No conocen al hombre. Son diferentes a la ondulación intensamente salada del Mediterráneo o a las corrientes acuáticas del Nilo y el Ganges, que arrullaron la cuna de las primeras civilizaciones y las dieron a beber con sus pechos maternos. Es la ola de los primeros tiempos del planeta, cuando aún no había nacido el hombre. Y ahora, en los tiempos modernos, sólo ha visto pequeños grupos humanos, pueblos rudimentarios, acampados en islas que son picachos de volcanes y que aún se hallan en los primeros crecimientos de la infancia.

En días sucesivos, el mar, que es de un gris azulado y metálico, se va iluminando hasta adquirir la claridad esmeraldina de los mares tropicales. El movimiento de las olas disminuye. Hay horas en que el Pacífico parece una llanura, sin otra ondulación que las leves arrugas inevitables en toda inmensidad. Y sin embargo, el buque sigue moviéndose extraordinariamente, sacudido por fuerzas ocultas.

El océano, en estos días monótonos de navegación, sólo puede ofrecer dos espectáculos: la salida del sol y su ocaso. Un atardecer corremos todos a la proa para contemplar una tierra inesperada. Sabemos que esto no es posible, pues aún estamos lejos de Hawai, pero nuestros ojos parecen repeler la verdad. El ocaso nos perturba y nos engaña con una de sus fantasmagorías prodigiosas.

Frente a la proa, en el fondo del horizonte, se alza una isla de brillante rojo, cual si transparentase un fuego interior. Vemos en ella una ciudad gigantesca, una especie de Nueva York, con altos edificios grises ribeteados de oro vivo. Tendida en lo alto, como si la cobijase, hay una nube larga que te inflama con el mismo resplandor de la ciudad y semeja un dragón de fuego. Con la rapidez casi instantánea de los crepúsculos tropicales, se apaga de pronto la isla y su urbe fantástica, partiéndose en vedijas de vapor que traga el horizonte. El océano, antes de entregarse a la noche, toma un color de rosa oscuro, un rosa de sangre seca, que parece reflejar vastos bancos de coral ocultos en sus profundidades. Y en esta inmensa llanura purpúrea que se va oscureciendo, las hélices dejan un camino blanco y verde, un surco de esmeralda líquida y de espuma.

Transcurren los días sin que veamos un buque ni una tierra. Creemos vagar sin rumbo por el desierto marino, como si la vida humana hubiese terminado en todo el globo y fuésemos nosotros los únicos supervivientes de la universal catástrofe.

Contemplamos en el mapa la enormidad del Pacífico, que ocupa toda una cara de nuestro planeta. En torno a la inmensa cazuela oceánica existe una cadena circular de volcanes. Por todas partes chimeneas del hervor central: en las costas de las dos Américas, desde la Tierra del Fuego a Alaska; en el archipiélago japonés; en las riberas de la China y las islas oceánicas.



La tierra tiembla frecuentemente en las orillas del Pacífico. Otros temblores, tal vez más grandes, pasan inadvertidos al agitar su lecho submarino, a miles de metros de profundidad. Las islas que emergen de sus llanuras solitarias son conos de fuego en incesante derrame, o cráteres adormecidos desde los tiempos de su descubrimiento por el hombre, pero que pueden volver a sus vómitos ígneos, pues los siglos valen menos que segundos en la vida telúrica de nuestro planeta.

Este océano está formado indudablemente por una depresión de la corteza terrestre, que no es uniforme y sólida, sino fragmentada y flotante, como un mosaico de escorias frías sobre el denso globo de materias ardientes, núcleo de nuestro planeta. Tal vez el encogimiento y la caída de tal costra, hasta formar el fondo actual del Pacífico, dejaron mal soldados sus bordes con los bordes de las costas limítrofes, y las masas de agua que se filtran por tales grietas, deslizándose hasta la gran masa del fugo central, crean gigantescas evaporaciones, cuya explosión origina los frecuentes temblores de sus orillas. ¿Quién pudiera conocer el misterio de este mar, esfinge de cara azul que extiende sus garras de uno a otro polo?... ¿Llegará a adivinarse un día la historia de los pueblos que existieron donde hoy ruedan sus olas; de las montañas que se plegaron en sentido inverso, convirtiéndose al desplomarse en embudos y simas de la profundidad oceánica?...

Porque es indudable que en este océano, donde ahora se navega semanas y semanas sin ver otra cosa que agua, y las tierras esporádicas son picas de volcanes que ascienden rectamente muchos miles de metros desde el fondo, existieron en otra época masas continentales o largas cadenas de islas que sirvieron de puentes a los pueblos emigradores de Asia.

La desaparición de una Atlántida es más segura en el Pacífico que en el Atlántico. Los pueblos de Europa no ofrecen ninguna semejanza étnica con los de América. Jamás vinieron tribus del llamado Nuevo Mundo a juntarse con las nuestras en los tiempos prehistóricos. En cambio, resulta asombroso el parecido de muchos indígenas americanos con ciertos pueblos asiáticos.

Después de viajar por Asia, yo que he vivido en diferentes naciones de América no puedo comprender cómo se ha dudado y discutido tantos años sobre el origen remoto de las razas americanas. La pura observación del viajero basta para adquirir el convencimiento de que la mayor parte de los pueblos indígenas de América proceden de Asia.

En el Japón, en la China, en los archipiélagos poblados por la raza malaya, he encontrado la misma sonrisa, los mismos gestos instintivos y no estudiados, iguales miradas, reflejo misterioso del alma, que vi en los campos de la Argentina todavía no invadidos por la emigración blanca, en las muchedumbres mestizas de Chile, y más aún en el numeroso populacho de México.

Hay un tipo de indio americano —especialmente en la América del Norte—, de nariz exageradamente aguileña y cara huesuda y larga de caballo, que no he visto en otra parte y tal vez pueda ser autóctono. Pero los demás indígenas americanos, de color cobrizo, ojos oblicuos y sonrisa que puede llamarse «incomprensible», son remotos descendientes de las emigraciones llegadas de Asia, no sabemos de qué modo, pero indudablemente a través del Pacífico.

Por algo los primeros conquistadores españoles, con ese instinto certero de la ignorancia, que adivina muchas veces por inducción, mejor que el paciente estudio, al explorar ciertas regiones de América apodaron a los indígenas, según su sexo, «el chino» o «la china».

Y estos nombres aún se usan corrientemente en la actualidad.

## El archipiélago del amor

Islas perdidas en la inmensidad del Pacífico.—Los redescubrimientos del capitán Cook y el olvido de sus predecesores.—Los pilotos de España conocen Hawai doscientos años antes de la llegada de Cook.—Kamehamea I, Napoleón de Oceanía.—El amor libre coronado de flores.—Los terribles decretos de la viuda arrepentida.—Los hawaianos pierden el interés de vivir en unas islas regidas por la moral de los blancos.—Maravillosas costas de Hawai.—Las romanzas de un pueblo de músicos.

Cuando se examina la carta de navegar del océano Pacífico, llama inmediatamente la atención un entrecruzamiento de líneas que cubre su parte superior. Son como, los rayos de una rueda, como los filamentos de una telaraña, y el centro de esta periferia de líneas, que significan para los pilotos rumbos de navegación, se halla en el archipiélago de Hawai.

La parte inferior de dicha carta está espolvoreada de puntos, islas diseminadas en la inmensidad oceánica, como las estrellas en el cielo. Arriba, la soledad azul es uniforme y absoluta. En un espacio de miles y miles de millas, sólo se ven unos cuantos puntitos agrupados: el archipiélago de Hawai. Más de 2.000 millas le separan de las costas de América, más de 3.000 de las del Japón, y para llegar hasta los continentes oceánicos de Australia y Nueva Zelanda —las tierras más importantes que tiene el sur—, es necesario navegar 5.000 millas, cortar los dos trópicos y la línea ecuatorial, avanzando mucho en el otro casquete del globo.

Estas islas solitarias son lugar de obligado descanso para todos los buques que salen de las costas de América, de Asia o de Australia, y se encuentran en el puerto de Honolulu, el más importante de Hawai. Todas ellas, con sus diversas extensiones, no son más que remates de montañas volcánicas emergidas del fondo del océano; cúspides fértiles, por los elementos químicos de su tierra y por la temperatura del trópico, que descansan sobre tan pedestal sumido en el agua 7.000 u 8.000 metros.

Su hermosura es innegable y deja en los visitantes un recuerdo firme; pero aún parece agrandarse por la relatividad de las circunstancias, pues el viajero llega a ellas después de haber atravesado las monotonías de un océano desierto.

Muchos marinos, al hablar de sus viajes por el Pacífico, exclaman con melancolía:

—¡Ah, Hawai!... ¡El incomparable puerto de Honolulu!

Actualmente, a pesar de lo rápida que resulta la navegación a vapor y de las comodidades que ofrece un paquebote moderno, la presencia de este archipiélago, después de una semana de travesía solitaria, es acogida con entusiasmo. Hay que imaginarse cómo celebrarían los navegantes a vela, después de varios meses de aislamiento, la aparición de estas islas surgidas en mitad del Pacífico y descritas como un edén de paz y dulces placeres por los que las visitaron antes.

Todos los vapores se dirigen ahora a Honolulu, en la isla Oahu, y esto es lo único que ven los viajeros durante su escala en el archipiélago polinésico. Nosotros, antes de Honolulu, visitamos la isla de Hawai, la mayor de todas y, sin embargo, la menos frecuentada por la navegación regular. En ella están los cráteres más altos de esta tierra volcánica, y el Kilauea, lago de fuego en ebullición, que no tiene nada comparable en todo el mundo conocido.

Este archipiélago fue redescubierto en el siglo XVIII por el famoso capitán Cook. Como los ingleses

se dedicaron a los descubrimientos geográficos con más de un siglo de retraso, cuando ya españoles y portugueses habían explorado la redondez del planeta, creyeron oportuno exagerar el valor indiscutible de las navegaciones de Cook, hablando de ellas como si no tuviesen precedente alguno en Oceanía.

El famoso capitán Cook fue más sincero que muchos de sus compatriotas, y en los relatos que dejó escritos de sus viajes menciona varias veces a los descubridores españoles que le precedieron más de siglo y medio en el descubrimiento de muchos archipiélagos del Pacífico. Hasta cuenta haber encontrado en poder de los indígenas de una isla espadas viejas que procedían de los antiguos marinos españoles.

Los autores ingleses nunca se han acordado de los precursores de su ilustre compatriota, de Álvaro de Mendaña, Quirós, Torres y otros pilotos españoles y portugueses, que dieron a muchas islas y estrechos de Oceanía los nombres ibéricos que ostentan aún o sus propios apellidos.

Con el archipiélago de Hawai ocurre lo mismo. Al hablar de él se afirma, como algo indiscutible, que fue Cook el primero que lo descubrió. Algunos autores más escrupulosos llegan a decir de una manera vaga que mucho antes del viaje del mencionado explorador habían llegado a Hawai unos náufragos españoles, pero no añaden a esto ni una palabra.

Confieso que tampoco sabía yo más que estos autores cuando desembarqué en Hawai, y por ello quedé sorprendido al encontrar en las tradiciones y los museos de estas islas numerosos recuerdos que hacen referencia al primer descubrimiento realizado por los españoles. Los habitantes actuales del archipiélago polinésico, a pesar de que muchos de ellos tienen un origen británico por ser norteamericanos, gustan de hacer retroceder las fronteras de su pasado, la antigüedad histórica de su tierra de adopción, y esto, unido a ciertos descubrimientos arqueológicos, les ha permitido reconstruir los tiempos anteriores a la llegada de Cook, en 1778.

Dos siglos antes, según las tradiciones del país transmitidas de generación en generación, pusieron sus pies en la costa de Hawai los primeros blancos, procedentes de España. Hernán Cortés, al verse desposeído del gobierno de México por Carlos V, se dedicó a hacer exploraciones en el océano Pacífico, con la esperanza de encontrar nuevas tierras. Él fue el primero que construyó buques en la orilla americana de este mar, consumiendo tal empresa gran parte de su fortuna.

Una escuadra compuesta de tres barcos: el *Florida*, el *Santiago* y el *Espíritu Santo*, bajo el mando de Álvaro Saavedra, fue enviada por Cortés en busca de las famosas islas de la Especiería; pero las tempestades del Pacífico la disolvieron, tragándose dos de las naves. Un capitán español y su hermana pudieron llegar con otros náufragos a una de las actuales islas de Hawai, siendo acogidos hospitalariamente por sus habitantes.

Estos españoles tuvieron que amoldarse a su nueva existencia, presintiendo que jamás volverían los suyos a buscarles en tierras tan lejanas e ignoradas, y casaron en el país, llegando a ser guerreros poderosos. A principios del siglo XIX, en tiempos del emperador Kamehamea I, el «Napoleón de Oceanía», algunos de los caudillos que le secundaban en sus conquistas exhibían como título de suprema nobleza el ser descendientes del capitán español o de su hermana, llegados al país dos siglos antes.

Las tradiciones de Hawai no mencionan nuevas arribadas de españoles; pero hace veinte años, al abrirse los cimientos de un edificio fuera de Honolulu, fue encontrado un gran busto, obra de escultor

indígena, hecho con la fidelidad minuciosa y un poco caricatural de las imágenes divinas de la Polinesia. Este valioso hallazgo arqueológico se apresuró a adquirirlo el cónsul alemán de Hawai, y está ahora en un museo de Berlín.

Yo vi una copia en yeso que existe en el Museo Bishop de Honolulu, sin conocer previamente su origen y su título, e inmediatamente atrajo mi atención, excitando luego mi asombro. Entre las numerosas divinidades hawaianas de larga nariz y prominente mandíbula, semejantes por su tallado grotesco a las célebres imágenes de la isla de Pascua, me fijé en una cabeza con melenas, bigote, perilla y gola rizada. Es obra grosera y primitiva, sus facciones están ensanchadas, pero semeja reflejar, a través de un espejo deformatorio, cualquiera de los hidalgos pintados por el Greco o por Velázquez.

El catálogo del museo me demostró la exactitud de tal semejanza. La obra se titula: Capitán de buque español, esculpido por un artista del país.

Afirman las tradiciones que el capitán representado por el escultor indígena es el mismo que llegó a Hawai como náufrago. Esto no es verosímil. Un hombre que salió a tierra nadando con sus compañeros de infortunio no podía guardar la gola rizada, la capa, y todos los detalles indumentarios que se adivinan en el resto de dicha escultura. Además, el marino español del busto más bien parece del siglo XVII que de la época de Cortés.

El modelo fue indudablemente uno de los muchos capitanes de galeón que, al ir a Filipinas desde Acapulco, o al regreso, se vieron obligados a tocar en el archipiélago de Hawai. Éste se halla un poco más arriba de la ruta seguida habitualmente por la Nao de Acapulco, mas al regreso de Manila los vientos reinantes hacían navegar a los galeones muy al norte, poniendo la proa al cabo Mendocino, en la California. Además, con la ayuda de la máquina de vapor es posible fijar un rumbo marítimo, casi lo mismo que una ruta terrestre; pero en la navegación a vela la voluntad del hombre tiene que ser esclava de las fuerzas caprichosas del mar y del viento. Más al norte que Hawai está el Japón, y sin embargo, don Rodrigo de Vivero, al cesar en su gobierno de Filipinas y volver a España, se vio desviado de su rumbo por una tempestad y arrastrado a las costas japonesas, siendo el segundo navegante europeo que pisó dichas islas, después del portugués Méndez Pinto.

Es casi seguro que los galeones de Acapulco, en su viaje anual a Manila, tocaron siempre que les fue conveniente en el archipiélago de Hawai, bien conocido por sus pilotos.

Juan Gaetano, navegante español, estuvo en varias de estas islas en 1555. Un pirata inglés, luego de sorprender y robar a uno de los navíos de Acapulco en el siglo siguiente, llevó a Londres una carta de navegación encontrada en el camarote del capitán. En esta carta figuraban las islas de Hawai, muy cerca de la ruta normal que debían seguir los buques españoles en su viaje a Filipinas. Un error de situación las colocaba algunos grados más allá de su verdadera latitud, pero todas ellas figuraban en el mapa con los nombres que les había dado el piloto Gaetano en su primera expedición. Hawai era llamada «la Mesa»; Maui, «la Desgraciada», y las islas más pequeñas tenían la denominación común de «los Monjes».

Los marinos, en aquella época de guerras y piraterías, procuraban guardar los descubrimientos en absoluto secreto, para aprovechamiento de su país. Por esta razón los españoles callaron durante dos siglos la existencia de Hawai, que podían utilizar como refugio en mitad de su camino a las Filipinas, aunque estuviese dicho archipiélago algo al margen de su ruta.

Otros descubrimientos de archipiélagos oceánicos realizados por los españoles resultaron infructuosos al convertirse poco a poco en un secreto únicamente conocido por los navegantes. El poder colonial de España era entonces tan extenso, que unos cuantos grupos de islas de vida salvaje, perdidas en las inmensidades del Pacífico, poco podían interesar a una nación poseedora de la mayor parte de América y de las Filipinas. Las otras potencias de aquellos siglos, a pesar de su deseo de adquirir colonias, tampoco se preocuparon de poseer estos archipiélagos oceánicos, numerosos, diminutos y esparcidos como puñados de arena. Sólo en época modernísima, al finalizar la primera mitad del siglo XIX, empezó a dejarse sentir la influencia civilizadora de los países cristianos en las numerosas islas del Pacífico, muchas de las cuales aparecen erróneamente como descubiertas por el capitán Cook y no visitadas antes por ningún otro marino.

Cook dio al actual archipiélago de Hawai el título de Islas Sandwich, en honor del ministro inglés del mismo nombre. Los indígenas, que a su llegada vivían aún divididos en tribus hostiles, le recibieron con veneración, como un enviado de su dios Lono; pero esto no impidió que lo matasen al intervenir en una riña entre sus marineros y los naturales.

Antes de morir pudo conocer a un joven guerrero, llamado Kamehamea, que empezaba su carrera de caudillo. Éste fue el gran héroe del país, y su estatua moderna figura en uno de los paseos de Honolulu. De 1784 a 1819 emprendió una serie de empresas militares y civilizadoras extraordinarias, repitiendo dentro de un pequeño mundo oceánico las aventuras heroicas que realizaban al mismo tiempo en el hemisferio opuesto del planeta los generales de la República francesa y Napoleón con sus lugartenientes.

Creó una flota de canoas de guerra, y fue pasando de isla en isla para vencer a sus reyezuelos, convirtiendo al fin en un imperio el archipiélago de Hawai. Convencido de la superioridad de los blancos, buscó el apoyo de Vancouver y otros marinos ingleses exploradores del Pacífico, comprándoles cañones y un barco viejo de guerra. Luego, aprovechándose de la gran facilidad del pueblo canaco para aprender las artes de los extranjeros y copiar sus obras, llegó a construir buques semejantes a los de los blancos. Ensanchó y fortificó a Honolulu, capital creada por él, y al morir, en 1819, proyectaba nada menos que la travesía de una gran parte del Pacífico con todo su ejército, para ir al otro lado de la línea ecuatorial a conquistar la isla de Tahití y otros archipiélagos del Pacífico o del sur.

Su largo reinado fue una mezcla de aprendizajes de civilización y viejas costumbres que se resistían a perecer. En tiempos de Kamehamea, los personajes de la corte se esforzaban por imitar los trajes y costumbres de los europeos, y al mismo tiempo, sus sacerdotes, unos brujos adivinos, seguían realizando sacrificios humanos. Cuando murió el emperador, los funcionarios más importantes, para atestiguar su pena, de acuerdo con los antiguos ritos, se arrancaron los dientes y se quemaron la cara.

La esposa de Kamehamea, mujer sensual y enérgica, que había dado muchos disgustos al emperador con sus infidelidades matrimoniales, quedó como regente del reino e hizo una revolución en las costumbres, modificando para siempre el aspecto original del archipiélago. Esta reina, llamada Kahumano, había sido en su juventud muy ligera y tornadiza en amores, lo que nada tenía de extraordinario por lo que diré más adelante. Mostraba además la rara particularidad de gustarle siempre los reyezuelos y los guerreros enemigos de su marido. El victorioso Kamehamea iba matando en los combates a sus rivales, pero su esposa se daba igual prisa en reemplazarlos. El marino

Vancouver, durante su permanencia en Hawai, tuvo que intervenir amigablemente para reanudar las buenas relaciones entre los dos cónyuges reales.

Cuando la esposa de Kamehamea se vio al frente del reino, era ya vieja; sus pasiones empezaban a enfriarse, y además iban llegando al país muchos blancos que no eran marinos, sino misioneros ingleses y norteamericanos, disputándose entre ellos el honor de convertirla al cristianismo.

Hasta entonces las islas de Hawai habían sido el archipiélago del amor, como Tahití y otras tierras de costumbres fáciles y sexualidad libre, ignorantes de nuestros escrúpulos morales. Para toda mujer de Hawai era motivo de orgullo poder mostrar una larga lista de amantes. Los hombres procuraban casarse con una hembra cuya belleza fuese apreciada y elogiada por todos sus amigos, a causa de no guardar ya ningún secreto para ellos. El acto carnal no tenía nada de pecaminoso en esta vida primitiva. El amor libre iba acompañado de cantos, bailes, versos y coronas de flores. Las fiestas públicas acababan en voluptuosidades generales sin tapujo alguno, como si con ellas se cumpliera un rito en honor de la Naturaleza.

La viuda de Kamehamea, triste por su decadencia física y rodeada de misioneros, abominó de todo lo que había amenizado y embellecido su juventud, y fue dando decretos, en los cuales se castigaba el adulterio o la simple fornicación fuera del matrimonio, con la pérdida de los bienes y un año de cadena, luego de ser azotados los dos culpables en la plaza pública. En caso de reincidencia eran sumergidos en el mar, y únicamente se les sacaba del agua cuando estaban próximos a morir. Si después de esta prueba horrible volvían a sentirse tentados por el demonio de la impureza, «serán decapitados —decía el edicto— según la ley de Dios».

El resultado de tal moralización a estilo draconiano fue que el archipiélago empezó a despoblarse. El gobierno tuvo que importar chinos y japoneses para que los campos no quedasen incultos. El canaco, que sólo comprendía la existencia con un collar de flores sobre el pecho, una guitarra en las manos y una mujer que bailase la *hula* moviendo las caderas, sin más vestido que un faldellín de fibras vegetales, al ver que le privaban para siempre del amor libre y variado, prefirió morir.

Al mismo tiempo que la severa moral cristiana, fueron penetrando en las islas otras innovaciones de los blancos: el alcohol, las enfermedades venéreas, el afán del dinero; y estas calamidades aceleraron la general mortandad. Hoy, sólo una pequeña parte de los habitantes del archipiélago son descendientes de los antiguos canacos, súbditos de Kamehamea. América y Asia han enviado la mayor parte de la población actual, y junto con los japoneses, chinos y norteamericanos, existen —particularmente en la isla de Hawai, donde abundan los ingenios de azúcar— muchos portugueses y cierto número de españoles, venidos de las repúblicas de la América del Sur.

De los tiempos paradisíacos del archipiélago, sólo han conservado los hawaianos sus aficiones a las flores y a la música. Esta disposición de todos ellos para la música es conocida en el mundo entero. Actualmente constituye una industria, y en las ciudades importantes, así como en las estaciones de moda invernales y veraniegas, se encuentran orquestas de hawaianos, músicos de tez de canela, con pantalones blancos, camisa de igual color y un collar sobre el pecho de papeles amarillos y rojos apretados como un cordón. Éste es un símbolo de los antiguos collares de flores, que sólo se usan ya en las grandes fiestas.

La música hawaiana se halla extendida igualmente por el mundo, pero hay que oírla en el archipiélago, donde conserva su antigua melancolía amorosa y no ha sido desfigurada por las exigencias del baile en los modernos *dancings*. Todo canaco de alguna cultura es poeta y músico.

Algunas de sus reinas fueron grandes improvisadoras de romanzas, así como las damas de su corte.

Cuando Kamehamea II, saliendo de la tutela de su austera madre, subió al trono, quiso conocer el mundo de los blancos, tan admirado por su padre, y adoptó la audaz resolución de hacer un viaje a Londres. Esto fue en 1824, y un viaje en buque de vela de Hawai a las islas Británicas por el cabo de Hornos representaba un año de navegación.

El vecindario de Honolulu fue bajando al puerto, asombrado y lloroso, por la aventura que emprendían sus monarcas. Casi no los reconoció. El hijo de Kamehamea iba vestido de húsar inglés, y su esposa llevaba un traje rojo de terciopelo, de cola larguísima, con sombrero enorme de igual género, indumentaria de otros climas, que la hacía sudar copiosamente.

Como todos lloraban, la reina, al subir al buque, reclamó silencio, y empezó a cantar una romanza compuesta por ella, expresando el dolor de su partida y la confianza en su regreso. Ninguno de los dos volvió a sus poéticas islas. Meses después de su llegada a Londres, murieron de melancolía bajo un cielo brumoso. Se extinguieron poco a poco, con el dulce y humilde asombro de un par de pájaros tropicales trasladados bruscamente a un país de nieve.

Me imagino cómo recordarían ambos desterrados los paisajes de sus islas nativas, que tan profundamente se fijan en la memoria del viajero.

Estoy en la proa del *Franconia* viendo cómo sube y se dilata, llenando todo el horizonte, una muralla que tiene por remates cimas y pitones de rocas volcánicas. Es la isla de Hawai que ha dado su nombre al antiguo archipiélago de Sandwich.

El mar tiene un azul luminoso en esta mañana del trópico. Todos vamos otra vez vestidos de blanco. Se ven fragmentos del paisaje insular teñidos de un verde claro de tierra cultivada, pero más de la mitad de la isla, no obstante el esplendor matinal, permanece envuelta en nubes de plata sombría. Son los vapores del Mauna Kea, el volcán más grande y más alto, heridos por los rayos del sol.

Según nos aproximamos, las montañas, que tenían de lejos un color gris de lava, se van haciendo verdes. El Mauna Kea queda a un lado con su brumoso sudario, y vemos al fin la verdadera fisonomía de la isla.

Las vertientes son antiguas cascadas de lava petrificada, pero en las arrugas tortuosas de sus barrancos crece una compacta arboleda. Entre estos cordones de verde oscuro se extienden grandes declives de verde esmeralda: las plantaciones de caña de azúcar. Algunas de ellas, por estar la caña en flor, aparecen moteadas de un blanco sonrosado.

Navega el *Franconia* cerca de la costa, todo lo que es prudente en un archipiélago volcánico donde surgen de pronto arrecifes y pequeños islotes y vuelven a desaparecer poco después, sin dar tiempo a que los marquen en las cartas de navegar. Unas veces la costa es vertical hasta una altura de centenares de metros; otras avanza en pequeños cabos de lomo redondo o agudo. Las nieves de las montañas del interior descienden hasta la costa al liquidarse, y caen en el océano como cables blancos y espumosos de incesante volteo. Vistos de cerca, estos torrentes deben ser de una energía enorme, que se pierde sin provecho para nadie. Es tan escasa la gente en las islas, que a pesar de que pertenecen ahora a los Estados Unidos —primera potencia industrial del mundo—, nadie piensa en aprovechar tales fuerzas.

Al pie del acantilado, muchos peñascos están perforados por las olas, en forma de cuevas o de pórticos. Apenas puede verse el color negruzco de la piedra, lo mismo orillas del mar que en las

cumbres. El trópico cubre la áspera lava con una vegetación eternamente primaveral. De lejos parece sutil pelusa verde, levísimo musgo, y sólo cuando vemos moverse en estas praderas insectos diminutos que son vehículos o caballos, nos damos cuenta de las proporciones del falso césped.

Se abre a ras del mar la barrera montañosa en valles triangulares. Se ven en ellos casas de madera entre grupos de palmeras; pero los edificios, cuando no los miramos con anteojos, parecen guijarros, y los árboles simples matas. Un ferrocarril sigue la costa, salvando las cortaduras de valles y desaguaderos sobre largos viaductos, unos sólidos, otros colgantes. En las playas ruedan incesantemente dos líneas de olas gigantescas. Hay ante ellas unas estacadas de pilotes de piedra; pero no son obra del hombre, sino fragmentos verticales de murallas de coral rotas por el tenaz ariete de las aguas. La doble hilera de rompientes se hincha, avanza, transparentando la luz como un muro de esmeralda, y se desploma entre los retorcimientos de su cabellera de espumas.

Sigue avanzando el *Franconia* con dirección al invisible puerto de Hilo, capital de la isla. Un gran remolcador ha venido a su encuentro, y le precede después para señalar el rumbo seguro en este mar abundante en peligros y emboscadas, menos frecuentado que el de Honolulu.

Empezamos a ver pueblos en la costa. Son en realidad bosques por las gallardas arboledas que se alzan entre los edificios. Estas casas, vistas de lejos, ofrecen un aspecto japonés, a causa de la forma de sus techos.

La isla expele humo por todas partes. Arriba, los conos de sus volcanes están envueltos en una nube siempre renovada. Al nivel del mar, los acantilados lanzan una respiración blanca. Todos los ángulos entrantes, roídos por las olas, tienen una grieta volcánica de continua exhalación. Es un humo tenue, casi transparente, que parece embellecer el paisaje con un adorno inesperado. Pero esta corona de chorros de humo que se prolonga en torno de la isla entera resulta inquietante y amenazadora. Contrasta con el esplendoroso terciopelo verde, moteado de oro, que invade sus tierras en declive y sólo deja de cubrir las alturas de los cráteres, donde la lava permanece desnuda.

Al atardecer doblamos un cabo y se abre ante nosotros una bahía en cuyo fondo hay poblaciones diseminadas, grupos de techos sombreados por cocoteros y palmeras.

Un vaporcito viene hacia nosotros tripulado por hombres vestidos de blanco. Esta embarcación deja detrás de ella una melodía de voces o instrumentos. Atenuada por las inmensidades del océano y del cielo, tiene la fragilidad sonora, cristalina o inocente de las viejas cajas de música. Es Hawai, el antiguo Hawai de los collares de flores, de los cantos de amor, de las danzas voluptuosas y las poesías improvisadas, que sale a nuestro encuentro.

Echan una escala desde el buque y trepan por ella, ágiles pero con voluntaria lentitud, los músicos de pantalón blanco y collar en el pecho. Tienen la mesurada gravedad de los que van a cumplir una función patriótica. Tras de ellos suben varios periodistas del país, que desean verme.

Forma grupo la orquesta en una de las cubiertas. Se compone de violines, de guitarras, que tocan los hawaianos acostándolas en una rodilla para pellizcarlas a estilo de salterio, y de un guitarrito que puede guardarse en un bolsillo y es el verdadero instrumento nacional. Algunos pasajeros, conocedores del archipiélago por anteriores viajes, esperan con avidez esta música.

Van a tocar el *Aloha* (pronunciar *Aloja*), título que quiere decir indistintamente «adiós» y «bienvenido». Los conferencistas del *Franconia* nos han explicado en noches anteriores que el idioma de Hawai sólo consta de treinta y dos palabras, y una misma palabra significa cosas diversas, según su colocación en la frase. Las letras las pronuncian todas, y esta pronunciación, según los citados



conferencistas, se parece a la española más que a ninguna otra lengua. Tal pobreza aparente de palabras no ha impedido a los hawaianos ser poetas en los momentos importantes de su vida. Ahora *Aloha* significa «bienvenido».

Empieza la música y empieza igualmente el encanto adormecedor, suave, «poético» —no puede emplearse otra palabra más exacta—, que vos va a acompañar todo el tiempo que permaneceremos en el archipiélago, siguiéndonos de una isla a otra.

En este momento, mientras escribo las presentes líneas, siento la influencia, la obsesión de la música hawaiana que empieza a sonar en mi memoria. El que ha oído el *Aloha* y otra romanza titulada *El collar de las islas*, las canturrea siempre en los momentos que ensueña despierto, y se considera infeliz cuando no puede recordarlas.

No es música enérgica y violenta, como la de muchos pueblos primitivos; tampoco es el lamento temblón y monótono de las razas orientales. Tiene un sentimentalismo delicado, que pudiéramos llamar literario; es la romanza lánguida y añorante de una gente de musicalidad superior. No entran en ella muchas notas, y sin embargo se repite sin fatiga, deseando llegar a su final por el placer de cantarla de nuevo.

De todos los músicos del mundo civilizado, el único que viene a la memoria al escuchar estos *Lieder* amorosos del antiguo Hawai es Schubert.

## El lago de fuego

Las mujeres de Hawai, superiores a los hombres.—El cinematógrafo en el archipiélago.—El baile de las *hulas* y los actuales tapujos impuestos por la autoridad.—El paganismo de la reina Lilinu-Kalami. —Las selvas de helechos.—El cráter-lago del Kilanea.—El guarda del volcán.—Nocturno rojo.—Una calefacción nunca vista.

Como llegamos en la tarde de un domingo, todo el vecindario de Hilo está en los muelles. Además, la presencia de un buque del tonelaje del *Franconia* representa un suceso para la isla de Hawai. Los grandes paquebotes del Pacífico pasan de largo y no se detienen hasta Honolulu, que está a doce horas para ellos, pero a dos o tres días de distancia para los habitantes de la antigua Hawai, obligados a valerse de pequeños vapores que hacen escala en varias islas del archipiélago antes de llegar a su capital.

En el puerto de Hilo sólo vemos anclados algunos veleros de gran cabida y cinco o seis palos, como únicamente pueden encontrarse en los desiertos del Atlántico y el Pacífico o en sus bahías insulares. Vienen a cargar maderas olorosas. El sándalo ya no es abundante, pero en tiempos de Kamehamea I y sus inmediatos sucesores fue la principal riqueza del país y su único artículo de exportación. Cada vez que el belicoso emperador necesitaba dinero para sus guerras hacía una corta de sándalo, y acudían inmediatamente flotillas de juncos chinos, de arquitectura y velamen medieval, para llevarse la preciosa madera.

Los muelles y los terrenos inmediatos al puerto están ennegrecidos por el rebullir de la muchedumbre que espera y por numerosos automóviles. En muchas tierras oceánicas fue extraordinaria la facilidad con que el indígena adoptó las comodidades más elementales del progreso. Los antiguos habitantes de Hawai, aunque celebraban sacrificios humanos, nunca fueron antropófagos; pero en otras islas puede decirse que los naturales han saltado de la pierna de misionero asada al manejo del Ford y la pluma estilográfica. En Hilo, todo comerciante, empleado o modesto tendero tiene su automóvil. Además, son numerosos los chóferes con vehículo propio que se dedican al servicio público.

Al llegar a esta primera escala después de América, nos salen al encuentro la Oceanía con sus razas de origen malayo y el Asia con toda la variedad de sus pueblos emigrantes. La vestimenta es uniforme; todos van a la moda norteamericana, con telas ligeras y colores claros, pero los rostros ofrecen una enorme variedad, a causa de los diversos orígenes de los habitantes, canacos, chinos, japoneses, americanos y de varias procedencias europeas.

La policía empuja al gentío para que deje un espacio libre ante el *Franconia*, y éste se adosa poco a poco al más extenso de los muelles, cubriéndolo todo con su alto muro de acero perforado de ventanos.

Hay un grupo de muchachas, en mitad de este vacío, vestidas de blanco, de rosa, de azul, que llevan en sus brazos cientos de collares, encarnados y amarillos. Son hawaianas que guardan las costumbres del país y vienen a dar la bienvenida a los viajeros, colocándole a cada uno su correspondiente collar, con arreglo a la tradición. Todas ellas saben los bailes de las antiguas *hulas*, y han organizado para esta noche un festival hawaiano, que nos hará conocer los cantos y las danzas de

los tiempos idílicos, anteriores a la austera viuda de Kamehamea.

Son jóvenes esbeltas, ligeras, de sueltos y graciosos movimientos. Se adivina en su paso y en las posiciones que toman al quedar inmóviles la agilidad saludable de sus cuerpos. Unas son bronceadas, como las antiguas canacas; otras, pálidas y casi rubias por el cruzamiento de los blancos con sus madres y abuelas.

Cuando digo bronceadas hablando de las hawaianas —como más adelante, al describir las mujeres de Java—, entiéndase que aludo al bronce dorado y luminoso, al bronce claro y limpio que tiene casi la misma tonalidad del oro; no al bronce sucio, oscuro y de tonos verdosos. La tez de algunas de estas jóvenes parece brillar como los objetos metálicos recién pulidos por una violenta frotación. Sus cuerpos de gallardía gimnástica se revelan a través de sus ligeras vestimentas, como los de las griegas que tomaban parte en los Juegos Olímpicos.

Todas ellas circulan por el muelle coqueteando con los hombres, y son las primeras que entran en el buque, mirándolo todo con graciosa audacia. Luego empiezan a meter sus collares por las cabezas de los viajeros, tratando a señoras y señores como si fuesen amigos, conocidos por ellas toda su vida.

En Hawai la mujer se ha considerado siempre superior al hombre, tal vez porque, en los pasados tiempos de comunismo amoroso y voluptuosidad libre, se vio muy solicitada y pudo escoger y mandar. Ya hemos dicho cómo el heroico Kamehamea pasó su vida engañado y dominado por su esposa. Todos los súbditos debieron vivir en igual dependencia que su emperador.

Hoy las mujeres de Hawai son de costumbres regulares y virtuosas, ni más ni menos que en los otros países, pero conservan por tradición cierta superioridad directiva sobre el hombre. Además, esa educación fomentadora de la energía, que adquiere el sexo femenino en todo país donde implantan los Estados Unidos sus escuelas, contribuye a aumentar dicha independencia.

Tres de las jóvenes, siguiendo las indicaciones de los periodistas que salieron al encuentro del buque, vienen a mí para colocarme tres collares sobre los hombros, saludando en inglés con palabras de exagerado elogio al autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Otras de sus compañeras no osan acercarse y me sonríen desde lejos.

—¿Pero es que todas estas señoritas —pregunto a uno de los periodistas— han leído mi novela?...

Sonríe el interpelado con incredulidad. Tal vez unas cuantas de ellas conocen mi libro, que está en todas las bibliotecas públicas de la isla. Abundan en Hawai las librerías populares. Las dos preocupaciones del norteamericano son la higiene y la educación, y, cuando se posesiona de un país, lo primero que hace es combatir las enfermedades contagiosas y abrir escuelas y bibliotecas.

—Lo que puedo afirmar —continúa el periodista— es que todas las muchachas de la isla han admirado el film sacado de su novela.

El cinematógrafo es en Hawai una diversión permanente. Sólo de tarde en tarde llega alguna compañía dramática de los Estados Unidos o de actores del Japón, para los numerosos compatriotas suyos que existen en el archipiélago. El llamado «teatro mudo» funciona todas las noches, repitiendo sobre unas tierras perdidas en la inmensidad del Pacífico lo mismo que ocurre en muchas ciudades provinciales de los continentes europeo y americano. Las muchachas copian gestos y trajes de las heroínas cinematográficas, y los jóvenes hacen idénticas imitaciones. Al llegar yo al archipiélago comentaban los periódicos burlonamente la afición creciente de la juventud hawaiana a usar sombreros a la española y patillas cortas, como Rodolfo Valentino, el famoso protagonista del film *Sangre y arena*, hecho en los Estados Unidos.

Cuando cierra la noche vamos a la ciudad de Hilo, que está algo distante del puerto, para asistir al festival hawaiano. Éste se celebra en un teatro japonés, casi igual a los demás teatros, con la única particularidad de tener más de ancho que de profundo. Las filas de asientos son poco numerosas y en cambio larguísimas; el escenario tiene una gran latitud y poco fondo.

Empieza a caer una lluvia fina y tibia, el refrescamiento diario de los países tropicales, que gozan de una vegetación exuberante. Los caminos de asfalto brillan como espejos negros, reproduciendo invertidas en su fondo las columnas del alumbrado público con sus globos de luz láctea y los cocoteros en apretada alineación a ambos lados de la ruta. La tierra exhala el olor punzante y fecundo del guano. Es el rudo perfume de un suelo de rápida putrefacción vegetal, en el que se mezclan y descomponen incesantemente el humus, la lluvia, el sol y la lava desmenuzada, para engendrar sin descanso nuevas vidas y nuevas muertes.

La representación dura tres horas. Todos hemos llegado dispuestos a aguantar cortésmente un espectáculo monótono, y salimos de ella interesados y complacidos.

Ya no pueden presentarse en público las actuales bailarinas hawaianas como las *hulas* de otros tiempos. Éstas llevaban por todo traje un faldellín de fibras que se esparcía y volaba en torno a sus piernas y su vientre, un collar de flores sobre el desnudo pecho, una corona en la cabeza y nada más. Las autoridades del país, en nombre de la moral cristiana, han exigido ahora que debajo del traje de *hula* usado por las bailarinas modernas se pongan éstas una camisa de seda, que las tapa del cuello a las rodillas. Aun con tal aditamento pudoroso y antiestético, la danza resulta interesante.

La hawaiana agita sus caderas y todo el resto de su cuerpo con una voluptuosidad que pudiéramos llamar distinguida y natural. No es la contorsión de la falsa odalisca, la llamada «danza del vientre», movimiento lascivo de las carnes propio de un lugar cerrado, de un ambiente de alcoba. La *hula* contonea sus caderas como agitan sus colas las aves del trópico al pasar de rama en rama; su faldellín de fibras se extiende con la rotación de un abanico de plumas, y cuando salta, trezando sus menudos pasos, recuerda los movimientos de un pavito real. Hay incitación voluptuosa en la gracia con que se balancea sobre la punta de sus pies, en la pasión con que mueve la parte media de su cuerpo; pero es una voluptuosidad de aire libre que hace pensar en los profundos misterios de las selvas, en la animación rumorosa de toda una naturaleza, personas, animales y plantas, entregándose a la santa obra de la fecundidad.

Desfilan por el escenario varias orquestas de músicos expertos, pero se ve que todos ellos han viajado por muchos países, amenizando las noches de *dancings* y restaurantes de lujo. Creyendo agradarnos más, intercalan entre las danzas hawaianas *fox-trots* y otros bailes de moda. Son músicos gordos, lustrosos, bien trajeados, que han bebido indudablemente mucho champaña en sus correrías por el mundo.

Yo prefiero la orquesta que vino al encuentro de nuestro buque y no ha subido al escenario, permaneciendo abajo, en el lugar que ocupan habitualmente los músicos en los teatros. Se compone de jóvenes melancólicos, enfermizos y modestos, que parecen cumplir su función sin salir de un ensueño. Cuando no hay nadie en la escena tocan y tocan, volviendo finalmente a su romanza favorita *El collar de las islas*. El público aplaude, y ellos permanecen inmóviles, como si fuesen sordos; no vuelven siquiera la cabeza para dar gracias.

Cuando cesan de tocar ponen un codo en una rodilla, apoyan la cara en una mano y quedan

meditabundos e indiferentes a lo que les rodea. Parecen la representación del antiguo Hawai, que insiste en adormecerse con su música melancólica. Protestan con su silencio de los extranjeros que modificaron la vida del país, quitándole su independencia. Como la mayor parte de sus decadentes compatriotas, estos jóvenes esbeltos y finos parecen amenazados por la tisis.

Los artistas hawaianos han compuesto dos pequeñas óperas, valiéndose de antiguas canciones. En una de ellas, Kamehamea joven, representado por un tenor de voz dulcísima, ve pasar las nueve islas del archipiélago: nueve bailarinas que ejecutan las diversas danzas canacas y le cubren de flores. El emperador, lanza en mano, va vestido como en su estatua de Honolulu, con una especie de gorro frigio o casco griego, hecho de pequeñas plumas rojas y amarillas, y un amplio manto del mismo género e idénticos colores.

La segunda ópera se titula *Una tarde en el jardín de la reina Lilinu- Kalami*. Esta reina fue la última de Hawai, y vivió destronada muchos años, casi hasta nuestra época. ¡Pobre Lilinu-Kalami!...

Al morir sin herederos, en 1874, el último descendiente de Kamehamea, las islas de Hawai eligieron rey a David Kalakaua, uno de los personajes más nobles del archipiélago. El nuevo rey hizo un viaje a los Estados Unidos para estrechar las relaciones con esta República. Luego pasó a Europa con el propósito de estudiar sus adelantos y trasladarlos a su tierra. Pero murió al poco tiempo, y su hermana Lilinu-Kalami fue elegida reina.

Con la intrepidez de las mujeres hawaianas, se rebeló al verse en el trono contra la influencia dominadora de las gentes extranjeras vecindadas en las islas. Los misioneros evangélicos eran los que dirigían verdaderamente al país, y ella, por seguir sus propios gustos y por fortalecer el espíritu nacional, fomentó la resurrección de las tradiciones y fiestas del antiguo archipiélago gobernado por Kamehamea.

Lilinu-Kalami escribía versos y componía romanzas. Su corte la formaban mujeres aficionadas a la poesía y al baile. Una tropa de *hulas* hermosísimas iba con ella a todas partes. Sus tardes en el jardín de Honolulu eran de continuas danzas, que servían de pretexto al mismo tiempo para intrigas amorosas.

Los misioneros gritaron contra esta resurrección del paganismo hawaiano, y como eran los verdaderos dueños del país, destronaron fácilmente a la dulce Lilinu-Kalami, que no quiso intentar ninguna resistencia. Aún vivió largos años en un palacio de Honolulu, propiedad suya, que hoy ocupa el gobernador, nombrado por el presidente de los Estados Unidos. Los viajeros de alguna importancia, al pasar por Honolulu, visitaban a la ex reina, viéndola rodeada por una corte fiel de bailarinas y músicos poetas, que la acompañaron en su desgracia hasta el último momento.

Como Hilo es la ciudad del archipiélago que mantiene más tenazmente la memoria de la antigua independencia, dedica una especie de culto a la última soberana del país. Todos cantan una romanza melancólica que compuso Lilinu-Kalami después de su destronamiento. Los músicos jóvenes y tristes la tocan repetidas veces durante la representación. Cuando ésta termina, se ponen de pie todos a la vez y rompen a tocar con sus instrumentos el antiguo himno de Hawai. El público, compuesto de norteamericanos, se levanta espontáneamente para escuchar con respeto este himno de una nación que ya no existe y cuyo territorio han ocupado ellos para siempre.

Los músicos, mientras tocan, volviendo sus espaldas a los espectadores, parecen decir:

—Somos débiles y cada vez seremos menos. Nuestra raza está condenada a desaparecer; pero mientras exista, queremos que no se olvide lo que fuimos.

Y los norteamericanos los miran con simpatía e interés. Algunos más conocedores de la historia del país, luego de escuchar el himno, justifican la ocupación de las islas de Hawai.

Después del destronamiento de Liliuokalani, el archipiélago se constituyó en República; pero como los nuevos gobernantes eran todos norteamericanos por origen o por educación, acabaron pidiendo en 1898 el ser anexionados a los Estados Unidos. La independencia del país no podía mantenerse más tiempo. De no ocupar los norteamericanos las islas de Hawai, se hubiese apoderado de ellas el Japón. Cada año aumentaba de un modo alarmante la cantidad de japoneses residentes en el país. Aun hoy, después de haberse cortado en parte esta corriente emigratoria, resulta considerable la población japonesa.

Al día siguiente vamos a visitar, en el interior de la isla, la más interesante de sus curiosidades: el volcán de Kilauea, que es en realidad un lago de fuego, distinto a todos los cráteres conocidos. Como ocurre en muchas islas de enorme altura, se salta aquí, en el transcurso de unas horas, del calor al frío, de la vegetación tropical a la de la zona templada o de los países nevados.

Dejamos atrás las plantaciones de caña de azúcar a orillas del mar, los bosques de cocoteros y lianas floridas, las aldeas de japoneses vestidos a lo norteamericano. El automóvil rueda varias horas por caminos excelentes pero de violentos zigzags que escalan las alturas. Cambia la vegetación según va cambiando la atmósfera. Al aire pesado y densamente oloroso de las plantaciones próximas al océano sucede un vientecillo sutil y fresco que parece agrandar la cabida de los pulmones.

Entramos en la región templada y fría, que el gobierno ha convertido en Parque Nacional. La vegetación se compone especialmente de helechos, pero enormes, de proporciones monstruosas, con una exuberancia propia del trópico, pero de un trópico alto, ventoso y en constante humedad. La luz del sol se hace verde al filtrarse por la interminable bóveda que forman las hojas tiernas de estos helechos fuera de las proporciones ordinarias. Al avanzar por los senderos, vemos que el suelo de lava pulverizada es puro barro, a causa de la humedad de invernáculo que destilan continuamente las plantas.

Los guardianes del parque, jinetes elegantemente uniformados, que llevan sombrero de *cowboy* puntiagudo, con cuatro abolladuras, nos van mostrando los cráteres muertos. Estos embudos de rocas basálticas quemadas fueron negros, pero un clima fecundo los ha cubierto de vegetación.

Subimos otra vez al automóvil, y saliendo de los túneles verdes, empezamos a atravesar una meseta árida y desierta, de muchos kilómetros de extensión. Son campos de lava formados por los derrames del volcán; un oleaje petrificado, negro, de brillo metálico. A trechos, varios cartelitos impresos marcan la fecha de cada erupción. Algunas capas, iguales en apariencia a las otras, datan solamente de hace seis años.

Vemos lava por todas partes, y sin embargo, nuestros ojos no encuentran el volcán. Como estamos acostumbrados a los cráteres en cono, a montañas que vomitan fuego, no podemos adivinar dónde está la boca volcánica en esta llanura situada a enorme altitud, pero que visualmente tiene la horizontalidad de una playa. Han abierto a pico un camino en las capas eruptivas, y los automóviles se balancean rudamente por la inconsistencia del suelo. A veces se rompe la costra negra y la rueda cae en una oquedad que guarda el color herrumbroso y rojizo de la lava, aislada durante su enfriamiento del contacto atmosférico.

Se llega en automóvil hasta el mismo cráter del Kilauea. Sólo resulta visible cuando se está a

pocos pasos de su boca, enorme rasgadura de un kilómetro.

Es un lago hundido en la peña, una depresión de paredes verticales. Ni humo ni olor. A seis metros de profundidad, se mueve un barro negro con incesante oleaje. Este color negro es falso y únicamente existe a las horas de sol vertical. En realidad, ni aun en tales momentos es permanente su negrura. Se abren en la inquieta superficie grandes agujeros rojos que se hinchan después en forma de burbujas y arrojan surtidores de fuego. Éstos suben como el chorro de una fuente o se abren en forma de ramillete. El barro ígneo se parte en otros lugares, formando grietas que serpentean como anguilas purpúreas. A ratos se levanta en tumefacciones enormes que acaban por reventar, expeliendo su piel negra formada de escorias y dejando al descubierto el acceso rojo, que se eleva unos instantes y vuelve a caer.

En ciertos momentos parece que un monstruo, sumido en el fuego como si fuese su elemento natural, patalea para salir del lago, levantando la trompa, las patas o la grupa poderosa y ardiente.

No hay más que ligeras humaredas sobre esta cuba enorme; pero tales vapores, como ya dije, abundan en toda la isla. El suelo de las orillas quema un poco y no se pueden descansar mucho tiempo los pies en el mismo lugar. Al sentarse en una roca, cerca de los bordes, se percibe un temblor profundo, sordo, disimulado, que se transmite a la parte del cuerpo apoyada en la piedra...

Pero todo permanece tranquilo en torno nuestro, como si estuviéramos junto a un lago, en un ameno jardín. Sólo el calor que sale de la enorme cavidad nos hace recordar que lo que se mueve abajo es fuego y no agua. Parece inverosímil que este lago sea un cráter que eleva con frecuencia el nivel de su líquido ígneo, lanzando rectamente, a través del espacio, una columna de trescientos metros de vapores y materias inflamadas. Al mismo tiempo, una cascada de fuego salta fuera de sus bordes, extendiendo nuevas capas de lava sobre una extensión hasta de cuarenta kilómetros.

Con el aire satisfecho del propietario que muestra su jardín, se pasea en torno al volcán un hombre de pequeña estatura. Su rostro está tan desfigurado por el calor, que en realidad no se sabe a qué raza pertenece. Lo mismo puede ser canaco que un blanco transformado por el ambiente. Lleva cuarenta y dos años de guardar el Kilauea, y conoce el curso de sus cóleras ruidosas, la variedad de sus caprichos, la mansedumbre hipócrita de sus largos reposos. Este nibelungo del volcán tiene las barbillas canas, los ojos inflamados, y el rostro tan curtido y con profundas arrugas que parece rajado a cuchilladas.

Nos dice dónde hay que colocarse para estar en seguridad. Las orillas del cráter se desfiguran con frecuentes desprendimientos. En algunos sitios el muro del lago se mantiene vertical; en otros está en declive, a causa de recientes derrumbes; más allá avanza en equilibrio inestable, roído inferiormente por la ola de fuego, que va abriendo un socavón. Puede derrumbarse de un momento a otro, arrastrando a los imprudentes que se asoman, sin saber lo que tienen debajo de sus pies.

Habla el guarda con cariño de las bellezas de su volcán, único en toda la tierra que se deja contemplar de cerca, sin expeler vapores azufrados que hacen llorar, sin nubes de humo asfixiantes que obligan a retroceder.

—De día —añade— es menos interesante. El sol impide ver el fuego. ¡Si ustedes volviesen en plena noche!...

Volveremos para ver al Kilauea en todo su esplendor. A seis kilómetros de su cráter, más allá de la zona que invaden las lavas, está el Volcano House, hotel elegante, servido por japoneses y con lujosos bazares; una residencia de verano para los plantadores de caña y los funcionarios norteamericanos que necesitan huir del calor excesivo y la atmósfera abrumadora de la costa. Tomamos el té de media tarde

y comemos a las siete en este hotel, escuchando otra vez las romanzas hawaianas de la misma orquesta de jóvenes melancólicos, que parecen seguirnos a todas partes.

El Volcano House está rodeado de jardines frondosos que expelen humo por grietas invisibles, como todos los bellos paisajes de Hawai. El fuego planetario avisa su presencia a través del suelo de esta isla que goza una primavera de doce meses, no ve nunca sus árboles desnudos y sustenta las hermosuras naturales más dulces y tranquilas de la tierra... ¡Y pensar que este paraíso puede desaparecer en unos cuantos minutos de cólera subterránea, borrándose sobre la superficie del océano, como algo soñado que no existió nunca!...

En plena noche volvemos a través de los campos de lava. Brillan como pajuelas de plata las aristas de las olas negras y petrificadas reflejando los faros de los automóviles. Una especie de aurora boreal enrojece el fondo del horizonte y nos sirve de guía.

Es una claridad roja, semejante a la de un incendio; pero un incendio inmenso, sólo comparable al de una ciudad que ardiese entera. Cuando nos aproximamos al lago de fuego las luces de los automóviles palidecen, hasta parecer unos redondeles opacos pintados de amarillo. En cambio, personas y cosas quedan envueltas en un esplendor purpúreo que nos permite vernos igual que en pleno día.

El Kilauea tal vez está lo mismo que en la primera visita, pero de noche se impone a nosotros con una emoción más honda, nos parece más inquietante, como si estuviera preparando un estallido y fuese a saltar en oleadas de fuego más allá de los bordes de su cráter.

Todo el fondo de barro ígneo se muestra agitado por la ebullición. La costra ligeramente negra transparenta el fuego lo mismo que un tul. Luego se rasga dando paso a fuentes y cúpulas mayores y más luminosas que las del día. Las anguilas ardientes son ahora monstruosas boas y levantan enjambres de chispas al ondular sus anillos.

Un calor infernal sale del lago. Las paredes de roca, al reflejar esta superficie ígnea, parecen arder interiormente. Un grupo de nubes blancas se ha inmovilizado sobre el cráter, enrojeciéndose como vedijas de algodón empapadas en sangre. Más allá de este reflejo celeste, que es rojo en su parte céntrica y rosado en sus bordes, la noche tropical extiende su azul profundo perforado por la punción luminosa de los astros. Un cuarto de luna, llevando a remolque un diamante estelar, eleva poco a poco su mansa navegación por el océano astronómico.

Guiado por un isleño de origen portugués que maneja nuestro automóvil, voy en busca del peñasco que me sirvió de asiento al principio de la tarde. El gnomo guardador del volcán nos sale al paso para que sigamos una dirección opuesta. Ya no existe el asiento, ni la orilla en que pusimos nuestros pies. Según dice el guardián, cayeron al fondo del cráter a las pocas horas, mientras tomábamos el té escuchando a los músicos en el Volcano House.

Ocupamos otro lugar, después que el hombrecillo requemado nos jura por su experiencia que estaremos en él con toda seguridad. Transcurre para nosotros más de una hora con la rapidez de contados minutos. Bien conocida es la atracción del fuego, la somnolencia meditativa que se apodera de nosotros cuando tomamos asiento junto a un hogar y seguimos con los ojos las caprichosas evoluciones de las llamas. Es necesario un esfuerzo enorme para salir de esta absorbente contemplación.

En los bordes del Kilauea se siente la misma somnolencia contemplativa, pero con el



agrandamiento propio de la diversidad de proporciones. Es necesario que los guías nos recuerden que estamos en un sitio desierto, en plena noche, y a cuatro horas de automóvil de la ciudad de Hilo, para que nos decidamos a renunciar a este espectáculo, único en el mundo, que tal vez no volveremos a ver nunca.

Al pasar por última vez ante el Volcano House, digo adiós al director del Parque Nacional.

Es un mocetón norteamericano, grande, fuerte, de amable sonrisa, que recorre a caballo incesantemente los bosques de *koas* (árboles gigantes del país), las selvas húmedas, los cráteres secos, los volcanes que echan humo y el lago de fuego líquido, contenidos en sus dominios. Lleva un elegante uniforme de mosquetero, como los guardianes que están bajo su mando, y cuando desmonta del caballo, con una ligereza de jinete de cinematógrafo, es para entrar en su oficina, situada frente al hotel.

Creo que tampoco volveré a ver un edificio tan original e interesante. No es más que una graciosa casa de madera, como muchas habitaciones campestres de los Estados Unidos, elevada un par de metros sobre el suelo y con una galería cubierta que se extiende por sus cuatro fachadas.

El director del Parque, entre mis dos visitas al volcán, me ha hecho entrar en esta oficina, igual a todas las de los Estados Unidos. La bandera de las rayas y las estrellas ondea sobre el frontón triangular de la casa. Dentro veo los retratos de Washington y de Lincoln, grandes tableros de dibujo, mapas del Parque fijos en las paredes, diseños de los cráteres, estadísticas de sus erupciones, muestras de vegetales y minerales.

Después que el simpático jinete de botas amarillas y resonantes espuelas me muestra todo esto, añade con simplicidad:

—Lo que tal vez le interesará un poco es la calefacción de mi vivienda. Aunque usted ha viajado mucho, bien puede ser que no conozca nada semejante.

Salimos del edificio. Cerca de la pequeña escalinata de su puerta, hay una grieta profunda entre dos peñascos: una especie de chimenea natural que desciende recta en el suelo.

—La he sondeado más de cien pies —sigue diciendo—, sin encontrar el fondo. Es un respiradero del volcán que derramaba antes su calor sin provecho para nadie. Va usted a ver.

Y veo que mueve una palanca de madera tallada groseramente, para levantar una pequeña compuerta, también de madera, que obstruye la grieta.

Volvemos al interior de la oficina, y su temperatura empieza a elevarse por momentos. Al poco rato la atmósfera es para hacernos sudar. El calor de la grieta subterránea, siguiendo un conducto de albañilería, pasa por debajo de toda la casa y se pierde finalmente, saliendo por la techumbre a través de una chimenea de ladrillos.

—Esto lo he inventado yo —añade con orgullo—. Ahora no es agradable, pero en invierno, cuando cae nieve y sopla el huracán de las alturas, da gusto estar aquí.

Miro con asombro a este hombre que somete los volcanes al servicio de la oficina, y duerme tranquilo todas las noches sobre el gigantesco hornillo generador de una calefacción inapagable y gratuita.

# 12

## La ciudad florida

Los nadadores de Honolulu.—Las casas jardineadas de los empleados.—El mundo fantástico del Acuario.—Los peces-hombres.—La playa elegante de Waikiki.—Nataciones en diciembre.—Los saltadores de olas.—El gigantesco árbol del Moana Hotel.—El niño del sombrero.—Almuerzo en la Asociación de la Prensa, con más mujeres que hombres.—El palacio de Lilinu-Kalami.—Los dos jardineros.—El collar de la reina.—La señorita que por primera vez en su vida habla con un español.

Un largo estremecimiento musical corre sobre el lomo turquesa del mar. Ante nuestros ojos se extiende la isla de Oahu, que unos llaman la isla Encantada y otros la isla Florida.

Van surgiendo en el horizonte los altos edificios blancos de la moderna Honolulu; luego numerosos barracones de muelles y embarcaderos, sobre cuyos tejados asoman sus mástiles y chimeneas los enormes paquebotes, cruceros mercantes del Pacífico. Más allá de la ciudad comercial se extienden los barrios de la ciudad-jardín, con su vegetación más abundante en flores que hojas.

Los campos cultivados en líneas rectas, semejantes a las del viñedo, producen la piña dulce, llamada ananás. La mayor parte de esta piña que se consume en el mundo procede de Honolulu. Hay aquí fábricas importantes que la cortan en rodajas y la encierran en botes con su meloso líquido, exportándola a los más lejanos extremos de la tierra.

Detrás de las huertas en suave declive se eleva rápidamente la montaña volcánica, vestida por la arboleda tropical. En las cumbres de roca pelada, que son cráteres apagados, se enredan las nubes, deteniendo su carrera atmosférica. La isla está iluminada en su parte baja por el dorado sol de la tarde, y al mismo tiempo, arriba, un grupo de nubes plomizas ensombrece las montañas. Por encima del toldo de vapores que derrama su lluvia sobre las cumbres, traza la luz solar un extenso arco iris, y éste va de un extremo a otro de la isla, como una campana de cristal multicolor guardadora de un objeto delicado y precioso.

Se aproxima el estremecimiento musical, que parece rizar el dorso de las aguas. Dos remolcadores hacen evoluciones ante la proa del *Franconia*. Uno de ellos va repleto de músicos con uniforme militar. Es la Banda Municipal de Honolulu que sale a nuestro encuentro para darnos la bienvenida, entonando como es de ritual el *Aloha* y *El collar de las islas*. Pero esta vez son instrumentos metálicos los que interpretan la música del país, suavizados por la sordina que impone la inmensidad del mar.

En el otro vaporcito hay varios grupos de jóvenes vestidas con alegres colores y que agitan sus brazos cargados de collares. Son señoritas de Honolulu, casi todas de raza blanca, hijas de europeos y norteamericanos establecidos en el país. Llevan sombrero y van vestidas a la última moda. No tienen el aire tradicional ni los rostros medio canacos de las muchachas de Hilo, que gustan de ir con la cabeza destocada. Además, los collares de Honolulu son de flores naturales, por abundar más la jardinería en esta isla que en la de Hawai.

Dos aviones militares de la defensa del archipiélago revolotean sobre nuestro buque con la estridencia característica de los potentes motores norteamericanos.

Cuando nos aproximamos al puerto, una nueva representación de Honolulu viene a unirse a las que nos han dado la bienvenida navegando en el mar o en la atmósfera. Varios enjambres de nadadores se

zambullen y vuelven a emerger ante la proa de nuestra nave, angustiándonos con el temor de ver partido a uno de ellos bajo el tremendo espolonazo. Otros nadan en fila junto a los flancos del buque, gritando al mismo tiempo a los viajeros asomados en las bordas. El *Franconia* marcha despacio buscando la entrada del puerto; pero sabida es la desarmonía de proporciones entre las limitadas energías del hombre y la fuerza gigantesca que mueve a estos palacios de acero. La lentitud de un paquebote representa una velocidad enorme para el brazo humano, y sin embargo ninguno de estos tritones se queda atrás; todos se mantienen junto al buque, cortando el agua como delfines.

Es frecuente ver en los puertos enjambres de nadadores que piden a gritos les echen unas monedas para perseguirlas en la profundidad acuática; pero son siempre chicuelos, más ágiles que veloces en su natación. Los de Honolulu son todos hombres, canacos en su mayor parte, y algunos japoneses; atletas de cara fea y cuerpos admirables, en los que se armoniza la exuberancia de los músculos con la corrección de las líneas. Como de sol a sol entran en el puerto de Honolulu numerosos buques para descansar unas horas nada más y volver a partir, estos nadadores pasan el día entero en el agua, acompañando a los que se van y saludando a los que llegan, en espera de unas monedas solicitadas a gritos.

En ninguna parte he oído voces como las de estos bárbaros nadadores. Al escucharlas por primera vez no podíamos explicarnos la procedencia de tales gritos. Parece imposible que sus rugidos de vibración metálica puedan salir de la estrecha caja de un pecho humano. Para describirlos, exactamente habría que decir que todos ellos rugen como una campana enorme que en vez de repiques y volteos pudiese lanzar rugidos.

Somos esperados en el muelle con coronas de flores y nuevas músicas. La Asociación de la Prensa de Honolulu, que organizó hace pocos años en Hawai un Congreso universal de periodistas, viene a saludarme, y sus representantes, siguiendo los usos del país, me colocan un gran collar de rosas sobre los hombros. Luego me enseñan la ciudad.

Su parte céntrica es obra de la iniciativa norteamericana y sólo data de unos veinte años aproximadamente. Tiene una Casa de Correos enorme, que recibe y cambia la correspondencia de tres continentes, América, Asia y Australia, pasando los sacos de cestas de unos buques a otros; tiene edificios de muchos pisos, calles rectas y cuidadosamente asfaltadas, aceras amplias, grandes tiendas, y su aspecto general es el de una ciudad del interior de los Estados Unidos.

Pero la influencia norteamericana se limita a la construcción, recobrando la capital polinésica el aspecto característico en todo lo referente a la vida. En los almacenes grandes o modestos, los dependientes y muchas veces los amos son japoneses, chinos, malayos o indostánicos. Los rótulos de las tiendas, junto a las palabras en inglés ostentan otras en idiomas incomprensibles y alfabetos exóticos, de formas pintorescas. El movimiento en las calles está regulado escrupulosamente por la policía, pues abundan con exceso los automóviles; pero estos agentes, que ocupan una especie de púlpito sombreado por enorme quitasol y agitan sus brazos como directores de orquesta para que avancen o retrocedan los vehículos, son todos ellos canacos, de cara de ídolo y una obesidad que parece va a hacer saltar con su desbordamiento grasoso los botones del uniforme.

Después de las avenidas de altos edificios empiezan a desarrollarse las calles-paseos en una extensión de muchos kilómetros. Cada vivienda se halla enclavada en el centro de un jardín. Una faja de vegetación separa las casas de la calle. Muchas de ellas, por ser de ricos, abundan en columnas y estatuas, reproduciendo los estilos de Europa. Otras de elegancia graciosa son de madera: los llamados

*bungalows.*

Se adivina que en este país el jardín representa más que la casa, pues la dulzura de un clima siempre clemente permite la vida al aire libre. Las ventanas son enormes. Los salones y comedores sólo tienen pared en el fondo, y las tres caras restantes, que dan al jardín, están abiertas, con simples columnas que sostienen el techo. Las plantas se expanden sin límites en esta tierra fecunda en flores. Hasta los árboles de las avenidas parecen gigantescos ramilletes.

Muchas de estas casas floridas excitan mi admiración. Deben vivir en ellas poetas, delicados artistas, solitarios de silenciosas meditaciones. En Europa, uno de estos edificios pequeños, con las paredes tapizadas de rosas y estrellas purpúreas, que hasta tienen en las cornisas vasos colgantes con chorros de flores, representaría un paraíso para el intelectual que lograra poseerlo. Mis acompañantes me explican que la mayor parte de estas casas están ocupadas por empleados de banco, contra maestras de fábricas u obreros especialistas, que en su país tendrían que habitar un compartimiento de los horribles edificios destinados a las gentes de sueldo modesto.

Indudablemente deben sentirse felices en su jardín, eternamente esplendoroso, pero me abstengo de preguntarlo. ¡Quién sabe! El hombre ambiciona siempre lo que no tiene y sólo ve la felicidad allí donde él no se encuentra.

Ansío visitar el jardín submarino de Honolulu luego de haber admirado las esplendideces vegetales de su suelo. El acuario de la ciudad es célebre en el mundo por las especies del Pacífico que guarda y no pueden encontrarse en ningún otro mar.

Paso más de una hora contemplando con asombro las variedades animales de una vida profunda y misteriosa que tiene por escenario los abismos mayores de nuestro planeta y nunca ha sido vista de cerca por el hombre. No hay colores sobre la tierra que puedan ser comparados con los que ostentan los habitantes de las simas abisales. En las profundidades del océano el color es tierno, eternamente jugoso, con una luz interior, como las pinceladas recientes que aún no han sido secadas y ensombrecidas por la influencia atmosférica.

Veo peces rayados como la cebra, manchados como el tigre, melencidos como el león. Unos flotan lo mismo que plumas verdes o doradas; otros imitan las rugosidades y la inmovilidad de la piedra; más allá mueven sus múltiples faldellines de gasa, como bailarinas del profundo escenario oceánico, al que nunca llega el sol, y donde monstruos de luminosos tentáculos sirven de lámparas, emitiendo una claridad fosfórica. Los hay que tienen la cabeza relinchante de un caballo y hacen corvetas en el agua, como los corceles del paganismo marítimo montados por las Nereidas.

Otros animales que son la especialidad del Pacífico despiertan en mí un sentimiento de miedo y al mismo tiempo de humildad. Tienen cara de hombre, pero de un parecido exacto, sin que sea necesario valerse de la fantasía para extremar tal semejanza. Su nariz se despega del rostro, lo mismo que la nuestra; su boca es humana, pero con el mentón entrante de los degenerados. Sus ojos, al aproximarse al cristal, nos miran con una expresión que parece reflejar los sentimientos brutales de un alma rudimentaria. Son como futuros hombres que se hubiesen inmovilizado en forma de peces, sin poder continuar su evolución; hombres de rostro feroz, de mirada dura, de instintos egoístas y crueles, que únicamente viven para perseguir, matar, comer y reproducirse. Nos recuerdan a nuestros remotísimos abuelos que atravesaron los incalculables siglos de la prehistoria repartiendo peñascos y golpes de tronco para inaugurar la supremacía de la especie humana sobre el resto de la creación.

En este acuario, viendo cómo evolucionan en sus cajas de cristal los seres multicolores arrancados a las profundidades oceánicas, se duda un poco de nuestra superioridad y nuestro orgullo.

Cada uno de nosotros cree instintivamente que es el centro del universo, y todo cuanto existe en torno de él, animales, plantas y minerales, fue creado para el placer de sus sentidos o la satisfacción de sus deseos. Y estos habitantes del Pacífico, infinitamente más numerosos que nosotros, nos ignoran como nosotros los ignoramos. Cazan, guerrear, hacen el amor, se suceden en el disfrute de la inmensidad oceánica, luciendo sus maravillosos colores y sus formas bizarras para ellos mismos. No saben que existe el hombre, con todas sus vanidades, con su historia orgullosa, que tiene por reducido escenario unos cuantos bullones de costra sólida emergidos de la inmensidad del mar.

Cerca del acuario está Waikiki, la playa elegante de Honolulu, y en ella el Moana Hotel, famoso en los Estados Unidos. Todo extranjero que llega a la isla necesita bañarse en esta playa, pues al volver a su país, los concedores del archipiélago le preguntarán si ha nadado en Waikiki. Éste es un mar tropical, mas no por esto deja de resultar molesto lanzarse a él en pleno mes de diciembre. Pero mis compañeros de viaje, entre dos olas, hacen elogios de la tibieza del mar, aunque algunos de ellos castañetean los dientes. Las damas, con ligerísimos trajes de baño, se lanzan igualmente al agua, interesadas por los ejercicios náuticos de los canacos.

El mayor atractivo de esta playa es el que ofrecen los juegos de los saltadores de olas. Los antiguos hawaianos aprendían desde su niñez a sostenerse de pie sobre una tabla elíptica de dos metros, especie de patín acuático, que podían llevar a cuestras, como un escudo de madera, utilizándolo para el paso de ríos y estrechos marítimos. Puestos de bruces sobre esta tabla, mueven pies y manos con un ritmo de tortuga, avanzando rápidamente sobre las aguas tranquilas. Si hay olas, se ponen derechos sobre el escudo, con admirable equilibrio, como si sus pies estuviesen soldados a la madera, y se dejan llevar por la fuerza de los rompientes.

Desde la playa vemos filas de hombres erguidos sobre el agua, que vienen hacia nosotros con la rapidez de la ola. Como la tabla no se ve, parece que marchan lo mismo que Jesús en el lago de Tiberíades. Son estatuas de carne sobre un pedestal de espuma. Corren sin mover los pies; cortan el aire por el impulso de la rompiente, hasta que ésta se extingue, y el nadador, falto de empuje, cae por inercia fuera de su tabla.

Algunas damas norteamericanas reman en estrechísimas piraguas que se sostienen gracias a otra más pequeña, en forma de balancín, unida por dos medios arcos de bambú. Su remo es la pagaya, pala corta movida con las dos manos. Juegan a pasar sobre las rompientes en esta embarcación frágil, quedando durante algunos segundos bajo la espuma de las olas. En las mismas piraguas van canacos casi desnudos, como en los tiempos de Kamehamea, contrastando la oscuridad de sus carnes con la blancura de piernas y brazos de las remadoras, no más vestidas que sus compañeros de pagaya.

Al sentarme en el jardín del Moana Hotel para contemplar estos juegos náuticos, empiezo a sentir en mi olfato cierta embriaguez, como si estuviese en la tienda de un gran perfumista. Miro los árboles y los arbustos cargados de flores, pero me doy cuenta de que su aromática respiración es algo más sutil y discreto que la esencia vigorosa esparcida por todo el hotel. Uno de mis compañeros me explica el misterio de este perfume que se ha enseñoreado del edificio. Algunas maderas del Moana son de puro sándalo, cortadas en bosques de la isla que Kamehamea no llegó a explotar, y su perfume algo más sincero y auténtico que el sándalo preparado por el arte de los perfumistas.

El jardín es un rectángulo comprendido entre el cuerpo principal del edificio, sus dos alas y el mar. En los lados hay filas de plantas con flores, pero todo el resto del jardín lo ocupa un solo árbol, un *koa*, que cubre con su cúpula muchas docenas de mesas.

Nunca he visto en un lugar frecuentado y «civilizado» un árbol tan enorme. Su tronco es en realidad una agrupación de troncos, como los haces de columnas apretadas que forman las pilastras de las catedrales góticas; su ramaje toca las ventanas del hotel, que están muy lejos, y se esparce hasta la orilla del mar.

Cierra la noche, y el árbol extraordinario adquiere por industria humana un aspecto irreal. Hay ocultas en su complicada frondosidad centenares de lamparillas eléctricas de diversos colores, y todo él brilla como si colgasen de sus ramas frutos quiméricos de un jardín de ensueño.

En el interior del hotel suenan orquestas y cantos. Ha empezado el gran banquete que la ciudad de Honolulu da a los viajeros del *Franconia* y tendrá por final un baile de gala. Llegan militares y funcionarios vistiendo uniformes de ceremonia. Las damas del país se presentan descotadas y con pañolones de Manila para abrigarse al bajar al jardín.

Permanezco bajo el *koa*, prefiriendo estar solo. Contemplo el mar con sus olas fosforescentes que surgen del negro horizonte, se agrandan al avanzar y vienen a deshacerse en la arena húmeda de la playa, sobre el reflejo cabrilleante de las ventanas del hotel y las bombillas eléctricas del ramaje. Me gusta ser el único que disfruta la fresca luminosa de este coloso vegetal, viendo en torno de mí tantas mesas y sillas vacías.

De pronto se sienta a mis pies un niño casi desnudo, cuyos miembros, algo flacos, tienen un color rojizo de canela. Me saluda con una sonrisa que hace brillar los diamantes negros de sus pupilas y todo el marfil de sus dientes. Luego señala un sombrero, el cual contrasta, por su amplitud y adornos, con la mediocridad de su vestidura, un simple harapo que le sirve de taparrabos. Adivino su proposición formulada en hawaiano. Por medio dólar me fabricará inmediatamente un sombrero igual al suyo.

Este sombrero es una obra de arte digna de respeto, hecho con palma verde, formando sus mallas una sucesión de conchas desde el vértice al borde de las alas, y llevando en el lugar de la cinta una corona de puntas cimbreantes. Acepto la proposición, y el canaquito vuelve a sentarse a mis pies con una rama verde de palmera que empieza a manipular, cantando entre dientes una especie de romanza. No intercala nada en su obra. La misma palma con sus retorcimientos sirve para todo. Ella da la copa del sombrero, las alas, y sus puntiagudos remates acaban por formar la corona de penachos que lo circunda.

Sigo maravillado el trabajo de estas manos infantiles y hábiles. Bajo un árbol cargado de luz eléctrica y ante unas ventanas que dejan escapar rumores de banquete y música de baile, renuevan el arte adquirido en medio de las selvas, durante siglos y siglos, por los remotos y salvajes abuelos. A los diez minutos el pequeño artista me ofrece sonriendo su obra con una mano y extiende la otra para tomar el medio dólar.

El sombrero del Moana me ha seguido en toda mi vuelta al mundo, y me recordará siempre la noche pasada en uno de los hoteles más famosos de la tierra, bajo un árbol grande como un palacio, frente a un mar de olas brillantes cual si fuesen de fósforo, y aspirando el perfume de ensueño que exhalaba dicho edificio por los poros de sus maderas.

Al día siguiente asisto al almuerzo con que me obsequia la Asociación de la Prensa. Aunque estoy acostumbrado a la preponderancia femenina en los Estados Unidos y todos los países influenciados por su liberal educación, me asombra ver cómo en torno a las diversas mesas son mucho más numerosas las mujeres que los hombres.

En las islas de Hawai la aristocracia es actualmente universitaria. Quiero decir con esto que la verdadera distinción para la mujer consiste en el estudio de una carrera, y más aún en el ejercicio de la enseñanza. La Universidad de Honolulu tiene tantas estudiantas como estudiantes, y los mejores edificios de la ciudad, rodeados de jardines, son las escuelas públicas. Los diarios del país cuentan los triunfos universitarios de las mujeres o la tenacidad con que ejercitan el profesorado en la misma sección que los diarios de otros países dedican a descripciones de trajes y relatos de fiestas mundanas.

Todas estas señoritas de Honolulu, lo mismo las hijas de blancos que las mestizas de canacos, procuran mantener las tradicionales costumbres del país en lo que tienen de artísticas o pintorescas. Un cantante de pura raza hawaiana, admirado como el mejor tenor de las islas, se levanta repetidas veces en el curso del banquete para entonar junto al piano las romanzas más populares con una expresión apasionada que hace comprender el sentido de los versos polinésicos. Un mallorquín, antiguo bajo del Teatro Real de Madrid, don Joaquín Vanrell, que dirige una escuela de música en Honolulu y es el único español residente en la ciudad, canta con una maestría de viejo artista algunas arias españolas de los tiempos del romanticismo.

Al sentarnos a la mesa, todos hemos encontrado sobre la servilleta un collar de flores. Hay que seguir los ritos del paganismo hawaiano, el cual sólo comprendía los placeres de la mesa, del canto y del amor con acompañamiento de flores.

Mi collar, presente de la Asociación de la Prensa, es enorme. Casi llega a mis rodillas, y está formado con pétalos blancos de una especie de clavel de las islas, cuyo perfume resulta aún más intenso y embriagador que el sándalo. Esta flor, cuyo nombre no recuerdo, abunda poco, lo que la hace muy buscada y carísima. Al salir a la calle, después del banquete, conservando mi collar, lo mismo que todos los invitados, algunas mujeres vuelven sus cabezas sonriendo y admiran la boa florida que llevo sobre el pecho, como algo extraordinario que sólo pueden ver de tarde en tarde. Unas canacas jóvenes, de gracioso atrevimiento, ponen su rostro sobre mi pecho, aspiran el perfume y me dicen sonriendo palabras incomprensibles que deben ser agradables.

Durante el banquete está sentada a mi derecha la esposa del gobernador del archipiélago de Hawai, una dama norteamericana de gran cultura literaria. Su hija y varias amigas de ella permanecen entre las numerosas jóvenes que ocupan por completo varias mesas.

Una escritora de Australia asiste al banquete. El Pacífico, a pesar de su inmensidad, proporciona con frecuencia estos encuentros. Los de Australia o los de Hawai, si desean hacer un viaje para distraerse, se van a la acera de enfrente, a la tierra más inmediata, cinco mil millas de distancia, varias semanas de navegación, atravesando una mitad del hemisferio en que viven.

Cuando llega la hora de los brindis, con un vaso de agua, pues esta tierra es de los Estados Unidos e impera en ella el «régimen seco», muchos de los asistentes pronuncian discursos o breves saluciones. Las jóvenes son las que hablan más, obligadas por las peticiones del público, y yo pronuncio finalmente una arenga en español, que sólo entienden el profesor de literatura de la Universidad y algunas señoritas que pasaron por su aula. Pero el antiguo bajo del Teatro Real llora

escuchándome. Se creía perdido como Robinsón en este archipiélago, donde lleva muchos años sin hablar más que inglés, e inesperadamente se ve asistiendo a una fiesta en honor de un español y escuchando un discurso en la lengua de su patria.

A la salida, la esposa del gobernador me invita a tomar el té, horas después, en su casa. Ésta resulta interesante por haber sido el palacio en que vivió destronada la reina Lilinu-Kalami.

El día anterior he visto la estatua de bronce, verdoso y dorado, representando a Kamehamea I, frente al antiguo palacio de los emperadores de Hawai. Me enseñan a un viejo canaco, de cara rugosa y barbillas blancas, que monta la guardia voluntariamente hace más de veinte años ante la estatua de Kamehamea. Llega al romper el día y se sienta frente al monumento de su emperador. A las horas de comer desaparece, y vuelve a ocupar el sitio poco después, no abandonando su silenciosa contemplación hasta que cierra la noche. Los norteamericanos, que aman las actitudes originales, consideran con simpatía a este canaco leal. Los del país, modificados por la vida moderna, le miran con cierto enojo, considerando ridícula para su raza esta fidelidad perruna. El viejo no conoce ciertamente la verdadera historia de Kamehamea; sólo sabe que fue grande y victorioso, que en su tiempo los extranjeros no mandaban en Hawai, y ello basta para que adore todos los días al emperador dorado y verde, esperando que alguna vez se transformará en carne, volviendo al archipiélago como un Mesías.

Yo he visto en realidad el manto y el gorro que lleva Kamehamea en su monumento. Están en el Museo Bishop, el mismo que guarda el vaciado en yeso del busto del capitán español. Los mantos de los emperadores de Hawai son la gran curiosidad artística de la isla y se habla de ellos en todo buque cuando Honolulu empieza a asomar su blancura sobre el océano. Estos mantos —lo mismo que la tiara imperial en forma de gorro frigio— están fabricados con plumitas de unos pájaros diminutos. Como estos pájaros eran únicamente de dos colores, rojo y amarillo, la vestidura imperial parece hecha de pedazos de bandera española. Examinados los mantos de cerca, maravilla el cálculo de los millones de pájaros que fue preciso matar para la fabricación de estas vestiduras reales.

El gobernador de Hawai, nombrado por los Estados Unidos, no habita el palacio de los emperadores. Éste lo ocupan solamente las oficinas públicas. El gobernador reside en la llamada Casa de Washington, o sea el palacio donde murió Lilinu-Kalami. Esta mansión, ostentosa para la época en que fue construida —el primer tercio del siglo XIX—, la hizo un norteamericano enriquecido en el país. Cuando la hubo terminado, dándole el nombre de Casa de Washington, se preocupó de su amueblamiento y creyó oportuno ir en persona a adquirirlo en el Japón y la China. Como en aquellos tiempos no había buques de vapor ni líneas de navegación, fletó una fragata para hacer el viaje a Asia, y nadie supo más de él ni de sus marineros. Mucho después, Lilinu-Kalami, que aún no era reina, adquirió este palacio para habitarlo.

Admiro los salones por su aireamiento y su amplitud. Algunos de ellos están completamente abiertos por dos de sus lados y en vez de paredes tienen columnas y también gradas que les ponen en perpetua comunicación con el jardín. Sus muebles chinos y japoneses empiezan a adquirir cierto aspecto respetable de antigüedad, que los coloca aparte de los objetos de pacotilla producidos por el Extremo Oriente en nuestros tiempos. Muchos de estos muebles fueron regalos que el Japón y la China enviaron a la reina de Hawai. Todo lo de esta casa, en las habitaciones de recepción y en el comedor, precede a Lilinu-Kalami. Los gobernadores lo han respetado, dejándolo como en el tiempo



de la reina.

La esposa del gobernador quiere mostrarme los últimos supervivientes de aquella época. Son los jardineros de Lilinu-Kalami, un matrimonio de viejecitos que siguen en el palacio tranquilos los dos y bien cuidados, cual si formasen parte de su mobiliario. Entran en el gran salón, conmovidos y llorosos, como siempre que vuelven a esta parte del edificio, creyendo que van a ver de pronto a su antigua señora.

La vieja va vestida de blanco con gran pulcritud; escotada, los brazos desnudos, la falda muy amplia, siguiendo tal vez las modas juveniles de su reina. El viejo es un caballero canaco con esmoquin blanco y corbata negra. A pesar de sus años conserva un gran dominio sobre sus emociones, y únicamente brilla en sus ojos una acuosidad contenida. Su mujer, más vehemente, llora, al mismo tiempo que le tiemblan las manos.

Hace la gobernadora mi presentación.

—Este señor ama mucho a vuestra reina y va a escribir sobre ella.

—¡Oh, la reina!— gimotea la vieja.

Me besa una mano y mira después con ojos devotos un gran retrato al óleo de Lilinu-Kalami que está en el fondo del salón y la representa en sus buenos tiempos de reina viuda, cuando las *hulas* bailaban en el inmediato jardín y ella pedía consejo a sus favoritos.

Es una dama de frescas redondeces y sonrisa bonachona, vestida con un traje elegante de recepción. Tiene el escote abultado y partido por el arranque de dos hemisferios firmes; los brazos redondos, y una doble raya horizontal en el carnosos cuello: la majestad regia de hace tres cuartos de siglo representada por Victoria de Inglaterra, Isabel II de España y otras soberanas de aquella época.

Se conmueve la viejecita de tal modo viendo a su antigua señora, que el marido tiene que abrazarla protectoramente y se la lleva hacia el jardín. Media hora después vuelven los dos ancianos con un regalo para mí: un collar que acaban de hacerme con la flor amada por Lilinu-Kalami. Esta flor, puramente hawaiana, es una violeta de pétalos recogidos, dura como un fruto.

El collar embriagador de claveles que llevo sobre el pecho morirá, pero éste de Lilinu-Kalami es eterno. Sus flores al secarse se endurecen, y podré guardarlo siempre como un rosario oloroso.

Con el pecho adornado por la doble sarta de flores continúo mi visita a la esposa del que es actualmente soberano del archipiélago por soberanía delegada.

La hija del gobernador y una amiga suya se interesan mucho por el pasado de esta tierra en que nacieron. Ambas proceden de norteamericanos; la hija del gobernador es morena y esbelta como una californiana; su amiga, una nieta de Mr. Hyde Rice, notable escritor que ha recogido todas las tradiciones del país y vive siempre en la isla de Hawai, es rubia y con ojos azules. Pero las dos nacieron en el archipiélago y tienen en su belleza blanca algo de exótico que las hace más interesantes.

Al despedirme, la joven que ha venido de Hawai a pasar unos días con su amiga y conoce a fondo la historia del país, por sus lecturas y por las lecciones de su abuelo, me dice a guisa de adiós:

—Celebro haber hablado, por primera vez en mi vida, con un español. Siempre me interesó España, tan lejos de nosotros y tan unida a nuestros orígenes. Hawai es más antigua en la historia de lo que suponen muchos. Tiene dos siglos más de existencia, porque todos sabemos aquí que los navegantes españoles fueron los primeros blancos que pisaron sus costas, los primeros enviados de la civilización europea.

## La semana sin lunes

Navegando al margen de la tempestad.—Bailes, juegos y asistencia a la escuela.—Carreras de caballos en el buque. La libertad religiosa de los norteamericanos.—El cura democrático de Minnesota.—El Mesías de Los Ángeles.—Dejamos de vivir un día entero.—Caen en las aguas del Pacífico veinticuatro horas de nuestra existencia.—¿Qué habrá sido de mis amigos del Japón?

Empieza a anochecer cuando salimos de Honolulu. Flotan en todas las barandas del buque manojos de cintas multicolores. Son los restos del tejido de serpentinas que se formó entre el paquebote y el embarcadero durante una larga despedida.

Grita la muchedumbre en los muelles, agitando sombreros y pañuelos. Se oye, cada vez más lejos y por última vez, la romanza *El collar de las islas*, entonada por la música de la ciudad. Un tropel de nadadores nos sigue hasta fuera del puerto. Pero el *Franconia* acelera su marcha y los tritones canacos y japoneses acaban por quedarse atrás, esforzándose por sacar medio cuerpo fuera del agua y darnos el último adiós con sus manoteos y sus rugidos metálicos. Pasamos entre dos filas de boyas que empiezan a iluminarse, marcando el canal que deben seguir los buques de calado enorme.

Cuando cierra la noche, Honolulu brilla en el fondo del horizonte como un collar de diamantes desgranado, y esta visión resucita en mi memoria el recuerdo de Valparaíso, el gran puerto de Chile, que vi hace muchos años. Después que mis compañeros de viaje se sacian de contemplar las hileras de luces, cada vez más pequeñas y lejanas, concentran su atención en la vida de a bordo, preparándose para una travesía que será la más larga del viaje.

Durante diez días sólo veremos cielo y agua. Ni una isla, tal vez ni un buque, por ser ésta la parte menos frecuentada del Pacífico. En Honolulu los tripulantes de un gran vapor japonés nos han dado malas noticias. Reina un larguísimo temporal entre Hawai y las costas del Japón. Ellos, como expertos hombres de mar, nos presagian un viaje penoso. Algunos pasajeros que han dado la vuelta al mundo otra vez recuerdan que el mal llamado Pacífico, en esta sección de su inmensidad, se muestra siempre áspero.

Pasamos una mala noche navegando entre nuevas islas del archipiélago de Hawai, pero al día siguiente empieza a mejorarse el tiempo.

El capitán Melson es tenido entre los marinos de Inglaterra por muy hábil para sortear las tormentas, evitando molestias a sus pasajeros. Como el *Franconia* no tiene las prisas de un paquebote mercante y cuenta con las velocidades máximas de su maquinaria para resarcirse de las pérdidas de tiempo, nos apartamos del rumbo ordinario, que es donde reina ahora la tempestad, y en vez de subir inmediatamente hacia el noroeste en busca del Japón, seguimos por el interior del mar tropical, como si nos dirigiésemos a las Filipinas. De este modo pasamos la mayor parte de la travesía dentro de un mar tranquilo y tibio, vestidos de verano, cual si navegásemos hacia un país del trópico.

Seguimos el empuje favorable de la corriente ecuatorial del Pacífico Norte, prolongación de la que nace en las costas japonesas y da vuelta ante las costas de California, volviendo al mismo sitio de su origen; corriente que recibe el nombre japonés de Kuro Sivo (el Río Negro), a causa del color de sus aguas. Dos días antes de llegar al Japón es cuando el *Franconia* pondrá proa al noroeste e iremos hacia

el puerto de Yokohama, pasando casi instantáneamente del verano al invierno.

Antes de este cambio de rumbo navegamos por unas aguas verdes, luminosas, de fauna abundante, como las que vimos en las costas de la América Central. Únicamente por el norte se muestra el horizonte gris y brumoso. Adivinamos la tempestad que asalta detrás de la niebla lejanísima a los buques de itinerario fijo, y sentimos una satisfacción egoísta al pensar que nosotros, como desocupados que pueden ir a donde quieren, sin prisa alguna, vamos sorteando los rigores atmosféricos.

Transcurren lentos días sin que el mar siempre desierto pueda ofrecernos otros espectáculos que la salida y la puesta del sol. Todas nuestras observaciones y deseos se concentran en la vida interior del buque, y apenas nos fijamos en el océano. El *Franconia* cobija una actividad intensa que no volverá a repetirse en el resto del viaje. Las diversiones son incesantes; la orquesta trabaja más que nunca; todas las tardes hay conciertos, todas las noches baile.

Los profesores de la American Express dan conferencias con proyecciones cinematográficas sobre el Japón y la Corea, los dos primeros países que vamos a visitar. Muchos de nosotros creemos haber vuelto, en una regresión juvenil, a nuestros tiempos de estudiante. Vamos a clase todas las mañanas. Dos maestros de lenguas orientales dan lecciones de japonés y de chino, y aprendemos unas docenas de palabras en ambos idiomas que nos permitirán pedir modestamente las cosas más elementales para nuestra existencia.

Muchos días hay *forum*, una especie de mitin presidido por el director del viaje, en el que todos pueden pedir la palabra para exponer sus dudas o solicitar aclaraciones. Una señora pregunta si hay que llevar mucho abrigo en el Japón; otra desea saber los precios corrientes de los objetos artísticos y qué almacenes de Tokio son los que roban menos al viajero; una, más allá, pide consejos higiénicos para precaverse de las enfermedades del país. Y así continúan, con la curiosidad del pueblo americano por saberlo todo, formulando preguntas y preguntas. Unas veces contesta el presidente; otras, los mismos pasajeros que, por sus estudios o por viajes anteriores, pueden ilustrar a sus vecinos.

Todas las mañanas, a primera hora, este pueblo marítimo desfila por un salón en cuyas paredes están fijos los avisos de las fiestas del día y reuniones instructivas, así como noticias importantes de lo ocurrido en la tierra durante las últimas veinticuatro horas, transmitidas por la telegrafía sin hilos.

Las gentes se agrupan con arreglo a sus aficiones deportivas o sus ideas religiosas y filantrópicas. Hay anuncios solicitando una cuarta persona para jugar al *bridge*. Muchas tardes se celebran torneos de dicho juego, que apasionan extraordinariamente a las señoras.

Otro juego, de moda reciente, rivaliza con el *bridge*. Es de origen chino; unos le llaman *Mah-jong* y otros *Pung-chow*. Las pasajeras van de un lado a otro con la caja de sándalo contenedora de sus piezas de marfil. Estas fichas tienen nombres extraordinariamente poéticos; pero, según parece, el tal jueguito chino es más temible que la ruleta para devorar el dinero.

Dos veces por semana hay carreras de caballos en la última cubierta, con todas las ceremonias y preliminares de este deporte nacional en los países de lengua inglesa. El establecimiento tipográfico del buque imprime una lista con los nombres y particularidades de los caballos, algunos de los cuales llevan de vez en cuando mis apellidos. En las cubiertas de paseo se venden billetes para los que desean apostar.

Los caballos son juguetes de madera, corceles del tamaño de un conejo de Indias, con sus *jockeys* de distintos colores. El suelo de la cubierta tiene un séxtuple semicírculo, dividido en casillas

numeradas, todo ello hecho con tizas. Los seis jinetes esperan en fila la señal de partir. La campana llama al público indicando que va a empezar la carrera, lo mismo que en los hipódromos. Una señorita, escogida por su belleza o su elegancia, es la encargada de arrojar por el suelo un dado enorme; y con arreglo al número que permanece visible, el caballo agraciado va avanzando tantas casillas como marca la cifra.

Este público sencillo y entusiasta se enardece como si estuviese presenciando una carrera en Londres o en Nueva York. Además, casi todos han apostado dinero, lo mismo hombres que mujeres. Los dólares salen de los bolsillos en forma de pelotas de papel arrugado. Cada uno grita para celebrar los avances de su favorito. Desde las cubiertas inferiores es fácil imaginarse que se vive en tierra, oyendo a lo lejos los ruidos de un hipódromo.

Un grupo de pasajeros francmasones fija un anuncio en el salón llamando a los compañeros de viaje que sean «hermanos», para constituir con ellos una logia en el *Franconia* mientras dure el viaje. El primer acto de la nueva logia, dos días después, es una suscripción general pidiéndonos dinero a todos para los hombres que trabajan en lo más hondo del buque alimentando las máquinas.

Algunos viajeros son pastores de las diversas confesiones del cristianismo reformado, y al dar la vuelta al mundo, desean visitar las misiones que han establecido sus correligionarios en China y el Japón. Otro, procedente de Minnesota —uno de los Estados más interiores y tranquilos de los Estados Unidos—, es un sacerdote católico muy joven, grande de estatura, fuerte, con serena franqueza en su mirada y sus ademanes. Tiene el aspecto de un boxeador simpático. Su cabellera espesa y dura, cortada a estilo norteamericano, se alza sobre su cráneo como una cresta o una tiara. Nunca ha salido de su país, y desea ver el mundo, como los demás; pero lo que a él le interesa especialmente es conocer Jerusalén y Roma. En vez de buscar dichas ciudades por la parte de oriente, siguiendo el camino más corto, va simplemente a ellas dando vuelta a la tierra entera.

Es un creyente fervoroso y sincero, pero sin intransigencias; un representante del catolicismo a estilo de los Estados Unidos, que es allá la religión más democrática y algunas veces la más demagógica, por figurar en ella muchos emigrantes pobres, a los que amarga su fracaso en un país de ricos.

Como dice la misa todas las mañanas a las siete, en uno de los salones de baile, algunas señoras de gastos aristocráticos que son católicas le piden que la retrase a las ocho o las nueve, pues les resulta penoso levantarse tan pronto. Pero el joven sacerdote, con su aire de boxeador casto, poco sensible a los remilgos femeninos, contesta que él celebra su misa para los irlandeses, camareros y marineros del buque, y éstos sólo pueden oírla a las siete, antes de empezar su servicio.

—Levántense temprano —termina diciendo—. Ustedes nada tienen que hacer, y yo por complacerlas no vaya dejar sin misa a los que trabajan.

Hay en el *Franconia* otro representante del espíritu religioso más original y extraordinario. Es un joven de veintiocho años, cuya estatura casi alcanza a dos metros. Su cabeza es interesante, con ojos rasgados, algo femeninos, y luengas y rizadas melenas. El cuerpo está deformado por una obesidad impropia de su juventud. Tiene gran vientre y caderas amplísimas; pero a pesar de su desbordamiento adiposo se entrega con frecuencia a deportes violentos que agitan su cabellera rizada y una gran cruz pendiente sobre su pecho.

Este joven es nada menos que el fundador de una religión, y embarcó en San Francisco por tener su

sede en Los Ángeles, hermosa ciudad de ricos y desocupados, prontos a aceptar todo lo nuevo que les parezca interesante.

En este buque, poblado de personas que se acostumbraron desde la escuela a respetar todas las creencias, nadie se extraña ni hace objeto de burla al viajar con el fundador de una nueva religión. Raro es el año en que dejan de surgir varias en los Estados Unidos, y aunque las más desaparecen con igual facilidad, algunas sobreviven y adquieren una fuerza considerable. El pueblo norteamericano se preocupa como ningún otro del problema religioso, tal vez a causa de su curiosidad nativa que le hace pensar frecuentemente en el misterio de la muerte y en lo que puede encontrarse después de ella.

Al norteamericano no le extraña ninguna doctrina religiosa, y es incapaz de burlarse de ella por extravagante que parezca a los demás. Lo único que no puede concebir es que se viva sin una religión, sea la que sea; lo que no llegará a imitar nunca es la tolerante y sonriente incredulidad que tanto abunda en Europa.

Cuando yo comento la exagerada juventud de dicho profeta, varias damas me contestan que todos los fundadores de religiones empezaron a propagar sus doctrinas antes de los treinta años.

Este Mesías de Los Ángeles ha sido seminarista católico, pero abandonó su carrera para intentar la estupenda obra de unir todas las religiones en una sola, entresacando lo mejor de cada dogma: algo semejante al «esperanto», en la lingüística. El fondo de su doctrina es el cristianismo, pero añadiendo la reencarnación del alma, proclamada por muchas religiones del Extremo Oriente. Admira a Buda, y hace este viaje para ver de cerca el culto búdico, en el Japón y la China, hablando con sus principales representantes.

Una mañana da una conferencia en el gran salón sobre Buda y su doctrina, y asisten a ella, en lugar preferente, los pastores protestantes y el sacerdote católico. Es un espectáculo característico de la vida norteamericana que los «latinos», violentos e intolerantes, no podemos concebir, y extraña a nuestros ojos cuando lo presenciamos.

A la salida de la conferencia pretendo que el sacerdote católico abandone su cortés tolerancia e inicio para conseguirlo algunas críticas sobre lo que ha dicho el conferencista. Pero no me sigue, y, muy al contrario, contesta con una tranquilidad de hombre respetuoso para las creencias ajenas.

—Si piensa sinceramente lo que dice, allá él, aunque yo le considere en el error. Lo importante es que crea en Dios y en las leyes eternas de la moral.

Los pastores protestantes, aunque no saludan al inventor religioso, le miran sin animosidad cuando pasa ante ellos llevando sobre su pecho la insignia de su alta jerarquía: una cruz de oro con una estrella superpuesta de plata y piedras preciosas, joya ritual de gran valor ideada por él y que deben haberle regalado sus devotas de Los Ángeles.

Un poco antes de la mitad de nuestra navegación, estando entre Hawai y el archipiélago japonés, nos ocurre algo extraordinario que sólo pueden conocer los que hayan dado la vuelta al mundo. Todos los pasajeros y tripulantes del *Franconia* perdemos un día de nuestra vida; mejor dicho, dejamos de vivir veinticuatro horas de nuestra existencia, que caen al mar sin ser utilizadas.

Esto merece una explicación. El lector tal vez recuerde una novela de Julio Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, que hizo las delicias de nuestra infancia. El protagonista Phileas Fogg, al volver a su casa de Londres, cree perdida su apuesta por haber pasado ochenta y un días en un viaje alrededor del mundo, cuando el plazo convenido era de ochenta. Mas al mirar su almanaque de pared ve que no es jueves, como él creía, sino miércoles.

El héroe de esta novela lleva ganado un día sobre los demás hombres porque ha hecho el viaje de occidente a oriente, al revés que nosotros. Los pasajeros del *Franconia* vamos de oriente a occidente, o sea siguiendo el aparente curso del sol. Pero como éste viaja más aprisa que nosotros, cada día perdemos una hora.

Ya llevamos perdidas, con arreglo al meridiano inglés de Greenwich, que es el que rige la vida del mar, unas doce horas desde que emprendimos nuestro viaje, y de continuar así, al haber dado la vuelta entera a la tierra, nos ocurriría lo que a Sebastián Elcano y sus compañeros en la primera circunnavegación del planeta. Cuando hambrientos y con la nave destrozada tocaron estos héroes en las islas de Cabo Verde, vieron con asombro que los habitantes del país vivían en un jueves, cuando ellos, según el diario de a bordo, estaban todavía en un miércoles.

En igual confusión nos veríamos nosotros, si las leyes modernas que regulan la vida marítima no hubiesen establecido una costumbre para corregir tal desarreglo. Cuando en las cercanías de Hawai se llega al meridiano 180, antípoda del meridiano de Greenwich, si el buque va hacia Asia los tripulantes suprimen un día, y si viene hacia América, o sea en dirección contraria, viven un mismo día dos veces.

Por eso yo tengo en mi existencia un día que no he vivido, una semana que careció de lunes. El 17 de diciembre de 1923 fue una realidad para todos los habitantes del planeta, menos para los que íbamos en el *Franconia*. Saltamos del domingo 16 al martes 18, arrancando de una sola vez dos hojas del almanaque.

En verdad pasamos el meridiano 180 el día 16, pero dicha fecha era domingo, y está admitida una pequeña superchería geográfica en los buques, para que no se perjudique la religiosidad dominical. El domingo es el único día de la semana exento de supresión, evitando de tal modo que los navegantes se vean privados de servicio religioso.

Al principio no se pensó en esto, y según cuentan las gentes de mar, tal omisión dio motivo a incidentes graciosos. A veces iba en el buque algún reverendo misionero que preparaba cuidadosamente un sermón para el próximo domingo, con el noble propósito de convertir a muchos pecadores y pecadoras, compañeros suyos de viaje. Y al levantarse en la mañana de dicha fecha, se enteraba con asombro de que no había domingo, por haber saltado todos, tripulantes y pasajeros, de un sábado a un lunes, y tenía que guardarse su sermón.

Según nos aproximamos a las costas japonesas va enfriándose la temperatura y se agranda en mi interior una inquietud que viene acompañándome desde Europa.

Hace cuatro meses, a fines de agosto, estando en mi casa de Mentón, recibí una carta suscrita por dos profesores japoneses que han traducido algunas de mis novelas. Se habían enterado de mi próximo viaje y me anunciaban, con su fina cortesía nipona, un cariñoso recibimiento y varias fiestas en mi honor, cuando llegase a su país.

Seis días después, el 1 de septiembre, circuló por el mundo la noticia del gran temblor de tierra que ha destruido completamente a Yokohama y quebrantado a Tokio y otras ciudades japonesas. Nunca en los siglos conocidos de la historia humana ocurrió una catástrofe tan enorme y que causase tantas víctimas.

Marcho hacia el Japón sin haber recibido noticia alguna de allá, después del cataclismo. Por la noche miro ansiosamente hacia el punto del horizonte donde creo que están ocultas las islas japonesas.

¿Vivirán aún Hirosada Nagata, Shiduo Kasai y otros traductores míos?... ¿Encontraré a mis amigos

japoneses en el muelle destruido de Yokohama, o saldrá a recibirme la noticia de su muerte?...

## Los restos del cataclismo

Después de diez días de soledad oceánica.—Aparición matinal del Fuji.—Los marinos de la bahía de Tokio.—Carabelas con motor. —La antinomia japonesa.—Enorme destrucción de Yokohama.—La ciudad como fue y como la vemos.—Llegada de mis amigos. —La *koruma* y el caballo humano.—El engaño de la noche en Yokohama.—Vamos en busca del verdadero Japón.

Al cerrar la noche, un buque pasa por la línea del horizonte, y esto es para nuestros ojos un suceso extraordinario. Llevamos diez días de navegación, sin que nada altere la monotonía del mar. Este paquebote, de una compañía que hace el servicio entre el Japón y Canadá, representa para nosotros una certidumbre de que la humanidad no ha dejado de existir. Es la vida de nuestra especie, la historia humana, que viene otra vez a tomarnos.

Todos sentimos un deseo vehemente de pisar tierra. Muchos no pueden ocultar su alegría al darse cuenta de que sólo nos separan del Japón unas cuantas horas nocturnas y al amanecer veremos la línea dentellada de sus costas, en vez de la horizontalidad azul del Pacífico. Los más se levantan con las primeras luces del día, y suben a las cubiertas, arrebujados en abrigo de invierno que tuvieron que buscar apresuradamente. El cambio de temperatura ha sido casi instantáneo. El frío parece influir en el aspecto del mar. Se entenebrece el espacio con una bruma que es en realidad polvo acuático arrancado a las olas por el viento. Al salir el sol se forma delante del buque un gran arco iris, que por sus colores recuerda la pintura de los artistas japoneses.

Huyen de tierra las olas para perderse en las soledades del Pacífico. Vienen al encuentro de nuestro buque y se alejan hacia la inmensidad oceánica. Todas ellas, al recibir de frente los rayos casi horizontales de un sol todavía bajo, brillan como si fuesen de oro en su parte cóncava, mientras la convexidad de su lomo es de un verde oscuro y tempestuoso.

Un grito de curiosidad y admiración circula de pronto por las cubiertas, saludando un descubrimiento. Acaban de rasgarse y disolverse los vapores del horizonte, el cielo queda limpio, y a enorme altura vemos una especie de nube sonrosada y triangular que refleja la luz del sol. Todos la reconocemos. Es el célebre Fuji-Yama (monte Fuji), el volcán desmochado y con eterna esclavina de nieve que aparece en tantas estampas y tantos biombos y abanicos japoneses, como resumen de las bellezas de la tierra nipona.

No conozco montaña que dé una sensación de abrumadora enormidad como este volcán, situado en el país de la pequeñez graciosa, de las casitas que parecen juguetes, de los paisajes creados para muñecas. Muchas cimas famosas de los Andes y del Himalaya no despiertan la misma admiración, por estar rodeadas de una escalinata descendente de montañas secundarias que disimulan su altitud. El Fuji no tiene a su alrededor nada que le encubra. Corta el horizonte con los perfiles completos de sus laderas, desde la base hasta el cono truncado de su cumbre, en otro tiempo puntiaguda y ahora horizontal, por haber volado parte de su cráter una remotísima erupción. Las montañas que le rodean y las costas inmediatas nos parecen muy bajas. El gigante vive en un aislamiento orgulloso, acaparando la mayor parte del horizonte, envuelto en su manteleta de nieves, que se acorta o crece según las estaciones del año, prolongándose en onduladas franjas.



Entramos en la dilatada bahía de Tokio donde está Yokohama. Este mar interior tiene en lo más profundo de su curva la capital del Japón; pero como las aguas cerca de Tokio carecen de la profundidad necesaria para los buques modernos, los japoneses establecieron, diez y ocho millas más al oeste, en una pobre aldea de pescadores llamada Yokohama, un puerto que fue poco después uno de los núcleos del comercio del mundo, al abrirse el país a la vida internacional.

Esta bahía tiene a un lado Tokio, en el centro Yokohama, y al oeste, fuera de su boca, la derruida ciudad de Kamakura. Hace siglos figuró como capital del imperio. Ahora, Kamakura sólo interesa por sus viejos templos, perdidos entre la vegetación de bosques y jardines. Éstos cubren a su vez un suelo que fue el de antiguas plazas y avenidas. Detrás de Kamakura se alza la mole del monte Fuji a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar, tocado con su caperuza de escamas de nieve, que los poetas del país comparan a los pétalos de la flor del loto.

Vemos unos islotes pequeños, casi a flor de agua, semejantes al caparazón redondo de las tortugas. Todos ellos están fortificados con baterías de cúpula. Nuestro paquebote navega lentamente entre enjambres de barcos menores. Sale a nuestro encuentro, por primera vez, la pintoresca antinomia, la contradicción original y violenta que nos acompañará siempre en este país. Es mezcla del pasado y el presente, de una tradición orgullosa que no quiere morir, considerándose superior a todo lo extranjero, y de un afán habilidoso por apropiarse e imitar lo que ha producido y puede producir en lo futuro ese mismo extranjero tan despreciado.

Las más de las embarcaciones son buques veleros de forma arcaica, con la popa alta y la proa baja, lo mismo que las antiguas carabelas. Algunas hasta conservan el velamen de piezas superpuestas y plegables, como las persianas o los abanicos, igual que se ve en las estampas japonesas. Sus tripulantes van vestidos con un kimono oscuro y llevan el pelo recogido sobre el cogote, a estilo mujeril. Otros usan sombrero en forma de sombrilla, chaqueta corta de mangas perdidas, y llevan las piernas desnudas, con un simple pañizuelo entre ellas que les sirve de calzoncillos. Pero toda esta marina de otros siglos ha colocado en sus barcas de pesca o de cabotaje motores de petróleo, que suplen las ausencias del viento. En algunos vaporcitos blancos, de reciente construcción, el capitán, erguido en el puente y con el kimono batido por el viento, parece escapado de una lámina de las antiguas historias de piratas.

Pasamos junto al arsenal de Yokohama. Eclipsando en parte las techumbres de los astilleros, ocho grandes acorazados lanzan el humo de sus chimeneas, y otra vez sentimos extrañeza al pensar que estas formidables máquinas de guerra, copiadas de los países occidentales y que consiguieron muchas veces la victoria, pertenecen a estos hombres que al verse solos en sus casas o en sus buques se visten como se vestían sus ascendientes hace siglos, imitando todos los gestos de su vida remota.

El cielo es azul y ha quedado limpio de nubes, brilla el sol, pero según nos aproximamos a la costa aumenta la frialdad de un viento que parece su respiración. Estamos a fines de diciembre y nos hemos alejado de nuestro océano tropical. Además, el frío es siempre más intenso en la tierra que en el mar.

Flotan sobre las aguas verdes y amarillentas de la bahía anchas fajas blancas, que parecen espumas de ola cristalizadas y fijas. Son grupos de gaviotas encarnizándose en bancos invisibles de peces. La gran cantidad de barcas pescadoras que pasan junto a nosotros, izando sus velas de persiana o de lienzo blanco a rayas negras, revelan la fauna abundante de este mar interior.

Grupos de vapores anclados forman islas de mástiles y chimeneas. Nos deslizamos por las

tortuosas avenidas que deja libres este amontonamiento de buques inmóviles. Entre los barrios flotantes van y vienen otros barcos más pequeños, que se pegan a sus costados para recibir sus cargamentos o suministrarles agua y carbón.

Al dejar atrás esta ciudad flotante que cabecea sobre sus áncoras descubrimos Yokohama de un extremo a otro, sin que nada nos impida apreciar de golpe el aspecto de su desolación inmensa.

Yo he visto Reims después de varios meses de bombardeo; he visitado durante la última guerra poblaciones destruidas sistemáticamente por la invasión alemana; pero el horror de esta ciudad enorme sacudida en sus cimientos por los temblores del suelo y consumida luego por las llamas es mucho más impresionante y doloroso. El hombre, a pesar de sus maldades científicas, no puede realizar en años la labor destructiva que una naturaleza inconsciente obra en el transcurso de unos minutos.

Vemos filas interminables de almacenes y fábricas que sostuvieron hace cuatro meses una techumbre y ahora no son más que tapias de corral derruidas. No hay nada que corte el horizonte verticalmente, ni una torre, ni una casa de dos pisos. Todo está por el suelo. Ninguna obra se atreve a ir más allá de la estatura humana. Algunos muros chamuscados por el incendio, que parecen simples cartas, los van señalando los viajeros que conocieron Yokohama antes del terremoto. Allí estaban los grandes bancos, los almacenes de múltiples pisos a imitación de los de Nueva York, varios hoteles iguales por sus comodidades a los «Palaces» más famosos.

Yokohama tenía su Gran Hotel, construcción altísima que era un motivo de orgullo para la ciudad. Los que presenciaron el cataclismo se valen siempre de la misma imagen para describir su destrucción. Desapareció como los helados en forma de pirámide que se sirven a los postres de una comida y son cortados en rodajas por el cuchillo de los comensales. Al sacudirlo el estremecimiento telúrico, un cuchillo invisible lo fue partiendo en pedazos, y éstos cayeron uno sobre otro, llevando cada cual en las celdillas de su interior una agitación de pobres insectos humanos aullando de miedo o enmudecidos por el espanto.

Los que conocieron el Yokohama de hace cuatro meses recuerdan los esplendores de sus grandes calles, embellecidas por el comercio. Aquí estaban las mejores tiendas del Japón, joyerías, depósitos de perlas, de sedas, de alhajas. Además, por ser puerto terminal de las grandes líneas de navegación, algunos de sus barrios tenían la alegría ruidosa y pintoresca que gozaron siempre los lugares marítimos famosos, desde la más remota antigüedad. Había calles enteras de teatros, de cinematógrafos, de casas de té, abundantes en bailarinas y cantoras, y de otros establecimientos con mujeres pintadas vistiendo kimonos floridos y esperando en la puerta el momento de la servidumbre sexual, con la tranquilidad propia de un país que, hasta hace pocos años, consideró la prostitución industria útil, sin deshonra para las familias de las hembras que la ejerciesen.

Europeos y americanos establecidos en Yokohama habían cubierto sus alrededores de graciosas casitas con jardín. Sobre las colinas había numerosos templos budistas y sintoístas, venerables y tranquilos como los de Kamakura. El pueblo japonés, gustoso de vivir entre flores, improvisaba minúsculos jardines en todos los rincones de tierra encontrados a su alcance, por pequeños que fuesen. Muchachas del país, *musmés* frágiles como muñecas, con peinado enorme y un lazo en forma de almohadilla a continuación de la espalda, sonreían al transeúnte, cantando con suave voz de gatita a las puertas de sus casas de juguete, mientras tañían una diminuta guitarra de largo mástil. Y todas las prosperidades y riquezas de un comercio enorme, todas las flores, sonrisas y cánticos de una vida

dulce, quedaron suprimidos en menos de media hora.

Ardió casi instantáneamente la ciudad por el centro, por todos sus extremos. Un ciclón trasladó las llamas a enormes distancias sobre esta aglomeración de barrios formados con edificios de madera y papel. Las grandes construcciones de cemento y metal, partidas por el temblor, cayeron igualmente en el brasero. Se inflamaron en inmensa llamarada los gigantescos depósitos de gas y de petróleo. Algunos buques brillaron en pleno día como antorchas movibles, huyendo a toda máquina de su contacto mortal los otros que habían conseguido librarse de las llamas. Cegadas por el fuego, ennegrecidas por el humo, se arrojaron a miles las gentes en el mar, pidiendo socorro a las lanchas repletas y hundidas casi hasta sus bordas, que iban de un lado a otro, no pudiendo recoger tantos fugitivos.

Los que vieron Yokohama en otro tiempo y contemplan ahora sus ruinas, desde el buque, dicen todos lo mismo:

—Ha sido más horrible que lo imaginábamos...

El gobierno japonés, procediendo de un modo opuesto a gobiernos occidentales, tuvo empeño en ocultar desde el primer momento la magnitud de la catástrofe. Ha preferido remediar por sí mismo su desgracia, antes que inspirar a los otros pueblos una compasión molesta para su orgullo.

Varias lanchas de vapor se pegan a nuestro buque y un grupo numeroso de japoneses me busca por las diversas cubiertas. Los más de ellos son periodistas, preguntones y ágiles, venidos de Tokio, y que se valen de la máquina fotográfica lo mismo que un reportero norteamericano. Con ellos llegan varios profesores de la Universidad que se dedican a la enseñanza de las lenguas europeas, y entre los cuales figuran mis traductores.

Ninguno de ellos ha muerto. Como la gran catástrofe ocurrió el 1 de septiembre, época en que se ven más frecuentadas las playas de moda y las estaciones balnearias de la montaña, las gentes de cierta posición social libraron sus vidas. El pueblo, retenido en las ciudades de la costa por su trabajo, y los comerciantes modestos, sufrieron la mayor mortandad.

Todos mis amigos son japoneses, pero hablan fácilmente el español. Unos lo han estudiado sin salir del país; otros estuvieron en Filipinas o vivieron largas temporadas en las repúblicas sudamericanas del Pacífico. Llegan con ellos dos europeos: don José Muñoz, profesor de lengua y literatura españolas en la Universidad de Tokio, y un joven portugués muy inteligente, llamado Pinto, que enseña a los estudiantes japoneses la lengua y la literatura de su país.

Es al bajar a tierra cuando me doy cuenta de la inmensidad de la catástrofe. Los antiguos muelles sólo existen a trechos. El temblor los hizo pedazos. Unos fragmentos rodaron al fondo de las aguas; otros han quedado aislados, y hay que ir pasando con lentitud por varios puentes de madera a lo largo de estos islotes informes de mampostería.

Vemos a través del verde cristal oceánico las moles sumergidas del muelle, y entre sus masas hierros retorcidos, ruedas de automóviles, pedazos de camión y de grúa, materias aplastadas y multicolores, de diversas formas, que se van unificando bajo la capa vegetal creada por las aguas. Los japoneses, con sus ojos impasibles, su eterna sonrisa y su voz dulce que parece dar una sencillez infantil a las palabras más graves, me explican la escena horripilante que se desarrolló en este muelle.

Ocurrió el temblor en el momento que iba a partir un gran paquebote para la América del Sur. Eran numerosos los viajeros importantes, y había acudido mucha gente a despedirlos. El muelle estaba

cubierto de automóviles. Muchas personas huyeron sin saber lo que hacían; otras se refugiaron en los buques. Los que se quedaron en los muelles, creyendo estar más seguros, perecieron todos.

Mis amigos me señalan en el fondo del agua objetos informes que oprimen con su peso los bloques rotos del muelle, y asoman por sus costados. Allí están centenares y centenares de cadáveres. La tenacidad con que las bandas de peces, grandes y chicos, acuden a estos restos de la catástrofe revela la existencia de un enorme pudridero humano.

Nadie puede pensar por el momento en poner remedio a tal abandono. El cataclismo ha ido más allá de las fuerzas del hombre. En las calles de Yokohama y de Tokio hubo que amontonar los cadáveres a miles y rociarlos con petróleo para que el fuego los consumiese, sin aguardar a identificaciones. Bien se hallan estos otros en su tumba marítima.

—Además, la tierra sigue temblando con alguna frecuencia —me dice uno de los periodistas—, y ¿quién sabe cuándo llegará la verdadera hora de proceder a la reconstitución de lo destruido!...

Estas palabras de mi acompañante las recordé pocas semanas después, estando en China. La tierra volvió a temblar en Yokohama, así como el fondo de su bahía. Yo pude aún pasar sobre los restos del antiguo muelle, partido en islotes que estaban unidos por puentes de tablas. Poco después, un nuevo temblor hizo que el mar se tragase completamente este muelle que pisé al desembarcar.

Corremos las calles de la ciudad montados en *koruma*. El lector sabe indudablemente lo que es este vehículo, cochecito de un solo asiento, con ruedas muy altas y ligeras, del que tira un hombre uncido a sus varas.

Por primera vez uso este medio de locomoción, venciendo la repugnancia que nos inspira a los occidentales. Pero en todos los países asiáticos es el más usual, y casi siempre sustituye el hombre a los cuadrúpedos en sus sistemas de tracción. Resulta más barato y más abundante que el caballo o el buey. Al principio siento remordimiento viéndome llevado por un semejante mío que trota como una bestia. Poco a poco me acostumbro al nuevo medio de circulación, como les ocurre a todos los occidentales, y al final le encuentro ciertas ventajas. Es agradable ir de un lado a otro con un caballo inteligente al que puedo hablar, y que algunas veces, dejando sobre el borde de la acera las varas ligeras de su vehículo, entra conmigo en templos y almacenes, sirviéndome de guía e intérprete.

En Yokohama hay que valerse de la *koruma*, por ser más cómoda que el automóvil. Las calles están todavía rajadas por grietas profundas y con montones enormes de escombros. En algunos sitios se ha abierto el suelo en profundos embudos, como si hubiesen estallado sobre él grandes obuses. Las ondulaciones telúricas dejaron hondos rastros de sus inexplicables caprichos. Hay calles en que se abrió la tierra, y después de tragar a la muchedumbre fugitiva volvió a cerrarse como un escotillón de teatro, sin dejar señal alguna de su humano devoramiento. Más allá se partió solamente en grietas; pero al cerrarse éstas, sujetaron, como trampas para cazar lobos, las piernas humanas; y las víctimas retenidas por la sorda tenaza vieron llegar hasta ellas el incendio, ardiendo como cirios.

Pero la vida es más fuerte que las cóleras de la Naturaleza. El instinto de conservación la hace renacer, como las vegetaciones que se extienden sobre los escombros de los cataclismos.

Una muchedumbre enorme ha vuelto a instalarse en la ciudad desaparecida, acampando entre las ruinas de sus casas. Si el gobierno diese permiso para reconstruirlas, estarían terminadas hace ya tiempo, pues la casa japonesa, toda de madera y tabiques de papel, es fácil de improvisar. Además, el japonés, hábil de manos y con gran espíritu práctico, no pierde el tiempo en lamentaciones y procura rehacer lo antes posible el curso normal de su existencia. Hay que recordar cómo dos días después de

la gran catástrofe los bancos de Tokio volvieron a abrir sus oficinas y el comercio continuó sus negocios. Pero el gobierno está estudiando un nuevo sistema de construcción, con el propósito de impedir que el incendio siga a los temblores; y mientras no autorice la edificación definitiva, las gentes viven en barracas de paja y tiendas de lona.

Como Yokohama conserva su vecindario de antes, aunque considerablemente disminuido por la catástrofe, la mayor parte de los servicios públicos han sido reanudados con una prontitud que tiene algo de cómica, a pesar de la tristeza del ambiente. No hay casas, pero hay personas; y para comodidad de éstas se ha restablecido por completo el alumbrado de las calles y el servicio de tranvías.

Sobre las grietas enormes que parten el suelo pasan rieles sostenidos por caballetes de madera. Entre los montones de escombros que guardan aún restos humanos se yerguen troncos de pino sostenedores de cables eléctricos y de lámparas.

Al volver a la ciudad en plena noche, después de vagar por sus alrededores, se imagina uno que el relato de la catástrofe, repetido por todos, es una mentira colectiva. El cielo está intensamente rojo, pero tal resplandor no es de incendio, sino el simple reflejo de los miles y miles de luces de la gran ciudad, que todas las noches, al quedar bajo las sombras, parece no haber sufrido ninguna destrucción. Desde las alturas inmediatas se la adivina tal como fue por el trazado de las luces, que marcan la amplitud de sus grandes avenidas, así como las fajas más modestas de sus calles laterales. Las filas entrecruzadas de puntos brillantes hacen creer en la existencia de una gran urbe sobre un suelo que en realidad sólo mantiene ruinas.

A la media hora de pasear en *koruma* por Yokohama me siento tristemente aburrido. Estamos en un cementerio lleno de gentes; pero un cementerio sin panteones y sin vegetación, de paredes chamuscadas, montones de cascote y anchas zanjas con agua putrefacta.

Los hombres que trabajan en las calles, aunque son japoneses, tienen un aspecto casi occidental. Llevan gorras y pantalones azules, iguales a los que usan los jornaleros de Europa; hasta emplean para el manejo de sus herramientas guantes de mosquetero, como los trabajadores de Nueva York. Las familias acampadas van vestidas igualmente con una mezcla de prendas del país y europeas. No se ve el Japón por ninguna parte.

Al frente de nuestro grupo va un profesor llamado Kanazawa, que ha sido comisionado por el Ministerio de Negocios Extranjeros para guiarme y acompañarme mientras esté en el Japón. Este señor, que conoce su país como muy pocos, es autor de un diccionario japonés-español, y ha vivido en Chile, Perú y otros países americanos de lengua española. Muestra una inteligencia muy ágil, y su cortesía resulta extraordinaria aun en este país donde los hombres pueden ser considerados como los más corteses de la tierra.

Adivina sin duda en mis ojos la decepción y el tedio al repetir nuestros paseos por esta tierra de ruinas, cuando ya se ha extinguido el interés que inspiran las primeras impresiones de horror. Comprende que ha llegado el momento de hacerme ver el Japón, y después de procurarse un automóvil —lo que no es fácil en una ciudad cubierta de escombros—, da sus órdenes al conductor:

—Vamos a Kamakura.

## La dulce esfinge de Kamamura

Origen divino del pueblo japonés.—La vanidosa hermosura de la diosa del Sol y las barbaridades de su hermano y esposo.—El Espejo y el Sable.—Una dinastía de 2.000 años.—El feudalismo japonés.—Los daimios y sus fieles samuráis.—La corte de Kioto la Santa.—Los generalísimos de Kamakura.—Kio-To y To-Kio.—El camino de Kamakura.—Ante la imagen del Gran Buda.—La diosa de la Misericordia.—Un gigante divino de bronce sumido en la noche.—Lo que dice la sonrisa de la esfinge dulce.

El pueblo japonés es de origen divino. De ahí su orgullo inmutable, que data de veinticinco siglos.

Los principios de su mitología resultan oscuros y complicados. Vagan en su limbo muchos dioses de historia y atribuciones inciertas. Los primeros conocidos son Izanagui y su esposa Izanami. Este matrimonio de dioses era tan inocente que ignoraba el amor, y fueron dos pájaros los que se lo enseñaron. Por eso los representa la imaginería japonesa contemplando atentos la lección de la pareja alada.

El resultado de sus amores fue unas veces geográfico y otras carnal. La divina Izanami dio a luz varios dioses; pero también surgieron de sus entrañas las ocho islas grandes del Japón con su cortejo de numerosas islitas.

Al arrojar al mundo el dios del Fuego, murió a consecuencia de este parto ígneo, y su marido quiso recobrarla penetrando en el reino de los muertos, como Orfeo, el divino cantor, fue en busca de su difunta Eurídice. Después de numerosos combates para abrirse paso, el valeroso Izanagui rescató a su esposa; pero al abrazarla lo hizo con tanto entusiasmo, que rompió uno de los dientes de su peineta, y la majestuosa diosa se transformó en un amasijo de carnes putrefactas, cayendo al suelo. Para purificarse de tal contacto el viudo se bañó en un torrente, y de cada una de las piezas de su vestidura, abandonada en la orilla, fue surgiendo un dios. Además, de su ojo izquierdo nació Amatérasu, la diosa del Sol; de su ojo derecho, el dios de la Luna, y de su nariz, Susanoo, el Hércules de la mitología japonesa, más violento aún que éste en sus hazañas guerreras y sus acometividades amorosas.

Del acoplamiento de la hermosa Amatérasu y del agresivo Susanoo descienden los actuales emperadores del Japón. Como estos dioses eran hermanos, resulta extremadamente inmoral para los occidentales el origen divino de los soberanos japoneses; pero bueno es recordar que en los primeros tiempos de la creación, explicados por los libros santos del cristianismo y por los de otras religiones antiguas de Europa, existe igualmente el incesto. Los hijos de Adán, para perpetuar la especie, tuvieron que unirse con sus hermanas, las hijas de Eva. Los dioses escandinavos aparecen igualmente en los poemas, aprovechados musicalmente por Wagner, dando vida a hijos e hijas, que se ayuntan para crear los primeros hombres.

Los amores y las rencillas de la diosa del Sol con su hermano el Hércules japonés ocupan gran parte de la mitología nipona. Susanoo era de carácter tan violento, que al disputar una vez con su hermana arrojó un caballo muerto sobre el telar en que tejía ésta, rompiendo su labor. Amatérasu, ofendida, fue a ocultarse en una gruta, y el mundo de los dioses quedó consternado por esta fuga, que privaba a la tierra de su luz solar. Pero uno de ellos, que sin duda representaba la Astucia y era experto conocedor de la vanidad femenina, llevó a una diosa subalterna de gran belleza frente a la entrada de

dicha gruta, tapada con enormes piedras.

Todos los dioses formaron una orquesta con coros, y al son de la música y los cánticos, la diosa empezó a danzar. A cada vuelta hacía caer una prenda de su vestido, y el coro de dioses elogiaba con entusiasmo el esplendor de las formas desnudas que iban apareciendo paulatinamente al desprenderse los velos.

Amatérasu, que escuchaba oculta tales alabanzas, se sintió celosa al enterarse de que existía una mujer más hermosa que ella, y fue separando poco a poco las piedras de la entrada para ver si realmente merecía la otra tales homenajes. El astuto dios, que esperaba este momento, agarró las piedras entreabiertas y las echó abajo, tirando de Amatérasu hasta ponerla frente a la deidad desnuda. En el primer instante tuvo que reconocer con cierto dolor la belleza de su rival. Luego le dieron un espejo de mano para que se contemplase, y recobró su tranquilidad al convencerse de que era más hermosa que la otra. Esto la puso de buen humor, y accedió a desistir de su aislamiento, volviendo otra vez a iluminar el mundo.

Susanoo fue expulsado del cielo para que no molestase más a su hermana, y recibió el imperio de los mares, matando en ellos un dragón de ocho cabezas y otras bestias maléficas con un sable encantado. Un nieto de Susanoo y Amatérasu fue el primer Mikado o emperador del Japón que registra la Historia, llamado Jimmu-tenno. De él descienden en línea directa los soberanos del pueblo japonés que han venido sucediéndose en el trono durante 2.600 años.

Las dinastías reales de Europa se consideran antiquísimas al poseer una historia de unos cuantos cientos de años, y no son más que familias de advenedizos comparadas con la lista cronológica del Mikado, que ocupa sin ninguna interrupción veintiséis siglos. Además, todos los monarcas tienen un origen puramente humano. El fundador de una familia real es siempre algún aventurero heroico o político astuto y de suerte. Únicamente descienden de dioses los emperadores del Japón. Su primer antepasado tuvo por abuelos a la diosa del Sol y al dios del Valor.

Se comprende la veneración incommovible, la fe sólida, más allá de todo raciocinio, que el pueblo japonés ha sentido durante miles de años por sus emperadores. Esta adhesión aún persiste en los soldados, en los campesinos, en todas las clases sociales que no han sido influenciadas por la crítica y la duda que aportaron a su país el progreso material y las ciencias de los pueblos occidentales. La devoción del japonés por el Mikado puede compararse, como dice Brieux, a la que habría sentido hasta hace poco cualquier pueblo de Europa cuyos reyes fuesen descendientes directos de Jesucristo.

Los emblemas del emperador japonés son un espejo de mano, un sable y una joya. El espejo de mano es el mismo que los dioses entregaron a Amatérasu para que contemplase su belleza.

Cuando la diosa regaló a su nieto Jimmu-tenno las islas del Japón, nombrándole para siempre emperador de ellas, le entregó los tres Tesoros Sagrados: el Espejo, el Sable y la Joya, diciéndole que éstos eran los signos de su dignidad soberana y debía transmitirlos a sus descendientes. «Tú y los hijos de tus hijos consideraréis este Espejo como si fuese mi propia persona.»

El Espejo Sagrado y el Sable Sagrado vienen existiendo desde entonces, y cada vez que se proclama un nuevo emperador, la ceremonia más interesante de la entronización es el viaje del monarca a un templo antiguo de Isé, donde están ambos objetos. Ni el mismo emperador logra conocerlos. Queda a solas con ellos, pero no los ve ni los toca. Hace muchos siglos que fueron envueltos en telas de seda, y cada vez que éstas envejecen, los sacerdotes añaden por encima otras nuevas, siendo después de tantas renovaciones unos paquetes informes de tejidos, cuyo contenido hay

que imaginarse con ayuda de la fe.

No adoran en realidad los japoneses a sus antiguos dioses por su poder omnipotente, como lo hacen otros pueblos. Los veneran porque fueron los creadores del Japón, y este origen divino del país es un motivo de orgullo para todos ellos. Al deificar de este modo a su patria, se adoran a sí mismos.

Ha acabado el pueblo por ver en el espejo y el sable dos símbolos de la eternidad de la vida, incesantemente renovada. La forma de los dos objetos, uno oval y otro prolongado, ha hecho que se les considere como emblemas, femenino y masculino, de la procreación. Hasta hace poco tiempo, en las romerías al templo de Isé, los vendedores de objetos devotos ofrecían espejitos y sables que imitaban los órganos de la sexualidad. No hay que olvidar que muchas hazañas del hermano de Amatérasu fueron simplemente empresas voluptuosas, dignas de asombro por su repetición, y que su nombre de Susanoo significa el «Macho Impetuoso».

En los 2600 años de la historia del Mikado no hay un solo destronamiento. La autoridad de los emperadores disminuye o aumenta según las revueltas intestinas y las coaliciones de sus feudatarios, pero siempre la persona del Mikado es respetada como algo sacro, aunque se la deje en transitorio olvido. La capital más antigua del país fue Osaka, ciudad que figura ahora como el centro más rico y laborioso de la industria japonesa. Pero el Mikado, al vivir en ella, estaba bajo la influencia de los daimios, señores feudales, dueños de las ricas tierras de arroz, que vivían encerrados en sus castillos con tropas de fieles samuráis.

Esta Edad Media feudal ha durado casi hasta nuestros días, pues fue en 1870 cuando el penúltimo emperador, al reformar enteramente el país, acabó con ella.

Los samuráis eran hidalgos pobres y belicosos que servían a las órdenes de los opulentos daimios. Tenían por emblema la flor del cerezo, «hermosa y de corta duración». Deseaban una vida abundante en gloria y voluptuosidades, pero breve. Los valientes no deben vivir mucho. Todos habían hecho pacto con la muerte y consideraban la vejez como una decadencia vergonzosa.

En tiempo de paz viajaban por el Japón buscando combates. Cuando llegaba a sus oídos la fama de algún samurái valeroso, residente en otra provincia, iban a su encuentro para proponerle un duelo de muerte. Si creían haber perdido la estima de su señor o de sus camaradas, se abrían el vientre en presencia de ellos, rogando al amigo más íntimo que hiciese volar su cabeza al mismo tiempo con un golpe de uno de los dos sables que todos ellos llevaban en la cintura. Esta ceremonia mortal era el famoso *harakiri*.

Hay que imaginarse las guerras civiles, las batallas desordenadas, ruidosas y confusas que libraron los daimios entre ellos, durante siglos y siglos, acaudillando sus tropas de samuráis. Todos los caprichos diabólicos de un artista delirante los realizaron estos guerreros en el adorno defensivo de sus personas. Se cubrían con armaduras de láminas superpuestas, negras o de reflejos verdes y azules, como los coseletes de los insectos. Llevaban en la cabeza yelmos rematados por cuernos y sobre el rostro máscaras de acero que eran una reproducción del hocico del tigre o de la hiena. Otras veces, estos antifaces metálicos, adornados con bigotes, imitaban el rictus espantable de los demonios.

Guerreros de brazos cortos, pero extremadamente vigorosos, inferían al reñir heridas enormes. Sus armas de acero hábilmente templado tenían a la vez el filo de una navaja de afeitar y el peso de una maza, separando de un solo golpe la cabeza de los hombros, el brazo o la pierna de su tronco correspondiente. Sus encuentros eran choques en desorden, avances impetuosos de jinetes y arqueros,



iguales a las invasiones de langostas, arrasando completamente las tierras del enemigo.

Los daimios, no obstante su orgullo, jamás osaron suplantarse al emperador, por ser éste de origen divino, pero con frecuencia pretendieron imponerle su voluntad. El Mikado, para librarse de tal influencia, abandonó Osaka, y el Japón tuvo una segunda capital, que fue Kioto.

Aquí empezó el mayor eclipse de su historia. Para defenderse del feudalismo absorbente de los daimios escogió a uno de ellos, confiriéndole el poder ejecutivo y conservando únicamente su majestad histórica. Esta especie de ministro universal tomó el título de Shogun, que quiere decir «Generalísimo». Él aceptaba todas las responsabilidades, incluso la de los desastres, y de este modo el principio divino del Mikado quedaba fuera de toda discusión.

El shogunato, que empezó en el siglo XII y tuvo su apogeo en el XVI, ha durado hasta nuestra época, pues fue destruido en 1808. El Mikado no tuvo que preocuparse en su nueva residencia más que de los asuntos religiosos, y entonces fue cuando la segunda capital japonesa tomó su carácter teocrático y vio levantarse en su recinto los templos más grandes, recibiendo el nombre de Kioto la Santa.

Rodeado de una corte numerosa, acabó el emperador por preocuparse únicamente de las intrigas de su palacio y de su harén. Los soberanos, además de la emperatriz y de doce esposas secundarias, tenían un número infinito de concubinas. Sus aduladores palaciegos los convencieron de que no debían mostrarse nunca en público, por ser personajes de origen divino. En nuestra época, el innovador Mutsu-Hito fue el primer Mikado que se dejó ver por sus súbditos; pero aun actualmente sólo muy de tarde en tarde pueden los japoneses contemplar de cerca a su monarca.

El antiguo palacio imperial de Kioto acabó por ser una ciudad dentro de la ciudad. Sus jardines con bosques y lagos llegaron a abarcar quince leguas de circuito. En torno al emperador vivían 40.000 personas. Pero estos soberanos, que habían abdicado su autoridad en el «Generalísimo», sólo intervenían en querellas teológicas.

A los shogunes les fue imposible permanecer en una vecindad íntima con el Mikado. Victoriosos en la guerra, poderosos en la paz, habiendo sujetado a los revoltosos daimios, necesitaban tener una corte propia, y se trasladaron a la ciudad de Kamakura, engrandeciéndola durante tres siglos. El Japón tuvo entonces dos capitales: la imperial y religiosa, que era Kioto, y la gubernativa, donde funcionaban las verdaderas autoridades, Kamakura, en la entrada de la bahía que entonces se llamaba de Yedo.

Las dos cortes vivían sin rivalidades. Los shogunes engrandecieron el país valiéndose de un procedimiento que en otras naciones ha resultado nefasto, o sea aislándolo del resto del mundo. Yeyazú, el más grande de los shogunes, que muchos comparan a Pericles por el período glorioso de su gobierno, cerró los puertos del Japón a todos los extranjeros, durando tal medida doscientos cincuenta años. En este período no hubo guerras y prosperaron las industrias, formándose definitivamente el arte del Japón.

En 1853, el comodoro Parry, de los Estados Unidos, al frente de una escuadra, exigió al Shogun de entonces que abriese los puertos del Imperio, viéndose éste obligado a ceder. Los daimios, guardadores de las tradiciones, se sublevaron contra el gobernante, haciéndolo responsable de la invasión de los extranjeros. Hubo una guerra civil, y el shogunato pereció, después de setecientos años de gobierno. Entonces, el Mikado, que había vivido oscuramente durante siete siglos como una autoridad divina y decorativa, intervino a su vez en la política, dominando a la nobleza y recobrando

sus antiguas prerrogativas.

Mutsu-Hito, el penúltimo emperador, cuyo reinado duró medio siglo, hizo la más asombrosa de las revoluciones, modernizando el Japón y obligándolo a adoptar en pocos años todas las costumbres y progresos del mundo de Occidente. Este nuevo período, que puede llamarse el de «la resurrección del Mikado», exigía una nueva capital, y fue la enorme ciudad de Yedo la escogida por el progresivo emperador, pero cambiando su nombre. Yedo se llamó Tokio, en honor de Kioto la Santa, que durante siete siglos había sido la residencia del Mikado. Tokio no es más que la palabra Kio-to con una transposición de sílabas.

Vamos a Kamakura, antigua capital de los shogunes, que al trasladarse éstos a Yedo empezó a decaer, siendo arruinada finalmente durante la guerra de los daimios contra el shogunato.

Las ciudades japonesas se destruían antes con tanta facilidad como se edificaban. La madera, el lienzo y el papel eran sus únicos materiales de construcción, hasta que se instalaron los extranjeros en el país hace cincuenta años. Kamakura, al perder para siempre sus protectores, no fue reedificada, y sólo quedan de su antiguo esplendor ruinosas pagodas diseminadas en bosques y colinas, que sirvieron de emplazamiento a la antigua capital.

Lo más célebre en ella es el *Daibutsu* o Gran Buda, imagen la más completa y hermosa que existe del divino Gautama.

Sigue nuestro automóvil las sinuosidades de un camino que a trechos serpentea por la costa y más allá se hunde entre colinas cultivadas. El agricultor japonés merece el nombre de jardinero por la habilidad y limpieza de su minucioso trabajo, y sabe aprovechar hasta la parcela más ínfima del suelo. Las islas son pequeñas en relación con los millones de habitantes que deben mantener, y no hay que dejar improductiva una pulgada de la tierra nacional.

Barrancos y cañadas sirven para el cultivo del arroz, y aparecen divididos en pequeños bancales superpuestos como los peldaños de una escalinata, cayendo el agua lentamente de una meseta a otra. Las vertientes están cubiertas de arboleda. Asoman los kakis sus bolas de oro entre el follaje que los nutre y sostiene.

Atravesamos muchos caseríos antes de llegar a Kamakura. La población del Japón es muy densa. Los grupos urbanos casi se tocan, pues entre pueblo y pueblo hay rosarios de casitas a lo largo de los caminos o sobre las crestas de las colinas.

Los niños parecen surgir del suelo con la hirviente profusión de las bandas de insectos. Son niños dobles, pues toda pequeña *musmé*<sup>[1]</sup>, apenas tiene seis o siete años, lleva en una especie de capuchón, sobre su espalda, a un hermanito que llora, come o duerme, mientras ella se mueve de un lado a otro para trabajar o jugar. Como han dicho algunos viajeros, todos los niños del Japón parecen de dos cabezas. Además, las madres llevan también el último *musko*<sup>[2]</sup> sujeto a su espalda, como si formase parte de su organismo, y con este fardo, del que únicamente se libran al llegar la noche, hacen sus compras, visitan a las vecinas, pasean por los caminos y hasta juegan partidas de pelota. Es una procreación desbordante que sale al encuentro del viajero y le rodea a todas horas.

Como un buque que partiese con su proa densos bancos de peces, nuestro automóvil abre grupos vociferantes de *muskos*, panzuditos, mofletudos, de ojos estirados y oblicuos que apenas logran entreabrirse y parecen dos líneas trazadas con tinta china. Unos llevan el pelo cortado en flequillo sobre la frente y melenas lacias semejantes a largas orejas. Otros muestran el cráneo aureolado por numerosas trenzas, erguidas y duras como las púas de un erizo. Todos saludan a gritos, agitando

banderitas japonesas de papel, o sonrían haciendo reverencias, pues éste es un pueblo meticulosamente bien educado desde la infancia. Pero hay no se qué en la sonrisa de los pequeños que hace sospechar la oculta y secreta convicción, adquirida en la escuela desde las primeras lecciones, de que el Imperio japonés es el pueblo más superior de la tierra y algún día obtendrá la hegemonía que le pertenece por su origen divino.

Pasamos entre una doble fila de casitas, pequeñas tiendas de té o de imágenes religiosas, establecimientos que únicamente se ven frecuentados en días de peregrinación. Es todo lo que resta de la antigua Kamakura. Luego vamos a visitar el *Daibutsu*.

La imagen del Gran Buda estaba antes en el interior de un templo; pero el edificio fue destruido y sólo queda un pórtico con dos capillas laterales que contienen dos espantables imágenes, la una roja y la otra azul: el dios del Trueno y el dios del Viento. En muchos templos japoneses se encuentra a la entrada esta pareja de divinidades de ojos saltones o iracundos, risa feroz, dientes carnívoros y brazos levantados con expresión amenazante. Los colocan para poner el edificio bajo su protección y que no lo devore el fuego o lo destruya el huracán.

Resulta irónica la supervivencia de esta portada, pues al otro lado de ella sólo se encuentran piedras y árboles. El Gran Buda está rodeado de un jardín y tiene a sus espaldas los declives de tres colinas sombreadas por esos cedros japoneses, retorcidos armoniosamente en forma de candelabros verdes, que aman los paisajes y estampas.

Es una imagen grande como una torre, una escultura de bronce que tiene veinticinco metros de altura. El sacro personaje está sentado, con las piernas cruzadas y las manos juntas, en la posición hierática que recomienda el budismo para la meditación. Si se pusiera de pie, sería más grande que todas las colinas inmediatas. De poder ver sus ojos, sentado como está, contemplaría el mar por encima de los jardines y las casas que existen entre él y la costa.

Empieza a atardecer, y el sol moribundo dora suavemente por uno de sus lados esta figura colosal. El *Daibutsu* es verdaderamente hermoso. Tiene en su rostro una calma dulce y sonriente, que acaba por penetrar en el alma del que lo contempla. No es obra japonesa. Lo fundieron, hace cuatro siglos, artistas venidos de la China. Este origen representa para los japoneses el más indiscutible de los méritos. El Japón se reconoce discípulo de la China; de ella tomó sus primeras lecciones de civilización y su arte copió mucho tiempo el de los chinos.

El rostro de Buda tiene cierto hieratismo oriental, especialmente en sus orejas, exageradas y algo caídas; pero el resto de sus facciones muestra una expresión de paz y de misterio, que impone respeto y hasta un poco de miedo religioso. ¡Cuán lejos estamos aquí del vulgo occidental, que llama Buda a toda imagen venida del Extremo Oriente, hasta a los dioses gordos, panzudos y joviales de los chinos!

...

Este dios de bronce verdoso, dejando caer su sonrisa enigmática desde una altura de torre, tiene algo de esfinge, pero de esfinge dulce y melancólica, que parece guardar, como un depósito doloroso, el triste secreto de nuestros destinos. Inventor de una moral que recuerda la del cristianismo —siendo 600 años anterior al nacimiento de Jesús—, tiene millones de adoradores en el Japón y en la China, pero cada vez se ve más olvidado en la India, su patria. En esto se asemeja también a Cristo, que nació en Judea y, sin embargo, es entre los judíos donde su doctrina conquistó menos adeptos.

Pasa rápidamente por mi memoria la vida legendaria del príncipe Gautama mientras contemplo su

imagen, en la que pone el sol sus últimos temblores áureos. Su padre le recluyó en un palacio inmenso, entre centenares de mujeres, danzarinas y músicas, proporcionándole las mayores voluptuosidades para que no conociese el dolor. Mas un día, al escapar de su encierro, vio un enfermo al borde de un camino. En otra huida encontró a un viejo decrepito, que marchaba encorvado y trémulo, como una caricatura de la existencia. En la tercera excursión se cruzó con un entierro. Así supo que existían la enfermedad, la vejez y la muerte, últimas señoras del hombre que salen a buscarnos, sea cual sea el sendero que sigamos en el jardín de nuestra vida. Y el príncipe Gautama, reconociendo la fragilidad de los placeres materiales, abominó de las riquezas y se lanzó por el mundo a predicar la humildad y el renunciamiento, dándole sus discípulos el santo nombre de Buda.

Empieza el crepúsculo y todavía debemos visitar en la cumbre de una colina inmediata el templo venerable de Kuanon, la diosa de la Misericordia.

Este templo consiguió sobrevivir a la ciudad, pero es de madera, tiene varios siglos de existencia, y parece carcomido, frágil, hueco en el interior de sus tablazonas, como los navíos abandonados para siempre en el rincón de un puerto.

Los servidores del santuario son japoneses de cabeza esférica y pequeña, enormes gafas de concha y rostro descarnado, de intensa palidez. Tienen todos ellos una expresión de sacristanes fanáticos. Se comprenden las enérgicas disposiciones de los shogunes contra los bonzos budistas, que muchas veces perturbaron la vida del país con sus intrigas políticas y sus intentos de sublevación popular.

Sobre la meseta de la colina donde está el templo, aún es posible ver los objetos a la luz azulada del crepúsculo. Más allá de la puerta del edificio caemos en la noche.

Avanzamos por su lóbrego interior, siguiendo las oscilaciones de la luz roja y difusa que esparce un farolón llevado por uno de los bonzos. Vemos altares dorados que surgen un momento de la sombra y vuelven a hundirse apresurados en ella. Lo interesante está al otro lado del tabique de madera que corta el edificio enfrente de la puerta.

En este segundo templo, a la altura de nuestros ojos, sobre una mesa dorada, vemos unos pies gigantescos, de la longitud de un hombre. El bonzo cuelga su farol de un gancho que se balancea al final de una cuerda, tira del otro extremo de ella, y la luz roja, con lenta ascensión, va iluminando por secciones las rodillas de la diosa, las piernas, el vientre, los pechos, y a doce metros de altura su rostro con una sonrisa fija y sin vida.

Es una imagen policroma y tallada groseramente, como las que hacían en la Edad Media cristiana del gigante San Cristóbal. Tiene el mérito de su enormidad, aunque no es tan grande como el *Daibutsu* sentado. Hace sonreír como una obra infantil, mientras que el Buda de bronce impone respeto y hace pensar.

Compramos al bonzo varios rollos de papel de arroz con imágenes grabadas en madera y milagrosas oraciones; un pretexto para darle un yen (un dólar japonés), que desde nuestra llegada está atrayendo su mano huesuda, con movimientos instintivos de los dedos. Cuando salimos del templo ya es de noche. Vemos otros santuarios budistas y sintoístas. Entramos en una casa de té, quitándonos los zapatos en sus gradas de madera para no ensuciar la esterilla fina que en toda vivienda nipona sirve de asiento, de mesa, de mantel y de cama, al mismo tiempo que de alfombra.

Antes de subir al automóvil quiero contemplar por última vez el *Daibutsu* de Kamakura, el más grande y hermoso de todos los Budas. No lo veré más, y es una de las contadísimas obras humanas que hay que guardar en la memoria para decir con orgullo: «Yo lo he visto».

Llego hasta la portada de los dos dioses, horripilantes e iracundos. El dios humano que se alza en el fondo como una montaña, abrume a estos dos mascarones mitológicos, convirtiéndolos en despreciables mamarrachos.

Avanzo con pasos leves por la avenida enarenada que conduce hasta el pie de la imagen colosal. El basamento, hecho de bloques de granito, ha sido removido por el último temblor. Los sillares se salieron de sus alvéolos y están separados por grietas profundas. Pero el hombre-dios sigue en su inmovilidad pensativa y sonriente, con el dorso encorvado y los ojos triangulares perdidos en el infinito.

Al final de su espalda hay una puerta, que antes se abría para el viajero. El interior de la imagen es hueco y sirve de santuario a una docena de estatuas de Buda más pequeñas. Después del reciente cataclismo ha sido prohibida la entrada en el cuerpo del dios.

De hombros abajo está sumido en la oscuridad rumorosa y fresca del jardín. Se oye un canto de agua invisible: algún arroyuelo trivial y juguetón que se desliza por las sinuosidades minúsculas de la jardinería japonesa, pasando al través de puentes de muñecas, cayendo en cascadas de juguete acuático. La tierra y su vegetación de árboles candelabros, de arbustos recortados en formas casi humanas, parecen respirar la alegría serena y reposada de la paz.

El rostro de bronce se destaca sobre la lobreguez celeste, reflejando una luz de origen incierto. Tal vez viene del mar, invisible para nosotros; tal vez desciende de las estrellas que empiezan a temblar en lo alto y envían su resplandor difuso para que la sonrisa sobrehumana del gigante en meditación no se borre un momento, triunfando de la noche.

Creo adivinar el secreto de esta sonrisa, el misterio de la esfinge dulce que atrae a los hombres con su melancolía, en vez de asustarlos, como su hermana de piedra hundida en los arenales de Egipto.

—Vivid en paz —dice—, pobres siervos de la dolencia, de la vejez y de la muerte. Amaos los unos a los otros. No aumentéis la miseria del mundo declarando precisa y eterna una divinidad fatal, inventada por vosotros: la guerra.

## La nochebuena en el Japón

Los japoneses disfrazados de europeos. —Bozales higiénicos. —La gorra del estudiante. —Las calles de Tokio. —Los tres colores del Japón. —Las interminables cortesías. Los cinco peinados de la japonesa. —Almuerzo en el restarón Koyokan. —La ceremonia de la hospitalidad. —El baile de las geishas. —Mi conferencia en el salón de fiestas del *Hochi*. —Concierto orquestal. —La cena de Nochebuena ante un jardín liliputiense. —Salto asombroso de la música japonesa.

Un tren especial debe llevarnos a Tokio, pero no es empresa fácil encontrarlo en la gran estación de Yokohama.

El terremoto ha quebrantado sus muelles y abierto profundas zanjas en las vías, reparándose provisionalmente todo esto con puentes de madera que dificultan la circulación. Además, en las primeras horas de la mañana afluye de todas partes una verdadera muchedumbre para trasladarse a la capital. Muchos empleados y negociantes viven en Yokohama y hacen diariamente este viaje de treinta minutos para ir a su trabajo, volviendo al cerrar la noche a su casita junto al mar.

Siguiendo las indicaciones erróneas de un hombre con gorra galoneada, nos metemos en un vagón de primera clase, y poco después se llena éste de japoneses que van a Tokio. Estamos en un tren ómnibus de los que parten cada quince minutos. Cuando pretendemos salir nos es imposible conseguirlo. Una masa compacta de hombres agarrados a las anillas blancas del techo o apoyados en las espaldas de los vecinos obstruye las dos puertas.

Resulta admirable la agilidad del japonés. Siempre encuentra el medio de deslizarse entre los obstáculos, instalándose finalmente donde parecía imposible que pudiese haber uno más. Parte el tren, y lo mismo los que ocupan las banquetas que los que se sostienen de pie, reflejando en su balanceo los vaivenes del vagón, sacan de su bolsillo un periódico y empiezan a leer.

Me fijo en el aspecto de estos nipones modernizados que viven una existencia occidental. Son todos ellos simpáticos, pero considero imposible encontrar una burguesía más fea de rostro y que vaya más grotescamente vestida.

Al adoptar el traje del blanco se han olvidado de aprender la armonía del indumento, los matices del color y de la línea. Se colocan sobre el cuerpo lo que en su opinión puede dar mayor señorío a la persona, no temiendo al resultado de tales mezcolanzas. Los más usan nuestro sombrero flexible, pero metido hasta las orejas y sin ningún abollamiento gracioso. Otros prefieren el hongo de copa dura y redonda, pero a continuación de este tocado europeo llevan el kimono nacional y encima de él un macferlán de corte inglés o un gabán con trabilla, hechura norteamericana. Algunos después de esta mezcla vuelven a ser occidentales en sus extremidades, usando gruesos borceguíes. Los más llevan el pie desnudo o metido en un calcetín japonés con dedos, lo mismo que un guante, y su calzado consiste en dos tablitas horizontales sostenidas cada una de ellas por otras dos tablitas verticales, dos pequeños bancos sujetos por una correa entre el dedo gordo y el siguiente, que dejan el talón completamente suelto, lo que hace que cada paso vaya acompañado en los terrenos duros de un ruidoso chap-chap.

Hasta los que visten completamente a lo occidental tienen en sus ademanes algo de torpe y cohibido, como si fuesen disfrazados. Se adivina que todos ellos, al volver de noche a sus casas, se quedan en kimono, sentándose en el suelo para cenar, lo mismo que sus antepasados, y con este

aspecto resultarán tal vez más gallardos e interesantes.

La mayoría de los japoneses son de estatura mediocre, pero al mismo tiempo de complejión vigorosa, lo que les hace parecer algo rechonchos, con los miembros cortos y fuertes. Dos defectos físicos y sus remedios inventados por el hombre blanco, los ha aceptado el japonés de la clase media como adornos personales: la miopía y la caries dental. Los más llevan gafas de concha, redondas y de grueso armazón, que se sostienen dificultosamente sobre una aplastada nariz, y al sonreír muestran una dentadura con numerosos refuerzos de oro. Hay en esto cierta satisfacción infantil, que hace dudar si todos, absolutamente todos, tenían una necesidad ineludible de acudir en busca del óptico o del dentista.

En los últimos años otra moda higiénica ha venido a aumentar la fealdad del japonés moderno. Desde que pisé esta tierra llamó mi atención la gran cantidad de hombres con un emplasto negro o blanco sobre la nariz sostenido por dos elásticos sujetos a las orejas. Me inquietó ver tanto canceroso con la nariz roída y afortunadamente oculta. Luego, al encontrar muchedumbres enteras con la horrible cataplasma en mitad del rostro, no pude concebir que toda una nación estuviese atacada del cáncer. Pregunté, y supe que, para evitar la gripe, el japonés se coloca en invierno uno de estos bozales con gotas antisépticas, y así va tranquilamente todo el día haciendo sus visitas o realizando sus negocios. Es imposible llevar más lejos la despreocupación de la estética personal y el deseo inconsciente de afearse.

Sin embargo, estos varones de traje disparatado y contrastes grotescos son de una cortesía exquisita en sus saludos, de una amabilidad en su sonrisa, que conquistan desde el primer momento al extranjero. El japonés, cuando quiere expresar su afecto o su admiración, no conoce el miedo al ridículo, que tanto cohíbe y enfría la exterioridad de nuestros sentimientos.

Uno de los que leen de pie me mira de pronto con interés y vuelve a fijarse en su periódico, como si estableciese una comparación. Yo he visto desde mucho antes que en todos los diarios que leen los viajeros figuran varios retratos míos. Sonríe mi compañero de viaje con una satisfacción pueril al convencerse de que, efectivamente, soy yo el que aparece en su periódico, y soltando la anilla que le sirve de sostén lleva ambas manos a sus rodillas y se inclina todo lo que puede, saludándome. Los otros, sin que circule palabra alguna, por una especie de aviso telepático, van fijándose igualmente en mí para compararme con la imagen de sus papeles, y repiten el saludo o idénticas sonrisas, teniendo yo que contestar con los mismos ademanes a tales extremos de la cortesía Japonesa.

Así llegamos a la estación de Tokio, o mejor dicho, a una de sus varias estaciones, pues esta ciudad de dos millones de habitantes se halla muy esparcida, ocupando un perímetro tan grande como el de Londres.

Los estudiantes de la Escuela de Lenguas me esperan en un muelle distante, que era el destinado para la llegada del tren especial, y al enterarse de que estoy en el lado opuesto de la estación, acuden corriendo.

Todos llevan la gorra de colegial, que acompaña al japonés desde la escuela de primeras letras hasta las más altas clases universitarias. Un signo dorado en el frente de la gorra indica el estudio especial y la categoría de cada alumno. Hasta en los caminos más apartados del Japón he encontrado pequeños *muskos* con un kimono azul a redondeles blancos por toda vestimenta, descalzos, el pelo cortado en franja, lo mismo que los chicuelos que figuran en los abanicos, pero llevando con orgullo en su cabeza la gorra de colegial a estilo de Occidente.

Los estudiantes de la Universidad de Tokio que vienen a recibirme tienen un aspecto indumentario menos incoherente que el de los burgueses que ocupaban el vagón. Sólo alguno que otro lleva kimono bajo su gabán azul y calza zuecos. Casi todos van vestidos como un estudiante europeo, guardando bajo el brazo un paquete de libros.

Han venido a recibirme, e inmediatamente volverán a sus clases. Se adivina en todos ellos una voluntad laboriosa y tenaz, un deseo de conseguir lo que se han propuesto, terminando cuanto antes su carrera. Me entregan un gran ramo de flores y un álbum ilustrado por artistas célebres que contiene las firmas de todos ellos. Después de este recibimiento visito con unos cuantos amigos las principales avenidas y paseos de Tokio.

Mi primera impresión de la capital japonesa se afirma y se agranda en los días sucesivos. El terremoto causó aquí tantas víctimas como en Yokohama, pero los edificios sufrieron menos. Hay barrios enteros, los más ricos, en los que apenas se nota la reciente catástrofe. Edificios altísimos construidos a estilo de los Estados Unidos se mantienen sin ningún desperfecto visible. Otros siguen de pie, con hondas grietas en sus fachadas, cubiertas de andamios recientemente para su reparación.

Fue en los barrios apartados, compuestos de casitas de madera, donde el incendio produjo mayores daños. Además, ocurrió la gran catástrofe de la explanada de Hifukusho, en la que perecieron 40.000 personas, y de la que hablaré más adelante. Muchos centros oficiales están cerrados por tener que hacerse en ellos grandes reparaciones. La Universidad de Tokio y sus escuelas anexas están instaladas ahora en barracones, a causa de que todos sus cuerpos de edificios fueron consumidos por el incendio. Los museos aún no han sido abiertos... Pero la actividad japonesa sigue animando las calles de Tokio, como si todos hubiesen olvidado ya el recuerdo de la catástrofe.

Muchas de ellas ofrecen un aspecto de fiesta. Como se aproxima el primer día del año, los vecinos las han adornado con arcos de verdura, gran profusión de banderas y guirnaldas de faroles de papel. Las muestras extraordinarias con que se cubren las tiendas al llegar esta época de compras y regalos contribuyen al general hermoseamiento. El misterioso alfabeto japonés extiende sus letras en los anuncios, como si fuesen jeroglíficos artísticos trazados cínicamente para placer de nuestros ojos en rótulos y banderas.

La muchedumbre es pintoresca, aunque no tan multicolor como nos la imaginamos en Occidente antes de conocer el Japón. Los kimonos floreados y de brillantes tintas sólo se ven en las representaciones de teatro o en las casas de mujeres públicas del barrio llamado Yosiwara. El Japón, en su vida histórica, sólo ha tenido tres colores: el negro, usado en las ceremonias palatinas por el emperador y sus cortesanos y que las clases elevadas guardan aún; el rojo, que fue el de la nobleza media, y el azul, usado por la burguesía y el pueblo.

Hoy el azul continúa siendo el color de la muchedumbre. Los carreteros, los portafardos, los que recomponen las calles o tiran de los vehículos como bestias uncidas, todos llevan chaqueta azul de amplias mangas, con la espalda escrita de blanco. No hay hombre del pueblo que no lleve en el dorso un jeroglífico, semejante al blasón que ostentaban en igual lugar de su cuerpo las gentes de la Edad Media occidental. Pero estos jeroglíficos que nos parecen obras de arte son simplemente rótulos que indican las más de las veces para qué compañía trabaja el obrero o en qué barrio reside. La policía procura mantener el uso de esta vestimenta de los antiguos tiempos. Gracias a ella, si alguien comete una acción delictuosa es fácil reconocerlo, pues al huir muestra el nombre blanco sobre su espalda



azul.

Se nota la escasez de animales de tiro. No se ven otros caballos que los del ejército. El automóvil ha sido una solución para las industrias necesitadas de arrastre. El buey japonés, pequeño, gracioso y de aspecto algo frágil, no abunda en las calles de Tokio. Tira en yunta, de reducidas carretas, sin que el boyero le obligue a grandes esfuerzos, y está tan bien cuidado que hasta lleva unas bonitas sandalias de esparto sostenidas por una correa en mitad de la pezuña, a semejanza de las que usan las personas.

Son los hombres de espalda blasonada los que hacen todos los trabajos que en otros países están reservados a las bestias. Tiran en filas de grandes carros o se unen a sus varas. Juntas con ellos se ven mujeres sucias, sudorosas, deformadas por el esfuerzo, que parecen tan hombres como los otros. Deslizándose entre los automóviles, tranvías, ómnibus y grandes vehículos cargados de fardos, pasean veloces los *kurumayas* tirando de su ligero carrujito de un solo asiento, montado sobre ruedas de goma ligeras y altísimas, que le dan el aspecto de una araña de sutiles patas. Los caballos humanos de la *koruma* gritan incesantemente para avisar su paso, y muchas veces enganchan con una rueda al ciclista que viene en dirección opuesta. Nada de malas palabras ni de peleas. El que ha rodado por el suelo se levanta, apresurándose a saludar y dar excusas al otro, que hace lo mismo desde mucho antes.

Las calles de Tokio, exceptuando las avenidas principales, tienen un suelo desigual. Me dicen que esto es consecuencia del temblor, que rompió el asfalto; pero veo muchas de ellas, lejos del centro, en las que no ha existido jamás pavimentación de ninguna clase. Esto no impide que sobre el barro, partido en profundos relejes y peligrosos badenes, circule incesantemente el movimiento vital de la enorme Tokio.

El Japón, que en realidad no es rico, sostiene un ejército y una flota enormes, necesitando invertir en el mantenimiento de tales fuerzas tres cuartas partes de sus ingresos. Le preocupan más sus medios ofensivos y defensivos que el ornato y la higiene de sus ciudades. Además, los japoneses no temen el barro, como los europeos. Llevan los pies montados en pequeños bancos, lo que les permite pasar sobre charcos y lodazales sin que sus plantas se humedezcan.

En las aceras de asfalto el paso de los transeúntes sostiene un continuo chacoloteo. Por encima del estrépito de los vehículos y los gritos de la muchedumbre resuena como un acompañamiento incesante, sirviendo de fondo a los demás ruidos, el chap-chap de miles y miles de pies, que al moverse levantan con los dedos su calzado de madera y vuelven a dejarlo caer. Los recién llegados al país necesitan acostumbrarse a este traqueteo que puede llamarse nacional. A las tres de la mañana empieza a sonar en las aceras de Tokio y no termina hasta horas avanzadas de la noche. Únicamente en las calles no pavimentadas y en las casitas de las afueras puede vivirse libre de este calzado ruidoso, incompatible con las vías modernas, chapadas de piedra o de asfalto.

Las mujeres y las niñas circulan por los barrios populares llevando al hijo o al hermanito acostado en su espalda. En algunos terrenos baldíos, las japonesas, siempre con la cabeza del pequeñuelo pegada a su cogote, juegan a la pelota o al volante. Los *muskos* vuelan cometas que son flores caprichosas o espantables dragones de papel.

Al encontrarse en una acera dos damas de la clase media se desarrolla en todo su esplendor la tradicional cortesía japonesa. Con los brazos cruzados sobre el pecho empiezan las dos a hacerse reverencias, doblando el cuerpo exageradamente. Procuran inclinarse a un lado para que sus cabezas no choquen, y así continúan los extremados arqueamientos de sus saludos, diez veces, quince, y más. Cuando se deciden a poner término a tales amabilidades se alejan en distintas direcciones; pero de

pronto una de ellas vuelve los ojos, la otra hace lo mismo, y girando ambas sobre sus talones quedan otra vez frente a frente, repitiendo a mayor distancia sus doblegamientos de espinazo, mientras los transeúntes siguen adelante sin fijarse en esta cortesía interminable, que es para ellos algo ordinario.

La situación social de cada mujer se conoce por su peinado: La etiqueta japonesa creó cinco maneras de peinarse, para que los hombres no sufran equivocaciones al sentir interés por alguna de ellas. Hay el peinado de las niñas de cinco a siete años; el llamado *momoware*, que es para las muchachas de diez a quince; el *sokuhatsu*, que puede llamarse de las intelectuales, pues sólo lo usan las estudiantes y las artistas; el *shimada*, que es el de las solteras después de los dieciséis años, y el *maruwage*, de las casadas, que resulta el más abundante en las calles.

Un peinado japonés es algo complicado, dificultoso, monumental. El edificio de negros cabellos queda tan compacto y brillante, que parece de laca. Las mujeres generalmente sólo rehacen este peinado por entero una vez a la semana. Los otros días atienden a su alisamiento y brillo, dándole un baño de aceite de camelia. Yo he visto a las japonesas en los trenes durmiendo boca abajo, con la frente sobre los brazos cruzados, para mantener intacto su peinado. En sus casas se tienden de espaldas sobre la esterilla que les sirve de cama, y su cabecera es un banquito con un semicírculo, en el que descansan el cuello. Gracias a esta almohada de madera, el monumento capilar queda en alto, sin ningún contacto que lo deforme.

El primer día que paso en Tokio es el de Nochebuena en los países cristianos, pero aquí no tiene otro valor que ser uno de los anteriores a la fiesta de primero de año. Recordaré siempre este día por las numerosas ocupaciones y honoríficos agasajos que tuvo para mí. A las doce me obsequiaron con un almuerzo puramente japonés en el restarón Koyokan, establecimiento famoso en Tokio por sus fiestas, al que asisten los antiguos daimios y los personajes políticos mantenedores de las costumbres antiguas.

Es una agrupación de casas de madera, con techos ligeros y tabiques de papel; en el centro de un hermoso jardín. Los japoneses llenan de piedras sus jardines y construyen sus edificios de madera y de papel. En los almacenes de flores venden piedras especiales, muy caras, para el adorno de los jardines, que son buscadísimas por los conocedores. Hasta las linternas que dan luz por la noche a los viejos paseos y a las avenidas de los santuarios son de piedra: unas capillitas de granito sobre pedestales en forma de torreón, que reciben el nombre de *toro*, y en cuyo interior, con puntiagudo remate de pagoda, se coloca una pequeña lámpara. En cambio, los edificios se componen simplemente de una plataforma de madera a medio metro del suelo, varios postes para sostener la techumbre de tablazón, y numerosos biombos, de lienzo o de papel, como paredes.

La madera nunca la pintan los japoneses. El lujo es conservarla como si acabase de salir del almacén del carpintero. Esto, unido a la monotonía de los tabiques blancos y al color amarillo de la esterilla que cubre el suelo, da un aspecto de pobreza a toda casa tradicional. Un biombo pintado alegre a veces con sus colores esta uniformidad amarilla y blanca. Los salones no tienen otros muebles que una mesita del tamaño de uno de nuestros taburetes, con alguna flor, y el pequeño altar de los Antepasados. En el suelo hay unos cojines oscuros para sentarse, y nada más.

Entro en los salones del elegante Koyokan luego de haberme quitado los zapatos en las gradas que dan acceso al edificio. Me acompaña un español muy conocido en el Japón, el coronel Herrera, agregado militar de la Legación de España, que ha pasado gran parte de su vida en este país y asistió a

la guerra con Rusia, así como a otras operaciones del ejército japonés. Los militares del Japón lo consideran como un compañero de armas.

En el comedor de gala encuentro numerosos personajes que han querido organizar este almuerzo para que conozca yo la cocina tradicional y las danzas y ceremonias del país. Algunos de ellos han estado en España y en casi todas las repúblicas americanas de origen español, hablando correctamente nuestra lengua.

El organizador de la fiesta, mi amigo Utiyama, es uno de los hombres más inteligentes y cosmopolitas del Japón moderno. Ha viajado mucho como diplomático, y es ahora secretario del ministro de Relaciones Exteriores. Me va presentando a los demás invitados, altos funcionarios de dicho Ministerio, profesores de Universidad, diplomáticos, periodistas célebres. El señor Arajiro Miura, antiguo secretario de la Legación del Japón en Madrid, habla el español de tal modo, que al pronunciar un discurso al final del almuerzo, todos los de lengua española le miramos asombrados por la facilidad y la corrección de sus palabras.

Aprecio la diferencia de aspectos entre los japoneses de clase superior que han viajado, poniéndose en contacto con los occidentales, y los que nunca salieron del país. Todos estos *gentlemen* amarillos llevan su ropa con una distinción europea y son menos feos que los otros. Algunos parecen sudamericanos de origen mestizo, y apenas si un ligero fruncimiento de sus párpados y la tirantez de su cutis revelan el origen asiático.

Por amor a lo pintoresco y lo exótico, no diré la mentira enorme de que me parece agradable la cocina japonesa. Además, a los pocos segundos de estar sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, empiezo sentir los dolores de un lento y creciente suplicio. Colocan delante de cada uno de nosotros una mesita que es en realidad un pequeño banco y apenas si levanta dos palmos del suelo. Sobre este taburete de laca, las pequeñas criadas, sonrientes y graciosas como gatitas, van depositando platos no más grandes que tazas y con los manjares en tan exigua cantidad, que nuestro banquete parece una comida de muñecas.

Para mí basta con lo que me dan, y pasaría seguramente un mal rato si me obligasen a comerlo por entero después de probarlo. Voy conociendo el sabor del pescado enteramente crudo, tal como lo sacan de las profundidades oceánicas, de la médula de bambú aderezada con vinagre, y otros platos cuya composición me abstengo de preguntar. Mi única defensa nutritiva es un tazón lleno de arroz hervido, que hace las veces de pan.

Frente a cada uno de nosotros hay una *musmé* sentada en el suelo, que nos mira sonriendo mientras comemos. Mete sus zarpitas en la mesilla para que todo se mantenga en un orden perfecto o pide con dulces maullidos a sus compañeras que traigan lo que falta. Se cuida además de escanciar el *saké*, aguardiente hecho de arroz, que es el vino de los japoneses.

Mientras mis compañeros de estera, sentados como los antiguos sastres, almuerzan tranquilamente; manejando los dos palillos que les sirven de tenedor, yo me limito a comer arroz sólido y beber arroz fermentado, cambiando a cada momento de postura para que las piernas entumecidas recobren un poco la vida de la circulación. En este momento envidio a los que respiran, jadeantes y sofocados, después de una carrera violenta. ¡Quién pudiera levantarse y echar a correr!...

A los postres se desarrolla una ceremonia tradicional. Utiyama, como organizador del almuerzo, viene a sentarse frente a mi mesita, en el mismo lugar que ocupaba la *musmé* poco antes. En todo banquete japonés el anfitrión hace esto, como un acto de estima y respeto para su invitado principal.

—¿Me concederá usted —dice— el alto honor de permitirme que beba en su copa?

Conozco el ritual de esta ceremonia. La copa es simplemente una jicarita de porcelana, que se sostiene al beber con la palma de la mano. La sumerjo en un tazón de agua que tenemos todos en la mesilla para nuestra propia limpieza, y luego de haberla secado con una servilleta de papel se la ofrezco a mi anfitrión llena de *saké*. Éste la bebe con grandes extremos de agradecimiento por el honor que le dispensa su primer invitado.

Debo advertir que Utiyama muestra una gravedad sincera. Ya no es el ingenioso y sonriente conversador que recuerda sus viajes por Europa y América, su vida en Madrid, sus impresiones en las corridas de toros. Tiene una seriedad de sacerdote oficiante al cumplir este rito de la hospitalidad antigua. Le veo sentado en el suelo, con elegante chaqué gris, chaleco de viso blanco y una corbata que adorna una gruesa perla, pero al mismo tiempo vive en mi imaginación cubierto con un kimono negro, el pelo recogido sobre el cogote, y dos sables cruzados en la cintura, igual que iban vestidos sus ascendientes.

Después, otros comensales notables vienen a sentarse en el mismo sitio, y yo les sirvo la copa llena de *saké*, repitiendo la ceremonia tradicional.

Por primera vez, luego de la catástrofe, se permite una comida con músicas y danzas. Como sólo puedo permanecer aquí unos días y desean que conozca los antiguos bailes, los organizadores del banquete han obtenido un permiso para alterar el duelo público.

Ya he dicho que los edificios japoneses se componen de una sucesión de tabiques movibles, bastidores ligeros de madera y papel. Con facilidad se le pueden quitar a una casa todos sus muros laterales, dejándola convertida en simple sombraje. En su interior ocurre lo mismo. Añadiendo mamparas se crean nuevas habitaciones. Descorriéndolas se agrandan las piezas hasta formar un salón que se extiende de un lado a otro del edificio.

Vemos cómo se pliega el tabique del fondo de nuestro comedor y aparece otro salón sobre cuya tarima están sentadas en hilera varias mujeres con kimonos floreados y multicolores. Son la orquesta que acompañará las danzas.

Estas jóvenes van pintadas de blanco, pero un blanco lácteo y espeso, máscara que las uniforma, haciéndolas a todas semejantes. Los ojitos largos, oblicuos y casi cerrados, trazan dos líneas de carbón en dicha blancura. Un redondelito rojo y sangriento, igual a una cereza, indica el lugar de la boca. Y sobre este rostro de muñeca se eleva el peinado enorme, monumental, brillante, como un casco de laca negra.

Sus instrumentos son guitarras de mango larguísimo con tres cuerdas y una caja no más grande que un tazón, o tamboriles puestos en el suelo, que repiquetean con dos palillos ágiles. Esta música causa extrañeza, así como los cánticos estridentes que se elevan sobre tal acompañamiento; pero minutos después empiezo a salir de mi desorientación auricular y voy adivinando las exóticas melodías, como el que pasa de la luz a las tinieblas y acostumbándose a ellas acaba por vislumbrar poco a poco lo que le rodea.

Por una puerta lateral empiezan a salir de costado seis danzarinas, con pasos lentos y menudos, moviendo al mismo tiempo sus abanicos. Llevan kimonos azules y plateados de gran suntuosidad. Sus caras sonrientes e inmóviles son violentamente blancas, con dos toques negros y uno rojo. Van pintadas con más exageración aún que las músicas. Se mueven lentamente hacia la derecha, luego

hacia la izquierda, con una gracia tímida o infantil, pero se adivina al mismo tiempo en ellas algo de refinado que hace sospechar exóticas perversiones. Son las *geishas* célebres sobre las cuales tanto se ha escrito y tanto se ha exagerado. Lo que más admiro en las seis bailarinas azules y plateadas es su estatura. Me he acostumbrado ya a la pequeñez de la mujer japonesa. En las calles todas parecen, por su talla mediocre y su flacura extremada, niñas a las que faltan varios años de crecimiento.

Las danzarinas famosas del Koyokan me recuerdan por su cuerpo aventajado a las mujeres de Europa, y esto las hace más interesantes a mis ojos. Pero me doy cuenta de pronto que estoy sentado en el suelo y las veo de abajo arriba, como se ve a las actrices en los teatros, posición favorable que aumenta su estatura y la majestad de su porte. Tal vez una de las causas del poderío que ejerce la *geisha* sobre el hombre del país consiste en que éste la contempla sentado y teniendo que levantar los ojos. Cuando termina el baile y consigo al fin ponerme de pie, veo que todas estas beldades, escandalosamente pintadas, con runruneos y gracias felinas de muñequita frágil, no me llegan al hombro.

El resto del día está lleno de ocupaciones para mí. A las dos de la tarde se ha reunido un público de estudiantes, de escritores y aficionados a la literatura, en el gran salón de fiestas del diario *Hochi*, uno de los más importantes de Tokio. Este diario ocupa un rascacielos como los de Nueva York, en el que no ha causado el terremoto ningún desperfecto. La sala de fiestas está en el último piso, desde el cual se goza una vista a vuelo de pájaro sobre gran parte de la inmensa Tokio. Como los locales universitarios fueron destrozados por el cataclismo, es aquí donde una tarde entera se va a hablar de España, de su literatura y de mi persona, ante una concurrencia toda de japoneses. Para ellos es tan nueva y tan rara la materia, como lo sería para un público occidental un discurso sobre literatura japonesa. Y sin embargo, el salón, vasto como un teatro, ve ocupados todos sus asientos y mucho gentío de pie.

El profesor Nagata tuvo que abandonar nuestro almuerzo a las dos para irse al salón del *Hochi* que ya está repleto de público. Durante un par de horas habla de la novela española, de mi vida particular y literaria, de mis obras, algunas de las cuales han sido traducidas por él. Pero esto nada tiene de raro, pues su discurso lo pronuncia en japonés y todos pueden entenderle.

A las cuatro llego yo para dar una conferencia sobre «el arte de hacer novelas», y esto ya es más extraordinario, pues hablo en español. Una parte del público, compuesta de estudiantes y de japoneses que viajaron por la América del Sur, me entiende y aplaude al final de todos los párrafos. El resto muestra una atención reflexiva, pretendiendo comprender mis palabras, reteniéndolas en su memoria para convencerse luego de si las ha adivinado o no. Cuando termino, el profesor Shizuo Kasai, otro traductor de mis libros, empieza la tarea de repetir en japonés a este público atento y estudioso todo lo que yo he dicho, frase por frase.

Como esto va a durar otras dos horas, me escapo con el coronel Herrera y varios amigos, para visitar la elegante casita que tiene este compatriota en las cercanías del templo de Meiji-Jinju, levantado en memoria del penúltimo emperador. A las seis volvemos al salón del *Hochi*, donde aún va a celebrarse otro acto para mí. Es un concierto dado por la mejor orquesta de la capital y en cuyo programa figuran, a la vez, obras de Wagner, de Debussy, y dos sinfonías de Yamata, el primer músico moderno del Japón.

Encuentro en dicho concierto el mismo público que ha escuchado las conferencias de la tarde. Estos hombres y mujeres, siempre atentos, con expresión meditativa, ocupan su sitio desde las dos de

la tarde... y son las ocho de la noche.

Termina la jornada con un banquete a la europea en el Hotel Imperial, obsequio de los propietarios y principales redactores del *Hochi*. El presidente y el vicepresidente de este diario, los señores Machida y Ohta, me presentan a los comensales, entre los que figura Syusei Tokuda, el gran novelista del Japón. Los más van vestidos de frac, pero algunos profesores se presentan con el kimono negro de seda, que es el traje de ceremonia de los japoneses distinguidos.

La mesa, elegantemente servida, ocupa un comedor aparte en este hotel enorme, de construcción bizarra o incoherente, obra del «modernismo» alemán. El centro de esta mesa, por la que pasan los mejores platos europeos, es un pequeño jardín japonés de un metro de longitud, con árboles pigmeos que tienen tal vez más años de existencia que nosotros, rumorosas cascadas, praderas de musgo natural, y peces vivos del tamaño de alfileres diminutos, nadando en lagos no más grandes que la palma de la mano.

Hablamos del Japón y de Europa con todo el reposo y los miramientos propios de una conversación entre nipones, cuya cortesía es algo refinado que va más allá de la nuestra y nos obliga a medir las palabras y a reflexionar mucho antes de emitir un pensamiento. Mientras tanto, suenan fuera del comedor martillazos, gritos báquicos y risotadas, varios europeos residentes en Tokio están armando el árbol de Navidad y se preparan para la cena clásica tomando numerosos aperitivos.

Tengo a mi lado al maestro Yamada. Horas antes he visto dirigir a este compositor, todavía joven, una orquesta de más de ochenta profesores, todos ellos excelentes y obedeciendo a la batuta, con una precisión que recuerda la de las orquestas alemanas.

¡Y pensar que este pueblo hace cincuenta años no sabía lo que era un violín, ni conocía otra música que la de las *geishas* que he escuchado a la hora del almuerzo!...

## Paseando por Tokio

Las fiestas florales del año.—*Geishas* y japonesas honestas.—Cómo se casan los japoneses—El amor fuera de casa.—El paraíso de los maridos.—Opiniones de un moralista japonés sobre las mujeres.—La esclavitud femenina.—Contradicciones del pudor japonés—Las mancebías del Yosiwara.—Hembras expuestas en escaparates. -15.000 muchachas quemadas.—La gran catástrofe de la explanada de Hifukusho.—Un brasero de 40.000 personas.—Ágil agonía de las madres japonesas.—Un policía que imita a los samuráis.

Por observación directa y por las explicaciones de mis amigos japoneses, voy conociendo algo del alma de este pueblo, compleja y contradictoria, pues se funden en ella las tradiciones de 2600 años y los transformismos violentos de un progreso que sólo tiene medio siglo y ha copiado casi de golpe los adelantos materiales del mundo occidental.

El japonés es de un positivismo áspero, prefiere las empresas prácticas, de utilidad inmediata, y al mismo tiempo adora con fervor de poeta los esplendores primaverales de la Naturaleza.

Las flores en el Japón apenas tienen perfume, algunas carecen completamente de él, y sin embargo ningún país de la tierra ama como éste la floricultura. Toda japonesa bien educada aprende el arte de hacer ramilletes, como una señorita occidental aprende el piano o la acuarela. No hay japonés que a la vista de un grupo de flores no quede inmóvil, en actitud reflexiva, lo mismo que un visitante de los museos de Europa ante un cuadro famoso. Hasta el bajo pueblo da su opinión sobre los matices y combinaciones de un ramillete, pues todos conocen desde la escuela el simbolismo y la armonía de las flores.

En el curso del año las principales fiestas populares están reglamentadas y escalonadas por las sucesivas floraciones de arbustos y árboles. El japonés abarca en su veneración todas las flores, dedicando mayor predilección a las de los árboles, casi inadvertidas en otros países, que a las de los arbustos, más conocidas y apreciadas en el Occidente. Cuando al iniciarse la primavera florecen los cerezos, se organizan fiestas de un extremo a otro del Japón, que duran mientras existe dicha flor. Al pie de los árboles se congregan las muchedumbres para presenciar el *Miyako-Odori*, la «Danza de los Cerezos», y estas romerías dan motivo a un consumo enorme de *saké*, pues el pueblo se embriaga por tradición, como lo hicieron sus ascendientes durante siglos para glorificar la vuelta de la primavera.

Antes de la fiesta de los cerezos ha sido la de los ciruelos, en realidad la primera del año, pues dichos árboles florecen cuando las nieves empiezan a fundirse. Luego se suceden las otras fiestas florales, con acompañamiento de tacitas de *saké*, músicas y bailes de *geishas*. En mayo es la fiesta de las peonías, que no son aquí inodoras, como en el resto de la tierra, gracias a los floricultores nipones que consiguieron darles un ligero perfume de rosa. Después son festejadas las glicinas de largos racimos, y las azaleas, que abundan mucho en los campos. En el curso del verano dedican su alegre glorificación a los iris, a los lotos, y al empezar el otoño se celebra la fiesta de la flor que pudiéramos llamar nacional, pues simboliza al Japón en el resto del mundo, el crisantemo, de infinitas variedades.

Además, el japonés festeja en el otoño el follaje de ciertos árboles que toma diversas tintas, como si sus hojas fuesen flores. Hay árboles que dan frutos en otros países y aquí se cultivan únicamente por su floración. En los ramilletes japoneses figuran como delicados componentes la flor del

melocotonero, del peral, del ciruelo, del albaricoquero. Estas flores son infecundas; no contienen la esperanza de ningún fruto. Nacieron simplemente para lucir una belleza virgen y jamás conocerán la procreación.

Todo el que llega a este país con la memoria llena de lecturas literarias pregunta por las *geishas*, desea verlas, creyendo que son la representación femenina del país. Es algo semejante a lo que ocurre en España cuando los extranjeros desean ver gitanas, creyendo que todas las españolas son la Carmen de Merimée, o a la candidez de ciertos visitantes de París, que se imaginan conocer a la mujer francesa porque conversaron y bebieron con las danzarinas nocturnas de Montmartre.

Algunos escritores europeos, después de cohabitar en un puerto del Japón con una *musmé* de alquiler, la han exaltado y glorificado con su genio artístico, hasta hacer de ella el símbolo de la feminidad nipona.

Esto es hermoso, pero completamente falso. En el Japón existen la esposa, la madre, la hija, mujeres de resignadas y virtuosas costumbres, que forman la inmensa mayoría de la población femenina, y existe igualmente la *geisha*, cada vez menos numerosa y más decadente, que es la bailarina y la música de los lugares de diversión.

Esta especie de cocota nipona fue en otros tiempos, antes de que el Japón adoptase las costumbres occidentales, algo así como una institución nacional, destinada a satisfacer necesidades psicológicas más que físicas.

Para explicar esto con más claridad, necesito decir que en el Japón no existe el amor como lo entendemos los occidentales, y si alguna vez llega a nacer, es de un modo dramático e ilegal, fuera de la casa, al margen del matrimonio. El japonés constituye su familia bajo la dirección indiscutible de sus padres, que lo casan sin tomarse la molestia de consultar su opinión. Lo mismo los casaron a ellos e igualmente fueron contrayendo matrimonio sus remotos ascendientes en el curso de siglos y siglos.

Un amigo mío, profesor de lenguas europeas, me cuenta el breve y estupendo diálogo que tuvo hace pocos días con uno de sus discípulos.

—Mañana no podré venir a tomar mi lección, maestro, porque me caso.

Acoge el profesor con extrañeza tal noticia. Nunca le había hablado su alumno de noviazgos. ¿Cómo ha guardado esto en secreto hasta el último momento?... ¿Quién va a ser su esposa?..

—No sé —contesta el joven—. No la conozco. Todo lo han arreglado mis padres, y fue ayer cuando me dijeron que debo casarme mañana.

El japonés somete a su esposa a un régimen despótico, con arreglo a la tradición, y ésta le obedece en todo, sin la más leve protesta. Es posible entre ellos un plácido compañerismo, un afecto tranquilo y fraterno, pero no el amor tal como se ve en novelas y dramas. Por esta razón la literatura occidental sólo empieza a ser comprendida un poco por los japoneses que viven a la moderna y han viajado. Los demás, al leer obras célebres en Europa que sistemáticamente tienen por base el amor, levantan los hombros y sonrían como en presencia de algo infantil, indigno de respeto.

La *geisha* ha representado siempre para el padre de familia japonés la poesía de la vida, lo imprevisto y complicado que hace sufrir y proporciona deleite al mismo tiempo; en una palabra, el amor. Tiene en su casa varias mujeres, por el privilegio de la poligamia, pero éstas son abejas oscuras y laboriosas, dedicadas a la buena marcha del hogar. La *geisha* es como la hetaira griega, y a semejanza de los atenienses del tiempo de Pericles, el daimio, el samurái o el simple mercader han despreciado muchas veces a las hembras tranquilas y obedientes de su casa para ir en busca de la



danzarina letrada, ingeniosa, maestra de buenas maneras y gran recitadora de versos.

Los principios de la carrera de *geisha* no son fáciles. Hay colegios especiales que las toman a los siete años, enseñándoles todo lo que puede hacer valer particularmente sus gracias y sirve para seducir a los hombres. Aprenden a tocar la guitarra, ejercitan sus voces, retienen en su memoria los pequeños poemas célebres, que ascienden a centenares, y sus maestras les enseñan además el arte de encontrar respuesta pronta e ingeniosa a las demandas masculinas. Su gran habilidad es la danza, sin saltos ni contorsiones, compuesta de actitudes que tienen algo de rituales, transmitidas a través de los siglos. Sólo a los catorce o quince años salen de estos colegios, gobernados por una disciplina severa, para intervenir en los banquetes y alegrarlos con su presencia.

En realidad, la *geisha* no fue nunca una prostituida. Su verdadera misión es divertir a los comensales con su belleza y sus palabras. Todas ellas guardan las tradiciones de la cortesía japonesa, y han mantenido en los hombres, con su fino trato, la etiqueta y el mesurado lenguaje de otros tiempos.

Las esposas quedaron siempre en el hogar conyugal, mientras el marido comía en la casa de té con las *geishas*. Algunas veces, si las mujeres legítimas asistían a tales banquetes, el marido no se mostraba intimidado por su presencia, y seguía acariciando familiarmente a las bailarinas, sin que esto pareciese extraordinario.

Afirman los tradicionalistas que la *geisha* es una profesional honesta y no va más allá de sus danzas, sus cantos y sus versos, evitando relaciones sexuales con sus clientes. Y añaden que éstos, por su parte, se contentan con la presencia y la conversación de las agradables muchachas. Tal vez haya sido así en muchas ocasiones, y los occidentales pequeños de maliciosos al no comprender unas orgías tan desinteresadas y puras. Mas no es menos cierto que algunas veces el japonés se enamora verdaderamente de la *geisha*, y como ésta es maestra en el arte de enardecer al hombre manteniéndolo a distancia y muestra una voracidad imprevisora y alegre para el derroche del dinero, tales relaciones duran años y años, perdiendo el enamorado en ellas toda su fortuna y hasta acaba suicidándose.

Así como muchos llaman a los Estados Unidos «el paraíso de las mujeres» por la influencia enorme que ejercen éstas en la vida privada y en la pública, el Japón puede titularse «el paraíso de los maridos». Las leyes escritas, las costumbres, la jerarquía social, la organización de la familia, todo fue fabricado para los hombres. La mujer es la esclava del esposo, y éste ha tenido la habilidad de moldear durante siglos y siglos el pensamiento femenino de un modo tan hábil, que la pobre hembra todavía muestra agradecimiento porque la mantiene al lado de él y se esfuerza por adivinar su voluntad, cumpliéndola inmediatamente.

Todas las japonesas a estilo antiguo adoran a su esposo como un dios, le obedecen sabiendo que no puede equivocarse, y la menor protesta femenina equivaldría a un sacrilegio. Al mismo tiempo se consideran felices porque el marido se digna aceptar su sacrificio.

Vieron en su infancia cómo su madre se prosternaba ante el padre; aprendieron en el propio hogar que las mujeres son infinitamente inferiores al hombre, y por eso acogen con agradecimiento inmenso la menor muestra de consideración que se dignen darles. El japonés, por su lado, desde los primeros años de su niñez aprende con el ejemplo de sus mayores que la hembra sólo ha venido al mundo para servir al varón y procurarle placeres materiales. Así se comprende que la poligamia japonesa haya sido más tranquila y disciplinada que la de los musulmanes. Las esposas marcharon siempre de común

acuerdo, como devotas unidas por el deseo de rendir culto a un mismo dios, sin las peleas y rivalidades de las reclusas del harén.

Es la tradición la que ha reglamentado la vida matrimonial. Sin embargo, existe un código escrito de los deberes de la mujer, que redactó en el siglo XVII un moralista llamado Kaibara. En él se dice que las mujeres «nacen con los defectos de la indocilidad, el eterno descontento, la murmuración, los celos y la escasez de inteligencia», lo que las hace inferiores al hombre, y por ello es legítimo y oportuno que éste las someta a una dirección vigorosa.

Según Kaibara, la mujer no debe tener dioses propios y mirará siempre a su marido como único dios, adorándole al mismo tiempo que le sirve. El esposo debe ser su único cielo... Y como si reglamentase las ceremonias de un culto, añade que la esposa debe vestirse con humildad, adornarse únicamente para inspirar deseos a su marido, levantarse la primera y acostarse la última, y mientras el esposo duerme la siesta ella debe trabajar.

Al casarse, el japonés pone a su esposa bajo la vigilancia y dirección de su propia madre, la cual, recordando lo que hicieron con ella, procura imponer a la recién llegada las mismas disciplinas que aguantó bajo la dominación de su suegra.

Todo esto es el Japón antiguo, el matrimonio tal como existió durante miles de años y como subsiste aún en el campo y las ciudades de provincia. Pero, al adoptar el país los adelantos materiales de Occidente, copiando sus costumbres, esta constitución tiránica de la familia, dentro de la cual las esposas no son más que domésticas de clase superior, empieza a modificarse de un modo alarmante para los guardadores de la tradición.

El militar japonés uniformado como los de Occidente, el diplomático y el alto funcionario puestos de frac, han tenido que llevar a sus esposas a las fiestas de la corte imperial y a las de las Legaciones, vestidas a la moda europea. Esto que al principio fue tolerado por los maridos como un disfraz necesario, porque así convenía a la nueva existencia del Japón y porque lo ordenaba el emperador, ha ido modificando el alma femenina con un lento goteo corrosivo y disolvente.

Existen ya en las altas clases muchas japonesas que no toleran la poligamia, conocen los celos, expresándolos francamente, y se niegan a continuar la esclavitud resignada y agradecida de sus abuelas. Con el transcurso del tiempo, este conflicto familiar —que es el tema de muchas novelas japonesas modernas— irá aumentando y se extenderá a todas las clases sociales. Se comprende dicha transformación después que las japonesas han conocido de cerca la existencia más independiente y digna de las mujeres blancas, especialmente de las norteamericanas. Los esclavos —como dice Brieux<sup>[3]</sup>— sólo encuentran tolerable su situación mientras viven con seres de su misma clase, y se consideran desgraciados si ven de cerca a los que gozan de plena libertad.

La evolución industrial del país contribuye rápidamente a las transformaciones de la mujer. Ésta es ahora obrera en las fábricas, escribe a máquina en las oficinas, desempeña empleos en almacenes y tiendas, así como en muchas administraciones del gobierno, y al ganar su vida puede existir independientemente, sin el apoyo del hombre, que ya no es para ella «el dios único» recomendado por Kaibara. Si se casan y quedan viudas, no realizarán seguramente lo que exigía este venerable moralista, «pintarse los dientes de negro, cortarse los cabellos, afeitarse las cejas, hacerse feas para no inspirar tentación a ningún otro hombre».

Sin embargo, las mujeres que no son ricas y carecen de una profesión para ganarse el arroz,

continúan sometidas al despotismo marital, a estilo antiguo. Temen que su esposo pida el divorcio, pues rara vez el hombre deja de ser atendido por los tribunales cuando desea repeler a una de sus cónyuges. Los motivos de divorcio son numerosísimos en el Japón, y entre ellos figuran «que la esposa no obedezca las órdenes de la suegra; que muestre celos del marido; que se enfade con él, profiriendo palabras descorteses». Si tales motivos rigiesen en los demás países, inútil es decir que ya estarían disueltos casi todos los matrimonios de la tierra.

Es diversa la moralidad del pueblo japonés a la de las naciones occidentales, y ofrece un aspecto contradictorio, de difícil explicación para nosotros. Lo mismo ocurre con su pudor, que en todas partes es una consecuencia de la moral imperante.

No mostrará en público la mujer japonesa una línea de sus piernas ni una parte de su pecho. El escote y los brazos desnudos de las occidentales, vestidas con trajes de ceremonia, le parecen algo desvergonzado e inaudito. Las *geishas* van envueltas siempre en suntuosos kimonos, cerrados sobre el cuello y que descienden hasta sus manos y sus pies. En el Yosiwara, barrio de placer de las principales ciudades japonesas, las rameras se mostraban hasta hace poco en escaparates a la parte exterior de los burdeles, pero todas ellas, llevando su rostro pintado como una máscara, permanecían con aire pudibundo envueltas hasta los talones en pesadísimas vestiduras bordadas de plata y oro.

Al mismo tiempo, éste es el país donde hombres y mujeres toman el baño en público. Los tenderos, para no abandonar su establecimiento, tienen una bañera debajo del mostrador, medio tonel, dentro del cual permanecen en cuclillas. Si entra un parroquiano, se ponen de pie para servirle, y la tendera muestra sonriente, con tranquilo impudor, sus exiguas amenidades superiores, limitándose a colocar delante de ellas una servilleta de papel menos grande que la palma de la mano. En los hoteles a estilo del país, las criadas asisten al baño de los viajeros, y a su vez, se muestran con la mayor tranquilidad cuando salen casi desnudas del mismo lugar.

Como la mujer fue considerada siempre inferior al hombre, no mereciendo ningún aprecio moral, la prostitución ha sido tenida hasta hace poco como una industria femenina, sin consecuencias para el honor de las familias.

Los padres vendían sus hijas a las grandes casas del Yosiwara. Las familias decentes, cuando salían a paseo por la noche, se encaminaban a dicho barrio, a causa de la animación de sus calles esplendorosamente iluminadas y a la enorme cantidad de teatros y establecimientos de danza confundidos con las mancebías en este lugar de placeres. Las hijas de buena familia saludaban a sus amigas que, vistiendo kimonos de regia suntuosidad, se mostraban en los escaparates, esperando la orden de un cliente. Luego conversaban con ellas, sin ninguna extrañeza, considerando natural este cambio de situación.

El penúltimo emperador, que tantas reformas hizo en medio siglo de reinado, para dar un aspecto moderno a su país, tuvo que prohibir por una ley, en 1870, que los padres siguieran vendiendo sus hijas a las traficantes del Yosiwara, Pero hay quien dice que no por eso se han cortado definitivamente las relaciones entre algunas familias y las casas de lenocinio.

Yo he visto los Yosiwaras de otras ciudades japonesas, pero no el de Tokio, pues lo destruyó completamente el incendio hace tres meses, al ocurrir el último terremoto.

Me enseñan fotografías de este lugar alegre después de la catástrofe. Como todos sus palacios de paredes policromas y aleros salientes, cubiertos de inscripciones doradas, de linternas y banderolas, eran construidos con madera y lienzo, ardieron en unos minutos, abrasando a sus habitantes y cerrando

el paso a los que huían. Sobre los tizones apagados veo pirámides de cadáveres desnudos, y confundidos de tal modo, que no se puede adivinar el sexo de cada uno de ellos. Únicamente sabiendo la extremada delgadez y la pequeña estatura de la japonesa, pueden reconocerse como cuerpos femeninos unos cadáveres que en el primer momento parecen de muchachos.

Quince mil huéspedes existían en el Yosiwara de Tokio en el momento del incendio. Ya no se permite en los de otras ciudades que las mujeres se exhiban en escaparates sobre la calle. Éstos se abren ahora en el zaguán de la casa, y el transeúnte no tiene más que pasar un pie sobre el umbral para ver las mercancías expuestas en el interior. Lo que permanece sobre las fachadas de dichos establecimientos es una hilera de fotografías de tamaño más que natural, representando en trajes de *geishas* y con grandes flores sobre las sienes a las pensionistas del establecimiento.

Debo decir que estas jóvenes muestran una corrección pudorosa en la práctica de su industria. Esperan el momento de ejercerla tranquilamente, sin un ademán excitante, sin una palabra deshonesto, sin mostrar siquiera uno de sus pies. Su rostro guarda una sonrisa inmóvil, y están como encogidas dentro de sus vestiduras brillantes y gruesas de imagen sagrada. Es verdad que aunque quisieran ser descocadas en sus palabras no podrían conseguirlo. El idioma es el principal apoyo de la cortesía y las buenas maneras de este pueblo. La lengua japonesa no tiene palabras para insultar a un enemigo ni para expresar obscenidades. Todo su diccionario es un manual de buena educación.

El mortífero incendio del Yosiwara, con sus 15.000 mujeres carbonizadas, me hace recordar una catástrofe mayor, ocurrida en otro de los barrios de Tokio.

Me muestran numerosas fotografías de la explanada de Hifukusho, donde perecieron 40.000 personas quemadas o aplastadas. Al temblar la tierra huyeron las familias de sus viviendas, aglomerándose en los lugares descubiertos, plazas, paseos, terrenos baldíos. Esta explanada de Hifukusho, de unas cincuenta hectáreas, abierta en plena ciudad, y que tenía una cerca de planchas de cinc para ser utilizada por los militares, fue el sitio adonde afluyeron los habitantes de todos los barrios limítrofes. Los hombres arrastraban carretillas llevando en ellas sus mejores muebles; otros corrían doblados bajo el peso de fardos de ropa hechos apresuradamente. Las mujeres tiraban de filas de niños, gritando para atraer a los rezagados.

Un guardia de policía vigilaba su entrada. En el primer momento, fiel a su consigna, intentó oponerse al avance de la muchedumbre. Pero ésta fue engrosando, la tierra repetía sus temblores, gritaban las mujeres, lloraban los niños, y el policía, conmovido por el peligro general, acabó por olvidarse de su deber, dejándolos pasar. Al poco rato 40.000 personas se aglomeraban dentro de la explanada con sus carretones, muebles y fardos, tan estrechamente, que no podían moverse. Pero una alegría egoísta les hizo reír y bromear. En este espacio libre se consideraban salvos y seguros, mientras empezaba a arder Tokio.

Las llamas se fueron extendiendo por el horizonte y avanzaron como dos brazos rojos, hasta juntarse, cerrando toda salida. Esto no consiguió que la gran masa de refugiados perdiese su buen humor. El incendio estaba lejos y no podía llegar hasta ellos en una explanada completamente descubierta.

De pronto sopló el ciclón, completando la obra del terremoto y del incendio. Las llamas verticales se inclinaron bajo el impetuoso bufido, con una horizontabilidad destructora. La succión atmosférica aumentó el ardor de los inmensos braseros. Llovieron maderas encendidas, arrastradas a enormes

distancias. Se elevó la atmósfera a una temperatura de horno, y las planchas metálicas de la cerca se enrojecieron, quemando a cuantos se aproximaban a ellas. Se arremolinó la enorme masa humana en este espacio, cada vez más angustioso para sus pulmones. Le era imposible moverse; le faltaba aire para respirar; llovía fuego.

Los más perecieron quemados vivos. Algunos, con el empuje de la desesperación, marcharon ágilmente sobre la muchedumbre, poniendo los pies en sus apretadas cabezas. Pero morían también al llegar a las vallas enrojecidas, o más allá, junto a la línea de edificios llameantes.

Algunos testigos lejanos de la catástrofe describen un espectáculo inaudito, que presenciaron repetidas veces. Por el enorme calentamiento del aire o por las succiones del ciclón, las personas subían ardiendo a través de la atmósfera lo mismo que cohetes voladores, cayendo poco después en un brasero crepitante de grasa cuyos tizones eran cuerpos humanos.

Cuando extinguido el incendio se procedió a la limpieza de la explanada de Hifukusho, los fúnebres exploradores tuvieron que recoger con palas y carretillas las cenizas de esta inmensa hoguera.

Más abajo de la costra de cuerpos carbonizados fueron encontrando otros cadáveres enteros, que habían perecido por aplastamiento y sofocación. Los de arriba les habían derribado y pateado para abrirse paso, sin conseguir otra cosa que morir a su vez ardiendo.

La capa inferior de muertos estaba compuesta de mujeres, de niños, de ancianos. Debajo de ella se encontraron varios pequeñuelos que respiraban aún y fueron devueltos a la vida.

Sus madres, pobres mujercitas amarillas, se habían arqueado sobre ellos, con instintiva precaución, procurando mantenerlos intactos hasta el último momento bajo sus cuerpos agonizantes.

El policía no fue de los muertos, pero como buen japonés creyó necesario expiar su olvido de la disciplina, su tolerancia misericordiosa, que había abierto las puertas de la eternidad a 40.000 personas.

Y fiel a la tradición del harakiri, se rajó el vientre con su machete, echándose las tripas afuera, como un antiguo samurái.

## Los dos shogunes de Nikko

Muchos templos y poca religiosidad.—La cortesía con todos los dioses.—Única religión verdadera del japonés.—Los muertos mandan.—Todos los japoneses acaban siendo dioses.—El sintoísmo.—Las tumbas de los dos shogunes. El Pericles japonés.—Sus máximas morales.—San Francisco Javier.—El consejo que le dan los japoneses.—Fácil difusión del cristianismo.—Inquietud de los shogunes.—Miedo al Papa y al rey de España. —Se cierra el Japón por 250 años.—Persecuciones y martirios de los misioneros.—Camino de Nikko.—La buena educación de una caja de comida.—Un regalo de cuarenta kilómetros de árboles gigantescos.

Abandono por unas semanas mi camarote del *Franconia*.

Voy a correr la parte más interesante del interior del Japón. Luego un buque del país me llevará a Pusán, puerto de Corea, atravesaré este ex reino que los japoneses se han apropiado, seguiré a través de la Manchuria, que ocupan igualmente con un carácter temporal, entraré en China, viviré en Pekín, y cruzando gran parte del Imperio Celeste, convertido hoy en República, llegaré a Shanghai, donde me esperará el paquebote con mi dormitorio flotante lleno de libros y recuerdos.

Primeramente voy hacia el norte en mi viaje por el Japón, alejándome de la ruta que debo seguir después. No quiero irme de este país sin conocer Nikko, la Sagrada Montaña de Nikko, el monumento fúnebre más suntuoso y artístico que posee el Japón.

En la tierra nipona abundan templos y santuarios. Contemplando el paisaje desde las ventanillas del tren, cada vez que veo un grupo de árboles sé que a continuación asomarán entre el follaje los tejados de un templo budista o sintoísta. Todos ofrecen un exterior interesante, más por la vegetación que los rodea que por su arquitectura. Si arrasasen los grupos de árboles y de arbustos floridos, parecerían muchos de ellos miserables barracas.

Tal abundancia de templos no supone que el pueblo japonés sea extremadamente religioso. Por una contradicción de su carácter complejo, los japoneses son el pueblo de la tierra que posee más templos y al mismo tiempo el de menos religiosidad. Tal vez provenga esto de su cortesía extrema, que les aconseja asociarse a toda manifestación pública en honor de un gran personaje, sea hombre o sea dios.

Los japoneses de clase superior, los letrados, fueron siempre discípulos de Confucio —como sus maestros los intelectuales chinos—, o sea, racionalistas propensos a la incredulidad, no profesando ninguna de las religiones positivas. El pueblo, en cambio, las venera todas sin establecer entre ellas ninguna diferencia.

La verdadera religión original del país fue el culto de los *kamis*, de los antepasados, que ha servido de base al moderno sintoísmo.

Durante muchos siglos esta religión veneró con sencillez los dioses de la mitología japonesa, de que ya hablamos, únicamente por ser padres del Japón; mas al despojarse el Mikado de su poder político para cederlo a los shogunes, fue extremando su autoridad religiosa en su retiro de Kioto convirtiéndose finalmente en una especie de pontífice, que confirió la dignidad de altos sacerdotes a sus cortesanos.

En los tiempos modernos el culto de los *kamis* ha ido tomando un carácter más concreto, hasta ser la religión patriótica del sintoísmo, única que respetan verdaderamente los japoneses. Yo he visto reír a familias enteras, regocijadas por los enormes Budas de majestuosa fealdad que existen en los

templos de algunas ciudades. Igualmente ríen de muchas creencias antiguas, pero ninguno se permitirá la más ligera broma sobre el altar de los antepasados que cada cual tiene en su casa, ni sobre el sintoísmo, culto de la patria japonesa.

El budismo, que penetró en el país a mediados del siglo VI, siguiendo la influencia de la civilización china, se ha corrompido mucho por la avaricia y el lujo de sus sacerdotes, dividiéndose hasta contar treinta y cinco sectas diferentes. Las boncerías o conventos budistas se convirtieron en lugares de prostitución. Muchos de sus templos estaban rodeados hasta hace poco de las llamadas casas de té. Una peregrinación budista era una especie de carnaval, abundante en desenfrenos carnales. Los shogunes tuvieron que reprimir muchas veces los escándalos de los bonzos y los desórdenes provocados por ellos.

Al adoptar el Japón en nuestra época los progresos y usos de Occidente, necesitó como medida defensiva resucitar su antigua religión nacional, algo olvidada, y el culto de los *kamis* tomó el nombre de sintoísmo. Este culto es algo superior que se sobrepone a las otras creencias y resulta compatible con todas ellas.

Un nipón puede ser budista, cristiano y hasta ateo, ejerciendo al mismo tiempo el culto sintoísta. En japonés, *shinto* significa «camino de los dioses», y el nombre resulta apropiado, pues todos al morir en el Japón emprenden el camino para convertirse en dios.

El sintoísmo es la religión de los muertos; pero los muertos japoneses no apartan sus espíritus de la tierra. En las demás religiones, cristianismo, mahometismo, etcétera, que proclaman la inmortalidad del alma, ésta, al separarse del cuerpo, va a habitar determinadas regiones, de felicidad o de expiación, celestiales o infernales, lejos de nuestro mundo. Para los japoneses, las almas de los muertos no se alejan de nuestro planeta. Siguen en él, con una existencia invisible para nuestros ojos, pero material, como el aire o como el fuego. Viven alrededor de sus descendientes, les acompañan dentro de sus casas, residen en el altarcito de los antepasados, y el japonés les ofrece arroz y *saké*, los saluda todas las mañanas y los consulta en momentos graves de su existencia. Cree firmemente que «los muertos mandan» porque son más numerosos que los vivos, y aglomerando sus experiencias saben más que éstos.

Los que aún están dentro de la vida se engañan cuando creen que sus actos son producto espontáneo de su voluntad. Los muertos les empujan sin que ellos lo sepan y les sugieren sus acciones. La devoción a la memoria de los antepasados es, según los moralistas japoneses, «resorte de todas las virtudes».

Cuando el almirante Togo destruyó la flota rusa, asegurando con ello el triunfo definitivo de su país, el viejo emperador envió la siguiente alocución a las tripulaciones: «Gracias a vuestra lealtad y vuestra bravura he podido contestar dignamente a las preguntas que me dirigían los espíritus de mis antepasados». Y al oír tales palabras, los marinos japoneses lloraron de emoción.

Este sintoísmo que acabo de describir en una forma sumaria, prescindiendo de las complicaciones y sutilezas niponas, es más grosero y material en el bajo pueblo, predispuesto siempre a las supersticiones. Los templos sintoístas, al tener sacerdocio y culto oficiales, adoptaron poco a poco muchas ceremonias de los bonzos. Los japoneses, al entrar en un templo sintoísta, dan dos palmadas para que acudan los dioses a escucharles, si acaso están distraídos o ausentes. Otras veces tiran de una cuerda al extremo de una campana, para atraer de igual modo la atención divina. Pero lo mismo el

campesino y el marinero predispuestos a las ofrendas y los llamamientos para ablandar a los espíritus, que los letrados de incredulidad confuciana, todos, al ser sintoístas, adoran a su patria, único país de la tierra de origen divino, cuyos soberanos son nietos de los dioses, y con ello se adoran a sí mismos.

No hay japonés que no se considere en el camino que conduce a la divinidad, seguro de que cuando muera sus herederos le rendirán culto en el altar de familia. El agente de policía que reglamenta la circulación de los vehículos en la calle, el vendedor de frutas o el campesino que pasan con un largo bambú sobre un hombro del que penden dos banastas, el viejo que tira de *lakoruma*, el militar que va a caballo, el marinero que pesca en el mar Interior tripulando un barco de forma arcaica, todos serán dioses con el curso del tiempo, y después de su muerte vivirán en la atmósfera, cerca de sus familias, influyendo en las acciones futuras de éstas, como los antepasados dictan en la actualidad sus propias acciones. Los remotos descendientes se prosternarán ante su imagen invisible antes de emprender un viaje, implorando su protección, y al volver harán lo mismo para darle gracias. Quemarán varillas de incienso ante su altar, como él las quema ahora en honor de remotísimos abuelos, cuyos nombres desconoce, pero de cuya existencia divina no duda un momento.

La Sagrada Montaña de Nikko adonde yo voy está cubierta de templos de distintos ritos, y sin embargo las muchedumbres de peregrinos que la frecuentan todos los años sienten fundidas sus almas por una absoluta unidad religiosa y acuden a ella para venerar el espíritu de dos grandes muertos, dos shogunes de la dinastía Tukagawa, llamados Yeyasu y Yemitsu, que hicieron la grandeza del Japón.

Yeyasu, el más célebre, sujetó para siempre a los señores feudales, abriendo una era de paz y progreso que duró 250 años. Muchos historiadores le llaman «el Pericles japonés».

Bajo su gobierno, en el siglo XVI, florecieron los poetas y pintores más notables del país. Estableció relaciones comerciales con los otros pueblos de Asia y las repúblicas mercantiles de Europa. Siguió atentamente lo que ocurría en América, viendo extenderse la conquista y la colonización españolas desde más arriba del golfo de México al cabo de Hornos.

Este hombre de guerra, que venció en los combates a la revoltosa aristocracia de los daimios, fue al mismo tiempo un filósofo y ha dejado sabias máximas que repiten todavía las familias.

«La perseverancia es la base de la eterna felicidad.»

«El hombre que sólo ha visto la cumbre y no conoce las amarguras del valle no puede llamarse hombre.»

«La vida es un fardo muy pesado, pero no debes lamentarte de que te desuelle la espalda.»

«Necio es el que se deja marear por las vanidades humanas.»

«La culpa de nuestros males debemos atribuirla a nosotros mismos.»

«Todo en exceso causa pena, y es preferible que falte a que sobre.»

Cuenta Lafcadio Hearn que cuando Yeyasu, después de sus victorias, era dueño absoluto del Imperio, lo sorprendió una mañana uno de sus servidores sacudiendo un viejo kimono de seda para conservarlo.

—No creas —dijo— que hago esto por el valor de la prenda, sino por respeto al trabajo de la pobre mujer que la fabricó con largos esfuerzos. Si al usar las cosas no recordamos el tiempo y las penas que ha costado su producción, esta falta de respeto nos coloca al nivel de las bestias.

Otra vez se negó a admitir unos vestidos nuevos que le ofrecía su mujer, añadiendo así:

—Cuando pienso en las multitudes que me rodean y en las generaciones que vendrán después, creo



mi deber vivir económicamente, pues si despilfarro le quito a alguien la parte que le corresponde.

Al morir Yeyasu y ser enterrado en la Sagrada Montaña de Nikko, la gratitud nacional transformó aquélla en monumento patriótico. Los templos se han amontonado en sus laderas, formando una escolta eterna a la tumba del célebre Shogun y a la de Yemitsu, su digno sucesor. Todos los años, en primavera, acuden miles de peregrinos desde las provincias más lejanas del Imperio para celebrar la memoria de estos gobernantes.

Guarda de ellos el pueblo un recuerdo casi legendario, haciendo de su época el período de mayor felicidad nacional. Y sin embargo, bajo su gobierno se cerró el Japón a los europeos, quedando aislado dos siglos y medio del resto del mundo. También en el período del segundo de los dos Tukagawa se inició la cruel persecución contra el cristianismo, ordenándose horribles suplicios, en los que perecieron tantos misioneros mártires de su fe.

El primer propagandista del cristianismo que penetró en el Japón fue un español, San Francisco Javier. Al conocer por el marino portugués Mendes Pinto la existencia de este Imperio idólatra y misterioso que acababa de descubrir, el misionero navarro se creyó escogido por Dios para evangelizar dicha tierra.

Nadie le opuso obstáculos en sus correrías por el archipiélago. La primera descripción de Kioto la hizo él durante su permanencia en esta capital teocrática. El shogun que gobernaba entonces el Imperio acogió con escéptica bondad la llegada del propagandista de una nueva religión.

—Será una secta más —dijo— que tendremos en el país.

La gente instruida escuchó atentamente, con su cortesía tradicional, las predicaciones del futuro santo. Luego algunos letrados le dieron la siguiente respuesta, digna de su tolerancia confucista:

—Nuestros maestros son los chinos. De su país nos han llegado las artes, la literatura, la filosofía, el budismo. No pierda el tiempo predicándonos a nosotros... Vaya a la China, y si convence a las gentes de allá, seguiremos el mismo camino sin necesidad de misioneros.

Este consejo hizo honda impresión en San Francisco Javier, y desde entonces sólo pensó en la conquista espiritual de la China. Abandonó el Japón, volviendo a las misiones portuguesas de la India, y allí se dedicó al estudio del idioma chino y a reunir amistades para entrar libremente en el vasto Imperio. Pero cuando al fin pudo emprender el viaje a Cantón, tuvieron que desembarcarlo en una de las numerosas islas de la bahía de Hong-Kong, donde murió.

Detrás de él empezaron a llegar al Japón otros misioneros, que obtuvieron rápidos éxitos con sus predicaciones. El pueblo japonés había admitido la doctrina budista y no necesitaba hacer un esfuerzo enorme para aceptar el cristianismo. En pocos años la nueva religión llegó a contar 200.000 adeptos. Uno de los misioneros españoles consiguió que el príncipe de Sendai, feudatario del Mikado, enviase una embajada al Papa. Ésta fue recibida en Roma y en la corte de Madrid con ostentosas ceremonias, creyendo todos, por la confusión geográfica de aquellos tiempos, que venía en nombre del emperador del Japón.

Fue además aquel período el de mayores guerras entre los daimios ingobernables y el Shogunato, empeñado en establecer el orden y la unidad nacional.

El avisado Yeyasu, vencedor definitivo del feudalismo, vio un peligro político en la nueva religión.

Pretendían emplearla los daimios más rebeldes como un medio para resucitar la guerra. La vanidad patriótica y el excesivo celo religioso de algunos misioneros, que no se recataban en mostrar

públicamente su amistad con los rebeldes, aumentaron los celos del Shogun. Éste seguía con inquietud el engrandecimiento de los reyes de España, dueños de la mayor parte de América y poseedores de las Filipinas, casi a las puertas del Japón. Varias veces llegaron hasta sus oídos palabras arrogantes proferidas por españoles religiosos u hombres de mar. No consideraban empresa imposible que algún día el rey de las Españas enviase una flota a estas islas, como las había enviado a tantos países remotos.

Además, el shogunato, al adquirir informes de la vida de Europa, consideró con cierto miedo al Papa. La suspicacia japonesa sintiose inquieta al saber que el jefe de la nueva religión, establecido en Roma, llevaba tres coronas en su tiara y tenía potestad divina para quitar los reinos a unos monarcas, dándoselos a otros para que sostuviesen la fe.

Los misioneros cristianos, en su mayor parte españoles, parecían a los shogunes más peligrosos por su energía y su afán de sacrificio que los corrompidos bonzos, domeñados por ellos para siempre. Eran unos conquistadores tan audaces y duros como sus compatriotas que se habían adueñado de América. Se valían de la palabra y del sacrificio pasivo, como los otros de la espada.

En tiempos de Yemitsu, el segundo Takagawa enterrado en Nikko, se ordenó la expulsión de todos los misioneros, la supresión del culto cristiano, y quedaron cerrados los puertos a todo buque que no fuese japonés, aislándose el Imperio del resto de la tierra. Ningún natural del país pudo salir de él y se prohibió bajo penas severas el aprender las lenguas occidentales.

Volvieron los misioneros ocultamente, arrostrando los tremendos castigos con que les amenazaban, y empezó el largo martirologio japonés de jesuitas, franciscanos y otras órdenes religiosas.

Los holandeses fueron los únicos blancos que obtuvieron permiso para hacer un pequeño comercio con el Japón, pero a costa de enormes humillaciones. Vivían acorralados en el exiguo islote de Dejima, cerca de Nagasaki, y sólo podían traficar después de haber demostrado que no eran cristianos, para lo cual los sometían a varios actos blasfematorios y a otras ceremonias en las que infamaban los más altos símbolos del cristianismo. Muchos de estos mercaderes podían hacerlo sin remordimiento, pues en realidad eran judíos de origen español o portugués nacionalizados en Holanda.

Llevo varias horas de viaje en el tren. Llegaremos a Nikko muy entrada la noche, y creo oportuno comprar un *bento* para comer en el vagón.

El *bento* es una caja de madera blanca llena de comestibles, que venden en todas las estaciones. El arroz hervido está en una cajita de cartón con los correspondientes palillos para comerlo. Los otros manjares van envueltos en papeles de seda, con la prolijidad y limpieza de un pueblo de grandes embaladores. Además, me entregan una tetera de barro rojo con su tacita, para que remoje mi banquete a la japonesa con la bebida nacional.

Se muestra la exquisita cortesía nipona hasta en la preparación de esta cena comprada. El papel de seda que envuelve la caja lleva el siguiente saludo, que me traduce un amigo: «Sabemos que el presente *bento* es indigno de usted, pero sírvase aceptarlo por bondad».

Este arte del embalaje, que igualmente poseen los chinos, se muestra en todos los bultos que llevan mis compañeros de vagón. El japonés no necesita comprar maletas. Cuando las usa, son de ligerísimo tejido de paja. Por regla general, se fabrica él mismo su equipaje con hojas de papel o hilos, siendo asombrosas la solidez y la gracia que sabe dar a sus envoltorios.

Ha cerrado la noche, borrándose los paisajes en los cristales de las ventanillas. Ahora son opacos y reflejan las luces interiores, así como nuestros rostros, algo caricaturescos por el incesante movimiento. Un amigo japonés, para distraerme, me va relatando las cinco grandes fiestas anuales del Japón, llamadas *gosekis*.

La primera es la del principio de año. Antes correspondía a nuestro primero de febrero, pero el penúltimo emperador, deseoso de unificar la vida de su país con la del Occidente, decretó en 1873 que el año del Japón debía empezar con el nuestro.

Ahora solemnizan los japoneses el primero de enero con visitas de felicitación y aguinaldos, que consisten especialmente en abanicos. Algunos tradicionalistas regalan, a estilo antiguo, un cucurucho de papel que contiene un pedazo de pescado seco. La segunda fiesta es la de las Muñecas, dedicada a las *musmés*. La tercera la de las Banderas, y es la fiesta de los muchachos. La cuarta se llama de las Linternas y Lámparas, y tiene por escenario las hermosas noches del verano. La quinta es la de los Crisantemos, y en este día las familias deshojan dichas flores sobre las tazas de té o las copas de *saké*.

Luego volvemos a hablar de los dos gloriosos shogunes, y de cómo, después de muertos, el pueblo en masa contribuyó al embellecimiento de la Sagrada Montaña que guarda sus tumbas.

Un noble de aquella época tuvo una iniciativa, digna de este país que tanto ama los árboles y las flores. Dejó que los demás elevaran templos o bordeasen las avenidas de la montaña con largas filas de linternas de piedra sobre pedestales, llamadas *toros*.

Otros admiradores de los dos shogunes levantaron a la entrada de los caminos esas portadas japonesas, compuestas de dos enormes troncos cilíndricos que se remontan en suave disminución y sostienen un dintel de gruesos maderos, rematado horizontalmente por dos puntas ligeramente encorvadas como cuernos (tales arcos reciben el nombre de *toris*).

El original donador, que era un daimio arruinado, ofreció plantar de criptomeros diez leguas del camino que conduce a Nikko, y para que no le acusasen de tacaño, los plantó a corta distancia unos de otros. El criptomero llega a adquirir gigantescas proporciones: es el cedro del Japón.

Los de Nikko llevan ya trescientos años de crecimiento. Sus troncos se tocan, y este camino de 40.000 kilómetros entre dos vallas de árboles apretados resulta una de las maravillas más interesantes de la tierra.

## Al pie de la Montaña Sagrada

Nikko en la noche.—El canto infinito de la Montaña Sagrada.—La temperatura inexplicable del Japón.—Nieve y plantas tropicales.—La desnudez japonesa.—Junto al brasero del anticuario.—El sereno de las castañuelas.—El amanecer en un hotel del interior del Japón.—El Puente Sagrado.—Cómo una enorme serpiente roja se dobló en arco para servir a un santo.—Murmulllos de agua y musgos invasores.—Los árboles casamenteros.

Llegamos a Nikko en la espesa sombra de la noche, a merced de nuestros guías, sin saber adónde nos llevan.

Mucho antes vimos desde la ventanilla una muralla de ébano que iba extendiéndose ante el tren en sentido inverso para perderse en la oscuridad: el famoso camino de los criptomeros. Esta enorme cerca vegetal se interrumpe en las cercanías del pueblo; la han echado abajo para la edificación de nuevas casas.

Nikko, cuyo nombre repiten todos en el Japón, es simplemente una aldea; menos que esto, una calle única; dos filas de casas a ambos lados del camino que conduce a la Montaña Sagrada. Estos edificios tienen sus puertas y ventanas enrojecidas por la luz cuando pasamos ante ellos sentados en veloces *korumas*. Son hospederías puramente japonesas para los peregrinos que llegan en la primavera y el estío; alojamientos donde los huéspedes comen sentados en el suelo y duermen sobre una esterilla con almohada de madera. En las otras casas hay tiendas de recuerdos para los visitantes, y como éstos no abundan en el invierno, sus dueños venden pieles de oso negro cazado en las montañas próximas.

Nos llevan al Hotel Kanaya, el alojamiento más importante, compuesto de numerosos edificios y un vasto jardín, especie de pueblo aparte dentro de Nikko. Estos edificios son en su parte baja iguales a los grandes hoteles de Occidente. Su dueño actual, último representante de una dinastía de Kanayas que empezaron siendo guías de la Montaña Sagrada, muestra orgulloso un álbum con las firmas del heredero de la corona de Inglaterra y otros visitantes célebres del Japón que vinieron a alojarse en su establecimiento. Los pisos superiores tienen las comodidades europeas; pero una parte del mueblaje, la disposición de las habitaciones y su servidumbre puramente nipona hacen recordar al viajero que se halla en el centro de una isla del Extremo Oriente.

Acompañando a una señora vuelvo al pueblecito de Nikko, para lo cual descendemos a pie la suave colina ocupada por el Kanaya Hotel. Son las diez de la noche, ya están cerradas las tiendas, pero un guía nos habla de cierto almacén de antigüedades abierto hasta después de media noche para que los viajeros puedan dedicar en absoluto el día siguiente a la visita de los mausoleos. Marchamos por caminos desconocidos, en la penumbra azul de una noche suavemente iluminada por un cuarto de luna. Esta luz sólo se esparce por la parte alta del paisaje. Abajo se extienden murallas de compacta sombra, las arboledas centenarias de la Montaña Sagrada, que llegan hasta aquí.

Vemos entre las dos masas negras una especie de nube blanca e inmóvil. Es una cumbre nevada, que brilla como si fuese de plata en el misterio de la noche. Sobre esta cúspide parpadean las estrellas. Canta el agua por todas partes. El recuerdo de Nikko queda en la memoria acompañado de una orquesta rumorosa de arroyos temblones.

Avanzamos entre dos filas de árboles gigantescos, por la orilla de un río que salta sobre su cauce

de piedras en continuas cascadas. Los fulgores perdidos de las estrellas hacen brillar estas caídas líquidas con azuladas fosforescencias. A las voces graves del agua glacial desplomándose en grandes masas vienen a unirse los gorgoritos femeninos de las fuentes salidas de las peñas y los vagidos infantiles de ocultos arroyuelos deslizándose bajo el musgo en delgadas láminas. La Montaña Sagrada guarda invisible entre los bosques de su cumbre un gran lago que deja caer sus excedentes hacia el valle. Este rezumamiento la cubre con regio manto vegetal y la arrulla al mismo tiempo con el poético murmullo del agua corriente.

Canta la Sagrada Montaña en el misterio de la noche, canta en la penumbra verdosa del día, cuando el sol apenas logra deslizarse algunas flechas entre el follaje de sus cedros. Un coro de mil voces líquidas acompaña en sordina los gorjeos de los pájaros de sus espesuras.

La noche es fría, pero con un frío que puede llamarse japonés. No anonada, como el de otros países, ni impulsa a refugiarse bajo un techo. En plena noche hace sentir el deseo de caminar. Es un frío que excita la actividad y pica la epidermis con dulces cosquilleos. La temperatura del Japón resulta inexplicable para el recién llegado. El país está lejos del trópico, en una latitud igual a la de muchas tierras que sufren rudos inviernos; hay nieve, se hiela el agua durante la noche, y sin embargo, el bambú alcanza proporciones enormes y crecen árboles y arbustos de los países cálidos.

Los hombres muestran igual contradicción, entre su modo de vivir y los rigores de la temperatura que les rodea. El agricultor japonés va medio desnudo en invierno. Algunas veces trabaja en los campos o tira de una carreta en los caminos, sin más vestidura que un sombrero y un vendaje que pasa bajo su vientre, como una concesión a la decencia, haciendo las veces de hoja de parra. Los niños, al ir a la escuela, sólo llevan un kimono delgadísimo de cretona negra a redondeles blancos. Las piernas desnudas que asoman por debajo de él son coriáceas y azuladas por el frío. Acostumbrado el japonés desde pequeño a la ablución glacial y la ropa ligera, apenas conoce el tormento de las temperaturas bajas. Todo su cuerpo, hasta en las partes más delicadas y secretas, tiene la misma curtimbre que la epidermis de nuestro rostro. En los japoneses que no han copiado aún el traje occidental, «todo es cara», desde la frente a las puntas de los pies.

Marchamos por este camino solitario, en las afueras de una población que no conocemos, y sólo de tarde en tarde se desliza junto a nosotros algún varón con kimono y peinado antiguo, que parece escapado de una vieja estampa japonesa. Y sin embargo, no sentimos inquietud. La Sagrada Montaña, con su arboleda rumorosa de tres siglos y su coro interminable de voces acuáticas, da una sensación de paz mística, de inocente seguridad. Parece imposible que pueda existir aquí la violencia.

Una fila de casitas de madera y lienzo empieza a extenderse ante el río. El guía llama a una de ellas, cuyas ventanas de papel transparentan la luz interior. Se corre el biombo de la puerta y subimos los peldaños que conducen a la plataforma, sobre la cual está asentado todo edificio japonés. Como este almacén recibe muchas visitas de occidentales, no hay que despojarse del calzado al entrar en él. Su dueño ha tendido sobre la esterilla de paja tradicional que cubre la tablazón del suelo ricos tapices de la China y la India, para que no contaminen aquélla nuestros zapatos.

Permanecemos hasta media noche viendo las cosas preciosas que estos mercaderes cortes, bien hablados y abundosos en saludos, sacan de grandes cofres que esparcen un viejo olor de sándalo. Sobre los muebles se forman pilas de kimonos con todos los colores del iris, bordados de animales y flores fantásticas. Unas linternas de papel iluminan con suave luz las diversas habitaciones de esta tienda. La calma de la noche con su rumoroso cortejo de cascadas y arroyos penetra en el cerrado edificio a

través de las paredes. El suelo de madera tiembla y se queja bajo nuestros pasos.

—Aún tengo algo mejor —dice el dueño en inglés, haciendo nuevas reverencias.

Y extrae de cualquier rincón una vestidura maravillosa, mostrándola con sonrisa tentadora a la dama que ha llegado en plena noche para comprar.

Como yo no he de adquirir ninguna de estas prendas femeninas, la dueña del establecimiento cuida de mí, con el extremado interés de la cortesía japonesa.

Me ha hecho sentar sobre dos cojines en la esterilla doméstica, junto a un brasero de bronce sostenido por tres dragones, cuyas brasas esparcen dulce calor. Habla continuamente, mostrando su dentadura chapada de oro. No entiendo sus palabras, pero adivino por su gesto que son hiperbólicas expresiones de modestia y gratitud porque me digno honrar su vivienda con mi visita; las mismas que dice a todos los occidentales, con una sinceridad y una sonrisa que obligan a creer en ellas.

Transcurre el tiempo, y como la burguesa nipona ya no sabe qué decir, vuelve a llenar una pequeña pipa, cuyo contenido consume en pocas chupadas, y repite varias veces la operación, dando golpes en el borde del brasero para expeler las cenizas.

Un choque incesante de tabletas de madera se une a los rumores de la noche. Viene de lejos; pasa junto a la casa, por el otro lado de los tabiques de lienzo, madera y papel; se va perdiendo al sumirse en la lejanía nocturna. La tendera adivina mi curiosidad con sus ojillos ágiles y pide al guía que traduzca sus explicaciones. Es un vigilante nocturno el que acaba de pasar. En el Japón central, lejos de las ciudades modernizadas de la costa, las gentes conservan aún muchas costumbres antiguas, y una de éstas es que el sereno anuncie su paso chocando dos tabletas que lleva en su diestra, a guisa de castañuelas. Así hace saber su presencia a los vecinos que aún están despiertos, pero avisa igualmente a los malhechores para que escapen.

A la mañana siguiente veo cómo la puerta de mi habitación, que he cerrado por dentro antes de acostarme, se va abriendo con suave facilidad. Una criadita nipona, que por su estatura parece de ocho años y tiene cara y gestos de mujer, entra con trotecito ratonil.

—*¡Ohayo!* —dice la muñeca, sonriendo al notar mi confusión de durmiente bruscamente despertado.

Luego descubre los cortinajes enormes que cubren dos muros enteros de mi cuarto, y me doy cuenta de que éste es en realidad una especie de mirador o galería encristalada. Sólo unos visillos en la parte baja de los vidrios impiden que me vean los huéspedes de las otras habitaciones. Por la parte superior alcanzan los ojos gran parte de los tejados del hotel y las frondosas copas de los criptomeros que lo rodean.

Lo primero que entra por los vidrios empañados es el canto general del agua. Ha llovido durante la noche. Los techos brillan como si fuesen de laca, las hojas de los árboles sacuden sus últimas gotas.

En los hoteles japoneses, si no se da orden en contrario, las ágiles y sonrientes criaditas se presentan poco después de amanecer para servir una taza de té al viajero todavía en la cama. Veo entrar pasados algunos minutos a un mozo con un cubo de carbón y gruesos guantes de lana blanca, que carga la chimenea y le prende fuego, servicio oportuno, pues las dos vidrieras enormes, al mismo tiempo que me permiten ver el paisaje desde el lecho, dejan penetrar el frío agudo del alba. Ha empezado ya el movimiento en el hotel. Las japonesitas entran y salen para efectuar la limpieza de la habitación, repitiendo cada una al presentarse el mismo saludo sonriente: «*¡Ohayo!*» (¡Buenos días!).

Ninguna de ellas se asusta de que el huésped baje de la cama ligero de ropas y proceda en su presencia a los actos de la higiene matinal. El pudor de la japonesa no ve en esto nada extraordinario.

Poco tiempo después emprendo mi peregrinación a la Montaña Sagrada.

Un río, el mismo que seguí anoche sin verlo, separa a ésta del pueblo de Nikko. En la penumbra azul de las primeras horas diurnas suenan ahora las voces de sus frías cascadas más alegremente y con menos misterio, elevándose sobre cada una de ellas columnas de vapor blanco.

Dos puentes arqueados se tienden de orilla a orilla. El mayor es de piedra, y fue construido para que las muchedumbres devotas pudiesen llegar a la Santa Montaña en sus peregrinaciones. El otro es el Puente Sagrado; y sólo lo pisa el emperador. Tiene adornos de bronce color de oro y el rojo brillante de su laca parece absorber la luz.

Hace muchos siglos, cuando la Santa Montaña era un lugar abrupto donde vivían dedicados a la meditación numerosos ascetas, llegó a orillas de este río un sacerdote budista de grandes virtudes, ansioso de quedarse para siempre en tal desierto. El río le cortó el paso, y al lamentar a gritos la presencia de este obstáculo que no le permitía recogerse en el santo lugar, surgió de la arboleda inmediata una enorme serpiente roja, y tendiéndose entre las dos orillas se arqueó en la misma forma de los puentes japoneses para que el sagrado personaje pasase sobre su lomo. Al pisar la ribera opuesta volvió el bonzo sus ojos para dar gracias al monstruo benéfico, pero éste acababa de disolverse hecho humo.

En memoria de tal prodigio construyeron los emperadores el Puente Sagrado, cuyo color y arqueamiento recuerdan a la serpiente roja. Por aquí pasaban los antiguos mitrados en sus procesiones a la Montaña Sagrada, precedidos de una escolta de guerreros de dos sables, que hacían volar las cabezas de los imprudentes cuando no se echaban de bruces en el suelo y pretendían ver al nieto de los dioses.

Me entretengo en examinar el puente, laqueado y dorado como un mueble japonés. Dos fuertes estribos de granito surgiendo de las entrañas espumosas del río afirman la estabilidad de este viaducto elegante, tan frágil en apariencia que parece va a mecerlo el viento como una hamaca de curva invertida.

Se acerca a mí un fotógrafo que va con kimono negro y ha abrigado su máquina, de una lluvia finísima, bajo enorme paraguas de papel. Pasa el día junto al puente rojo retratando a los compatriotas que llegan de todo el archipiélago para conocer la Montaña Sagrada. «Quien no ha visto Niko —dice un refrán japonés—, que no use la palabra “maravilla”».

Varios niños con kimono a redondeles y las piernas lívidas de frío pasan hacia una escuela inmediata. Al ver que el fotógrafo se dispone a trabajar, hacen alto, me sonríen con sus caras de luna llena, contraen los ojitos oblicuos, hasta no ser estos más que delgadas rayas, y se van aproximando poco a poco, humildes y suplicantes. Desean retratarse conmigo. Nunca verán la fotografía, pero les parece algo extraordinario, que los coloca por encima de todos sus camaradas, alinearse ante un aparato fotográfico al lado de un occidental.

Mientras los más tímidos miran a distancia, tres de ellos se colocan a mi lado, esperando con una tiesura militar el término de la importante operación.

Más allá del puente de los peregrinos empieza a desarrollarse la incomparable majestad vegetal de la Montaña Sagrada. Los árboles se apoyan unos en otros, como si fuesen arbustos, escalando la

atmósfera tumultuosamente para buscar el aire libre y la luz.

No sé cómo será en verano este paisaje santo, cuando llegan las grandes peregrinaciones y se desarrolla una larguísima procesión en honor de los shogunes. Durante los meses del invierno, el sol únicamente consigue tocar el suelo de las avenidas más amplias. En el resto de la Selva Sagrada se pierden sus rayos entre el ramaje eternamente fresco de una arboleda que cuenta varios siglos, mucho más vieja que los criptomeros tricentenarios del camino que conduce a Nikko.

Se avanza por las sendas laterales bajo una luz verdosa igual a la de los fondos submarinos. Las ramas forman cúpula, y solamente en algunos espacios más abiertos se puede ver el cielo como si se contemplase desde el fondo de un pozo.

Los cedros japoneses, altos y rectilíneos, parecen obeliscos. Son iguales a las columnas de las portadas sacras llamadas *toris*. Al avanzar por las suaves pendientes se van columbrando los esplendores que la religiosidad acumuló en este lugar. Asoma entre el ramaje la punta de una torre formada por varias pequeñas pagodas superpuestas; más allá un grupo de linternas de granito cubiertas de musgo o una imagen solitaria de Buda con una aureola a su espalda en forma de almendra, que parece el respaldo de un sillón.

En esta selva siempre húmeda, las dos notas repetidas incesantemente son el canto del agua y el verde aterciopelamiento del musgo que cubre las piedras, los troncos de los árboles, las bases graníticas de las pagodas, los patios enlosados, los pavimentos de los caminos, los peldaños de las escalinatas. Este paño vegetal, tejido por el tiempo y la humedad, lo invade todo sin obstáculos. Los bonzos guardadores de la Montaña Sagrada lo respetan como si fuese algo litúrgico, y ayudan a su conservación, limpiándolo de insectos, rastrillándolo, como un jardinero inglés puede cuidar el césped de su parque.

Antes de llegar al mausoleo en memoria de Yeyasu, compuesto de diversos templos escalonados en mesetas, hay algunos santuarios que son como avanzadas de las construcciones ocultas más arriba, entre los cedros. Estos primeros templos serían admirables en otro lugar; aquí resultan secundarios y pobres. Oímos los cánticos y los repiques de timbal de los bonzos que oran en su interior; pero, siguiendo los consejos del guía, continuamos adelante.

Al lado del camino hay pinos y cedros enanos, que dan sombra a pequeñas imágenes de Buda o de la diosa de la Misericordia, la Kuanon japonesa, que equivale a la Avaló-Kistesvara de los indostánicos.

Estos pequeños arbustos tienen en sus ramas unos papelitos de arroz, hábilmente plegados, como las papillotas con que en otros tiempos preparaban las mujeres los rizos de su peinado. Todos ellos contienen peticiones a la divinidad. Mis acompañantes afirman que los más son de muchachas que escriben en ellos su nombre y su dirección pidiendo a los dioses un buen marido.

De este modo, los tímidos o los que no tienen padres que les busquen esposa pueden saber quiénes son las *musmés* que ansían casarse, y el arbusto sagrado sirve de agente matrimonial.



## La selva de las pagodas de oro

El mausoleo del Shogun Yeyasu.—La Puerta del Día.—Los gestos de los Tres Monos.—Oro, oro, siempre oro.—Los dos sargentos japoneses.—El templo carcomido y sus bonzos pobres.—Ceremonia sintoísta en la soledad de la selva.—La sacerdotisa de sotana roja baila «El camino de los Dioses».—Me pierdo en las espesuras de la Santa Montaña.—*¡Arigató!*—Lucha de cortesías con un japonés.

Dos divinidades horribles, iguales a las de Kamakura, guardan la portada del mausoleo de Yeyasu; dos figurones, uno rojo y otro azul, con rostros aterrorizantes, que son los dioses del Viento y del Trueno. Pero aquí la puerta llamada de los Elementos no se abre en el vacío. Da entrada a un recinto cercado de santuarios, con filas de *toros*, que ya no son de granito, sino de bronce, prodigiosamente cincelados y vaciados.

Necesito hacer una advertencia para que el lector se imagine más o menos aproximadamente este famoso monumento japonés. Sus templos no son de gran altura. En todo el Extremo Oriente, los edificios religiosos, así como los palacios, constan de un solo piso. Ninguno alcanza la altitud de las construcciones de Europa, hechas de piedra, y menos de las audaces torres de acero y cemento de la arquitectura norteamericana. Los materiales de construcción empleados en estas pagodas fueron el granito como simple basamento, que apenas se eleva medio metro sobre el suelo, y después la madera. Hasta las columnas policromas son en su interior troncos de árbol perfectamente redondos. Pero la madera está trabajada hasta parecer una celosía ligerísima, casi un encaje, o tiene cubierta la superficie de sus planos con lacas multicolores y mucho oro.

El aspecto de los templos de la Montaña Sagrada puede ser condensado en una breve enumeración descriptiva: columnas y muros de laca roja oscura, un rojo de sangre cuajada; figuras policromas, verdes, azules, rosadas, y sobre todo esto, oro, oro, oro, oro... Cuantas gradaciones de color puede tener el precioso metal se hallan aquí, en los templos elevados por el entusiasmo y la gratitud de todo un pueblo. Hay oros verdes, rojos, limón, rosa y bronce, pero con una densidad y una fijeza que desafía el roimiento de los años.

El budismo y el sintoísmo, confundidos en la Sagrada Montaña, dejan perplejo al visitante sobre el carácter de cada templo. En ninguno de ellos hay imágenes corpóreas. Los muros, todos de oro, tienen flores o animales fantásticos, graciosamente contorneados sobre este fondo brillante por un pincel ligero, mojado en bermellón, violeta o azul.

En todas las pagodas nos salen al paso bonzos vestidos de verde y de blanco para ofrecernos papeles de arroz con imágenes e inscripciones ininteligibles. Veo junto a las puertas de los templos grandes vasijas de bronce llenas de agua. Sirven para las necesidades del culto, y para los incendios. En Nikko, el agua de estos vasos enormes y cincelados tiene en esta mañana fría una gruesa lámina de hielo, que se ha desprendido de la pared metálica, y flota, guardando la forma redonda del recipiente.

Ascendemos por una escalinata de granito a la segunda meseta. Se entra en ella a través de la llamada Puerta del Día, obra famosa en todo el Japón, que puede considerarse como lo mejor de la Montaña Sagrada.

Según las tradiciones, seiscientos escultores trabajaron en ella durante dieciséis años. No asombra

por su grandeza; lo extraordinario es la abundancia y prolijidad de sus detalles escultóricos. Un mundo de pequeñas figuras, agrupadas en múltiples escenas, cubre pilastras, capiteles y cornisas siendo todas ellas policromas, y conservando una frescura luminosa, como si las hubiesen pintado días antes.

Detrás de la Puerta del Día se encuentran los templos más renombrados. El de los Monos es célebre por tres animales de esta especie que figuran en su frontón. Uno se tapa los oídos, otro los ojos, y el tercero hace un ademán de silencio, indicando con tales posturas que no debemos escuchar, ver ni hablar cosas que propaguen el mal. Un templo inmediato, el de los Elefantes, está adornado con imágenes de estos animales, y los hay también que glorifican a otras bestias. Todo en ellos es de colores brillantes, frescos, con el charolado luminoso de la laca. Tienen estas construcciones algo de pueril, de fiesta de muñecas; parecen en el primer momento frívolos y frágiles, pero seducen luego con la atracción exótica o irresistible que ejerce el arte japonés.

Estas mesetas bordeadas de templos son tan extensas que sólo se hallan pavimentadas en su parte central con baldosas de granito, quedando el resto bajo una capa de piedras sueltas. En los bordes de dichos caminos se alinean los toros de roca o de bronce, unas veces en fila simple, otras en hilera doble.

Todavía se sube por escalinatas de piedra a una tercera y una cuarta explanada, igualmente cubiertas de templos, y en el fondo de la última se alza la más grande de las pagodas, el «Esplendor de Oriente», sin ninguna imagen divina. Sólo tiene una mesa para las ofrendas a los antepasados, pero toda ella es de oro... ¡Siempre el oro!

Una estrecha escalera de granito se aparta de estos recintos suntuosos para remontarse a través de la vegetación. En la cumbre, al final de ella, hay otro templo, y detrás un corte vertical de la roca con una puerta de bronce que no se abre nunca. Al otro lado de esta lámina metálica es donde reposa simplemente dentro de una caverna el hombre amarillo en cuyo honor se han acumulado abajo tantas magnificencias.

Paralelo a este mausoleo existe en la misma ladera de la montaña una segunda aglomeración de templos en honor de Yemitsu. Son no menos brillantes y bien conservados que los del primer Shogun, pero la tumba de éste atrae con preferencia a los visitantes.

Fatigados del esplendor de tanto oro, de la artística fragilidad de unas paredes tan primorosamente talladas que parece van a temblar al menor soplo del viento cual si fuesen de telarañas, sentimos un vivo deseo de perdernos en las revueltas de la selva. Seguimos una avenida solitaria, en la que trabajan algunos barrenderos vestidos de kimono. Todos mueven a un tiempo, con militar precisión, sus escobas de ramaje, amontonando las hojas secas. El sol está muy alto, y únicamente a esta hora casi meridiana consigue pasar como una lluvia finísima entre el follaje de los criptomeros seculares.

En esta avenida, otro fotógrafo, vestido igualmente de kimono y con un paraguas de papel sobre su máquina, se prepara a retratar a dos sargentos. Son unos mocetones vigorosos, de estatura mediocre en otros países, mas aquí extraordinariamente aventajada dentro de un ejército de soldados bravos pero chiquitines. Al ver que nos fijamos en sus personas, sonrían cortésmente, y no pudiendo ofrecernos otra cosa, nos invitan a que nos retratemos con ellos.

El fotógrafo se ve obligado a exigirles que se pongan serios. Ríen como niños, pareciéndoles aventura muy graciosa fotografiarse con una señora rubia y dos hombres blancos. Han venido sin duda de alguna guarnición lejana, aprovechando una licencia, para conocer las maravillas de Nikko. Cuando abandonen el ejército y vuelvan a sus campos se acordarán siempre de esta peregrinación y de los tres

occidentales sin nombre que conocieron unos minutos nada más y han quedado para siempre con ellos en la misma fotografía.

Repetidas veces volvemos a encontrarlos en el curso de la mañana al pasear por la selva: Como existe entre nosotros el obstáculo del idioma, se limitan a enseñarnos los dientes, con pequeños rugidos de amistad, y siguen adelante.

Observo lo que hacen estos modestos representantes del Japón moderno, que copió del mundo occidental todas las perfecciones tácticas y mecánicas para hacer la guerra y difundir la muerte. Van de una pagoda a otra, con el deseo de no marcharse sin haberlas visitado todas. Quedan erguidos un momento al pie de cada escalinata; se llevan una mano a la visera de su gorra; luego se quitan los pesados zapatos de ordenanza y penetran respetuosamente en el templo, no sin haber tirado antes la cuerda del pequeño esquilón que hay en la portada para avisar a los dioses su visita. Si no encuentran campana, dan dos palmadas y entran, para volver a salir momentos después.

Yo creo que no se enteran de si el santuario es budista o sintoísta. Para ellos resulta lo mismo. Si en la Sagrada Montaña hubiese capillas cristianas, las visitarían seguramente con la misma tranquilidad respetuosa. Les basta que cada edificio sea un lugar frecuentado por las gentes desde hace siglos y permitido por el Mikado. No necesitan más para adorar al habitante invisible de la santa construcción.

Mis compañeros regresan al hotel y yo marchó solo por los caminos verdes y rumorosos. El sol dora sus cimas, mientras abajo persiste la luz vigorosa y suave, de profundidad acuática. Siguiendo las inquietas siluetas de dos venados juguetones salidos de la espesura, que trotan sin miedo cerca de mí, acostumbrados al respeto de los transeúntes, desemboco de pronto en una explanada silenciosa.

Debe ser uno de los lugares menos frecuentados de la selva. Estoy, sin embargo, cerca de la gran avenida que conduce al mausoleo de Yeyasu. Sobre las copas de los árboles veo asomar la flecha terminal de una torre que un rico samurái elevó en honor del gran Shogun. Más bien que torre, es una superposición de cinco pagodas de laca roja, montadas una sobre otra y cada vez más pequeñas. Sus aleros salientes, encorvados en las puntas, forman una escalinata aérea.

En esta explanada de poco tránsito veo un templo enorme de madera, mal cuidado, que me atrae con la seducción de las cosas viejas, cuya decrepitud revela un pasado glorioso. Aquí los oros y las lacas ya no brillan. En algunas columnas la costra coloreada y luminosa se ha desprendido, viéndose la rugosidad oscura de su madera interior.

Junto al templo hay una barraca que sirve de boncería. Unos sacerdotes jóvenes, con perfil agudo de fanático, se meten en la casa, sorprendidos y molestados por la inesperada presencia de un occidental.

Adivino que estoy ante un verdadero templo de la Sagrada Montaña, al margen de la gran corriente de viajeros que la visita. Estos bonzos tienen un aspecto menos cortés y sonriente que los otros instalados en los santuarios del doble mausoleo de los shogunes. Parecen muy pobres y ásperamente altivos. Deben odiar al extranjero, y no tenderán la mano, como los sacerdotes de arriba, para mostrar su pagoda.

Se abren las hojas de papel de una ventana y veo un rostro femenino: una mujer carillena, con grietas concéntricas en torno a los ojos y la boca. Pero estos ojos, grandes, expresivos, casi horizontales, no parecen de japonesa. Su rostro me hace pensar en una manzana invernal, gorda,

oscurecida por el tiempo y de piel arrugada. Como es hembra sonrío hasta para expresar sorpresa o molestia. Lleva los dientes cubiertos de oro, pero sin duda masca betel, y éste ha oscurecido el metal, dándole la opacidad del cobre.

Me paseo en la explanada, fingiendo interés por los árboles que la bordean. Subo la escalinata del templo, pero no me atrevo a pisar su último peldaño, en el que se apoyan los troncos-columnas sostenedores de la techumbre. Todo su interior queda visible. Sólo hay en él algunos biombos blancos con inscripciones niponas y una mesa dorada en el centro, que guarda ciertos objetos dedicados indudablemente al culto.

Vuelvo a descender y continúo mis lentos paseos. Me avisa un instinto oscuro que debo permanecer aquí, en espera de algo extraordinario. Adivino entre las hojas entornadas de las ventanas de papel ojos que me espían con la esperanza de verme lejos. Transcurre el tiempo, y al fin aparece en el interior del santuario una especie de insecto enorme, blanco de cuerpo, las alas verdes y la cabeza negra. Es un bonzo, que acaba de llegar por una galería cubierta que une la casa de los sacerdotes con el templo.

Va de un lado a otro, como un sacristán que prepara lo necesario para una ceremonia litúrgica. Luego resuena un golpe metálico de gong. Es la campana anunciando los oficios a una concurrencia de fieles que no ha de llegar nunca; pero el llamamiento se repite todos los días por exigencia ritual, excitando el canto de los pájaros en la arboleda inmediata, atrayendo la inocente curiosidad de los ciervos de la selva.

Adivino la indignación que provoca mi persona. Me han visto llegar en el momento preciso de su ceremonia. Tal vez la han retrasado para librarse de mi odiosa presencia. Convencidos de mi tenacidad toman la resolución de ignorarme, y a partir de tal momento me reconozco inferior a ellos. No existo. Estos sacerdotes repiten sus palabras y ademanes de todos los días convencidos de que solamente tienen a sus espaldas la arboleda, con sus enjambres de pájaros y sus cuadrúpedos dulces.

Se repite el golpe de gong. Dos bonzos entran en la pagoda, abierta por ambos frentes, y a través de cuyas columnas pasa la brisa de la selva esparciendo rumores de actividad alada y perfumes vegetales.

Llevan una vestidura blanca, semejante al alba de los sacerdotes católicos; encima una dalmática verde de mangas cuadradas, y en la cabeza un gorrito negro de dos puntas, en forma de tejadillo, con una borla en su frente, igual al antiguo gorro de cuartel de los militares. Se sientan en el suelo, con las piernas cruzadas, a un lado de la mesa que hace veces de altar.

Aprovechando el ambiente de indiferencia que me envuelve, empiezo a subir con paso lento y manso la sagrada escalinata, pero de pronto experimento una gran sorpresa. La mujer que me miró por la ventana entra en el templo, vestida de un modo extraordinario, como sacerdotisa que va a tomar parte en la ceremonia. Lleva una sotana roja, idéntica a la de los monaguillos en nuestras catedrales, y encima un roquete blanco y rizado, que también recuerda el de los pequeños servidores del culto católico. Lo exótico de su indumentaria está en la cabeza. Sobre su brillante peinado japonés, esta cincuentona sacerdotal ostenta un lazo enorme, como el que usan las alsacianas, pero enteramente blanco. Además lleva al hombro un bastón del que penden numerosas tiras de papel: algo semejante a los espantamoscas de fabricación casera.

La ingrata no me mira, no sonrío, me ignora completamente, como los hostiles sacerdotes. Se sienta en el suelo frente a la mesa, de espaldas a mí, que me he inmovilizado en el penúltimo escalón.

Al borde del siguiente empieza la esterilla fina del templo, que sólo puede pisarse con los pies descalzos, como los llevan los dos andantes y la mujer de la sotana roja.

El más viejo de los bonzos usa anteojos enormes, es de nariz aguileña, y tiene cierta semejanza con muchos sacerdotes europeos. Posee la misma expresión de fe religiosa, áspera e intransigente, idéntica delgadez ascética, de mejillas hundidas y afilada nariz, que se observan en los retratos de algunos monjes célebres. Sostiene con su diestra una paleta de madera algo encorvada, que por su forma y su tamaño parece un calzador para hombres de triple tamaño natural. Debe ser la insignia litúrgica del primer oficiante. El segundo sacerdote, mucho más joven, romo y con pómulos salientes, recita una oración larguísima.

De pronto la interrumpe para incorporarse sobre las plantas de sus pies. Luego marcha en cuclillas, casi arrastrando sus posaderas por el suelo, y desaparece detrás de un biombo. Inmediatamente torna a presentarse llevando una especie de frutero dorado, que coloca en la mesa. Vuelve a su recitación y a marchar del mismo modo, rasando el suelo, y trae un segundo plato en forma de copa, para dejarlo sobre el altar. Por tres veces realiza dicho viaje, depositando seis ofrendas en honor de los antepasados.

Me doy cuenta de que estoy presenciando una ceremonia del culto sintoísta en toda su pureza, como no puede verse en ninguna ciudad, sin público alguno, dirigiéndose los sacerdotes a las sombras augustas de los dos shogunes en honor de los cuales se elevó este templo hace siglos. Los tres platos-copas deben contener arroz, *saké* y tal vez perfumes.

Cuando termina el ofertorio, el sacerdote principal guarda su paleta en la faja y saca de ésta una especie de abanico de madera, que es en realidad una sucesión de tabletas unidas por hilos, como una pequeña persiana. Las láminas de sándalo están escritas, y el sacerdote empieza a leer en voz alta el libro sagrado. Al terminar su lectura se abre un larguísimo silencio, en el que suenan más fuertes los chillidos de los pájaros. Se persiguen por el interior del templo o revolotean bajo sus aleros, familiarizados con una ceremonia que se repite todos los días.

Tuerzo un momento la cabeza, adivinando una presencia extraordinaria abajo, en la explanada. Son los dos ciervos, que han vuelto, y aprovechando la quietud de este terreno despejado, se persiguen juguetones, y alzándose sobre las patas traseras, restriegan sus cornudas frentes.

La sacerdotisa se ha mantenido inmóvil durante el largo ofertorio. Me hace recordar a Parsifal, el héroe de Wagner, cuando permanece más de medio acto de espaldas al público, presenciando la lenta ceremonia del Santo Grial. Calla el sacerdote orante, se guarda en la faja el libro-persiana, y suena a continuación un sordo y lejanísimo trueno.

Ha empezado el otro bonzo a golpear con ambas manos un timbal que yo no había visto. Presiento que va a desarrollarse lo mejor de la ceremonia. La sacerdotisa de la sotana roja se levanta del suelo, lentamente, con un movimiento ondulatorio, lo mismo que las cobras surgen del enrollamiento de su cuerpo, balanceando la cabeza al compás de la flauta del encantador. Ya está de pie y empieza a dar vueltas por la pagoda, siguiendo el ritmo del monótono tamborileo.

Horas antes he visto arriba, en uno de los templos del Shogun, las danzarinas sagradas, que esperan la ofrenda del viajero para bailar de un modo automático. Ésta no pide nada, no espera nada. Ni siquiera tiene un público, pues yo soy el único que la contempla y ella no quiere verme. Ha sacado de entre los pliegues de su roquete blanco un abanico de igual color, y lo mueve cadenciosamente

mientras marcha a un lado ya otro, con el rostro grave, los ojos en éxtasis, y estremecidos sus pies de ligereza infantil.

Esta danza en honor de los antepasados debe guardar una significación simbólica que yo no comprendo. Luego creo adivinarla al oír cómo acelera sus redobles el timbal, imitando el trote de un caballo, la marcha ordenada de una hueste, algo que significa camino y viaje. Al mismo tiempo, la boncesa se pone en un hombro el palo de las cintas blancas, como si fuese un bastón de viajero, y mueve el brazo izquierdo, acompasando sus pasos largos lo mismo que si emprendiese un avance de horas, de años, de siglos. Esta danza debe expresar «El camino de los Dioses», base de la religión sintoísta, el sendero más allá de la tumba que sigue todo japonés para encontrar a su término una vida nueva de personaje divino.

Acelera sus ritmos el timbal de un modo vertiginoso, y la danzarina ya no marcha cadenciosamente; corre, da saltos, se enardece con su propio movimiento. El vértigo va apoderándose de ella, hasta que al fin se desploma como un insecto rojo, abriendo sobre el suelo las alas blancas de sus brazos. Tendida de bruces, se nota el jadear de su costillaje dorsal, se adivina la respiración de su rostro invisible. El sacerdote se levanta, ella hace lo mismo, repentinamente serenada, y los tres salen en fila del templo, por el pasillo que conduce a la boncería.

Quedo solo y avergonzado por esta indiferencia hostil. Ni la más leve mirada de los seis ojos oblicuos antes de alejarse. Hasta los dos venados han huido de la plazoleta. Creo llegado el momento de desaparecer a mi vez, y me alejo del carcomido templo sin saber adónde voy, siguiendo al azar todo camino que se abre ante mis pasos.

Al poco tiempo me doy cuenta de que me he extraviado en la Selva Sagrada, y no podré salir de ella sin ayuda.

Encuentro pequeños santuarios, cerrados y silenciosos, que no había visto antes. Todos los caminos parecen iguales. Sólo se diferencian por la estabilidad de su suelo. Las avenidas anchas, a cuyo fondo descende el sol, son de una tierra ligeramente húmeda, en la que se puede marchar fácilmente. Los senderos estrechos están empapados aún por la lluvia de la noche anterior, y la tierra pegajosa forma en torno de los pies bolas enormes de barro, patas grises de elefante.

Convencido de que cada vez me extraviaré más si continúo andando, espero junto a un Buda de piedra roída, nimbo ojival y zócalo de musgo, el tránsito de algún japonés que se apiade de mí. En lo alto de las murallas verdes, los rayos del sol indican que ya ha pasado el mediodía. Pienso con envidia en mis amigos, que estarán almorzando a esta hora.

Se presenta el hombre providencial: un japonés vestido a la antigua, con kimono oscuro a redondeles blancos y zuecos en forma de banquitos.

—¿Kanaya Hotel? —pregunto con telegráfica concisión para que me entienda.

Él sonrío, y con una mímica precisa me va indicando la marcha que debo seguir: primeramente mi sendero a mi izquierda, luego otro a la derecha, hasta que llegue al río.

Siento necesidad de expresarle mi agradecimiento en una forma extraordinaria, la mejor que pueda encontrar. El desprecio con que me trataron los bonzos me ha hecho humilde, con un encogimiento cortés de asiático. Apoyo las manos en mis rodillas, luego me inclino como si fuera a echarme de cabeza en el suelo, y digo por dos veces:

—¡Arigató! ¡Arigató!...

Es una de las palabritas que aprendí en el buque: «¡Muchas gracias!», en japonés.

Mi salvador, sorprendido y agradablemente impresionado al oírme hablar en su idioma, lanza una risotada que en Europa resultaría ofensiva. Pero el japonés ríe siempre; considera el gesto triste, cuando se dirige a un extranjero, como algo incompatible con la buena crianza. La risa acompaña sus más diversas y contradictorias manifestaciones. Es igual al silbido del norteamericano, que le sirve indistintamente para expresar su entusiasmo o su protesta. Yo he visto japoneses reír mientras me explicaban los horrores del terremoto en Yokohama y Tokio. Pero su risa era una cortesía, y a través de ella se dejaba adivinar la emoción profunda del narrador.

Ríe este transeúnte de satisfacción, halagado en su vanidad patriótica, porque cree encontrar un occidental que conoce su lengua. Empieza a hablarme, mientras hace profundas reverencias, con la certeza de que puedo entender su facundia creciente. Yo no hago otra cosa que repetir mis doblegamientos a la japonesa y mi única palabra de gratitud. Calla al fin, convencido de mi ignorancia, mas no por esto cesan sus cortesías.

Uno de los dos se cansa antes que el otro de encorvar su espinazo... Al fin, me veo siguiendo la dirección indicada por él. Vuelvo mis ojos para contemplar por última vez a este hombre de risa franca y alegría infantil que me ha socorrido cortésmente, cuyo nombre ignoro, y al que no volveré a ver nunca en mi existencia.

Está inmóvil en medio del sendero, y al notar que le miro, se inclina otra vez, reanudando sus ceremoniosos saludos. Yo hago lo mismo... Y todavía cruzamos una media docena de reverencias, queriendo cada cual ser el último.

No se me ocurre sonreír, ni aun en el momento presente, al recordar tal escena. Las cosas de nuestra vida son grotescas o no lo son, según su ambiente.

Todas estas manifestaciones, de una buena crianza refinada hasta el exceso, se desarrollaron en el corazón de la gran isla japonesa, en la famosa Montaña Sagrada, en Nikko la de las maravillas, teniendo por únicos testigos árboles de trescientos años, oyendo cantar las mil voces del agua sobre una tierra cubierta de pagodas y de musgos.

# 21

## Kioto la Santa

El camino de los criptomeros.—Una maravilla que va a desaparecer.—Historia heroica de los cuarenta y siete samuráis.—Zapatillas gratuitas en el tren.—Las pagodas de Kioto.—Cuatro cables de pelos de mujer.—Las ceremonias del culto budista y su rara semejanza con las del culto católico.—El tradicionalismo de Kioto.—Un perro xenófobo.—Las calles del alegre Yosiwara.—Los teatros.—Actrices-hombres.—Mi encuentro ante un cinematógrafo.

Salimos de Nikko por el camino de los criptomeros, yendo a tomar el tren en una estación situada a diez kilómetros. No queremos marcharnos de este país sagrado sin recorrer la cuarta parte de un camino que no tiene semejante en el resto de la tierra.

Para prolongar el espectáculo prescindimos del automóvil que nos ofrecen en el hotel y vamos en *koruma*. Los conductores están descansados y se han puesto ligeros de ropa para tirar mejor, conservando únicamente la chaqueta azul de mangas perdidas y el vendaje entre las piernas, desnudas y musculosas.

Corremos por un camino hondo, entre dos filas de oscuros obeliscos vegetales, que casi se tocan. Un tránsito de tres siglos ha ido profundizándolo, y por encima de nuestras cabezas vemos las tortuosas raíces de los cedros gigantes. El verdadero tronco empieza más arriba. A pesar de sus proporciones extraordinarias, estos árboles venerables tiemblan con el más leve estremecimiento atmosférico. Tienen la inseguridad de los dientes viejos en torno a cuyas raíces se ha ido descarnando la encía.

Muchos cayeron, y hay en la doble hilera grandes claros, viéndose a través de tales ventanas la campiña dorada por el sol de la tarde. Otros están aún de cuerpo presente, y hay que pasar por debajo de ellos, a causa de hallarse tendidos como una pasarela entre los dos ribazos. Nos dicen que los derribó hace poco uno de los tifones o tornados que devastan todos los años el archipiélago japonés.

De tarde en tarde se interrumpe el desfile de colosos vegetales, y salimos de la penumbra vespertina que reina entre ellos. En estos espacios libres hay aldeas con acequias surcadas por escuadrillas de patos, vetustos santuarios de piedra rematados por tejadillos que tienen sus angulosidades en forma de cuerno, cementerios cuyas estelas copian la forma de los hongos.

Una sensación de inseguridad y peligro nos acompaña mientras avanzamos entre los cedros tricentenarios y sus raíces casi descuajadas. Es una inquietud igual a la del visitante de un viejo palacio con muros rajados, cuyos pisos tiemblan y se encorvan bajo los pasos. No obstante tal molestia, el espectáculo majestuoso que ofrece esta arboleda secular de cuarenta kilómetros, escalando las colinas y descendiendo a los valles hasta perderse en el infinito, es algo extraordinario que puede llamarse «único».

Se entristece el viajero al pensar que todo esto desaparecerá dentro de algunos años. Los cedros caen, sin que nadie los reemplace. La enorme línea de criptomeros ya está desportillada, con numerosos vacíos, como una dentadura vieja. Viendo los grupos de niños japoneses que se muestran en lo alto de los ribazos y agitan una banderita de su nación, gritándonos «¡*Banzai!*!», pienso que cuando lleguen a mi edad ya no existirá esta doble muralla vegetal, que es una de las maravillas de la tierra. Yo no lo veré más, pero he llegado a tiempo para admirarla con mis ojos. Los que vivan en la



mitad del siglo actual sólo la conocerán de oídas, por los recuerdos de los ancianos de entonces.

Paso un día en Tokio antes de seguir mi viaje a las ciudades del este del Japón. Quiero visitar, por curiosidad literaria, una vieja pagoda de sus alrededores donde se suicidaron heroicamente los cuarenta y siete samuráis.

Algunos lectores tal vez no conozcan esta historia de honor y de heroísmo, que es para los japoneses algo así como el Romancero del Cid para los españoles.

En la primera mitad del siglo XVII, el cortesano Kotsuké, amigo del emperador, después de haber insultado al príncipe Akao, negándose a darle una satisfacción por las armas, consiguió, gracias a su situación influyente de palaciego, que el Mikado condenase a muerte a este príncipe bueno, atribuyéndole un delito del que era inocente. Cuarenta y siete samuráis, compañeros y vasallos fieles del ejecutado, juraron vengarle a costa de la vida si era necesario, y abandonando sus casas, sus esposas e hijos, se dedicaron a preparar y realizar tal designio con una tenacidad inaudita, guardando su secreto durante veinte años.

El traidor Kotsuké, sospechando los planes de estos hidalgos que permanecían invisibles, pasó muchísimo tiempo inquieto y en perpetua defensiva, rodeado de un pequeño ejército de guerreros a sueldo y habitando siempre palacios fortificados. Pero al transcurrir veinte años sus desconfianzas se adormecieron, dejó de creer en la existencia de los vengadores, y una noche de invierno, cuando dormía en su palacio, ya mal guardado, vio aparecer a los cuarenta y siete samuráis en torno de su lecho, con sus dos sables atravesados en la cintura, con sus yelmos y corazas que imitaban hocicos de fieras y coseletes de insecto.

Sin olvidar las reglas de la cortesía japonesa y con las ceremonias propias del caso, recordaron al traidor sus crímenes y le cortaron luego la cabeza, llevándola a la tumba de Akao, situada en la pagoda que yo visito. Antes se cuidaron de lavarla en una pequeña fuente inmediata a dicho templo. Los cuarenta y siete fueron después en busca de sus jueces y éstos los condenaron a muerte, de acuerdo con la ley, pero admirando al mismo tiempo su fidelidad, les concedieron que se matasen ellos mismos abriéndose el vientre.

Después de haberse dado el beso de despedida, tomaron asiento en las gradas de la pagoda, cerca de la tumba de su señor, y fueron haciéndose tranquilamente el *harakiri*. Otros samuráis, compañeros de armas, les dieron en el pescuezo el sablazo decapitante, al mismo tiempo que cada uno de ellos se rajaba el vientre con su puñal, echando afuera las entrañas... Y cuarenta y siete cuerpos rodaron por las gradas con los estertores de la agonía, esparciendo una cascada de sangre.

Hoy sólo resta de dicha tragedia las tumbas de sus protagonistas junto a una pagoda de madera oscura y carcomida. Cerca de su escalinata se ve la fuente musgosa, donde lavaron los vengadores la cabeza del traidor. Ningún japonés introducirá en esta agua sus brazos ni sus piernas. Los cuarenta y siete fueron declarados por el Mikado, años después, santos y mártires, y desde entonces su historia es escuchada por todos los niños del Japón. Muchas familias van en romería a las tumbas de estos héroes de poema, que supieron morir en masa, con el suicidio horrible de las antiguas gentes de honor.

Paso una noche en el tren entre Tokio y Kioto. Recorro los diversos vagones para ver cómo viajan los japoneses.

Hombres y mujeres se despojan a las pocas horas de sus disfraces occidentales y visten el kimono, librándose igualmente del calzado. Les fatiga sentarse como nosotros. Deben sentir un cansancio

semejante al que sufren los blancos cuando las circunstancias los obligan a colocarse en el suelo con los muslos cruzados. Todos los japoneses suben finalmente sus piernas sobre la banqueta y se instalan como lo exige su comodidad, o sea poniéndolas en cruz y apoyando las posaderas en sus talones. Así los asientos parecen estantes de vitrina con figuras de porcelana, que mueven las cabezas siguiendo los vaivenes del tren.

Todos los vagones tienen en su pasillo central unos embudos que dan sobre la vía. Esto facilita el barrido que los empleados deben repetir con frecuencia. Al mantener los viajeros sus pies sobre las banquetas, poco les importa la suciedad del suelo, y éste se va cubriendo de mondaduras de frutas y de papeles impregnados de grasa, que han servido de envoltura a los bentos.

En el vagón-dormitorio, apenas cierra la noche, el empleado se preocupa de nuestros pies. Como éste es un país de gran higiene «pedestre», donde se marcha sin zapatos en todo lugar cubierto, sea templo o simple vivienda particular, las gentes no gustan de permanecer muchas horas con sus extremidades calzadas. El servidor del vagón me ofrece unas zapatillas de lana blanca, escrupulosamente limpias. Luego hace igual regalo a los otros ocupantes del coche. La compañía del ferrocarril, al mismo tiempo que vende una cama al viajero, le proporciona las zapatillas.

Cuando despierto, cerca de Kioto, veo la llanura dividida en campos de arroz, pequeños y bien trabajados. El agua encharcada parece reír bajo el sol con sus estremecimientos luminosos. Más allá, los campos son de hortalizas, pero siempre en reducidas parcelas, alineadas y cuidadas como un jardín. Es una agricultura meticulosa que puede llamarse de miniatura. Se abren en el horizonte las copas azules de varios lagos entre colinas cubiertas de bosquecillos. Todo es pequeño, gracioso, frágil, y sin embargo, revela una observación de siglos, una voluntad tenaz, para conseguir que el suelo dé los mayores rendimientos.

Visitamos las grandes pagodas en nuestras primeras correrías por Kioto.

Esta ciudad es la capital del budismo en el Japón, y tal vez ninguna del Extremo Oriente siente como ella la influencia de dicho culto religioso. Debo añadir que las doctrinas del dulce Gautama fueron modificadas por los bonzos, desfigurándose hasta el punto de no guardar más que un ligero recuerdo de sus principios originales.

Dentro de Kioto existen muchísimas sectas del budismo, pero esto no impide que los intérpretes y comentaristas más importantes de la teología budista vivan aquí. Hubo una época en que llegó a tener 3893 templos y santuarios dedicados al citado culto. El número actual tal vez sea inferior en muy poco. A esto hay que añadir 2500 templos y santuarios del culto sintoísta. Con razón los japoneses han llamado siempre a esta ciudad Kioto la Santa.

Visitamos en las primeras horas de la mañana la más grande de las pagodas, que es como una catedral del budismo. Cuando San Francisco Javier visitó Kioto ya existía este templo. En realidad, es una agrupación de diversas pagodas dentro de una cerca común, pero separadas por vastísimos patios enlosados de granito.

Los edificios, todos de madera, tienen piezas gigantescas de carpintería como las que se empleaban para la construcción de los antiguos navíos. Las techumbres presentan también la robustez y las dimensiones de grandes barcos puestos con la quilla en alto, cuya parte interior ha sido dorada y trabajada por pacientes artistas durante siglos. Troncos de árboles enormes sirven de columnas para sostener estas techumbres, altísimas y monumentales si se las compara con la ligereza y la pequeñez graciosa de otras construcciones del país.

Todo fue cubierto de lacas y de oro, pero la pátina de los edificios religiosos encerrados en una ciudad y que se ven visitados diariamente por muchedumbres ha oscurecido el esplendor de dichas pagodas. Guardan todas ellas un aire de majestuosa vejez. Detrás del estuco se presiente la madera carcomida. Algunas pilastras redondas tienen herido su revoque y muestran por las desconchaduras el armazón hueco de su interior, formado con duelas y aros, como un tonel.

En una galería cubierta que une a dos de las pagodas me muestran cuatro cables enrollados y negros, mucho más grandes que los que se ven en los puertos. Son como boas de los tiempos prehistóricos, más allá de las proporciones de los reptiles actuales. Luego, un bonzo me explica con cierta vanidad la naturaleza y origen de estos cuatro cilindros. Sirvieron para subir a lo alto de la techumbre de la gran pagoda los maderos más pesados, y están tejidos los cuatro con pelos de mujer.

Examino los rollos enormes y reconozco que únicamente el pelo de las japonesas, duro, áspero y muy grueso, puede haber producido estas maromas irrompibles, cuyo diámetro casi es igual al de una pierna de atleta. Cada uno de los cables tiene cien metros de longitud, lo que desorienta y asombra al calcular cuántos miles y miles de mujeres devotas necesitaron cortarse la cabellera para contribuir a esta obra.

Penetramos en el más importante de los santuarios de la gran pagoda. He leído muchos estudios sobre las semejanzas entre las ceremonias del budismo y las del culto católico, pero cuando las cosas se conocen de cerca, con una visión directa, dan la impresión de lo inesperado y de lo nuevo, por más que antes nos lo hayan hecho conocer los libros.

Creo estar asistiendo a una misa cantada en un templo católico de España o de Italia, en las primeras horas matinales, cuando una parte de la asistencia está compuesta de mujeres que vuelven del mercado. Veo numerosas japonesas sentadas en el suelo y guardando cerca de ellas el cesto de comestibles repleto de compras recientes. Rezan todas ellas en voz baja, y para mí sus palabras ininteligibles suenan siempre lo mismo: *la-la... la-la*.

Al otro lado de una verja, rodeando el altar mayor, en el que está Buda con un lirio en la mano, veo dos filas de bonzos que cantan sus oficios. Están colocados de un modo ritual, que me recuerda las grandes misas del domingo presenciadas en mi niñez. Estos cánticos budistas tienen un ritmo y unas modulaciones que no causan extrañeza al oído. Son música conocida. Recuerdan los que hemos escuchado en Occidente, como los plagios musicales resucitan la existencia de la obra original, aunque la tengamos olvidada.

A un lado del altar están los oficiantes, tres bonzos vestidos de blanco, llevando sobre los hombros un pedazo de tela dorada con rosas multicolores, igual, absolutamente igual en su tejido a las capas litúrgicas de los sacerdotes católicos. La única diferencia es de confección. En Occidente, estas telas son cortadas y cosidas para formar con ellas vestiduras de un tipo ritual, mientras que los bonzos las colocan sobre sus hombros sin modificarlas, tal como las adquieren, recién salidas de los famosos telares de Kioto.

Vuelvo a notar, como en Nikko, una semejanza física entre algunos de estos bonzos y muchos sacerdotes europeos. Los hay de pura raza japonesa, con una fealdad asiática, y son los más. Pero otros de nariz aguileña, grandes anteojos y cierta gordura fresca, pálida y lustrosa, de varón que lleva una vida sedentaria y se mantiene a cubierto de la intemperie, recuerdan a muchos clérigos españoles, franceses o italianos. Debo añadir que esta misma semejanza la he encontrado entre los brahmanes de

la India, como si la identidad de las funciones crease con el curso de los siglos un tipo sacerdotal común a toda la tierra.

Mientras cantan los bonzos sus oficios, contemplo los adornos de esta pagoda majestuosa. En las cornisas hay figuras humanas multicolores, de hermosas y sonrosadas carnes, tañendo diversos instrumentos de música. Son los *tomines*, ángeles del budismo, también de rara semejanza con los ángeles de la religión católica, llevando las mismas alas a iguales rostros afeminados; pero los del budismo son menos ambiguos y tienen francamente formas de mujer.

Algo se mueve en lo alto, entre las tallas e imágenes. Mi vista se acostumbra a la semioscuridad de las naves, y distingo numerosos ojos que brillan como pequeños diamantes. Luego unas envolturas de pelo oscuro avanzan con ligero trotecillo por los salientes arquitectónicos. Legiones de ratas habitan estos navíos sagrados, y salen de sus escondrijos atraídas sin duda por el olor de los comestibles que llevan en sus cestos las devotas comadres y por los cánticos de los bonzos que están en el coro.

Veo que el oficiante principal se halla ahora derecho ante el altar, de espaldas a los fieles, con las dos manos al nivel de su cabeza, gesto idéntico a otro que he presenciado muchas veces. Luego se vuelve de frente a los devotos y agita las manos como si los bendijese, mientras susurra palabras ininteligibles.

Me marchó. No quiero ver más un espectáculo que carece para mí del atractivo de la novedad. ¡Las sorpresas del Asia!... Indudablemente estos bonzos han copiado de los misioneros sus gestos litúrgicos. Luego pienso que su religión es seis siglos más antigua que el cristianismo, y cuando llegó aquí San Francisco Javier ya tenían cerca de dos mil años las ceremonias que acabo de presenciar.

En los patios del templo vuelan grandes bandas de palomas. A veces cubren espacios enormes con una capa movediza de plumas y arrullos. Luego, al elevarse asustadas por una presencia extraordinaria, blanquean todo un alero, oscuro y carcomido, de estas pagodas vetustas.

Kioto es una de las poblaciones más grandes del Japón, pero se mantiene al margen de la reforma occidental, iniciada hace medio siglo. En ella los inventos modernos no hacen más que deslizarse. Los hijos del país los emplean si les son útiles, pero siguen fieles a la tradición.

Esta ciudad, que es la más japonesa de todas, sirve de refugio a las viejas artes. Aquí viven en pequeños talleres de familia los pintores, bordadores, tejedores y orfebres más célebres. Cuando las otras poblaciones necesitan un objeto precioso que simboliza el arte del país, lo encargan a Kioto.

Algunas calles están atravesadas por canales, en los que navegan barcas de comercio, y sobre cuya superficie se elevan puentes desmesuradamente arqueados. En los almacenes, los vendedores van todos con kimono negro. Una cortesía para el comprador, como si los tenderos de Occidente fuesen todos vestidos de frac.

En sus vías, mejor empedradas que las de otras ciudades japonesas, apenas se ven extranjeros. Todos los transeúntes van vestidos con arreglo a la tradición. El europeo se siente abandonado al circular por Kioto, como si estuviese a una distancia infinita de su mundo. Al mismo tiempo se da cuenta de su inferioridad con relación a los que pasan junto a él. Todos le sonrían por cortesía, pero indudablemente se creen superiores.

Un animal nos hace ver de pronto la magnitud de nuestro aislamiento y la extrañeza que despierta nuestra presencia, marchando a pie por unas calles frecuentadas sólo por japoneses. No abundan los perros en la ciudad, pero cerca de un puente nos cruzamos con uno de pelo rojo y grandes colmillos. Voy en compañía de una señora, y ninguno de los dos nos hemos fijado en este animal. Él, al vernos,

atraviesa la calle, enfurecido por una rabia agresiva, y pretende mordernos. Algunos transeúntes se interponen cortésmente y lo alejan. Luego sonrín, explicando su cólera. No está acostumbrado a los occidentales, y su presencia le inspira una xenofobia acometedora. En Kioto la Santa, los extranjeros van siempre en automóviles o en *korumas*. Muy pocos marchan a pie.

Cae la noche y nos extraviarnos en unas calles que empiezan a cubrirse de guirnaldas de luces, y sobre cuyos edificios, dorados y esculpidos, aletean enormes banderas.

Todos ellos están destinados al público. Son teatros, cinematógrafos, casas de té o de danzas. En algunos vemos sobre la fachada una fila de grandes fotografías de muchachas. Nos hemos metido sin saberlo en el Yosiwara de Kioto.

A cada momento va engrosando la concurrencia en las calles. Todos, al abandonar su trabajo, vienen a este barrio de diversión, donde permanecerán hasta media noche. Sólo vemos japoneses. Nos miran con curiosidad hostil o con extrañeza.

Esta extrañeza no es por el carácter especial del barrio. Se encuentran en él muchas familias respetables que van a los teatros. Ya dije lo que es el Yosiwara para los japoneses. La extrañeza la muestran por el hecho de vernos a pie confundidos con las gentes del país. El extranjero es en Kioto un transeúnte que sólo se muestra en lo alto de un vehículo y únicamente pone sus pies en tierra ante los monumentos interesantes.

Oímos guitarreos y dulces quejidos que salen de las casas de las *geishas*. Las fachadas de los teatros ostentan cuadros enormes, iguales a los que figuran en los cinematógrafos, y en estos lienzos veo pintadas las escenas más interesantes del drama que se está representando dentro. Casi siempre es una sucesión de hazañas realizadas por un mancebo japonés vestido a la moderna, como un *cowboy*, pero con más valor y astucia que los cuarenta y siete samuráis juntos. Se le ve batiéndose, puñal en mano, con dos docenas de asesinos y poniendo en fuga a los que no mata; deteniendo un caballo desbocado con sólo una mano; asaltando un tren; destapando un volcán dormido.

A esta hora del anochecer, cada uno de dichos dramas debe estar ya en el acto treinta o cuarenta, pues su representación empezó poco después de la salida del sol. Pero esto no impide que entren nuevos espectadores y busquen asiento junto a los que han almorzado y comido sin moverse, y se disponen ahora a cenar, siguiendo con incansable atención las aventuras del héroe.

Sobre cada teatro hay banderas, más grandes a veces que la fachada del edificio, con rótulos en caracteres japoneses que extasían a muchos transeúntes. Aquí, cada actor célebre tiene banderas propias con su nombre y sus armas, colocándolas a la puerta del teatro para que sus admiradores no sufran equivocación. Y como cada uno cree ser el primero, procura que su bandera guarde relación con su importancia, llegando a dimensiones inverosímiles estas telas multicolores, que en días de viento representan un peligro para la solidez de los frontones que las sostienen.

Las actrices inspiran más entusiasmo aún que los actores. Pero el lector sabe que en el Japón los papeles femeninos son desempeñados por jovencuelos. Éstos, al hacerse célebres, persisten en su trabajo, sin tener en cuenta el paso de los años; y más de una vez, la dama que conmueve con sus desventuras a los hombres, hace derramar lágrimas a las mujeres y cosquilleo a los muchachos con los primeros deseos de amor, es, en realidad, un viejo afeminado y vergonzosamente pintarrajeado. (No hay que escandalizarse por esto pues algo semejante pasaba en Inglaterra en los tiempos de Shakespeare.) Una de estas actrices-hombres es actualmente el personaje teatral más célebre del Japón

y gana 10.000 dólares todos los meses.

Empujados y mal mirados por un gentío que huele muchas veces a *saké* y al aglomerarse en las estrechas calles se ve obligado a marchar con paso lento, empezamos a sentir cierta inquietud. Hemos abandonado imprudentemente a nuestro guía, nadie nos conoce, ignoramos la lengua del país; ¿a quién acudir si nos ocurriese algo malo?... Nos sentimos inmensamente solos entre esta muchedumbre de miles y miles de seres sobre cuyo río de cabezas pasan músicas y se mueven banderas y faroles.

El cinematógrafo de origen americano bate al teatro japonés en el Yosiwara de Kioto, como ocurre en tantos otros lugares de la tierra. Hay más salas cinematográficas que escenarios, y la gente de kimono penetra en ellas a borbotones.

En uno de dichos establecimientos atrae mi atención un cartel monumental de muchos metros cuadrados que cubre gran parte del cielo sobre el remate de la fachada. Veo pintados en él unos hombres-libélulas, de cintura sutil. Saltan como insectos, con un trapo en la mano, perseguidos por una bestia cornuda que parece lanzar fuego por sus narices. Tal vez es una escena de la prehistoria. Luego me hace recordar vagamente las corridas de toros.

Mis ojos tropiezan más abajo con un gran rótulo en japonés, y al lado, entre paréntesis, la traducción inglesa (*Blood and Sand*). Es el film de mi novela *Sangre y arena* hecho en los Estados Unidos. Luego voy descubriendo, a los dos lados de la puerta, anuncios multicolores con escenas de la obra y retratos de los artistas.

Todos estos carteles de procedencia norteamericana han sido reformados a la japonesa, tal vez para armonizarlos con la corrida de toros fantástica que se exhibe en lo alto. A Rodolfo Valentino, protagonista de la obra, que las mujeres de los Estados Unidos llaman «el hombre más hermoso del mundo», le han acortado la nariz y subido las cejas con un pincel irreverente, para disimular su fealdad de blanco y que se aproxime a la belleza de un buen mozo japonés. Los demás artistas también han sufrido iguales transformaciones. Hasta encuentro una fotografía mía, que sólo llego a reconocer por ciertos detalles del traje, y me veo en ella con la nariz recta y corta, las cejas oblicuas y un aire feroz, semejante al de los Hércules japoneses que viven de luchar en público.

No importa. Este descubrimiento me tranquiliza, y ¿por qué no decirlo?, me halaga, proporcionándome una de las satisfacciones mayores de mi vida.

¡Bendito cinematógrafo! Algo representa haber nacido en una ciudad de provincia, al otro extremo del mundo, y al venir a Kioto la Santa encontrar mi retrato y mi nombre en las calles bulliciosas del Yosiwara.

Además, si necesito protección, puedo buscar a un policía, aunque no me entienda. Me bastará llevarlo hasta la puerta del cinematógrafo y decirle por señas ante mi retrato de luchador japonés: «Ése soy yo».

## El templo de los 33.333 dioses

Los palacios de Kioto.—La ceremonia de la coronación imperial.—Mezcolanzas de antiguo y moderno.—El templo de los Treinta y tres mil trescientos treinta y tres dioses.—El taller de remiendos divinos.—La pagoda de la cumbre y su fuente milagrosa.—Lo que les ocurre a las japonesas que beben sus aguas.—El hombre de los dos cubos.—La balada de la hostelería japonesa.

Además de sus pagodas innumerables, guarda Kioto la Santa los antiguos palacios de sus emperadores. Ya hemos dicho cómo el Mikado vivió siete siglos en esta ciudad, sin mezclarse para nada en el gobierno del país, enteramente confiado a los shogunes, e interviniendo sólo en los asuntos religiosos.

Hoy no ocupan estos palacios un espacio de quince leguas, como en otros tiempos. El ensanche de la ciudad y de los jardines públicos ha invadido una parte del antiguo dominio imperial. Pero todavía las actuales residencias del Mikado llenan un área considerable.

Son palacios faltos de muebles, que viven con un aspecto de abandono bajo la guarda de viejos empleados, y sólo ven abrirse sus salones cuando se presenta un grupo de viajeros.

Estos edificios, que inspiran al japonés un respeto histórico, únicamente recobran su antigua animación cuando muere un emperador y es coronado su heredero. La entronización se celebra siempre en Kioto, y la corte abandona momentáneamente para tal ceremonia el palacio imperial de Tokio.

Yo he visto este último desde fuera y me pareció no menos silencioso y desierto que el de Kioto, dentro de sus tres recintos. Unas avenidas anchísimas, que más bien parecen plazas enormemente prolongadas, establecen un primer aislamiento alrededor del palacio imperial, a pesar de hallarse situado éste en el centro de la vasta Tokio. La segunda zona de defensa consiste en un foso profundo lleno de agua verde, dormida en apariencia y que un canal renueva todos los días. Sobre esta cintura acuática se levanta la tercera defensa, consistente en una muralla de seis metros, hecha de grandes bloques, como un malecón fluvial o un muelle marítimo. Al ras de esta muralla se extienden los céspedes del parque con grupos de tortuosos pinos. Sobre la arboleda asoman los remates de diversas construcciones, que tienen exteriormente un aspecto de palacios rústicos, todas con paredes blancas y altísimos techos negros de pendiente cóncava y grandes aleros. En el centro de esta ciudad imperial, siempre silenciosa o infranqueable dentro del corazón de Tokio, está el templo de Jimmu-tenno, primer ascendiente de la dinastía.

Al visitar el palacio viejo de Kioto se nota que los emperadores se acordaron de él cuando dirigían la construcción del palacio nuevo de Tokio. Ambos edificios tienen igual aspecto exterior; sólo se diferencian en sus medios defensivos. Los emperadores de Kioto vivían al margen de los accidentes políticos, como dioses respetados y algo olvidados, sin presentir la posibilidad de que alguien los atacase. Su antigua residencia conserva una muralla exterior de tapia y postes de madera, rematada por tejados cóncavos, y alrededor de esta muralla se desliza un canal. Pero es un canal decorativo, que se puede pasar con agua a la rodilla, y los muros únicamente son de piedra hasta medio metro de altura. Se adivina que esta débil fortificación la construyeron para advertir una vez más que la persona

del emperador debe mantenerse aislada de los simples mortales. De nada podía servir en caso de ataque y de sitio.

Visito el Gran Palacio donde se celebran las coronaciones, situado en el centro de Kioto, y el Palacio de Verano, no menos grande, que se extiende en las afueras. Todos ellos tienen en torno vastos jardines públicos y numerosas pagodas, que han invadido gran parte de su antiguo solar. Estos palacios son de un solo piso y los componen varios grupos de edificios. Unos se mantienen aislados, otros están unidos por avenidas orladas de linternas y de monstruos. En estas avenidas hay varios *toris*, que equivalen a nuestros arcos triunfales.

El interior de sus salones ofrece un aspecto desolado, como si acabasen de sufrir todos ellos un saqueo. Carecen de muebles. En algunos las paredes están ricamente pintadas y doradas; pero sobre las esterillas del suelo no se ve un taburete, un cojín, un pequeño vaso de porcelana que sostenga una flor.

Y sin embargo, hay que quitarse los zapatos para visitar estos palacios abandonados. La cortesía japonesa aún tiene otra exigencia en lo que se refiere al emperador y a los altos personajes oficiales. No basta descalzarse para entrar en sus viviendas, ni dejar el sombrero en la antesala, como se hace en Occidente. Hay que desprenderse también del gabán y entrar a cuerpo en unos salones que nunca fueron calentados y por cuyos muros delgadísimos penetra fácilmente el frío. Conservar puesto el gabán cuando se pisa el umbral de un palacio japonés es irreverencia tan enorme como mantenerse con el sombrero calado.

Sólo con un esfuerzo de imaginación pueden encontrarse interesantes estos monumentos imperiales de Kioto. En realidad, parecen por su forma exterior unas lujosas y enormes caballerizas de Inglaterra. Encuentro en uno de los salones varios dibujos multicolores, hechos sobre papel de arroz, que representan la ceremonia de la coronación en nuestros tiempos.

Debe ser un espectáculo raro, por los uniformes tradicionales de los cortesanos y esas mezcolanzas de antiguo y moderno que surgen con tanta frecuencia en la vida del Japón actual. Los generales y los príncipes, que usan diariamente uniformes a la alemana, abandonan para estas fiestas palatinas su aspecto de guerreros europeos y se visten como sus ascendientes. Todos llevan corazas y cascos dorados, con cuernos y antenas, dos sables en la cintura, un carcaj en la espalda lleno de flechas y un gran arco.

Las damas de la corte van vestidas de chinas más que de japonesas. Sus trajes de ceremonia son anteriores al kimono y a los peinados de las niponas actuales. Llevan pantalones rojos, dalmáticas negras bordadas, y en la cabeza unos tocados semejantes a los gorros de cuartel... Y por en medio de esta aglomeración de cortesanos acorazados como hace cinco siglos y con armas anteriores a la invención de la pólvora, avanza el nuevo emperador llevando uniforme de general, lo mismo que un rey europeo, y sentado en una carroza dorada, adquirida en Londres, con lacayos de peluca blanca y tricornio. Tales anacronismos que tan interesante hacen el acto de la coronación son una prueba más de la mezcolanza contradictoria e incoherente que sirve de base a la actual vida japonesa.

Necesito hacer un esfuerzo para abandonar los jardines de estos palacios silenciosos y de una simplicidad majestuosa. Casi todos sus árboles son cedros retorcidos que tienen varios siglos de existencia. Al pie de ellos hay redondeles de musgo, escrupulosamente cuidado, de un diámetro igual al de sus copas.

Un grupo de mujeres pobres barre los senderos del parque y las aceras de granito en torno a los



edificios de madera. Estas hembras de kimono oscuro, que reciben del intendente imperial una retribución modesta, nos enseñan, al sonreír, sus dientes cargados de oro. Ya dije que para la japonesa es motivo de vanidad poder llevar chapada de rico metal su dentadura, y hace cuanto puede por conseguirlo aunque sea a costa de sacrificios, lo mismo que una europea cuando ansía un traje o un sombrero elegantes.

Deseo visitar cierta pagoda de esta ciudad que conozco de nombre hace muchos años, casi desde mi niñez, y nunca creí en aquellos tiempos que llegaría a verla directamente con mis ojos. Es el templo de los Treinta y tres mil trescientos treinta y tres dioses.

Exteriormente consiste en un largo edificio rojizo, que ocupa todo un lado de una plaza de la vieja Kioto. Varios grupos de bambúes enormes sombrean esta plaza, y al amparo de ellos colocan sus mesitas los vendedores de tarjetas postales, oraciones impresas en papel de arroz y pequeños objetos de culto. Como el templo es de madera y lleva varios siglos de existencia, tiene el mismo aspecto de barco viejo y carcomido que ofrecen casi todas las pagodas.

Sobre la meseta de la escalinata salen a recibirnos algunos bonzos con la redonda cabeza recién afeitada y un manto de color de azafrán, en el que se envuelven a estilo romano. Estos sacerdotes budistas son pedigüños y explotan sistemáticamente la fama de la pagoda a que están agregados. Uno de ellos, con redondas gafas de concha, aguarda en la cancela detrás de una mesa y cobra a los visitantes por dejarles pasar, lo mismo que un portero de teatro. En el interior, otros bonzos azafranados nos acosan ofreciéndonos estampas, oraciones y pequeños objetos a los que atribuyen influencias milagrosas.

Al entrar, se tropieza inmediatamente con una imagen gigantesca de metal, que ocupa lo que puede llamarse altar mayor, presidiendo esta asamblea numerosa de divinidades. A los dos lados del altar se extienden vastas escalinatas llenando las dos alas del templo, y en sus peldaños, lo mismo que si fuesen objetos de exposición, forman en luengas y superpuestas filas dos mil imágenes de bronce de tamaño natural representando a la diosa de la Misericordia. Estas dos mil mujeres tienen doce mil brazos, pues cada una de ellas ostenta tres a cada lado de su tronco.

En diversas naves de la pagoda se alinean formando hileras múltiples los otros dioses hasta el número de 33.333. Los hay de todos los tamaños, a partir de la talla humana hasta el exiguo volumen de un insecto. Son de oro, de bronce, de marfil, de madera, de piedras diversas, desde el precioso jade venido de la China y el lapislázuli de las minas de Siberia, al simple pedernal. Unos tienen formas regulares y una sonrisa de bondad celeste; otros llevan en su rostro gestos aterradores y son feos con una fealdad iracunda y amenazante, que parece secreto hereditario de los imagineros japoneses. Algunos más cerca de la animalidad que de la perfección divina, se muestran erizados de múltiples piernas y brazos, como cangrejos monstruosos.

Guarda siempre este templo, con rigurosa exactitud, el número de los dioses que deben habitarlo: 33.333. En el curso de varios siglos las guerras y los incendios quebrantaron el edificio muchas veces o lo arruinaron por completo, suprimiendo una parte de su población divina; pero ésta no tardó en verse reconstituida por los bonzos, que son su guardianes y servidores.

Junto al templo existe un taller, donde son recompuestos dioses y diosas todos los días. Trabajan en él unos imagineros, que recuerdan por su aspecto y sus gestos a los antiguos alquimistas. Algunos son extremadamente ancianos, y cuelgan de sus mandíbulas los filamentos blancos, esparcidos y

lacios de una barba a la japonesa. El cráneo lo llevan oculto bajo un gorro muy ajustado y abotonado debajo de la barba, lo mismo que el becoquín del Doctor Fausto. Con grandes antiparras caladas ante sus ojos pegan a las pequeñas diosas un brazo de marfil que se ha desprendido entre los seis u ocho que cubren su pecho, o liman las piernas de los dioses para que no se conozcan los remiendos recién hechos en el bronce o la madera.

Hay otra pagoda célebre en Kioto, que ocupa una colina dentro de la ciudad, y desde cuya cumbre puede abarcarse el hermoso espectáculo de sus barriadas, jardines y canales. A esta pagoda, vienen en determinadas épocas numerosas peregrinas. Existe al pie de ella una fuente milagrosa, y toda mujer casada que bebe sus aguas es madre antes de un año. Algunas veces —¡caso estupendo!— el mismo prodigio se realiza en las *musmés* que beben su líquido, aunque vayan con peinado de soltera.

Como no hay peregrinaciones durante el invierno, encontramos solitarias las calles en declive que conducen a la cumbre donde está la pagoda. Son calles relativamente anchas, como si las hubiesen abierto en provisión de las multitudes que las llenan en ciertas fechas del año. Todas las casas están ocupadas por comercios de objetos piadosos, abundando las figurillas de porcelana vulgar.

Un mundo de personajes abigarrados, de las más diversas cataduras, se alinea en los escaparates y anaqueles de estos vendedores de imágenes. Figurones grotescos y un poco obscenos se codean con imágenes divinas y pequeñas estatuillas ecuestres del penúltimo emperador. En estas tiendas del Extremo Oriente no se sabe nunca dónde termina lo religioso y empieza lo caricaturesco, quién es dios y quién simple monigote para hacer reír a las gentes.

Subimos con lentitud por la calle orlada de tiendas. Tenemos nuestras miradas fijadas en la alta y gallarda pagoda que llena la perspectiva abierta entre dos filas ascendentes de edificios. Encima de los tejados, pero más abajo del templo, vemos bosquecillos de bambúes y senderos agrestes, por donde corren riendo, con una jovialidad de niñas, varias filas de mujeres. Deben ser de las que vienen en busca de la milagrosa fuente, oculta a nuestros ojos por los grupos de vegetación.

El deseo de toda mujer japonesa perteneciente a la clase popular es pasearse con la dulce mochila de un pequeñuelo que duerme, come, ríe o llora, sujeto a su espalda, y muchas veces hace cosas peores, aguantando la madre con cierto deleite el tibio chorrillo filial que se desliza por sus riñones. La japonesa infecunda se considera en una situación peligrosa; el marido puede repudiarla en este país de fácil divorcio, y ansía intervenciones humanas o celestes para conocer la maternidad.

Mientras camino pensando en esto, con la vista fija en la pagoda, cada vez más próxima, empiezo a percibir un hedor intolerable. Los que vienen conmigo experimentan idéntica molestia. Miramos las tiendecitas próximas como si surgiese de ellas el nauseabundo olor. Pero nuestro olfato se va orientando, y acabamos por husmear lo que nos rodea más de cerca.

Delante de nosotros marchan varios niños y mujeres, atraídos por la curiosidad que provoca siempre en las calles de Japón provincial la presencia de un grupo de blancos. Se ha adherido también a nuestra marcha, saludándonos mudamente con una sonrisa que le hace mostrar sus dientes agudos, un mocetón casi en cueros, sin otro traje que un harapo pasado entre las musculosas piernas. Lleva en un hombro un grueso bambú y penden de él dos cubos que se bambolean al compás de sus pasos, agitando su contenido líquido.

¡Ah, miserable!... De este caldo amarillento, en el que flotan pequeños cilindros de igual color, surge la pestilencia que va infestando la calle, sin que ningún vecino parezca sentir molestia en su olfato. Es un hortelano que acaba de vaciar una letrina todavía fresca y lleva la hedionda materia a su

huerta cercana. El abono humano es aquí más apreciado que el animal. Los chinos, maestros de los japoneses en tantas cosas, aprecian con mayor entusiasmo, si es posible, esta materia fecundante.

Hacemos alto para que el compañero nos abandone. Todavía insiste en acompañarnos, y se detiene con sus dos inmundos cubos; pero tales gritos y ademanes empleamos en nuestra protesta, que al fin se marcha, siempre sonriendo. Quedamos con la duda de si sonrío ahora de lástima, despreciándonos por nuestras absurdas preocupaciones.

Y sin embargo, este pueblo ama las flores como ninguno, y aunque es de espíritu estrechamente positivista, sorprende de pronto con las más poéticas invenciones.

Encuentro en todos los hoteles numerosos carteles impresos con caracteres del país, los cuales contienen, según me dicen, máximas morales, consejos prácticos y sanos para la vida. En algunos de dichos establecimientos me atrajo por su dibujo primaveral uno de los tales anuncios representando un árbol con las ramas cargadas de flores y revoloteando en torno enjambres de pájaros. Aquí vuelvo a encontrar este paisaje misterioso, pero con una explicación al pie.

El Gran Hotel de Kioto tiene sus pisos bajos ocupados por tiendas que exhiben los mejores productos de las ricas industrias de la ciudad: kimonos de maravillosos colores, telas bordadas con faunas y floras fantásticas, obras de orfebrería y de esmalte. Los directores del establecimiento son los únicos que van vestidos a la europea. Todo el personal lleva trajes japoneses. En los salones hay grupos de hombres con kimono negro de seda, que parecen sacerdotes, y se abalanzan sobre todo el que entra para ofrecerle sus tarjetas. Son los corredores y enviados de las grandes tiendas de Kioto, que ascienden a centenares.

En uno de estos salones encuentro el cartel primaveral con su inscripción japonesa, pero el director del hotel ha agregado la traducción en inglés...

Son versos, un fragmento de poema. Y este cartel de flores y pájaros, que figura en todos los hoteles importantes del Japón, dice así, según la versión inglesa, que yo transcribo a mi modo:

Un hotel es un ciruelo  
cargado de ricos frutos;  
ruiseñores son los huéspedes  
cobijados en sus ramas.

*(Balada de la hostelería japonesa)*

Parece que los grandes hoteles del Japón, al celebrar una de sus reuniones en Tokio, acordaron, entre otros medios de propaganda, encargar a un gran poeta nacional una balada sobre las excelencias de los hoteles en el Imperio del Sol Naciente. Esto es algo extraordinario: hay que reconocerlo. A ningún hotelero de Europa ni de América se le ha ocurrido jamás nada semejante.

Debo advertir que la industria de la hostelería a estilo moderno sólo existe aquí desde hace pocos años. Todavía, en las provincias muy interiores del Japón, los dueños de las hospederías reciben al viajero como los hidalgos de otros tiempos daban albergue al peregrino, por seguir las tradiciones. No hay precio fijo, y el posadero se indignaría si le hablasen de retribución.

Cuando el pasajero se marcha, entrega de un modo disimulado a la esposa o la doméstica más respetable la cantidad que le parece oportuna, añadiendo, después de este regalo discreto, que guardará eterna gratitud por tan benévola acogida.

Los hoteleros japoneses a la moderna, que se educaron en el extranjero y copian las costumbres de los occidentales, han querido dar a sus «Palaces» de varios pisos una originalidad tradicional y patriótica, y para ello nada les pareció mejor que buscar la colaboración de un poeta.

Además, estos nipones vestidos de levita que dirigen en su país la vida de los modernos «ciruelos», son tal vez más psicólogos que los gerentes de los «Palaces» de Europa y América, los cuales tratan a sus clientes con la altivez y el alejamiento de un monarca.

*gong* <a href=" ../Text/notas.xhtml#notax" id="notax"><sup>[6]</sup></a><div class="nota">

<p><a id="nota6"></a><sup>[6]</sup> Se refiere a David Lloyd George, político británico que fue primer ministro del Reino Unido entre 1916 y 1922 (<em>N. del E. d.</em>). <a href=" ../Text/1-25.html#nota6">&lt;&lt;</a></p>

</div>Heijō¿Quién puede discutir y regatear su cuenta después que le han comparado con un ruiseñor?...

## Los kokos de Nara

Las plantaciones de té.—El dios que viajaba montado en un ciervo.—Los venados del Parque Sagrado.—Las linternas seculares de Nara.—El caballito blanco de ojos azules y rojos.—Los peces del lago santo.—El pan de Año Nuevo y su peligroso amasijo.—Trenes nevados y hombres semidesnudos. —Los dos Japoneses.—Ya tiran contra el nieto de los dioses.

Entre Kioto y Nara vemos los primeros campos de té. Este arbusto, de un metro escasamente de altura, lo plantan en filas y tiene la copa redonda como un naranjo enano. En primavera los agricultores colocan toldos sobre las plantas, para defenderlas de los vendavales que soplan sobre el archipiélago. Además, todas las plantaciones tienen orlas de bambúes, que las abrigan de las inclemencias atmosféricas.

Pasamos ante el pueblo de Uji, que es el principal mercado de té en el Japón. Aquí se hacen las grandes compras de esta hierba que produce la bebida nacional. El té japonés, consumido enteramente en el país, es más fuerte que el chino, de un sabor áspero y silvestre. El de Uji ejerce tal influencia sobre el sistema nervioso, que, según cuentan, quien toma dos tazas de él no puede dormir en toda la noche.

Los pueblos que vemos desde el tren ofrecen un aspecto alegre con motivo del año nuevo, cuyas fiestas duran varios días. Todas las poblaciones tienen banderolas y faroles de papel en sus bocacalles. Las fajas de tela están adornadas con rótulos japoneses que no podemos entender. Pero los caracteres del alfabeto nipón con sus misteriosas y complicadas formas representan un valioso elemento decorativo. Hay letras que parecen monigotes gesticulantes, otras semejan paisajes o bestias monstruosas. Los *muskos*, libres de la escuela en estos días, pueblan la atmósfera con una fauna de cometas en forma de dragones, que ondean sobre el azul celeste sus rabos de papel.

Nara es la ciudad más antigua del Japón, la primera que habitaron los Mikados en una época casi fabulosa, cuando mantenían trato frecuente con sus abuelos los dioses y la historia del país era un relato mitológico en el que se mezclaban héroes y divinidades.

Uno de los personajes de la mitología japonesa vino a Nara montado en un gran ciervo, y desde entonces la ciudad mira con simpatía a los animales de esta especie. El Parque Sagrado de Nara tiene siempre una población de venados, que se renueva hace más de mil años, sin cambiar de sitio. En la actualidad son unos setecientos los que trotan por sus senderos confiadamente, saliendo al encuentro de los transeúntes, para toparles con un testuz suave, si no les ofrecen algo de comer.

Como todas las ciudades que viven de la afluencia de peregrinos, Nara es una aglomeración de posadas, figones y pequeños comercios de objetos piadosos y «recuerdos» del país. Atravesamos en *koruma* la calle principal, compuesta por entero de tiendas de esta especie, y vamos directamente al famoso parque.

Sus árboles centenarios no son más grandes que los de Nikko. Tampoco tiene los abundantes arroyos que canturrean junto a los mausoleos de los dos shogunes. Pero las colinas de Nara son muy húmedas, en las oquedades que existen entre ellas se abren las copas azules de varios lagos pequeños y el musgo esparce su verde capa sobre la piedra, lo mismo que en la Montaña Sagrada. Los matorrales son más espesos y altos que en Niko, y los venados que pueblan la selva de Nara saltan de pronto en

medio del camino, con gran estrépito de ramaje que se doblaba o se quiebra.

A estos venados que recuerdan la cabalgadura del dios viajero les dan en el país el nombre de *kokos*. Tal vez esta palabra fue empleada por su eufonía, que atrae a los animales, haciéndolos acudir indefectiblemente a tal llamamiento.

Apenas entramos en el parque, empiezan a correr junto a las *korumas* varias *musmés* graciosas, con kimonos a rayas amarillas y negras, y una faja de lazo enorme sobre los riñones. Todas llevan una cestita con galletas de salvado y melaza, agujereadas en su centro y unidas a docenas por un hilo que atraviesa los orificios. Es el manjar predilecto de los ciervos.

Los jayanes de mangas largas y piernas al aire que tiran de nuestros carrujitos están previamente de acuerdo con las vendedoras, y nos explican la costumbre tradicional de dedicar un obsequio a los descendientes de la cabalgadura del dios. Apenas quedan hechas las primeras compras, *korumayas* y *musmés* gritan con voz suave y acariciante:

—¡*Koko!*... ¡*Koko!*...

Y los *kokos* empiezan a surgir de todas partes, con la abundancia de una invasión de hormigas.

Son animales de aspecto dulce, pelo blanco y rojo, ojos húmedos y patas ligeras, de elegante trote. Sólo los más jóvenes conservan sus cuernos. Los de algunos años llevan la cabeza completamente mocha con dos muñones duros que revelan a flor de piel el lugar ocupado por las antiguas astas.

Todos los años, en la fiesta del dios viajero, los guardianes del parque atraen engañosamente a los venados de buena astamenta y se la cortan, para fabricar con su materia objetos piadosos, que los bonzos de Nara envían a las ricas familias de las principales ciudades del Japón.

Ninguno de los *kokos* muestra timidez. Se aproximan con una confianza que data de siglos, seguros de que el hombre que llega no les hará daño y trae para sus mandíbulas ansiosas el más grato de los alimentos. Si un perro se desliza en este lugar vedado, hombres y mujeres lo persiguen, para que no asuste a las dulces bestias, verdaderas dueñas del parque.

Marchan contoneándose al lado de las ruedas de las *korumas*. Cuando el visitante continúa su paseo a pie, lo escoltan estirando el cuello y pasan sobre su pecho el babeante hocico. Huelen el paquete que lleva en las manos, pero no osan morderlo. Esperan, con una cortesía que puede llamarse japonesa, a que les ofrezcan una galleta suelta, y la toman gravemente, haciendo reverencias con el testuz. Los más viejos, al alejarse en busca de la generosidad de otros visitantes, muestran dos almohadillas blancas, de pelo rizado y fino, en torno al arranque de su cola.

Después del almuerzo en el Gran Hotel de Nara, hermoso edificio moderno, a orillas de un lago, presenciamos la reunión de todos los venados del parque. Es un acto que se reserva para días de gran concurrencia de viajeros o cuando, siendo pocos, pueden éstos pagar a los empleados forestales por su trabajo extraordinario.

Un japonés de chaqueta azul, con un crisantemo blanco en la espalda, hace sonar su trompeta en las desiertas avenidas. Oímos su diana marcial alejándose por las tortuosidades y recovecos de la arboleda. Otros hombres gritan con modulaciones especiales para atraer a los *kokos*. Todos los que hemos costado el espectáculo nos sentamos en un gran claro del parque.

Se va aproximando la trompeta, y vemos cómo surgen a la vez en un frente de medio kilómetro numerosos «chorros» de venados. Hay que emplear esta palabra, porque la invasión animal tiene el mismo ímpetu múltiple y diverso de las aguas de una inundación colándose en desorden por todos los vacíos que encuentran. Setecientos venados llegan casi a la vez a esta plaza de la selva precediendo o

siguiendo al hombre de la trompeta y sus acólitos.

El suelo se cubre de un oleaje incesante de pelos rojos y blancos, sobre el cual se alzan centenares de cabezas, unas cornudas, otras con pétreas excrecencias. Suena un ruido suave como de agua corriente. Son los miles de patitas que, al moverse, hacen chirriar la arenilla del escampado.

Las *musmés* venden enteras sus cestas de galletas y van en busca de otras. Muchos espectadores de esta asamblea animal descienden a la extensa plaza ocupada por los venados, y avanzan en el mar de hocicos suplicantes, de bocas abiertas, deslizado un dulce redondel en cada una de ellas como si echasen cartas a un buzón. Los más audaces, mientras rumian el regalo, marchan detrás del generoso dispensador de tales golosinas y le topan continuamente en la espalda para que se vuelva y repita el obsequio.

Otro atractivo célebre de Nara, después de los ciervos sagrados, son las linternas o *toros*. En las diversas colinas del parque, rematadas por pagodas budistas y sintoístas, los caminos están orlados con dobles o triples hileras de linternas de granito sobre torreones de la misma piedra.

Estas pagoditas de luz tienen a veces tres y cuatro siglos de existencia. Las familias ricas del Japón hacían construir en otro tiempo un *toro* en el Parque de Nara para honrar a sus ascendientes, y venían a verlo el día de la fiesta de las linternas. Una vez por año los 3000 o 4000 *toros* que existen bajo las arboledas de Nara se iluminan durante una noche, y hasta de las poblaciones más lejanas vienen gentes para presenciar este espectáculo tradicional.

Los miles de capillitas de piedra tienen en la citada noche alumbrado su interior por una lámpara o un cirio. Son luces suaves, vaporosas, luces «del otro mundo», como las de los cuentos fantásticos, y los resplandores vacilantes dentro de su jaula de granito dan una vida sobrenatural a la selva oscura y dormida. Admiramos el musgo que cubre la piedra vieja de muchos de los *toros*. En Nara crece tan abundante y vigoroso este paño vegetal, que cuelga en forma de borlas verdes de los aleros de las linternas.

Presenciamos en una de las pagodas la danza de las bailarinas sagradas del sintoísmo, dos jovencitas que ejercen su profesión con menos gravedad que la sacerdotisa cincuentona de Nikko, y ríen mientras bailan, mirando a los visitantes blancos. Su vestimenta y adornos son también menos austeros. Sobre la frente llevan una visera en forma de tejadillo. Pendientes de ella hay varios tubitos de metal que se entrechocan sonoramente con los movimientos de la danza. Encima han colocado un manojo de claveles. El resto de su traje, aunque es blanco y rojo, como el de la boncesa de Nikko, revela en sus adornos una coquetería profana, un deseo de recordar a los fieles que la oficiante es una mujer.

En un pequeño establo cerca de una pagoda vemos un caballito blanco, absolutamente blanco, con las pupilas azules y las córneas rojas. Es una bestia sagrada, mantenida por los bonzos. El dios del templo inmediato llegó a Nara montado en un caballo blanco, y los sacerdotes procuran tener un animal de la misma especie siempre preparado, por si se le ocurre de pronto a su divino señor volverse a las tierras de donde vino hace siglos.

El Parque Sagrado tiene una variada fauna de carácter religioso. Además de sus centenares de *kokos* descendientes del gran ciervo tradicional y del caballito blanco, al que obsequian los visitantes con galletas y terrones de azúcar, existe un lago abundante en peces rojos y dorados, que son igualmente bestias sagradas. Después de tantos años de respeto y generosa nutrición, estos peces han

crecido hasta obtener dimensiones monstruosas.

Junto a dicho lago, los habitantes de Nara establecen un mercado de flores y árboles, donde se puede apreciar la habilidad de los japoneses como jardineros de exportación. Yo he visto vender en él naranjos enormes cubiertos de frutos, con las raíces tan hábilmente empaquetadas, que no había más que subirlos a un carro o un vagón para replantarlos a muchas leguas de distancia, sin ningún riesgo para su salud vegetal.

Bajo de mi *koruma* en las afueras de Nara, para visitar la forja de un fabricante de sables y puñales a estilo antiguo. Mientras regateo una daga con funda de bambú, cuyo filo es tan sutil que puede cortar los blanduchos papeles de arroz, me fijo en la casa inmediata, dentro de la cual varios hombres gritan y se mueven como si estuviesen realizando un esfuerzo penoso.

Al verlos de más cerca, oigo las risotadas con que alegran su pesado trabajo. Todos ellos sudan y gesticulan, dando furiosas palmadas sobre una masa blanca. Están fabricando el pan de Año Nuevo, ceremonia tradicional que se repite durante varios días del primer mes.

Van ligeros de ropa para trabajar con más soltura, pero llevan ceñido a las sienes un estrecho pañuelo rojo, con dos puntas colgantes, parecido al tocado de los aragoneses. Cinco de ellos dan palmadas a la pasta, entonando una melopea ruidosa, y el sexto levanta con ambas manos un mazo de madera pesadísimo y lo deja caer sobre el amasijo.

Es un deporte peligroso, y por eso se entregan a él con una alegría gallarda. El que mueve el mazo procura, con perversa astucia, pillar debajo de éste la mano de alguno de los amasadores, haciéndola añicos. La vanidad de los otros estriba en menudear el palmoteo, escapando con ligereza su diestra del mazazo brutal. Como esta ceremonia del amasijo del Año Nuevo hace sudar copiosamente, exige mucha bebida. Los joviales amasadores huelen a *saké*, y enardecidos por el alcohol de arroz y sus propios cánticos, se alternan en el manejo del mazo, con el santo deseo de ser más hábiles que los otros y poder aplastar la mano de un amigo.

Estando en la estación de Nara vemos llegar trenes cuyas techumbres blanquean bajo una gruesa capa de nieve. Vienen de la parte del Japón adonde vamos nosotros. En Nara no nieva aún pero sopla un viento glacial. Esto no impide que muchos campesinos, casi desnudos, pasen tranquilamente junto a los vagones, que dejan caer pedazos de agua congelada. También pasan los eternos niños de las escuelas, con un kimono ligero a redondeles blancos por toda vestidura, gorra de colegial y las piernas al aire, mostrando su carne enrojecida y coriácea por el frío.

En los andenes veo japoneses con un aspecto de súbditos del Mikado antes de que éste ordenase la nueva vida a estilo de Occidente. Algunos viejos llevan barbillas de pelos lacios y la cabellera larga atada sobre el cogote, con una melena a modo de plumero caída sobre la nuca, igual a la de los antiguos samuráis. Al mismo tiempo, en las ventanillas de los vagones se muestran japoneses vestidos como los trabajadores occidentales, soldados con uniforme europeo, mujeres de aire independiente que saben ganar su arroz y se han emancipado de la antigua esclavitud femenina.

Hay dos Japoneses: uno que ha entrado a todo vapor en la evolución universal del progreso, y otro que, por razones políticas interiores y por inercia, quiere permanecer unido a la primitiva tradición. Este espectáculo contradictorio y paradójico no puede durar. Ha persistido algunos años como los platillos de una balanza, no obstante sus pesos distintos, permanecen durante una milésima de segundo igualados en el mismo nivel. Los cincuenta años de civilización moderna japonesa transcurridos hasta el presente significan un breve instante de su historia.



Repito que esta situación anómala no puede mantenerse indefinidamente. El Japón tendrá que volver atrás, si quiere conservar su organización tradicional. Si desea seguir progresando, deberá avanzar, confiándose a lo desconocido, pues representa una candidez infantil querer aprovecharse de las ventajas del progreso y no resignarse a correr sus riesgos y sufrir sus inconvenientes.

El Japón de las ciudades tradicionales, de los bosques sagrados, de las pagodas y las leyendas religiosas, es todavía una realidad; pero no lo es menos el Japón de los grandes centros industriales, de las masas obreras que copian las organizaciones y reivindicaciones de los trabajadores de otros países. El socialismo tiene cada vez más adeptos en los centros industriales del Japón. Hay que imaginarse lo que pueden ser en el porvenir los jornaleros japoneses si dedican a las doctrinas revolucionarias el entusiasmo tenaz, el desprecio a la vida y la escasez de necesidades con que sus ascendientes sirvieron al Mikado.

La organización tradicional todavía es muy fuerte y con hondas raíces, pero resulta indudable que sus directores han perdido la confianza y la tranquilidad de otros tiempos. El gobierno japonés y sus funcionarios dan frecuentemente la prueba de esta inseguridad que les impulsa a emplear procedimientos indignos de un país salido de la barbarie. La policía ha matado a varios japoneses propagandistas del socialismo y a otros individuos, simplemente por pertenecer a las familias de aquéllos.

Un socialista famoso del Japón fue asesinado, estando en la cárcel, por un capitán de gendarmería, y tan escandaloso resultó el crimen, que los tribunales condenaron a varios años de presidio a su autor, aunque excusaron en parte su delito y la lenidad de su propia sentencia declarando que había matado «por desorientación moral, creyendo hacer un bien a su país».

Además, ya existen japoneses que disparan contra el Mikado. El penúltimo emperador, verdadero padre de la patria actual, fue objeto de una tentativa de asesinato político a pesar de su gloriosa historia.

Estando yo en Nara leo la noticia de que un obrero acaba de disparar un pistoletazo contra el príncipe regente, que es en realidad el emperador.

Hay que haber vivido en este país para darse cuenta con exactitud de lo que significan tales atentados. El emperador es el nieto de los dioses y habla con ellos frecuentemente.

Hasta hace pocos años no se mostraba nunca en público. Seguía la tradición de sus antecesores, que iban escoltados por guerreros de dos sables y si un japonés osaba acercarse al emperador para conocerlo sentía inmediatamente su cabeza desprenderse de los hombros. Aun en la época actual, el representante del Mikado sólo se deja ver en público muy de tarde en tarde... Y cuando esto ocurre, siempre hay algún japonés que tira contra él.

Es como si el Papa se decidiese a salir de su retiro del Vaticano para hacer un viaje por la Vendée o las Provincias Vascongadas, y el hijo de un antiguo devoto lo saludase con varios tiros de revólver, apuntando a la cabeza.

## La isla donde nadie nace ni muere

Osaka y su población industrial.—El famoso mar Interior.—La isla de Myajima, donde nadie nace y nadie muere.—Ni perros, ni automóviles, ni telégrafo, ni luz eléctrica.—El dulce rincón de la paz y la vanidad patriótica.—El príncipe heredero de Corea, su esposa y su séquito.—Embarque bajo la nieve.—Adiós al Japón insular.—La terrible ironía del Pacífico.

Osaka es la ciudad más populosa del Japón, después de Tokio. En sus barrios céntricos, muchos edificios de pisos numerosos tienen en sus puertas chapas metálicas con rótulos de sociedades industriales. Por todas partes grandes almacenes y oficinas. Los transeúntes van vestidos a la europea, y solamente cuando pasa una mujer que conserva el traje japonés o al encontrar alguna casita baja de madera que aún subsiste entre edificios enormes, a imitación de los de Nueva York, se recuerda que estamos en el Japón.

Una espesa red se tiende sobre las cruces de los postes y andamiajes férreos de las techumbres: teléfonos, telégrafos, cables conductores de luz y de fuerza. Centenares de chimeneas esparcen borrones de humo sobre un cielo donde hace medio siglo colocaban los artistas del país sus vuelos de blancas cigüeñas.

En algunos talleres las chimeneas de vapor son cuadradas y ostentan en una de sus caras el rótulo del establecimiento, según la escritura japonesa, letra sobre letra. Tienen el aspecto de enormes barras de lacre rojizo clavadas en el suelo y con una misteriosa marca de fábrica. Aquí están las grandes manufacturas de la sedería japonesa y todos los centros de la industria moderna del país.

Canales anchísimos parten las principales avenidas. En todos ellos y en el río se ven sampanes de construcción arcaica y remolcadores flamantes llevando las mercancías hacia Kobé, que es en realidad el puerto de Osaka.

Se nota en esta urbe japonesa la influencia de la clase obrera. Al anoecer hay una muchedumbre trabajadora en las calles, compuesta especialmente de mujeres que salen de las hilanderías de seda. Entre estas japonesas y la *musmé* de hace pocos años existe una diferencia de siglos. Son jornaleras como las de Europa y las imitan en el adorno de su persona. Los hombres están organizados para la resistencia pasiva y la huelga.

Esta muchedumbre sometida a la industria da a Osaka una abundancia extraordinaria de espectáculos públicos y lugares de diversión. Todos los comediantes japoneses pasan por esta ciudad. Hay calles enteras de teatros y cinematógrafos, con carnavalescos adornos de linternas, lienzos escritos y enormes banderas. Como el japonés es sobrio en sus necesidades nutritivas, reserva gran parte del jornal para los recreos nocturnos. El deseo de todas las obreras es ir al cinematógrafo y vestir como las mujeres de Europa. En Osaka se vive ya muy lejos del antiguo Japón, visto en los libros y las estampas.

Salimos de esta ciudad para ir hacia Shimonoseki, donde nos despediremos del Japón insular, pasando a la orilla firme de Asia, a la antigua Corea, que es hoy un Japón continental. Pero antes de abandonar la mayor de las islas niponas, todavía volvemos a encontrar el primitivo pueblo japonés, retardatario y enamorado de sus tradiciones.

Marchamos en ferrocarril un día entero, siguiendo las costas del mar Interior. Aquí están los

paisajes y las marinas que copiaron en el transcurso de dos siglos y medio los grandes maestros del arte japonés.

Es un mar que nunca ofrece la desnuda monotonía de los horizontes oceánicos. Siempre tiene en su fondo un promontorio, una cúspide de montaña que emerge solitaria, o un grupo de islas. El agua, al introducirse en la tierra nipona, ha roído las costas con una sucesión innumerable de cabos, pequeños golfos, bahías casi cerradas y desfiladeros marítimos. Estos últimos son más angostos que muchos ríos, pero de considerable profundidad, que permite el acceso a buques de gran calado y hasta a los paquebotes del océano.

Pasamos ante golfos de un agua verde y dormida, en la que permanecen móviles los sampanes de cabotaje, con velas de persiana y popa de carabela. Más allá vemos deslizarse sobre la superficie acuática, como si marchasen en sentido inverso, grupos de islitas negras, compuestas de picachos volcánicos, que tienen agudas aristas. En otras ensenadas, el mar Interior está agitado por una desviación caprichosa del viento, y varias filas de olas verdes y blancas se suceden casi tan juntas como los pliegues de un vestido. Es el mar de las estampas japonesas, que parece amanerado y antinatural por invención de los artistas, siendo sin embargo una copia exacta de la realidad.

Muchos pueblecitos de pescadores se extienden entre la playa y la vía férrea. Vemos barcas puntiagudas puestas al seco en plazas, paseos y jardines. Grupos de *muskos* corretean ante las casitas con techo negro y cóncavo y paredes de madera sin pintar. Todos agitan los brazos y dan gritos viendo el paso del tren, con la exuberancia algo insolente de los muchachos japoneses. Éstos sólo adquieren la amabilidad risueña, concentrada y un poco inquietante del nipón cuando son hombres y las necesidades de la vida los obligan a tal cambio. Por algo las autoridades y las asociaciones cívicas, cuando instituyen premios públicos, los destinan a «las viudas virtuosas» y a «los niños respetuosos».

Al alejarnos por corto tiempo del mar Interior pasamos ante el castillo de Himaja<sup>[4]</sup> y otras viviendas fortificadas de los antiguos daimios. Estas residencias feudales tienen cóncavos tejados negros sobre sus murallas, así como en las torres y en el alcázar central. Las almenas al aire libre de los castillos de Europa no existieron en la Edad Media japonesa. Los samuráis disparaban sus ballestas bajo techo y arrojaban igualmente piedras y líquidos sobre los asaltantes a cubierto de la lluvia y del sol.

Otra vez viajamos frente al mar Interior, viendo canales salados que se deslizan como ríos entre la costa firme y las islas inmediatas. Vapores de gran tonelaje avanzan lentamente por estos corredores marítimos. En mitad de los pasos surgen islotes o isleoncillos, que aún los hacen más angostos.

Una rica fauna marina se multiplica en el laberinto de los canales verdes. Las barcas pescadoras son innumerables. Las orillas están ocupadas en un espacio de varios kilómetros por redes y otros artefactos modernos de pesca. Se ve que las poblaciones ribereñas tienen por única industria la explotación de este mar, en el que se quiebra la luz con infinitas variedades, según el contorno de las tierras que lo rodean. En ciertos lugares cerrados por montañas es a la vez verde, rojo y azul, como si un trozo del arco iris flotase sobre sus aguas.

Empieza a nevar, sin que por ello se oculte el sol. Los campos de arroz brillan lo mismo que espejos dentro de un marco blanco; la nieve ha cubierto sus ribazos. Aumenta el frío a medida que nos vamos alejando de la orilla japonesa que mira a las soledades del Pacífico. Nos aproximamos a Corea, península que al despegarse del continente asiático recibe en su dorso el frío soplo de los vientos de Siberia.

Abandonamos el tren para visitar la famosa isla de Miyajima, la Arcadia japonesa, un pedazo de tierra «donde nadie nace y nadie muere».

El viajero que llegando por occidente ha desembarcado en Nagasaki y aún no ha visto nada del país, se siente profundamente impresionado por la paz campestre de esta isla. Los que vienen del interior del Japón después de haber visitado la selva de Nikko y el parque sagrado de Nara, no pueden sentir del mismo modo las impresiones avasallantes de la novedad.

Miyajima, separada de la tierra firme por un canal del mar Interior, con sus bosques de criptomeros, pinos y árboles frutales que sólo dan flores, es toda ella un templo vegetal dedicado a los dioses. Por sus senderos trotan los venados, lo mismo que en Nara, con la confianza del que no ha conocido nunca el miedo. Nadie puede molestar a estos dulces animales, señores de la isla.

Los antiguos japoneses quisieron hacer de este pedazo de tierra un modelo de lo que sería la vida humana si no existiesen el dolor, la muerte y la necesidad de trabajar para comer.

Una paz absoluta y profanada sale al encuentro del viajero al poner sus pies en la isla. Los venados se acercan a lamerle la mano, en espera de alguna golosina. En las revueltas de los senderos se tropieza con *musmés* de sonrisa franca que le miran sin los remilgos de la honestidad, como si perteneciesen a un mundo de primitiva inocencia, sin noción alguna de lo que es pecado. En las frondosidades de la selva sagrada va descubriendo capillitas con Budas de piedra, roída por los siglos, y linternas de granito que en ciertas noches esparcen su luz vagorosa para recuerdo de los antepasados.

Todo lo que representa la vida moderna, con sus ruidos incómodos y sus hediondeces, está prohibido aquí. Ningún perro puede entrar en Miyajima, para que los venados no sufran alarmas ni miedos. Además, no se toleran en la isla automóviles, carruajes de caballos, ni simples *korumas*. Todos deben marchar por sus pies, como en los primeros tiempos de la creación. La gasolina es contrabando. Tampoco son permitidos el telégrafo, el teléfono y la luz eléctrica.

Hasta hace cincuenta años estaba prohibido igualmente nacer o morir dentro de la isla. Las mujeres embarazadas y los enfermos eran embarcados para la orilla de enfrente. La dulzura de una paz inalterable rodeaba a los habitantes de este paraíso. Todos sonreían. Jamás sonaba una mala palabra, ni las voces coléricas de una contienda.

Ahora la isla feliz conserva sus ciervos familiares y dulces, su arboleda sagrada y rumorosa, pero los habitantes humanos han cambiado. Se nace y se muere sobre su suelo, como en las demás tierras. Hay enfermos, y además hay hoteleros rapaces, que se han establecido en ella atraídos por la gran afluencia de visitantes.

El monumento religioso más frecuentado es una pagoda a orillas del mar, con la plataforma montada sobre pilotes. Aguas adentro, un *tori* enorme hunde sus dos columnas de madera en la superficie tranquila, que refleja su imagen. Es tal vez el pórtico más hermoso del Japón por su emplazamiento marítimo. En cambio, el templo inmediato, cuando baja la marea y queda en seco sobre sus hileras de postes, tiene el aspecto de un balneario.

En el interior de este edificio dedicado a la paz se tropieza inmediatamente con recuerdos de guerra y peligrosas vanidades del patriotismo. Muchos soldados de la contienda ruso-japonesa dejaron aquí sus cucharas como un homenaje a la divinidad. En las paredes hay pinturas, algo primitivas, representando las principales batallas navales de la citada guerra, y el ingenuo artista se complació en detallar el efecto mortal de los tremendos cañonazos.

¿Será la paz un eterno ensueño de los humanos?... Estos hombres amarillos quisieron crear hace siglos un rincón en el que nadie conociese los dolores del nacimiento y de la muerte, un retiro de paz donde hombres y animales ignorasen las emociones del miedo, y el patriotismo viene ahora en peregrinación a depositar sus recuerdos de guerra y cubre las paredes con imágenes de enormes matanzas.

Cuando tomamos el tren para continuar nuestra marcha hacia Shimonoseki, nos encontramos con un compañero inesperado de viaje, cuya persona atrae una afluencia oficial en todas las estaciones importantes. Es el príncipe heredero de Corea, que va a pasar una temporada en la capital del país regido en otro tiempo por sus ascendientes. Esto de príncipe heredero no es más que un título. Nada puede ya heredar, pues el reino de Corea se lo anexionó definitivamente el Japón en 1910.

Vemos en los andenes grupos de militares que vienen por obligación a saludar ceremoniosamente a este príncipe olvidado, sin que les inspire una verdadera curiosidad. Los guerreros japoneses son los únicos que saben llevar bien su vestimenta de origen europeo. Los gobernadores civiles de las provincias se van presentando puestos de frac, con un lado del pecho cubierto de condecoraciones, lo mismo que un profesor de ocultismo y prestidigitación de los que actúan en los teatros.

La gente popular no se preocupa de este recibimiento monótono y aparatoso. En todos los andenes, por modesta que sea la estación, hay lavabos al aire libre, hechos de azulejos blancos y con espejos ovales. Todos ellos tienen agua caliente en abundancia, y los japoneses que afrontan el frío ligeros de ropa aprovechan la ocasión para lavarse el cuerpo en público, sin recato alguno, con este líquido que humea.

Sigue nevando, cada vez más copiosamente, y cuando llegamos a Shimonoseki, a las diez de la noche, a pesar de que el tren se detiene a unos cien metros del embarcadero, resulta penoso el corto trayecto. Nos hundimos en la nieve hasta cerca de la rodilla, y así vamos llegando al buque estrecho y largo, que llena una gran parte del malecón con su pared blanca perforada por redondeles de luz interior.

Desde la última cubierta veo una procesión de linternas igual a las que figuran en las antiguas estampas japonesas. Es el príncipe que viene de embarcarse con todo su cortejo.

A este heredero sin corona, instalado en Tokio, cerca del gobierno, lo casaron con una japonesa de gran familia, para tenerlo de tal modo en la más absoluta sumisión. Gran número de policías, con uniforme o en traje civil, avanzan sobre la nieve, llevando cada uno de ellos un farol redondo de papel. Entre las dos filas de resplandores rojos y amarillos que danzan sobre el suelo blanco veo venir al príncipe, un personaje asiático, de aspecto decadente, vestido de general japonés y mirando a un lado y a otro mientras sonrío tímido e inquieto.

Delante de él marcha su esposa con una petulancia militar, balanceando marcialmente un brazo, irguiéndose para que la crean más alta, dentro de su gabán de viaje rematado por un sombrero a la moda de Europa. Un oficial va pegado a ella para defenderla de la nieve con un paraguas abierto de brillante cartón. Todas las atenciones son para la japonesa. El marido la sigue como uno de tantos individuos del séquito.

Antes de media hora vamos a alejarnos del Japón insular. Volveremos a encontrarlo en la tierra de Corea, pero ésta sólo es japonesa por las imposiciones de la fuerza y han de pasar muchos años de tranquilidad para que llegue a fundirse verdaderamente con su dominador.

Al alejarnos de las costas del antiguo Imperio del Sol Naciente reflexiono para concentrar y fijar mi opinión definitiva sobre él.

Esta opinión no es firme y homogénea. Resulta doble y contradictoria, como el espíritu del Japón actual. Admiro el enorme esfuerzo realizado por un pueblo que hace medio siglo vivía en su Edad Media y se asimiló en tan corto espacio de tiempo todos los progresos materiales realizados por el resto de la humanidad. Admiro su buena educación y me asombra igualmente su disciplina, que le permitió cambiar de un modo casi instantáneo sus pensamientos, sus costumbres y sus trajes, para obedecer las órdenes innovadoras del Mikado.

Algunos sólo han visto en todo esto una facilidad enorme de imitación, un trabajo simiesco extraordinario. Es cierto que hasta ahora los japoneses no han hecho más que copiar, sin producir algo verdaderamente original. Pero medio siglo es un plazo muy corto, y no puede exigirse a un pueblo, después de haber realizado en tan pocos años la absorción de varias civilizaciones ajenas, que produzca además obras propias y originales. Queda por ver en lo futuro si el japonés es un simple imitador o si al dar por terminado el ciclo de esta asimilación podrá contribuir al progreso universal con un aporte puramente suyo.

El porvenir del Japón resulta más enigmático que el de otros pueblos. No se sabe si continuará adelante, aceptando el progreso con todas sus consecuencias disolventes para el mundo antiguo, o sentirá miedo al ver que la masa de su obrerismo, cada vez mayor, apadrina las reivindicaciones sociales de los blancos, y en tal caso se aislará de las demás naciones, cerrando sus puertos como en tiempo de los dos shogunes.

Lo único que sé con certeza es que este pueblo ha sido elogiado con exceso, adulado en demasía.

Muchos que por ignorancia se imaginaban a los japoneses como unos «monos amarillos» antes de su guerra con Rusia, al verlos luego vencedores los han considerado unos superhombres, admirándolos ciegameamente hasta en sus mayores defectos.

Repito que es asombroso el progreso material de este pueblo y las fuerzas defensiva y ofensiva que supo improvisar y organizar en cincuenta años. Pero la suerte le ayudó también de un modo extraordinario, una suerte que ahora parece haberse vuelto de espaldas, dejando caer sobre las islas niponas los cataclismos más destructores.

Para engrandecerse tuvo que batallar con la China, desorganizada y poco propensa a la guerra. Su único enemigo importante fue la Rusia de los zares, podrida hasta la médula por la inmoralidad administrativa, debilitada por el odio popular, y teniendo que mantener ejércitos casi en el lado opuesto del planeta, sin otro medio de comunicación que el Transiberiano, ferrocarril incompleto, de vía única.

Las grandes potencias tratan con dureza a este pueblo, que continúa acariciando silenciosamente su ensueño de dominación sobre la mayor parte del Asia. Inglaterra, su antigua maestra y aliada, lo ha dejado de su mano. Los Estados Unidos, instalados en Hawai y en Filipinas, dispensan a la China amenazada una protección que se expresa con regalos más que con palabras.

El Japón siente una cólera sorda, cada vez más grande, al ver que no puede avanzar sin que la mano de alguna de las potencias blancas se apoye en su pecho.

¡Quién sabe si Magallanes, al dar el nombre de Pacífico al mayor de los océanos, inventó, sin saberlo, la más cruel y sangrienta de las ironías de la Historia!...

## El reino de la Montaña Tranquila

Una mala noche sobre las aguas que presenciaron la gran batalla naval de Tsushima.—El frío de Corea.—El traje grotesco de los coreanos.—Sus dos sombreros.—Cómo el Japón se apoderó del reino de la Mañana Tranquila.—Asesinato de la reina por los japoneses.—Horizontes dilatados.—Procesiones de fantasmas.—Cuervos y tumbas.—En Seúl.—Las generosas ilusiones de un patriota.

Un barco nevado inspira una tristeza fúnebre.

En tierra, la nieve lo cubre todo con su blancura uniforme, la casa que habitamos, los campos inmediatos, las montañas, el último límite del horizonte. En el mar, la lívida superficie atrae con una succión de boa las blancas mariposas del invierno, haciéndolas desaparecer. Únicamente se amontona la nieve y persiste sobre la cubierta del buque, dándole un aspecto de féretro. Al andar por ella nos hundimos en la pasta glacial y su contacto nos recuerda el frío de la muerte.

Este buque japonés que va hacia Corea es largo, angosto y de poderosa máquina, como un torpedero. Fue construido para la velocidad, sin pensar en los nervios y entrañas de las gentes que irían dentro de él. Como toda su navegación es por un estrecho, el de Tsushima, entre el Japón y el continente asiático, recibe la marejada de lado, y dócil a la ola, se acuesta, navegando largo rato en tal posición, hasta que por las leyes del equilibrio repite su rumbo sobre la banda contraria.

Pasamos una mala noche por la calidad del buque más que por las furias del mar.

Cerca de la isla de Tsushima, situada en mitad del estrecho, es tan violento el oleaje y de tal modo se ladea el barco, que para sostenerme dentro del lecho necesito agarrarme a sus bordes. No pudiendo dormir, salgo de mi camarote, a pesar del frío. En el comedor suena un estrépito de loza rota, que hace correr a los pequeños camareros japoneses.

Veo sentados en el salón, como si estuviesen de visita, a la mayor parte de los personajes del séquito del príncipe. Los militares conservan puestas sus medallas y cordones de oro, sus charreteras, su sable al cinto. Los funcionarios civiles siguen con su larga levita correctamente cruzada y el sombrero de copa en una rodilla.

Son las dos de la mañana. Como en el buque no hay camarotes disponibles para tanta gente, estos personajes amarillos, pequeños y estirados, insensibles a la noche y a la violencia de las olas, continúan en sus asientos sin perder nada de su aspecto oficial, sin desabrocharse un botón, con los ojitos casi cerrados, cambiando solamente de tarde en tarde alguna palabra. Están cumpliendo un servicio patriótico. Son los cortesanos del príncipe de Corea y al mismo tiempo sus guardianes. El príncipe vive sometido al Mikado, y perdió todo crédito en su antiguo reino, pero nadie puede adivinar el porvenir, y montando la guardia junto al heredero sin herencia, velan por la seguridad del Japón.

Vuelvo a mi cama, y para entretener el insomnio recuerdo el célebre combate naval de Tsushima, la gran victoria que el almirante Togo obtuvo en estas mismas aguas sobre los rusos. Las sacudidas del mar me humillan y al mismo tiempo me hacen admirar la barbarie heroica de mis semejantes, que añaden al peligro de la ola y a la violencia del viento el estrago de las armas inventadas por ellos. ¡Valerse del cañón y del torpedo, metidos en unas cajas férreas e inseguras, sobre este mar tempestuoso!...

Hay que reconocer al hombre una brutal superioridad sobre los animales más fieros de la creación. Éstos, cuando se baten por comer, necesitan una tierra sólida y un ambiente tranquilo. Si tiembla el suelo, si estalla una tempestad, si sobreviene una inundación, las bestias más feroces cesan de pelear, el miedo las junta y huyen, sin ocurrírseles insistir en sus agresiones. El animal humano, sobre islas inestables y frágiles construidas por él, dispara cañones monstruosos y sólo piensa en destruir al enemigo que tiene enfrente, sin preocuparse del cariz del cielo, sin acordarse del abismo abierto bajo sus pies. ¡Y este encarnizamiento de su gloriosa superbstialidad empieza a repetirlo ahora en los silenciosos desiertos de la atmósfera!...

Al romper el día es menos violento el balanceo, el mar se va serenando, los objetos recobran el ritmo de su estabilidad, y al fin nos inmovilizamos, llegando a través de los ventanillos del buque un ruido de voces exteriores.

Estamos en Pusán, puerto el más importante de la Corea, organizado por los japoneses con todas las comodidades que exigen los transportes modernos. Desembarcamos fácilmente, y a corta distancia del muelle nos espera el tren que ha de llevarnos en diez horas a Seúl, la capital.

Necesito hacer una aclaración. Corea y Seúl son nombres que sólo usamos los blancos y desconocen los coreanos. El verdadero nombre de Corea para los del país es Chosen, y Seúl se llama en coreano Keijo<sup>[5]</sup>.

Todos los imperios del Extremo Oriente tienen un nombre poético, que les dieron sus primitivos habitantes de acuerdo con sus observaciones geográficas o su vanidad patriótica.

Los japoneses llamaron siempre a su país Imperio del Sol Naciente. Como ven surgir el sol por el lado del Pacífico, el nombre no es inexacto. Pero juzgando lo que les rodeaba por sus propias sensaciones, llamaron a la China Imperio del Sol Poniente, ya que por el lado de esta nación continental descendía y se ocultaba el astro diurno.

El nombre de China lo ignoraron completamente los chinos hasta hace poco. Por primera vez se ha usado de un modo oficial al proclamarse la República. En los numerosos siglos que duró el régimen de los emperadores, el vastísimo país amarillo se tituló Imperio de Enmedio. Admitían que el Japón fuese el país del Sol Naciente, pero ellos no podían ser el del Sol Poniente, pues veían descender a éste más allá de sus dominios, en tierras desconocidas.

Colocado entre el Imperio del Sol Naciente y el Imperio de Enmedio, tomó el reino de Corea el título que le quedaba disponible, y se llamó *Chosen*, que significa «Mañana Tranquila» o «Mañana Fresca».

Pisamos el suelo del ex reino de la Mañana Tranquila. El día es clarísimo, luce un sol juvenil en un cielo de nítido azul, pero el frío resulta extraordinario: un frío más crudo y hostil que el de los países donde fueron establecidas las grandes urbes humanas.

De las fuentes de la estación y del muelle, así como de las techumbres de los vagones, penden estalactitas de hielo. Arroyos y charcas parecen de mármol blanco y bruñido. Hay que llevarse las manos frecuentemente a las orejas y la nariz para frotarlas con violencia. Un viento cortante viene de la Siberia, a través de esta atmósfera azul empapada en luz solar.

Empezamos a ver por todas partes hombres vestidos de blanco, todos ellos con una bata o amplia camisa hasta los talones, que aletea bajo el viento. Estas vestiduras parecen aumentar con su color de nieve la aguda sensación de frío que nos rodea. Los hombres que trabajan en el puerto llevan, además



de su bata, un pasamontañas, casco tejido que les llega hasta los hombros y enmascara una parte de su rostro.

Luego, los verdaderos coreanos, los que usan completo el traje nacional, van llegando, atraídos por el desembarco de viajeros. ¿Cómo explicar la extravagancia de su indumento?... Visten todos la túnica blanca y debajo unos calzoncillos de igual color sujetos al tobillo, y unas sandalias de cuero o de paja. Esto no es extraordinario, aunque resulte poco comprensible que, en una tierra cuyo invierno es de los más crudos, vayan las gentes vestidas, veraniegamente, de algodón blanco. Su tocado es lo inverosímil. Todos llevan un sombrero de copa cuyo tamaño no llega a ser el de la mitad de su cabeza: un sombrero como el de los *clowns*, que se sostiene gracias a unas bridas atadas por debajo de la mandíbula inferior.

Este sombrero no sirve de nada, no puede librarles del sol ni de la lluvia, ni siquiera entra en su cabeza, sosteniéndose en la forma que ya hemos dicho; y sin embargo, la pequeña chistera, que parece fabricada para un niño, es objeto de atenciones y modificaciones, según la época del año. En invierno la llevan metida en una funda de hule reluciente; en verano le quitan dicha envoltura y queda tal como es, de gasa engomada con un armazón de alambre.

De vez en cuando se ve algún coreano que usa otra clase de sombrero, antítesis por su enorme tamaño de la chisterita de payaso. Es una espuerta de paja con la boca invertida, una especie de plato de bordes tan amplios que casi toca los hombros del portador, dejando su rostro invisible. Este sombrero-cúpula sólo lo usan los que están de luto.

Sea cual sea el tocado de sus cabezas, los coreanos van a todas partes con una pipa de bambú de tubo larguísimo, que les precede lo mismo que una antena de insecto o la hoja del pez espada. A su final hay un hornillo de barro tan exiguo que pueden llenarlo con un pellizco de tabaco. Nunca abandonan esta pipa, y con ella en la boca labran los campos o construyen los edificios de las ciudades, lo que da a su trabajo una lentitud soñolienta.

Su estatura aventajada aún parece más alta cuando pasan al lado de sus dominadores los japoneses. Estos pigmeos disciplinados, activos y enérgicos, vestidos de gris, no tienen la majestad de los arrogantes coreanos con sus luengas túnicas blancas. Tal es su aire solemne de personajes decadentes y perezosos, que el observador acaba por acostumbrarse a su pequeño sombrero de payaso, y hasta encuentra cierta belleza a sus rostros largos, de nariz algo aplastada, tez pálida y barbas lacias.

Este reino de la Mañana Tranquila es uno de los lugares del Extremo Oriente que más tardaron en recibir la visita de los blancos. Marco Polo, que estuvo en tantos pueblos del Asia del Este, no pasó nunca por Corea. El primero que penetró en el país fue un jesuita español, el padre Gregorio de Céspedes, en 1594, pero no pudo ir más allá de los alrededores de Pusán, donde nos hallamos nosotros ahora.

Ningún pueblo asiático fue tan cruel como éste en la persecución de los misioneros cristianos. Los martirios de Corea resultan los más espantosos de todos. Hace cuarenta años nada más, los propagandistas del cristianismo arrastraban aún espeluznantes tormentos al circular cautelosamente sobre esta tierra, visitando los grupos de coreanos que profesaban en secreto dicha religión. Para viajar con más seguridad los misioneros, disfrazados con trajes del país, empleaban el sombrero de luto, que oculta el rostro.

En nuestros tiempos se disputaron este reino decadente la China, Rusia y el Japón. El Imperio chino, gobernado por los soberanos manchúes, que procedían de los límites de la Corea, era el

dominador. Pero el Imperio del Sol Naciente, deseando esparcir su exceso de población en el suelo asiático, había puesto sus ojos en el país de la Mañana Tranquila.

Con el pretexto de libertar a los coreanos de la «tiranía china», hizo la guerra al Imperio de Enmedio en 1894, obligándolo a que reconociese la independencia de Corea. Después, como los rusos pretendían influir en la política de este país, hizo la guerra a Rusia en 1902, y la batió, siempre por defender la independencia de la pobre Corea. Y en 1910, para que nadie pudiese atentar más contra la tal independencia, se anexionó simplemente la península coreana, declarándola colonia japonesa. Pocas veces se ha visto en la Historia tanta generosidad aparente encubriendo una hipocresía tan cínica.

Hasta fines del siglo XIX la Corea fue un misterio. Ningún explorador europeo había penetrado en ella. Los geógrafos sólo podían saber lo que contaban los marinos después de navegar ante sus costas y los relatos algo vagos de los misioneros, más atentos a la conquista de las almas que al estudio físico del país. Todavía, en 1885, al escribir Élisée Reclus su famosa *Geografía universal* confesaba la escasez de sus conocimientos sobre la península de Corea, país que «había procurado mantenerse en el olvido sin intervenir en la historia de Asia», añadiendo que el lugar ocupado por este vasto reino daba la impresión de una *tierra vacía*.

Sólo conocían los europeos relatos confusos y fabulosos sobre Corea. De tarde en tarde se conmovían un poco al enterarse de horribles martirios sufridos por los misioneros. Los japoneses vivían más cerca, su calidad de amarillos les permitía deslizarse en el país, y como estaban enterados de la riqueza de sus minas y de su fertilidad agrícola, descuidada y abandonada, procuraron apoderarse de él por los medios falsamente generosos que hemos indicado.

Hubo una reina de Corea que, en 1895, intentó oponerse a los manejos absorbentes del Japón. Éste iba apoderándose del país con disimulo, y la reina, para contrarrestar su influencia, hizo una política nacionalista, francamente coreana, buscando apoyo para ello en los rusos, ya que las demás potencias europeas no mantenían relaciones seguidas con su patria.

Los japoneses, que son el pueblo más cortés de la tierra, no reconocen obstáculos cuando se proponen la realización de un deseo. Estos hombrecitos risueños y amantes de las flores consideran la muerte como un accidente sin importancia. Y como les estorbaba la reina de Corea, enviaron a Seúl un embajador extraordinario, el vizconde Miura Goro, para que organizase simplemente el asesinato de dicha soberana.

Un grupo de bandidos a sueldo invadió pocos días después el palacio de Seúl, mientras varios piquetes de soldados japoneses ocupaban sus puertas para que nadie pudiese escapar. Varios oficiales del ejército japonés acompañaron, sable en mano, al grupo de asesinos. Y la reina de Corea cayó hecha pedazos bajo tanta cuchillada mortal. Luego su cadáver fue quemado en un bosquecillo del parque de palacio.

A partir de este crimen político, los monarcas coreanos fueron humildes servidores del Imperio japonés, y al emprender éste su guerra con Rusia y apoderarse militarmente de Corea, no hizo más que completar una obra preparada desde algunos años antes.

Hoy el ex reino de la Mañana Tranquila es un Japón continental. En los primeros años de ocupación los japoneses se mostraron brutales y crueles. Luego, al quedar dueños absolutos del país con la aquiescencia de todas las naciones, el gobierno japonés ha cambiado de conducta, dedicándose

a su fomento industrial y agrícola.

Debe reconocerse que en los últimos años los japoneses llevan hechos grandes trabajos en Corea. Han saneado las ciudades, construido ferrocarriles y carreteras, y sobre todo procuran engrandecer la agricultura canalizando los ríos, creando grandes zonas de riego, repoblando con enormes arboledas las montañas, talladas por los naturales. Tal vez el gobierno de Tokio ha realizado en esta colonización, fuera del antiguo solar patrio, mayores obras que para el progreso de su propio país.

Pero a ello contestan los coreanos que las reformas no las hacen los japoneses para el bienestar de los naturales, sino para mejor desarrollo y estabilidad de las muchedumbres niponas, que han caído sobre la tierra conquistada como una nube de langosta, acaparándolo todo con su actividad absorbente y agresiva. Y esto es tan verdad como lo otro.

Apenas nuestro tren empieza a marchar por las planicies de Corea nos damos cuenta de que hemos entrado en un mundo distinto al del archipiélago japonés. En el Japón no se ven animales en los campos. La tierra es cultivada por el brazo humano, y la mujer trabaja tanto como el hombre. Todo está dividido en reducidas parcelas, y por más que se viaje horas y horas no se sale de una huerta interminable de pequeños cuadros de arroz o de hortalizas, con surcos escrupulosamente rectos, donde todo está agrupado como en una decoración de teatro. El bambú orla las porciones de tierra cultivada, y entre éstas surgen árboles graciosos cuyas hojas tienen colores de flor.

En el reino de la Mañana Tranquila no existen las amenas sinuosidades del cultivo intensivo. Impera la línea horizontal, como en los desiertos azules del océano. Nada es reducido y gracioso, todo es amplio y severo. Las montañas tienen más roca que tierra, y brillan bajo el sol con tonos rojos de carne desollada. Únicamente en los valles, atravesados por ríos y arroyos, se extiende un doble cordón de álamos. En el resto del paisaje, la tierra seca por el frío guarda la huella de los surcos, pero no se ven árboles, y el suelo sin labrar sólo alimenta matorrales. Los pueblos tienen un aspecto de pobreza crónica. Las viviendas son cabañas de techo redondo hechas de paja y barro.

Seguimos el curso de un gran río azul con láminas de hielo que se desprenden de las orillas nevadas y flotan sobre la corriente, lentas y cabeceantes. Unos perros enormes saltan junto a la vía e intentan correr a la par del tren, enviándole feroces ladridos. Recuerdo los animales fabulosos de piedra, mezcla de perro y de león, que decoran las escalinatas de los templos japoneses. Estas bestias de granito con mechones puntiagudos, ojos redondos y dentadura aguda de caimán, son llamadas por los budistas «perros celestiales» o «perros coreanos», por haber tomado los escultores como modelos a los canes de este país.

Vemos marchar a través de los sembrados largas filas de hombres blancos. Las rudas barcas que descienden el río van tripuladas igualmente por hombres blancos. Los trabajadores que reparan la vía visten de idéntico color. Por todas partes las mismas procesiones blancas, como si fuese este país una tierra de fantasmas que se niegan a ocultarse en las horas de sol. Los menos pobres van montados en bueyes, que aquí sirven de cabalgaduras, sin abandonar por ello la larga pipa de bambú y el sombrero de copa alta sujeto con cintas.

Pasean a grandes saltos por sembrados y caminos bandas de cuervos, gruesos como pavos. Es la primera aparición de este animal, dueño absoluto del cielo de Asia. Aquí es más grande y pesado, como si engordase con la miseria del país. En China, en la India, en todos los pueblos del mundo antiguo, vamos a encontrarlo más pequeño, más gracioso de movimientos, pero con una abundancia prolífica de calamidad alada.

Hacemos otro descubrimiento que va a acompañarnos por toda China, con la repetición obsesionante de un tema infinito. Vemos en ciertos campos una sucesión de montones redondos de tierra, iguales a los que forman los agricultores para quemar las hierbas nocivas, o como las cúpulas de los hormigueros en África y América. Son tumbas. Todos los campos tienen algunas, y a veces esta sucesión de montículos ocupa colinas enteras. El Japón oculta discretamente sus sepulcros. En Corea y China la tierra amontonada sobre un ataúd queda así para siempre, y los muertos van ocupando con sus cúpulas una parte considerable del suelo que debe sustentar a los vivos.

Se nota en las montañas y en los sitios no cultivados la despoblación forestal de otras épocas, que ahora procuran remediar los nuevos amos. Corea es un país de rudos inviernos, y sus habitantes no poseen la dureza de los japoneses para arrostrar el frío. Los coreanos han tomado de los chinos su sistema de calefacción. Todas las viviendas, por míseras que sean, tienen un subterráneo de piedra, donde se encienden hogueras que envían su calor a través del piso de tablas. Para poder calentarse durante numerosos siglos, los coreanos han cortado primeramente los troncos de sus bosques, y al fin arrancaron sus raíces.

Los japoneses, al menospreciar a estos amarillos que viven bajo su dominación, dicen que el fuego fue para los coreanos lo que el opio para los chinos. El placer del calor los adormeció, mientras su país iba decayendo.

Cerrada ya la noche llegamos a Seúl, la antigua Keijo. Al abandonar el tren podemos darnos cuenta del frío de este país. Hasta ahora sólo lo habíamos sentido al abrir momentáneamente los vidrios de las ventanillas. La tierra está tan endurecida, que cruje bajo los pies, como cristal en polvo. Las huellas de las ruedas sobre un suelo que fue blando parecen ahora abiertas con cincel en el granito. Los del país acogen con extrañeza nuestros estremecimientos. La temperatura no es más que de doce grados bajo cero; algo primaveral para ellos, que esperan fríos más crueles.

El Gran Hotel de Chosen, donde nos alojamos, está preparado afortunadamente para todos los rigores de este clima. Puertas y ventanas tienen vidrios dobles. La calefacción es generosa y amplia en todas las piezas.

Junto al pórtico hay grupos de mercaderes ambulantes, cuyo aspecto nos hace recordar que ya estamos en la verdadera Asia. En el Japón todos son japoneses. Sólo de tarde en tarde se ve algún blanco, llegado por recreo o por negocios. En la capital de la Corea nos sale al encuentro el Extremo Oriente cosmopolita.

Mezclados con los coreanos hay mogoles de alta tiara de pieles y casaca hecha con cueros peludos de oso negro; siberianos con gorro de astracán y levita de cosaco, llevando el pecho adornado de cartucheras; judíos rusos de perfil ganchudo; manchúes de estatura de gigante y chinos: los primeros chinos que encontramos. Todos ellos ofrecen pieles sueltas de cibelina, de zorro plateado, de otras bestias de pelaje precioso, cazadas en la vecina Siberia. Además venden pequeños objetos de jade, como si fuesen anuncios del arte chino que vamos a encontrar muy pronto.

Después de comer y antes de ir al teatro coreano, hablo con un periodista de Seúl, el más célebre de todos ellos, un verdadero héroe. Con el entusiasmo de la juventud, este escritor ha emprendido la generosa aventura de protestar contra la anexión japonesa y defender la antigua independencia coreana.

Sólo le sigue la clase popular, atraída siempre por los luchadores audaces y desinteresados. No

tiene otras armas que su pluma y su energía. El gobernador japonés de Corea lo mete con frecuencia en la cárcel por sus artículos, pero el castigo aumenta su popularidad y su propio entusiasmo.

Cuando se reúne en Europa algún congreso diplomático, se presenta el doctor Li, que así se llama dicho joven, con una comisión de compatriotas, para exigir que sea devuelta su independencia al país de la Mañana Tranquila. Como posee muchos idiomas, le es fácil expresar su protesta. En Ginebra los señores de la Sociedad de Naciones lo han escuchado muchas veces con aire distraído. ¡Pedir que el Japón renuncie a la Corea, cuando ya la posee hace años y guarda en su propia casa, como un esclavo feliz, al último heredero de sus reyes!... Que se contente con esta única presa es lo que desean las otras potencias.

Si de tarde en tarde pasa por Seúl un hombre político o un escritor conocido, el doctor Li le visita para pedirle que aporte su concurso a la justa empresa de devolver a todo un pueblo la independencia que le arrebataron sin consultarlo.

Oigo en silencio la larga historia de trabajos y penalidades que me cuenta este propagandista de fe robusta, de tenacidad quijotesca y al mismo tiempo de una candidez asombrosa en sus ilusiones.

Está convencido de que su causa triunfará finalmente, y confía para ello en Lloyd George<sup>[6]</sup> y en los Estados Unidos. En una de sus visitas a Europa le prometió Lloyd George, sin pestañear, que Corea sería independiente dentro de diez años justos. ¡Ah, terrible burlón! ¿Por qué diez años y no nueve u once?...

Para animar a este joven generoso finjo creer en la promesa del político inglés.

—Cuando él dijo eso —añado— sus razones tendrá para afirmarlo. En lo que se refiere a la ayuda de los Estados Unidos, tal vez se vea usted obligado a esperar un poquito más, querido doctor. Antes de exigir al Japón que devuelva a Corea su independencia, los señores de Washington tendrán que ocuparse de otros dos países que se llaman Puerto Rico y Filipinas.

## Camino de la China

Las calles glaciales de Seúl.—El teatro coreano.—Espectadores que se obsequian con hornillos encendidos.—La viuda enamorada del bonzo y el guerrero matador de su rival.—Bailes simbólicos.—El antiguo palacio de los reyes coreanos y el Capitolio de cemento de los japoneses.—La Puerta de la Independencia y sus caravanas.—De Seúl a Pekín en sesenta días.—Salimos para la China en ferrocarril.—El escenario de la guerra ruso-japonesa.—Llegada a la estación de Mukden.—Grito mágico de los empleados.

Lo que atrajo más la atención de los primeros europeos que visitaron Seúl fue la anchura de sus calles principales. Tal amplitud, copiada indudablemente de las avenidas de Pekín, resulta más enorme a causa de la escasa altura de sus edificios. Los japoneses han derribado barrios antiguos para abrir nuevas vías, y exceptuando algunas calles tortuosas donde subsisten por tradición los comercios más ricos, el resto de la ciudad tiene un trazado norteamericano, con amplias avenidas centrales y otras adyacentes, no menos desahogadas.

En estas calles de lejana perspectiva hay filas de postes, cuyos brazos en cruz sostienen numerosos hilos telefónicos y de alumbrado eléctrico. Además, por las avenidas centrales se deslizan los tranvías hasta horas avanzadas de la noche.

Son casi las diez cuando me dirijo solo al teatro coreano. Ocupo una *koruma*, cuyo conductor tiene el raro arte de hacerse entender gracias a un idioma de su invención, más abundante en gestos que en palabras.

Corre a toda velocidad de sus piernas desnudas, y esta carrera aumenta el frío para mí. Voy envuelto en un gabán de pieles; llevo las piernas enrolladas en una manta, propiedad de mi *kurumaya*. Siento además sobre mis orejas unas segundas orejas de piel con largos pelos. Aquí todos llevan este adorno, hasta los policías y los soldados. Son dos parches lanudos con un agujero en su centro, para que su portador pueda oír aunque sea con cierta sordina. Pero a pesar de tales abrigos, me siento tan desnudo como en una playa al salir del baño.

Es un frío que cae del cielo y surge de la tierra a un mismo tiempo. Un vientecillo sutil parece arremolinarlo en torno a cada persona, para que no quede ninguna parte de su cuerpo sin conocerlo. Al respirar parece que la pulmonía va a colarse hasta lo más hondo del pecho.

Las tiendas están cerradas; no se ve luz en ninguno de los orificios de sus pequeños pisos superiores. Por el centro de la calle, bajo una hilera de grandes focos eléctricos, se deslizan los tranvías, enviándonos el glacial remolino del aire desplazado por su velocidad. También se cruzan con nosotros algunas *korumas*, cuyos conductores, medio desnudos y sudorosos, saludan al mío con alegres rugidos.

Entro en el teatro con mi «caballo» nipón, que continúa dándome explicaciones a su modo. Es un teatro blanco, grande y frío, hecho de cemento armado como cualquiera de Europa. Lo único que lo distingue de los nuestros es su escenario, con plataforma movable. Mientras en una mitad de ella representan los cómicos, en la otra montan los maquinistas las nuevas decoraciones, o de este modo, al terminar el acto, no hay más que hacerla girar para que aparezca el decorado siguiente y continúe la función.

Están representando un drama escrito en coreano, y los personajes necesitan hablar a toda voz para ser entendidos. Muchos espectadores conversan entre ellos al mismo tiempo que escuchan con expresión distraída.

Voy sabiendo, por las explicaciones de mi acompañante, que la protagonista que dialoga en la escena con un cazador es una mala mujer, deseosa de librarse de su esposo, para lo cual seduce al cazador, que se encargará de matarlo. Añade otros detalles que dan una lejana semejanza a esta obra coreana con uno de los dramas del alemán Hauptmann. Pero a mí me interesa más la gran masa de espectadores que veo abajo desde mi asiento del primer piso.

Todos van vestidos de blanco, con la luenga bata tradicional. Parecen un público de albañiles que aún no se han quitado las blusas del trabajo. Como los asientos no están en hileras fijas, los espectadores forman corrillos, según sus predilecciones y amistades. Algunos *boys* del café inmediato entran y salen para servir las bebidas que les encargan. Pero el género de mayor consumo es el fuego. Los grupos piden hornillos bien rellenos de carbones ardientes, y el *boy* coloca en medio del corro el deseado brasero, cobrando en seguida su importe. Algunos del grupo, para recibir el calor directamente, permanecen de espaldas al escenario, y sólo vuelven medio rostro cuando entra un personaje nuevo o el rumor general les indica que va a ocurrir una peripecia interesante.

Encargo yo también un hornillo al mozo del café, y mis blancos vecinos de asiento, con sus mujeres algo marchitas y de flácidos pechos mal ocultos por un pañuelo de colorines, me agradecen, sonriendo, esta excelente idea. Pero ni con el auxilio del fuego puedo permanecer en este teatro, oyendo un drama que nunca llegaré a entender y aguantando un frío que me obliga a colocar las manos junto a las brasas. A la media hora me vuelvo al Gran Hotel de Chosen, atraído por la seductora tibieza de sus habitaciones.

En la noche siguiente asisto a una representación de bailes coreanos. La orquesta la forman hombres barbudos, que tañen sus instrumentos con gravedad, como si realizasen una función patriótica.

Un joven que ha viajado por muchas repúblicas americanas de lengua española, para ensalzar los progresos de la dominación japonesa en este país, y que yo me imagino a sueldo del gobernador de Corea, nos da primeramente una conferencia en inglés sobre el baile y la música coreana. Lo más interesante para nosotros es conocer el «argumento» de los bailes que vamos a presenciar, pues todos ellos consisten en fábulas dramáticas, expresadas por la danza y la mímica.

El primer baile es la historia de una viuda enamorada de un bonzo, santo varón que no quiere prestarse a sus impúdicos deseos. Esta novela bailada, que recuerda tantas novelas escritas, debe ser muy interesante.

Empieza a sonar la orquesta, compuesta de violines de una sola cuerda, guitarras de largo mástil, timbales, y un gong enorme. La viuda sale bailando lentamente de los bastidores. Estas coreanas son menos exiguas de estatura que las japonesas; hay en ellas un poquito más de material femenino. La danzarina lleva una vestidura parda de luengas mangas que casi tocan el suelo. Gira por el escenario moviendo los brazos y la cabeza, y cuando ha transcurrido mucho tiempo sin otra novedad, avanza el músico del gong y lo coloca cerca de ella.

La viuda da vueltas alrededor del metálico redondel como si éste la atrajese. Luego lo golpea con las puntas de sus mangas y así se entretiene varios minutos. ¿Cuándo saldrá el bonzo?... Después ya no

da con sus mangas al gigantesco cuenco. Lo aporrea con ambos puños, mostrando un frenesí creciente, hasta que, vencida por el estruendo y por su propia excitación, cae al suelo. El público, que está en el secreto, aplaude, la artista se levanta, saluda y desaparece. Ha terminado el baile.

¿Y el bonzo?... El hombre de Dios no sale. Este baile es simbólico, y en ello estriba su mérito. La bailarina ha relatado la historia entera con sus pies, con sus manos, y sobre todo con sus mangas.

Nos cuenta el conferencista la fábula de otro baile que vamos a presenciar. Es la historia de un guerrero celoso de su general porque raptó a su amante. El guerrero consigue sublevar a todo el ejército contra su caudillo; hay batalla, mata a su rival, lo proclaman rey, y después de esto todavía realiza un sinnúmero de cosas que no puedo recordar.

Como ya estoy en pleno simbolismo coreano, espero que una sola bailarina representará con sus gestos al guerrero, al general, a un ejército de varios miles de hombres, al pueblo que aclama al nuevo monarca, etcétera. Pero los organizadores de la representación se han lanzado a hacer gastos extraordinarios por darnos gusto, y en vez de una bailarina veo aparecer dos, con casquetes dorados y unas espaditas de a palmo en sus diestras.

Bailan y bailan con diferentes ritmos. Luego hacen gestos, primeramente de pie y a continuación sentadas, una frente a otra. Chocan sus espaditas, corren, y de pronto saludan y se retiran. Ya está contada la historia, sin que hayamos perdido un solo episodio de ella.

No oso reírme de los bailes coreanos. Temo que a un empresario se le ocurra llevarlos a París con un conferencista joven que explique sus simbolismos en relación con los cánones de la nueva estética. Las damas esnobs, siempre al acecho de la última moda, pondrán los ojos en blanco al hablar de ellos, y no faltará quien escriba artículos y hasta libros sobre las sublimidades de un arte incomprensible para los miserables burgueses.

Paso un día corriendo la capital de Corea. En sus vías comerciales encuentro la confusión de tipos y razas que ya había notado en la puerta del hotel el día de mi llegada. Juntos con los hombres del país circulan chinos, mogoles y rusos. Pero los japoneses se han apoderado de la vida de la ciudad, lo mismo que en el campo tomaron posesión de las mejores tierras. Los dueños de los comercios de lujo, los obreros que trabajan en las calles, los *kurumayas*, todos son japoneses. Ningún coreano se gana la vida tirando de un cochecillo. Tal vez no le darían el permiso necesario para ejercer tal industria. Además, los *kurumayas*, como signo de su origen superior, llevan una gorra con insignias doradas, a estilo japonés.

Muchos personajes de camisa blanca se han colocado bajo la chisterita con funda de hule una toca, que les cubre desde la mitad de la frente hasta la nuca, y lleva en torno una franja de crines recortadas. Por en medio de la muchedumbre de súbditos resignados pasan en sus *korumas* y automóviles los altos funcionarios japoneses, con levita y sombrero de copa alta, o los militares a caballo.

Visito el antiguo y múltiple palacio de los reyes de Corea. A pesar de su abandono, guarda la majestad melancólica de todo lo decaído que fue grande. Quedan fragmentos de la ancha muralla que lo defendía, con sus puertas monumentales. Los diversos pabellones ocupan pequeñas alturas. Al final de sus graderíos de piedra las columnatas de laca roja sostienen techumbres cóncavas de tejas amarillas, por cuyos filos marchan procesiones de monos de bronce y dragones quiméricos.

En un extremo del palacio está el museo coreano, que guarda objetos de las remotas dinastías, cuando la historia del país era oscura y confusa. En los edificios que forman su parte central hay una sala de recepciones, de techo altísimo, que deslumbra por la diversidad de sus colores y sus oros. Aquí



se conserva el trono de los antiguos soberanos. Detrás de él cubre el muro un riquísimo tapiz de seda con bordados que representan dos faisanes de plumaje multicolor. Esta pareja de aves hermosas como el arco iris fueron las bestias heráldicas del reino de la Mañana Tranquila, lo mismo que un par de dragones invertidos simbolizaron siempre al Imperio chino.

Quiero ver el salón donde los japoneses dieron muerte a la reina, y los diversos guías a quienes me dirijo, asombrosos políglotas hasta momentos antes, pierden de pronto el don de lenguas y hasta el oído. No me escuchan, y si insisto no me entienden. Ninguno sabe a qué reina me refiero.

Entro en los jardines del palacio real para conocer su famoso Comedor de Verano. Es un edificio de dos pisos, sin paredes, compuesto únicamente de columnatas y un techo con amplios y elegantes aleros. Este comedor se halla en el centro de un lago y se llega a él por un puente de mármol.

El lago está helado, profundamente helado, con una congelación que llega hasta su fondo, y un enjambre de chicuelos japoneses patina sobre él, dando gritos de triunfo. No miran a los pequeños coreanos que se agrupan en las orillas; muestran la ceguera orgullosa de los hijos de los vencedores, siempre más presuntuosos y crueles que sus padres.

Un acto de bárbara vanidad indigna a todos los viajeros de buen gusto. El gobierno japonés de Corea disponía de numerosos terrenos en la capital para construir un palacio que albergase al gobernador y sus oficinas principales. Pero los vencedores mostraron empeño en levantar este edificio sobre un patio de la antigua vivienda de los reyes, e imitando torpemente la arquitectura norteamericana han elevado una mala copia del Capitolio de Washington, hecha en cemento armado, que aplasta con su masa estúpida los delicados y ligeros pabellones del viejo palacio de la monarquía coreana y los oculta a los ojos del visitante, impidiendo que aprecie su conjunto.

Después de haber visto, lejos de Seúl, el famoso Buda Blanco, imagen enorme esculpida en el corte marmóreo de una montaña, me llevan a visitar la puerta más reciente de la ciudad, un arco de ladrillo y piedra sin ningún valor artístico. Pero esta obra conmemora la independencia de Corea, hace veintiocho años, cuando la libertaron los japoneses de la «tiranía china» para apoderarse luego de ella en absoluto.

Es lugar interesante a causa de la gran afluencia de gentes que pasa por él, y me hace recordar ciertas afueras de Madrid. Numerosos carretones de traperos, con la «busca» juntada en la ciudad, la llevan a los depósitos de inmundicias situados en los campos inmediatos. Los bueyes tiran solos. La yunta es considerada aquí como un lujo y sólo se emplea en vehículos enormes. Otros bueyes de poca alzada llevan cargas al lomo, como las mulas, o van montados, cual si fuesen caballos, por jinetes de túnica blanca, sombrero de *clown* y larga pipa. Las mujeres cubren sus aceitosos pelos con un gorro negro de cuartel. Algunos mogoles y manchúes, bohemios del desierto, con un perfil picudo de ave de presa, pasan al trote de sus caballitos en perpetua rabia, que muerden el freno arrojando espuma.

De aquí arranca el camino para Pekín. Antes de que se terminase el ferrocarril a la China salían diariamente de esta puerta numerosas caravanas. Ahora todavía se forman, de vez en cuando, luengas filas de mulos y bueyes que marchan con lento paso hacia la maravillosa urbe, situada para los antiguos coreanos en los últimos confines de la tierra.

Para llegar a Pekín desde esta puerta hay sesenta días de marcha, sesenta jornadas abundantes en privaciones y peligros, a través de tierras poco seguras y de un extremo del inclemente desierto de Gobi. Los blancos, al poder utilizar los diabólicos inventos de nuestros países, hacemos el viaje con

más rapidez.

A los tres días de haber llegado a Seúl salgo para la Manchuria y la China. Vuelvo a ver desde el vagón los horizontes amplios de Corea, que contrastan con la campiña japonesa, limitada y agradable.

Ríos y lagunas están bajo una gruesa costra de hielo. Los arrozales son láminas de cristal opaco. No se comprende cómo logran los hombres amarillos que el arroz grane en este país de nieve, siendo un producto de las tierras templadas y cálidas.

Sentado a una mesa del vagón-comedor aprecio el rudo contraste entre lo que puedo contemplar desde la ventanilla y lo que me rodea dentro del vehículo.

Comemos a estilo occidental, bebemos burdeos, y al mismo tiempo, más allá del vidrio en que se apoya uno de mis hombros veo pasar campos nevados, grupos de chozas negras, hombres blancos como espectros, casas de arquitectura china. El criado que nos sirve no es de raza blanca, ni tampoco el cocinero y los demás empleados. Son todos ellos japoneses; pero a estos asiáticos se les encuentra desde la orilla americana del Pacífico, y les consideramos por costumbre como unos amarillos distintos a los otros, como unos parientes por adopción que se han agregado a nuestras civilizaciones.

Al pasar junto a una pequeña ciudad vemos un cortejo nupcial. La novia ocupa un palanquín de colorines rematado por una flor de loto, dorada y balanceante. Detrás marchan los invitados masculinos bajo sombrillas pintadas con ramilletes y dragones. Las damas cierran la marcha sentadas en *korumas*.

Después de Heijo<sup>[7]</sup>, ciudad que sigue en importancia a Seúl, las montañas son rojas y amarillas. Escasean los arrozales. Los surcos están cubiertos de hielo, y sobre esta blancura uniforme, los caballones, con sus matojos negros, parecen líneas interminables de tinta china.

Empieza a nevar. Al atardecer, todos los campos están cubiertos de nieve reciente y blanquísima. Al ponerse el sol, la llanura y el cielo toman una tonalidad de rosa suave, que hace recordar el color de la sangre anémica. El termómetro marca catorce bajo cero... ¡Y pensar que hace menos de un mes estaba yo en países tropicales, vestido de blanco!

Los coreanos agrupados en las estaciones llevan gorros tártaros y casacas de pieles. Vemos en el campo grandes cortas de árboles, montones de troncos negros por abajo y amerengados en su cúspide. La nieve ya no es granujienta. Parece a la vista pegajosa y compacta, como la albúmina batida.

Corremos en la noche por inmensidades que no podemos ver; oímos títulos de estaciones que nada dicen a nuestra memoria. De tarde en tarde creemos recordar algunos de estos nombres, y evocamos la guerra ruso-japonesa. Sobre estas tierras misteriosas, ocultas en la oscuridad, se mataron miles y miles de hombres hace veintidós años, y el mundo olvidó ya tan espantosa carnicería. Nuevas matanzas humanas han borrado su recuerdo. Y así continuará la historia del hombre, al que llaman el más inteligente de los animales.

En las estaciones hay tártaros y siberianos que ofrecen ricas pieles de bestias cazadas semanas antes. A media noche pasamos un puente y nos detenemos bajo una techumbre enorme. Es Mukden<sup>[8]</sup>.

No conozco ninguna estación de ferrocarril que despierte tanta curiosidad e interés: ni aun las más célebres de Londres, de Nueva York, de París.

Aquí está el centro de una cruz que forman cuatro vías. Por el este, o sea por donde llegamos nosotros, se va al Japón. Por el norte, a Siberia y a Rusia, pues aquí empieza, en realidad, el famoso Transiberiano. Por el sur, a una distancia solamente de algunas docenas de kilómetros, está la nueva ciudad de Dairén y el famoso Port-Arthur de la guerra ruso-japonesa. Por el oeste, se sigue hacia la

China.

Cuando echamos pie a tierra, los empleados lanzan a gritos un aviso en chino, en japonés y en inglés; un anuncio de mágica influencia para la imaginación; unas cuantas palabras de extraordinaria novedad, preñadas de ilusiones y esperanzas; algo que no puede oírse muchas veces en la brevedad de una vida humana...

—¡Cambio de tren para Pekín!

## **Tomo II**

**China — Macao — Hong-Kong — Filipinas — Java — Singapur —  
Birmaniam — Calcuta**

## En Mukden

Caballitos manchúes y perros siberianos.—Un desierto de nieve por cuya posesión se mataron 154.000 rusos y japoneses.—La dinastía de Los Muy Puros y sus mausoleos.—El frío, maestro de humildad.—Las escalinatas chinas y el sendero imperial.—La chiquillería pedigüeña de las estaciones.—Un gendarme que pega.—Indignación patriótica.—La incoherencia de los demonios blancos.

Espero las primeras luces del alba paseando por los salones del Hotel Yamata, en la estación de Mukden.

Miro por las grandes puertas de cristales que dan a los andenes y veo correr grupos de chinos cargados con fardos envueltos en telas de colores o llevando maletas de forma europea. Han descendido de un tren procedente del interior de la China y van al asalto de otro más corto, que debe conducirles a Dairén, a Port Arthur y demás poblaciones del inmediato golfo de Liao Tung. Luego contemplo por las vidrieras de la parte opuesta el aspecto de Mukden, ciudad misteriosa para mí, envuelta en la noche y la nieve.

La curiosidad me hace salir a la ancha plaza de la estación, pero el frío es tan intenso que retrocedo a los pocos minutos. En esta plaza hay muchos carruajes de caballos, en espera sin duda de algún tren matinal; pero los cocheros, a pesar de sus gorros tártaros y sus gabanes de piel de zorro, se han refugiado en los cafetines de las inmediaciones. Los famosos caballitos manchúes, nerviosos, agresivos, de largo pelaje, entretienen su abandono coceando silenciosamente la nieve del suelo, haciendo exhalar a los vehículos con sus estremecimientos un ruido de ferretería vieja, expeliendo dos chorros de vapor por sus narices propensas al relincho. Estos caballos de corta alzada se muerden entre ellos, y cuando se entregan a la excitación de la carrera galopan como desbocados. Por entre sus patas se deslizan perros siberianos de hirsutas lanas. De tarde en tarde aparece un cochero. Como va forrado en pieles y las orejeras de su gorro las lleva sueltas y erguidas, tiene el aspecto de una bestia de la noche que momentáneamente marcha en posición vertical.

Vuelvo a sentir la misma extrañeza que en Corea viendo esta aglomeración de caballos. Los ojos parecen haberse acostumbrado a la escasez de animales que se nota en el Japón, donde todo lo hace el brazo humano, sin pedir auxilio a las especies domesticadas que ayudan al hombre en su trabajo.

Van surgiendo de la nocturna lobreguez las techumbres nevadas de los edificios. La ciudad de Mukden, a la que los naturales llaman Fengtien, empieza a dibujarse en la lívida penumbra con un aspecto contradictorio e híbrido. Cerca de la estación, hay edificios modernos de muchos pisos, que imitan la arquitectura norteamericana con todas sus audacias. Más allá, las calles son iguales a las japonesas y coreanas, tienen una amplitud de cuarenta o cincuenta metros y edificios de un solo piso hechos de madera.

Llegan varios automóviles y sus conductores se ofrecen para llevarnos a los mausoleos imperiales de la dinastía manchú, lo más interesante que existe en las inmediaciones de Mukden. Salimos con los primeros resplandores del alba, por unas calles anchas y completamente dormidas bajo sus sábanas de nieve. Luego, en pleno campo, el frío, el silencio y la luz cenicienta del amanecer invernal dan una tristeza abrumadora al dilatado paisaje.

Pensamos que más de un millón de hombres se batieron aquí, en la famosa batalla de Mukden, que duró dos meses, por la posesión de un suelo monótono e inclemente como un paisaje ártico. Luego recordamos que esta tierra goza, como tantas otras, una primavera y un verano. Los exploradores del río Amur, que corre por la Manchuria septentrional, cuentan cómo en los bosques de sus orillas chorrea la miel formando arroyuelos: tantas son sus flores y sus abejas. En su parte meridional, que es donde estamos, se obtienen grandes cosechas de toda clase de cereales. Pero nosotros sólo vemos ahora una planicie de nieve, y surgiendo de ella, como grupos de escobas plantadas por el mango, algunos bosquecillos de árboles negros y escuetos.

El automóvil, al marchar por esta llanura uniforme, donde su conductor tiene que adivinar con ojos de piloto la existencia del camino oculto, cae en hoyos ignorados o se ladea de un modo alarmante al borde de taludes invisibles. Algunas veces saltamos sobre inexplicables oleajes del suelo. Es que nos hemos metido en un cementerio chino y vamos pasando sobre las cúpulas de tierra de los sepulcros, que apenas si se revelan con ligerísimas curvas en el igualamiento realizado por la nieve.

La lucha de nacionalidades agita sordamente al país manchú y se deja adivinar en las casas de madera que se agrupan como avanzadas de la ciudad sobre este mar sólido y blanco, de horizontes infinitos. En unas ondea la bandera japonesa, en otras el pabellón quínticolor de la República china. Los verdaderos dueños del país, chinos y manchúes, duermen con la bandera izada sobre sus techos, para que dé testimonio hasta en las horas nocturnas de la nacionalidad del suelo. Los japoneses son cada vez más numerosos en Mukden y van acaparando el comercio. Su gobierno posee ya legítimamente la tierra coreana que existe al otro lado del río Yalu. Además, sostiene una guarnición en Mukden y otras ciudades manchúes que son de la China, con pretexto de guardar el ferrocarril. Desea convertir en propiedad definitiva lo que es hasta ahora ocupación temporal. La propaganda japonesa habla frecuentemente de los 87.000 rusos y los 67.000 japoneses que murieron batallando alrededor de Mukden. Ve en tan enorme montón de cadáveres un título de propiedad para anexionarse definitivamente este centro ferroviario a veinticuatro horas de Pekín.

Una música alegre y ruidosa anima de pronto el silencioso desierto blanco. Nos cruzamos con una boda china. El cortejo va en busca de la novia, que debe haber abandonado la cama a media noche para hermostarse. Al frente marcha un grupo de músicos sonando gaitas y tamboriles. Van vestidos de rojo con galones de oro y en la cabeza llevan unos sombreros-paraguas barnizados de amarillo. Seguido de una escolta de invitados y parientes, pasa el pintarrajeado palanquín nupcial, con manojos de plumas en sus ángulos y una gran flor dorada en su vértice.

Otra vez los campos de nieve, los árboles negruzcos, y grandes revuelos de cuervos alzándose en espiral para caer sobre algún cadáver invisible. Después de varias millas de avance fatigoso llegamos a las tumbas de los emperadores manchúes.

Los que están en ellas fundaron la última dinastía china, o sea la destronada. Hasta hace tres siglos los manchúes fueron un pueblo nómada, de civilización rudimentaria, pero muy numeroso. La palabra china *Mand-chou* significa «país muy poblado». Estos jinetes, hábiles arqueros, se batían indistintamente a pie o a caballo.

El Imperio chino, que parece en la Historia viejo como el mundo, sucediéndose dentro de él las dinastías casi lo mismo que en el antiguo Egipto, estuvo en peligro de perecer destrozado a mediados del siglo XVII. El último de los Ming, viéndose desobedecido por muchas de sus provincias, necesitó

auxiliares para combatir a los rebeldes y acudieron en su defensa los tártaros de la Manchuria, acaudillados por su rey Chunti-Ti. Éste, después de restablecer el orden, destronó al emperador que le había llamado, se hizo dueño de Pekín y acabó por apoderarse de toda la China, fundando la dinastía 22, llamada de los Tai Tsing (Los Muy Puros), que ha durado hasta nuestros días. En realidad, los últimos emperadores nada tenían de chinos por su origen ni por su aspecto físico. Eran tártaros-manchúes. Por eso los republicanos chinos pudieron dar a su revolución un carácter nacional, combatiendo a los monarcas intrusos en nombre de la antigua China.

Un bosque de árboles escuetos y ennegrecidos por el invierno rodea el parque donde están las tumbas monumentales de los primeros soberanos de la dinastía Tai Tsing. Al echar pie a tierra nos hundimos en la nieve. Un obstáculo inesperado nos inmoviliza luego ante el arco que da acceso al parque. El encargado del monumento no ha venido aún de la ciudad, y los dos guardias que lo vigilan son unos soldados manchúes, grandes, de perfil caballuno, sobrios en palabras y obedientes a la consigna. Uno de nuestros guías tiene que ir en busca de dicho empleado, no sé dónde, y quedamos frente a la entrada del monumento, rodeados de la mañana lívida, con nieve hasta media pierna y recibiendo en el rostro un viento cortante.

A un lado hay una casucha de aspecto miserable, el cuerpo de guardia de los cuatro soldados que custodian este monumento histórico. Instintivamente voy hacia dicho refugio, atraído por las caras amarillas de los dos hombres libres de servicio que nos miran por un ventano. Me asomo a este antro con amable sonrisa. Veo una tarima a medio metro del suelo y sobre ella mantas y algunas prendas haraposas de estos guerreros, que no se distinguen ciertamente por la flamancia de sus uniformes.

Hay en el ambiente la densidad hedionda de los locales cerrados donde han dormido toda una noche hombres de excesiva salud. Varios ladrillos forman un pequeño fogón, y dentro de él hay lumbre, con más ceniza que brasas.

¡Ah, el frío! ¡Cómo aterciopela los caracteres más ásperos! ¡Qué gran maestro de humildad! Su influencia es tan poderosa como la del hambre. Me siento agradecido junto a este fogón, poniendo los pies sobre las moribundas brasas, hasta que noto cómo las suelas de mis zapatos empiezan a quemarse.

De todos modos debo abandonar mi asiento. Varias señoras han adivinado mi retiro y entran en el tabuco soldadesco, lanzando exclamaciones de sorpresa a la vista del mísero hogar. Algunas de ellas son millonarias de los Estados Unidos, y además hermosas y de gustos refinados; pero hay que ver sus amabilidades y sonrisas con los guerreros manchúes para justificar tal invasión. Ponen sus piecitos elegantemente calzados sobre la lumbre mediocre, y hablan a estos jayanes amarillos, con gorra de piel rematada por dos orejas asnales, como si el mundo estuviese ya transformado bajo el rasero de una revolución igualitaria, como si la moneda hubiese perdido toda influencia, siendo los únicos potentados del planeta capaces de dispensar mercedes los poseedores del pan y del fuego.

Llega al fin el personaje deseado y podemos entrar en la avenida cubierta de nieve virgen que conduce a las tumbas imperiales. Los soberanos manchúes construyeron aquí unos mausoleos semejantes a los que habían levantado cerca de Pekín los Ming, anteriores a ellos.

Todas las avenidas están bordeadas con imágenes gigantescas de granito que representan animales. Parejas de caballos, de camellos, de elefantes y leones, esculpidos en una piedra negruzca, se suceden, formando luengas perspectivas. Al final de estas procesiones de animales pétreos se alzan los templos funerarios.

Son edificios que en otro lugar parecerían sonrientes; se les cree en el primer momento palacios erigidos por la vanidad de un soberano para albergar escenas de placer. Su arquitectura tiene oros y lacas multicolores como materiales primarios. Tal vez en verano, cuando los campos de la Manchuria son tierras labradas, abundantes en polvo, parezcan dichos edificios menos alegres y vistosos; pero ahora la nieve ha barnizado la laca con una humedad de lluvia, y los panteones tienen la frescura brillante de algo recién construido. Además, los envuelve en sus fulgores un sol adolescente que acaba de romper los grises telones de la mañana.

Por primera vez veo en las escalinatas de estos mausoleos el famoso «sendero imperial».

Todos los palacios chinos, aunque la madera es su principal materia constructiva, están asentados sobre plataformas de mármol; y las escalinatas amplias y extensas que conducen a ellas resaltan siempre la parte más trabajada del monumento. Los escultores han cincelado en sus barandas, sin tener en cuenta el tiempo ni la minuciosidad de su trabajo, toda una fauna de reptiles fantásticos. Estas escalinatas imperiales se hallan partidas por su bloque de mármol, acostado en mitad de los peldaños, que las divide en dos. Tal bloque es lo que se llama «sendero imperial».

Cuando el emperador tenía que ascender por una de aquéllas, nunca empleaba los peldaños. Éstos eran para sus palaciegos, simples mortales, a los que era lícito mover las piernas como los demás hombres; el Hijo del Cielo sólo podía subir por una pendiente. Mientras los personajes de su séquito iban avanzando escalón por escalón —los mandarines letrados por los peldaños de la derecha, los mandarines militares por los de la izquierda—, el Hijo del Cielo ascendía lentamente por el bloque de mármol intermedio.

En algunos de los palacios de Pekín hay «senderos imperiales» hasta de 18 metros y de una sola pieza. La piedra ostenta cincelado el emblema del Imperio de Enmedio: dos dragones en posición invertida, teniendo cada uno de ellos la cabeza junto a la cola del otro. Las escamas de esta pareja de bestias heráldicas forman profundas rugosidades en el mármol; así el divino monarca podía afirmar sus pies, calzados simplemente con ligeras sandalias de pergamino.

Volvemos a Mukden para ver los barrios viejos, que aún conservan sus murallas y sus puertas-castillos, con techumbres cornudas. Visitamos igualmente el palacio que construyeron los emperadores manchúes, y hoy se halla convertido en museo. Pero aunque todo esto nos sorprende y nos interesa, por ser una primera visión de la vida china, se empalidece algunos días después cuando llegamos a Pekín, menospreciando su recuerdo como el de una copia borrosa comparada con la obra original.

Al recorrer las calles de Mukden nos fijamos en la enorme cantidad de anuncios industriales colocados en paredes y vallas por los almacenes de los Estados Unidos y de Europa establecidos aquí. Ostentan figuras de colores, vestidas a la moda occidental, pero los rostros de dichos monigotes, pretenciosamente elegantes, aunque guardan los rasgos principales de la raza blanca, tienen los ojos oblicuos, poco abiertos, y una sonrisa achinada, para que el público amarillo les reconozca una belleza verdadera.

Antes del mediodía salimos para Pekín. Atravesamos campos grises, cuyo suelo ligeramente rizado recuerda la arena fina de las playas con las huellas caprichosas del viento. De estos arenales oscuros surgen islotes de arboleda ennegrecida.

Vemos marchar, paralelas al tren, largas caravanas de carretas. Estos vehículos, de techo redondo,



van tirados por caballitos manchúes, fieros, peludos, de inagotable vigor. Su pequeñez contrasta con el tamaño del carruaje, dando a la caravana cierto aspecto cómico de juguete.

Los hombres, seguidos por numerosos perros, marchan al lado de sus caballos. Todos llevan gorro de pieles; pero como el día es de sol, han soltado las orejeras que defienden su rostro por ambos lados, y los dos apéndices, erguidos sobre la cabeza, acompañan su marcha con un balanceo grotesco. Las huellas de sus pies se destacan en blanco sobre el camino gris. Lo que creíamos arena es simplemente nieve sucia.

Al quedar inmóvil nuestro coche en una estación, más allá del término del andén, se va agolpando una muchedumbre contra el alambrado de púas que defiende la vía. Por primera vez nos vemos enfrente del populacho de este país de inmensa procreación, donde la gente surge de todas partes con una abundancia rumorosa de colmena y la existencia humana parece valer menos que en otras tierras.

El pueblo bajo va en China invariablemente vestido de lienzo azul; pero a causa de ser muy crudos los inviernos en las provincias septentrionales, se procuran todos el abrigo necesario forrando interiormente pantalones y blusas con una capa de algodón en rama. Los soldados también van con ropas acolchadas, lo que les da un aspecto hinchado y cuadrangular. Como los trajes del populacho son andrajosos, se escapa por todas las roturas su relleno algodónado, y los mendigos, los jornaleros del campo, toda la chiquillería sucia y pedigüña amontonada en las vallas de las estaciones tienen aspecto de insectos aplastados, que sueltan por las grietas de su cascarón azul las reventaduras de unas entrañas mantecosas.

Vemos debajo de nuestras ventanillas, clavándose las púas del alambrado sin que parezcan sentirlo, más de cien muchachuelos de cara amarillenta salpicada de costras de suciedad. Parece dudoso que se hayan lavado alguna vez. Los más conservan la coleta que la República china ha suprimido en Pekín y otras poblaciones importantes. Revueltas con ellos hay varias muchachas, vestidas igualmente con pantalones y blusa azules, que dejan asomar sus rellenos blancos. Se las conoce por su cara, más ancha de pómulos y menos sucia que la de los varones; por su peinado, que consiste simplemente en una cortinilla de pelos recortados caída sobre la frente y una trenza anudada sobre el cogote.

Se empujan todos levantando los brazos, con las manos muy abiertas. Chillan, rugen, algunos lloran. Los más pequeños caen al suelo zarandeados y pateados por sus camaradas, pero se levantan inmediatamente para unirse al pedigüño concierto. Otras veces fingen dolores o los exageran, para atraer la piedad.

Los empleados del tren recomiendan que no se dé dinero a las muchedumbres mendicantes de las estaciones. La República quiere suprimir esta vil costumbre de otros tiempos. Pero ¡cómo resistirse a unas vociferaciones de súplica que duran ya varios minutos! La infancia inspira siempre interés, y éste aumenta cuando los niños tienen el atractivo del exotismo. Toda esta avalancha de muchachos con faz arrugada y ojos de viejo, de niñas con peinado de mujer, carillenas y que imitan los gestos de las comadres, nos impulsa a la desobediencia, y empezamos a arrojar puñados de monedas por las ventanillas.

¡Nunca lo hubiéramos hecho!... Al ver el dinero, los grandes se unen a los pequeños. Grupos de mocetones, que contemplaban impasibles el paso del tren, se arrojan en medio de la chiquillería, disputando a puñetazos y bofetadas la conquista de las monedas.

En el extremo del andén hay un féretro chino, con forro de estera, que indudablemente contiene un

cadáver. Siempre se encuentra algún muerto en las estaciones chinas. Todo hombre amarillo, al sentirse morir fuera de su casa, si tiene dinero o parientes, pide que lo trasladen a su país natal. Si muere en el otro extremo del planeta, procura dejar antes lo necesario para que lo entierren en China. Aquí los muertos viajan tanto como los vivos. Unas mujeres que están junto a dicho féretro corren también para cazar en el aire algunas de las monedas, con agresivo manoteo.

Un personaje inesperado surge en mitad de esta ola de rostros amarillos y manos ganchudas que se retira del alambrado con el reflujó de sus empujones y avanza otra vez para chocar contra sus púas. Es un soldado vestido de azul, con polainas blancas y gorra a estilo japonés. Sostiene su fusil con una mano y lleva en la otra un látigo de cuero.

Desde el primer momento se da a conocer como un hombre extraordinario, verdaderamente extraordinario por su fealdad y por su energía dinámica. Tiene el rostro amarillo de cera, con numerosas arrugas a pesar de su juventud. Debajo de la gorra le cuelgan hasta los hombros unas melenas lacias, semejantes a los pelos de mono con que adornan algunas señoras sus abrigos. En cuanto a pegar, no he visto en mi vida manos más ágiles e incansables. No es un hombre: es toda una compañía que se lanza a través de la masa adversaria, partiéndola, sembrando el espanto y la dispersión, abriendo un desierto medroso en torno a su personalidad soberbia y triunfante.

Pega con las manos y casi al mismo tiempo con los pies, como si se mantuviese en el aire por obra de nuevas leyes de gravitación. Esparce culatazos, latigazos, patadas, y su deseo sería morder igualmente; pero nadie se pone al alcance de su dentadura de caballo.

Surge de las diversas ventanillas un coro de indignación. Todos nos equivocamos. Varias señoras norteamericanas protestan en inglés; yo vocifero en español, como si el terrible guerrero pudiera entendernos.

Hemos visto soldados nipones en Mukden ocupando una tierra que no les pertenece, y como este guerrero azul de las melenas desmayadas y la gorra a lo japonés es extremadamente feo, no sentimos duda alguna sobre su nacionalidad. Todos enronquecemos, indignados por las brutalidades del invasor.

—¿Con qué derecho les pega usted, miserable? Váyase a su país. Estos pobres chinos están en su casa... ¡Verdugo!... ¡Salvaje!

Pero un intérprete corre de ventanilla en ventanilla dando explicaciones. Nos equivocamos. Es un gendarme chino que desea librarnos a su modo, por los medios que él considera más seguros y prontos, del ruidoso asalto de estos mendigos.

Callamos, algo avergonzados de nuestro error, sintiendo una repentina simpatía por el militar de las greñas de mono. ¡Las deducciones incoherentes del patriotismo!... Al saber que es chino ya nos parece más aceptable y natural que les pegue a sus compatriotas.

El pobre hombre que acudió creyendo realizar una buena acción permanece ahora inmóvil, intimidado por nuestros gritos, mirándonos con sus ojillos agudos. No comprende nuestras protestas por un acto tan corriente. En China, los representantes de la autoridad siempre llevaron un látigo en la mano.

Al saber que no es japonés y si pega lo hace dentro de su casa, algunos viajeros hasta le echan cigarrillos. Él saluda con sonrisa humilde, enciende uno y empieza a fumar, rodeado de toda la masa humana a la que zurró momentos antes, y que le contempla con cierta admiración.

Todos permanecen quietos. Algunos se rascan los chichones recientes o se limpian con las manos

la sangre de sus rostros.

El gendarme no puede explicarse nuestra indignación anterior, ni las repentinas muestras de simpatía que recibe ahora. Fuma y nos mira asomados a nuestras ventanillas, como si fuésemos bestias raras dentro de una jaula ambulante.

Se adivina su pensamiento:

«¡Demonios blancos, locos y bárbaros!... Nunca sabe uno cómo darles gusto».

## La llegada a Pekin

Los bandidos chinos y los trenes-fortalezas.—Una mala noche.—El Imperio del bambú soberano y de la paliza paternal.—5000 años de historia conocida.—Recordando a Marco Polo.—Los cuatro grandes héroes de la Geografía.—Micer Millones.—Cómo por obra de Marco Polo salieron Colón y los navegantes españoles hacia Pekín, para visitar al Gran Kan, y dieron con la ignorada América.—El despertar en Tientsin.—Los chinos elegantes.—Agricultura sabia y campos de tumbas.—Una puerta de diez siglos con telegrafía sin hilos.

Al cerrar la noche, nuestro tren se transforma en una fortaleza.

Varios oficiales llevando largo abrigo de pieles y gorra con insignias de oro, a la que han añadido orejeras peludas, pasan de vagón en vagón dando órdenes, como si preparasen la resistencia a un asalto. En las dos plataformas de nuestro coche se sitúan centinelas con el fusil cargado y la bayoneta calada. En el pasillo quedan algunos más para relevar a sus compañeros durante la noche. A la cabeza y a la cola del tren van dos numerosos destacamentos en vagones blindados.

Nuestros defensores pertenecen al nuevo cuerpo que acaba de crear la República china con el título de Guardia de Ferrocarriles. El país está infestado de bandoleros que asaltan los trenes. Muchos de estos bandidos son antiguos soldados. El chino, después de conocer la vida militar, en la que come mejor que la mayoría de sus compatriotas a cambio de mantener un fusil en uno de sus hombros, ya no quiere desprenderse de dicha arma, pues ve en ella la herramienta del más fácil y agradable de los oficios. Si lo licencian o lo expulsan de su regimiento, se agrega a la partida de facinerosos más inmediata.

Hace cuatro meses fue asaltado un tren entre Pekín y Shanghai, y los bandidos secuestraron a los que iban en él (europeos y norteamericanos), para exigir grandes rescates. El gobierno, después de este suceso, se preocupa de vigilar las líneas férreas. No quiere que se repitan las reclamaciones diplomáticas; teme que el Japón aproveche tales incidentes para insinuar una vez más la conveniencia de que China le ceda la custodia de sus ferrocarriles. Esto traería como primer resultado el establecimiento de tropas japonesas dentro del territorio chino: una invasión disimulada igual a la de Manchuria.

No es algo nuevo, que debe atribuirse a la anarquía política del país con motivo de su revolución, esta inseguridad de los caminos. Los bandoleros y los piratas abundaron siempre en China, llegando en otros siglos a quebrantar la autoridad de los emperadores, estableciendo un Estado nuevo y excepcional dentro del vasto Imperio. El vulgo aún muestra admiración por ciertos bandoleros famosos del mar y de los caminos, héroes de antiguos poemas y novelas.

Los soldados instalados en el pasillo de nuestro vagón hablan en voz alta, fuman y discuten con una inconsciencia que impide toda protesta. Están aquí para defendernos, y como ellos no deben dormir, encuentran natural que sus protegidos se priven igualmente del sueño. Sus orejeras peludas, sus pellizas rústicas, las greñas aceitosas que cuelgan por debajo de sus gorras, les dan un aspecto inquietante. Tal vez han sido bandidos antes de figurar como defensores del orden. Según se dice, la Guardia de Ferrocarriles la ha reclutado el gobierno entre el personal de las antiguas bandas, para mayor seguridad. Si les conviene, mañana, en vez de ir dentro del tren para defenderlo, se apostarán al

lado de la vía para asaltarlo.

Esto no les impide mostrarse joviales, agradecidos y un tanto confianzudos. Cuando les dan cigarrillos, acogen el regalo con gesticulaciones cómicas de gratitud. Si pasa una señora por el corredor señalan las sortijas o los pendientes que lleva, y a continuación fingen que sacan el revólver, imitando con la boca varios tiros imaginarios. Pretenden expresar con esta mímica su resolución de batirse hasta la muerte en defensa de tales alhajas; pero mejor preferirían apoderarse de ellas, al verse lejos de la vigilancia de sus oficiales, jóvenes, correctos, de aire militar europeo, que mantienen firmemente la disciplina.

Los coches-camas del Japón imitan a los de la América del Norte. Los que ruedan por las líneas chinas son parecidos a los de Europa, pero más abundantes en dorados, y con una altura tan exagerada y absurda de sus camas superiores, que hace necesario el empleo de una escala de muchos travesaños para poder acostarse en ellas.

Como las voces de los chinos no nos dejan dormir, entretengo mi insomnio pensando en la historia de esta aglomeración humana, la más antigua y numerosa de todas las existentes, sobre cuyo suelo vamos deslizándonos a través de la noche. Esta historia abarca más de 5000 años, y sus episodios salientes son veintidós cambios de dinastía y dos grandes invasiones: la de los tártaros mongoles y la de los manchúes.

Egipto es de mayor antigüedad; mejor dicho, los historiadores han ido más lejos en sus descubrimientos, ensanchando las fronteras de su pasado. Pero el viejo Egipto hace miles de años que dejó de existir, y la China se conserva viva y sólida, como en los tiempos de sus emperadores fabulosos.

Recientemente desorientó al mundo, saltando sin transiciones constitucionales del régimen despótico más absoluto a la República democrática. Más esto no pasa de ser un cambio de fachada, ya que la revolución todavía no ha reformado gran cosa en el interior del edificio.

El país más grande y más viejo de la tierra conservó hasta hace una docena de años la forma de gobierno de las sociedades primitivas: el régimen patriarcal. La autoridad política imitaba la autoridad del jefe del hogar. El emperador era el padre de los padres, reinando sobre centenares de millones de súbditos, como los patriarcas de la Biblia sobre su descendencia. El Hijo del Cielo pegaba o premiaba como un padre, y sus palabras eran manifestaciones de la sabiduría divina. Del mismo modo el padre chino ha guardado dentro de su hogar, hasta hace poco, el derecho de vida o muerte sobre sus hijos, casándolos a su antojo, sin consultar para nada su voluntad.

Durante 5.000 años el bambú flexible y duro fue el verdadero cetro de este Imperio, la varilla mágica que hizo marchar los engranajes del Estado, impulsando a los hombres a la práctica de la virtud. El único chino exento del peligro de sufrir una paliza era el Hijo del Cielo. Sus ministros más apreciados, los mandarines favoritos, los virreyes de las provincias, todos podían recibir por orden del emperador unas cuantas docenas de bastonazos, como penitencia de faltas o descuidos. Y después de soportar esta muestra del interés imperial, continuaban en el ejercicio de sus funciones.

Acostumbrados desde su niñez a las castigos del padre, nunca se creyeron los chinos deshonrados por unos cuantos palos más o menos en el curso de su existencia. La paliza no cortaba una carrera ni quebrantaba el prestigio del que la sufría. Era como para nosotros pagar una multa por infracción de los reglamentos municipales. La policía imperial llevaba el bambú o el látigo siempre en la diestra, para aplicar el correctivo apenas notada la falta.

Este Imperio, gobernado lo mismo que una casa por un padre de origen celeste, con cerca de 500 millones de hijos, fue creando en el curso de cincuenta siglos una civilización que hoy se cae al suelo de puro vieja y refinada, pero tuvo en todas las épocas el poder de asimilarse a sus vencedores, de transformar a los caudillos fieros que se adueñaron de su territorio, convirtiéndolos en emperadores chinos, iguales a las dinastías fenecidas.

Hasta hace 800 años, nuestro mundo occidental, indiscutiblemente bárbaro en comparación con el llamado Imperio de Enmedio, nada sabía de éste. Los capitanes que siguieron a Alejandro hasta la India y los romanos del Imperio llegaron a conocer vagamente la existencia del llamado «País de la seda». Mas a esto se limitaron sus noticias sobre la tierra china. Algunos viajeros árabes la visitaron en los primeros siglos de la Edad Media, pero nada se supo en Occidente de sus relatos.

La humanidad se ha desenvuelto en dos escenarios diferentes sobre el gran macizo continental que forman juntas Asia y Europa, sin que el grupo de la vertiente atlántica-mediterránea supiese nada del otro grupo establecido en la opuesta vertiente del Pacífico. Ni Grecia ni Roma tuvieron noticias de la civilización que se iba desarrollando, con muchos siglos de adelanto sobre ellas, al otro lado de la barrera formada por el Asia Menor, la Persia, la India y los mares misteriosos.

Las expediciones de los cruzados y las guerras implacables de Gengis Kan, que arrancaron a tantos pueblos asiáticos de sus alvéolos históricos, lanzándolos como piedras en opuestas direcciones, dejaron adivinar un poco del misterio chino. Pero fue un hombre aislado, un comerciante, un explorador amigo de correr aventuras, quien hizo conocer a los países de Europa lo que existía en este mundo lejano, envuelto en sombras para los occidentales. Este hombre se llamó Marco Polo.

Cuatro grandes héroes tiene la Geografía: Alejandro, que llevó la influencia griega hasta el Ganges; Marco Polo, Colón y Magallanes. Pero el héroe macedónico pudo realizar en gran parte su corta y asombrosa carrera porque su padre le había legado toda la fuerza militar y la sabiduría de Grecia, acaparadas astutamente por él. Colón descubrió un mundo nuevo auxiliado por los Pinzones y otros nautas españoles, que a causa de la posición geográfica de su país conocían mejor que los demás navegantes la existencia de tierras misteriosas en el océano. Magallanes vio completada su circunnavegación del planeta gracias a la energía de Sebastián Elcano, que supo dar fin a tan magna empresa.

Marco Polo no tuvo colaboradores. Fue un simple mercader de genio, aficionado al estudio y a los descubrimientos, hábil para aprender las lenguas y amoldarse a los ambientes; un entendimiento ágil, capaz de ejercer las más diversas funciones.

Su padre y su tío habían hecho ya viajes comerciales a través de la misteriosa Asia, y le llevaron con ellos al ser mozo. Durante veintidós años vivió lejos de Europa, habituándose a los usos del Extremo Oriente. Su vida se desarrolla de la mitad del siglo XIII al primer tercio del siglo XIV. Viajó por el Asia Menor, la Persia, la India, y llegó a China cuando el nieto de Gengis Kan acababa de establecer la dinastía mongola en el Imperio de Enmedio, declarando a Pekín su capital.

El Gran Kan —nombre que Marco Polo da al emperador de la China y la tradición consagró durante siglos— necesitaba extranjeros leales que le sirviesen, en un país recién conquistado y sordamente hostil a sus nuevos dominadores. Por tal razón acogió favorablemente al mercader veneciano, que además podía darle noticias de su remoto y desconocido mundo.

Marco Polo fue un personaje en el Pekín de hace siete siglos, que se llamaba entonces Cambaluc

(la Ciudad del Señor), y él titula en su libro Gran Ciudad del Catay. Este título se cambió luego en Pe-King (Corte del Norte), por haber estado la capital en otras ciudades situadas más al sur. El veneciano hasta llegó a ser virrey de una provincia china; pero su curiosidad le impulsó a correr nuevas tierras, viajando por Sumatra, Java, Ceilán y Tartaria.

Pocos autores han influido en las letras como este hombre de acción, falto de pretensiones literarias. Al volver a su país, los venecianos escucharon con interés el relato de sus maravillosos viajes. Luego los incrédulos y los maldicientes hicieron materia de dudas y bromas estas historias de un mundo lejano, y muchos de sus compatriotas acabaron por apodarle «Micer Millones». Unos le llamaban así por las riquezas fabulosas que describía en sus relatos; otros, peor intencionados, calculaban por millones las mentiras salidas de su boca. Estando en la cárcel por haber caído prisionero de los enemigos de Venecia en una batalla naval, escribió la crónica de sus viajes a través del Asia. En sus últimos días, al hablar melancólicamente de la incredulidad de sus contemporáneos, afirmó no haber puesto en su libro ni la décima parte de las maravillas vistas por él.

La veracidad de Marco Polo ha sido comprobada por muchos sabios y exploradores modernos, sin encontrar en su libro errores geográficos de bulto ni descripciones inverosímiles. Su obra circuló entre los hombres doctos de los dos últimos siglos de la Edad Media. Poetas y novelistas la explotaron para sus relatos caballerescos. Él hizo conocer al Preste Juan de las Indias, rey misterioso del que tanto se ocuparon los autores medievales; él lanzó los nombres de Catay y Cipango para designar la China y el Japón; él fue el primero en describir como testigo visual las riquezas del Gran Kan y sus palacios de Pekín.

Colón no pudo leer directamente el libro de Marco Polo. Este relato sólo fue popularizado por medio de la imprenta años después del descubrimiento de América. Pero empleó como autores de consulta a muchos que se habían inspirado en el aventurero mercader, repitiendo sus descripciones de las riquezas asiáticas, en cuya busca fue Colón al salir de España, siguiendo el rumbo de Occidente. Por Marco Polo conocía también la existencia del Gran Kan, y estaba tan cierto de encontrarlo, que pidió a los Reyes Católicos una carta de presentación escrita en latín, para que aquél le recibiese en su ciudad de Catay como enviado de España.

El libro de un explorador que vivió en Pekín a fines del siglo XIII sirvió para que dos siglos después otro aventurero genial, con tres puñados de españoles sobre tres barquitos, fuese en busca del Japón y la China por el lado de poniente, aprovechando la redondez de la tierra. Y al insistir en tan audaz aventura dieron todos, sin esperarlo, con una muralla infranqueable en medio de los mares, la tierra virgen de las nuevas Indias, mal llamada después América...

Acabo por dormirme, no obstante los gritos y las risotadas de nuestros guardianes. Cuando despierto entra el sol por los resquicios de las ventanillas. Parece que ya hemos pasado la parte más peligrosa del camino: unas tierras encharcadas por las grandes crecidas fluviales, en cuyos pantanos, exuberantes de vegetación, se refugian los bandoleros.

Llegamos a la ciudad de Tientsin<sup>[9]</sup>, el puerto más inmediato a Pekín. En el vagón-comedor encuentro a varios europeos residentes en dicha población, que han subido al tren para trasladarse a la capital. Todos ellos llevan abrigos de pieles con el pelo a la parte exterior. En otras mesas hay numerosos chinos de aspecto elegante, que hablan en inglés y usan el tenedor como los occidentales. Son mercaderes acaudalados o personajes adictos al gobierno de la República, que se dirigen a Pekín

para despachar sus asuntos. Llevan el traje nacional: una túnica de rica seda azul, chaleco negro de damasco abotonado hasta el cuello, y un solideo de igual color con botón de coral o de jade. Como la sotana azul está abierta a partir de las rodillas, deja ver su forro interior de suaves y costosas pieles. Además, llevan un pantalón sujeto al tobillo, muy ancho y acolchado por dentro. Todos ellos aman las joyas. Ostentan valiosas sortijas en sus manos finamente cuidadas, y cadenas de oro sobre el pecho.

Uno de estos personajes, joven y de sonrisa afable, me explica la vestimenta que usan los chinos modernos según las estaciones. En invierno prefieren el traje nacional. Es más abrigador; su amplitud permite forrarlo con pieles y acolchados. En verano imitan a los coloniales de origen europeo, y se visten de blanco, con pantalón y chaqueta cerrada.

A la nieve ha sucedido el polvo. Corre el ferrocarril por unas llanuras amarillas divididas en campos. Todo está arado. Cuando pase el invierno, esta sucesión de parcelas cultivadas resultará atractiva con su interminable oleaje de mieses; pero ahora el viento levanta remolinos de tierra rojiza, y los servidores del comedor deben sacudir a cada momento el cuero de los divanes y los manteles de las mesas.

Tienen cierta semejanza estos campos con las planicies de la Argentina después de la siembra, pero con más abundancia forestal. Todas las propiedades están orladas de árboles, a los que arrebató el invierno su follaje: hileras de esqueletos grises, elevando al cielo sus múltiples y nudosos brazos.

Hay en todas las estaciones muchedumbres vestidas de azul. Hombres y mujeres usan el mismo traje, de idéntico color. El pantalón y la blusa son el uniforme de la nación china sin distinción de sexos. En los pueblos rurales se conserva la trenza varonil. Sólo los chinos de las grandes ciudades y los que viven en el extranjero aprovecharon la caída del Imperio para cortarse este apéndice tradicional.

Lo que produjo mayor asombro a Marco Polo, y algunos siglos después a los primeros misioneros establecidos en China, fue el desarrollo de su agricultura. En aquellos tiempos los labriegos de Europa eran unos bárbaros que cultivaban sus tierras de un modo rudimentario. Todos los adelantos agrícolas posteriores fueron las más de las veces simples copias de la agricultura china.

Admiramos desde el tren huertas que merecen el título de jardines. Las grandes extensiones dedicadas a los cereales revelan un trabajo minucioso. Mas con frecuencia, partiendo los vastos rectángulos de tierra cultivada, vemos un oleaje de pequeñas cúpulas que son tumbas. Estos grupos de sepulturas se prolongan a veces hasta el horizonte, formando cementerios interminables.

Los chinos pueden ordenar su enterramiento sin ningún obstáculo legal. Cada uno improvisa un cementerio en el campo de su pertenencia. Las tumbas no desaparecen con el curso de los siglos, y a las nuevas generaciones les basta añadir unas paletadas de tierra sobre los montículos sepulcrales para que éstos persistan a través de miles de años con más consistencia que los monumentos de granito.

Cada uno defiende las tumbas de sus muertos al defender la propiedad de la tierra que le alimenta. Y como en este país, poblado por cerca de quinientos millones de seres, la cantidad de defunciones alcanza todos los años a una cifra enorme y no se borra ninguna tumba aunque transcurran siglos y siglos, resulta que los que se fueron roban cada vez más terreno a los que llegan, estrechando los límites de su actividad.

Más de una cuarta parte de la inmensa China se halla ocupada por tumbas. Además, éstas son eternamente sagradas y no hay gobierno que se atreva a tocarlas. Una de las dificultades mayores con que tropiezan los blancos al construir ferrocarriles es la imposibilidad de expropiar una tierra que



tenga sepulcros. Algunas veces se ven obligados a desviar la línea férrea con absurdos rodeos porque los descendientes de unos chinos que murieron hace tres o cuatro siglos se niegan a remover las sepulturas de éstos.

La República lleva hechas algunas reformas, pero no se atreverá en muchos años a aligerar el suelo patrio de tantos millones y millones de tumbas. Los muertos pesan sobre el país con una fuerza abrumadora; lo siguen gobernando, y habrá que empezar por hacerlos desaparecer para que la China entre en la vida moderna.

Son tantos los sepulcros en algunos campos, que sus poseedores, necesitados de hacerlos producir, aprovechan los espacios libres entre los montículos y van trazando con el arado surcos tortuosos. Así obtienen hileras de espigas nutridas con el zumo de unos descendientes a los que nunca conocieron, pero que les inspiran un respeto supersticioso.

El japonés venera a sus antepasados porque se han convertido en dioses, y él a su vez será dios cuando sus descendientes le rindan igual culto. El chino los respeta porque les tiene miedo. Venera las tumbas de unos abuelos remotísimos cuyo nombre ignora; se arruina y vende hasta los objetos de primera necesidad para costear funerales ostentosos en honor de los que fallecen dentro de su casa. Como teme a los muertos, procura mantenerlos tranquilos y contentos, para que no vengan a atormentarle durante la noche, ni siembren de fracasos y desgracias el camino de su vida. Alguien ha definido a este país diciendo que es una aglomeración de quinientos millones de vivos, aterrados por la presencia de miles de millones de muertos.

Los cementerios se suceden en el paisaje, cada vez con mayor frecuencia. Al final sólo vemos tumbas, y emergiendo de su oleaje rojizo algunas chozas de esteras y pedazos de lata, semejantes a las que existen en los suburbios de todas las ciudades.

Empieza a deslizarse paralelamente al tren una alta muralla gris de apretadas almenas. En la faja de terreno intermedia van pasando pequeñas huertas y casitas de hortelanos. Vemos, con cinematográfica rapidez, una puerta que perfora lo mismo que un túnel este bastión interminable, y sobre su arcada sombría un castillo rojo con tres tejados superpuestos, cuyos ángulos tienen forma de cuernos.

Esta puerta, fortificada al estilo chino, la hemos contemplado muchas veces en libros de viajes. A continuación, con violenta antítesis visual, se alzan sobre la muralla unos palos gigantescos que se aproximan a nosotros. Son dos poderosas antenas de comunicación inalámbrica, instaladas por los norteamericanos. ¡La telegrafía sin hilos junto a una puerta que cuenta más de mil años!...

Va aminorando su marcha el tren y se inmoviliza finalmente luego de rozar una especie de malecón que es una antigua muralla cortada.

Hemos llegado a Pekín.

## Las tres ciudades de Pekín

La forma geométrica de Pekín.—La ciudad china, la ciudad tártara y la ciudad prohibida.—El edificio chino y la tienda de campaña.—Los geomantes y sus adivinaciones.—Los espíritus del Viento y del Agua.—La cuarta ciudad.—El barrio de las Legaciones y sus tropas visibles ocultas.—La seguridad de las calles de Pekín y la policía china.

Todas las mañanas, al saltar fuera de mi cama en el Grand Hotel des Wagons-Lits, siento la misma duda, y me pregunto:

—¿Estoy verdaderamente en Pekín?

El aspecto europeo de mi habitación me obliga a descorrer las cortinas de una ventana y limpiar sus vidrios, empañados por el frío exterior. Veo enfrente un canal, a un lado una muralla oscura, y al pie del hotel larga fila de cochecitos con las varas en el suelo, mientras sus conductores, cruzando los brazos sobre el pecho, abrigan sus manos conservándolas bajo los sobacos. Todos estos chinos miran a las ventanas, y uno de ellos que me llevó por la ciudad en días anteriores, al reconocer a su cliente, inicia una mímica apasionada para hacerme saber que me espera desde el alba.

Una vez más me convengo de que estoy en Pekín, pero esto no impedirá que al despertar mañana sufra la misma duda. ¡Es tan extraordinario vivir en esta población, cuyo nombre aprendemos desde niños, como algo remotísimo que nunca llegaremos a ver!...

La gran ciudad china figura en nuestras primeras impresiones como un lugar inaudito de absurda lejanía. Cuando oíamos hablar, siendo pequeños, de alguna persona que se había alejado para siempre, decían: «Se fue a Pekín», y no era preciso añadir más. Los hombres de verbo enérgico, para concretar algo que no podría realizarse nunca o no tolerarían de ningún modo, afirmaban: «Ni aquí ni en Pekín», y todo quedaba dicho.

Esta capital misteriosa se hallaba al otro lado del planeta, debajo de nuestras plantas, y como sus habitantes, de ojitos oblicuos, sonrisa astuta y trenza en el cogote vivían cabeza abajo, era natural que todo lo hiciesen al revés que los blancos, lo que abría ante nuestra imaginación infantil una serie interminable de espectáculos grotescos y disparatados.

Me convengo todas las mañanas de que estoy en Pekín e igualmente de que los chinos no son tan extravagantes como los creíamos en nuestra niñez. La vida moderna ha cambiado la fisonomía de todos los pueblos, hasta del Imperio chino, que parecía eterno como una momia y hoy es una República. Pero no obstante la general transformación, guarda esta ciudad el prestigio misterioso y el novelesco interés que envolvió siempre su nombre.

Verdaderamente sólo a partir del régimen republicano forma Pekín una ciudad única. Mientras existieron los emperadores estuvo compuesta de tres ciudades: la china, la tártara y la imperial, llamada también «Ciudad Prohibida», cada una de ellas con su defensa de anchos muros y puertas profundas, coronadas por castillos.

Pekín es, de todas las capitales de la tierra, la que tiene una forma más exactamente geométrica y una orientación escrupulosamente geográfica. Su eje va de norte a sur rigurosamente. La calle de Chien-Men, que divide toda la ciudad china y gran parte de la tártara, llegando hasta la primera puerta de la ciudad imperial, es una línea escrupulosamente trazada entre estos dos puntos cardinales, y las

calles secundarias que la atraviesan van con igual exactitud de este a oeste. Las murallas que abarcan a las tres ciudades forman en su conjunto un cuadrilátero, y cada una de sus caras es paralela a uno de los cuatro límites geográficos.

Al examinar el plano de Pekín se cree estar viendo un dibujo geométrico. Abajo, en el sur, hay un rectángulo más ancho que alto, que es la ciudad china. Encima un cuadrado perfecto, la ciudad tártara, y en el centro de ella un segundo cuadrado, la ciudad imperial. La ciudad china, reservada en otros siglos al populacho, ocupa el lugar del vestíbulo en un plano arquitectónico; después viene, como si fuese el cuerpo principal del edificio, la ciudad tártara, y en su corazón, bien guardado por todas sus caras, está el santuario, la ciudad imperial, donde residía el Hijo del Cielo.

Marco Polo cuenta que el nieto de Gengis Kan, al establecer su capital en Pekín, tuvo en cuenta las predicciones de algunos adivinos que le acompañaban en sus conquistas. Como éstos le aseguraron que su descendencia perecería por una sublevación de dicha ciudad, el Gran Kan levantó al lado de la antigua Cambaluc, o sea la ciudad china, la actual ciudad tártara, repartiendo los solares entre sus feudatarios más adictos. De tal modo, sus herederos vivirían rodeados siempre por los nietos de los antiguos conquistadores, sirviéndoles éstos de guardia y defensa. Para que los enemigos del Hijo del Cielo pudiesen llegar hasta él, tenían que asaltar primeramente la ciudad china, que por sí sola representaba todo un sistema de fortificación. Luego, salvando el canal que separa dicha ciudad de la tártara, debían hacerse dueños de los baluartes de esta última, todavía más altos y robustos, y finalmente, al verse poseedores de la ciudad tártara, tropezaban con las murallas de la «ciudad roja», nombre que se da igualmente por el color de sus muros a la ciudad imperial o prohibida.

Durante varios siglos de paz se fue quebrantando la división de razas que separaba a los conquistados, habitantes de la ciudad china, de los vecinos de la ciudad tártara, descendientes de los conquistadores. Esta última, por contener en su recinto los palacios imperiales, vivía bajo un régimen militar, cerrándose sus puertas a la puesta del sol y quedando sometidos sus habitantes a todas las molestias de una plaza fuerte. Como precisamente los nietos de los tártaros eran los más ricos y dados a los placeres, se fueron trasladando a la ciudad china, para vivir con mayor libertad. Hace ya muchos años que estas denominaciones no son más que recuerdos históricos. Las familias chinas y tártaras se han mezclado por enlaces matrimoniales y viven indistintamente en una o en otra ciudad.

La arquitectura de Pekín recuerda el origen nómada del pueblo chino en los tiempos remotos de su historia. También fueron de vida errante las dos invasiones de jinetes tártaros y manchúes. A causa de esta influencia, muchos que han estudiado su arquitectura reconocen en todas sus construcciones — palacios, templos, torres o casas particulares— una imitación de la tienda de campaña habitada por sus ascendientes.

En China sólo se construyeron durante los pasados siglos edificios de un piso único. Cuando se quería darles cierta altura para que adquiriesen proporciones majestuosas, eran levantados sobre mesetas de piedra. En los barrios comerciales, la necesidad de vivir sin quitar espacio al propio almacén obligó a muchos a construir sobre su establecimiento una especie de buhardilla, que sirve de habitación. Pero es creencia tradicional que el vivir en piso alto atrae las enfermedades, y manteniéndose en contacto a todas horas con la tierra se reciben efluvios misteriosos que vigorizan la salud.

El parecido entre el edificio chinesco y la tienda de campaña resulta exacto. Las techumbres, negras o de tejas barnizadas, son eternamente cóncavas, como la cubierta de lona de la tienda, que

forma bajo el soplo del viento una curva entrante. Las columnas, siempre de madera, carecen de capiteles y basamentos, aunque el edificio se halle revestido con pomposa riqueza. Están cubiertas de laca y oro, pero son iguales de arriba abajo, sin ningún adorno saliente, como los postes que forman el andamiaje interior de los campamentos. Los ángulos de las techumbres se encorvan hacia arriba, lo mismo que los extremos de la tienda, sostenidos por lanzas.

Los chinos han ratificado con sus ideas supersticiosas esta forma curva de los ángulos de sus tejados. Son muchos los que aún creen en la actualidad que sus ascendientes dieron figura de cuerno a los remates de los aleros para dejar más espacio a los espíritus del Agua y del Aire, señores de nuestra existencia. Así no se rasgan las alas ni se enredan en ángulos agudos, como los que fabrican los «demonios blancos» en sus construcciones.

Éste es el país de los geomantes. Antes de construir un edificio se pide consejo a la ciencia geomántica y no se abren los cimientos ni se coloca una piedra sin que el adivino, enterado del revoloteo de los espíritus y las direcciones amadas por ellos, estudie el solar y diga al arquitecto qué orientación debe seguir en sus planos. Son también los geomantes quienes señalan los terrenos más favorables para enterrar a los muertos y que los espíritus sean clementes con ellos. Con frecuencia, el adivino designa como lugar favorable para la futura tumba el campo de algún amigo suyo, y los herederos se ven obligados a adquirirlo a un precio fabuloso. Lo más extraordinario es que estos hechiceros que legislan sobre las buenas o malas condiciones del suelo únicamente reconocen a la tierra que los hace vivir una personalidad secundaria y pasiva. Los dioses, según ellos, sólo habitan la atmósfera. Son *Feng* (el Viento) y *Shui* (el Agua).

Más de una vez, el europeo o el norteamericano, después de haber construido una fábrica, una estación de ferrocarril o una chimenea de ladrillos, ve llegar en masa a la chinería de las intermediaciones, que protesta con desesperación, enumerando las calamidades caídas recientemente sobre la comarca. Esto se debe a que *Feng* y *Shui* están irritados por las obras groseras que obstruyen una atmósfera en la que se movían antes con desembarazo. Es el geomante más célebre del distrito quien ha hecho tal descubrimiento, gracias a su ciencia. Y los civilizadores del país no tienen otro recurso que buscar al sabio popular para conseguir con donativos secretos que cambie repentinamente de opinión. En ciertas ocasiones el geomante es un nacionalista hasta la xenofobia, que no admite regalos y cree de buena fe en sus revelaciones, aferrándose a ellas para que los extranjeros se alejen del país. El populacho insiste en sus protestas, y los mandarines encargados de la justicia ordenan, para restablecer la paz, la demolición de los edificios industriales, aunque el gobierno tenga que pagar una fuerte indemnización a sus dueños.

La tienda de campaña, origen y modelo de la arquitectura china, se repite siempre en extensión o en altura. Una torre de pagoda no es más que una sucesión de tiendas con los aleros cornudos, colocadas una sobre otra en armónica disminución. Los pequeños y ligeros edificios superpuestos deben ser forzosamente en número impar: cinco o siete por regla general. Los chinos aborrecen el número par y lo evitan en todas sus obras.

Templos y palacios están formados por aglomeraciones de edificios, siempre en figura de tienda, y teniendo por únicos materiales la madera y el azulejo. El mármol y el granito se reservan para los basamentos de las construcciones, para las escalinatas con barandillas admirablemente cinceladas, para los puentes de atrevida joroba, para los pavimentos de los patios, encerrados entre cuatro hileras

de edificios y por cuyo centro se desliza un curso de agua.

Las tres antiguas ciudades que forman la capital china han visto crearse otra más pequeña junto a la muralla de la ciudad tártara, en el lugar donde se alza la Puerta de Enfrente, dando paso a la avenida que atraviesa todo Pekín hasta el Palacio Imperial. Esta cuarta ciudad es el llamado barrio de las Legaciones, por vivir en él los representantes diplomáticos y todos los blancos residentes en Pekín. Es como un Estado independiente dentro del corazón de la China. Hasta tiene un ejército internacional para su defensa, y en el interior de sus fronteras no rigen las leyes ni las autoridades del resto del país.

El lector recordará indudablemente la sublevación de los bóxers en 1900 y la horrible situación en que se vieron los habitantes del barrio de las Legaciones. Estos bóxers, patriotas hasta la ferocidad, se sublevaron contra los «demonios blancos», exterminando a todos los individuos de nuestra raza que pudieron encontrar. El personal de las Legaciones, los exiguos contingentes militares que éstas tenían a su disposición y los europeos civiles que pudieron armarse sostuvieron una lucha desesperada durante varias semanas, hasta que llegaron los refuerzos enviados por las grandes potencias. Tuvieron que batirse uno contra mil, día y noche, sufriendo el hambre, la sed, el insomnio, la infección de la atmósfera producida por los cadáveres abandonados en las calles al pie de las barricadas. Como estaban seguros de perecer sometidos a horribles tormentos si caían en poder de los bóxers, se batieron con el heroísmo del que ha decidido morir, pero sin soltar las armas.

Además, el chino es poco propenso a las ofensivas a cuerpo descubierto, y prefirió atacar las Legaciones oculto en los edificios cercanos, con la esperanza de rendir a sus enemigos por el hambre y la sed.

Después de esta cruel experiencia, las naciones poderosas que desean influir sobre los destinos de la China mantienen en el barrio de las Legaciones unos contingentes militares dignos de respeto. Se ven en las calles de esta pequeña ciudad, edificada a estilo europeo, soldados ingleses, franceses, italianos y especialmente norteamericanos.

La Embajada de los Estados Unidos es enorme. Sus varios edificios están situados junto a una sección interior de la muralla que defiende a la ciudad tártara. Algunos de ellos son pabellones militares, idénticos a los de los cuarteles. Desde lo alto de la muralla se ven sus patios, y en ellos grupos de soldados con chambergos puntiagudos que hacen el ejercicio de fusil y practican el manejo de las ametralladoras. Además, dentro de la embajada están las dos enormes antenas de telegrafía inalámbrica que mantienen en comunicación segura a las Legaciones con el resto de la tierra.

Hoy no es probable un ataque de los patriotas exaltados contra este barrio. Las fuerzas militares de que disponen los embajadores en Pekín y en las concesiones diplomáticas del puerto de Tientsin ascienden, según parece, a unos ocho mil hombres, lo que representa, por la calidad de los soldados y por su material de combate, un ejército importantísimo, teniendo en cuenta la desorganización ruidosa y la propensión a huir, después de un ataque rechazado, que muestran las muchedumbres chinas.

No hacen los embajadores ostentación de dichas tropas. Únicamente se ven en las calles, con alguna frecuencia, soldados norteamericanos, lo que no resulta extraordinario, por ser el gobierno de los Estados Unidos el que ejerce mayor influencia sobre la República china. Soldados nipones apenas se encuentran, aparte de los centinelas que guardan la entrada de su legación; pero en Pekín ascienden a varios miles los tenderos japoneses, vigorosos, jóvenes, de sonrisa astuta. Según me dicen algunos diplomáticos, todo japonés tiene oculto en su tienda el uniforme y el fusil, y basta que su embajador lance una palabra para que media hora después formen en sus patios dos regimientos tan bien

organizados como los de la guarnición de Tokio, sin que nadie pueda adivinar de dónde surgieron.

Este barrio de las Legaciones es interesante y ameno a causa de las rivalidades ocultas, las ceremonias y las etiquetas exteriores, que forman el tejido de su vida diaria. Recuerda el mundo diplomático de Constantinopla antes de que fuese destronado el último sultán absoluto, cuando aún existían los privilegios internacionales de las capitulaciones. Las esposas de los diplomáticos reproducen en Pekín las elegancias y placeres de la vida occidental. Son frecuentes las fiestas de sociedad, los banquetes conmemorativos, las recepciones oficiales.

El primer hotel europeo de Pekín lo estableció, en pleno barrio de las Legaciones, la compañía europea de los Wagons-Lits y lleva este mismo título. Es un hotel de tipo francés, que algunos consideran algo anticuado. Recientemente, la influencia norteamericana creó el Gran Hotel de Pekín, edificio enorme, a semejanza de los de Nueva York, con vastas salas de baile y una feria de bulliciosas tiendas en su piso bajo. La tranquilidad actual de la China ha permitido la audacia de construir este albergue lujoso fuera del barrio de las Legaciones. En torno a él se están edificando casas a la europea para las familias occidentales, cada vez más numerosas. De ocurrir una revolución nacionalista, las fuerzas que guarnecen las Legaciones podrían defender con facilidad este nuevo barrio anexo.

Los que conocemos Pekín desde hace muchísimos años por nuestras lecturas preferimos el tranquilo y sectorial Hotel de los Wagons-Lits. Lo vimos mencionado siempre en los relatos de la lejana ciudad como única residencia de los europeos de entonces, y nos parece que instalados en él estamos más de veras en China.

Tengo un amigo y compañero de letras que ha residido en esta capital dos largas temporadas, y me conduce a muchos lugares cuyo conocimiento requiere una larga observación. Es el marqués de Dosfuentes, ministro plenipotenciario de España; diplomático que vive como un prócer de otra época, escritor que en su libro *El alma nacional* supo condensar como nadie lo mejor y lo más sano de nuestra raza. La Legación de España, edificio gracioso, de elegante sencillez, ha aumentado sus atractivos para la sociedad internacional de Pekín con las fiestas que da frecuentemente nuestro ministro. Gracias a él pude conocer en poco tiempo a todas las personalidades interesantes de este barrio célebre que asisten fielmente a sus comidas y recepciones.

En los primeros días causa extrañeza ver con qué naturalidad se desarrolla la vida europea dentro de esta urbe asiática tenida hasta hace poco por misteriosa. Parece imposible que a una distancia de dos docenas de años nada más, fuesen martirizados y hechos pedazos todos los blancos que pudo pillar la muchedumbre amarilla en sus calles. Las señoras van solas en plena noche a través del gentío chino, sin recibir el menor insulto; tal vez con más seguridad que en algunas ciudades europeas.

Al pasear por Pekín se nota inmediatamente la abundancia de policía y el método con que cumple ésta sus funciones. A cortas distancias hay agentes que con sus movimientos de brazos regulan la circulación. Sólo los pobres marchan a pie. Muchos chinos van en automóvil, y el resto de los transeúntes se vale del carrujito de ruedas ligeras, tirado por un solo hombre, que aquí se llama *ricsha*. En la gran avenida que parte longitudinalmente a Pekín, las *ricshas* forman filas de seis y de ocho, circulando por la derecha o la izquierda, según su dirección. Ninguno de los caballos humanos deja de obedecer los manoteos ordenadores de la policía. Además, cada cien metros hay una pareja de gendarmes con el fusil al hombro, más correctamente uniformados y de mejor cara que nuestros guardianes del ferrocarril.

Se adivina en toda la ciudad un orden firme y severo, una vigilancia continua e inexorable. Robos y homicidios abundan menos que en la mayoría de las capitales de Europa. El chino del norte, grande de estatura, sobrio en palabras, honesto en sus tratos, se parece muy poco al chino del sur, pequeño, bullanguero, astuto, propenso a la mentira, que es el más conocido en el mundo, porque junto con tan malas cualidades posee otras muy excelentes, que hacen de él un elemento valioso de emigración.

Después de comer en la Legación de España veo que una de las invitadas, señora joven y elegante, se vuelve sola a su casa a las once de la noche. Al extrañarme de ello, como de una audacia inconcebible, me dice con naturalidad que todas las noches hace lo mismo. Toma una *ricsha*, cuyo conductor no conoce la más de las veces, y se hace llevar por él a su domicilio, fuera del barrio de las Legaciones, a través de calles puramente chinas.

Nunca le ocurrió el menor percance. Jamás ha sentido la inquietud del miedo. En las vías solitarias encuentra siempre a un policía, con su gorra redonda galoneada de blanco y el revólver sobre una cadera. Otras veces es una pareja de gendarmes con fusiles al hombro y cargados.

No todos pueden decir lo mismo en la mayoría de las ciudades de Occidente, más peligrosas y desiertas después de medianoche que los senderos de una selva.

## Singularidades de la vida china

La ciudad más grande del mundo.—Las antiguas calles y sus muchedumbres.—Casas, muebles y gorros.—Los casamientos.—Los pies de las chinas.—Vanidad con que las mujeres a estilo antiguo aprecian su deformación.—Las damas manchúes.—La cocina china y sus horripilantes picadillos.—Vinos de animales.—Los cocineros chinos esparcidos por el mundo.—Sus caprichos de artista.—Lo que vio una dama al bajar a su cocina, y la respuesta del cocinero para que todos quedasen contentos.

A mediados del siglo XIX era Pekín la ciudad más grande del mundo. Londres encerraba escasamente millón y medio de habitantes; Nueva York y París, muchos menos. Pekín tenía el mismo vecindario que ahora: dos millones y medio de seres.

Su área era también superior a la de todas las grandes urbes de Occidente, por apreciarse las categorías de los personajes chinos con arreglo a la extensión de terreno que ocupan sus viviendas. Por eso en todas las construcciones de algún valor procuran los arquitectos engañar al visitante con perspectivas hábilmente dispuestas, que agrandan las proporciones de los edificios y especialmente la amplitud de los jardines.

La población de Pekín ha parecido siempre dos o tres veces más numerosa de lo que es en realidad, por las ceremonias de la etiqueta china y las costumbres especiales del país. En tiempo del Imperio ningún personaje salía a la calle sin ir en un palanquín llevado a hombros y con largo séquito de domésticos. Los mandarines allegados al emperador debían ir seguidos cuando menos de cien acompañantes. Los jueces, al dirigirse a los sitios donde administraban justicia, llevaban detrás de ellos todo su tribunal formado en procesión: secretarios, procuradores, alguaciles y litigantes. Los mandarines militares, a partir de un grado equivalente al nuestro de capitán, iban con una escolta de jinetes. Esta escolta, según la importancia del jefe, llegaba a convertirse en nutrido escuadrón. Todos galopaban sin orden determinado, pero procurando mantener al personaje en el centro del grupo.

Además llenaban las calles, de sol a sol, los pequeños cortejos de los particulares. Éstos se consideraban desprestigiados si no hacían sus visitas en un palanquín con numerosos servidores. Unos se relevaban para el sostenimiento de la pequeña casa portátil, otros llevaban los objetos usuales de su dueño: el quitasol, el abanico, la pipa, etc.

Otro motivo de gran afluencia en las calles del Pekín imperial era la costumbre de trabajar a domicilio, observada por los menestrales desde tiempos remotos. El carpintero, el herrero, el sastre, circulaban por la ciudad con sus oficiales y aprendices, llevando las materias y herramientas para su trabajo. Hasta los impresores iban a las casas de los letrados con su prensa, sus resmas de papel y sus tarros de tinta para imprimir libros. Los autores guardaban en su domicilio las planchas de madera grabadas, cada una de las cuales era una página, y no tenían más que sacarlas a la puerta para que el impresor fabricase en unas cuantas horas centenares de volúmenes, tirados en un papel sutil, de dobles planas, plegadas y sin cortar, forma que todavía subsiste.

El tercer motivo de aglomeración en las vías públicas era que en Pekín todo se hacía a brazo, y el transporte de maderos y ladrillos para las obras del gobierno y los edificios particulares exigía largos rosarios de atletas doblados bajo pesos abrumadores.



Hoy la vida antigua de la ciudad está modificada. Han desaparecido casi por completo los palanquines, como ocurrió en las ciudades japonesas. La *ricsha*, más ligera y que sólo exige un hombre para su manejo, ha democratizado la circulación.

Son los blancos quienes implantaron este nuevo medio de transporte en el Extremo Oriente. Algunos misioneros norteamericanos, viejos y achacosos, al establecerse en el Japón en 1860, se hicieron llevar por naturales del país en carrujitos de tal especie. Los japoneses se apropiaron la innovación, creando la *koruma*, y del Imperio del Sol Naciente han copiado el uso de su *ricsha* los chinos y otros pueblos asiáticos. Antes sólo podían ir en palanquín los mandarines y los comerciantes ricos; ahora todos los chinos que gozan de un pequeño bienestar usan la *ricsha*. Esto ha aumentado la afluencia en las calles, pero con un tono uniforme y oscuro, sin la brillantez colorinesca de los antiguos cortejos.

Algunos próceres chinos apegados a la tradición se niegan a aceptar el automóvil, como muchos de sus compatriotas que viajaron por los países occidentales. Tampoco se atreven a resucitar el antiguo palanquín, y dan sus paseos en unas berlinas azules, de ruedas doradas, con el interior forrado de seda gris perla. En estos carruajes vistosos, tapizados como un tocador de dama, no hacen mala figura los personajes de la antigua corte, chinos de aventajada estatura, algo gruesos, con ricas vestimentas de seda azul. Dos caballitos mogoles, de exigua talla con relación al vehículo, tiran de éste, y a veces se muerden entre ellos, obligando a echar pie a tierra a uno de los lacayos para ponerlos en paz.

Al ser de un solo piso, las casas están compuestas de numerosos pabellones separados por patios y jardines. Los chinos son los únicos en el Extremo Oriente semejantes a nosotros por su mueblaje. Se sientan en sillas y no en el suelo, comen sobre una mesa, duermen en camas. En sus salones, el gran lujo son los biombos. Sus diversas hojas contienen paisajes y escenas de la vida ordinaria, pintados con minuciosa observación. En todas las viviendas de alguna comodidad, los pisos tienen debajo de ellos tubos de piedra que transmiten el calor de una hoguera encendida en el subterráneo.

Una contradicción artística de este pueblo. Ama las líneas simples en su arquitectura; algunos de sus edificios célebres parecen diseños geométricos, y en cambio muestra horror por la línea recta cuando fabrica muebles y objetos de lujo. Talla la madera y los metales con ondulaciones reptilesas. Los contornos de sillas y mesas parecen estar formados con una interminable curva vermicular. El eterno modelo es un dragón, con sus enroscamientos escamosos.

Este pueblo que durante siglos vistió de un modo uniforme, obedeciendo las leyes suntuarias decretadas por el Hijo del Cielo, conserva por tradición el mismo corte de traje en los diversos grados sociales. La importancia de las personas se aprecia únicamente por la riqueza de las telas que usan.

La elegancia y el rango de cada uno se concentra en el gorro o solideo que cubre su cabeza. En él se exhiben los signos honoríficos, iguales a las condecoraciones que los mandarines civiles de Europa se colocan sobre el pecho en forma de cruces y los mandarines militares sobre los hombros en forma de charreteras. Cada tocado indica la categoría de su portador por medio del botón que lo termina. Unas veces el botón es de seda, otras de oro o de piedras preciosas, abarcando su simbolismo todas las dignidades, hasta las puramente literarias. Además, los mandarines letrados, para demostrar su alejamiento de los trabajos materiales, se dejaron crecer hasta hace poco las uñas de sus manos. Sólo las exhibían en días de ceremonia, guardándolas el tiempo restante metidas en fundas de bambú.

Bien sabida es la enorme influencia del llamado Código de los Ritos en este país ceremonioso. La

gran sabiduría para la China imperial consistió en conocer la mayor cantidad de palabras y todas las reglas de una complicadísima etiqueta. La escritura china, que es ideológica, no tiene letras sueltas. Cada signo es una palabra, y la gran ciencia consiste en poder guardar en la memoria veinte mil, treinta mil y hasta cuarenta mil de ellos, y tenerlos igualmente prontos al extremo del pincel que sirve de pluma. El que además llegaba a dominar todos los enrevesamientos interminables de la etiqueta se consideraba apto para los más altos cargos del gobierno, pues éstos se obtenían siempre por examen. Hoy todo ha cambiado, y los letrados que figuran en la República china saben algo más que palabras sin ideas o cortesías interminables y falsas.

La autoridad despótica del padre mantuvo hasta hace poco un régimen absurdo dentro de las familias. Los hijos nunca eran consultados para su casamiento, lo mismo que en el antiguo Japón. Con frecuencia, dos amigos faltos aún de descendientes se prometían de un modo solemnísimo unir en matrimonio los hijos que pudieran tener más adelante, si eran de sexo distinto. La solemnidad de tal promesa consistía en desgarrarse la túnica en dos pedazos, dándose recíprocamente la mitad. El Código de los Ritos protestó en vano contra estas absurdas costumbres. Los padres celosos de su poder absoluto siguieron casando a los hijos según su capricho o su interés, y vendiendo sus hijas al marido que ofrecía más.

En las provincias del interior todavía es el casamiento un juego de azar para el hombre. Como los chinos tradicionalistas mantienen a sus hijas reclusas, el que desea contraer matrimonio se vale de los oficios de viejas casamenteras, sometidas por las antiguas leyes, en caso de engaño, a severísimas penas, que algunas veces llegaban hasta la estrangulación.

A pesar de tales amenazas de la ley, las casamenteras, sobornadas por los padres, engañan casi siempre a los novios, exagerando descaradamente las gracias y los méritos de sus futuras. Como el marido ve por primera vez a su esposa al abrir la portezuela del palanquín que la trae a su casa, no le queda otro recurso, si le han engañado con falsos informes sobre su belleza, que devolverla inmediatamente a sus padres, dando por terminada la fiesta y despidiendo al ruidoso cortejo de músicos e invitados. Pero esto se ve con más frecuencia en las comedias chinas que en la realidad, ya que el marido, si adopta tal resolución, pierde el dinero que dio al suegro por obtener a su hija, así como los regalos que lleva hechos.

El juego es la gran pasión del populacho, desarrollándose este vicio especialmente en las provincias del sur. La diversión que más le entusiasma, los fuegos artificiales. Los pirotécnicos de Europa copiaron mucho de los de aquí, pero en realidad nunca han llegado a dar a sus obras la duración y el brillo de los fuegos chinos.

Hoy se usa en Pekín la tarjeta de visita como en Europa. La única variante consiste en estar impresa por ambas caras: a un lado en caracteres chinos, al otro en letras occidentales. En tiempo del Imperio, la tarjeta, originaria de aquí, era de enormes dimensiones, y tenía tres emblemas representando las tres felicidades más grandes que puede obtener un chino: un heredero, un empleo público y una vida larguísima, simbolizados por las figuras de un niño, un mandarín y una cigüeña.

Al circular por las calles de Pekín sentí inmediatamente cierta curiosidad que hace mirar al suelo a todos los extranjeros. Deseaba ver los pies de las chinas.

Una de las primeras reformas de la República fue abolir la bárbara costumbre que estropea los pies de las mujeres para hacerlos extremadamente pequeños. Ahora existe ya toda una generación de adolescentes con los pies intactos, iguales a los de las otras mujeres; pero a los pocos días de circular

por Pekín se van encontrando damas de la burguesía y de la aristocracia con las extremidades desfiguradas por tan absurda costumbre, muchas de ellas todavía jóvenes, de veintiocho o treinta años de edad.

Esta deformación no es de origen antiquísimo, como se imaginan algunos. Data del siglo x, y no se comprende cómo pudo generalizarse en tan vasto Imperio. Los invasores tártaros tuvieron el buen sentido de no imitar dicho uso de los vencidos, y sus mujeres, nueva aristocracia del país, dejaron crecer sus pies en libertad, sin considerarse por ello menos hermosas que las chinas tradicionales. Lo más censurable fue que las mujeres del pueblo, por imitar a las de arriba, comprimieron igualmente los pies de sus hijas, y millones de hembras han tenido que ganarse la subsistencia trabajando, a pesar de faltarles un sólido apoyo por culpa de sus extremidades deformadas.

Todos saben cómo se realiza esta tortura, obligando a las niñas a usar diminutos zapatos de metal, que sólo abandonan cuando son mujeres. Los dedos se doblan y se anquilosan, quedando adheridos a las plantas de los pies, y éstos no son al fin más que dos muñones dentro de un calzado que por su forma redonda se asemeja a las pezuñas de ciertos animales.

Las mujeres que sufrieron tal mutilación marchan con una dificultad que causa cierta angustia al observador la primera vez que las ve. Avanzan con igual movimiento que una persona montada en zancos; parece que sus rodillas no pueden doblarse; se balancean con un contoneo grotesco, semejante al del pato. Y sin embargo, los poetas chinos han cantado en el curso de los siglos este andar torpe, comparándolo con los balanceos de la flor, con el sauce llorón, etc.

A pesar de la dificultad que sufren en sus movimientos, siempre están las chinas dispuestas a pasear, y lo que lamentan es que sus esposos y padres no les concedan mayor libertad. No es la deformación de sus pies lo que las hace sedentarias, sino la dureza del régimen familiar. Todas llevan pantalones de seda azul, muy anchos de boca, y resulta cómico y triste a un tiempo ver salir de dicha funda ondeante una pantorrilla enjuta, toda hueso, con media blanca, rematada por un muñón y una pezuñita de raso negro, sostenida por cintas, que hace oficio de zapato.

Según dicen algunos que por sus observaciones íntimas pueden estar bien enterados, esta estúpida amputación pedestre anquilosa la pantorrilla femenil, haciéndola de una delgadez esquelética, pero en cambio engruesa el muslo y sus vecindades superiores, particularidad plástica que parece muy de acuerdo con la estética china. He encontrado en los museos y jardines ex imperiales muchas de estas damas balanceantes y casi faltas de pies. Reían con cierta vanidad al notar nuestra sorpresa y la atención con que mirábamos sus extremidades. Exageraban sus movimientos para que no sintiésemos duda alguna sobre su agilidad. Hacían toda clase de remilgos y monadas, como niñas traviesas.

Las mujeres chinas son más grandes que las del Japón. Algunas de ellas, a no ser por sus ojitos oblicuos, pasarían por europeas, a causa de su tez blanca y sus formas redondeadas. Todas se pintan el rostro, jóvenes y maduras. Emplean el negro para dar a sus cejas la forma de un semicírculo y se colocan una mancha de bermellón en el labio inferior. Las damas de origen manchú usan como signo de nobleza el peinado de su raza, un lazo parecido al de las alsacianas hecho con sus cabellos. Las más de las chinas son de naricita corta; las manchúes tienen un perfil aquilino y soberbio de raza de presa.

Otro signo de aristocracia histórica en estas últimas es el no usar ningún carruaje de origen europeo. Su vehículo nobiliario está representado por la vieja carreta manchú. Yo he visto en un camino, cerca del Palacio de Verano, a varias princesas de la antigua corte imperial, una de ellas tía

del joven ex emperador. Todas iban pintadas y con su peinado en forma de lazo, ocupando una especie de carreta de labriego tirada por dos caballitos manchúes. Sus asientos eran almohadas puestas sobre el fondo de tablas del vehículo, y como éste carecía de muelles, en cada bache de la ruta sus altezas y excelencias tenían que agarrarse a los varales para no rodar fuera de él. Una pintora norteamericana, antigua retratista de la emperatriz regente, que tuvo la bondad de mostrarme el Palacio de Verano, hizo detenerse la carreta para saludar a las amigas de su época gloriosa, y yo gocé el honor de cruzar varias sonrisas con estos fantasmas del pasado, sin entender ninguna de sus palabras.

Gracias a la cocina del país volvemos a encontrar la China de costumbres extrañas y originalidades desconcertantes que tanto nos asombró de niños en los libros. Los gastrónomos de esta tierra son los que han hecho retroceder hasta un límite más remoto el catálogo de las materias utilizadas por el estómago humano. En las carnicerías venden gatos y perros, que, según afirman los conocedores, fueron cebados con arroz, estando sujetos a una argolla día y noche para su engorde. Como este consumo podría ser causa de que las ratas, libres de enemigos, se multiplicasen de un modo peligroso, también las venden en los mismos establecimientos, desolladas y formando manojos de a docena, unidas por los rabos. El chino aburrido de comer arroz con cerdo emplea dichas carnes como variantes. ¡Y pensar que este país es el del faisán, abundando tanto como la gallina!...

La gran especialidad gastronómica nacional es la de los picadillos que se sirven al principio de todo banquete. Hay unas cuarenta clases de picadillos, entrando en tales platos los componentes más inverosímiles: gusanos de tierra, cucarachas enormes, de un negro brillantísimo, que he visto vender en las calles, huevos empollados con sus pequeños fetos, capullos de seda hervidos conservando sus larvas...

Salsas y trituraciones modifican el aspecto y el gusto de estos picadillos. En idéntica forma son presentados los famosos nidos de golondrinas, filamentos gelatinosos, iguales por su aspecto a los fideos, y la aleta dorsal del tiburón, de la que se utiliza solamente las fibras de su base.

Algunos de estos manjares, que repugnan a nuestros estómagos, resultan costosísimos. Para hacer un simple plato de picadillo hay que dar caza a un tiburón, empleándose únicamente de tan enorme organismo un pequeño manojito de filamentos pegado al lomo.

He procurado evitar el conocimiento directo de estas singularidades gastronómicas; pero no me espantan ni me escandalizan. Mi humilde estómago europeo data de unos cuantos siglos nada más y está próximo aún a la nutrición monótona de nuestros silvestres antepasados. El estómago chino cuenta con una historia de 5.000 años, tiempo suficiente para que cocineros y comilones refinados llegasen en fuerza de inventos y caprichos a las más remotas y disparatadas combinaciones.

Nosotros también saboreamos manjares y bebemos líquidos que hubiesen dado náuseas a nuestros bisabuelos y tal vez a nuestros abuelos. Hoy mismo, la mayoría de las gentes que viven en los campos y en los barrios pobres no llegan a comprender cómo las personas de educación superior comen ostras y otros mariscos crudos, quesos fermentados abundantes en gusanos, o beben cerveza y ciertos aperitivos hediondos.

Muchos chinos opulentos se han arruinado dando banquetes a sus amigos. Estas comilonas, inverosímiles para los blancos, duran a veces una noche entera, desfilando sobre la mesa los platos más inauditos. Los patricios de Roma, con sus lampreas devoradoras de esclavos, no llegaron a la costosa extravagancia de los próceres chinos.

Las supersticiones de la farmacopea nacional influyen en la confección de las bebidas. En algunas

ciudades del sur hay restaurantes famosos por sus bodegas, repletas de venerables tinajas que únicamente son abiertas para los conocedores ricos, capaces de pagar dignamente su contenido. Estas vasijas preciosas guardan «vino de mono», «vino de culebra», «vino de pollo», llamados así porque hace años se hallan dichos animales en maceración dentro de la tinaja, comunicando al líquido sus cualidades especiales. Según parece, el vino de mono es un excelente afrodisíaco; el de pollo evita las enfermedades del pecho, y el de reptiles da valor y ligereza. Algunos europeos que por engaño probaron el picadillo de gusanos de seda me afirman que tiene un sabor parecido al de las castañas hervidas.

Sin embargo, el chino es un excelente guisandero, y se le encuentra ahora en las cocinas de muchos hoteles, de muchos trasatlánticos y de importantes casas de América, lo mismo del Norte que del Sur. Siente una verdadera vocación por la química nutritiva, asimilándose fácilmente las combinaciones gastronómicas de los blancos. Luego las perfecciona con su paciencia sonriente y su despierto ingenio. Muchos arroces inventados por ellos figuran entre los mejores platos de la cocina moderna. En las ciudades de los Estados Unidos, los restaurantes chinos atraen siempre numerosa clientela. Las familias más acomodadas de algunas capitales de la América del Sur aprecian mucho a los cocineros chinos, por su laboriosidad y por las novedades que añaden a los guisos del país.

De vez en cuando estos amarillos, con su nerviosidad de artistas mimados, se permiten caprichos semejantes a los de un tenor célebre. Todos son jugadores, y al ir por la mañana al mercado, antes de hacer sus compras entran en el café de algún compatriota, para dedicarse con otros chinos a juegos de azar, de nombres poéticos y resultados terribles. Si pierden, dan a comer a sus amos con una parquedad inexplicable, cual si la población hubiese quedado sitiada de pronto. Cuando ganan, los sorprenden con un banquete inaudito, cual si se hubiesen trastornado las leyes económicas y todo lo diesen gratis en el mercado.

Lo peligroso en estos artistas admirables es que sienten con frecuencia la nostalgia del remoto país al que serán llevados cuando mueran, ya que para eso pagan todos los meses su cotización a una empresa encargada de repatriar cadáveres amarillos. Recuerdan los platos que comieron en su niñez guisados por su madre, y procuran resucitar en el fogón esta época de la vida, que es siempre para todos la más conmovedora...

En una ciudad histórica de América del Sur, los convidados de una familia aristocrática se hacían lenguas de cierto caldo preparado por el cocinero chino de la casa. Era un secreto profesional que el «maestro» se negaba a revelar.

La señora, excitada su curiosidad por el mutismo sonriente del chino, bajó un día a la cocina para sorprender el misterio de la marmita burbujeante. Al levantar la tapa y ver su interior, dio un grito de espanto. Una rata enorme subía y bajaba a impulsos del hervor, derramando sus jugos en el líquido.

Como la dama insistiese en sus exclamaciones de asco, el artista amarillo creyó llegado a su vez el momento de enfadarse. ¿A qué tantos extremos de asombro, como si presenciase algo inaudito?... Que cada cual siga sus gustos; lo importante es vivir todos en paz, tolerándose. Y en su español balbuciente y propenso al tuteo, dijo a la señora:

—No grites; todo arreglado. Caldo para ti, rata para mí.

## Templos y filósofos

El templo del Gran Lama.—La capilla secreta.—Un milagro. —Doctores y bachilleres en armas.—Laotzé y Confucio.—El templo de Confucio y el Salón de los Clásicos.—Culto de la República china a Confucio.—El templo del Cielo.—El simbolismo del número 9.—La ceremonia imperial en el solsticio de invierno.—El templo de la Agricultura.—Cómo araba todos los años el Hijo del Cielo.—Progreso de la agricultura china hace miles de años.—Su abono predilecto y más precioso.—Cómo se produce públicamente en calles y caminos.

En el extremo norte de Pekín, cerca de la muralla de la Ciudad Tártara, esparce sus diversos edificios el templo del Gran Lama, famoso en otros siglos. Más que templo es un vastísimo monasterio, habitado por bonzos venidos del Tíbet, a los que se unieron chinos budistas deseosos de recibir las doctrinas guardadas durante largos siglos por el Gran Lama en su misteriosa ciudad de Lhasa. Este templo de Pekín llegó a albergar 1.500 bonzos proveyendo los emperadores a la manutención de todos ellos y haciendo además cuantiosos donativos para embellecer y agrandar sus construcciones.

Mientras duró el Imperio, el templo del Gran Lama y su seminario de bonzos fueron tan cerrados y hostiles al extranjero como la Ciudad Prohibida. Con el triunfo de la República, llegaron para este monasterio la pobreza y el olvido. Los republicanos chinos son indiferentes en materias religiosas o profesan la filosofía de Confucio, el más alto personaje nacional.

Para poder vivir han abierto los bonzos el templo del Gran Lama y lo muestran lo mismo que un museo. Algunos de ellos hasta aprendieron unas pocas palabras de inglés para pedir propina a los visitantes.

Como todos los monumentos chinos, es una agrupación de edificios sueltos, con patios enlosados de granito y un jardín de cedros seculares. En todo el Extremo Oriente no he visto nada que dé una impresión tan absoluta de vejez como este templo caído en la pobreza. Los edificios de Occidente, hechos de piedra, adquieren con el abandono y la ruina un aspecto sombrío y majestuoso. Las construcciones asiáticas, compuestas de mármol cincelado que toma a través de los siglos un tono de marfil con caries, de ladrillos vidriados, de tejas coloreadas y barnizadas, de maderas que se desconchan dejando caer escamas de laca y de oro, hacen pensar en una momia de las que mantienen sobre su costillaje, al quedar expuestas a la luz, harapos bordados, restos de afeites, perfumes corrompidos, joyas empañadas por la tierra y los zumos cadavéricos.

Esta pagoda, majestuosa en otro tiempo, tiene ahora sus techumbres cubiertas de matorrales. Una variedad innúmera de plantas parásitas silvestremente floridas ha surgido entre las tejas, separándolas con el empuje de sus raíces. Los cuervos, eternos figurantes de todo cielo de Asia, revolotean sobre los patios o se alinean en los aleros, lanzando graznidos. Las maderas enormes de los techos están acribilladas por la carcoma y dejan caer poco a poco su corazón hecho polvo. Las columnas pierden sus estucos rojos y se motean de blanco con la viruela de la vejez.

Los habitantes de este monasterio parecen igualmente decrepitos y sonrían con una melancolía fatalista. Son bonzos sin edad, seres inclasificables, que tienen en el rostro una expresión de fanatismo y de rutina. Las ideas generosas del dulce Gautama se modificaron al ser interpretadas por numerosas

generaciones de sacerdotes profesionales, y hoy no son más que un pretexto para ceremonias. Estos monjes del budismo han perdido de vista a Buda. Sólo conocen los actos del rito y los repiten automáticamente, sin sospechar su significado.

Vemos en uno de los santuarios la estatua gigantesca de Maitreya, o sea el Buda chino, imagen jovial, carillena, extremadamente panzuda, que hace reír a los mismos sacerdotes que le rinden culto. ¡Cuán lejos este coloso grotesco del sereno y noble solitario de Kamakura, esculpido igualmente por chinos!...

El interior de los santuarios es tan vetusto como las fachadas. Brilla el oro por todas partes, pero un oro agrietado, de resplandor agonizante, con grandes manchas negras. Algunos bonzos, para atraerse la generosidad de los curiosos, hacen sonar los dos instrumentos litúrgicos de todo templo budista: la campana y el timbal. Otros más inferiores, que son a modo de sacristanes, se han puesto su traje de ceremonia para guardar las puertas, manto rojo y anaranjado, con un gorro puntiagudo de idénticos colores, que recuerda la montera con que los artistas simbolizan a la Locura.

En las primeras horas de la mañana, cuando los bonzos celebran sus oficios, el aspecto general del templo ofrece todavía cierta magnificencia. Los oficiantes llevan sus capas pluviales rojas, de color de limón o de azafrán, parecidas a las del culto católico. Las únicas riquezas que conserva la pagoda de su esplendoroso pasado son las vestiduras rituales, regaladas muchas de ellas por remotas emperatrices.

Uno de los servidores del templo, mediante una propina extraordinaria, nos abre cierto santuario que puede llamarse secreto. En otros tiempos sólo lo veían los emperadores, y ahora, para entrar en él, hay que aprovechar la ausencia de los bonzos más importantes. Este pequeño y misterioso escondrijo contiene varias imágenes fálicas, traídas del Tíbet hace siglos, que representan el acto de la procreación con un naturalismo sin tapujos. Además, el sacristán budista nos proporciona las señas de ciertos artífices chinos que venden reproducciones en bronce de estas esculturas divinas, tan solemnemente ingenuas, que a pesar de sus gestos no resultan pornográficas.

Otro de los servidores, decrépito y vacilante, como todo lo que nos rodea, cuenta con balbuceos, traducidos por nuestro intérprete, la historia milagrosa de un Buda de cara feroz que toca el techo con su cabeza. Todo él está tallado en un árbol del Tíbet. Un emperador de Pekín vio en sueños la imagen, y envió a un santo bonzo a la remota ciudad tibetana para saber si realmente existía. El hombre de Dios encontró la imagen en Lhasa, y sin vacilar se la echó auestas, emprendiendo el regreso a la China. (Necesito advertir que la imagen es un coloso de varios metros de altura y pesa indudablemente una cantidad respetable de toneladas. Pero en materia de milagros deben pasarse por alto estos pequeños detalles.) En su viaje de vuelta tuvo que atravesar el bonzo la Siberia rusa, y como no conocía el idioma del país se vio en grandes peligros. Pero el Buda que llevaba a sus espaldas era poseedor de todos los idiomas de los hombres y se encargó de hablar en ruso por él, sacándolo de apuros.

A pesar de la pobreza mental de sus actuales habitantes, este monasterio despierta gran interés cuando se recuerda lo que representó para China, hace muchos siglos, la introducción del budismo. La nueva religión despertó la vida espiritual del país. Numerosos chinos, ansiosos de saber, emprendieron largas y penosas peregrinaciones hacia el remoto Tíbet, donde eran guardados en toda su pureza los recuerdos y las doctrinas de Buda. Tuvieron que atravesar países bárbaros, siempre en guerra; arrostraron la esclavitud y la muerte, y tales viajes emprendidos con un fin puramente teológico

servieron para aportar a la cerrada China nociones geográficas y relatos de costumbres de otros pueblos, hasta entonces desconocidos.

En las inmediaciones del templo del Gran Lama existe el de Confucio y su anexo llamado el Salón de los Clásicos.

Confucio es el primero de los chinos. De los quinientos millones de seres que pueblan este país, muy pocos recuerdan los nombres de sus emperadores, ni aun los de aquellos que figuran gloriosamente en su historia. Pero ninguno ignora quién fue Kung-Tsé, nombre chino de Confucio. No hay ejemplo de que un varón ilustre de Occidente haya llegado a una celebridad tan absoluta. En este país, donde cargos y honores no son transferibles, y los herederos de los mandarines más poderosos vuelven a sumirse en las últimas capas sociales si no logran a su vez conquistar por el estudio y el examen la posición de sus padres, la única nobleza reconocida es la de los descendientes de dicho filósofo. La República, que se muestra ajena a todas las religiones del país, ha acrecentado aún más la fama de Confucio, tributándole un culto nacional. En ningún pueblo se vio jamás rendir tales honores a un moralista, conservándole su condición simple de hombre, sin pretender convertirlo en hijo de Dios.

En realidad, el pueblo chino, a pesar de su rutinarismo, fue siempre el más respetuoso para la inteligencia, y este respeto viene durando miles de años, sin ningún eclipse. Los invasores mogoles y manchúes eran bárbaros de a caballo, que sólo creían en la fuerza y encontraban insípida la existencia sin las aventuras y peligros de la guerra. Y sin embargo, para poder reinar sobre tan vasto Imperio, tuvieron que amoldarse a las costumbres tradicionales, dejando que marchasen en su cortejo los mandarines letrados a la derecha y los mandarines militares a la izquierda.

Los antiguos ejércitos chinos hasta tenían una organización literaria. Los jefes y oficiales se titulaban, según sus grados, «doctores en armas» y «bachilleres». Para ser bachiller bastaba manejar hábilmente el sable, la espada y la ballesta, dando pruebas, en un riguroso examen, de estar ejercitados igualmente en la equitación y la gimnasia. El grado de doctor sólo se otorgaba a los que poseían conocimientos profundos de estrategia y eran capaces de dirigir un ejército y atacar o defender una plaza.

Mostraron los emperadores tártaros gran empeño en dar el primero de los lugares a los «graduados en armas», pero no pudieron conseguirlo. La opinión pública estableció siempre una diferencia entre los doctores civiles y los doctores militares, respetando más a los primeros. Muchos siglos antes de Cicerón, este pueblo había puesto en práctica su *Cedant arma togae*.

Confucio tiene un predecesor, el moralista Lao-Tseu o Laotsé. Este espíritu puro y superior vivió seiscientos años antes de nuestra era y un siglo antes que Confucio. Pero Laotsé tuvo la desgracia de dar motivo después de muerto a una religión de supersticiones y magias que es la seguida por el populacho chino, y esto ha rodeado su memoria de un sinnúmero de leyendas que la desfiguran de un modo lamentable. El fondo del llamado taoísmo es una filosofía que recomienda el anonadamiento de las pasiones materiales, el alejamiento de los placeres del mundo, la contemplación de la naturaleza divina para confundirse con ella, como las aguas de una fuente vuelven al mar del que proceden.

No creó Confucio una religión, pero su vida pura sirve de ejemplo a todos los chinos. En las escuelas se repiten sus aforismos morales y sus cantos elegíacos, pues este filósofo fue al mismo tiempo un poeta y un amante apasionado de la música.



Haciendo un breve parangón entre los dos grandes conductores del pueblo chino, puede decirse que Laotsé se preocupó más del hombre que de la humanidad. Según él, la vida es un período transitorio y su objeto principal debe ser puramente contemplativo. La filosofía moralista de Laotsé resulta estéril para la felicidad común. Confucio, por el contrario, pensó en la sociedad más que en el hombre, fundando aquélla sobre las leyes de la más generosa moral. Para él, la virtud no consiste únicamente en abstenerse de acciones condenables. Hay que ser útil además a los otros seres, contribuyendo activamente a la felicidad de todos.

El uno considera la civilización como causa de la decadencia del género humano; el otro la acepta como el mayor destino del hombre sobre la tierra. El primero se pierde en las profundidades de la metafísica, el segundo propuso leyes y costumbres, muchas de las cuales rigen hoy la vida superior del pueblo chino. Laotsé fue un gran filósofo, Confucio un gran legislador.

«Responde al mal con la justicia y a la bondad con la bondad.» Así habló Laotsé cuando aún faltaban seis siglos para el nacimiento de Jesús. «Trata a los demás hombres como tú deseas que te traten a ti.» Esto lo dijo Confucio quinientos años antes de la era cristiana.

Mientras en los otros países se dedicaban templos a dioses imaginarios y muchas veces crueles, la nación china los elevó a un simple hombre, porque fue apóstol de la dulzura humana; de la moral y la virtud. El templo de Confucio en Pekín es de majestuosa simplicidad, muy grande, pero solemnemente vacío. Sus paredes no contienen imágenes; su principal adorno es una calma absoluta. Las columnas y las murallas, de un rojo uniforme, sólo tienen ligeros toques de oro. Después de haber visto la exorbitante profusión de dioses y monstruos en las pagodas, los ojos parecen descansar placenteramente en este vasto local sin ídolos y sin tallados. En el centro, como único adorno, hay un ramo gigantesco de lotos surgiendo de un vaso de bronce de iguales dimensiones.

Nichos abiertos en los muros de color sanguíneo contienen pequeños obeliscos de piedra. En sus lados están grabadas sentencias morales de los filósofos a cuya gloria fueron erigidos estos monumentos simples. La piedra de Confucio es más grande y parece presidir a las otras, ocupando un sitio preferente, el mismo del altar mayor en los templos. A ambos lados de ella están las piedras representativas de sus cuatro asociados (uno de los cuales fue su célebre continuador Mencio), de sus doce discípulos más ilustres, y de setenta y dos discípulos menores, alineados con arreglo a fechas y méritos.

En este panteón severo, que nunca guardó cadáveres, y en la próxima sala, llamada de los Clásicos, donde se reúne algunas veces la Academia de Pekín, no se desarrolla ningún acto con carácter religioso. En realidad, Confucio fue un moralista que se mantuvo al margen de las religiones positivas. Todas, incluso el catolicismo, pueden admitir su moral y amoldar a sus doctrinas la personalidad del filósofo. Sólo una vez por año el presidente de la República viene al templo con su cortejo de grandes funcionarios —como venía antes el emperador— para tributar un homenaje al más grande de los chinos en presencia de los alumnos de las escuelas, y una música acompaña los coros de voces infantiles cuando éstas entonan los viejos himnos del poeta de la moral.

Los dos templos indiscutiblemente más antiguos de Pekín se hallan en el extremo opuesto, al principio de la Ciudad China, según se llega por el camino del sur, y en ellos se ha rendido culto hasta hace poco a las nociones religiosas de las primeras dinastías, con ceremonias que datan de más de tres mil años. Son el templo del Cielo y el templo de la Agricultura.

Cada uno de ellos está formado por una aglomeración de capillas y los dos tienen en torno un parque de árboles centenarios, que adquirieron enormes proporciones. Únicamente separa a ambos parques sagrados la famosa calle de Enfrente, al avanzar recta por el centro de Pekín desde la puerta de igual nombre en la muralla de la Ciudad Tártara, a la puerta del sur que da entrada a la Ciudad China.

La puerta y la calle se llaman de Enfrente (Chien-Men) porque están en el mismo eje que pasa por el centro del palacio imperial y por mitad también del Salón del Trono, donde daba audiencia el Hijo del Cielo. Éste, sin moverse de su asiento, si hacía abrir las puertas de los tres recintos fortificados de la Ciudad Imperial y la puerta del muro de la Ciudad Tártara, podía ver toda la longitud de la calle de Enfrente, bordeada de edificios y hormigueante de muchedumbre, en una extensión de diez kilómetros.

Una vez al año seguía el emperador este camino para ir al templo del Cielo. Esta solemnidad era el día del solsticio de invierno. Jamás en el resto del año atravesaba el divino monarca las calles de su capital. No por ello lograban los súbditos ver su rostro el día de la citada fiesta. Los habitantes de la calle de Enmedio debían permanecer recluidos en sus casas, con pena de muerte si osaban mirar por una rendija. Las calles adyacentes quedaban cerradas con altas vallas. Debía ser un espectáculo interesante la marcha lenta y aparatosa del cortejo imperial por esta amplia avenida, completamente desierta.

Hace ocho años todavía era el Chien-Men la calle más «pintoresca» de la China. Hoy sus edificios siguen ocupados por los primeros comercios de Pekín; pero un incendio destruyó las antiguas fachadas de sus tiendas, todas ellas con celosías cubiertas de oro viejo y la madera tallada en forma de flores, ramajes y dragones.

El comerciante chino, inventor del anuncio, sigue poniendo en sus puertas grandes tableros avanzados sobre la calle, con inscripciones doradas y dibujos quiméricos en sus dos superficies. Dicho ornato industrial da una originalidad animada y colorinesca al Chien-Men, de perspectiva interminable. Pero los que pudieron ver esta calle antes del incendio se hacen lenguas de la suntuosidad artística que ofrecían las fachadas de sus tiendas, cubiertas de sólidos encajes dorados.

Atravesamos las avenidas del parque que rodea el templo del Cielo. Es tan extenso este bosque situado en el interior de una ciudad amurallada, que hay que usar la *ricsha* para visitar todos los edificios esparcidos en sus arboledas. Se comprende la admiración de los primeros blancos que visitaron Pekín cuando las grandes urbes de Europa aún no habían trazado sus parques actuales. Resultaba inaudito encontrar dentro de una ciudad fortificada estas arboledas de límite invisible, que parecen crecer en pleno campo. Además, el Chien-Men era entonces la única calle del mundo con cincuenta metros de anchura.

Vamos visitando los edificios sagrados anexos al verdadero templo. Estas construcciones, no muy altas, tienen sus gruesos muros pintados con un rojo oscuro de sangre, que es aquí el color de las construcciones majestuosas y cubre uniformemente palacios y templos. Las tejas son de un azul cerúleo, en armonía con el culto celeste. Puentes de mármol se encorvan sin objeto sobre anchos fosos invadidos por la hierba. Antes corría por estos canales un agua verdosa y clarísima, en la que nadaban todas las especies fantásticas e inverosímiles de la fauna fluvial del país: peces rojos, dorados, violeta, de ojos telescópicos y monstruosos, arrastrando una larguísima falda transparente de bailarina,

moviendo sus nadaderas sutiles y amplias como manteletas de encaje.

Subiendo escalinatas de mármol partidas por el «sendero imperial», llegamos al altar del sacrificio. A primera vista parece demasiado bajo, en relación con la arboleda y los otros edificios del parque. Pero los chinos no aman la enormidad en sus monumentos; buscan su belleza en la armonía de las proporciones, con arreglo a la educación de sus ojos. Este altar se compone de tres torres bajas y anchas, superpuestas en ángulos entrantes. Los tres rellanos son de mármol blanquísimo y uniforme, habiendo concentrado los escultores toda su labor en las barandas.

Cada una de dichas mesetas está separada de las otras por escalinatas de nueve peldaños. El 9 es el número sagrado de los chinos, como el 7 lo fue de los pueblos cristianos. La primitiva religión del país tiene nueve cielos; su antigua ciencia da a la tierra nueve grados; las divisiones del tiempo y del espacio se basan siempre sobre el citado número.

Subía el emperador, en una mañana brumosa y frígida de nuestro mes de diciembre, a la plataforma más alta de dicho altar, para rendir sacrificio a sus padres, los señores del cielo. En esta ceremonia vestía una túnica de piel de cordero negro, forrada interiormente de zorro blanco, y encima un gabán de seda, en el que estaban bordados los dos dragones celestiales, el sol, la luna y las estrellas.

Él era el único que se erguía en la última meseta del cono truncado. Los personajes de su séquito quedaban inmóviles en los peldaños de las tres series de escalinatas: los letrados a la derecha, los guerreros a la izquierda. Y el soberano iba ofreciendo a los espíritus celestes las viandas preparadas para esta ceremonia, los rollos escritos en pergamino y en seda, un novillo sin ningún defecto, un disco de lapislázuli. El público silencioso de altos dignatarios no ignoraba que el Hijo del Cielo se había preparado para esta ceremonia con ayunos y largos exámenes de conciencia, siendo la pureza de su alma y los virtuosos deseos de hacer a su pueblo feliz la principal ofrenda dedicada a sus mayores, que le estaban mirando desde lo alto del cielo.

Iba acompañada la ceremonia por músicas litúrgicas. En un pabellón de este mismo parque se guardan muchos instrumentos empleados en dicha fiesta. Son grandes tambores, címbalos y gongs. También hay arpas enormes que tienen por base cisnes y perros azules con melena de león.

Después del triple altar se llega por una avenida al verdadero templo del Cielo, especie de rotonda cuya cúpula se halla sostenida por columnas de laca roja. En sus muros circulares brilla una falsa primavera de flores de oro.

Seis religiones vienen existiendo en la China hace muchos siglos. Tres de ellas poseen a la mayoría de la nación: el taoísmo, el confucionismo y el budismo. (El taoísmo es la religión basada en las doctrinas de Laotsé. Éste llamó *Tao* a la razón que gobierna el mundo, o sea la suprema virtud.) Además, el islamismo, el cristianismo y el judaísmo tienen numerosos adeptos. Sus comunidades resultan sin embargo de poca importancia comparadas con la enorme cifra de la población china; los cristianos no pasan de dos millones; los judíos son menos, y los mahometanos, más numerosos, sólo llegan a veinte millones.

El confucionismo es la religión de los letrados; el taoísmo y el budismo, religiones del pueblo, cuentan sus fieles por centenares de millones. Las tres se asocian fraternalmente, tomándose unas a otras doctrinas y ritos y absteniéndose de todo proselitismo. A pesar de su tolerancia miran con recelo a los misioneros cristianos, porque se han inmiscuido muchas veces en los asuntos políticos del país, protegiendo a terribles malhechores convertidos a sus creencias para escapar a la justicia. Tampoco aman a los chinos musulmanes, a causa de su insurrección en 1856, que duró nueve años.

Los emperadores, respetuosos siempre para las varias religiones de sus súbditos, sólo rendían culto al cielo y manifestaban además un agradecimiento místico a la tierra arada, sustentadora de la nación.

El templo de la Agricultura, vecino al del Cielo, tiene un parque menos extenso que el de éste, pero sus proporciones resultarían extraordinarias en muchas capitales de Europa. El mismo emperador, que ofrecía con sus manos un tributo a los dioses celestes en el solsticio de invierno, celebraba otra ceremonia religiosa al llegar la época en que son aradas las tierras. En presencia de sus cortesanos y con todo el aparato de un acto de gobierno, el Hijo del Cielo empuñaba la esteva de un arado amarillo al que iban uncidos dos bueyes con cuernos dorados y labraba un trozo de campo sin ayuda de nadie, sembrándolo después.

Éste es el pueblo que dio a la humanidad la seda, el arroz, el naranjo y otros frutos preciosos. La corte imperial, al venerar religiosamente el cultivo de la tierra, adoraba la gloria de su propia nación.

La maestría y el entusiasmo aportados por los chinos a las labores agrícolas han acabado por hacer sufrir una molestia obsesionante a los extranjeros, dificultando su vida mientras permanecen en el país. Estos agricultores intensivos se preocuparon de los abonos hace miles de años, cuando nadie en nuestro mundo tenía la menor idea de lo que pudiera ser un fertilizante. Y de todas las materias que reconstituyen y tonifican las fuerzas germinativas del suelo, la más preferida por ellos es la de procedencia humana.

Ya dije algo de esta predilección con motivo de cierto encuentro en una calle de Kioto. Es verdad que el chino mezcla la citada materia con otras para dosificar sus energías fecundantes, pero no resulta menos cierto que todas las plantas de sus admirables huertas tienen al pie invariablemente algo que pasó por una letrina.

En los hoteles importantes de Pekín y otras ciudades, los directores, para tranquilidad de la clientela, fijan un anuncio en el vestíbulo afirmando rotundamente que todas las hortalizas preparadas en su cocina proceden de terrenos propiedad del establecimiento cultivados a estilo europeo.

Ríe el chino de los escrúpulos y ascos de la gente occidental. Establece comparaciones entre el estiércol podrido de cuadra que empleamos en nuestros campos y la materia preferida por él, no pudiendo comprender por qué razón los detritus de las personas deben ser más repugnantes que los proporcionados por los animales, y acaba compadeciéndonos, como si fuésemos unos niños incoherentes y caprichosos.

Como el abono humano es el más apreciado de todos, el acto de producirlo no representa algo vergonzoso e inmundo, como en nuestros países, desarrollándose públicamente con la mayor tranquilidad. Dentro de Pekín, la policía de la República vela por dar a la capital una disciplina europea, y no permite en las calles principales estos desahogos a lo chino, tan apreciados por la agricultura. Pero al pasar en *ricsha* o automóvil por las vías apartadas o por las afueras, siempre se encuentra algún chino en cuclillas, con un pedazo de diario en la mano, cuya lectura no le interesa, y que sonrío al transeúnte sin cambiar de postura. Algunas veces no está solo, y a continuación de él se extiende una larga fila de compatriotas con el mismo encogimiento y no menor tranquilidad.

Todo agricultor se preocupa de instalar en sus campos una letrina cerca del camino para que la use el viandante. Escoge para esto el lugar más agradable: la sombra de un árbol frondoso, un grupo de arbustos floridos. Hasta hay quien afirma que los más letrados colocan en dichos lugares carteles con versos, rogando al transeúnte que haga alto y deje su recuerdo.

Pero yo no los he visto.

## La Ciudad Prohibida

Los mares y las montañas de los jardines imperiales.—La Montaña del Carbón.—El árbol sentenciado a cadena perpetua por lesa majestad.—Los guardianes de la República. Los grandes patios de mármol y sus ríos.—Los tesoros del Hijo del Cielo.—Las recepciones solemnes en la Sala de la Gran Reunión.—Todo Pekín visto desde el trono.—Los dueños alados y definitivos de la Ciudad Prohibida.—Robos de las tropas civilizadoras.—Un museo formado con lo que dejaron o lo que devolvieron.—La ironía de los chinos.—«Nosotros los salvajes».

Antes de 1911, fecha de la caída del régimen imperial, el europeo llegado a Pekín sólo podía ver el templo del Cielo y de la Agricultura, con sus vastos parques. La Ciudad Prohibida estaba cerrada para él, e igualmente muchos templos antiguos que eran al mismo tiempo boncerías habitadas por monjes fanáticos.

La República ha abierto todas las residencias imperiales, y desde hace catorce años un nuevo Pekín se ofrece a la curiosidad de los viajeros. La llamada Ciudad Prohibida puede ser visitada a todas horas en los tres diferentes recintos que la componen.

El primero lo designó siempre el pueblo con el nombre de Ciudad Amarilla, a causa del color de las tejas barnizadas que cubren sus techos. En ella estaban los ministerios y otros centros de la vida oficial, pudiendo ser visitada por los extranjeros de distinción. El segundo recinto era la Ciudad Roja, llamada así por el color de sus muros. Nadie pasaba sus puertas si no pertenecía a la corte del Hijo del Cielo. En sus construcciones más avanzadas vivían los soldados de la Guardia del emperador y sus cortesanos. El tercer núcleo, o sea el lugar central y misterioso donde estaban las habitaciones del soberano y su familia, se llamaba la Ciudad Violeta, también por el color de sus techumbres.

Pocos entraban en la Ciudad Violeta. Los mandarines importantes y los embajadores recibidos por el Hijo del Cielo no iban más allá de los patios majestuosos de la Ciudad Roja. Aún en el presente continúa siendo inaccesible la Ciudad Violeta, por estar reservada una parte de ella para el joven emperador sin corona, que sigue llevando, cerca del presidente de la República, una existencia misteriosa.

Así como los antiguos viajeros quedaban admirados ante los grandes parques existentes dentro de la ciudad amurallada de Pekín, se siente asombro ahora viendo los jardines de la Ciudad Prohibida. Se cree vivir en pleno campo al contemplar arboledas que parecen interminables; montañas cubiertas de palacios y pagodas con techos superpuestos y cornudos, de cuyos aleros penden campanillas de sonoros estremecimientos; lagos por los que navegan sampanes con proas de dragón y cámaras doradas de techo redondo. Y estos vastos jardines están en el interior de un recinto fortificado; los guardan murallas, invisibles desde aquí, pero que se extienden kilómetros y kilómetros.

Los emperadores chinos y los mandarines opulentos consideraron un jardín como el más precioso adorno de toda vivienda rica, reproduciendo en su frondosidad las bellezas naturales con arreglo a un gusto pueril y extremadamente minucioso, mas no por esto indigno de consideración. Visitando esta Ciudad Prohibida, tan grande como algunas capitales de Europa y que sirvió de simple vivienda a un solo hombre, se puede apreciar cuán necesario es para la vida humana el contacto con la Naturaleza. Estos monarcas absolutos, que durante largos siglos dominaron la mayor parte del mundo asiático y

por exigencias de la etiqueta debían mantenerse aislados de su pueblo, reprodujeron en el interior de su ciudad-palacio los esplendores del campo, ya que no podían ir a contemplarlos como simples viajeros.

Ahora los jardines imperiales están olvidados. La República no puede mantener un ejército de miles de jardineros como lo hacían los Hijos del Cielo, derrochadores de tesoros. Pero a pesar de su abandono creciente y la tristeza de las tardes invernales, aún ofrecen un aspecto de melancólica majestad.

Los lagos son varios y enormes, con islas y penínsulas cubiertas de arboleda. Como los chinos de Pekín vivían y morían lejos del océano, no vieron obstáculo alguno en llamar enfáticamente «mares» a estas extensiones acuáticas, y todavía conservan dicho título. Dentro de la Ciudad Prohibida se encuentran el Mar de Enmedio, el Mar del Norte, el Mar de las Cañas, y otros.

No bastando a los emperadores abrir mares en el suelo de sus jardines, elevaron igualmente montañas. Pekín está asentado en una llanura polvorienta, y sólo al perder de vista la capital empiezan a columbrarse las estribaciones de una cordillera. Pero los jardines de la Ciudad Prohibida tienen montañas que ostentan en sus cumbres palacios y templos, siendo la más famosa de ellas la llamada *Mei Shan* (Montaña del Carbón).

Según cuentan, debe su título a que cierto emperador, durante una de las remotas guerras civiles, hizo previsoramente enormes acopios de carbón, temiendo un asedio de sus enemigos. La gigantesca masa de combustible quedó en el olvido, los huracanes polvorientos que soplan sobre la planicie pekinesa la fueron cubriendo de tierra, y acabó por convertirse en una colina de rudas pendientes. Luego, los emperadores, despreciando por innecesario el contenido de la montaña artificial, cubrieron sus laderas con jardines, y durante varios siglos fue un lugar predilecto dentro de este mundo cerrado y majestuoso.

Hoy la Montaña del Carbón está abandonada. En sus caminos sólo se ven boncerías desiertas o palacios que habitaron los mandarines favoritos y caen ahora poco a poco en escombros. Entre estos edificios crecen bosques de lilas y extienden su venerable ramaje los cedros centenarios. Bandas de pájaros saltarines animan con sus voces una soledad verde que dura de sol a sol.

No creo, sin embargo, que estas avenidas en pendiente se viesan más frecuentadas en los buenos tiempos del Imperio. El chino rico gusta de los jardines para verlos desde una ventana; rara vez pasea por ellos, los aprecia como un deleite de los ojos. Los mandarines del pasado únicamente debieron subir en palanquín los caminos ásperos de la Montaña del Carbón para llegar a su cumbre y sentarse en la torre que la corona, contemplando desde sus miradores todo el ámbito de una ciudad que sólo de tarde en tarde podían visitar a causa de sus deberes palaciegos.

En el centro del Mar de Enmedio o de los Lotos, sobre una colina artificial con bosques y palacios, está el famoso árbol encadenado.

Cuando los emperadores manchúes, hace dos siglos y medio, destronaron a la dinastía de los Ming, apoderándose de Pekín, el último de los Ming no quiso sobrevivir a tal vergüenza y se ahorcó de una rama de dicho árbol. A los nuevos emperadores les convenía mantener intacto el prestigio de su investidura, la inviolabilidad religiosa de sus personas, y ordenaron el procesamiento del árbol por haber prestado sus ramas para esta acción sacrílega, condenándolo a prisión perpetua como reo de lesa majestad. El árbol hace muchos años que está seco, pero aún se mantiene erguido, negro y leñoso, en medio de una vegetación que goza de plena libertad, teniendo enroscadas a su tronco y sus brazos

numerosas cadenas manchadas de herrumbre.

Sobre los canales con riberas de piedra que llevan el agua de un «mar» a otro, se lanzan las curvas de los puentes de mármol. En otros sitios ponen en comunicación el jardín con las islas. El arqueamiento exagerado de estos puentes resulta penoso para los pies occidentales. Uno de ellos, a pesar de su magnificencia, recibe el apodo de «El Jorobado» por la altura de su curva. El tiempo y el abandono han desgastado además los pequeños escalones de su doble pendiente, haciendo aún más difícil su tránsito. Pero los personajes chinos iban calzados con ligeras zapatillas de fieltro, que les permitían ajustar sus plantas a las sinuosidades del suelo, ascendiendo por ellas mejor que nosotros. Ya dije también cómo el monarca, con sus ligeras sandalias de pergamino, subía ritualmente las escalinatas por el «sendero imperial», que no siempre era camino fácil.

Actualmente los jardines de la Ciudad Prohibida no tienen otros guardianes que hombres del ejército. Al licenciar la República el personal enorme mantenido por los emperadores en sus palacios, lo suplió con soldados de línea. Como el ejército es muy numeroso en este país extraordinariamente poblado y gusta más de vivir tranquilo que de ejercicios y maniobras, una gran parte de la guarnición de Pekín se halla dedicada a la vigilancia de los edificios públicos.

En todos los kioscos se encuentran soldados y fusiles. Sobre las riberas marmóreas de los lagos circulan patrullas con el arma al hombro. Junto a los puentes de atrevida curva hay militares que se apresuran a ofrecer una mano a los viajeros, ayudándolos a pasar sobre el lomo resbaladizo de mármol, en espera de una propina o un simple cigarrillo. Si no reciben nada no por ello dejan de sonreír y hacer cortesías. Estos mocetones, procedentes de las provincias del norte, campesinos de buen humor que la República ha convertido en soldados, parecen más grandes de lo que son en realidad a causa de sus trajes de invierno, acolchados interiormente. Los forros de algodón en rama los hacen extremadamente obesos. Hay nieve en los rincones sombríos de la arboleda, flotan sobre los lagos anchas placas de helado cristal, pero como luce el sol, estos guerreros han dejado sueltas las orejeras de piel de sus gorras. Cuando pasa un destacamento se ve sobre las cabezas de sus hombres y por debajo de las hileras de bayonetas cómo se balancean al compás de la marcha los pares de orejas erguidas.

Por encima de las murallas de la Ciudad Roja espejean las techumbres de los palacios imperiales, todas con tejas de laca amarilla, color que únicamente podía usar el Hijo del Cielo. Una sucesión de nueve patios enormes (siempre el número simbólico), en torno a los cuales corre una cuádruple fila de edificios, forma el núcleo de la Ciudad Prohibida. Estos patios se comunican a través de portadas, sobre mesetas de mármol que tienen por ambos lados amplios graderíos. Las portadas también son de mármol y constan de tres puertas, estando reservada la del centro para el emperador y las otras para los mandarines, según su categoría. Sobre cada una de aquéllas existe un pabellón de madera laqueada y dorada, con techo amarillo, cuyos aleros se encorvan en los ángulos.

Estos patios, orientados con arreglo a los puntos cardinales, tienen al sur y al norte las portadas de acceso, a ambos lados de ellas los salones más importantes, y al este y al oeste galerías, detrás de las cuales existen almacenes, dormitorios y cuadras. En torno al primer patio vivían los funcionarios palaciegos más modestos y los jefes de la Guardia imperial. Hay que advertir que la Ciudad Prohibida contaba siempre con una guarnición de 15.000 infantes y 5.000 jinetes.

Todos los nueve patios tienen pavimento de mármol, y por su centro corre un río atravesado por



tres o cinco puentes. Su extensión es tan enorme que el hombre parece perdido en ella, achicándose con una modestia lamentable cuando se aleja a uno de sus extremos. Para cortar la monotonía de estas llanuras rectangulares, embaldosadas de blanco y cerradas por ostentosos edificios, se alzan en ellas grandes pedestales sustentando leones chinoscos, de ojos saltones como bolas, dentadura de cocodrilo y melena de perro. Otras veces sostienen cigüeñas de bronce o vasos que parecen campanas olvidadas.

El segundo patio, el más enorme de todos, guarda en su fondo la sala imperial. Dentro de ella recibía el Hijo del Cielo a los embajadores y los príncipes feudatarios. En las galerías del este y del oeste estaban los almacenes de las cosas preciosas de su pertenencia particular, vastos salones que muchas veces no podían contener los tesoros del celeste emperador, dueño absoluto de un país más grande que Europa.

Uno de los edificios guardaba los vasos de bronce y diversas obras de metal hechas por los artífices de Pekín o regaladas por los gobernadores de las provincias. Otro contenía las peleterías preciosas enviadas por los cazadores de las provincias limítrofes con Siberia. El enorme Imperio chino abarcaba todos los climas y poseía todas las faunas, desde el oso de las llanuras de hielo a la pantera y el tigre de los arrozales cercanos a los mares del Sur.

En un tercer depósito se almacenaban las vestiduras de honor que el Hijo del Cielo regalaba como si fuesen condecoraciones a los funcionarios dignos de tal recompensa: gabanes de seda, con forros de zorro azul, de cibelina, de armiño. Otra sala contenía las piedras sin montar del tesoro imperial, diamantes, amatistas, esmeraldas, mármoles raros, jade de un verde tierno que parece vivir o veteado de oro, perlas finas pescadas por los súbditos de las provincias meridionales. El ropero imperial ocupaba un edificio de dos pisos, con armarios y cofres repletos de maravillosas vestimentas, ligeras y coloreadas como flores. En un sexto depósito estaban las armas, ricas y célebres, tomadas al enemigo, y otras ofrecidas por los embajadores de los monarcas tributarios...

Creo oportuno recordar cómo fue en otras épocas el poder de los emperadores chinos. Nos hemos habituado tanto en los últimos tiempos a ver subyugado este país a las exigencias abusivas y crueles de las naciones europeas y de los japoneses, que apenas si nos damos cuenta de que el Hijo del Cielo vivió durante siglos y siglos, dentro del mundo asiático, más poderoso y obedecido que ningún monarca lo fue en Occidente. No había pueblo del viejo mundo que no reconociese su autoridad y temiera sus ejércitos innumerables. El Japón fue el único que se libró de tal vasallaje, por su posición insular y por los caprichos oceánicos que destruyeron todas las flotas chinas llegadas a sus costas. El cruel Timur, o sea el famoso Tamerlán, terror y azote de tantos pueblos, se declaró feudatario del Gran Kan residente en Pekín.

Hay que imaginarse el aspecto de este segundo patio en días de gran recepción. Se abre en su parte norte lo que puede llamarse sala del trono y que los chinos titulan *Taeho-Tien* (Sala de la Gran Reunión)<sup>[10]</sup>. En el centro de ella colocaban el asiento del emperador, quedando las cuatro patas de dicho mueble a ambos lados del eje que divide por la mitad a Pekín. Si abrían la puerta central del pabellón sur, y sucesivamente las portadas de la Ciudad Roja, de la Amarilla y de la Tártara —todas colocadas exactamente en la misma línea—, el Hijo del Cielo, sin moverse de su asiento, podía extender sus miradas hasta el extremo sur de Pekín, a través de toda la Ciudad China, en una extensión longitudinal de muchos kilómetros, viendo como un hormiguero la remota actividad de las muchedumbres circulando por la calle de Enfrente.

A la meseta de mármol que sustenta la Sala de la Gran Reunión se sube por cinco escalinatas que

dan a otras tantas terrazas con balaustradas de maravillosa labor. El mármol ha sido trabajado como algo dúctil que adquiriese rápida forma bajo los dedos. Cigüeñas y dragones parecen correr entre los encajes marmóreos. Los siglos han dado a la preciosa piedra un color amarillo de miel.

Las puertas de esta sala imperial son de laca roja y de oro, con menudos dragones deslizándose entre ramajes complicados. También son de rojo y de oro las grandes columnas, y estos dos colores imperiales se repiten en el adorno de los muros, dando a todo el salón una visualidad que hace recordar las tintas de la bandera española agitada por el viento.

Sobre pedestales quebrados por los golpes más que por los siglos, se ven unos vasos maravillosos de bronce verde, con adornos de oro pálido profundamente rayado. Fueron soldados japoneses los que en 1900 rascaron con sus cuchillos-bayonetas esta capa de oro, para llevarse el precioso polvo. Tal rapiña no resultó un acto extraordinario. Las tropas europeas llegadas a Pekín en la misma expedición contra los bóxers mostraron igual conducta. Lo admirable de estas vasijas gigantescas, desfiguradas por la rapacidad de los invasores, es su timbre sonoro. Basta dar en ellas con los nudillos para que salga de sus entrañas una vibración misteriosa y ultraterrena, un eco que hace recordar las melodías planetarias imaginadas por los pitagóricos.

Todo el salón es de madera, paredes y columnas, pero con numerosas capas de laca roja, dorada o de bronce verdoso, que imitan los tonos de los metales y las piedras preciosas, dando además a dichos colores la frescura eterna de su barniz, en cuyo brillo no logran morder los años.

El canal que atraviesa este segundo patio es profundo como un río. Cinco puentes de mármol lo atraviesan, para que en otros tiempos pudiesen pasar a la vez los imponentes cortejos del Hijo del Cielo. Sobre las cinco mesetas de mármol que se escalonan hasta la Sala de la Gran Reunión se mantenían derechos miles de mandarines durante el curso de la ceremonia imperial.

En este patio, donde podrían desplegarse cómodamente varios batallones europeos, formaban los destacamentos de las Ocho Banderas en que estaba dividido el ejército chino, con sus corazas multicolores, sus yelmos metálicos en forma de sombrilla, sus lanzas rematadas por anchos alfanjes, sus mosquetes que tenían por culatas cabezas de dragón, sus vestimentas de tinte anaranjado o azul. Sobre el bosque brillante de las armas ondeaban las Ocho Banderas, emblemas de las antiguas tribus manchúes, amarilla, blanca, roja, azul o con diversas combinaciones de estos cuatro colores. En el fondo, ocupando un lugar secundario y modesto, formaban las tropas de la Bandera Verde, las más numerosas y plebeyas, que mantenían el orden en las provincias del Imperio, haciendo oficio de gendarmería.

Hoy, todas las explanadas de mármol de la Ciudad Imperial, majestuosas y enormes, como no las tiene ningún palacio de la tierra, están solitarias. De tarde en tarde, cual si fuesen hormigas, se deslizan por sus llanuras cuadrangulares y blancas algunos pequeños grupos de soldados o de curiosos. Sus verdaderos habitantes de ahora vuelan y viven en los aleros.

Los adornos salientes de los edificios tienen un color blancuzco, a causa de la capa de fenta depositada por los palomos. Éstos deshonran igualmente con sus residuos las terrazas de mármol y las imágenes de leones, tortugas y cigüeñas de verdoso bronce erguidas sobre pedestales. Unos cuervos pequeños y de graciosos movimientos revolotean en los patios o se posan en los filos de las techumbres, alterando con sus voces el silencio de la gran ruina. Gritan como niños asustados; otras veces parecen burlarse de los que entran y salen en este palacio de inusitadas proporciones, que ellos

poseen ahora absolutamente. En realidad, los personajes soberbios de la Historia, al construir monumentos que se imaginan inmortales, trabajan para el cuervo, la araña, el lagarto y la hiedra, sus herederos forzosos.

En los edificios de otros patios ha improvisado la República china un museo con lo que se pudo salvar de la rapacidad de las tropas civilizadas cuando vinieron en 1900 a socorrer a los sitiados del barrio de las Legaciones y a dispersar a los bóxers. Dichas salas ofrecen un aspecto poco ordenado, pero su magnificencia deslumbra y llega a fatigar los ojos. Mejor que museo debía titularse lo que se guarda en ellas «colección de riquezas nacionales que no pudieron robar los representantes de la civilización occidental».

Sus porcelanas son de valor inestimable, piezas antiquísimas que parecen fabricadas por manos superiores a las del hombre. Se ven en las vitrinas lujosos muebles con todos los caprichos de la curva escamosa del dragón, tallados en ricas maderas; troncos de oro; corazas con incrustaciones de pedrería; árboles cuyas hojas y troncos están hechos con valvas de madreperla; armas cinceladas como joyas; trajes de ceremonia con bestias heráldicas de grueso realce; cetros de oro y cristal de roca; esmaltes de tan enormes proporciones que resulta inexplicable su producción; cascos y sombreros cubiertos enteramente de perlas, cual si hubiese caído sobre ellos un rocío celeste.

Muchos de estos objetos los ocultaron chinos fieles a la dinastía, cuando llegó la expedición de los países civilizadores, devolviéndolos luego al gobierno. Otros fueron robados por las tropas invasoras, y las comisiones encargadas de remediar tales delitos consiguieron rescatarlos. ¡Pero desaparecieron tantas riquezas!... ¡Fueron tan numerosos los robos!...

Cada vez que nos muestran un objeto precioso estúpidamente destrozado, los guardianes del museo se limitan a decir:

—Esto lo hicieron las tropas de las naciones civilizadas.

Y sonríen con una amabilidad irónica.

El pueblo chino ha cometido crueldades, como todos los pueblos de la tierra, pero muchas menos que las imaginadas por la ignorancia occidental. La culpa remota de este error la tienen los sacerdotes budistas, que tanto aquí como en el Japón han hecho circular durante varios siglos estampas horripilantes representando cuantos tormentos sufren en la otra vida los que mueren en pecado. Son casi iguales a las estampas del infierno y de sus suplicios que existen en los países católicos.

Muchos viajeros, al ver estas escenas del infierno budista, las creyeron una fiel representación de tormentos complicados y monstruosos que aplicaban antiguamente chinos y japoneses. Nada más falso. En China han existido la muerte a palos y la decapitación, como en casi todos los países de la tierra. Durante las revueltas populares y las guerras civiles abundaron refinadas ejecuciones y matanzas, aunque tal vez menos que en ciertos países de Europa y América. Sus piratas y sus bandidos de tierra firme no fueron peores que los de otras partes.

En cambio, la expedición civilizadora contra los bóxers abundó en episodios inauditos. Un soldado procedente de uno de los países más cultos de Europa, al pasar con varios camaradas por una de las calles de Pekín, vio en la puerta de su tienda a un mercader extremadamente gordo, con esa obesidad monstruosa producto de una vida sedentaria, lenta y pacífica.

—Me interesa saber —dijo— lo que ese chino tiene en el vientre.

Y de un bayonetazo le rajó el abdomen, echando afuera sus tripas.

Estos chinos que parecen cansados y hasta apolillados, después de cincuenta siglos de civilización

a su modo, hablan con ironía del estado que ocupan en el mundo moderno.

«Nosotros los salvajes», dicen con burlona modestia. Y añaden poco después: «Los blancos, que nos hacen el favor de querer civilizarnos...».

Hemos mencionado ligeramente algo de lo ocurrido durante la última entrada en Pekín de las tropas civilizadoras. En otra expedición militar emprendida en tiempos de Napoleón III por un ejército de ingleses y franceses, el robo de los palacios imperiales resultó inaudito. Casi todas las riquezas de arte chino existentes en Europa datan de aquella invasión de bandidos civilizados.

Además, la artillería de las citadas tropas se instaló en el primitivo Palacio de Verano, cerca de Pekín, y la explosión intencionada o casual de un depósito de pólvora hizo desaparecer instantáneamente este monumento célebre del arte chino.

Otra intervención anterior de Inglaterra, en la primera mitad del siglo XIX, que le permitió adueñarse de Hong-Kong, aún fue más vergonzosa. Los gobernantes chinos, para librar a su pueblo del envilecimiento del opio, prohibieron el consumo de dicha droga. Los ingleses siguieron entrándola de contrabando, porque así convenía a su comercio, y como el virrey de Cantón embargase varios cargamentos, echándolos al agua, la piadosa y liberal Inglaterra envió sus batallones y sus navíos contra el gobierno del Hijo del Cielo para defender una vez más la civilización... y la venta del opio.

—Nosotros los salvajes —repiten sonriendo los chinos.

Saben que su enorme y viejo país, rutinario y fatigado como todos los pueblos extremadamente antiguos, dio al mundo la brújula, la imprenta, la pólvora, la porcelana y los principios fundamentales de la agricultura científica.

## El palacio de verano

La retratista de la emperatriz.—La mentalidad de una soberana china.—Los hermosos camellos de Pekín.—Las murallas de la capital y su antigua artillería.—Maravillas del Palacio de Verano.—El lago-mar.—El famoso Navío de Mármol.—Un puerto de comercio improvisado para que el Hijo del Cielo se disfrazase de vagabundo.—Robo de dos azulejos.—El feliz triángulo imperial.—El joven ex emperador y el presidente de la República.

Miss Catalina Carl es una pintora notable de los Estados Unidos y la única dama de raza blanca que vivió en los palacios imperiales de la China.

En 1905, estando en Shanghai, fue llamada a Pekín por la Legación norteamericana. La emperatriz regente, que vivía como ciertas reinas famosas de otras épocas, gobernando a su modo el vastísimo Imperio y haciendo frente a las ambiciones de las potencias occidentales, sentía repentinamente deseos de imitar la existencia de los remotos soberanos de Europa. Pero tales deseos no eran más que movimientos de curiosidad, retrogradando en seguida a sus antiguas costumbres. Esta emperatriz, que fue verdaderamente el último soberano chino —la República se proclamó tres años después de su muerte—, quiso que la retratase un artista blanco, y al saber que una pintora célebre viajaba por sus Estados, aprovechó la ocasión, prefiriendo servir de modelo a una mujer.

La citada artista ha escrito un libro interesante sobre la vida palaciega y además me relató nuevas anécdotas durante mi permanencia en Pekín. Era la emperatriz una manchú de carácter enérgico, que ejercía con verdadera vocación sus funciones de gobernante. Teniendo que dirigir los destinos de un territorio enorme como un continente, con una población de cuatrocientos a quinientos millones de seres, se equivocó muchas veces; pero un hombre de talento, obligado a desempeñar una autoridad tan variada y extensa, tal vez habría cometido los mismos errores.

En su tiempo ocurrió la revolución de los bóxers. Mirada del lado europeo, esta revolución resulta un alzamiento horripilante por sus crueldades. Examinada desde el punto de vista chino, fue una protesta nacionalista, una explosión de odio contra los extranjeros, dominadores del país. Por esto la figura de la última soberana resulta confusa y contradictoria. Algunos la creen una emperatriz mesalinesca, con los defectos de Catalina de Rusia. Otros la admiran como una gran patriota. Miss Carl sólo guarda de ella excelentes recuerdos y se enternece al relatar sus bondades.

Esta reina, poseedora de más súbditos y territorios que ningún soberano de Europa, recibió a la artista californiana con una afabilidad burguesa, sin aparato alguno. Al saber que era huérfana, le dijo: —Yo seré tu madre. No te preocupes de tu porvenir. Corre a mi cargo hacerte feliz.

Y la instaló en uno de sus palacios, con un mayordomo que capitaneaba a trescientos domésticos. En el Extremo Oriente la importancia de los personajes se mide por el número de criados, y nadie sabe hasta dónde puede llegar la cantidad de éstos, teniendo en cuenta las divisiones del servicio. Uno está encargado solamente de los platos, otro de las copas, cada lecho de la casa tiene un sirviente especial, etc.

Después que la pintora tomó posesión de su palacio y pasó revista a su batallón de servidores, aún tuvo que esperar varios meses para dar principio a su obra. Hacer un retrato de la emperatriz de la China era negocio de Estado, digno de largos estudios y lentas discusiones. Primeramente una

comisión de astrólogos levantó el horóscopo de miss Carl para saber si su espíritu era compatible con el de la sagrada emperatriz, o iba a causarle graves daños al ponerse en contacto con ella. Cuando al fin reconocieron los sabios que podía aproximarse a la soberana sin peligro alguno, los geomantes del palacio entraron en funciones para decidir qué edificio sería el más a propósito para el trabajo de la artista. Y después de encontrado el sitio, hubo que hacer nuevos estudios, fijando el día y la hora favorables para dar la primera pincelada.

Tan satisfecha quedó la emperatriz de miss Carl, que años después le pidió que hiciese un segundo retrato de ella. Estas dos obras adornan los salones más grandes del Palacio de Verano. La soberana aparece en ambos lienzos ocupando un trono, con el traje femenino de la dinastía manchú. Va cubierta de joyas lo mismo que un ídolo; tiene los pies pequeños naturalmente, sin la deformación tradicional de las antiguas chinas; un tocado se levanta y se abre sobre la frente como una canastilla de flores.

Mientras era pintada por su retratista, iba haciéndole preguntas, con una curiosidad de niña, sobre el modo de vivir las mujeres en los países de raza blanca.

La etiqueta china no le había permitido ver nunca las calles de Pekín. Gobernaba su vastísimo imperio sin haber visitado ninguna de sus ciudades. Todo lo sabía de oídas, según se lo habían contado sus mandarines. Cuando atravesaba la capital una vez al año para ir al Templo del Cielo con el joven emperador, o al trasladarse desde su residencia de invierno en Pekín al Palacio de Verano, no le era posible ver a su pueblo. Calles y caminos quedaban desiertos desde un día antes. Los chinos sabían que era delito, pagado con la cabeza, todo intento de conocer a sus soberanos. La emperatriz, seguida de su brillante séquito, pasaba como un fantasma por estas calles muertas, y para que su tránsito resultase aún más irreal, servidores palaciegos ocultos en tejados y árboles dejaban caer una lluvia de pétalos rojos y amarillos, colores emblemáticos de la dinastía, como un homenaje celeste.

Para esta dueña absoluta de quinientos millones de seres humanos, la mayor diversión era asomarse con disimulo a una ventana en las horas matinales, viendo a los pobres servidores de sus cocinas que traían a cuestras sacos o cestos de comestibles. Así podía conocer otras gentes que los personajes de su corte. Poco después, la tradición y el orgullo dinástico renacían en su interior, haciéndole incomprensible la vida ordinaria de las soberanas europeas.

Mostraba una simpatía instintiva y una admiración «de clase» por la reina Victoria de la Gran Bretaña. Se había enterado por sus ministros y por los diplomáticos de la existencia de esta emperatriz, semejante a ella, que gobernaba la otra vertiente del mundo.

En el fondo de su alma china se creía superior a su colega. Los sabios del país, herederos de cinco mil años de ciencia, le habían enseñado que el Imperio de Enmedio ocupa el vértice de la tierra, mientras la pobre Europa se mantiene agarrada, con grandes esfuerzos, a uno de sus lados. Pero de todos modos, Victoria resultaba la única mujer que podía compararse con su persona celeste en el mundo de los blancos. Propiedad de ella eran las islas flotantes que marchan por los mares arrojando humo; también le pertenecía una parte del Asia, la India, el país más poblado después de la China, y la Hija del Cielo no podía comprender cómo tan gran señora salía a pie por unas calles donde marcha todo el mundo y viajaba sin largo séquito, lo mismo que una tendera de Pekín.

—¿Tú crees que verdaderamente vive así? —preguntaba a su retratista—. ¿No me habrán engañado?

Miss Carl tiene la bondad de acompañarme a los lugares cerrados y maravillosos donde vivió algunos años cerca de la emperatriz regente: al Palacio de Verano, retiro favorito de ésta. Desde la

caída del Imperio ha vuelto pocas veces a este paraíso regio. Le infunde una tristeza profunda ver con aspecto de próximas ruinas los palacios y los jardines que ningún blanco visitó antes de ella.

Vamos a pasar un día entero en el Palacio de Verano, y aún así nos faltará tiempo para conocer todos sus valles y montañas, abundantes en alcázares y pagodas; para viajar —ésta es la palabra exacta— por las cuatro orillas de mármol de su lago.

Esta artista experimentó tan hondamente la atracción de la vida china, que no ha querido marcharse de Pekín, a pesar de haber desaparecido casi todos los personajes del tiempo del Imperio, y habita en el nuevo barrio europeo que ha ido formándose junto al antiguo de las Legaciones.

Seguimos en automóvil la larga avenida de la Paz Perpetua y otras calles no menos anchas de la Ciudad Tártara. Vemos algunos mercados rebullentes de muchedumbre a esta hora matinal. En las cercanías del llamado del Carbón abundan las caravanas de camellos. Todos los artistas que han pintado escenas de Pekín colocan invariablemente junto a sus murallas una fila de camellos, y este detalle, que parece rebuscado adorno, no es más que copia exacta de la realidad. Siempre tuve que detener mi automóvil en las puertas de Pekín para dejar paso a estas escuadras de navíos terrestres, que avanzan moviendo la cabeza como una proa y balanceando sus costados.

El camello de aquí no es el de África, pelado, calloso y de una delgadez que marca la osamenta bajo la piel, como si fuese a rasgarla con sus aristas. Las caravanas chinas están compuestas de camellos gallardos y majestuosos. Se mueven de un modo rítmico, sus ojos abultados tienen una expresión inteligente; además ostentan el regio adorno de sus lanas rojizas, semejantes a las melenas del león. Estas lanas les caen por ambos lados como una gualdrapa y se extienden piernas abajo en forma de pantalones.

Por el interior de la ciudad marchan en fila y atados para que no entorpezcan la circulación. Cada uno lleva la cuerda de su bozal sujeta a la cola del compañero que le precede. En las cercanías de los mercados, al verse libres de sus cargas, doblan las patas y quedan inmóviles sobre las aceras, mientras los camelleros venden sus mercancías.

Sopla el viento mongólico de una mañana invernal. Los charcos de las avenidas están helados. En los rincones, adonde no llega el sol, hay montones de nieve. Los camellos, con sus cuatro patas ocultas, parecen sobre la acera montones de lana rojiza, de los que surgen sus cuellos de reptil antediluviano y lanzan por sus narices curvas dos chorros de vapor.

Atravesamos una de las puertas de Pekín. Todas ellas están rematadas por castillos de vetustas techumbres. Los colores de sus muros se hallan tan modificados por el tiempo, que es imposible darles una clasificación dentro de la gama conocida.

La antigua muralla de Pekín es la fortificación más grandiosa y más inútil que puede encontrarse en el mundo entero. Su anchura va más allá de las proporciones conocidas. En realidad se compone de dos murallas, habiendo rellenado los antiguos constructores, con tierra y escombros, el espacio abierto entre ambas. A causa de esto, las puertas son profundas como túneles, y no obstante su altura parecen agujeros de ratonera por su extremada longitud. Al pasarlas se encuentra una nueva muralla en forma de media luna, una plaza de armas en la que puede formar desahogadamente un batallón, y otro castillo para que los asaltantes, después de haber tomado la primera puerta, encuentren el obstáculo de una segunda. Sin embargo, las fortificaciones de Pekín no sostuvieron jamás ningún sitio heroico y los invasores las atravesaron con facilidad.

En los castillos de aleros cornudos que coronan estas puertas hay grandes troneras para la artillería, pero hace más de cien años que no se ha asomado a ellas la boca de un cañón. Los basamentos de las baterías superiores son de madera y están casi pulverizados por la carcoma. Además, la antigua artillería china necesitaba para funcionar unas plataformas extraordinariamente macizas. Este pueblo de admirables fundidores, que fabricó Budas colosales cuando en Europa no sabían ir los bronceístas más allá de las dimensiones humanas, produjo cañones tan grandes como las piezas recientes de la artillería moderna. Su tiro era incierto y corto, pero en cambio sus bocas imitaban fauces horribles de dragón, gargantas de monstruos quiméricos, para infundir pánico a los enemigos.

Nuestro automóvil corre por los suburbios de Pekín y se lanza luego a través de la campiña. El Palacio de Verano está a veinte kilómetros, en un lugar que los emperadores modificaron a su gusto para hacer surgir de él un paraíso, como Luis XIV hizo brotar de áridas llanuras los jardines de Versalles con sus fuentes y estanques. Pero la obra de los soberanos chinos resulta más enorme en sus dimensiones que la del rey francés. Fueron varios monarcas celestes los que se sucedieron en su ejecución. Además, contaron con el trabajo disciplinado y tenaz de muchedumbres incansables.

Seguimos las riberas de un canal que va desde Pekín al Palacio de Verano. Ahora este curso acuático está interrumpido en varios lugares. Antes el Hijo del Cielo podía ir desde la Ciudad Violeta al Palacio de Verano en barcas doradas, de las que tiraban grupos de servidores caminando por la orilla.

Paso un día entero en este palacio-jardín, que tiene varias leguas de circuito. Como se halla lejos de la capital, sólo de tarde en tarde ve llegar visitantes, y los soldados que lo guardan llevan una vida campestre, como si viviesen destacados en un fortín de la frontera tártara. Un ambiente melancólico de profunda paz envuelve esta obra vastísima, destinada a unos soberanos de origen celeste cuya sucesión se cortó para siempre.

Vemos las salas de audiencia, la parte del Palacio de Verano que los emperadores destinaban al mundo exterior. Aquí venían a turbar su vida campestre ministros, embajadores o virreyes de las provincias. En uno de los salones, dos estatuas enormes de bronce, representando un fénix y un dragón, se alzan sobre pedestales de jaspe con sus bocas abiertas. Según me explica mi acompañante, que tantas veces pasó por estas habitaciones, las dos bestias esparcían por sus fauces una nube invisible de perfume mientras duraba la audiencia imperial. También vemos en patios y salones grandes vasos de bronce, verdes y dorados, con una fauna enroscada de monstruos escamosos. Estos recipientes contenían agua. Los chinos consideran higiénico tener vasijas de agua en sus habitaciones, por creer que este líquido purifica la atmósfera tragándose los miasmas.

Más allá de las salas de recepción y antes de llegar a los edificios que fueron las verdaderas residencias imperiales, está el teatro, patio enorme encuadrado por palacios bajos de madera dorada y laqueada, sobre plataformas de mármol.

En el centro de dicho patio se levanta el escenario, edificio de tres pisos. Los actores hablaban a gritos, pasando de un piso a otro, según las exigencias escénicas.

Miss Carl me describe las representaciones a que asistió muchas veces. Duraban un día entero, y en los entreactos comía el público, servido por el personal de las cocinas imperiales. Tres lados del patio estaban ocupados por los funcionarios de la corte, los personajes invitados por el emperador y



Los mandarines célebres por su sabiduría o sus hazañas guerreras. El lado restante era para las mujeres de la familia imperial y su séquito de damas. Varios biombos colocados oportunamente les permitían ver el escenario sin ser vistas a su vez por la concurrencia masculina.

Después del teatro vamos pasando al pie de una sucesión de colinas con vertientes escalonadas, formando bancales. Estos peldaños tienen muros de contención, hechos de azulejos, y fueron jardines. Ahora se muestran cubiertos de hierbas parásitas, secas por el frío. En tiempo de los emperadores estaban plantados de peonías, y cada una de dichas cumbres era una pirámide de flores, sustentando en su cúspide un edificio rojo y dorado, pagoda o kiosco.

Se abre de pronto el paisaje, se apartan bruscamente edificios, columnatas y montañas. Una llanura blanca y azul se prolonga ante nosotros. Es el famoso «mar» del Palacio de Verano, extensión acuática que no tiene semejante en ningún jardín de la tierra.

Los estanques de Versalles y otros parques famosos pierden su importancia al compararse con esta magnificencia líquida. Para apoyar tal afirmación basta decir que este lago, cuyos límites sólo se abarcan desde una altura y que por única vez justifica el énfasis de los chinos al llamarlo «mar», tiene todas sus riberas enlosadas de mármol en una extensión de kilómetros y kilómetros, con balaustradas también de mármol, talladas como un mueble precioso. Es una riqueza aplastante —no puede llamarse de otro modo—, y sin embargo la amplitud de la perspectiva, el aire libre, el movimiento luminoso de las aguas, dan una ligereza simpática a su solemne enormidad.

Sobre una gran parte de estas riberas se extienden caminos cubiertos, galerías de madera pintada, que parecen no tener fin. En sus techos hay miles de paisajes representando los lugares más célebres de la China. Por los frisos corren procesiones de animales con una variedad infinita. Se adivina que esta obra ha costado muchos años, interviniendo en ella numerosas huestes de pintores. Es un trabajo verdaderamente chino, de aparente sencillez, que asombra y desorienta luego por su diversidad, cuanto se le examina detalle por detalle, acabando por fatigar al observador. Paseando el Hijo del Cielo, durante años y años, por estas galerías, llegaba a conocer, aunque fuese de un modo vago o imperfecto, la grandeza de sus Estados con su fauna y su flora, así como los aspectos de sus ciudades.

Ríos interiores parten del lago, serpenteando luego a través de los jardines. Puentes de mármol de giba audaz se encorvan sobre sus orillas. Todas las pequeñas montañas son artificiales, hechas a brazo por multitudes innúmeras de trabajadores. Los palacios y templos de sus cumbres tienen plataformas y balaustradas de mármol, paredes de porcelana verde, blanca y azul, aleros de madera tallada con tejas de amarillo oro —el color imperial—, y por el filo de sus ángulos avanzan hileras de dragones y monos.

Junto a la extensión acuática hay bosquecillos frondosos, de suaves penumbras, y ante las escalinatas de los embarcaderos se alzan arcos triunfales. Los puentes de mármol ponen en comunicación la orilla con dorados kioscos para tomar el té.

Todo el centro del lago es blanco y sólido, con rugosidades azuladas. El invierno lo ha helado profundamente. Junto a las orillas la costra glacial se ha roto, y el agua, libre, deja ver su verde profundidad, en la que tiemblan las cabelleras de una sedosa vegetación. De vez en cuando pasan, como relámpagos de púrpura y oro, peces chinos de largos faldellines en su cola. Varios cisnes blancos, salidos no sé de dónde, vienen a nuestro encuentro cortando el agua libre y frígida, con la esperanza de que ofrezcamos algo a sus ávidos picos. Barcas doradas de aspecto vetusto se balancean, como recuerdos del pasado, entre los pequeños témpanos sueltos de la ribera.

Un buque mucho mayor y completamente blanco atrae la atención del visitante. Es el famoso Navío de Mármol. Esta isla en forma de embarcación la hizo construir uno de los últimos emperadores, colocando sobre su casco de mármol un palacio, también de la misma piedra. Un puente une la orilla y el buque inmóvil.

Los republicanos chinos explican el origen de este capricho de un monarca que, a semejanza de casi todos sus iguales, nunca había visto el océano. En el pasado siglo necesitó China realizar grandes esfuerzos pecuniarios para crear una verdadera flota moderna, capaz de repeler las ambiciones, cada vez más intolerables, de las potencias europeas y del Japón. Cuando al fin se reunieron los fondos necesarios para construir navíos de combate, el Hijo del Cielo empezó por dedicar una parte de ellos a su marina del Palacio de Verano, y creó este buque de mármol.

No intento comprobar la anécdota consultando a mi simpática acompañante. Se muestra emocionada por los recuerdos que despierta en ella este palacio. Guarda una memoria demasiado viva de las bondades de su imperial modelo, para que pueda aceptar la citada explicación sobre el origen del Navío de Mármol.

Visitamos en lo alto de una montaña artificial el templo de los Diez Mil Budas. Luego pasamos a otras cumbres ocupadas por nuevos palacios y nuevas pagodas. En escalinatas y mesetas vamos encontrando soldados que parecen enfermos de hidropesía, a causa de la hinchazón de sus uniformes, acolchados interiormente. Sufren las molestias del frío y la soledad, pero al mismo tiempo son los únicos poseedores del inmenso jardín, como si hubiesen heredado a los Hijos del Cielo.

En lo alto de la Montaña del Oeste, un kiosco con miradores de porcelana y columnas de laca ha sido convertido en restorán para los visitantes. Al entrar en él vemos un grupo de soldados en torno a una mesa, comiendo cacahuetes y pepitas de calabaza a guisa de aperitivo.

Almorzamos en dicho kiosco, contemplando a nuestros pies toda la llanura blanca del «mar» congelado. Miss Carl nos explica las particularidades del paisaje. Vemos casi en el límite del horizonte varias colinas con pagodas en su cumbre. Sobre una de ellas se alza una torre formada por siete pequeños templos superpuestos.

Nos asombra el saber que estas alturas lejanas también pertenecen al Palacio de Verano y los límites del jardín imperial aún van más lejos. Cerrará la noche sin que hayamos visto más de una mitad de este mundo aparte, creado para los monarcas más invisibles de la tierra. Nadie como ellos supo buscar la paz y la dulzura de la vida. Fueron pastores de hombres, destinados por herencia a regir los rebaños más numerosos del mundo, y sin embargo vivieron alejados de sus semejantes, como si perteneciesen a otra humanidad, en un paraíso artificial moldeado egoístamente con arreglo a sus caprichos.

Algunos emperadores sentían de pronto la nostalgia de la vida vulgar, deseaban rozarse con el populacho, conocer las amargas luchas sostenidas por sus súbditos para ganarse el puñado de arroz. Aburridos de su excesiva majestad, ansiaban no ser Hijos del Cielo, querían vivir como simples hombres.

En tales momentos, los directores de sus placeres improvisaban un puerto a orillas de este lago, con numerosos «juncos» mercantes anclados en sus aguas y todo el caserío de una ciudad comercial. Los cortesanos se disfrazaban de mercaderes y marinos; las damas de la corte eran criadas de taberna o desempeñaban peores papeles. El Hijo del Cielo, vestido como un vagabundo, hacía sus pequeños

robos en el mercado de la ciudad fingida y circulaba por sus peores antros, sin que nadie se atreviese a reconocerlo. De pronto reñían cuchillo en mano falsos navegantes y tenderos, chillaban las hembras, acudía la guardia, y así iban reproduciéndose todas las escenas de los puertos chinos, corrompidos y pululantes como una gusanera. Este carnaval divertía durante unas semanas al Hijo del Cielo y a las 80.000 o 100.000 personas que vivían en torno de él.

Vemos de lejos las arboledas del Parque de Caza. Ahora están despobladas. En tiempos del Imperio volaban sobre sus frondas millares de palomos amaestrados, a los que habían puesto una flautita debajo de cada ala. Eran animales eólicos que al volar iban dejando una estela de dulces sonidos, y como las pequeñas flautas tenían diversos tonos, estos músicos alados poblaban el espacio con las caprichosas armonías de una orquesta vagorosa.

Encontramos nuevas escaleras cubiertas, cuyos techos guardan pintada una fauna infinita de dragones. Parece imposible que la imaginación haya podido concebir tantas variedades de un solo animal quimérico. La baranda de las múltiples escalinatas es maciza, hecha con azulejos verdes y amarillos.

Como el Palacio de Verano lleva varios años de abandono, estas barandas, faltas de reparación, han dejado caer sus ladrillos esmaltados en diversos lugares. Tomo dos, uno verde y otro amarillo oro, para ocultarlos debajo de mi gabán. Pienso que cuando vuelva a Europa me será grato ver sobre mi mesa estos dos fragmentos del Palacio de Verano. Me siento ladrón, como la mayor parte de los europeos que vinieron aquí para civilizar a los chinos. Además, ¿cuánto podrían durar aún estas construcciones frágiles y olvidadas?... ¿Existirá el Palacio de Verano a mediados del presente siglo?...

Al volver a la capital pasamos ante las ruinas del otro Palacio de Verano, el más antiguo, que destruyeron las tropas anglofrancesas con la voladura de su polvorín. Pero apenas me fijo en él, me preocupa algo más reciente. Sé que en Pekín existe un emperador, a pesar de que el país está constituido en República hace doce años. He preguntado repetidas veces por él, y nadie conoce con certeza el lugar donde vive oculto.

Los chinos, tan extraordinariamente tildados de crueles, resultan incomprensibles muchas veces por su dulzura y su tolerancia, virtudes que les permiten encontrar una solución agradable a los conflictos más enrevesados.

Cuando en Europa se destrona a un monarca, se le hace salir del país inmediatamente. En algunas ocasiones, para liquidar de veras el pasado, hasta se le corta la cabeza.

En China, los republicanos, después de su triunfo, dejaron en paz al joven emperador para que continuase viviendo lo mismo que antes. Y como en realidad el monarca no había salido nunca de la Ciudad Prohibida, ni gobernado otra cosa que su vivienda —los ministros lo hacían todo en su nombre—, debe pensar a estas horas que la República no se diferencia mucho del antiguo régimen.

Algunos que parecen bien enterados me aseguran que continúa instalado dentro de la Ciudad Prohibida, en lo más céntrico de la Ciudad Violeta. Es tan enorme y con entrañas tan complicadas la antigua Ciudad Imperial —una legua de circuito—, que el monarca destronado puede seguir ocupando varios palacios y un jardín, sin que su antiguo pueblo sepa dónde está. En verdad, cuando era emperador su vida no abarcaba mayor espacio sobre la tierra.

Parece que este jovenzuelo es más feliz que antes, porque no recibe visitas y nadie le molesta con inútiles consultas. Le casaron de niño con una de su edad, y los dos siguen jugando, ya mayores, en kioscos y jardines. Él está enamorado de una amiga de su mujer, perteneciente a una gran familia de

mandarines adictos al Imperio. Los chinos sólo tienen una esposa legítima, pero la costumbre les permite un número ilimitado de amigas dentro de la casa. Y el feliz «triángulo» imperial vive paradisiácamente en el centro de Pekín, sin que nadie se acuerde de su existencia.

De tarde en tarde el ex emperador recibe la visita del presidente de la República, que también habita un palacio dentro de la antigua Ciudad Prohibida. Unas veces es un mandarín letrado, otras un «doctor en armas», o sea un general, pues la República china sufre los cambios bruscos de los seres en crecimiento, las aventuras violentas de toda juventud.

El último Hijo del Cielo no sabe en realidad lo que es un presidente de República. Debe creerlo un ministro universal, un favorito como los que gobernaban en otro tiempo la China despóticamente, mientras sus abuelos imperiales permanecían invisibles en la paz majestuosa del Palacio de Verano.

Bien puede ser que algunas veces se le ocurra la conveniencia de aplicarle al presidente unas cuantas docenas de bastonazos con un bambú duro, para que atienda con más generosidad a sus gastos. Pero no ve en torno a él a los eunucos de la antigua corte encargados de dicha función.

Sólo encuentra en sus jardines militares azules, de uniforme repleto durante el invierno, que le miran frente a frente con una audacia de campesinos sublevados, no pudiendo comprender por qué razón a un hombre que marcha lo mismo que ellos sobre la tierra lo llamaron sus pobres antepasados, durante cincuenta siglos, el Hijo del Cielo.

## La Gran muralla

Un muro de 600 leguas edificado en ocho años.—El chino sabe demasiado para ser militar.—Las industrias fúnebres.—Entierros ruinosos.—Las tumbas de los emperadores de la dinastía Luminosa.—En las puertas de la Tartaria.—Los vagabundos de la Gran Muralla.—La caravana de Kalgán.—El frío viento de la Mongolia.—Los dos ciegos musulmanes.

En este país extremadamente viejo, decano de todas las naciones actuales, no abundan los monumentos que puedan llamarse antiguos. Templos y palacios sólo alcanzan una vida de contados siglos. Lo eterno es la China, su historia y sus costumbres. El alma del país perdura inmutable a través de miles de años. La exterioridad de las cosas resulta transitoria y ha sufrido muchas renovaciones.

Su monumento más venerable y famoso es la Gran Muralla. Representa en la historia del pueblo chino lo que las Pirámides para la primitiva nación egipcia.

Las Pirámides tienen algunos miles de años más que la Gran Muralla. Cuando el emperador Hoang-Ti levantó ésta 240 años a.C, las Pirámides eran ya antigüedades milenarias que venían a contemplar viajeros de otros países. Pero como esfuerzo constructivo, la obra china resulta más enorme que la de los primeros faraones de Menfis. Resultan las Pirámides más grandiosas al poder abarcarlas el visitante con sus ojos; imponen un respeto casi místico por su pesadez de cumbre; tienen la concreción aplastante del amontonamiento. La Gran Muralla es una obra de extensión, un trabajo de gigantes en sentido horizontal, que casi nadie ha podido apreciar en conjunto, pues esto exigiría un viaje larguísimo. Los chinos, para crearla, manejaron indudablemente mayor cantidad de materias que los fellahs constructores de las Pirámides.

Ocupa la Gran Muralla una longitud de 600 leguas, distancia mayor que la existente entre Madrid y París. Algunos han calculado que con sus materiales se podría construir un muro que diese por dos veces la vuelta a la Tierra. Tal obra la ordenó Hoang-Ti, porque deseaba separar sus Estados del resto del mundo, y para él todo el mundo eran los tártaros y los manchúes, que podían atacar a su nación por el norte.

Hoang-Ti sólo gobernaba entonces la verdadera China, o sea las llamadas Dieciocho Provincias. Una cosa es la China y otra el Imperio chino. Los tártaros y los manchúes, que a pesar de la Gran Muralla acabaron por invadir el suelo de la China, fundieron sus territorios con las provincias de los vencidos, dando así su extensión actual a este Imperio de once millones de kilómetros cuadrados y quinientos millones de habitantes. Hace muchos siglos que la Gran Muralla resulta una obra completamente inútil, por haber quedado dentro del Imperio, extendiéndose la nación a un lado y a otro de sus baluartes; pero en sus primeros tiempos significó un gran adelanto como obra de fortificación, defendiendo la China de sus más temibles enemigos.

Se extiende sin interrupción 2400 kilómetros sobre cumbres de montañas, sobre valles profundos, y algunas veces sus cimientos se apoyan en pilotes para atravesar terrenos blandos y pantanosos. El emperador exigió a los ingenieros que no dejaran fuera de la muralla la más pequeña parcela de sus tierras, y esta orden hizo aún más dificultoso el trabajo. Quiso además que la obra colosal se terminase cuanto antes y fue emprendida por muchos puntos a la vez, dedicándose a ella millones de hombres.

En menos de ocho años se realizó, venciendo todos los obstáculos naturales, y según cuentan los

historiadores, murieron en esta empresa sobrehumana unos 400.000 hombres.

Su trazado tiene el ondulamiento del dragón, línea favorita de los artistas chinos, pero tal forma se debe también a la exigencia imperial de seguir con rigurosa exactitud los límites de sus provincias septentrionales. En algunos sitios parece suspendida de los flancos escarpados de las montañas; otras veces se oculta en gargantas profundas o pasa como un puente sobre ríos y torrenteras.

Todo el que visita Pekín siente la atracción de la Gran Muralla. Presenta ésta diversos aspectos según los sitios que atraviesa, e imagínese el lector si ofrecerá puntos de vista distintos en una extensión de 600 leguas. El lugar más frecuentado por pintores y fotógrafos se halla a varias horas de Pekín, empleándose para llegar a él un ferrocarril que va a la Mongolia y tiene por término la ciudad de Kalgán, situada casi en pleno desierto.

Atravesamos la mayor parte de la capital, poco después de amanecer, para ir a la estación de esta línea férrea construida por una empresa china. Se halla fuera de las murallas, al otro extremo de la Ciudad Tártara. Nunca como en esta mañana me di cuenta de la extensión de Pekín. Nuestro automóvil rueda kilómetros y kilómetros, siempre por avenidas que parecen sin término. Vemos calles laterales con las fachadas llenas de anuncios colorinescos y el arroyo oscurecido por una apretada muchedumbre. Atravesamos mercados con inmóviles caravanas de camellos.

Todas las puertas de la antigua Ciudad Prohibida ostentan a ambos lados, clavadas en su muralla rosa, dos banderas cuyas telas tienen muchos metros de amplitud. Es el pabellón quínticolor de la China revolucionaria: rojo, amarillo, azul, blanco y negro. La República hace gran ostentación de su nueva bandera, como si esto bastase para modernizar a un país que hasta hace poco no conocía otro símbolo patriótico que los dos dragones heráldicos de sus emperadores. Algunos edificios oficiales han adornado sus fachadas con falsas columnas y capiteles de papel multicolor que muestran la prodigiosa habilidad manual de los artífices del país. Estamos en las fiestas de Año Nuevo, colocadas por el calendario chino algunos días después de nuestro 1 de enero, y todos los palacios gubernamentales se cubren de dichos adornos.

Llegamos finalmente a la estación del ferrocarril de Mongolia. Junto a ella se extiende un campo de maniobras, y mientras llega la hora de partir el tren vemos cómo trotan, cómo se echan al suelo y nos apuntan con sus fusiles varios grupos de soldados vistiendo uniforme blanco y azul, todos con zapatillas afieltradas, de pie negro y caña blanca, que son el calzado nacional.

Dicen que estos soldados resultan tan excelentes como los mejores si los dirigen oficiales extranjeros, capaces de hacerlos avanzar con su ejemplo y con el automatismo de la disciplina. Pero al ser mandados por generales chinos no hay tropas más blandas, más refractarias al ataque a pecho descubierto, con menos «mordiente». Esta flojedad, incomprensible en hombres que aprecian la vida menos que nosotros y parecen más acostumbrados a sufrir el dolor físico, sólo puede explicarse teniendo en cuenta que el chino, por regla general, es más astuto e inteligente que el blanco.

Sabe demasiado para ser militar; tiene una experiencia de varios miles de años a su espalda, y las expresiones sonoras «patria», «gloria», etc., que en otros países empujan a los hombres a la muerte, no despiertan en él grandes entusiasmos. Su positivismo le hace pensar que los provechos de la victoria serán para sus jefes y no para él. Sabe que si queda inválido no recibirá ninguna recompensa digna de tan enorme desgracia. Pero el porvenir es una sucesión de sorpresas, y ¡quién sabe lo que hará en el futuro este pueblo de quinientos millones de seres!...

Sus campesinos, individualmente valerosos, sobrios y crueles, pueden convertirse en temibles

soldados si los reúne y los entusiasma un ideal común, algo que hable a su orgullo de raza y a un positivismo. Mas por el momento, los que conocen a este ejército afirman que nada vale como fuerza agresiva y tampoco puede servir gran cosa para la defensa del país en caso de invasión. Los chinos, como todos los pueblos de un gran pasado histórico, miran con superioridad a los países que estuvieron bajo su dependencia, política o intelectual. Como los japoneses fueron sus discípulos y los vapulearon hace treinta años en una guerra, se vengan de ellos llamándoles «los enanos». Pero es indudable que si las potencias europeas y los Estados Unidos no se preocupasen de mantener la independencia de la República china, «los enanos» habrían aprovechado cualquier pretexto para llegar hasta Pekín —sólo están de él a veinticuatro horas de ferrocarril—, barriendo con facilidad todo este ejército azul y blanco, de zapatillas silenciosas.

Empieza a deslizarse el tren sobre los campos inmediatos a la capital. Pasan ante las ventanillas grupos de árboles ennegrecidos por el invierno y montones de tierra que son tumbas cada vez más numerosas. Algunas de ellas deben ser de gente rica, cuyos parientes cuidaron de su ornamentación, haciendo algo más que amontonar terrones sobre los féretros. (Había olvidado decir que el ataúd chino no lo descienden al fondo de una fosa, como en nuestros cementerios. Queda sobre el suelo y lo van cubriendo con tierra hasta que forma ésta una cúpula suficientemente gruesa para preservarlo de las injurias atmosféricas.) El adorno escultórico de los cementerios ricos es siempre el mismo: una gran tortuga de piedra que lleva sobre el lomo un obelisco o una torre de pagoditas superpuestas. Esta tortuga, emblema de una larga vida, con la pareja de dragones imperiales y el ave fénix, constituye el grupo principal del simbolismo chino.

Pasamos junto a canales que tienen sus taludes cubiertos de nieve. Cisnes blancos y negros abren el agua verdosa con el plumón de sus pechos. Entreteno la monotonía del viaje pensando en la importancia que las supersticiones taoístas han dado a las ceremonias del entierro.

Hasta el culí más humilde ahorra pequeñas monedas pensando en el féretro que ocupará después de muerto. Los almacenes de pompas fúnebres son los establecimientos más importantes en los barrios populares de Pekín. Hay talleres enormes de carpintería que fabrican montañas de ataúdes de pino blanco, dentro de los cuales se encajan otros de maderas más valiosas.

Un entierro magnífico es la ambición suprema de todos los habitantes de este país; el glorioso final de una existencia. Las familias contraen deudas que agobian el resto de su vida, o se arruinan totalmente, perdiendo su rango social, para costear unos funerales. Tardan éstos con frecuencia meses y aun años a causa de los preparativos que exigen. Los entierros, escrupulosamente reglamentados según su costo, se escalonan en clases, y la memoria de una persona se venera de acuerdo con la importancia de su sepelio.

En los funerales de un rico se queman muebles, armas de caza, perros; antiguamente palanquines con sus portadores, ahora berlinas tiradas por caballos o automóviles de marcas célebres. Lo que constituyó en vida el lujo del difunto debe seguirle más allá de la tumba. Pero este pueblo, hábil en toda clase de negocios, ha encontrado el medio de proporcionar a los muertos sus comodidades terrenales sin que por ello pierda el capital de los vivos unos objetos tan preciosos para la existencia. Y los muebles, las armas, los automóviles, los animales domésticos, son todos de cartón, construidos por notables artífices que reproducen el original con una escrupulosidad puramente china, sin olvidar detalle.

Los muertos de gran familia quedan provisionalmente metidos en ataúdes, esperando que todo esté listo para sus funerales. El fallecimiento de un personaje proporciona a los escultores fúnebres largo trabajo, y por más que se afanen transcurre mucho tiempo antes de que la familia pueda realizar un entierro suntuoso. El público acude a ver el desfile de objetos y bestias de cartón para apreciar la fidelidad con que fueron reproducidos, y admita que tan costosas obras estén destinadas a convertirse en cenizas sobre una tumba.

Continuamente se encuentran en las calles de Pekín bandas de músicos que van a ponerse a la cabeza de un cortejo fúnebre. Chinitos mofletudos y sonrientes pasan cargados con enormes gongs y otros instrumentos no menos ruidosos y de grandes dimensiones. Ellos y los músicos que les siguen parecen alegres por la abundancia de trabajo. La muerte fomenta los negocios del país y aviva la actividad de las gentes. Hay entierros que llegan a costar 300.000 o 400.000 dólares chinos, figurando en ellos centenares de hombres con dobles estandartes, varias bandas de músicos y una procesión interminable de falsos carruajes, monigotes y casas portátiles, destinados a convertirse en humo.

Abandonamos el tren en mitad de nuestra marcha a la Gran Muralla. Son las nueve. El sol de una hermosa mañana de invierno empieza a caldear la tierra. Los charcos han perdido su costra blanca de la noche. Lloran los árboles con la licuefacción de la escarcha de sus hojas. El terreno ha ido subiendo y no oscurece ya la atmósfera el polvo amarillento de los alrededores de Pekín. Se respira un aire fresco de montaña. Vemos en el horizonte las cumbres de la Mongolia, que parecen haberse acercado a nosotros repentinamente.

Marchamos dos horas a caballo para ver un grupo de mausoleos de los emperadores Ming. Son más ostentosos y ocupan mayor espacio que los que visitamos en las cercanías de Mukden, construidos por la dinastía de los «Muy Puros». Pero el aspecto arquitectónico de unos y otros casi es igual; largas avenidas que conducen a templos multicolores y tienen en sus bordes parejas de animales gigantescos esculpidos en granito: elefantes, caballos, licornios y leones. Lo más notable de este parque fúnebre es su arboleda, que se extiende kilómetros y kilómetros, formando una selva de sagrado silencio. El suelo está cubierto de césped finísimo y resbaladizo. Con gran frecuencia pasamos sobre el arco de un puente de mármol. Los arquitectos paisajistas de la China se complacen en hacer dar a un mismo arroyo numerosas revueltas, de modo que se coloque incesantemente ante el paso del visitante, sólo por el placer de ir lanzando nuevos puentes sobre su curso.

El puente es la obra suprema del artista chino, y cuanto más abunda en un paisaje, mayor esplendor le proporciona. Esta predisposición a la línea tortuosa la siguen también al trazar las avenidas funerarias. Únicamente son rectas en cortos espacios, torciéndose inmediatamente para tomar una nueva dirección y volver más allá a la línea primitiva. Según parece, en estos bosques sepulcrales los constructores emplearon la línea quebrada con un fin religioso, para desorientar y fatigar a los malos espíritus. Como éstos sólo vuelan en línea recta, llegarían fácilmente hasta el monumento fúnebre, levantado en su último término si las avenidas fuesen tiradas a cordel. Gracias a tales tortuosidades, queda defendido el sepulcro por masas de arboleda que lo ocultan a los demonios alados.

Visitamos las tumbas de estos Ming, emperadores que en el siglo XIII formaron una verdadera dinastía nacional, gobernando a la China entre los invasores tártaros, a quienes destronaron, y los invasores manchúes, que los destronaron a su vez. El primero de los Ming fue verdaderamente un



héroe, un gran capitán salido del pueblo, que llegó a convertirse en emperador. Empezó de niño como acólito de una pagoda; luego, de joven, ganó su vida barriendo el templo y sirviendo de criado a los sacerdotes. Al sublevarse la nación contra los últimos descendientes de Gengis Kan, este sacristancito chino se lanzó a la guerra, revelándose como hábil guerrero y astuto político, que supo reunir en torno a su persona las fuerzas populares hasta entonces disgregadas, batiendo para siempre a los tártaros y entronizando a su familia con el título de dinastía Ming, que significa «Luminosa».

No llegó el primero de los Ming a reinar en Pekín. Su capital fue Nankín<sup>[11]</sup>, ciudad creada por él, donde se halla todavía su tumba.

Volvemos al tren y éste reanuda su marcha hacia las montañas de la Mongolia, que llenan el horizonte. Siguiendo la orilla de un río, se desliza poco después por las tortuosidades de continuos desfiladeros. Empezamos a ver cortinas de fortificación que, partiendo del valle fluvial, se remontan a las cumbres. Son defensas secundarias, a espaldas de la Gran Muralla, cuya proximidad se deja adivinar.

Todas las montañas son rojizas, a causa de su vegetación seca y quemada por el frío. En verano deben vestirse de un verde tierno y jugoso. Ahora su aspecto es áspero y fiero; parecen forradas todas ellas con pieles de león.

Creo adivinar el destino de las murallas que cortan el largo y tortuoso valle. Veo caminos fortificados que suben a las cumbres; escalinatas entre dos murallas con almenas, para poner a cubierto de los flechazos enemigos a las huestes que ascendían por sus peldaños de roca. Los puentes que se encorvan sobre el río tienen igualmente almenas y dan acceso a castillos ruinosos que fueron cuarteles. Las tropas chinas no podían pasar el invierno entero acampadas en la Gran Muralla. Precisamente en esta región serpentea sobre cumbres donde sopla durante largos meses el frío viento de la Mongolia. La guarnición vivía en el valle, de temperatura más templada, y al dar la alarma los destacamentos avanzados podía ascender rápidamente por los caminos cubiertos, yendo a ocupar sus sitios de combate.

Se detiene el tren en la estación de Chinglungchiao, nombre que no es fácil para dicho ni para escrito. Desde la estación se ve sobre las cumbres inmediatas una torre, cuadrada, y varios lienzos de muro que se alejan. Es la Gran Muralla, que llega hasta aquí en uno de sus ángulos entrantes y retrocede con brusquedad, perdiéndose, entre picachos de rocas.

Empezamos a ascender por la pendiente de un barranco. La marcha se prolonga más de una hora. Algunas veces el suelo deja de ser pedregoso y pasamos entre pequeños rectángulos de tierra cultivada por unos labriegos puramente tártaros. Los chinos que vienen con nosotros, intérpretes y guías, con sus sotanas negras y sus birretes de seda rematados por un botón rojo, resultan extranjeros en este país.

El tártaro lleva gorro de pieles y barbas lacias. Todos tienen los pómulos muy anchos y unos ojitos menos oblicuos que los chinos, pero más duros. Nos rodea una tropa de ellos, con trajes andrajosos, cuya tela acolchada de algodón deja escapar éste por las roturas. Los calzones son tan rígidos por su forro interior y por la suciedad externa, que parecen tallados en madera como dos troncos huecos de árbol.

Muchos de estos hombres, formando grupos de cuatro, sostienen ramas peladas de árbol de las que penden unos sillones viejos de junco, y cuando se cansa un viajero le invitan a que se siente en el rústico palanquín. Así lo llevan cuesta arriba con esfuerzos escandalosamente exagerados para exigir

luego mayor recompensa. Cada cien pasos se detienen, y el primero de los cuatro portadores lanza un grito. Apoyan entonces la barra en unas horquillas y cambian ésta de hombro, continuando su ascensión.

Otros tártaros son comerciantes de la Gran Muralla y acosan a los viajeros ofreciéndoles «curiosidades» del país, especialmente cencerritos y eslabones fabricados por los herreros indígenas. Lo que más venden son piezas de la antigua moneda mongola. Esta moneda, la más original que puede encontrarse en el mundo, consiste en pequeños sables de bronce, yataganes de la longitud de un dedo, que tienen grabadas en su hoja la leyenda de la pieza y el año en letras chinas.

Llegamos finalmente a una de las puertas del interminable recinto fortificado, la de la ruta que va a Kalgán, ciudad importante del desierto. Lo mismo que los antiguos soldados del Hijo del Cielo, empezamos a subir por unas escaleras fortificadas, hasta lo alto de la Gran Muralla. Una vez sobre ella marchamos entre dos filas de almenas por un camino enlosado de granito, en el que pueden avanzar cómodamente diez hombres de frente.

Sólo logramos ver la parte más insignificante de esta obra que ocupa una extensión igual a la longitud de dos o tres naciones medianas de Europa. Y sin embargo, este reducido sector nos parece algo extraordinario que hace presentir la enormidad de todo lo que permanece oculto más allá de nuestro poder visual.

La muralla sube por ambos lados siguiendo las pendientes, escala las cumbres, desaparece, la vemos surgir a muchos kilómetros de distancia sobre nuevas alturas, se oculta en los valles, y así va hundiéndose y emergiendo en los sucesivos términos del horizonte, hasta no ser más que un hilillo rojo casi esfumado entre remotas montañas azules. A distancias regulares se levantan torreones cuadrados, todos parecidos. Los arqueros, desde lo alto de sus plataformas, podían cruzar sus disparos de modo que no quedase un fragmento del muro sin ser defendido por sus flechas.

Caminamos mucho tiempo sobre el lomo de esta obra que parece infinita. El tiempo apenas ha causado mella en su masa de piedras y ladrillos. La soledad del lugar la conservó, como la campana neumática preserva los objetos confiados a su vacío.

Al otro lado se extiende la árida tierra mongola, que es como una antesala del desierto de Gobi, y diversos países de misterio, poblados por demonios guardadores de tesoros, por tribus nómadas de bandidos, y en cuyos remotos valles hay ciudades santas que gobiernan dioses vivientes. Allá está Urga, donde se deja adorar el Buda hecho carne, divinidad que muere envenenada muchas veces, si los santos lamas del Tíbet, establecidos en Lhasa, consideran que ha vivido demasiado y ansían darle un sucesor más sumiso, para lo cual les basta con enviarle un nuevo médico. Allá los lagos de nafta que arden incesantemente poblando la noche de resplandores infernales; allá las tribus guerreras que pertenecen de nombre al inmenso Imperio chino, pero hace años viven con independencia, aliadas a los sóviets de Siberia, y ensoberbecidas por el armamento que les regala el gobierno rojo de Moscú.

Vamos encontrando monótono el espectáculo al poco rato de marchar por estos caminos almenados que se empinan siguiendo las pendientes y en cuyas piedras pulidas por los siglos resbalamos con demasiada frecuencia. Luego el interés renace al pensar que esta obra de color rojizo, que sólo parece tener un siglo de existencia, fue construida hace 2300 años. Siempre que vemos el interior de un torreón recordamos que la Gran Muralla tiene 20.000 de ellos, todos iguales.

En la puerta atravesada por el camino de Kalgán se notan más las roeduras del tiempo. Un castillo

fue adosado a ella, y esta fortificación suplementaria es ahora un montón de ruinas. El arco de la puerta se mantiene intacto. Detrás de él se halla obstruido el camino por masas de mampostería derrumbada, semejantes a los pedruscos que forman islotes en el lecho de los barrancos.

Vemos cómo se aproxima cortando el desierto una caravana de mulas y camellos procedentes de la Mongolia. La fila de bestias, con sus arrieros tártaros, atraviesa la puerta-túnel de la muralla. Luego saltan aquéllas, con una agilidad de cabras, sobre las ruinas que obstruyen el paso, y vuelven a formarse más allá en el camino libre que desciende a las llanuras cultivadas de la China.

Unos gendarmes con guedejas de pelo de mono, gorra azul y blanca y revólver al costado se han unido a nosotros en las inmediaciones de la muralla. Su compañía es oportuna. Todos estos grupos de comerciantes de monedas-yataganes, de portadores de palanquines rústicos, de vagabundos con andrajos duros como la madera, ojitos feroces y barbas de chivo, si se limitan a pedirnos dinero valiéndose de gesticulaciones humildes o exagerando desvergonzadamente el menor servicio que prestan, es porque ven a nuestro lado a estos gendarmes algo grotescos con sus melenas lacias, que han sustituido a la antigua trenza, y sus orejas peludas. De no estar ellos presentes, exteriorizarían sin duda sus deseos con menos humildad.

Desciende el sol, y un viento helado y cortante, el terrible viento de la Mongolia, empieza a cantar en torreones y almenas. Los mismos habitantes del país acogen con una sonrisa crispada estos chillidos atmosféricos. Unos introducen sus manos en los guantes-manoplas que les cuelgan del pescuezo. Otros más pobres se las meten bajo los sobacos y empiezan a bailar para defenderse por adelantado del frío.

Es tan brusco este soplo, huracanado y glacial, que nos hace correr muralla abajo, con gran arremolinamiento de faldas y gabanes, levantando todos las manos para asegurar los sombreros.

Al pie de la escalera fortificada, junto al arco de la puerta, en una especie de hornacina, vemos arrodillados a dos mendigos, viejos tártaros de lengua barba blanca. Uno de ellos tiene un vago parecido con Anatole France.

Los dos están ciegos, con esa ceguera extremada y monstruosa de los países orientales, que no se contenta con borrar la vista y destruye además ferozmente los globos de los ojos. Tienen sus cuencas rojas y completamente huecas. Las moscas invernales se sobreviven y alimentan revoloteando en torno a estos cuatro orificios de herida, siempre frescos y sangrientos.

Murmuran oraciones con voz monótona, balanceando sus diestras tendidas. Canturrean como si cumplieren un rito, indiferentes a que el viajero se detenga o siga adelante.

Se adivina que estos chinos son musulmanes. El nombre de Alá, confusamente pronunciado, pasa a través de la sorda melopea de sus invocaciones. Tienen además la gravedad fatalista de los mendigos del Islam.

Reciben las monedas en sus manos impasibles y siguen suspirando palabras, fijas sus órbitas sin ojos en el infinito.

Estos dos habitantes de la Gran Muralla no se mueven nunca de la hornacina que les sirve de refugio: aquí duermen; aquí comen cuando tienen de qué.

¿Para qué canturrean todos los días, si sólo de tarde en tarde se presentan viajeros?... ¿Quién puede darles limosnas en este desierto?... ¿Qué es lo que ven en su eterna noche, arrodillados junto a esta puerta que da entrada a una de las soledades del mundo más extensas y misteriosas?...

## En marcha hacia el río Azul

Los bandidos de Ling Cheng.—Dos trenes fortificados.—Compañeros que van cayendo.—La exportación de huevos chinos.—Faisanes laqueados.—La amazona misteriosa del bosque fúnebre de los Ming.—Los bandidos no aparecen.—Decepción de algunas viajeras.—Opiniones sobre la República china.—Un cuerpo robusto falto de sistema nervioso.—La China aún no sabe que existe.—El Gran Canal.—El río Amarillo y el río Azul.—La civilización del trigo y la civilización del arroz.—Los pueblos asiáticos eternamente casados con el Hambre.

Muchos europeos residentes en Pekín, ingenieros, comerciantes y hasta diplomáticos, se unen a nosotros para aprovechar el tren especial que debe conducirnos a Shanghai, a través de una parte considerable de la China.

El gobierno ha tomado grandes precauciones para que no se repita al pasar nosotros por Ling Cheng el ataque que sufrió hace unos meses un tren de lujo, lleno de europeos y norteamericanos. Varias partidas de soldados desertores, capitaneadas por un oficial joven llamado Suen Mei Yao, atacaron dicho tren durante la noche llevándose secuestrados a todos sus viajeros, incluso las mujeres y los niños. Fue un acto de bandolerismo y al mismo tiempo una maniobra política para crear dificultades al gobierno de Pekín con las grandes potencias.

Las circunstancias no han cambiado. Antes de nuestra salida de la capital los diarios hablan largamente sobre la posibilidad de que seamos atacados en la región de Ling Cheng, favorable para esta clase de operaciones. Además, los mismos periódicos, con una asombrosa imprudencia informativa, mencionan las enormes fortunas de algunos de mis compañeros de viaje. Especialmente hay una señora, vestida de luto, que va con un hijo único, y lo mismo en el *Franconia* que en hoteles y ferrocarriles es siempre mi vecina más inmediata. La dama apenas habla, sonrío modestamente y parece no tener fuerzas para manifestar una opinión contraria a lo que dicen los demás. El hijo, tímido como la madre, y de una perfecta y silenciosa educación, se ve buscado por todas las señoritas, que se disputan el bailar con él. Estos dos compañeros, siempre deseosos de pasar inadvertidos, poseen varias explotaciones de petróleo en California y hay años en que la madre recibe algo así como 10.000 dólares todos los días. ¡Qué golpe para los bandidos chinos!...

Como son muchos los personajes de Pekín que necesitan ir a Shanghai y otros puertos del sur y desean agregarse a nuestro viaje, se forman finalmente dos trenes especiales. Cada uno de ellos lleva enormes proyectores eléctricos, como los que usa la marina de guerra, y a la cabeza y la cola vagones blindados con una compañía de infantería y varias ametralladoras. Además, el Ministerio de la Guerra ha hecho concentrar tropas en las estaciones estratégicas dentro de la vasta zona montañosa donde se mueven las partidas de bandidos.

Creemos que con tantas precauciones nos será posible llegar sin tropiezo a Shanghai, realizando el viaje en treinta y seis horas. Los dos trenes están compuestos de vagones-dormitorios, vagones-comedores y vagones-salones con balconaje exterior para contemplar el paisaje. Nunca he visto en Europa algo semejante por sus comodidades y su lujo. Únicamente los llamados «trenes de millonarios», que van de Nueva York a Los Ángeles durante el invierno, pueden compararse con estos dos, organizados por el gobierno chino. El material rodante es el mismo, pues los vagones de Pekín

fueron comprados en la América del Norte.

La estación se llena de gente blanca poco antes de nuestra salida; habitantes del barrio de las Legaciones que ven en esto un motivo para pasar el tiempo; familias de origen europeo y americano venidas para despedir a padres y maridos.

Un joven pálido, envuelto en mantas, que parece moribundo, llega hasta el tren en un palanquín, escoltado por un médico, una *nurse* americana y varios servidores chinos. Es un compañero nuestro, enfermo de una pulmonía aguda. Prefiere ser llevado al *Franconia* a quedarse en un hospital de Pekín y corre el riesgo de morir en el vagón durante tan largo viaje. Su madre y su hermana lo acompañan, haciendo esfuerzos por ocultar su inquietud. Se interrumpe el regocijo de la despedida; cesan los comentarios jactanciosos sobre un probable ataque al tren. Todos pensamos en la posibilidad de que este joven sea una de las víctimas exigidas por la Aventura a nuestro viaje perigeo.

De los que salimos de Nueva York ya cayó uno. La Nochebuena, estando en Yokohama, la policía japonesa trajo al *Franconia* un fogonero encontrado inánime en los muelles. Le creían simplemente ebrio, por haber bebido con exceso en honor de la cristiana festividad, y al examinarlo el médico de a bordo se convenció de que estaba muerto desde muchas horas antes. Ahora, este joven, al que he visto bailar muchas veces en los salones del *Franconia*, viene en nuestro tren como un moribundo. Parece milagroso que no seamos más los que hayamos caído con una congestión en los pulmones después de tanto paseo nocturno en *ricsha* descubierta por las calles glaciales de Pekín o de la visita a la Gran Muralla, bajo el viento mongólico de una tarde de enero.

Empieza nuestro viaje. Vemos tropas en todas las estaciones, pero esto ya es para nosotros un espectáculo ordinario. Nos interesa más el aspecto de la campiña, que se va repitiendo, siempre igual, durante el primer día de viaje, y se reproducirá a la mañana siguiente, aunque con las variaciones propias de un cambio de clima, pues vamos en línea recta del norte al sur.

Todo el suelo está arado. Fuera de las secciones ocupadas por las tumbas no hay un solo palmo de tierra falto de cultivo. Sin embargo, como estamos en invierno, la llanura es amarilla. No se ven más que surcos, terrones sueltos y rastros a los que arranca el viento columnas de polvo. En primavera y verano estas llanuras deben ser verdes y cobrizas.

Una vida animal exuberante se desarrolla sobre la campiña cuidadosamente trabajada. Corren por los campos manadas de aves domésticas, persiguiendo a los parásitos de la tierra, en cantidades incalculables. Sólo aquí pueden verse unas bandas tan numerosas. El suelo parece haber adquirido una vida extraordinaria: se mueve, ondea; tantas son las gallinas que marchan sobre él. En torno a estanques y canales o cubriendo sus aguas en largos trechos, aletean tropas de ánades y patos. Esta China inmensa es la mayor productora de huevos que existe. En algunas estaciones vemos grandes conos de metal, semejantes a los que emplean los ferrocarriles europeos para el envase de vinos y aceites. Los gigantescos cilindros contienen una pasta espesa, formada por millones de huevos, crudos y revueltos, que esparce una intolerable hediondez. Los confiteros la adquieren en los puertos de Europa para que sirva de base a sus dulces y perfumadas combinaciones. Vemos también fábricas que utilizan la gran producción de huevos para secarlos y triturarlos, enviándolos a otros países en forma de polvo.

En todos los pueblos, hasta en los más pobres, grupos de hembras vociferantes ofrecen comestibles a los viajeros; platos guisados por ellas que tienen como principal componente el pollo o el faisán. Este último animal, tan apreciado en Europa, es vulgarísimo en los pueblos chinos. Se le ve tanto

como la gallina en todos los corrales.

Muchas de las estaciones, con sus vendedoras de cara redonda, tez amarilla y ojos oblicuos, me recuerdan las de México, donde se aglomeran igualmente numerosas mujeres ofreciendo empanadas y trozos de ave espolvoreados de rojo. Aquí los comestibles también son del mismo color. Veo faisanes guisados, cubiertos con una capa purpúrea y charolada; pero no está compuesta, como en México, del pimiento extremadamente picante llamado «chile». Los chinos, con objeto de dar mayor ostentación a las aves asadas, las rebocan con laca roja, la misma que emplean en el barnizamiento de un vaso o un mueble.

Pasan por los caminos polvorientos muchos jinetes que tienen aspecto de labriegos ricos y van hacia sus propiedades montados en una mula encapazonada de seda con penacho de plumas. Recuerdo un encuentro de hace pocos días, al visitar la tumba de los Ming. Cuando nos dirigíamos a dichos mausoleos montados en unos caballejos alquilones, se unió a nosotros por algunos minutos un jinete interesante.

Era una mujer, vestida con pantalones y blusa de seda azul, un azul verdoso, igual al de la chispa eléctrica, secreto tradicional de los tintoreros del país. Esta hembra, grande y arrogante, se sostenía montada sin estribos, avanzando hacia el pecho de la bestia sus largas piernas y sus pies enteros, metidos en zapatitos de fieltro, sin la deformación que sufren las más de sus compatriotas. El delantero de su blusa desaparecía bajo numerosos collares y amuletos de múltiples colores. La cabeza la llevaba destocada, ostentando el peinado del país, una cortinilla del pelo lacio sobre la frente y el resto de la cabellera anudado sobre la nuca. En cambio, su mula, nerviosa y trotadora, agitaba entre las orejas un penacho de plumas azules y sus flancos iban cubiertos con una gualdrapa de borlas de seda.

Así marchaba, completamente sola, a través de unas tierras desiertas. De todo lo que he visto en China, su encuentro resulta tal vez lo más novelesco. Nuestros guías e intérpretes parecieron no menos extrañados por su presencia. No diré que fuese hermosa. Nosotros no podemos apreciar el atractivo de una cara de pómulos anchos y nariz algo aplastada, por más que los ojos tengan una expresión graciosamente diabólica. Pero era una hembra de estatura arrogante y esbelto vigor; una criatura sana, de miembros gimnásticos, e iba sola por campos despoblados, en un país donde las mujeres únicamente salen de casa acompañadas por domésticos o buscándose entre ellas para formar un grupo.

Tal vez era una labradora rica y viuda que iba varonilmente hacia una de sus propiedades. Me acordé de muchas novelas chinas escritas hace miles de años que tienen por tema hazañas de piratas y bandidos. Siempre en estas bandas de aventureros hay una mujer extraordinaria, una valquiria de ojos oblicuos y cuerpo arrogante, capitana que se hace obedecer puñal en mano por los más terribles desalmados.

Trotó unos instantes junto a nosotros, como si no nos viese. Al examinar su perfil achatado de Diana amarilla, sorprendí el rabillo de uno de sus ojos mirándonos disimuladamente con fría curiosidad. Luego, cansada de ver a los «demonios blancos», taconeó su mula, desapareciendo entre las primeras arboledas de las tumbas de los Ming.

Tan extraordinario me pareció este encuentro en los linderos del inmenso bosque fúnebre, que llegué a imaginar la absurda hipótesis de que una de las antiguas emperatrices hubiese abandonado su sepulcro por unas horas para correr la China del presente, constituida en República... Y no la vimos más. Ahora pasan mujeres a caballo cerca del tren, pero son labriegas de aspecto zafio. Avanzan con el

trotecito de sus asnos en pos del marido, o van acompañadas por jornaleros que las escoltan a pie.

Durante la noche pasamos el sector más peligroso de nuestro viaje, país de montañas donde las partidas de rebeldes pueden enriscarse con facilidad después de un atentado contra el tren. Vemos correr sobre el paisaje inquietos resplandores de incendio. Son las mangas luminosas de los reflectores que exploran nuestro camino haciendo surgir los rieles de la nocturna lobreguez, como dos barras de plata. En todas las estaciones hay grupos de oficiales que suben al tren arrastrando sus sables para dar noticias y tomar órdenes.

Algunas damas empiezan a mostrar cierto desaliento al ver que transcurren las horas nocturnas sin que nos ataquen los bandidos. Como viajan para adquirir «experiencia en la vida», sienten no conocer las emociones de un secuestro armado. Vamos a pasar a través de una China en pleno desorden sin ningún incidente digno de ser contado, como el que viaja en un tren de lujo entre Nueva York y Boston.

Después de media noche los viajeros se encierran en sus camarotes para dormir y únicamente quedan despiertos los centinelas situados en las plataformas y sus relevos, que fuman y conversan a gritos en los pasillos. Mientras espero la llegada del sueño tendido en mi litera, reflexiono sobre la situación actual de la China para concretar mis opiniones.

Indudablemente la joven República vive en un estado anárquico. El gobierno de Pekín apenas si se ve obedecido en una menguada parte del territorio nacional, y sería menospreciado generalmente de faltarle el apoyo que le conceden los Estados Unidos e Inglaterra. Existen dos Repúblicas: la del norte, que es donde estamos, y la del sur, o sea la de Cantón, dirigida por el doctor Sun Yat Sen.

Se nota además en la China revolucionaria una innovación fatal, una verdadera regresión política que por suerte no resultará permanente, pues es a modo de una enfermedad que sufren todas las Repúblicas jóvenes. Al desaparecer el Imperio, los militares chinos han alcanzado una importancia que nunca tuvieron. Ya dije cómo durante miles de años el mandarín letrado fue más importante que el «doctor en armas», monopolizando como función propia el gobierno del país. Ahora China, bajo el régimen republicano, es una especie de México. El presidente (sea quien sea) aparece siempre en los retratos con numerosos entorchados y un kepis, del que cuelga un manojito de plumas con el desmayo del sauce llorón. Este general-presidente es en realidad un personaje decorativo, pues se sostiene en Pekín gracias a la protección de otros generales que dominan las provincias con la cruel rapacidad de los procónsules, y a los que llaman *tou-kiuns*.

Pero la anarquía actual no pondrá en peligro de muerte a esta vastísima nación. China ha pasado en su historia de cincuenta siglos por períodos más tremendos, en los que estuvo próxima a perecer despedazada —guerras civiles que duraron cien años, hambres exterminadoras, etcétera—, y sin embargo su prodigioso vigor interno la hizo surgir de tales conflictos con una salud renovada, continuando su existencia.

Las cosas no son simples y uniformes como se las imaginan los espíritus dados a la generalización. En nuestra vida todo resulta complejo, y las más de las veces contradictorio e inexplicable para nuestros sentidos. La China no es un pueblo uniforme; existen dos Chinas: una la tradicional, que todos conocen, la China milenaria de los biombos, con ceremonias enrevesadas hasta la puerilidad y supersticiones distintas a las nuestras. La otra es el inmenso pueblo chino, agrupación humana la más dispuesta al trabajo, que soporta alegremente la fatiga y siente en todo momento el ansia de saber.

El deseo del chino es ganarse la subsistencia, aunque sea trabajando catorce o dieciséis horas al día, y apenas queda libre aprovechar su descanso para aprender. Ningún comerciante del mundo puede compararse con él por su inteligencia despierta, ávida de novedades y ágil para salvar obstáculos. Ningún obrero supera al de aquí en habilidad manual y tenacidad sonriente para el trabajo. Como en esta tierra pudieron los pobres, durante 5000 años, subir a los más altos puestos del Estado gracias al estudio, las biografías de sus letrados más célebres contienen ejemplos de una tenacidad heroica para adquirir la instrucción. Algunos, después de trabajar en su juventud manualmente el día entero, estudiaban de noche al resplandor de la luna. Otros abrían un orificio en la pared del vecino para aprovechar su luz, y bajo este reflejo débil aprendían sus complicadas lecciones.

Esta ansia de saber y la facilidad para asimilar lo que otros estudiaron han producido la actual República. Los jóvenes chinos educados en la América del Norte y en Europa acabaron por vencer con sus predicaciones el más viejo, el más absoluto y carcomido de los imperios, intentando organizar sobre sus ruinas lo que ellos llaman «la gran democracia amarilla».

Existe un abismo entre las ilusiones generosas de estos apóstoles inexpertos y el ambiente que los rodea, todo corrupción, rutina y vejez. Los generales fabricados por la República roban lo mismo que los antiguos virreyes nombrados por el emperador. El gran vicio de la China consistió siempre en que los funcionarios consideran los dineros públicos como algo propio, quedándose la mayor parte de ellos y enviando sólo un pequeño tributo al ser lejano e invisible que gobierna en Pekín.

La inmoralidad administrativa y la falta de solidaridad entre los hombres son las dos enfermedades mayores de la nueva República. En realidad, los chinos se ignoran entre ellos. Es tan vasto el antiguo Imperio, que cada uno conoce su provincia nada más, y aún dentro de ella sólo se siente ligado al pueblo en que nació.

Anatole France ha dicho que «la China empezará a existir cuando los chinos se enteren de que existe una China».

Se esfuerza la República por hacérselo saber, pero son pocos aún los que se han enterado en este país de centenares de millones de seres. Antes tenían noticia de la existencia de un emperador en Pekín. Ahora no saben nada, y en algunas regiones tal vez creen que la llamada República es una emperatriz semejante a la que gobernó hasta pocos años antes de la revolución.

Mas iguales situaciones, confusas y anárquicas, se han visto en países europeos, y aún pueden verse en algunos de América, sin que por ello ose nadie profetizar su muerte. La China saldrá de esta crisis. Es un país antiquísimo y al mismo tiempo eternamente joven, pues tiene el poder de renovarse gracias a la vitalidad de sus muchedumbres. Hasta los mayores detractores del chino reconocen su sobriedad, su valor para sobrellevar las privaciones de la pobreza, su entusiasmo en el trabajo. Ningún pueblo de la tierra está mejor dotado para amoldarse a los climas más extremos, soportando lo mismo los fríos de Siberia que los ardores del trópico. El gran geógrafo Reclus veía en los chinos y en los españoles los dos únicos pueblos aptos naturalmente para la colonización, a causa de la variedad geográfica de sus respectivos países, que les permite adaptarse a las diversas temperaturas del globo.

El chino, primer comerciante de la tierra, se extiende por todos los continentes, instalándose en ellos como si estuviese en su casa. No hay trabajo que le intimide. Se entrega a su labor como si ésta fuese para él una finalidad desinteresada y no un medio de vivir. Produce sonriendo, cual si experimentase un placer. Yo he sentido asombro muchas veces viendo la alegre facilidad de su



producción. Más adelante contaré lo que me ocurrió con un sastre chino de Singapur.

Los republicanos de Pekín muestran una justa cólera ante las críticas de algunos viajeros que se imaginan haber estudiado su país.

—Que nos den tiempo —dicen— para realizar nuestras reformas. El Japón no hizo más que copiar la fuerza guerrera e industrial de Europa, y para ello necesitó cincuenta años. Ya nosotros nos exigen que en doce o catorce hayamos dado la perfección de una República como los Estados Unidos de América a este país que por ser el más viejo de la tierra está saturado, cual ninguno, de prejuicios y rutinas.

Las potencias de Europa han puesto sus ojos en la China para apropiársela. Pero cada una de ellas desea la mejor parte, sus rivalidades neutralizan toda agresión, y mientras tanto la nueva República va viviendo. Lo importante para ella es que tan peligroso equilibrio se prolongue muchos años, lo que la permitirá realizar lentamente su evolución, que no pueda ser obra instantánea.

Observan los Estados Unidos con la China una política en la que van mezclados el egoísmo comercial y cierto romanticismo democrático. Su industria ve un inmenso mercado de exportación en este país de quinientos millones de seres. Su gobierno procura atraérselo por medio de la gratitud, y para ello le protege abiertamente de las ambiciones conquistadoras del Japón. Los políticos de Washington creen de buena fe en la posibilidad de una gran República amarilla. Están convencidos de que si los demás países dejan a la China desarrollarse por sí misma, en completa paz, soportará las enfermedades propias de una democracia joven, y antes de medio siglo podrá tener verdadera República, sólidamente cimentada y ordenada, algo que tendría derecho a titularse los Estados Unidos de Asia.

Muchos consideran esto un ensueño generoso e inconsistente, una ilusión que se verán obligados a abandonar los gobernantes de los Estados Unidos y bien pudiera ser causa de la temida guerra del Pacífico. Pero nadie posee los secretos del porvenir, y muchas veces la realidad se complace en buscar lo que todos creen ilusión, con preferencia a las deducciones frías del raciocinio.

—¿Por qué no podemos hacer nosotros —dicen los republicanos chinos— lo mismo que hicieron las democracias de Europa y América?... Nuestro pueblo llevaba inventados muchos de los actuales progresos de la civilización blanca cuando los europeos vivían aún en hordas o alojados en cavernas.

Yo siento por el pueblo chino el respeto que merece un glorioso antepasado. Recuerdo la emoción de Goethe, a los ochenta años de edad, leyendo en su retiro de Weimar una novela china de fábula sana, con descripciones tan frescas y vivientes como las de una obra moderna.

—¡Y pensar —decía asombrado el poeta— que esta novela fue escrita hace 3000 años, cuando muchos de los hombres de Europa acampaban aún en los bosques!

Digamos como resumen que la China actual es un organismo enorme y fuerte, pero falto de sistema nervioso, lo que le obliga a permanecer caído. El Japón sueña con llegar a ser su cerebro director. Quinientos millones de chinos, sobrios, inteligentes, incansables, organizados por los japoneses... ¡qué amenaza para el resto de la tierra!

Los Estados Unidos, para evitar el tan famoso «peligro amarillo» y al mismo tiempo por el romanticismo democrático mencionado antes, procuran que las demás potencias dejen en paz a la República china y ésta se vaya reformando lentamente por sí sola hasta crearse, sin injerencias extranjeras, el alma moderna que aún no posee.

Al despertar en la mañana siguiente vemos desde el tren una China nueva. Nos aproximamos a la

parte tropical del país. Empezamos a sentir calor y nos desprendemos de nuestros trajes a la moda de Pekín.

En el barrio de las Legaciones todos llevan durante el invierno ricos abrigos de pieles y un costoso gorro de marta a estilo siberiano. Me desprendo de mi pelliza y de un gorro de esta clase, que tal vez no usaré más. Ha terminado el frío. En adelante nuestro viaje será por tierras cálidas, a un lado y a otro de la línea ecuatorial.

Nos aproximamos al río Yang-Tsé, el famoso río Azul. Todo el terreno que estamos cruzando desde Pekín a Shanghai lo componen la cuenca de dos cursos fluviales dignos por su enormidad de la fama que gozan: el Hoang Ho (río Amarillo) y el Yang-Tsé (río Azul). En realidad estas dos cuencas son la verdadera China, y hasta los tiempos de la antigua República romana el pueblo chino se desarrolló entre ellas sin ir más allá. Después, el Imperio de los Hijos del Cielo fue realizando conquistas o sufriendo invasiones de bárbaros que le aportaron sus propios territorios, y hoy comprende, además de la antigua China, la Mongolia, la Manchuria, el Turquestán y el Tíbet.

Hemos atravesado durante la noche la cuenca del caudaloso río Amarillo, que cambia con frecuencia de curso, inundando provincias enteras, convirtiendo otras en terrenos pantanosos, condenando al suplicio del hambre a millones de seres, y haciendo emigrar a ciudades en masa. Ahora estamos en la vertiente septentrional del río Azul.

Vemos desde el balconaje del coche-salón lagunas cultivadas, arrozales que se pierden de vista, con bandas de patos blancos y rojizos. Ésta es la China productora de arroz. A trechos encontramos un ancho río artificial, cuyas riberas están tiradas a cordel, y enormes plazas acuáticas que sirven de puertos. Centenares de juncos, tocándose por sus bordas, alzan en el aire un bosque de mástiles.

El Imperio realizó hace muchos siglos una obra tan enorme como la Gran Muralla, aunque menos famosa que ésta. Es el Gran Canal, que atraviesa la mayor parte de la China, yendo desde los puertos del sur hasta Pekín. Para abrirlo se necesitaron largos años de trabajo y varios millones de hombres.

Está ahora el Gran Canal roto en algunos puntos de su enorme trayecto, pero todavía puede navegarse miles de kilómetros dentro de él y la numerosa marina mercante del país lo utiliza para sus viajes interiores. Varios lagos alimentan con sus reservas este curso de agua artificial, el más grande que se conoce. Los Hijos del Cielo lo abrieron para que llegasen por él todos los tributos en arroz pagados por las provincias del sur, envíos de insustituible necesidad para el mantenimiento de Pekín y las muchedumbres del norte.

Los arrozales del Japón, pequeños y tan escrupulosamente limpios como los estanques de un paseo, no son comparables con estas llanuras acuáticas que atravesamos durante horas y horas camino de Nankín, antigua capital de la China a orillas del río Azul.

Indudablemente el mundo está dividido en dos civilizaciones, la del trigo y la del arroz; mas el europeo se equivoca al imaginarse el arroz como un alimento asiático, abundantísimo. Representa la más seductora de las nutriciones para los hombres amarillos, pero la mayoría de ellos sólo lo comen de tarde en tarde, y si llegan a hacer de él su alimento diario, lo absorben en muy reducidas cantidades.

La ambrosía divina del Olimpo indostánico es el arroz con curry. Los dioses en sus banquetes no conocen nada mejor. Los magnates de todos los pueblos amarillos se nutren igualmente con este don del cielo. Los demás mortales, cuyo número asciende a centenares de millones, lo toman con palillos

para que dure mayor tiempo el placer de comerlo, y prolongan voluptuosamente la absorción del montoncito colocado sobre un plato no más grande que una copa. El populacho indostánico considera un banquete tener en la palma de la mano izquierda un puñadito de arroz e ir llevándoselo a la boca con dos dedos de la diestra, grano a grano.

Los pueblos de la vieja Asia viven desde los más remotos siglos de su historia indisolublemente casados con el Hambre.

## Shanghai, la rica y alegre

Un abordaje de chinos en el río Azul.—La ciudad literaria de Nankín.—El Londres del Extremo Oriente.—La Concesión Francesa y la Concesión Internacional.—Las palabras *boom* y *crack*.—Placeres y despilfarros.—Las cortesanas del país y el mujerío internacional.—Princesas chinas y opio.—Una colonia española interesante.—Dos frailes notables, directores de misiones.—La propaganda católica y la propaganda protestante.—Sus diversos recursos.—El barrio chino de Shanghai y sus callejones hormigueantes de muchedumbre.—Visita al famoso Jardín del Mandarín que el lector conoce desde su niñez.

El tren nos deja en la estación de Pukou, a orillas del río Azul. Éste abre ante nosotros su enorme camino acuático de un color de ópalo verdoso, parecido al del ajeno.

A semejanza de algunos cursos fluviales de América, creemos que es río porque así lo afirma la geografía, pero más bien parece por su extensión y su abundancia de barcos un brazo de mar o un estrecho. Estamos a doscientos kilómetros de su desembocadura, y sin embargo pasan por él numerosos vapores de tonelaje considerable; buques que han hecho la travesía del océano y remontan el río Azul hacia puertos situados en el corazón de la China.

En sus orillas no se sabe dónde termina la tierra y empieza el río. Hay centenares, hay miles de embarcaciones del país, llamadas «sampanes», que sirven de eterna vivienda a las familias que las tripulan y transportan además mercancías. A veces tales barcos se inmovilizan meses y años en una ribera.

El agua permanece invisible entre los cascos apretados de esta flota pululante y miserable. Mujeres, hombres y niños corren por dicha ribera adicional y movediza, saltando de un barco a otro. Surgen de ella a la vez un griterío continuo y un olor nauseabundo de cocina disparatada. En todas las grandes ciudades de la China del sur volveremos a encontrar estas poblaciones fluviales, que se descomponen de la noche a la mañana y vuelven a reformarse, conteniendo un vecindario casi tan numeroso como el de la ciudad terrestre.

Atravesamos el río Azul en un vapor blanco que con ágiles viradas evita la proa de los grandes buques de carga que suben o bajan su majestuoso curso. En la orilla de enfrente está Nankín. La estación del ferrocarril tiene muelles que avanzan en el río, y vemos agitarse sobre ellos una muchedumbre de hombres medio desnudos.

Todavía está nuestro buque a tres o cuatro metros de la orilla y sus tripulantes se ocupan en las operaciones del atraque, cuando toda esta turba de atletas ligeros de ropa, tomando carrera, salta e invade nuestra cubierta. Son unos doscientos y el entarimado se estremece con la caída de sus cuerpos.

Me doy cuenta de lo que debieron ser en otros siglos los abordajes de los piratas. Así aparecían indudablemente sobre la cubierta del velero descuidado las hordas de bandidos marítimos que figuran en las antiguas novelas chinas. Saltan todos a un tiempo, sin orden alguno, y hasta parece que se empujan mientras están suspendidos en el aire, apresurando cada cual la caída del que va delante. Algunos se escurren en el espacio todavía abierto entre el buque y el muelle, y al agujerear el agua como piedras, levantan surtidores de espuma. La gente ríe. ¿Qué importa unos chinos menos? ¡Hay tantos! Pero el chino escapa mejor que el blanco de los peligros; tiene mayor agilidad para hurtar el cuerpo a la muerte, y a los pocos segundos los vemos emerger en el callejón acuático, que el atraque

de nuestro buque va haciendo cada vez más angosto. Todos acaban por asaltar la cubierta, librándose de perecer ahogados o aplastados.

Estos portadores de equipajes se adueñan de cuanto viene en el buque, desde el saco de mano al baúl más enorme, y con su ligereza de duendes amarillos pasan en unos segundos toda nuestra impedimenta a los andenes de la estación.

Visitamos Nankín a toda prisa. En realidad, resulta más interesante visto en los libros que directamente. La capital creada por el primer Ming es casi una ruina. Su fundador la construyó en gran escala para dos o tres millones de habitantes, y sólo tiene 50.000. Su decadencia le proporciona cierto interés melancólico. Dentro de su recinto, fortificado con gruesas murallas y puertas-castillos, lo mismo que Pekín, ocupan los jardines mayor espacio que las casas.

Su industria principal es un tejido fino de algodón amarillento, llamado «nankín», tela célebre en el mundo a partir del siglo XVIII, que fue cuando empezaron a usarla los europeos en verano, para librarse del calor de sus casacas bordadas. Además, esta ciudad decadente disfruta el mismo prestigio que algunas universidades antiguas de nuestro mundo. Los mandarines letrados que adquieren sus títulos en la ciudad literaria de Nankín se consideran superiores a los demás. Aquí se producen la mejor tinta china y el papel más fino; aquí están las imprentas que publican los libros más bellos.

A cierta distancia de Nankín se halla el mausoleo del fundador de la dinastía «Luminosa». Pero ya hemos visto las tumbas de otros Ming, y como deseamos llegar a Shanghai a media noche, prescindimos de tal visita.

Reanudamos el viaje al ponerse el sol. Antes de que se extinga la luz notamos cierta variación en la campiña, que revela la proximidad de un gran puerto comercial. Las barracas de madera con tejado cornudo, las vallas de los campos y hasta los puentes ostentan grandes anuncios de letras blancas sobre fondo amarillo. Como estos rótulos están escritos con caracteres chinoscos, resultan decorativos y agradables para nuestros ojos, divirtiéndonos en encontrar analogías entre sus letras jeroglíficas y diversas figuras de personas y animales.

Cierra la noche. Nos faltan cinco horas para llegar a Shanghai. Mientras comemos va pasando el tren ante estaciones repletas de gentío. Detrás de una masa oscura adivinamos la presencia de grandes ciudades. Los centros más importantes de la industria china se hallan establecidos en esta zona, entre el río Azul y Shanghai. De aquí salen los tejidos de seda que se esparcen por el mundo entero; aquí se prepara igualmente la seda en rama, primera materia para las hilanderías de Lyon y otros centros industriales de Europa.

Columbramos detrás de las empalizadas la muchedumbre que ha acudido para ver nuestro tren. Sobre sus cabezas se agitan numerosas luces, como fuegos fatuos. Son linternas de cristal fijadas al extremo de palos; faroles de papel, redondos como frutos, o prolongados en forma de pez. A lo lejos, en el interior de las ciudades, se destacan edificios de suave fuego sobre el negro terciopelo de la noche. Continúan las fiestas del nuevo año: templos y edificios oficiales han iluminado los perfiles de sus techumbres ganchudas.

Después de las once llegamos a Shanghai, y durante el resto de la noche y el día siguiente corro las calles y establecimientos de esta población, la más viviente, la más rica y dada a los placeres de toda la China.

Shanghai es el mayor puerto de exportación e importación del antiguo Imperio Celeste. Hong-

Kong rivaliza con él en movimiento marítimo, pero no es más que un puerto de tránsito, mientras que Shanghai es puerto terminal. Además, Hong-Kong pertenece a Inglaterra, y Shanghai es de todos. Figura como ciudad china, y en realidad sólo una parte de ella es gobernada por funcionarios enviados de Pekín. El resto se compone de dos extensos distritos que los blancos gobiernan a su gusto. Uno de ellos es la Concesión Francesa, y el otro, más grande, la Concesión Internacional, el verdadero Shanghai de los negocios, dirigido por los cónsules de todos los países, dentro de cuya corporación se hace sentir naturalmente la influencia de los representantes de las naciones más poderosas en China, que son Inglaterra y los Estados Unidos.

Habitan la Concesión Francesa los apoderados y agentes de las grandes sederías de Lyon, que adquieren aquí su primera materia. Además, pasan de 100.000 los chinos que se han instalado en dicha parte de la ciudad, bajo el amparo de las autoridades francesas, para librarse de las arbitrariedades de sus mandarines. Calles y avenidas han sido rebautizadas últimamente con motivo de la guerra. Están bordeadas de hotelitos con jardines, las vigilan policías amarillos traídos del Tonkín, con sombreros en forma de paraguas, y se titulan avenida Joffre, avenida Foch, avenida de Verdún, etc.

En la Concesión Internacional, verdadero núcleo de Shanghai, los edificios están ocupados por bancos, grandes oficinas mercantiles, y bazares enormes a lo norteamericano, fundados y dirigidos por chinos. Estas construcciones de numerosos pisos, al estilo de Nueva York, se alinean a lo largo de un río navegable cuya agua sólo se ve a pequeños trechos, tan abundantes son los vapores de comercio y los buques de guerra anclados en él. Unos policías indostánicos de anchas barbas y turbantes abultados, traídos por los ingleses, vigilan las calles de este Shanghai internacional.

Se nota inmediatamente la abundancia de dinero, la gran prosperidad de los negocios. Los ingleses han inventado dos palabras que por su eufonía no necesitan explicación y retratan exactamente el estado de los negocios en un país. Cuando los valores suben vertiginosamente y todo aumenta de precio, siendo general la abundancia de dinero, concretan tal prosperidad diciendo que es un *boom*, palabra sonora e imitativa del ruido de una explosión. Si todo marcha mal y la riqueza se oculta, viniéndose abajo las empresas con el derrumbamiento de la quiebra, expresan esto con la palabra *crack*, sonido de lo que se rompe y viene abajo.

Shanghai está en pleno *boom* cuando llego a él. Todos son ricos. Gentes que años antes no pasaban de ser modestos empleados poseen ahora millones. Se vive actualmente en este puerto chino como en la California de mediados del siglo XIX.

Tal abundancia, que en ciertos casos merece llamarse excesiva, se nota especialmente de noche en los lugares de placer. Shanghai, además de ser célebre en todo el Extremo Oriente por sus industrias y el movimiento de su puerto, hace sonreír a muchos cuando escuchan su nombre, unas veces con nostalgia, otras con cierta malicia. Es la capital del placer y el despilfarro. Hay en ella una calle de varios kilómetros, que se llama Fou-Tcheou Road, y está iluminada magníficamente hasta que sale el sol. Toda la noche permanecen abiertos sus restaurantes, sus cafés-cantantes, sus casas de juego, y otras más difíciles de mencionar por su verdadero nombre.

La mujer china goza aquí de mayor libertad que en el resto del país. Las cortesanas de Shanghai son célebres y figuran en muchas novelas y comedias de la literatura nacional. Se las ve pasar de noche por la citada calle sentadas en *ricshas*, con vestiduras floreadas y vistosas que las cubren desde el cuello hasta los pies, el rostro pintado como el de una muñeca, los ojos prolongados por negras

pinceladas, fijos e inexpresivos. Van de restorán en restorán para figurar en los banquetes. Toda comida china carece de atractivo si durante su curso de muchas horas no van pasando por el salón numerosas cortesanas de dicha especie. Conversan graciosamente con los comensales, coquetean, dicen versos y canciones, y se retiran para dejar sitio a las compañeras que llegan, yendo ellas a su vez a dar animación con su presencia a otros banquetes. El anfitrión se encarga de remunerarlas por esta visita fugaz.

Los grandes mercaderes chinos deseosos de imitar la vida de los europeos frecuentan restaurantes elegantes y menos «alegres» con sus esposas e hijas, conservando los trajes nacionales de vistosa suntuosidad. Todos son ricos en este país y despilfarran el dinero: los comerciantes ingleses y norteamericanos, los sederos franceses, los hombres de negocios de las otras colonias extranjeras; pero los capitalistas más fuertes hay que buscarlos entre los chinos, admirables comerciantes que en un puerto como Shanghai pueden dar amplia expansión a sus facultades, monopolizando las introducciones de artículos extranjeros y la producción nacional de la seda.

Hasta los contados españoles que viven aquí resultan más interesantes y más ricos que los de otros lugares del Extremo Oriente. El cónsul de España, Julio Palencia y Tubau, hijo de un eminente comediógrafo y de una de las mejores actrices que tuvo nuestro teatro, está casado con una hermosa dama, nacida en Grecia, hija de un célebre político de dicho país. Este matrimonio de gustos artísticos, refinadamente intelectual, me invita a comer en su casa (una villa de frondoso jardín, cerca de la Concesión Francesa) con los principales individuos de la pequeña y prestigiosa colonia española, y escucho lo que me cuentan con verdadero interés, pues todos ellos, por su estado social, conocen a fondo el país.

Uno de ellos, llamado Lafuente, es un arquitecto nacido en Madrid, que ha construido el Gran Hotel de Shanghai; otro, apellidado Ramos, es dueño de las mejores salas de cinematógrafo que existen en esta capital del placer; y Cohen (el millonario de la colonia) posee casi todas las *ricshas* circulantes en la ciudad, que ascienden a varios miles, lo que le proporciona un ingreso diario enorme, uniendo a tal industria otras de no menos consideración. Éste es el elemento civil que tiene España en Shanghai. El religioso aún resulta más interesante.

Estoy sentado a la mesa frente a dos frailes que son al mismo tiempo dos hombres de acción, el padre Castrillo y el padre Cuevas, superiores de las misiones Agustiniense y Recoletana, existentes en China.

El padre Castrillo, con su barbilla gris en punta y su frente voluminosa de hombre de tenaces voluntades, me hace recordar a los héroes de la conquista americana en el siglo XVI. En Shanghai lo respetan como si fuese uno de los fundadores de la moderna ciudad, admirándole además por sus dotes de organizador y financiero. Adivinó el porvenir de este puerto antes que los ingleses, norteamericanos y todos los que explotan hoy sus negocios. Empleó los dineros de su comunidad (la de los agustinos del Escorial) en comprar terrenos alrededor del viejo Shanghai, en la peor de las épocas, cuando eran frecuentes las revoluciones y la sangre de enormes matanzas humanas corría por las riberas del río Azul.

Hoy la ciudad se ha ensanchado considerablemente y muchos de sus edificios principales son propiedad de la orden representada por el padre Castrillo. Éste goza de tal prestigio financiero y conoce tan a fondo la población europea que vio formarse desde su primer núcleo, que los banqueros

más importantes, ingleses y norteamericanos, le piden informes y consejos en momentos de duda; y el fraile castellano, con su barbilla cervantesca, su sotana simple de clérigo y el sombrero de teja echado atrás sobre la cabeza voluminosa, va bonachonamente de un lado a otro, mirándolo todo con sus ojos que parecen distraídos y no pierden detalle. Basta cruzar con él unas palabras para convencerse en seguida de que es «alguien».

La conversación con estos dos representantes de la propaganda católica resulta de un gran interés geográfico. El padre Cuevas, misionero de evangélica bondad y español entusiasta, me cuenta cómo envían todos los años el dinero y los objetos más necesarios a las misiones establecidas en el interior de la China. La palabra «interior» hay que apreciarla después de haber hecho memoria de la enormidad de esta nación, casi tan grande como Europa. Me hablan los dos religiosos de un amigo suyo que es obispo en no recuerdo qué ciudad situada junto a unas cataratas que sólo muy contados viajeros conocen. Para llegar a ella hay que hacer un viaje por el río Azul y sus afluentes, que dura sesenta días.

Ahora, con los decretos de la República, que favorecen el traje a la europea y permiten a los chinos la ablación de la trenza tradicional, pueden los misioneros católicos recobrar un poco de su aspecto religioso. En tiempo de los emperadores, iban vestidos de chinos y usaban coleta como los del país, para cumplir las funciones de su ministerio con mayor libertad.

Julio Palencia recuerda una visita que recibió hace algunos años en este mismo consulado, cuando era simple vicecónsul. Vio entrar una mañana en su oficina a un mandarín que le hizo varias reverencias a estilo del país y empezó a balbucear en español con gran dificultad.

—Yo soy el padre Ibáñez, obispo de...

Y avergonzado por no encontrar palabras en su propio idioma para seguir expresándose, se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo humildemente:

—Perdóneme, señor cónsul. Hace más de treinta años que no he tenido ocasión de hablar mi lengua.

Resulta meritoria y altamente digna de respeto la vida de los misioneros en el interior de la China, por su desinterés y sus penalidades. Pero en los resultados de la propaganda cristiana no son los católicos los que llevan la mejor parte. Las misiones protestantes resultan más poderosas, sin que esto suponga mayores méritos de un personal sobre otro. La diferencia consiste simplemente en que las primeras disponen de capitales muy superiores a la renta de las misiones católicas. Además, los Estados Unidos han dado un carácter casi laico y de ciencia práctica a sus centros catequistas. Una gran parte de estos misioneros americanos no son sacerdotes ni sus funciones, puramente temporales comprometen el porvenir de su vida. Se parecen a las hermanas de la Caridad dentro del catolicismo, que hacen votos por tiempo limitado y pueden volver a la vida profana.

Muchos norteamericanos jóvenes, profesores o escritores, deseosos de ver mundo y exponer la vida por un ideal generoso, así como numerosas señoritas que han pasado por las escuelas, solicitan ingresar en las misiones de la China, donde actúan como maestros más que como catequistas, dedicándose a la enseñanza de la agricultura y otras ciencias prácticas. Algunos de los empleados de la American Express, que nos guían a través de la China y hablan su lengua, pasaron varios años en las misiones norteamericanas.

La propaganda católica está dirigida en primer término por los sacerdotes franceses. Su apoyo más importante es la Sociedad de San Javier, establecida en Lyon, que tomó con justicia el título del santo



español Francisco Javier, por haber sido éste el primer misionero en Asia. Dicha sociedad recauda unos siete millones de francos anualmente, dedicados en gran parte a las misiones de China. Otra sociedad francesa, llamada de la «Santa Infancia», ha gastado 80 millones en medio siglo para asegurar el bautismo de los niños paganos, invirtiendo en China la mayor parte de esta prodigalidad pueril.

Las misiones protestantes, inglesas y norteamericanas, disponen todos los años de unos cien millones, sin contar los donativos en especies que reciben: máquinas agrícolas, material de escuelas, etc.

Esta ciudad bulliciosa y rica, que gobierna una junta de cónsules, y todos llaman por su puerto y sus negocios el «Londres del Extremo Oriente», guarda a un mismo tiempo los directores de la propaganda moral cristiana y los lugares de corrupción más ruidosos de Asia. He estado poco tiempo en Shanghai y siento el deseo de volver a ella, con preferencia a otras ciudades conocidas en mi viaje. Tengo el presentimiento de que estudiándola puede escribirse una de las novelas más interesantes y originales de la época moderna.

La noche en la enorme calle de Fou-Tcheou Road no tiene igual en el mundo. Se ven hembras de todos los países, se oye hablar todos los idiomas. El gran sacudimiento ruso ha enviado hasta Shanghai una ola de mujeres de cabellera roja y ojos verdes, sentimentales, complicadas y medio salvajes a un mismo tiempo. Las cortesanas europeas se mezclan con las chinas. Los millonarios del *boom* arrojan a puñados los billetes. Una cena en Shanghai es algo que va más allá de las fantasías del *Satiricón*. El teatro chino florece aquí más que en ninguna otra ciudad, y como los papeles de mujer son desempeñados por jovencitos de dulces ademanes, la llamada «princesa china» rivaliza con el mujeriego internacional. El hombre blanco, influenciado por el ambiente del país, se entrega al opio con un entusiasmo de neófito, y acaba por visitar las casas lujosas de las «princesas chinas», cuyos directores intoxican al imberbe personal con cierta hierba para que languidezca y tome un aspecto más interesante.

¡El barrio chino de Shanghai!... Ahora me parecen los chinos de Pekín grandes, parcos en palabras y de sonrisa grave, hombres de otra nación. Aquí encuentro por primera vez al chino pequeño, bullanguero, saltarín y propenso al engaño. La ciudad china de Shanghai se diferencia de todo lo que he visto en el norte.

Sus calles tortuosas, estrechas y húmedas son iguales a las de un zoco musulmán. El suelo resulta elástico bajo el talón, tantas son las capas de suciedad que forman su costra. En las tiendecitas, semejantes a cuevas, se ven las industrias más diversas: ebanistas labrando muebles riquísimos, vendedores de pájaros, ropavejeros que ofrecen túnicas de mandarín con forros de preciosa cibelina colonizada por los piojos, acuarios con peces de formas fantásticas, fábricas de ataúdes, carnicerías con animales desollados de imposible identificación. Y apretándose en las angostas callejuelas, gente, mucha gente; multitudes como sólo pueden encontrarse en estos pueblos-hormigueros de Asia, habituadas a una miseria inaudita.

Como hace menos frío que en Pekín, muchos van medio desnudos. Otros conservan orgullosamente sus andrajos acolchados, pero los llevan sueltos, colgando de las roturas las vedijas blancas de su relleno. Hay que abrirse paso con los codos entre mendigos que son caricaturas humanas, desfigurados por las enfermedades de un modo horrible. Los leprosos tienden su diestra

implorante, que es un muñón falto de dedos. Otros carecen de nariz, y por dos orificios negros, completamente al descubierto, se columbra el interior de su cráneo. Y toda esta muchedumbre regatea, grita, se empuja, pide limosna o canta.

Grupos de mendigos entonan una especie de villancicos a coro, frente a los mostradores de panaderos y carniceros, avanzando al mismo tiempo con ambas manos la olla que recibe las ofrendas. Como estamos en un país de juglares asombrosos, muchos jóvenes, aprendices de equilibrista, se pasean con un junco en la nariz, a cuyo término da vueltas un plato o una rueda.

Si atravesamos este Patio de los Milagros haciendo un esfuerzo para soportar tanto contacto peligroso, tanto hedor inmundos, es porque deseamos visitar el célebre «Jardín del Mandarín». Y aquí considero útil hacer una advertencia. Los chinos no saben lo que es un mandarín, como ignoraban hasta hace poco la existencia de una nación llamada China.

La palabra «mandarín» es portuguesa. Como los portugueses fueron los primeros marinos de Europa que visitaron los puertos de China, al anclar en Cantón llamaron «mandarines» a todos los funcionarios del país que ejercían algún «mando» sobre sus compatriotas. También creo oportuno mencionar que la China ha ignorado, hasta las innovaciones recientes de la República, el nombre exacto de casi todas las naciones de Europa, designándolas a su modo. Nadie sabía aquí el nombre de un país llamado España. Como el comercio chino lleva tres siglos de negocios con Manila, capital de la isla de Luzón, España fue llamada hasta hace poco «la Gran Luzón», y todavía los mandarines de Shanghai y otros puertos usan dicho título al dirigirse a nuestros cónsules.

Actualmente está el «Jardín del Mandarín» en el centro de la ciudad china de Shanghai. El tal jardín se ha convertido en casas, y lo único que se conserva es su pequeño lago. Resulta interesante este redondel acuático reflejando en su fondo las construcciones de aleros carcomidos y tejados brillantes de laca que forman su orilla circular.

En mitad del lago hay una isla, ocupada toda ella por un kiosco para tomar el té y un sauce que se encorva lloroso sobre el agua verde. Un puente la une con la orilla, pero este puente no es recto. Resultaría demasiado simple para el gusto chino. Avanza formando ángulos, y así el viaje resulta más largo y ofrece diversos puntos de vista. Dicho islote con su kiosco, su sauce y su puente en ángulos es lo que deseamos ver. Resulta tan célebre para el chino como el Partenón, las Pirámides, la Alhambra, las catedrales góticas o el Capitolio de Washington para nosotros.

El lector conoce perfectamente la isla del «Jardín del Mandarín»; la conoce casi tan bien como yo que la he visto con mis ojos. No haga gestos negativos. Repito que la conoce desde su niñez. Es la isla con un kiosco, un sauce y un puente que figura en todas las tazas de té y en sus platillos, en todos los mantones llamados de Manila, en todas las cajas de laca, en todos los abanicos chinescos.

Los artistas de este país llevan cuatro siglos copiando la isla del «Jardín del Mandarín», y así continuarán otros tantos. A pesar de su aspecto frívolo y frágil, es el monumento más conocido en toda la tierra.

## En el mar Amarillo

El regreso al *Franconia*.—Peces y perros chinos.—El mar más frecuentado del mundo.—Audacia extraordinaria de los marineros del mar Amarillo.—Los tres tripulantes del ataúd.—La hermosa bahía de Hong-Kong.—Calles en pendiente y la avenida de la Reina.—De cómo el que se retrata pierde una parte de su alma, absorbida por el objetivo.—La carretera de la Cornisa en la isla de los Arroyos Floridos.—Fisonomía de los puertos del Extremo Oriente.

A causa de su calado, el *Franconia* nos espera a catorce millas de Shanghai, en un lugar llamado Woosung, que es donde anclan los trasatlánticos que por su considerable tonelaje no pueden remontar el río Whangpoo hasta los muelles del «Londres del Extremo Oriente».

Un remolcador nos lleva aguas abajo hacia su desembocadura en el estuario del río Azul entre buques cada vez más numerosos, cuyo tamaño e importancia aumentan según vamos avanzando. Vapores de diversas nacionalidades se deslizan entre juncos panzudos con velas cuadradas de estera y sampanes tripulados por familias casi desnudas. Volvemos con cierta emoción al trasatlántico que abandonamos en las costas niponas. Sentimos la inquietud inexplicable del que regresa a su casa después de una larga ausencia.

Hemos encontrado en Shanghai a muchos compañeros de viaje que se quedaron en el buque, mientras nosotros, formando tres pequeños grupos, pasábamos a través de la Corea y la China. Estos compañeros que vienen en el pequeño vapor fluvial y los otros que esperan en el trasatlántico han visitado durante nuestra excursión varias islas japonesas y algunos puertos de la China.

Vamos casi aglomerados en las dos cubiertas de este pequeño buque. Vuelven de una sola vez al *Franconia* los viajeros que han pasado varios días en Shanghai y todos los individuos de su dotación que bajaron a tierra con permiso. Los que hemos atravesado una parte de la China arrastramos la impedimenta de un nuevo equipaje que guarda las compras hechas en Pekín. Yo voy sentado en la cumbre de un montón de maletas y fardos que me pertenecen en su mayor parte, y debo preocuparme además de dos vasos de porcelana que contienen unas cuantas docenas de peces chinos, interesantemente monstruosos, con largos faldellines de bermellón y oro, comprados en los callejones inmediatos al Jardín del Mandarín.

Veremos cuántos de estos animales de una fealdad adorable llegan vivos a Europa, para aclimatarse en los pequeños estanques de mi jardín de Mentón.

Cuando subimos al *Franconia*, cerca del anochecer, encontramos en pasillos y salones una fauna aleteante y flotante, adquirida igualmente por nuestros compañeros durante su estadía en los puertos. Canturrean en jaulas pájaros amaestrados por la habilidosa paciencia china; nadan en redomas y hasta en lavabos peces semejantes a los míos. Los oficiales del buque ejercen una rigurosa vigilancia, examinado todo lo que traen los pasajeros. Hay orden terminante de no admitir ningún perro. En todas las expediciones alrededor del mundo, las señoras se muestran entusiasmadas por la belleza y la baratura de unos pequeños canes chinoscos, llamados «pequineses», y se apresuran a comprarlos. Ninguno llega al final del viaje. Me cuentan los oficiales que en una travesía anterior hubo que echar al agua más de doscientos pequineses. Para evitar la repetición de esta mortandad inevitable y que el buque no atravesase los mares como una perrera flotante, dejando detrás de él una estela de ladridos, las

gentes del trasatlántico se muestran inflexibles en la aplicación de dicha orden. Algunas damas norteamericanas, con la intrepidez de su raza y valiéndose de astucias dignas de un drama cinematográfico, consiguen introducir en su camarote al lindo perrito chinesco, pero antes de que zarpe el buque se descubre el engaño, y tienen que confiar el animal de lujo a los cargadores y barqueros indígenas que todavía están junto a las escalas del *Franconia*.

Reanudamos nuestra existencia de navegantes. Sentimos un placer familiar al repetir las comidas, los paseos, todos los episodios algo monótonos de la vida sana y ampliamente respirada que llevamos a través de las soledades del Pacífico. El viaje de Shanghai a Hong-Kong por el mar Amarillo resulta comparable a los paseos que se dan por el interior de la propia casa sin encontrarse solo un momento. No existe un mar más poblado que el de la China. Por todas partes se ven grandes juncos de cabotaje y barcas de pesca. La sirena del *Franconia* tiene que rugir a cada momento para dar aviso a los carabelones que navegan pesadamente delante de su proa, sin que parezcan enterarse del peligro. Es algo igual a la marcha de un automóvil por una avenida en la que abundan los transeúntes sordos y distraídos.

Se explica tan enorme cantidad de velas por la importancia que ha tenido siempre en China la vida marítima. Su arquitectura naval resulta semejante a la nuestra de la Edad Media. Los buques son más altos de popa que de proa y los mueve un velamen primitivo. Estos cascos enormemente panzudos y de poco calado se sostienen por su anchura, y como les falta profundidad, navegan balanceándose de tal modo que el observador cree a cada momento en una catástrofe. Con esto queda dicho lo malo de la marina china. Añadamos que ningún pueblo de la tierra posee tantos navegantes y tantos buques. Los juncos y sampanes son incontables. La cantidad de chinos que viven sobre el agua, en mares y ríos, asciende a millones. Como todos ellos llevan a sus familias, las generaciones nacidas sobre el agua se suceden sin interrupción y hay todo un mundo que puede llamarse anfibio, refractario a la vida terrestre, el cual encuentra agradable la existencia sobre estos buques de forma milenaria.

De día nuestro paquebote avanza rodeado de juncos que se balancean con la grotesca inestabilidad del ebrio, a pesar de que la agitación de las olas casi es nula. Todos marchan con el mismo rumbo, pues aprovechan periódicamente los vientos para sus viajes en masa hacia el sur o hacia el norte.

La vista de estos buques iguales a las carabelas y galeones del descubrimiento de América nos hace evocar la dura existencia de los navegantes españoles y portugueses en el siglo XVI. Mientras la cubierta del *Franconia* permanece inmóvil, como si fuese un fragmento de tierra firme, estas escuadrillas de otros siglos avanzan hacia el sur balanceándose y cabeceando con un movimiento llamado de tornillo. Esto nos hace comprender cómo en la época de los grandes descubrimientos españoles raro era el marino, por larga que fuese su historia de hombre de mar, que no acababa mareándose. Muchas de las ciudades descubiertas fueron hechas por tripulaciones que estaban completamente «almadiadas», nombre que dan al mareo los pilotos de aquella época en sus libros de navegación.

De noche todo el mar está poblado de luces, como si se diese sobre él una fiesta. Cada junco lleva un farol. Además, en el interior de su popa siempre va un pequeño altar dedicado a los espíritus marítimos, ante el cual encienden lámparas los tripulantes o queman varillas olorosas.

Según afirman los capitanes blancos, no existe marino más admirable que el chino por su desprecio al peligro. Todo lo que flota le sirve para embarcarse tranquilamente. Metido en una especie

de artesa hecha con cuatro tablas y empujada por una vela de fibras vegetales, se lanzan mar adentro, perdiendo de vista las costas. Y esto lo hacen en uno de los mares más peligrosos del planeta por los ciclones que barren su agitada extensión. Todos los años hay tornados que en menos de una hora suprimen centenares de juncos y sampanes. Pero el huracán mortífero sólo perturba por unos días las navegaciones de este pueblo acostumbrado a las catástrofes. ¡Hay tantos chinos!... La fecundidad de la raza lucha con las cóleras del océano, con las inundaciones homicidas de los ríos, con las epidemias, con los temblores del suelo, y acaba por triunfar, considerando un episodio ordinario la pérdida de algunos centenares de miles de seres.

Un día antes de la llegada a Hong-Kong presencio un espectáculo inaudito, algo que no habría creído nunca de no haberlo visto. Estamos entre la isla de Formosa y la costa china, cerca del pequeño archipiélago designado con el nombre español de Pescadores. En dicho estrecho menudean los tornados, y los más de los días, aunque las condiciones atmosféricas sean buenas, el oleaje resulta violento para los buques pequeños. Poco después de la salida del sol noto que algunos marineros del *Franconia* se avisan y corren a un costado del buque. Necesito concentrar toda mi energía visual y seguir las indicaciones de ellos para contemplar finalmente el extraordinario espectáculo. Tres chinos medio desnudos vienen hacia nosotros, de pie sobre las olas; unas olas altas, de largas pendientes, que los ocultan en sus profundos valles y los elevan de nuevo unos momentos para hacerlos desaparecer otra vez. Sólo cuando pasan cerca de nuestro buque, o mejor dicho, cuando el *Franconia* en su avance llega al nivel de ellos, es cuando me doy cuenta de que los tres van sobre un bote que más bien merece el título de «ataúd», embarcación de tres metros de largo que asoma sobre las olas unos cuantos centímetros de borda. Como este barquichuelo va lleno de agua, apenas si se nota su reborde negro por encima del mar. Bogan apresuradamente. De vez en cuando abandona el remo uno de ellos y se dedica a vaciar la oscura artesa. Y así marchan sobre el rudo oleaje del estrecho, que esta mañana hace balancearse al *Franconia*.

No podemos adivinar adónde se dirigen. Por todos lados se ve agua. A esta hora matinal no se distinguen las costas de la China ni de Formosa, y aun en el caso de que se dejaran ver, no serían más que montañas de vagaroso azul esfumado por una distancia enorme. Tal vez son marineros que han salido de alguno de los juncos que se acuestan y se levantan en el horizonte y van tranquilamente hacia otro junco lejano.

El oficial que está de guardia en el puente del *Franconia* sonrío celebrando esta audacia, y afirma que los chinos serían los primeros marineros del mundo si tuviesen quien supiera mandarlos. Los tres remeros han pasado ante nuestro paquebote sin torcer la cabeza para mirarlo; nos vuelven la espalda con una indiferencia majestuosa. Los vemos subir y bajar sobre las inquietas montañas de agua. A cada nueva aparición resultan más pequeños. La marcha del *Franconia* en sentido inverso los aleja con extraordinaria rapidez, como si sus golpes de remo tuviesen una potencia mágica. Ellos y su féretro navegante no son más que un pequeño tapón que se envían las cumbres azules al hincharse y desplomarse; luego un punto; después nada. Parece que se los haya tragado el mar. Viendo esta atrevida inconsciencia se comprenden las aventuras y hazañas de los piratas amarillos de otros siglos, que tantas veces pusieron en peligro la vida del Imperio.

Llegamos a Hong-Kong a los tres días de nuestra salida de Shanghai. Esta posesión inglesa ocupa una gran isla de las muchas que emergen sobre el enorme estuario que forma al desembocar en el océano el río Perla, o sea el río de Cantón. Entre dicha isla y la península de Kowloon, situada

enfrente, se abre una bahía famosa en el mundo por su belleza. Solamente la de Río de Janeiro y la de Sydney en Australia pueden compararse con ella.

Los ingleses se posesionaron de Hong-Kong en 1841, como una consecuencia de la llamada guerra del opio. Ya dijimos algo de esta guerra. El comercio de la Gran Bretaña vendía opio a los chinos; el Imperio Celeste se opuso a la difusión de esta droga fatal, embargando varios cargamentos ingleses enviados a Cantón y echándolos al agua. El gobierno de Londres declaró la guerra a la China, y después de un rápido triunfo se quedó, como indemnización por los gastos de la campaña y por los cargamentos de opio anegados, con la isla de Hong-Kong, que es un magnífico puerto de paso situado estratégicamente.

Hay que reconocer, sin embargo, que la Gran Bretaña ha sabido hermopear su adquisición. En 1841 era una montaña rocosa y casi desierta. Hoy existe en ella una rica ciudad abundante en palacios y jardines, con largas calles de bancos y lujosos almacenes. Esta ciudad se llama oficialmente Victoria, en honor de la vieja reina de Inglaterra, pero todos continúan llamándola Hong-Kong.

Se entra en su bahía como el que penetra en un salón viéndose obligado a cruzar antes varias antecámaras. Veo a la luz violeta del amanecer una costa de colinas abruptas. Sus rocas pardas o con un color de sangre tostada tienen manchas oscuras de vegetación. En torno al *Franconia* son cada vez más densos los grupos de buques chinos con alta arboladura de velas cuadradas hechas de fibras de bambú. Todos marchan hacia el mismo punto, como un rebaño que estrecha sus hileras y toma una formación triangular para deslizarse mejor por la entrada del aprisco. Empiezan a verse entre los panzudos juncos pequeños sampanes con un hombre en el timón, padre o marido, y una tripulación de mujeres amarillas. Estas amazonas del mar llevan pantalones azules por toda vestidura, el tronco tetudo completamente descubierto, y manejan las velas o el remo con sudorosa fuerza.

Nos introducimos entre dos islas, siguiendo el estrecho que da entrada a la bahía, y es tal la abundancia de buques chinos casi pegados al casco del trasatlántico, que obligan a éste a marchar con exagerada lentitud, haciendo rugir a cada instante la sirena de su máquina. Se abre repentinamente ante la proa la planicie verdosa de este abrigo marítimo, uno de los más frecuentados del mundo. Los grandes paquebotes de comercio amarrados a tierra enmascaran el movimiento de los muelles. En el centro están anclados algunos buques de guerra ingleses. Sus cascos blancos de perfil atrevido revelan el impulso de una gran velocidad aun permaneciendo inmóviles.

Fondea el *Franconia* frente a Hong-Kong, en los muelles de la península de Kowloon, o sea de la tierra firme. Cada cinco minutos llega un vaporcito y parte otro, atravesando la bahía para poner en comunicación la ciudad de Victoria, situada en la isla, con los barrios que están naciendo en la península de enfrente.

Se han preocupado los ingleses de crear jardines y bosques, y Hong-Kong ofrece desde la orilla opuesta un hermoso aspecto con su largo caserío, que sigue el borde de la bahía, y sus pendientes verdes, que algunas mañanas están ocultas bajo las nubes. Un funicular asciende rectamente a la cumbre del Pico, nombre de la montaña en que se apoya la ciudad de Victoria. Sobre dicha cúspide existe un sanatorio que goza de una vista maravillosa.

Quince mil habitantes de raza blanca y trescientos mil chinos forman la población de Hong-Kong. Como la ciudad se inició entre el mar y una montaña abrupta, ha tenido que ir prolongando su crecimiento por el borde de la bahía, lo que le da actualmente una extensión de muchos kilómetros. Su

calle principal, llamada de la Reina, es casi tan larga como toda la ciudad y ofrece magnífico aspecto; pero no ha podido seguir la línea recta, plegándose a los contornos de la montaña y las ondulaciones de la ribera. Esta avenida, espina dorsal de Hong-Kong, tiene a la derecha el mar y a la izquierda calles estrechas de rápida pendiente que se remontan por las faldas del Pico. En ellas vive el vecindario chino y siempre están llenas de muchedumbre. Todas las fachadas tienen anuncios en orden vertical, palabra sobre palabra, pintados en fajas de tela ondeantes.

Dentro de la avenida de la Reina se hallan los grandes almacenes de sedas, de porcelana, de bordados, de todo lo que produce la industria china, y dichos comercios son generalmente sucursales de las fábricas de Cantón. El viajero que llega por la parte de Oriente, viniendo del Japón y del interior de la China, nota en Hong-Kong una diferencia arquitectónica. En las calles principales los edificios ya no son de madera. Todos ellos fueron construidos con piedra. La montaña inmediata la proporciona en abundancia. El orden público es guardado, lo mismo que en la Concesión Internacional de Shanghai, por agentes indostánicos, belicosos sijs de barbas anchas y oscuro turbante, montañeses al servicio de Inglaterra, unas veces como soldados y otras como policías.

En las avenidas paralelas al mar, de suelo horizontal bien pavimentado, el medio de locomoción es la *ricsha*, como en todas las ciudades asiáticas. Los chinos que tiran aquí de los carrujitos son más vigorosos: verdaderos atletas de piernas extremadamente desarrolladas, semejantes a columnas. El lujo de todo europeo de Hong-Kong, especialmente de los hombres de negocios, es llevar tres hombres en su *ricsha*. Uno empuña las varas, otros dos empujan, y el ligero vehículo con su ocupante parece que va por el aire, tal es su velocidad. Cuando se detiene, los tres diablos medio desnudos sacan al señor de su asiento como en volandas y lo ponen en el suelo.

El antiguo palanquín es empleado aún en las calles pendientes de Hong-Kong. Parejas de chinos con sombrero de paraguas y unos calzoncillos por todo traje sostienen en hombros dos barras flexibles sobre las cuales va el sillón del palanquín. En los restaurantes y hoteles esparcidos entre las arboledas de la montaña, siempre hay fotógrafos que se ofrecen para retratar a los viajeros ocupando este vehículo tradicional. Pero antes hay que entenderse con los portadores. Muchos de ellos se niegan con tenacidad a dejarse retratar. Otros, tentados por la codicia, se deciden heroicamente a colocarse ante el objetivo mediante una buena propina. Todos saben que la máquina fotográfica absorbe una parte del alma de los que se ponen ante ella, acortando en consecuencia los días de su vida.

Se nota en los comercios de Hong-Kong y también en los de Shanghai una supervivencia monetaria que hace recordar el antiguo tráfico español. El peso mexicano sirve todavía de unidad en las operaciones de los mercaderes chinos. La Nao de Acapulco trajo a Manila durante dos siglos cargamentos de pesos fabricados en las casas de moneda de Nueva España para pagar las mercancías chinas, y al declararse la independencia de México continuó dicha exportación de moneda, inundando los mercados del Extremo Oriente.

La isla de Hong-Kong tiene en torno de ella un camino para automóviles, que es una de las cornisas más hermosas del mundo. La de la Costa Azul resulta superior por las ciudades que ha ido estableciendo a lo largo de ella la colaboración de los ricos de Europa, mas no excede a la de esta isla en la hermosura e interés de los paisajes. Su título exacto es Heung-Kong, que significa en chino «Arroyos Floridos», y tal nombre no resulta hiperbólico, pues lo justifica la olorosa vegetación de sus jardines tropicales.

Los elegantes hoteles creados junto a este camino de la costa, los palacios y parques de varios

personajes de Hong-Kong que me invitan a su mesa, no me atraen tanto como el incesante movimiento de la bahía, en la que se mezclan la marina medieval de los amarillos y los más recientes progresos de la navegación inventados por los blancos. Aquí, como en los ríos de la China, existen barrios flotantes formados de sampanes, que sirven ahora de casa y servirán luego de sepulcro a las familias que los tripulan, proporcionándoles al mismo tiempo el medio de ganarse el arroz. Las marineras, desnudas de cintura arriba, con adornos verdes de falso jade en las cabelleras cerdosas, ponen la mirada de sus ojillos tirantes, insolentes y fijos en el blanco que examina sus viviendas.

Al ver a una humanidad tan distinta de la nuestra, se duda algo del porvenir de la República china y de la liberación de otras naciones-hormigueros pertenecientes a este mundo extremadamente viejo.

¡Pueblos de Asia!... Pueblos eternamente siervos, que en su historia de miles de años no han vivido ni una hora la vida de la libertad, siendo los primeros en considerar la democracia algo absurdo, opuesto al ritmo de la existencia; pueblos que únicamente son virtuosos cuando tienen miedo a alguien, y si no ven la corrección inmediata olvidan todo respeto, mostrando una insolencia de escolares sublevados. ¿Cómo llegarán nunca a ser algo grande, si, exceptuando una minoría escogida y superior, todos sus hombres ignoran la dignidad personal?...

Encuentro en un pequeño libro de notas las siguientes líneas, escritas con lápiz a la luz del ocaso, navegando sobre las aguas nacaradas de la bahía de Hong-Kong, dentro de un bote automóvil conducido por dos muchachuelos chinos.

Los puertos del Extremo Oriente son pedazos de Europa caídos en el mundo antiguo, nuevos Londres con sol y cielo azul, donde el humo de la hulla y las vedijas de la niebla no alcanzan a vencer el esplendor luminoso de Asia.

Sus muelles con montañas de carbón de piedra, con torres de metal que guardan lagos de petróleo, con apilamientos de productos exóticos, huelen a ostra muerta; tienen un perfume de agua en putrefacción, de drogas químicas, de frutos tropicales, de maderas olorosas. En estas gusaneras humanas, hombres por todas partes, amarillos, rojos, cobrizos, que apenas sienten el calor, quedan en cueros, con sólo un trapo pasado entre las piernas. El policía indostánico no se digna hablar al indígena; simplemente levanta el vergajo y pega. Los chicuelos pasan el día nadando. Las mujeres reman.

Sobre las bordas de los grandes trasatlánticos asoma sus filas de cabezas con turbantes la servidumbre compuesta de indios y los fogoneros de las máquinas pertenecientes a la misma raza. Son hombres que parecen convalecientes de una fiebre por el color pálido de su epidermis, por su extremada delgadez y sus ojos de calentura. Unas barbas horizontales les ensanchan el enjuto rostro, iguales a las de un enfermo que no se ha afeitado en varios meses.

Todo se junta sobre las aguas de estos puertos: grandes paquebotes iguales a ciudades, juncos que aún no han salido de la Edad Media, sampanes que son chozas flotantes donde las familias nacen y mueren, cruceros de guerra llegados para exigir indemnizaciones o vigilar el cobro de las aduanas.

Sobre los muelles pasan los palanquines sostenidos por unos culíes de grandes sombreros que parecen setas vivientes, *ricshas* empujadas por corredores de redondas piernas, hombres-caballos y hombres-balanzas que lo llevan todo en dos discos de fibra pendientes de un grueso bambú incrustado en un hombro; mujeres que trabajan más que los varones y se entregan a una reproducción fatalista durante su reposo de bestia de labor.



La policía arrastra hasta los buques a marineros que ha recogido inánimes en los muelles. Los cree borrachos y han muerto a consecuencia de un hartazgo alcohólico. Otros, al recobrar la razón, bajan castigados al infierno de las máquinas.

Vendedores ambulantes gritan ante los trasatlánticos que tienen su pared de acero pegada al muelle. Un mercado provisional extiende sus puestos junto a la férrea pared perforada de ventanos redondos. En las blancas terrazas de estos palacios flotantes, sus huéspedes miran los objetos que ofrece la muchedumbre amarilla más abajo de sus pies: sillones de junco, amuletos de falso jade, sombrillas de cartón pintarrajeado, abanicos de plumas.

Salen buques para la costa americana, que es la acera de enfrente, y está sin embargo, en el lado opuesto del planeta. Llegan otros de los diversos rincones del océano Pacífico, gran plaza de la humanidad futura que aún ignora la mayor parte de Europa.

Para que el mundo de los blancos se entere de la existencia e importancia del Pacífico, será necesaria una gran guerra. Así se dio cuenta por primera vez de que existía el Japón.

## Hong-Kong y Cantón

Las huelgas de los chinos.—Banquetes ruidosos.—Servidumbre de las casas ricas de Hong-Kong.—«No vaya usted a Cantón.»—Historia del gran puerto del té y de la porcelana.—La republicana Cantón y sus habitantes revolucionarios.—El doctor Sun Yat-Sen.—Las dos Chinas.—Viaje a Cantón.—La ciudad flotante sobre el río Perla.—Los bajeles de flores.—Agresividad xenófoba de los cantoneses ante los buques de guerra anclados en el río.—Tiros en las calles.—Los cónsules nos aconsejan un pronto regreso a Hong-Kong.—Los piratas del estuario.—Una novela de 70 tomos y 1.000 personajes.—El asalto del vapor-correo de Macao.—La capitana de los dos revólveres.—Voy a Macao.

Encuentro a los hombres de negocios de Hong-Kong en pleno *boom*, lo mismo que los de Shanghai. Hablo con varios jóvenes que hace meses eran simples empleados y ahora tienen más de 100.000 dólares, adquiridos en rápidas especulaciones. Otros negociantes más viejos sonrían escépticamente al considerar tales triunfos. Han conocido en su vida varios *booms* pero no menos *cracks*, y saben que en estos países de formación reciente las fortunas se crean y se deshacen con igual prontitud.

La prosperidad de Hong-Kong parece dificultar su vida interior. Cerca está Cantón, la más revolucionaria de las ciudades del antiguo Imperio, que solivianta los ánimos de las nueve décimas partes de la población de Hong-Kong. Los chinos de este puerto inglés no son sindicalistas ni saben qué puede significar tal nombre, pero encuentran agradable ver doblados o triplicados sus jornales y gozan además cierto placer interior dificultando la vida de los «demonios blancos». Los comités revolucionarios de Cantón se dedican a organizar huelgas en las colonias próximas, gobernadas por europeos, y estas huelgas han obtenido hasta ahora en Hong-Kong un éxito completo y ruidoso. Los hombres amarillos son insustituibles para la resistencia pasiva y no hay miedo de que ninguno de ellos falte a las órdenes secretas de sus directores.

Hong-Kong ha visto su vida paralizada semanas enteras. Hasta los portadores de palanquines y *ricshas* desaparecieron cual si se los hubiese tragado el suelo. Las calles de la hermosa ciudad quedaron desiertas, como avenidas de cementerio. Y el gobierno de Hong-Kong, que se compone de un gobernador enviado por la corona de Inglaterra y los personajes más importantes de la ciudad, tuvo que transigir repetidas veces con las imposiciones de los revolucionarios. Hay quien dice que esta derrota de los ingleses dentro de Hong-Kong se debe a la excesiva prosperidad del país. Autoridades y comerciantes se enriquecen en poco tiempo, y esto parece quitarles energía para hacer frente a las imposiciones de los chinos. Desean que se restablezca cuanto antes la marcha normal de los negocios y continúen sus ganancias.

En Macao, ciudad portuguesa, que está a cuatro horas de Hong-Kong, al otro lado del estuario, los agitadores de Cantón intentaron varias veces sublevar a los habitantes chinos; pero como su gobernador se encontraba en otras condiciones que las autoridades de Hong-Kong, pudo hacer uso de medios enérgicos, sin miedo a que le echasen en cara anteriores complacencias, y los movimientos subversivos contra el europeo resultaron otros tantos fracasos.

Viven los negociantes de Hong-Kong con tanto lujo como los de Shanghai, pero aquí los lugares de placer son menos numerosos. Los chinos ricos mantienen con sus banquetes una calle entera de

restaurantes instalados en edificios de varios pisos. Toda la noche reflejan sobre las aguas de la bahía sus balconajes y sus aleros ribeteados de guirnaldas eléctricas. En este barrio resultan tan enormes los estrépitos como la iluminación. Los anfitriones de unos banquetes que duran la noche entera y cuestan miles de dólares quieren que sean acompañados de una pompa exterior reveladora de su generosidad. Frente a la puerta hay bandas de música pagadas por ellos, en las cuales el bombo, los platillos y los chinescos de abundantes campanillas son los instrumentos dominantes. Arden entre servicio y servicio vistosas piezas de fuegos artificiales; tracas ensordecedoras corren a lo largo de la calle o por encima de las tejados, con un tiroteo de batalla.

Los ricos de raza blanca dan sus banquetes a la europea, en el lujoso Hotel de Repulse Bay, junto al camino de la Cornisa, o en sus palacios de esplendorosa vegetación sobre las vertientes del Pico. Una de las manifestaciones de opulencia es la cantidad de servidores. Todo rico tiene a sus órdenes un ejército de culíes. Únicamente con tal exuberancia de personal se consigue que marche a medias el servicio de una casa, pues cada doméstico chino sólo quiere encargarse de una función, limitada y fija. Justo es añadir que no hay criados más baratos y que exijan menos atenciones de sus dueños. El culí recibe una cantidad determinada al mes y su amo no tiene que preocuparse de su comida ni de su instalación. Él se procura por su cuenta el alimento y para dormir le basta con el umbral de una puerta o el hueco de una escalera. En realidad, no se sabe cuándo come ni duerme. El dueño le ve llegar siempre que le llama y muchas veces lo encuentra sin llamarlo espiando todo lo de la casa con sus ojitos de párpados tirantes, que parecen cosidos, y su sonrisa mecánica e inexpresiva.

Quiero visitar la ciudad de Cantón, y todos me dicen lo mismo:

—No vaya usted. Parece que andan a tiros diariamente los partidarios del doctor y sus adversarios. Además, si se juntan unos y otros, será para matar a los europeos por lo de las aduanas.

Sé que hay alguna exageración en tales afirmaciones, pero de todos modos resulta indudable que la capital de la China del Sur vive hace tiempo en un estado de revuelta.

Cantón fue la única metrópoli del Extremo Oriente que conocieron durante siglos europeos y americanos. Pekín permaneció cerrada para el mundo blanco hasta el último tercio del siglo XIX. Los Hijos del Cielo, deseosos de conservar aislado su vasto Imperio, habilitaron a Cantón como único puerto en el que podían ser admitidos los buques de las naciones cristianas.

Cuando los portugueses del siglo XVI anclaron por primera vez ante dicha ciudad, vieron que otros navegantes no europeos les habían precedido en el descubrimiento. Eran los marinos árabes, que tenían en ella desde mucho antes depósitos de mercancías y una mezquita. Durante cien años los capitanes portugueses monopolizaron el tráfico con Cantón, llevando a Europa por el cabo de Buena Esperanza sus sederías y porcelanas. Los españoles adquirían estos mismos artículos en Manila, enviados por los mercaderes cantoneses, y la Nao de Acapulco los llevaba hasta Nueva España a través del Pacífico.

Fue bien entrado el siglo XVII cuando los ingleses empezaron a visitar el río de Cantón para cargar en sus naves el té, hierba cada vez más apreciada en Europa y América y que dio vida a una gran navegación para surtir los mercados de Liverpool, Salem, Boston y Nueva York. Esta afluencia de buques europeos y americanos fomentó la emigración indígena, y a ella se debe que todos los chinos esparcidos en el mundo sean de las provincias del sur y consideren a Cantón como una verdadera capital, con preferencia a Pekín.

Al reunir algunos de estos emigrantes considerables fortunas en América, su deseo fue volver a Cantón para disfrutarlas, aumentando la riqueza de la ciudad. Los que no regresaron a su patria mantuvieron correspondencia con sus familias, y todo esto hizo que Cantón siguiese el movimiento liberal de nuestra época, pensando de modo distinto al resto del Imperio.

Cantoneses han sido los chinos más ilustrados de los últimos tiempos. Desde hace medio siglo la juventud intelectual de Cantón completó sus estudios en los Estados Unidos y en Europa. Además, estos chinos del sur son más inquietos y menos sufridos que los del norte. Sus antecesores actuaron muchas veces de piratas o vivieron en las montañas como rebeldes. En los últimos años del Imperio los cantoneses entonaban en las calles canciones injuriosas para el Hijo del Cielo y los gobernantes de Pekín, sin que las autoridades imperiales de la ciudad osasen tomar medidas contra tales irreverencias.

Como era lógico, el movimiento republicano que dio fin a la dinastía de los «Muy Puros», tuvo su origen en Cantón. Pero una vez establecida la República, los hijos de dicha ciudad se negaron a continuar siendo gobernados desde Pekín, como en tiempos del Imperio, declarándose independientes y constituyendo la llamada República del Sur.

Este separatismo no es algo circunstancial, inventado por las divergencias de los partidos políticos. En realidad existen dos Chinas, completamente distintas. El habitante de Pekín, grande de estatura, sereno de rostro, parco en palabras, medio tártaro y medio manchú, no se parece al chino exuberante, imaginativo, de ingobernable individualismo, que puebla las provincias meridionales y al extenderse como emigrante por América se llama orgullosamente cantonés.

El doctor Sun Yat-Sen, creador de la República del Sur y su eterno presidente, es un médico de Cantón que estudió en los Estados Unidos, trabajando con energía en la época del Imperio para hacer triunfar la República. Mas ahora, dentro de su propia casa, lucha con numerosos adversarios que dificultan su política interior y además hace frente a las naciones extranjeras, mantenedoras del gobierno de Pekín, que se niegan a reconocer la República del Sur.

En el presente momento sostiene una lucha franca con todas las potencias. Éstas cobran los ingresos de las aduanas chinas, y después de guardarse una parte de ellos por indemnizaciones acordadas hace años, entregan el resto al gobierno de Pekín. El doctor, presidente del Sur, se opone a que las potencias intervengan las aduanas dependientes de Cantón si no se comprometen a entregarle el sobrante, dado hasta ahora a sus enemigos de la China del Norte.

Se hallan actualmente anclados en el río Perla buques de guerra de todas las naciones que tienen intereses en China, para intimidar a Sun Yat-Sen con esta demostración naval.

—No vaya usted —me repiten—. El populacho de Cantón se muestra furioso contra los blancos y puede ocurrir de pronto una matanza. Después vendrá la intervención armada de las potencias y también los castigos y las indemnizaciones, pero el que haya sido muerto en la revuelta seguirá muerto.

Voy, sin embargo, a Cantón y el viaje resulta breve, fatigoso, casi inútil. Hay un ferrocarril que parte de Hong-Kong, pero hace más de un año que no funciona. La línea es inglesa, y como el presidente de la República de Cantón se quedó repetidas veces con el material rodante, sus directores han creído oportuno suspender el servicio. Viajamos por el río en cómodos vapores a estilo americano, con varias cubiertas, que son a modo de hoteles flotantes.

Pasamos entre las numerosas islas del estuario, siguiendo unos canales dorados por el sol naciente,

con riberas de verde oscuro. Dentro ya del río atravesamos un estrecho que los descubridores portugueses llamaron Boca Tigris. A la ida, navegando contra la corriente, invertimos unas seis horas. El regreso, como es natural, resulta más rápido.

A pesar de que los europeos llevan tres siglos establecidos en Cantón, todavía viven aparte, ocupando un barrio llamado Shameen, separado del resto de la población por un canal y que es el lugar donde estaban antiguamente las factorías. Hoy Shameen es una ciudad de tipo americano, con edificios de muchos pisos y varios hoteles, de los cuales el Victoria es el mejor y el más concurrido. Una cuarta parte de los vecinos de este Cantón blanco son franceses, y los restantes de lengua inglesa. El Christian College, establecimiento importantísimo sostenido por los misioneros de los Estados Unidos, sirve de Universidad a muchos centenares de jóvenes del país, que reciben en él una educación moderna. Ocupa el resto de Cantón un área enorme y está habitado por más de dos millones de chinos. Las antiguas murallas, parecidas a las de Pekín, fueron cortadas en varios puntos para dar expansión a la ciudad. Además, una parte de los habitantes, más de 150.000, viven sobre el río en sampanes.

La población flotante de Cantón fue siempre un objeto de curiosidad para los viajeros. Los barcos forman grupos, como las manzanas de edificios en las ciudades terrestres. Sus bordas se tocan y los vecinos pasan indistintamente de una cubierta a otra. Angostos canales separan estos barrios de embarcaciones, sirviendo de callejuelas, por las que se deslizan diminutas canoas. Hay sampanes que son tiendas donde se vende lo más indispensable para las necesidades de esta población anfibia. Otros barcos viejísimos sirven de templos, y bonzos de existencia vagabunda viven mezclados con los habitantes del Cantón fluvial, mendigos, contrabandistas y eternos figurantes de todas las revueltas.

También han flotado durante siglos en las orillas del río Perla los famosos «bajeles de flores». El lector sabe indudablemente de qué sirven estas casas acuáticas, unidas a tierra por un ligero puente y con galerías cubiertas de plantas trepadoras y vasos floridos. Su tripulación —llamémosla así— es de mujeres con el rostro pintado y túnicas de colores primaverales. Estos «bajeles de flores», iluminados toda la noche, pueblan las oscuras aguas de reflejos dorados y alegres músicas. De sus patios surgen cohetes voladores que cortan la lóbreguez celeste con cuchilladas de luz silbadora y multicolor.

Son restoranes y palacios del amor fácil para las gentes libertinas del país. El europeo que consigue penetrar en un «bajel de flores» sale casi siempre golpeado por los parroquianos. Más de una vez ha desaparecido el visitante blanco en el lecho fangoso del río.

Quedan aún muchos «bajeles de flores», pero no llegamos a verlos ni exteriormente. Los viajeros recién llegados a Cantón sólo conocemos las calles medio europeas del barrio de Shameen, entre el desembarcadero y el Hotel Victoria, que hemos atravesado en *ricsha*.

Los chinos cantoneses nos parecen menos educados, más levantiscos e insolentes que los de otras ciudades. Gritan al vernos pasar, con una voz agresiva; se dirigen a los compatriotas que tiran de nuestras *ricshas*, y aunque no puedo entender sus palabras, creo adivinarlas por los gestos con que las subrayan. Insultan indudablemente a estos compatriotas que sirven de caballos a los blancos. Se nota en la muchedumbre una excitación extraordinaria, a causa sin duda de los cruceros anclados en el río. Hay numerosos barcos de guerra ingleses, franceses y norteamericanos; además un crucero de Italia y otro de Portugal, todos con los cañones desenfundados y prontos a la acción.

Después del almuerzo en el Hotel Victoria, cuando los más curiosos nos disponemos a salir por las calles de los barrios chinos para visitar sus famosos almacenes de porcelana, llegan varios enviados de

los cónsules y nos advierten que sería razonable y prudente un regreso inmediato a Hong-Kong.

Hace varias horas que en un extremo de Cantón las tropas del doctor Sun Yat-Sen emplean sus fusiles y ametralladoras contra unos insurrectos. ¿Qué desean? ¿Por qué luchan?... Nadie lo sabe con certeza. Tal vez son cantoneses que no consideran bastante revolucionario al doctor, y como tienen armas a su alcance, se sublevan contra él ya que no destruye con una rapidez milagrosa los cruceros de los blancos.

Nos marchamos en las primeras horas de la tarde, viendo otra vez los barrios flotantes del Cantón fluvial, y en plena noche llegamos a nuestros camarotes del *Franconia*.

Al día siguiente hablo a mis amigos de Hong-Kong de ir a Macao, y esto les produce más alarma que el viaje a Cantón. Todos dicen lo mismo:

—No vaya usted. Los piratas atacan el vapor-correo siempre que les conviene. Hace pocos meses llevaron secuestrados a todos los que iban en él.

Con frecuencia se oye hablar en China de piratas; pero en las provincias del sur y especialmente en el estuario del río Perla, la piratería es objeto de un respeto simpático, como el que infunden las instituciones tradicionales. La novela, dentro de la literatura china, es un género tan antiguo como la poesía lírica. Desde hace miles de años existen aquí novelas de tres géneros: históricas, de aventuras y de costumbres; pero la más famosa de todas es la escrita por Shi Nai'an, novelista del siglo XII, que vivió bajo la dinastía de los Jin. Este Shi Nai'an es el Walter Scott chino; pero a pesar de que su fecundidad fue tan grande como la del célebre novelista escocés, sólo ha dejado una obra única, que se titula *Historia de las riberas de un río*. Debo añadir que esta novela famosa, leída en el curso de 800 años por todos los jóvenes chinos, tiene nada menos que 70 tomos y sus personajes principales son más de 100, sin contar los tipos secundarios, que tal vez pasan de 1000. Todos los capítulos constan de dos partes, y en el transcurso de la obra se plantean, se desarrollan y epilogan 140 intrigas o argumentos diferentes.

Este monumento literario es simplemente un relato de interminables hazañas, verdaderas o fantásticas, que los piratas realizaron en el siglo X, bajo la dinastía de los Song, al hacer la guerra a dichos emperadores. La China vivió en aquel periodo desgarrada por las guerras civiles y el bandidaje, despoblándose a consecuencia de largas hambres y pestes. Esta anarquía preparó la invasión y dominación de los mongoles, y comparada con ella, las dificultades actuales de la República resultan hechos insignificantes. Como todos los jóvenes leen la novela famosa de Chinai Ngan, empiezan su vida considerando la profesión de pirata como una aventura interesante que no puede deshonorar para siempre la vida de un hombre.

Me burlo del miedo que pretenden infundirme con sus piratas los habitantes de Hong-Kong. Luego me parece más serio y digno de ser tenido en cuenta tal peligro, cuando escucho a un joven comerciante español, establecido en Hong-Kong, llamado Gabino Caballero, que me sigue a todas partes amablemente. Estaba en el buque-correo de Macao la tarde del asalto y fue prisionero de los piratas. Acompañaba a su suegra, una señora filipina, deseosa de ser examinada por un médico especialista portugués que reside en Macao.

Acababan de sentarse a la mesa en el comedor del buque, cuando oyeron los primeros disparos. Las autoridades de Hong-Kong, preocupadas por osadías anteriores de los piratas, habían alojado en el vapor unos cuantos polizontes indostánicos armados de carabinas. Los piratas fueron avanzando de la

proa a la popa, hiriendo a estos guardias o desarmándolos por sorpresa. Al final se apoderaron de todo el buque, dejando medio muerto al capitán inglés, al maquinista y a otros de la tripulación que iniciaron una resistencia inútil. Mi amigo Caballero abandonó la mesa al oír los tiros, pero antes de llegar a la puerta del comedor se vio arrollado y golpeado contra la pared por una manga de chinos en armas que entraron como una tromba, ordenando a gritos que pusieran todos sus manos en alto.

Al frente de ellos iba una mujer, la eterna capitana de todas las novelas chinas de piratas, joven vestida a la europea, como una heroína de cinematógrafo, con falda azul y blusa blanca. Detalle curioso: esta amazona tenía un revólver en cada mano, y dichas armas estaban sujetas a sus muñecas por dos tiras de cuero en forma de pulseras. De tal modo podía soltar sus revólveres para registrar los bolsillos de los viajeros, volviendo a recobrar instantáneamente dichas armas colgantes en un caso de alarma.

El español tuvo que entregar su cartera y sus sortijas. Afortunadamente para él, éstas salían con facilidad de sus dedos. Un viajero que se esforzaba inútilmente por sacar las suyas se vio ayudado con una prontitud horrible. Los piratas le cortaron los dedos de una cuchillada y siguieron adelante en su registro. Como el capitán y el maquinista estaban tendidos en el puente sobre charcos de sangre, la joven de los dos revólveres tomó el mando del buque. Uno de los pasajeros, industrial de profesión, fue obligado a descender a las máquinas para dirigir su funcionamiento, ayudándole como fogoneros otros camaradas de infortunio.

Estos piratas no eran marinos. Se habían embarcado como pasajeros en Hong-Kong, distribuyéndose con arreglo a su vestimenta en los departamentos de las diversas clases, y al sonar una señal convenida, cada grupo se arrojó sobre un lugar previamente designado.

Navegó el buque varias horas con un timoneo loco por los canales del estuario. Muchos juncos pacíficos de cabotaje se vieron próximos a ser pasados por ojo, librándose de la catástrofe en el último momento gracias a una virada oportuna. Aun así, el vapor, que marchaba como un ebrio, arrancó a muchos veleros, con sus bruscos roces, todo lo que sobresalía de sus cascos. Al fin los piratas lo encallaron, pasada media noche, en una costa desierta, a varias leguas de Hong-Kong, desapareciendo tierra adentro, y unos pescadores llevaron a la ciudad la noticia del suceso para que un buque de guerra viniese a recoger las víctimas.

En el presente caso los piratas se contentaron con el botín, sin llevarse los viajeros para exigir un rescate. Otras veces, montando juncos armados, toman por asalto a los vapores y raptan a sus pasajeros. Escriben después a las familias de éstos exigiendo fuertes cantidades, y si el dinero tarda en llegar envían como advertencia una oreja cortada o un dedo, anunciando la continuación metódica de tales amputaciones.

—Pero todos los días no hay asalto de piratas —digo después de oír tales historias.

Efectivamente, estos atentados sólo ocurren cada seis meses, poco más o menos. Las autoridades británicas, después de una piratería, adoptan las medidas más severas. Buques armados surcan incesantemente los canales del estuario, la policía bate las islas, el tribunal de Hong-Kong muestra una severidad inusitada y condena a ser ahorcados a todos los chinos que han cometido un crimen, aunque éste no tenga carácter pirático.

Transcurre el tiempo sin que los bandidos de los canales den motivo para que hablen de ellos; la autoridad se muestra menos vigilante, creyendo terminado dicho mal, y cuando la gente se embarca con mayor confianza para ir a Macao, ciudad de vida agradable y juego libre, donde los chinos ricos

arriesgan su dinero al *fan-tan* y los viajeros blancos pueden admirar los antiguos edificios de aire señorial, una nueva banda de piratas da otro golpe, con capitana o sin ella.

A pesar de tales relatos me embarco al día siguiente para la colonia portuguesa. Otros pueden seguir con tranquilidad su viaje sin sentir la atracción de Macao. Yo he nacido en la península Ibérica y además soy escritor.

Sería vergonzoso haber estado a cuatro o cinco horas de distancia y no visitar la vieja ciudad donde Camões, desterrado y pobre, compuso su poema inmortal, pensando en las glorias de la patria lejana.



## El viaje a Macao

Registro de chinos antes de su entrada en el vapor.—Cubiertas transformadas en jaulas y puente convertido en fortaleza.—Recuerdos del asalto de los piratas.—«¡Necesito matar a un chino!»—La interesante Ciudad del Santo Nombre de Dios en China.—Los juncos con cañones anclados en su antiguo puerto.—El nuevo puerto de Macao.—Gran porvenir de la ciudad.—Excelente administración del gobernador Rodrigues.—La gruta de Camões.—El juego del *fan-tan* y otras particularidades interesantes del viejo Macao.—La calle de la Felicidad y sus altares.—Regreso a media noche por el estuario de los piratas.—Las fosforescencias del mar chino.—Espectáculo inolvidable.

En las primeras horas de la mañana nos embarcamos para Macao. Vemos ante el buque numerosos grupos de chinos. Un retén de policía regula su avance, uno por uno, sobre la pasarela que junta el casco con el muelle. Todos son registrados de cabeza a pies, y sólo pueden seguir adelante cuando el agente indostánico queda convencido de que no llevan el más pequeño cortaplumas. Como estos hombres amarillos se parecen todos por su traje azul y sus rostros casi uniformes, es difícil establecer distinciones, entre un culí pacífico que va por sus negocios a Macao y un pirata que prepara con sus compañeros el ataque del buque en mitad del viaje.

Este vapor-correo es igual a todos los que navegan en el estuario y los ríos cercanos, pero después del asalto que presencié mi compatriota, se han hecho en él grandes reformas defensivas. Verjas de gruesos barrotes, semejantes a las de las cárceles, lo dividen en varias secciones. Un gendarme indostánico, con uniforme azul, gorra blanca, carabina y revólver, guarda la puerta abierta de cada una de dichas barreras mientras dura el embarque. Cuando el buque empieza a navegar, todas las entradas de los jaulones se cierran interiormente y los centinelas quedan detrás, apoyando sus carabinas sobre la cruz de los barrotes.

La cubierta superior también está interrumpida por fuertes enrejados que cortan la comunicación entre las diversas clases del pasaje, y para evitar que los asaltantes puedan deslizarse al otro lado de ellos, sacando el cuerpo fuera de la borda, se han prolongado las verjas sobre el mar con semicírculos exteriores de puntas agudas, como lanzas. El puente donde va el capitán está defendido con placas de acero cromatizado, iguales a las mamparas que cubren a los artilleros en las piezas modernas. De este modo los tiros de los piratas no pueden alcanzar a los que dirigen el buque. Pero los que presenciaron el último asalto no muestran gran fe en tales precauciones y creen que los chinos inventarán algo inesperado para salvar estos obstáculos defensivos.

Antes del embarque nos hemos despojado de los relojes y joyas de uso diario. Vienen conmigo dos señoras, acompañadas de sus doncellas. Una de las mencionadas damas, muy hermosa y elegante, nació en Bombay, pero es hija de español. Está casada con Mr. Stephan, director del Banco de Hong-Kong y Shanghai, institución financiera la más importante de todo el Extremo Oriente. Su director figura por derecho propio en el Consejo de gobierno de Hong-Kong, siendo a modo de su ministro de Hacienda.

La señora de Stephan lleva muchos años deseando ir a Macao y nunca se decidió a realizar tal viaje por miedo a los piratas. Prudencia justificadísima. En realidad no podrían imaginar los bandidos del estuario un golpe más fructuoso que secuestrar a la esposa del director del Banco de Hong-Kong y

Shanghai. ¡Qué rescate de miles y miles de libras esterlinas!... Mas al enterarse dicha señora de que yo voy a Macao, se decide con repentina energía a realizar el mismo viaje, como si mi presencia pudiera proporcionarles una seguridad extraordinaria.

Somos ocho, las dos señoras con sus doncellas, dos españoles residentes en Hong-Kong, un amigo holandés que habla un sinnúmero de lenguas, y yo. Va retrocediendo por la popa de nuestro buque la isla de Hong-Kong envuelta en nieblas matinales rasguñadas a trechos por el sol. Sobre la cima del Pico este turbante de brumas pierde por momentos su opacidad gris y empieza a brillar como un tejido de filamentos de oro.

Fuera de la bahía el mar del estuario muestra una tersura de lago, y su color azul tiene la claridad láctea de la porcelana. Los juncos son numerosísimos. Ya dije que en las costas de China la navegación forma enjambres, pero aquí, cerca de la embocadura del río Perla, aún resulta más densa, y nuestro buque tiene que rugir incesantemente para evitar colisiones.

Estos juncos de construcción medieval, a pesar de la tranquilidad de las aguas, navegan en una posición inestable para nuestros ojos, con la proa casi hundida y la popa muy en alto, cual si fueran a sumergirse definitivamente en cada uno de sus cabeceos. Los canales se ensanchan, formando brazos de mar relucientes y tranquilos, como láminas de espejo. Flotando en sus aguas adormecidas hay pequeños islotes de basura, caída de los barcos o arrancada de las riberas.

No disminuye la afluencia de embarcaciones según nos alejamos de Hong-Kong; por el contrario, ésta parece aún mayor al meternos entre las islas. Sobre las bordas de los juncos vemos marineras achaparradas y fornidas, con bíceps de hombre, pechos colgantes y adornos verdes en la cerdosa cabellera.

También las tierras insulares se muestran cada vez más numerosas. Por la derecha nos deslizamos junto a la isla de Lantao, cuya longitud alcanza veinte millas. A babor, la ribera está cortada por incontables canales y estrechos, que forman pequeños archipiélagos. En el horizonte empieza a elevarse un grupo de cumbres, titulado por los descubridores portugueses *Nove Ilhas*, las Nueve Islas. Antes de ser dueños de Macao, los marinos de Portugal se establecieron en otra isla de este estuario llamada Sancian, donde murió San Francisco Javier cuando se proponía entrar en China como primer apóstol del cristianismo.

Mi compatriota Caballero me va mostrando los diversos lugares del buque donde presencié el ataque de los piratas. Ésta es la mesa en que se hallaba comiendo al sonar los primeros disparos. Aquí le robaron la cartera, zarandeándolo un poco. Más allá daba gritos de mando la muchacha de los dos revólveres. Luego me lleva a visitar al capitán, que es el mismo que mandaba el buque en aquella triste ocasión.

Los guardianes cobrizos no nos dejan entrar en el recinto acorazado del puente y el capitán se decide a salir de su fortaleza. Es un inglés que tiene paralizada la parte izquierda de su cuerpo a consecuencia de las heridas que recibió en dicho asalto. Desde entonces se muestra taciturno y repite el mismo deseo, como obsesionado por una idea tenaz. Sonríe un poco al reconocer a mi compatriota, y cuando éste hace memoria de los terribles episodios de aquella tarde, frunce el ceño, mira su brazo inútil y murmura:

—Esto no puede quedar así. Es preciso que yo mate a un chino... Necesito matar a un chino.

Se ve claro que no descansará hasta conseguir dicha compensación. Tal vez se negó a aceptar el retiro a que tiene derecho y continúa mandando el buque porque necesita matar a un chino, y así tiene

más probabilidades de proporcionarse el citado gusto. Lo matará, estoy seguro de ello; tal vez lo ha matado a estas horas. ¡Hay tantos chinos para escoger!... Después de mi regreso a Europa, he leído todos los meses noticias de nuevos asaltos de piratas en el estuario de Hong-Kong, con secuestros de viajeros, combates y numerosos muertos y heridos. El capitán debe haber matado a su chino, si es que los chinos no han acabado definitivamente con él.

Todos los de nuestro grupo almorzamos en un salón de la cubierta más alta, para evitarnos el roce con las familias que ocupan el comedor de primera clase. Son gentes bien educadas, pero el olor especial de los chinos resulta intolerable para muchos olfatos europeos. Ellos, por su parte, declaran que nosotros expelemos un hedor de carne cruda, digna de nuestra condición de bárbaros. Tal vez el hacernos comer aparte es también para que no veamos los manjares favoritos de estos pasajeros.

Algunos son personajes importantes, vecinos de Hong-Kong, que van a pasar unos días en sus casas de Macao. Visten ricas túnicas de seda azul y ostentan botones de piedras preciosas. Uno de estos chinos opulentos ha sido ennoblecido por el rey de la Gran Bretaña, y goza el título de *baronet*. La importancia financiera de todos ellos y su trato con los blancos hacen que el populacho los considere traidores a su raza, y como en Hong-Kong las asociaciones chinas son temibles por sus venganzas, estos personajes viven encerrados en sus palacios, y cuando desean unos días de esparcimiento se trasladan a Macao, donde el orden es más firme y las autoridades portuguesas pueden ofrecerles mayores seguridades.

Dejamos de navegar entre islas, saliendo a dilatados espacios de mar libre, y vemos en el horizonte un promontorio con un castillo y un faro sobre su lomo. Mucho tiempo después, al dar vuelta a dicho promontorio, aparece lentamente la vieja e interesante ciudad de Macao.

Tiene un aspecto, multicolor y ligero, de población del Extremo Oriente, y al mismo tiempo una estabilidad sólida que revela el origen de sus fundadores. Los edificios son obra de albañilería en su mayor parte, y no de madera, como en las otras ciudades chinas. Los más tienen un piso superior, con arcadas o galerías cubiertas, y por encima de sus techumbres se remontan los campanarios de las iglesias católicas.

Macao, que fue llamada primitivamente «Ciudad del Santo Nombre de Dios en China» y luego vio sustituido dicho título por el de Macau, de origen indígena, resultaría altamente exótica si se la pudiera trasladar de pronto a las cercanías de Lisboa. Vista aquí, después de haber visitado las principales ciudades del litoral chino, nos recuerda al antiguo Portugal y parece venir de ella una respiración lejanísima de nuestro mundo.

El puerto viejo es más chino que la ciudad. Puedo añadir que en ninguno de los puertos del Extremo Oriente se consigue ver la marina mercante que ancla en las aguas de Macao.

Nuestro vapor va pasando ante una fila de grandes juncos, galeones panzudos que parecen imaginados por un artista en delirio más que por hombres dedicados a la navegación. Tienen en su proa dragones enroscados y dorados, amenazando con sus fauces ignívoras el azul del cielo y del mar. El velamen de sus arboladuras se compone de esteras de bambú, en forma de alas de murciélago. Las popas se remontan como alcázares, y a lo largo de sus bordas avanzan los cuellos de una docena de cañones. Son cortos y de un calibre enorme; piezas antiguas de hierro que se cargan por la boca y deben enviar sus balas a poca distancia, pero con un estrépito infernal, lo que suple para sus artilleros la mediocridad del alcance.

La marinería tiene igualmente un aspecto arcaico y poco tranquilizador: atletas amarillos y medio desnudos, guardando muchos de ellos en el occipucio una trenza que parte su espalda sudorosa. De los castillos de algunos galeones surgen columnitas de humo perfumado, revelando la existencia de un altar en honor a la Diosa de las Aguas, ante cuyo ídolo arden varillas de sándalo. Todas las proas tienen en ambas caras unos agujeros redondos y pintados que imitan ojos. Los marineros chinos sólo se embarcan confiadamente en un buque que tenga ojos. Saben que así, mientras ellos duermen o durante las llobregues de la tormenta; el junco, que a fuerza de existir adquiere una vida misteriosa como todos los objetos, podrá ver arrecifes y escollos, desviándose de tales peligros cual una bestia prudente.

Siento inquietud y repulsión al imaginar la posibilidad de que una aventura de mi viaje me hiciese navegar en estos buques extraordinarios, pocas veces vistos en Shanghai y Hong-Kong. Los que conocen el país me explican las especialidades de esta marina mercante armada de cañones que navega por los recovecos del gran estuario y remonta los ríos cientos de leguas hasta las ciudades del interior. Conservan estos barcos su vieja artillería con pretexto de hacer frente a los piratas, pero en realidad son contrabandistas y vienen a cargar el opio que les proporcionan los mercaderes chinos de Macao. Algunas veces se oye desde la ciudad el cañoneo que sostienen con otros juncos del gobierno encargados de perseguir a los traficantes de la citada droga. El belicoso estruendo, agrandado por la sonoridad de los canales, no causa ninguna emoción en los vecinos de este puerto libre. La mercancía ya ha sido vendida y cobrada. ¡Que los chinos peleen a su gusto!...

Macao es una península semejante a Gibraltar, aunque su montaña tiene menos altura. Un istmo la une al territorio del antiguo Imperio, y su puerto era el mejor de todo el estuario antes de que los ingleses fundasen Hong-Kong, hace tres cuartos de siglo. En esta península se ha ido extendiendo una ciudad de 80.000 habitantes, cifra extraordinaria si se tiene en cuenta el espacio reducido de la colonia. El comercio ha realizado tal milagro.

En el siglo XVI dio el gobierno chino a los portugueses este territorio de unos pocos kilómetros como recompensa por haber auxiliado con sus buques a las autoridades de Cantón en lucha contra unos piratas que pretendían apoderarse de dicha capital. Los holandeses intentaron hacerse dueños de la nueva colonia, pero fueron menos afortunados que en Ceilán, en Java y otras posesiones del Extremo Oriente arrebatadas por ellos a los portugueses. El vecindario repelió sus asaltos, derrotando finalmente a la flota holandesa.

Llevó después Macao una existencia decadente, y en el siglo XIX su guarnición sostuvo empeñados combates con los chinos, que pretendían recobrar la península. Ahora adquiere cada año mayor importancia, y dentro de poco rivalizará con Hong-Kong, gracias a su nuevo puerto.

El gobernador actual, doctor Rodrigo Rodrigues, es un médico que gozaba de justo renombre en su patria antes de entrar en la vida política; un republicano de los que combatieron desinteresadamente a la monarquía de su país, y luego, al verse triunfantes, tuvieron que abandonar su antigua profesión para servir a la joven República portuguesa.

Durante las horas pasadas en Macao pude apreciar lo que mi amigo Rodrigues lleva hecho en varios años de gobierno. Una recaudación de los impuestos, bien administrada, ha dado lo suficiente para la construcción de un puerto grandioso, en el que podrán fondear trasatlánticos de gran tonelaje. Macao pasará rápidamente del tranquilo canal en que anclan ahora escuadrillas de juncos dedicados al

cabotaje y al contrabando a la vida tumultuosa de un puerto moderno, con toda clase de facilidades para la descarga y el transporte; y este puerto atraerá a todos los buques que no sean ingleses, por estar más cerca de Cantón que el de Hong-Kong.

Guiados por los ayudantes del gobernador, jóvenes de gran cultura intelectual, vamos conociendo la ciudad, pintoresca mezcla de edificios chinos y caserones portugueses del siglo XVII. Una fachada de piedra es lo único que resta de la antigua catedral de San Pablo y del convento anexo, fundado por los jesuitas para descanso y preparación de sus misioneros antes de que se lanzasen en el interior de la China. Este templo se incendió en 1835, pero su enorme fachada se mantiene en pie, con la piedra enrojecida por el sol más que por las llamas, y a través de sus ventanales se ve el muro azul del cielo que parece servirle de apoyo.

El castillo guarda recuerdos del ataque de los holandeses en el siglo XVII. Vemos en su capilla una losa sin nombre que cubre los restos de los defensores de Macao. Como dice el doctor Rodrigues, el culto al soldado desconocido creado por la última guerra lo inventaron los defensores de Macao hace más de doscientos años.

En una explanada del castillo nos obsequian con un té abundante en alfajores y otras pastelerías portuguesas, que recuerdan las de Andalucía. ¡Panorama inolvidable!...

Frente a nosotros, por la parte del istmo, se levanta una cordillera que ocupa gran parte del horizonte: las montañas de Catay. Rodrigues y yo recordamos a Marco Polo. El nombre de Catay lo aplicó el célebre viajero a la China entera, y durante siglos el mundo cristiano dio el título de unas montañas del sur a todo el vasto Imperio gobernado por el Gran Kan.

A nuestros pies extiende la ciudad la masa apretada de sus tejados, oscuros como los de Europa. A trechos surgen de ellos techumbres chinescas y remates de pagodas budistas. Muchas fachadas están pintadas de rosa o azul, colores tiernos que infunden una alegre juventud a las construcciones vetustas.

Más allá de la ciudad, islas y canales se repiten hasta el infinito, como si la tierra entera fuese una sucesión de brazos acuáticos abarcando cumbres emergidas. En estos canales de riberas altas, que tienen una mitad longitudinal de su faja líquida negra como el ébano y la otra mitad dorada por el sol, cabecean bajo la brisa de la tarde docenas y docenas de juncos de velamen ganchudo, como el techo de las pagodas. Todos ellos vienen hacia Macao o regresan a puertos cuyos nombres enrevesados sólo sus tripulantes pueden pronunciar. Tropieza la vista con el lomo oscuro de una montaña, creyendo que es el límite del horizonte. Más allá de su línea oblicua hay algo que brilla como un charco de metal en fusión. Es un nuevo canal del estuario, un estrecho navegable por el que pasan otros juncos y sampanes empequeñecidos por la distancia. Más allá una nueva montaña, que es otra isla; luego un fragmento de canal, en tercer o cuarto término; y nuevas tierras insulares, hasta que todo este mundo sumergido y emergente se esfuma por obra de la distancia, confundiéndose el azul de las montañas lejanas con el azul de las aguas y del cielo.

Visitamos al fin lo más interesante para nosotros, lo que nos trajo a Macao con el atractivo de la devoción literaria. El gobernador nos muestra el jardín donde está la gruta en cuyo interior meditaba y escribía Camões durante las horas calurosas de este país casi tropical. Dicho jardín tiene un atractivo comparable al de los muebles que empiezan a envejecer. En sus arriates y arboledas se mezclan la melancolía de los antiguos huertos chinos y la majestad de los jardines portugueses de Sintra. Vemos estatuas de mandarines que tienen la cabeza y las manos de loza. El resto de su cuerpo está formado

con plantas a las que dieron forma humana los jardineros con sus tijeras.

El retiro predilecto del poeta ha sido desfigurado y vulgarizado por una admiración excesiva. La gruta no es más que un corredor entre grandes piedras, ocupado ahora por el busto de Camões. Todas las rocas próximas desaparecen bajo lápidas que ostentan grabados fragmentos del autor de *Os Lusíadas* o versos de autores célebres que le glorifican. Tantas placas de mármol dan a este lugar, que con razón puede llamarse poético, un aspecto antipático de cementerio.

Algunos vecinos de Macao, especialmente parejas jóvenes, vienen a merendar en el histórico jardín, y al son de un gramófono o un organillo bailan ante el busto coronado de laureles. No importa; es fácil suprimir con la imaginación estas fealdades de la realidad y ver el antiguo huerto tal como fue, con sus arboledas pendientes, su breve gruta limpia de adornos, y meditando bajo la fresca arcada el hidalgo portugués tuerto en la guerra, soldado heroico como el manco Cervantes, y desterrado de Goa a uno de los lugares más lejanos de la monarquía lusitana, dueña entonces de colonias en las dos costas de África, en el mar de las Indias y en los archipiélagos situados más allá del estrecho de Malaca.

Al cerrar la noche abandonamos la calle principal de Macao, abundante en bazares chinos, para correr las callejuelas adyacentes, que ofrecen a dicha hora un aspecto interesante.

Macao no goza fama de ser un lugar de virtudes, más no por eso debe considerársele peor que los otros puertos del Extremo Oriente. Se diferencia de ellos en que los defectos de la vida china están aquí reglamentados, y por ello más a la vista que en las demás ciudades. Esta reglamentación sirve para que el viajero pueda verlos más directamente y con mayor seguridad al hallarse todos ellos bajo la vigilancia de la policía.

La pequeña península de Macao, sin más tierra que la de sus paseos ni otra industria que su puerto, sólo ha podido vivir imponiendo contribuciones públicas a los vicios de la población china. Estos vicios son inevitables. En Shanghai, en Hong-Kong, en todas las ciudades del Extremo Oriente, existen en mayores proporciones y sus explotadores pagan en secreto a las autoridades por su tolerancia, lo que sirve únicamente para el aumento de la fortuna personal de éstas. En Macao satisfacen un impuesto público, severamente administrado, y sus productos no sirven para enriquecer a ningún funcionario, empleándose por entero en grandes obras públicas, como la construcción del nuevo puerto, que cambiará completamente la vida de la colonia.

El gran vicio chino es el juego, y en Macao es libre. Algunos llaman a este pequeño país el «Montecarlo del Extremo Oriente», y lo sería en realidad si tuviese más próximas las grandes ciudades de Cantón y Hong-Kong. El juego favorito de los chinos se llama el *fan-tan*.

Entramos en una de las casas dedicadas a este vicio nacional. Hay tantas de ellas que resulta difícil escoger. Todas tienen en sus fachadas anuncios luminosos y rótulos chinescos en grandes bandas de tela colgante. También se ven en las mismas calles fumaderos de opio con sus lamparillas de luz fúnebre y sus duros lechos de asceta; pero ¿a quién puede interesarle un fumadero de opio en esta ciudad que es el principal depósito de dicho artículo?...

Los portugueses de Macao no merecen las censuras hipócritas que les dedican otras colonias europeas de Asia. Nunca ha impuesto Portugal a cañonazos el consumo de la citada droga, como Inglaterra, que hizo en 1842 la llamada «guerra del opio». Los mercaderes de Macao la venden a los buques que vienen a buscarla, y esta operación comercial proporciona un ingreso al Tesoro público. Lo mismo la pueden encontrar los chinos en otras colonias gobernadas por europeos, pero de un modo

oculto, y lo que entregan por hacer tal negocio lo guardan en su bolsillo particular las autoridades.

Resulta el juego del *fan-tan* lento y de prolongada emoción, como al chino le place que sean todas sus diversiones. La rapidez pugna con los gustos de su vida. La enorme mesa de juego está en el piso bajo, y en torno a ella se agrupan los «puntos» de clase ínfima, culíes, marineros y trabajadores del puerto.

Subimos por una escalera bien iluminada al piso superior. El suelo está perforado por una gran abertura oval, que da exactamente sobre la mesa colocada en el piso bajo. En torno a su barandilla se sientan en banquetas de hule los jugadores de más distinción. Ciertas casas tienen una segunda y una tercera galería en sus pisos superiores, lo que triplica o cuadruplica el número de las personas que intervienen en el juego. Asomados a cada baranda, unos empleados reciben el dinero de los jugadores de su piso y lo bajan hasta la mesa en pequeños cestos pendientes de cordeles, indicando con unas vocecitas que suenan como chillidos de gato el número y la cantidad de las apuestas.

Este público del primer piso resulta para mí de gran novedad. En ninguna de las ciudades chinas había visto tales personajes. Me siento entre algunos viejos con aire de mandarín venido a menos. Son letrados de exquisitos modales que han perdido tal vez una carrera brillante por las villanías propias del juego. A pesar de sus ojitos que no son más que dos líneas negras entre párpados que parecen cosidos, de su faz amarilla y arrugada y de sus bigotes colgantes, me recuerdan a muchos *gentlemen* arruinados que conocí en Montecarlo.

También puedo examinar aquí de cerca a las mujeres chinas en plena libertad. Van vestidas con pantalones y blusas de rica seda azul; llevan un flequillo de pelo sobre la abultada frente; en su pecho y sus muñecas centellea la pedrería de abundantes joyas; fuman sin parar cigarrillos con perfume de opio, sosteniendo entre dos dedos una larguísima boquilla de carey; ponen una pierna sobre otra, saliéndoles del ancho pantalón unas pantorrillas delgadas que no se armonizan con la anchura de su rostro; ríen con cierta insolencia, murmurando palabras ininteligibles, mientras examinan fijamente a las señoras europeas que acaban de entrar. Todas juegan sumas considerables, manejando el dinero con una inconsciencia oriental. Las más de ellas son cocotas nacionales, residentes en Hong-Kong y Cantón, y han venido a Macao para jugar al *fan-tan* con permiso de los opulentos comerciantes que las mantienen.

La mesa está presidida por una especie de mandarín de barbas lacias y blancas, que desarrolla con una lentitud majestuosa la marcha del juego. Tiene a su lado un gran montón de *sapeques*, piezas metálicas con un agujero en el centro. Agarra sin mirar un puñado de tales monedas y las coloca bajo una maceta de hojalata vuelta boca abajo. El juego consiste en levantar dicho receptáculo cuando todos, en los diversos pisos, han hecho ya sus puestas, y con una varilla muy larga, para que no haya sospecha de trampa, va separando los *sapeques* por grupos de a cuatro, hasta que al final quedan unas piezas sueltas, que pueden ser cuatro, tres, dos o una, números a los que arriesgan su dinero los jugadores.

Esta separación de cuatro en cuatro la va haciendo con una lentitud desesperante, pues así le gusta al público. El chino no conoce el valor de las horas. Además, no hay miedo de que se cierre el establecimiento. Las casas del *fan-tan* carecen de puertas y las partidas se suceden día y noche, renovándose el personal de la mesa. Hay «puntos» que se hacen traer la comida de un figón inmediato, duermen sobre la banqueta de hule cuando les rinde el sueño y no salen de la timba en varias semanas,

mientras les queda un peso mexicano.

Algunos de estos jugadores dan pruebas de una visualidad maravillosa. Apenas el venerable personaje levanta el vaso y empieza a contar las piezas, adivinan desde el piso superior con una mirada de águila cuántas quedan en el confuso y enorme montón, anunciando por anticipado el número ganancioso.

Mientras las señoras vuelven al palacio del gobernador, donde nos espera un gran banquete, corro yo con uno de sus ayudantes, el teniente de navío Sebastião da Costa, notable escritor portugués, a conocer otra de las singularidades del viejo Macao, la llamada rua da Felicidade. Esta calle de la Felicidad resulta semejante por su tráfico a las que existen en todos los puertos de mar, pero aquí ofrece el interés de ser únicamente chinos los que la frecuentan, empujados por el acuciamiento de la lascivia.

Se compone de casas estrechas, cuyo piso bajo ocupa enteramente la puerta. A través de su abertura se ve una especie de zaguán con el arranque de la escalera que conduce a las habitaciones superiores, y algunos asientos chinescos, ocupados por las dueñas y sus amigas. Son mujeronas de cabeza voluminosa, miembros delgados y grueso tronco, con una nariz tan aplastada que apenas si resulta visible cuando sitúan de perfil su ancho rostro, amarillo como la cera. Estas hembras maduras, retiradas de las peleas sexuales, fuman gruesos cigarros mientras conversan lentamente. Otras se peinan entre ellas a la luz de una lámpara colocada ante sus ídolos predilectos.

Las pensionistas de dichas casas juegan en medio de la calle, como un colegio en asueto. Verdaderamente es la función que les corresponde, a juzgar por sus pocos años. Todas ellas son chinitas apenas entradas en la pubertad. Se persiguen como gatas traviesas, dando maullidos de regocijo. Algunas se acercan a nosotros después de colocarse ante el menudo rostro una careta de gesto monstruoso, una máscara espantable de dragón o de genio, como únicamente saben imaginarlas los artistas chinos, y las pobrecitas rugen para infundirnos pavor, riendo a continuación de su travesura.

Nos fijamos en los diversos altares de las casas. Todos ellos guardan bajo marco imágenes de papel doradas y multicolores: dioses o diosas de las Aguas, del Viento, de la Felicidad, etc. En algunas de dichas viviendas los huéspedes no tienen dinero para adquirir divinidades protectoras, mas no por eso carecen de altar. Han colocado en la pared, bajo doseles de colores, un anuncio de la Compañía Transatlántica Japonesa, con un vapor de cuatro chimeneas y un mar de grandes olas, y le encienden todas las noches su lámpara, lo mismo que en las casas vecinas. Tales improvisaciones no asombran a ningún chino.

Volvemos a atravesar la gran calle de Macao, que tiene en las primeras horas de la noche un aspecto de capital de provincia. Pasean por sus aceras numerosos sacerdotes y oficiales vestidos de paisano; jóvenes de una elegancia marcial, con gran fieltro a lo mosquetero y chaleco blanco.

Nos obsequia el gobernador Rodrigues con una magnífica comida en su palacio. Admiro los salones de esta residencia, que no es vieja pero empieza a adquirir el encanto de lo antiguo. Muchos de sus muebles proceden de Cantón y tienen más de un siglo. En los rincones hay grandes ánforas de porcelana multicolor, como las fabricaban los chinos en otros tiempos.

Con el deseo de que viésemos Macao detenidamente, no ha querido el doctor Rodrigues dejarnos partir a media tarde en el vapor de Hong-Kong. Por miedo a los asaltos de los piratas, este vapor emprende su regreso poco después de su llegada, para que no le sorprenda la noche en el camino. Las



aguas portuguesas son las más seguras. El vigía del castillo de Macao sigue durante dos horas la marcha de los buques por el enorme espacio de mar abierto ante la ciudad, y puede dar aviso a los cañoneros portugueses si nota algo extraordinario. Lo peligroso es el dédalo de canales e islas inmediato a Hong-Kong, y el vapor-correo procura pasarlo antes que se oculte el sol.

Nosotros saldremos de aquí después del banquete. Un remolcador del puerto se encargará de llevarnos a Hong-Kong. Hasta las once de la noche estamos en la grata compañía del gobernador, su esposa e hijas y las familias de sus ayudantes. Nos vemos tratados con la proverbial cortesía de los hidalgos portugueses. Algunas damas cantan fados y romanzas sentimentales de la patria lejana. Cuando cesa la música hablamos de lo que fueron los navegantes portugueses y españoles dentro de la historia del progreso humano.

Salimos para Hong-Kong en el pequeño vapor. Va tripulado por media docena de marineros que son chinos de Macao. Su patrón parece ser el único portugués, pero acabo por creerle también mestizo, nacido en la colonia. Todos ellos se entienden en lengua china para sus maniobras.

El barco tiene en la proa un cañoncito de tiro rápido cuidadosamente enfundado, a causa de la humedad atmosférica. Creo además que los tripulantes llevan algunas carabinas... pero ¡vamos encontrando en nuestro camino tantos juncos! Pasamos al lado de buques que resultan enormes si se les compara con nuestra pequeñez, y de su interior puede desplomarse repentinamente sobre esta cubierta una cascada de diablos amarillos y medio desnudos, que se apoderarían del barquito antes de que nadie pudiese desenfundar el cañón ni tocar una carabina.

Pienso que si los tripulantes de algunos de los juncos de comercio supiesen quién viene en este pequeño buque se sentirían inclinados a intentar una aventura capaz de enriquecerlos. Por suerte, para todos los navíos de forma arcaica y su marinería vagabunda que sólo se muestra honesta cuando ve próximos los golpes, nuestra embarcación no es más que un cañonero de Macao que se dirige a Hong-Kong en plena noche por un asunto del servicio.

Sospechas e inquietudes van desapareciendo según avanza nuestra navegación sobre las aguas del estuario. El misterio de la noche nos penetra y nos avasalla. Queremos gozar la belleza de la hora presente, que tal vez no volveremos a conocer nunca en lo que nos resta de vivir.

Si me preguntan cuál es la sensación más honda y duradera de mi viaje alrededor del mundo, tal vez afirme que el viaje de Macao a Hong-Kong, sobre un mar dormido como una laguna, bajo la cúpula de una noche esplendorosa, con el incentivo de marchar en el misterio, costeando peligros y casi al ras de las aguas. El mar es muy distinto cuando se navega por él pudiendo tocarlo con la mano a como se ve desde la última cubierta de un trasatlántico, alta como la plataforma de una torre.

Ha surgido la luna sobre el lomo oscuro de una de tantas islas. Es simplemente un cuarto creciente, pero la vigorosa luz traza un ancho camino de lácteo resplandor sobre la llanura lóbrega moteada de rojo por las lucecitas de los juncos. Las estrellas son tantas en este cielo tibio, que al levantar la cabeza para verlas, parpadean los ojos cual si lloviese sobre ellos polvo de luz. Detrás de la popa huye el camino lunar, ondeado por el cabrilleo de las aguas. Este camino forma un triángulo. Se estrecha hasta unir sus dos bordes en el límite del horizonte y sobre este vértice asoma a intervalos un diamante rojo que lanza contados centelleos, siempre los mismos, y vuelve a ocultarse en momentáneo eclipse: el faro de Macao.

Ofrece la proa un espectáculo más extraordinario al deslizarse por sus dos flancos el agua partida

en espumas.

¡Las fosforescencias del mar chino!... En noches anteriores, al pasar la bahía de Hong-Kong sobre los vaporcitos que van y vienen entre la ciudad y la península de enfrente, llamó mi atención un resplandor verde de las aguas próximas. Creí al principio en un reflejo de la luz de posición, situada en el puente, y que corresponde al lado de estribor. Pero al ver que en el costado opuesto no existía ninguna luz roja y las aguas seguían brillando con la misma luminosidad verde, me di cuenta de que era un reflejo fosforescente como no lo había visto nunca en otros mares.

Ahora, al regresar de Macao, considero casi insignificante la luminosidad extraordinaria de la bahía de Hong-Kong. Aquí, en pleno estuario, donde el agua tranquila de los canales es una mezcla de la salinidad de las mareas oceánicas y los aportes dulces del río Perla, cargados de vida animal, la fosforescencia resulta algo inaudito, algo que nunca pude concebir que existiese.

Brillan junto al buque, durante largos espacios de tiempo, las aguas que nos rodean, con una luminosidad igual a la de Hong-Kong. Es el mismo espejismo de ojos felinos que he visto tantas noches en mis travesías a América... De pronto ocurren mudas explosiones de luz a flor de agua, como si la proa, al avanzar, fuese rompiendo focos eléctricos. Parece que en el seno del estuario se alumbren de pronto innumerables tubos de mercurio, que revienten grandes bolsas luminosas, esparciendo un resplandor verde semejante al de los teatros y los cabarés de última moda; y el buque entero queda envuelto por unos segundos en una aurora inverosímil que parece de otro planeta.

Sentados en la proa unos junto a otros, viajamos a través de la oscuridad sin poder vernos, y de repente nos contemplamos de cabeza a pies, con un color de exhalación eléctrica que en el primer momento nos hace inconocibles.

Menospreciamos el abrigo del único camarote del barco para no perder este espectáculo ultraterreno, y seguimos en la cubierta, con las ropas chorreando humedad, temblorosos de frío, mientras vamos pasando entre islas de una temperatura tropical. Esperamos un nuevo reventón de resplandores mágicos en el seno de las aguas.

Queremos ver una vez más, bajo esta luz de misteriosa apoteosis, el deslizamiento de los peces despertados por nuestra proa, negros y elípticos como manchas prolongadas de tinta china.

# 14

## El pueblo filipino

La bahía de Manila.—Obsequios de filipinos y españoles.—Limpieza y elegancia de la ciudad.—El traje gracioso y señorial de las mujeres.—Los jardines.—Las escuelas y su profesorado filipino.—Generosidad del gobierno americano para el sostenimiento de la enseñanza.—Ansia del filipino por instruirse.—La colonización española.—Su trabajo fundamental, penoso y mal conocido.—Filipinas desea ser independiente.—Suavidad del régimen americano.—Autonomía dada por Wilson.—Palabras de un tribuno filipino.—El gobernador Wood.—Lo que dicen unos y otros.—Mi opinión particular.

Dos días después, a la salida del sol, cruza el *Franconia* un estrecho entre la tierra firme y la llamada isla del Corregidor.

Se extiende ante nuestra proa un mar tranquilo, luminoso, como los lagos cantados en odas y romanzas. Parece no tener límites, lo mismo que el océano, a causa de la neblina sutil que cubre el horizonte con sus telones de gasas doradas. Es la famosa bahía de Manila.

Navegamos por ella mucho tiempo, viendo las blancuras de Cavite a nuestra derecha. Enfrente van asomando, poco a poco, sobre la llanura azul, los nuevos muelles de Manila, las techumbres de sus almacenes, las arboledas de sus jardines y el caserío albo, amarillo y rosa, sobre cuyos tejados se remontan las torres de las iglesias.

Ha quedado en mi memoria la capital de Filipinas como algo que vive aparte de todas las sensaciones aglomeradas durante mi viaje. Sólo permanecí en ella un par de días no completos y una noche, pero estas docenas de horas valen como si fuesen meses; tantos fueron los nuevos amigos que adquirí en dicho espacio de tiempo, las ideas que recibí de ellos, las manifestaciones afectuosas de que me vi objeto.

Únicamente pude ver Manila, y aunque es ciudad hermosa, merecedora de gran interés, su conocimiento no autoriza para poder hablar del archipiélago filipino. Éste es casi un mundo; tiene más de doce millones de habitantes y consta de 3000 islas entre grandes y pequeñas, según me afirman los que lo han explorado con detención.

Deseo volver sin prisa a este país, donde se mezclan en el momento presente tres siglos de civilización española, el aporte continuo de los Estados Unidos, nación la más progresiva de nuestros tiempos, y las influencias que envían diversos pueblos de la tierra por encima del océano, como esos polen de larga fecundación capaces de reproducir vegetaciones exóticas a distancias enormes. Siento interés por estudiar y describir detenidamente la vida de esta antigua colonia española, que es hoy un Estado autónomo y aspira con fe inquebrantable a convertirse en una República independiente. Mas por ahora tendré que limitarme a contar lo que vi, expresándolo con un juicio sereno, libre de sugestiones.

Enumeraré con brevedad los honores que filipinos, españoles y norteamericanos residentes en el archipiélago me dispensaron durante mi breve permanencia en Manila. En los salones del Casino Español fui obsequiado con un banquete de más de trescientos cubiertos, al que asistieron las primeras autoridades americanas y todos los individuos de la Asamblea filipina, senadores y representantes. En la misma noche di una conferencia en el teatro, y al día siguiente, otra de carácter literario en la Escuela Normal. El Senado de Filipinas me recibió en sesión solemne, con asistencia además de los

diputados que forman la cámara de representantes, concediéndome el alto honor de ocupar un asiento al lado de su presidente, y éste me saludó con las más satisfactorias expresiones que puede recibir un escritor amigo de la libertad. Finalmente, el general Wood, gobernador de Filipinas, me dio un almuerzo en su palacio de Malacañang, antigua residencia de los capitanes generales españoles.

Al anclar el *Franconia*, vi cerca de él un vapor de la Traslántica Española, el *Isla de Panay*, completamente empavesado, con aspecto de gala. Creí que era este adorno por alguna festividad nacional. Luego experimenté una de las mayores emociones de mi vida al saber que las banderas y los gritos de la tripulación asomada a las bordas eran para saludar mi llegada. Antes de dirigirme a la ciudad subí al *Isla de Panay*, deseoso de responder a este saludo espontáneo. Bebí una copa de champaña con el capitán y los oficiales, recibiendo los abrazos de la marinería, que mostraba un gozo sincero al encontrarse con un español conocido de todos ellos tan lejos de la madre patria.

Uno de los más afectuosos en sus manifestaciones fue el capellán del *Isla de Panay*. Durante mi permanencia en Manila se mostraron igualmente efusivos conmigo numerosos frailes españoles que asistieron a mis dos conferencias; unos, profesores de la Universidad Católica de Manila; otros, aficionados a las lecturas literarias. Estando a tres mil leguas de la patria parecen empequeñecerse nuestras particulares apreciaciones sobre los misterios que rodean la vida, y nos atrae con repentino sentimiento de fraternidad la condición común de españoles.

Mi primera impresión al visitar Manila fue igual a la del que entra en una casa pulcra y clara, después de haber atravesado varias calles rebullentes de muchedumbre, luminosas, pero sucias. Creo que todos los que lleguen a Filipinas, después de viajar por la China y otros países del Extremo Oriente, experimentarán la misma impresión.

Tiene Manila un aire de estabilidad, de solidez y señorío que contrasta con el aspecto ligero y provisional de las ciudades del Extremo Oriente, hechas de madera y tejidos de bambú. Los edificios, aunque de poca elevación, son fuertes; los templos y los baluartes de la gran muralla, estilo Vauban, construida por los españoles, dan a Manila una respetable antigüedad. Hasta las cabañas, hechas sobre pilotes y con tejidos vegetales, que sirven de vivienda al pueblo en los suburbios, están alineadas con un método que parece revelar la cohesión de este país. Digámoslo de una vez. Filipinas tiene un pasado histórico —el de su infancia—, y quiere llegar a la completa virilidad sin perder su fisonomía propia.

La limpieza de Manila se refleja en sus habitantes. De todas las capitales de Asia, incluyendo las mejores colonias de origen europeo, es Manila la ciudad más pulcra y elegante. Las mujeres van vestidas con el traje nacional, que sorprende por su gracia y su distinción a las viajeras de gustos más refinados. Todas llevan una falda de cola larga, como si fuesen a entrar en un baile solemne, y se la recogen con gracia señorial. Sobre esta falda de seda, que es de diverso color, según el gusto de quien la usa, llevan todas ellas un corpiño hecho de encajes filipinos, célebres por su artística sutilidad. La gorguera del escote y unas puntas sobre los hombros parecen de lejos los extremos de unas alas plegadas, dando a las filipinas cierto aspecto de mariposas, como si fuesen a abrir de pronto unos brazos voladores, elevándose sobre el suelo.

Los hombres son igualmente de una elegancia que puede llamarse tropical. Nunca he visto muchedumbres tan blancas e inmaculadas. El calor hace sudar copiosamente, pero los filipinos cambian varias veces de traje durante el día, y es imposible sorprender en ellos la más leve mancha.

Mientras daba mi conferencia en la Escuela Normal, no pude menos de admirar el hermoso golpe

de vista que ofrecía un público de dos mil hombres, todos vestidos de blanco, con corbata negra. Dentro de él se destacaban lo mismo que arriates floridos los colores violeta, rosa o azul celeste de los grupos de damas llevando el traje nacional.

Al aspecto limpio de esta ciudad y a la elegancia de sus habitantes hay que añadir la hermosura de su flora. En los jardines se ven árboles de extrañas formas para los ojos europeos, cuyos nombres no tengo tiempo de conocer. En los alrededores de Manila corre el automóvil a través de campos sobre los que yerguen su aéreo surtidor de verdes plumajes innumerables especies de palmeras. Atravesamos un jardín con unos arbustos grandes como árboles y flores enormes de un rojo mágico, que recuerdan el jardín encantado de Klingsor en la leyenda wagneriana de Parsifal. Algunos pasos más allá empiezo a ver tumbas entre esta vegetación maravillosa, y me entero de que marchamos por un cementerio. Creo que en ninguna parte de la tierra la fealdad de la muerte ha logrado ocultarse bajo una envoltura tan seductora.

En la mesa, a la hora de los postres, es cuando se aprecia mejor la dulce fecundidad de este suelo paradisíaco, saboreando frutos que existen indudablemente en otros países tropicales, pero en ninguno de ellos llegan a adquirir la sabrosa madurez que en Filipinas.

De todo cuanto me muestran en Manila lo más extraordinario son las escuelas. Yo he viajado por la mayor parte de los Estados Unidos y conozco el enorme desarrollo de su enseñanza pública. Por eso puedo afirmar que las escuelas de Filipinas son superiores a las de muchos Estados de la gran República. Hay que añadir que su profesorado, tanto masculino como femenino, está compuesto de hijos del archipiélago. Pude conversar en varias escuelas con maestros y maestras. Ellos son unos *gentlemen* pulcramente vestidos con el traje de ceremonia del país, esmoquin blanco y corbata negra. Ellas llevan la falda de seda y el corpiño de gasa, pues por nacionalismo consideran oportuno dar sus lecciones vistiendo a la filipina.

Todos revelan en su conversación una gran cultura, un continuo estudio, un ansia insaciable de saber. Esto último es lo que caracteriza a los filipinos modernos. Maestros y discípulos desean siempre saber más; sienten una verdadera hambre de conocimientos y prestan una atención concentrada a toda novedad intelectual que les sorprende.

Las escuelas son muy grandes. El miedo a los temblores de tierra no permite elevar los edificios, pero éstos compensan la escasez de pisos superiores con la ocupación de vastos terrenos. A pesar de su amplitud casi resultan estrechas, tanta es la población escolar que viene a ocuparlas todas las mañanas. Los niños acuden gozosos a estos edificios, como si fuesen lugares de placer infantil, tan atractiva y dulce resulta en ellos la enseñanza. Llama inmediatamente la atención el gesto reflexivo con que escuchan a sus maestros, la ansiedad que muestran por no perder una palabra de sus explicaciones.

También es admirable la agilidad de sus manos al realizar en horas de descanso algunas labores de tejido artístico. Esta ligereza manual es una condición asiática. Ningún niño de los Estados Unidos ni de Europa podría fabricar los cestos festoneados, las cajas redondas de colores que tejen con el mayor desembarazo niños y niñas de ocho a diez años en las escuelas de Manila.

Una visita a dichas escuelas sirve para adquirir la convicción de que éste es un pueblo de gran inteligencia nativa y no menos facilidad para aprender cuanto se le enseñe. Gracias a sus condiciones naturales no perderá nunca su personalidad propia, resistiéndose a cuantas influencias extrañas

intenten arrebatársela.

Sería injusto olvidar que el ensanchamiento de la escuela en Filipinas y la esplendidez con que se atiende a las necesidades de su enseñanza es un resultado de la influencia de los Estados Unidos. Todos los gobernadores americanos se han preocupado especialmente de la instrucción pública. Con ello satisfacen el anhelo más ferviente del pueblo filipino, deseoso de aprender, siguen al mismo tiempo la tradición de los Estados Unidos, que siempre consideraron la enseñanza como la primera función pública, y realizan un trabajo lento de conquista espiritual, del que hablaré más adelante, y al que confían el éxito definitivo de su dominación.

Igualmente sería enorme injusticia negar u olvidar que España, durante su época colonial, ilustró a este país como podía hacerse entonces. Tres siglos de civilización española han quedado para siempre en la historia de Filipinas, con las torpezas y errores propios de otros tiempos, pero igualmente con todos sus adelantos espirituales. El cristianismo de los filipinos es obra de los sacerdotes españoles. Ellos enseñaron a leer a las masas indígenas. Las autoridades enviadas por la metrópoli lejana fueron estableciendo aquí todos los progresos del resto del mundo, teniendo que luchar para ello con las distancias, considerablemente más grandes en aquella época de navegación a vela, cuando aún existía intacta la muralla arenosa del istmo de Suez.

Sin la colonización española el filipino habría llegado a los tiempos modernos en un estado de cultura embrionaria y paralizada, semejante al de las tribus que todavía existen en muchos archipiélagos vecinos o como el de los pueblos mahometanos que tantas veces constituyeron un peligro para Manila con sus piraterías.

A España le correspondió aquí el mismo trabajo que en las repúblicas americanas que hablan su lengua. Echó los cimientos del edificio, lo más pesado y menos agradecido, lo que exige mayores esfuerzos y queda oculto a las miradas superficiales. Ella tuvo que luchar con la primitiva barbarie, estableciendo las bases fundamentales de la civilización. Luego llegan los pueblos modernos, los últimos que triunfaron, y al encontrarse con la sólida y ruda obra sin terminar, se encargan de los adornos de su fachada, columnas, capiteles, cornisas, todo lo que supone refinamiento y atrae la admiración frívola del curioso; pero las paredes maestras, las fundamentos ocultos bajo el suelo, son obra del albañil, que sudó y se esforzó más que nadie, para ver finalmente su trabajo olvidado o menospreciado.

Por suerte, este olvido no puede durar siempre. Un edificio, para remontarse, necesita reforzar sus cimientos, y a causa de esto todos los pueblos civilizados en otros siglos por España, si quieren hacerse más grandes, tendrán que ahondar en su base, y al hacerlo encontrarán las virtudes del primer constructor: la paciencia y la fe de España.

Nuestro país, que tantos errores cometió de carácter rudamente paternal al extender su civilización sobre la mayor parte del planeta, dio muestra al mismo tiempo de una virtud que no abunda en los dominadores coloniales. Allá donde fue el español se unió con la mujer de la tierra, constituyendo una familia. Entiéndase bien esto. Muchos colonizadores de otras razas se unen también con la mujer del país, pero es tomándola por concubina, y huyen luego, dejándole el presente abrumador de varios bastardos. El español, por influencia cristiana o por una predisposición a igualarse con los indígenas, se casó en las colonias; mezcló su sangre con la de los naturales, creó una familia legal, y en todas partes son sus nobles y legítimos descendientes los mestizos que ostentan sus apellidos.

Los hombres no viven únicamente de pan. Una metrópoli poderosa se engaña si cree que dando a

sus colonias los adelantos materiales se lo ha dado todo. El hombre necesita el alimento moral de la consideración; y los españoles, que en el terreno político fueron siempre poco propensos a la igualdad, la practicaron como nadie en la vida moral y en la familia, emparentando con los del país sin mantenerse en orgulloso aislamiento, como lo hacen otros pueblos dominadores.

Durante mi visita a Manila encuentro a los filipinos en una gran efervescencia política. Debo hablar de ella, pues el motivo de dicha agitación es hondo y permanente. Tengo la certeza de que va a repetirse durante años y años de un modo pacífico, y sólo tendrá término cuando se realicen los deseos de todos. El pueblo filipino quiere ser independiente.

Antes de seguir adelante necesito hacer una aclaración. Siento desde hace muchos años honda simpatía por los Estados Unidos de América. Para mí, el régimen menos imperfecto, dentro de la imperfección humana, es la República federal, tal como ellos la establecieron. Además considero al pueblo norteamericano como la más ordenada y consciente de todas las democracias que han existido en la Historia. Al mismo tiempo me inspira un afecto fraternal el pueblo filipino. Después de mi paso por Manila, admiro su fe y su tenacidad para conseguir una existencia independiente, y deseo que obtenga todo lo que pueda favorecer su bienestar y su progreso.

Encontrándome entre estos dos afectos que en ciertos puntos resultan contradictorios, vaya mencionar con fría imparcialidad lo que dicen unos y otros.

Se sublevó el pueblo filipino contra la dominación española considerando, como todas las repúblicas hoy florecientes de América, que era ya bastante crecido para marchar por sí solo. Procedió como los hijos que por ley natural abandonan la casa paterna. Cuando los acorazados de los Estados Unidos desembarcaron sus tropas en Cavite existían una República filipina y un ejército filipino. Los Estados Unidos les ayudaron en su guerra contra la monarquía española, y... todavía no han abandonado el país.

La gran República americana no es un imperio de rapiña, una nación sin más ley que la fuerza, de esas que proceden en el curso de la Historia lo mismo que un bandido actúa en una carretera, apoderándose de la hacienda de los débiles porque son débiles. Muy al contrario, la historia de esta gran democracia abunda en esfuerzos y hazañas a favor de la libertad de los pueblos y la independencia de los humildes. Dicha historia habrá tenido eclipses, como la de todas las naciones; pero es indiscutible que los Estados Unidos arrostraron el peligro de morir despedazados y sostuvieron la más terrible de las guerras por suprimir la esclavitud de los negros, y hace pocos años vinieron desinteresadamente a batirse en Europa, llamando a su cruzada generosa «la guerra por la libertad del mundo».

El gobierno de Washington envió sus tropas a Filipinas para ayudar a los naturales en su guerra contra la metrópoli y para proteger su constitución futura de pueblo libre. A nadie se le puede ocurrir que la generosa democracia americana hiciese tal intervención para apoderarse simplemente de Filipinas y quedarse con el archipiélago, basándose en el bandidesco principio de que el más fuerte puede apoderarse sin escrúpulos de lo que pertenece a otros, aunque ellos no quieran. Esta política cínica fue la del Imperio alemán, y levantó contra ella la opinión de todo el mundo. Para seguir tan inmorales principios de derecho no valía la pena destronar a Guillermo II.

Apresurémonos a decir que los Estados Unidos jamás han manifestado de un modo preciso su voluntad de quedarse «para siempre» con Filipinas. Por el contrario, muchos de sus gobernantes y sus

directores de opinión han reconocido a los filipinos la legitimidad de sus deseos en pro de la independencia. Lo único que discuten es la oportunidad de tal independencia, las condiciones actuales del archipiélago filipino para disfrutarla, creyendo que aún no ha llegado el momento de que este país, que tiene gran parte de su territorio en los albores de la civilización, pueda llevar la existencia de un pueblo libre y sin tutela.

Hay que añadir lealmente que el régimen dulce y tolerante seguido aquí por los Estados Unidos no se parece a la actitud que observan otras naciones en los territorios que dominan. Después de la ocupación militar, el gobierno de Washington dio al archipiélago un régimen puramente civil, y en tiempo del presidente Wilson, este régimen, cada vez más suave y transigente con los filipinos, se convirtió en una verdadera autonomía. Hoy Filipinas tiene una asamblea legislativa, compuesta de un senado y una cámara de representantes, son ministros hijos del país que trabajan a las órdenes del gobernador general, quien es depositario absoluto del poder ejecutivo. Pero con frecuencia surgen conflictos entre estos dos poderes, y los legisladores se colocan en actitud de protesta ante el gobernador enviado de Washington.

Un filipino ilustre, el gran orador Manuel Quezón, presidente actual del senado, expresó el verdadero sentimiento de su pueblo al decir en uno de sus discursos: «No importa que sea suave el yugo de un poder extranjero; no importa que pese ligeramente sobre los hombros; si no está impuesto por la voz de su propia nación, el hombre no quiere, no puede ni cree ser feliz bajo tal peso».

Todo el pueblo filipino piensa del mismo modo con rara unanimidad. Reconoce los beneficios de la dominación americana, agradece los esfuerzos hechos por ella para difundir la enseñanza, las obras públicas que lleva realizadas, la conducta benévola de las autoridades extranjeras en muchos asuntos... pero quiere la independencia.

Algunos filipinos conservadores intentaron crear partidos transigentes, poniéndose de acuerdo con las autoridades americanas; pero fracasaron por completo, faltos de apoyo popular. La Asamblea filipina, aunque compuesta de diversos grupos políticos, es en absoluto partidaria de la independencia, pues todos sus individuos comulgan en el mismo ideal. Cuando se realizan nuevas elecciones, únicamente triunfan los candidatos nacionalistas, que son los sostenedores de la independencia del archipiélago.

A los filipinos eminentes que trabajaron y murieron por la liberación de su país han sucedido otros muy jóvenes, que luchan con no menos entusiasmo, dentro de una política pacífica.

Pueden contarse a docenas los hombres notables de este movimiento. Sergio Osmeña, talento organizador, sabe razonar con una lógica avasalladora; Manuel Quezón, orador brillante, es el gran propagandista del nacionalismo. Para servir mejor a su patria aprendió el inglés, de tal modo que puede pronunciar discursos en dicha lengua, y varias veces ha hablado en Washington ante los representantes del gobierno y en otras ciudades de los Estados Unidos, defendiendo la independencia filipina.

Es asombroso el espíritu liberal de la Constitución del pueblo americano, respetuosa para el pensamiento y su emisión como la de ningún otro país. Al amparo de ella los filipinos pueden abogar por su independencia y arbitrar toda clase de medios y recursos para conseguirla. Durante el gran banquete dado en mi honor por el Casino Español estuvieron sentados cerca de mí, en la mesa presidencial, varios almirantes y generales de los Estados Unidos que ejercen autoridad en Manila. Estos militares de la más verdadera de las Repúblicas escucharon con calma y respeto los razonados



discursos de varios oradores filipinos proclamando la necesidad de independencia que siente su patria y su voluntad firmísima de trabajar por ella.

También son ardientes propagandistas el incansable Teodoro Kalaw, presidente del comité «Por la Independencia»; el enérgico senador Alegre, que hizo sus estudios en España, y tantos otros que desisto de nombrar, pues su mención resultaría larguísima.

El general Wood, actual gobernador de Filipinas y hombre de sólida inteligencia, tiene un espíritu civil a pesar de su profesión de soldado. Habla el español con facilidad, pues lo aprendió en su juventud, y luego ha viajado mucho por la América de nuestra lengua y por España. Le conozco desde que fue candidato en 1920 a la presidencia de los Estados Unidos, y, como ya dije antes, me obsequió con un almuerzo en su palacio, cuyos salones conservan aún los retratos de los antiguos capitanes generales españoles. Sobre la puerta del palacio de Malacañang queda también un gran escudo de España. Los gobernadores americanos se han limitado a ensanchar el palacio, sin tocar un cuadro ni un mueble de la antigua casa del gobierno español.

Hablo con Wood y otros personajes americanos residentes en el archipiélago. Noto en todos ellos una simpatía sincera por los filipinos. El gobernador no formula la menor queja contra los partidarios de la independencia, a pesar de que en la actualidad, por la pugna entre el poder ejecutivo y el legislativo, algunos de aquéllos le han atacado. Pero aquí los ataques no rebasan los límites de la política y jamás resultan personalmente ofensivos, lo que prueba una vez más la cultura de las costumbres.

Todos los americanos que trato en Manila muestran igual opinión. Nadie niega rotundamente el derecho de los filipinos a su independencia. Sólo discuten la oportunidad de esta independencia. No creen llegado el momento de reconocerla.

—Si abandonamos Filipinas —dicen muchos de ellos, el pueblo no podrá mantenerse independiente. Necesita un ejército, una gran marina, para guardar sus tres mil islas. A las puertas vive el Japón, ansioso de nuevas tierras para expansionarse. ¡Lo que tardaría en encontrar un pretexto, en inventar un conflicto para dejarse caer sobre este archipiélago!... Y si nosotros nos fuésemos, resultaría muy difícil que pudiéramos repetir la visita. En los Estados Unidos todo lo dirige la opinión, y es casi seguro que luego de habernos marchado, esta opinión nos impediría volver, no queriendo arrostrar los peligros y gastos de una guerra por un país abandonado antes.

Debo mencionar también lo que dicen los filipinos ansiosos de independencia. Los más instruidos encogen los hombros cuando les hablan de que una gran parte de su país está todavía a medio civilizar. Lo mismo decían los ingleses cuando se declararon independientes las colonias de América, teniendo a sus espaldas tres cuartas partes del actual territorio de los Estados Unidos ocupadas por tribus enteramente salvajes. El fantasma de la invasión japonesa no les impresiona gran cosa. Con una arrogancia caballeresca, que revela su antigua educación española, contestan simplemente:

—De ocurrir eso nos defenderíamos todos desesperadamente hasta morir.

Además, juzgan que no sería incompatible una completa independencia filipina con el estacionamiento militar de los Estados Unidos en este archipiélago, para tener una base fuerte cerca del Japón.

El argumento de que no están preparados para la independencia les hace sonreír. ¿Dónde está el reloj que marca la hora justa para tal reforma?... ¿Quién tiene el instrumento capaz de medir si un

pueblo debe ser independiente o no merece serlo todavía?...

Esto lo considero cierto. Nadie puede probar que es nadador o no lo es mientras no se meta en el agua. Y para que un pueblo demuestre que merece la independencia, lo primero es dársela.

Tengo mi opinión propia, formada después de oír a unos y a otros.

No niegan los Estados Unidos el derecho de Filipinas a su independencia, ni lo negarán nunca de un modo terminante. Se oponen a ello sus nobles tradiciones civiles. Existen dentro de la gran República imperialistas que se muestran a veces cínicos y brutales en sus deseos, mas la inmensa mayoría del pueblo americano es enemiga de guerras y dominaciones por la fuerza, y cree generosamente que todo país debe gozar su libertad.

Pero no es menos cierto que el gobierno de Washington, teniendo en cuenta los informes de las autoridades de Filipinas, aprecia cada vez más el valor económico de este archipiélago y su situación estratégica, deseando conservarlo a todo trance.

Para algunos americanos, nunca llegará el momento oportuno de dar a los filipinos su independencia. Aunque todos los naturales del archipiélago fuesen un portento de educación cívica, encontrarían siempre motivos para decir que no era llegada la hora. ¡Es tan fácil inventar pretextos, teniendo en cuenta la imperfección humana!... Confían en el tiempo y en la escuela para que se adormezca poco a poco este sentimiento de independencia, y acabe Filipinas por entrar mansamente en la Confederación americana como un simple territorio.

La escuela de primera enseñanza emplea la lengua inglesa. Los profesores filipinos dan sus lecciones en inglés, con arreglo a los métodos oficiales. El español únicamente se estudia en la segunda enseñanza y en la Universidad como una lengua extranjera.

El idioma moldea el alma; por eso la dominación americana ha creado aquí escuelas verdaderamente maravillosas, y al dar al filipino más pobre una educación brillante, procura hacer de él un futuro súbdito de los Estados Unidos.

Los partidarios de la independencia velan a la parte de fuera de la escuela. Jamás se ha hablado tanto en Filipinas la lengua española. En tiempos de nuestra dominación, el pueblo, como señal de protesta, hablaba el tagalo. Sólo los de una cultura superior conocían aquélla.

Ahora, como una afirmación de nacionalismo, los niños que hablan inglés en la escuela aprenden el español en su casa, y ésta es la lengua espontánea muchas veces de sus juegos callejeros.

Después de extinguirse los apasionamientos propios de toda revolución, los filipinos amantes de la independencia reconocen la parte de beneficios que tuvo para ellos la civilización española, y adoptan nuestra lengua como un arma de largo alcance. En todo el archipiélago, según me afirman los conocedores, existen más de veinte lenguas vernáculas, y el tagalo usado en Manila no es más que una de ellas. En cambio, el español tiene grupos parlantes en todas las islas. Además, es la lengua de veinte naciones del Nuevo Mundo y de cien millones de seres. Valiéndose de ella, los filipinos no quedan aislados en un extremo del Pacífico y se ponen en comunicación espiritual con la mayor parte de las naciones que acompañan a los Estados Unidos en el disfrute del continente americano.

Yo veo la historia futura de Filipinas a modo de una carrera de jinetes. La escuela oficial, magnífica y opulenta, fabrica americanos para el porvenir. El nacionalismo filipino espera en la calle a las nuevas generaciones y les inspira el amor a la independencia. El fuego sagrado de la patria se va renovando así de pecho en pecho.

Es una obra de paciencia y de tenacidad. Esta lucha pacífica va a durar muchos años; pero

vencerán finalmente los filipinos si el entusiasmo que muestran ahora no es una ráfaga estrepitosa y pasajera; si desafían al cansancio, si no se desalientan ante lo largo del camino, y acaban por convencer al pueblo americano de que son dignos de obtener su independencia, provocando uno de esos arrolladores y generosos movimientos de opinión tan frecuentes en la vida de los Estados Unidos.

Como dicen los cabalgadores de las llanuras sudamericanas: «Es asunto de ver a quién de los dos se le cansará antes el caballo».

## En el mar de Insulandia

Un guerrero del aire.—El paso de la Línea.—Desfile de oasis montañosos sobre el desierto azul.—La historia del mundo reproduciéndose en cada isla.—Epopéya de los descubridores portugueses.—Lo que vieron un día en las Molucas.—Encuentro de los dos pueblos ibéricos al otro lado del planeta.—Los últimos héroes españoles del ciclo de los descubrimientos.—Mendaña y el oro del rey Salomón.—Una flota mandada por una mujer.—La almiranta doña Isabel.—El místico Quirós.—Llegada de la reina de Saba a Manila.—Los elefantes don Pedro y don Fernando.—Los descubridores de Australia ignota.—Australia del Espíritu Santo.—El piloto Torres, primer explorador de las costas australianas.

Desde la barandilla de una cubierta saludo a los grupos de filipinos y españoles que han venido a despedirnos. El muelle está repleto de gentío. Los vendedores tagalos ofrecen pesados machetes, lanzas y espadas flamígeras de los moros de Jaló, primorosos encajes manileños, cajitas fabricadas con fibras del país, y mis compañeros de viaje adquieren estos recuerdos de su paso por la isla de Luzón.

Estrecho una vez más la mano de Potous, cónsul de España, que empezó su carrera como magistrado, del conde de Paracamps, español de espíritu progresivo y el más notable organizador que existe en Filipinas, del ilustre periodista Romero Salas y otros amigos.

Unas señoritas vestidas de labradoras valencianas me entregan cestos de flores. La colonia española, como recuerdo de mis dos conferencias, me sorprende con un magnífico regalo. Recibo el saludo de varias damas filipinas que llevan el traje nacional. Unas son directoras de colegio, otras desempeñan cargos en la administración de justicia, lo que demuestra la cultura de la mujer en este archipiélago.

Parte el *Franconia* entre aclamaciones. Al mismo tiempo la atmósfera se conmueve con un estrépito mecánico que parece ahogar los gritos de la blanca muchedumbre agrupada en los muelles. Media docena de aeroplanos militares evolucionan sobre nuestro buque, acompañándolo durante su navegación por la bahía.

Viene con nosotros hasta Calcuta el general Mitchell, jefe de la aviación americana, que en el último período de la guerra europea mandó las fuerzas aéreas de todos los aliados. Es un hombre todavía joven y habla correctamente el español por haber vivido en distintas repúblicas de América. Luego de pasar varias semanas en Manila, continúa su viaje alrededor del mundo, estudiando la aviación de las naciones y colonias de Asia.

Este guerrero de la atmósfera me expone con voz dulce de poeta una serie de «anticipaciones» capaces de asombrar a la imaginación mejor preparada. Así me entero de cómo el avión ha cambiado completamente la guerra, cómo acabará por hacerla imposible, cómo podrá igualar tal vez un día su velocidad con la del curso del sol, dando las escuadrillas voladoras la vuelta a nuestro planeta sin dejarse alcanzar por la noche.

Seis días va a durar nuestra navegación entre Manila y las costas de Java. En esta travesía cortaremos la línea ecuatorial, y como son muchos los viajeros que no han pasado dicha línea, los organizadores de fiestas del *Franconia* preparan su bautizo.

Conozco de sobra esta mascarada marítima que se desarrolla en los buques al pasar el Ecuador.

Siete veces he ido de Europa a la América del Sur y otras tantas he hecho el viaje de vuelta. Como no me interesan los desfiles de ondinas y tritones acompañados de estridentes músicas, el cortejo burlesco de Neptuno, la inmersión de los neófitos en un estanque improvisado y demás ceremonias burlescas que van a entretener a los pasajeros durante un par de días, huyo de tales festejos, refugiándome en la cubierta más alta, como lo hacen otros que también están cansados del rito ecuatorial.

Compensa con exceso el espectáculo del mar la monotonía de nuestras horas solitarias. Cruzamos una de las secciones del Pacífico más hermosas y menos frecuentadas. La gran corriente de la navegación, al venir de Hong-Kong o Manila, tuerce hacia el oeste buscando la puerta del estrecho de Malaca, o sea Singapur. Nosotros seguimos rectamente hacia el sur, cortando la línea ecuatorial por una ruta que únicamente siguen los contados barcos que desde la China o el Japón van a Java.

El mar es de un azul intenso, como si fuese sólido. Las nubes, bogando aisladas en el cielo esplendoroso, también son de una blancura tan espesa que parecen talladas en mármol, como las que figuran en los altares. Saltan ante la proa enjambres de peces voladores. Agitan sus alas unos momentos, y al volver a caer, parece que forcejean para introducirse en el agua, como si la taladrasen. A un lado del buque, el mar es de un azul compacto y mate; en el opuesto centellea como una llanura sembrada de espejos rotos. La atmósfera, cada vez más caliente, da un aspecto de solidez a la materia líquida y la materia gaseosa.

Transcurren los dos primeros días sin que veamos en el inmenso redondel del que somos eterno centro una blancura de vela, un hilillo de vapor. El océano parece de una majestad sin objeto dentro de esta calma desierta.

Pienso que nunca volveré a pasar por aquí. La líquida llanura ecuatorial parece creada únicamente para los que permanecemos horas y horas en la solitaria cubierta con un codo en la barandilla y el rostro sobre una mano, embriagándonos de azul, de sol y de silencio. Pero nosotros desapareceremos y las olas seguirán hinchándose en aristas infinitas, y los peces continuarán sus saltos voladores, y se repetirán las albas y los ocasos. Y cuando, transcurridos los siglos, no quede un hueso ni tal vez dos moléculas juntas de la materia que forma ahora nuestros cuerpos, se reproducirá igualmente este espectáculo que nuestra vanidad humana se imagina fabricado expresamente para admiración y recreo de los animalillos razonantes que pasamos metidos en una especie de dedal.

El día antes de la fiesta de la Línea y los días siguientes navegamos entre islas. En estos parajes de la Oceanía próximos al macizo asiático, las hay a cientos y a miles. Unas pocas alcanzamos a verlas con nuestros ojos. Detrás de ellas adivinamos con la imaginación toda la infinita variedad del continente esporádico de Malasia.

Algunas son picos de sombrío rosa, que emergen del mar con gorgueras de espuma. Otras extienden una sucesión horizontal de montañas y playas. Estas últimas no se ven a cierta distancia y las montañas parecerían islas sueltas a no ser por las filas de cocoteros que surgen de la orilla arenosa. Sus troncos delgados se disuelven en el azul del cielo; sus copas robustas parecen hileras de embarcaciones negras flotando sobre el mar.

Más adentro de las costas y empalidecida por la distancia, hay siempre alguna montaña envuelta en nubes que aún parece más enorme por su aislamiento; cono de volcán dormido hace miles de años. Los naturales de la isla han poblado seguramente esta altura inaccesible con dioses y demonios dedicándoles sacrificios humanos desde el principio de su historia. Siglos de guerras y matanzas han

venido desarrollándose sobre estos fragmentos de tierra por los consejos y mandatos de los habitantes de la Montaña Sagrada. Es todo un mundo igual al nuestro, pero dentro de marco más reducido.

La isla queda atrás. Sólo es ya una mancha sombría, una nube a flor de las aguas azules; luego se borra para siempre. Vienen al encuentro de nuestra proa nuevas montañas con su cúspide envuelta en vapores, nuevas arboledas bajas que parecen flotar sobre el horizonte, nuevas bocanadas de perfume vegetal, caldeado por el sol y salado por la respiración oceánica.

Apreciamos este mundo insular con una serenidad sintética y divinamente superior a causa de nuestra situación. Somos ahora la inteligencia que aprecia las cosas desde lo alto y pasa adelante, insensible a las influencias del medio. Desembarcados en cualquiera de dichas islas resultaríamos a los pocos meses uno más dentro del grupo humano que la habita, sentiríamos la servidumbre del ambiente, se nos impondrían con la fuerza del pasado personas y cosas. Pero vamos montados en una caja de hierro, con agujeros redondos para ver y respirar, la cual lleva una hoguera en sus entrañas y vence momentáneamente las influencias esclavizadoras del tiempo y del espacio.

Pasamos a través de sociedades humanas que se mueven siglos y siglos en el redondel aislado de estos oasis terrestres perdidos sobre el desierto salobre. Dichos pueblos insulares no son para nosotros más que un accidente de viaje. Los vemos como Gulliver a los pigmeos, y esta momentánea superioridad nos permite apreciar por comparación la pequeñez y monotonía de la historia general de nuestra especie.

Todas estas islas que viven breves horas ante nosotros y luego se disuelven han tenido dioses que hablaron con voz de trueno entre las nubes de la gran montaña, santos que realizaron milagros, déspotas que las hicieron sufrir los martirios de una autoridad falsamente paternal, y recuerdan tal vez con orgullo las hazañas de algún jefe victorioso que arrastró las muchedumbres a la muerte. Todas ellas han visto nacer a un Napoleón, y sus habitantes se consideran los primeros hombres de la tierra, despreciando a los de la isla de enfrente por una inferioridad que justifica su deseo de esclavizarlos.

Nosotros también apreciamos orgullosamente la superioridad de nuestra isla flotante, en la que se juntan todas las maravillas de la civilización, comparándola con estas islas inmóviles, sujetas al fondo oceánico por raíces de granito o de coral y que guardan estacionariamente los modelos más rudimentarios de la sociabilidad humana... Luego, un sentimiento confuso de justicia nos hace dudar de nuestro momentáneo orgullo de semidioses navegantes. ¿Qué somos verdaderamente?... Ochocientos seres humanos, entre señores y servidores, metidos en una caja férrea y llevando con nosotros un cementerio de animales puestos al frío para que puedan alimentarnos con sus cadáveres. Una música anima nuestras digestiones y sirve para que los aficionados a la danza puedan dar saltos y sientan el cosquilleo de la sensualidad después de las cinco comidas rituales.

Por arriba poblamos el azul oceánico de alegres ritmos y lo entenebrecemos con el humo industrial, residuo de fuerzas domadas que han transformado nuestra vida parasitaria sobre la corteza del planeta. Por abajo suelta nuestra isla oscura el sucio arroyo de unas aguas que han barrido todos los lugares cerrados, viles receptáculos de la humana miseria. Una estela de cajones y latas que contuvieron los medicamentos contra nuestra eterna enfermedad, el hambre, va marcando el paso del buque sobre esta llanura móvil y profunda, que es a la vez vieja como el mundo y pueril como los primeros vagidos de la vida planetaria.

Corta mis reflexiones un repique de campanas. Dentro de la garita en forma de púlpito que existe

en el mástil de proa para que el vigía atalaye el mar durante la noche, un grumete mueve las dos campanas que sirven ordinariamente para marcar las horas de servicio a los diversos «cuartos» en que se divide la tripulación. Este repique me hace saber que estamos a domingo y son las diez de la mañana.

Un campaneo semejante al de una iglesia anuncia los oficios divinos todos los domingos. En el gran salón, un oficial con uniforme de gala lee las plegarias, y la mayoría de los viajeros, libro en mano, canta.

Estamos ante las costas de Borneo. La melodía lenta y solemne de los corales evangélicos empieza a extenderse sobre el mar. Éste es ahora de un azul oscuro, erizado de pequeñas protuberancias angulosas, como si en pleno sol cayese sobre él un aguacero invisible. Senderos de azul más claro y completamente liso serpentean sobre su lomo como si fuesen ríos, revelando la existencia de ocultas corrientes.

El recuerdo de Filipinas, que va alejándose a nuestras espaldas, y la cercanía creciente de Java, cuyo misterio pretendemos imaginar, lleva nuestro pensamiento hacia los europeos que navegaron por primera vez en estos mares incógnitos y pusieron sus pies sobre las tierras oceánicas, innumerables ínsulas de misterio.

Java fue de los portugueses, como las Molucas, Sumatra, Ceilán y tantas otras tierras que están ahora cada vez más cerca de nosotros. Holanda, aprovechando su guerra con España, se apoderó en el siglo xvii de casi todas las posesiones portuguesas en el Oriente asiático. No hay que olvidar que Portugal había sido anexionado a España en dicho período, y precisamente bajo el dominio de los Austrias españoles fue cuando sufrió tan enorme despojo.

Viajando por estos mares es como se mide con exactitud la grandeza de los descubridores portugueses, dignos hermanos de nuestros descubridores y conquistadores de América.

Las grandes hazañas se aprecian mejor viendo el terreno donde se desarrollaron que leyendo su relato en los libros. Al navegar por las costas de la India, por el estrecho de Malaca, por los innumerables archipiélagos malayos que Reclus llama la Insulandia, se admira la audacia argonáutica de Gama, la energía colonizadora de Almeida y Alburquerque, el atrevimiento paladinesco de los capitanes lusitanos que, semejantes a Cortés y Pizarro, se apoderaron de reinos importantes con unos cuantos compañeros de armas y unos pequeños buques, lo mismo que los héroes de las novelas de caballería.

En estos mares se desarrolló el episodio más trascendental de la historia humana. Un día, estando los portugueses en el archipiélago de las Molucas, cerca de Java, para cargar sus buques de especias —la mercancía más rica entonces, después del oro—, vieron asombrados cómo avanzaba hacia ellos un navío con cruces pintadas en sus velas cuadrangulares.

No venía del Occidente este buque de cristianos, o sea de Portugal; se aproximaba por el Oriente, surgiendo de su inmenso y desconocido océano. Era un resto de la flota de Magallanes, una nave española, al mando de Sebastián Elcano, que acababa de atravesar la ignota soledad del Pacífico dando la vuelta entera a la Tierra. Los dos pueblos de la península Ibérica, partiendo en opuestas direcciones, habían venido a encontrarse al otro lado del planeta. Su rivalidad en los descubrimientos sirvió para que los humanos conociesen la extensión y forma del globo que habitan.

Al recordar esto pienso en las afirmaciones absurdas que el apasionamiento religioso ha sugerido

muchas veces a hombres superiores. El fanatismo hasta la ceguera no ha sido privilegio único de los católicos. Guizot, el seco e injusto protestante, afirmó que puede escribirse la historia de la civilización universal sin mentar una sola vez el nombre de España.

Evocan para mí estos mares el recuerdo de otros navegantes menos conocidos, héroes sin fortuna que fueron los últimos en la historia de los descubrimientos españoles. Abarco con la imaginación los archipiélagos innumerables de esta Oceanía, cuyos macizos más poblados vamos costeano.

Cuando los españoles, en el siglo XVI, habían tomado ya posesión de la mayor parte de América, quedaron muchos pilotos y soldados que, no contentos con los puestos que ocupaban en el llamado Nuevo Mundo, tendieron su ávida vista sobre el desierto del Pacífico. Un joven capitán, Álvaro de Mendaña, sobrino de un letrado virrey occidental del Perú, pudo formar, gracias a la protección de éste y a su propia fortuna, una pequeña flota, con la que se lanzó a realizar descubrimientos.

Después de sufrir grandes penalidades en la parte más desparramada de la Polinesia, donde las islas parecen insignificantes y perdidas como granos de arena, dio con el actual archipiélago de Salomón. Mendaña fue quien le puso tal nombre. Todos los navegantes de aquella época llevaban en su pensamiento la historia santa y el deseo de encontrar oro, acoplando inmediatamente ambas cosas a sus descubrimientos. Creyó de buena fe que estas islas cercanas a Nueva Guinea eran las visitadas por las flotas del rey Salomón para recoger en sus costas grandes cargamentos de oro. Repelido por los habitantes de dichas islas, que todavía son ahora antropófagos, hallándose con los buques maltrechos y sin bastimentos, Mendaña se volvió al Perú luego de llamar a una de las islas Guadalcanal y a otra Santa Isabel, nombres que aún conservan.

El rey de España le dio el título de adelantado de las islas de Salomón, y con el resto de sus bienes pudo organizar otra flota, luego de casarse con una dama gallega, de carácter varonil, llamada doña Isabel Barreto.

Ésta se agregó a la expedición descubridora. Otras mujeres casadas con soldados y marineros se embarcaron igualmente para poblar las islas de Oceanía. Llevó Mendaña en tal viaje como piloto mayor al portugués Pedro Fernández de Quirós, navegante algo místico, que recuerda por su carácter raro y contradictorio a la figura de Colón, como una copia borrosa puede recordar al original. Esta segunda flotilla, por circunstancias que no son del caso relatar, no volvió al archipiélago de Salomón.

Mendaña descubrió las actuales islas Marquesas, que él tituló Marquesas de Mendoza para agradecer el apoyo del marqués del mismo nombre, que era entonces virrey del Perú. También hizo el descubrimiento de la isla de Santa Cruz, al noroeste de las actuales Nuevas Hébridas, instalando en ella una colonia. Pero enfermedades epidémicas, de las que todavía en el presente suprimen poblaciones enteras de la Oceanía, se ensañaron con los descubridores, haciendo morir a Mendaña y a muchos de sus compañeros.

A partir de aquí se desarrolla uno de los episodios más interesantes y menos conocidos de la epopeya de los descubrimientos oceánicos. Como el rey había dado a Mendaña, para él y su familia, el gobierno de la flota y de las islas que encontrase, su esposa doña Isabel le sucedió en el mando, siendo la única almiranta que se conoce en la historia.

Intentó continuar la colonia de Santa Cruz fundada por su esposo, pero tan enorme fue la mortandad de su gente, que tuvo de renunciar a dicho empeño, embarcándose con los restos de la expedición para buscar refugio en Filipinas. Los buques estaban casi inservibles después de tan luenga



travesía por mares inexplorados y sus tripulaciones mermadas y enfermas. De las tres pequeñas naves eran arrojados todos los días varios cadáveres al mar. Los víveres y el agua escaseaban. Además, el carácter enérgico de la almiranta y sus veleidades autoritarias provocaron numerosas protestas e intentos de rebelión. Pero doña Isabel, secundada por Quirós, se hizo respetar en el curso de un viaje tan abundante en penalidades y miserias.

La más insistente de las quejas de las tripulaciones fue por la escasez de agua potable, repartida con desesperante parsimonia, mientras la almiranta, al decir de los hombres, empleaba muchas botijas de ella en el lavado de sus ropas interiores.

Finalmente llegaron dos de los buques a Filipinas y el otro se perdió. Al entrar el *San Jerónimo*, que era el de la almiranta Barreto, en la bahía de Manila, lo saludaron los cañones de la plaza con una salva de honor. Todos querían ver a doña Isabel y sus infortunados compañeros, y como aquella tenía el título de gobernadora de las islas de Salomón, la gente la llamó «la reina de Saba».

La permanencia en Manila de estos descubridores maltrechos y celebrados coincidió con grandes fiestas por la llegada de un nuevo gobernador. Dos personajes extraordinarios compartieron con la reina de Saba la curiosidad y el entusiasmo del vulgo. El rey de Camboya, para agradecer un auxilio militar prestado por el gobierno de Filipinas, había enviado a Manila dos elefantes, los primeros que se vieron en dicha ciudad, y el pueblo celebraba sus inteligentes habilidades, llamando al uno don Pedro y al otro don Fernando.

Doña Isabel se casó en Filipinas con un capitán de la Nao de Acapulco, pariente de su esposo, y regresaron juntos al Perú, pasando de allí a España para organizar una tercera flota que les permitiese instalarse definitivamente en las islas descubiertas. Pero la almiranta y el segundo marido no volvieron nunca a las islas de Salomón.

El piloto Quirós también regresó a España con el deseo de emprender nuevos descubrimientos en el Pacífico. Dándose cuenta de las ideas de su época, de la extremada religiosidad del nuevo rey Felipe III, y siguiendo sus propias inclinaciones, se fue a Roma a pie, vestido de peregrino, con ocasión de un jubileo general. Consiguió ver al papa Clemente VIII, hablándole de sus proyectos náuticos y cristianos; éste le recomendó al rey de España, y gracias a tales protecciones pudo conseguir, con una rapidez extraordinaria para aquellos tiempos, la formación en el Perú de una flota puesta bajo su mando.

En su viaje por el Pacífico exploró las Nuevas Hébridas y otras islas cercanas a Australia y Nueva Guinea. En sus documentos de navegación llama «Australia ignota» a las tierras que descubre, siendo tal vez el primero en usar dicha palabra. Además, bautizó a la isla del Espíritu Santo, encontrada por él, «Austrialia del Espíritu Santo», aludiendo con dicho título a la dinastía de Austria que reinaba entonces en España.

Hombre de exagerada religiosidad, se preocupó Quirós de bautizar pequeños indígenas y celebrar las fiestas del santoral más que de hacer observaciones geográficas y mantener en buen orden su flota. Fundó una colonia, llamada Nueva Jerusalén, y para acallar las protestas de sus tripulaciones, cansadas de tan defectuosa dirección, agració a los más bulliciosos con las insignias del Espíritu Santo, orden creada por él según autorización que le había dado el Papa.

Ansioso de hacer saber a sus protectores los descubrimientos que llevaba realizados, abandonó a los otros buques de su flota, volviéndose a México y pasando de allí a España. El resto de su vida lo empleó en solicitar recursos para una nueva exploración, pero todos se habían dado cuenta del

verdadero carácter de este hombre y murió sin conseguir sus deseos.

Su segundo era un piloto de gran mérito, Luis Váez de Torres. Al verse abandonado por Quirós tuvo que buscar refugio en Filipinas, pero antes exploró las costas de Nueva Guinea y de Australia, y todavía se llama «de Torres» el estrecho encontrado por él entre estas dos islas enormes.

Un siglo antes de que los holandeses creyesen descubrir Australia por primera vez, llamándola «Nueva Holanda», así como otras tierras inmediatas, los españoles habían ya navegado frente a sus costas, desembarcando en ellas, faltos de víveres, para traficar con los naturales.

## El país de las especias

La vieja Batavia y la famosa Compañía de las Grandes Indias.—Cómo vivió Java dos siglos y medio de colonización holandesa.—Opulencia de Batavia.—Abundancia de dinero y de enfermedades mortales.—El monopolio de las especias.—Destrucción de artículos para mantener su escasez.—Las ciudades-jardín de Weltevreden y Micer Cornelius.—Una plaza de un kilómetro cuadrado.—El país de *batik*.—Muchedumbres hermosas y colorinescas.—El dulce mahometismo del pueblo javanés.—Facilidad de las javanasas para desnudarse.—El turbante y los pies descalzos.—Baño de las mujeres en las calles.—Dos condiciones exigidas por los antiguos javaneses para dejarse matar tranquilamente.—El traidor Erberfeld y su eterna execración.—Reparto equitativo de las vergüenzas del pasado.

Al detenerse el *Franconia* en Tandjong Priok cae sobre nosotros el calor ecuatorial con toda su húmeda pesadez. Nos hallamos a unos cuantos grados nada más de la Línea, en una ribera de Java, entre terrenos de verdura exuberante pero bajos y casi anegados.

Batavia<sup>[12]</sup>, la antigua metrópoli javanesa, está a varias millas del mar. Un canal navegable permitía la llegada hasta cerca de sus almacenes a los navíos de otros tiempos, que eran de poco calado. Hoy los vapores quedan en el puerto moderno de Tandjong Priok y por el canal sólo navegan sampanes del país y rosarios de lanchones tirados por remolcadores.

Ver Java fue uno de mis mayores deseos al emprender el viaje alrededor del mundo. Siempre leí con predilección los relatos escritos en pasados siglos sobre esta isla inagotablemente productora. Ya he dicho cómo los holandeses se la arrebataron a los portugueses en 1600, lo mismo que Sumatra, las Molucas y otros archipiélagos inmediatos. Los reyes indígenas, quejosos de la dominación portuguesa, se aliaron con los holandeses, y su auxilio fue decisivo para que éstos se apoderasen del país. Al poco tiempo se convencieron de que sus nuevos dominadores no eran preferibles a los antiguos. Holanda cedió a una sociedad mercantil el gobierno y explotación de sus colonias oceánicas, y ésta se hizo famosa en la historia con el título de Compañía de las Grandes Indias.

El actual gobierno de los holandeses en Java es dulce, tolerante, progresivo, y ha realizado grandes obras; pero el período de 1600 a 1800 —más de dos siglos y medio—, que fue el de la Compañía de las Grandes Indias y otras organizaciones sucesoras de igual carácter, puede considerarse como la muestra más completa que se conoce de colonización ávida, cruel e inexorablemente mercantil. Todos los defectos probados o problemáticos de la colonización española en América pierden importancia si se les compara con la dureza explotadora de la célebre compañía en sus posesiones oceánicas.

Un gobernador enviado de Holanda reinaba como monarca absoluto sobre todas las islas. Este personaje sólo se dejaba ver en una carroza dorada con tiro de seis caballos, escoltada por oficiales y precedida de varios negros armados de cachiporras de plata, dispuestos a golpear al que no hiciese alto reverentemente y saludase doblando el espinazo. Los criollos ricos y los holandeses que iban en carrozas más modestas debían echar pie a tierra con sus mujeres o hijos para unir sus encorvamientos a los de la muchedumbre. Este virrey tenía un Consejo de dieciséis ministros, llamados *edelheers*, o sea consejeros de Indias, que no por ser secundarios resultaban menos temibles. Los que de ellos no gobernaban por delegación en Macasar o alguna otra capital isleña y permanecían en Batavia podían usar también carroza dorada, pero de cuatro caballos, y los propietarios de los otros carruajes debían

ponerse de pie para saludar a sus excelencias.

Todas las Indias holandesas estaban organizadas como una oficina mercantil. El ejército, cuya oficialidad era en gran parte extranjera, dependía de los funcionarios civiles. Éstos veían designados los cargos de su escalafón en términos comerciales. Los más modestos se llamaban asistentes, y al ascender obtenían los títulos de tenedor de libros, submarchante, marchante, gran marchante y gobernador. Dichos grados civiles tenían sus correspondientes uniformes y gozaban de honores militares. El empleo de gran marchante estaba asimilado al de teniente coronel, submarchante equivalía a capitán, y tenedor de libros a teniente.

En ningún país de la tierra corrió el dinero como en la antigua Java; más que en México y en el Perú, a raíz de la explotación de minas famosas. Los empleados percibían anualmente gratificaciones ocultas que representaban veinte veces el valor de sus sueldos. La Compañía no necesitaba cuidarse de la moralidad de ellos para mantener sus ganancias. Hubo años en que sus accionistas recibieron dividendos de 60 por 100.

La riqueza de este país consistió principalmente en la explotación de las especias. Al quedar los holandeses dueños absolutos de las Molucas, dominaron los mercados del mundo como únicos vendedores de tales materias. Nadie las poseía fuera de ellos. Los ingleses aún no les habían arrebatado Ceilán ni intentado el cultivo de las especias en sus colonias.

Deseosa la compañía de mantener la rareza de tales productos, se valió de un sistema brutal. Todos los años cargaba en los navíos holandeses las especias que consideraba necesarias para el consumo de Europa, quemando a continuación el resto guardado en sus almacenes. Con el deseo de asegurar más aún su monopolio, decretó en cada isla un cultivo único. Sólo permitía a Ceilán que recolectase la canela. Las islas de Banda eran las únicas que podían cosechar la nuez moscada. Amboina y otras tierras inmediatas tuvieron el monopolio del clavo de olor. Anualmente sus comisionados recorrían las islas con destacamentos de tropas, arrancando y quemando los árboles de especias en los lugares no autorizados para su cosecha. También repetían tal destrucción al encontrar, por ejemplo, árboles de canela en una isla solamente autorizada para recoger el clavo. Como el consumo de los europeos no exigía grandes cargamentos a causa del enorme precio de tales materias, el trabajo de la Compañía durante muchos años consistió especialmente en destruir los productos, para que no se generalizasen y abaratasen.

La situación exacta de los centros de especiería era un secreto de Estado. Los funcionarios, al irse de Java, debían hacer entrega de los planos y todos los papeles concernientes a dicho emplazamiento. Todavía en los primeros lustros del siglo XIX, un vecino de Batavia fue azotado, marcado con un hierro candente y relegado a una isla casi desierta, por haber hecho ver a un inglés un mapa interior de las islas Molucas.

Otro motivo de opulencia para la antigua Batavia fue que comerciantes y funcionarios enriquecidos en el país no lograban fácilmente volver a Europa con su fortuna. Los giros sólo podían hacerse por medio de la Compañía, y ésta tasaba a cada habitante el dinero que podía enviar fuera de la isla. Además, como la moneda javanesa era emitida por la misma compañía, experimentaba un enorme descuento al pasar a Europa.

Fácil es imaginarse cómo sería la vida dentro de esta ciudad colonial, abundante en ricos que no sabían cómo gastar su dinero y sometida a una autoridad despótica. Todos los viajeros, hasta

principios del siglo XIX, se hicieron lenguas de la opulencia de Batavia. Hoy parece una ciudad moribunda. Se desdobló hace un siglo, creándose a corta distancia de ella la ciudad de Weltevreden, y ésta, a su vez, tiene una prolongación que se llama Meester Cornelis. Las tres ciudades, Batavia, Weltevreden y Meester Cornelis, ocupando un área enorme, forman unidas la gran metrópoli javanesa.<sup>[13]</sup>

Insisto en la extensión de su área. Hay que acostumbrarse a las modalidades de este país para saber cuándo se halla uno dentro de una ciudad o en pleno campo. Corre el automóvil por amplias avenidas orladas de árboles grandiosos, como sólo pueden desarrollarse en estas tierras solares y fecundas. A un lado y a otro se extiende la vegetación de frondosos jardines, abundantes en flores. Y al preguntar el viajero cuándo llegará a la ciudad, le contestan que hace una hora que está dentro de ella.

Las avenidas son calles y los jardines son casas. Todo vecino tiene en torno a su vivienda un gran espacio de tierra, hermozeado por los olores y perfumes de la flora tropical. Como en este país de terremotos no pueden construirse edificios altos, las casas, de un solo piso, levantadas sobre plataformas, por elegantes y cómodas que sean, permanecen casi ocultas bajo el ramaje de los árboles. Hasta en muchas calles las tiendas están en el fondo de jardines. Únicamente en la vieja Batavia, construida con arreglo al gusto de otros tiempos, y en el centro de Weltevreden, abundante en comercios modernos, se encuentran plazas y calles cuyos edificios están unidos y sin jardín, dando las fachadas sobre la acera para lucir sus escaparates.

La vieja Batavia, tan hiperbólicamente descrita por los viajeros de hace un siglo, resulta pobre y decadente en la actualidad. Establecida sobre terrenos bajos próximos al mar y cortada por las acequias naturales de su desagüe, todavía los holandeses, con la nostalgia del colono que recuerda a todas horas la patria lejana, abrieron canales artificiales en sus vías más céntricas, a semejanza de los de Amsterdam. Inútil es decir lo que representan estas vías acuáticas en el interior de una ciudad, y bajo una temperatura extremadamente cálida, para la reproducción de los mosquitos. Con motivo fue reputada Batavia como una de las ciudades más insalubres del mundo. Los holandeses se enriquecían en ella con rapidez, pero morían no menos aprisa.

A principios del pasado siglo un gobernador trasladó su vivienda algunas millas más lejos del mar, donde se halla ahora Weltevreden, y la mayor parte de los habitantes de Batavia le siguieron, creándose la nueva ciudad. Pero la nostalgia patriótica les hizo volver a abrir grandes canales en las avenidas de Weltevreden, y el mosquito se enseñoreó igualmente de la segunda capital.

Al entrar en la vieja Batavia se pasa por una especie de arco de triunfo, levantado en tiempos de la Compañía de las Grandes Indias. Es de mampostería blanca, con hornacinas que cobijan varias estatuas simbólicas pintadas de negro. A un lado de este monumento casi fúnebre puede verse una de las curiosidades tradicionales del pueblo javanés.

Caído en el suelo hay un cañón de bronce verdoso, desmontado hace siglos, y en torno se extiende un prado de flores de papel ofrecidas por los devotos de dicho ídolo. Un indígena establecido cerca del cañón vende varillas de sándalo, que las mujeres queman con los ojos puestos en el cilindro de bronce ornado de relieves. Todos saben en Java que la mujer que se sienta sobre este cañón y le dedica flores e incienso queda en estado de tener un hijo a los nueve meses justos.

Al borde del canal más grande se extiende una fila de caserones de dos pisos —altura extraordinaria en este país—, que ostentan fachadas algo ruinosas, con galerías cubiertas, columnatas

y remates ondulados al gusto del siglo XVIII. Estos palacios de los ricos de otros tiempos, cuyos descendientes se trasladaron a Weltevreden, están ahora ocupados por oficinas comerciales y por bancos. Los negocios se hacen todavía en Batavia, y al caer la tarde, jefes y empleados regresan a sus *bungalows* floridos de Weltevreden, por ser peligroso para la salud pasar la noche en la vieja ciudad.

Los chinos forman la mayoría del vecindario de Batavia, y todo el movimiento nocturno se concentra en sus calles tortuosas, cuyas fachadas tienen celosías con dragones de oro y de cuyas ventanas penden rótulos sobre telas ondeantes.

Después del recogimiento constructivo de Batavia, que aglomeró sus casas como todas las ciudades antiguas, sorprende la extensión inaudita de Weltevreden. Todas las calles importantes tienen kilómetros y kilómetros.

Atravesar alguna de sus plazas a las horas de sol es todo un viaje. Se sabe la existencia de la plaza porque lo afirman los guías, pero el visitante, al separarse de una hilera de edificios, ve enfrente un jardín, marcha por él hasta sentir cansancio, y cuando cree hallarse en plena selva tropical, lejos de la ciudad, columbra a través de los troncos las techumbres de otros pabellones rodeados de jardines. Es la acera de enfrente.

En el centro de Weltevreden está la llamada plaza del Rey, que tiene un kilómetro de longitud por cada uno de sus lados. Es la plaza más grande del mundo dentro de una ciudad. En la parte central de este kilómetro cuadrado, verde como una pradera, galopan soldados amaestrando sus caballos y pastan finas vacas holandesas. Todo en ella tiene un aspecto de campo libre a pesar de la arboleda urbana que orla sus cuatro lados frente a los jardines de los particulares.

Viendo las casas de las gentes acomodadas de Weltevreden se adivinan su dinero, su escrupulosa limpieza y sus comodidades; pero en otros países, y sin el mareo esplendoroso que les proporciona la vegetación de sus jardines, estas construcciones se verían tal vez menospreciadas. Son ligeras y frágiles. No tienen la estabilidad señorial de los caserones de Batavia ocupados ahora por el comercio, que aún guardan sus pavimentos y sus grandes zócalos a la altura de un hombre, hechos con losas de mármol blanquísimo.

Los *bungalows* elegantes de Weltevreden ofrecen una particularidad que aún parece hacerlos más inestables. Todos ellos carecen de fachada; únicamente las piezas interiores que sirven para dormir tienen tabiques y puertas. El techo está sostenido en su parte delantera por ligeras columnas, y el comedor, el gran salón para recibir visitas, el gabinete íntimo donde la familia lee, se hallan descubiertos, a la vista del que pasa. Los árboles del jardín sirven de movable cortina, y bajo los aleros de estas piezas sin pared se balancean macetas colgantes de alabastro con chorros de flores. Hasta las casas de los empleados más modestos tienen en torno un jardín y las habitaciones principales sin más abrigo que el techo.

A un lado de Weltevreden se ha ido formando durante el siglo XIX la tercera ciudad, o sea Meester Cornelis. Dicho personaje fue un holandés que se defendió heroicamente cuando los ingleses desembarcaron en Java, ocupando la isla. Esto ocurrió en la época de Napoleón. Como el emperador francés se anexionó a Holanda, acabando por dar la corona de este país a uno de sus hermanos, el gobernador inglés Raffles, fundador de Singapur, organizó una expedición desde dicha colonia, apoderándose de todas las Indias holandesas, y Java no fue devuelta a sus antiguos poseedores hasta 1816.

Meester Cornelis fue al principio una barriada indígena a la que acudían los javaneses en días de fiesta para sus diversiones un poco libres. Las principales viviendas estaban dedicadas a industrias vergonzosas. Este suburbio es hoy una ciudad-jardín como Weltevreden, urbanizada por las gentes de la clase media que desean crearse un hogar propio.

Puede afirmarse que lo más extraordinario en Java es el aspecto de las muchedumbres y su belleza corporal. La vegetación maravillosa de esta isla puede encontrarse igualmente en las inmediaciones de Singapur o en Ceilán. Pero los habitantes de dichos lugares no son comparables a los javaneses por el color de su epidermis ni por la infinita variedad de sus vestiduras.

Ya dije en otro lugar cómo es la tez metálica de los javaneses y especialmente de sus mujeres. Resulta exacto compararla con el bronce, pero un bronce recién frotado, limpio, que brilla como el oro. Parece que la piel de estas gentes tenga una luz interior. Sus cuerpos, lo mismo en hombres que en mujeres, son de una esbeltez que deja al viajero, algunas veces, absorto por la admiración.

El lector debe estar enterado de que Java es el país del *batik*. Aquí se fabrica esta tela, pintada con toda clase de colores y puesta en uso por la moda hace poco tiempo, que las fábricas europeas falsifican a causa de su alto precio. Hasta los mendigos van en Java vestidos de *batik*.

En realidad el traje nacional consiste en una pieza de dicho tejido, el *sarong*, que hombres y mujeres llevan arrollada sobre sus piernas, como una falda de corto paso. Los varones añaden una camisa y las mujeres también, pero tan corta la de éstas, que deja al descubierto una gran faja de carne desnuda entro su borde y el *sarong*. Muchas hembras prescinden en el campo o dentro de sus casas de esta breve camiseta y van desnudas de cintura arriba, mostrando unas abundancias mamilares que también parecen ser algo especial de esta isla paradisíaca.

Los pechos de las javanesas se sostienen macizos y erguidos hasta después de las majestuosas amplificaciones que trae la maternidad. Avanzan rigurosamente horizontales, no obstante su volumen, y algunas veces, tal es su dura soberbia, que, abandonando la línea recta, elevan hacia el rostro de su portadora los dos agudos botones de sus vértices.

Están pintadas las faldas de *batik* con los colores innúmeros de una primavera fantástica, y a estas flores inverosímiles, que muchas veces son de oro, se agregan tigres de perfil heráldico, reptiles vomitando fuego, leones de melena verde. Una muchedumbre javanesa recuerda a los pueblos de la Edad Media, vestidos con ropas blasonadas y de violentos colores. Los chinos, siempre trajeados de azul, resultan humildes y oscuros al lado de los naturales de la isla.

Empieza aquí el uso del turbante, tocado que seguiremos encontrando en los otros pueblos de Asia. Creo oportuno advertir que el pueblo de Java es por entero musulmán. Este país lo catequizaron los brahmanes indostánicos en remotos siglos; luego fue budista, y aún quedan de tal época maravillosas ruinas de templos en su interior. Pero mucho antes que los portugueses, llegaron a Java los malayos y otros pueblos que habían recibido de los marinos árabes el mahometismo, y todos los habitantes de la isla profesan actualmente dicha religión.

Es un mahometismo especial, suave y dulce. En Java sólo pueden ser así las cosas. Los santones no tienen la influencia que en otros países musulmanes; se ven pocas mezquitas y todas ellas son pobres. Las mujeres javanesas gozan de absoluta libertad y no se limitan a ir con la cara destapada a todas partes. Fácilmente se desnudan de cabeza a pies, con una sencillez paradisíaca. Los hombres toman toda clase de bebidas alcohólicas, si se las ofrecen gratuitamente.

Los más llevan el pequeño turbante característico de Java, que consiste en un pañuelo oscuro y dorado de *batik* enroscado sobre la cabeza y con dos cuernecitos en la frente que indican el nudo terminal. He visto en las calles de Weltevreden ricos personajes javaneses que se dirigen a los clubes más lujosos vistiendo uniforme por ser oficiales del ejército colonial. A todos ellos, por detrás del *kepis* holandés les asomaba la torta del turbante. Sin embargo, éste no es obligatorio. Los javaneses de la capital que se dedican a oficios manuales y los comerciantes de los pueblos llevan un gorrito redondo de terciopelo con bordados, semejante al que usan en las oficinas de Europa algunos funcionarios viejos.

A partir de Java, empiezan también para nosotros los pies descalzos y la marcha silenciosa. Los japoneses van montados sobre banquitos que a cada paso lanzan el chacoloteo de la madera. Los chinos usan zapatillas y su marcha afieltrada les permite aproximarse como fantasmas. El javanés va descalzo, y a partir del lujoso y célebre Hotel de las Indias de Weltevreden, vamos a ser servidos en los hoteles de Singapur, de Birmania y de toda la India por camareros elegantemente vestidos, pero sin zapatos.

La parte más grande del Asia desconoce el calzado. Este tormento queda para los blancos. Los camareros que en el inmenso comedor del citado Hotel de las Indias nos sirven platos javaneses rociados de salsas infernales van todos vestidos de blanco, con levitas inmaculadas y pantalones cortos, en la cabeza el pequeño turbante de *batik* y los pies completamente desnudos.

A ciertas horas del día, en los canales de las calles más importantes, que son de cierta profundidad, se ven numerosos grupos de mujeres descendiendo con lentitud las escaleras de piedra para meterse en el agua, sin más traje que una de esas telas asiáticas, extremadamente sutiles, que tienen además el tono rosa de la carne. Apenas se encucillan en los últimos escalones para que el agua les llegue al cuello, dicha tela desaparece, pegándose a todas las curvas entrantes y salientes de estas buenas mozas de piel de oro. Luego remontan con paso tranquilo la escalera, hasta el lugar donde dejaron sus ropas secas.

Tal baño en las calles no llama la atención de ningún habitante blanco de la ciudad. Lo ven todos los días. Además tiene por base un motivo religioso, respetado por las autoridades. Como estas mujeres son musulmanas, hacen sus abluciones rituales en el canal. La temperatura de Java, que algunos llaman «la isla del sudor», convierte en voluptuoso placer tal acto de devoción. De aquí la facilidad de las javanesas para desnudarse, su amor al agua y su odio al vestido... cuando no es muy rico.

Las más de estas mujeres resultarían de una belleza apreciable, a pesar de sus facciones exóticas, si no fuese por su costumbre de mascar betel, materia que desfigura sus bocas y les hace escupir una saliva del mismo color de la sangre. En las calles se encuentran con frecuencia preparadores de esta materia que tanto repugna a los europeos.

Hay también numerosos vendedores de comestibles que libran a las javanesas de la necesidad de encender fuego para la preparación de sus alimentos. Los que ofrecen melones, plátanos, mangos y otros frutos del país condimentan igualmente arroz guisado con curry, entregándolo envuelto en hojas de platanero que sirven de platos. Sólo las gentes del país pueden comer este guiso popular, que despierta en la boca los ardores de un incendio. También, sentadas al pie de los árboles, hay mujeres que venden té y otras bebidas refrescantes.



Los hombres mostraron en tiempo de la Compañía de las Grandes Indias ciertas preocupaciones supersticiosas, que ésta hubo de respetar para que no ocurriese una sublevación general. La justicia de la citada Compañía, tremendamente severa, castigaba con suplicios rigurosos hasta ciertas faltas de poca gravedad entre los blancos. La constancia de los naturales en el sufrimiento de penas bárbaras pareció increíble a muchos viajeros de entonces. El javanés recibía tranquilamente la muerte, pero a condición de que lo matasen llevando calzoncillos blancos y no le cortaran la cabeza. Los tribunales tuvieron siempre con sus reos esta complacencia. Para un javanés, lo terrible no era morir, sino llegar al otro mundo con la cabeza bajo el brazo y sin calzoncillos blancos, por tener la certeza de que en tal forma no lo recibirían en el cielo.

Todo esto es muy antiguo y con razón empieza a olvidarse. El régimen actual resulta muy distinto al de la antigua Compañía, pero aún queda en Batavia, intacto y con frescura de obra cuidadosamente renovada, un monumento de la crueldad de los antiguos colonizadores.

Pocos son los viajeros que no van a visitar, junto a la iglesia vieja de Batavia, la lápida del «traidor» Erberfeld. Ésta consiste en una gran piedra vertical incrustada en el muro de un jardín con la siguiente inscripción, primero en holandés y luego en javanés:

PARA PERPETUAR EL NOMBRE EXECRABLE DEL TRAIADOR  
PIETER ERBERFELD  
QUEDA PROHIBIDO PARA SIEMPRE  
CONSTRUIR O PLANTAR EN ESTE SITIO.  
BATAVIA, 14 ABRIL 1722.

El mencionado Erberfeld fue un mestizo rico, hijo de un colono alemán y de una javanesa, que intentó en el siglo XVIII una revolución para echar fuera de su país a los europeos. Él y catorce personajes javaneses, sus compañeros de conjura, fueron condenados a muerte como traidores, aunque muchos sospechan que la tal conspiración no representaba ningún peligro serio, y el principal delito de Erberfeld consistió en las tentaciones que inspiraban sus ricas propiedades a muchos de los dominadores.

Erberfeld y el javanés Catadia, reputado también como jefe, merecieron un suplicio aparte, consignado así en su sentencia: «Serán extendidos y atados cada uno sobre una cruz y se les cortará la mano derecha. Luego serán atenaceados en los brazos, las piernas y los pechos, de modo que las tenazas ardientes se lleven pedazos de su carne. Después se les abrirá el vientre y el pecho de abajo arriba, se les arrancará el corazón y se les echará al rostro. La cabeza cortada puesta sobre una estaca y el cuerpo hecho cuartos quedarán expuestos fuera de la ciudad, para que sean comidos por las aves de presa».

Encima de la lápida que execra la memoria del «traidor» hay una cabeza de yeso atravesada por un largo clavo o hierro de lanza. Es una cabeza de difunto con los ojos cerrados. Algunos dicen que dentro del yeso está el verdadero cráneo de Erberfeld.

Por detrás de este monumento se abren las ramas de un jardín tropical. Los plataneros extienden como un dosel sus anchas hojas barnizadas sobre la cabeza del martirizado.

¡Y pensar que fue en la vieja Holanda protestante donde se imprimieron y editaron la mayor parte de los libros, algunas veces fantásticos, sobre las crueldades de los españoles en América, más de un siglo antes de la ejecución horrible de Erberfeld y sus catorce compañeros javaneses!

Suplicios parecidos se encuentran en la historia de todos los pueblos: es cierto. Francia repitió con Damiens las crueldades horripilantes sufridas por Erberfeld, algunos años después del martirio de éste.

Son barbaries del pasado... Conformes. Pero que las vergüenzas de ese pasado se repartan con equidad entre todos los países, sin distinciones injustas y fanáticas para aplicárselas a España solamente.

## El paraíso javanés

Enorme población de Java.—Sus arrozales en escalones.—Exuberancia vegetal.—Las chozas y sus habitantes.—Duchas naturales al aire libre.—Adán y Eva como antes del pecado.—Llegada a Garut.—Nos extraviarnos en sus alrededores.—Una tempestad ecuatorial.—El refugio de los veinte javaneses misteriosos.—Fuga bajo la tormenta.—Lo que vi a las puertas de Garut y no olvidaré nunca.

Vamos a Garut, hermoso valle del interior de Java, situado a gran altura, lo que le hace ser deseado por los que sufren el clima abrumador de los terrenos bajos próximos al mar. Hasta de Singapur vienen muchas gentes quebrantadas por la temperatura ecuatorial para vivir unos meses en sus sanatorios y hoteles. Seis horas de ferrocarril necesitamos para llegar a dicha población, y durante su trayecto cambian los paisajes a medida que el tren va ganando altura de valle en valle.

Isla estrecha y larga, tendida exactamente de este a oeste, tiene Java una cordillera de volcanes muertos que es como su espina dorsal; pero esta barrera montuosa nunca fue un obstáculo para la vida de los naturales. Cortada casi simétricamente por numerosos pasos, les resultó fácil a los primitivos javaneses y a los navegantes malayos que se esparcieron por sus costas trasladarse de la ribera norte a la del sur para la explotación de sus terrenos feraces. Merced a esta facilidad topográfica, a la fecundidad del suelo y la dulzura del ambiente, Java ha sido en todo tiempo el país más poblado de la tierra. Tiene hoy 35 millones de seres, y en muchos de sus distritos se cuentan más de 600 habitantes por kilómetro cuadrado, cifra que no alcanza ninguna de las naciones de Europa.

Todas las colonias actuales holandesas que fueron antiguamente de la Compañía de las Grandes Indias representan una población de más de 50 millones de seres. Esto da a Holanda, que aparece en Europa mediocrementemente representada por la extensión de su territorio y la cantidad de sus habitantes, un aumento enorme de poder, económico y político.

La exuberancia de población la nota el viajero, especialmente fuera de las ciudades. En otros países los campos están casi siempre solitarios, y hay que preguntarse quién pudo abrir los surcos y sembrar las llanuras que se muestran cultivadas. Sólo de tarde en tarde llega a verse algún hombre que trabaja, encorvado sobre la tierra, o guía bestias de labor. En Java los caminos parecen calles, y sobre algunos campos se aglomera la gente lo mismo que si fuesen plazas.

No hay estación de ferrocarril, por modesta que sea, que no tenga en sus muelles una muchedumbre. La moderna colonización holandesa ha trazado una red de líneas férreas, excelentemente construidas, por las que circulan numerosos trenes. Son ferrocarriles como los de Europa por su material y su servicio. Sólo el gentío que llena los vagones nos hace recordar que estamos en Java; multitudes vestidas de *batik* con una riqueza colorinesca, semejante a la de las flores de sus jardines, y una parte considerable de sus cuerpos en tranquila desnudez.

El viaje a Garut nos permite apreciar directamente la riqueza de Java y el trabajo de las muchedumbres laboriosas que surgen de todas partes, como las procesiones de un hormiguero.

Son arrozales los más de los campos, lagunas fangosas de una horizontalidad que se pierde de vista. Parejas de carabaos labran esta tierra medio líquida. Tienen los cuernos blancos y casi rectos, su piel es oscura y lustrosa, como la del elefante y el hipopótamo. Avanzan con un esfuerzo tenaz,

sudorosos bajo el sol tórrido, y cuando se detienen junto a una charca, sus dueños meten un cubo en el agua rojiza y bañan sus lomos y flancos, lo que los hace brillar por unos segundos como si fuesen tallados en azabache.

Los hombres van desnudos, con sólo un trapo entre las piernas. Sus espaldas son de bronce dorado. En la cabeza llevan un sombrero de paja del tamaño y la forma de una sombrilla japonesa. Formando largas hileras se encorvan y se alzan a un mismo tiempo cavando el barro. Las hembras se unen a ellos para realizar la misma operación, y desde lejos el grupo laborioso toma el aspecto de una orla de flores por sus pañales de *batik* rosa, azul, rojo o azafrán.

Muchos han llamado a Java la isla del Paraíso, y no resulta hiperbólico tal título en los valles situados a cierta altura sobre el mar, donde el clima es más dulce que en las tierras vecinas al océano.

Tienen los caminos un color rojo oscuro de sangre coagulada. Ríos y arroyos son de un rojo más brillante y claro igual al de la sangre fresca. Estos colores ardientes contrastan con el verde temblón de las plantas de arroz, el verde charolado de los plataneros y otros árboles frutales en torno a las viviendas, y el verde amarillento con reflejos metálicos de los matorrales y palmeras que cubren los terrenos sin cultivar. En otros países tropicales los bosques son leñosos, de escaso follaje, con las ramas atormentadas, torcidas, recias. Aquí se muestran siempre frescos y tiernos. Las hojas están impregnadas de humedad y bajo su sombra conserva la tierra una blandura rezumante de esponja. Las prolíficas fuerzas de este clima no dejan libre de germinación una pulgada del suelo. La verdura lo invade todo, agitando sus penachos de flores naturales. Solamente los caminos y las vías férreas dejan ver el color de la corteza terrestre, mas para esto es preciso que los limpien casi todos los días.

Alcanzan los bambúes proporciones colosales. Las chozas están siempre al amparo de un grupo de estas cañas que se remontan majestuosas en el espacio. Junto a las viviendas hay bosquecillos de cocoteros y plátanos para las necesidades de la casa. Frente a cada puerta, se alza un mástil que parece destinado a sostener una bandera; pero lo que izan en su parte más alta es una jaula con uno o varios pájaros. Vistos de lejos parecen loros de brillantes colores. Tal vez son otras aves de rico plumaje, y las colocan a esta altura para librarlas de las bestias de presa que vagan por los bosques y bajan a beber en los arrozales.

Éste es el país de la célebre pantera negra de Java y otras fieras no menos temibles. Aún abundan en el centro de la isla, descendiendo en determinadas épocas a los lugares poblados. En otro tiempo la diversión de los javaneses era organizar combates de hombres con tigres y panteras. Las autoridades holandesas suprimieron esta fiesta, y el javanés sólo puede imitar a sus abuelos cuando circula la noticia de que un felino enorme caza en la comarca, armándose entonces para salir con sus convecinos a matarlo.

El terreno va elevándose. Se nota en la atmósfera y en el aspecto de los campos que nuestro tren asciende de meseta en meseta. Hemos dejado atrás la grandiosa estación de Bandung, ciudad de modernas construcciones que rivaliza con Weltevreden y va a convertirse en capital de la isla. Vemos campos de té compuestos de filas de arbolitos con la copa redonda, semejantes a pequeños naranjos; plantaciones de cacao y de tapioca; vastas extensiones de caña de azúcar. También vemos montones de cocos y grupos de mujeres sentadas en el suelo que extraen la pulpa de dichos frutos para las fábricas productoras del llamado aceite de copra.

Los ingenieros holandeses han hecho pasar la vía férrea sobre abismos de una profundidad que da vértigo. En el fondo de tales cortes se ven los hombres como puntos movedizos. Estos trayectos

montañosos son de corta duración. Inmediatamente entramos en un nuevo valle paradisíaco, con armoniosos grupos de arboleda y extensiones acuáticas plantadas de arroz que brillan como espejos.

En todas las estaciones pequeñas encontramos la misma gente de tez dorada y ojos negros que parecen absorber la luz sin devolverla. Sus pupilas, a causa de esta opacidad, brillan con un resplandor blanco y mate. Los hombres que desempeñan oficios prescinden del pañal llamado

sarong

y usan calzoncillos blancos y el birrete redondo de viejo oficinista; pero la mayoría de los javaneses, fieles a la vestimenta tradicional, llevan envueltas sus piernas con telas multicolores. Las mujeres, según vamos avanzando por el interior de la isla, muestran cada vez más su desnudez de cintura arriba.

Ahora los arrozales ya no se extienden en línea horizontal. Se escalonan formando bancales en las vertientes de las montañas, todos con ribazos curvos. Parecen tazones superpuestos de una fuente interminable.

El agua va pasando de arrozal en arrozal; se desploma en gruesos chorros de un tazón a otro. Como el javanés gusta mucho de bañarse y su condición de musulmán le permite apreciar este placer como un acto devoto, no hay chorro de agua roja que no tenga debajo a un mocetón cobrizo enteramente desnudo. Al pasar el tren junto a él sonríe y mira a los viajeros, sin ocurrírsele que está enseñando algo más que su dentadura brillante. A veces es una pareja la que toma esta ducha natural: Adán y Eva, completamente en cueros, rodeados de los esplendores del paraíso javanés.

Los arrozales son de una continua producción. En unos la planta apenas surge del agua, en otros es alta y verde, más allá ya tiene las espigas maduras y la siegan. Estos campos en escalera ofrecen un aspecto elegante; parecen el esbozo de un jardín. A trechos hay islas de chozas sobre el espejo acuático de los arrozales, con huertecitos de plátanos y cocoteros. También existen muchos sombrajes de techos cónicos, semejantes a kioscos, y en ellos se reúne la gente para conversar medio desnuda o con vestiduras de variadas tintas.

No puedo comprender cómo los javaneses pasan su vida entre arrozales y se recrean al borde de aguas de lento curso. En otros países la abundancia de mosquitos haría penosa su existencia. Pero en esta época del año no se ven en Java tales insectos, y me afirman que en los meses restantes tampoco resultan extraordinariamente molestos por su número. Tal vez se debe esto a que en realidad no existen aguas que sean totalmente estancadas.

Por los caminos vemos pasar algunas javanesas guapetonas, montadas en bicicleta y con una vestimenta en la que se confunden el gusto europeo y el del país. También circulan automóviles; pero lo que más abunda es el carruaje de dos ruedas tirado por unos caballitos inquietos, tan pequeños, que parecen corresponder por su talla a otra humanidad distinta de la nuestra.

Llegamos a Garut. Antes de instalarnos en esta población, donde pasaremos la noche, vamos a correr un espacio de treinta kilómetros alrededor de ella para visitar sus lagos, que son antiguos cráteres de considerable profundidad acuática.

Varios automóviles nos llevan en fila veloz por unos caminos anchos y orlados de árboles gigantescos. Nos detenemos algunas veces en pequeñas aldeas para ver sus viviendas, con tabiques de fibras trenzadas y el piso a dos metros del suelo, montado sobre pilotes. Todas las casas javanesas se hallan en alto, a causa de la humedad del suelo y para defensa de los reptiles e insectos que tanto

abundan en estos países cálidos de vida animal exuberante.

La gente sale a las puertas de sus chozas con una desnudez paradisíaca. Hombres esbeltos, de fuerte musculatura, miran con timidez casi infantil a las extranjeras que los examinan desde lo alto de sus automóviles. Algunas les hacen señas para que permanezcan quietos mientras preparan su máquina fotográfica.

Numerosas madres de familia se han despojado de su corta blusa y llevan por toda vestimenta un pañal colorinesco, que las cubre del bajo vientre a la mitad de las piernas. Hasta el ombligo todo es cara en ellas, y al hablar al extranjero casi lo tocan con sus exageraciones pectorales, firmes y puntiagudas. Muchas jovencitas van a estilo de muchacho, sin otra ropa que un simple calzoncillo, conmoviendo inconscientemente a los mirones, con su desnudez dorada de Tanagra.

Ocupo uno de los automóviles, con una señora y su doncella, y los tres nos aburrimos de seguir a los demás vehículos que marchan en fila por los bordes monótonos de un lago. Con gestos más que con palabras, expresamos el deseo de volver a Garut a nuestro chófer javanés de unos diecisiete años, descalzo, con birrete redondo y pantalones blancos. A su lado lleva un ayudante de la misma edad e igual pergenio. Ninguno de los dos sabe expresarse más que en el idioma de la isla.

Los antiguos holandeses tuvieron buen cuidado en no enseñar su idioma a los naturales. Es más, consideraron delito el conocimiento de la lengua neerlandesa, mirando como sospechoso a todo indígena que la aprendía. ¡Quién sabe si con esta bárbara precaución, que estableció un abismo profundo entre gobernantes y naturales, impidieron el crecimiento de ese espíritu separatista que surge en todas las colonias, cuando el mestizo aprende lo mismo que el blanco y se considera igual a él!... Sólo hace pocos años permitieron los dominadores de la isla que los javaneses aprendiesen el holandés.

No conocen los dos muchachos del automóvil otra lengua que la de su provincia. Al fin nos entienden cuando repetimos muchas veces la palabra «Garut» señalando el horizonte, y contentos de marchar con independencia se apartan del grupo de automóviles. Empezamos a correr solos, por caminos cada vez más arbolados y más solitarios. Noto que nuestra pareja indígena habla como si discutiese y mira en torno con cierta duda, sin refrenar por ello la marcha del vehículo. A la media hora de carrera veloz, nos detenemos cerca de una pequeña estación de ferrocarril. Los dos javaneses leen con sorpresa su rótulo. Vuelven a discutir, se enardecen como si se echasen en cara un mutuo error, y viran el carruaje para retroceder por donde hemos venido. Sus sonrisas humildes nos revelan el misterio de sus palabras. Se han extraviado; es otra la dirección que debemos seguir. Y lo peor es que continúan discutiendo, dándonos a entender con esto que no saben por dónde van y marchan enteramente al azar.

Empezamos a reconocer la imprudencia de habernos separado de los guías e intérpretes de nuestro grupo, lanzándonos por el interior de Java como si fuese el Bosque de Bolonia en París, con dos muchachos cobrizos a los que no entendemos.

Al salir de los túneles verdes que forma la arboleda, notamos que el sol se ha ocultado y el cielo es cada vez más sombrío. Esto no significa que lo veamos oscuro. En Java no es posible la oscuridad, y hasta las noches más lóbregas son de un azul fosforescente. Pero la tarde parece de ámbar rojizo, y agrandado por el eco de las próximas montañas suena un estrépito creciente. Es la sucesión de truenos de toda tormenta en el trópico, tan frecuentes e inmediatos, que se juntan, formando una detonación única. Vemos también a través de la columnata interminable de los árboles el zigzag de unos rayos

que caen por grupos, culebreando al mismo tiempo en el cielo.

Se aproxima la tempestad de los países calientes con su rapidez casi instantánea. En unos cuantos minutos se ha aglomerado en el horizonte y va a descargar sobre nosotros. He visto muchas tempestades en América. Su lluvia abrumadora no parece caer a raudales, sino en masas compactas, como si el azul celeste fuese el lecho de una laguna que se desfondase de golpe. Creía imposible presenciar mayores violencias atmosféricas, pero la tempestad de Java sobrepasa todo lo que llevo visto y lo que podía imaginar.

El espacio está impregnado de vibraciones eléctricas. Respiramos con cierta angustia en una atmósfera que parece muerta por su calma absoluta. A pesar de la velocidad del vehículo, sentimos correr por nuestro rostro gotas de sudor. Los árboles se alzan inmóviles, sin el más leve estremecimiento. Como si hubiesen encontrado ya su ruta, los dos muchachos no se hablan y miran ávidamente el pedazo de camino visible ante ellos.

Se doblan de pronto los árboles más fuertes, se acuesta la vegetación entera bajo una ráfaga aulladora, suena un estallido de catástrofe, el ámbar de la tarde se hace verde bajo la luz de un rayo que acaba de caer cerca de nosotros, y en el mismo momento una especie de mazazo hace temblar la capota del vehículo, como si la demoliese. Es simplemente la lluvia que empieza, la inundación aérea, la cascada celeste que mantiene la fertilidad de este paraíso, pero en el momento de su derrumbe tiene la violencia de una catástrofe.

En unos instantes cambia todo el paisaje. Los árboles convulsionados lanzan chorros por todas sus hojas, los campos se convierten en lagunas, el camino brilla como si fuese de metal, empiezan a caer gotas del techo del carruaje.

Es de cuero un poco viejo, pero en otro país resistiría perfectamente la lluvia. Aquí empiezo a creer que aunque fuese de metal representaría poca cosa para cubrirnos del aguacero feroz. Empieza a llover a través del techo, y a los pocos minutos chorreamos agua lo mismo que los árboles. Corre el automóvil fustigado por la tormenta; mejor dicho, huye, como si su fuga pudiera salvarnos de la lluvia. Nos cubrimos los ojos deslumbrados por unos relámpagos que inflaman el paisaje. El trueno ensordecedor contrae nuestros rostros con muecas de suplicio nervioso. Patinan las ruedas sobre un camino convertido en arroyo; trazan ángulos violentos rozando los árboles de las orillas.

Nos detenemos unos instantes, pero nuestra inmovilidad resulta peor. La lluvia pasa con más violencia a través del techo fijo ahora. Estamos al pie de árboles gigantescos que atraen el rayo. Cae una exhalación en las inmediaciones y emprendemos otra vez la peligrosa carrera, como si esto pudiera librarnos igualmente del mortal lanzazo eléctrico.

Vemos a un lado del camino una especie de kiosco como los que existen dentro de los arrozales. No es una vivienda; sirve simplemente de lugar de reunión. ¡Nos hemos salvado!

Ayudo a mis dos compañeras de infortunio a echar pie al suelo, y en el breve espacio entre el automóvil y la choza, una docena de pasos nada más, sentimos cómo la lluvia se desliza por dentro de nuestras ropas, a lo largo de las espaldas.

El refugio está lleno. Es una techumbre de paja sostenida por tabiques de troncos y esteras. En su interior, sentados en el suelo, hay unos veinte javaneses. Al vernos entrar hablan entre ellos y sonrían con una expresión intraducible. La sonrisa puede ser de burla; puede ser de lástima y simpatía.

Nos hallamos en un camino poco frecuentado. Esta gente no tiene la menor noticia de que un

grupo de viajeros llegó horas antes a Garut y visita el país. Nos ven entrar en su refugio como si nos hubiese vomitado la tempestad. Ignoran de dónde pueden venir unas gentes que no hablan el holandés y tienen un aspecto físico distinto al de sus dominadores. Todos ellos van casi desnudos y esparcen en este recinto cerrado un fuerte olor de carne masculina húmeda. Muchos llevan metido en la parte trasera de su faldellín un *kris* malayo, puñal de hoja flamígera que les sirve para su defensa.

Yo llevo un revólver en mi viaje, pero lo dejé en el bolso de mano que los mozos de la estación de Garut trasladaron al hotel. No tengo ni un bastón, y estoy metido dentro de una choza, entre dos mujeres, inquietas y asustadizas, con sobrado motivo, y veinte hombres que representan otros tantos misterios.

Siguen conversando y mirándonos. Algunos de ellos mascan betel y arrojan en el suelo salivazos rojos que parecen de sangre. La señora que acompaño se sube el pecho del vestido para ocultar su collar de perlas y da vuelta a sus sortijas de modo que las piedras queden invisibles dentro de sus manos cerradas.

Un vejete desdentado, semejante a un fauno, sonrío al ver estas acciones que pasaron inadvertidas para los otros. Y siguen hablando; y nosotros no entendemos nada, y fuera de este refugio continúan el trueno, el rayo, el diluvio tropical...

¡Ah, no!... ¡vámonos! Es una imprudencia continuar aquí. Nuestros dos muchachos parecen alegrarse al ver que volvemos al automóvil. Tal vez han pensado lo mismo que nosotros. Puede ser también que juzguen preferible correr a estar aguantando la tempestad dentro de un carruaje en el que entra la lluvia por todas partes.

Volvemos a rodar por los caminos inundados, bajo el martilleo de la tormenta. El chófer y su acólito conocen ya el terreno por donde corremos y señalan el horizonte amarillo de lluvia y surcado de relámpagos, repitiendo: «¡Garut!... ¡Garut!».

Adivino que aún estamos lejos de la ciudad, y como el aguacero continúa asaltándonos, descendemos otra vez en una casa de buen aspecto, rodeada de cocoteros y plataneros: una vivienda, al parecer, de campesinos acomodados. La habitación está en alto y una docena de escalones de madera nos permiten subir hasta su plataforma, cubierta de esterilla fina y limpia. Los tabiques son de una estera más fuerte y encima de ellos hay un espacio libre que permite la ventilación de todas las piezas y está cubierto por la techumbre de troncos y paja. En este desván aéreo se han refugiado varios loros y otros pájaros domésticos asustados por la tormenta. Vemos los ojitos brillantes de dos monos que marchan a cuatro patas en la penumbra, saltando de un tronco a otro.

En la pieza delantera, completamente descubierta, que sirve de salón y comedor, nos recibe sonriente el patriarca de la casa, un viejo desnudo de cintura arriba. Otros hombres más jóvenes, que deben ser sus hijos, van aún con menos ropas que él. Las mujeres de la familia, sin más que su pañal de *batik*, nos hablan con una verbosidad inútil, sonriendo al mismo tiempo a los hombres de su casa y hasta a los dos muchachuelos del automóvil. Como es natural, se burlan un poco de los tres extranjeros que no pueden entenderlas, que intentan expresarse por señas, y mojados de cabeza a pies ofrecen un aspecto lamentable. Es la ropa chorreante lo que nos proporciona un aspecto ridículo. Los javaneses, por el contrario, parecen hermoseedos por la lluvia, que da jugo y brillo a su desnudez.

Como empieza a decrecer la tormenta volvemos al automóvil. Las mujeres, más expresivas y habladoras que los hombres, consiguen hacernos entender por señas que la ciudad no está lejos. Los dos muchachos, con sus chillidos y gesticulaciones simiescas, nos repiten lo mismo.



Corre el vehículo por caminos cada vez más amplios, cuyos alrededores revelan la proximidad de un grupo de civilización. Al mismo tiempo la lluvia empieza a hilarse, pasando de la tromba compacta al filamento de gotas separadas. Se alejan los truenos; el rayo no es más que un resplandor temblón en el horizonte. Comienzan a subir del suelo los perfumes de ruda embriaguez que exhala la tierra mojada. Lanza de golpe la flora tropical todos sus olores contenidos durante la tormenta. Dilatamos nuestros pechos con una aspiración amplia y voluptuosa, saboreando de nuevo la belleza paradisíaca que nos rodea.

Una impresión de calma se esparce por nuestro interior. Nos sentimos en un estado de placidez, semejante al del que escucha la Sinfonía Pastoral de Beethoven, cuando se aleja la tormenta y la dulce tranquilidad del campo empieza a restablecerse.

Sigue cayendo la lluvia, una lluvia que parece luminosa y perfumada. Sus gotas son de ámbar y resbalan con suavidad sobre el cristal de la tarde. Los huertecillos se convierten gradualmente en jardines y las chozas en casitas de aspecto europeo. El camino es ahora una avenida urbanizada que va salvando sobre el lomo de los puentes varios arroyos y barrancos.

Ya estamos en las afueras de Garut... Y es aquí, a las puertas de la ciudad, donde presencio uno de los espectáculos más inolvidables de mi vida.

La lluvia, que sigue cayendo con una insistencia dulce, representa un placer para los naturales. El hormiguero humano ha empezado a surgir de todos sus refugios. Los javaneses marchan en lentas filas por los senderos. Niños completamente desnudos se colocan debajo de los canalones para prolongar el deleite de la mojadura. La tormenta es un baño más para este pueblo que sufre calores tórridos.

Vemos venir hacia nosotros una muchedumbre de mujeres que nos parece interminable. Todas ellas son jóvenes. Deben volver de trabajar en los talleres de Garut que fabrican el *batik*. ¿Cuántas son?... Difícil calcularlo. Van en grupos escalonados y llenan toda la extensión visible del camino.

Brillan de cintura arriba sus carnes mojadas. Las cabelleras, formando rodete sobre la cúspide de sus cabezas, tienen adornos de diamantes naturales con el chorreo de las gotas que se desprenden de ellas. La caricia fría de la lluvia las cosquillea al deslizarse por la piel dorada y fina de sus pechos y espaldas. Marchan abrazadas unas con otras, cantan y gritan excitadas por la electricidad de la atmósfera y los besos húmedos del aguacero.

Llevan como falda una pieza de *batik*. Pero esta tela de colorines puede ensuciarse en los charcos del camino y todas ellas, tranquilamente, se la han subido más arriba de las caderas, marchando con desembarazo sin preocuparse de su desnudez inferior, tan absoluta como la de arriba. Les basta para sus escrúpulos pudorosos llevar arrugado sobre el talle este fino pañal que abulta menos que una faja.

El primer grupo, al pasar junto al automóvil, nos saluda con gritos y risas, sin echar abajo su faldamenta. Creen innecesaria tal molestia... ¡Pasamos tan aprisa!

No es impudor. Para que lo fuese resultaría preciso que estas muchachas conociesen los escrúpulos de las gentes vestidas, y creyeran inmoral el desnudo. Pero saben que los blancos nos asombramos ante ciertas partes del cuerpo descubiertas, y como ellas marchan casi en cueros para sentir mejor la caricia de la lluvia, les place conmovernos un poco con su inocente exhibición. Algunos hombres que van entre ellas y son tal vez de sus familias ríen igualmente de esta broma juvenil.

Y así van pasando y pasando las muchachas, con su falda recogida en el talle... Son más de doscientas; tal vez trescientas.

Continúa mucho tiempo el desfile de caras sonrientes, de piernas desnudas, de triángulos sexuales que asoman, se eclipsan y vuelven a surgir con los movimientos del paso. En algunas corre la lluvia sin obstáculos, lo mismo que si resbalase sobre la piedra lisa. En las más de ellas se detiene unos momentos, cautiva antes de caer, de igual modo que cuando se enreda en las marañas de una vegetación naciente.

## Bajo la lluvia ecuatorial

Mi cama y mis compañeros de alcoba.—Los vendedores de Garut.—La superstición del dólar.—Javaneses y malayos.—Locura homicida de los que corren el *amok*.—La lira de cañas.—El baile en el hotel.—La Sinfonía de la selva.—Los cuatro jóvenes nobles y sus danzas.—Regalo de un *kris* del antepasado.—El guiñol javanés.—Una novela caballeresca con monigotes y música.

Nuestro hotel de Garut es un jardín con numerosos edificios de un solo piso esparcidos en sus frondosidades. Nos refugiamos al bajar del automóvil en el más importante de ellos, donde están los salones comunes, los comedores y la oficina del gerente.

Me entero de que mi pequeño equipaje me espera en una habitación situada al otro extremo del hotel. Hay que buscarla bajo la lluvia por avenidas que deben ser interesantes a las horas de sol, a causa de sus arriates de flores y sus arboledas umbrosas, pero en este momento corren por ellas verdaderos arroyos, y cada rama deja caer un chorro continuo.

Silba el gerente y viene a buscarme un portero javanés, con turbante de *batik*, levita blanca y descalzo. Sostiene un paraguas con ambas manos, mejor dicho, una cúpula de cartón barnizado, debajo de la cual pueden marchar varias personas sin mojarse. Es tan enorme este techo portátil, que el javanés hace esfuerzos para sostenerlo, a pesar de que ha caído el viento y la lluvia desciende copiosa, pero mansa, a través de una atmósfera dormida. Como el portaparaguas va descalzo y sólo se preocupa de mantener su cúpula, avanza rectamente, sin reparar en charcos. Nosotros le seguimos pegados a él, y esto libra nuestras cabezas de la lluvia, pero nos hundimos a cada instante en las charcas rojizas y los regueros serpenteantes del jardín.

Es mi habitación una pieza de grandes proporciones, con muebles holandeses, solemnes y viejos, que datan sin duda de la Compañía de las Grandes Indias. La cama se muestra tan ancha como larga; pero esta amplitud, que en el primer momento representa un motivo de agrado, queda olvidada a causa de su dureza. Tiene sin duda alguna un colchón, pero la materia que le sirve de relleno ha adquirido una densidad igual a la de las cortezas de los árboles. Las gentes del país afirman que en un lecho duro se siente menos el calor. Además, el mismo calor justifica la escasez de sábanas. La cama sólo tiene una, la que cubre el colchón. El viajero debe dormir sin taparse, y para el caso de que sienta frío, una manta ligera, a cuadros blancos y azules, está a los pies.

En cambio abundan las almohadas, algunas de ellas de aspecto raro y uso desconocido para mí. Una, larga y dura como un madero, sirve indudablemente para apoyar la cabeza; otra es para colocársela entre las piernas, y dos más pequeñas se acoplan entre los brazos y el tronco. Hay que dormir con los miembros abiertos en cruz de San Andrés, la misma postura de los reos de otros siglos condenados a ser hechos cuartos por la dislocación. De este modo parece que se siente menos la caliginosidad de la noche ecuatorial, que hace correr sobre el cuerpo regueros de sudor.

Al inclinarme sobre mi pequeña maleta noto que el cuarto está ocupado por varios camaradas que me acompañarán toda la noche. Saltan sobre el suelo unos animalillos verdes. Las ranas invaden tranquilamente estas viviendas de un solo piso. Por las paredes y el techo corren lagartos rugosos y negruzcos. El servidor javanés, que ha dejado su paraguas en la parte de afuera, ríe de mi asombro y me habla, sabiendo que no puedo entenderle. Conozco sin embargo lo que me dice por haberlo oído en

otros hoteles de países cálidos. Hay que respetar a estos compañeros de habitación para no privarse de sus buenos servicios. La rana se come los insectos que reptan y saltan sobre el suelo, bestias prolíficas que pueden depositar sus innumerables huevecillos debajo de nuestras uñas si descendemos de la cama con los pies descalzos. El lagarto se come los mosquitos.

Me falta tiempo para seguir examinando mi dormitorio. Éste tiene, como todas las casas de los javaneses acomodados, un salón exterior y abierto. El pórtico que extiende su techumbre sobre el frente del edificio se halla dividido por tabiques, y cada uno de tales espacios guarda sillones, una lámpara en el centro y macetas de flores que penden del alero.

Mi pequeño salón, al que se llega subiendo tres escalones, está ya medio invadido por una multitud infantil que se aprieta para quedar a cubierto, librando de la lluvia los objetos sostenidos por sus manos. Todo Garut sabe que ha llegado un grupo de viajeros, y como el vecindario vive de los visitantes, aguarda con impaciencia el regreso de los automóviles que la tempestad ha sorprendido en pleno campo.

Nosotros somos los primeros en volver y recibimos el empuje de todos los vendedores de Garut. Hombres y mujeres se mantienen al acecho en las inmediaciones del edificio central, pero han destacado contra nosotros sus numerosas proles cargadas de telas de *batik* y polichinelas del teatro javanés, a los que dan movimientos y posturas cómicas, imitando sus voces gangueantes. Se sientan a nuestras plantas para ofrecernos sus mercancías, marcando el precio con los dedos. Al principio usan la palabra *guilder*, que es el florín holandés, pero inmediatamente la abandonan para repetir con insistencia ¡*Dollar!* ¡*Dollar!*

En todo el Extremo Oriente se nota una idolatría monetaria que puede titularse la «superstición del dólar». En China, en Java, en la India, hasta en el Japón, cuyos habitantes no sienten gran amor hacia los Estados Unidos, lo mismo los tenderos que los míseros vendedores instalados en plena calle o a la puerta de los templos muestran un respeto casi místico por el dólar americano. Aun en los países de dominación inglesa, la libra esterlina representa poco comparada con aquél. Cuando se desea comprar un objeto, el vendedor, en mitad de sus regateos, hace una rebaja considerable si le pagan en dólares. Pero ha de ser en moneda, nada de cheque; en billetes de los Estados Unidos; y después de contemplarlos con devoción los oculta apresuradamente.

Es la única moneda que inspira fe, y por adquirirla lo dan todo más barato. Debo añadir que los demás billetes que circulan por el Extremo Oriente merecen con razón menos respeto por su falta de fijeza monetaria, incluyendo los de la India inglesa. Los bancos de toda ciudad importante emiten papel y cuando se llega a otra capital con dicha moneda hay que cambiarla por la del nuevo país, sufriendo un descuento. El prestigio monetario de la más rica de las naciones ha llegado hasta este rincón de Java, y los niños y niñas que intentan hacer sus ventas valiéndose de señas repiten a coro al mostrar sus mercancías: ¡*Dollar!* ¡*Dollar!*

Se nota en esta muchedumbre infantil las diferencias étnicas de las dos razas que componen la población de la isla: javaneses y malayos. Los javaneses, pasivos y laboriosos, sirvieron siempre a los dominadores de la isla, plegándose con humilde fatalismo a sus órdenes. En el curso de veinte siglos han sido brahmanistas, budistas y musulmanes. De seguir los portugueses en Java, todos serían ahora católicos. Si continúan mahometanos es porque la Compañía de las Indias, que tuvo a sueldo a los santones javaneses, más traficantes que fanáticos, jamás sintió la necesidad de evangelizar a sus nuevos súbditos.

Esta ductilidad para cambiar de creencias no significa en los javaneses escepticismo religioso. Al contrario, como todos los humildes que se ven eternamente oprimidos y no tienen esperanza alguna de liberación, su único consuelo lo encuentran en el ejercicio de sus devociones y en la certeza de otra vida que será más dichosa. Necesitan una religión y toman la que les permiten sus dominadores.

Los malayos resultan más ingobernables y menos religiosos que el javanés, cultivador de la tierra, eterno siervo del campo de arroz que empezaron a formar sus ascendientes hace siglos. Nietos de piratas y audaces navegantes, los malayos poblaron las costas lanzándose a la pesca y al cabotaje, o se esparcieron por el interior de las islas para ejercer industrias manuales o llevar una existencia vagabunda. Estos habitantes belicosos de Java formaron en otros siglos una casta militar y noble, siendo los únicos que hicieron guerra a los invasores, dificultando la colonización portuguesa y alterando el régimen de explotación mercantil de la Compañía de las Indias con sus frecuentes revueltas.

Aún hoy el malayo resulta el más inquietante de los javaneses. Si el blanco le ofende, espera una ocasión propicia para vengarse de él asesinándolo. Los más pobres procuran ser empleados del gobierno, ingresando en la policía o en los trabajos públicos. Otros se hacen soldados y abrazan el cristianismo, para considerarse de este modo iguales a los militares holandeses.

La belicosidad de la raza, los instintos sanguinarios, herencia de largos siglos de piraterías y matanzas, despiertan de pronto en ellos. Cuando un malayo se considera ofendido por un blanco, o siente odio contra la organización social que le rodea, una mortífera embriaguez lo enloquece, y armándose de un *kris* se lanza a la calle para matar a todo el que se pone a su alcance, dando golpes a ciegas, hasta que lo matan a él. Es una demencia semejante a la de los moros de Filipinas conocidos con el nombre de «juramentados».

En Java esta locura homicida es llamada el *amok*, y cuando sale uno de dichos furiosos por el centro de la población esparciendo muertes hasta que le hacen caer sus perseguidores, llaman a tan horrible episodio «correr el *amok*». La autoridad tiene establecidos puestos de vigilancia para cortar inmediatamente los efectos de esta locura nacional. Son casi siempre policías malayos los que acuden para correr el *amok*. Tienen en sus cuerpos de guardia un tronco vacío, de madera sonora, que tocan con el puño, y esta campana avisa a las gentes para que se refugien en las casas. De todas las puertas arrojan sillas, taburetes y otros objetos a los pies del terrible *amok* para hacerlo caer, pero éste sigue corriendo las más de las veces llevando en alto su machete amenazador. Los policías cuentan con un arma especial para sujetarle que nunca yerra. Es una gran horquilla, entre cuyos dos dientes meten al fugitivo, clavándolo contra una pared o un árbol. De este modo lo inmovilizan y lo matan, pues es inútil esperar que se rinda.

Los malayos son en el campo grandes cazadores de bestias feroces. En otro tiempo su mayor diversión era presenciar luchas de hombres con panteras y tigres. También, hasta hace poco, en las poblaciones del interior celebraban torneos a caballo, terminados muchas veces por botes de lanza mortales. Eran fiestas originarias de la época en que los conquistadores musulmanes se apoderaron de Java.

Se nota en estos pequeños indígenas que tengo sentados a mis pies la diferencia de razas. El niño malayo domina a su compañero de puro origen isleño, impide sus negocios, le amenaza, y acaba finalmente por obligarlo a que le ceda su mercancía, vendiéndola él por su cuenta.

Vuelvo otra vez al centro del hotel arrojando la lluvia, ya que el hombre de la cúpula portátil no acude a mis gritos. Bajo los pórticos del comedor encuentro a los primeros compañeros de viaje que acaban de llegar. Luego, en el curso del atardecer, van presentándose los otros vehículos llenos de gentes desfiguradas por la lluvia. Pero todos nos hemos resignado a esta humedad irremediable. Ha sido inútil emplear las contadas prendas de recambio que guardábamos en nuestros pequeños equipajes. Dentro de este hotel-jardín la lluvia las moja en seguida. Además, nos acostumbramos finalmente a ir con los pies húmedos y el cuerpo impregnado de agua y sudor, en esta tierra donde los aguaceros son tibios.

Una orquesta rara pero agradable suena incesantemente en otro pórtico del hotel. Es una melodía bucólica, un susurro de suaves flautas, una música eoliana y vagorosa, sin la energía del soplo humano. Voy hacia ella y encuentro sentados en el suelo a varios adolescentes que hacen sonar el instrumento típico de esta parte de Java: una lira hecha con cañas.

Un grueso bambú horizontal sostiene cinco, más delgados, en forma de peine. Las cinco varillas están metidas en otras tantas cañas huecas, que al moverse chocan sus paredes con el espigón central. Cada una de las cañas emite una nota diferente y en esto consiste el secreto de los fabricantes del rústico instrumento. Los pequeños músicos tienen en sus manos dos liras, o sea diez notas, y agitándolas con rítmico movimiento producen una melodía indeterminada y soñolienta, dentro de la cual se forman al azar grupos de notas bizarras como las combinaciones caprichosas de los vidrios sueltos en el interior de un caleidoscopio.

Al son de esta melopea, danzan varios muchachitos moviendo el vientre y las caderas lo mismo que las odaliscas. Todos ellos llevan el *sarong* de colorines arrollado sobre las piernas, tienen un rostro aterciopelado de chocolate con leche, y sus ojos grandes y un poco oblicuos parecen de mujer. Muestran la gracia equívoca del efebo asiático, que hace imaginar repugnantes vicios. También es posible que estos pequeños bailarines no hagan más que seguir una tradición, repitiendo danzas que vieron desde pequeños, sin sospechar su malicia ni las suposiciones del blanco escandalizado.

Mientras las liras de cañas susurran su melodía sin regla y siguen danzando los javanesitos, expelen los canales del tejado el agua a plenos chorros, los relámpagos iluminan otra vez con exhalaciones verdes la tarde color de ámbar y rueda el carro de los truenos sobre edificios y arboledas.

A las nueve de la noche, después de la comida, asistimos a un gran baile javanés, para el cual han venido los mejores danzarines y la orquesta más famosa de toda la región.

La servidumbre descalza aparta las mesas y todo el comedor queda convertido en una sala de espectáculos. Este comedor se halla abierto por tres de sus caras; es una techumbre sostenida por numerosos arcos blancos. Más allá hace brillar el jardín sus hojas de charol bajo unos focos de luz eléctrica, cuyas lunas se muestran rayadas incesantemente por hilos de cristal. Continúa la lluvia del trópico, una lluvia sin medida en el volumen y la duración. Todo está impregnado de humedad: nuestras ropas, las servilletas, los manteles. Luego, en los dormitorios, encontraremos igualmente húmedas sábanas y toallas. Debajo de los techos la atmósfera, vibrante de perfumes vegetales, parece compuesta de agua fluida.

Este baile debe ser algo extraordinario, pues van llegando en sus automóviles los javaneses más opulentos de las inmediaciones. La mayor parte de la propiedad de la isla continúa en poder de los antiguos nobles y los comerciantes enriquecidos. Conservan sus trajes por un sentimiento oculto de

nacionalismo, pero se apropian las comodidades más costosas de sus dominadores.

Los instrumentos de la orquesta del baile son tan originales como las liras de cañas. Los músicos, sentados en el suelo, hacen sonar una especie de violines, apoyándolos verticalmente en una rodilla como si fuesen violonchelos. Otros golpean con sus manos tambores y discos metálicos. Un viejo hiere con sus palillos un teclado de tablitas, cada una de las cuales emite una nota distinta. El más importante de los instrumentos es una especie de banco con grandes orificios, y en cada uno de ellos una vasija de metal semejante a los cántaros que emplean los lecheros. El músico golpea estos vasos con mazas forradas de piel, arrancándoles largas vibraciones.

Tocan una especie de preludio que en los primeros instantes parece arañar los oídos con sus discordancias. Poco a poco surge del enmarañamiento acústico algo concreto que podría llamarse la «Sinfonía de la selva». Los instrumentos reproducen la risa luminosa del arroyo, el murmullo de las hojas, el rebullir de la vida animal en los matorrales. Indudablemente, los instrumentos de cuerda imitan el zumbido tenaz de los insectos. El músico ha copiado con ingenuidad los vagidos de la Naturaleza, como en los albores de toda civilización los artistas primitivos reprodujeron a su modo las plantas y los seres que les rodeaban.

Sentados en el suelo, sobre esteras de junco, hay varios danzarines, hombres y mujeres. Ellas son las únicas que cantan, con una voz chillona y discordante que recuerda el cacareo de la gallina. En el espacio libre, ante la orquesta, un hombre y una mujer bailan esta danza coreada. En realidad permanecen inmóviles; sus pies no se separan del suelo. Son los brazos los que se agitan, y más aún las manos, acompañando con lentas dilataciones el ritmo de la música.

Entre las gentes del país acudidas para presenciar este baile hay cuatro jóvenes nobles que llaman la atención por la elegancia híbrida de sus trajes. Son javaneses por sus cabezas; del cuello a la cintura son europeos; luego recobran su nacionalidad hasta los pies. Me explicaré con más detalles. Van tocados con el pequeño turbante de *batik* negro y dorado, que forma un lacito de dos pequeños cuernos sobre la frente. Visten esmoquin y chaleco blanco. La pechera de su camisa es de encajes, y dos botones de diamantes centellean debajo de su corbata negra. A continuación llevan las piernas envueltas en una rica tela de *batik* oscura, con anchas rayas de oro. Por debajo asoman los pies pequeños, metidos en calcetines de seda calada y escaarpines de charol. Los cuatro, como signo de su categoría, llevan un *kris* antiguo, una espadita dorada puesta oblicuamente sobre sus riñones, cuya empuñadura despega el esmoquin de su espalda.

Han venido en sus automóviles, atraídos por esta fiesta a la que asisten muchas viajeras americanas, hermosas y elegantes. Guardan una gravedad de próceres musulmanes. Ocupan una mesa, bebiendo simples limonadas, y miran con sus ojos negros y ardientes a tantas mujeres blancas, que parecen traer en su perfume las seducciones de un mundo lejanísimo. Los cuatro llevan el bigote recortado, según la moda actual, y revelan en todos sus gestos una educación a la europea.

El gerente del hotel va contando a los viajeros que estos jóvenes son ricos, de antigua nobleza, y viven además, como amigos y acompañantes, cerca del regente de la provincia. (El regente es el gobernador indígena, poderoso personaje que ha venido a sustituir a los antiguos reyezuelos.) El mismo gerente se hace lenguas de lo que son los cuatro jóvenes como bailarines. Por espíritu de tradición han sabido guardar fielmente las antiguas danzas de la isla. Los profesionales del baile javanés que están presentes reconocen y admiran la superioridad de estos señores.

—¡Ay!... ¡Si ellos quisieran bailar!...

Basta que el hotelero exponga esta posibilidad hipotética, para que varias señoritas americanas, con la intrepidez propia de su pueblo, deseen una inmediata realización. Algunas de ellas piden a los cuatro *gentlemen* de la espadita dorada que salgan a bailar, y ellos, respetuosos y algo avergonzados al verse objeto de la atención general, acaban por ceder, aunque ninguno quiere ser el primero.

Al fin, uno de ellos se desprende de los escaupines de charol y su chófer indígena surge de la masa de javaneses agrupada al pie de las escalinatas del jardín, para quitarle los calcetines. Avanza con los pies desnudos, color chocolate claro, que asoman por el borde de la rica falda de *batik*. Sus dedos se encorvan y se dilatan como si recobrasen la agilidad de los remotos ascendientes. Se ha puesto un gran velo verde sobre sus hombros, con las puntas caídas atrás y la amplia curva delantera más abajo de su pecho. Este velo va a resultar en el curso de la danza tan importante como su persona.

La primera de las bailarinas se coloca de pie ante él y empieza a cantar. El joven señor inicia su danza sin moverse del sitio que ocupa, expresándolo todo con las manos, con los balanceos lentos de sus brazos, con las posturas fijas que adopta luego su cuerpo. En realidad, la mujer no hace más que acompañar con su canto los gestos del bailarín. Algunas veces refleja los movimientos elegantes de éste, pero con una modestia de espejo pobre y turbio. Se nota su voluntad de no rivalizar con el hombre en unas actitudes que pueden llamarse escultóricas. Éste imita los contoneos soberbios y dominadores de los animales machos en la vida libre de la naturaleza. Es una danza monótona, y sin embargo, pocas veces he visto un cuerpo humano en tan nobles posturas.

Los cuatro *gentlemen* van saliendo por turno. Cada uno de ellos interpreta de modo diferente danzas de miles de años que expresan la superioridad absoluta del hombre y la humilde servidumbre de la mujer en las sociedades primitivas.

Hablo valiéndome de un intérprete con el primero de los jóvenes que salió a bailar. Me mira con extraordinario interés al saber que soy un blanco de los que fabrican libros y alguna vez escribiré lo que he presenciado esta noche. Él ama los cantos de su isla, las representaciones teatrales. Tal vez compone versos, aunque protesta apresuradamente cuando el traductor se lo pregunta en mi nombre.

Luego muestra una generosidad de gran señor. Quiere que me lleve un recuerdo de él, y desprendiéndose de su espadita dorada me la entrega. Para que aprecie más el regalo me hace ver la hoja, roída por el óxido de los años. Es un arma honorífica, uno de los muchos *kris* legados por sus abuelos, que él usa únicamente por su antigüedad. Me explica que la hoja, llena de rugosidades como la piel de la serpiente, está compuesta de numerosas piecitas fundidas unas sobre otras, como si fuesen escamas, y las pequeñas grietas en semicírculo de dichas escamas contuvieron un veneno casi fulminante, capaz de acabar con un herido en pocos segundos. ¡Pero han pasado tantos años desde entonces!... Ahora el terrible *kris* no es más que un arma de museo roída por la herrumbre y que puede romperse como el cristal.

Siguiendo un largo corredor y varias escalinatas cubiertas que nos libran de la lluvia, vamos a una especie de guñol establecido dentro del hotel.

Tienen los javaneses un verdadero teatro en el que figuran actores de carne y hueso, pero su espectáculo preferido es la representación por medio de muñecos. Tal vez estos autómatas, al ser más irreales, dejan mayor espacio a la imaginación del público.

El teatro es un salón sin ningún asiento. Gran parte de los espectadores están en el suelo. Un lado lo ocupa la orquesta. Son músicos iguales a los del baile, aunque todos ellos ofrecen la particularidad



de que actúan con cierto cansancio, teniendo los ojos cerrados. Parece que estén dormidos, pero cuando le toca a cada uno hacer sonar su instrumento, cumple dicha función sin entreabrir los párpados y vuelve a inmovilizarse en su actitud soñolienta. Luego, pienso que adoptan este gesto por refinamiento artístico, para concentrar mejor sus facultades y aislarse de la realidad, viendo más intensamente en su imaginación las peripecias del drama.

Delante de los músicos y de espaldas a ellos está sentado en el suelo un viejo de voz lenta que habla sin mirar al público. Ante sus rodillas se extiende un tabladillo de escasa altura. A ambos lados tiene dos vasijas de porcelana, y dentro de ellas, en aparente desorden, están los personajes de la obra, monigotes de cabezas monstruosas, verdes o purpúreas, vistiendo túnicas de floreado *batik* y con brazos articulados semejantes a las antenas de las langostas. Estos autómatas, que representan príncipes, guerreros, bellas damas o humildes siervas, tienen al final de sus brazos dos altos bastones que recuerdan los que usaban las señoras de la corte de Versalles.

El viejo director constituye por sí solo todo el teatro. Unos muñecos los fija en los agujeros del tablado y quedan inmóviles como un coro que intervendrá oportunamente. Otros los mantiene en sus manos, agarrando al mismo tiempo el espigón central y los dos bastones terminales de los brazos, lo que le permite con una simple frotación de los dedos, ocultos bajo la falda, poner en movimiento su cabeza y las otras extremidades articuladas.

Los directores de estos espectáculos tienen el nombre de *dálang* y gozan de gran respeto. Guardan desde hace siglos una autoridad tradicional semejante a la del sacerdote o el bardo. Todos ellos son poetas y grandes improvisadores. Estos *dálang* dirigen algunas veces representaciones con actores enmascarados, siendo los únicos que pueden hablar en ellas. Los comediantes no hacen más que una pantomima, acompañando con sus gestos la declamación del director. Las piezas se llaman *topeng* (lo mismo las representadas por seres vivos que las de monigotes), y sus argumentos están sacados de la mitología o la historia heroica de Java. La música no cesa un momento y sirve de eterno fondo a los lentos recitados del *dálang*.

Me explican el drama: una lucha de paladines por el amor de una princesa; batallas, conquistas, raptos, persecuciones, y sobre todo muchos golpes. Existe un argumento, un cañamazo dramático, pero no hay nada escrito, y el viejo *dálang* va bordando sobre la materia tradicional todas las flores repentinas de su imaginación.

Esto no es un teatro. Para serlo tendría que ajustarse a los límites del espacio y del tiempo, a la estrechez de un escenario, a las murallas aisladoras de una decoración. En realidad es una novela contada todos los días con nuevas variaciones y ayudada por medio de los monigotes y la música.

Miro al viejo cuentista con un interés confraternal. Mantiene su cabeza baja, hablando y moviendo los personajes con el aire abstraído y concentrado del que se entrega a una improvisación.

La orquesta dormida colabora incesantemente con él a pesar de sus ojos cerrados. El *dálang* está de espaldas a los músicos, no existe entre ellos ninguna relación directa, y sin embargo los instrumentos me hacen ver los episodios de esta novela javanesa más que las acciones de los monigotes.

Dos personajes se mueven al extremo de las manos del improvisador, se aproximan y se apartan sin chocarse, pues esto podría deteriorar sus frágiles cuerpos, y no obstante sé que acaban de entablar un combate encarnizado. Nunca he oído a una música expresar mejor los golpes. Estos instrumentistas soñolientos lanzan acordes secos, de una precisión matemática, sin mirarse entre ellos.

Poco después abren todos la boca, viejos, adolescentes y niños, lanzando un rugido con cierta sordina. Es el rumor lejano de una muchedumbre que interviene en el curso de la historia.

Yo cierro también los ojos para no ver las filas de monigotes inmóviles sobre el tabladillo que representan grotescamente a dicha multitud. Y al quedar en voluntaria ceguera lo mismo que los músicos, contemplo el pueblo evocado por el novelista javanés. Es una masa de hombres cobrizos, medio desnudos, que aclama a los héroes triunfantes, malayos de armaduras doradas, héroes anteriores al desembarco de portugueses y holandeses, cuando los habitantes de esta isla no conocían aún la existencia de Mahoma y alzaban en el interior de ella imágenes colosales de Buda, templos ciclópeos que la vegetación invasora del trópico guardó durante muchos siglos en el misterio de su noche verde.

## La puerta del Extremo Oriente

El jardín de Buitenzorg.—Flores que parecen insectos e insectos iguales a pedazos de madera.—El estrecho de Caspar.—Los fenicios del Pacífico y sus portentosas navegaciones.—Verdadera patria de Simbad el Marino.—La cosmopolita ciudad de Singapur.—El gobernador Raffles.—Mezcla de pueblos y religiones.—Mi primera visita a un templo brahmanista.—El cultivo actual del caucho.—Rutina inglesa de los futbolistas de Singapur.—Degradación de los blancos que van en tranvía.—Juglares y domadores de serpientes.—El esmoquin blanco.—Los maravillosos sastres chinos.—Cuatro trajes en dos horas.

Buitenzorg es la residencia veraniega del gobernador de Java. El palacio, reconstruido varias veces a consecuencia de los temblores de tierra, no ofrece nada de extraordinario. Lo que ha hecho famoso el nombre de Buitenzorg es su jardín botánico, anexo a la vivienda gubernamental. Como el terreno es más alto que en Batavia y la atmósfera menos densa y caliginosa, la vegetación se desarrolla en este lugar con toda magnificencia.

Antes de marcharnos de Java queremos ver las especialidades más célebres de dicho jardín. Atravesamos una ancha avenida que es un túnel de verdura, pues los ramajes laterales se tocan, formando una bóveda compacta. En realidad, esta galería vegetal se compone únicamente de dos higueras banianos, árboles que tienen la particularidad de reproducirse invadiendo las tierras próximas, de convertir sus ramas cuando tocan el suelo en otros tantos troncos con raíces, que a su vez producen nuevos soportes. En el jardín botánico de Calcuta, uno sólo de estos banianos ocupa un espacio considerable y desde lejos ofrece el aspecto de un macizo de arboleda.

En los pequeños lagos de Buitenzorg admiramos la Victoria Regia, planta acuática de corola blanca cuyas hojas, de dos metros de diámetro, flotan como escudos sobre las aguas, y tal es su aspecto de estabilidad, que tientan a poner el pie en ellas como si fuesen de piedra verde.

Los bambúes alcanzan dimensiones de árboles seculares. Se balancean al más leve soplo de la brisa y parecen conversar entre ellos con el frotamiento de sus menudas hojas. Estas cañas enormes son de diversos colores: amarillas, negras, moteadas. Todas las variedades de la palmera existen aquí igualmente, desde las de fuste grácil y ligero surtidor de ramas, que se inclinan con una gracia infantil, hasta las de tronco redondo y alto como una torre, que desafían erguidas los huracanes del tornado. Vemos también una gran variedad de lianas semejantes a madejas de reptiles adormecidos.

Una colección célebre de orquídeas nos desorienta a causa de sus bizarras formas, y no sabemos finalmente con certeza si son flores o parásitos monstruosos. En cambio, vemos en una sección zoológica pedazos de madera en apariencia medio podridos, hojas secas, grumos de detritus vegetal que son en realidad insectos. Estos seres vivos, de admirable mimetismo, adoptan la forma de la basura de la selva y permanecen inmóviles para no alarmar a sus presas, sorprendiéndolas mortalmente.

Al abandonar Java nos damos cuenta de la incongruencia que existe entre la fealdad del puerto de Tandjong Priok y las bellezas interiores de la isla. Viendo estos muelles tostados por el sol y su continuación de terrenos pantanosos y selvas bajas, que son como nidos de la fiebre, nadie puede sospechar los paisajes paradisíacos que empiezan a desarrollarse cuando se penetra una docena de millas tierra adentro.

Entre Java y Singapur la travesía resulta tan plácida como si navegásemos por un río. El *Franconia* va partiendo aguas verdes, con islotes de vegetaciones flotantes.

Avanzamos teniendo a la derecha la isla de Banka y a la izquierda la enorme Sumatra, que figura con Borneo como las dos posesiones más extensas de Holanda. Tan grandes son estos macizos insulares, que una parte de su interior se halla en estado salvaje y los holandeses tienen que mantener una actitud defensiva ante muchas de sus tribus. Siempre que estos indígenas irreductibles encuentran ocasión, le cortan la cabeza al blanco para guardarla como el mejor de los trofeos. También se repiten los casos de canibalismo, a pesar de los esfuerzos de las autoridades para extender las costumbres civilizadas. En estos países, situados bajo la línea ecuatorial, el europeo colonizador no hace más que pasar, siéndole imposible vivir muchos años a causa del clima y las enfermedades. En realidad son factorías más que colonias, ya que el blanco no puede reproducirse en ellas ni crear una familia estable.

En el llamado estrecho de Gaspar, las dos costas de Banka y Sumatra se aproximan de tal modo, que el mar parece un río. Entre ambas riberas se extienden fajas de baba amarillenta, espuma sucia de un canal en el que permanecen como enredadas las inmundicias traídas por las corrientes del océano libre.

Nuestro paquebote marcha con cierta precaución, a causa de la escasa profundidad. Cuando salimos de un estrecho es para entrar en otro o ir pasando a través de islas o islotes de pequeños archipiélagos. El mar tiene un verde claro de pradera que denuncia el poco fondo de sus aguas. A trechos se esparcen sobre este color verde grandes manchas de un blanco lácteo, reflejo de los campos de arena submarinos.

Singapur es la puerta del Extremo Oriente. Al pasarla habremos dejado a nuestras espaldas la parte del mundo más distinta a Europa. Al otro lado del estrecho de Malaca vamos a encontrar la India, mas esta tierra ya no pertenece al Extremo Oriente y debe llamársela simplemente Oriente.

Es cierto que sus diversos pueblos se diferencian en costumbres y religiones de los países europeos; pero no han vivido miles y miles de años ignorados de nosotros como el Japón, la China y las agrupaciones malayas. Alejandro llevó la cultura griega a este Oriente indostánico. Los hombres de nuestra antigüedad conocieron la India y tuvieron noticias de las diversas civilizaciones desarrolladas a orillas del Ganges. Los nautas árabes mantuvieron durante la Edad Media la comunicación de Europa con el citado Oriente indostánico, aunque ésta no resultase directa. Fue a partir del estrecho de Malaca, o sea del presente Singapur, donde empezaba la noche y la ignorancia para nuestros pueblos. Nadie sabía nada cierto sobre Catay y Cipango, el actual Extremo Oriente.

Al aproximarnos a Singapur vemos en estrechos y canales un enjambre de pequeños buques de cabotaje, pertenecientes a la marina malaya. Estos navegantes tradicionalistas han copiado en sus barcos las arboladuras de la marina de los occidentales, pero sus cascos, aunque construidos igualmente por un procedimiento moderno, conservan siempre la popa más alta que la proa, lo que les da cierto aire de carabelas, disfrazadas de bergantines y goletas.

Como nuestro mundo ha vivido docenas de siglos prestando sólo atención a los grupos humanos de la vertiente atlántica, sin sospechar siquiera lo que ocurría en la vertiente del Pacífico, la mayoría de las gentes que merecen el título de ilustradas ignoran en la actualidad lo que fueron los malayos como marinos y sus servicios a la civilización. Cuando Vasco da Gama, después de navegar solitariamente por las costas de África, fue avanzando en el mar de las Indias, quedó asombrado de la cantidad de

buques asiáticos que pasaban a su vista. Estos argonautas de un mundo distinto al nuestro tenían sobrado espacio para comerciar sin salirse de sus mares, y si alguna vez llegaban a deslizarse por las estrechuras del mar Rojo, una barrera sólida les cerraba el paso, repeliéndolos hacia otros rumbos.

Los malayos fueron los fenicios del Pacífico. De conocerse la historia de sus periplos podrían haberse escrito, basándose en ellos, numerosas odiseas. Según varios autores que estudiaron a fondo las tradiciones de esta raza de mercaderes y corsarios, la *Historia de Simbad el Marino* y otras muchas aventuras marítimas que figuran en *Las mil y una noches* no son más que relatos de proezas de malayos adoptadas por los navegantes árabes, discípulos y continuadores de aquéllos.

A falta de una historia detallada y sólida, nos sirve para adivinar los antiguos viajes de los navegantes malayos la actual existencia de grupos de su misma raza en los lugares más distantes del Pacífico. Los argonautas amarillos construyeron sus primitivas flotas en estas riberas de Sumatra que vamos costeano. De aquí se lanzaron a piratear y comerciar por toda la inmensidad marítima que se ofrecía a las proas de sus barcos con ojos, cuando aún vivían la mayor parte de los europeos en pleno salvajismo.

Los habitantes de Madagascar son malayos de origen, lo que demuestra que por el este llegaron éstos hasta las costas de África. Una gran parte de los pobladores del Japón actual son igualmente de origen malayo, lo que marca sus navegaciones hacia el norte. Los indígenas del archipiélago de Hawai y otras islas oceánicas, situadas más allá de la mitad del camino entre Asia y América, también son malayos. ¿Por qué razón estos vagabundos del mayor de los océanos, que realizaron la parte más grande y difícil de su travesía llegando a dichas islas y estableciéndose en ellas, no pudieron continuarla desembarcando en América, como uno de los varios pueblos que según las tradiciones americanas se extendieron de norte a sur, miles de años antes de la llegada de los conquistadores españoles?...

Estos malayos de ahora que pasan en sus buquecitos anticuados junto a nuestro paquebote ignoran completamente las hazañas de sus antecesores. Hasta hace medio siglo eran piratas, pero una continua persecución les ha obligado a llevar la existencia de pobres marineros de cabotaje, sin audacias y sin ambiciones.

Singapur es la obra de sir Stamford Raffles, funcionario enérgico que a principios del siglo XIX se apoderó de todas las islas holandesas, gobernando Batavia en nombre de Inglaterra. En el Jardín Botánico de Buitenzorg está la tumba de su esposa.

Cuando después de la caída de Napoleón tuvo que entregar, por acuerdos diplomáticos de Europa, las ricas posesiones holandesas al gobierno de La Haya, no quiso que su patria abandonase estos parajes y fundó la ciudad de Singapur, que domina el estrecho de Malaca. Dos siglos antes que Raffles, el gran Albuquerque había visto la importancia del estrecho de Malaca, y pretendió fundar en él una colonia portuguesa para obtener de tal modo el monopolio del Extremo Oriente.

Paseando por las callas de Singapur aprecia el viajero su valor comercial y estratégico. Dos mundos se encuentran y confunden en ella; dos orientes completamente distintos. Hoy tiene más de 300.000 habitantes y es una ciudad con barrios modernos y edificios altísimos. Posee igualmente plazas extensas y puentes colgantes sobre pequeños ríos navegables. Estos cursos de agua casi resultan invisibles; tantos son los barcos indígenas que flotan en ellos, borda contra borda.

La estatua del gobernador Raffles se alza en el centro de la parte europea de Singapur. En los

barrios que no ocupan los blancos vive separado por razas y creencias todo el vecindario cosmopolita. Éste únicamente se deja ver mezclado en las grandes avenidas centrales. La ciudad inglesa de Singapur es ante todo una ciudad china, por la superioridad numérica de tal raza. Más de la mitad de su población se compone de chinos. Lo mismo que en Batavia, estos trabajadores infatigables acaparan todos los oficios manuales. Además, como son grandes ahorradores de dinero, se dedican al préstamo. El chino, fuera de su país, es igual al judío por su actividad inteligente y ávida, y se ve tan odiado como éste.

En las calles de Singapur es donde empezamos a ver indostánicos con el busto de bronce completamente desnudo y largas cabelleras sueltas o anudadas a estilo femenino; cingaleses con los ojos pintados, la cabeza rematada por una peineta y cierto aspecto intolerable de afeminamiento; árabes con alquiceles flotantes que marchan lentos y majestuosos; mujeres del Malabar llevando en sus narices botones de pedrería y numerosos anillos de plata en los dedos de los pies. También pasa por las aceras, con trote menudo, la china de zapatillas silenciosas, más enana y más gorda de lo que es en realidad, a causa de su ancha blusa y sus holgados pantalones de lustrina negra.

Dentro de las avenidas céntricas los comercios son europeos, pero en las vías laterales se nota la misma confusión de ciudad cosmopolita. Los chinos y los malayos poseen numerosas tiendas, e interpolados entre ellas figuran templos de diversas religiones: pagodas budistas, santuarios brahmanistas, iglesias católicas, capillas protestantes.

—En este puerto de paso —me dice un amigo que hace años vive en Singapur— han venido a juntarse todas las religiones. Brahma, Buda, Confucio, Cristo y Mahoma se rozan a todas horas, acaban por mezclarse y algunas veces hasta se confunden.

Aquí visito el primer templo brahmanista. Ocupa el centro de un patio, rodeado de una muralla blanca con pilastras. Sobre estas pilastras, a guisa de capiteles, hay unas cabras de yeso cuyo tamaño es doble del natural. Están sentadas sobre las cuatro patas encogidas, y sus cuerpos son blancos, pero con ojos azules y los hocicos de un rojo sangriento. Dentro del patio, y al amparo de un cobertizo, veo algunos carros con imágenes de ídolos pintarrajeadas. Estos vehículos de ruedas macizas salen en las procesiones organizadas por los brahmanes.

Tengo que descalzarme para entrar en el santuario, aunque todo él puede verse desde el patio por estar descubierta su parte delantera. Sobre los altares hay ofrendas de cirios, cocos y plátanos.

Van saliendo poco a poco de las boncerías próximas los sacerdotes y sus ayudantes, atraídos por esta visita inesperada. Son unos hombres de color oscuro, casi negros, pero con nariz aguileña, y su delgadez resulta extraordinaria. No tienen sobre su esqueleto más que la grasa precisa para rellenar las oquedades de los huesos, y aun así se les ven las aristas del costillaje, de las clavículas y las rótulas. Su vestidura es una simple tela roja anudada a la cintura. Todos llevan cabelleras largas, a estilo de mujer, sujetas por un peine de concha. Hay un niño entre ellos, hijo de alguno de los sacerdotes, al que todos acarician con esa ternura paternal que los indostánicos muestran por la infancia. Este sacristancito, espigado y esbelto, va completamente desnudo. Lleva cabellera larga y peineta como los hombres. Sus partes genitales las tiene ocultas en una bolsita blanca, única vestimenta que conoce su cuerpo.

Singapur está en pleno *boom*, como los otros mercados del Extremo Oriente. Aquí existe un motivo especial para la prosperidad de los negocios. El cultivo del caucho, que es uno de los descubrimientos más importantes de la agricultura moderna, tiene su principal centro en esta tierra.

Hace unos cuantos años nada más, el caucho era una materia preciosa que se producía naturalmente y los aventureros iban a buscar en las selvas vírgenes de los países situados bajo el Ecuador. Viajando por la América del Sur conocí a muchos varones enérgicos, de existencia novelesca, que se lanzaban a través de los bosques inexplorados de Bolivia y el Brasil en busca de grupos de árboles productores del caucho, llevando una vida llena de peligros, teniendo que batirse con las fieras, con los hombres y las enfermedades. La invención del automóvil y otros descubrimientos recientes, al aumentar de un modo ilimitado el consumo del caucho, hicieron necesaria la busca de nuevos medios de producción, y el árbol natural, perdido en las selvas, ha pasado a ser un cultivo científicamente ordenado y explotado en los países ecuatoriales de Asia.

Singapur es ciudad inglesa, pero sólo ocupa una punta de la extensa península de Malaca. Detrás de ella existen el Estado independiente del sultán de Johor y otros países autónomos que forman agrupados la llamada Federación de Estados Malayos, bajo el protectorado de Inglaterra.

Visitamos en la ciudad de Johor una parte del palacio del sultán, una mezquita y el casino, donde funciona la ruleta. A Johor la llaman el «Montecarlo de Asia», pero cuando nosotros pasamos por ella se notaba gran falta de jugadores y la ruleta permanecía inactiva a pesar del *boom* de los negocios.

En otras excursiones por cerca de Singapur vamos viendo los campos plantados de caucho y las fábricas donde se prepara y solidifica esta materia tan preciosa para las industrias de nuestro tiempo. La vegetación tropical embellece dichos alrededores, cubriendo con su exuberante verdor llanuras, barrancos y montañas. El baniano, de ramas multiplicadoras, cubre espacios enormes; hay campos extensos plantados de mandioca, principal alimento de la gente popular, y bosques de cocoteros a lo largo de las playas.

Dentro de Singapur se muestra el tradicionalismo británico con una rutina que hace sonreír. Los empleados ingleses, muchos negociantes jóvenes y los hijos de europeos nacidos en la ciudad se dedican al juego del fútbol o del tenis en las praderas de césped que existen dentro de las plazas. Pero como en Inglaterra estos juegos son por la tarde, en Singapur se desarrollan a la misma hora, con una temperatura de más de 40 grados, bajo una atmósfera pesada que cubre de sudor hasta a los que contemplan simplemente la partida.

El calor de Singapur hace ansiar al viajero una pronta vuelta al buque y que éste salga cuanto antes a los espacios dilatados del océano, donde siempre sopla alguna brisa. La ciudad es atrayente y bella; su vecindario inspira interés a causa de sus variedades pintorescas, ¡pero el calor!... No debe olvidarse que Singapur está a menos de dos grados de la línea ecuatorial.

Toda su vida europea se concentra en un par de hoteles enormes. El más antiguo, o sea el llamado Raffles, figura entre los ochenta grandes hoteles que conoce invariablemente todo el que da la vuelta al mundo. Como en él se concentran las diversiones elegantes de Singapur y cuantos pasan por la puerta del Extremo Oriente vienen a sentarse en las mesas de su comedor, los mercaderes de la ciudad han establecido puestos de venta en un piso bajo y el hotel es a modo de un pueblo en eterno movimiento.

Vendedores obesos con el rostro de color canela y ojos profundamente negros ofrecen las famosas cañas de Malaca convertidas en bastones, elefantes de ébano y marfil, aves del paraíso traídas de las Molucas, jarrones de porcelana, telas finísimas con dibujos indostánicos. Las riquezas de la India se juntan aquí con las de la China y el Japón.

Encuentro en Singapur a dos damas que hablan nuestro idioma; dos chilenas distinguidas, la señora Eltin y su hermana, casadas con dos hombres de negocios del país. Asisto con ellas a un baile en el Hotel Raffles, que se repite tres veces por semana, y es el centro de reunión de los blancos.

Ir a pie es considerado en toda Asia como función deshonrosa. El tranvía sólo lo emplean las gentes de color. Un blanco se vería desconsiderado si montase en él, y los mismos que lo ocupan habitualmente mostrarían extrañeza por tal desconocimiento de las categorías sociales. La *ricsha* se acepta como algo medianamente tolerable nada más. El blanco sólo empieza a contar en las colonias europeas de Asia cuando tiene automóvil. Durante el baile en el Hotel Raffles, una nube de lacayos, descalzos, con levita blanca y turbante, se agitan para hacer pasar ante la escalinata los centenares de automóviles que han ido aglomerándose en las cercanías.

Las damas visten como en Europa. El descote y los brazos desnudos les permiten soportar los trajes de etiqueta de otros climas. Los hombres van de blanco, con telas ligerísimas fabricadas en China. Todos llevan esmoquin, pero cortado en este género sutil. Me apresuro a usar por comodidad tal innovación en mi indumento de ceremonia.

Durante la tarde he presenciado en los jardines del Hotel Raffles la primera fiesta de juglares indostánicos, maravillosos escamoteadores que sacan pajarillos vivos de diversos lugares de sus cuerpos casi desnudos, hacen crecer plantas a la vista, y después de introducir a un colega suyo en un pequeño serón, atraviesan éste con una espada repetidas veces y luego el compañero vuelve a surgir, incólume y sonriente. Todo esto lo han hecho sin ningún aparato escénico que se preste a trampas, en pleno jardín, a las cuatro de la tarde, sobre el césped de una pradera.

Además, nos encontramos por primera vez con algo que nos acompañará por toda la India. Los encantadores de reptiles colocan sus cestos redondos de junco rojizo sobre la misma pradera, lanzan los sonos plañideros de una pequeña gaita, e inmediatamente se alzan las tapas de los cestos y empiezan a remontarse varias serpientes, balanceándose al compás de la triste música.

Son completamente distintas a las que se ven en África y América, de cabeza triangular y cuello delgado. Aquí es la terrible cobra, cuyo veneno mata en unos segundos, la «naja» de pescuezo hinchado, que parece llevar una gorguera y encorva cuello y cabeza, considerablemente dilatados, como si fuesen la hoja de un platanero. En mitad de sus ejercicios algunas de ellas, seducidas por la frescura del césped, se deslizan hacia un lado del extenso corro de señoras y caballeros que presencian el espectáculo. Chillidos femeninos, espectadores que abandonan los asientos y hacen unos pasos atrás; pero el encantador agarra a las fugitivas por la cola y tira de ellas, haciéndolas volver para que sigan danzando... ¡Mas tantas veces he de hablar de este espectáculo! ¡Lo encontraré con tanta frecuencia durante mi viaje por la India!...

Siento miedo al pensar en el suplicio de vestir un esmoquin negro para el baile de la noche. En Singapur significa algo así como enfundarse en una armadura antigua de hierro. Me aconsejan que busque uno cualquiera de los sastres chinos que trabajan en los edificios anexos al hotel. Adopto tal indicación sin ninguna esperanza de éxito. Son las cinco de la tarde y el baile empezará a las nueve de la noche, después de la comida. ¡Qué puede hacer un sastre en tan pocas horas!...

Entro en la tienda. Una docena de chinitos sentados en el suelo cosen y cosen con pequeñas máquinas. Al mismo tiempo cantan, ríen o conversan lanzando una serie de chillidos iguales a los de una banda de gorriones descarados.



El dueño, obeso, carilleno, jovial, acoge mi demanda con una sonrisa protectora y parpadea sus ojitos apenas abiertos. Sabe perfectamente lo que es la prisa de un europeo llegado a estos países de calor sin la indumentaria conveniente. Él está aquí para remediar tales olvidos.

—¿Cuántos trajes desea? —acaba por decirme.

Me extraña su pregunta. Con uno tengo de sobra, pero debe fijarse antes de aceptar mi encargo. Lo necesito para esta misma noche, para dentro de unas horas, y reconozco que el plazo es muy corto.

—¿Le parece bien que haga cuatro? —sigue diciendo—. Lo difícil es el primero. Después, lo mismo me cuesta hacer uno que media docena. En estos países se suda mucho y nunca se tiene bastante ropa.

Lo que yo deseo saber es el tiempo que necesitaré para proporcionarme un traje blanco, uno nada más, y él contesta:

—Si me da un traje suyo como modelo le haré los cuatro en una hora; si es por medida, pido dos horas.

Dejo que tome mis medidas este maestro jactancioso y jocundo. Mientras apunta los resultados dice palabras ininteligibles a su personal y toda la chinería ríe igualmente. Deben estar burlándose de mí.

Me voy un poco amoscado, seguro además de que todo lo prometido resultará mentira. Ni cuatro trajes, ni uno siquiera. De recibirlos, lo más pronto será mañana.

Vuelvo dos o tres veces al azar de mis paseos ante la tienda del sastre. El maestro, detrás de su mostrador, corta y corta en una pieza enorme de tela blanca; los chinitos, acurrucados en el suelo, cosen y cosen, entre una algarabía de jaula revuelta. Me reconocen al pasar, ríen, me hacen señas incomprensibles. Sin duda siguen burlándose del cliente extranjero.

Transcurren dos horas. A las siete, poco antes de la comida, vuelvo lentamente hacia la tienda del chino. Reflexiono sobre la conveniencia de dar un bastonazo oportuno para suprimir este regocijo chino que se permiten a costa de mi persona. Encuentro cerrada la puerta. Lo que yo temía. Volveré mañana, para ver si el «maestro» piensa seguir fisgándose de mí.

Al entrar en el Hotel Raffles me llama el conserje y veo a un muchacho con dos ligeros paquetes; uno de los mismos chinitos que cosía en el suelo con las piernas cruzadas. El empleado del hotel me traduce el mensaje del sastre:

—Aquí tiene los cuatro trajes. Hace media hora que está el *boy* esperando para entregárselos, ¡pero como no sabía el nombre de su cliente!... No se los pague al chico. Ya se los pagará usted al sastre cuando le parezca.

Y a las nueve de la noche me visto uno de los esmóquines blancos, sin defecto alguno, igual a todos los que usan los elegantes de Singapur.

## La ciudad de los elefantes

La muerte del más gordo de los *stewards*.—Una mosca javanesa.—Cadáver al agua.—El río de Rangún.—La famosa pagoda de Shwe Dagon.—Todos bonzos.—La superioridad de la mujer birmana.—Sus enormes cigarros.—Los serpenteros de Rangún y sus pupilas.—Abundancia de elefantes.—Su inteligencia y sus trabajos.—Hombres con pendientes y peinado de mujer.—La policía pega.

Seguimos el extenso callejón marítimo del estrecho de Malaca —el más largo de nuestro planeta—, y al final entramos en el mar de las Indias y su prolongación el golfo de Bengala.

Vamos a Birmania, en la ribera este de dicho golfo, y el *Franconia* costea durante tres días la dilatadísima península malaya, pasando junto a los archipiélagos tendidos ante ella.

Dos días después de nuestra salida de Singapur me dicen en secreto que alguien ha muerto en el buque y a las diez de la mañana arrojarán su cadáver. Nos faltan veinticuatro horas para llegar a Rangún, pero el desembarco en dicho puerto no es fácil. Los grandes vapores quedan anclados en el río a gran distancia de la ciudad. Además; por exigencias sanitarias, conviene desembarazarse cuanto antes de dicho cadáver.

El que murió es un criado de comedor, un *steward* que llamaba la atención por ser el más gordo del buque; inglés rubicundo, alto y cuadrado, con un peso de 110 kilos. Al bajar en Batavia le picó una mosca, sin que en el primer momento diese importancia alguna a este incidente. En el trayecto de Java a Singapur la simple picadura se enconó como si fuese de un reptil venenoso y anoche ha muerto completamente desfigurado, con las facciones tumefactas y ennegrecidas. Esto no es extraordinario. En los países tropicales, insectos en apariencia inofensivos transmiten infecciones de muerte.

Este pobre *steward* es el segundo que cae en nuestro viaje. El joven americano que vino moribundo de Pekín a Shanghai ha conseguido salvarse en la enfermería del buque. Aún está convaleciente y no baja a tierra. Tal vez termine su viaje alrededor del mundo sin ver otra cosa que puertos de ciudades lejanas y extensiones desiertas de océano, pero habrá conservado su vida. Este atleta rubicundo y alegre, que durante la última guerra sirvió en varios buques que fueron torpedeados, salvándose de la explosión mortal y de las llamas del incendio, ha caído finalmente por obra de una mosca de Java y está abajo, negro como si su cadáver fuese de carbón, putrefacto en breves horas, siendo una amenaza para la existencia de los demás, un foco de contagios exóticos e inexplicables.

No quiere el comandante que se divulgue la noticia de tal defunción. La vida ordinaria del paquebote debe continuar como todos los días. Los pocos viajeros conocedores del suceso seguimos a las gentes del buque que disimuladamente se dirigen hacia la popa por los corredores destinados al servicio.

Hay en el *Franconia* toda una parte que ignoran los pasajeros: galerías por donde puede correr la marinería de popa a proa, sin necesidad de atravesar los salones y escalinatas de lujo. Con estas galerías se comunican los departamentos de máquinas, los depósitos de víveres, las cocinas y otras dependencias. Son como los pasadizos y escaleras de servicio que existen en los grandes hoteles.

Nos deslizamos por una puertecita generalmente inadvertida y caemos en pleno movimiento de las gentes que sirven las múltiples necesidades de este palacio flotante. Los *stewards* marchan todos hacia

la popa rápidamente, deseosos de que no se percanten de su ausencia los señores que están arriba. Llegamos a un amplio espacio descubierto por tres de sus caras y con techo, situado sobre el timón, en la parte más saliente de la popa. Cerca están los talleres de lavado, y las mujeres que trabajan en ellos suspenden sus operaciones para unirse a la fúnebre despedida.

Muchos pasajeros han comprado pájaros en los puertos del Extremo Oriente, entregándolos a hombres de la tripulación para que los cuiden fuera del ambiente de sus camarotes, y es en este lugar donde permanecen guardados dentro de jaulas pendientes del techo. Surge de ellas un continuo trino de canarios y calandrias que la paciencia china convirtió en incansables cantores.

Se van agrupando en dicha parte del *Franconia* unos trescientos hombres. Todos llevan su uniforme azul de gala, con botones dorados, ropa que les hace sudar en esta mañana cálida. El capitán llega seguido del estado mayor del buque y se sitúa junto al féretro. Es un cajón de madera blanca construido horas antes. Una bandera lo cubre por entero con sus rayas de colores. Lo han depositado sobre una tabla colocada en el mismo borde de un portalón abierto en la barandilla. No hay más que hacer un movimiento de palanca, y el féretro, arrastrado por la pesadez de los hierros encerrados en él, se irá al fondo inmediatamente.

Uno de los oficiales, encargado de las lecturas religiosas todos los domingos, recita las oraciones propias del acto. Varios grumetes van distribuyendo libros entre el compacto gentío: volúmenes de salmos, encuadernados en chagrín negro.

Suena una música dulce y quejumbrosa. La orquesta del buque permanece invisible en esta aglomeración de hombres que escuchan con la frente baja. Todos abren su libro y se inicia un canto religioso, un coral de numerosas estrofas, que se prolonga media hora. Ya dije que esta gente canta bien, y la melancolía de sus voces, el lamento de los violines, el féretro embanderado que cada vez se inclina más sobre el abismo, la extensión azul y dorada del mar desierto, un cielo por cuyo horizonte resbalan lentamente montañas de vedijas blancas, todo da un interés emocionante al triste episodio de nuestro viaje.

Las aves que penden del techo, enardecidas por este coro de centenares de voces, se unen a él lanzando trinos ruidosos. Cantan con una energía que eriza sus plumas e hincha sus gargantas como si fuesen a desgarrarse.

De pronto un chapuzón en el mar, una pequeña columna de espuma que asciende recta como un surtidor. Obedeciendo a un leve signo del comandante, los marineros han dejado caer el féretro cuando menos lo esperábamos. Nadie se mueve; continúa el cántico. El *Franconia*, que había aminorado su marcha, vuelve a agitar las hélices a toda velocidad. Ya debe estar el muerto muy lejos de nosotros, pero siguen los lamentos musicales por su eterno reposo.

Cesa al fin el salmo fúnebre. Las trompetas lanzan un toque marcial indicando que la energía y el trabajo diarios para vencer al peligro van a reanudarse. Los grumetes recogen en cestos los libros de plegarias. El capitán y sus oficiales saludan y se retiran. Todos van a despojarse apresuradamente de sus uniformes azules para recobrar las prendas blancas de diario. A los pocos minutos me veo solo en este lugar donde se aglomeraban tantos hombres.

Vuelven a funcionar las máquinas del taller inmediato, exhalando un olor de ropa mojada y lejía batida. Las mujeres de brazos arremangados mueven otra vez sus planchas. Y los pájaros, dentro de sus cárceles balanceantes, siguen cantando furiosamente, excitados aún por la música humana que vino a interrumpir sus conciertos solitarios.

El mar es al día siguiente de un verde amarillento; horas después se hace rojizo, y al final toma un color terroso tan denso, que nuestro buque parece deslizarse por una llanura. Hemos entrado en el Irrawaddy, río de Rangún, y debemos remontarlo muchas millas hasta llegar al sitio donde fondean los trasatlánticos de importancia, no pudiendo ir más adelante. El canal navegable está marcado por dos filas de boyas y los buques trazan grandes revueltas al seguirlo.

Las riberas son amarillas y bajas, con estrechas zonas de fresco verdor. A largos trechos hay grupos de árboles que indican la existencia de casas invisibles. Pasan cerca de nosotros barcas pintadas a cuadros blancos y negros, y sus tripulantes, medio desnudos, mueven unos canaletes terminados por paletas completamente redondas. Algunas veces el grupo de árboles deja ver las techumbres de paja de un pueblo y sobre ellas una pirámide en forma de campanilla, que es el adorno central de todas las pagodas birmanas. En las ciudades esta misma pirámide se halla cubierta de oro. Aquí es blanca, con una costra de cal cuidadosamente mantenida.

Con el desplazamiento de su volumen dentro de esta agua canalizada, levanta nuestro vapor grandes olas entre su casco y la orilla. Veleros de arboladura mixta, medio asiática y medio europea, que se deslizan en dirección opuesta, cabecean con violencia, cual si hiciesen frente a una tempestad. Las olas cortas y continuas no les dan tiempo para levantarse y volver a caer rítmicamente, como en el mar. Pero la marinería malaya no presta atención a tales sacudidas, que hundan el extremo de su proa, y acodándose en las bordas contempla inmóvil el paso de nuestro trasatlántico.

Anclamos en el fondeadero de Hastings, lejos de Rangún. Sus edificios modernos y las cúpulas de oro de sus pagodas se ven algo esfumados por encima de las arboledas de los jardines. Unos vaporcitos nos llevan a la ciudad, navegando a través de numerosos paquebotes y veleros que han podido avanzar más en el río, anclando según su calado.

Al saltar a tierra nos damos cuenta de que acabamos de entrar en un mundo distinto a los que conocimos en anteriores escalas. Estamos en la India; pero una India más colorinesca y alegre que la famosa y tradicional que veremos semanas después.

Birmania es la última adquisición de los ingleses en el Oriente Índico. Hace unas decenas de años nada más aún existía un reino de Birmania. Al anexionarse Inglaterra a este país, su capital, Mandalay, situada en el interior, a veinticuatro horas de ferrocarril, ha perdido su antigua importancia. Rangún, puerto principal de todo el este del golfo de Bengala, absorbe la vida de los países inmediatos.

No se nota aquí el cosmopolitismo de Singapur. Los habitantes son puramente birmanos. Pero la importancia religiosa de la ciudad, a causa de la célebre pagoda llamada Shwe Dagon, atrae numerosos peregrinos de todos los países budistas, hasta de las provincias más interiores de la China.

El budismo es una religión en decadencia. Posee aún centenares de millones de adeptos porque la China y el Japón abrazaron las doctrinas del innovador Gautama. Pero este sacro personaje, nacido en la India, después de ver aceptados sus dogmas en su propia patria quedó vencido por el brahmanismo, que se rehízo de su primera derrota, reconquistando finalmente la mayor parte del país.

Hoy sólo quedan dos centros del budismo en toda la India: Ceilán y Birmania. En Ceilán está la ciudad de Kandy con su pagoda, que guarda un diente de Buda. En Birmania los peregrinos van a Rangún para visitar la Shwe Dagon, edificada sobre tres cabellos del sacro personaje.

A pesar de que son muchísimos los peregrinos que llegan de la China, del Tíbet y otros países lejanos, apenas se nota su presencia, por quedar como sumergidos en la gran masa birmana.

La muchedumbre de Rangún agrupada en las calles es habladora, comunicativa, y siente curiosidad por todo. Ama los colores vistosos y los emplea con preferencia en sus trajes. Fanáticamente budista, considera el estado sacerdotal como el más perfecto, y procediendo lógicamente, todos los ranguneses procuran ser bonzos, aunque sólo sea durante un corto período de su juventud. Los hombres antes de casarse se agregan a cualquier boncería, llevando una existencia semejante a la de los novicios en un convento católico. Lo que les importa es poder afeitarse la cabeza por entero, al modo sacerdotal, y llevar como vestidura una tela de varios metros arrollada al cuerpo, lo mismo que la antigua toga romana. Como este hábito tiene un tinte de azafrán fuerte y vistoso, la enorme cantidad de bonzos perpetuos o circunstanciales refuerza el aspecto multicolor de las muchedumbres.

Los hijos de familia acomodada son pequeños bonzos de exterior pulcro, con anteojos de concha los más de ellos y manto de azafrán muy amarillo, que tiene de lejos el color del oro. Los bonzos mendicantes, extremadamente delgados, ofrecen un aspecto grotesco por el abultamiento de su vientre. Cuando pasan ante una tienda desenvuelven su manto descolorido y revelan el misterio de su incomprensible obesidad sacando a luz una olla de metal en la que van recogiendo las limosnas de los devotos; su única comida.

Una particularidad del pueblo birmano, que no se repite en ningún otro de Asia, es la supremacía de que gozan las mujeres sobre los hombres. Esta superioridad ha servido para que la birmana sea de inteligencia despierta, con una gracia algo maligna y gran habilidad para el manejo de los negocios.

Muchas de las tiendas de Rangún están dirigidas por mujeres. En las calles hablan a los hombres con voz fuerte y una expresión autoritaria. La esposa marcha siempre delante, seguida del marido. Además, según me dicen, son ellas muchas veces las únicas que ganan dinero para el sostenimiento de la familia. Esto resulta extraordinario en Asia luego de haber visto a la japonesa y la china, criaturas supeditadas completamente al hombre. En el resto de la India la mujer es tan esclava del marido, que hace menos de un siglo todavía se quemaba sobre la pira sepulcral de éste, por considerarse incapaz de continuar viviendo sin su apoyo. Hoy seguiría quemándose lo mismo, si lo permitieran las autoridades inglesas, pues la viudez representa para la indostánica el más horrible y absoluto de los olvidos.

La mujer birmana es de ojos negros, algo oblicuos, pero más grandes y saltones que los de otras asiáticas. Como puede expresarse libremente, esto comunica a sus palabras y actitudes cierto atrevimiento incitante. Todas ellas resultan un poco cabezonas, pero tal vez sea a consecuencia de su tocado, que consiste en un gorrito redondo de terciopelo, con una gran rosa blanca de perlas que cuelga por el lado derecho, y la cabellera en bandós muy ahuecados. Además, todas son de pequeña estatura, y sus miembros algo gráciles no armonizan bien con la amplitud de su busto.

Su boca es más atractiva que las de muchas asiáticas —especialmente las javanesas—, porque no masca el betel, que hincha los labios, ennegrece los dientes y escoria las encías. En cambio, las birmanas se entregan a otro vicio que hace apestante su aliento. Todas ellas son fumadoras, terriblemente fumadoras, como no lo es ningún hombre.

Ignoran el cigarrillo y desconocen también el cigarro de forma elíptica que usan los occidentales. Lo que ellas fuman a todas horas es un cilindro de hojas de tabaco muy apretadas, igual por sus dos extremos, largo más de un palmo y con el grueso de un barrote de silla. Tan enorme es el diámetro de estos cigarros, que toda birmana, por grande que tenga la boca, debe abrir mucho las mandíbulas y poner los labios en círculo para abarcar con ellos su final, lo que da un aspecto cómico a las chupadas

de la fumadora. Y como son un poco enanas, según ya he dicho, parece que vayan adheridas a sus enormes cigarrillos y que éstos tiren de ellas.

Unas llevan arrolladas a sus piernas piezas de seda con flores pintadas; otras usan pantalones anchos, como las chinas. Su busto lo cubren con una camiseta corta que deja visible por arriba el arranque de los pechos y muestra por abajo, entre las dos prendas, un reborde de la carne del talle. Su tocado consiste unas veces en el gorrito oscuro, con la rosa de falsas perlas pendiente a la derecha, y otras en un rodete de adornos blancos sobre el peinado, que huele a jazmín.

La libertad de que gozan va acompañada, según dicen, de excesos y abusos. Como vieron desde pequeñas dentro del hogar la superioridad autoritaria y algo despectiva de la madre sobre el padre, continúan menospreciando al hombre, por creerlo inferior, y lo reemplazan con demasiada frecuencia. Todas aman la música, la danza, los cantos, y la ilusión de muchas de ellas es poder ingresar en las compañías de baile y de juglares que circulan por el país.

Apenas damos unos cuantos pasos en un jardín vecino al desembarcadero, salen a nuestro encuentro las especialidades animales de la India. Oímos la estridencia de diversas gaitas surgiendo de los grupos de naturales situados en las aceras inmediatas. Los domadores de serpientes, acurrucados sobre el asfalto, hacen sonar sus plañideros instrumentos, mientras del semicírculo de cestos que tienen ante ellos van surgiendo reptiles de cuello hinchado.

Aquí los serpenteros son más numerosos que en Singapur. Los hay de todas las edades. Unos adolescentes, gritones y confianzudos, agarran la terrible cobra con sus dos manos y vienen hacia nosotros para que la contemplemos de cerca. Estos novicios deben haber heredado de sus padres la colección de reptiles que les proporciona el arroz.

Hay cobras que se agitan medio adormecidas, con el aire del que cumple maquinalmente una obligación diaria. Otras parecen furiosas, y sus dueños las tratan con visibles precauciones, rehuyendo los golpes que les tiran a las manos con su boca silbante. Todos creen que estos hombres arrancan a sus reptiles los colmillos venenosos y emplean además con ellos otros procedimientos para dominarlos. Así será, pero los tales medios no deben ser perfectos, ya que todas las semanas hablan los periódicos de la muerte casi fulminante de alguno de estos encantadores a consecuencia de un mordisco de sus pupilas.

Empleamos algún tiempo en presenciar tales danzas. El calor es sofocante en las calles; las moscas pululan sobre las aceras, se suben por la piel rugosa de las serpientes, picoteando sus escamas verdes, blancas y rojizas, se pasean por la gorguera inflamada de su cuello hinchado y luego vienen hacia nosotros. ¡No!... ¡Vámonos!

En el centro del jardín suenan gritos de regocijo y acude corriendo la gente. Vemos sobre las cabezas de la muchedumbre el lomo gris y redondo, el cráneo prehistórico, con rudas oquedades y aristas, de varios elefantes.

Rangún es la ciudad de los elefantes, y para nuestra diversión han sido enviados al jardín los más célebres por su inteligencia.

Horas después, al visitar los alrededores, vemos los grandes depósitos de madera, principal industria de la población. Es madera pesadísima, troncos cortados en el interior de Birmania que tienen la dureza del hierro. Los elefantes se encargan de acarrear estas piezas y colocarlas en ordenados montones. No podrían realizar los hombres dicho trabajo con la rapidez y la facilidad que lo ejecutan ellos. Todos llevan una especie de cincha de la que pende una cadena rematada por un

gancho. Así toman los enormes maderos de la orilla del río y los arrastran hasta el aserradero. Cuando deben colocarlos en pilas los levantan con su trompa, y realizan tal labor sin vacilación alguna.

Se ha exagerado algo la inteligencia de este animal al querer igualarla con la del hombre. Sin embargo la creo muy superior a la del resto de los animales. Es un poco tarda, un poco espesa en su curso, pero se desenvuelve indudablemente siguiendo un encadenamiento de raciocinios lógicos.

Las dos parejas de elefantes que salen a nuestro encuentro en el jardín del desembarcadero son cuatro celebridades, que muestran una superioridad de artista sobre los cientos de camaradas empleados en los depósitos de maderas. Cada uno de ellos sostiene sobre su lomo a un indio que le habla cariñosamente y lleva las manos libres, sin emplear el bastón de que se valen otros conductores para hacerse entender.

Han arrojado una pelota de fútbol en medio de la pradera, y los elefantes se mueven con una ligereza extraordinaria, dada la pesadez de su especie, enviándose aquélla con la trompa y recogéndola igualmente antes de que toque el césped. Las evoluciones de este juego nos hacen ir de un lado a otro, deseosos de no perder detalle y evitando al mismo tiempo que nos pille un pie cualquiera de estas patas redondas como torres que dejan profundas huellas en la hierba.

Unos trabajadores de la ciudad traen pesados maderos, y estos animales los manejan con su trompa a la voz de mando de sus conductores. Dos de ellos agarran un largo tronco por sus extremos para subirlo y bajarlo acompasadamente. Otros trabajan solos y un madero de varios quintales lo hacen girar con la ligereza de un bastoncillo.

Llama mi atención la muchedumbre que se ha ido aglomerando en torno a la pradera. Los naturales de Rangún, siempre ociosos y callejeros, sienten excitada su curiosidad por esta fiesta extraordinaria.

Las mujeres no muestran interés por los elefantes y siguen su camino, dando chupadas al enorme cigarro. Los hombres miran tales juegos con un entusiasmo infantil.

Casi todos estos varones son de gran belleza física. Aquí empieza a verse el hombre blanco, perfectamente blanco, que existe en la India entera, mezclado con otros indostánicos cobrizos y casi negros. Representa el tipo ario ideal, que tal vez sólo existió en la imaginación de algunos autores.

Vestidos con una especie de sábana blanca arrollada lo mismo que una toga, recuerdan las figuras escultóricas de la antigüedad helénica. Todos llevan pendientes, pero con una abundancia que no deja sin aprovechamiento ninguna de las prominencias de su rostro. Empiezan por colgarse dos de cada oreja: uno en el lóbulo y otro en lo alto del pabellón auricular. Después de colocados estos cuatro adornos todavía sitúan en su cara un quinto pendiente, colgándolo de una aleta de sus narices o de un agujero que perfora su tabique central. Además, estos hombres, blancos y hermosos, que no tienen ningún aspecto femenino, y cuyo perfil aguileño recuerda el de muchos héroes, llevan la cabellera larga y enroscada en forma de rodete sobre la cúspide de su cráneo.

El ansia de ver mejor les hace avanzar, estrechando su círculo, quitando terreno al escenario de la fiesta, y lo que es más grave, mezclándose, no obstante su inferioridad de raza, con todos nosotros. Presiento que esto va a acabar mal.

La autoridad anglo-india no puede tolerar un olvido tan insolente de la diferencia de castas. Acompañando a nuestros grupos se mueven dentro del jardín varios policías indostánicos, barbudos y con turbante. Igualmente vienen con nosotros desde que desembarcamos ciertos individuos de casco

blanco y vestimenta civil, que tienen la tez sucia del mestizo y su aire vanidoso. Como bastón llevan un vergajo. Son de la policía secreta.

De pronto se dan cuenta de este avance del público indígena y marchan contra él dando gritos de cólera. Empujan a los grupos, y a pesar de que retroceden obedientes, levantan sus vergajos para acelerar la retirada general, repartiendo golpes a mansalva.

Los hombres más hermosos y esbeltos de la tierra huyen murmurando protestas, cual si fuesen niños. Sus vestiduras blancas aletean ridículamente con la precipitación del miedo. Un poco más allá vuelven a detenerse con pueril indecisión, temiendo los garrotazos de sus compatriotas al servicio de los ingleses, pero sin querer privarse de presenciar los juegos de los elefantes.

Siento indignación ante tal atropello. Indios que pegan a los indios... ¡miserables!

Luego pienso en Europa, donde la policía blanca golpea igualmente a los blancos.



## Los tres cabellos de Buda

El aspecto de Rangún.—Los Lagos Reales y sus peces sagrados.—Europeos de Rangún que no han visitado nunca la pagoda de los tres cabellos de Buda.—Miedo a las muchedumbres de peregrinos.—El orgullo británico y los pies desnudos.—Un entierro de fanáticos de Madrás.—El templo más antiguo del mundo.—La interminable escalera, su mercadillo y su basura.—La montaña de oro, centro de la meseta sagrada.—Pagodas, pagodones y pagodines.—Gran variedad de imágenes de Buda.—Mi amigo el joven bonzo.—Cosas horripilantes y curiosas que me enseña.

Las calles de Rangún ofrecen una novedad para el viajero que llega del Extremo Oriente. No se ve en ellas ninguna *ricsha*. Después de Singapur el hombre ya no sirve de bestia de tiro a sus semejantes.

Abundan los animales en la India, y el caballo o el buey resultan más baratos para la tracción que el brazo humano. El indostánico es de musculatura débil, y se necesitan varios de ellos para hacer el mismo trabajo que realiza fácilmente un chino o un japonés. Como los ranguneses son budistas, no existen aquí animales sagrados, y el buey tira de los carromatos y hasta va enganchado en parejas a una especie de tílburí ligero que usan las familias del país y tiene como toldo una sombrilla de cartón pintado.

Empiezan a encontrarse carruajes de alquiler arrastrados por caballos, lo mismo que en Europa; pero estos vehículos tienen un aspecto indostánico. Son una especie de landós cerrados, y su madera guarda el color natural bajo una capa de barniz. El cochero, sentado en un pescante muy alto, lleva grandes barbas y usa el mismo gorro que los policías sijs. Los haces de hierba para el pienso de sus dos bestias los guarda previsoramente amontonados en el techo del carruaje. También hay automóviles de alquiler, y estos vehículos los emplean con preferencia los viajeros que no quieren encerrarse en coches birmaneses, cuyos caballos marchan con soñolienta lentitud.

Visitamos la parte moderna de la ciudad, los barrios construidos por la dominación británica, vaga copia de la metrópoli tal como puede recordarse a una distancia de miles de leguas.

En las grandes plazas ajardinadas hay estatuas de la reina Victoria y Eduardo VII. También vemos un monumento en conmemoración del jubileo de dicha soberana, primera emperatriz de las Indias. Pasamos ante diversos palacios, que son del gobernador, de los secretarios de Estado, del Tribunal Supremo, todos con fachadas de piedra negruzca e idéntica arquitectura que si se reflejasen en las aguas del Támesis. Existen dos catedrales, una protestante, otra católica, y la gran mezquita, elevadas en los últimos años.

Dentro de las modernas avenidas, que tienen de cincuenta a cien metros de anchura, como recuerdo de la antigua ciudad birmana, cuyos edificios desaparecieron en gran parte, surgen a trechos algunas pagodas rodeadas de un círculo de pagodines, elevando sobre los otros edificios el remate de su cúpula de oro en forma de campanilla.

Fuera de la ciudad corremos por caminos polvorientos hacia un gran parque formado sobre los antiguos jardines de los reyes de Birmania. Como recuerdo de dicha época, que parece remotísima y está separada de nosotros por menos de medio siglo, quedan dos lagos que la gente llama aún Lagos Reales. Uno de ellos tiene una isla con un sauce, un kiosco y un puente, semejante a la del «Jardín del Mandarín» de Shanghai. En sus aguas nadan unos animalejos negros y monstruosos que parecen

grandes sanguijuelas con aletas. Son los peces sagrados del antiguo reino de Birmania, y en dicha época si alguien osaba pescarlos corría el riesgo de que le cortasen la cabeza. Ahora, el guardián indígena, que echa al agua unas semillas redondas para atraer sus interminables enjambres, nos enseña un bocal vacío y nos propone en voz baja vendernos como recuerdo algunos de dichos gusarapos.

Un deseo obsesionante nos acompaña, y deseamos terminar la visita de los jardines para realizarlo cuanto antes. Queremos ver la célebre pagoda de Shwe Dagon.

Algunos europeos residentes en Rangún muestran extrañeza al enterarse de nuestro deseo. Los hay que llevan seis años viviendo en la capital de Birmania y nunca se les ocurrió visitar esta pagoda, cuya cúpula luminosa ven todos los días lejos de la ciudad, por encima de arboledas y tejados, brillando como una montaña de oro. Sienten repugnancia al pensar en las peregrinaciones miserables que llegan a este templo del misterioso centro de Asia. Conocen por relatos de visitantes las suciedades contagiosas de tales muchedumbres. Además repugna a su orgullo de raza tener que aceptar ciertos preliminares molestos que exigen los bonzos para permitir la entrada en su recinto.

Hablo con oficiales ingleses de la guarnición de Rangún y ninguno de ellos ha estado en dicha pagoda. Otros compatriotas suyos, comerciantes o funcionarios civiles, se han abstenido igualmente de tal visita. Tendrían que entrar descalzos en el templo, pero con los pies completamente desnudos, pues los bonzos ignoran la invención europea de los calcetines, y no quieren proporcionarles el gusto de poder infligir a sus dominadores tal humillación.

Me hablan de tisis, lepra, peste bubónica y otras enfermedades de las multitudes devotas que visitan la famosa pagoda y a veces se quedan en ella por muchos días. Sólo algún viajero de gustos raros, algún artista de los que buscan a todo trance espectáculos pintorescos, puede pasar por las humillaciones y contagios que supone tal visita.

Voy a la pagoda Shwe Dagon. Juzgo imperdonable haber venido a un país tan alejado de la corriente general de viajeros, como es Birmania, haber visto de lejos el cono luminoso de este templo célebre en lo alto de una colina, y no subir a dicha plataforma, donde se agrupan innumerables santuarios de caprichosa suntuosidad.

Al dirigirnos hacia el templo, otra vez por caminos abundantes en polvo, nos cierra el paso un cortejo. Vemos hombres desnudos y completamente blancos que saltan ante nuestro automóvil con los brazos abiertos para indicar al chófer indostánico que debe hacer alto. Acostumbrados a la vista de hombres amarillos, cobrizos o achocolatados, nos causa extrañeza la desnudez de estos blancos, iguales a nosotros, que sólo llevan un andrajo entre las piernas.

Tienen en sus ojos un brillo inquietante. Sobre sus frentes se levanta una cabellera que, anudada en el cogote, cae por la espalda como un manojo de crines. Detrás de ellos suena el estrépito inarmónico de varios bombos y címbalos. Otros hombres, igualmente blancos y desnudos, danzan al son de esta música una especie de baile pírrico. Extienden al mismo tiempo un brazo y una pierna o los encogen, quedando en actitudes semejantes a las que aparecen en los antiguos vasos griegos. Todos tienen en sus ojos una luz malsana, como si se hallasen bajo la influencia de drogas perturbadoras.

Dejamos pasar esta vanguardia de locos, y a continuación se desliza junto a nuestro automóvil una carroza fúnebre, blanca y encristalada. En el interior de su urna va el muerto, completamente visible, desnudo y tendido sobre un lecho de hojas. Racimos de plátanos y haces de flores adornan los cuatro lados del vehículo. Nuestro chófer nos explica que es un entierro al estilo de Madrás, y todos estos diablos blancos que acompañan al camarada difunto con su danza guerrera pertenecen a la misma

cofradía religiosa.

Se va alejando la música estridente y seguimos nuestro camino. La entrada de la Shwe Dagon se puede adivinar mucho antes de verla, por los grupos de naturales que, viniendo de distintos puntos, se juntan para seguir una misma dirección. En esta muchedumbre pintoresca las manchas azafranadas de los bonzos son cada vez más numerosas.

Ocupa la célebre pagoda toda una colina, y su entrada empieza al pie de esta eminencia, viéndose obligados los visitantes a subir una escalera de ciento veinte peldaños para llegar a la plataforma donde se halla el verdadero templo. Lo más molesto es tener que descalzarse al principio de dicha escalinata y ascender por ella con los pies completamente desnudos.

Unas familias inglesas miran con asombro nuestros preparativos desde lo alto de sus automóviles. Han venido hasta aquí para ver de lejos una parte de la escalinata cubierta y la muchedumbre indígena que sube por ella. Solamente para satisfacer esta curiosidad traen todos ellos medio rostro tapado con velos que sin duda fueron sumergidos previamente en diversos líquidos antisépticos.

Confieso que la humanidad amarilla, blanca y cobriza que se roza con nosotros no exhala perfumes agradables para un olfato europeo. Huele a sándalo falsificado del que se quema en las pagodas, a sudor frío, a fiebre. Pero ya es tarde para arrepentirse. ¡Arriba! Vamos a conocer la ciudad religiosa que se ha ido amontonando en el transcurso de veintidós siglos en torno a un cono gigantesco de mampostería construido sobre una reliquia. Este templo es el más antiguo del mundo. Ninguna religión de las que existen actualmente puede presentar otro que haya abierto sus puertas por primera vez a los fieles hace dos mil cuatrocientos años.

Conozco su historia. Al morir Buda, dos discípulos suyos que eran birmanos cortaron tres cabellos de la cabeza del santo maestro y los trajeron a Rangún, su patria, que existía entonces con distinto nombre al pie de esta colina. Metidos en un relicario de oro, los enterraron bajo los cimientos del cono central de la pagoda, que asciende a una altura de ciento diez metros.

Este cono, que unos comparan por su forma a una campanilla y otros a un quitasol asiático de boca estrecha y remate puntiagudo, tiene ocultos sus ladrillos bajo una capa de hojas de oro. Su punta está enriquecida con cuatro mil seiscientas piedras preciosas incrustadas en ella: diamantes, rubíes, esmeraldas. Ningún humano puede verlas. Sólo las conocen las aves de vuelo alto y los espíritus celestes. Pero los devotos saben que existen, y esto les basta. El tributo al cielo no puede ser más discreto y limpio de vanidosas ostentaciones.

Forma el pináculo de este macizo siete círculos antes de llegar a su extremo final, y penden de ellos cien campanillas de oro y mil cuatrocientas de plata. También representan un homenaje desinteresado a la divinidad, pues nadie puede verlas de cerca. Mas cuando sopla la brisa todas las campanillas se estremecen a la vez y desciende hasta los fieles una música argentina y vagorosa que les hace pensar en el canto de los *tomines*, ángeles del cielo budista.

Me siento en el primer peldaño de la escalinata del templo, y con ayuda de un jovenzuelo rangunés que se ha diputado a sí mismo como mi guía y traductor gesticulante, me quito los zapatos, luego los calcetines, y quedo sin más que mi traje blanco, un casco de corcho del mismo color y un bastoncito que me sirve de apoyo.

Los hombres civilizados cultivamos la finura y limpieza de nuestros pies lo mismo que la de nuestras manos, y esto sirve para que nos consideremos disminuidos y humillados por repentina

debilidad al perder los zapatos. Representa a veces cierto placer marchar descalzos por una playa o una habitación; pero sentimos acobardamiento al colocar nuestras finas plantas sobre una tierra pedregosa que sólo puede ser hollada con pies duros y primitivos, férreamente calzados por recias callosidades.

Empiezo a subir la escalinata con paso vacilante de ebrio. Noto desde los primeros peldaños que este monumento religioso, como todos los de Asia, es una mezcla confusa de antigüedad venerable y fragilidad moderna. Hace más de dos mil años, en tiempos de Mario y de Julio César, ya subían por esta escalera gentes devotas como las que se codean ahora conmigo y tal vez curiosos escépticos iguales a mí. Pero las construcciones asiáticas sólo tienen una parte sólida, que dura largos siglos, y todo el resto se compone de materias frágiles y formas graciosas, que es preciso renovar cada veinte años.

La escalinata, toda en línea directa, tiene, por suerte, varios rellanos intermedios. De ser en escalones continuos, daría vértigo. Estos peldaños aparecen desiguales y de materias diversas. Los hay de mármol que aún guardan borrosos relieves de una escultura milenaria; otros más recientes son de ladrillos, de asfalto o de simple tierra apisonada, al azar de las recomposiciones. Algunos, suaves y dúctiles, se dejan dominar por el pie sin imponer fatiga alguna; los más se resisten a ser montados, como las cabalgaduras bravas, y hay que elevar mucho la rodilla para dominar su lomo.

Una techumbre de madera con pinturas religiosas cubre esta escalinata y a los dos lados de su graderío se van elevando los puestos de un mercado. Los ranguneses venden en él figurillas sagradas, juguetes grotescos, cuadros de vidrio representando escenas de la vida de Buda, telas bordadas con la imagen del hombre-dios e innumerables objetos de metal, martilleado y repujado con la habilidad de los bronceístas indostánicos.

Muchos de estos pequeños comercios están dirigidos por mujeres. Todas fuman tagarninas enormes, añadiendo el perfume ocre de sus chorros de humo al hedor asiático de la muchedumbre devota. Miran a los raros blancos que se detienen ante sus puestos con unos ojos saltones, cuyas pupilas negras tienen cierta expresión incitante y burlona a la vez. Algunas están medio tendidas detrás de su mostrador en un diván rústico. Veo dos de ellas acostadas en una verdadera cama, en medio de su tiendecita de cuadros religiosos. Se han pasado mutuamente un brazo por detrás de la cabeza, y enlazadas así miran a lo alto. De vez en cuando cruzan ojeadas afectuosas y se ofrecen el cigarrote desmesurado y único que sirve para las dos. Se adivina que no les preocupa la prosperidad de su comercio, y el comprador que ose interrumpirlas con sus demandas recibirá malas respuestas.

Subo con lentitud los ciento veinte escalones, haciendo alto en los rellanos para realizar algunas compras, que entrego a mi acompañante, y porque así lo exigen mis pies. En estos peldaños hay piedrecitas sueltas, granos de metal caídos de los objetos que adquieren los devotos, pedazos de vidrio y numerosas expectoraciones de los mascadores de betel. Por todas partes veo salivazos rojos como de sangre, y necesito marchar en zigzag para no poner sobre ellos mis pies desnudos.

Salgo finalmente a cielo descubierto. Estoy en la meseta de la pagoda, toda ella enlosada de mármol, lo que me permite caminar con más seguridad. Continúan aquí las mismas suciedades de la escalera, pero hay espacio más amplio para evitarlas.

El orden arquitectónico de la plataforma sagrada es muy sencillo. En el centro está el santuario mayor, el cono macizo que guarda en sus cimientos la divina reliquia, y en torno a él toda una ciudad de pagodas secundarias, pagodones y pagodines, estatuas y columnatas...

La plataforma tiene medio kilómetro de circuito, y sin embargo cada día resulta más estrecho el terreno reservado a la circulación de los devotos. Nuevos santuarios hechos a expensas de los ricos de Birmania o por donativos de extranjeros invaden la santa meseta. No se guarda ningún orden en las construcciones y éstas son derribadas con frecuencia para darles nueva forma. En el transcurso de unos cuantos años cambia el aspecto de la Shwe Dagon. Lo único inmutable es el cono esplendoroso que ocupa su centro. En las vertientes de la colina hay varios elefantes policromos, de doble tamaño natural, con una torre dorada sobre el lomo que es una capilla.

Al ver una pequeña puerta en el *sancta sanctorum* central, intento entrar por ella creyendo que el enorme cono es hueco, a pesar de lo que he leído, y guarda en su interior un templo misterioso. Pero retrocedo al convencerme de que la tal puerta no es más que un angosto pasadizo que lo atraviesa rectamente para que los servidores del templo no tengan que rodear toda su base.

Mis dos acólitos ríen de mi error. Ahora son dos, por haberse unido a nosotros un muchacho de familia acomodada, a juzgar por su vestimenta. Está cumpliendo su noviciado de bonzo temporal, y lleva un magnífico manto color de oro, la cabeza redonda pulcramente afeitada y anteojos de concha.

Revela con su habilidad para expresarse una educación superior a la de los otros bonzos. Muestra con cierto orgullo la altura de este monumento, cuyo esplendor puede verse a una distancia de muchas leguas, y me explica luego, con palabras inglesas sueltas y abundantes gesticulaciones, que cada quince o veinte años es recubierto de láminas de oro para que guarde su magnificencia, lo que significa un trabajo enorme. Además, su parte inferior recibe todos los días, a la altura de las manos de los visitantes, un sinnúmero de pequeños papeles de oro. Son presentes de míseros peregrinos, que algunas veces se quedan varios días sin comer luego de haber pegado en el muro su piadosa ofrenda.

Puede afirmarse que en toda Asia no existe actualmente un templo que goce la «universalidad» de la Shwe Dagon. Cuantos pueblos adoran las doctrinas de Buda han elevado un santuario en esta meseta. Los hay de muchas provincias de la China, del Tíbet, de las posesiones francesas de la Indochina, hasta de las tierras limítrofes con la Siberia y del Japón. Todas estas capillas tienen columnas en sus fachadas y remates de techos superpuestos que ascienden en disminución, finalizando con una punta rutilante igual a la del céntrico macizo. Sus paredes son de menuda labor, con ese tallado minucioso de los asiáticos, en el que varias generaciones consumen su vida. La madera o la piedra tienen sus primorosos calados cubiertos de laca y oro.

Se extiende el oro por los santuarios, y los reflejos pálidos y discretos de su materia tallada parecen un homenaje de humildad ante el oro cegador y estrepitoso del cono central. Hay templos cuyo dorado empieza a desconcharse con la viruela blanca de los siglos. Otros de construcción reciente ofrecen el color gris de la albañilería, en espera de generosos devotos que paguen los adornos que deben cubrirlos. Veo santuarios completamente azules. Tienen sobre sus láminas de laca celeste flores y hojas nacaradas que forman enrejados blancos con reflejos de perla. Y todos estos templos, apoyados unos en otros para disputarse un terreno cada vez más escaso, ofrecen el mismo aspecto de amontonamiento que los panteones de las necrópolis occidentales.

En los espacios libres de pagodas secundarias vemos árboles dorados con frutos de cristal, urnas en forma de flechas, columnas sueltas de mosaico, imágenes de *nats*, divinidades primitivas de los birmanos con las que ha transigido el budismo para no molestar los sentimientos del pueblo, «perros celestiales» semejantes a los leones de melenas puntiagudas que adornan las pagodas de Kioto y de

Pekín, estatuas de elefantes con un templo sobre sus lomos.

Un estrépito de feria se esparce por la sagrada meseta. Los instrumentos rituales del budismo son la campana y el tambor, y cada pagoda hace sonar los suyos como los barracones de espectáculos cuando se disputan la atención del público. Bonzos de diversas razas golpean a puño cerrado los sagrados timbales o dan con su mazo a las campanas. Niños y mujeres se aproximan a nosotros para vendernos ristras de flores rojas y amarillas, que parecen arrancadas de una tumba. Tales guirnaldas son para ofrecerlas al hombre-dios que reina en este lugar.

Aletean los cuervos lanzando sus graznidos sobre los techos que les sirven de refugio. Junto a estos eternos figurantes de todo cielo de Asia vemos aletear bandas de palomas blancas. También están alojadas en el templo, y entre dos especies volátiles tan antagónicas parece existir una paz absoluta. Perros con grandes peladuras en sus lomos y el hocico babeante, como si llorasen su propia miseria, corretean entre las pantorrillas del gentío buscando algo que devorar. La mayor parte de los fieles son mendigos devotos que llegaron hasta aquí pidiendo limosna, y continúan su industria dentro de la pagoda. Algunos tienen lepra. Otros muestran al remover su manto llagas, sangrantes como heridas, en el pecho o bajo los brazos.

Dentro de algunos de los santuarios hay bonzos de rostro achinado y capa parda, que acompañan su oración con movimientos rigurosamente mecánicos, siempre iguales y sin término. Se inclinan hasta tocar el suelo con sus manos y su cabeza, se yerguen poco a poco, repiten la misma inclinación violenta y vuelven a empezar. Así continúan hasta que el cansancio los vence y ruedan por el suelo, insensibles como cadáveres.

Allí donde da el sol quema el mármol las plantas de los pies y nos obliga a marchar rápidamente. En el interior de las capillas el pavimento tiene una frialdad de tumba, de lugar cerrado hace siglos que no conoció nunca la tibieza del calor celeste, y nos hace estornudar a los que no estamos acostumbrados a ir descalzos.

Asombra la gran cantidad de Budas que pueblan estas pagodas. Los hay de mármol, de oro, de alabastro, enormes como gigantes o de simple talla humana; derechos, en cuclillas y tendidos. Unos son dulces, humanos, de expresión inteligente; tienen un rostro casi europeo. Otros se muestran feroces, malignos, verdaderamente asiáticos, con unos ojitos oblicuos, de párpados estirados y casi juntos, que parecen hostiles a todo el que no mire del mismo modo que ellos.

Cada pueblo budista ha formado a su propia imagen la figura del hombre-dios y le rinde culto con ceremonias litúrgicas diferentes. En todos los santuarios se ven flores, luces y varillas humeantes de sándalo. Fuera de él hay salivazos rojos sobre el suelo y una mezcla en el ambiente de malos olores naturales, de perfumes pegajosos, de flores marchitas. Por encima de esta variedad contradictoria, ruidosa y vibrante de contagios microbianos, continúa brillando el cono central como una hoguera inmóvil de oro sobre los tres cabellos de Buda recogidos por sus discípulos.

Mi nuevo amigo el bonzo tiene empeño en hacerme conocer todo lo interesante de la Shwe Dagon. No sería esta célebre pagoda un lugar verdaderamente santo si le faltase la virtud de curar enfermedades y realizar otros prodigios de los que trastornan el ritmo de la Naturaleza.

El dolor humano necesita consoladoras ilusiones bajo todos los cielos de nuestro planeta, sin distinción de castas ni dogmas. Las pobres gentes que llegan hasta aquí, después de marchar en caravana, meses y tal vez años, esperan el milagro, y su esperanza inspira respeto. Deseo en este momento que el santo Buda pueda complacer a todos los dolientes que le imploran, pobre rebaño

humano roído por las enfermedades y las miserias asiáticas.

Nos detenemos ante un santuario que tiene junto a su puerta unos cuantos hombres desnudos tendidos en el suelo. Todos ofrecen un aspecto horrible. Los hay que son a modo de imágenes del hambre: esqueletos limpios de músculos cubiertos simplemente por su epidermis, con los ojos perdidos en la profundidad de unas órbitas como pozos y las mandíbulas desencajadas. Otros están muertos y tienen el abdomen desgarrado. Un cuervo les picotea las entrañas.

Solamente cuando el joven bonzo, ganoso de que admire su templo, me aproxima a tales horrores, veo que son esculturas polícromas, pero con un realismo tan minucioso y exacto que resulta fácil el engaño. Ocurre aquí en pleno sol que en ciertos museos de figuras de cera con el auxilio de los juegos de luces. No se sabe ciertamente quién es moribundo de madera pintada o moribundo de carne y hueso. Según parece, estas imágenes sirven para hacer ver a los pecadores cómo vivirán después de la muerte si perseveran en sus vicios.

Un poco más allá hay tendidos varios pordioseros, igualmente desnudos, igualmente esqueléticos por su flacura. Los horripilantes monigotes brillan a causa de su barniz; los peregrinos casi agonizantes tienen un charolado igual por el sudor con que barniza el sol sus cuerpos escuálidos, como si extrajese de ellos los últimos jugos. Algunos son ciegos y un enjambre de moscas voltea en torno a sus órbitas vacías. Todos tienen al lado media corteza de coco que les sirve de plato para recibir las limosnas. No se mueven, no se dan cuenta de lo que cae en sus rústicos cuencos. Para ellos la limosna tal vez llega tarde.

Me hace entrar mi compañero azafranado en la más milagrosa de las pagodas. No quiere privarme de ninguna de las maravillas de esta colina santa. Avanzamos por el interior de un templo menos iluminado que los otros, y a los pocos momentos deseo salir de él cuanto antes. Encuentro tendidos en colchonetas o simples mantas a varios hombres flacos, de tez pálida, y una transparencia malsana en las orejas y la nariz. Su tos cavernosa hace innecesarias las explicaciones. Son tísicos que vinieron hasta aquí atraídos por la esperanza. Los bonzos de la pagoda afirman haber presenciado muchas curaciones inauditas.

Sigo avanzando hasta el fondo, interesado por un grupo misterioso. Lo componen varias mujeres que rodean a otra tendida en un lecho, blanca e inmóvil, como si estuviese desmayada. Veo trapos ensangrentados. Un olor de maternidad se une a la respiración de los tísicos. Suena un vagido infantil, gangueante y tenaz.

Mi boncito sonrío y balbucea explicaciones... Entendido. Es una gloria nacer en el famoso templo, y hay madres que vienen de muy lejos para que sus hijos reciban tal santificación al entrar en la vida.

Un brazo del Ganges.—La jungla y sus gentes.—El camino de Calcuta.—Cañonazos de sus defensores.—Abandonamos el *Franconia*.—Invasión alada.—La marina fluvial de los indostánicos.—El maquinismo inglés en las riberas del Ganges.—El yute.—Fabricación de sacos para toda la tierra.—Los homenajes al río sagrado.—Caimanes y flores.

Llevamos dos días navegando a través del golfo de Bengala, desde la desembocadura del Irrawaddy, caudaloso río de Rangún, a las bocas del Ganges y el Brahmaputra.

En la madrugada del tercer día despierto con la alarma que produce la inmovilidad, cuando se ha conciliado el sueño en pleno movimiento. El *Franconia* ha cesado de marchar y en la calma de la noche suenan gritos. Miro por un ventano de mi camarote y veo las luces de dos vaporcitos deslizándose sobre un mar completamente horizontal y tranquilo como las extensiones de agua dulce. Debemos estar cerca de las bocas del Ganges, y estos vaporcitos pertenecen sin duda a los prácticos encargados de dirigir el rumbo de los buques a través de unas tierras fangosas por canales cuya profundidad cambia con frecuencia.

No puedo dormir el resto de la noche. El vapor ha reanudado su marcha lentamente, y sólo pienso en la masa acuática que va pasando debajo de nuestros pies. ¡El Ganges!... ¡Estamos en el Ganges! Las aguas que cortamos proceden en su mayor parte del río sagrado.

Apenas amanece subo a la cubierta, ansioso de contemplar las primeras tierras de la India. Sólo veo un mar amarillo. Las verdaderas bocas del Ganges quedan a nuestra derecha y cubren el golfo de Bengala, en una extensión de muchas leguas, con su aporte líquido, dulce y terroso. Nosotros vamos a penetrar por el río Hooghly, en cuyas riberas está la ciudad de Calcuta.

Este curso fluvial que hasta tiene nombre propio no es más que un brazo del Ganges desprendido de él a cierta distancia del golfo de Bengala para desarrollarse por su propia cuenta. Los indostánicos que viven en sus orillas le tributan sin embargo los mismos honores que al río padre, venerado como un dios, cuando se desliza ante los templos y palacios de la santa ciudad de Benarés.

Dos orillas bajas van surgiendo del horizonte rojizo, con anchos intervalos de agua libre. Son las islas avanzadas de la desembocadura de este retoño gangético. Vamos a navegar todo el día por él: primeramente sobre el *Franconia*, luego en un vapor más pequeño, a través de los aluviones del vasto estuario cubiertos de eterna vegetación.

Al deslizarnos entre las primeras islas vemos en sus orillas chozas de techo cónico, bosquesillos de cocoteros y palmeras. No está bien determinado el límite entre la tierra y el agua. Hay espacios que nos parecen sólidos y firmes a causa del verdor de sus plantas, y de pronto los vemos atravesados por una piragua que se abre paso entre aquéllas. Otros los creemos de gran profundidad acuática y son prados medio líquidos, en los que rumian los bueyes, hundidos hasta el vientre. Hombres de color de chocolate, con turbante blanco y un andrajo lumbar del mismo color por toda vestimenta, cuidan estos rebaños o trepan por los gráciles troncos de los árboles que les proporcionan su alimento.

Avanzan las tierras unas hacia otras, como si se buscasen, y navegamos por un canal que parece de barro líquido, siguiendo dos líneas de boyas indicadoras de nuestro rumbo.

Ya estamos dentro del Hooghly. Sus riberas tienen en primer término campos de plátanos, cuyas hojas son de un verde charolado y amarillento. Es la única tierra que trabajan sus habitantes. Más allá de la estrecha faja cultivada se extiende la jungla famosa, la *jungle*, tantas veces descrita por los autores ingleses, llanura interminable cubierta de una vegetación relativamente baja, de la que surgen



a largos trechos grupos naturales de cocoteros y palmeras. Vuelan a la vez muchas gaviotas y muchos cuervos sin que se note entre ellos ningún intento agresivo, pues se comparten amigablemente el dominio de la atmósfera. Del misterioso verdor de la jungla vemos elevarse nubes volantes, triangulares y negras. Los pájaros aletean en tribu, trasladándose de una parte a otra de la interminable selva, asustados tal vez por las bestias carnívoras que cazan en sus espesuras.

Un estrépito seco y ensordecedor corta el aire. Son tiros de cañón. Luego nos enteramos de que numerosas baterías de campaña guarnecen la bahía del Diamante, donde nosotros vamos a anclar, defendiendo la entrada de esta vía fluvial que es el camino más directo de Calcuta. Ahora lo vemos solitario, con orillas de río salvaje. Avanzamos contra su corriente lo mismo que un buque explorador, pero sabemos que por aquí pasan cuantas naves de comercio y de guerra desean llegar a la ciudad más importante del Imperio de las Indias.

Vemos en la orilla izquierda todo un regimiento de artillería ejercitándose en el tiro. Tiene para campo de experiencias la soledad de la jungla. Sus cañones repiten los disparos con la rapidez de las armas modernas. Es un estrépito que enardece y entusiasma lo mismo que una música belicosa, cuando se le oye a espaldas de las piezas. Escuchándolo de frente gusta menos.

Examinamos con anteojos marítimos el uniforme de campaña que usan los ingleses en la India. Parecen niños. Llevan borceguíes y gruesas medias atadas debajo de las rodillas. Éstas quedan completamente al descubierto, pues el pantalón no es más que un simple calzoncillo hasta la mitad del muslo. Su camisa carece de mangas y de cuello. Un casco es lo único de carácter militar que usan estos guerreros, obligados a vivir en plena jungla bajo el asfixiante calor de las horas meridianas.

Cerca de nuestro anclaje empezamos a encontrar la navegación indostánica del río: largas piraguas con bogadores oscuros y sudorosos, que sueltan sus remos terminados por una paleta redonda y quedan inmóviles contemplando nuestro buque. El agua es tan densa que las pequeñas rompientes de su oleaje en las orillas parecen ribazos de tierra carmesí.

Se ensancha de pronto la corriente, formando un vasto circo acuático. El redondel de la vegetación aparece cortado en varios lugares por manchas rojas y blancas de edificios. Son los pabellones de las tropas de artillería y algunas viviendas de particulares que empiezan a desmontar la jungla, estableciendo explotaciones agrícolas. Nos detenemos en la llamada bahía del Diamante. El *Franconia*, por su calado, no puede ir más allá. Sólo los vapores de 6000 u 8000 toneladas siguen remontando el río, en horas de gran marea, hasta llegar a los muelles de Calcuta.

Quedamos anclados en esta bahía fluvial de aguas rojas, que únicamente a la salida o la puesta del sol toman un esplendor blanco y luminoso capaz de recordar el del diamante. Es aquí donde el *Franconia* va a sufrir una de las mayores transformaciones de su viaje. Permanecerá varios días como si fuese un barco abandonado, guardando solamente la tripulación necesaria para su limpieza. Todos los viajeros se trasladan a Calcuta y con ellos gran parte de la dotación del buque, que ha podido conseguir la licencia necesaria.

Dos grandes vapores fluviales con triple cubierta, elegante restorán y numerosa servidumbre van a llevarnos hasta la metrópoli de las Indias, navegando seis horas por el río. Unos viajeros quedarán en Calcuta tres días, volviendo inmediatamente al buque. Otros piensan seguir adelante hasta Benarés, regresando al *Franconia* a tiempo para ir Ceilán y de esta isla a Bombay, dando la vuelta a toda la península indostánica. Algunos renuncian a ver Ceilán y continúan su viaje a través de toda la India, no volviendo a encontrar el *Franconia* hasta el puerto de Bombay.

Yo voy a Benarés, y volveré al buque para ir luego a Ceilán y Bombay. Desde este último puerto subiré a Delhi, Agra y otras ciudades célebres de la Rajputana. De tal modo conoceré lo más interesante que puedan ver los que hacen la travesía directa de Calcuta a Bombay, y no me privaré, como ellos, de visitar Ceilán.

Al echar sus anclas el *Franconia* en esta bahía, donde no hay otro buque, toda la jungla parece estremecerse y levantar la cabeza, interesada por su presencia. Vienen de tierra nubes de mariposas blancas y rojizas, introduciéndose por los ventanos de los camarotes. Se alzan sobre la selva nuevos triángulos negros de aves. Los pájaros de presa empiezan su ronda aleteante en torno al buque, espionando la caída de basuras y desperdicios para desplomarse sobre estos islotes de nutrición.

Mientras estamos en Calcuta y Benarés, los oficiales del campamento visitan el *Franconia* y se llevan a sus viviendas a los marinos que permanecieron en el vapor para que conozcan un poco la vida en la jungla. A mi regreso me cuenta un joven piloto sus excursiones por una pequeña parte de esta selva baja, interminable y poco explorada, que refresca el Ganges antes de perderse en el mar. Ha visto serpientes boas de grandes dimensiones y torpe arrastre. Un tigre trae alarmados hace meses a los pobladores de la bahía del Diamante. Mata todas las noches animales en los nuevos establecimientos agrícolas, y nunca lo pueden descubrir. Todavía hay en la jungla gentes que llevan una vida salvaje. Dos mujeres huyeron a todo correr viendo al marino y a varios artilleros. La presencia de los blancos les infunde pavor.

A las dos de la tarde abandonamos el *Franconia*. Cuando los dos vapores fluviales se despegan de su casco, ocurre algo extraordinario que demuestra el instinto de los habitantes alados de la jungla. Mientras hemos permanecido en el paquebote, las bandas de cuervos, milanos y gaviotas se limitaron a volar a gran altura sobre sus cubiertas. Apenas nos alejamos, los muros de verdura que rodean la vasta copa de la bahía empiezan a vomitar nubes de estos pájaros sobre el buque, desparramándose en él como si estuviese desierto.

No osan descender a las cubiertas bajas, por estar en ellas los hombres de guardia. Forman filas agarrados al cordaje de los mástiles, se alinean lo mismo que los pingüinos en las barandillas, se sostienen aleteantes, como animales de cimera heráldica, sobre los bordes de la chimenea. Hasta ocupan el nido del vigía en el mástil de proa, y los que no encuentran espacio donde posar sus patas forman un anillo revoloteante que abarca el buque entero. A los pocos minutos tiene éste engruesados todos sus contornos por una línea de vida animal negra y palpitante.

Se inicia nuestra navegación aguas arriba, cruzándonos a cada minuto con una muestra curiosa de la marina de cabotaje indostánica. Hombres esbeltos y cobrizos reman de pie sobre las cubiertas de unos barcos relativamente grandes, con vela rectangular y popa alterosa, llevando en ella una enorme pala que sirve de timón. Lo mismo debieron ser las naves que surcaban estas aguas hace dos mil años. En otras de arquitectura semejante, los remeros ocupan una plataforma yuxtapuesta a la proa, mucho más baja que el alcázar posterior. Estos bogadores, que manejan unos remos larguísimos, retroceden varios pasos al dar su palada, y luego avanzan hacia la popa otro tanto para clavar su remo y repetir la operación. Algunos barcos más veloces por la estrechez de su casco tienen una cámara baja, una vela cuadrada con pequeños rectángulos negros y blancos, y cuatro bogadores que se agitan incansables, como duendes, moviendo en la proa sus remos de paleta.

Pasan barcos cargados de tinajas, estibadas verticalmente, con los vientres juntos. De lejos parecen

enormes huevos rojos cuidadosamente colocados en un cesto flotante. Otros llevan láminas de mármol puestas de canto en la cubierta, como las hojas de un libro. Los más transportan pirámides de sacos apilados en torno a sus mástiles. Y todos estos buques de forma primitiva cabecean violentamente con el oleaje que levantan las ruedas de nuestros dos vapores.

Al atardecer, el río de aguas bermejas va tomando un color de perla. Según avanzamos ofrecen sus orillas un aspecto de actividad civilizada, intensa y productora. Vemos fábricas grandes como pueblos; construcciones bajas que ocupan vastísimos espacios. Surgen sobre sus techumbres chimeneas esbeltas de ladrillo y extienden además sobre las aguas numerosos tentáculos de muelles y vías férreas. En algunas de estas fábricas, aparte de los talleres y el chocerío, ocupado por los jornaleros indígenas, hay edificios elegantes rodeados de jardines. Grandes piraguas pasan de una orilla a otra las muchedumbres multicolores que han acabado su trabajo.

Se van multiplicando las chimeneas. Ya no se elevan, como al principio, en una sola de las orillas. Surgen igualmente de la ribera opuesta y del fondo del horizonte, siempre cerrado por la lengua de tierra de una revuelta inmediata.

Adivinamos la proximidad de Calcuta. La bruma que exhala el río a estas horas se une al humo de las fábricas, envolviendo el ocaso en una opacidad impropia de este clima. Parece que nos acerquemos a Londres, pero un Londres de nieblas doradas y multitudes colorinescas.

Desfilan por las dos orillas miles de hombres y mujeres, rosarios interminables de cuentas blancas, rojas, violetas, amarillas, azafranadas y verdes. Todos marchan en fila, poniendo cada uno su pie sobre la huella del que le precede. Es una particularidad que noto desde mi entrada en la India y he seguido viendo en todas mis excursiones a través del país. Rara vez marchan juntos dos indostánicos por un camino. Hasta la familia avanza longitudinalmente, por amplia que sea la vía: el padre delante, la madre detrás con fardos en la cabeza, y a continuación la prole, casi siempre por orden de estatura. Es la «fila india», de que se ha hablado tantas veces. También en la salida de las fábricas se nota esta tendencia a la marcha separada y silenciosa. La muchedumbre se desgrana en la misma puerta, se esparce como los hilillos de un líquido derramado, alejándose en luengas y multicolores filas.

Todas estas fábricas son para preparar y tejer el yute, la gran producción de la provincia de Bengala. Casi todos los sacos que usa la agricultura de Europa y América proceden de estos centros industriales, cada vez más enormes, que llenan las orillas del Ganges. Aquí se utilizan las fibras de la citada planta, creándose piezas de ruda tela, que luego corta y cose en forma de sacos el país importador. La riqueza de Calcuta, su importancia comercial, el movimiento de su puerto, dependen de esta exportación que abarca el mundo entero.

En días sucesivos, hablando con varios cónsules residentes en Calcuta, me doy cuenta de que las funciones de los más de ellos tienen por única base la producción del yute. Todos los sacos que sirven de envase al trigo y el maíz de la Argentina o al azúcar de Cuba fueron tejidos en las fábricas de Bengala.

Esta industria no deja de ofrecer cierta exterioridad pintoresca a causa de las masas indígenas que trabajan en sus talleres; mas esto no impide que el viajero sienta la amargura de la decepción al ver el maquinismo inglés establecido en uno de los brazos del Ganges, vaciando sobre su corriente las cenizas y carbonillas de sus máquinas de vapor, mezclando el humo de la hulla con las brumas vesperales del río sagrado. Pero la India antigua, inmutable y misteriosa resurge siempre, rompiendo la envoltura moderna en que la encierran sus nuevos amos.

Vemos a trechos, flotando sobre el río, luengas guirnaldas de flores. El indostánico necesita hacer todos los días un presente florido al padre Ganges.

En el restorán de nuestro vapor hay una especie de *maître d'hôtel* vestido a la inglesa y con zapatos de charol, la mayor distinción a que puede aspirar un mestizo. Dirige con aire de superioridad, como si fuese un europeo, a los otros servidores, que van descalzos, con levita blanca, faja roja y un abultado turbante de este último color.

Poco antes del anochecer, este indio con esmoquin, que se agita dando órdenes a la servidumbre para que recoja la vajilla del té, mira a un lado y a otro para convencerse de que todos los viajeros se han ido del comedor a las cubiertas superiores, toma varios manojos de rosas que adornan las mesas, y dirigiéndose a un ventano las va arrojando con lenta solemnidad sobre las aguas nacaradas por la luz del ocaso.

Veo que las dos orillas tienen una faja ondeante de flores rojas y doradas. El manso oleaje arranca estas masas de pétalos, las balancea unos segundos y vuelve a pegarlas a las riberas.

De tarde en tarde, la corriente, teñida de rosa pálido por la agonía del sol, se corta de abajo arriba, dejando ver el avance de un lomo dentado como una sierra: un caparazón de bestia antediluviana.

Es el caimán, venerable y respetado habitante de este río, al que echan sus devotos flores y cadáveres.

## El quemadero de Calcuta

Caras europeas y vestiduras exóticas.—Los *ghats* del Ganges.—Las estadísticas médicas de la India.—Un cortejo fúnebre.—La última oración.—Los fugitivos de la muerte convertidos en animales.—Las hogueras de la mañana. —El horrible enano del quemadero y sus clasificaciones.—Cremación de una madre que parece una niña.—Las purificaciones preliminares.—Cadáver de pobre esperando que alguien pague su leña.

Calcuta es la segunda capital del Imperio británico. Birmingham, ciudad de Inglaterra que figura por su población después de Londres, resulta muy inferior a Calcuta, pues ésta tiene un millón trescientos mil habitantes. El setenta por ciento de ellos son de religión brahmanista y un veinticinco por ciento mahometanos indostánicos.

Hasta 1911 Calcuta fue la capital de la India, pero como las conquistas y anexiones de los ingleses han ido extendiendo su imperio hacia el norte, hubo que trasladar en dicha fecha el centro del gobierno a la ciudad de Delhi. Estos cambios no resultan extraordinarios en la vida política de la India. Durante dos mil años de historia conocida, un movimiento de exacta repetición ha desplazado cada cinco siglos la capitalidad de la India, pasándola de unas ciudades a otras, y devolviéndola más de una vez a alguna que la tuvo en otro tiempo. Delhi fue capital del poderoso Gran Mogol y ha vuelto a serlo ahora del virrey enviado por el gobierno de Londres.

Actualmente sólo figura Calcuta como capital de la Presidencia de Bengala, pero conserva los palacios y museos con que la embellecieron los anteriores virreyes. Sus calles están a todas horas del día tan llenas de gentío que el viajero la supone una población todavía mayor que la mencionada.

Ofrece esta muchedumbre para el europeo una novedad extraordinaria, después de haber viajado por el Extremo Oriente. En el Japón, en China, en las islas de Malasia, no causan extrañeza las vestimentas originales y multicolores, por ser las personas que las usan de razas distintas a la nuestra. Sus rostros amarillos o cobrizos, sus ojos oblicuos apenas abiertos, parecen armonizarse con sus trajes extraordinarios. Pero el indostánico es de nuestra raza. Pertenece a distintas subdivisiones étnicas que tienen un tronco común. Numerosos habitantes de la India son casi negros, otros de color cobrizo, los hay rigurosamente blancos, más blancos que muchos europeos, pero todos son nuestros parientes por los rasgos fisonómicos y jamás han conocido la tentación de usar zapatos, llevando una simple tela arrollada a su cuerpo y mostrándose, apenas lo permite la temperatura, en una desnudez casi completa.

Con frecuencia se encuentran indostánicos que ofrecen una rara semejanza con personas que conocimos en Europa y América. Y este parecido resulta cómico al contemplar cómo el respetable señor que tratamos bajo otros cielos se pasea ahora por una calle de la India ligero de ropa y descalzo. He visto en Calcuta jóvenes brahmanes, de tez blanca, gruesos, lustrosos, el pelo retinto y brillante partido por una raya en el lado izquierdo y las dos crenchas alisadas con aceite de jazmín. Todos ellos, a pesar de llevar los pies descalzos y una especie de toga alba pasada bajo el brazo derecho y descansando su extremo en el hombro opuesto, tienen un gran parecido con ciertos sacerdotes romanos que usan garbosamente hábitos de rica seda.

El primer día de mi permanencia en Calcuta procuro satisfacer, sin pérdida de tiempo, una

curiosidad algo malsana que me agita desde que empezamos a navegar sobre las aguas del Ganges. Dejo para los días siguientes mi visita a los monumentos y jardines, el estudio de las muchedumbres que circulan por sus avenidas y se aglomeran en sus bazares. Quiero ver cuanto antes lo que llaman los indostánicos el campo de Nimtola y los ingleses el Burning Ghat.

Esta palabra *ghat* debo usarla frecuentemente al hablar de la India. Un *ghat* es una escalinata, un graderío, muchas veces una rampa de piedra con rebordes salientes a cierta distancia, para afirmar mejor el pie descalzo, y que desciende por la ribera del Ganges hasta cierta profundidad de sus aguas. De este modo las multitudes devotas pueden permanecer sumergidas hasta los hombros, mientras hacen inmóviles sus oraciones.

Los *ghat* de Benarés son famosos. La santa ciudad, situada toda ella a la derecha del río sagrado, tiene una sucesión de rampas y escalinatas, sobre las cuales se agrupan en días de fiesta más de cien mil peregrinos. Pero olvidemos estos *ghat* de Benarés, de los que hablaré en lugar oportuno, para circunscribirnos al Burning Ghat de Calcuta, o sea al «Ghat del quemadero».

El municipio de Calcuta ha construido en el lugar llamado Nimtola un edificio donde son quemados los muertos, con arreglo a la religión indostánica. Este campo de Nimtola esa más arriba del Howrah Bridge, único puente de Calcuta que atraviesa el río Hooghly y aparece siempre como obstruido por la enorme aglomeración de vehículos y viandantes. Junto al quemadero pasa la ancha y populosa avenida que costea el río, siempre llena de tranvías, camiones automóviles y carretas tiradas por bueyes. Por ella se desliza la mayor parte de la actividad del puerto y de la estación del ferrocarril que va al norte de la India. Hace años se hallaba lejos de Calcuta; pero ésta se ha estirado rápidamente a lo largo del río, envolviendo a Nimtola en los tentáculos de su crecimiento.

Los quemaderos célebres de la India están en las orillas del Ganges. Los príncipes y los ricos se hacen llevar moribundos a Benarés para que los incineren en la orilla del río sagrado, pues éste parece concentrar su importancia divina al lamer con ondulaciones cargadas de flores y podredumbres las murallas de dicha ciudad. En las poblaciones lejanas del Ganges el *ghat* de las quemas se construye al lado de un río, de un lago o un pequeño estanque. Lo que importa para la ceremonia es que el cadáver pueda recibir una inmersión antes de que lo consuma el fuego. El río de Calcuta es un brazo del Ganges, y los nacidos en la capital de Bengala consideran esto como un regalo precioso que los dioses han hecho a su ciudad.

El campo estrecho de Nimtola se prolonga entre el declive del río y la avenida Strand Road North, por donde pasa, como ya dije, toda la ruidosa circulación del comercio fluvial. Unos muros con arcadas separan la calle del quemadero. Cerca de la puerta hay un pequeño santuario dedicado a Shiva, el más terrible, y tal vez por esto el más admirado, de los personajes de la trinidad indostánica. Junto al templo existe una oficina, donde varios funcionarios mestizos inscriben en libros las enfermedades que dieron término a la existencia de los que van a ser quemados.

Uno de estos funcionarios, joven indostánico de educación europea, sonrío al hablarme de la utilidad de sus funciones. La inmensa mayoría de las familias que acompañan a sus muertos ignoran qué enfermedad fue la que acabó con ellos. En los barrios indígenas de Calcuta temen a los médicos y prescinden de ellos. No hay quien pueda contestar a los empleados del registro; sólo saben que el muerto ha muerto, y dejan que el representante de la ley ponga en su libro la enfermedad que le parezca preferible para el caso. Luego, con arreglo a tales registros, se forman estadísticas que sirven para estudio y guía de los sabios de Europa y América.

Nos aproximamos a Nimtola por las estrechas callejuelas de los barrios inmediatos, procurando evitar la ancha avenida paralela al río, demasiado abundante en vehículos, de un suelo desigual, donde las ruedas se enganchan en los rieles salientes y cuyos charcos negros salpican con pestífera hediondez.

Nuestro automóvil tiene que hacer alto, pegándose a uno de los muros, para dejar paso a una muchedumbre que avanza a nuestra espalda y se anuncia con cierta salmodia monótona. Se desliza, rozando nuestro vehículo, una doble fila de indostánicos, todos con vestiduras blancas. Cuatro de éstos llevan en hombros unas angarillas hechas con ramas de árboles y forradas de gasa color de rosa. Encima de este lecho portátil vemos manojos de flores amarillas y rojas y varias plantas verdes. Debajo del sudario vegetal va un pequeño cadáver: el flaco cuerpo de una niña que no debe tener más de doce años. Los que lo llevan en hombros, así como los que le preceden y le siguen, son todos de tipo europeo —únicamente su tez tiene un color trigueño algo subido—, y su aspecto físico de occidentales contrasta con el manto de gasa de lino arrollado a su cuerpo por toda vestimenta.

En este cortejo fúnebre lo primero que llama la atención es la velocidad con que marcha. Parece que un enemigo invisible venga persiguiendo y acosando a todos estos hombres. Caminan como una tropa fugitiva. La gente abre paso para no ser atropellada, pegándose a los muros. Los vehículos se apartan también, avisados por su canto melancólico y tenaz. Todos los hombres repiten las mismas palabras, con un tonillo semejante al de los muchachos cuando deletrean sus lecciones en las escuelas de los pueblos: *Bolo Hari, Hari bolo*.

*Hari*, en sánscrito, es Dios, y lo que dicen con su monótona cantinela los acompañantes del entierro es: «¡Por Dios! ¡Por Dios!».

Algo más allá pasa junto a nosotros un segundo cortejo fúnebre. Al salir a la gran avenida, frente a las puertas de Nimtola, vemos muchos otros que van llegando por todos lados y tienen que detenerse en este lugar convergente, para ir pasando adelante por riguroso turno.

Los hay de séquito numeroso, como el de la niña cubierta de flores y plantas. Otros son tristes, sin adorno alguno, y detrás de los dos portadores de la camilla fúnebre sólo marchan unas pobres mujeres envueltas en mantos blancos, que las cubren de la frente a los pies, mostrando cada una de ellas un brazo y una pierna, delgados, rojizos, con numerosos anillos de metal blanco.

El joven empleado me explica la preparación de estos cadáveres antes de llegar al quemadero. Algunos fueron ungidos por sus familias con manteca sagrada; los más pobres no han recibido este embadurnamiento final. Todos ellos, al salir por última vez de su vivienda, oyen la suprema oración, dicha en sánscrito por el jefe de la familia, por un brahmán o un amigo. (El sánscrito es lengua muerta y sagrada para los indostánicos modernos; lo que el latín para nosotros.)

«¡Oh tú espíritu que te fuiste!... Vamos a quemar todas las partes de tu cuerpo terrenal, que por estar repleto de pasiones y de ignorancia, unió a sus actos píos muchos otros que fueron impíos. Quiera el Supremo Señor perdonar todas las acciones pecaminosas que cometiste a sabiendas o inconscientemente, dejándote ascender a las alturas celestiales.»

En una ciudad populosa como Calcuta sólo se permite llevar a orillas del río a los enfermos cuando han muerto; pero en las poblaciones del interior, muchas familias, si creen que uno de los suyos está en la agonía, lo conducen preventivamente al borde del Ganges, con lo cual se evitan las molestias y gastos de un cortejo fúnebre. Además, procuran aumentar la purificación del moribundo

tapándole la boca y los oídos con limo del río sagrado, y luego lo abandonan para venir a quemarlo el día siguiente.

Ocurre algunas veces que estos agonizantes, no examinados por un médico, sólo sufren accidentes pasajeros, y al recobrar sus sentidos sienten el imperativo de la conservación, que les impulsa a seguir viviendo, y se escapan para que sus parientes no los asfixien llenándoles de nuevo los orificios respiratorios con el barro gangético. Estos fugitivos caen en la más extraordinaria y terrible de las existencias, pues viven sin vivir. Su familia los da por muertos y reniega de ellos, considerándolos como unos impíos que contravinieron las leyes divinas. Si los ven no los reconocen. Nadie se les aproxima, temiendo su contagio. El paria, a pesar de su miseria, resulta superior a él. Las gentes de castas elevadas evitan al paria, pero saben que existe. Este hombre que huyó de la muerte vive como una sombra, y aunque grite nadie le oye. Prolonga su vida en los lugares desiertos, alimentándose con inmundicias que disputa a los perros y los chacales. Acaba por ir completamente desnudo, cubierto de pelo, como una fiera. Las bestias aúllan a su paso, enfurecidas por su presencia, los niños huyen, las mujeres se cubren el rostro, hasta que al fin muere en completo aislamiento, y su espíritu, según los buenos creyentes, da un salto atrás, volviendo a encarnarse en los animales más viles e inferiores.

Entro en el patio abierto de Nimtola donde son quemados los cadáveres, y durante un par de horas creo vivir en el seno de una pesadilla fuliginosa. Me avergüenzo en los días siguientes al pensar que encontré interesante este espectáculo y me resistí a abandonarlo, a pesar del ambiente caliginoso y los hedores de la materia quemada. Siempre ocurre lo mismo con las sensaciones violentas que recibimos; nos parecen más terribles las cosas recordadas a distancia que en el momento de verlas directamente.

Se extiende el río a mi izquierda. Pasan por su centro rosarios de barcazas de las que tiran remolcadores. De tarde en tarde corta sus aguas un vapor blanco, un tranvía fluvial que conduce las gentes a la gran estación de ferrocarril del norte de la India. El puente de Howrah corta en apariencia el curso de este gran camino acuático. En la orilla de Nimtola veo numerosos búfalos de piel negruzca, que sólo elevan sobre la corriente el dorso de su lomo y su cabeza chata y cornuda. Junto al *ghat* que se hunde en el río hay centenares de indostánicos con el agua hasta el talle o los pechos, inmóviles y en oración.

La llanura triangular del quemadero tiene, cuando entro en ella, varios hoyos largos y estrechos, cubiertos de tizones que humean ligeramente. Son restos de las hogueras mortuorias que empezaron a arder en las primeras horas de la mañana. En el fondo de una de estas hogueras agonizantes adivino el contorno de un esqueleto. Veo como una bola de cenizas y en mitad de ella dos estrellas rojas. La esfera cenicienta es un cráneo quemado que aún conserva su forma. Las dos manchas ígneas, un doble reflejo de la combustión del cerebro, que sigue ardiendo dentro de su cápsula caliza... Un capricho del fuego ha respetado la forma del cadáver, consumiendo su solidez interior.

Bastan unos cuantos golpes de bastón para que todo se desparrame en cenizas, y así lo hace un enano de aspecto inquietante que parece el dueño de este lugar. Recuerdo a Quasimodo y a otros personajes extraordinarios inventados por la literatura romántica, habitantes de bóvedas de catedrales, de cementerios y ruinas frecuentadas por fantasmas.

Es un hombrecillo de cabeza enorme por las mechadas de pelo lacio y sucio que la cubren. Lleva el busto desnudo, surcado de cicatrices, lo mismo que el rostro. Como es guardián de este lugar, nos imaginamos que las tales cicatrices deben ser huellas de quemaduras. Un harapo anudado al talle



constituye toda su vestimenta. Su orgullo debe ser un collar hecho de conchas que le cae sobre el pecho.

Este enano de ojos diabólicos y rictus feroz va de un lado a otro con aire importante, hablando a las familias de los difuntos, señalando los lugares donde pueden levantarse las nuevas piras. Con una habilidad profesional y sin más herramienta que una horquilla corta, borra en pocos instantes los restos de las cremaciones anteriores. Echa al río los residuos de la leña consumida y las cenizas del esqueleto que deshizo a palos minutos antes. Los devotos metidos en el agua no se apartan al ver caer entre ellos estas migajas fúnebres. Continúan sus pías gesticulaciones, cruzan las manos sobre el pecho, las elevan, beben sorbos del líquido sagrado. Unos lo tragan; otros hacen buchecillos con él y vuelven a arrojarlo.

Según me explica el joven empleado, estas cremaciones de la mañana han sido de muertos cuyas familias pudieron pagar leña abundante. El costo de una pira modesta es de seis a ocho rupias, lo necesario nada más para que el cuerpo quede totalmente consumido. Los pobres, cuyas familias economizan la madera, sólo son quemados a medias. Doblan su cadáver para que ocupe menos sitio dentro de la pira, lo rompen por la cintura, pegando las piernas a la mitad superior, y aun así, se consume la leña muchas veces antes de que el cuerpo esté totalmente carbonizado... Pero el gnomo terrible, guardián de este lugar, no puede perder tiempo, necesita espacio para los otros cadáveres que van llegando, y cuando ve que una hoguera agonizante no puede dar más fuego, echa al río el montón de cenizas. Y las entrañas solamente chamuscadas, así como los huesos a medio carbonizar, caen en el santo Ganges junto a los devotos que continúan sus oraciones y sus tragos rituales.

Este enano indostánico, que se muestra humilde e hipócrita con los que él considera de casta superior, habla a nuestro acompañante al mismo tiempo que nos sonrío manteniéndose a cierta distancia, pues sabe que no debe tocar a los seres elevados ni con el aliento. El joven funcionario nos explica sus chistes crueles. Clasifica a los muertos como si fuesen viandas de cocina: en asados, a medio asar y crudos. Él sólo respeta a los bien asados, o sea a los ricos, que consumen mucha leña. Como la mayoría de sus correligionarios, este hombrecillo considera uno de los espectáculos más interesantes que pueden presenciarse en esta vida la cremación de un cadáver de rajá. Cuando muere alguno de éstos en la ciudad de Benarés, llegan muchedumbres de largas distancias para deleitarse con el perfume de la pira de sándalo y otras maderas preciosas, que va consumiendo lentamente el cuerpo del príncipe, mientras satura la atmósfera de bálsamos celestiales.

En realidad, éste quemadero de Calcuta no difunde hedores nauseabundos. Hay en el ambiente un fuerte olor de madera quemada y sólo un lejano tufillo de carne recién salida del asador. Tal vez sea esto por la delgadez inaudita de los cadáveres indostánicos. Son esqueletos con forro de piel. Causa asombro que el cuerpo humano pueda llegar a tal consunción.

La pequeñez de los cadáveres nos reserva una sorpresa. La primera cremación va a ser la de la niña cuyo entierro encontramos en una calleja inmediata. El gnomo, ayudado por unos cuantos hombres de dicho séquito, empieza a preparar la pira. Colocan, como si fuesen los cimientos de un edificio, cuatro troncos gruesos que forman un rectángulo. En el interior depositan simétricamente otros leños más delgados, y así forman la base de la futura hoguera.

Se oye un graznido continuo de las bandas de cuervos alineados encima de las arcadas que revolotean atrevidamente sobre nuestras cabezas. En toda Asia abunda el cuervo, como he dicho

repetidas veces, pero en Calcuta resulta un personaje familiar y hay que convivir con él. Son las once de la mañana y la luz del sol desciende casi verticalmente de un cielo limpio de nubes. Al calor de su refracción se une el de algunas hogueras que todavía arden en un extremo de la fúnebre explanada. Este fuego se hace sentir y no se deja ver. El resplandor solar borra las llamas. De sus lenguas rojas no se ve más que el hilillo humoso del vértice.

Cada cortejo ha dejado en el suelo las angarillas de sus muertos, sentándose en torno a ellas para esperar. Con el encogimiento y la timidez de un rezagado pobre entra un último entierro. Dos portadores, un anciano y un niño, sostienen una camilla hecha con ramas y sobre ella va tendido un cadáver cubierto por un andrajo de hedionda suciedad, que parece oler a cólera, a peste bubónica, a todas las enfermedades contagiosas de la multitud indostánica. Tres mujeres marchan detrás del muerto, envueltas en velos blancos, con los brazos y las piernas llenos de ajorcas pesadas y de vil metal.

Recibe el enano con hostilidad a esta comitiva miserable. Es un «crudo» el que llega. Discute con los portadores y les obliga a que esperen con su muerto lejos de los otros cortejos. El viejo y el niño acaban por abandonar su camilla y desaparecen. Las mujeres, sentadas en el suelo, velan el cadáver. Por el borde del repugnante sudario asoma un pie flaquísimo, y esta especie de garra inferior guarda aún en su tobillo el envoltorio de un trapo, último vestigio de enfermedad y agonía.

Las tres mujeres, que llevan un adorno de metal en sus narices, tienen fijas las miradas sobre el relieve del cadáver invisible. Toda su emoción se denuncia en el agrandamiento de sus ojos. Nadie llora en este lugar. No veo una sola lágrima. El indostánico ignora que el dolor debe expresarse con un derramamiento de humores oculares.

Me voy fijando en una particularidad de los diversos cadáveres que esperan su turno para la cremación. Se adivina su sexo por la envoltura exterior. Las mujeres tienen depositado un manojito de flores en la oquedad que se marca entre su vientre y el arranque de sus piernas. A los cadáveres masculinos les han colocado una piedra en el mismo sitio.

Empieza la ceremonia de la purificación para la niña delgadísima, cuya familia debe ser bien acomodada a juzgar por su acompañamiento. Y aquí experimentamos la sorpresa de que hablé antes. Esta muchachita resulta una hembra de más de treinta años; una madre de familia. Y sin embargo, aun después de conocer su verdadera edad, ¡nos parece una cosa tan insignificante bajo su envoltura de gasas y de flores!... ¡Abulta tan poco el pobre cuerpo!...

El marido, cuya cabeza empieza a grisear, está procediendo a su purificación. Nos lo muestran de lejos, mientras un barbero le afeita en la bajada del *ghat*. Los dos se hallan en cuclillas, frente a frente. Los barberos indostánicos trabajan así. Agarran al parroquiano por una oreja o le pellizcan una mejilla, mientras con la otra mano rasuran su cara y su cráneo.

Este hombre de gesto grave y ojos dilatados y fijos que no saben llorar paga al barbero su trabajo con unas moneditas de níquel e inmediatamente se desnuda, quedando sólo con un cinturón que le pasa entre las piernas. Debe purificarse en el río antes de prender fuego a la pira de su esposa. Va descendiendo por el *ghat* hasta quedar con el agua por encima de los pechos. Ora, sumerge su cabeza, bebe, hace los bucheros rituales, y vuelve a subir para vestirse una túnica blanca, completamente nueva, que dejó en mitad de la escalinata.

Al lado de las angarillas de color rosa está sentado en el suelo un muchacho como de doce años. Es el hijo de la difunta. Tiene una expresión de perrito triste que sigue el entierro de su amo. Pero está

mudo; no puede aullar como el otro. Mira con fijeza, sin una lágrima en las pupilas, el cuerpecito de flaca adolescente que marca sus gráciles contornos bajo el sudario color de rosa.

Una señora que está a mi lado rompe a llorar viendo este dolor silencioso.

—¡Pobrecito!... ¡Pobrecito mío!

Él vuelve su cabeza, adivinando la compasión, la dolorosa ternura de estas palabras que no puede comprender. Vemos su tez de canela aterciopelada, sus ojos negros de antílope agrandados por el dolor. Nos mira un momento sin expresión alguna. Luego, su vista se desliza, volviendo otra vez a posarse en el cuerpecito de su madre.

No puede continuar dicha contemplación. Los amigos de la familia han levantado las angarillas y llevan el cadáver hacia el Ganges, por el graderío del *ghat*. Cuando a los portadores les llega el agua a la cintura sumergen la camilla fúnebre. Se lleva la corriente de golpe las coronas de flores, los manojos de verdura que adornaban el lecho de la muerta. La gasa se destiñe, formando sobre el agua una gran mancha purpúrea, como si fuese de sangre.

Esta inmersión hace que se marquen instantáneamente todos los contornos del cadáver, lo mismo que si estuviese desnudo. Las gasas desteñidas tienen ahora un color de carne y parecen no existir, adheridas al cuerpo femenino. Pero este cuerpo ¡es tan poquita cosa!... Parece imposible que haya podido salir de su interior el adolescente que continúa sentado en el suelo, mirando con fijeza hipnótica el lugar donde poco antes estaba la muerta.

Chorreando agua vuelve el cadáver a subir el *ghat*, mientras sus conductores reanudan el cántico monótono de una hora antes: *Bolo Hari, Hari bolo*. Lo colocan sobre la base de la pira. Luego el enano y sus ayudantes van amontonando sobre la difunta nuevos leños, hasta que al fin completan la pira en forma de edificio, rematándola con una especie de techo de doble pendiente.

Pasa por el río uno de los vapores blancos. En sus cubiertas van numerosas señoras rubias con trajes de fina batista y *gentlemen* de aspecto elegante. Deben vivir en *bungalows* de las afueras, con hermoso jardín, y vienen a Calcuta para hacer sus compras o para tomar el tren en la estación inmediata de Howrah. Nadie mira hacia el Quemadero. El esbelto barco levanta una sucesión de ondulaciones que mecen las guirnaldas floridas arrancadas al cadáver y la mancha roja de sus velos desteñidos. Estas ondulaciones chocan con el pecho inmóvil de los devotos que se bañan en el Ganges; pasan en delgadas láminas sobre el lomo de los búfalos hundidos en la ribera fangosa.

Contemplamos con angustia los preparativos para la cremación de esta pobre indostánica, empequeñecida por el dolor y la muerte. No la conocimos cuando vivía; nunca sabremos su nombre, pero el azar nos ha unido a ella con un recuerdo sentimental que durará lo que dure nuestra existencia.

El esposo, entorpecido por el dolor, no sabe cómo debe cumplir sus funciones rituales. Tal vez no asistió nunca a un entierro en el que tuviese que figurar como el primero de los acompañantes. A él le corresponde prender fuego a la pira, dando vueltas en torno de ella para que el fuego surja de todos lados al mismo tiempo. El horrible gnomo ha puesto una antorcha en sus manos y le indica lo que debe hacer, con la suficiencia de un sacristán que asiste a un entierro de primera clase en las iglesias de Europa.

Se adivina que el pobre marido no ve. Avanza su antorcha, y las más de las veces su llama se pierde en el aire. Pero sus ojos continúan secos. Al fin el montón de leña empieza a arder. Se escapa entre el llamear crepitante de la madera tierna una nube de pavesas de las ropas sutiles. A través de los

troncos que se ennegrecen y se rajan vemos algo semejante a unas ramas blanquecinas, los miembros gráciles de la muerta que burbujan con el chirrido de la grasa. Arde el cadáver, y entre los desgarrones de la carne abierta y retorcida por el fuego comienzan a asomar las aristas rígidas de los huesos.

—¡Vámonos, vámonos! —dice alguien detrás de mí con voz desfalleciente.

Sí, debemos irnos... Y sin embargo, quedamos inmóviles, sin voluntad, con los pies fijos en el suelo, como el que contempla la lumbre de una chimenea en las noches invernales y a cada minuto se da a sí mismo la orden de abandonar el asiento sin conseguir verse obedecido. Sentimos a un tiempo la atracción de la llama, la terrible curiosidad de las emociones violentas, el horror de la muerte.

Suena un estallido en el interior de la pira. Es la ruptura del vientre agujereado por el fuego, el esparcimiento de las vísceras, la dilatación de los vapores humanos, algo horrible que va más allá de los leños ardientes y cae en el suelo. Pero el enano se mantiene cerca de las llamas, con una previsión de técnico, y recoge velozmente todo lo que el fuego expelió, volviendo a arrojarlo en la hoguera. Ha llegado la hora de irnos. ¿Para qué seguir contemplando la cremación de los otros?... ¡Adiós, madre calcutana, pequeña como una niña, que nunca conocimos y recordaremos siempre!

El gnomo, que sabe calcular el curso de las incineraciones, ha abandonado esta pira, juzgando inútil su presencia, y se ocupa en levantar otra, discutiendo con los acompañantes del difunto sobre la clase y el precio de la leña.

En el patio exterior volvemos a encontrar las tres mujeres sentadas en el suelo en torno a la camilla de la que surge el pie enjuto con su vendaje de harapos.

Sus portadores, el viejo y el niño, aún no han vuelto. Buscan sin duda en su barrio, inútilmente, almas piadosas capaces de darles una limosna. No encuentran con qué pagar la leña que está esperando este infeliz indostánico, pobre en el curso de toda su oscura historia, pobre hasta más allá de la muerte.

La igualdad ante la nada final sólo existe físicamente. Los hombres se han encargado de suprimir esta igualdad consoladora, prolongando hasta el interior del misterio de la muerte las desigualdades de nuestra jerarquía social. En este pueblo se muere según la leña que se puede comprar. En otros de Asia, según los objetos de cartón destinados a embellecer la vida ultraterrena. En nuestros países civilizados según las ceremonias y pompas pagadas que se desarrollan ante las tumbas, con un carácter de supuesta espiritualidad.

Dejo caer cinco rupias sobre el sudario hediondo y contagioso que cubre a este cadáver.

Las tres mujeres levantan la cabeza y me miran con unos ojos secos, dilatados por el asombro. ¡Un blanco preocupándose de un pobre indostánico de casta inferior!... Mi acción inesperada, incomprensible, parece impresionarlas más que la vecindad de la muerte.

# **Tomo III**

**India — Ceilán — Sudán — Nubia — Egipto**

# 1. La capital de Bengala

Servidumbre de los hoteles de Calcuta.—Cuervos y chacales.—El Agujero Negro.—Las vacas sagradas.—El toro, igual al hombre.—Casamientos infantiles.—Devotos de Siva y sacrificio sangriento a Kali la Negra.—El árbol-bosque.—La fiesta anual de las serpientes.—Los *sapwalas* de Calcuta.—El faquir color de vino y sus juegos extraordinarios.—Lo que sacó de una de mis solapas, haciéndome saltar atrás, con gran parte del público.

El Gran Hotel de Calcuta es enorme, complicado y feo como un cuartel. Sus dueños sucesivos han ido abriendo puertas y lanzando galerías hasta posesionarse de todas las casas de la manzana. Sus habitantes tenemos que orientarnos para ir de un extremo a otro, subiendo y bajando escaleras, atravesando salones interminables de altísimo techo, perdiéndonos a continuación en un laberinto de piezas, exiguas y tortuosas.

En su piso bajo hay bazares, abundantes en ricas telas indostánicas, pieles de tigre real, muebles de nácar y maderas preciosas. Los comedores son amplios y sonoros como naves de iglesia. Para llegar a la remota ala donde tengo mi habitación debo atravesar varios patios, cuyo centro está ocupado por kioscos. Arriba, dormitorios y corredores, con paredes enjalbegadas de cal amarillenta, tienen un aspecto miserable y triste de cárcel.

Dichos corredores se hallan habitados por una población indígena, que come, vive y duerme sin salir de ellos con pretexto de servir a los huéspedes. Todos los que residen en Calcuta largo tiempo mantienen criados propios, para su servicio, además de los del hotel. La domesticidad es floja en su trabajo, pero en cambio cuesta poco a los amos. El criado recibe quince rupias al mes y se procura a su modo el alimento y la cama. Todos duermen en los pasillos, ante las puertas de sus dueños, en compañía de los otros servidores que pertenecen al establecimiento. De noche, para llegar a mi dormitorio, paso entre dos filas de indostánicos negruzcos, con grandes turbantes y ojos de brasa, que miran con una fijeza enigmática. Algunos, cansados de dormir en cuclillas, acaban por tenderse a través del pasillo, y hay que ir saltando sobre sus cuerpos.

La domesticidad femenina, igualmente numerosa, se refugia en lugares menos frecuentados y duerme conservando su traje, parecido al de las Madonas de la pintura italiana, larga túnica con ribetes de galón plateado y un velo de idéntico adorno que las envuelve todo el cuerpo y acaba cubriendo su cabeza. Aunque sean pobres, llevan cargados los brazos con múltiples pulseras de pesado metal blanco y un botón de plata incrustado en la nariz o en una mejilla. Estas hembras de tez oscura, ojos enormes y exagerada delgadez que hace pensar en la línea escurridiza de la anguila, apenas las ve el viajero mientras vive en el hotel; mas así que intenta marcharse, empiezan a surgir de corredores y puertas. Forman en dos alas, uniéndose a la otra tropa de domésticos masculinos, todos sin zapatos, con calzoncillos blancos y gran turbante; se inclinan levándose una mano a la frente, murmuran saludos que parecen oraciones, y hay que ir repartiendo monedas de níquel a un lado y a otro, pues las hospederías indostánicas, por importantes que sean, más bien parecen asilos, donde cada cliente debe costear el sustento de numerosos criados inútiles.

Cuando llega el lavandero para entregar la ropa, o se presenta un vendedor de objetos del país, toda la chusma instalada en el pasillo se cuela tranquilamente en la habitación, dando sus opiniones, como si alguien les hubiese llamado, hablando a un tiempo en su lengua, con algunas palabras inglesas que

resultan igualmente ininteligibles. Tal vez son buenas gentes, pero su aspecto resulta inquietante. El misterio del alma indostánica, tan confusa para nosotros, brilla en sus pupilas, que son negras y saltonas, sobre córneas amarillentas. Gritan, manotean, se echan encima del viajero con el impulso de su vehemencia verbal, y éste acaba casi siempre por enfadarse, empujándolos al pasillo, donde continúan vociferando.

Abajo, en comedores y salones a estilo occidental, el doméstico lleva levitón blanco, faja roja y turbante igualmente immaculado, aproximándose con discreta elegancia a los huéspedes merced al resbalador silencio de sus pies descalzos. Arriba, en los diversos pisos, pulula la servidumbre a estilo indígena, con calzoncillos astrosos y un trapo arrollado a la cabeza por toda vestidura, la cara hollinada, cobriza, de palidez amarillenta blanca como la nuestra, y todos ellos mirando en torno ávidamente, cual si esperasen un descuido del viajero para llevarse algo.

Otros parásitos tienen los hoteles de Calcuta: los cuervos. He dicho repetidas veces que este volátil es el eterno habitante de todos los cielos de Asia, pero en Calcuta se ve más protegido y respetado que en las otras ciudades del viejo mundo. Su crocitar estridente resuena en patios y tejados desde la aurora a la puesta del sol. Todos los cuartos del hotel tienen ventanas enormes. Más que ventanas son vidrieras iguales a las de un estudio de pintor, y ante su muro transparente pasan y repasan las sombras de centenares de alas negras imitando el jugueteo de una banda de palomas.

Al instalarse el viajero, lo primero que le advierten es que no deje sobre las mesas su reloj, su anillo, los gemelos de su camisa y otros objetos brillantes. Los cuervos penetran en las habitaciones, lo mismo que la población doméstica acampada en los pasillos, y se llevan en el pico o las garras todas las cosas metálicas, indistintamente. El lector pensará que contra este peligro hay el simple remedio de tener cerrada la vidriera, pero ignora que los indostánicos desean evitar molestias a todo animal, hasta a los más pequeños, y para que el cuervo no sufra el tormento de dar empujones inútiles a esta pared luminosa y dura, han tenido la previsión de dejar sin cristal uno de los cuadros superiores de la ventana. De este modo, el pajarraco que se nutre en los campos de animales muertos y otras inmundicias entra y sale en vuestro dormitorio graciosamente, lo mismo que un loro o un ave del Paraíso.

Mientras estoy en el baño sigo las evoluciones de cierto cuervo pardo, ágil, no muy grande, que pasea por mi habitación como en terreno propio. Deben de haberse repartido equitativamente el disfrute de las piezas del hotel todas estas bestias poco atractivas que aletean en torno al patio y descansan formando hileras sobre el filo de los tejados. El que monopoliza mi habitación se ha colocado en el rectángulo sin cristal, con las garras sobre el borde de madera, medio cuerpo hacia el exterior, para platicar con sus compañeros desafinadamente, mientras su mitad posterior eriza las plumas y deja caer rítmicamente dentro de mi cuarto las superfluidades hediondas de su digestión.

El indo que dormita en cuclillas al otro lado de la puerta se encargará de borrar este ultraje, gracias al sagrado respeto que le inspiran todos los seres vivientes. Estos servidores son incapaces de matar los parásitos albergados en la cama, y si encuentran debajo de ella un escorpión, una araña peluda o una serpiente, se apartarán para abrirles paso, rogándoles que se vayan con palabras corteses. Todos somos hijos de Brahma, y nos debemos mutuo respeto. Más de una vez se han llevado los cuervos sortijas y otras alhajas femeninas mientras sus dueñas estaban en el baño. Cuando ocurre esto, los criados más expertos del hotel celebran consejo; adivinan por la habitación qué cuervo puede haber realizado el robo y en qué árbol de la inmediata avenida acostumbra a refugiarse cuando se siente

aburrido de su vida en los tejados. Y lo extraordinario es que casi siempre acaban estos adivinos descalzos y con turbante por encontrar el objeto robado en alguno de dichos escondrijos.

Resulta más visible aquí que en otras ciudades de la India el rudo contraste entre los adelantos de la colonización inglesa, superficiales y brillantes como una capa de barniz, y las tradiciones del pueblo indostánico, que llevan una existencia de miles de años. El virreinato británico, establecido en Calcuta hasta hace poco, llenó la capital bengalí de edificios oficiales y paseos a imitación de los de Inglaterra. Con motivo del jubileo de la reina Victoria fue construido el Victoria Memorial, palacio de mármol blanco, a imitación del famoso Taj Mahal de Agra, que parece de lejos una pequeña montaña de estearina flanqueada de arboledas. Todos los jardines tienen extensos prados de césped, como los de Londres, siendo difícil y costoso mantener su frescura en esta tierra solar. Los ingleses de Calcuta, olvidando las diferencias geográficas, se entregan en estos jardines a sus deportes nacionales, a las mismas horas que sus compatriotas de Europa, sin miedo a una insolación fulminante.

El lugar histórico más célebre de Calcuta es el llamado *Black Hole* (Agujero Negro). En 1750 un nabab de Bengala se sublevó contra los ingleses para librar su país de la rapaz Compañía de las Indias (la «vieja dama de Londres», como la llamaban sus víctimas), consiguiendo apoderarse de Calcuta. Ciento cuarenta y siete defensores de la ciudad, al rendirse después de largo combate, quedaron encerrados por los vencedores en un pequeño subterráneo. Esto fue a las ocho de la noche y en verano. El calabozo de piedra tenía dos ventanillos nada más, con espesas rejas que sólo dejaban filtrar una cantidad mezquina de aire. A las dos horas de permanecer hacinados en dicha prisión, los ciento cuarenta y siete ingleses empezaron a pedir socorro. Todos sentían los tormentos de la asfixia y la sed. Se desnudaron para librarse del calor de este encierro tropical; bebieron el propio sudor para apagar su sed. Los que se dejaban caer en el suelo morían sofocados minutos después. Los más fuertes se abrieron paso para situarse junto a los ventanillos, disminuyendo con ello la escasa entrada de aire. Tan alta era la temperatura, que los cadáveres de los caídos entraban inmediatamente en putrefacción. Las cabezas aglomeradas en los respiraderos proferían insultos contra los centinelas indostánicos y sus jefes, con la esperanza de recibir un balazo que diese fin a sus angustias.

Toda la noche duró tal suplicio. Cuando al amanecer entraron en el Agujero Negro los oficiales del nabab, solamente vieron veintidós prisioneros con vida de los ciento cuarenta y siete encerrados ocho horas antes, pereciendo a los pocos días la mayor parte de los supervivientes.

Al reconquistar Calcuta los ingleses, el *Black Hole* fue demolido, y ahora en su antiguo solar se alza un edificio que conmemora este episodio horripilante.

En ciertos barrios, la forma de las calles, el indumento de los transeúntes, las fachadas de los edificios, nos hacen pensar que vivimos en una capital de provincia inglesa. Mas así que cierra la noche, la más grande de las ciudades de la India pierde su cáscara europea y la jungla vecina vuelve a invadirla hasta que resurge el sol.

Durante mi primera noche en el Gran Hotel, situado frente al más céntrico de los jardines de Calcuta, fue interrumpido mi sueño muchas veces por el continuo ladrar de numerosos perros vagabundos. Era un ladrido nuevo para mí, que me hizo suponer la existencia de una raza de perros indostánicos completamente desconocida fuera del país. A la mañana siguiente, mis amigos calcutanos rieron cuando les pedí explicaciones sobre estos animales de incansable aullido.

Los chacales se introducen por la noche en la ciudad, para buscar su alimento en los montones de



basura, disputándose luego las presas. Un joven comerciante español, residente hacía años en Calcuta, vino algunas veces a conversar conmigo hasta pasada la medianoche, y siempre encontró al marcharse, en las inmediaciones del hotel, alguno de estos chacales urbanos, lo que no representa para los que conocen el país una vecindad inquietante. Los trasnochadores de Calcuta tropiezan frecuentemente con estos perros salvajes, que gruñen de sorpresa ante el europeo y acaban por huir. Saben que el blanco no siente por ellos el respeto del indostánico y puede agredirles aunque se muestren algo domesticados por sus frecuentes visitas a la ciudad.

De día otras bestias dificultan el tránsito en las calles populares. Son los toros y vacas sagrados, que viven a expensas del vecindario y nadie puede molestar.

Los habitantes de una calle poseen uno o varios de dichos animales, viendo con cierta vanidad cómo se pasean lentamente por sus dominios. Son gordos, lustrosos, se mueven con una torpeza majestuosa, y parecen animados de maligna inteligencia para hacer sentir a las personas su calidad de animales santos. Doblando sus patas para descansar, se atraviesan en la acera y no dejan sitio al transeúnte, obligándolo a descender al arroyo. Otras veces quedan inmóviles en medio de la calle, y automóviles y carretas detienen su marcha hasta que la bestia sagrada, casi siempre de pelaje blanco y cuernos breves, se decide a apartarse, convencida por los gritos cariñosos y los razonamientos de sus adoradores.

Nadie se atreve a empujar a dichos animales. Estando en Calcuta, leí la sentencia contra un chófer culpable de haber golpeado con su vehículo a una de estas bestias inmovilizada insolentemente en medio de la calle. El juez municipal, indostánico de casta superior, afirmó en sus conclusiones que el toro posee un derecho absoluto de transitar por las calles igual al del hombre, siendo su vida tan importante como la de éste, por todo lo cual impuso al chófer varios días de cárcel.

Al mismo tiempo que los indostánicos mantienen a las bestias sagradas de su barrio opíparamente, a costa de la propia alimentación, rodeándolas de cuidados divinos, los demás toros que no han sido consagrados pasan por las calles sucios de fango y de boñiga, con la cornamenta astillada, los costillares angulosos por su flacura, tirando de carretas excesivamente cargadas, cuyas ruedas de disco sólido chirrían sobre un adoquinado desigual.

La inverosímil sentencia del juez indostánico y los exagerados honores a los toros y vacas de Shiva empiezan a comprenderse al poco tiempo de vivir en Calcuta. Palacios y paseos a la inglesa parecen esfumarse, perder su realidad, al mismo tiempo que nuestra observación hace nuevos descubrimientos en la masa indígena que circula por avenidas y callejuelas.

Entre soldados británicos de calzones cortos y casco blanco, entre funcionarios coloniales con elegancia de *gentleman* y opulentos mestizos que dan el brazo a damas de su familia vestidas a la moda de Europa, pasan faquires andrajosos, de una delgadez esquelética, la cara pintada de blanco lívido, lo mismo que Pierrot. Sus máscaras son un amasijo de ceniza y excremento de vaca sagrada.

En las horas próximas al mediodía, los más de los transeúntes indostánicos sostienen en la palma de su diestra un vaso de bronce lleno de agua. Es el líquido necesario para las purificaciones, y lo llevan a sus hogares a través de las avenidas modernas, sorteando el encuentro con tranvías y automóviles, fingiendo no verlos, lo mismo que si cumpliesen un rito sagrado en la soledad de las selvas. Deben evitar todo roce con los transeúntes, para que conserve su pureza el agua recogida en el río sagrado. Si un indígena de casta inferior o un blanco toca al pasar su vaso de barro o de vidrio, es preciso que lo rompan inmediatamente. Cuando la vasija es de metal, basta con lavarla repetidas veces

para su completa purificación, yendo en busca de agua nueva al brazo del Ganges.

La chiquillería juega desnuda en medio de las calles populares. Es frecuente oír una música que tiene por base los truenos del bombo y el choque metálico de los címbalos. Detrás de ella desfilan los sacerdotes hinduistas como figurantes de ópera, una punta del manto blanco echada sobre el hombro izquierdo, la negra cabellera bien peinada y lustrosa de aceite de clavel. Los niños corren hacia la procesión y forman una escolta de cuerpecitos sin tapujos en torno a los sagrados personajes.

Esta infancia de carnes al aire lleva casi siempre una cadenita en las caderas, de la que pende un objeto metálico tapando los rudimentarios órganos genitales. Una rodaja de metal golpea suavemente el pubis femenino, todavía sin vegetación. Los niños, en vez de esta medalla, llevan una o dos llavecitas extraplanas, de las que sirven para las maletas. Tales adornos parecen en el primer momento un convencionalismo pudoroso de la moral, como la famosa hoja de parra. Luego resultan signos matrimoniales. Las llavecitas del futuro varón y la medalla de la hembra equivalen a un aviso de que estos dos pequeños cuerpos ya tienen dueño.

Los matrimonios infantiles son frecuentes en la vida indostánica. Los padres acuerdan entre ellos el casamiento de sus hijos cuando tienen dos o tres años, y a veces menos.

En una ciudad del interior de la India presencié el cortejo de tres matrimonios celebrados a la vez. Los novios iban en un automóvil, rodeados de jinetes que disparaban sus pistolas y de músicos alborotadores. Los tres llevaban el distintivo nupcial: una franja de pequeños madroños, semejantes a los de un cubrecama, que les caía sobre el rostro a modo de visera, y tenían una edad entre cinco y nueve años. A continuación, en otro automóvil, pasaron las tres esposas, envueltas en velos de plata. Todavía eran más tiernas, y la muchedumbre anunciaba con regocijo que la menor no había cumplido año y medio.

Después de sus bodas, los cónyuges se despojan de las galas nupciales, y colgándoles sobre el sexo la medalla o las llavecitas por toda vestimenta, vuelven a reanudar sus juegos con otros niños que viven en una situación semejante. Sólo cuando llega la pubertad para el esposo y la esposa, que han estado jugando cada cual por su lado, se van a vivir juntos, obedeciendo a sus familias.

La religión marca el rostro cobrizo de las personas mayores. En esta ciudad, tan próxima a los lugares donde vivió Buda, hay pocos budistas. Tampoco la gran masa indostánica profesa el brahmanismo, como se cree generalmente. Esta religión pertenece a la casta superior; exige la lectura de los libros védicos, y sólo pueden profesarla los brahmanes.

El llamado hinduismo es la religión general de los indostánicos, grupo confuso de sectas que tiene por base el politeísmo y la magia. El pueblo se convirtió al brahmanismo en otros siglos de un modo superficial, y los brahmanes, por su parte, para vencer a los budistas, buscaron la alianza con los cultos primitivos y degradados de la India, contentándose con que su autoridad personal fuese respetada. Se halla dividido el hinduismo en numerosas sectas pobladas de dioses, diosas y demonios, con desbordante exuberancia. Ídolos y fetiches reciben culto de los sacerdotes hinduistas, con gran derroche de iluminaciones, derramamiento de flores, repiques de campanas, música de gaitas y tambores, danzas de bayaderas.

Es creencia general que el hinduismo adora a la *Trimurti* o Trinidad indostánica, compuesta de Brahma, espíritu creador; Shiva, espíritu destructor, y Visnú, espíritu conservador; pero en realidad estos personajes celestiales se reparten muy desigualmente la devoción de los fieles. Brahma, dios

abstracto, sólo comprendido por los hombres de clase superior, dedicados al estudio de los libros santos, jamás ha sido popular ni tiene adoradores en la muchedumbre. Shiva y Visnú son dioses célebres, venciendo el primero en popularidad al segundo.

Shiva significa «el Misericordioso», mas no le impide tal nombre ser un dios temible, y así se muestra en los altares con un collar de cráneos sobre el pecho, varias serpientes arrolladas al tronco y un tercer ojo en medio de la frente, lo mismo que los cíclopes de la mitología griega. Sus tres esposas Kali (la Negra), Durga (la Inaccesible) y Parvati (la Hija de la Montaña) resultan también divinidades complejas y contradictorias, unas veces amorosas y otras pidiendo sangre y muerte. Shiva, creador y destructor al mismo tiempo, es el símbolo de la vida que nace y muere sin descanso. Los toros y vacas consagrados a él como ídolos ambulantes vagan por las calles, como ya he dicho. Los adoradores de Shiva revelan su devoción particular trazándose entre las cejas unas rayas verticales en forma de tridente, arma del mencionado dios. Las cofradías de Visnú, menos numerosas, se distinguen por otros signos, pintados también en el entrecejo.

Después del terrible Shiva es Kali, la primera de sus esposas, la que reúne más devotos. Visito una tarde el templo de Kali en Calcuta para presenciar un sacrificio. La diosa sólo admite sangre. Sus sacerdotes, medio desnudos, entran en el templo varias cabras y las van degollando ante el altar de la diosa negra.

Corre la sangre en arroyuelos sobre las baldosas de mármol, salpicando nuestros trajes blancos. Todos los niños de las calles próximas han acudido a presenciar esta ceremonia extraordinaria, organizada para un grupo de occidentales. Las puertas del templo están obstruidas por el oleaje de estos cuerpecitos desnudos con su colgajo metálico debajo del vientre. Se empujan para ver mejor el borboteo de la sangre, el jadear de unos costillajes moribundos cubiertos de pelos blancos o rojizos, y sofocan con sus voces el lamento de los balidos... Luego, cuando sean hombres, todos ellos se negarán a aplastar un insecto.

Huimos del templo de Kali y su cálido ambiente de matadero, para ir en busca del plácido Jardín Botánico, a orillas del río. Es célebre por sus avenidas de palmeras gigantes y su banano reproductor, árbol que vimos en los maravillosos jardines de Java.

Aquí, un solo banano cubre cerca de un kilómetro cuadrado. Las ramas salidas del tronco primitivo buscaron el suelo, para convertirse a su vez en nuevos troncos, haciendo del árbol único todo un bosque. Contemplamos a distancia este gigante, que al mismo tiempo que invade el espacio verticalmente estira sus brazos con una expansión que parece sin límites, multiplicando sus apoyos en el suelo. Una fila de automóviles, al deslizarse ante sus troncos numerosos, resulta tan diminuta como un rosario de hormigas siguiendo los bordes de un arriate de jardín.

Todas las variedades de la flora tropical se aglomeran en torno a las plazas y avenidas de esta ciudad silenciosa de árboles. El suelo de aluvión aportado por el Ganges, en tiempos remotos, es elástico y esponjoso bajo el pie. El agua muerta de las lagunas, con su costra verde y sus hojas flotantes, del tamaño de escudos, inspira inquietud. Su profundidad misteriosa hace pensar en el caimán del río inmediato, bestia propensa a los cambios de refugio; en la boa redonda como un tronco, que no posee el arma fulminante del veneno, pero quiebra animales y hombres con el apretón de sus anillos, haciendo crujir costillas y vértebras.

Además, vivimos en Bengala, y sobre el suelo de este jardín limpio y bien cuidado marcó numerosas veces sus patas uñosas el famoso tigre que lleva el mismo nombre de la provincia. Aún

podría volver. Las bocas del Ganges, con su espesa jungla, sólo están a una distancia relativamente breve, aumentada por las revueltas que traza el río antes de perderse en la bahía del Diamante. El veloz tigre de Bengala lograría salvar esta distancia en poco tiempo, pero la colonización inglesa ha tendido las múltiples barreras de sus fábricas de yute y sus poblaciones de obreros indígenas entre Calcuta y el mar. El tigre hay que buscarlo ahora en plena jungla o en el interior de la India, donde los rajás favorecen su reproducción para las cacerías.

En cambio, las serpientes venenosas son cada vez más abundantes, o sus víctimas aumentan en número, debido a su pasividad e imprevisión. Yo había leído que anualmente mueren en la India 20.000 personas a causa de las mordeduras de los reptiles. Cuando menciono dicha cifra, los conocedores del país hacen un gesto negativo. Eso era antes; ahora la mortalidad ha progresado, y se calcula que en los últimos años mataron las serpientes venenosas un promedio de 35.000 personas.

Por ir el indostánico siempre descalzo, es mordido fácilmente en sus extremidades cuando trabaja los campos encharcados que producen el arroz o al caminar por senderos orlados de traidora vegetación. Además, el indígena puede matar a un hombre, pero teme hacer daño a los demás seres con vida, y la *naja*, o sea, la serpiente de anteojos, que los portugueses llamaron *cobra de capelo*, le inspira un respeto tradicional. Antes que matarla, prefiere dejarse morder por ella y perecer si tal es su destino.

Los *sapwalas*, encantadores de serpientes, gozan de cierta consideración religiosa como sacerdotes degenerados de un culto que desapareció. En Bombay y otras provincias se celebra la *Nag Panchami*, fiesta anual de las serpientes en honor del dios Krishna, matador de una enorme pitón que desolaba las orillas del río Yamuna.

Se reúnen en la plaza más grande del pueblo o de la ciudad varios cientos de *sapwalas*, cada uno con una cesta que contiene numerosas cobras. Los indos piadosos traen jarros de leche de búfala, líquido amado por estos reptiles, y cada vasija queda rodeada de un círculo de serpientes que con la cabeza sumergida beben y beben en absoluta inmovilidad. El *sapwala* tira de las que están hartas, dejando sitio a las otras en ayunas; pero necesita una gran destreza para librarse del reptil desposeído, que se alza con la gorguera hinchada de furor y muerde cuanto encuentra a su alcance.

Esta fiesta dura un día y una noche. Dos mil o tres mil cobras se hartan de leche hasta no poder moverse, y a la mañana siguiente los encantadores abandonan el pueblo, dejando caritativamente suelta en la jungla a toda su colección.

Abundan los *sapwalas* en las calles de Calcuta, siendo admirados por muchos de sus compatriotas que nacieron en países montañosos y helados, donde no existen serpientes.

Los encantadores de Birmania se limitan a hacer bailar los reptiles al son de su gaita. En Calcuta, todo *sapwala* lleva con él una mangosta, pequeño cuadrúpedo carnívoro, especie de hurón, que se alimenta con reptiles y parece dispuesto en todo momento a pelear con las serpientes, por grandes que sean. Como la autoridad británica, respetuosa para todas las religiones de los indos, se muestra igualmente tolerante con sus diversiones tradicionales, pueden los serpenteros desembalar sobre la acera de asfalto de una avenida o la arena suave de un jardín público el contenido de sus cestos, preparando el mencionado duelo. La serpiente envuelve rápidamente con sus anillos al pequeño cuadrúpedo, pero éste acaba por vencerla mordiendo su cabeza.

Otros *sapwalas* son prestidigitadores que emplean para sus juegos reptiles domesticados. Cada vez

que me cruzo en la calle con uno de dichos juglares rehuyo su contacto. Van medio desnudos, pero nadie sabe qué puede ocultar su escasa ropa. Tal vez llevan, a estilo de faja debajo del corto taparrabos, o arrollada en el interior de su turbante, una de sus najas favoritas.

Una mañana, al salir del Gran Hotel, encontramos bajo las arcadas de la avenida principal de Calcuta al más atrayente de los *sapwalas*. La gente de la ciudad lo mira con interés por ser extranjero. Pertenece a la raza blanca. Tiene bronceados por el sol los miembros que no tapan sus andrajos, pero más allá de los bordes de esta vestimenta astrosa se columbra la delicada palidez de su epidermis. Muestra la flacura, las barbas alborotadas y los ojos exaltados de un profeta. Hace recordar al áspero Juan, cuya cabeza pidió Salomé. Su turbante, sus calzones cortos y una especie de escapulario de tela que cubre su pecho tienen el color de las heces del vino.

Es alto, con la esbeltez descarnada de los árabes del desierto. Lleva un palo sobre un hombro, y de sus extremos penden dos sacos del mismo rojo oscuro de sus ropas. Es indudable que en el interior de dichas bolsas van dormidas o se agitan agresivamente dos marañas de cables vivos, con la piel moteada y tricolor, la cabeza chata y venenosa.

El faquir rojizo guiña un ojo invitándonos a que le sigamos a una calle lateral, donde los transeúntes son menos numerosos, y sobre el asfalto de la acera, ante la puerta cerrada de una casa de estilo europeo, descarga sus dos sacos, los abre y empieza a extraer el «género». Serpientes, toda clase de serpientes: unas verdes, estrechas y largas, con la cabeza más pequeña que el cuerpo, reptiles de lagunas y arrozales; otras gruesas, cuadrículadas, multicolores, con dos círculos en forma de anteojos en la parte del dorso que corresponde a nuestro codo, el cuello hinchado como una gorguera, y el hocico triangular saliendo de este capuchón para escupir fríos bufidos.

Vemos inmediatamente la diferencia característica entre la *naja* y las demás serpientes. Éstas apenas se levantan del suelo. Son «el animal maldito entre todos los animales, arrastrándose sobre el vientre y mordiendo el polvo», como dice el *Génesis*. La cobra de cuello hinchado se yergue con audacia, apoyando únicamente en el suelo el último tercio de su cuerpo cilíndrico, y mira al hombre frente a frente cuando éste se pone en cuclillas, lo que contribuye a la sugestión que parece ejercer sobre ella el encantador.

Indudablemente, a las más de las cobras les han arrancado los colmillos venenosos. Otras no han sufrido tal operación, pero evitan morder a sus amos después que éstos las ofrecieron muchas veces su diestra cubierta con placas de hierro, en las que se rompieron sus dientes. A pesar de esto, no es raro que los *sapwalas* mueran mordidos por sus pupilas.

Algo extraordinario debe de ofrecer este juglar color de vino, pues inmediatamente acuden y forman círculo numerosos indígenas que parecen admirarle. Dos soldados indos se ponen en cuclillas junto a las serpientes para verlas de más cerca. Brillan sus ojos con un resplandor de chispa metálica, murmuran palabras en su idioma, parecen entusiasmados de encontrar en una calle de Calcuta a estas amigas que les recuerdan su país.

Mientras tanto, el faquir rojizo va desarrollando su espectáculo. La mangosta combate con una serpiente verde en mitad de la acera. Luego pelean dos reptiles. El director de los juegos saca y saca nuevos «artistas» de sus sacos, que parecen inagotables.

No sé por qué, ha fijado su atención en mí. Estoy en la primera fila del corro, y de buena gana retrocedería a segundo término, cediendo a otro mi lugar. En el interior del redondel, donde se mantiene solo el encantador, van y vienen reptiles, obedeciendo sus combinaciones, mientras otros se

enrollan y quedan fijos, con la inmovilidad del cansancio. Cada vez que termina uno de sus juegos me habla, me saluda con su diestra, como si me lo dedicase. Presiento que tal predilección, que va acentuándose, acabará por proporcionarme algo desagradable. Aumenta mi deseo de retroceder modestamente; pero no me atrevo a hacerlo. Temo las risas de varias americanas que se hallan a mi lado.

El faquir viene hacia mí y empieza a hablarme, sin que pueda entenderle. Todos los indígenas del corro me miran ahora con interés, como si fuese yo un compañero del encantador. Finge éste que se arranca un pelo de su barba y lo coloca sobre mi solapa izquierda. Luego aprieta sobre el mismo lugar donde puso el pelo imaginario una especie de pañuelo, trapucho algo oscuro, sobre el que han pasado varios años de suciedad.

Aprieta el harapo contra mi pecho, como si restañase un chorro de sangre. Es sin duda para que no se escape el pelo maravilloso. De pronto separa el trapo, da un paso atrás, lanza un grito...

Me doy cuenta de que una cosa pesada cae a lo largo de mi cuerpo, desde el pecho a los pies: ¡chap!... Algo ha golpeado el asfalto, con la gravitación elástica de los objetos duros y húmedos... Inmediatamente surge del suelo una cobra extraordinariamente gruesa, levantándose cuanto le es posible sobre el extremo de su cola, con el cuello cartilaginoso hinchado y temblón, lanzando bufidos por su hocico triangular, furiosa a causa de su caída y de los trabajos abusivos a que la somete su amo.

El pelo de barba puesto sobre mi pecho se ha convertido en una *naja* enorme, por el poder mágico del faquir. Nadie ha podido ver el escamoteo. ¿Dónde guardaba la serpiente?... ¿En la cintura?... ¿En el turbante?...

Esto me lo pregunto ahora, pues al ver la cobra irguiéndose junto a mis pies, con el hocico agresivo al nivel de mis rodillas, sólo pienso en dar un salto atrás, y casi derribo con mis espaldas a los curiosos que avanzaban su cabeza poco antes por encima de mis hombros para ver mejor.

No me detengo en dicha retirada hasta quedar a respetable distancia del reptil salido de mi pecho. Muchos indígenas ríen, pero debo añadir que son los del otro lado del corro. Los que están a mis espaldas saltan tanto o más que yo para alejarse de un encantador que se permite tales confianzas con su público.

## El padre Ganges

Cómo se duerme en los vagones-camas de la India.—Aparición del Ganges.—La sagrada ciudad de Benarés.—La orilla derecha y la orilla izquierda del río santo.—Buda y su Sermón bajo el árbol.—La fiesta primaveral del Shivarat.—Navegación por el Ganges.—El baño de los peregrinos.—Los palacios de Benarés.—Olas de flores y cadáveres flotantes o quemados.—El templo caído en piezas.—Las honras fúnebres del santo brahmán.—Un tenor mahometano canta las glorias del padre Ganges.

Pasamos una mala noche en el tren. La dirección de los ferrocarriles indostánicos se ha preocupado minuciosamente del bienestar de los viajeros. Cuatro de éstos ocupan en los trenes expresos un compartimiento amplio, casi un salón. Los vidrios de las ventanas son oscuros, como los anteojos que se usan para amortiguar la luz solar, y a través de ellos parece suavizarse el paisaje en las ardientes horas meridianas. Un cuarto con ducha y otros aparatos higiénicos completan la habitación rodante.

Cada uno de dichos salones tiene un criado especial, indostánico de cara cobriza, boca azulada y muda, pies descalzos, larga levita blanca, abultado turbante. Este servidor se oculta horas enteras, como si hubiese abandonado el tren, y aparece de pronto, lo mismo que un fantasma surgido de las ruedas.

Todo lo ha previsto la administración en tales dormitorios. Sólo falta una cosa en ellos, una sola... las camas. El doméstico enseña dos divanes, que sirven de asientos durante el día, y cuando llega la noche tienen sus respaldos de madera y gutapercha subidos horizontalmente sobre los goznes. Si el extranjero muestra asombro ante esta desnudez, el servidor le da la noticia de que en los ferrocarriles de la India inglesa la cama debe traerla el viajero.

A los que viven en el país, comerciantes mestizos, empleados y militares británicos, les es fácil remediar dicha falta. Les place llevar su propio lecho al ferrocarril. En sus viajes, que duran a veces tres o cuatro días de un lado a otro de la India, ellos y sus familias convierten el cuarto ambulante en una prolongación de la propia casa. Hasta guisan sus comidas o hierven el té en un hornillo portátil.

Los que atravesamos simplemente el país debemos ir a un bazar de Calcuta donde se venden camas de viaje. Son fardos de fácil transporte, que entristecen al que los abre, como un augurio de mala noche. El colchón equivale por su espesor a unas cuantas hojas de papel superpuestas; la almohada-oblea hay que levantarla con una maletita colocada debajo. La manta, por su delgadez, resultaría ilusoria en otras regiones de la India. Afortunadamente, de Calcuta a Benarés la noche será calurosa.

Transcurren para nosotros las horas nocturnas cambiando de postura en el lecho y deseando la aparición del sol. Al hacer alto en las estaciones, escuchamos el lento conversar de nuestro servidor con otros domésticos del tren, inmóviles ante las portezuelas de los compartimentos. Las más de las ventanillas tienen sus vidrios a medio bajar, a causa del ardor de la atmósfera. El espacio abierto resulta infranqueable para un blanco; pero en este país de hombres flacos y escurridizos, representa un peligro. Muchas veces, a pesar de la vigilancia de los criados del tren, se deslizan los ladrones dentro de los coches como si fuesen *najas*, con un silencio reptilisco, robando a los viajeros mientras

duermen.

Todas las molestias de la noche, lecho duro, calor asfixiante, mangas de polvo por las ventanillas entreabiertas, ronquidos angustiosos de los compañeros, se desvanecen al llegar el día. Atravesamos un puente larguísimo, y este tránsito fluvial nos proporciona el regalo de uno de los paisajes más extraordinarios de la India, el que se agarra con mayor tenacidad a la memoria.

El río que acabamos de pasar es el Ganges, el verdadero Ganges, único y compacto, engrosado ya por sus principales afluentes, que atraviesa así el corazón de Bengala, antes de partirse en brazos caudalosos cerca del mar. Traza una curva majestuosa el río sagrado, ensanchando sus aguas de un verde blanquecino semejante al color del ajeno, hasta formar una bahía. Y en la parte convexa de esta bahía, que recuerda la de Nápoles, se extiende una ciudad de altísimos edificios, huyendo casi verticalmente en el curso fluvial sus murallas y escalinatas.

Dicha ciudad, cuya longitud sobre el río pasa de un kilómetro, es Benarés, la metrópoli indostánica de las religiones. En el censo de la India figura como la novena o la décima población. Su vecindario, compuesto de sacerdotes, servidores de templos, imagineros y mercaderes que viven de los fieles, resulta poco importante, comparado con el de otras capitales; pero en días de peregrinación aumenta de modo inaudito. Hoy tal vez lleguemos a un millón los seres vivientes aglomerados en sus tortuosas callejuelas o sobre la lámina de su río golfo.

Benarés, más antigua que la historia de la India, tiene perdido su origen en las brumas de la leyenda. Si los brahmanes saben que nació en el mismo sitio que ahora ocupa, es por haber señalado su solar el divino Shiva con las puntas de su tridente.

Se esparce la ciudad por la orilla derecha del Ganges. Enfrente, la ribera es arenosa y desierta. En su amarillento declive rara vez se ven seres humanos y nadie se ha atrevido a construir una vivienda. El creyente que muere en la orilla derecha, o sea en la santa Benarés, queda libre de nuevas transmigraciones y su espíritu goza las delicias de no existir, fundiéndose en la esencia de Brahma. Si fue gran pecador, su alma se encarna en el cuerpo de un futuro brahmán, y al finalizar esta última transmigración logra la suerte de los buenos, ya mencionada. En cambio, los que mueren en la orilla izquierda dan un salto atrás en su carrera transmigratoria, naciendo de nuevo en forma de asno u otro animal de esencia vil y esclavitud fatigosa. Únicamente el rajá de Benarés ha osado construir su palacio en la orilla izquierda, pero a cierta distancia de la ciudad, río arriba.

La suprema ilusión del indostánico es morir en Benarés, ser quemado en su *ghat* fúnebre y que sus cenizas las arrojen al Ganges. Los pobres hacen economías para este viaje final. Todos los príncipes de la India poseen palacios en Benarés. Los olvidan años y años, mientras se mantiene firme su salud, y vienen a habitarlos al sentir la proximidad de la muerte. Aquí se ven los funerales más fastuosos de la India, las incineraciones en piras de sándalo y otras maderas perfumadas. Dichos ritos fúnebres, reservados a príncipes y nababs, atraen incalculables muchedumbres, ganosas de aspirar los olores de un brasero cuya preparación costó una fortuna.

El frente de la ciudad vecino al río es el monumental, el que constituye la verdadera fisonomía de Benarés. Como el Ganges sufre aquí desniveles de ocho a diez metros entre su corriente ordinaria y las crecientes periódicas, todos los edificios inmediatos a él se hallan asentados sobre gruesas murallas que se remontan a considerable altura, sin una ventana, sin el menor orificio, semejantes a los malecones de los puertos. En dichos acantilados, obra del hombre, sólo a quince o veinte metros empieza el verdadero edificio, abriendo sus filas de ventanas y el arquerío de sus galerías cubiertas



sobre el río profundísimo.

Se cortan las calles flanqueadas de palacios y templos al llegar al río, derrumbándose ribera abajo en forma de escalinatas con más de cien peldaños que se van ensanchando hasta tocar el Ganges. La curva de la ciudad es una sucesión de malecones en rápido talud, sobre cuyo lomo se alzan palacios verdes, azules, rojos, con arcadas de alabastro y torres en forma de piñón. Entre estos edificios parecen los *ghats* pirámides descendentes, con su graderío siempre ocupado por una muchedumbre de vestiduras colorinescas.

Esta capital religiosa del mundo brahmánico vio nacer dentro de ella el budismo. Es la Roma de la India, pero una Roma tan antigua como muchas ciudades del viejo Egipto, y que aún no ha muerto, como éstas. Sigue viviendo vigorosamente después de treinta siglos de historia conocida y prolongará su existencia en un futuro que hasta ahora parece sin límites.

Hace 3500 años, cuando Benarés se llamaba Kashi, la historia de la India, casi fabulosa, habló ya de sus sacerdotes. Novecientos años antes de la era cristiana, Benarés era un gran centro de estudios filosóficos y teológicos. Dos escuelas rivales, la de los brahmanes y la de los suastikas, divididas en innumerables sectas, llenaban la ciudad con sus monasterios, sus templos, sus escuelas y sus disputas. Los brahmanes predicaban el predominio del espíritu sobre la materia, y los suastikas, materialistas, no admitían la inmortalidad del alma.

En medio de estas discusiones que duraron cientos de años, allá por el 595 antes de Jesucristo, apareció en Benarés un joven noble, hijo de una familia de guerreros, llamado Gautama, que había abandonado sus riquezas para dedicarse a la devoción y el estudio. Este príncipe, el futuro Buda, procedió como un anticlerical de su época, atacando en sus predicaciones a las dos especies de sacerdotes que monopolizaban la religión. El Buda salió de Benarés después de haber estudiado durante cuatro años, y deteniéndose en uno de sus arrabales, empezó a predicar, al pie de un árbol, ante un auditorio de mendigos, atacando las castas privilegiadas de brahmanes y suastikas, proclamando la igualdad de los seres humanos, varón y mujer, esclavo y magnate, sacerdote y pordiosero, ante Dios creador de todas las cosas. También afirmó que la existencia terrestre no es más que una prueba impuesta al alma inmortal, y los hombres pueden emanciparse de las ligaduras de la materia, conquistando una vida infinita por medio de la caridad, del amor al prójimo y de costumbres virtuosas.

Las predicaciones del Buda conquistaron rápidamente a los pueblos de la India. Gautama, al contrario de otros fundadores de religiones que murieron jóvenes, llegó a vivir ochenta años, y su muerte, según la tradición, fue a causa de haber olvidado su frugalidad habitual, comiendo, a instancias de sus discípulos, un arroz con cerdo.

Benarés, ciudad santa del budismo, se cubrió rápidamente de templos y monasterios. Durante muchos siglos llegaron a ella peregrinaciones, no solamente de las diversas naciones indostánicas, sino también de la China, la Mongolia, la Malasia y otros países que aún se conservan fieles al budismo.

Hace mil años, en el siglo IX de nuestra era, ocurrió la gran revolución religiosa de la India. Los brahmanes, vencidos por Buda, tomaron su desquite, apoderándose otra vez de las muchedumbres del país, y el budismo se derrumbó, volviendo a ser Benarés la capital del brahmanismo. Hoy, en toda la ciudad santa donde Gautama predicó su célebre «Sermón bajo el árbol», que equivale al «Sermón de la

Montaña» del cristianismo, no queda más que un templo budista, el que edificaron los rajás de la provincia de Nepal, fieles a dicha religión.

En la India, donde todas las grandes ciudades han tenido su hora de hegemonía, y se cambia la capitalidad cada quinientos años, jamás conoció Benarés un momento de dominación política. Su influencia y su fama han sido puramente religiosas.

Otra de las particularidades de Benarés es no tener edificios que cuenten más allá de tres o cuatro siglos. Las guerras religiosas arrasaron numerosas veces esta ciudad de tres mil años, sin dejar el más pequeño recuerdo de las creencias vencidas. Hoy, sobre la capital del brahmanismo, el edificio más alto y vistoso es una mezquita construida por los príncipes indostánicos del Norte, los Grandes Mogoles, de religión musulmana, que llegaron en sus conquistas al sur de la India. La cúpula de este monumento y sus dos minaretes estrechos, que parecen sostenerse contra todas las leyes del equilibrio, asoman siempre sobre Benarés, así se contemple la ciudad desde el río o tierra adentro.

Hemos llegado en día de gran peregrinación. Es el *Shivarat*, la fiesta de Shiva, que marca el principio de la primavera indostánica. Casas y templos desbordan de gentío. En las calles hay que abrirse paso con los codos. Los *ghats* tienen orlados sus peldaños de filas humanas, multicolores, que permanecen inmóviles, contemplando el Ganges. Al bajar del tren encontramos automóviles, que nos llevan por las avenidas del Benarés moderno, donde viven los ingleses. Después seguimos caminos polvorientos, hasta llegar a los arrabales de la ciudad vieja. La estación del ferrocarril está lejos. Nuestro tren, después de atravesar el puente, ha hecho una curva de varios kilómetros sin detenerse.

Hay que echar pie a tierra en la entrada del viejo Benarés. Ninguna de sus calles tiene más de cuatro metros de anchura, y hoy están obstruidas por la muchedumbre. En días normales tampoco puede circular por ellas ningún vehículo.

Avanzamos lentamente por las callejuelas que conducen al río. Todos marchan hacia el Ganges. Los vecinos de la ciudad, acostumbrados a ver extranjeros, apenas se fijan en nosotros; pero los más de los transeúntes son peregrinos venidos a la fiesta desde provincias remotas, y nos acosan con su curiosidad y sus demandas. Una turba de mujeres cobrizas como gitanas, de reptilesca delgadez, ostentando botones de plata en la nariz o las mejillas, los brazos cargados de pulseras de plomo brillante y un velo de colores arrollado desde las rótulas a la cabeza, nos colocan ante el rostro su diestra pegajosa y fría para que les demos dinero. Grupos de niños desnudos se unen a esta demanda insistente, cortándonos el paso, agarrándose a nuestras rodillas, repitiendo la melopea de su petición. Para librarme de tales estorbos, los empujo y me echo a un lado, abriéndome paso a través de un grupo de indostánicos inmóviles.

Un alarido junto a mis pies; una cara achocolatada que me grita de abajo arriba con expresión de alarma. Quedo en medroso equilibrio, con una rodilla en alto, junto a un cesto redondo del que se elevan varios cables oscuros y balanceantes. El que me grita es un *sapwala*, para evitar que introduzca uno de mis pies, calzados con zapatos de lona, en el cesto de sus cobras.

Me echo atrás; un policía indígena me toma bajo su protección, y gracias al camino que va abriendo con la porra que empuña su diestra, consigo llegar a los *ghats* del Ganges.

Aprecio aquí la importancia religiosa de Benarés, mejor que en sus callejuelas. Puedo abarcar en una sola mirada la grandeza de este río divino y los miles y miles de seres humanos hundidos hasta el cuello en sus aguas ribereñas, con los ojos en oración. Toda la India inmóvil en su ensueño religioso, la India del quietismo contemplativo, que resulta incomprensible al ser estudiada en los libros, se

revela de golpe con la majestuosa aparición del Ganges. En lo más alto del *ghat* me siento zarandeado por la muchedumbre que se derrama poco a poco por las tres caras de su graderío. Es una muchedumbre multicolor, como no la he visto en ningún pueblo del Extremo Oriente, como jamás volveré a verla en otro país. Por un azar, la mayor parte del gentío de las callejuelas iba vestido de blanco, contrastando el albo color con sus carnes de bronce. Aquí, las mujeres se cubren con velos escarlata, azafrán, rojo, amarillo, verde, morado o color de fuego. Muchos hombres llevan fajas y turbantes de iguales tintas: el turbante indostánico terminado en punta, con un extremo que cuelga sobre el pescuezo. Varones y hembras son de exagerada delgadez, que da a sus movimientos silenciosos una agilidad y una soltura extraordinarias, haciendo pensar al mismo tiempo en la extenuación del hambre. Cuando alguno de estos seres es obeso, su gordura resalta igualmente exagerada, con la hinchazón elefantiaca de ciertos ídolos.

Los brahmanes, vestidos de blanco o rojo, descienden impasibles hacia el río, como si marchasen a través de la soledad. Otros sacerdotes de sectas incomprensibles para nosotros nos rozan al pasar con repulsivo contacto. Algunos llevan la cara pintada de ceniza y boñiga, como payasos grises. Otros, más pequeños, tienen aspecto de bufones sagrados y ostentan un gorro en forma de campánula invertida, cubierto de flores artificiales, con faldellines de la misma especie sobre las caderas. Los hay pintados igualmente con pasta de cenicienta palidez, los ojos perdidos en la profundidad de sus órbitas, los brazos óseos, el costillaje saliente por la flacura, cubiertos con una especie de sudario quemado y deshilachado, que parecen cadáveres recién expelidos por la tierra.

Descendemos un centenar de escalones, percibiendo a la vez la respiración húmeda del Ganges, el olor sudoroso de la muchedumbre que aún no se ha bañado y un perfume primaveral. En los últimos peldaños, los vendedores de flores agitan sus brazos cargados de guirnaldas. Todos los peregrinos, hasta los más miserables, compran un collar florido para ofrecérselo al padre Ganges.

Flores, flores por todas partes, rojas, amarillas, azules. El río tiene cubierto de pétalos su remanso frente a Benarés. Hasta diez o doce metros de la orilla existe un banco flotante, color de sangre, de cielo y de oro, que sube y baja con las palpitaciones de la corriente o el paso de las barcas, choca contra la orilla, se despega formando islas y vuelve a soldarse con la piedra de los peldaños.

La luz alegre de un sol adolescente saca destellos de esta muchedumbre apretada a lo largo del Ganges, pone resplandores en los pesados brazaletes femeniles, chisporrotea en los botones de plata o los diamantes incrustados en mejillas y narices, hace relucir como pequeños soles los vasos de bronce que los devotos sostienen en una mano para llevarse a su vivienda el agua sagrada.

Lo extraordinario en este amontonamiento de gente oriental es la abundancia de mujeres. En ninguno de los pueblos asiáticos son presenciadas las ceremonias religiosas por tal muchedumbre femenina. La mayor parte de los fieles profesa el hinduismo, y sus mujeres van a cara descubierta, sin más que un velo sobre la cabellera. Todas se han puesto sus mejores joyas para la fiesta del *Shivarat*. Muchas, además de los botones y piedras preciosas incrustados en el rostro, ostentan grandes aros de oro y esmeraldas pendientes del tabique central de su nariz.

Como los hinduistas no llevan turbante, la mayor parte de esta aglomeración devota se compone de cabezas descubiertas recién esquiladas para que resulte más eficaz la inmersión en el río sagrado.

Salto a una de las barcas que llevan viajeros por la curva del Ganges, de un extremo a otro del caserío. Son embarcaciones pesadísimas, en las que se atendió a la estabilidad más que a la rapidez.

Sobre su casco existe una casa de madera pintada, cuya techumbre sirve de terraza. Subimos varios a esta azotea fluvial, tomando asiento en sillones de junco ennegrecidos y con patas vacilantes, restos del mueblaje de algún funcionario británico.

Junto a la proa bogan dos muchachos casi desnudos, que soplan de cansancio al mover sus remos enormes. Arriba, en la parte trasera de la terraza va el «capitán», indígena tostado e igualmente desnudo, que empuña a guisa de timón un remo todavía más grande. Nos deslizamos lentamente aguas arriba, a pocos metros de la ribera. Ahora podemos apreciar la cara gangética de Benarés, la altura enorme de sus muros sin ventanas, los palacios, cuyos dueños sólo vienen para morir.

Las cornisas de estos edificios tienen filas de palomas blancas o de color metálico, inmóviles, en un quietismo medroso. Sobre el cristal del cielo se balancean buitres y aguiluchos, como borrones con alas. Las galerías de afiligranado arquerío dejan ver gasas multicolores y tapices venerables puestos a secar. En otros palacios, los salones han sido transformados en pajares, asomando por el hueco de sus dobles ojivas el amontonamiento de los haces. Algunas techumbres sustentan el aditamento de cabañas negruzcas, que sirven de vivienda a una servidumbre parásita y olvidada. Monos rojizos, de azogada inquietud, trepan por los salientes de las fachadas, desaparecen en los tragaderos de los ventanales y vuelven a surgir poco después.

Rozamos al pasar grandes barcos pintarrajeados, con uno o dos mástiles: yates indígenas de príncipes y nababs, anclados frente a sus palacios, que sólo navegan cuando se celebra una fiesta acuática en honor del padre Ganges. Estas galeras, mayores que la nuestra, sustentan igualmente una amplia casa sobre su casco y una terraza en su techumbre, pero están pintadas, a partir de la línea de flotación, con más abigarrados colores. Unas son rayadas como el tigre o la cebra, otras blancas con guirnaldas de flores enormes; algunas tienen ojos y una proa fisonómica, lo que les da aspecto de bestias fabulosas.

No hay una sección de la orilla sin su capa flotante de pétalos y su muchedumbre que se baña o hace oración. En algunos recodos desaparece el agua enteramente bajo las cabezas y no se sabe dónde empieza la orilla.

Una hilera de quitasoles que parecen techumbres de chozas sigue las sinuosidades de la ribera. Estos hongos colosales son de paja trenzada y tienen inscripciones en indostano pintadas de negro con grandes caracteres. Debajo de cada uno de ellos existe un santo brahmán, un sacerdote de nombre célebre, que lleva años viniendo a ocupar todos los días, a la salida del sol, el mismo lugar, y así continuar mientras exista.

Veo a uno de estos personajes que llega tarde a su puesto y se coloca bajo la cúpula del quitasol en una postura que guardará hasta el ocaso. Se sienta con las piernas cruzadas sobre una tarima que avanza unos cuantos palmos sobre el río. Tuerce su cúpula amarillenta para que la sombra le cubra mejor, se balancea a un lado y a otro hasta quedar cómodamente sobre sus pantorrillas en aspa, y una vez que ha tomado esta posición, semejante a la del Buda, queda inmóvil, mirando la corriente del Ganges con meditativa fijeza.

Estos santos varones tienen su fama y su clientela. Los fieles vienen a visitarlos desde enormes distancias, trayéndoles presentes a cambio de certificados que acrediten su viaje al Ganges, de recetas milagrosas, de oraciones escritas y de fetiches. Todos poseen arriba, en el viejo Benarés, casa propia, y la frescura de sus trajes inmaculados o de ardientes colores contrasta con la miseria de sus devotos.

Entre nuestra embarcación y la orilla van pasando, aunque permanecen inmóviles, nuevas masas

de hombres metidos en el río hasta los hombros, insensibles a la frialdad de su corriente, los ojos en alto o mirando el propio pecho con religiosa tenacidad. No hacen el más leve movimiento curioso ante el buque que pasa junto a ellos y les bate los pectorales con las ondas de su desplazamiento. Están en oración, una oración rutinaria y monótona que absorbe sus sentidos.

La ribera baja del Ganges es insegura para las edificaciones. Crecidas frecuentes y la flojedad de un suelo de aluvión parecen burlarse de los esfuerzos del hombre. Pasamos ante los restos de un templo grandioso, que se amontonan, parte en la orilla y parte dentro del río. Este monumento de arquitectura indostánica no se ha desmenuzado al derrumbarse. Cayó en secciones, partido en piezas, como los edificios que sirven de juguetes a los niños, yéndose cada fragmento por su lado. Hay cúpulas que permanecen enteras con su base en el fango, ladeadas sobre el agua. Escalinatas de una sola pieza, caídas sobre una de sus caras laterales, tienen los peldaños derechos lo mismo que un muro que se hubiese plegado en ángulos de acordeón. Algunas galerías, al desplomarse, hundieron sus arcos en el Ganges, quedando en forma de puentes. Los remates de torre erguidos sobre la lámina fluvial resultan habitaciones acuáticas en las que penetran los nadadores. Columnas completas emergen como palmeras desmochadas. Sobre sus capiteles hay faquires andrajosos, que prefieren para su oración estas islas de piedra, altas y vistosas, donde apenas pueden moverse. El mismo instinto hizo instalarse en el remate de las columnas faraónicas a los «estigiritas», santos y huraños derviches del cristianismo egipcio.

Nadie ha hecho el menor esfuerzo por pescar las piezas gigantescas de este monumento caído en el río y reconstruirlo. Para el indostánico, lo mismo valen las intenciones que los hechos. El templo ya fue levantado; el padre Ganges lo ha querido en esta nueva forma, y no hay que contrariarle. La divinidad ya conoce las intenciones de sus constructores.

Más allá, una nube fuliginosa y un olor de grasa anuncian el gran crematorio de Benarés. Navegamos lentamente ante las plataformas y escalinatas de este lugar donde vienen a consumirse los personajes más poderosos de la India.

Varias hogueras arden a la vez. Una cúpula de humo azulado esfuma las fachadas de templos y palacios que se alzan en el fondo, haciendo temblar las líneas de sus remates. Hombres negros de hollín van y vienen entre las hogueras, derramando cazos de aceite para animarlas. Otros golpean con barrotes de hierro a los cadáveres y los parten, acelerando de este modo su cremación.

Aunque los restos son arrojados al Ganges, queda en estas plataformas una gruesa capa de cenizas siempre tibias. Los cuerpos recién quemados calientan las escorias de las incineraciones anteriores.

No queriendo ver de más cerca esta operación, permanecemos en el río. Evitamos tropezar con esqueletos calcinados que aún guardan su forma; meter el pie en los restos de un cadáver; aspirar a corta distancia el humo humano. Arden ocho piras a la vez, y los que están junto a ellas son mendigos hinduistas, lisiados, leprosos, paráliticos cubiertos de llagas, horrible colección de esbozos de hombres, que al presenciar el espectáculo de la muerte se consuelan de su miseria y sienten el orgullo de vivir.

Adivinamos desde lejos la casta social de los que arden en el quemadero. Hoy son cadáveres de pobres, a juzgar por su escasa leña. Uno se tuesta con las piernas fuera del brasero, y estas piernas, hinchadas y ennegrecidas por las llamas, toman la forma de morcillas chorreantes de grasa. Los operadores fúnebres las parten con dos golpes de tridente; luego las pinchan en el suelo, para

arrojarlas a continuación en el centro de la hoguera.

El incendio fúnebre envía hasta el río telarañas de hollín; otras veces expelle un sacudimiento de plumitas negras, que nos obliga a alejarnos. Además, nuestro «capitán» quiere que presenciemos una ceremonia extraordinaria que se está desarrollando en el último peldaño de otro *ghat*.

Una procesión cubre su graderío. El navegante gangético nos explica que el día anterior ha muerto en Benarés un santo varón, célebre por sus virtudes y milagros, y van a echarle al agua. A los personajes sacerdotales de Benarés no los queman al morir. Gozan el mismo privilegio que los niños de corta edad, los cuales tampoco son incinerados. Sus cadáveres los llevan al río para que permanezcan eternamente en las profundas y pacíficas entrañas del Ganges.

La paz del Ganges es simplemente una figura poética de sus devotos. El santo río está infestado de caimanes enormes, caimanes que llevan siglos de existencia, y esperan que muera un santo o una epidemia se cebe en los niños para comer con abundancia.

Vemos desde el buque al venerable brahmán, que parece vivo. Su cadáver ocupa una silla dorada, está envuelto en velos blancos y una barba alba y sedosa desciende hasta la mitad de su pecho. Suenan músicas y cánticos. Cuatro devotos levantan la silla y se meten con ella en el río, hasta que el agua toca sus hombros. Allí sueltan el sagrado depósito, y asiento y cadáver flotan un momento en la corriente, acabando por desaparecer. ¡Carne santa a los caimanes!...

Nos aproximamos luego a otro *ghat* que tiene aspecto de feria. Hay gimnastas a varios metros del suelo, que voltean sobre bambúes sostenidos por sus camaradas con el vientre hundido en el remate de dicha percha y los cuatro miembros abiertos en aspa. El eterno encantador de serpientes toca su gaita ante el redondo cesto de reptiles balanceantes. Prestidigitadores sin más traje que un taparrabos sacan de su cuerpo pajarillos, ramilletes de rosas, transforman serpientes en varas, repiten la misma operación a la inversa y mantienen una cuerda en sus manos recta y rígida como si fuese un palo.

El interminable banco de pétalos y guirnaldas que flota junto a la orilla empieza a descomponerse bajo el ardor solar, exhalando un perfume semejante al de las flores de cementerio. El Ganges, color de ajeno, esparce a la vez olores de jardín húmedo, de madera quemada, de hollín de cadáver, de cuerpo de mujer ungido con jazmines, uniéndose a esto el hedor de las letrinas de la ciudad que descienden a perderse en el río santo, imagen de la vida y de la muerte.

Miles y miles de hombres continúan inmóviles dentro de él, como una humanidad quimérica compuesta de bustos flotantes. Olvidan al caimán que se mueve una docena de metros más allá, en las aguas profundas, masticando su presa fresca. Están absortos por la oración, y si inclinan su cabeza es para beber a bucheros el agua cargada de zumo de flores y zumos humanos.

Un canto vibrante, que tiene el dulce temblor del cristal, corta el espacio y parece imponer silencio a los mil ruidos de la muchedumbre. Es una voz de tenor, ardorosa, impulsiva, autoritaria, lanzando gorjeos complicados, semejantes a los de las canciones tirolesas.

Ve al cantor, grandote, musculoso, destacándose por su robustez sobre la flaca muchedumbre indostánica. Su rostro cobrizo está partido por la barra de unos bigotes negros. Lleva sobre su cabeza un turbante verde, puntiagudo y con rabo, como el de todos los musulmanes.

Juzgamos inexplicable el canto de este tenor infiel, enemigo del brahmanismo. El guía mestizo que nos acompaña le escucha con deleite, y cuando su voz hace una pausa, contesta a nuestras preguntas:

—Es un himno en honor del padre Ganges. Los musulmanes han acabado por adorar la santidad de

nuestro río.

## La sagrada Benarés

Bañistas casi desnudas en el Ganges.—Frisos lascivos de una pagoda.—Las mujeres en la realidad y como las imaginaron los artistas indostánicos.—El baño de las viudas y sus horribles vecindades.—El Templo de Oro.—La Fuente de la Sabiduría.—Tolerancia religiosa de los fanáticos.—Las bayaderas, que nadie llama aquí bayaderas.—El Templo de los Monos.—Lo que dijo Mark Twain.—El chófer musulmán y sus zapatazos.—Odio religioso explotado por los dominadores.—La obra generosa y difícil de Gandhi.—Tantas Indias como religiones.

Vamos ahora río abajo, frente a la otra mitad de Benarés, que dejamos a nuestra derecha al embarcarnos. Un *ghat* de piedra blanca tiene llenos de mujeres sus últimos peldaños. Suben y bajan por él otras mujeres, rojas, azules, violetas, según el color de sus velos, yendo unas en busca de la envolvente caricia del Ganges, retirándose otras con la perezosa lentitud que acompaña la salida de un largo baño.

Se agita la muchedumbre femenina lo mismo que un colegio en libertad, rasgando la calma majestuosa del río con sus gritos y risas. Unas matronas de gordura elefantiaca guardan sentadas en los últimos peldaños las ropas de las nadadoras. Éstas descienden por los escalones sumergidos sin otra vestidura que una túnica sutil, que adquiere al mojarse imprudentes transparencias, plegándose a todas las oquedades y curvas del cuerpo, aclarando con tonos sonrosados la carne de suave color canela.

Pasa nuestra barca entre estos grupos de náyades, pero ellas fingen no vernos. La costumbre ha levantado un muro invisible frente al *ghat* de las mujeres. Ningún varón de su raza puede acercarse a ellas durante el baño sagrado, y por eso ignoran la presencia de otros hombres que, por el privilegio de ser blancos, violan el obstáculo tradicional.

Nuestra embarcación se detiene ante un camino tortuoso, que es en unos tramos sendero y más arriba escalera, ascendiendo entre huertecitas hasta un santuario negruzco. El guía mestizo, bajando los ojos con pudibunda expresión que revela su paso por una escuela inglesa, nos anuncia que este santuario budista depende de la pagoda nepalense y tiene unos relieves muy... curiosos. Los caballeros que deseen verlos pueden seguirle. Las señoras deben quedarse en el buque: prohibida la visita para ellas.

Desciendo de la techumbre del camarote, y de peñasco en peñasco llego a la orilla. Otros viajeros me han seguido, dos *gentlemen* corpulentos, de rostro grave, que se atreven a esta decisión después de consultar con los ojos a sus esposas. Éstas les despiden murmurando algunas palabras misteriosamente. Adivino lo que dicen. Les dan permiso con la condición de contar a la vuelta lo que vieron.

Caminamos los tres siguiendo al guía, con el mismo encogimiento silencioso de los señores que abandonan su hotel en plena noche detrás de un individuo que les prometió espectáculos interesantes y reprobados. En mitad de la ascensión se une a nosotros una vaquita blanca, salida de una pradera inmediata, con sus breves cuernos laqueados de verde. Este animal sagrado nos acompaña en nuestra visita al santuario y continúa siguiéndonos hasta que lo abandonamos, en nuestro regreso a la orilla del río.



El pequeño templo tiene una techumbre doble en forma de caballete, con remates cornudos, y de sus aleros penden campanillas de bronce que el viento y la humedad han cubierto de óxido verde. Debajo de los aleros hay un friso ancho de madera tallada, dividido en cuadros. Después de varios siglos la madera se ha hecho negra, densamente negra, y sus imágenes parecen esculpidas en hulla... Es lo que el guía prometió enseñarnos.

Nuestros ojos no alcanzan a ver algo interesante en estas tallas lóbregas, pero un hombre ha salido del santuario, un anciano fuerte y hermoso, de pura raza aria, más blanco tal vez que nosotros. Su cráneo calvo, con una aureola de albos cabellos, su barba abundante y aborascada, una tela ceñida a su cuerpo lo mismo que una toga, le dan cierto parecido con San Pedro tal como aparece en los cuadros de la pintura cristiana. Lleva un largo bambú en la diestra, y cumpliendo automáticamente unas funciones tantas veces repetidas, señala las diversas escenas del friso, mientras el guía sigue declamando sus explicaciones en inglés.

Empezamos a descubrir el significado de las tallas; distinguimos la desnudez inconveniente de sus figuras. Es la historia de un príncipe, no sé si verdadero o mitológico, con varias damas indostánicas, que al principio aparecen convenientemente trajeadas, llevando cestos de flores sobre la cabeza, y algunas casillas más allá sólo conservan las sandalias y el gorro, mostrándose con el majestuoso galán en posiciones que nos convencen, una vez más, de que nada hay nuevo bajo el sol.

Varios chicuelos de las casas inmediatas se han acercado, atraídos por nuestra presencia. Balancea la brisa matinal las campanillas verdosas, sacando de su bronce centenario melodías lejanas y débiles, semejantes a las de un reloj con música. La vaquita de los cuernos verdes muge al sentirse olvidada y olisquea nuestras manos con la esperanza de un regalo. El «San Pedro» indostánico, como si conociese de pronto las preocupaciones pudorosas del mundo occidental, intenta alejar a los muchachos. Les habla, les grita, pero como ellos no pueden comprender tales escrúpulos, siguen contemplando lo que han visto toda su vida, y el guardián desiste de su severidad.

Algunos indígenas, vendedores de fotografías, surgen de las callejuelas inmediatas para ofrecernos sus colecciones que representan las diversas escenas del friso. Noto la diferencia entre el desnudo indostánico tal como aparece en las obras artísticas y como es en la realidad. Hemos visto abajo, minutos antes, las mujeres de Benarés y las peregrinas venidas de lejanas provincias sumergiéndose en el río sin más traje que sus velos mojados y transparentes. Todas son de una delgadez exagerada, de un escurrimiento de formas que apenas respeta un tenue principio de curva en los miembros, lo preciso nada más para que se reconozca su carácter femenino. En las escenas mitológicas de este friso, así como en todas las pinturas y relieves indostánicos, lo mismo las hembras humanas que las diosas y los ángeles femeninos —bailarinas celestes llamadas *apsarasas*—, todas tienen el busto delgado, mas con redondas protuberancias mamilares, y a partir de la cintura, embebida y estrecha como si la hubiese deformado un corsé, empiezan las curvas de unas caderas soberbias, siendo lo que viene a continuación de una robustez amplificada, pomposa, exuberante. Los poetas indostánicos, siempre que hablan del muslo femenino, lo comparan por su redondez y dureza con la trompa del elefante. Estatuarios y poetas imaginaron indudablemente lo contrario de la realidad visible. También en la antigua Grecia, donde las beldades de ojos negros y cabellera retinta tenían una palidez verdosa, labios de rojo azulado y las puntas de los pechos oscuras, pintaron o policromaron los artistas a las diosas con cabellera rubia.

Volvemos a nuestro barco acompañados por la vaquita de los cuernos verdes. Los chicuelos nos abandonan para seguir al hombre del bambú, que sale al encuentro de otro guía con un grupo de viajeros. Al contemplar el santuario desde abajo, nos arrepentimos de la ruda ascensión, comparando sus fatigas con lo poco que hemos visto.

Según nos alejamos de la ciudad, va tomando la ribera un aspecto más rudo y silvestre. Ya no hay edificios en su lomo. Sólo se ven cabañas aisladas, vertederos de inmundicias, animales muertos, mangas giratorias de cuervos atraídos por la podredumbre. A pesar de esta desolación, se prolongan ante la orilla baja las filas de bañistas. Son hombres de casta inferior, sudras miserables, que únicamente pueden buscar el agua sagrada en este lugar apartado, donde ya no hay brahmanes con las piernas encogidas bajo grandes quitasoles que exijan donativos a los fieles.

Mocetones que parecen hechos de bronce hunden los amplios pectorales en el agua y elevan sus brazos abultados por labores fatigosas. El río, al llegar al final de su curva, se muestra más sucio. Flotan en él muchos bultos negros: cadáveres de animales, tal vez de personas. Un buitre revolotea sobre el cuerpo de un niño, se posa en él, arranca tiras de su costillaje, se aleja engulléndolas, vuelve luego a alcanzarlo, siguiendo la corriente. En este rincón de las castas inferiores deben pulular los caimanes.

Más allá de los sudras, ante los peldaños torcidos de un *ghat* ruinoso, tornan el baño muchos hombres puestos en cuclillas, extremadamente gordos, de carnes relucientes por la humedad. Lanzan gritos agudos de placer y se mueven cosquilleados por la frialdad del río. Sus amplias espaldas, partidas por una raya vertical, así como los rollizos hemisferios de su continuación, que surgen y se ocultan rítmicamente en el agua, tienen un color rosado de carne femenina a través del velo transparente que se pega a su piel. Todos llevan el cabello muy corto, con una especie de cresta o cepillo en la cúspide del cráneo. Cuando se vuelven, sin mirar a nuestro buque, para hacer los gestos rituales frente al sol, vemos un doble abultamiento colgante sobre su pecho, y más abajo, a través de la tela que parece vidrio flexible, una mancha negra que no continúa.

Son las viudas de Benarés, y únicamente pueden bañarse en este sitio, más allá de los hombres de las castas viles.

La autoridad británica puso fin a la bárbara costumbre de que la viuda se quemase viva en la pira funeral del esposo, pero su existencia presente se prolonga en el más horrible de los olvidos. La viuda muere en vida: ningún hombre se casa con ella, ni busca su trato. Su propia familia y la del muerto no vuelven a acordarse de que existe. Se mantienen en absoluta pobreza, al margen de las otras mujeres, aguardando como una liberación el momento de la muerte. Sólo en días de gran fiesta, como el de hoy, osan bajar al Ganges, lejos, muy lejos de los *ghats* que ocupa la muchedumbre. Viendo tal abandono se comprende que muchas indostánicas sean partidarias de morir quemadas con el cadáver del esposo. Es una muerte gloriosa, que las libra al mismo tiempo de esta viudez abominable.

Cuando los ingleses suprimieron la horrible tradición, muchas esposas de nababs se rebelaron contra la ley, organizando la ceremonia de su quema. Al celebrarse los funerales de un personaje famoso, llegaban sus diversas esposas procesionalmente a morir en su hoguera, contestando con saludos de artista a los aplausos de la muchedumbre. Aún hoy, de tarde en tarde, en algunas provincias del interior, hay viudas que se arrojan en el brasero del esposo, y cuando viene a enterarse la policía colonial ya es tarde.

Miro con interés y conmiseración a estas pobres jamonas, peinadas en forma de cepillo, que suben y bajan sus abultamientos sonrosados sobre el lomo del Ganges, haciendo chapotear el agua y suspirando nostálgicamente. Por encima de sus cabezas, varios perros hirsutos, con ojos de fiera, siguen la costa fluvial, disputándose las carroñas que abandonó la última crecida. Uno de estos animales trota paralelamente a nuestra barca, llevando en su boca algo que parece de cartón. Es una especie de bacalao enorme y negruzco, y en su parte alta se balancea una bola amarilla y blanca.

El perro costroso y famélico roe su presa, la deja en el suelo, vuelve a tomarla entre sus colmillos, arrastrándola más allá. Al fin nos damos cuenta de que es un costillaje humano con restos de brazos y piernas, un cadáver tal vez de santo brahmán, cuyas partes más apetitosas fueron devoradas por los caimanes y el Ganges abandonó en su orilla al bajar de nivel. La bola es un cráneo, pegado todavía al sólido engranaje de las vértebras, con la blancura del marfil y la suciedad del barro... Y abajo, las viudas, contentas de este día de fiesta y de carnes lavadas, siguen abriendo círculos en el líquido sagrado con el vaivén de sus hemisferios inferiores.

Volvemos hacia Benarés, repelidos por la presencia de otros perros que pelean con los buitres, disputándose la posesión de cadáveres invisibles. Desembarcamos en uno de los *ghats* centrales y subimos a la ciudad, perdiendo de vista el río. Volvemos a internarnos en las calles sin vehículos, donde sólo circulan animales sagrados, muchas veces pequeños búfalos de blanda y torcida giba.

Vamos en busca de los famosos templos de Benarés. Un devoto indostánico necesitaría meses para visitarlos todos. Creo que existen en la ciudad y sus arrabales unos cinco mil, con veinte mil sacerdotes y siervos del culto. Estos templos más bien son santuarios por su pequeñez. Sus muros de piedra están cubiertos de esculturas y tallas, pero las múltiples labores resultan poco visibles, por estar embadurnados aquellos con un color litúrgico, rojo sangre. Todos tienen un pórtico sostenido por columnas y una flecha final dorada o blanca.

La muchedumbre es todavía más numerosa en las calles que al empezar la mañana. Caminan graciosamente las mujeres, envueltas en velos que transparentan aros de plata y bronce en brazos y tobillos, así como las joyas de pedrería que adornan su pecho. Las más llevan sobre la cabeza grandes platos de metal con montones de flores dedicadas a las divinidades. Un perfume de sándalo y de jazmín sigue sus pasos.

En estas callejuelas estrechas como pasillos, los balcones de las casas avanzan hasta tocarse. Debajo de sus saledizos toda puerta sirve de escaparate a un comercio. Como las muchedumbres devotas venidas en peregrinación necesitan llevarse un objeto que les recuerde la ciudad santa, los tenderos viven prósperamente. Es un comercio que recuerda el de los árabes en *Las mil y una noches*. Pequeñas tiendas de zapatería sirven de punto de reunión a los ociosos. Abundan los imagineros, con sus dioses de múltiples brazos alineados en los anaqueles. Los vendedores de telas extienden ante sus puertas un empavesado multicolor de velos, túnicas y alfombras. Mujeres y niños ofrecen coronas de flores para los dioses.

Todas las callejuelas huelen a jazmín, a pimienta, a almizcle, a sándalo, a lugar húmedo donde nunca llega el sol, y esparcen al mismo tiempo un hedor de letrina. Sin embargo, su enlosado igual y sin aceras está limpio. No se ven montones de basura ni animales muertos, como ocurriría seguramente si Benarés fuese una ciudad musulmana. Su carácter hinduista se revela también en la abundancia de mujeres, todas con el rostro descubierto, ligeras de ropa, hablando y riendo en plena

calle.

Vamos al templo donde está la piedra de Shiva, fetiche tal vez de los remotos habitantes de la jungla salvaje. Lo llaman los peregrinos «Templo de Oro» porque se yergue sobre él una flecha piramidal recubierta de placas doradas.

Dicho templo, relativamente pequeño, es célebre en toda la India. Una muchedumbre se estruja en la plazoleta abierta ante su entrada principal. Los hombres que la componen inspiran cierta inquietud al extranjero, a causa de sus carnes tatuadas y los signos de color sangriento pintados en la frente. Todo devoto que consigue penetrar en el mencionado templo y cumple los ritos sagrados ante la piedra-ídolo va después de su muerte a Kailas, el paraíso brahmánico. Así se explica el apresuramiento de las turbas creyentes. Para hacer más grande la confusión, vacas y búfalos sagrados se entretienen, con insolente tenacidad, en entrar y salir a través del gentío, oprimiéndolo contra los muros.

En un vasto corral cerrado por columnatas vemos los establos de otras bestias cornudas y santas, las cuales se mantienen majestuosamente aparte de los ruidos de la fiesta. Cerca hay un pozo de escasa profundidad, cuya agua dormida y verdosa exhala fétido olor. Los peregrinos, después de contemplar la piedra de Shiva, se agolpan aquí, disputándose el repugnante líquido que un brahmán les ofrece en vaso de plata a cambio de dinero. Este pozo, llamado «Fuente de la Sabiduría» se formó, según la leyenda, cuando las divinidades del olimpo indostánico se disputaban la posesión del brebaje de la Inmortalidad. Para resolver la querrela, Shiva se apoderó de la enorme copa, apurándola de un trago, pero dejó escapar en su precipitación algunas gotas del prodigioso líquido, y éstas cayeron sobre la tierra, llenando la cisterna de Benarés. Un poco más lejos hay otro pozo, llamado Manikarnika, cuya agua, no menos hedionda, proviene del lavado de las imágenes de los templos vecinos. Con frecuencia llega una procesión llevando su ídolo en un palanquín, y los fieles lo rocían con el agua del mencionado pozo, bebiéndola después ávidamente.

Esta muchedumbre de ojos agresivos y emblemas sangrientos en el rostro muestra, sin embargo, una admirable tolerancia religiosa. Misioneros americanos y británicos, conocedores de la lengua indostana, predicán muchas veces en la plazoleta del «Templo de Oro» para propagar el cristianismo. Insultan la idolatría, maldicen a Shiva, se esfuerzan por demostrar la falsedad de las tradiciones religiosas de Benarés. Los indos les escuchan con silenciosa atención; algunos permanecen inmóviles horas enteras para que no les tachen de descortesés con el extranjero, y finalmente, entran todos en el templo para adorar la piedra de Shiva.

Con esta gente dulce, tolerante, respetuosa —dice un obispo anglicano conocedor del país—, resulta imposible obtener una sola conversión.

Hacemos alto ante otro templo, pintado interiormente de rojo. La piedra de sus muros, labrada con la minuciosidad de la arquitectura indostánica en forma de cupulitas, figurillas y lianas, resulta uniforme bajo esta costra que parece de sangre seca. Entra en él una procesión de peregrinos, todos con ropas cortas y turbante de color azafrán, apoyándose en varas que tienen una calabaza en su remate. Los sacerdotes salen a recibirles, conduciéndolos luego ante un altar de cuatro frentes en el centro del santuario. No podemos ver más. La muchedumbre que circula apretadamente por el callejón, pegándose a los muros para dejar paso a las vacas sagradas, nos impide permanecer ante las puertas de los templos.

Un personaje sacerdotal viene a ofrecernos el balcón de su casa. Es de madera, semejante a los

miradores turcos, y desde él podemos abarcar con la vista los patios interiores de varios santuarios y el río de cabezas que discurre incesantemente por la callejuela. Se reconoce a los judíos indostánicos por sus gorritos negros y redondos. Varios faquires mendicantes agitan campanillas, cadenas, tridentes, y entonan cánticos sagrados para implorar la limosna de los devotos. Ascenden sobre las terrazas, cortando la atmósfera intensamente azul, numerosas flechas de templos, blancas y doradas. Pasean por sus aleros pavos reales con la cola abierta, loros saltones, tropas de monos, que parecen dueños de todas las techumbres de la ciudad.

Nos van enseñando, entre las mujeres que pasan, a las servidoras de los templos o bayaderas, las cuales se dan a conocer por ciertos detalles de su vestimenta.

Este título de «bayadera» usado por los europeos no es indostánico. Se debe a los portugueses, que tantos nombres crearon para designar cosas y personas de Asia. Al ver, en sus primeros avances por la India, a las bailarinas de las pagodas, las llamaron *balhadeiras*, y de ahí la designación europea de bayaderas. El nombre indostánico verdadero es *devadasi*, que significa «esclava de los dioses». Así como las divinidades indostánicas tienen en sus cielos tropas domésticas de *apsaras* o ángeles femeninos, los brahmanes, siguiendo tal ejemplo, crearon para el servicio de sus pagodas a las *devadasi*.

Todo indostánico puede consagrar una de sus hijas al servicio divino; pero hasta hace pocos años esto pesaba como obligación imprescriptible sobre la clase de los tejedores. No había en dicho oficio quien se librase de entregar a los brahmanes su quinta hija, y si tenía menos de cinco, la más joven. Nos parece ahora irritante este honor triste y cruel; pero oportuno es recordar que, hace menos de un siglo, las familias ricas y nobles de los países católicos todavía destinaban una o varias de sus hijas a la vida religiosa, sin pedirles consentimiento, sin preocuparse de si tenían o no vocación para la vida claustral.

No son tan numerosas las bayaderas como en otros tiempos, pero aún reciben la misma educación desde su infancia, ejercitándose en el baile, el canto, los juegos mímicos, la lectura de los libros sagrados y el arte de escribir. En algunas regiones de la India ejercen la prostitución con un carácter sacerdotal, entregando parte de su producto al templo de que dependen. Sus hijos quedan en él como músicos y sus hijas las suceden en su profesión.

Las *devadasi* de la India meridional tienen la tez muy oscura y la frotan con azafrán para aclararla, lo que no aumenta los encantos de su cuerpo bronceado. Las del norte, más famosas, por pertenecer casi todas a la raza blanca, son las que crearon el renombre misterioso de la bayadera, tan agrandado y desfigurado por la poesía.

Salimos al caer la tarde del centro de la ciudad, para correr sus suburbios.

Aquí encontramos calles más anchas, mejor dicho, caminos polvorientos orlados de pequeños edificios, y podemos montar en automóvil para ir al templo de la Fuente de Durga, llamado también «Templo de los Monos» a causa de las numerosas bandas de estos animales que viven en sus techumbres.

Resulta enorme, comparado con los santuarios del viejo Benarés. Los constructores pudieron esparcirse aquí en amplios terrenos, y el templo y sus patios tienen además, como murallas defensivas, cuatro alas de edificios que ocupan los sacerdotes.

Subimos a las terrazas de este cuadrilátero que rodea el santuario de la diosa. No sentimos deseo

alguno de penetrar en la residencia de la terrible mujer de Shiva. Sabemos que su culto consiste en el degüello de cabras para que su sangre corra por las baldosas. Preferimos pasear entre los monos, viendo de arriba abajo los patios y el vestíbulo, donde están en cuclillas varios sacerdotes. Algunas cabras blancas, de cuernos en espiral, balan y corretean, sin presentir cuál será su suerte al día siguiente.

Una niña como de doce años, gorda, descocada, casi desnuda, se entretiene en cabalgar a estas cabras, una tras otra, azuzándolas con gritos y golpes para que troten. Es de raza blanca; lleva al aire sus abultadas pantorrillas de ambarino color, y una camisa recogida entre los muslos, su única vestimenta, se entreabre sobre el busto, dejando ver un pecho carnoso, en el cual la pubertad no ha hinchado aún los suaves abultamientos del sexo. Por debajo del turbante blanco asoma su rostro mofletudo, con ojos negros y crueles. Debe ser hija de alguno de estos sacerdotes de cabeza rapada y vestiduras color de azafrán que contemplan sonriendo sus juegos varoniles.

Los monos de las terrazas acaparan nuestra atención. Se aproximan chillando y tendiendo sus manos de palmas violáceas. Antes de subir hemos comprado en la puerta del templo varios cucuruchos de papel llenos de maíz tostado, manjar predilecto de estos animales, cortos de piernas, rechonchos, con una pelambreira rojiza. Son innumerables; trepan por los muros; marchan balanceándose como beodos sobre el filo de las balaustradas. Las hembras dejan de espulgar a sus pequeñuelos para venir igualmente hacia nosotros, atraídas por el maíz.

Abajo continúan sonando los gritos de la niña gorda y sus violentas cabalgadas a lomos de los pobres animales, que se resisten a tal deporte. Mi guía me habla, otra vez con los ojos bajos, sobre la identidad de esta amazona ruidosa. No pertenece al sexo que yo me imagino. Es un muchacho rollizo, al que miman los sacerdotes, dejándole hacer cuanto quiere... ¡Ah!

Uno de estos personajes ha subido a la terraza para darnos explicaciones sobre el templo y la divinidad sanguinaria que lo habita. Alguien le ha hecho saber mi profesión, y me habla en una mezcla ininteligible de inglés e indostano. Al mismo tiempo pretende abarcar con los movimientos de sus brazos todo el templo rojo y sus dependencias, que van tomando un color de naranja bajo el sol poniente.

Sólo puedo entender dos palabras que repite con tenacidad y suenan en mis oídos: «Mark Twain...». ¿Qué puede hacer aquí el famoso humorista americano?... Mi intérprete aclara al fin lo que viene repitiendo con tanta insistencia el brahmán.

—Dice que a usted le interesará saber que míster Mark Twain estuvo aquí, y después de un largo examen declaró que todo estaba en regla.

Hago que me repitan la incomprensible noticia, y el brahmán obedece, sin añadir nada nuevo. Al fin desisto de pedir nuevas aclaraciones. ¡Ah, burlón serio y glacial!... ¿Qué es lo que estaba en regla?... ¿Los sacerdotes de la diosa?... ¿Los monos de los tejados?... ¿El gordinflón de equívoco sexo que hace trotar a las cabras antes de que las degüellen?...

Ha empezado el anochecer. Volvemos a la parte inglesa de Benarés, donde están los hoteles europeos y el campamento de las tropas. En los caminos polvorientos nos cruzamos con muchos carritos indígenas, de los que tiran bueyes pequeños como asnos. Sus conductores ocupan una de las varas, con las piernas colgantes.

Al atravesar un arrabal, algunos chicuelos hinduistas arrojan una piedra contra la caja del automóvil. Es un accidente insignificante; lo mismo o peor ocurre con frecuencia en los caminos de

Europa. Pero nuestro chófer, mahometano joven y arrogante, de tez color canela, ojos ardientes, bigote erguido y batallador, no lo cree así. Parece orgulloso de su turbante verde y del apéndice franjeado que le cae sobre la nuca. Se adivina que debe ocultar en su faja un puñal curvo. Apenas oye la pedrada, detiene el vehículo y se echa abajo del pescante. ¡Atreverse unos brahmanistas a tal insolencia con un musulmán!...

Empieza a distribuir bofetadas entre los muchachos y éstos huyen despavoridos, gritando y llorando. Salen hombres medio desnudos de las casas inmediatas. Son hinduistas altos, enjutos, con sólo un lienzo blanco anudado a sus caderas y la cabeza esquilada. Miran con curiosidad, sin decir una palabra; pero el mahometano, previsoramente, por si pudiera ocurrírseles el agredirle, se quita uno de sus zapatos, con gruesa suela de madera, y empieza a repartir golpes igualmente entre los hombres.

Creo necesario bajar del automóvil, temiendo por la suerte de este chófer que sólo conozco desde la mañana. Lo van a matar. ¡Son tantos contra él!... Con gran asombro veo que los hinduistas vuelven las espaldas y acaban por meterse en sus casas, perseguidos por los zapatazos del compatriota musulmán. El chofer vuelve a su vehículo sonriendo como un triunfador, y reanudamos la marcha.

Ésta es la India. Unos miles de ingleses bastan para dominar a más de trescientos millones de indígenas. Las diferentes religiones del país, escrupulosamente respetadas por aquellos, mantienen su autoridad.

En vano el generoso Gandhi (un San Francisco de Asís indostánico) viene sufriendo y esforzándose por unir las voluntades de todos sus compatriotas en una acción común. Los brahmanistas son 218 millones, y los musulmanes indostánicos 67 millones nada más. Pero el musulmán, hombre de cuchillo y de venganza, aficionado a la guerra, predispuesto a la vida de soldado, compensa con su audacia agresiva esta inferioridad numérica.

Si musulmanes y brahmanistas olvidasen sus odios religiosos, se verían obligados los ingleses a retirarse de la India, tal vez sin disparar un tiro, vencidos por la resistencia pasiva de centenares de millones de seres. Pero apenas se inicia una tregua religiosa y los indostánicos de diversos ritos parecen entenderse, al abrir los musulmanes, una mañana, cualquiera de sus mezquitas, la encuentran profanada por huesos de cerdo arrojados en su interior, y esto basta para que se echen inmediatamente a la calle a matar brahmanistas. Otras veces son los adoradores de Shiva los que sienten la tentación de atacar a los musulmanes si los ven inferiores en número.

De todos modos, el que lleva turbante mahometano se cree infinitamente superior a sus compatriotas de cabeza rapada y no vacila en agredirlos, uno contra doce, como mi chófer de Benarés.

La unidad de la India es hasta ahora una vana expresión geográfica. Existen tantas Indias como religiones. Y las religiones son los grupos humanos que más difícilmente llegan a entenderse para marchar juntos.

## La ínsula de Taprobana

Viaje a Darjeeling.—La India fría.—Visión del majestuoso Himalaya, llamado ahora Everest.—Salimos de la bahía del Diamante.—Otra vez el mar tropical.—Los infortunios del heroico Rama.—Cómo el rey de los monos le prestó ayuda, construyendo un puente de la India a Ceilán con todo su ejército de cuadrumanos.—La ínsula de Taprobana y sus maravillosas riquezas.—El Pico de Adán.—Los grandes hoteles de Colombo.—«¿Viene usted a cazar tigres?».—La avenida central de la ciudad y sus transformaciones políglotas.—Hombres con peineta y faldas.—Indos con apellido portugués.—Budistas y brahmanistas.—Por qué los ingleses procuran que los indostánicos sigan llevando los pies descalzos.

Volvemos a la bahía del Diamante, donde nos espera el *Franconia*.

Desde Calcuta hemos hecho un viaje igual al de Benarés, pero hacia el Norte, en busca de la fría ciudad de Darjeeling, donde el indostánico no puede vivir medio desnudo, como sus compatriotas del Ganges inferior y los Estados del Sur.

No hemos ido a Darjeeling para ver sus plantaciones de té, sus callejuelas y sus bazares donde pueden adquirirse tapices de pelo de cabra con flores bordadas. El principal atractivo de esta ciudad, construida a considerable altura, es poder contemplar la famosa cumbre llamada vulgarmente Himalaya, y a la que han dado los ingleses el nombre de Everest, un inspector general de las Indias. Inútil es decir que Everest no puso jamás sus pies en la altura hasta ahora inaccesible que lleva su apellido, como tampoco los numerosos exploradores que intentaron luego escalarla.

Llega el ferrocarril hasta la mencionada ciudad remontando una sucesión de curvas audaces, siguiendo el borde de precipicios, atravesando selvas húmedas, eternamente verdes, compuestas de diversos árboles gigantescos a cuyo pie crecen los helechos. Cerca de fuentes y arroyos tienen los matorrales, como en el Japón, bandas enrolladas de papel conteniendo oraciones. Los rododendros se cubren de flores al lado de cedros, sicomoros y palmeras. Las orquídeas semejan pájaros, balanceándose agarradas a los troncos. Según vamos subiendo, las plantas tropicales se rarifican, reemplazándose por abetos, musgos y florecillas de las montañas de Europa.

A no ser por los trajes de los vendedores que acuden a las estaciones, resultaría difícil imaginar que estamos en la India. Usan casacas hechas con pieles de animales, pero llevando el pelo adentro y bordado de colores el cuero exterior. Hombres y mujeres van calzados con botas de fieltro que les hacen marchar de un modo titubeante.

En Darjeeling, a la salida del sol, vemos de una manera vaga la cumbre famosa que nos ha hecho venir hasta aquí. El antiguo Himalaya está muy lejos y enormemente alto; casi parece una nube a través de la escotadura que forman dos cumbres más próximas. Su cúspide cubierta de nieve nos parece de una majestad aplastante, tal vez porque estamos enterados de su altura excepcional, 8840 metros, la mayor del mundo. En realidad, tiene demasiadas montañas en torno para que podamos darnos cuenta de su grandeza desde este lugar. De todos modos, nos proporciona cierta satisfacción vanidosa el ver desde las afueras de Darjeeling esta montaña blanca que cubre gran parte del horizonte.

—Ya conozco el Himalaya —podemos decir—, aunque sea de lejos.

Todo aficionado a la lectura prefiere usar el antiguo nombre que dieron poetas y viajeros a la



montaña más alta de la tierra. El Himalaya (llamado por los indígenas Gaurisánkar) pierde mucho de su prestigio fabuloso, de las leyendas terroríficas unidas al misterio de su cumbre nunca pisada por los humanos, y en la que residen dioses misteriosos y diabólicos, cuando se le da el nombre del funcionario británico Everest.

Al salir el *Franconia* de la bahía del Diamante, va tomando ésta el aspecto de una cola abierta de pavo real. Se aclara el agua rojiza con las masas oceánicas que envía a su encuentro la marea. Las luces del sol matinal extienden sobre la superficie del estuario praderas verdes, lagos azules y rojizos, senderos que parecen cubiertos de temblonas violetas. Toda esta variedad de tintas va disolviéndose según se esfuman y desaparecen a ambos lados del buque las riberas de la jungla. Se estrechan y prolongan como filamentos las manchas amarillas de barro líquido. Los redondeles color de sangre coagulada que reflejan fondos de cieno son cada vez más reducidos, y al final flotan como escudos sueltos, aleteando sobre su círculo las aves de presa.

El azul compacto y sereno disuelve este desorden colorinesco, absorbiéndolo finalmente en su grandeza oceánica. Terminaron las aguas medio dulces con sus aportes orgánicos; ya estamos más allá de la zona influenciada por el enorme caudal del Ganges. De nuevo viene hacia nuestra proa el mar del trópico, color de zafiro.

Cinco veces lo abandonamos en nuestro viaje para meternos en ríos y estuarios, y nos vuelve a acoger con la calma de siempre, cieno de fosforescencias en la noche, rayado por enjambres de peces voladores durante las horas meridianas.

Cuatro días navegamos por la parte occidental del golfo de Bengala, hasta la isla de Ceilán que, según los poetas indostánicos, cuelga sobre el pecho del océano Índico como una esmeralda engarzada en plata.

Se cruzan con nosotros, el último día de esta navegación, veleros que parecen de otros siglos, goletas y fragatas de la marina malaya con arboladura europea, pero conservando las líneas principales de la antigua construcción, la popa más alta que la proa. Estos descendientes de los nautas remotos que corrieron el Pacífico y tal vez llegaron a América todavía explotan, a pesar de su decadencia, la navegación entre las tierras aisladas vecinas al Asia, que la nueva geografía llama Insulandia.

Nos aproximamos a Ceilán. Mar y cielo parecen anunciar con su calma luminosa la vecindad de una isla celebrada siempre por su eterna primavera, donde exploradores remotos colocaron el emplazamiento del Paraíso terrenal. Vemos el océano terso y blanco como el interior de una concha perla. Parece que el exceso de luz haya absorbido todo su azul. Los peces voladores son los únicos que alteran esta inmensidad con el arañazo ligero y rapidísimo de su vuelo a flor de agua.

Vamos en busca de Colombo siguiendo la costa oriental de Ceilán. En su parte opuesta existe una cadena de escollos, igual a las ruinas de un puente gigantesco, que ha dado origen a numerosas leyendas poéticas y religiosas. Indudablemente Ceilán era una península de la India, pero el mar rompió su istmo, dejando como restos catastróficos la actual línea de islotes y peñascos submarinos.

Por este puente pasó Rama, hijo de dioses descendido a la tierra para ser simplemente héroe, símbolo tal vez de la invasión de la India por los arios. Un demonio repugnante, llamado Ravana, que tenía su reino en la isla de Ceilán, aprovechó una ausencia de Rama para robarle su bella esposa, Sita, llevándosela por los aires hasta su palacio, donde la guardó cautiva.

Como el pobre Rama, al descender a la tierra, se había despojado de sus poderes celestes, carecía

de buques para atravesar el estrecho y de ejércitos para combatir al raptor de su esposa. En tan angustiosa situación, Hanuman, el rey de los monos, vino a socorrerle.

Ayudado por su lugarteniente el heroico cuadrumano Nala, movilizó Hanuman todos los monos de la península, empezando este ejército de muchos millones de combatientes por transportar a través de la India entera rocas y troncos arrancados de las vertientes del Himalaya, materiales que sirvieron para construir en cinco días un puente entre la tierra firme y Ceilán.

De este modo, el divino Rama, encarnación de Visnú, pudo marchar contra su enemigo al frente de los mencionados auxiliares. Tales eran los chillidos de los monos al atravesar el puente, que apagaban el ruido de las olas.

En vano el diabólico Ravana intentó cortarles el paso; los monos acabaron con él y sus tropas en una batalla que duró varios días, y al fin Rama pudo recobrar a su dulce Sita. Como hijo de los dioses, preguntó a Hanuman qué recompensa extraordinaria deseaba por sus servicios, y el simiesco rey le pidió vivir todo el tiempo que las hazañas de Rama fuesen cantadas en la India. Y como estas hazañas figuran en el *Ramayana*, poema épico y sagrado que los brahmanes consideran inmortal, por ser lo que la Biblia en las tierras de Occidente, el heroico mono vive aún y seguirá viviendo, oculto en las profundidades misteriosas de la jungla.

Los indostánicos han hecho de él un dios, y su imagen figura en los templos. Posee también santuarios propios, siempre en las selvas, con sacerdotes que gozan de fama de brujos y pueden convertir a los hombres en animales.

Respeto el hinduista al mono como animal sagrado, viendo en él una reencarnación de Hanuman. Cuando el hambre reina en la India, las gentes mueren a miles, pero jamás les falta comida a los cuadrumanos que vagan en torno a los templos.

Todas las riquezas y exuberancias de la naturaleza indostánica parecen haberse concentrado en la isla de Ceilán. Los brahmanes la titularon «estanque cubierto de lirios rojos», los chinos «tierra sin penas», los griegos «país del jacinto y del rubí», y los poetas budistas «perla eternamente fresca sobre el pecho de la India». Muchos siglos después, al establecerse los mahometanos en Ceilán, la llamaron «consuelo de los padres de la humanidad, después de haber perdido el Paraíso».

Tanta era la fama de esta isla, que los antiguos geógrafos, entre ellos Ptolomeo, la supusieron quince o veinte veces más grande. Durante miles de años la imaginación concentró en ella todas las maravillas de la India. Tenía playas de piedras preciosas desmenuzadas por las olas. Una de sus ciudades poseía un templo con la cúpula rematada por un carbunco color de fuego, y esta gema enorme iluminaba las noches lo mismo que un faro.

Ceilán es la isla de Simbad el Marino. Los navegantes de su tiempo hablaban de una montaña toda de piedra imán, que atraía los clavos y cuantos hierros llevaban las naves, desuniendo su tablazón, sumergiéndolas en plena bonanza y obligando a sus tripulaciones a ganar a nado la costa. Esta montaña-imán era el símbolo de una tierra que atrajo con sus riquezas a tantos hombres de mar, guardándolos para siempre, seducidos por la dulzura de su clima y su vegetación maravillosa.

Primeramente los árabes, y luego los portugueses, vinieron a esta isla en busca de la pimienta, la canela y otras especias, encontrando gran abundancia de zafiros, topacios, rubíes, piedras de luna, aguamarinas y sobre todo perlas. Ceilán es la famosa isla o ínsula de Taprobana que figura en los libros de caballerías, tierra de inauditos tesoros guardados por enanos feroces, tropas de monos y

desafortunados gigantes. Don Quijote, en la biblioteca de su caserón manchego, soñó muchas veces con la conquista de uno de los reinos de la lejanísima Taprobana<sup>[14]</sup>, donde abundaban perlas y diamantes, como si fuesen guijarros.

Por encima de las montañas inmediatas a Colombo vemos un cono casi vertical, un pitón que parece inaccesible, al que llaman «Pico de Adán». Situado a dieciséis leguas en el interior de la isla, sólo las gentes del país llegan a su cumbre, cuando van en peregrinación, durante los meses de verano. En la meseta terminal existe una oquedad, abierta en la roca, que tiene la forma de un pie enorme. Esta huella, según los budistas, la dejó Buda antes de ascender a los cielos. Los brahmanistas aseguran que es la huella de Shiva, y los musulmanes, al establecerse como mercaderes en la isla y propagar su religión, afirmaron que la había abierto el pie de Adán, padre de toda la humanidad. Éste, al verse arrojado del Paraíso, situado en Ceilán, pasó varios años llorando sus culpas sobre dicha cumbre, mientras Eva vivía desterrada cerca de La Meca. De este modo cada una de las tres religiones se apropia de la montaña, y todas envían a sus peregrinos en los meses que resulta accesible.

Sólo devotos de gran fe pueden emprender tan peligrosa ascensión. En la última parte del camino hay que trepar verticalmente, agarrándose a cadenas, que algunas veces se han roto, cayendo los peregrinos en una profundidad mortal de centenares de metros. Varios oficiales ingleses, aburridos de su larga permanencia en la isla, han efectuado la ascensión al «Pico de Adán», examinando la informe oquedad que los devotos toman por la huella de un pie gigantesco, así como un altar que levantan los bonzos en la mencionada plataforma mientras duran los meses del verano.

La periferia de la isla recibe un contacto frecuente de la civilización occidental. El interior es más primitivo, y sus poblaciones viven rodeadas de una naturaleza tan exuberante, que algunas veces las obliga a defenderse. El tigre abunda en dichas regiones. El elefante salvaje resulta para el explorador de las selvas el animal más temible. Los periódicos de Colombo publican con alguna frecuencia relatos de muertes causadas por la mordedura de las *najas*. Hay también boas enormes. En mi viaje a Kandy por carretera pude ver cómo marchaba una tranquilamente a corta distancia de nuestro automóvil.

El gobierno de la isla ha normalizado y reglamentado la cacería de bestias salvajes. Existe una tarifa indicadora de lo que se debe pagar por cada animal cazado en las tierras del interior. Un elefante cuesta diez libras; un tigre, menos. Algunos de los que vienen a invernar a Ceilán hacen el viaje por conocer las emociones de estas cacerías.

No puedo disimular mi extrañeza cuando los periodistas de Colombo, al subir al buque, me preguntan con naturalidad, como si se tratase de algo ordinario en mi existencia:

—¿Viene usted a cazar tigres o elefantes salvajes?...

—¿Yo?... ¿Qué mal me han hecho esos animales?... Deseo ver otras cosas más interesantes para mí.

Pasamos al entrar en el puerto ante grandes hoteles rodeados de jardines. El desarrollo de los medios de comunicación ha empequeñecido la tierra, ensanchando considerablemente el espacio en que se mueven las personas adineradas. Hace unas docenas de años nada más, los ricos de Europa, al trasladarse en invierno a la Costa Azul, creían mostrar con ello una audacia aventurera. Luego la moda convirtió en estaciones invernales Argelia y Egipto. Ahora estos viajes resultan mezquinos y sin novedad. Lo *chic* para las gentes ricas y de humor vagabundo es embarcarse en un paquebote del Extremo Oriente y pasar los meses de frío en Ceilán.

A causa de la afluencia de clientes opulentos, los hoteles de las cercanías de Colombo son ahora tan grandes como los de América del Norte. Su numerosa servidumbre no lleva zapatos, pero es muy limpia y tiene cierta elegancia exótica vestida con túnicas siempre inmaculadas y tocada con turbantes color de fuego. En torno a estos edificios, verdaderos cuarteles de la riqueza, los jardineros improvisan edenes, sometiendo a las disciplinas de su invención todas las exuberancias y variedades de la flora tropical. Colombo es lugar de obligado descanso para los buques que van al Extremo Oriente o vuelven a Europa. Imposible hacer uno de ambos viajes sin echar el ancla en su puerto, depósito enorme de combustible.

La avenida central de esta ciudad de paso cambia varias veces de aspecto en el curso de un solo día. Repentinamente, los vendedores ambulantes agrupados bajo las arcadas, los que están a la puerta de su tienda, los que tiran de *ricshas*, los niños que piden limosna, dejan de hablar inglés y empiezan a gritar a su modo palabras francesas. Es que un trasatlántico procedente de la Indochina acaba de anclar en el puerto. Los grupos de viajeros llevan el uniforme militar de las colonias o el casco blanco, con traje de igual color, cerrado hasta el cuello, que usan funcionarios y comerciantes. Las señoras tienen un aspecto nostálgico y distinguido de parisinas en el destierro.

Pasadas unas horas, nadie habla francés. Los viajeros han regresado a su buque. Ahora llena la ciudad otro alud de gentes que se expresan en inglés, y sin embargo parecen hallarse en casa ajena. Pertenecen a un paquebote llegado de Australia. Y así sucesivamente van pasando por Colombo grandes buques de todos los países, que vuelcan por unas horas su población fugaz.

Entre la muchedumbre cobriza y políglota que grita ante las puertas de los establecimientos pugnando por atraer a una clientela que se embarca horas después, para no volver nunca, hay muchos que hablan español. Todos empiezan a ser viejos y realizan un esfuerzo mental para evocar palabras que sabían perfectamente y han olvidado por falta de uso. Cuando el archipiélago filipino pertenecía a España, era frecuente el paso de españoles por Colombo, y sus mercaderes consideraban necesaria nuestra lengua. Ahora sólo de tarde en tarde, al pasar el vapor-correo de Manila, se acuerdan los tenderos cingaleses de que existe nuestro país.

El lector conoce seguramente los adornos masculinos de esta isla. Todo europeo, al desembarcar, se siente desorientado y necesita tiempo para establecer una diferencia indispensable entre los machos y las hembras de Colombo. Deja crecer el hombre sus cabellos y los lleva en forma de rodete, sujetos con un peine o caídos sobre el cogote, a estilo de «castañas», como se decía en otro tiempo. Además, usa una pieza de tela arrollada a las piernas en forma de falda. Su lujo es llevar pintadas boca y mejillas, los ojos agrandados con líneas negras, y usar pulseras, pendientes y collares. El bigote, que se dejan crecer los más, es lo único que distingue al hombre de la mujer. Hasta los criados, en hoteles y cafés modestos, llevan faldas blancas y una peineta sobre su cabellera anudada a estilo femenino.

El uso de la peineta resulta general en Colombo, y hasta la conservan los cingaleses que adoptaron el traje europeo. Es una media corona de carey puesta al revés, de modo que sus extremos quedan a ambos lados de la frente, pareciendo de lejos sus puntas dos cuernecitos.

Así va la marinería que se agrupa en los muelles, cerca de sus barcos larguísimos, estrechos, y sin embargo con velas grandes y audaces, pudiendo navegar estas piraguas sin volcarse, gracias al balancín sostenido paralelamente a uno de sus costados por gruesos bambúes. Así también, la muchedumbre pedigüeña y pegajosa, igual a la de todos los grandes puertos, que pasa el día en medio

de la calle y sigue al viajero de tienda en tienda, esperando a la puerta para ofrecer sus servicios.

En las vías secundarias las casas están pintadas de azul, blanco o rosa. Los hombres que salen de las tiendas para mostrar sus géneros, así como los vendedores ambulantes y los vagabundos, saludan a todo el que llega llamándole «capitán». Es tal vez un recuerdo de la dominación portuguesa. También resulta verosímil que en este puerto, siempre lleno de buques, el título más honorífico que puede discurrir un cingalés es el de «capitán». Los niños ofrecen a las viajeras flores de estanque, enormes, con intenso perfume. Otros granujas bronceados y completamente desnudos llaman «papá» y «mamá» a los europeos, con un balido humilde de bestezuela desamparada, mientras guardan sus ojos ardientes cierta expresión de picardía.

Muestran estos pilluelos un conocimiento algo retrasado de las modas de Europa, y para halagar a los blancos, cantan a coro *Tipperary*, la canción inglesa de la guerra, al mismo tiempo que se meten una mano en el sobaco opuesto y dan golpes de codo para apoyar un cántico con un acompañamiento de ruidos inconvenientes.

Se nota en las calles la escasez de caballos. En Ceilán no existen otros que los del ejército y los de algunos ricos. Los animales del país son el elefante, dedicado aquí a las faenas agrícolas, el toro y el búfalo. Pero estos últimos sólo merecen su nombre en diminutivo. En ninguna parte del mundo pueden encontrarse toritos como los de Ceilán. Tienen aire de viejos, y sin embargo su alzada no va más allá de la de un asno. Parecen creados para una humanidad de pigmeos. Los búfalos, a causa de su giba, aún resultan más grotescos en su pequeñez. Estos animales tiran valerosamente de carretas y vehículos de recreo. Se les ve a veces muy peinados y limpios, con los cuernecitos rojos o verdes, enganchados a un tílburí u otro carruaje de lujo.

El pasado de Colombo nos sale al encuentro al transitar por sus calles populares, lejos de la avenida central, donde sólo existen almacenes ingleses. Los comerciantes del país se muestran orgullosos de sus apellidos, colocándolos en letras doradas sobre las puertas de sus tiendas. No hay calle en que no viva algún Silva, Fonseca, Costa, Gómez, Fernando o Perera. Todos cuentan con orgullo que son portugueses, como si se hubiesen embarcado años antes en el puerto de Lisboa; pero basta mirar sus caras cobrizas, sus ojos asiáticos, para poner en duda tal origen. Descienden de remotos soldados de Portugal que se cruzaron con hembras del país. También pueden ser nietos de esclavos que tomaron el apellido de su señor.

Los conquistadores portugueses fundaron Colombo, estableciendo aquí las primeras bases de la civilización europea. Cuando Portugal fue anexionada a España por Felipe II, los holandeses, en continua agresión contra las colonias españolas, se adueñaron de Ceilán, conservando esta isla, que puede llamarse gemela de Java por sus productos y su hermosura, hasta que a su vez los ingleses les arrojaron de ella.

Todos estos hombres con cabellera de mujer, rostro pintado, mirada inquietante, una chaqueta blanca abrochada sobre la epidermis y una pieza de tela inglesa arrollada a las piernas, tienen ennegrecida su dentadura y las encías hinchadas, de color sanguinolento. Las mujeres, feas e indolentes, que llevan por todo vestido una tela oscura a guisa de falda y un *sari* o blusa muy corta, dejando visible la morcilla circular de su carne entre los bordes de ambas prendas, muestran una boca igualmente negra y ensangrentada. Todos mascan betel. Hasta los niños de corta edad tienen una sonrisa repugnante.

En medio de la muchedumbre cobriza se ven ancianos de tez puramente blanca. Deben pertenecer

a una tribu medio extinguida de las muchas que fueron superponiéndose en esta tierra considerablemente poblada por los aluviones de la civilización y la conquista. Algunos de estos arios, con barba blanca y un pedazo de tela por toda vestidura, recuerdan la estatua de Victor Hugo desnudo cincelada por Rodín.

Lo mismo que Rangún, es Ceilán un gran centro del budismo. En ambas regiones indostánicas dominan las doctrinas de Gautama. Vencidas hace mil años por los brahmanes en el resto de la India, tienen fuera de ella tantos millones de adeptos, que el budismo figura como la más numerosa de las religiones.

Se encuentran aquí los mismos bonzos de manto azafrañado que en Rangún; pero los sacerdotes budistas de Ceilán son mendicantes, viven de la caridad de los fieles, y sus envolturas deshilachadas ya no guardan el hermoso color primitivo a causa de su vejez. Todos llevan la ola de cobre debajo de la manta, lo que les da, vistos de lejos, un aspecto de mujeres encinta. Se detienen ante los vendedores callejeros, abren su capa, avanzan la ola, reciben la limosna, y vuelven a cerrar la envoltura, prosiguiendo su camino.

Triunfante el brahmanismo en el resto de la India, vino a Ceilán en busca de su adversario. Los reyes de la isla, convertidos al budismo en los mejores tiempos de dicha religión, se mantuvieron fieles a ella, y todo el país es budista con cierta vanidad religiosa, considerándose superior a Birmania. Esto no impide que los brahmanes tengan varios templos en Colombo, extremando las ceremonias de su culto con un fervor propagandista. Sus pagodas están cubiertas exteriormente de cartelones colorinescos representando las *apsaras* y otras divinidades del cielo hinduista, todas ligeras de ropa, con desnudeces tentadoras. Unos sacerdotes voltean campanas en el atrio de estos pequeños templos; otros tañen dulzainas o golpean tambores con ambas manos. Su estrépito para atraer creyentes recuerda el de los barracones de las ferias. Algunos brahmanes más jóvenes salen al medio de la calle para regalar guirnalda de flores rojas y amarillas a los que pasan, invitándoles a que visiten su santuario.

Hasta en los jardines más céntricos de Colombo están los árboles cargados de cuervos. Duermen o graznan sobre sus ramas; aletean por las avenidas, lo mismo que las palomas en los jardines de Europa. Un olor complejo de pimienta, de jazmín, de clavel, de sándalo y de murciélago vampiro, eternos perfumes de la India, sale a nuestro encuentro bajo todas las frondas.

Es famoso Ceilán por sus jardines botánicos. En el de Colombo admiramos las dimensiones de sus grupos de bambúes. El hombre resulta un insecto al lado de estas cañas que se remontan en el espacio hasta alturas sólo conocidas por los árboles colosos. Algunos de estos árboles abarcan con su raigambre a flor de tierra espacios tan extensos como sus copas, y el visitante, para llegar hasta el tronco, tiene que ascender por una sucesión de raíces exteriores, escalinata de peldaños torcidos y oscuros como trompas de elefante.

Cerca de este jardín botánico, poco considerado por los cingaleses cuando lo comparan con el de Peradeniya, han construido los ricos de Ceilán toda una ciudad nueva de palacios. En sus avenidas es frecuente ver indígenas viejos elegantemente vestidos de blanco, como un funcionario recién llegado de Londres. Llevan, sin embargo, los pies desnudos y la peineta de los dos cuernecitos sobre su cabeza, tradicionalismo que no les impide ocupar un automóvil propio. Son los millonarios del país, los dueños de las plantaciones de té. Por conveniencia nacional propagan los ingleses en toda la tierra

el té de su isla, pretendiendo establecer rivalidades entre Ceilán y la China. Son infinitamente superiores en número los que prefieren el brebaje chino, pero esto no obsta para que muchos cingaleses cultivadores de la citada hierba posean fortunas enormes.

El vecindario indígena de Colombo parece ocuparse del porvenir político de la India más que del de otras ciudades. Casi todas las tiendas ostentan el retrato de Gandhi en lugar preferente. Es un retrato melodramático, que muestra al famoso agitador casi desnudo, sentado con las piernas cruzadas sobre las losas de su calabozo, y una reja a sus espaldas.

Gandhi está en la cárcel desde hace meses a causa de su propaganda en favor de la independencia de la India, pero lo van a libertar de un momento a otro. Muchos comerciantes han colocado un anuncio sobre el mostrador declarando que venderán con rebaja de cincuenta por ciento el día que Gandhi salga de su encierro.

Todos los que poseen tienda abierta y los que ofrecen géneros como vendedores ambulantes bajo las arcadas de la gran avenida usan zapatos. Consideran oportuno ir calzados para presentar a los viajeros las piedras de luna y las aguamarinas que sacan a puñados de sus bolsillos, envueltas en papel de seda, así como los zafiros más hermosos del mundo. Pero yo creo que al anochecer, cuando se retiran a sus viviendas, les falta el tiempo para descalzarse.

Afirman los ingleses que el indostánico abomina de los zapatos, y a causa de esto han establecido en sus casas particulares y en los hoteles que todo el que tiene rostro cobrizo debe marchar con los pies desnudos, sin distinción de categorías. Los recaderos de los «Palaces» de Colombo visten con una elegancia europea, extremadamente vistosa: dolmán escarlata de cinco filas de botones, gorro redondo inclinado sobre una oreja, a estilo de los soldados de la Guardia, placa de plata en el costado izquierdo, pantalones hasta la rodilla... y a partir de aquí las piernas desnudas. En los comedores de los grandes hoteles ya he dicho que los domésticos, uniformados a usanza oriental, llevan los pies desnudos, deslizándose silenciosamente en torno a las mesas que ocupan señoras y señores vestidos de ceremonia. Cuando el *maître d'hôtel* es indostánico, va de frac, con immaculada pechera, corbata blanca, pantalón negro hasta los pies y sin zapatos.

—Hay que respetar las costumbres —dicen los ingleses establecidos en la India—. El nativo no quiere ir calzado y sería una crueldad imponerle tal tormento.

Tengo un amigo en Bombay, doctor portugués que lleva más de veinte años en el país, y es hombre de ingenio, algo aficionado a las paradojas.

—No los crea usted —me dice—; pura hipocresía británica. Fingen respeto a las costumbres, pero lo que desean verdaderamente es que el indígena no se aficiona a usar zapatos. Si los trescientos millones de indostánicos se calzasen, no quedarían suela ni cuero en el país para hacer envíos a las Islas Británicas. Y entre que lleven zapatos los vecinos de Londres o los súbditos de la India, resuelven la cuestión afirmando que el indostánico sólo puede vivir descalzo y es preciso respetar sus aficiones.

## Por el interior de Ceilán

Mujeres que trabajan en los caminos.—Los campos bajos de Ceilán.—Plantaciones de té y de canela.—Una boa junto al automóvil.—Jardín zoológico sin jaulas.—Tigre real sobre el camino.—La vegetación de las montañas.—Elefantes que aran.—Nuestro encuentro con uno de ellos, asustado por el automóvil.—Actuación militar de los elefantes.—Los maravillosos jardines de Peradeniya.—El lago de Kandy.—Templo del Diente de Buda.—Procesión de elefantes con la divina reliquia.—El arzobispo de Coa, la Inquisición portuguesa y el diente sagrado.—Ineficacia de las medidas violentas contra la fe.

En las inmediaciones de Colombo tienen que ser reparados frecuentemente los caminos de tierra roja y suelta, ejecutando mujeres dicho trabajo. Ninguna de ellas es de Ceilán. Las hembras de la isla procuran imitar la existencia perezosa de sus hombres. No quiere decir esto que los cingaleses viven todo el año alejados del trabajo, pero procuran evitarlo cuanto pueden, y esta tierra fértil, de una germinación rápida y generosa, no exige grandes fatigas para ser explotada. La mujer ayuda algunas veces al hombre en sus ocupaciones, pero se esfuerza menos que él.

Son hembras de la península indostánica, casi siempre de la presidencia de Madrás, las que vienen contratadas para las obras públicas, en calles y caminos.

Vamos a visitar Kandy, ciudad veraniega del gobernador de la isla y de los ricos, donde está el famoso monasterio guardador del diente de Buda. Son cuatro horas de viaje en automóvil por la parte más hermosa de la isla, y el regreso lo haremos en ferrocarril. Esta excursión nos permitirá conocer la llanura, abundante en plantaciones de té y de caucho; después la montaña, con sus arboledas gigantescas, y el famoso jardín botánico de Peradeniya, en las inmediaciones de Kandy.

Al salir de Ceilán pasamos entre un centenar de mujeres que trabajan como peones camineros, recomponiendo unas avenidas de tierra carmesí, con jardines a ambos lados y villas de color rosa. Las cingalesas, que permanecen inactivas en las puertas de sus cabañas o van al mercado en esta hora matinal, se muestran medio desnudas, con la cabellera adornada por una peineta menos vistosa que la de los hombres. En cambio, las indostánicas de tierra firme, que manejan el pico, tiran del cilindro apisonador o llevan sobre la cabeza espuertas de yeso, van envueltas en un velo desde la frente a las rodillas, llevan aros de metal blanco en los tobillos y el tintineo de numerosas pulseras acompaña los movimientos de sus brazos. Trabajan silenciosas, con gesto enfurruñado y constante tenacidad. Causa cierta fatiga ver cómo ejecutan estos trabajos hombrunos con vestiduras y adornos que dificultan sus movimientos. Al extender un brazo, dejan visible todo un costado de su tronco y la taza carnosa del pecho, algunas veces virginal. Cuando se doblegan sobre la tierra, su cuerpo parece transparentarse con indiscretos relieves a través de sus vestidos ligeros.

Viven como bestias de trabajo, y sin embargo, por sus envoltorios y sus gestos tienen algo de mujeres de leyenda, mostrándose altivas y misteriosas para los varones que pasan junto a ellas. Los cingaleses, adornados como hembras, no atraerán nunca sus miradas. Estas jornaleras de macizas ajorcas, cuando reúnen una pequeña dote trabajando en los caminos de Ceilán, vuelven a Madrás u otras provincias de la costa oriental para casarse con un compatriota.

Nos damos cuenta, marchando por caminos siempre rojos, de lo que es la vida campestre en Ceilán, mezcla de civilización europea y de costumbres milenarias todavía vigorosas. En las



plantaciones trabajan muchos hombres, desnudos, sin más que un pañuelo entre las piernas, guiando parejas de pequeños búfalos. De vez en cuando surge la chimenea de una máquina de vapor junto a las agujas blancas o doradas de un templo budista. En estos campos se cultiva el té de Ceilán y otro producto que ha hecho famoso el nombre de la isla desde hace siglos: la canela. Existen vastísimas extensiones plantadas de caneleros, o más exactamente «cinamomos cingaleses», árboles cuyas pequeñas ramas proporcionan el oloroso producto. Los agricultores del país desistieron hace tiempo de cultivar la quinina, para dedicarse en absoluto a la producción de la famosa canela de Ceilán.

Algunas veces encontramos un caserón junto al camino, de cuyo interior se escapan abejorreo infantiles, cánticos de voces delgadas y chillonas. Es una escuela. La colonización británica se preocupa de hacer aprender el inglés a los cingaleses, infundirles un respeto casi supersticioso por el omnipotente personaje que ciñe la corona imperial de las Indias, como si fuese Buda, Shiva o Mahoma. Muchos de los cánticos escolares loan a la graciosa majestad que reside en Londres.

Otras plantaciones inmediatas al camino son de caucho, y sus maquinarias, dirigidas por europeos o mestizos, funcionan incesantemente para convertir el zumo de dicho árbol en la materia sólida y elástica, preciosa para la industria. Hay extensos arrozales, unos en amplia laguna horizontal, otros en escalinata, como los de Java, y allí donde el trabajo del hombre no ha modificado la fisonomía de la naturaleza, ésta se muestra con exuberancia y desorden. Las charcas ocultan sus aguas, abundantes en prolífica vida verdosa, bajo apretados broqueles de una vegetación de terciopelo oscuro. Grupos de helechos arborescentes, de bambúes gigantes, de cocoteros y palmas con penachos color de oro, bordean nuestra ruta. A sus troncos y ramajes se agarran las plantas trepadoras, lanzando bóvedas sobre un suelo eternamente verde, al que sólo llega el sol en forma de gotas de luz.

Vuelan los cuervos en bandas sobre los prados o se dejan caer en ellos, cubriéndolos con una sábana negra y ondeante. Los búfalos, al descansar sobre sus patas encogidas, mantienen en el lomo un pajarraco de esta especie, que hunde el pico en su pelambreira, buscando los parásitos incubados por la fecundidad tropical. Tiemblan las ramas de los árboles y resuenan sus hojas, con el estrépito de carreras invisibles. Poco después, vemos descender por el tronco un lagarto de lengua cola, casi del tamaño de un gato, con el lomo partido en dos filas de verrugas negras y verdes.

Nuestro chófer indígena desvía de pronto su vehículo para evitar un obstáculo que sólo él ha podido distinguir. Siguiendo sus indicaciones, vemos la segunda mitad de una boa que debe tener cuatro metros de longitud y cuya redondez de tronco viviente está cubierta por una piel cuadriculada y tricolor. Este reptil extraordinario acaba de atravesar el camino y continúa deslizándose por uno de sus lados. Durante algunos segundos, marchan en igual dirección la boa y el automóvil. Puedo observar el resbalamiento de la bestia sin ver su cabeza, que se hunde en las ramas secas y en todos los obstáculos del suelo cortados por su arrastre. La tierra parece abrirse ante el zigzag de su cuerpo. Al avanzar levanta un susurro de hierbas dobladas, un crujir de hojas. De pronto le infunde inquietud nuestra compañía, tuerce su marcha a la izquierda, y remontando un pequeño ribazo, se pierde en la tupida vegetación.

Por la otra orilla del camino han pasado al mismo tiempo varias mujeres que llevan fardos o vasijas sobre sus cabezas. No han hecho un gesto al ver la serpiente o no se han tomado el trabajo de enterarse de su presencia. La boa es una compañera de los habitantes del campo; no la temen como a la cobra, que mata casi instantáneamente con su mordedura. Sólo se atreve a enroscarse al hombre cuando lo encuentra dormido en la selva, y le rompe los huesos con el estrujamiento de sus anillos,

que son su única arma agresiva.

Todas las viviendas, sueltas o formando pueblos, tienen una columnata anterior, adornada con vasos colgantes de flores, y entre columna y columna vemos fuertes celosías hechas con una madera dura, casi tan resistente como el metal. Gracias a estos obstáculos que impiden el acceso a la casa y dejan pasar al mismo tiempo el aire de la noche a través de sus pequeños agujeros, los cingaleses consiguen dormir seguros y frescos en este país de calores sofocantes. Así no puede penetrar hasta su cama la serpiente, animal de gustos domésticos, que se siente atraída por la vivienda del hombre y acude a ella desde enormes distancias. También el tigre ronda junto a las celosías, seducido por la luz que filtran sus orificios, pero acaba por alejarse, creyendo tal obstáculo más fuerte que sus garras.

Nos encontramos frente al tigre una hora después de habernos tropezado con la boa. El gobierno de Ceilán ha construido en el camino de Kandy un jardín zoológico como no existe otro en ninguna parte de la tierra. Carece de edificios y los animales ignoran la estrechez de la jaula. Considerables espacios de selva están limitados por una alambrada de varios metros de altura, cuyos hilos metálicos tienen el grosor de un dedo. En estos compartimentos que ocupan centenares de metros cuadrados y carecen de techo, las fieras cingalesas saltan, corren, rugen, se suben a los árboles con toda libertad, como si estuviesen en campo libre.

Vemos muchos de estos animales sin abandonar nuestro camino. Los tigres, al darse cuenta de que pasan viandantes, avanzan hacia el borde de aquél con una cautela agresiva, preparándose para atacar, hasta que tropiezan con el enrejado. Aunque esta alambrada es fuerte examinada de cerca, parece mediocre desde lejos, al compararla con los árboles, los animales y las rocas que pueden contemplarse a través de su tejido. Hasta se duda de la existencia de dicho obstáculo, llegando en ciertos momentos a no verlo.

Pasamos una revuelta verdosa y sombría bajo la cúpula que forman varios árboles al juntarse, y al otro lado de ella vemos de pronto un tigre casi encima de nosotros: un animal majestuoso por su tamaño, la piel rayada de blanco y oro, la cabeza tan enorme, que resulta en desproporción con el resto de su cuerpo. Este tigre real descansa en el brazo de un árbol de copa gigantesca, pero queda dentro de la red metálica, que ahora nos parece tan insignificante como una telaraña. Unos cuantos tigres más pequeños, indudablemente sus hijos, juegan al pie del tronco, semejante por su anchura a un torreón negro. El terrible padre guarda la misma actitud de sus mocedades, cuando cazaba con toda libertad al hombre en las selvas, poniéndose al acecho en lo alto de los árboles para dejarse caer sobre los descuidados cingaleses.

Todos hemos visto tigres a través de los hierros de una jaula, animales entumecidos por la estrechez del espacio y una forzada inmovilidad. Además, los hemos contemplado estando en el mismo plano. Aquí existe frente a nosotros un tigre majestuoso, con toda la robustez de la vida libre, y lo vemos de abajo arriba, subido en un árbol, como un gato que toma el sol en un alero, sin más obstáculo intermediario que una especie de red que nos imaginamos fácil de saltar para una bestia de patas vigorosas, lo que resulta un espectáculo nuevo y poco tranquilizador.

El chófer ha detenido instintivamente su automóvil, interesado por dicha aparición. No es suceso ordinario que un animal de talla tan enorme abandone sus frondosidades predilectas para venir a curiosear en la orilla del camino. Lo tenemos casi encima de nosotros. Hemos de echar atrás nuestras cabezas para verle bien. La magnífica bestia deja caer de las esmeraldas de sus ojos dos chispas

verdosas sobre las presas insolentes que la contemplan desde abajo. De tarde en tarde parpadea, entreabre las quijadas para dar salida a un mudo bostezo, y vuelve a mirarnos con despectiva fijeza. Sus pupilas color de mar tienen ahora dos redondeles amarillos como monedas de oro. Indudablemente estos ojos nos hablan:

—Miradme bien; aprovechad la ocasión. ¡Ay, si no existiese nada entre nosotros!

Sé lo que pasaría en tal caso; echaríamos a correr, muertos de miedo. Pero aun contando con el obstáculo que nos defiende, empezamos a encontrar un poco largo este mutuo cruzamiento de miradas.

Permanecemos solos en medio del camino, sin saber dónde están los otros automóviles que hacen el mismo viaje. El silencio de la selva nos envuelve en su calma profunda, repleta de latidos misteriosos. Nos vemos entre altas murallas de vegetación que sólo dejan filtrar redondeles de sol. A los perfumes pimentosos de la flora tropical ha sucedido un hedor de fiera. En el mismo plano que nosotros hay varios tigres. Unos son cachorros. Los demás, que pueden llamarse adolescentes, vienen con la insolencia ávida de la juventud a engañar sus uñas en el enrejado. Y encima el padre, el terrible patriarca, que debe de haber comido hombre muchas veces, y nos contempla con un silencio peor que los rugidos, como si estuviese tramando algo detrás de su aparente calma. ¡Vámonos! No hay por qué seguir aquí.

Debe de pensar lo mismo el chófer, y por esto pone su máquina en movimiento al mismo tiempo que le doy la orden.

A partir de aquí, nuestro camino empieza a ascender con rapidez. Es un continuo zigzag que escala las montañas, y muchas veces resulta invisible algunos metros más allá a causa de las apretadas filas de árboles que orlan sus flancos. Pasamos entre magnolios y palmeras empavesadas con penachos rojos y amarillos. Vemos los árboles que producen el mango y la papaya, admirables frutas tropicales. Continuamos subiendo. El aire es más fresco, y flotan ahora en sus vivas ondas olores de musgo y de pequeñas flores de montaña: un perfume igual al de las cumbres de los Alpes.

Corre el agua bajo bóvedas de lianas. En los recovecos de los barrancos se aglomeran árboles gigantes disputándose el suelo y el aire. Los banianos multiplicadores alinean las columnatas de sus troncos, como edificios ruinosos invadidos en su parte alta por vegetaciones parásitas, y al amparo de ellos ondean los helechos sus plumas temblonas de jugoso verde. Hay árboles de ébano, y las orquídeas asoman sus colores entre las hojas como pájaros inmóviles.

Un entrecruzamiento de lianas y ramajes sólo deja visible el camino a corta distancia. De pronto una sucesión de árboles derribados abre espacios libres, radiantes de luz solar. Luego se restablece la penumbra verdosa, impregnada de olor de pimienta y otros perfumes calientes.

Los montañeses de Ceilán emplean el elefante para sus trabajos agrícolas. Lo vemos ir y venir por algunos campos talados en la selva, llevando sobre su testuz un hombre de carnes cobrizas y calzoncillo blanco que guía sus movimientos. Unas cadenas penden de sus flancos, y a ellas se engancha el arado, que dirige otro indígena igualmente semidesnudo.

Encontramos hermosos mocetones de cabeza rapada, que no tienen el aspecto afeminado de los cingaleses de Colombo. Rezuma agua la montaña por todas sus oquedades. Las rocas parecen temblar a causa del chorro sutil y claro que barniza incesantemente sus aristas y superficies. Algunos de estos montañeses se bañan junto al camino, hundiendo sus cubos en las fuentes y echándose el líquido por la cabeza. Las señoras que ocupan los automóviles vuelven su cara a otro lado y fingen distracción

cuando, al pasar un recodo del camino, tropiezan sus ojos con la desnudez integral de estos Adanes.

Nuestro carruaje tiene que cortar su marcha bruscamente para no estrellarse contra varios elefantes que, terminada su labor, vuelven al establo. Son animales de color pizarra, con rojizas costras de suciedad; bestias de trabajo, con los colmillos cortados, sin el aspecto inteligente de sus congéneres que viven en las ciudades. Al pasar junto a nosotros me fijo en sus orejas, abiertas como abanicos, cuyo interior es de rosa pálido veteado por redes de venas negras.

Nos detenemos en plena subida, junto a la cabaña de un mocetón que debe ser musulmán. No quiere acercarse a su vivienda; nos habla de lejos, a causa de su desnudez. Está junto al tazón rocoso de una fuente, y sus carnes brillan como rojizo cristal debido a los continuos chaparrones que se echa por la cabeza. Dos niños nos ofrecen cocos recién arrancados de la plantación de su choza, y los agujerean con rápida habilidad para que bebamos como refresco el líquido frío y azucarado de su interior.

En lo más alto del camino, un elefante asustadizo nos pone en peligro de morir. Todas las bestias de su especie que hemos encontrado estaban habituadas al automóvil, y pasaron junto a nosotros con cierta alarma, pero sin alterar su marcha, obedeciendo al *cornac* montado en su testuz. De un campo recién arado sale un elefante que parece joven y menos dócil que los otros. Lleva su conductor sobre la cabeza y le van siguiendo varios labriegos bronceados, con un harapo blanco en las vergüenzas. Como el automóvil tiene que vencer la última parte de una áspera cuesta, jadea angustiosamente, y su ruido asusta al animal. El terror le hace darse vuelta para ocultar su cara, y nos presenta la grupa, reculando sobre nosotros, que estamos al borde de un precipicio.

Yergue su trompa, dando resoplidos de miedo, y al mismo tiempo la emoción le hace levantar la cola, bufando igualmente por debajo de ella. Al peligro de vernos despeñados por su retroceso se une algo cómico y repugnante. Su emoción gaseosa ha pasado a ser sólida, y como su grupa está casi encima de nosotros, tenemos que echarnos al otro lado del vehículo y poner un codo ante la cara, precaviéndonos así de la lluvia con que nos amenaza su terror. Al fin, los gritos de su *cornac* y los esfuerzos de los otros cingaleses, que se agarran a su trompa y acarician sus patas, consiguen que se decida a pasar lentamente junto al automóvil, continuando su marcha cuesta abajo.

Este animal, que ayuda al cingalés en sus labores, fue su mejor arma de guerra en otros tiempos, antes de que llegasen los portugueses con sus arcabuces. Los reyes de la isla se consideraban poderosos según el número de elefantes, con torres y flecheros, que podían agregar a sus tropas. El primer gobernador portugués de Colombo tuvo que hacer frente a una confederación de monarcas del país, que le atacaron con numerosa tropa de elefantes. Dejó aproximarse el hábil capitán su fila arrolladora, y cuando los tuvo cerca, hizo que los lusitanos disparasen a un tiempo sus armas de fuego, lo que bastó para que se desbandasen, atropellando a las huestes cingalesas que marchaban detrás.

Su miedo al ruido los hizo finalmente inutilizables para la guerra. En las batallas entre príncipes de la India, los guerreros del país acabaron por descubrir que el gruñido del cerdo no puede soportarlo con tranquilidad el elefante, y cuando un monarca hacía avanzar, como si fuese su artillería gruesa, las varias filas de estos animales, llevando el testuz acorazado de bronce y dos enormes cuchillas atadas a sus colmillos, los contrarios lanzaban a su encuentro una piara de cerdos embadurnados de azufre, luego de prenderles fuego, y sus chillidos desesperados bastaban para desordenar a los temibles paquidermos.

Antes de Kandy echamos pie a tierra para pasear por las calles de árboles que forman el Jardín botánico de Peradeniya. Todos describen Ceilán como una selva que surge del mar, siendo tan densa su vegetación que no deja ver el suelo; pero no obstante la riqueza general de esta flora, los jardines de Peradeniya resultan algo aparte, por su exuberancia y su belleza. Se entra en ellos por una avenida de árboles de caucho que ascienden a más de treinta metros. Numerosos colibríes y otros pájaros-joyas aletean en torno a las innumerables variedades de la arborescencia tropical. Los macizos de bambúes llegan a inauditas alturas, y tal es el grueso de estas cañas, que en otro país serían consideradas como árboles respetables. El *Dendrocalamus*, árbol de la isla, alcanza 40 metros, y los que lo han estudiado afirman que en cierta época del año llega a crecer 90 centímetros en veinticuatro horas.

Llegamos a Kandy, viendo inmediatamente la laguna que existe en el centro de la ciudad y tanto admiran los habitantes de Colombo cuando viven aquí en verano. Un paseo orla sus orillas, y a través de las aguas algo amarillentas vemos pasar, como una procesión de sombras chinescas, grandes bandadas de peces. Más de una vez, a las siluetas ovales y de inquieto coleo se unen largas cintas que flotan como algas. Son culebras acuáticas, que llegan a un desarrollo extraordinario. En la India, el reptil es tan inevitable en la tierra y en el agua como el cuervo en el aire.

Deseamos visitar en seguida el famoso *Dalada Maligawa*, o sea, el «templo del Diente de Buda». Este monasterio tiene más pinturas que esculturas, lo que resulta poco frecuente en los monumentos budistas. Debieron de existir en Kandy familias de pintores dedicados al arte religioso, que interpretaron las concepciones sobradamente materiales del budismo en decadencia, con su cielo, su infierno, sus milagros y sus reglas supersticiosas, tan alejado todo ello de las primitivas y elevadas doctrinas del fundador. En uno de los claustros enseñan los bonzos una sucesión de frescos tremebundos representando los múltiples castigos de los pecadores en el infierno. Estas pinturas ingenuas nos hacen recordar las del camposanto de Pisa, con la diferencia enorme que existe entre la obra de arte y los balbuceos de una concepción tosca y confusa. Pero en ambas se encuentra la misma emoción religiosa, igual deseo de expresar el más allá de la muerte.

Dentro de un arca que tiene forma de pagoda guardan los bonzos el famoso diente de Buda. En realidad, para llegar hasta él hay que abrir seis arquillas más existentes en su interior, y es en la última donde está el diente, erguido sobre un ramillete de oro.

Cuando Buda murió en Benarés y su cadáver fue quemado, uno de sus discípulos recogió el diente entre las cenizas, llevándoselo al rey de su país. Son incalculables las aventuras por las que pasó esta reliquia extraordinaria y las guerras a que dio motivo. El título de «extraordinaria» no puede ser más exacto, ya que el tal diente tiene una longitud de dos pulgadas y es algo curvo, como un colmillo de caimán. A juzgar por él, Buda debió de ser hombre de cuatro o cinco metros de estatura... Pero conviene olvidar la lógica cuando se trata de asuntos de fe.

Por odio al budismo, los brahmanistas se apoderaron de la reliquia, colocándola sobre un yunque para hacerla polvo. Pero al primer martillazo, en vez de romperse se hundió en el yunque, y sólo años después, cuando lo juzgó oportuno, saltó fuera de su encierro de metal. Una princesa llevó el diente a Ceilán oculto en su cabellera, y desde entonces es considerada la isla como uno de los lugares santos del budismo.

De tarde en tarde, los bonzos del monasterio de Kandy anuncian que el santo diente va ser expuesto a los fieles, y con tal motivo llegan peregrinaciones de toda la isla y hasta de los países del

Extremo Oriente fieles al budismo.

En esta festividad, los elefantes desempeñan un papel tan importante como los sacerdotes. Dos filas de dichos animales, cubiertos con gualdrapas de terciopelo rojo, una máscara de plata hasta la mitad de la trompa y un templete de cúpula dorada sobre los lomos, se extienden ante la puerta del monasterio.

Un elefante designado por los sacerdotes, el más precioso a causa de su color blanco, es el que goza el honor de llevar a cuestas la envoltura de la sagrada reliquia. De las diversas cajas que la defienden sólo quedan tres, y éstas son colocadas en el templete del elefante sagrado.

Cuando aparece éste, las dos filas de paquidermos doblan sus patas delanteras y el majestuoso portador del diente pasa ante sus compañeros arrodillados. Luego los elefantes se levantan para unirse a la procesión, y ésta se dirige a las afueras de Kandy, donde se ha elevado como templo provisional una tienda de campaña, de más de ochenta metros cuadrados. Allí se abren las tres últimas arquillas y se expone sobre un altar el ramillete de oro con la reliquia de Buda. Las fiestas duran varios días y el santo recuerdo vuelve otra vez a su encierro, para no resurgir en mucho tiempo.

Antes de la dominación europea, dicha ceremonia se celebraba todos los años, siendo un motivo de gloria y de riqueza para Kandy. Ahora es menos frecuente, y los cingaleses que han pasado por la escuela inglesa y leen los periódicos del país hasta empiezan a dudar un poco de la autenticidad de este hueso.

Parece indiscutible que el primer diente de Buda fue destruido por los portugueses. El arzobispo de Goa no podía dormir tranquilo pensando que en Ceilán, posesión lusitana, los habitantes rendían honores divinos a una reliquia no católica. Esto ocurrió en el siglo XVI, cuando la Inquisición era más poderosa, así en Portugal como en España.

El diente de Buda fue arrebatado a viva fuerza por los soldados portugueses, obedeciendo las órdenes del mencionado arzobispo, a pesar de las súplicas y llantos de la muchedumbre. Luego lo quemaron en la plaza pública y lo machacaron a martillazos, aventando su polvo.

En aquellos tiempos, portugueses y españoles colonizaban así. Fue defecto de la época más que de los pueblos, pues las otras naciones de entonces no procedían con un espíritu de mayor libertad.

La existencia actual del diente de Buda y la continuación de su culto demuestran la poca eficacia de las medidas violentas en asuntos de fe. Cuando los portugueses fueron expulsados de Ceilán, un rey cingalés devolvió a Kandy el diente sagrado. Abundan las explicaciones de dicha restitución. Unos afirman que antes de la llegada de los comisarios del arzobispo habían ocultado el diente los bonzos, colocando en su lugar otro falso. Ciertos sacerdotes maliciosos insinúan que los nababs del país sobornaron al gobernador con una suma enorme para que fingiese la destrucción de la reliquia.

Una mayoría de cingaleses devotos se ríen del arzobispo portugués como de un vencido, y repiten que el diente de Buda nunca pudo ser quemado, nunca pudo ser roto a pesar de los esfuerzos de los inquisidores.

Se salvó milagrosamente, lo mismo que cuando se mantuvo oculto en el yunque, burlándose de los brahmanes, y así continuará existiendo por los siglos de los siglos en su monasterio de Kandy.

Los ingleses se marcharán algún día de la isla, como se marcharon los portugueses y los holandeses; y mientras tanto, la reliquia seguirá inmóvil y adorada dentro de sus siete pagoditas de oro superpuestas.

## La opulenta Bombay

Los portugueses en la costa de Malabar.—Albuquerque y sus grandiosos proyectos.—Cómo los tesoros de la India entristecieron durante un siglo a los reyes de España, dueños de América.—La vieja ciudad de Goa y el cuerpo de San Francisco Javier.—Modo de hacer dinero usado por el gobernador de Goa.—Bombay vendido a los ingleses por diez libras al año, que nunca fueron pagadas.—Las castas de Bombay.—Los mercaderes opulentos de sus bazares.—El gran *crack* del algodón.—Las epidemias.—El Mercado de los ladrones.—Mujeres en jaulas y mahometanas que se afeitan.—Un cónsul que acaba por ceder su casa a una inquilina más antigua instalada en el jardín.

Navegamos por el mar de Omar, ante las costas occidentales de la India, que hace cuatro siglos sirvieron de escenario a una de las empresas más audaces de la historia humana. Aquí desarrolló el pueblo portugués su epopeya, cantada luego por Camões en versos inmortales, gesta ultramarina que únicamente puede compararse con los descubrimientos y hazañas de los españoles en las Indias occidentales.

Vemos en el horizonte montañas esfumadas que parecen neblinas, y estas alturas evocan en nuestra memoria los lugares más célebres de la conquista portuguesa. Pasamos ante Calicut, la metrópoli de la costa llamada de Malabar, primer país indo descubierto por Vasco da Gama.

Los navegantes y soldados de Portugal tuvieron que luchar con pueblos de vieja civilización. Algunos de los reyes indostánicos poseían marina fuerte y ejércitos disciplinados. Además, los mareantes árabes, temiendo perder sus mercados en la India con la llegada de los portugueses, prestaron valiosa ayuda a los soberanos del país. Y sin embargo, salieron vencedores aquellos de los más desiguales combates, acabando por sojuzgar una gran parte de la península indostánica. Sus galeones se batieron solos muchas veces contra toda una flota de buques indos y árabes; sus reducidas tropas de desembarco hicieron frente a ejércitos de majestad teatral, con lorigas doradas y cascos incrustados de piedras preciosas. Vencieron a rajás que iban a la guerra con aparato de dioses, lanzando sobre el invasor jaurías de tigres desencadenados, manadas arrolladoras de elefantes.

Esta epopeya lusitana tuvo un héroe, el famoso Albuquerque, grande por sus condiciones de capitán y por las virtudes de su carácter. En nuestra historia, únicamente Hernán Cortés puede ser comparado con él. Su mirada certera supo desentrañar el porvenir con tres siglos de anticipación. Se apoderó de Malaca, adivinando en ella la puerta del Extremo Oriente, presintiendo la importancia del actual Singapur.

Tuvo en sus proyectos la audacia desconcertante del genio. Los soldanes de Egipto, monopolizadores del tráfico por tierra con la India, se irritaron al ver que los portugueses, siguiendo el contorno del continente africano, habían encontrado una nueva ruta para ir en busca de la especiería asiática. Por esto apoyaron a los príncipes indos en su resistencia, enviando flotas contra los lusitanos.

Albuquerque las desbarató, entrando después con sus naves en el mar Rojo, que era entonces un camino sin salida, para hacer la guerra a los soldanes en sus propios dominios. Ningún caudillo célebre, desde Alejandro a Napoleón, ha osado imaginar un proyecto como el de Albuquerque. Quiso desembarcar en la costa del Sudán, y avanzando hasta donde existe ahora Jartum, torcer, de acuerdo con el emperador de Abisinia, la corriente del Nilo, para que se perdiese en el mar Rojo. Este intento,

horriblemente audaz, pensado después por otros guerreros, representaba la muerte instantánea de Egipto, la sequía absoluta, el aniquilamiento de un país que sólo vive de las dos fajas de aluvión que el río bienhechor refresca con sus sangrías. Su segundo propósito era hacer un desembarco en la orilla opuesta del mar Rojo, frente a La Meca y Medina, incendiar las dos ciudades santas, destruir la famosa Kaaba y llevarse el cadáver de Mahoma para pasearlo por Europa, con lo cual infligiría un tremendo golpe al fanatismo musulmán, tan temible en aquellos tiempos.

Vencido Alburquerque por los años y por la ingratitud de su rey, no pudo ejecutar estos magnos proyectos; pero aún tuvo Portugal en sus posesiones de la India otros capitanes gloriosos. A semejanza de los de la conquista española en América, parecen secundarios estos caudillos si se les compara con sus mayores, pero de haber actuado solos en otro país, su historia resultaría inaudita.

Los tesoros indostánicos fueron durante medio siglo un motivo de tristeza y celos para los reyes de España. Fondeaban en el río de Lisboa las naves llegadas de la India, con cargamentos de perlas, oro, marfil, sederías, especias, todo el esplendor de Oriente, tal como lo describían los libros santos al hablar de las flotas legendarias del rey Salomón. Aún no habían empezado las llamadas Indias occidentales a dar el producto de sus minas. El oro de México y el Perú se mantenía oculto en el misterio de la tierra, y los conquistadores españoles no habían encontrado otras riquezas que las del botín guerrero al apoderarse de los imperios de aztecas o incas. Fue casi un siglo después cuando empezó normalmente la exportación de la minería americana. Durante el período de mayor florecimiento de Portugal, cuando toda flota llegada al Tajo parecía venir de un país fabuloso. España, poseedora de la mayor parte de América, sólo recibía magros productos de sus conquistas, despojándose en cambio de lo mejor de su raza para enviarlo al otro lado del mar.

No echó Portugal en la India las profundas raíces que España en América. Un siglo después de la gran conquista asiática, se vio arrebatarse por los holandeses lo más rico de su dominio indostánico. Hoy, de todo el vasto Imperio descubierto por Vasco da Gama y dominado por Alburquerque y Almeida, sólo conserva la ciudad de Goa y dos pueblos costeros de vida lánguida.

Pasamos ante Goa, metrópoli católica, que sólo data de cuatrocientos años y tiene un ambiente de antigüedad semejante al de las capitales indostánicas que cuentan docenas de siglos. Para los católicos de la India, insignificantes en número si se les compara con brahmanistas y mahometanos, pero que de todos modos ascienden a algunos millones, Goa es la ciudad santa, como Benarés lo es para hinduistas y budistas y Delhi para los musulmanes.

De su pasado esplendor sólo guarda la importancia religiosa. El arzobispo de Goa es el primado de toda Asia, y en torno a su vieja catedral vegeta un clero de tez oscura, canónigos, beneficiados, seminaristas. Todos los naturales de la ciudad son fervorosos católicos y esparcen su fe por la India.

El indígena de Goa resulta superior por su aspecto y sus costumbres a los otros indostánicos de clase popular. Recibe en las escuelas una educación ceremoniosa y extremadamente amable, que recuerda la cortesía de los antiguos hidalgos portugueses. Se acostumbra desde niño a llevar zapatos, viste a la europea, y es preferido en Bombay y otras ciudades para ocupar empleos inferiores en las oficinas públicas o para mayordomo de casa rica. En todos los grandes hoteles de Bombay y en los comedores de los trenes, los domésticos más importantes son mestizos de Goa, que se titulan «portugueses» con cierta vanidad. Todos ellos, al preguntarles por su país, hablan de San Francisco Javier. El cuerpo del célebre misionero es apreciado como lo más importante de la ciudad. Muerto en una isla portuguesa de la bahía de Hong-Kong, lo trajeron a Goa, y ocupa una de las capillas de su



catedral.

Este templo, de mediocre arquitectura, se enorgullece de poseer la tumba del andariego evangelizador. La costeó un gran duque de Toscana y es un monumento de más riqueza que buen gusto.

Viven en la costa occidental de la India casi todos los católicos indostánicos, dedicados los más a la pesca y la navegación de cabotaje. El apóstol Francisco Javier es el santo más adorado e implorado por ellos. Un portugués, antiguo vecino de Goa, me cuenta que hasta hace poco tiempo se valían de él los gobernadores de la colonia para salir de apuros monetarios. Cuando les eran precisos nuevos ingresos para la vida de la ciudad, anunciaban que el cuerpo del misionero español iba a ser expuesto a la adoración de los fieles, y esto bastaba para que miles y miles de indostánicos, católicos a su modo, acudiesen en peregrinación de diversas ciudades de la costa, reanimándose los negocios de la capital durante los meses que permanecía visible el santo cadáver.

Bombay también fue fundada por los portugueses. Era una factoría establecida al sur de la llamada isla de Salsette. Al recobrar Portugal su independencia separándose de España, en tiempos de Felipe IV, necesitaron sus gobernantes buscar alianzas poderosas que les defendiesen de una posible reconquista de los españoles, y para conseguirlo se valieron del matrimonio, casando a doña Catalina de Braganza con Carlos II, rey de Inglaterra.

Uno de los bienes que la portuguesa llevó en dote fue la naciente colonia de Bombay. Su regio marido entregó la ciudad a la Compañía de las Indias con la obligación de pagar todos los años un censo de diez libras, cantidad insignificante, consignada únicamente para perpetuar los derechos de doña Catalina sobre la isla. Inútil es decir que los ingleses se quedaron para siempre con Bombay y ni una sola vez pagaron las diez libras.

En toda la India es la población de mayor actividad mercantil y riquezas más enormes. Sólo cuenta Bombay cien mil habitantes menos que Calcuta, lo que la da categoría de tercera población del Imperio británico, y su prosperidad resulta superior a la de la capital de Bengala. Dominan en ella el mercader y el rico. Los príncipes indos que gobiernan aparentemente las provincias del interior y los nababs de extensas propiedades gustan de Bombay y tienen en ella sus palacios. Cansados del lujo indostánico de sus viviendas solariegas, se hacen construir en esta ciudad edificios que son copias de los de Londres, y llenan sus salones de muebles costosos con tal abundancia, que parecen de un mercader de antigüedades. Esta decoración exuberante es sólo para que la admiren las visitas. Los propietarios, cuando nadie puede sorprenderles, viven en la parte más modesta y oculta de su lujoso edificio.

Son más numerosos en el vecindario de Bombay los brahmanistas que los musulmanes, quedando comprendidos en aquellos todos los devotos de las numerosas y opuestas sectas del llamado hinduismo, que reconocen el sistema de castas y la supremacía de los brahmanes.

A pesar de la influencia inglesa, persiste aquí, más que en el resto de la India, la división en castas. Los brahmanes se mantienen separados de sus compatriotas, y marchan solos, con majestuosa altivez, vestidos de blanco y tocados con pesado turbante. Su alimentación es estrictamente vegetal, y consideran un oprobio el uso del tabaco y el alcohol. Los *purbus*, casta inmediatamente inferior, ocupan por su actividad y su honradez todos los empleos en las aduanas y las oficinas administrativas, así como en los Bancos y demás establecimientos comerciales. Se les reconoce por su turbante de un

abultamiento exagerado. Algunos de ellos llegaron a posiciones muy elevadas, reuniendo fortunas cuantiosas. Uno fue miembro del Consejo de gobierno y tiene estatua en Bombay. La casta de los *kayeths*, o sea, de los escribanos, viene después. Son pequeños de cuerpo, débiles, con los rasgos fisonómicos muy finos, y gozan reputación de inteligentes, astutos y tramposos, igual a la de los leguleyos de Occidente. En Bombay han sido repelidos por los *purbus*, que ocupan ahora sus empleos cerca de los ingleses, pero fuera de la ciudad y en gran parte de la India siguen gozando de enorme influencia sobre el populacho, por su conocimiento de las leyes y porque saben leer y escribir en varios idiomas.

Entre los indígenas que pueblan la isla de Salsette, los más influyentes son los mercaderes, procedentes en su mayoría de Gujarat. Unidos a todas horas por la solidaridad de sus intereses, forman una corporación omnipotente. Se encuentran entre ellos los especuladores de algodones y tejidos indostánicos, materias que han dado al comercio de Bombay enorme importancia.

Los bazares revelan en seguida su opulencia a un observador atento. Las tiendas, repletas de toda especie de géneros asiáticos, no son distintas de las que existen en otros bazares de Oriente. Sólo se nota en ellas mayor abundancia de géneros. Lo extraordinario de los bazares de Bombay se encuentra en ciertas calles que no tienen almacenes y más bien parecen galerías de un vasto café. Ante la puerta de todas sus casas hay un tabladillo cubierto de tapices, y sobre dicho estrado tres divanes con forros color de perla, siempre limpios. Gran número de mercaderes, obesos los más de ellos, con turbante y larga túnica, o vestidos de blanco a la europea, con guerrera de botones de oro y en la cabeza un gorrito negro, hablan, fuman, beben refrescos perfumados con flores, mientras otros circulan, de tertulia en tertulia, comunicando noticias.

Aquí está el alto comercio de Bombay, el mercado indígena, en perpetuo contacto con la *City* de Londres. Muchos de estos negociantes, que tienen su tabladillo en el bazar, como los mercaderes de los cuentos árabes, reciben saludos de profundo respeto cuando entran en los palacios góticos donde están las sucursales de los primeros Bancos de la tierra.

Bombay ha sufrido hondas crisis comerciales, lo mismo que las metrópolis de la América del Norte y del Sur, crecidas de convulsión en convulsión, arruinándose estrepitosamente, para ser más ricas años después.

Cuando los Estados Unidos se vieron amenazados de muerte a causa de la guerra civil entre las provincias del norte y del sur, quedó Europa sin uno de los elementos más necesarios para su vida industrial: el algodón. Comprendieron los indostánicos la importancia de este momento, dedicándose con enérgica actividad a producir un artículo tan necesario para el alimento de las manufacturas de Inglaterra, y el depósito de todos los algodones del país fue Bombay, creando tal monopolio en poco tiempo fortunas prodigiosas. Además, los indígenas, arrastrados por la locura de la especulación que mostraban los blancos, desenterraron sus tesoros, guardados improductivamente durante siglos, y Bombay se mostró desbordante de dinero.

El algodón no fue al fin más que un pretexto para especulaciones quiméricas. Todos los días se fundaba una sociedad por acciones con capitales extravagantes. Más de setenta Bancos fueron establecidos en pocos meses. Bombay se dedicó en masa a comprar y vender acciones, siendo éstas muchas veces simples pedazos de papel sin fundamento alguno en la realidad. Hasta las damas indostánicas y europeas, al pasear por la orilla del puerto, hablaban acaloradamente en sus carruajes de las fluctuaciones de la Bolsa. Domésticos y obreros llevaban sus ahorros a los especuladores para

que los hiciesen prosperar.

Fue en los años 1864 y 1865 el período culminante de esta locura. Todos contaban con que la guerra de Secesión de los Estados Unidos duraría indefinidamente; y cuando el Norte dio fin a esta lucha venciendo al Sur, todos los Bancos nuevos de Bombay quebraron al mismo tiempo, siendo general la ruina. Desde entonces, la ciudad ha ido reponiéndose, llegando finalmente a ser la metrópoli comercial de la India gracias a procedimientos más sensatos y prudentes.

También es la ciudad de las grandes epidemias. ¿Quién no ha oído hablar de las mortandades que el cólera y la peste bubónica causaron en las muchedumbres de Bombay?... Los relatos de algunos viajeros estremecen, a pesar de su laconismo, cuando describen las noches de Bombay en plena epidemia, con un cielo rojo de aurora boreal. Este resplandor de sangre en el horizonte era el reflejo de numerosas hogueras que iban consumiendo los cadáveres de los apestados.

En el momento que lo visitamos no está amenazado por ninguna de estas calamidades, pero viendo los barrios donde vive el pueblo se adivina lo que puede ser aquí una epidemia.

Las calles más importantes, cercanas a la orilla del mar, tienen un aspecto monumental, superior al de Calcuta. Los bancos han construido palacios a la americana o imitando el gótico neogótico de Londres. Potentados indos y parsis llegaron a la ciudad cuantiosas sumas para la construcción de escuelas y hospitales. En algunas plazas hay estatuas de benefactores públicos vestidos a lo indostánico.

Son visibles en este Bombay europeo la limpieza y el orden. Hasta causa extrañeza encontrar en sus amplias aceras gentes medio desnudas. También se ven mujeres indígenas, con manto rojo de virgen y pulseras de metal, subiendo ladrillos o espuertas de yeso por los andamios de los edificios en construcción. Pero estos detalles, que recuerdan el carácter indo de la ciudad, parecen borrarse con la gran afluencia de gentes europeas o vestidas a la europea que circulan por sus avenidas modernas.

Es en los barrios populares donde se nota, más que en Calcuta, el amontonamiento y el hervidero de la vida oriental. Tal vez se debe esto a que en Bombay son muchos los musulmanes, y con su individualidad violenta y sus costumbres más depravadas que las de los indos extreman la fisonomía asiática de la ciudad.

Hay un barrio de bazares sórdidos, con tiendecitas que ofrecen los más heteróclitos objetos, al que llaman «Mercado de los ladrones», por ser procedentes de robos las más de las cosas que se venden en él. En otros barrios de igual aspecto los transeúntes habituales llevan oculto en la faja un puñal corvo, y abundan peleas y muertes.

Las musulmanas, con el rostro más tapado que en ninguna ciudad de Oriente, disimulan su cuerpo bajo tantas envolturas, que en vez de seres humanos parecen fardos de ropa marchando solos. La celosa pasión del indo mahometano ha impuesto sus exigencias a los cocheros de alquiler. Todos guardan en su carruaje una pieza de tela colorinesca, y cuando llevan damas mahometanas, a pesar de que éstas continúan ocultas bajo sus múltiples vestimentas y mantos, colocan dicha cortina entre el pescante y el borde de la capota, convirtiendo de este modo su vehículo en harén ambulante.

Esta ciudad, con tantos palacios principescos, bancos poderosos, bazares influyentes en los mercados del resto de la tierra, escuelas creadas por la munificencia privada y misiones sostenidas por las diversas agrupaciones del cristianismo, es al mismo tiempo un puerto de mar, el primero de la India, y contiene las barriadas viciosas de todos los grandes puertos, extremadas aquí por las

singularidades de la vida oriental.

Visitamos de noche algunas calles únicamente frecuentadas por los que vienen de las provincias del interior y la marinería extranjera e indostánica. Vemos casas de japonesas y chinas, con músicas discordantes y guirnalda de farolillos. Entramos en varias salas de concierto, llenas de mujeres pintarrajeadas y con mesas de juego. Luego nos asomamos a un antro mal alumbrado, que es un burdel del país. Las mujeres viven en jaulas, en verdaderas jaulas de fieras, con gruesos barrotes y una cerradura, cuya llave recibe el cliente después de haber pagado al dueño del cubil. Tal encierro lo juzgan necesario para que las pobres indostánicas no huyan, volviendo a su país, de donde tal vez las trajeron con engaño. Dentro de la jaula sólo existe un tapiz deshilachado, y los acoplamientos se realizan sobre el duro suelo: una cópula de fieras, en armonía con los barrotes del jaulón.

Vemos en otras calles hembras musulmanas, pero con el rostro descubierto, lo que resulta inexplicable. Estas mujeres se muestran libremente en las puertas de sus casas, o pasean ante ellas con movimientos exagerados de feminidad. Tienen la voz un poco ronca. A algunas de ellas se les nota a través del colorete de sus mejillas la sombra azulada de una barba algo fuerte. Al fin nos enteramos de que son hombres, jóvenes musulmanes vestidos de mujer, que sólo reciben la visita de sus correligionarios.

Considera el mahometismo indostánico pecado grave que los creyentes puedan tener hijos con mujeres que no sean de su religión y su tribu. Y para evitarlo, cuando vienen a Bombay para sus negocios, frecuentan estas calles, de las que nos alejamos nosotros con apresuramiento para no ver más.

También es Bombay, entre todas las ciudades indostánicas, la más abundante en encantadores de reptiles. Aquí se celebra la fiesta anual, ya descrita, en honor de Krishna, el matador de la gran pitón, con el aparato de una gran solemnidad religiosa.

El viajero que llega de Europa, al desembarcar en Bombay encuentra al término de la escalinata de honor, construida para los virreyes, gran número de muchachos que le reciben enseñando con ambas manos toda su colección de *najas* cabezudas o serpientes delgadas y verdes. Algunas veces las dejan en el suelo para que bajen de escalón en escalón al encuentro del recién llegado.

Mi amigo Laguardia, cónsul de España, que vive aquí varios años, me cuenta por qué tuvo que abandonar en los alrededores de Bombay una casa con hermoso jardín que había alquilado para los meses veraniegos. A los pocos días de estar en ella vio a uno de sus niños inmóvil en el jardín, mirando fijamente una especie de pequeño tronco erguido entre las flores. Era una cobra.

Agarró el cónsul a su hijo apresuradamente para meterlo en la casa, alarmado por tal compañía. Su servidumbre indígena no mostró la misma inquietud; antes bien, pareció extrañada de su asombro. Todos los domésticos de pies descalzos conocían a la *naja* como algo familiar, digno de respeto. Llevaba varios años viviendo en el jardín, como si fuese propiedad suya. Durante las noches invernales tal vez buscaba refugio en las habitaciones inferiores de la casa.

Como Laguardia les propuso que matasen a la serpiente, todos sonrieron con una expresión de lástima. La vida es sagrada, sea cual sea la forma que revista. Además, una *naja* tiene cierto prestigio divino. Por algo aparecen los dioses en las pinturas de los templos rodeados de ellas.

En vano aumentó mi amigo la futura recompensa. Ni por cincuenta rupias ni por mil puede un indostánico matar a una serpiente.

Buscó entonces a un musulmán, por ser todos ellos gentes de cuchillo, sin respeto a la vida ajena,

sin miedo a la sangre: lo contrario de sus flojos compatriotas los brahmanistas. Pero el musulmán, al enterarse de lo que pretendían de él, movió la cabeza negativamente.

Teniéndose por hombre de coraje como el que más, no vacilaba en declarar su miedo. Las *najas* viven siempre en parejas, y si mataba a ésta estaba seguro de que su compañera le acecharía años y años hasta encontrar ocasión de vengarse, mordiéndole. Todos los hombres que él había conocido matadores de tales reptiles acababan por morir a su vez envenenados por uno de ellos. En vano le explicó mi amigo que esto no era extraordinario, pues quien repite una operación peligrosa termina por ser víctima de ella. Además, él le pedía que matase una *naja*, una nada más.

—No puedo —insistió el musulmán—. Si mato la que usted ha visto, la otra que no ha visto se vengará matándome a mí.

Y no hubo quien atacase a la serpiente del jardín. La cobra continuó paseándose por las avenidas, y hasta tomó confianza con los nuevos inquilinos de la casa, irguiéndose al pie de la escalinata, metiéndose en el piso inferior, habitado por la servidumbre.

Laguardia, aburrido de tanta familiaridad, disparó contra ella varios tiros de revólver. Los domésticos se sublevaron ante este acto impío, declarando que les era imposible seguir en una casa cuyo dueño pretendía dar muerte a seres amigos de los dioses.

Al fin tuvo que adoptar la única resolución posible: marcharse. Y con gran contento de sus servidores cobrizos, se volvió a la ciudad, renunciando a la casa veraniega.

Los indos consideraron lógica su retirada y equitativa la pérdida del dinero pagado por el arriendo. La verdadera dueña de la finca era la *naja*. Los demás seres instalados en ella, algo pasajero, indigno de respeto y obediencia.

## El Gran Mogol

Camino de Delhi.—Su historia remotísima.—Ciento veintiséis kilómetros de ruinas históricas.—Las numerosas ciudades anteriores a Delhi.—El famoso Timur Lang, Cojo de hierro.—Enrique III de Castilla envía embajadas a Tamerlán.—Las dos odaliscas bautizadas.—Rui González de Clavijo y su viaje a Samarcanda.—Sus relatos sobre las particularidades de los marfiles, vulgo elefantes.—El anillo de Tamerlán y las metáforas de Clavijo.—Los Grandes Mogoles herederos de Tamerlán.—El soberano más rico del mundo.—Los palacios portátiles del Gran Mogol y sus caravanas de elefantes y camellos cargados de riquezas.—El trono del Pavo Real y los otros siete tronos.—Montones de perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes.—El famoso brillante Gran Mogol.—Decadencia de Delhi.—Saqueo y degüellos ordenados por el conquistador persa.—Los Grandes Mogoles del siglo XIX pensionados por los ingleses.—Miseria de la corte de Delhi y supervivencia grotesca del antiguo fausto.—El último Gran Mogol cobrando en secreto sus aparentes munificencias.

Atravesamos una parte considerable de la India del Norte para visitar las ciudades más célebres del antiguo Imperio del Gran Mogol. Vamos a pasar seis días en un vagón, durmiendo sobre la flaca colchoneta que hemos comprado y sufriendo otras molestias especiales de los ferrocarriles indostánicos.

Primeramente iremos a Delhi, capital ahora de la India, cuya importancia gubernativa, de fecha reciente, no es más que una resurrección de sus antiguos tiempos imperiales.

Delhi figura como la ciudad más antigua de la India, aunque su nombre actual sea relativamente moderno. Treinta siglos antes de nuestra era, en tiempos fabulosos, suenan ya los nombres de tres ciudades, Madhanti, Hastinapura e Indraprashta, que se suceden sobre la planicie ocupada ahora por Delhi. Los reyes de dichas ciudades son mencionados entre los héroes del *Mahabharata*, la gran epopeya indostánica. Diez ciudades nacen, se desarrollan y caen en escombros sobre el solar de Delhi, cuyo nombre sólo aparece medio siglo antes de Jesucristo.

En ningún lugar de la tierra pueden encontrarse juntos tantos monumentos ruinosos. La campiña de Roma, única ciudad de Europa que tiene cierta semejanza con Delhi, resulta exigua comparada con la llanura que rodea a esta metrópoli indostánica. Los restos de las ciudades anteriores a ella ocupan una superficie de 126 kilómetros cuadrados.

Puede ser considerada esta llanura como un museo arqueológico. Todos los estilos se encuentran confundidos, desde los primeros ensayos de construcción intentados por las tribus errantes, hasta los mayores refinamientos de la arquitectura brahmanista y musulmana.

Pasamos un día y dos noches en el tren, de Bombay a Delhi. Acabamos por acostumbrarnos a la vida en esta alcoba rodante. Sus ventanillas tienen vidrieras ahumadas, que dulcifican la luz cegadora del sol, pero durante la noche los tejidos vegetales que hacen oficio de cortinas dejan pasar, al mismo tiempo que el aire, resplandores de focos luminosos, cuando hacemos alto en las estaciones.

Gritan y cantan los musulmanes en los andenes. Muchos tienden una alfombrita, se sientan en ella con las piernas cruzadas, y así permanecen inmóviles, horas y horas, esperando el paso de un tren, para contemplar silenciosamente a los viajeros, sin pedirles nada.

Cuando nuestro vagón vuelve a rodar, como la noche es de luna, vemos sin movernos del lecho toda la campiña de color lácteo, con sombras macizas que parecen de ébano. Por los caminos

inmediatos a las poblaciones circulan como fantasmas filas de hombres que llevan casaquines y turbantes blancos.

Al día siguiente, poco después de amanecer, los indostánicos que vienen en el tren descienden en las estaciones para cumplir los actos rituales de su religión. Se purifican los hinduistas en el primer arroyo que encuentran, sin más vestiduras que un trapo blanco sobre las caderas, llevando en su diestra el vaso de bronce. Los musulmanes se despojan del turbante y hacen sus abluciones, seguidas de una oración gesticuladora, frente al sol.

Toda la fauna de la India parece acompañarnos durante las horas matinales. Vemos en las arboledas tropas de monos colilargos, que saltan entre las ramas y se deslizan tronco abajo con una curiosidad infantil para ver de más cerca el paso del tren. En cambio, jabalíes, ciervos y gamos huyen de la vía, en ciega carrera que troncha ramas y derriba cuanto encuentra. Los chacales galopan como perros junto a los raíles, pretendiendo seguir nuestro rápido deslizamiento.

Esta animación se paraliza en las horas meridianas. Los campos parecen desiertos. Hombres y bestias se mantienen pegados a la sombra de los árboles. Sólo hay vida en la atmósfera. Nubes de mariposas blancas y amarillas se balancean ebrias de calor.

Nuestro tren va ascendiendo. No es visible esta subida, pero se nota en la dulzura de la atmósfera, menos asfixiante que en Bombay a orillas del mar, y en el aspecto de la vegetación, más ordenada, más trabajada y útil. Los campos hábilmente cultivados nos hacen pensar en la antigüedad de esta agricultura indostánica, madre de la de Europa. Indos y chinos nos dieron gran parte de los productos que sirven para nuestra alimentación.

Pasamos por las capitales de varios principados, cuyos rajás, aunque feudatarios de Inglaterra, mantienen el mismo boato de sus tiempos de independencia. En la estación de Gwalior vemos de lejos el castillo de su soberano, vasta fortaleza que ocupa toda la cúspide de una montaña, con muros pintados de rojo sangre y torres cuyas cúpulas están cubiertas de tejas multicolores. Como vamos a Delhi y Agra, donde existen las famosas fortalezas-palacios del Gran Mogol, no consideramos necesaria la visita a la de Gwalior, abandonada hace muchos años. Sería importante en otro país, pero aquí parece disminuida por sus vecinas.

Podemos apreciar desde el tren, al aproximarnos a Delhi, en el amanecer del segundo día, toda su majestad ruinoso. Surgen a lo lejos varias mesetas cubiertas de torres y muros atravesados por arcadas triunfales. En el interior de dichos recintos se alzan palacios, cúpulas, minaretes, todo abandonado... Es el viejo Delhi.

En la parte opuesta vemos igualmente poblaciones con baluartes de aspecto ruinoso, grandes templos, torres desmochadas, arcos rotos... También es Delhi.

Continúa marchando el tren kilómetros y kilómetros. Pasan ante nosotros mezquitas semejantes a pueblos, campos cubiertos de escombros, mausoleos agrietados, fortalezas partidas y tapizadas de musgo, que sirven de aduares a muchedumbres harapientas, palacios sin puertas entre jardines que tienen la verde melancolía del abandono. Todo es Delhi... Pero aún no hemos llegado al Delhi moderno; nos falta mucho para entrar en él.

Como ya dije, no existe en el mundo ciudad alguna que muestre en tan vastas proporciones su grandeza muerta. Nada de esta grandeza tuvo relación con nuestra vida de Occidente. Los apasionamientos y los intereses de su historia fueron ajenos a los nuestros. Europa no intervino en la primera época de los Grandes Mogoles. Sin embargo, cuando entramos en Delhi, un recuerdo español

empieza a tomar forma en mi memoria.

El Imperio de los Grandes Mogoles fue la obra de los nietos de Tamerlán. Este guerrero «azote de Dios», espanto de su época, conquistó Delhi en una de sus incursiones que hacían temblar al mundo oriental, y los únicos embajadores europeos que le visitaron para felicitarle por sus grandes victorias fueron los enviados del rey de Castilla.

Tamerlán es una corrupción de Timur Lang, que significa en mogol «Cojo de hierro». Descendiente de Gengis Kan, que un siglo antes había sido el espanto de Europa, reorganizó Timur otra vez a los mogoles como máquina de guerra, venciendo a todos los enemigos de su pueblo, no tolerando en Asia ningún soberano que pudiera discutir su autoridad, llevando la destrucción hasta Rusia y Polonia. En punto a horrores, ningún conquistador legó jamás a superarle. Cuando los sitiados de una ciudad le enviaban miles de niños para inspirarle conmiseración, hacía cargar la caballería sobre ellos, hasta despedazarlos. Otra vez, cerca de Delhi, hizo degollar cien mil prisioneros porque le estorbaban. Dejó detrás de él torres de cráneos, empleando éstos como piedras, con una trabazón de argamasa, para que tan horribles monumentos durasen muchos siglos. Después de prolongar sus correrías sangrientas cinco años y hasta siete, el bárbaro conquistador regresaba a Samarcanda, donde había establecido su capital.

Su orgullo y sus conveniencias políticas le hicieron pasar por encima de los escrúpulos religiosos. Aunque musulmán, se puso de acuerdo con el emperador de Bizancio, que le halagaba y le temía, para combatir a sus correligionarios los turcos, haciendo sufrir al sultán Bayaceto una derrota famosa que retardó medio siglo la caída de Constantinopla.

Enrique III, rey de Castilla, se quiso procurar una influencia internacional poniéndose en contacto con los grandes monarcas de Asia, personajes casi fabulosos en aquella época, y algunos enteramente fantásticos. Para ello, envió embajadores a los países orientales, ordenándoles que visitasen «las cortes del Preste Juan, señor de la India Oriental, del soldán de Babilonia, del Gran Turco Bayaceto y del gran Tamurbec, por común nombre llamado el Tamorlán».

Dos caballeros de su corte, Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, arrostrando peligrosas aventuras de mar y tierra, llegaron hasta la corte errante de Tamerlán, precisamente cuando acababa el caudillo mogol de dar la gran batalla a Bayaceto haciéndolo prisionero. El Gran Turco, vencido, fue encerrado en una jaula, sirviendo ésta de apoyo a Tamerlán para montar a caballo.

Recibió el vencedor a los dos emisarios castellanos con verdadera curiosidad. El monarca español resultaba a sus ojos un soberano interesante por su lejanía, como él lo era para los pueblos occidentales. Deseoso de corresponder dignamente a la embajada de don Enrique, entregó a sus enviados una carta, varias joyas adquiridas en el saqueo del campamento turco y dos circasianas o griegas pertenecientes al harén de Bayaceto.

Estas odaliscas fueron bautizadas en Castilla; una se llamó doña Angelina de Grecia y la otra doña María Gómez. En Sevilla, nobles señores anduvieron alborotados por ambas, escribiendo canciones amorosas en su honor. Doña Angelina de Grecia casó con un rico vecino de Segovia; doña María Gómez acabó por unirse con Payo Gómez de Sotomayor, y las dos dieron origen a una descendencia de guerreros, jurisconsultos y hombres de Iglesia.

Animado por el éxito de su primera embajada a Tamerlán, envió el rey de Castilla una segunda, la



más notable de las dos por haber dado origen a uno de los libros de mayor interés geográfico que produjo la Edad Media: el *Itinerario de Rui González de Clavijo*.

Dicho hidalgo, natural de Madrid, emprendió en compañía de otro caballero y de un fraile el viaje a la corte de Tamerlán, saliendo de España en mayo de 1403, para volver en marzo de 1406.

Relata Clavijo ingenuamente en su libro la penosa navegación por el Mediterráneo, tan abundante en tempestades y agresiones de piratas para los pobres buques de aquella época; la visita a Bizancio y sus innumerables iglesias; la marcha larguísima por montes y valles a través del continente asiático hasta llegar a Samarcanda, donde encontraron a Timur. Describe las vestiduras y costumbres del fiero conquistador, las ceremonias de su corte, que sólo de tarde en tarde vivía bajo techo, pasando la mayor parte del tiempo en campamentos más grandes que ciudades, y las bárbaras comilonas de unos guerreros de apetito insaciable, que preferían la carne de caballo, devorándola en cantidades inauditas.

Cuando llegó Clavijo a Samarcanda, ya había sometido Timur a Delhi, avanzando hasta el Ganges, luego de derrotar a cuantos príncipes indos pretendieron impedir sus conquistas. En estas guerras, los monarcas de la India habrían hecho marchar contra su caballería tropas de elefantes. Timur, viendo inquietos a sus guerreros por tal novedad, les aconsejó dos medios agresivos: hacer gran estrépito con alaridos y choque de armas para infundir espanto a dichos animales, y en el momento del encuentro partirles de un golpe de cimitarra la punta de la trompa, lo más carnoso y sensible de su cuerpo. Esta táctica dio por resultado la fuga de los elefantes a través de los guerreros indos, poniéndolos en dispersión.

Trajo el vencedor a Samarcanda como testimonios de victoria muchos elefantes, y Clavijo relata sus particularidades, por ser entonces poco conocidos en Occidente y atribuírseles un sinnúmero de cosas fabulosas. El hidalgo castellano designa a los elefantes con el nombre de «marfiles», y cuenta cómo el «marfil» va a la guerra llevando en el lomo una torre repleta de flecheros, cómo si recibe una herida grave cura de ella siempre que le dejen de noche a la intemperie, o muere si lo meten bajo techado, con otras historietas inverosímiles y a la vez curiosas, que demuestran la credulidad y el candor geográfico de aquellos tiempos.

Tuvo que volverse a toda prisa la embajada de Castilla por haber ocurrido repentinamente la muerte de Tamerlán, cuando se preparaba a invadir el Imperio chino, empezando las disensiones entre sus herederos. Pero Clavijo logró conversar repetidas veces con el célebre devastador, dando origen tales pláticas a varias anécdotas que luego se contaron en España para halago de la vanidad nacional.

«El Tamorlán —dice un antiguo autor español— tenía un anillo con una piedra de tal propiedad, que si alguno decía mentira en su presencia la piedra mudaba de color; y teniendo Rui González de Clavijo noticias de este anillo, hablaba al Tamorlán muchas cosas de la grandeza de España por metáforas, y como lo que le decía era verdad y el Tamorlán veía la piedra en su verdadero color, admirábase de las cosas que oía.

»Entre otras, refiere Clavijo haberle dicho que el rey de Castilla, su señor, tenía tres vasallos de tal linaje, que traían a la guerra seis mil caballeros de espuela dorada; esto era por los maestros de Santiago, Alcántara y Calatrava. Que tenía un puente de cuarenta millas en largo, sobre el cual pacían doscientas mil cabezas de ganado, refiriéndose al espacio de tierra que hay donde se esconde el río Guadiana hasta el lugar donde torna a aparecer. Que tenía una villa cercada de fuego y armada sobre agua, por la villa de Madrid, abundosa en fuentes y cercada de un muro de pedernales.»

Y así continuaba el embajador castellano sus «metáforas», sin que Timur viese en su anillo el

color turbio de la mentira.

Después de muerto, las disensiones entre sus herederos favorecieron la guerra de reconquista emprendida por los príncipes indos. Delhi volvió a ser de sus primitivos monarcas; pero un nieto de Timur, que había heredado su talento militar, inició una ofensiva contra aquellos, obteniendo asombrosas victorias.

De este modo empezó el período de los Grandes Mogoles, cuya celebridad fue a la vez odiosa y brillante, por abundar en su dinastía acciones crueles y habilidades notorias para el engrandecimiento del Imperio. Ningún soberano llegó a poseer riquezas comparables a las de los primeros Grandes Mogoles. Estos emperadores mahometanos acumularon todos los tesoros de Asia, lo que les permitió construir sus maravillosos alcázares, que son aún el ornato principal de la India del Norte.

Impulsados por su espíritu conquistador a llevar la guerra a través de la península indostánica, desde Cachemira a Golconda, gustaron de vivir, como su ascendiente Timur, en campamentos movibles que tenían apariencia de ciudades populosas, rodeados de un fausto desconocido hasta entonces.

Tres palacios de madera, que se armaban y desarmaban con toda facilidad, servían de vivienda al Gran Mogol en sus excursiones. Cada uno de tales edificios era transportado por doscientos camellos y cincuenta elefantes, marchando los tres convoyes con el intervalo de un día, para que de este modo el emperador encontrase siempre un palacio armado al cerrar la noche, esperando su llegada. La artillería iba delante y a continuación los camellos cargados con el tesoro imperial. Cien de estos animales llevaban las rupias de oro y doscientos las rupias de plata. Detrás del tesoro pasaban jaurías de perros y panteras domesticadas para la caza de gacelas y ciervos, así como numerosos toros amaestrados para batirse con el tigre. Ochenta camellos, treinta elefantes y veinte carros servían para el transporte de los libros de cuentas y archivos del Imperio. El agua del Ganges para uso de la comitiva imperial la transportaban cincuenta camellos, y otros cincuenta las provisiones de boca para sólo un día. Cien cocineros cabalgaban en el regio cortejo, y cada uno de ellos estaba encargado de preparar un plato único o un postre. El guardarropa ocupaba cincuenta camellos y cien carros. Treinta elefantes llevaban solamente a cuestras joyas y armas. Estas últimas eran sables y yataganes de rica labor, que el Gran Mogol regalaba a los principales jefes de su ejército a guisa de condecoraciones.

A la cabeza de la artillería y el bagaje marchaban como vanguardia dos mil zapadores para arreglar los caminos, y otros dos mil a la cola de la enorme columna encargados de borrar las huellas de elefantes, camellos y carromatos. Treinta mil jinetes y diez mil infantes componían la escolta del Gran Mogol. La retaguardia era una muchedumbre de habitantes de las ciudades que seguían al soberano en sus viajes, y domésticos encargados de cuidar los elefantes, camellos y corceles de los señores de la corte.

Se escogía siempre para establecer el campo alguna llanura extensa, quedando en el centro uno de los palacios movibles del emperador, rodeado de las tiendas de los magnates, que formaban calles en torno de él.

Costaban estos viajes sumas inauditas, mas el Gran Mogol podía realizar cuantos caprichos se le ocurriesen. Los tributos de los veintiún gobiernos sometidos a su autoridad proporcionaban, todavía en el siglo XVIII, mil millones de francos oro, lo que representaría hoy, en el mismo metal, una suma de ocho a diez veces mayor. Sus tesoros se componían de enormes masas de oro y plata procedentes de

sus minas. Nadie tuvo en su poder veneros tan preciosos. El célebre diamante encontrado en Golconda en 1550, que lleva el nombre de «Gran Mogol», fue llevado a Delhi por un caudillo de dicho país que era su tributario. Poseyeron montones de diamantes, todos de primera calidad, y no sabiendo qué hacer de tantas perlas, esmeraldas y rubíes, las incrustaron en los muebles de sus palacios, las cosieron a los cortinajes, adornaron con ellas sus vestiduras, compuestas de las más ricas estofas.

El adorno más famoso del palacio de Delhi fue un trono de oro macizo, llamado del «Pavo Real». Tavernier, audaz comerciante de pedrerías, que corrió gran parte de Asia en el siglo XVII, vio este trono, así como otras riquezas del Gran Mogol. Su calidad de experto le hizo ser bien recibido por estos monarcas que poseían las mejores joyas de la tierra. Tenían además siete tronos secundarios, unos ornados solamente de diamantes, otros de diamantes con rubíes, otros de esmeraldas, de perlas, etc. Oportuno es recordar que los tronos orientales son muy anchos, en forma de sofá, para que el soberano pueda sentarse en ellos con las piernas cruzadas.

Era el trono del Pavo Real el más grande de todos. Tenía un dosel cubierto de perlas y diamantes. Sobre su remate habían colocado un pavo real de oro macizo, cubierto de piedras preciosas, llevando en su pecho un gran rubí, del que descendía, balanceándose, una perla de cincuenta quilates. Cuando el Gran Mogol tomaba asiento en dicho trono, colocaban ante su rostro una enorme joya transparente para que su brillo le acariciase los ojos. Doce columnas incrustadas de perlas sostenían el dosel. Otras veces adornaban dicho trono con un loro de esmeraldas de tamaño natural.

Para explicarse el origen de un amontonamiento tan inaudito de tesoros hay que pensar que los herederos de Timur robaron durante dos siglos a todos los príncipes de la India, despojando además a los templos hinduistas de cuantas joyas ornaban sus imágenes. Los reyes de Bijapur y de Golconda, países famosos por sus riquezas, no pudiendo hacer frente a los Grandes Mogoles, compraban la paz entregándoles sus tesoros guardados y los productos anuales de sus minas. Los gobernadores de provincias y los jefes de ejército, enriquecidos por la rapiña, nunca se presentaban en la corte sin llevar por delante presentes valiosísimos.

Como todos los grandes Imperios de la Historia, el de los Grandes Mogoles tuvo una larga y triste agonía. En 1739, Nadir Shah, rey de Persia, invadió la Rajputana, avanzando sin resistencia hasta los muros de Delhi.

El ejército del Gran Mogol intentó oponerse, pero ya no era el de los nietos de Timur. En un momento fue batido, y Nadir entró triunfante en la capital al frente de sus soldados. Delhi ha conocido las matanzas más enormes de la India. El vencedor persa repitió las terribles hazañas de Tamerlán. En los primeros días respetó a los vencidos. Luego se arrepintió, ordenando el degüello de éstos.

Tomó asiento el persa en las gradas de una pequeña mezquita situada cerca de la calle principal de Delhi y, desnudando su sable, se mantuvo inmóvil, como la imagen de un dios vengador. Así estuvo de la mañana a la noche, escuchando sin emoción los alaridos del vecindario asesinado, mirando sin piedad cómo se deslizaba la sangre por el centro de la calle. Un día entero se dedicaron los persas a la matanza, exterminando más de cincuenta mil habitantes de Delhi. Al cerrar la noche, el Gran Mogol y los nobles de su corte vinieron a prosternarse a los pies del vencedor pidiendo misericordia, y sólo entonces se decidió a envainar su cimitarra, cesando con esta señal la horrible carnicería. Después de un castigo tan atroz, Nadir Shah abandonó Delhi, apropiándose como botín de guerra el trono del Pavo Real y todas las riquezas que el Gran Mogol no pudo esconder. Se calcula el valor de lo que se llevó a

Persia en más de mil millones.

Empezó a acelerarse la decadencia del Imperio mogol después de tan enorme derrota. Los administradores de la Compañía de las Indias acabaron por tomar bajo su protección a estos monarcas que habían sido los más ricos del mundo, y, finalmente, al no ejercer autoridad más allá de los muros de Delhi, tuvieron que mendigar las subvenciones de los ingleses.

Durante un siglo se esforzó el Gran Mogol por conservar la antigua pompa exterior, pero a través de los restos de su lujo envejecido y polvoriento sólo se veía debilidad y pobreza. Cuando los ingleses, a mediados del siglo XIX, destronaron al último de ellos por haber favorecido la famosa insurrección de los cipayos, su autoridad ya había muerto mucho antes, y el monarca desposeído no era más que un fantasma.

En 1824, Heber, obispo británico, fue recibido aún por el emperador con grandes ceremonias en su palacio desmantelado y robado. Intentaba resucitar el majestuoso lujo de otros siglos con la vana esperanza de que le admirasen los escasos personajes europeos que podían llegar hasta Delhi.

Sus cortesanos, decadentes y trémulos, al anunciar la presencia del Gran Mogol y recorrer los cortinajes, gritaban: «¡Aquí viene el ornamento del mundo! ¡He aquí el asilo de las naciones, el soberano de los soberanos, el emperador justo, afortunado y siempre victorioso!».

El monarca hizo regalo a Heber de una vestidura de honor, que equivalía a una gran condecoración, y durante la audiencia procedió con la misma majestad que si aún estuviese sentado en el trono del Pavo Real. Para mostrarle nuevamente su afecto, le entregó luego un caballo, e inmediatamente sus cortesanos volvieron a pregonar con voces ruidosas la munificencia de su emperador, «el más generoso del mundo».

Terminada la entrevista, estos mismos chambelanes presentaron al prelado inglés dos cuentas de muchas rupias: una por la vestidura de honor, otra por el caballo regalado. El Gran Mogol era pobre y había que pagarle con discreción sus munificencias. Además, todo viajero, al ser presentado a él, avanzaba su diestra envuelta en un pañuelo para ocultar la bolsa de monedas de oro que debía regalarle forzosamente.

Hay que añadir que a los visitantes no les era gravosa tal contribución. El agente de la Compañía de las Indias, encargado de conseguir las presentaciones a la corte, era el que lo pagaba todo.

Después, este funcionario británico sabía cómo resarcirse con creces de los pequeños tributos al Gran Mogol, administrando los restos de su imperio.

## Palacios, tesoros y tumbas

Las calles rectas de Delhi.—El ruidoso movimiento de su vía central.—Riquezas y suciedades.—Los joyeros de Delhi y sus maravillosas maletitas.—Prestigio de la moneda americana.—La Gran Mezquita.—El palacio-fortaleza de los Grandes Mogoles.—Mármoles incrustados de joyas.—«Si el cielo ha descendido alguna vez sobre la tierra... es aquí».—Vestigios de saqueo.—El palacio afeado por los ingleses.—Huida del último Gran Mogol.—Revolución de los cipayos.—Las ciudades abuelas de Delhi.—El minarete de Kutab.—Mausoleos por todas partes.—Un clavo de quince metros.—Cómo el rey Anang-Pal inmovilizó a la serpiente del pecado en las entrañas de la tierra, y después la dejó escapar.

El Delhi moderno fue fundado hace cuatro siglos por Shah Jahan, el Gran Mogol de las magnificencias, constructor de los edificios más célebres de la Rajputana, y lo pobló con una parte de los vecinos del viejo Delhi, cuyos palacios aún se mantienen en pie.

Los otros habitantes, por razones de seguridad, se acogieron poco a poco al amparo de las murallas de la reciente población, y así se formó el nuevo Delhi, llamado oficialmente Sha-Jahan-Coul, «Ciudad del rey del mundo». Pero el antiguo nombre de Delhi siguió usándose en las conversaciones y en todos los documentos que no debía firmar el emperador.

Esta ciudad musulmana no se parece a ninguna otra de las metrópolis orientales. Sus calles son rectas, largas, de considerable anchura; sus edificios no se componen exteriormente, como en El Cairo o el viejo Estambul, de muros macizos y uniformes, sin más que alguna pequeña abertura enrejada. Las casas, de varios pisos, tienen amplios miradores, en los que pasan sus habitantes la mayor parte del día.

La gran calle central, llamada Chandni Chowk, es la mayor que se conoce de todas las ciudades musulmanas, con una milla de longitud y una anchura correspondiente a dicha extensión. En los miradores, cuyas celosías están abiertas casi siempre, se muestran los dueños de las casas, magníficamente vestidos, fumando sus largas pipas. Las mujeres, libres de los prejuicios de las otras mahometanas, no temen dejarse ver sin velos al lado de sus esposos o padres.

Es tan complejo y enorme el ruido de la gran calle de Delhi, que resulta indescriptible. Todos los pisos bajos están ocupados por tiendas y talleres. Cada edificio parece una colmena. La vida industrial y privada se desarrolla en público. Conversa a gritos la multitud; otras veces se pelea y se injuria con el más leve pretexto. Por el centro de la amplia calle discurren los más contradictorios cortejos. Se confunden las manifestaciones de una vida contemporánea de los primeros soberanos de Delhi con los adelantos más recientes de la civilización occidental. Relinchan y caracolean yeguas árabes montadas por jinetes de vestiduras rojas; desfilan rebaños bajo los báculos de pastores medio desnudos y feroces; chirrían las ruedas macizas de las carretas; y a cada estrépito de circulación antigua se unen las bocinas de los automóviles y el trotar de la caballería británica, mandada por oficiales de casco blanco. Los repujadores de cobre golpean el metal con sus martillos ante las puertas de sus tiendas. Todo establecimiento tiene el taller en su entrada, y en este taller sólo se ven dos o tres obreros, a más de un mahometano viejo y silencioso que fuma con las piernas cruzadas, fijas sus pupilas en los que trabajan.

De vez en cuando se espantan caballos y rebaños. Es un elefante que llega y se asusta a su vez del

pavor que difunde ante sus pasos, retrocediendo con la trompa alta, dando bufidos. Gruñen camellos, alarmados por los ruidos de la ciudad, que les sorprenden después de un viaje a través de arenales desiertos.

Corren repentinamente los transeúntes para engrosar un corro del que surgen rugidos feroces. Unos hombres de la montaña llevan con bozales, como si fuesen perros, leopardos y tigres amaestrados para cazar gacelas o pelearse con bestias de su misma especie, ofreciéndolos a los aficionados a tales deportes. Grupos de músicos ambulantes hacen sonar agudos caramillos o rascan violas campestras.

Penden de puertas y ventanas cortinas de diversas tintas. Los miradores tienen esterillas de junco policromas, y en las azoteas están puestas a secar vestiduras y gasas azules, amarillas, verdes, violeta, lo que da a muchos edificios aspecto de buques empavesados en día de gran fiesta.

Ésta es la parte hermosa y brillante de la ciudad; pero Delhi, como todas las poblaciones orientales, tiene un reverso, incómodo y repugnante. Bodegones y pastelerías, con sus hornillos al aire libre, atraen nubes de moscas. Todo vecino respetable lleva tras él un servidor encargado de mover un abanico enorme para espantar los insectos. Fuera de las calles principales, el piso es de tierra suelta, levantando camellos y caballos bajo su paso una niebla rojiza. Huelen las mujeres a almizcle y jazmín, pero este perfume constante se confunde con el hedor rancio de los alimentos guisados en plena calle, de las pieles adobadas, de los velos recién teñidos.

Muchos de los comerciantes de Delhi carecen de tienda y venden sus mercancías en plena calle, pregonándolas a gritos. En bazares de aspecto modesto ve el visitante extenderse ante sus ojos las producciones más diversas del planeta. Dentro de la misma tienda le ofrecen chales de Cachemira y trajes de lana tejidos en Inglaterra, corales del mar Rojo, ágatas de Gujarat, piedras preciosas de Ceilán, gomas y especias de Arabia, agua de rosas de Persia, relojes fabricados en Suiza, perfumes de París, conservas de la China, salsas británicas. Cuando se celebran en Delhi ferias de animales, los compradores encuentran caballos de diversas partes del mundo, elefantes, camellos, búfalos, toda clase de perros, gatos y monos, leopardos, osos, ciervos de las más variadas especies, y sobre todo, tigres, desde los recién nacidos, con toda su gracia inquietante de cachorros feroces, hasta la bestia majestuosa y sanguinaria que ostenta el título de tigre real.

Los orfebres de Delhi son famosos, y a sus bordadores los aprecian en todo el Oriente. La ciudad de Cachemira, relativamente próxima, exporta a Delhi gran cantidad de chales de preciosa lana, y estos bordadores-artistas los realzan con adornos de oro y plata, siendo después de tal operación muy buscados por los naturales del país. Las mujeres de Cachemira se trasladan a Delhi para trabajar en sus talleres. Se las conoce por ser más altas y opulentas en carnes que las del resto de la India. Llevan sobre el velo un turbante, y en sus movimientos tienen cierta voluptuosidad, que las distingue de las otras, enjutas y con aspecto escurridizo.

Una nube de joyeros cae sobre los hoteles de la ciudad así que les avisan de la llegada de excursionistas occidentales. Son indostánicos todos ellos, vestidos de blanco a la europea, con un gorrito negro y redondo. Parecen empleados de hotel, y sólo se diferencian de éstos por las maletas de cuero que sostienen con cierta negligencia, como si contuviesen objetos sin valor. Se sientan sobre el mármol del *hall*, abren dichas maletas y empiezan a mostrar maravillas deslumbrantes, cual si fuesen magos capaces de extraer de las entrañas de la tierra los más inauditos tesoros.

La joyería oriental, de más aparato y brillantez que la de nuestros países, sin duda porque en la India los hombres usan más alhajas que las mujeres, tiene una bizarría ostentosa de adorno guerrero,

un esplendor semejante al de las condecoraciones y los uniformes. Estos mercaderes de *Las mil y una noches*, con rostro de canela y trajecito blanco, nos enseñan, puestos en cuclillas, collares de perlas enormes, divididos en cinco o seis ristras y alternados con esmeraldas y zafiros; flores de brillantes que tienen en su centro corolas de otras piedras preciosas; penachos de garza para remate de turbante, sostenidos por joyeles que centellean como un astro sobre el terciopelo de la noche; alhajas todas ellas de rajás para días de gran gala.

Estos vendedores circulan por las calles de la antigua capital del Gran Mogol llevando con descuido sus maletillas de cuero rojo, que en una de nuestras metrópolis civilizadas les pondrían en peligro de morir asesinados. Fingen la confianza y la generosidad mentirosa de los orientales al ofrecer sus artículos. Se diría que piensan regalarlos. Entregan uno de los collares de príncipe asiático a cualquiera de las viajeras y la aprietan ambas manos como si temiesen que fuera a rehusarlo.

—Quédatelo —suplican con su tuteo tradicional—. Es para ti. Me darás lo que quieras.

Admiran ciegamente dichos mercaderes de leyenda a un pueblo del que han oído contar las más inauditas riquezas: los Estados Unidos. Todos los que vienen de allá sólo pueden ser multimillonarios... Como estoy rodeado de señoras en su mayor parte norteamericanas, un joyero me toma por marido de una de ellas, a la que pretende vender un collar de nabab. Sus cortesías y sonrisas son enteramente para mí. Me trata con la confianza que inspira un amigo antiguo, y al mismo tiempo me venera, viendo en mí a uno de los magnates del otro lado del mar.

—Sacas el cuaderno de cheques —me insinúa con acento persuasivo— y pones una firmita... una nada más. Treinta mil dólares... pero en moneda americana. ¿Qué te cuesta eso? ¡Es tan poco para ti!

Y todos ellos parecen ingenuamente asombrados al ver que transcurren las horas sin que nadie saque el cuaderno de cheques y firme por la insignificante suma de treinta mil dólares.

El edificio de mayor magnificencia dentro de la ciudad es la Gran Mezquita, construida sobre una roca, y a cuya plataforma se llega por dos amplias escalinatas. Después de la famosa mezquita de La Meca, la *Jama Masjid* de Delhi es la más importante del mundo musulmán. Toda su meseta y el patio enorme tienen un pavimento de mármol, y en el centro se abre un estanque alimentado por una fuente. La mezquita es de granito rojo, como el palacio del Gran Mogol, con fajas de mármol blanco intercaladas, combinación bicolor que parece aligerar su masa enorme. Al pie de la meseta existe durante el día una especie de feria, con el movimiento, los gritos y la curiosidad vagabunda de toda muchedumbre oriental.

En el graderío de las escalinatas se sientan los mendigos, y en la plataforma del templo, sobre el mármol caliente, duermen los viajeros o permanecen erguidos en la inmovilidad de la plegaria. Durante el Ramadán, a las horas de oración, resulta un espectáculo emocionante —según relatos de los que lo presenciaron— ver miles de creyentes, en filas simétricas sobre este vastísimo enlosado blanco, prosternándose a un tiempo y volviendo a levantarse con los brazos extendidos, las manos abiertas, la mirada estática.

La devoción musulmana ha esparcido en los alrededores de la ciudad numerosas tumbas, que parecen construidas únicamente para regalo del viajero. Los creyentes ricos y caritativos prolongan su generosidad más allá de la muerte. Todos dejan una manda en su testamento para abrir un pozo, elevar una fuente y plantar árboles junto a su propio sepulcro, considerando obra pía dar un poco de sombra y de frescura a los que caminan por esta tierra ardiente. Entre Delhi y Agra, las dos capitales del antiguo

imperio del Gran Mogol, siguiendo la ribera derecha del Yamuna, río de ambas ciudades, cada diez millas se encuentra un pozo, cuya perforación pagó la bella princesa Nur Jahan.

Una ruina curiosa, que estuvo hasta hace poco fuera de Delhi y ha quedado ahora rodeada por el ensanche de la ciudad, es el observatorio astronómico, construido a principios del siglo XVIII por uno de los Grandes Mogoles. Todavía existen dos circos de piedra y unas escaleras, cada una de setenta peldaños, a cuyo final estaban las plataformas desde las cuales observaban los astrónomos del emperador las rotaciones de los planetas y las fases de la luna. Este observatorio, que sólo puede ser comparado con las retortas de los alquimistas, fue en otros tiempos el establecimiento científico más importante de la India, ordenando, reinos y principados, sus almanaques y ceremonias religiosas de acuerdo con las tablas astronómicas redactadas aquí.

En realidad, el edificio más importante de la capital es el castillo que guarda en su interior el palacio de los Grandes Mogoles. Muchos viajeros, para describir su grandeza, lo comparan con el Kremlin de Moscú. Es una ciudad aparte junto a Delhi, con dobles murallas de granito rojo y torres rematadas en cúpula. Como demostración de las enormes dimensiones de este palacio fortificado, basta decir que en sus cuadras había espacio para diez mil caballos. Estas cuadras son ahora cuarteles de las tropas indostánicas al servicio de Inglaterra. Además de los caballos de su guardia, tenían los descendientes de Tamerlán dentro del palacio numerosos elefantes de lujo que figuraban en sus majestuosos cortejos y otros a los que habían amaestrado para la pelea, batiéndose entre ellos en los fosos de la fortaleza o entablado combates singulares con tigres.

La antigua residencia de los Grandes Mogoles ha sido transformada y afeada por los ingleses al establecer en Delhi la capital de toda la India. En los jardines, al lado de palacios y kioscos de mármol maravillosamente cincelado, se encuentran edificios sin estilo, cubos de albañilería con ventanas cuadradas, que ocupan las oficinas del virrey y sus consejeros.

Atravesamos las murallas color de vino, siguiendo el suelo pendiente de una portada que es un verdadero túnel. Tan profundo resulta el espesor del muro, que en mitad del pasaje abovedado hay un patio a cielo abierto, para que la luz disipe su lobreguez. Más allá encontramos otra muralla con un nuevo túnel, y en las dos galerías se abren puertas laterales y profundas que dan acceso a las antiguas dependencias del palacio imperial.

Por aquí entraban, montados en elefantes con gualdrapas rojas, los viajeros privilegiados que el Gran Mogol quería recibir. Aquí desfilaban los cortejos de los grandes personajes, trémulos de emoción al pensar que iban a verse en presencia de su amo el emperador. Esclavos medio desnudos y armados con puñales les precedían gritando su nombre, y ellos, tendidos en un palanquín, precedían a su vez a los dromedarios y elefantes cargados de presentes para el más poderoso de los soberanos de la India. Toda visita al Gran Mogol era, como ya dijimos, una entrega de regalos, cuya valía estaba graduada por la importancia del visitante.

Los saludos al monarca resultaban interminables. En ningún país llegó a tales exageraciones la cortesía oriental. Todo el que hablaba al Gran Mogol, funcionario, visitante o simple doméstico del palacio, antes de exponer su deseo empezaba por decir: «Sol de la felicidad y del poder; esplendor de la magnificencia imperial; perla única del mar de la soberanía; estrella del cielo del Imperio que brilla con incomparable esplendor, cuyo estandarte es el sol y cuyo satélite es la luna; emperador que descienes de una larga raza de reyes; sombra de Dios, triunfador siempre de las batallas...». Y así



continuaba, considerándose dichoso si podía inventar y añadir una nueva hipérbole a la letanía de saludos.

Ahora, en las poternas del palacio sólo se ven soldados sijs de barba negra y turbante gris, o suboficiales británicos que leen periódicos de Londres sentados ante el cuerpo de guardia, con aspecto nostálgico, pensando en la isla lejana.

Todo lo que del antiguo palacio queda aún en pie está en los jardines, dando sus ventanas y galerías sobre una llanura algo yerma y abundante en paredones derruidos que corta el Yamuna con serpenteos de metal blanco. Este palacio, como la Alhambra y todas las construcciones musulmanas, consta de un piso único, y sólo excepcionalmente algunos de sus pabellones poseen un piso superior, de techo muy bajo. Mas en Granada y otras ciudades de Asia y África el arquitecto mahometano tuvo que levantar sus construcciones empleando como únicos materiales el yeso, el alabastro, alguna que otra columnilla de mármol o jaspe, y sobre todo el azulejo, principal elemento decorativo. Generalmente, la llamada arquitectura árabe es brillante y al mismo tiempo pobre y frágil.

Dispusieron los Grandes Mogoles de mármoles en abundancia, y sus edificios de Agra, Delhi y otras ciudades de la Rajputana son de esta rica piedra, empleándola hasta en techumbres y cúpulas. El mármol con transparencias de gema preciosa reemplaza al metal en dichos monumentos. Las celosías de puertas y ventanas, las verjas que rodean tronos, baños y tumbas, son también de mármol tan primorosamente trabajado, con tantas ramificaciones y flores, que parecen telarañas pétreas, filtrándose una luz suave a través de sus innumerables orificios.

Los metales preciosos y las joyas de sus tesoros los reservaron estos monarcas para incrustaciones en las paredes. Necesitaron animar la blancura láctea del mármol para que no resultase uniforme y frío, y esparcieron una flora de ensueño en los salones de su palacio. Desde el pavimento a un tercio de los muros fueron remontándose las varillas de una vegetación creada por orfebres. Estas varillas eran de oro, con hojas de esmeraldas y otras piedras preciosas. Al final se abrían las flores, unas redondas como las rosas, con pétalos de rubíes y granates; otras blancas, lirios y azucenas, con puntiagudos cogollos cubiertos de brillantes, mientras corrían por las cornisas nuevas guirnaldas de esta jardinería inverosímil.

Sólo quedan ahora los moldes de tales esplendores, nunca vistos después. Los soldados del conquistador persa rompieron con las puntas de sus cimitarras una primavera que parecía eterna, de gemas y de oro, ocultándola en sus sacos de piel de camello. Fue el botín menudo de la horda vencedora. Su jefe se llevó el trono y las joyas más célebres del Gran Mogol.

Todavía se ven en los muros de mármol las huellas de estas plantas incrustadas, cada una de las cuales valía una fortuna. En algunos de los bajorrelieves el perfil se mantiene limpio, y hasta queda en el fondo de la oquedad un resplandor metálico, recuerdo del oro que lo cubrió. En otros, la piedra está rota, con rudas muescas que revelan el esfuerzo de los saqueadores.

Pasamos de salón en salón, con una mezcla de respeto admirativo y de lástima. Recuerdo la frase vanidosa y justa que los constructores de este palacio grabaron en lengua persa sobre el trono del Gran Mogol.

«Si el cielo ha descendido alguna vez a la superficie de la tierra, es aquí, es aquí, es aquí.»

El palacio de Delhi fue cielo esplendoroso para sus dueños durante una centuria o dos. Ahora parece un jardín tronchado y barrido por el huracán.

Hay puertas que aún guardan en sus cuarterones vestigios de oro junto a los huecos ocupados antes

por gemas preciosas, pero se hallan torcidas sobre sus goznes o penden solamente de uno de ellos, sin que nadie se cuide de repararlas. Un arroyo con riberas de mármol pasa de salón en salón. El fondo de su lecho, cincelado en forma de ondas, debió de proporcionar una sonrisa rumorosa a las aguas cuando corrían por el interior del palacio, en las tardes veraniegas. Los caños están obstruidos o rotos desde hace muchos años y el viento ha depositado una línea de polvo detrás de cada arruga marmórea del arroyo.

Primeramente vemos la sala del Diván, donde reciba el Gran Mogol a dignatarios y solicitantes, teniendo acurrucado a sus pies al primer ministro, encargado de contestar por él. Es toda roja, color de vino, así como la escalinata que sube hasta el estrado de mármol del emperador. Encima hay unos mosaicos que representan a Orfeo rodeado de fieras, trabajo florentino de alguno de los artistas vagabundos y renegados que de aventura en aventura llegaban hasta Delhi para ofrecer sus servicios al Gran Mogol, famoso en toda la tierra por sus riquezas.

En otro salón, el de las grandes recepciones, guardan los muros en su parte alta rótulos dorados árabes y persas. La parte baja conserva las huellas tristes del jardín de oro y piedras preciosas, destrozado y robado por los invasores. En el centro está la mesa de mármol que servía de base al trono del Pavo Real.

Como en todos los palacios orientales, se entremezclan aquí la voluptuosidad, los esplendores de un lujo majestuoso y las crueldades del despotismo. Arriba se asombra el visitante al encontrar tanto salón con adornos de oro, tanta galería cuyos arcos tienen una delgada lámina de mármol a modo de cristal, que da a la luz ambarinas transparencias, tantos baños en voluptuosa penumbra, con un ambiente hermético y tibio que parece oler a carne de odalisca ungida con jazmín, y cuyas cúpulas filtran un resplandor sonrosado, semejante a la coloración de las desnudeces femeninas. Abajo hay mazmorras donde los soberanos de Delhi encerraban para siempre a sus enemigos, gozándose en escuchar durante sus magníficas fiestas los profundos lamentos de estos vivos sepultados; pozos con fondo de puñales o de reptiles venenosos; galerías subterráneas que iban hasta el Yamuna, permitiendo a todas horas un escape rápido y secreto de este palacio de esplendores y atrocidades.

Se muestran los jardines tan abandonados como el palacio. Sólo se encuentra en ellos una vulgar floración roja y amarilla, y en algunos rincones grupos olvidados de violetas. Se puede abarcar visualmente desde estos jardines una parte nada más del extenso palacio: pabellones con cúpulas blancas, tan prolongadas que casi forman un círculo, siendo a modo de bulbos partidos en su base, sobre los cuales se yerguen flechas de oro empañadas por el tiempo. Todas estas cúpulas se sostienen sobre unas columnas tan esbeltas que su equilibrio parece algo milagroso.

La barbarie del dominador actual revela menos violencia que la del persa, pero no es menos ciega. Entre los salones de mármol y la magnífica puerta roja de la muralla que da acceso al palacio han levantado los ingleses una especie de cuartel, que corta la antigua perspectiva y disminuye el encanto de lo que aún queda en pie.

Hay ahora en los jardines del Gran Mogol antenas de telegrafía inalámbrica, y cada vez que las oficinas del virrey necesitan un local nuevo, lo construyen, sin preocuparse de si con dicha obra anulan un punto de vista. Los dominadores británicos parecen ignorar la terrible discordancia que representa un edificio de ladrillo amarillento, sin ningún ornato artístico, junto a salas de mármol cuyas ventanas tienen celosías maravillosamente caladas en la misma piedra.

Los mahometanos de rostro impasible no parecen enterarse de tales profanaciones, que deshonran la mansión de sus antiguos emperadores. La visitan con frecuencia, sin duda porque esto les reconforta interiormente, haciéndoles evocar los tiempos de grandeza nacional. Encontramos varios grupos de ellos contemplando las huellas de las flores robadas, la mesa donde estuvo el trono del Pavo Real y la Mezquita Perla.

Para no tener que ir hasta el centro de la ciudad, donde está la mezquita principal, el Gran Mogol hizo construir en su palacio otra pequeña, toda de mármol blanco, pero de tal pureza y brillo que parece el interior de una caracola marina, y por eso le dieron el citado nombre. En ella estaba la gran joya colgante y transparente que robó el soberano persa. Todavía permanecen fijos en la cornisa los ganchos que servían para sostener una enorme red de oro con flores de perlas cada vez que el emperador visitaba la mezquita para hacer su plegaria.

También el techo del salón del trono, que ahora es de madera dorada, fue de plata maciza hasta la invasión y saqueo de los persas. Se tropieza por todas partes en este palacio con el recuerdo de los tesoros que amontonaron los nietos de Tamerlán. Pero el guía, como triste resumen de tanto esplendor, nos muestra una ventana:

—Por aquí escapó el último Gran Mogol.

El lector conoce indudablemente la famosa sublevación de los cipayos, que puso en peligro la dominación inglesa en 1857. Vivía entonces el país regido aún por los directores de la célebre Compañía de las Indias. Este gobierno mercantil realizaba el prodigio de mantener sometida a la inmensa península indostánica con sólo varios miles de soldados ingleses, núcleo de otro ejército más grande compuesto de soldados indígenas, a los que llamaban cipayos. Una conspiración lenta de indios audaces fue preparando la rebeldía de los batallones de cipayos. Además, explotaron las supersticiones religiosas, afirmando que Inglaterra, por desprecio a los hijos del país, daba a los soldados de religión brahmanista cartuchos untados con manteca de vaca y a los mahometanos cartuchos con grasa de cerdo. Como entonces, para cargar el fusil, había que morder el cartucho, representaba esto un ultraje sacrílego para unos y otros.

La mayor parte del ejército indígena se sublevó contra los ingleses, viéndose éstos próximos a perder su inmenso dominio. Afortunadamente para ellos, pudieron conservar a su lado a los sijs, valerosos soldados de Lahore, los mejores de la India.

Delhi fue el centro de la insurrección. Como los sublevados necesitaban un personaje tradicional para agrupar en torno a él su resistencia, escogieron al último Gran Mogol, pálida sombra de su dinastía, pobre fantasma histórico.

Desde muchos años antes había muerto. Su autoridad no llegaba más allá de los muros de Delhi. Cuando el general en jefe de las tropas inglesas de la Compañía le visitó por primera vez en 1824, y al entrar en el salón del trono tomó asiento tranquilamente frente a él, tratándolo como a un igual, el heredero de Timur no pudo contener su emoción, y lloró pidiendo una muerte inmediata para no conocer más tal afrenta.

Aún guarda Delhi recuerdos de la terrible guerra de los cipayos. Las puertas de Cachemira y de Lahore tienen su granito rojo perforado por huellas profundas de bomba y viruelas de fusilería. Cerca de una de estas puertas existe una iglesia donde los ingleses, sorprendidos por la insurrección, se refugiaron con sus mujeres e hijos, batiéndose desesperadamente. La estatua de un general británico

perpetúa el glorioso tesón con que se defendió muchas semanas, aislado, sin esperanzas de auxilio, contra todo el país en plena revuelta.

Cometieron los cipayos con sus prisioneros las atrocidades de todas las muchedumbres primitivas, ansiosas de celebrar su libertad con venganzas. La disciplina de los ingleses y su método tenaz acabaron por vencer la resistencia de un ejército feroz y desorganizado. A su vez, los vencedores, para infundir el respeto del miedo, mostraron una crueldad fría en el castigo de los vencidos. Muchos insurrectos fueron amarrados a las bocas de los cañones británicos, ordenándose el disparo de éstos a continuación.

Cuando las tropas inglesas tomaron por asalto la ciudad, el pobre Gran Mogol, figurón decorativo que los rebeldes no habían consultado nunca, creyó necesario huir, y con el auxilio de varios domésticos se deslizó por esta ventana, yendo a refugiarse en uno de los mausoleos imperiales que tanto abundan cerca de Delhi. Los vencedores lo encontraron en su tumba-refugio, y el primer virrey de la India, que acababa de reemplazar a la famosa Compañía, lo despojó para siempre de su majestad tradicional, deportándolo a Birmania, donde se fue extinguiendo enteramente olvidado.

Las numerosas ciudades muertas de las cuales es nieta la Delhi actual cubren toda la llanura de templos y mausoleos, cuya piedra ha roído el sol más que las lluvias. Resultaría interminable hablar de las ocho o nueve ciudades indostánicas o musulmanas que han venido sucediéndose en las riberas del Yamuna. La más cercana históricamente, o sea el antiguo Delhi, guarda aún las murallas de su fortaleza central, que es casi tan grande como el último palacio de los soberanos mogoles. De los profundos arcos de sus puertas cuelgan panales cónicos de avispas. Sus primitivos jardines y plazas de armas son ahora praderas naturales. Los muros, que aún conservan sus fajas rojas y blancas, tienen fuentes de azulejos que hace siglos olvidaron la frescura del agua. En los claustros de muchos palacios sin techo cuelgan hiedras y otras plantas trepadoras salidas de las murallas, con racimos de flores bermejas.

Kutab figura como la más famosa y monumental de las ciudades anteriores a Delhi. Hace más de dos mil años la fundaron monarcas de religión brahmanista y en ella se establecieron los primeros conquistadores musulmanes. Su monumento más célebre es un minarete de cinco pisos altísimos y de longitud desigual, acanalado de la base a la cima, como un manojo de bambúes colosales, sin zócalo alguno y adelgazándose según se remonta. Este haz figurado de cañas parece sostenerse gracias a unos aros de piedra con inscripciones en relieve. Los balconajes de sus cinco mesetas se apoyan en ligeras consolas.

El minarete de Kutab, la más audaz de las torres existentes, fue levantado por uno de los primeros soberanos musulmanes de Delhi para celebrar el triunfo del islam sobre el brahmanismo. Su escalera consta de varios centenares de peldaños, y desde su último balcón puede abarcarse la llanura, asiento de tantas ciudades, viéndose palacios, nuevos palacios, más palacios, y todos ellos son tumbas... siempre tumbas. Innumerables reyes se sucedieron en el mismo alcázar-fortaleza, sin modificarlo, o agrandándolo cuando más con alguna construcción anexa. En cambio, cada uno de ellos necesitó construirse una tumba aparte, rivalizando en magnificencia con sus antecesores.

La hora meridiana está próxima, y desde lo alto del minarete rojo y acanalado parece que estas innumerables construcciones sean todas de cartón. La excesiva luz solar ha dejado inánimes palacios y jardines. Es en el atardecer cuando esta naturaleza despierta, adquiriendo relieve y vida.

Al salir del minarete de Kutab pasamos bajo algunos pórticos aislados. El mármol, con la pátina

del sol, tiene color de oro. Unas portadas ostentan inscripciones islámicas; en otras, más antiguas, la lengua empleada es el sánscrito, con figuras de dioses y hembras celestiales.

Dentro de un mausoleo vasto como un palacio vemos la tumba de cierto Gran Mogol que exigió ser enterrado bajo la bóveda del cielo. Para cumplir su voluntad, la sala carece de techo, mientras los muros guardan trazas de pinturas ostentosas. Otro mausoleo contiene los restos de una hija de emperador que pidió «dormir su último sueño bajo la tierra común, de la que surge la hierba en primavera». Los padres de la poética princesa, para no contrariarla y respetar al mismo tiempo su rango después de la muerte, colocaron en la parte superior del sepulcro una jardinera de mármol, en la que crecen hierbas y flores. Más allá, encontramos la tumba del poeta Kushru, siempre cubierta de guirnaldas frescas. Este tributo lo renuevan fielmente las generaciones que vienen repitiendo sus versos hace mil años. En cambio, muchos sarcófagos de emperadores se muestran en completo abandono y las salas mortuorias sólo de tarde en tarde son holladas por los viajeros, sirviendo de refugio a buitres y lechuzas.

En las cercanías del minarete de Kutab existe un templo de pilastras cuadradas que parecen hechas con dados superpuestos. Sus cuatro superficies han sido cubiertas de innumerables figurillas y lianas entrecruzadas con la profusa minuciosidad de los escultores indostánicos. Frente a este templo se levanta una columna de hierro que tiene ocho metros de altura y otros siete hundidos en el suelo. Esta aguja de quince metros fue erigida en el año 317 de nuestra era, cuando gran parte de Europa no sabía trabajar el hierro y las naciones más adelantadas eran incapaces de fundir una pieza tan enorme.

La inscripción grabada en ella dice que la erigió el rey Dhaba, adorador de Visnú, para conmemorar una de sus victorias. En torno hay siempre grupos de musulmanes que ignoran el verdadero significado de tan original monumento. Según ellos, todo el que se coloca con la espalda apoyada en la columna y, echando los brazos atrás llega a juntar las manos abarcando su redondez, tiene derecho a que la suerte le conceda un don valioso.

Los que profesan la religión hinduista atribuyen una leyenda a dicha columna, haciéndola llegar a las entrañas más recónditas de la tierra. Su verdadero autor es, según ellos, el rey Anang-Pal, que quiso purificarse de sus faltas y librar al mundo del pecado.

Siguiendo los consejos de un santo brahmán, encargó a varios gigantes fundidores la construcción de este clavo larguísimo para hundirlo en la tierra hasta atravesar con su punta a la serpiente Sheshanaga, que soporta al mundo sobre su lomo.

Algunos escépticos se negaron a creer en la esclavitud del monstruo, y el rey, para convencerles, ordenó que extrajeran el colosal punzón, viéndose su extremo enrojecido por una gran mancha de sangre.

Volvió el clavo a perforar la tierra, pero la bestia, ya escarmentada, había huido para que no la cautivasen otra vez. Este fracaso anunció la próxima ruina de la dinastía de Anang. Y la serpiente, libre del barrote puntiagudo que la tuvo sujeta en las entrañas de nuestro globo, continúa su obra maléfica, corriendo el mundo para esparcir el pecado.

## El Taj Mahal

Shah Jahan, el Gran Mogol de las obras maravillosas.—Riquezas del palacio de Agra.—El místico monumento del amor.—Historia de Shah Jahan y su esposa Arjumand Banu.—Romántico final del emperador artista.—Una montaña blanca de mármol sobre la tumba de dos enamorados.—El jardín del Taj Mahal visto de día.—La ruinoso ciudad de Sikandra y el subterráneo de Akbar el Victorioso.—Prestidigitadores, mercaderes y faquires ante la terraza del hotel.—El Taj Mahal bajo la lluvia láctea de la luna.—Voces acuáticas en la noche.—Y este prodigio se repetirá para otros en el curso de los siglos... y yo no lo veré más.

De los descendientes de Tamerlán, el más famoso fue Akbar, conquistador de gran parte de la India. Nunca se vio tan poderosa y respetada la dinastía de los Grandes Mogoles como bajo su reinado, y la residencia favorita de Akbar «el Victorioso» fue Agra.

Gracias a esta predilección y a la actividad constructora de su nieto Shah Jahan, el emperador artista, Agra rivalizó en el siglo XVII con Delhi, y hasta la sobrepasó al ser erigido en sus alrededores el célebre monumento fúnebre llamado Taj Mahal.

Actualmente, el palacio-fortaleza de los Grandes Mogoles en Agra se conserva mejor que el de la antigua metrópoli del Imperio. Los ingleses no han instalado en él centros administrativos, como en la capital del virreinato, dejando a jardines y pabellones su melancolía de alcázares abandonados, algo ruinosos, pero sin aditamentos anacrónicos que los deshonren.

Las mezquitas y las calles de la ciudad conservan igualmente gran parte de la fisonomía que tuvieron hace tres siglos. Los vecinos de Agra viven más apartados de la influencia inglesa que los de Delhi. Fuera de la ciudad existe un barrio puramente británico, como ocurre en todas las metrópolis importantes de la India. Es el llamado «campamento», donde se aglomeran los cuarteles de la guarnición, los edificios ocupados por las autoridades y los hoteles.

Como la fortaleza-palacio de Agra fue olvidada por los ingleses, su exterior revela ruina y abandono, más que la de Delhi, pero al mismo tiempo evoca con mayor intensidad la época esplendorosa de los soberanos mogoles. Los fosos están llenos de agua verde. En su doble muralla rojiza, las almenas de forma ojival y los remates de los palacios muestran hondas roeduras del tiempo, pero no han sufrido ninguna profanación. Las fachadas, partidas por fajas horizontales de rojo tostado y amarillo sombrío, tienen como remates cúpulas blancas y doradas. Sobre cada almena hay un cuervo que grazna como si conversase con sus otros congéneres alineados sobre los aleros. En lo alto de las portadas se agitan familias de monos, que parecen dar la bienvenida al visitante con sus cabriolas y chillidos. Por las planicies enlosadas inmediatas a las puertas corretean ardillas o saltan confiadamente bandas de pequeños pájaros buscando briznas para los nidos que fabricaron en lo alto de las murallas. Ninguno de ellos huye ante el paso del hombre. Se dejan agarrar inocentemente, como si su instinto defensivo ignorase la maldad humana. El respeto de los indostánicos para todos los seres vivientes ha acabado por suprimir, en el curso de los siglos, la alarma natural de los animales.

Tiene la fortaleza de Agra una Mezquita Perla, más famosa que la de Delhi, la *Moti Masjid*, levantada por Shah Jahan. El nombre de este Gran Mogol suena inevitablemente en todos los lugares interesantes de Agra. Él mandó construir los mejores salones del palacio, las mezquitas y tumbas más ostentosas de los alrededores, y sobre todo, el Taj Mahal. Hasta el trono del Pavo Real, empezado

siglos antes, en tiempos de Tamerlán, recibió de él su forma definitiva. Pasó la existencia construyendo, llevando a la realidad todos sus ensueños de déspota sentimental y poético. Al principio disipó alegremente las riquezas atesoradas por los Grandes Mogoles; en los últimos años de su vida, su hijo y sus cortesanos se sublevaron contra él, asustados de tanta prodigalidad.

La Mezquita Perla de Agra no asombra como la Gran Mezquita de Delhi a causa de sus enormes proporciones. Es bella por su simplicidad y la armonía de sus diversas partes; toda ella de mármol, pues Shah Jahan no empleó otra materia en sus obras. Sólo tiene tres muros, y el frente principal está abierto, apoyándose su techumbre en las pilastras de los arcos, múltiplemente trebolados. Estas pilastras son de una sola pieza, y resulta difícil explicarse cómo pudieron ser extraídas de las canteras, masas tan enormes y de tan armónicas formas, sin una grieta, sin una muesca reveladora del colosal trabajo que les dio vida y las trajo hasta aquí.

Frente al espacio abierto de la Mezquita Perla se extiende un gran patio, que tiene una pila de abluciones en el centro. Como el edificio fue construido con su fachada al oriente, en el momento que lo visitamos proyecta el sol matinal sobre su pavimento blanquísimo las fajas de sombra algo oblicuas de sus pilastras y sus arcos lobulados. Después vamos avanzando de salón en salón por el palacio de Shah Jahan. No hay aquí azulejos ni alicatados de alabastro como en otros monumentos musulmanes. Todo es mármol, siempre mármol. Los Grandes Mogoles no admitieron otro material constructivo.

El signo de Salomón se repite en las portadas, como si fuese el sello de la dinastía mogola. Sólo un patio de estilo indostánico está pintado de rojo. El resto del palacio es blanco, con vegetaciones de mármoles policromos y metales. En algunos sitios vemos huellas de flores de joyería, como las de Delhi, que también fueron robadas.

Influenciado Shah Jahan por la lejana arquitectura de Occidente, construyó algunos de sus pabellones con dos pisos. La fama de su corte atrajo a varios artistas vagabundos de Europa, arquitectos y pintores, entre ellos un renegado, Agustín de Burdeos, que trabajó en este edificio y tal vez en el Taj Mahal. Los pisos altos tienen balconajes de piedra. El ala del palacio dedicada a las mujeres guarda aún intactas sus galerías superiores, dando sobre un gran patio cuadrado. Todos los joyeros de la India venían en determinados días a exponer sus tesoros sobre el suelo de este patio, y las esposas y favoritas del Gran Mogol, asomadas a los ventanales, examinaban de lejos sus alhajas, designando las que eran de su agrado para que las adquiriese el emperador.

Los baños conservan su techo de bronce. Las paredes de mármol están vaciadas, brillando láminas de cristal a través de los complicados dibujos de su blonda pétrea. Caminamos por la primera sección de unos subterráneos, cuyas escaleras bajan hasta el río. Estas galerías de escape servían a los déspotas magnificentes para vivir algunas horas en humilde incógnito, bajando disfrazados a la inmediata ciudad; pero hace muchos años que fueron cegadas por el desplome de sus bóvedas.

Visitamos otros baños, en los que apenas logra penetrar un ligero rayo de luz por la bóveda altísima. Avanzamos a oscuras; nuestros guías encienden lámparas de magnesio, y a su breve resplandor vemos que las paredes son de mármol y oro, una magnificencia destinada a permanecer la mayor parte del tiempo muerta en la sombra, y que únicamente podía resucitar a capricho del Gran Mogol.

Es asombroso el vaciado del mármol en los palacios y mausoleos de Agra. No se comprende cómo la delgada lámina de piedra ha podido soportar tantas y tan complicadas perforaciones sin partirse.

Las ventanas, los arcos de los miradores, los tragaluces, tienen cortinajes de mármol, pues en justicia tales cierres merecen más este nombre que el de rejas. Ofrece el mármol los sutiles dibujos del encaje, se extiende ante la luz del sol como una cortina de blondas, y tal es su ligereza, que hasta parece que el viento va a hacerlo ondear.

Construyó el Gran Mogol su sala del Diván, lo mismo que en Delhi, para recibir a los solicitantes y resolver los asuntos públicos; pero el atractivo de la naturaleza aconsejó al poético Shah Jahan establecer otro Diván en lo alto de la muralla, teniendo a sus espaldas la campiña y frente a él un patio con dos pisos de arcadas, en el que se mantenía de pie la muchedumbre de sus cortesanos y los visitantes de las provincias.

Desde aquí vemos a nuestros pies los fosos de agua verde siguiendo el contorno del primer recinto de murallas rojas con torreones salientes rematados por cúpulas. Sobre el camino de esta primera cortina defensiva se alza la segunda muralla, en cuyo lomo estamos, y más alto una sucesión de cúpulas doradas sostenidas por columnitas blancas, que rematan el exterior de la fortaleza. A partir de los fosos se extiende la vega de Agra, que corta el Yamuna con sus revueltas. Desfilan por los caminos caravanas de camellos, que parecen desde esta altura rosarios de hormigas rojas. En el fondo del paisaje, junto a la última curva del río, se levanta algo vaporoso, blanquísimo, como una vedija de nube caída en el suelo, una cosa irreal, un copo enorme de jabón que se mantiene erguido contra todas las leyes de la gravedad, formando una burbuja hemisférica flanqueada de cuatro puntas agudas. Es el Taj Mahal, el místico monumento del amor.

Todos los que visitan Agra sienten cierta impaciencia durante su correría por el palacio de los Grandes Mogoles, examinando con rapidez sus esplendideces, y cuando pasan ante las ventanas miran instintivamente a la campiña, buscando una silueta vaporosa en el último término de los serpenteos del Yamuna. Es que desean ver el Taj Mahal. De no existir este monumento, los más de los viajeros olvidarían la existencia de Agra.

Un interés sentimental, una atracción romántica parece desprenderse del citado monumento. Más que su belleza arquitectónica, admiran los visitantes la intención de su constructor. No existe nada en el mundo que pueda compararse con el Taj Mahal. Todos los grandes amorosos que vivieron en la realidad o fueron creados por la poesía nos han dejado la historia de su pasión, pero no un palacio de ensueño que la perpetúe. Shah Jahan es el único que pudo crear un monumento gigantesco como testimonio de su amor.

Ofrecen los vendedores de Agra pequeños retratos, pintados sobre marfil, de este Gran Mogol que representó dentro de su dinastía las más nobles pasiones, y de su bella esposa Arjumand Banu. Ella tiene los mismos ojos rasgados en forma de almendra de todas las beldades orientales, y un cutis de leche y rosas. El emperador artista es un guerrero de elegancia árabe, con sedosa barba, nariz aguileña, el pecho cubierto de collares de perlas y un turbante a fajas de diversos colores rematado por un diamante enorme que sostiene varias plumas blancas.

Cuando Shah Jahan no era más que un príncipe con pocas esperanzas de reinar, se casó por amor con Arjumand Banu, doce años antes de subir al trono de Delhi. La princesa murió sin conocer las dulzuras y honores gozados por las emperatrices mogolas, y su viudo quiso ofrecer a su memoria un testimonio de amor inaudito, algo nunca visto en la historia de ningún pueblo. Para ello, ordenó a su gran arquitecto Ustod Isa la construcción de este monumento, todo de mármol, enorme como las catedrales de Occidente, sin otro destino que el de albergar un pequeño cadáver cuyo recuerdo llenaba



su vida.

Veinte años se invirtieron en la ejecución de tal prodigio. El valor de sus materiales no fue calculado nunca. El salario de los obreros ascendió a dieciocho millones de francos oro, y hay que tener en cuenta el valor de la moneda en aquellos tiempos, considerablemente superior al de la época presente, y la baratura de la mano de obra en las naciones asiáticas.

Muchos años después, el romántico Shah Jahan, que había vivido siempre entre esplendores, conoció la desgracia como ninguno de los soberanos orientales. El país se alzó contra él, asustado de sus caprichos artísticos, de sus construcciones interminables, de la generosidad con que esparcía las riquezas. Uno de sus hijos se puso al frente de la insurrección, arrojándole del trono. Viejo y enfermo, se defendió Shah Jahan cuanto pudo en la ciudadela de Agra, y al morir, su cuerpo fue colocado en el Taj Mahal, junto al de su primera esposa, cuya imagen había perdurado siempre en su memoria. Tal fue el respeto inspirado por este amor, que su hijo y sus adversarios obedecieron la última recomendación del Gran Mogol sentimental y vencido.

Es el Taj Mahal un monumento de arquitectura árabe, una mezquita más alta que todas las mezquitas existentes, cuadrada, con gran cúpula y cuatro minaretes ocupando los ángulos de la enorme plataforma que le sirve de base. Y sin embargo, difiere completamente de las construcciones de la citada arquitectura a causa del carácter especial que le da el mármol, única materia empleada en su construcción. Parece asentarse en el suelo con más pesadez que los edificios brillantes y frágiles de azulejos y alabastro. Al mismo tiempo resulta más ligero y vaporoso que éstos, cuyas techumbres se componen de gruesas tejas barnizadas.

Resulta imposible expresar con palabras la blancura del monumento, una blancura nítida, irreal, sólo comparable a la de las nubes en el cielo del mar Mediterráneo, a la de la leche recién ordeñada, a la de la espuma de las olas, a la de la luna en las noches invernales.

Existe en torno al monumento una ciudad desierta, toda ella de edificios rojos, que contrastan con la nitidez del monumento central. Son hospederías que ocupaban en otro tiempo los peregrinos venidos a admirar la tumba de la amada emperatriz, mezquitas construidas para las tribus de obreros que trabajaron en el Taj Mahal, tumbas secundarias de personajes mogoles que suplicaron ser enterrados cerca de su romántico emperador.

Un edificio rojo, con arabescos de diversas tintas, que en realidad no es más que una puerta gigantesca, da entrada a los jardines del Taj Mahal. A ambos lados de dicha portada se extienden los claustros rojos de esta ciudad desierta, abundante en ecos, que sirve de escolta muda al monumento y hace recordar las enormes muchedumbres que se agitaron y trabajaron aquí para levantar la montaña blanca.

Al otro lado de la portada vemos un jardín largo y rectangular, con avenidas y sendas pavimentadas de mármol, en el cual tiene el agua un valor decorativo equivalente al de la vegetación. El centro lo ocupa un gran arroyo, extendiendo su recta lámina entre orillas marmóreas hasta la escalinata terminal que asciende a la meseta del monumento. La gigantesca masa blanca con su cúpula y sus cuatro minaretes se refleja invertida en él con entera fidelidad. Cuando la brisa hace ondear este espejo acuático, la obra de Shah Jahan tiembla en su fondo con la nacarada luminosidad de una boca que sonrío, alejando toda idea de muerte. A ambos lados del pequeño río veo arroyos secundarios orlados de la misma piedra, entre platabandas de flores, y las arboledas predilectas de la jardinería

oriental, arrayanes, laureles, álamos.

De lejos, la blancura del Taj Mahal es absoluta, y esto le da por exceso de nitidez una apariencia vulgar. Evoca el recuerdo molesto de ciertos juguetes hechos con pasta de mármol artificial o con estearina. Pero según avanzamos por el jardín, se van destacando sobre sus muros incrustaciones de ramajes policromos, arabescos de vegetación, hechos igualmente con mármoles de colores. Puertas y ventanales tienen en torno a sus arcos de herradura inscripciones árabes que parecen pintadas con tinta y son de mármol negro admirablemente acoplado en el otro mármol de láctea blancura.

Este mausoleo gigantesco, dedicado a un cadáver único, está construido de modo que sólo tiene en su parte central, debajo de la cúpula, una capilla para la tumba. El resto no existe, forma un macizo, por haber creído su arquitecto superflua e irreverente la existencia de todo otro hueco junto al sepulcro de la emperatriz.

En muchos países considerarían lóbrego el interior del Taj Mahal, pero aquí su cúpula está bajo el cielo de la India, y la luz llega hábilmente cernida por las celosías de piedra, envolviendo en una penumbra dulce y continua el sepulcro de los dos esposos. Alrededor de éste existen las balaustradas de mármol, mejor dicho, las paredes de mármol vaciado más prodigiosas de todo el Indostán. El hierro forjado, el bronce, cuantas materias maleables se conocen, no pueden prestarse a un trabajo más prodigioso que el de este mármol blanco incrustado de pedrerías, que ofrece la misma labor de las verjas de ciertas catedrales.

Sobre la tumba de los dos enamorados arde día y noche una gran lámpara de plata, cuyos adornos son imitación de la labor pétrea de la verja, regalo que costearon numerosos admiradores modernos, británicos o indos, de esta pareja amorosa.

Pienso en ella y en la fuerza arrolladora del amor al salir de esta penumbra color de ámbar gris que desciende de la bóveda. Shah Jahan, príncipe mahometano, era polígamo. Tuvo cuantas mujeres quiso. El harén del Gran Mogol recibía hembras de todas las provincias indostánicas y de lejanas naciones. Además, la infortunada princesa Arjumand Banu fue una insistente madre de familia. Al morir creo que dejó ocho o nueve hijos. Y no obstante todo esto, el hermoso Shah Jahan la amó en vida sobre todas las mujeres, y aún la amó más luego de muerta, levantando en su honor esta maravilla arquitectónica.

Ninguna mujer podrá aspirar nunca a un homenaje más grande. Hay algo de místico en esta glorificación costosa e imperecedera. Shah Jahan vivió el resto de su existencia como un Gran Mogol; visitó normalmente su harén, poseyó mujeres a centenares, conociendo cuantos deleites puede proporcionarse un déspota asiático; pero ¡ay, la dulce compañera de los años juveniles!... Y como símbolo de la pasión suprema de su vida, quiso que el monumento fuese del color que parece más alejado de la materia, del que representa los sentimientos más puros.

Nos alejamos del Taj Mahal. Ya lo hemos visto bajo el sol. Volveremos a las nueve de la noche, y como estamos en un período de luna llena, nuestros guías hablan con entusiasmo de esta segunda visita. Además, las autoridades de Agra van a hacer correr esta noche las fuentes y arroyos del jardín en honor de nosotros, espectáculo extraordinario que sólo se repite de tarde en tarde.

Visitamos en la campiña de Agra varias poblaciones muertas y numerosos mausoleos. Es más feraz que la de Delhi; su tierra roja sustenta copudos huertos de naranjos y los caminos tienen árboles frondosos. Pero también abundan aquí las ruinas, aunque no tanto como en las inmediaciones de Delhi.

Vemos Sikandra, ciudad moribunda, a veinte kilómetros de Agra, donde fue enterrado Akbar «el Victorioso», abuelo de Shah Jahan. Sobre sus casas agrietadas o en escombros se alza una mezquita roja, lo único notable de Sikandra. Dentro de ella existe la tumba figurada de Akbar, que visitan los peregrinos; pero el cadáver está abajo, en una cripta débilmente iluminada, como la bóveda del Taj Mahal.

Aquí la decoración fúnebre es más ruda y terrorífica que en el gran mausoleo blanco. El cadáver de «el Victorioso» lo dejaron en dicho subterráneo provisionalmente, mientras se construía una tumba digna de su fama, y así ha quedado desde hace siglos. El féretro, cubierto con tapices, tiene encima un pequeño farol, que arde día y noche, y parece no esparcir luz, marcándose en las tinieblas como débil pincelada roja.

No hay nada más en la última morada de este conquistador que se creyó dueño del mundo. Un agujero que parece de chimenea sube hasta el atrio del templo, y por este orificio se desliza la luz azulada de un eterno anochecer. Lechuzas y murciélagos descienden por dicho respiradero y aletean asustados cuando alguien penetra en la fúnebre mazmorra, asustándolo a su vez con su ruidosa alarma.

Pasamos el resto de la tarde y las primeras horas de la noche en nuestro hotel, situado en el «campamento», fuera de Agra. Todos los que viven de las curiosidades del forastero han invadido el jardín al enterarse de la llegada de nuestro grupo. Se alinean frente a la escalinata con ruido discordante de feria. Suenan gaitas de encantadores de serpientes; un viejo habla sin cesar en indostano, agitando un pandero, y en torno de él danzan varios monos. Enjuto y de mirada ardiente, un faquir hace evolucionar con sus mandatos a una banda de pajarillos. Los despide uno a uno, como si arrojase piedras, luego los llama moviendo simplemente un dedo, y la turba aleteante vuelve, cual si comprendiese tal lenguaje.

Llegan dos niños, de ocho a diez años de edad, llevando un palo en sus hombros, del que penden dos bolsas rojizas cuyo peso apenas pueden sostener. Son aprendices de *sapwalas*. Su padre ha muerto, dejándoles como única herencia estas bolsas de reptiles. Y los dos chicuelos de ojos negros y piel de color canela, hermosos con la belleza graciosa de la infancia oriental, van extrayendo de sus sacos unas serpientes más grandes que ellos. Pretenden hacerlas bailar, sin éxito, y acaban por levantarlas del suelo con ambas manos y pasearlas erguidas, cual si fuesen candelabros. Una mujer seca y escurridiza, que tiene ojos de bruja, los contempla con aire de simple espectadora. Es la madre, que les acompaña de lejos para incautarse de la colecta.

Han acudido varios faquires andrajosos, con cabellera sucia y encrespada en forma de bola, tan flacos, que la piel de su tronco se introduce entre costilla y costilla formando líneas de sombra.

Este nombre de faquir es árabe, y significa «pobre», mas el faquir indio ha existido numerosos siglos antes de la invasión musulmana, con el título de *yogui*, o «contemplativo». Muchos de ellos viven entregados a la austeridad y los sufrimientos, imponiéndose horribles maceraciones, pero los más son vagabundos mendicantes que van por toda la India, de santuario en santuario, confiando su nutrición al respeto con que les mira la muchedumbre, predispuesta a creer en sus acciones prodigiosas.

Las maravillas de los faquires son generalmente falsas. Ninguno de ellos se ha atrevido a repetir las ante comisiones preparadas para una vigilancia severa. Sus prodigios son únicamente para los del país y para ciertos extranjeros inclinados a admirarles. Los hay, no obstante, que saben ejecutar algunas

cosas extraordinarias, más del dominio de la prestidigitación que del milagro.

En lo único que los faquires santos resultan admirables es en austeridades y privaciones. Hay *yoguis* que ha estado doce años de pie, sin sentarse ni acostarse. Otros permanecieron igual número de años con los brazos unidos sobre la cabeza. Sus uñas, después de este tiempo, eran tan largas que acabaron por atravesar como estiletos la carne de sus manos.

El juglar indio es el que asombra al viajero muchas veces con juegos inexplicables. Mientras los faquires contemplativos permanecen invisibles en un lugar desierto, otros van de ciudad en ciudad como vagabundos místicos. Se imponen grandes privaciones, viven en los muladares con el perro y el chacal, desean la muerte como una liberación, hacen suertes de prestidigitador para que los devotos creen en ellos, pero no realizan los milagros que suponen muchos occidentales, por afición a lo maravilloso.

Los mercaderes ambulantes extienden sobre la terraza del hotel tapices, velos, armas, joyas indígenas, figurillas de dioses y reproducciones en mármol del Taj Mahal, flanqueado por sus cuatro minaretes y con una luz eléctrica en su interior.

Estos comerciantes de Agra, cuando venden un objeto y el viajero desea llevárselo empaquetado, muestran azoramiento y piden auxilio a sus colegas. Ninguno tiene papel para envolver, ni cuerda para atar, ni la más leve idea de que existe en el mundo el arte del embalaje, tan amado por los japoneses. Al fin, cuando después de correr varios de ellos hacia la ciudad regresan con periódicos viejos o hilos usados, discuten todos en asamblea gremial cómo deben ser envueltos los objetos. La importancia del asunto atrae a los vecinos de las casas próximas; los que están al pie de la terraza abandonan sus monos, sus pájaros, sus serpientes, para exponer amigablemente su opinión; alguno de los faquires se une al grupo, por curiosidad, sin decir palabra, como si despreciase los afanes de unas gentes que sólo se preocupan de ganar dinero, y al fin, el embalaje del pequeño Taj Mahal acaba por hacerse de una manera torpe, que le prepara irremisiblemente para ser roto y desmenuzado apenas emprenda el viaje.

Cierra la noche. Terminada la comida en el hotel, ruedan nuestros automóviles por los caminos de las afueras de Agra. No sabemos por qué causa hay en ellos más polvo al llegar la noche que durante el día. Una neblina roja empaña los focos eléctricos del ensanche de la ciudad.

Después no tenemos más luz que la de la luna, y los caminos parecen más frescos y claros. El Taj Mahal está a varios kilómetros de Agra, y por ambos lados de la ruta desfilan hileras de personajes blancos, que aún parecen más blancos bajo el selenítico resplandor. Dejamos atrás algunas carrozas indostánicas ocupadas por mujeres. Ha circulado la noticia de que esta noche van a correr las aguas del Taj Mahal, y son muchos los que acuden de Agra para presenciar el espectáculo.

Descendemos de nuestro vehículo en la plaza de claustros rojos, frente a la primera portada del mausoleo. Una muchedumbre silenciosa se introduce por ella con el mismo recogimiento que si penetrase en una catedral. Al otro lado de la gigantesca arcada se nos muestra esplendoroso el jardín, y en último término, el monumento del amor, con una blancura más irreal, más extraordinaria que la de las horas diurnas.

Es una construcción de otro planeta. La luna parece chorrear lluvia luminosa por su cúpula y sus paredes. Imposible concebir que este palacio de ensueño sea un panteón. Luego, al pensar en la historia de los dos muertos que lo ocupan, se admite sin esfuerzo alguno la presencia de sus cadáveres.

Fueron dos enamorados, y la noche ofrece una decoración de amor, algo amanerada por exceso de belleza, algo banal en fuerza de ser repetida; pero también se repiten la primavera y las cosas más

hermosas de nuestra existencia, ofreciéndonos embriagadora novedad mientras no llega la vejez.

Todo el jardín hace pensar en el amor. Siento extrañeza al ver que hombres y mujeres discurren por los caminos de mármol mansamente, sin enlazarse sus tales con los brazos, sin cambiar besos. Influenciados por la belleza mágica de la noche, se mueven con pasos lentos y quedos, como si estuviesen en la habitación de un enfermo; hablan en voz baja sin que alguien se lo haya ordenado, y sus conversaciones, compuestas de susurros, se cortan con largos silencios.

Una música celeste, que evoca el recuerdo de las armonías planetarias de los pitagóricos, va llenando el jardín. Es el aria acuática del río central al deslizarse, arrugando en su fondo de mármol la cara redonda de la luna; es el coro de los arroyos laterales, que contestan riendo en las entradas de la noche, ocultos entre árboles que tienen su base intensamente negra y su cúspide charolada de blanco por la lluvia de luz láctea.

Esta melodía líquida, pueril o infinita, que nada dice y lo dice todo, como la voz de la mujer amada, nos adormece y nos impulsa a buscar un banco, imponiéndonos silencio y reposo. Un perfume excitante y múltiple impregna personas y objetos: olor de agua corriente, de carne limpia, de rosas, de arrayanes, de pimienta. Pasan ante nuestros ojos fragmentos de gasa transparente y negra, con silencioso aleteo. Son vampiros que parecen embriagados por el licor de la luna y abandonan sus refugios lóbregos. Cuando se alejan, vuelvo a fijar la mirada en la inmensa mole blanca que llena el fondo. Me subyuga con una atracción semejante a la del fuego del hogar en las noches invernales.

Los que transcurren aún por las avenidas de mármol parecen seres irreales. Sus pasos carecen de eco. Sus bocas no tienen voz. La noche resbala sobre nuestros cuerpos sus húmedas caricias. Sentimos en las ropas y en la epidermis el beso untuoso y nacarado de una luna que no conocíamos: la luna de la India. Creemos flotar en una atmósfera más densa que la de nuestro planeta. Y la música del agua continúa sonando con una adormecedora monotonía que provoca en los oídos engañosos caprichos. Unas veces aumenta, como un crescendo orquestal; otras cae y se adelgaza, siendo una romanza de violas de amor que se aleja... se aleja.

Inolvidable noche del Taj Mahal... ¡Y no pondré otra noche mis pies en estos senderos de mármol! ... Me alejo mañana, para no volver nunca.

Nuevos viajeros vendrán detrás de mí, y cuando yo no sea más que un poco de tierra en la inmensa tierra, seguirán llegando otros y otros. Los enamorados pasan, y el amor no muere nunca. Mientras los humanos se busquen, queriendo dar un ambiente poético a la expansión de sus afinidades electivas, no le faltarán visitantes a este místico monumento de la más eterna de las pasiones.

Soñaré toda mi vida al otro lado del mundo con el palacio blanco y sus jardines donde canta el agua bajo la luna... Y esta noche, que parece de otra existencia y no quisiera ver terminada nunca, sólo será un pobre recuerdo.

## Las Torres del Silencio

Los parsis y su mitra charolada.—El fuego sagrado.—Los magos de Zaratustra y sus purificaciones.—El jardín de la muerte. —Entierros sin tierra.—Los buitres devoradores.—Desfile de hombres blancos.—La isla de Elefanta y sus templos subterráneos.—Monumentos construidos con la piqueta en Ellora.—Las tribus perforadoras de montañas.

En las calles principales de Bombay, en los salones de los hoteles, en los cafés donde se reúnen comerciantes y en las puertas de los bancos se ven con frecuencia unos hombres pálidos, de tez amarillenta, levita blanca y una pequeña mitra forrada de hule, cuya parte delantera es más alta que la opuesta. Son los parsis, que practican la más antigua de las religiones existentes, últimos devotos del mazdeísmo, fieles a las enseñanzas y ritos de los magos y del fabuloso Zaratustra, llamado Zoroastro por un error de los traductores griegos.

No pasan de cien mil en Bombay y las poblaciones inmediatas, pero su importancia social y su prestigio se hallan muy por encima de su valor numérico. Hay muchos parsis millonarios. Algunos fueron ennoblecidos por la reina Victoria de Inglaterra con el título de *baronet*, desempeñando cargos importantes en el gobierno de la India. A uno de ellos, célebre por sus donativos y fundaciones filantrópicas, le han erigido una estatua en el centro de Bombay, y figura en dicho monumento con el morrioncito que sirve de distintivo a su raza.

Según cuentan, este tocado se lo impuso a los parsis, hace siglos, uno de los reyes indostánicos como signo de infamia. Fue algo semejante al sombrero amarillo que los reyes de Europa obligaron a usar durante varios siglos a los judíos. Los parsis, ahora que son ricos y libres, ostentan con orgullo el tocado servil de sus abuelos.

La pequeña mitra tiene la figura de un casco de caballo visto por delante, símbolo del corcel del monarca, que oprimía con su pata a estos vencidos.

Los parsis son los persas que no quisieron someterse a la dominación musulmana cuando los mahometanos, en su expansión victoriosa por el mundo de entonces, se apoderaron de la Persia. Una gran parte del país abjuró del mazdeísmo, su religión milenaria, sustituyendo a Zaratustra por Mahoma. Los ascendientes de los actuales parsis de Bombay huyeron de su patria para conservarse fieles a la religión de los magos, y durante muchos siglos fueron cambiando de residencia en las orillas del golfo Pérsico y del mar de Omán, según la acogida benévola o las persecuciones de los soberanos indígenas, hasta que finalmente el mayor núcleo se radicó en la naciente ciudad de Bombay, interviniendo en su desarrollo comercial y enriqueciéndose con sus progresos.

Se mantienen fieles a las prácticas de su religión antiquísima, y al mismo tiempo muestran un espíritu emprendedor y ágil, plegándose a todos los adelantos para explotarlos. En Bombay son banqueros y fabricantes, dirigen toda clase de establecimientos comerciales, desde los grandes almacenes a las pequeñas tiendas, y conquistan celebridad como médicos y abogados.

Las mujeres parsis se dedican, desde hace años, a las profesiones intelectuales. Muchas de ellas colaboran en los periódicos de la India, publicando novelas y versos. Como las hembras del país, así hinduistas como mahometanas, no quieren dejarse examinar por los médicos, el gobierno británico ha establecido en sus centros de enseñanza el estudio de la Medicina por las mujeres, y casi todas las

doctoras que existen en la India son parsis. Al mismo tiempo que estos mazdeístas se enriquecen o adquieren un nombre ejerciendo las profesiones modernas, guardan su traje nacional como si fuese el distintivo de una casta superior.

Hay jóvenes parsis que son oficiales del ejército inglés, y cuando dejan su uniforme visten el mismo traje que sus padres. Los banqueros de Bombay reciben a sus clientes tocados con la pata de caballo forrada de hule. Las mujeres, aunque siguen la moda de Londres, no por eso abandonan los trajes parsis. Muchas van vestidas a la europea durante el día, y cuando asisten de noche a un banquete o una recepción ostentan las mismas galas que sus remotas abuelas.

Este traje es semejante al de las damas indostánicas, pero de mayor delicadeza en sus colores y con la originalidad de ser todo él de una sola pieza. Consiste en varios metros de seda blanca, violeta o rosa, que tiene los bordes galoneados de plata u oro, y todas ellas saben envolverse con heredada maestría en esta pieza de tela, que se arrolla a sus piernas como una falda, luego envuelve el busto y acaba por cubrir la cabeza en forma de manto, descansando su extremo sobre el hombro derecho. En realidad, lo último es lo que las distingue en la calle de las damas indostánicas, pues éstas colocan el extremo final de su manto en el hombro izquierdo. Para no ser infieles completamente a los adornos occidentales, llevan las parsis medias de seda y zapatos de alto tacón, dándoles tal anacronismo de su indumento un aire de europeas disfrazadas con traje oriental.

Estas gentes, casi siempre ricas, educadas en colegios modernos, que pasaron parte de su juventud en Londres o París, conocedoras de los últimos adelantos y que poseen en sus viviendas cuantas comodidades inventó el ansia de bienestar, siguen fieles a su religión, observando las mismas prácticas que los mazdeístas de hace cuatro mil años.

Sabido es que el mazdeísmo, o sea el culto del fuego, impone una serie de purificaciones, tan numerosas y tan largas, que resulta lógico preguntarse si los parsis las cumplen con rigor, pues su observancia absoluta parece reñida con el trabajo. El parsi debe purificarse de cuantos contactos impuros sufre durante su jornada, y de hacerlo así exactamente, no le quedaría tiempo para otra cosa.

Declara la religión mazdeísta el fuego, la tierra y el agua elementos sagrados, considerando un sacrilegio atentar contra ellos con la más leve suciedad. Cuenta Plinio que en los tiempos mejores de Roma un mago no quiso ir embarcado a la capital del mundo por miedo a ensuciar las aguas marinas con sus deyecciones. Las mujeres parsis, al llegar el momento de su impureza mensual, son relegadas a la pieza más oscura de la casa, no osando ponerse en contacto con su familia sin haber realizado antes largas y complicadas purificaciones, e iguales ceremonias de higiene religiosa deben observar minuciosamente luego de sus partos.

Quemar, sumergir o enterrar los cadáveres representa para su religión la mayor de las abominaciones, pues con ello se ensucia el fuego, el agua o la tierra. Por eso exponen sus muertos al aire en las famosas Torres del Silencio, para que los buitres los devoren, dejando únicamente los huesos, que acaban por disolverse en un pozo especial.

Son innumerables las precauciones religiosas que han de observar los parsis cuando muere un individuo de su familia. Tienen que luchar con la mosca que toca el cadáver y después se posa en los vivos; deben combatir igualmente toda clase de roces impuros. Poco antes de la muerte, el sacerdote parsi, heredero de los antiguos magos, hace recitar al moribundo una confesión de sus culpas, y derrama el *haoma* o bálsamo divino en su boca y sus orejas, extremaunción que data de miles de años, siendo tal vez una de las fuentes del mismo rito cristiano.

Al volver a Bombay nos permiten visitar el jardín donde se levantan las Torres del Silencio. Nadie penetra en su interior, exceptuando a los parsis inferiores que trasladan los cadáveres. Cuando el futuro Eduardo VII visitó el Imperio de las Indias como príncipe de Gales, los sacerdotes parsis ordenaron la fabricación de un pequeño modelo representando dichas torres interiormente, pero sin permitir que se acercase a ellas. Este modelo ha quedado expuesto en una plazoleta del jardín, y gracias a él podemos imaginar cómo son por dentro tales circos fúnebres.

El jardín mortuario ofrece un aspecto alegre. Sus bancos de azulejos, sus arriates floridos, sus árboles oscuros con guirnaldas de rosas, le dan cierto aire de jardín andaluz. Pero basta levantar la cabeza para que se desvanezca tal parecido. En todas las ramas gruesas descansa algún buitre enorme, hinchado por su excesiva alimentación. Otras aves de presa de igual especie, con la misma gordura odiosa, se dejan ver a lo lejos, formando una cornisa viviente sobre el filo circular de las Torres del Silencio.

Los buitres son los amos del vasto jardín. Descansan esperando los cortejos fúnebres, y apenas ven avanzar la columna de hombres vestidos de blanco por un camino cercano, todos se reaniman, mueven sus alas potentes y vuelan hacia las torres para satisfacer por breves horas una voracidad insaciable.

Pasamos entre flores, por senderos enlosados de ladrillos rojos. Un perfume primaveral surgido de los arriates multicolores nos hace detener el paso para aspirarlo. Luego, la presencia de un buitre en una rama baja nos obliga a reanudar la marcha. Parece dormido, pero tememos que conserve en el pico alguna piltrafa de su reciente y horrible comilonga y la deje caer sobre nuestra cabeza.

Un mago de levita negra, cerrada hasta el cuello como una media sotana, con la pequeña mitra de charol y gafas de oro, sale a recibirnos. Tiene la sonrisa excesivamente amable, la palabra untuosa, la falsa modestia que parecen ser propiedad común de los servidores de todos los cultos, y nos explica el ceremonial de estos entierros, en los que para nada figura la tierra.

Existe junto a la entrada del jardín un edificio desprovisto de signos exteriores. Es un templo mazdeísta en honor del fuego. Arde en su interior una pequeña hoguera de combustibles preparados por los magos, cuyo tizón original fue traído hace muchos siglos de la Persia, siguiendo a la tribu errante de los parsis en su éxodo de aventuras y persecuciones.

El fuego de los templos mazdeístas sólo puede ser preparado por los sacerdotes, y éstos apelan a las más minuciosas precauciones para que conserve su pureza, tocándolo con las manos enguantadas, conteniendo la respiración para que no reciba ningún miasma humano. Los camilleros que llevan los cadáveres al circo del devoramiento viven aquí, aislados de sus correligionarios, no pudiendo pasar más allá de la verja del jardín. Si necesitan bajar a Bombay, deben entregarse antes a purificaciones que exigen varios días.

Vemos de lejos las Torres del Silencio. Avanzamos hasta donde nos lo permite el mago de levita. Son cinco las torres, y una de ellas, la más pequeña, está destinada a los cadáveres de los suicidas.

Todas son más extensas que altas. El muro exterior asciende sólo unos metros, y no tiene más abertura que la de su puerta única, que es pequeña, y está situada muy por encima del nivel del suelo, casi en la mitad de su altura, llegándose a ella por una rampa.

Examinamos su interior en el modelo construido para el futuro monarca inglés. Son iguales a un circo. El lugar del graderío lo ocupan tres fajas de nichos horizontales, semejantes a los alvéolos de un panal, y estos tres peldaños de sepulcros descienden como un embudo hasta el centro de la torre,



donde se abre un pozo.

El círculo más alto, que por su posición resulta el más extenso, tiene los alvéolos mayores. En ellos se depositan los cadáveres de los hombres. El segundo círculo es para las mujeres, y el tercero, junto al foso, o sea, el más reducido y de oquedades más pequeñas, se destina a los niños.

Después de las ceremonias religiosas en el templo del fuego, junto a la entrada del jardín, el cadáver es despojado de sus ropas, y la familia y los amigos se despiden de él, confiándolo a los portadores especiales de la necrópolis parsi. Éstos, que son cuatro, se lo llevan por los senderos floridos.

Tiemblan las copas de los árboles; suena la atmósfera como una tela inmensa sacudida violentamente; nubes oscuras surgen de las frondosidades; un batir de alas doblega los grupos de arbustos. Toda la ciudad de los buitres ha despertado y sigue a los cuatro conductores vestidos de blanco y a su parihuela cubierta con un sudario de igual color que oculta el cadáver. La ruda muchedumbre alada se balancea en el aire, dudando entre las varias torres, hasta que la marcha de los sepultureros les indica dónde será el lugar de su banquete.

Se ennegrece la torre elegida bajo el tropel de pajarracos que pliegan sus alas cayendo sobre el borde del muro. Los cuatro hombres blancos penetran en el circo del silencio, depositan el cuerpo en uno de los huecos del triple graderío y se retiran, cerrando la puerta.

Apenas suena la hoja de madera ajustándose otra vez al quicio, toda la horda voladora de picos de hierro alineada en el filo de la torre se deja caer en su interior para suprimir el cadáver, haciéndolo pasar por sus estómagos.

Uno de los empleados del jardín de la muerte nos cuenta cómo estos colaboradores feroces sólo necesitan tres cuartos de hora para dejar un esqueleto completamente mondo. Lo primero que atacan son los ojos. Se baten entre ellos por conseguir esta presa preciosa. Luego, su mejor suerte es abrir un desgarrón en el abdomen, metiendo la cabeza por el final del costillaje.

Penetran en las torres todas las mañanas los portadores de cadáveres para barrer los huesos escuetos y amarillos, arrojándolos en el pozo central. La humedad y el sol de la India ayudan poderosamente a la desaparición de los residuos calcáreos, disgregándolos de tal modo, que transcurren muchos años sin que suba gran cosa el nivel de este depósito de osamentas.

El sacerdote de sonrisa untuosa nos invita de pronto a abandonar el jardín cuanto antes. Han venido a avisarle que un cortejo fúnebre sube por la cuesta de la avenida inmediata. Los que no pertenecen a la religión parsi deben alejarse.

Nos cruzamos fuera del jardín con la fúnebre procesión. Carece de aspecto terrorífico, a causa tal vez de que el color negro no existe en ella. Todos van vestidos de blanco, y el mortuorio cortejo, visto a cierta distancia, parece un desfile de cocineros. Los portadores del cadáver visten igualmente de blanco, y blanca es también la parihuela que llevan en hombros. Detrás marchan de dos en dos parientes y amigos, manteniéndose unida cada pareja por un pañuelo que va de mano a mano como símbolo de alianza... Y nada más. Ningún emblema que recuerde a la muerte. Resulta difícil imaginarse que algunos metros más arriba, al final del paredón rojizo, sobre cuyo borde asoman árboles y flores, cientos de pajarracos voraces, hinchados de carne humana, empiezan a despertar avisados por su instinto del próximo banquete.

Los del cortejo fúnebre verán los buitres unos momentos solamente, alejándose luego; pero todos, siguiendo un turno fatal, volverán algún día, como el que ocupa ahora la camilla blanca. Su destino

religioso es desaparecer en los estómagos de estos pajarracos, que devoran familias enteras, el abuelo, el padre, el hijo, y mueren a su vez, dando vida a otras aves para que consuman los parsis que irán naciendo.

Me cuentan que ciertos mazdeístas jóvenes, cruelmente obsesionados por esta práctica mortuoria, han creado un partido que pide la cremación de los cadáveres como la realizan los indos; pero los más ricos e influyentes de su raza siguen fieles a las tradiciones de una religión que les hizo abandonar hace siglos la tierra madre, arrostrando peligros y dolores, y se niegan enérgicamente a dicha reforma.

Toda religión que transige se expone a morir. Por eso las Torres del Silencio seguirán existiendo, y sus gordos y repugnantes pensionistas no corren peligro por ahora de que una modificación de las costumbres les prive de su pasto.

En la rada de Bombay visitamos a Elefanta, la isla de los templos tallados en la roca. Hay que subir una ruda escalera para llegar al famoso subterráneo sagrado, vasta sala de granito sostenida por columnas macizas labradas en la misma piedra. Una luz suave se desliza por los agujeros de la montaña a través de la arboleda exterior.

Los muros están cincelados con la profusión del arte hinduista, repitiéndose los motivos indefinidamente. Aparte de estos relieves, quedan casi intactas varias esculturas religiosas: un Shiva gigantesco, con tiara monumental, teniendo apoyada en su pecho a Parvati, la más dulce de sus esposas; la triple figura de la Trimurti, Brahma creador, Visnú clemente, Shiva destructor, y en el lugar más sombrío la figura de Ganesa, el dios de la Sabiduría, con cara y trompa de elefante, al que rodean varios grupos de mujeres.

Otro templo más pequeño, cuya entrada tiene un cortinaje natural de lianas, está flanqueado por dos leones de piedra en hierático reposo. Dentro de él varias estatuas mutiladas guardan una expresión de vida intensa.

Para explicar los guías esta rotura de imágenes, dicen que fue obra de los portugueses acuartelados en la pequeña isla de Elefanta, cuando fundaron Bombay, por considerarla punto de mejor defensa que la tierra firme. Tal vez sea verdad que la pasión religiosa aconsejó a soldados ignorantes esta mutilación de ídolos, pero más verosímil parece que el tiempo y la desagregación natural de la roca han causado muchos de los actuales desperfectos.

Lo más asombroso en los templos de Elefanta es el colosal esfuerzo realizado por la arquitectura indostánica troglodita. En la época fabulosa de la India prefirieron los constructores perforar los edificios a levantarlos, convirtiendo las montañas en templos.

Elefanta y Ellora representan las dos obras más admirables de esta arquitectura realizada a golpes de piqueta. El templo de Ellora en el Nizam fue en su origen una sucesión de celdas abiertas por un pueblo de eremitas en el seno de la montaña. Estas células rocosas acabaron por ornarse con adornos escultóricos. Al sucederse las generaciones de faquires incansables, el excavador se convirtió en estatuario.

Durante siglos y siglos la roca fue roída, no dejándola más que el espesor preciso para murallas y tabiques, y finalmente se convirtió en un edificio como los que se levantan sobre cimientos. La montaña de Ellora, transformada de esta suerte por miles y miles de artistas pacientes, no tuvo al fin una pulgada de roca que no hubiese recibido la caricia del cincel, creándose infinitas muchedumbres de dioses y sirvientes celestiales. Hoy el templo es un monolito colosal, una montaña agujereada como

una colmena, y todas las celdas guardan en sus paredes la tenaz labor de incontables generaciones, que, con el pensamiento puesto en sus dioses, los hicieron vivir de nuevo sobre la piedra.

Esta arquitectura subterránea fue tal vez un resultado de la vida llena de aventuras y peligros que una naturaleza cruelmente virgen y hostilmente exuberante hizo sufrir a los primeros pobladores de la India. Los grandes desbordamientos de los ríos, el miedo a las bandas de tigres y a las serpientes gigantescas, la necesidad de mantenerse en lugar seguro y nutridos para no arrostrar las torturas del hambre, obligaron a muchas tribus a vivir al pie de cordilleras casi verticales. Y para dar forma material a su misticismo religioso perforaron la roca durante siglos y siglos, hasta que de santuario en santuario acabaron por salir a la luz, al otro lado del obstáculo, encontrando nuevas tierras, nuevos horizontes.

## Al partir de la India

Embarque en Bombay.—El error de Colón y los indios de América, que no son indios.—Los rajás, su decadencia y su lujo.—Una pieza de artillería, toda de oro.—Ansia de los indostánicos por las distinciones.—Sus innumerables castas.—La feroz hambre de la India. —Vegetarianismo excesivo del indígena.—Los valerosos sijs y el heroico rey de Lahore.—Volvemos a las comodidades occidentales.—El *Franconia* entra en el mar Rojo, que es intensamente azul.—Barcos de peregrinos a La Meca.—La lluvia invisible del mar Rojo y sus fosforescencias.

Estamos en la escalinata real del puerto de Bombay, esperando el vaporcito que ha de llevarnos al *Franconia*. Nuestro paquebote se halla a una distancia de dos millas. Lo vemos en el fondo de la extensa bahía con otros buques grandes de su mismo calado.

Bombay debe su nombre, según la tradición, a los navegantes portugueses, que lo llamaron *Bombahía* (Buena Bahía) por la amplitud de su pequeño mar casi cerrado. Pero los buques de nuestra época calan más que los galeones del siglo XVI, y la «Buena Bahía» no ofrece bastante fondo en sus orillas para los trasatlánticos que llegan de Europa y América.

Una bruma rojiza flota sobre las aguas amarillentas. Es semejante al vaho ardoroso que extrae el calor de los desiertos de arena. Vemos venir hacia nosotros por este mar de color fangoso el vaporcito esperado. Sólo nos quedan unos minutos de permanencia sobre el suelo de la India, y durante la corta espera se aglomeran en nuestra memoria impresiones recientes y anteriores, como una síntesis de la tierra que vamos a perder de vista.

A semejanza del Japón y la China, el nombre de este país sólo fue conocido en tiempos relativamente modernos por los trescientos millones de seres que lo pueblan. La India no es más que una expresión geográfica. Los pueblos antiguos de Europa le dieron este nombre por el Indus o Indo, río que le sirve de límite al oeste y sólo baña una parte extrema de su suelo. El Ganges o al Brahmaputra merecían más dicho honor, ya que sus aguas atraviesan el corazón del país.

Mientras los habitantes de la península indostánica ignoraban el nombre «India» dado a su tierra, exaltaba ésta durante varios siglos las imaginaciones en Europa. Sus soberanos eran el Preste Juan y otros personajes no menos fabulosos, poseedores de incalculables riquezas.

Colón, al navegar hacia occidente con una concepción errónea del verdadero tamaño de nuestro planeta, creyó haber llegado a la India tantas veces como tocó en las islas y costas de América, y a causa de ello los indígenas americanos fueron llamados indios desde el primer momento, e Indias Occidentales todas las tierras descubiertas por los conquistadores españoles.

Por un capricho de la historia, los indígenas americanos son ahora indios, y para evitar confusiones, a los nacidos en la verdadera India los llamamos unas veces indos y otras indostánicos, resultando lo último igualmente erróneo, pues el verdadero Indostán no es más que una parte de la mencionada península. Además, como los españoles llamaron a América Indias Occidentales, en plural, la India legítima se ha pluralizado igualmente en el lenguaje moderno, dándosele el título de Indias Orientales.

Ningún pueblo de Asia ofrece una mezcla tan extraordinaria de civilización avanzada y tradicionalismo milenario. Una parte considerable de la India está bajo el gobierno directo del virrey

inglés. Hay en ella provincias, como la de Bengala, con una superficie mucho más grande que la de las Islas Británicas y cuya población era hasta hace pocos años igual en número a la de los Estados Unidos. Este simple detalle basta para hacer ver la grandeza del mundo indostánico.

Otra parte de la India, la de los Estados indígenas, se halla regida en apariencia por las dinastías de sus antiguos príncipes, pero cada uno de ellos tiene a su lado un residente inglés que le aconseja en todos los asuntos y procede como verdadero gobernante.

Los rajás o príncipes soberanos se contentan con fingir una autoridad que no poseen y se consuelan de su decadencia llevando una vida suntuosa gracias a las enormes rentas que les proporcionan sus dominios. Los más poderosos mantienen ejércitos particulares cuyo número y calidad quedaron sometidos a la vigilancia de las autoridades inglesas luego de la sublevación de los cipayos, o sea, cuando la Compañía de las Indias dejó de gobernar y lord Canning organizó nuevamente el país como primer virrey.

Hacen los rajás de sus pequeños ejércitos un objeto de lujo y ostentación que les sirve para alardear de inmensas riquezas. En uno de los principados me enseñaron un cañón de campaña todo de oro, con las ruedas del mismo metal, así como los arneses de los cuatro caballos que tiran de él. Inútil es decir que el tal cañón no ha disparado jamás proyectil alguno.

No todos los príncipes de la India son ricos y poderosos. Apresurémonos a añadir que en la península indostánica existen nada menos que 690 estados indígenas con sus correspondientes soberanos. Los hay que reinan sobre una superficie de más de 200.000 kilómetros cuadrados, con 12 millones de habitantes, mientras otros rajás poseen solamente una o dos aldeas y no llegan a reunir mil súbditos.

Todos estos reyezuelos han olvidado la altivez y la independencia de sus antiguas familias, viviendo sometidos al virrey. Además, el gobierno británico los hace educar en Londres cuando son príncipes herederos, para que se amolden a las ideas y costumbres británicas.

Hoy los más de ellos se preocupan únicamente de obtener nuevos honores que los coloquen por encima de los príncipes vecinos.

Una de las mayores distinciones de los rajás consiste en el número de cañonazos que les corresponde por derecho cuando reciben salvas en las ceremonias públicas o en sus visitas al virrey. Recientemente, los grandes príncipes indígenas que ayudaron a Gran Bretaña en la última guerra, enviando a Europa los batallones de sus ejércitos particulares, han sido agraciados con dos o tres cañonazos más que pueden añadir a sus salvas honoríficas.

Este afán de alcanzar distinciones superiores a las del vecino caracteriza a todos los indostánicos, desde el rajá hasta el paria, y su consecuencia es la división en castas, tan antigua como la historia de la India.

Teóricamente existen cuatro castas que conoce el lector: la de los brahmanes, que puede llamarse intelectual y religiosa; la de los guerreros, la de los comerciantes y agricultores, que equivale a nuestra clase media; y la del populacho o de los parias, que engloba a todas las tribus vencidas. Pero en la vida corriente el número de castas resulta incontable, tan infinita es su variedad.

Se han subdividido las cuatro primitivas, seccionándose luego con una variedad interminable, según los oficios y las maneras de vivir. Todo indígena algo ambicioso forma un nuevo grupo dentro de su clase, para obtener de tal modo cierto prestigio que le coloque sobre los demás. Es una actividad semejante al interminable seccionamiento de la célula.

El indostánico de las ciudades del interior, cuando conoce a un funcionario inglés o se imagina que cualquier viajero es personaje importante en su país, le ruega inmediatamente que le proporcione un título, un simple papel autorizándolo a usar el nombre, por ejemplo, de «Luminar de la sabiduría», «Árbol de la prudencia», etc. Para él lo interesante es poder mostrar dicho diploma a sus amigos, considerándose gracias a esto por encima de ellos.

La abundancia de príncipes soberanos, la tendencia del pueblo a dividirse y subdividirse en nuevas castas, necesariamente hostiles, la ambición de imaginarias distinciones y los profundos odios religiosos impiden la existencia de una acción común y un pensamiento único en los trescientos millones de seres que pueblan la India, los cuales jamás, durante su historia milenaria, se mostraron un momento de acuerdo.

Otra impresión profunda que el viajero se lleva de este país de riquezas abrumadoras, tan desigualmente repartidas, es el hambre, la feroz hambre de la India.

Puede decirse que el indostánico es el único hombre de la tierra que ha realizado el milagro de vivir casi sin comer. Los japoneses comen mal, pero comen. En la China se han conocido grandes hambres y aún se repite esta calamidad en algunos de sus distritos, vastos como naciones. Pero cuando el chino encuentra la ocasión de comer, absorbe todo lo que halla a su alcance, hasta cosas para nosotros inmundas, sin que ningún escrúpulo religioso dificulte su hartazgo.

El hambre en la India es epidémica. Todos los años se ceba esta calamidad en algunos de sus territorios, destruyendo centenares de miles de seres.

Al pasar junto a una de las provincias azotadas por el hambre vi un campamento de esqueletos todavía vivientes. Sus piernas eran dos cañas apoyadas en el grueso de las rótulas; las aristas de su costillaje y de su cráneo se marcaban como filos de cuchillo en la flácida envoltura de una piel seca, sin vestigios de los antiguos rellenos vitales.

La autoridad británica aprisca a estos rebaños humanos que huyen del espectro amarillo del hambre; hace lo que puede por sustentarlos, pero muchas veces no puede nada, y cada veinticuatro horas mueren extenuados mujeres, niños y viejos, con la misma horrible profusión que si hubiese caído sobre ellos el cólera o la peste. Sin embargo, no hay gente en el mundo que cueste menos de alimentar; ¡pero son tantos y se reproducen con tan inagotable rapidez!

En las calles de Bombay, donde siempre hay grandes edificios en construcción, he observado a los albañiles cuando llega el mediodía y puestos en cuclillas comen su almuerzo. Éste consiste en unos cuantos cacahuets o un puñadito de arroz, que sostienen en la palma de su mano izquierda. Y para hacer durar el placer de la comida, el pobre indígena va tomando con los dedos su arroz, uno a uno, o pasea por su boca con lenta masticación el grano oleaginoso y tostado del maní.

Esto es todo. Su jornal suele consistir en varios *anas*, moneda que equivale a nuestras piezas de cobre. ¡Y si pudiese trabajar todos los días!... En la India nunca se halla en relación la abundancia de brazos con la demanda de trabajadores, y los más de éstos pasan varios días de la semana sin ocupación, lo que les obliga a reservar la mayor parte de su jornal, insuficiente muchas veces para las necesidades del día en que lo ganaron.

Desconocen los pueblos de Occidente una miseria como la del populacho de la India. Los pobres más pobres de nuestros campos, los mendigos más astrosos de nuestras ciudades, no podrían vivir una semana la sobria existencia del indostánico. Es demasiada hambre para un blanco. Pero estos

indígenas, amenazados por toda clase de enfermedades epidémicas, mordidos por los reptiles venenosos en sus pies desnudos, explotados eternamente por sus rajás, ignorados por las autoridades británicas y sin medios de subsistencia, insisten en vivir, se han acostumbrado al hambre, yendo en aumento su cantidad de centenares de millones... y todavía el escrúpulo religioso les prohíbe nutrirse con alimentos animales, condenándolos a un escaso vegetarianismo.

Tal vez sea el hambre la causa principal de que este pueblo haya vivido eternamente esclavo en el curso de su historia. El viajero Tavernier, al visitar en el siglo XVII la corte del Gran Mogol, después de haber admirado sus fabulosas alhajas, se fijó en la guardia del soberano, ricamente vestida. Los cuatrocientos mosqueteros y los lanceros que daban escolta al esplendoroso Shah Jahan le parecieron destinados a correr ante unas cuantas docenas de soldados de Europa.

Cuando presencié su comida en las dependencias del suntuoso palacio de Delhi, pudo explicarse tal flojedad. Un poco de arroz hervido era su alimento diario, y por su condición de musulmanes, osaban añadirle grasa caliente de vaca, pero con ridícula parquedad, hundiendo los dedos en una escudilla de dicho líquido antes de coger la bolita de arroz. Así se comprende que, pasado medio siglo, cayesen los persas sobre Delhi, quebrantando sin grandes esfuerzos al imperio de los Grandes Mogoles. Los guerreros de Tamerlán, que fundaron en la India el imperio turcomano, eran grandes devoradores de carne de yegua.

Luego de perderse la hegemonía de Delhi, los únicos guerreros indostánicos fueron los habitantes del Punjab, los sijs de Lahore, que prolongaron bajo nueva forma el poderío de los Grandes Mogoles.

Akbar «el Victorioso», a pesar de que era musulmán, intentó conciliar todas las religiones de la India, incluso el cristianismo y el judaísmo, dentro de una fórmula monoteísta más filosófica que religiosa. Un comerciante de Lahore, llamado Nanak, fundó después una religión semejante, la de los sijs o «discípulos». Esta secta, musulmana realmente tomó una organización militar, lo que era desconocido en la India, donde las numerosas divisiones del hinduismo y los devotos del budismo abominan de la guerra y todo derramamiento de sangre.

Los sijs, admirables soldados, crearon y sostuvieron un reino independiente en el Punjab, que se defendió de 1800 a 1839. La Compañía de las Indias tuvo que luchar mucho para someter al famoso rey de Lahore, que había nombrado generales de sus tropas a tres oficiales franceses procedentes del ejército de Napoleón.

Aún figuran los sijs como los mejores guerreros de la India, por no decir los únicos, y sus condiciones belicosas se deben tal vez a que prescinden del estricto vegetarianismo de los brahmanistas y comen carne; pero debe ser de cabra, respetando la vaca y el cerdo, como lo hacen sus compatriotas hinduistas y mahometanos.

Inglaterra trajo a Europa sus batallones durante la última guerra, y la administración militar se vio en grandes apuros para reunir todas las cabras exigidas por la manutención de tantos miles de sijs.

La llegada del vaporcito que va a llevarnos al *Franconia* interrumpe mis reflexiones. ¡Adiós a la India! Vamos a empezar dentro de media hora una vida completamente nueva.

Al poner el pie en la cubierta de nuestra ciudad flotante entraremos en plena civilización occidental, con sus refinamientos de higiene y bienestar.

Hemos pasado varios días sin beber agua pura. La botella de soda inglesa, las más de las veces recalentada por una atmósfera ardorosa, era lo único que podía apagar nuestra sed durante las

excursiones por unas tierras donde nunca se sabeciendo termina el cólera, la peste bubónica o la lepra, calamidades que fingen desaparecer y siguen ocultas hipócritamente para resucitar con ruidosa mortalidad.

Ya no tendremos que dormir en una banqueta de vagón, con las narices obstruidas y la garganta seca a causa de las mangas de polvo que entran por las ventanillas, forzosamente abiertas en un ambiente ardoroso. No más inquietud a la hora de acostarse viendo correr por los muros escorpiones o arañas enormes y temiendo que debajo de la cama esté oculta una de las *najas* que horas antes se balanceaban ante la escalinata del hotel. Nos esperan en el *Franconia* el hielo abundante y los ventiladores poderosos que ahuyentan el calor, el baño de agua purísima extraída de las profundidades oceánicas.

Vamos a ignorar durante una semana la existencia de la tierra suelta en la atmósfera, que mancha y asfixia. Nos abren los brazos para recibirnos la frescura y la limpieza.

Ya estamos en la ciudad blanca, toda blanca, de un blanco deslumbrador hasta en los lugares más secretos adonde vamos impulsados por groseras necesidades, que hacían dudar todas las mañanas al gran Alejandro de que realmente fuese dios, como decían sus aduladores. Nos liberamos al fin del majestuoso sillón agujereado y con brazos que aún conservan en la mayor parte de los hoteles ingleses de la India, con un indígena de gran turbante junto a la puerta dispuesto a retirar la entraña de loza apenas sale el cliente.

Cinco días se prolonga esta vida blanca, limpia, higiénica, sin otros olores que los de la ropa recién lavada y los ramilletes frescos colocados en las mesas del comedor. Marchamos con rapidez y al impulso de las máquinas se une el dulce empujón de un mar de popa que nos ayuda con el incansable y dulce asalto de sus olas. Pasan a lo lejos buques con rumbo opuesto al nuestro, luchando por abrirse paso a través de los muros azules que un mar de proa envía a su encuentro.

Una mañana vemos tierra a ambos lados del buque. Estamos en el mar Rojo. Por una ironía geográfica, es el mar más densamente azul que hemos encontrado en nuestro viaje. Su título de Rojo debieron inventarlo los egipcios que vivían al término de él, junto al istmo, a causa del desagüe del gran canal del Nilo. Como es un mar estrecho, bajo el cielo del Trópico y entre riberas que parecen arder por exceso de sol, sufre una gran evaporación, lo que concentra extraordinariamente la sal de sus aguas.

Entramos en uno de los dos canales que forma la isla volcánica de Perim, fortificada por los ingleses, la cual estrecha todavía más la boca angosta de este mar. Luego, a nuestra derecha, en la costa asiática, que es la del Yemen, vemos una ciudad árabe, toda blanca. Los minaretes de sus mezquitas cortan el cielo, intensamente azul, sin una nube, ascendiendo en rivalidad con una torre moderna de metal que debe de ser un faro. Estamos ante la famosa ciudad de Moca. Algún tiempo después vamos pasando junto a dos islotes altos y angostos, uno de los cuales tiene un faro en su cumbre. Ambos pitones se muestran agujereados como un panal; parecen enormes esponjas petrificadas; desde su cintura de espumas hasta su cúspide tienen el mismo aspecto de la piedra pómez. Los navegantes, por su proximidad y semejanza, los llaman «Los Dos Hermanos».

Nos cruzamos frecuentemente en este mar-callejón con grandes paquebotes que se dirigen a la India, Java o Australia. Van quedando detrás del *Franconia* dos vapores despintados y viejísimos, mendigos del mar, que se arrastran tosiendo humo por su asmática chimenea. Varios galeones de velamen oscuro, casco redondo, e incesante balanceo parecen acompañar a los vapores inválidos.



Estos buques árabes pertenecen al cabotaje del mar Rojo y pasan muchas veces en unas horas, con un simple cambio de vela, de los puertos de Asia a los puertos de África.

Los vetustos vapores llevan sus cubiertas repletas de gentío, como si transportasen rebaños humanos. Son peregrinaciones musulmanas procedentes de la India o de los puertos del África intertropical que van a visitar La Meca, desembarcando un poco más arriba de Port Sudán, donde bajaré yo mañana.

Estas peregrinaciones marítimas a La Meca y los veleros árabes dan al mar Rojo un aspecto extraordinariamente exótico para los viajeros que vienen de Europa. Un mundo nuevo empieza para ellos. Nosotros venimos de dar la vuelta a la tierra, nos acercamos al término del viaje y el mar Rojo nos parece algo ordinario que vimos muchas veces, como si estuviese unido a nuestro pasado. Es tal vez porque al final de este callejón marítimo está el Mediterráneo, toda la vida europea, que encontraremos en el término de unas semanas, y podríamos ver antes de cinco días si continuásemos marchando en línea recta.

La noche en el sur del mar Rojo, entre la costa africana y la de la Arabia Feliz, ofrece una novedad inolvidable. El brusco salto del calor solar a la frescura nocturna produce una evaporación extraordinaria. El ambiente está impregnado de olores de sal recalentada y de marisco. Grandes peces de luminosidad azul, como si estuviesen untados de fósforo, corren junto a la proa, rivalizando en velocidad con el buque. Luego quedan atrás, entrecruzándose en sus jugueteos caprichosos.

Va aumentando la evaporación según avanza la noche y moja las cubiertas lo mismo que una lluvia. La vasta plaza triangular de la proa brilla como un espejo; toldos y tabiques barnizados chorrean bajo el aguacero invisible.

Brillan las luces eléctricas envueltas en un halo de humedad, mientras encima de la chimenea y los mástiles parpadean los astros en un cielo ardoroso de verano.

Mañana estaremos entre la Arabia Pétreá y la costa del Sudán. Mañana pisaré el suelo de África.

## El País de los Aromas

Las tierras celestiales. —El triángulo de la protohistoria. —Civilización de los remotos himyaritas o sabeos. —Balkis o Makeda, la reina de Saba. —Cómo su hijo robó las Tablas de la Ley, llevándoselas de Jerusalén a la capital de Abisinia. Las leyendas del País de los Aromas. —Port Sudán. —Los vendedores de marfil. —«Vaya usted a Jartum». —Las calles de Port Sudán. —El ferrocarril del desierto. —Las primeras gacelas. —Aldeas sudanesas. —La biografía escrita en el rostro a cuchilladas. —Jartum la misteriosa.

Vamos a desembarcar en Port Sudán, y contemplo por última vez las costas que venimos siguiendo en los dos últimos días, desde que atravesamos el estrecho de Bab-el-Mandeb pasando junto a la isla de Perim, portería fortificada del mar Rojo.

Estas riberas del lado de Asia y de África pertenecieron al famoso País de los Aromas, tan admirado hace cincuenta siglos. Los egipcios le dieron también el título de «tierras celestiales» por sus ricos productos, y en otras ocasiones los navegantes faraónicos lo llamaron el Punt.

Las «tierras celestiales» son hoy costas ardorosas de piedra y arena, completamente áridas, con extensos bancos de coral, pero sin duda en una remota antigüedad fueron mejores sus condiciones climatológicas. Aparte de esto, las costas bajas, de asfixiante temperatura, sólo sirvieron para el embarque y desembarque de los navegantes que mantenían la comunicación entre las poblaciones de los dos macizos montañosos del mar Rojo: el de África, poblado por los himyaritas o sabeos en el Yemen o Arabia Feliz.

La ciencia histórica sabe poco del pasado de estos países, guiándose por conjeturas más que por realidades, pero no es aventurado creer que presenciaron una civilización floreciente, anterior a todas las europeas y tal vez a la misma egipcia, que algunos tienen por la más antigua de las conocidas.

Varios autores afirman que un centro activo de civilización se formó remotamente en la entrada del mar Rojo, sobre los grupos montañosos que se alzan en sus dos costas. Según ellos, los tiempos más antiguos de la historia humana pueden simbolizarse por medio de un triángulo ideal, cuyos puntos paralelos corresponden a Babilonia y Egipto, ocupando el ángulo inferior lo que hoy se llama «Arabia Feliz».

Cuando aún no existía el pueblo fenicio y ningún hombre había osado navegar sobre las aguas del Mediterráneo, gran número de mercaderes, terrestres y marítimos, traficaban siguiendo las tres líneas de dicho triángulo. Tal vez los primeros trueques comerciales e intelectuales de la protohistoria humana se realizaron en este «trípode» geográfico.

El país de los himyaritas producía las materias más preciosas de aquella época, las que representaban el mayor de los lujos, el incienso, otras gomas olorosas, y las especias que miles de años después hubo que buscar en Asia. La altura de las cordilleras y sus frecuentes brumas favorecieron dicho cultivo. Además, la industria humana creó pantanos para el riego, cuyos restos milenarios se encuentran aún en las montañas de Arabia.

Dichas obras se arruinaron con el tiempo, y nuevas generaciones, decadentes y faltas de libertad, carecieron de energía para rehacerlas. Esto, unido a un cambio de las condiciones climatéricas, borró la remota civilización de los himyaritas, convirtiéndose las antiguas plantaciones en arenales y

montañas escuetas. Todavía en Abisinia, y en las altas planicies de la Arabia Feliz subsiste un recuerdo de la antigua prosperidad con la abundancia de ganadería y campos cultivables, pero los terrenos profundos y ardientes entre estos dos macizos situados a orillas del mar Rojo no recuerdan en nada el famoso País de los Aromas.

Hace siglos que las dos riberas de este mar cayeron en un período de extrema regresión. Ya no producían aromas ni especias y los comerciantes, al buscar tales productos en la India, preferían traerlos por medio de caravanas a través del istmo de Suez, transporte más rápido no obstante sus dilaciones y peligros que el marítimo. Los navegantes del mar Rojo no osaban en los tiempos primitivos apartarse de las costas, anclando todas las noches, y un viaje a la India costaba dos o tres años. Sólo bajo la última dinastía faraónica descubrió uno de estos navegantes la periodicidad de los vientos monzones, que soplan durante seis meses en una dirección y seis meses en la opuesta, pudiendo lanzarse los buques a las travesías en alta mar, seguros de su llegada a la India y su regreso.

Actualmente, a pesar de hallarse tan próximas las dos costas del mar Rojo, sólo los barcos musulmanes realizan un tráfico insignificante entre los puertos moribundos de la orilla asiática y la orilla africana. Todo el movimiento de este mar es longitudinal desde Suez a Perim, y los miles de buques que pasan por ellos no se preocupan de las montañas de ambas riberas, que probablemente sirvieron de solar la primera civilización conocida. Tal vez de la costa asiática que se extiende hasta el golfo Pérsico y de la africana que va hasta el cabo Guardafui —llamado en otra época cabo de los Aromas— partieron agricultores himyaritas para colonizar de sur a norte las riberas del Nilo hasta la desembocadura en el Mediterráneo.

Poco se sabe de su pasado, pero muchos suponen que además de agricultores fueron mineros, explotando hace miles de años las famosas minas de oro del territorio de Sofala, cuyos productos buscó doce o quince siglos después el rey Salomón. No se conocen las ciudades que seguramente existieron del lado de la Arabia Feliz y en los montes africanos donde nace el Nilo Azul. Lo más antiguo que se ha descubierto de esta civilización desaparecida es la existencia de Hammurabi, conquistador y legislador surgido del pueblo himyaritas, y dicha existencia la conocen los arqueólogos por los textos cuneiformes de varias piedras tumulares encontradas en el país. Este caudillo del mar Rojo, avanzando por las orillas del golfo Pérsico, se enseñoreó de toda la Mesopotamia y acabó siendo dueño de Babilonia. La riqueza y el comercio de su país hicieron posible tal conquista.

Diez u once siglos después de él menciona la leyenda a la fastuosa reina de Saba. Sin duda, se llamó Saba la capital floreciente de los himyaritas, proporcionando a éstos su segundo título de sabeos. Todavía son llamados sabeos los adoradores de los astros que atribuyen al cielo una influencia planetaria sobre el destino de personas y ciudades. Esta astrología sabea fue una ciencia que los comerciantes himyaritas o de Saba esparcieron en la Antigüedad «de factoría en factoría, de oasis en oasis, de pueblo en pueblo, contribuyendo a dar un carácter casi sacerdotal a una nación de la Arabia Feliz poco conocida». El mundo de entonces admitió con facilidad que una alta potencia mágica debía corresponder lógicamente a la riqueza y los excelentes géneros vendidos por los hombres del mar Rojo.

La esplendorosa Balkis, nombre oriental de la reina de Saba, nació en dicho país, a un lado u otro del mar Rojo, pues la nación sabea ocupaba ambas costas. Como es sabido, Balkis visitó a Salomón atraída por su renombre y le «expuso varios problemas difíciles», como dice la Biblia, que el inteligente sultán del pueblo judío resolvió con facilidad.

Después de premiarle con el regalo de su cuerpo, volvió la reina de Saba a su tierra, dejándole un presente de «ciento veinte talentos de oro, gran abundancia de especias y no menos cantidad de piedras preciosas».

Esta visita de Balkis a Salomón ha sido recordada siempre en Arabia y Abisinia. Muchas familias creen descender del encuentro amoroso del rey de Judea con la reina del País de los Aromas, siendo la más principal de todas ellas la familia reinante en Abisinia.

El emperador o Negus de Abisinia se titula «rey de los reyes» por considerarse heredero directo de Salomón. Mi amigo el eminente escritor francés Hugues Le Roux pasó varios años de su juventud al lado de Menelik, victorioso emperador de Abisinia, y gracias a tal intimidad pudo conocer las tradiciones de su dinastía guardadas siempre en absoluto secreto.

Los abisinios no llaman Balkis a la reina de Saba, nombre usado por judíos y árabes, que adoptaron finalmente los pueblos de Europa. El nombre abisinio de la célebre reina es Makeda, y las crónicas imperiales cuentan que al volver a Saba tuvo un hijo de Salomón, llamado Baina-Lekhem, «el hijo del sabio». Cuando este príncipe de Etiopía legó a los veinte años, quiso conocer a su padre, y se encaminó a Jerusalén, llevando como identificación de su persona una sortija usada por su madre, recuerdo de amor que le había entregado el rey de Judea en el momento de su partida.

No necesitó Salomón examinar el anillo para reconocer a su hijo. Al ver entrar a éste en su palacio se levantó del trono, tendiéndole los brazos, y dijo a su corte.

—He aquí mi padre, el rey David, tal como era en su juventud. Ha resucitado entre los muertos para venir a visitarme.

Durante algunos meses se sucedieron grandes fiestas en Jerusalén, y el sabio monarca fue concediendo a su hijo toda clase de honores.

Mas en esto, un ángel se apareció en sueños varias noches al hijo de Makeda y a los principales etíopes de su séquito, ordenándoles que penetrasen en el Templo para robar las Tablas de la Ley, guardadas en el Arca Santa, y se las llevarasen a su país. Así lo hicieron; y cuando BainaL-ekhem volvió al lado de su madre con dicho objeto divino, los sabeos lo aclamaron llamándole «rey David», nombre que usó el resto de su vida.

De este modo pasaron las Tablas de la Ley a ser guardadas por los emperadores de Abisinia, descendientes de la reina de Saba, pero las ocultan y no quieren que sea conocida la existencia de tan valioso depósito, por miedo a que las roben los judíos.

Son los griegos los primeros autores que mencionan al País de los Aromas, pero llegaron a Egipto y conocieron el mar Rojo cuando ya habían terminado las dinastías faraónicas y el dominio del Nilo estaba en manos de los emperadores persas. Herodoto consagra a la deliciosa «tierra de los perfumes» una de sus *Historias*, afirmando que «esparce un olor divino». El país de Saba era abundante en gomas de rara virtud, como la mirra, el incienso y otras cuyo nombre no se ha podido identificar con los productos actuales. Además, daba el *kat*, hierba que se emplea como el café y embriaga lo mismo que el hachís.

Herodoto escuchó en Egipto todas las leyendas que los navegantes fenicios habían inventado sobre el País de los Aromas para asombro de sus oyentes, y que a su vez los mercaderes gustaban de difundir, con objeto de aumentar el precio de los productos de esta tierra lejana y que nuevos rivales no vinieran a abaratar su negocio. Pequeñas serpientes de cuerpo pintarrajeado y con alas volaban en

densas nubes alrededor de los árboles del incienso. Murciélagos feroces de grito estridente y uñas ponzoñosas defendían las plantaciones de canela. Pájaros gigantescos arrebataban a los hombres hasta las nubes, dejándolos caer como pasto dentro de sus nidos fabricados con varitas de cinamomo.

Venir al País de los Aromas era empresa temeraria. Una pintura egipcia representa el viaje de la flota del faraón al oloroso reino de Punt, viéndose en sus diversas escenas cómo las tripulaciones trasladan a las naves árboles de incienso metidos en cestas para replantarlos en su patria.

«Los marinos imaginativos del mar Rojo —dice Élisée Reclus— es casi seguro que navegaron hasta el golfo Pérsico y las costas de la India, creándose de este modo, en el curso de los siglos, una enorme ola de fábulas griegas, egipcias, asirias, iránias e indostánicas, que rodó por el inmenso espacio comprendido entre el desierto de Sahara y el desierto de Gobi, entre el Brahmaputra y el Guadalquivir, enriqueciéndose incesantemente con la facilidad inventiva de cada narrador, hasta que al fin tomó forma concreta bajo la pluma de los escribas árabes, formando la maravillosa colección de *Las mil y una noches* en la Arabia musulmana, el *Javidan Khirad* en la Persia y el *Panchatantra* en la India.»

Como todos los grandes trasatlánticos siguen longitudinalmente su navegación por el mar Rojo, la entrada del *Franconia* en Port Sudán causa una verdadera emoción en los habitantes de dicho puerto. Pocas veces han visto un buque de tan considerable tonelaje.

Port Sudán tiene unos treinta años de existencia, habiendo sido creado como punto de partida del ferrocarril estratégico que va a Jartum. Al penetrar en su plaza acuática vemos un pequeño vapor italiano que hace escala antes de llegar a la vecina Eritrea, colonia de Italia.

Nuestro paquebote, por un alarde maniobrero de su capitán, en vez de anclar en el centro del puerto, ya que sólo debe permanecer aquí un par de horas, consigue situarse pegado al muelle, lo que aumenta el asombro de las gentes del país. Parece más pequeño este nuevo puerto cuando la muralla de metal, con sus filas de ventanos redondos, queda junto al malecón como si continuase el suelo.

Casi todos los pasajeros siguen el viaje hasta Port Tewfik, en el canal de Suez, ansiosos de ver Egipto. Sólo unos cuantos descendemos aquí para internarnos en Sudán hasta la confluencia del Nilo Blanco y el Nilo Azul, atravesar luego el desierto de Nubia, salvando la línea de obstáculos fluviales que existen entre la sexta catarata y la segunda, y bajar el célebre río entre dicha catarata y la primera. De este modo llegaremos a Asuán, último límite para la mayoría de los visitantes de Egipto que suben el Nilo desde El Cairo, avanzando de norte a sur.

Abandonamos el *Franconia* en el mar Rojo, pero volveremos a encontrarlo en el puerto mediterráneo de Alejandría. Vamos ligeros de equipaje. Hemos de viajar en tren especial por el ferrocarril sudanés que construyó el gobierno británico y en vapores nilóticos del gobierno de Jartum, atravesando tres antiguas nacionalidades, el Sudán, la Nubia y el Egipto, este último en toda su longitud, desde su extrema frontera de Wadi Halfa, en el desierto nubio, hasta el delta.

Al pisar el muelle caemos en un mundo nuevo. Los cambios geográficos y étnicos son más bruscos en los viajes por mar que en los terrestres, donde el observador puede habituarse por gradaciones a las diferencias de personas, edificios y paisajes, entre una nación y otra. Más allá de los barracones del puerto veo arena, arena por todas parte, arena hasta la línea del horizonte: el desierto tal como parece en los cuadros, con raros grupos de palmeras macilentas. El calor es ardiente, punza la piel apenas nos alejamos de la tibia humedad del mar.

Hace siete días los indígenas que nos rodeaban eran indostánicos sonrientes, tímidos, bien

educados. Ahora nos vemos entre negros atléticos, de jeta bestial, con los miembros de ébano surcados por rayas profundas, cicatrices de bárbaras heridas. Llevan faldellines de fibras colorinescas y a modo de bastón se apoyan en una jabalina que puede servir de lanza.

Otros son beduinos de astroso albornoz, con una cuerda de pelo de camello atada a las sienes y la barba tan larga que parece un adorno postizo adherido al enjuto y picudo rostro. Estos musulmanes de tez pálida o rojiza recuerdan a los personajes de ciertas láminas en las ediciones románticas de la Sagrada Escritura. Todos ellos van horriblemente sucios y son al mismo tiempo bellamente majestuosos.

Algunos milicianos del país encargados de la policía del puerto llevan al cinto una bayoneta de cubo, reveladora de la antigüedad del fusil que dejaron en su cuartel. El uniforme de estos guerreros negros al servicio del gobernador del Sudán es de color caqui, como el de cualquier soldado inglés. Lo más original es su tocado, un turbante azul oscuro en forma de pan de azúcar, llevando delante, a guisa de escarapela, el sello dorado de Salomón.

Las damas que vienen en el buque y van a continuar su viaje a Suez han despertado antes de salir el sol, lanzándose a tierra atraídas por el pequeño mercado que acaban de instalar algunos beduinos. Todo lo que venden es de marfil: collares, pulseras, chapas de cepillo, peines, etc. Estamos en África y es difícil resistirse a la tentación de hacer compras en el país del marfil.

Veo cómo los artículos ofrecidos en los diversos puestos van disminuyendo con rapidez entre las manos ávidas de las pasajeras, especialmente los collares. Y estos «hijos del desierto», que no saben leer y abominan de otra intelectualidad que la de escuchar con la cabeza baja el recitado del Corán hecho por algún santón de negra túnica, conocen muy bien la existencia del dólar así como su importancia monetaria. Todo lo ofrecen en dólares y se niegan a admitir otro signo de cambio. Los collares de marfil son vendidos sin regateo a tres o cuatro dólares. Las americanas se entusiasman pensando en los regalos que podrán hacer a sus amigas cuando vuelvan a Nueva York. Precisamente ahora están de moda dichos collares.

Sigo contemplando la blancura inmaculada del marfil y aprecio mentalmente la cantidad de dicha materia invertida en los objetos que ofrecen estos vendedores. El contenido de sus cajas representa media docena de colmillos de elefante viejo, y bien sabido es la rareza creciente de este animal en África y el precioso valor de sus defensas, enviadas inmediatamente a Londres y otras plazas comerciales para la producción de obras artísticas que exigen marfil puro, sin falsificación alguna. Además, ¿en qué talleres fabrican estos indígenas tanto collar, tantos objetos de tocador, cuyo uso desconocen seguramente?... Pienso en el celuloide, en la caseína, en otras materias que desde hace años sirven para las enormes cantidades de falso marfil que usamos, sin preocuparnos de su legitimidad.

El *Franconia* empieza a separarse de la orilla. Todas las pasajeras asomadas a las cubiertas saludan a nuestro pequeño grupo, que parece en medio del muelle una cuadrilla de desterrados. Tal vez ofrecemos desde lo alto del buque un aspecto de prisioneros, a causa de los negros armados de lanzas y los beduinos con aspecto de ladrones que nos rodean. Algunas americanas agitan, como pañuelos, los manojos de collares que acaban de adquirir, alegres y orgullosas de su negocio.

Empiezan los vendedores a guardar el sobrante de sus géneros, considerando terminado el mercadillo. En buena regla comercial, creo llegado el momento de intervenir ofreciendo precios muy

rebajados, ya que sólo quedo yo como comprador. Pero negros y beduinos me contestan con desprecio. O venden en dólares y al mismo tipo que a las damas, o no venden. Y siguen guardando en las cajas sus preciosidades.

Ofendido por esta desdeñosa testarudez, suelto la verdad guardada hasta ahora. Todo su marfil es falso. ¿Dónde se encuentran elefantes en esta tierra? Hay que ir a buscarlos al centro del Sudán, y cada día son menos numerosos. Me huelen sus artículos a fabricación alemana remitida desde Hamburgo para que la ofrezcan los indígenas con el prestigio de un decorado exótico.

Mis afirmaciones escandalizan a los empleados del puerto, a los milicianos, a todos los curiosos de Port Sudán que han acudido para ver el *Franconia*. Se indignan como si oyesen un sacrilegio, como si atentase yo contra el honor del país. No hay quien dude de la legitimidad del marfil, cual si esto fuese un dogma, y cuando vuelvo a preguntar dónde están las fábricas, uno que va vestido a la europea, con casco blanco, interpreta el pensamiento de sus convecinos diciendo con una voz autoritaria que no admite réplica:

—Aquí no hay fábricas de objetos de marfil; pero cuando llegue usted a Jartum las verá a docenas, y le enseñarán, además, verdaderas montañas de colmillos.

Se alejan los mercaderes con sus cajas, y yo debo seguir a mis compañeros de viaje, que se dirigen a la población de Port Sudán, situada al final del puerto. Cruzamos éste en una lancha para descansar en el hotel hasta las diez de la mañana, hora de la salida de nuestro tren para Jartum.

La ciudad es un arenal con edificios esparcidos. Desembarcamos frente a la casa del gobernador, única construcción de dos pisos, que tiene ante su puerta una batería de piezas de campaña. La calle consiste en un entarimado de tres metros de anchura, y gracias a él nos librarnos de hundir los pies en la arena. En esta avenida de tablones nos cruzamos con varios oficiales italianos y otros pasajeros de igual nacionalidad que vuelven al vapor para continuar su viaje a la próxima Eritrea.

Cerca del hotel vamos pasando entre dos filas de presos negros, vestidos de gris, con una cadena del pie a la cintura, que acarrean a hombros grandes vasijas de agua. Un miliciano de rostro simiesco, carabina corta y mitra negra de persa con el sello de Salomón basta para vigilar esta doble hilera de veinticinco o treinta presidiarios. En la puerta del hotel, algunos marineros árabes nos ofrecen hermosos peces de color de plata, casi tan grandes como sus congéneres de brillo fosfórico que han corrido dos noches junto a la proa de nuestro vapor.

Visitamos con rápida curiosidad las calles de Port Sudán habitadas por los indígenas. Como el terreno debe de costar muy poco, estas calles merecen por su anchura el título de plazas estiradas. De un edificio a otro puede soplar el viento libremente, arremolinando la arena del suelo. Muchas casas parecen de piedra, pero vistas de cerca, sus bloques resultan de coral. Todas son con soportales y la mayor parte están ocupadas por cafés.

No se comprende cómo tienen dinero para pagar sus clientes de sucio alquicel, careciendo este país de campos y rebaños. Deben de vivir todos ellos del tráfico del puerto o del comercio de las caravanas. Algunas puertas empavesadas con trapos de abigarrados colorines revelan la existencia de bazares indígenas. Las mujeres usan mantos rojos, y a pesar de ser musulmanas, llevan el rostro descubierto, con joyas bárbaras de cobre en la frente, las orejas y la nariz.

Después de vagar por las tres o cuatro calles de la pequeña ciudad, nos encontramos en el campo. Arena por todos lados, el desierto con algunos grupos de plantas espinosas. Los camellos, hundidos en dichos matorrales, rumian trabajosamente, con el cuello muy estirado. Blanquean sobre el suelo

huesos esparcidos, costillares curvos como aros de tonel, todo lo que resta del esqueleto de una de estas bestias.

Cambia un poco el paisaje al alejarnos de Port Sudán. Los ingleses tuvieron que construir la población en esta llanura arenosa para aprovechar un puerto natural. En las costas del mar Rojo abundan los arrecifes coralinos, son frecuentes los naufragios cuando se navega cerca de la orilla, y la existencia de un buen puerto resulta inapreciable.

Vemos desde el tren cauces de ríos completamente secos y muy anchos. Sólo deben de estar llenos unas cuantas horas durante el año, cuando llueve en las montañas de Abisinia y el agua que no recoge el Nilo Azul corre hacia el mar por caminos supletorios. Estos cauces tienen una arena más fina, más próxima a la textura de la tierra vegetal. A trechos surgen de sus entrañas plantas de un verde más claro y jugoso que el polvoriento de los matorrales.

Junto a esta vegetación extraordinaria y tentadoramente comestible descubrimos unos venados de formas esbeltas, ligeros en sus movimientos, con patitas largas sutiles como agujas, que, al galopar, tienen la vertiginosa actividad de un volante o una rueda de maquinaria. Son las primeras gacelas que encontramos en este país donde tanto abundan.

Pasa el tren ante varias aldeas rodeadas de árboles. En todas se adivina la presencia invisible de algún exiguo curso de agua. Hay rectángulos de verdura, pequeños campos de plantas comestibles, junto a chozas de techo cónico, que me recuerdan los ranchos de algunos países de América del Sur.

En las estaciones donde hacemos alto para que la locomotora tome agua, apreciamos de cerca el aspecto de los sudaneses. Hombres y muchachos ostentan un puñal corvo atravesado en la cintura y un garrote de madera blanca en su diestra. La especialidad de estas gentes es que varones, mujeres y niños llevan todos la cara surcada de tajos en forma de letras misteriosas o de jeroglíficos.

Sus padres les hicieron estas heridas en su infancia. Son las marcas de la tribu, del pueblo, de la tradición familiar. Un sudanés se consideraría abandonado sin esta historia escrita en su rostro para siempre.

Visten túnica blanca, que ondea detrás de ellos con el aire que levanta su marcha, y ciertos jóvenes de porte audaz, satisfechos de su persona, indudablemente los elegantes del país, llevan colgando sobre el cogote una melena dividida en numerosos tirabuzones.

Permanecen las camellas inmóviles en los campos, rodeadas de sus pequeñuelos, que inician sus primeros galopes con grotesca violencia. Los niños, que sólo ven pasar el tren tres veces en el curso de la semana, regocijados por este convoy extraordinario, todo de vagones lujosos y con un comedor a la cola, desean prolongar su examen, y cuando parte de la estación trotan junto a él, siguiendo el borde de la vía, sin perder terreno, revelando la solidez de sus pulmones, hasta que al fin empiezan a quedar rezagados.

La gente sudanesa parece poco habituada al uso del metal. No conocen otro que el de sus armas. Sus instrumentos agrícolas son de madera dura, como en tiempo de los faraones. Las joyas de mujeres y hombres consisten en collares de pelo de camello trenzado con piedras azules. Los tejidos que usan son igualmente de pelo de camello.

Vamos entrando en el enorme reino —todo el continente africano— de esta bestia ruda y útil, que sirve de navío en los mares de arena, da con su leche la única alimentación animal que ordinariamente conocen estas gentes, y con su pelo y su piel sustenta la rudimentaria industria del país.



A nuestra izquierda, por la parte del mar Rojo, vemos un grupo de montañas de diversos colores, bermejas, pardas o muy negras, como si las hubiesen quemado recientemente. Se inicia el crepúsculo sobre sus cumbres. Algunas nubecillas reflejan los últimos resplandores del sol, que se hunden al otro lado de nuestro vagón, en el horizonte rectilíneo de una llanura monótona.

Dormiremos en el tren, rodando sobre una línea férrea que nunca hubiese existido de no ocurrir la famosa sublevación del Mahdí y la toma de Jartum por los fanáticos de este profeta. Necesitó Inglaterra construir esta línea estratégica para dominar sólidamente el Sudán y afirmarse en la confluencia de los dos Nilos, el Azul y el Blanco.

Mañana estaré en Jartum, viendo realizada una de las mayores ilusiones de mi viaje.

Todos hemos tenido en nuestra juventud una ciudad predilecta y misteriosa, que nos interesaba extraordinariamente por lo mismo que estábamos seguros de que jamás iríamos a ella

Para mí, antes de los veinte años, esta ciudad fue Jartum.

## Nilo Blanco y Nilo Azul

Mohamed Alí, tirano progresivo, y su civilización violenta.—Fundación de Jartum.—Aparece el Mahdí.—La guerra de los derviches.—El novelesco general Gordon—Famoso sitio de Jartum.—El ferrocarril estratégico desde Port Sudán que venció al Califa.—Mis recuerdos juveniles de la época de Gordon.—Ruinas de Meroe.—Los etíopes agrupados en las estaciones.—Van pasando caravanas.—El asno y el camello.—En Jartum.—Hombres con camisa de mujer.—Yates alquilados para cazar hipopótamos y leones en el Nilo Blanco.—Otra vez el marfil.—«Vaya usted a Omdurmán».—Los coptos.—El Nilo Azul en la noche.—La fresca canción del agua.

Cuando las tropas de la primera República francesa tuvieron que abandonar Egipto después de la huida de Bonaparte y del asesinato de Kléber, quedaron frente a frente disputándose la posesión del país los mamelucos, especie de guerreros feudales, a los que habían batido los franceses, y los caudillos del sultán de Turquía, poseedor de esta tierra desde siglos antes.

Entre los jefes secundarios del ejército turco figuraba un macedonio, un griego musulmán, llamado Mohamed Alí, coronel de mil albaneses. El general del ejército turco intentó matarlo por creerle autor de una de sus derrotas, y Mohamed Alí pasó al lado de los mamelucos, batiendo a sus antiguos amigos en todos los combates.

Dotado de raras condiciones de militar y de gobernante, se apoderó en poco tiempo de Egipto, expulsando a los turcos y suprimiendo a los mamelucos, sus nuevos compañeros. Al quedar solo, fue señor absoluto de todo el país, como cualquiera de los faraones de las dinastías más gloriosas. Por intervención de Inglaterra y otras potencias, se allanó a pagar al emperador de Turquía un tributo en señal de vasallaje, pero aparte de ello dispuso del valle nilótico como un soberano independiente.

Este Mohamed Alí, fundador de la dinastía que aún gobierna Egipto en la actualidad, es el personaje más eminente que produjo dicho país en el pasado siglo. Quiso sacar al pueblo de su apatía secular, creó un ejército y una flota, intentó instruir al *fellah* y hacer de él un europeo, mejoró la agricultura, abrió escuelas, creó industrias nacionales, trajo de Europa numerosos instructores y maestros. Muchas de sus creaciones perecieron poco después, como ocurre casi siempre con las obras rápidas de precipitada ejecución. Pretendió en unos cuantos años resarcir a su país de un quietismo de veinte siglos. Pero de todos modos su impulso violento sirvió para despertar a Egipto, y aún subsiste una mínima parte de las fundaciones de este dictador que difundía el progreso a golpes.

Una vez dueño del Nilo clásico, quiso extender sus conquistas por la Nubia y el Sudán. Como Egipto es una creación del Nilo, procuró, lo mismo que muchos faraones, someter a su gobierno las remotas fuentes de la gran vía acuática nutridora del país.

Su hijo Ismaíl Pachá, en 1820, avanzó por las riberas nilóticas de la Nubia y la parte del Sudán llamada Etiopía Baja, conquistando todas las tierras comprendidas entre la primera y la sexta catarata hasta llegar a la confluencia del Nilo Blanco y el Nilo Azul. En este cruzamiento, que es donde verdaderamente empieza el Nilo sin sobrenombre, encontró un pequeño grupo de cabañas, llamado Ras-el-Jartum, y dos años después Jartum (en árabe «Trompa de Elefante») se transformó en una ciudad fortificada, capital del Sudán. Bajo el reinado de Mohamed Alí y sus inmediatos descendientes continuó el desarrollo de Jartum a causa de su posición geográfica, hasta convertirse en un importante centro comercial.

La autoridad egipcia sólo se hacía sentir desde El Cairo, a 2700 kilómetros de distancia, por medio de gobernadores cuya firmeza y conducta moral dejaban mucho que desear. Todos ellos se enriquecían con el tráfico de esclavos, realizado descaradamente a pesar de las reclamaciones formuladas por los diplomáticos extranjeros residentes en Egipto.

En 1881, habitaba la isla de Aba sobre el Nilo un sudanés de origen humilde, un tal Mohamed Ahmed, de cuarenta y siete años, doméstico en su juventud de un médico francés al servicio del gobierno egipcio. Este Mohamed Ahmed empezó a gozar entre sus correligionarios de gran reputación de santidad. Todos los indígenas, al descender o remontar el Nilo, se detenían en la isla para entregar ofrendas al milagroso derviche y escuchar su palabra.

Cuando juzgó suficientemente numerosa su corte de fanáticos, se declaró Mahdí, título que significa «el Dirigido». Según la tradición musulmana, el Mahdí es un enviado de Dios, dirigido por él, que debe venir algún día, pues así lo anunció el mismo Mahoma, para completar la obra del Profeta, regenerar el islamismo y someter el mundo entero a la media luna. Los discípulos predilectos del Mahdí y los que después le sirvieron como lugartenientes se llamaron derviches, indicando de tal modo el carácter religioso de su campaña.

Como la isla de Aba empezaba a ser un centro de agitación para el Sudán, el gobernador egipcio de Jartum resolvió prender al santo personaje y enviarlo a El Cairo a disposición de su gobierno. Para esto expidió doscientos cincuenta soldados de un regimiento negro, con dos cañones, dando a su jefe la orden de capturar al profeta por sorpresa o a viva fuerza. Los negros desembarcaron en Aba, inquietos y temerosos a causa del carácter sagrado del Mahdí. Los más de ellos sabían por los sudaneses que bastaba una palabra suya para que la pólvora se convirtiese en agua. Cuando estos soldados temblorosos se presentaron ante la vivienda del santo derviche, los fanáticos cayeron sobre la tropa egipcia, matando una tercera parte, mientras el resto se embarcaba en desorden y a toda prisa para llevar a Jartum la noticia de su derrota.

El efecto moral de este primer triunfo fue inmenso en todo el Sudán, apreciándolo las gentes como un milagro indiscutible. Pero el profeta no quiso aguardar sus homenajes y abandonó la isla de Aba para refugiarse en los bosques del Kordofán, afluyendo a él sectarios de todos los territorios cercanos. En poco tiempo se vio al frente de una horda de muchos miles de guerreros, y como a la vez se desarrollaba en Egipto la revuelta nacionalista del coronel Arabí Pachá contra la influencia extranjera, el gobierno egipcio no pudo reprimir inmediatamente la insurrección de los derviches.

Al fin la insistencia de los representantes de Inglaterra consiguió que Egipto enviase un ejército de 12.000 hombres contra el Mahdí, mandado por un jefe británico a su servicio. La muchedumbre sudanesa, armada solamente de lanzas y azagayas, pero enardecida por la temeridad del musulmán fanático que desea morir para verse en el paraíso ofrecido por el Profeta, arrolló al ejército anglo-egipcio a pesar de sus cañones y fusiles, aplastándolo completamente. Luego el Mahdí derrotó otras dos columnas egipcias, apoderándose de la mayor parte del Sudán, hasta cortar las comunicaciones entre Jartum y el mar Rojo, o sea el camino que seguimos nosotros ahora en ferrocarril.

Así empezó en 1883 el sitio de Jartum, episodio que durante un año preocupó a todas las naciones, con inquietudes semejantes a las inspiradas por la suerte de Port-Arthur durante la guerra ruso-japonesa, o la de Verdún en la gran guerra europea.

Un personaje de raza blanca, tan interesante y novelesco como el Mahdí, se irguió de pronto frente al sitiador. Inglaterra tuvo en la segunda mitad del siglo XIX una especie de cruzado de la colonización

británica: el general Charles George Gordon. Sus compatriotas, orgullosos de su gloria, lo consideraban al mismo tiempo un tipo exótico, llamándole comúnmente Gordon «el Chino» o Gordon Pachá.

Había mandado el ejército chino en 1870 para combatir a los enemigos del Imperio, llamados Taiping o «revoltosos de los cabellos largos». Con unos cuantos europeos reorganizó las tropas chinas, salvó a Shanghai y acabó por vencer a los insurrectos. Era un personaje algo místico, que tenía gran confianza en su influencia espiritual. En realidad, su energía serena le proporcionaba un gran ascendiente sobre las razas inferiores. Hacía la guerra sin armas, con un simple bastoncito en la diestra, pero marchaba a la cabeza de sus soldados cuando éstos cargaban a la bayoneta, colocándose el primero en los lugares de mayor peligro. Los chinos estaban convencidos de que ninguna bala podía tocarle. Después de salvar a la dinastía manchú no quiso ser más tiempo generalísimo de su ejército y regresó a Inglaterra como simple teniente coronel.

En 1874 entró al servicio de Egipto y fue nombrado gobernador del África ecuatorial, extendiendo las fronteras egipcias considerablemente. Cinco años después presentó la dimisión por divergencias con Tewfik, el nuevo jedive, pasando a la India, donde obtuvo el grado de mayor general.

Al quedar sitiado Jartum, el gobierno de El Cairo pensó en él. Los soldados egipcios lo adoraban como un guerrero sobrenatural, lo mismo que los chinos. Era el único caudillo capaz de batir a un personaje milagroso como el Mahdí.

Gordon volvió a Egipto, iniciando su campaña con una decisión novelesca que sólo él podía adoptar. En vez de pedir que le diesen tropas, montó en un camello, y sin otro séquito que un guía, emprendió la marcha desde la costa del mar Rojo, deslizándose entre las hordas del Mahdí hasta penetrar en Jartum.

Se asombró el mundo al ver cómo este hombre, completamente solo, iba a encerrarse en una ciudad que todos veían próxima a rendirse. Durante trescientos diecisiete días se defendió Jartum, y la atención de Europa estuvo pendiente de la suerte de esta capital, desconocida hasta poco antes, que todos buscaban en el mapa. La energía mística de Gordon, su fe en las influencias sobrenaturales, parecían haber contagiado a gran parte de la tierra. Además, como en aquel momento no ocurría ningún suceso más importante, la atención general se concentró en la lejanísima ciudad, interesándose todos por la suerte de este guerrero de leyenda, convencido de que luchaba por la civilización.

Esto ocurrió entre 1884 y 1885, cuando era yo estudiante. Todas las mañanas repetíamos en la Universidad las mismas preguntas que en aquel momento formulaba el resto de Europa:

—¿Qué dicen los diarios?... ¿Qué se sabe de Gordon?... ¿Continúa defendiéndose?...

Cerca de un año duró esta inquietud. Al fin, los mahdistas penetraron en Jartum aprovechando la traición de ciertos correligionarios suyos residentes en ella, y Gordon fue hecho pedazos por los fanáticos ante la puerta de su palacio de gobernador, donde los esperaba con intrépida serenidad.

Como Jartum era para el Mahdí la ciudad de la abominación, después de saquearla ordenó que destruyesen sus edificios y trasladaran los escombros a la vecina población de Omdurmán, creada durante el sitio. También se llevaron cautivos a los habitantes que no habían sido asesinados, familias de ingleses, austriacos y otros europeos al servicio del gobierno egipcio o de griegos e italianos que monopolizaban el comercio de dicha plaza.

Murió el Mahdí a los cinco meses de su victoria; hubo una corta guerra civil entre sus principales

discípulos, y al fin tomó el título de califa su teniente Abdulah, quien intentó dar carácter de nación a las hordas de Nubia, Sudán y el África ecuatorial, atraídas al sitio de la metrópoli sudanesa como a una peregrinación guerrera. Este gobierno de los derviches triunfantes duró quince años.

Inglaterra, para salvar a Gordon, había enviado un ejército anglo-egipcio al mando de lord Wolseley, pero cuando éste, a costa de penosos esfuerzos, pudo llegar a las cercanías de Jartum, la ciudad ya no existía, Gordon había muerto, y consideró prudente retirarse, temiendo una gran derrota.

El Sudán fue abandonado a sus destinos después de este fracaso, e Inglaterra pensó únicamente en los asuntos del verdadero Egipto. Sólo en 1899 consiguió su reconquista un ejército anglo-egipcio, del cual era *sirdar* o generalísimo lord Kitchener, el mismo que figuró en la guerra europea y pereció en el mar del Norte por haber sido torpedeado el buque que le llevaba a Rusia.

Avanzar contra los derviches siguiendo el Nilo aguas arriba, como lo había intentado lord Wolseley, resultaba difícil y peligroso como operación única. Pero Inglaterra construyó este ferrocarril en el que viajo ahora, y pudo enviar desde el mar Rojo otro ejército para que batiese el flanco a los derviches. Así logró apoderarse del Sudán, que ya no fue provincia egipcia, pasando a figurar como posesión británica.

Cuando despierto en el vagón-dormitorio recuerdo al Mahdí y a Gordon, personajes históricos de mi juventud, que inspiraron a los de mi época el mismo interés que si fuesen héroes de novela. Nunca se me ocurrió entonces la posibilidad de ver algún día directamente este país tantas veces contemplado en las publicaciones ilustradas de aquel tiempo. ¿Por qué motivo iba yo a conocer Jartum? ¿Cómo llegas a un sitio tan apartado de mi país, tan al margen de los viajes corrientes que realizan la mayoría de los europeos?... Y sin embargo, antes de que se ponga el sol estaré en la misteriosa ciudad africana que imaginé tantas veces como algo exótico y quimérico.

Voy notando desde la ventanilla de mi compartimiento que el paisaje matinal, aunque no es fértil, revela en su vegetación áspera y compacta la existencia de cierta humedad. Nuestro tren ha cambiado de rumbo, y en vez de ir de este a oeste cruzando el desierto, como lo hizo durante la noche, rueda de norte a sur, paralelo al Nilo, con dirección a Jartum.

Nos mantenemos a cierta distancia del gran río. Algunas veces nos aproximamos a él. Es una enorme faja verde con peñascos de basalto orlados de espuma, entre los cuales hierven los rápidos, formando pequeñas cascadas. Estamos en el Nilo de las famosas cataratas, entre la segunda y la sexta, donde resulta imposible una larga navegación. Pero estas visiones fluviales son casi instantáneas. Unas veces el río se aleja, otras es el ferrocarril el que se aparta, interponiéndose entre ambos una cadena de dunas o barreras de espinosa vegetación.

Surgen por el este pequeñas montañas de asombrosa regularidad en sus aristas y superficies. Necesitamos que un empleado del tren nos afirme que dichas montañas son una ciudad en ruinas. Desorientados por los espejismos y el exceso de luz de estas tierras desiertas, nuestros ojos sufren continuos errores.

La ciudad es Meroe, capital de reino durante varios siglos, período que puede llamarse corto en relación con los miles de años de la historia egipcia. Este reino de Meroe fue teocrático. El monarca, creado por los sacerdotes, debía obedecerles ciegamente. Vemos pirámides, columnatas de templos, esfinges medio sumidas en la arena, los restos de una metrópoli, iguales a las ruinas del Bajo Egipto tantas veces contempladas en los libros.

Consideramos inaudito que el tren no se detenga en Meroe para ponernos en contacto con esta

primera muestra del Egipto clásico. Semanas después, al conocer los monumentos del Nilo Bajo, tan explorados y estudiados, comprendemos dicha preterición. No existe ningún pueblo junto a la ciudad muerta: sólo el desierto en torno a sus ruinas. Estos monumentos cubiertos de arena empiezan a ser excavados y los sabios que los estudian se hallan aún al principio de sus investigaciones.

Perdemos de vista las ruinas gigantescas de Meroe. En las aldeas sudanesas donde nos detenemos después se nota la influencia de esta vecindad histórica. Junto a las estaciones se alzan casas de adobes que tienen forma de pilón, o sea, de pirámide truncada. Algunas de ellas ostentan en sus fachadas columnas de barro, cortas y gruesas, semejantes a las de granito en los templos faraónicos. Las mujeres usan mantos de azul añil y las niñas van peinadas en menudas trencitas que les caen a ambos lados del rostro, como las antiguas egipcias.

Veo algunas viejas picudas, que tienen epidermis de cuero hondamente arrugado y ojos mates y malignos, lo mismo que si fuesen momias vivientes. Algunas recuerdan la cara de Ramsés II dentro de su ataúd de cristal en el Museo de El Cairo. A la sombra de la estación hay siempre algún derviche de manto negro y turbante verde que lee el Corán y tiene acurrucado ante sus pies un semicírculo de silenciosos oyentes. Estos sacerdotes de mirada hostil nos hacen pensar en el Mahdí.

La mayor parte de la gente que se agolpa en las estaciones, atraída por el paso de un tren especial, es negra, intensamente negra. Estamos en la Baja Etiopía, país de los famosos esclavos. Muchos pequeñuelos van desnudos por completo, con un botón saliente en mitad de la barriga y otro más prolongado que cuelga al final de ésta. Todos tienen un rostro tan graciosamente feo, que es imposible mirarlo sin reír. Sólo una minoría de etíopes son cobrizos, mejor dicho, de una palidez sucia, que les hizo denominarse «rojos».

Siempre se dividió la humanidad que habita junto al Nilo en estos dos grupos, desde hace miles de años: hombres negros y hombres rojos. Lo de «rojos» fue un eufemismo, una exageración, para distanciarse de los negros. En realidad son de bronce, y sin embargo es posible que el título de mar Rojo dado al más azul de los mares se deba a que los habitantes de sus costas se llamaron «hombres rojos».

Entre las estaciones vemos marchar por una pista cercana al tren las primeras caravanas de camellos. Cada uno de dichos animales lleva dos fardos a ambos lados de su giba, y tiene atado el hocico por una cuerda sutil al rabo del precedente. De este modo, en las caravanas cortas, el único conductor, marchando delante, no teme que le roben un camello o que retarde su paso, acabando por extraviarse.

Casi siempre, en estas caravanas modestas, el dueño abre la marcha montado en un asno. Esto parece atentar contra las leyes de lo pintoresco, pero así es. El arriero del Sudán no se preocupa de poetizar el paisaje; busca su comodidad, y «los navíos del desierto», con las violentas ondulaciones de su espinazo, acaban por marear a los jinetes novicios y fatigan hasta a los más acostumbrados a tal medio de locomoción. Además, los que acarrear mercancías a través del desierto nubio prefieren montar en burro, pues esto les permite apearse con más facilidad para atender a la vigilancia de su caravana.

Debo añadir que el camello, tan difundido en África, no es africano. El viejo Egipto sólo lo conoció importado de Asia, en las últimas dinastías faraónicas. En cambio, el asno es del Sudán, y de esta tierra lo tomó Egipto, siendo durante miles de años el fiel compañero del *fellah*. Según las

tradiciones etíopes, la hermosa reina de Saba montaba habitualmente en asno.

Volvemos a ver colinas rojas y puntiagudas, sucediéndose en el horizonte como pirámides. Pero ahora son simplemente colinas. En esta tierra de continuos espejismos, sol rojizo y arena reverberante, se acaba por no distinguir las obras de la Naturaleza y las del hombre. Todo tiene el mismo color o idénticas líneas. Atravesamos campos cultivados, en los que trabajan mujeres con la cabellera aceitosa partida en trencitas faraónicas y hombres sin más traje que una larga camisa blanca y solideo del mismo color. Estas plantaciones de algodón las riegan los canales de un río que se deja ver unos instantes, desaparece y vuelve a mostrarse más lejos. No es el Nilo grande que hemos entrevisto durante la mañana; se llama el Atbara, y desciende de los montes de Abisinia, como un hijo emancipado del Nilo Azul.

Son las dos de la tarde. Llevamos ya veintiocho horas de viaje. Debemos de estar cerca de su término. Los algodonaes han desaparecido. Rodamos nuevamente sobre la aridez del desierto. De pronto vemos la arboleda de un gran oasis, casas en forma de cubo o de blocao que se levantan en los límites del interminable arenal, luego un río anchísimo con una flota anclada de veleros, todos de forma arcaica, y vaporcitos que son casas flotantes partidas por dos o tres balconajes. En la orilla opuesta de este río hay paseos umbrosos, pequeños palacios rodeados de jardines, todo verde, todo fresco, extremándose verdura y humedad por el rudo contraste con el desierto que se extiende como un mar amarillo en torno al oasis. Ya estamos en Jartum.

El cochero que nos conduce al hotel lleva por todo indumento una camisa blanca hasta los pies y un turbante. La cara la tiene cubierta de tajos reveladores de su origen. En el brazo derecho ostenta un brazalete de cuero con dos cartuchos que contienen oraciones del Corán. Este es el traje de los sudaneses más elegantes, y parecido lo vamos a ver, Nilo abajo, a lo largo del Egipto.

Todo hombre nilótico es un varón con camisa de mujer. Si quiere añadir tela a su sencilla vestimenta la arrolla en torno a su cabeza, para aumentar el volumen del turbante. Cuando sopla el huracán, levantando trombas del suelo, las viajeras pudibundas tienen que cubrirse los ojos, no por la arena precisamente, sino por la ligereza de las camisas masculinas, que se hinchan y remontan, haciendo ver que los egipcios actuales ni siquiera usan vendajes como las momias.

Jartum es de ayer. La arrasó el Mahdí, como ya dije, utilizando los escombros aprovechables en su ciudad de Omdurmán. El gobernador inglés goza de amplia autonomía, y las distintas personalidades que han ocupado dicho gobierno procuraron embellecer la reciente capital con nuevos edificios. Hay numerosos centros de enseñanza, oficinas públicas, cuarteles, rodeados siempre de jardines, junto a calles de frondosa arboleda. El agua es abundante y activa los progresos de esta vegetación excitada a la vez por la humedad de sus raíces y el ardor de la luz que barniza sus hojas.

Muchos edificios públicos llevan el nombre de Gordon. En el centro de la ciudad se alza el monumento del héroe, estatua original, única tal vez en el mundo. Gordon se muestra jinete en un camello, que es el caballo de guerra de los sudaneses. A pesar del cuello largo y la giba de dicha montura algo ridícula, conserva el monumento un aspecto noble, digno de este guerrero místico y visionario.

Bajo el dominio de los ingleses, el caserío se ha ensanchado considerablemente. Frente al antiguo Jartum, en la otra orilla del Nilo Azul, se formó una ciudad industrial, llamada Jartum del Norte, y los dos centros urbanos con el cercano Omdurmán representan más de cien mil habitantes. Los vecinos del Jartum actual proceden de igual origen que los del antiguo, degollados por el Mahdí o conducidos

como esclavos a su campamento. Hay muchos italianos, pero la mayoría son griegos.

Abunda el griego en Egipto desde hace veinticinco siglos y actualmente, para huir de la rivalidad comercial con sus compatriotas, va avanzando río arriba hasta el corazón del África nilótica. En todas las factorías sudanesas, si existe algún mercader de Europa, es siempre un griego. La suprema ambición comercial de la mayor parte de los helenos establecidos en Egipto consiste en llegar algún día a poseer un café. Tal vez, a causa de ello abundan tanto en Jartum los establecimientos de dicha especie. Todas las casas tienen arcadas en su piso bajo, y al amparo de estos soportales de azulada sombra hay siempre mesas y sillas, periódicos arrugados, e interminables enjambres de moscas que esperan zumbando la llegada de los consumidores.

Me instalo en el Gran Hotel, frente al Nilo Azul, en la avenida principal de la ciudad. Famosos personajes de Europa y América, herederos de trono, multimillonarios de la industria y del comercio, celebridades militares, han vivido en este hotel, que no es más que una gran casa colonial de frescos patios pavimentados con baldosas europeas y altísimos techos. Imposible compararlo con los suntuosos establecimientos de igual clase que vamos a encontrar en Egipto.

Aquí descansan, a la ida y al regreso, los que van a cazar en el corazón de África. Frente al hotel hay anclados algunos vapores blancos, yates de forma graciosa al servicio del gobierno autónomo del Sudán. Éste los alquila a todo el que quiera hacer un viaje por el Nilo Blanco, atravesando el África todavía misteriosa, donde es posible cazar hipopótamos, rinocerontes, elefantes, y leones. El yate se toma por semanas, con su tripulación, su capitán y hasta su cocinero. En el precio entra la alimentación, y sólo hay que preocuparse para hacer dicho viaje de pagar la cantidad convenida.

Con el entusiasmo inspirado por tales facilidades, que me explican algunos funcionarios británicos y el director del hotel —joven suizo, oficial de caballería en su país—, prometo volver el año próximo para realizar una expedición hasta el lago Nyanza, donde nace el Nilo, buscando luego salida por el lado del mar, en un pequeño ferrocarril que va a Mozambique. Todo esto lo digo de buena fe porque estoy en Jartum, lo que significa tener hecha ya una parte considerable del viaje. Ahora sonrío pensando en mi entusiasmo. Para alquilar uno de los yates del gobierno del Sudán, hay que empezar por ir a Jartum, ¡y está tan lejos!...

Encuentro en la terraza del hotel una nube de vendedores ofreciendo los mismos objetos de marfil vistos en Port Sudán. Éstos no son beduinos de ropas astrosas. Tienen un aspecto internacional; parecen indostánicos venidos desde un puerto del mar Rojo, egipcios que huyeron de El Cairo o de Luxor, negros vestidos a la europea, todos parlanchines, osados, valiéndose de su confianza a estilo oriental para contestar desvergonzadamente, pidiendo el céntuplo del valor de los objetos y acordando a continuación escandalosas rebajas.

Surge de ellos un coro de indignación y protesta cuando dudo de la autenticidad de su marfil. Uno afirma que el gobernador del Sudán los metería en la cárcel si vendiesen marfil falso. Cuando le pregunto dónde puedo ver las fábricas de dichos objetos y los depósitos de colmillos, duda, se rasca la cabeza por debajo de un gorrito redondo bordado de oro, y al fin responde con autoridad:

—Aquí no hay fábricas ni depósitos; pero si va usted mañana a Omdurmán, verá los talleres donde se fabrica todo esto, y montones de colmillos de elefantes así... ¡así!...

Y levanta los brazos, estirándolos con grandes esfuerzos, para indicarme la altura inconmensurable de los montones de colmillos que puedo ver mañana.



Empieza el crepúsculo; el Nilo Azul se va sumiendo en la oscuridad. Surgen de sus flotilas al ancla los mismos ruidos de los puertos poco frecuentados cuando se aproxima la noche: choques de maderas, voces de tripulantes llamándose, chirridos de garruchas lejanas, chapoteos acuáticos bajo remos invisibles, canciones lentas, nostálgicas.

La avenida principal de Jartum, que es al mismo tiempo el muelle más importante de la ciudad, tiene dos filas de álamos gigantescos, con la exageración lujuriente de este árbol cuando sus raíces se hallan próximas al agua corriente.

Encuentro junto al hotel la fachada de un templo modesto con una cruz en su remate. Es la iglesia copta. El lector sabe sin duda que los coptos son los cristianos egipcios. Después de perder su religión nacional hace dos mil años, el pueblo egipcio no tuvo tiempo para aceptar las creencias de sus dominadores los romanos, y el cristianismo fue su nuevo dogma, adoptándolo con reconcentrado entusiasmo. Muchos santos fueron egipcios, y en los desiertos de la Tebaida, junto a las ruinas menospreciadas de la antigua Tebas, surgieron los eremitas y se crearon las primeras órdenes religiosas.

Cuando Egipto fue invadido por los musulmanes, la gran masa de los *fellahs* cambió de religión, aceptando la de los vencedores, por considerar que su eterno destino consiste en seguir las creencias de todo amo que puede pegarles. Una parte del país se mantuvo fiel a las ideas cristianas, y este cristianismo primitivo, que conserva sus ceremonias de culto iguales a las de las primeras asociaciones creadas por los apóstoles, es la llamada religión copta.

Ha cerrado la noche. Un canto de voces infantiles, que suenan desacordes por el aislamiento y muy separadas unas de otras, atrae mi atención. Al ir hacia ellas, noto que más allá de la línea exterior de álamos, en la misma ribera del Nilo, existe una serie de pozos o excavaciones verticales sobre la corriente acuática.

Hay en cada uno de estos pozos una noria de madera, con cangilones que son pequeñas tinajas de barro. Un burro enano y animoso marcha en círculo haciendo rodar este mecanismo primitivo, inventado tal vez hace cincuenta siglos. El animal, al dar su vuelta, pisa un segmento de círculo formado con ramas y tierra apisonada, balconaje rústico debajo del cual se abre la profundidad del Nilo Azul. La bestia laboriosa pasa y repasa sobre este suelo tembloroso sin darse cuenta de que sus patas trotadoras tienen debajo el vacío.

Un muchacho cobrizo, de ojos de gacela, camisa larga y blanco solideo, lo anima cantando una estrofa temblona, con cierta languidez sentimental. Es la canción del agua, que hace miles de años entonan los ribereños del Nilo en una orilla doble de tres mil kilómetros.

Así la cantaban indudablemente en los tiempos faraónicos; y como un rasgueo de guitarras invisibles que acompañasen en sordina esta romanza fresca, suenan los murmullos del líquido al caer de los cangilones y huir saltando por un riachuelo para refrescar las huertas inmediatas.

Un hálito caliente llega de la otra orilla del río, del desierto amarillento, oculto ahora en las tinieblas. Son bocanadas del ardor acumulado en sus entrañas durante las horas solares.

Respiro con delicia el vaho húmedo que sale de las norias. Me imagino la tierra con las fuentes cegadas, los cauces de los ríos secos, las muchedumbres aullantes de sed. Recuerdo los desiertos atravesados hace unas horas donde se puede viajar mucho tiempo en ferrocarril sin ver una persona o un animal y los pequeños grupos humanos aglomeran sus viviendas junto al más insignificante

riachuelo.

El murmullo del agua, la voz de la mujer querida y el retintín del oro son las tres músicas más dulces, según los poetas árabes.

¡Ah, la divina y fresca canción del agua, primera melodía conocida por los hombres, bajo cuyo arrullo, favorecedor del ensueño, empezaron a pensar!

## La ciudad del Mahdí

El despertar en el oasis.—Un harén en tranvía.—Campamento convertido en ciudad.—Los descendientes de los mahdistas.—El palacio de los Califas.—Las ametralladoras, el landó y el piano del heredero del Mahdí.—La tumba del Dirigido por Dios.—Un fantasma alimentado con dátiles.—El mercado de Omdurmán.—Pierdo la pista del marfil.—Hacia la frontera egipcia a través del desierto.—Pirámides que se transforman en montañas y lagos que no existen.—Las olas de arena.—Cómo desapareció una compañía de soldados egipcios.—Estaciones sin nombre.—Los viajes de las gacelas para beber.—Llegada al Nilo.—Un hotel blanco de tres pisos.—Dulzuras de la atmósfera húmeda.—El hotel se despega de la orilla.

Apenas se difunden las claridades del amanecer, me veo obligado a saltar del lecho.

Mi habitación está en el piso bajo del hotel y sus ventanas dan a un jardín de frondosidad tropical. Palmeras, eucaliptos y sicomoros, como tienen sus raíces al nivel de los rezumamientos del Nilo, son enormes. Los pájaros se amontonan y reproducen en este oasis, sin aventurar sus vuelos sobre el mar de arena que lo rodea, y cada árbol parece temblar, envuelto en un estremecimiento de aleteos y cánticos. Puede decirse que hay en ellos tantos pájaros como hojas. Nunca he oído un concierto animal tan regocijado y tan hostil para el sueño. En el hotel de Jartum son pocos los que pueden dormir después de la aurora.

Antes de que salga el sol llegamos en un carruaje de caballos al sitio donde se inicia la confluencia de los dos Nilos, para tomar el primer vapor que vaya a Omdurmán. Se ve con claridad el encuentro de las dos corrientes. En el momento de la crecida anual, las aguas del Nilo Azul son las rojas, las cargadas de limo, pues las lluvias de la meseta abisinia arrastran la tierra volcánica de sus laderas. En cambio, las del Nilo Blanco se muestran verdes en los primeros días de la inundación, por acarrear grandes masas de vegetación acuática.

Ahora el Nilo tiene un nivel muy bajo. Han quedado al descubierto bancos de arena o islotes de piedra que permanecen invisibles una gran parte del año. La época presente es la seca, y sólo en junio se iniciará el aumento de nivel que anuncia la nutridora inundación. Las aguas del Nilo Azul son en este momento azules y claras, mientras las del Nilo Blanco ruedan hasta aquí rojas y fangosas, marcándose con una raya larguísima el lugar donde chocan y se confunden los dos aportes líquidos de distinto color.

Mientras llega nuestro buque examino la marina de cabotaje de los dos Nilos, que sube por el Azul hasta los primeros contrafuertes del macizo abisinio y por el Blanco navega hasta el corazón del África ecuatorial, a través de estepas y selvas, comerciando con tribus que aún se hallan en los primeros titubeos de la civilización.

Estos barcos son idénticos a los que figuran en las pinturas sepulcrales de Egipto. Recuerdan las flotas faraónicas que hace cuatro mil años exploraban las orillas hostiles de la Nubia y la Etiopía o los puertos del País de los Aromas. Su casco largo y de poca altura hace pensar en el caparazón del cocodrilo nadando a flor de agua. Lo más extraordinario es su timón, tan prolongado que equivale a una cuarta parte de la nave y de una altura doble que la del casco. Su barra queda al nivel del piloto, que va de pie en la popa, y éste la apoya en un hombro para imprimirle movimiento. El mástil único está sujetado por ocho cuerdas en cada banda, y su verga, con la vela recogida, no descansa sobre la

embarcación; permanece izada en las horas de calma al final del palo.

Como Jartum se extiende a lo largo del río, un tranvía de vapor circula por el muelle más importante, desde la estación del ferrocarril, por donde vinimos ayer, hasta el embarcadero para Omdurmán. Llegan casi al mismo tiempo el vapor procedente de dicha ciudad y el tranvía con locomotora que partió del otro extremo de Jartum.

Desembarcan los primeros viajeros que recibe hoy la capital del Sudán, procedentes de la ciudad fundada por el Mahdí. Son personajes árabes que pasan junto a nosotros sin mirarnos, derviches y escribas que protestan con su afectada indiferencia de la dominación británica, y muchos trabajadores negros. Luego vemos cómo toman asiento en los vagones abiertos del tranvía varias damas árabes procedentes del harén de algún vecino rico de Omdurmán, para visitar a sus parientas o amigas en otros harenes de Jartum.

Parecen gozar de cierta importancia social y no van con el rostro descubierto, como las mahometanas pobres vistas por nosotros en las estaciones del ferrocarril. Visten a la moda egipcia, tapadas de cabeza a pies por una especie de dominó de raso negro. Además llevan otra pieza de seda colgando desde la mitad de su nariz hasta sus rodillas, a modo de máscara. Sólo quedan visibles los ojos, y como todas los tienen pintados con una aureola azul y agrandados por rayas negras, resultan hermosas e interesantes. Algunas ostentan un canuto de oro cincelado puesto verticalmente entre los dos ojos, desde el filo de la capucha que cubre su cabeza al borde de la especie de delantal que tapa su rostro, y esta separación metálica aumenta el interés exótico de sus miradas.

Aprovechando que los buenos musulmanes han emprendido a pie su marcha hacia Jartum, estas máscaras negras miran a cristianas y cristianos con un atrevimiento de colegialas en libertad, comentando en voz baja las modas occidentales. Nosotros las miramos igualmente, y al poco rato de examinar sus ojos misteriosos vamos encontrando en ellos, a través de pinturas y agrandamientos, una fijeza bovina, una enormidad sin expresión, algo bestial.

Entramos en el vaporcito. Varios soldados indígenas nos siguen con sus caballos. Presiento que esta media docena de jinetes va a Omdurmán con motivo de nuestro viaje. La ciudad del Mahdí vive ahora resignada a la dominación británica, pero una gran parte de sus vecinos, todos los de edad madura, fueron mahdistas, hicieron la guerra dirigidos por los derviches, y puede resucitar su antiguo fanatismo al ver en las calles un grupo extraordinario de infieles.

Ya he dicho que Omdurmán nació durante el sitio de Jartum. Era un fortín en la orilla izquierda del Nilo Blanco, dominando el curso del Nilo Azul que desemboca frente a él y la continuación de las dos corrientes, o sea el Nilo único.

Este fortín se hallaba al lado de la miserable aldea de Omdurmán, nombre que significa «Madre de Durman».

Como el sitio se prolongó un año, fueron llegando refuerzos de media África, y las hordas negras tuvieron que levantar numerosas chozas y casitas de adobes, convirtiéndose el campamento en una ciudad desordenada que ocupa enorme espacio. Al triunfar el Mahdí, arrasó los principales edificios de Jartum para construir los de su nueva capital.

Cuando murió, cinco meses después, su heredero Abdulah tuvo la ambición de convertir el antiguo campamento en metrópoli digna de su imperio religioso, edificando un caserón extenso y bajo para alcázar de los califas, una mezquita principal, cuyas obras dirigieron alarifes musulmanes venidos de fuera, y la tumba del Mahdí.

La navegación es corta y a los quince minutos descendemos en una ribera arenosa. Como el Nilo cambia de nivel en este punto hasta diez metros, dicha orilla resulta muy escarpada; pero la ciudad negra ha hecho sus progresos, y vemos con asombro un tranvía inmediato al desembarcadero. Consiste simplemente en unos vagones-jardineras destartados, con ruido de ferretería vieja apenas se ponen en movimiento, y de los que tiran varias mulas guiadas por negros.

Este tranvía sube en zigzag la ribera, atraviesa varias calles de casas hechas de barro y se detiene en una plaza, cerca de la mezquita principal. La ciudad del Mahdí es una reproducción de la misma calle, hasta el infinito. Todas las construcciones resultan iguales: paredes de adobes, con techos de troncos de palmera. Dichas casas se alinean en el centro de la ciudad y al alejarse no guardan formación alguna. Abandonan la fila, se esparcen como guerreros indisciplinados, colocándose cada una a su capricho. En las calles con aceras son éstas de tierra apisonada, sostenidas por tablas, y quedan a veces a gran altura sobre el centro de la vía, desmenuzándose por abajo de su tablazón. Las lluvias y el paso de las caravanas han ahondado las calles, convirtiéndolas en barrancos, de los que surgen columnas de polvo rojo al menor soplo de viento.

Lo más interesante en Omdurmán son los habitantes. Su diversidad de aspectos y razas hace recordar a las tropas heterogéneas del Mahdí. Todos tienen un aire belicoso; son antiguos combatientes o hijos de combatientes. Las cicatrices que ostentan en el rostro o en los brazos aumentan su expresión guerrera.

Hay muchos beduinos de origen árabe, que tienen una tez pálida, barbillas negras, y usan luengos trajes musulmanes a pesar del calor; pero los más son negros y van medio desnudos. Unos proceden del África ecuatorial. Vinieron atraídos por el prestigio del profeta sudanés para batirse contra los incrédulos. También, mientras duró el califato del sucesor del Mahdí, fue Omdurmán un lugar de peregrinaciones, y las muchedumbres pasajeras dejaron como sedimento religioso muchos devotos junto a la tumba del santo derviche.

Además, abundan los nubios, hijos de los guerreros preferidos del profeta, hermosos negros de cuerpo atlético, con la melena recortada sobre los hombros y fija en las sienes por una trenza de fibras, tocado semejante al de los egipcios milenarios en las pinturas sepulcrales. Son los famosos *baggaras* (en nubio, boyeros), descendientes de los pastores nómadas del Sudán que formaron la caballería del ejército mahdista. Estos jinetes, con escudo redondo de cuero de hipopótamo y lanza de ancho hierro, no montaban caballos. Iban sobre camellos, más ágiles e inteligentes que los de las caravanas, y sus cargas resultaron decisivas en la primera guerra del Mahdí contra las tropas angloegipcias.

Existen también en Omdurmán sirios, armenios y griegos. Unos llegaron atraídos por el comercio africano que afluye a dicha población. Otros tal vez son hijos de los habitantes del Jartum de Gordon, encarcelados en Omdurmán, los cuales sólo recobraron su libertad catorce años después, cuando ya se habían acostumbrado al lugar de su esclavitud.

Intento detenerme ante una puerta de la gran mezquita. Es el momento de la oración matinal. Veo su interior con escuetos arcos enjalbegados y una multitud vestida de rojo, de azul, de amarillo oro. Entre los turbantes blancos se destacan otros de honorable verde, el color de los santos personajes que hicieron su viaje a La Meca. Aquí abundan mucho, por ser dicha peregrinación relativamente fácil, pues basta con pasar a la orilla opuesta del mar Rojo. Mi guía se alarma y me tira de un brazo antes de que vuelvan su cabeza algunos de los devotos que permanecen erguidos, de espaldas a nosotros. Luego

me explica que Omdurmán no es Constantinopla, El Cairo o Argel, donde los europeos pueden entrar en las mezquitas. La fe musulmana continúa siendo agresiva en la ciudad del Mahdí y no admite contactos con los enemigos. Estos fieles guardan un alma semejante a la de los primeros guerreros de Mahoma.

Vamos a visitar los dos únicos «monumentos» de esta capital de cabañas: el palacio del Califa y la tumba del profeta.

El tal palacio consiste en una sucesión de casitas de un solo piso, con las paredes revestidas de cal. Los salones del monarca sudanés y sus baños a la turca son piezas enormes y destartadas, sin otro detalle arquitectónico que el arco de herradura en que terminan puertas y ventanas, dando todas ellas sobre patios semejantes a corrales.

En una de las salas vemos montones de hierro viejo y de madera, ametralladoras y fusiles comprados hace treinta años en Europa, cuando ya eran restos de armamento, bueno solamente para moros y negros. En otra habitación están los recuerdos del Califa que pueden llamarse «civilizados».

Una vez tomada Jartum, los vencedores —según relato de los prisioneros europeos— se entregaron a las más bárbaras orgías en Omdurmán para celebrar su triunfo. El sucesor del profeta fue recibiendo en el curso de catorce años las visitas de audaces viajeros de comercio y aventureros de Europa, encargándoles compras para la civilización de su metrópoli y comodidad de su palacio.

Como recuerdo de tal época encontramos en un corral las ruedas y parte de la caja de un landó fabricado en París. El carruaje de gala del Califa se va desmenuzando al aire libre. En otro lugar vemos un piano con sus maderas rotas y cuyas entrañas contienen montoncitos de arena depositados por el viento. Cuando llegan visitantes, uno de los guardianes sudaneses encargados de vigilar estas ruinas toca a capricho las teclas con sus dedazos y sonrío, mostrando el marfil feroz de sus dientes. Una musiquita débil, temblorosa, sale del fondo del instrumento despanzurrado, y por breves momentos da cierto ambiente melancólico a esta mansión de monarca derviche obedecido por hordas de fanáticos. Algunos metros más allá del bárbaro alcázar existe todavía la cárcel donde vivieron en una esclavitud de bestias las familias europeas capturadas en Jartum.

Llegamos a la tumba del Mahdí, la construcción más alta de Omdurmán. Esta mezquita cuadrada tuvo una cúpula blanca de veinte metros, lo que la hizo descollar sobre una ciudad de chozas como edificio maravilloso, viéndosela a enorme distancia.

El califato mahdista pereció en la derrota que lord Kitchener, *sirdar* del ejército angloegipcio, hizo sufrir a los derviches junto a Omdurmán en septiembre de 1898. Los vencedores, temiendo el fanatismo de los mahdistas, se preocuparon ante todo de suprimir la veneración religiosa del profeta muerto. La tumba del Mahdí fue demolida en gran parte a cañonazos y su cadáver arrojado al Nilo, para que no recibiese más adoraciones.

Aún existe el mausoleo, pero en ruinas. La bóveda, por ser la parte más frágil, se derrumbó casi enteramente. El edificio ha sido rellenado con tierra, y ahora se escapan por los arcos de sus ventanas cegadas las verdes cabelleras de una vegetación parásita. En el momento de nuestra visita se hallan cubiertas de flores, lo mismo que la hierba del abandonado jardín.

Un sudanés al servicio de los ingleses nos abre la verja de hierro que rodea la capilla. Esta verja es igualmente del tiempo del califato, y la colocó un arquitecto árabe venido de fuera para dirigir la construcción del sepulcro. Al avanzar hacia el macizo de tierra que fue un panteón, notamos esparcidos en el suelo gran cantidad de dátiles. Algunos de ellos aún se mantienen frescos, y resulta

incomprensible cómo las gentes del país pueden malgastar un fruto tan apreciado, arrojándolo por encima de la verja.

Me explica el guía que para muchos vecinos de Omdurmán el Mahdí no ha muerto. Siempre es «el Dirigido por Dios», y permanece oculto hasta que llegue la hora de su segunda aparición, decisiva y victoriosa. Como su espíritu vaga errante en torno a la antigua sepultura, los devotos le arrojan dátiles, el manjar más caro y rico del país, para que se mantenga vigoroso en su destierro de ultratumba.

Mientras escucho tales explicaciones, algo cae junto a nosotros. Dos dátiles han cortado el aire, pasando sobre la verja. Volvemos los ojos a tiempo para ver cómo huye un muchacho y desaparece en una callejuela inmediata. Guardo como recuerdo este par de dátiles destinados a la alimentación del fantasma de «el Dirigido». No sé lo que ocurrirá en el futuro. Tal vez los ingleses acaben por borrar la influencia del Mahdí, pero en el momento presente, los nietos de sus guerreros se privan de comer golosinas para arrojárselas a su sombra.

Atravesamos el zoco de Omdurmán, vasta plaza entre cuatro filas de tiendas instaladas en casitas de adobes. El centro del mercado lo ocupan toldajes de cuero o de tela haraposa, a cuya sombra se acogen los vendedores sin domicilio.

Tiene gran importancia la ciudad del Mahdí para el comercio de los sudaneses. Equivale a un puerto seco abierto continuamente a las flotas de las caravanas. La influencia religiosa de su fundador, la fama de sus victorias, abrieron en los desiertos nuevos rumbos que siguen confluyendo a Omdurmán. Aquí se encuentran mercaderes de las costas del mar Rojo, del África ecuatorial, de los oasis del Sahara y del desierto Líbico. Es el centro de una estrella mahometana de numerosas puntas.

En este zoco se ofrecen diversos productos del suelo africano y otras especies de tierras remotas, todo revuelto, como es costumbre en los mercados orientales: sedas, vasijas de cobre repujado a martillo, drogas, perfumes, salitre, sal sosa, betel, opio, estatuillas talladas por negros representando divinidades grotescas, escudos de piel de hipopótamo, venablos y lanzas, puñales pendientes de un brazalete para llevarlos en la muñeca izquierda a estilo del país, espadas cortas, más anchas en su punta que en la empuñadura, con vaina de cuero rojo, cajones pintarrajeados, ornamentos bárbaros, quesos de cabra y de camella, cascos de cuero endurecido, con un enrejado de metal que defiende el rostro. Las vendedoras se envuelven en mantos rojos o azules, pero conservan descubierta la cara negra, mofletuda, de nariz achatada, con grietas profundas por el curtimiento de la tez. Venden el pan en piezas redondas y oscuras de gran peso; guisan al aire libre para las gentes que acudieron al mercado, dejando sus camellos y borricos en las calles próximas.

Dentro de las tiendas permanentes, instaladas en las casas, se encuentran los tipos de todo mercado oriental: judíos iguales a los de los puertos de Levante, griegos, armenios, indostánicos. Pero todos ellos, a pesar de la importancia de sus establecimientos, parecen perdidos en esta concurrencia enorme de negros y árabes.

Compro un escudo de cuero de hipopótamo, manojos de dardos, varias dagas y espadas sudanesas, pero en vano busco las fábricas de objetos de marfil y las montañas de colmillos de elefante que me prometieron en Jartum. Un griego, dueño de una de las tiendas más ricas, me muestra cuatro colmillos de elefante joven, defensas pequeñas que trajo una caravana desde el interior del Sudán. Dicha compra la ha hecho para enviarla a uno de sus corresponsales en Egipto. El comercio del marfil era abundante en otro tiempo, cuando se cazaban todos los años miles de elefantes. Ahora escasean éstos cada vez

más.

Pregunto por los talleres de marfil en Omdurmán, y el mercader parece no comprenderme. Aquí no hay otra industria que algunos tallercitos de herrería, donde se fabrican espadas y lanzas sudanesas para ofrecerlas a los viajeros. Me convengo de que he perdido definitivamente la pista del marfil y deberé renunciar a las fábricas que vengo buscando desde Port Sudán.

Al día siguiente salimos de Jartum para Wadi Halfa, donde termina el Sudán gobernado por los ingleses y empieza el Egipto independiente.

La primera parte de dicho viaje no es más que una repetición del que realizamos hace tres días. Vemos otra vez las ruinas de Meroe, y en Berber deja el tren a su derecha la línea a Port Sudán, continuando su marcha hacia el norte, en dirección a Egipto.

Costeamos el Nilo mucho tiempo, pero en la quinta catarata nos separamos de él. Se aleja el río hacia el oeste, trazando una curva enorme, que obligó siempre a las caravanas a correr los peligros de un viaje por el desierto de Nubia, desde Abuamed a Wadi Halfa.

El paisaje conocido en nuestra travesía de Port Sudán a Jartum nos parece ahora un jardín, comparado con el que vemos después de haber pasado la noche en el vagón.

Estamos en el desierto, en el verdadero desierto, arenal amarillento, monótono, sin la más leve vegetación, sin vestigio alguno de madera leñosa, sin otras alteraciones que las numerosas colinas amontonadas a capricho del viento, las cuales volverán a cambiar de sitio al primer huracán. Luego la línea del desierto se va haciendo sinuosa, y vemos montañas completamente peladas, de color rosa oscuro, agudas y regulares como pirámides.

Dichas montañas, que parecen absorber la luz sin devolverla, nos entretienen y desorientan al mismo tiempo con los caprichos del miraje. Al pie de todas ellas hay un lago, en cuyas aguas inmóviles y cristalinas se refleja la cumbre invertida.

Hemos oído hablar del espejismo del desierto, sabemos hasta dónde puede llegar el engaño de tal ilusión óptica, mas estas lagunas son tan claras que consiguen hacernos creer en su existencia, reconociéndolas como algo excepcional. Deben de ser depósitos de agua espesa y salobre; pero indudablemente existen, sería temerario dudar de su realidad. Sólo cuando el ferrocarril se aproxima a las mencionadas montañas vemos cómo el lago va desapareciendo, cual si la arena absorbiese sus aguas, cómo el desierto invade con su ola amarilla y seca la fantástica cavidad líquida... Poco después, cuando reímos del engaño, surgen ante nuestros ojos nuevas montañas y nuevas lagunas, que nos hacen dudar otra vez y repiten la misma ilusión mentirosa.

Muchas estaciones no tienen nombre. Ostentan simplemente un número. Se componen de una casita única de ladrillo, en torno a la cual parecen agazapadas las chozas de los empleados subalternos, cuatro o cinco. Más allá, la arena, el desierto. Para la media docena de hombres blancos, cobrizos o negros instalados aquí, lo más precioso es el enorme receptáculo de metal semejante a un gasómetro que guarda la provisión de agua traída en vagones especiales. Este tesoro líquido sirve para el consumo del grupo de solitarios y alimento de las locomotoras.

En algunas de las estaciones las chozas se muestran caídas, y los pedazos de muro que aún se mantienen derechos parecen cortados por un cuchillo enorme. Es la obra del viento del desierto que sopló hace pocas semanas.

Los criados de los coches-dormitorios son unos buenos mozos, cuya estatura se aproxima a dos metros, y aún parecen más grandes a causa de su túnica blanca hasta los pies, con faja roja, y un



*tarbush* de igual color, muy erguido y alto, a la moda egipcia. El destinado a mi compartimento me cuenta las leyendas del desierto de Nubia que oyó siendo pequeño.

Cuando el Sudán pertenecía a Egipto, una compañía de soldados que iba a Jartum (tal vez en tiempo de Mohamed Alí) tuvo que desembarcar en Wadi Halfa para hacer la travesía de este mar de arena, siguiendo la pista de camelleros, hasta Abu-Hamed. De este modo evitaban el larguísimo rodeo por la ribera del Nilo entre la segunda catarata y la quinta. Sopló el viento del desierto, que alza olas más grandes que las del océano, y la tropa desapareció instantáneamente. Nadie la ha visto más: se la tragó la arena.

Tal vez se han creado aquí muchas leyendas falsas, como ocurre en todos los lugares peligrosos del planeta, especialmente a orillas del mar. Pero las exageraciones de la tradición tienen siempre una verdad por base. A pesar de las comodidades del tren, de las bebidas frías que sirven sus criados, del vagón-comedor, cuyas mesas elegantes son preparadas tres veces al día, toda persona con un poco de imaginación siente cierta angustia en su pecho cada vez que mira por las ventanillas.

Con frecuencia vemos esqueletos de camellos, blanqueados como marfil por el fuego solar y el pulimento de la arena. Desde que la vía férrea atraviesa el desierto, las caravanas siguen su trazado, pues de este modo se ahorran el trabajo de orientarse.

Algunos montoncitos de boñiga seca indican el tránsito reciente de una caravana. El sol tuesta con rapidez este excremento, que sirve a los camelleros de combustible cuando hacen alto, al cerrar la noche. En otros lugares vemos junto a la vía unas cuantas piedras amontonadas. Las trajeron de muy lejos los arrieros del desierto para señalar la fosa de un camarada desaparecido para siempre en la arena.

Aquí se aprecia en todo su valor la importancia del agua. Se reconoce, sin necesidad de imágenes, que la vida únicamente es tolerable y dulce bajo la caricia de la humedad en las riberas del mar o a orillas de ríos y lagos.

Admiro en las estaciones sin nombre a los funcionarios egipcios o sudaneses del ferrocarril. Los de origen europeo llevan casco blanco para defenderse del calor, gafas azuladas, camisas sin mangas, pantalones cortos de bañista. Los del país, orgullosos de su traje europeo, que parece colocarlos en una casta superior, no se despojan nunca de la corbata, del cuello de la camisa, del chaleco y del *tarbush* o fez rojo, de duro fieltro, muy alto y angosto, que es el característico de los egipcios. No se comprende en esta llanura de horno cómo los empleados humildes conservan en la cabeza el turbante o el mencionado gorro, que debe tirar de sus cráneos como una ventosa. Además, desconocen el uso de anteojos ahumados y tampoco necesitan la sombra de una visera. Miran de frente la llamarada cegadora del sol y reciben en sus pupilas los latigazos cortantes de un viento arenoso. Así se explica que Egipto sea el país de las oftalmías y que las muchedumbres de los países orientales abundan en ciegos purulentos, con las cuencas rojas y huecas.

Empieza el atardecer del segundo día de viaje. Nos aproximamos a su término. Nuestra llegada a Wadi Halfa será poco después de haber cerrado la noche.

Surge otra cadena de montañas, cinco o seis de las cuales son de líneas tan perfectamente geométricas, que parecen obra del hombre. Las creemos algún tiempo pirámides perdidas en el desierto, de las que nadie habla. Tal vez estas obras caprichosas de la Naturaleza obsesionaron a las tribus emigrantes en su descenso hacia el Nilo Bajo, repitiéndolas por tradición junto al delta para

tumbas de los faraones.

Tiene la llanura amarillenta color de camello, y las montañas, cada vez más ensombrecidas, recuerdan el color del elefante.

Vemos correr numerosas gacelas que van cortando el desierto de este a oeste y forman ángulo con la marcha de nuestro tren. Es imposible describir la velocidad de una gacela asustada. Se la ve, y al mismo tiempo no puede decirse cómo es.

Una de ellas se aproxima trotando suavemente; pero alarmada por el tren, salta la vía con vuelo de acróbata, trazando un arco ante la locomotora. Luego corre por el lado opuesto como un bulto indeciso, mezcla de blanco y de oro, acompañada de una nubecilla roja que surge incesantemente bajo sus patas finas e incansables.

Bastan unos segundos para que sea un punto oscuro en el horizonte. Otros segundos después ya ha desaparecido.

Este animal, que se alimenta con la vegetación leñosa de montes lejanos, desciende al Nilo para beber, realizando un viaje de muchos kilómetros, y cuando apaga su sed vuelve al punto de partida. La asombrosa ligereza de sus patas le permite tal lujo de velocidad.

Cierra la noche. Llega hasta el tren una caricia húmeda y fresca. Después de la jornada ardorosa nos parecen empapadas las tinieblas por una lluvia invisible. Todos creemos oler el Nilo; lo adivinamos en la sombra.

Nos detenemos en una estación más grande que las otras, con nombre propio, sin un simple número por título. Es Wadi Halfa.

Seguimos unas pasarelas con barandilla para bajar el rudo declive de la ribera nilótica. Los enormes cambios de nivel que sufre el río obligan a estos descensos en la estación seca. Unos jóvenes con alto gorro rojo, chaleco de seda listada y chaqué europeo nos preguntan si llevamos algo que pueda defraudar los aranceles de la monarquía egipcia, contentándose con una simple negativa. Son los aduaneros del antiguo jedive, ahora rey independiente de Egipto.

Pasamos sobre varias tablas horizontales a un edificio de tres pisos, todo blanco, con largos balconajes y deslumbradora abundancia de luces eléctricas. Es un hotel que tiene una chimenea en su centro. Además, los criados que salen a recoger nuestras maletas llevan uniforme de marinero, rematado por el inevitable gorro egipcio. Este hotel, en el que vamos a vivir dos días, flota, y pasados unos minutos se despegará de la ribera.

A pesar de su movilidad, resultaría impropio compararlo con un buque. Su casco se levanta muy poco sobre el agua. Es simplemente la base de tres pisos de viviendas construidos encima de su plataforma. En el más bajo de ellos se puede tocar el agua sólo con inclinarse sobre la borda.

Dentro de sus habitaciones hay que concentrar la atención para saber con certeza si avanza o permanece inmóvil. Únicamente el ruido de la gran rueda adosada a su popa, funcionando igual que la de un molino, puede denunciar su marcha. Sobre este río de aguas mansas, los vapores-hoteles permiten a sus huéspedes vivir y dormir sin el más leve balanceo.

Me instalo en el comedor, vasto salón blanco, donde encontrarnos camareros egipcios iguales a los del tren. Una agradable humedad penetra por las ventanas. El buque se pone en movimiento lentamente y empieza el servicio de la comida.

Creemos haber caído en otro mundo, un paraíso de divina frescura. Nos acordamos de las interminables horas en vagones lujosos pero de rudo movimiento, teniendo que luchar con la arena

que, a pesar de las precauciones empleadas en la construcción de dichos vehículos, ennegrece los platos del restaurante, las sábanas de las camas, el agua de los lavabos, obstruye narices y garganta, hiere los ojos, haciéndolos lagrimear, y en mitad de la noche despierta al durmiente con angustias de pesadilla, cortando su respiración.

Prolongamos nuestra sobremesa en este comedor, que parece de porcelana por su blancura, y a través de cuyos respiraderos se desliza una brisa cargada de perfumes vegetales, aliento de las verdes e invisibles orillas nilóticas. Navegamos con voluntaria lentitud. El buque sólo va a realizar un viaje de dos o tres horas, y anclará a media noche para no turbar el sueño de sus pasajeros.

Han salido a nuestro encuentro varios platos y bebidas de Europa. Algunos domésticos se expresan en italiano y en francés. Todo nos impulsa a seguir aquí para desquitarnos del viaje a través del desierto; pero nos recomiendan la conveniencia de irnos pronto a la cama.

Debemos levantarnos en plena noche, antes que apunte el alba, si queremos presenciar el más hermoso espectáculo que puede verse en el verdadero Nilo Alto, mucho más arriba de Asuán y el lago de Filaé, que es a donde llegan únicamente la mayor parte de los viajeros procedentes de Europa.

## Los colosos de Abu-Simbel

El despertar antes del alba.—La muralla de ébano.—Vemos el primer templo egipcio a la luz de una linterna.—Amanecer en el Nilo.—Los cuatro gigantes rojos surgen de la sombra.—El flechazo del sol naciente en las entrañas del templo.—Los cuatro dioses del santuario crepuscular.—Mentiras y fanfarronadas de Ramsés II, llamado el Gran Sesostris por los griegos.—La historia, estafada por dicho monarca.—Aparición del *bacshis*.—Un monstruo legendario que traga monedas de plata.—Navegación Nilo abajo.—Campos donde cazaban a los esclavos nubios.—Las *fellahinas*.—Efectos del gran embalsamiento de Filaé.—Mirajes del Nilo.—La hora de cristal.—Cae la noche.

Es todavía de noche cuando los criados del buque empiezan a golpear las puertas de los camarotes dando gritos para que despertemos. Unos sorbos de café y unos pedazos de pan del día anterior nos sirven de desayuno. Luego pasamos sobre dos tablas tendidas entre la orilla y la cubierta más baja.

Tenemos enfrente un muro lóbrego, de un negro denso y pesado, semejante al del ébano. Por encima de esta muralla, que es la ribera occidental del Nilo, vemos un pedazo de cielo sereno, en el que resbala una media luna sutil próxima a ocultarse. Las últimas claridades de esta noche tranquila se detienen en el filo de la meseta negra, sin atreverse a descender hasta las aguas ribereñas. Al otro lado del buque, en el centro del Nilo, la superficie acuática cabrillea reflejando la luna moribunda y los puntos temblones de los astros.

Los marineros del buque nos llevan de la mano por un sendero arenoso cuesta arriba. Ladran perros invisibles en míseras huertecitas que vamos entreviendo junto a nuestro camino. Según avanzamos, el obstáculo negro proyecta una oscuridad más densa sobre lo que nos rodea.

A la cabeza de nuestra columna, varios marineros han encendido faroles. Se mezclan con nosotros algunos indígenas embozados en sus astrosos alquiceles y estremecidos por el frío del amanecer. Lo que nos parece un fresco agradable, compensador de las angustias sofocantes sufridas en el desierto, es para estos nubios un frío que les hace temblar.

De pronto las luces de nuestros guías cesan de subir y se esparcen horizontalmente. Hemos llegado a una meseta cortada por el obstáculo. Ya no hay más allá. Estamos al pie de la muralla negra. Las luces se multiplican. Todos los marineros que nos acompañan encienden linternas, y siguiendo cada uno de nosotros su llamita preferida, va aproximándose a una boca de cueva que tiene forma rectangular.

Vista de cerca ofrece la sorpresa de un umbral precedido de varios peldaños y un dintel en el que se columbran figuras talladas. Presiento que a ambos lados de esta puerta subterránea existe algo colosal, sorprendente. La roca parece tener formas humanas, monstruosas, nunca vistas. Pero la densa tiniebla continúa guardando su secreto, y debemos seguir adelante, guiados por las luces.

Hemos entrado en una caverna de piedra tallada. Los pilares que sostienen la bóveda tienen en sus bases pies humanos de gigantescas dimensiones. Mi marinero de *tarbuch* rojo y cuello azul con anclas estira un brazo todo lo que puede y la luz de su farol va sacando de la lobreguez del techo una nariz, unos ojos sin pupilas, una mitra de faraón, un rostro majestuoso e inexpresivo, rematado por la barba egipcia en forma de perilla. Cada pilastra es un coloso esculpido en la roca. Luego me doy cuenta de que todos representan a Ramsés II con la diadema y las galas del omnipotente Osiris. En los muros

hay bajorrelieves con escenas de guerra, triunfos del faraón o inscripciones aduladoras para su gloria.

Estamos en un templo egipcio, el más lejano de todos los construidos a orillas del Nilo. Para los que vienen de Europa, es el último monumento de tal especie que pueden visitar; para nosotros que llegamos de Asia, el templo subterráneo de Abu-Simbel significa nuestro primer encuentro con el arte egipcio.

La luz rojiza va extrayendo de la oscuridad aglomerada en los santuarios laterales muchos relieves profundamente grabados en los muros, estatuas de diversas divinidades, todas con el rostro del mencionado faraón. Atravesamos las tres salas que se suceden en esta lobreguez y llegamos al santuario más profundo, viendo los cuatro dioses de piedra que lo ocupan, sentados, los pies descansando en el suelo, sin pedestal alguno, con un tamaño mayor que el natural. Estas cuatro divinidades fueron imágenes policromas y guardan cierta parte de los colores con que las adornaron hace tres mil años. Una tiene las piernas rojas, otra azules completamente; las dos restantes sólo conservan harapos vagamente dorados de su antigua vestimenta.

El templo no va más allá. Hemos conocido sus diversas naves fragmentariamente siguiendo las secciones de luz rojiza que trazan las linternas, como el que pasa un álbum de grabados hoja por hoja.

Vemos Egipto por primera vez, lo mismo que se ven las cosas en una pesadilla, a saltos, sin continuidad lógica. Pero esta visita es preliminar. Ahora lo más interesante se halla fuera, y nos apresuramos a salir del templo, dejándolo hundido otra vez en su atmósfera de tinieblas. Todas las luces se escapan por la puerta y se extinguen, considerándolas innecesarias, al llegar a la meseta exterior.

Conozco la historia del monumento. Una gran roca calcárea sumerge aquí su pared verticalmente en el Nilo cuando éste sube durante su crecida anual. Hace siglos tenía el río en este mismo lugar un rápido que dificultaba la navegación, obligando a los viajeros a suspender momentáneamente su marcha. Esto dio origen a varios santuarios, y Ramsés II, que sufrió un ansia continua de nuevas construcciones, labró el único de sus templos subterráneos aprovechando la existencia de la mencionada roca. Tan soberbia obra la consagró al Sol Naciente, y sus arquitectos se preocuparon de que la divinidad a quien estaba dedicada pudiese penetrar hasta su extremo más recóndito.

Nos sentamos en pedazos de piedra que tal vez son fragmentos de fachada caídos en la arena. Tenemos fijos los ojos en la muralla gigantesca, todavía negra, sobre cuyo lomo va ocultándose el segmento de la luna.

Lentamente, con gradaciones de luz cuyos cambios mortecinos no puede apreciar nuestra visualidad, se aclara el lóbrego obstáculo. Primeramente es gris, después, de un vago azul; a continuación este azul se convierte en rosa, color de aurora; y vemos surgir de la penumbra cuatro gigantes sentados, cuatro varones colosales, con los pies sobre un pedestal del tamaño de una casa, y las cabezas en mitad del declive de una montaña de asperón rojo.

Una de las cuatro imágenes no tiene cabeza, sólo conserva parte del pecho y las piernas. Otras dos muestran profundas heridas en su torso, agujeros abiertos expresamente para derribarlas, por orden tal vez de algún faraón posterior a Ramsés, ganoso de que figurasen en sus templos.

Los soberanos de Egipto, siempre dispuestos a construir para perpetuar su nombre, se robaban unos a otros. Con Ramsés II el robo arquitectónico resultaba acción compensadora, pues ningún monarca egipcio abusó como él de sus antecesores, borrando el nombre de ellos en los monumentos que construyeron, para grabar el suyo, engañando a la posteridad.

El coloso sin cabeza no fue desfigurado por los hombres. Su enorme amputación es obra del viento, del calor que disgrega la roca, de alguna grieta que dejó entrar las lluvias, poco frecuentes pero torrenciales, en el interior de esta piedra con forma humana.

No obstante sus lacras, los cuatro gigantes rojizos ofrecen un conjunto majestuoso. En el Egipto clásico que vamos a ver días después no queda nada, estatutariamente, que pueda compararse con los colosos de Abu-Simbel. Los dos célebres de Memnón resultan monstruos informes al lado de estos cuatro faraones con atributos divinos que guardan la entrada del primer templo anunciador de la gloria egipcia para los que vienen del sur.

Se agrupan entre las piernas de los colosos graciosas figuritas de princesas y pequeños príncipes en actitud de adorar al rey, hecho dios. Su pequeñez es relativa. Resultan insignificantes al pie de los cuatro Ramsés, no llegan a la mitad de sus pantorrillas, pero algunos beduinos y marineros trepan a los pedestales que sirven de taburetes a sus pies monstruosos, y esto nos permite ver que un hombre resulta diminuto al lado de las figuras que considerábamos pequeñísimas.

Apunta el día. El Nilo es de nácar bajo los fuegos lejanos de la aurora. Empiezan a enrojecerse los colosos, como si transparentase una luz interior. Va a salir el sol, como surge siempre en los cielos tropicales, con una rapidez casi instantánea, sin nubes que velen su aparición, asomando primeramente una ceja de fuego, luego una cúpula, y redondeándose al final como una cereza gigantesca, para despegarse con rudo tirón de la línea pegajosa del horizonte.

Este momento es el famoso de Abu-Simbel. Va a realizarse el milagro de la luz, el flechazo de oro disparado por el sol naciente, y para presenciar tal espectáculo abandonamos el lecho en plena noche. Un coro inmenso de pájaros ocultos en la orilla verde del Nilo, o que ascienden desde las huertecitas a la plaza de arena y piedras en que estamos, abre la gran sinfonía matinal. Ya ha salido el sol.

Los arquitectos egipcios construyeron el templo con rigurosa orientación, de modo que los primeros rayos horizontales del dios diurno penetrasen hasta lo más hondo de aquél. Ramsés quiso que su obra gigantesca fuese para una hora única, la primera de la mañana, cuando despierta la Naturaleza y surge Osiris, el astro deificado por los egipcios. Vemos cómo un rayo del sol recién nacido se arrastra por la escalinata roja lo mismo que un niño de paso vacilante, cómo se desliza por la portada, cómo invade a saltos las salas interiores. Se desvanecen las tinieblas en el sagrado subterráneo. La luz penetra ahora como una lanza disparada, haciendo huir delante de su punta de oro a la vencida noche.

Corremos hacia el interior del templo, pero alguien nos precede: nuestras propias sombras. Como tenemos el sol a la espalda, proyectamos unas manchas negras y larguísimas hasta el fondo del santuario. Cada uno es por algunos segundos tan enorme como las imágenes del interior que sirven de pilastras.

Agrupados en torno a los cuatro dioses policromos de la capilla final, presenciamos el milagro de todos los días. El templo entero se ha cubierto con esplendorosas colgaduras de oro. Repelen sus vestiduras de sombra los pilares colosos, las batallas y pompas reales grabadas en los muros, las imágenes con diademas puntiagudas de dioses. Y a través de las tres salas vemos —como podríamos verlo por el cañón de un telescopio— la gran puerta rectangular, más allá el río, que parece hervir seccionado por una faja vertical de fuego; encima la orilla opuesta, y unos barquitos egipcios, todo negro, como pintado con tinta china, y sobre el panorama nilótico un sol color de sangre fresca, que nos envía directamente su puñado de jabalinas luminosas, obligándonos a desviar los ojos.

Dura unos minutos este espectáculo mágico. Luego el sol asciende y va desapareciendo cortado por el filo pétreo del umbral de la puerta. Se oculta a la inversa de su aparición y de su ocaso. Pierde su casquete superior, luego no es más que una especie de caldero incandescente y al final una media luna roja. El templo que fue de oro durante unos minutos se torna azul. Como el astro solar se ha ocultado sobre su portada, ya no tendrá en todo el día otra luz que una penumbra de subterráneo, volviendo a esfumarse sus adornos arquitectónicos.

Todos los visitantes se marchan al desaparecer el globo del sol. A mí me interesa permanecer solo, completamente solo en este subterráneo milenario, abierto por hombres de los cuales no queda ni el polvo. Ahora, la gran puerta, única entrada de luz, encuadra hasta su mitad una sección del Nilo, color gris de estaño. Mis pasos suenan con nuevo eco en la profunda soledad. Avanzo con cierto temor religioso hasta el fondo del templo, oscura cueva donde permanecen los cuatro dioses, rojos y azules, con tocados diferentes, tiaras, cuernos y discos solares.

Puedo examinarlos de cerca y hasta tocarlos. Sus rostros de piedra están roídos de viruelas y tienen las narices achatadas. Como la luz llega hasta aquí igual que llegaría al fondo de un pozo, a través de los templos sucesivos, parecen animarse los cuatro dioses en la penumbra con una vida misteriosa.

Siento humildad y admiración al pensar que estos hombres de piedra han vivido tres mil años y seguirán viviendo tal vez más, mientras yo, hombre de carne y sangre, seré dentro de poco un paquete de materia putrefacta, luego un esqueleto blanco, después un puñado de cal que no bastará para pintar tres metros de pared, y finalmente nada. La evolución destructiva del cadáver puede durar cien o doscientos años, y estos compañeros míos del momento llevan una existencia de treinta siglos en su cueva crepuscular.

Me consuelo de mi insignificancia examinando las victorias prodigiosas de Ramsés II grabadas en los muros. Veo al faraón en dichos relieves con estatura de gigante y a sus enemigos representados en forma tan diminuta que no alcanzan a sus rodillas. Todos ellos tienen los mismos rostros de los nubios y etíopes actuales. El rey vencedor los agarra de los pelos, formando racimos, y con un palo los golpea, mientras los que ya fueron vapuleados se prosternan medrosos a sus pies.

Son un motivo de regocijo para mí las hazañas de Ramsés II, comediante milenario, fanfarrón coronado, el primero de los reyes que logró engañar a la posteridad dando como hechos verdaderos las mentiras de sus aduladores y las jactancias de su ambición y su orgullo. Hasta hace pocos años fue llamado Ramsés «el Grande», siendo además el glorioso Sesostris del que tanto hablaron los griegos. Los egiptólogos han descubierto después la verdad, mostrándolo como un farsante que engañó al mundo ya la historia durante treinta siglos.

Al penetrar los griegos en Egipto vieron tantos monumentos a la gloria de Ramsés, tantos templos con su nombre, tantos relieves ensalzando sus conquistas, que acabaron por transmitir a las generaciones posteriores un Sesostris completamente falso.

Fue ciertamente un hombre ávido de acciones gloriosas, pero su orgullo y su fatuidad resultaban superiores a sus virtudes. Siendo príncipe heredero realizó una expedición Nilo arriba, como generalísimo de su padre, batiendo a las tribus nubias y etíopes con las ventajas de todo ejército que posee los medios agresivos de una civilización superior, y para eterna memoria de esta campaña colonial, elevó el templo en que ahora estamos. Llevó la guerra a Asia siendo ya faraón, ganoso de ensanchar las fronteras de su imperio, y aunque no obtuvo éxitos duraderos, se dedicó a sí mismo

tantos monumentos religiosos, tantos pilones conmemorativos, tantas estatuas colosales, que consiguió «engañar a la historia», o sea, a los autores griegos, que lo describen de buena fe en sus relatos como el más grande de los reyes de Egipto. Su afán de notoriedad no admitía escrúpulos, y raspó el nombre de otros faraones en monumentos anteriores a su reinado para inscribir el suyo.

No hay relato heroicamente absurdo de los antiguos libros de caballería que pueda compararse con las hazañas que este monarca se atribuye en las inscripciones dictadas por él. En uno de sus combates afirma Ramsés II que, abandonado de sus guerreros, se vio envuelto por dos mil quinientos carros de guerra y varios millones de enemigos; pero él, completamente solo, gracias a la fuerza de su brazo, obligó a huir a muchos y mató a los demás.

Su historia verdadera es otra. Lo que hizo fue venir varios años a Nubia y Etiopía para capturar miles y miles de negros, llevándolos encadenados a trabajar en sus canteras. No obstante haber levantado tantos templos, su reinado marca una regresión en la ciencia y las artes egipcias. Además, el vanidoso Sesostris se hizo modelar en todas sus estatuas como «el más hermoso de los hombres», título inventado por sus cortesanos. Los cuatro dioses colosales de Abu-Simbel tienen, efectivamente, un rostro tranquilo y correcto, con la belleza hierática que los escultores egipcios de la decadencia daban a sus dioses. Más por una singular ironía de la suerte, la momia de este falsificador de la gloria ha sido conservada hasta nuestros días. La guardan en el Museo de El Cairo y podremos verla antes de dos semanas. Todo el que ha hojeado historias de Egipto conoce la fisonomía de este Sesostris exhumado de la tumba, su rostro de momia «poco inteligente», conservando una expresión de brutalidad, de orgullo terco, de insolencia de rey.

En la plaza arenisca dominada por los cuatro colosos se agrupan algunos beduinos sedentarios, que cultivan las huertecitas cercanas mientras las aguas están bajas. Los más jóvenes se aproximan para repetir una palabra que oiremos continuamente durante nuestra permanencia en Egipto. Con una mano sostienen su garrote de madera blanca en forma de porra, y tienden la otra diciendo: *Bacshis, bacshis*. Esta demanda de propina, pues en realidad el oriental no pide limosna —aunque *bacshis* significa en árabe «limosna»—, nos sale al encuentro ante este primer templo egipcio y no nos abandonará hasta nuestro embarque en Alejandría.

Un grupo de muchachos, más hábiles y graciosos que los grandes, procura sacarnos el dinero con espectáculos de su invención. Uno de ellos, de ocho a diez años de edad, se pone en cuatro patas y sus compañeros empiezan a echarle arena sobre el lomo con ambas manos. A los pocos minutos está enterrado y sólo conserva al aire su cabeza. Luego colocan en su dorso arenisco muchas ramas leñosas, verticalmente. Se adivina por la gravedad con que realizan su obra que ésta obedece a un modelo fijo, a algo que oyeron, y que tal vez perturba con medrosas pesadillas sus sueños infantiles. Están formando un monstruo, un animal quimérico engendrado por las leyendas del desierto, tal vez simplemente un cocodrilo centenario de los que existían antes en este gran curso fluvial y la navegación a vapor ha ido repeliendo más allá de las cataratas y la confluencia de donde venimos nosotros.

El muchacho enterrado ayuda a esta evocación grotescamente pavorosa. Convencido de su papel, mueve la cabeza con gestos amenazantes y ruge. Algunas damas ríen y dan monedas de plata a los chicuelos que han asumido la dirección del espectáculo. Noto las miradas de desesperación que lanza el pobre monstruo. Revelan la certeza de no ver jamás ni una sola de dichas monedas. Pero al mismo tiempo se siente prisionero de la montaña de arena, no puede librarse sin el auxilio de los amigos de



su envoltura pesadísima, y si protesta nosotros no entenderemos su lenguaje.

Me acerco a él como si fuese a darle la comunión, e introduzco una piastra egipcia en su boca. Rugido de entusiasmo. Otros viajeros deslizan más piastras entre sus labios tostados, y el pequeño monstruo, con la boca llena de plata, hace esfuerzos para no tragarse una de las monedas y sigue moviendo su cabeza de hidra del desierto, entre gritos y bufidos.

El sol está ya muy alto y la arena empieza a reverberar un calor que punza la epidermis cáusticamente. Volvemos a nuestro buque, ansiando la fresca brisa que levanta al deslizarse por el río. Bajo el ardor solar adquiere el suelo un brillo metálico. A un lado del templo de Abu-Simbel, la pared de roca desaparece bajo un derrumbamiento de arena. Fue arrastrada por el huracán desde la meseta que sirve de techo al monumento, y quedó así, como cascada inmóvil. Un muro de dos metros de espesor, pero de simples adobes, se levanta ante la arena para contenerla, y gracias a tal obstáculo permanece libre la entrada del templo.

Al avanzar río abajo, encontramos frecuentemente estos derrumbamientos arenosos cortando el verdor de la orilla. A veces nos engañan, y tomamos por campos de trigo recién segado lo que son playas infecundas. Su color hace recordar el de los rastrojos.

Pasamos un día entero navegando por el Nilo de Nubia, hasta llegar al lago artificial de Filaé, donde empieza el Egipto clásico. Vemos a un lado y a otro algunas aldeas. El Nilo no se halla tan poblado en Nubia como después de Filaé, por ser aquí las riberas cultivables más angostas que las del antiguo Egipto. Las casas, hechas con barro, tienen canales salientes para la lluvia, fabricadas con medio tronco de palmera hueco. Junto a los pueblos existen siempre grupos compactos o dobles filas de dicho árbol. Otras veces se muestra sumergido hasta un tercio de su tronco.

En ciertos lugares donde la corriente se estrecha entre dos promontorios, vemos castillos en ruinas, antiguas fortalezas romanas, que fueron los puntos más avanzados del imperio en el mundo de entonces. Estas fortalezas las aprovecharon después bizantinos y musulmanes, reconociendo su valor estratégico.

Las orillas nilóticas tienen en Nubia un aspecto militar que evoca las violencias del pasado. Se muestran aún completamente distintas a las del Bajo Egipto, cuyos resignados pueblos de *fellahs* fueron incapaces de resistirse al vencedor. En Nubia figuró durante miles de años como un campo de caza para los explotadores de la esclavitud. Ser nubio fue en tiempo de los faraones sinónimo de esclavo. Cuando el rey de Egipto no enviaba tropas para capturar trabajadores destinados a sus canteras, ciertos mercaderes organizaban expediciones particulares para adquirir «carne de ébano». Hasta el último tercio del siglo XIX los gobernadores egipcios de este país toleraron el comercio de esclavos.

Unas veces la orilla es baja y pantanosa, manteniéndose las aldeas sobre pedestales de barro seco que han ido fabricando sus habitantes a secciones, según el ensanche de la población. En otros sitios, una cadena de montañas de color de elefante avanza hasta el río sus estribaciones, en cuyos lomos se alzan pueblos.

Estas montañas de un gris negruzco llevan a veces gualdrapas amarillas. Son grandes sabanas de arena que el *kamsin*<sup>[15]</sup> ha arrojado caprichosamente sobre sus flancos, y algún día volverá a llevarse. Hace miles y miles de años que el mencionado huracán parece entretenerse en tal juego. Sorbe por medio de sus torbellinos la arena del desierto, aglomerándola contra las montañas en olas o cascadas

inmóviles, como un testimonio de su fuerza, hasta que sopla otra vez, pero en sentido inverso, y arrebatando dichas reservas, las traslada a las llanuras, cubriendo los campos con una mortaja de infecundidad.

Vemos pobres villorrios que parecen encogidos junto a ciudades extensas y abandonadas. Aún quedan en ellas bosques de columnas que sostuvieron techumbres de templos, estatuas colosales hechas pedazos y esparcidas en el suelo, avenidas con esfinges mutiladas por los siglos, hasta no conservar más que una vaga forma escultural.

Lo que mejor se mantiene en estos cadáveres de ciudades son los «pilonos», pirámides truncadas y macizas con la piedra de sus cuatro superficies cubierta de jeroglíficos.

Otros pueblos nilóticos, de aspecto próspero, carecen de ruinas. Su desarrollo lo deben a que la ribera fluvial se ensancha en el lugar que ocupan, y sus vecinos pueden disponer de más tierra para el cultivo. En todo grupo de población, el principal edificio es la mezquita, cuadrada y hecha de barro, como las demás casas, con una cúpula pintada de blanco.

Rumian muchas cabras, en las orillas, la vegetación nilótica. Filas de mujeres marchan entre sicomoros y palmeras llevando un cántaro erguido sobre su cabeza. Estas *fellahinas*, cuando trabajan en la puerta de sus casas, no temen echarse atrás el *yabrah*, manto de algodón azul, y muestran su rostro a pesar de ser musulmanas. Lo único que tapa el manto es su cabellera, dividida en trencitas y untada con aceite de ricino. Se pintan los ojos cuando son jóvenes, igual que las mujeres de las ciudades, se tatúan las mejillas y el entrecejo con azul índigo y usan una túnica, apretada debajo de los senos, que les arrastra por detrás. Sólo cuando terminan sus trabajos domésticos y bajan al Nilo en busca de agua colocan ante su rostro la lengua máscara negra.

Las vemos caminar en fila por ambas riberas, con sus largas vestiduras oscuras o azules, cuyas colas levantan nubecillas rojas detrás de sus pasos. Esta cola debe de ser algo tradicional que las enorgullece, colocándolas muy por encima de las mujeres de las dos mesetas paralelas al río, hembras de beduinos errantes, sin otra fortuna que sus camellos, eternamente envidiosos de las cosechas que proporciona el limo de la inundación.

Algunos pueblos son completamente negros a causa del color de este limo empleado en sus edificios, y se confunden con las rocas basálticas amontonadas detrás de ellos. Es necesario mirar con anteojos para que las casas se despeguen de las peñas, viéndose en sus azoteas mujeres azules que siguen con inmóvil curiosidad el paso de nuestro vapor.

Se notan los efectos del embalsamiento del Nilo en Filaé. El dique moderno retiene las aguas después de la inundación, para distribuirlas oportunamente, y esta reserva enorme refluye Nilo arriba, haciendo subir el nivel ordinario. Casas y norias están en algunos sitios debajo del agua, asomando sólo sus extremidades superiores. Bosques de palmeras surgen también del río, convertidos para siempre en árboles acuáticos por el mencionado embalsamiento.

Pasamos ante Derr, la ciudad más importante de esta sección del Nilo. En realidad, es un villorrio musulmán; pero ciertas casas de adobes tienen piso superior, y los ricos del país las han adornado con columnas de igual materia que imitan groseramente las de la antigua arquitectura egipcia. Junto a Derr se extienden las rutas de otro gran templo de Ramsés II. ¡Siempre el vanidoso Sesostris!

Nuestra navegación dulce, reposada, sin incidentes, nos hace sufrir un continuo engaño visual, comparable al de los mirajes del desierto. Creemos deslizarnos por una sucesión de lagos. Nuestros ojos no nos dan nunca la convicción de que estamos en un río. Se van extendiendo ante la proa grandes

láminas acuáticas, pero todas ellas tienen siempre una faja de terreno cerrando el horizonte. En los lugares donde el Nilo forma un récodo, la tierra fronteriza está muy próxima. Cuando el río se desarrolla recto, las dos orillas, avanzando paralelas, acaban por tocarse y cierran igualmente la perspectiva.

A cada cambio de paisaje nuestra observación silenciosa formula la misma pregunta: «¿Por dónde saldremos de este encierro?».

Nunca se parte el horizonte con una lámina infinita de agua. Siempre tenemos en último término una colina, un acantilado, una banda de vegetación. En realidad, no se sabe cómo vamos pasando de unos paisajes a otros, y persiste el engaño de creer que atravesamos una serie de lagos comunicantes.

Empieza el anochecer. Cielo y río son de nácar, con un resplandor suave de arco iris, característico de las tierras cuya atmósfera está saturada de humedad. En torno a los pequeños pueblos se inicia la atracción del crepúsculo, la marea regresiva de la jornada. Por ambas riberas pasan filas de borriquillos llevando a lomos a sus dueños, de vuelta de los campos.

Adivinamos con anticipación la existencia de las aldeas todavía invisibles, por las procesiones humanas que añaden a ellas. Mujeres de larga cola bajan a llenar en el borde nilótico el último cántaro del día. Las norias lanzan sus postreros chirridos. El *fellah* entona con voz melancólica las estrofas finales del cántico del agua. Todavía suben y bajan en las riberas los brazos innumerables de los *shadufs*, norias a mano de cangilón único, largas perchas en forma de balancín, que el campesino egipcio maneja con rápida habilidad, sacando cubos llenos para hacerlos caer en la pequeña acequia situada dos metros más arriba.

Suenan en la atmósfera azul los últimos estremecimientos de un trabajo que viene repitiéndose, junto al Nilo, hace ocho mil o diez mil años, siempre en la misma forma, con igual resignación fatalista ante la Naturaleza y el Destino. Del fondo de este curso acuático eternamente nutridor va surgiendo un vaho que envuelve personas y cosas, dando un temblor fantasmagórico a sus líneas y una pátina violeta a sus colores.

La hora es de cristal, y todo vibra, comunicando a la atmósfera sonoridades que vencen los obstáculos de la distancia. Oímos con claridad voces de hombres que marchan por las riberas, pequeños como hormigas; ladridos de perros invisibles en el interior de aldeas lejanísimas que parecen escapadas de una caja de juguetes.

Suenan cercanos, como ruidos de nuestro propio buque, la caída de un remo en una barca oculta entre las cañas, el relincho de un caballo hundido hasta el vientre en las vegetaciones de un pantano.

Nos cruzamos con un vapor semejante al nuestro, que lleva ya encendidas todas las luces eléctricas de sus salones. Cae la noche con la instantaneidad violenta de los países tropicales.

Mañana, al salir el sol, estaremos en Filaé.

## El lago de Filaé

El Nilo clásico y el mecanismo de sus inundaciones.—Ceremonias populares al elevarse las aguas.—Inconvenientes y ventajas del gran dique de Asuán, que forma el lago de Filaé.—Las cataratas del Nilo no existen.—La barca, sus remeros y el hermoso fetiche cantor.—Inquietudes de los padres musulmanes.—El trabajo egipcio hecho a coro.—Los templos sumergidos de la isla de Filaé.—Aspecto relativamente europeo de Asuán.—Creemos estar ya en nuestra casa.—Los espantamoscas y la más terrible de las plagas de Egipto.—La noche en Luxor.—Vuelvo a encontrar la exuberante abundancia de marfil y resuelvo definitivamente mis dudas.

Si el Nilo no existiese, sería Egipto una continuación del desierto del Sahara hasta la costa del mar Rojo. Gracias al río nutridor ha podido decirse, desde los tiempos de Herodoto, que «Egipto es un don del Nilo».

Esta nación milenaria consiste en un larguísimo oasis entre dos mares de arena. A su derecha se extiende el desierto Árábigo, llamado así por resultar una prolongación de la Arabia Pétreá, situada en la orilla opuesta del mar Rojo. A su izquierda el desierto de Libia, en el que se alzan las célebres Pirámides de Gizeh, es llano como una mesa, y los oasis que existen en su superficie tabular ofrecen la particularidad de estar tallados en hueco, halándose algunas veces sus hondonadas de campos feraces más abajo del nivel del Mediterráneo.

Casi toda la población egipcia vive aglomerada en el valle nilótico, espacio que apenas representa el cuatro por ciento de los territorios del actual reino de Egipto. El noventa y seis restante puede decirse que está casi inhabitado, pues sólo mantiene bandas errantes y poco numerosas de beduinos.

Siete millones y medio de egipcios se hallan establecidos a lo largo del río, siendo sus dos orillas un doble oasis de gran feracidad que ocupa 1200 kilómetros de Asuán al Mediterráneo.

La anchura de este valle es enorme en el delta, o sea, en su término, extendiendo sobre el Mediterráneo un frente de doscientos kilómetros. El Nilo afecta la forma de un árbol, siendo el delta su copa. El tronco, representado por todo el curso del río, no tiene más que una anchura media de diez kilómetros, y en algunos sitios menos. Resulta de ello que la población de Egipto, aglomerada en un espacio superior apenas al de Bélgica, ofrece una densidad sólo comparable a la de las regiones más habitadas de China o la India.

No bastaría la corriente ordinaria del Nilo para mantener a esta población enorme, pero proporciona además los beneficios anuales de su inundación. El clima de Egipto es de una sequedad extrema, y su caudal de lluvia resulta poco importante en unas regiones, y en otras completamente nulo. Para los autores antiguos fue un secreto milagroso el mecanismo de estas crecidas, que se repiten todos los años con una regularidad cronométrica. El Nilo Blanco aporta el agua de los grandes lagos ecuatoriales, manteniéndose invariable su volumen gracias a las grandes lluvias del África intertropical. El Nilo Azul, originario de las montañas de Abisinia, crece enormemente, como ya dijimos, cuando llueve en dichas montañas, de junio a agosto, y además su arrastre es muy impetuoso, pues desciende 1400 metros desde su nacimiento hasta su desembocadura en Jartum.

Este equilibrio de los dos afluentes origina y sostiene la prosperidad egipcia. Si el Nilo Azul fuese el único creador del Nilo de Egipto, éste recibiría un gran caudal de agua de julio a septiembre, quedando casi seco el resto del año. Si el Nilo Blanco fuese igualmente su único generador, le daría

una corriente anual continua, pero de pobre nivel, no alcanzando a regar los campos situados sobre sus dos orillas escarpadas.

Como se ha dicho muchas veces, el Nilo Blanco «hace el Nilo» y el Nilo Azul «hace el Egipto». En los meses de abril y mayo, mientras Europa conoce los esplendores de la primavera, Egipto tiene un aspecto de desolación. El Nilo está muy bajo. Las ciudades quedan en las cumbres de las riberas, alejadas del río, con gran escasez de agua. Es también la época en que sopla, durante siete semanas, el viento sofocante del desierto, el terrible *kamsin*, que esparce la arena y arruina muchas veces toda una región. La gente sufre enfermedades a causa de la sequedad del ambiente. Es la época de las «plagas de Egipto», conocida y lamentada desde hace miles de años.

En junio cambia felizmente el régimen atmosférico. El caldeamiento de la tierra atrae los vientos del Mediterráneo, tan esperados por los egipcios que los llaman «vientos del Norte». En los monumentos fúnebres de la Antigüedad hay inscripciones alabando «los soplos deliciosos de los vientos etéreos o del Norte, que refrescan y purifican la atmósfera», y los poetas los comparan a una lágrima de Isis caída en el río.

Se inicia la inundación con una lenta subida de las aguas. Luego toman éstas un color verde, que dura algunos días, y es debido a los grandes bancos vegetales que obstruyeron durante el invierno los afluentes del río Blanco en el África intertropical. Dicha agua es dañosa para la salud de los que la beben y da origen a grandes perturbaciones estomacales. Luego el Nilo toma un color de sangre y empieza la verdadera crecida, que va en aumento hasta septiembre. Esta agua es la que llega cargada de tierra de las montañas de Abisinia, dejando sobre los campos una capa de limo fecundante. Se calcula que toda crecida nilótica deposita en el valle veinticinco millones de toneladas de barro abonador. El agua del Nilo Rojo, a pesar de ser terrosa, resulta más sana y agradable para beber que la del llamado Nilo Verde.

La bajada de las aguas es más rápida que la subida. Se inicia a mitad de octubre y termina antes de noviembre. En diciembre queda limitado el Nilo a su propio lecho y su caudal acuático es semejante al que tiene en este momento bajo la quilla de nuestro buque-hotel. Aún transcurrirán cuatro meses antes de que vuelva a hincharse y subir bajo el impulso de su poderoso afluente el Azul.

A medida que se va retirando el Nilo empiezan las siembras de invierno, y durante los meses de diciembre, enero y febrero, cuando la tierra de Europa parece dormir, Egipto está todo verde. A un lado y a otro del río vemos ahora trigales muy altos, que madurarán en el mes inmediato, o sea en abril.

Los relatos de los escribas egipcios, a pesar de sus descripciones fragmentarias, nos permiten imaginar con qué ansiedad esperaron los habitantes de este valle durante miles de años la subida de unas aguas de las que dependía su existencia. La primera alegría del pueblo era ver el pequeño cocodrilo llamado *ack*, divino precursor que venía Nilo abajo desde las ignoradas fuentes con la primera oleada de la inundación.

Ahora ya no hay cocodrilos en el Nilo Bajo. Llegaron a tener en la Antigüedad hasta seis metros de longitud; pero la navegación a vapor y los diques del riego moderno los han hecho huir, como ya dije, más allá de la primera catarata. Quedan algunos en Nubia, mas únicamente se les ve en abundancia arriba de la sexta catarata, o sea, a partir de Jartum.

Después de la aparición del *ack*, los egipcios antiguos seguían atentamente los diversos fenómenos de la crecida: el empuje de las aguas verdes arrastrando la vegetación corrupta de los lagos pantanosos

vecinos al Nilo Blanco, la presencia de las aguas «rojas» teñidas por el barro de los torrentes etiópicos; y cuando la corriente empezaba a humedecer las crestas de los diques llegaba el momento más solemne. Grupos de *fellahs* cortaban los baluartes de tierra que habían servido de compuertas impidiendo hasta el instante oportuno la entrada del agua fangosa en los canales de riego. Los sacerdotes alzaban sus brazos, quedando en hierática postura, para gritar: «Salud, ¡oh Nilo!, tú que vienes a dar su vida a Egipto».

Bailaba la gente lanzando gritos de alegría. Al cortar los malecones de tierra se dejaba un pedazo de dicha compuerta en medio del canal, para que la corriente lo royese, derrumbándolo a los pocos momentos entre aplausos de la muchedumbre. A este mojón de barro lo apodaban «la novia», y según opinión de Reclus, dicho simbolismo obedecía a la idea popular de que todo don de los dioses debe ser compensado por una inmolación. También arrojaban una muñeca en el agua fangosa, tal vez como recuerdo de víctimas verdaderas que habían sacrificado muchos siglos antes para que el divino Nilo no les retirase sus favores.

En la actualidad no se recibe con fiestas religiosas la llegada de la inundación, pero todavía representa el suceso más interesante del año y provoca un regocijo popular. Apenas crece el río, hombres, niños, búfalos y caballos se meten en el agua refrescante y chapotean junto a las orillas horas enteras. Las olas arrastran grandes bancos de peces, y las aves silvestres, así como las de corral, forman bandas sobre la corriente para pescarlos con sus picos. Debo añadir que cuando la tierra, seca y ardorosa durante cuatro meses, empieza a humedecerse con el crecimiento de las aguas, da vida a enjambres infinitos de insectos que sólo los egipcios pueden resistir y justifican la antigua leyenda de las plagas.

El año egipcio figura dividido por los diversos niveles del curso nilótico, que tanto influyó igualmente en la historia del país. Egipto sólo tiene tres estaciones de cuatro meses: la de siembras y crecimiento de las plantas, entre noviembre y febrero; la de las cosechas, de marzo a junio, y la de inundación, de junio a noviembre. El nivel de la crecida fluctúa entre siete y ocho metros, pero tal diferencia, que parece poco importante, determina la abundancia o el hambre. Si pasa de ocho metros en El Cairo, resulta excesiva y perjudicial; si llega a menos de siete, es insuficiente y la cosecha queda comprometida o se pierde.

Para evitar tal peligro, se abandonó el sistema de sumersión que usaban los antiguos, dejando confiado el éxito agrícola del año al azar de un nivel mayor o menor de la corriente inundadora. Ahora el riego se regulariza con ayuda de diques guardadores de poderosas reservas acuáticas, y por medio de canales que las reparten según las necesidades de los campos.

Mohamed Alí, el déspota progresivo que tantas cosas quiso hacer rápidamente para la civilización de su país, empezó la construcción en el delta de la gran barrera del Nilo, dique que abarca los dos brazos de su desembocadura y eleva el agua distribuyéndola. Ha influido más en la riqueza de Egipto la barrera de Asuán, que veremos mañana, dique de mil novecientos metros de longitud, con ciento ochenta compuertas que sirven para distribuir las aguas del Nilo de Nubia por el que venimos navegando. Esta reserva se acumula en el antiguo valle de Filaé, convertido en lago durante los meses de sequía.

Como ocurre en todas las obras enormes de la industria moderna, el lago de Filaé es culpable de varios atentados contra el arte, y mantiene además sumergidos algunos pueblos que sus vecinos

tuvieron que abandonar. Pero justo es añadir que al mismo tiempo que perpetró estos crímenes ha realizado el milagro de doblar o triplicar la riqueza del país.

Acumulando las aguas del Nilo nubio en su gigantesco recipiente para que no vayan a perderse en el mar, puede distribuirlas con metódica oportunidad a todo el valle bajo del Nilo egipcio durante los meses en que es más pobre su caudal. Gracias a este dique, miles y miles de agricultores pueden cultivar todo el año y en vez de una cosecha dan sus campos dos y tres. En verano, muchas tierras, antes tostadas y estériles, se cubren ahora de cultivos ricos, como la caña de azúcar y el algodón, y en otoño dan el sorgo, alimento del pueblo, que sólo necesita setenta u ochenta días para madurar.

Se muestran orgullosos los ingleses de esta obra gigantesca realizada bajo su inspiración, mas no por eso debe olvidarse al Nilo, gran benefactor del país. Su agua resultará siempre la creadora del Egipto, sean cuales sean los progresos que realice el hombre en su economía y distribución.

Todos los pasajeros del hotel flotante sentimos gran interés por conocer el embalsamiento de Filaé, y a causa de ello nos encontramos en las diversas cubiertas antes de la salida del sol. Surge éste como una bola de sangre coagulada y sombría, y se enrojece según va elevándose. Las riberas nilóticas huyen de nuestro buque por ambos lados, y ante la proa se extiende una llanura líquida orlada de colinas rocosas.

De pronto este lago se cubre de peces purpúreos e inquietos, que se trasladan de una banda del buque a la opuesta, como si nadasen bajo su quilla. Son simplemente los reflejos de un sol egipcio que hemos visto nacer casi oscuro hace pocos minutos y ahora nos obliga a bajar los ojos. El caprichoso movimiento de las miríadas de peces ígneos creados por él se debe a las evoluciones de nuestro vapor, que va buscando un sitio favorable para fondear.

Acuden en semicírculo unas cuantas lanchas, muy largas, con numerosos remeros nubios. Cada una lleva un piloto de camisa blanca y gorro escarlata, el cual, de pie junto al timón, grita palabras en diversos idiomas, alabando la hermosura de los templos sumergidos y la colosal grandeza del dique.

Abandonamos el buque para siempre. Este hotel flotante sólo navega entre la barrera fluvial de Asuán y la segunda catarata de Wadi Halfa, dependiendo del gobierno sudanés. Le es imposible ir más lejos.

Bajo a una de las barcas, movida por ocho remeros. Además lleva un gracioso y pequeño beduino en la proa, como si fuese el fetiche de la embarcación. Corta ésta con rapidez las aguas tranquilas y profundas de un depósito de riego que parece un pequeño mar. Costeamos riberas altísimas de peñascos, que oscurecen la brillante superficie con la proyección de su sombra; doblamos colinas angulosas que en otros meses tienen campos de sorgo al pie de ellas y ahora son promontorios y cabos.

Desembarcamos junto al arranque del dique de Asuán, y como tiene cerca de dos kilómetros de longitud, creemos oportuno tomar asiento en una de las vagonetas que se deslizan sobre rieles en el lomo de dicha barrera. Es una muralla ancha como un paseo, una obra de albañilería colosal, algo semejante a las Pirámides faraónicas, pero acostado en el río, con arcos lo mismo que un puente, para que el agua prisionera salga en cascadas cuando se levantan sus compuertas. Repetidas veces saltamos de nuestro vehículo al darnos cuenta de que abajo está funcionando una de las caídas acuáticas. Permanecemos de codos en el parapeto, inmovilizados por la atracción contemplativa del agua corriente, igual a la del fuego del hogar. No podemos huir nuestros ojos de estas masas espumosas que escapan por un lado del dique, mientras en la cara opuesta brilla el vasto embalsamiento con una tersura de lago dormido.

Aprovecho la ocasión para decir que estas cascadas artificiales son las primeras que he visto en el Nilo, a pesar de que venimos siguiendo sus cataratas desde la sexta a la primera.

Las famosas cataratas del Nilo no existen. Tal vez fueron ciertas en una remota antigüedad, al poseer este río un caudal mayor y existir barreras naturales de rocas que el tiempo ha ido royendo y rebajando. Las llamadas cataratas son simplemente unos rápidos. El agua del Nilo no se desploma de grandes alturas, como la del Niágara o el Iguazú; salta con gran estrépito y vaporosos hervores entre las peñas que obstruyen su curso, se parte en numerosos brazos durante varios kilómetros, pero nunca llegan a formar sus caídas cataratas ni enormes cascadas.

Volvemos en nuestra vagoneta al lugar del embarque. La empujan varios nubios de luenga camisa, pero se ha agregado a ellos una nube de chiquillos, que fingen ayudarles o corren sin objeto al lado del vehículo, repitiendo a gritos la misma palabra: *Bacshis, bacshis*.

Todos piden propina, aunque no han hecho nada. Es a modo de un saludo nacional. Por primera vez nos ponemos en contacto con la muchedumbre egipcia, que luego vamos a encontrar en todas las poblaciones y lugares históricos, tan diferente del grave y modoso *fellah*, cultivador de la tierra nilótica. Estos parásitos del invernante y de cuantos visitan los monumentos ruinosos, guías, cocheros, borriqueros, vendedores de antigüedades falsas, etc., muestran una insolencia y una audacia que casi resultan inocentes a fuerza de ser insólitas. Miran con descaro, protestan por sistema de lo que se les da, jamás se consideran satisfechos, y se burlan del viajero cara a cara, con un cinismo franco, cruzando entre ellos palabras en su idioma acompañadas de gestos que no dejan duda sobre su intención. Cuantos servidores encuentra el extranjero en el resto del mundo, japoneses, chinos, javaneses, malayos o indios, resultan de un trato delicioso comparados con sus congéneres de Egipto.

Ahora la barca nos lleva a ver los templos de Filaé. Su tripulación empieza un rito preparador del inevitable *bacshis*. Reman todos, exagerando su esfuerzo, mirándonos con fijeza para que nos demos cuenta exacta de la importancia de su trabajo. El que lleva el timón lanza un grito, y en seguida los remeros rompen a cantar.

Desde Asuán a las bocas del Nilo, todos los egipcios que hacen algún trabajo juntos deben cantar a coro. Dicha costumbre tal vez data de seis mil años. Ya he dicho que el *fellah* no puede extraer agua del Nilo sin entonar una canción, y también canta cuando se lo permiten los trabajos de la tierra. Hay pueblos en Europa, especialmente Italia y España, donde el campesino necesita cantar mientras trabaja, pero esto lo hace de un modo individual, y la particularidad del pueblo egipcio consiste en que necesita el canto o la música para toda labor común.

Tal vez procede esto de la época en que se levantaron las pirámides y otras obras semejantes, cuando las muchedumbres convocadas por el faraón subían masas enormes de roca por planos inclinados, obedeciendo sus impulsos al ritmo de un canto que excitaba y reglamentaba el esfuerzo de todos. En las obras de albañilería, en las navegaciones nilóticas, en todo acto de laboriosidad colectivo, cantan los trabajadores, y muchas veces da medida a la actividad de sus manos una flauta con acompañamiento de tamboril.

Nuestros remeros cantan, y de otras barcas que cruzan el lago a lo lejos y parecen navegar por el aire de un modo irreal, a causa de la claridad de las aguas que las sostienen, nos llegan nuevos cánticos como respuesta. Cada estrofa la inicia el muchacho bonito que va sentado en la proa, y los ocho remeros contestan con una música que carece de palabras y no es más que una onomatopeya



melódica. Su árabe nubio suena con rimas perceptibles para nuestro oído, y el piloto se esfuerza por traducirnos lo que dicen los versos.

Es una canción en la que tal vez tiene más importancia la sonoridad de las palabras que el pensamiento poético expresado con ellas.

—«Una bella muchacha ha bajado al jardín» —gorjea el adolescente de la proa con su voz dulce de mujer.

Y todos los bogadores contestan en diversos tonos, armonizados por su instinto: ¡Oh!... ¡oh! ¡Oh! ... ¡oh!

Describe el pequeño cantor cómo la bella recoge flores, cómo piensa en su amante, etc., y los remeros nubios repiten su «¡oh!» con entusiasmo, temblándoles los párpados, cual si viesan a la hermosa doncella y la tuvieran al alcance de sus manazas, en este país donde las hembras cuestan muy caras y las que no son bestias de trabajo sólo se dejan ver de los hombres cubiertas con un dominó negro. Únicamente los ricos pueden gozar la sociedad de mujeres verdaderas, dignas de tal nombre por los cuidados de su cuerpo y los hermoamientos del lujo.

La fealdad algo bestial de estos remeros, su rudeza de musulmanes pobres, contrasta con la rara hermosura del muchachito que inicia el cántico. Uno de los bogadores, el único viejo y barbudo, es sin duda su padre. El niño no trabaja. Tal vez a causa de su buen aspecto lo destinan a entrar como servidor en algún hotel elegante, emancipándose así de los duros trabajos que siempre pesaron sobre su familia.

Va vestido lujosamente, con alquicel blanco y chaleco rayado de colores. El padre es el bogavante, el primer remero junto a la proa, para tenerle más cerca. Se adivina que ni por un minuto lo deja solo, temiendo la inquietante sociedad con sus compañeros de trabajo. En los países orientales la madre no necesita preocuparse de sus hijas; las tienen seguras en su casa, haciendo vida de harén, y cuando salen llevan el rostro cubierto. Los padres sufren mayores inquietudes. Si van a trabajar, llevan al hijo a su lado, lo tienen siempre a la vista, y sólo cuando es hombre y perdió las gracias de la adolescencia se libran del tormento de una vigilancia recelosa.

Empezamos a navegar entre templos sumergidos que sólo muestran sobre el agua un tercio de sus columnatas y las robustas cornisas de piedra. Nuestra lancha está sobre una isla que no vemos, la de Filaé o Filé.

Antes de construirse el gran dique de Asuán, esta isla quedaba siempre por encima del nivel de las inundaciones. Ahora desaparece durante algunos meses todos los años y los templos que la cubren se convierten en un archipiélago de islotes arquitectónicos. En el Egipto milenario, donde la antigüedad de los monumentos asciende hasta ochenta siglos, los templos de Filaé pueden llamarse modernos. El más antiguo es de 350 años antes de nuestra era, cuando gobernaba Nectanebo II, último rey indígena de Egipto. Los otros, de asperón blanco, que aún conservan muros con imágenes y capiteles policromos, fueron erigidos por los Ptolomeos y diversos emperadores romanos, ganosos de imitar el arte egipcio para hacerse simpáticos a las gentes del país.

No tienen la majestad robusta de los edificios de Tebas y Menfis; en cambio, parecen más ligeros y agradables a la vista. Son monumentos decadentes creados por la imitación; tienen el atractivo de las obras inspiradas por la moda.

Causa cierta angustia ver sumidos en el agua estos templos a la gloria de Isis, que fueron convertidos después en iglesias por el cristianismo bizantino y en mezquitas por los vencedores

musulmanes; pero como todos ellos son de piedra y han resistido el peso de los siglos, afirman los ingleses y los egipcios interesados en el embalsamiento de Filaé que la inmersión anual no puede acelerar su ruina. ¡Así sea!

Desembarcamos en un pequeño muelle de barro junto a la estación de Asuán. Vemos a lo lejos grandes hoteles europeos. En los andenes nos cruzamos con los últimos invernantes que empiezan a retirarse hacia El Cairo a causa del calor.

Ha empezado ya la mala época en la parte alta del valle del Nilo, y pasadas unas semanas se iniciará igualmente la fuga de los que viven en El Cairo.

Muchos visitantes de Egipto, cuando llegan a Asuán, se imaginan estar en lo más remoto del Nilo habitable. Más allá es para ellos el África tenebrosa, el misterioso Jartum, la confluencia de los dos Nilos, etc. Nosotros, en cambio, al llegar a Asuán creemos estar ya en Europa... Históricamente nos consideramos en nuestra casa después de haber vivido entre japoneses, chinos e indostánicos, pueblos que jamás tuvieron relación alguna con la vida mediterránea. Los egipcios fueron maestros en muchas cosas de griegos y romanos, y resultan algo así como remotísimos abuelos de la gran familia latina.

Además, ayuda a esta ilusión lo que vamos viendo en torno a nosotros. Los criados llevan zapatos; en los hoteles hay domésticos franceses e italianos; en todo comedor se encuentra un *maître d'hôtel* que ha trabajado en la Costa Azul. Después de nuestro largo viaje apreciamos como una excursión insignificante bajar el resto del Nilo, hasta Alejandría, y cruzar el Mediterráneo.

Nos parecen máscaras incomprensibles los hombres del país con sus luengas camisas, las mujeres arrastrando la cola del vestido, tapadas con su antifaz negro y colgante, y ciertos europeos de indumento exótico. Ya podemos decir que hemos terminado nuestro viaje.

Lo único que nos hace dudar de ello es la abundancia de moscas. A partir del mes de febrero, esta plaga de Egipto resulta indescriptible. El egipcio no parece enterarse de ella. Como la conoce desde que nació, se resigna.

Durante los meses malos viven las gentes del pueblo con un redondel de moscas inmóviles en torno de los ojos, otro círculo más grande alrededor de la boca y unas cuantas que revolotean junto a la nariz, disputándose el sitio. No se toman el trabajo de sacudirlas... ¿para qué? Llegarían otras y otras, más ávidas, más agresivas, por el incentivo de la novedad. Resulta preferible conservar las que ya están instaladas. Y cada ribereño nilótico sale de su vivienda, se dirige al campo o a sus quehaceres, si vive en poblado, y regresa al domicilio conservando la misma nube de moscas propias.

Hasta en los hoteles lujosos hay que batallar con esta calamidad milenaria. Los invernantes y las gentes distinguidas del país van a todas partes llevando un espantamoscas en la mano. Es una particularidad de Egipto, que usan todas las personas acomodadas. Consiste en un manojo de crines blancas, semejante a una cola de caballo, y sujeto a un agarrador de marfil.

Veo en la estación de Asuán a un príncipe de la familia real italiana con todo su séquito de cónsules y agregados de legación, que le acompañan en su viaje por el país. Este grupo y los demás que esperan el tren agitan maquinalmente, mientras conversan, sus colas del caballo, dándose disciplinazos en el rostro y las espaldas. Ni aun así pueden librarse de estas moscas egipcias, hinchadas, pegajosas, incapaces de espantarse ni de huir, que pican hasta el último momento de su existencia.

Esta noche duermo en Luxor, sobre el solar de la antigua Tebas, y antes de acostarme resuelvo

definitivamente una duda que me preocupa desde que pisé el suelo de África.

Vuelve a salirme al paso en Asuán el marfil abundante y vistoso, cuya pista perdí en la ciudad del profeta. Ya he dicho que todos los espantamoscas tienen un largo puño de marfil. En la estación hay tiendas que ofrecen los mismos objetos de Port Sudán y de Jartum, pero dentro de escaparates elegantes, en mayores cantidades y con precios marcados. ¡Qué de colmillos debe poseer cada elefante de África para dar abasto a tal producción!...

Por la noche, después de la comida en el Gran Hotel de Luxor, salgo a visitar las tiendas inmediatas que se extienden frente al Nilo. La más grande e iluminada de todas sólo vende objetos de marfil. Además de los que llevo vistos, encuentro cortapapeles, objetos de escritorio, copas, cuantos artículos necesarios para la vida pueden tallarse en las ricas defensas de un paquidermo.

El dueño, mezcla de griego, indostánico y judío, un verdadero comerciante de la temporada invernal, como si presintiese mis dudas, me da explicaciones profesionales sobre el marfil. Hay muchos vendedores sin conciencia que engañan al público dándole género falsificado; pero él no figura entre ellos. Cuanto tiene en su tienda es puro. La prueba puede ofrecerla inmediatamente. Y me muestra en un rincón de su establecimiento una tarima cubierta de esteras egipcias, un taller a estilo oriental, con un beduino sentado sobre sus piernas cruzadas, que mueve una pequeña sierra mecánica. Al mismo tiempo aplica a la cinta de acero un legítimo colmillo de elefante, pero de elefante desgraciado, de elefante párvulo, pues el tal colmillo no llega a la longitud ni al grueso de un brazo de hombre.

Acaba de entrar en la tienda un viejo matrimonio inglés, y se une a mí para escuchar esta explicación, contemplando curiosamente el trabajo. Cae del mísero colmillo una redondela amarillenta, y el árabe nos la muestra, sonriéndonos con todo el verdadero marfil de sus dientes. Tiene el mismo aire de un prestidigitador cuando acaba de realizar un juego maravilloso y saluda, esperando un aplauso.

No veo en toda la tienda otro colmillo que este que acaba de perder su rodaja más gruesa. ¡Los cientos, los miles iguales a él que se necesitarían para fabricar todas las obras que llenan anaqueles y escaparates!...

Mientras la pareja británica habla con el dueño, deseosa de hacer compras después de una demostración tan convincente, tomo en mis manos la pieza recién aserrada que me ofrece el artífice indígena. ¡Completamente fría, no obstante la fricción violenta de la sierra!...

Después de vagar media hora frente a los otros establecimientos que reflejan sus luces en el Nilo, vuelvo a situarme junto a un escaparate de la tienda de los marfiles. Veo a través de los vidrios cómo el comerciante da explicaciones a otros viajeros. Luego les muestra el árabe en cuclillas, ante el aparato aserratorio, con el mismo colmillo en la mano. Y cuando los curiosos se acercan, ¡paf!, vuelve a caer la redondela.

Juraría que es la misma, ligeramente pegada para el simulacro de aserramiento... Hay que economizar el colmillo.

## Tebas, la de las cien puertas

El papiro y el loto.—Memfis y Tebas.—Los faraones del Alto Egipto.—Tebas, la de los cien pilones.—Falta de edificios civiles en las ruinas egipcias.—Cómo vivía el pueblo.—La lluvia, más temible que un temblor de tierra.—Decadencia de Tebas originada por sus reyes.—Cortejos esplendorosos de los faraones.—Alianza estrecha de los monarcas y los sacerdotes.—El palo, batuta directora de la vida egipcia.—Los hijos actuales de los *fellahs*.—La admirable columnata de Karnak.—Cómo eran los templos egipcios.—La soledad de Tebas durante largos siglos.—Eremitas cristianos de la Tebaida.—Las tentaciones de San Antonio.—Ruinas de Tebas animadas por el diablo.—Nuevos siglos de soledad.—Los soldados de la República aplauden la más asombrosa de las decoraciones.

Abro el balcón de mi dormitorio y, aunque la hora es muy temprana, penetra un chorro de sol cegador, en el que aletean numerosas moscas. Al sacudir la torpeza del sueño me doy cuenta de que vivo en la antigua Tebas, capital donde se concentraron las mayores grandezas históricas de Egipto. Estas riberas del Nilo son las clásicas, las que empezaron a describir poetas y viajeros hace dos mil años.

El esplendor de la luz resulta aquí una riqueza y un tormento. Como han dicho algunos, el sol de Egipto no es radioso, es rutilante, y el suelo parece devorado por los fuegos del día. No carecen de árboles las riberas nilóticas, y sin embargo es difícil encontrar en ellas un poco de sombra. Sus pequeñas arboledas se componen de acacias que dan la llamada goma arábica, de tamariscos, cuyo débil follaje ha sido cantado por los poetas árabes, y sobre todo de palmeras, hermosas visualmente, pero de sombra mediocre.

Dos ciudades se reparten la milenaria historia de Egipto: Menfis, en el Nilo Bajo, cerca de El Cairo actual, y Tebas, metrópoli del llamado Nilo Alto, en tiempos que la influencia egipcia no iba más allá de la primera catarata. Los faraones usaban dos coronas para representar su autoridad sobre los dos Egiptos.

En todos los documentos y en las inscripciones lapidarias, dos plantas del Nilo simbolizaban jeroglíficamente las dos secciones del imperio faraónico: el papiro y el loto. El papiro, planta característica del Bajo Egipto, lo cultivaban los agricultores del delta a causa de su valor industrial. Daba su médula nutritiva para alimento de la familia; sus hojas ligeras y flexibles las empleaban los cesteros, y sobre todo era buscado por su epidermis, con la que se fabricaba una especie de cartón que sirvió de papel a los antiguos. El loto, símbolo del Alto Egipto, a sea de Tebas, se cubría de flores blancas, azules o encarnadas, siendo comestible su semilla, llamada por los extranjeros «haba de Egipto».

Hoy apenas se encuentran en todo el curso del Nilo estas dos plantas que sirvieron de emblemas nacionales. El cultivo moderno ha hecho suceder una nueva flora a la antigua, que ya no es más que un recuerdo histórico.

Contemplo desde mi balcón el muelle inmediato, un poco más lejos el Nilo brillante bajo el sol matinal, enfrente la ribera izquierda con sus campos verdes de cereales, y en el fondo las montañas desnudas y rojizas del desierto Líbico. A mis espaldas, más allá del hotel y las construcciones cercanas, existen igualmente una faja de campos nilóticos y las montañas secas y rojizas del otro

desierto, que es el Arábigo.

Se comprende que las primeras tribus pobladoras del Nilo, al ver su dirección linearia de sur a norte, igual a un meridiano, imaginasen que el resto del mundo estaba dividido por su río en dos partes iguales, y esto les hizo creer en la serpiente mítica enrolada en torno de nuestro globo mordiéndose la cola.

Siento un vehemente deseo de conocer los restos de la capital tebana. Sin ella se hubieran perdido las mejores obras del arte egipcio y gran parte de su historia.

Menfis desapareció casi enteramente. Sólo quedan de ella las Pirámides, la Esfinge y los templos salvados por la marca arenosa del desierto. Situada cerca del delta, por donde entraron todas las invasiones, sufrió más que las ciudades del interior. Los musulmanes, al crear El Cairo en sus cercanías, la explotaron como una simple cantera. Sus templos ruinosos, pero todavía en pie, fueron cayendo bajo la piqueta de los alarifes árabes, y en las mezquitas de El Cairo se encuentran muchas piedras procedentes de Menfis y Heliópolis empleadas como sillares, sin respeto para sus inscripciones jeroglíficas. Hicsos, persas, macedonios, romanos y árabes, todos los invasores de Egipto, permanecieron en el delta, estableciéndose cerca de Menfis y aprovechando como materiales de construcción las obras faraónicas.

Tebas, situada en lo alto del Nilo, lejos del núcleo invasor, pudo conservarse durante muchos siglos lo mismo que en sus mejores tiempos. Si sus edificios milenarios sufrieron grandes quebrantos, fue por obra de la Naturaleza más que del hombre. Varios temblores de tierra en los últimos años de la Edad Antigua destruyeron una parte de sus templos, pero las piedras derrumbadas quedaron al pie de los muros, y han sido relativamente fáciles las restauraciones.

El origen de Tebas resulta oscuro y modesto. En los tiempos más gloriosos de Menfis, los príncipes de Tebas eran unos feudatarios sin importancia. A partir de la XII dinastía suplantaron a los soberanos menfitas, pero les fue necesario mucho tiempo para hacerse reconocer por todo el país. No cuentan las crónicas egipcias cómo lo consiguieron, ni se sabe gran cosa de la primera dinastía tebana. Durante su reinado empezaron las guerras de los egipcios con los pueblos vecinos, veintiocho o treinta siglos antes de nuestra era.

Habían llegado los egipcios de entonces a una civilización culminante. Puede decirse que sólo avanzaron después muy lentamente. En las tumbas de los personajes de dicha época hay pinturas que representan las operaciones agrícolas tal como se realizan aún en muchos pueblos modernos, especialmente la recolección de las mieses y la vendimia. Se ven escultores que tallan piedras, vidrieros que inflan botellas, alfareros que moldean vasijas y las cuecen, carpinteros, ebanistas, tejedores, la mayor parte de los oficios existentes en la actualidad.

Estos primeros monarcas de Tebas reinaron en paz sobre Egipto durante quinientos años; pero el peligro para ellos vino de fuera, y al final de la XIV dinastía no pudieron defender el territorio nacional.

Vivían entonces entre Egipto y Siria unas tribus de pastores, guerreros nómadas y ladrones, que viajaban incesantemente por el desierto Arábigo, en busca de hierba para sus rebaños de terneros y camellos. Eran semejantes a los actuales beduinos de Arabia. Un jefe indígena los agrupó excitando su codicia con la descripción de las riquezas de los faraones, y atravesando el istmo, cayeron sobre Egipto lo mismo que una nube de langosta.

Incendiaron muchas ciudades, exterminaron a los hombres, esclavizaron mujeres y niños, y luego

de conquistar todo el delta eligieron un rey. Doscientos años gobernó el país la dinastía de los monarcas hicsos. Los vencidos le daban este nombre, que significa «reyes de ladrones». Otros llaman a los hicsos «reyes pastores». Ellos y sus guerreros son tratados en las inscripciones egipcias de «malditos, impuros, leprosos y pestíferos».

Los hicsos, a semejanza de otros invasores del Egipto, acabaron por adoptar las mismas costumbres de los faraones, edificando templos y palacios, aconsejándose, como ellos, de escribas concedores del espíritu nacional. Los príncipes de Tebas, considerándose sin fuerza para combatirlos, permanecieron sometidos doscientos años, pero al fin se sublevaron, y después de otro siglo de guerras consiguieron libertar a Egipto.

A continuación de este triunfo empezó el verdadero período glorioso de los faraones de Tebas, el de su influencia exterior. Tuvieron más soldados que nunca y realizaron expediciones militares por la Siria, llegando Tutmosis I hasta las orillas del Éufrates. Todos los egipcios, bajo las dinastías tebanas, fueron soldados u obreros, y como recuerdo de un esfuerzo constructor que duró muchos siglos, quedan los monumentos de esta vasta llanura.

Homero, al hablar de Tebas en la *Ilíada*, dice que sería tan difícil enumerar sus riquezas como ir contando las arenas del mar. Él fue quien le dio su título, que ha conservado hasta nuestros días: «Tebas, la de las cien puertas».

Dicha frase no es rigurosamente exacta. Tebas no tuvo jamás puertas, pues esto significaría que tuvo murallas, y todas las ciudades egipcias fueron completamente abiertas. Los faraones, siempre agitados por un ansia constructiva para eternizar su nombre, jamás levantaron recintos fortificados en sus poblaciones. Se consideraban inútiles, ya que ningún enemigo próximo podía amenazarlas. Hubo invasiones de pueblos extranjeros, pero muy pocas, teniendo en cuenta que se sucedieron en un período de cuatro mil años. Transcurrían cinco a seis siglos sin que la menor alteración turbase la paz del valle del Nilo. Los habitantes de los dos desiertos inmediatos eran pobres nómadas, temibles únicamente para el que fuese a buscarlos en su territorio, pero incapaces de bajar al rico valle, donde las poblaciones casi se tocaban unas con otras.

La frase de Homero debe traducirse con exactitud: «Tebas, la de los cien pilones», pues «pilón», en griego, aunque significa «puerta», corresponde a entrada de templo y no de muralla.

Sabido es que todo templo egipcio, al final de su avenida de esfinges, tenía el pilón, dos pirámides truncadas flanqueando una portada cuadrangular. El padre Homero tal vez se quedó corto al atribuir cien templos a Tebas, pues seguramente pasaban de dicha cifra sus majestuosas entradas.

Esta capital, cuya importancia duró más de mil años, ocupaba una extensión enorme, como las otras metrópolis egipcias, pero de su pasado glorioso sólo quedan en la orilla derecha, donde estuvo la verdadera ciudad, dos grupos de templos, y en la orilla izquierda numerosos hipogeos, cavernas fúnebres, tumbas perforadas en una cadena de colinas áridas, el sepulcral Valle de los Reyes y el menos conocido Valle de las Reinas.

En las ruinas de Tebas no se encuentran edificios civiles. Los palacios de los faraones han desaparecido. Tal vez estos monarcas orientales prefirieron la frescura de la edificación ligera hecha de adobes y revestida de adornos policromos; tal vez se instalaban simplemente en su templo predilecto. Sólo se han conservado en pie las casas de los dioses, construidas para la inmortalidad, con bosques de columnas tan anchas como el espacio comprendido entre ellas, monumentos imponentes,

sombríos, gigantescos, levantados para que los habitasen concepciones ideales, no seres humanos.

De las barriadas donde vivía el pueblo es inútil hablar. El egipcio, en realidad, nunca tuvo casa. Ésta era una simple cabaña de barro con techo de troncos de palmera, y si algunas veces le añadía un piso superior, resultaba frágil y necesitado de continuas recomposiciones. Siendo la atmósfera de entonces más seca que la de ahora, dichas ciudades de barro podían existir, sin grandes desperfectos, treinta o cuarenta años.

Dos veces por siglo llovía torrencialmente, y uno de estos aguaceros inesperados cambiaba la faz de Egipto lo mismo que un temblor de tierra o una erupción volcánica. Ciudades enteras quedaban arrasadas. Los edificios se convertían en simples montones de fango y estacas rotas. Pero el pueblo egipcio, que no podía poseer la tierra cultivada por él ni ser dueño de nada permanente, con su fatalismo resignado empezaba a fabricar nuevos adobes, cortaba nuevas palmeras y construía en quince días otra vivienda sobre las ruinas de la anterior, que le servían de pedestal. A causa de esto, la mayor parte de los pueblos del valle del Nilo se hallan situados encima de colinas artificiales, formadas con escombros de las casas que fueron superponiéndose durante dos mil años.

Tebas perdió su importancia por obra de los faraones más gloriosos de las varias dinastías tebanas. La XIX dio dos conquistadores, cuyas victorias exageraron con hipérboles inauditas sus tropeles de cortesanos y aún ellos mismos: Seti I y su hijo Ramsés II, el Sesostris de que ya hablamos.

Obtuvieron estos reyes guerreros fáciles victorias atacando y cazando a las tribus negras de la Nubia. Pero otros enemigos más temibles vinieron a amenazarles: los que designan las inscripciones egipcias con el título de «Pueblos del mar» porque llegaban siempre embarcados o por el istmo; hombres de tez blanca, con sus grandes cuerpos tatuados, llevando en sus cabezas cascos de metal o testuces de fiera, cuyas pieles les caían por los hombros. Estos invasores sentían inmediatamente las seducciones de la rica civilización egipcia, y como su número era escaso para dominar tan vasto imperio, acababan por someterse al faraón, agregándose a sus tropas mercenarias.

La vigilancia de las fronteras obligó a los reyes tebanos a instalarse en el delta, creando en él poblaciones que adquirieron poco a poco una importancia de capitales transitorias, Tanis, Bubaste y Sais. Por igual motivo, las dinastías sucesivas se establecieron definitivamente en el Norte, viendo sólo en Tebas una capital religiosa, el centro del culto de Amón, dios particular de la ciudad, que había ascendido a ser el de todo Egipto, y cuyos grandes sacerdotes se convirtieron muchas veces en reyes.

Al perder Tebas su hegemonía, terminó el Egipto más glorioso, el que todos conocemos, el que figura en los relatos literarios y las evocaciones históricas. La vida se fue retirando de ella poco a poco, decreció la población aglomerada en torno a sus templos, y al fin sólo la apreciaron como «una gran decoración del pasado». Las invasiones asirias y persas exterminaron gran parte de sus habitantes. En tiempos de los Ptolomeos una revolución local originó la última matanza sufrida por su vecindario, y un temblor de tierra hizo aún más horrible la obra destructiva de los hombres.

En los primeros siglos del cristianismo era ya una ruina gigantesca, que los viajeros griegos y romanos venían a contemplar con la misma curiosidad que llegan ahora los invernantes a las Pirámides y la Esfinge.

Diodoro de Sicilia, en su excursión por Egipto, describe a Tebas, la de los cien pilones, como un campo de ruinas. Tan desierta estaba, que los anacoretas cristianos, ansiosos de soledad, se establecieron en sus escombros, haciendo famoso el nombre de la Tebaida. Después que los ascetas abandonaron la ciudad muerta, los humildes *fellahs*, para cultivar los campos inmediatos al Nilo,

fundaron en la Edad Media dos aldeas: Luxor y Karnak, situadas a dos kilómetros la una de la otra, y comprendidas, sin embargo, en el mismo solar de la enorme metrópoli antigua.

Estas aldeitas de barro son ahora poblaciones con lujosos hoteles, y se comunican por una avenida que sirvió antiguamente para las procesiones entre sus dos templos más famosos. Aún guarda dicha avenida su pavimento de losas de granito y la bordean dos filas de esfinges con cabeza de cierva. Muchas se mantienen relativamente completas, algunas están rotas, otras han desaparecido, dejando sobre el pedestal sus garras de león.

Por esta avenida pasaban los sagrados cortejos del dios tebano convertido en dios de todo Egipto, el poderoso Amón, cuyo trono era una barca llevada en hombros por sacerdotes. El pontífice de Amón pasó a ser rey muchas veces, y durante las invasiones llegadas por el norte, él y sus sacerdotes se refugiaron en la Nubia, creando las monarquías teocráticas de Meros y de Napata.

Aquí desfilaban igualmente los brillantes séquitos de los reyes tebanos. Nietos de simples príncipes, feudatarios de Menfis, se habían transformado en hijos del dios Sol, y el pueblo llamaba a cada uno de ellos «Poderoso Horus», prosternándose en su presencia y erigiéndole templos. Tal era su orgullo, que algunas veces se reverenciaban a sí mismos. Ramsés II aparece en una pintura haciendo oración ante otro Ramsés II sentado entre dos divinidades.

Estos dioses monárquicos, dueños absolutos de sus reinos, poseedores de todos los campos cultivados por el *fellah*, disponían igualmente de los habitantes, pudiendo ordenarles el trabajo que mejor les placiese. Una dominación sin límites les permitió edificar tantos monumentos, destinados en apariencia a los dioses, pero en realidad a mantener vivo el recuerdo de sus personas.

En las grandes ceremonias abandonaban su palacio, donde vivían rodeados de su harén y una muchedumbre de servidores. Entre sus altos dignatarios, los dos más principales eran los espantamoscas, que se mantenían a su derecha y su izquierda moviendo los abanicos de plumas para ahuyentar a dichos insectos. Como el faraón necesitaba tenerlos siempre a su lado para que le librasen de las moscas, estos dos cortesanos acababan por conocer todos sus secretos, siendo sus favoritos más íntimos.

Luego venían el portaquitasol, el depositario del arco real, el jefe de la guardia, el intendente de los palacios, el de las construcciones, el encargado de los caballos, el de los libros, el de la música, el inspector de los graneros, el de los rebaños reales y el tesorero. Además, tenía siempre pronta en el Nilo una flota de barcas con los cascos dorados y las velas bordadas de colores. Ante él marchaban veintidós sacerdotes llevando a hombros la barca del dios Amón, otro con un incensario para perfumar al rey, y un escriba con una proclama ensalzando las glorias del faraón, que iba leyendo al pueblo. Salía siempre el monarca en un trono con dosel, llevado por doce próceres ricamente vestidos, en torno a su persona marchaban los altos palaciegos ya mencionados, y detrás los príncipes y las tropas de la escolta real.

Todos los reyes tebanos protegían a los sacerdotes y éstos a su vez los apoyaban a ellos, considerando necesaria la alianza de la religión y la monarquía. Algunas veces, en el curso de la historia egipcia —la más larga de todas las conocidas—, surgieron conflictos entre lo que podríamos llamar hoy la Iglesia y el Estado, venciendo alternativamente una u otra de las dos instituciones.

Los sacerdotes encargados de cuidar los templos de los dioses y ofrecerles sacrificios vivían de las extensas tierras que los faraones donaban a las divinidades. Todos los campos del valle del Nilo



trabajados por los *fellahs* eran de los dioses o del faraón. Cada templo tenía un gran sacerdote, un inspector del edificio, un escriba administrador de los numerosos bienes, un encargado de las vestiduras sagradas, otro de los sacrificios, un astrólogo, médicos, embalsamadores, guardias armados y domésticos para dar de comer a los animales sacros. El sacerdote debía lavarse dos veces de día y dos de noche, afeitarse cada tres días todo el cuerpo, incluso las cejas, vestir únicamente ropas de lino, calzar sandalias de papiro y no comer carnero, cerdo, pescado ni judías. Necesitaba estar puro a todas horas para comparecer ante su dios, ayunaba con frecuencia, y no tenía más que una mujer.

El pueblo, que se arrodillaba ante el faraón y los sacerdotes, cultivando los campos de todos ellos para entregarles la mayor parte del producto, estaba aguardando a todas horas algún llamamiento del gobernador de su provincia, pregonado de aldea en aldea. El rey, según dicho pregón, deseaba para su mayor gloria construir un templo, abrir un canal, levantar un dique, y a las veinticuatro horas todos los hombres debían partir hacia la cantera con provisiones para quince días o un mes, consistentes en unos cuantos panes y un puñado de cebollas y habas. Arquitectos y capataces se distinguían de los trabajadores por el garrote que llevaban en la diestra, empleándolo a cada momento.

La batuta directora de la actividad egipcia fue el palo. Muchas pinturas sepulcrales contienen escenas de campesinos u obreros, y en ellas siempre se ve algún funcionario que da garrotazos a un hombre del pueblo tendido de brazos, sujeto de pies y manos por otros camaradas para que no escape al vapuleo.

Recibir palos era accidente ordinario en la vida egipcia. Los soldados llevaban marcado todo el cuerpo con las señales de las palizas recibidas, y sus oficiales no se libraban de tan bárbara corrección.

Un libro egipcio llegado hasta nuestra época, en el cual un escriba, para convencer a su discípulo de que su profesión es la mejor, le pinta las penalidades de las otras profesiones, cuenta que el oficial de infantería tiene las cejas partidas y le han abierto varias veces la cabeza a palos, viviendo tan golpeado «como si fuese un papiro». Cuando los *fellahs* convocados para un trabajo recibían licencia finalmente por la llegada de una nueva remesa de hombres, nunca volvían a sus casas en igual número; siempre quedaban algunos enterrados al pie de la obra.

Gracias a un clima cálido y seco, el pueblo egipcio podía vivir al aire libre, contentándose para dormir con sus chozas frágiles. Tampoco necesitaba vestido. Los más de los trabajadores sólo llevaban un lienzo de la cintura a las rodillas y las mujeres una simple camisa, tales como aparecen en las pinturas de los hipogeos. Los niños iban completamente desnudos, siendo su único adorno una trenza de pelo caída sobre una oreja. El alimento general consistía en legumbres, tallos de papiro y sorgo.

Todos los años debían llevar la mayor parte de su cosecha a los graneros del rey, y el escriba autor del libro de consejos describe a su discípulo la suerte del labriego al comparecer ante el recaudador faraónico.

En torno a su temible persona había agentes armados de palos o ejecutores negros con varas de palmera cortantes. Si el *fellah* no presentaba la cantidad de granos mencionada en el libro del cobrador, lo tendían en el suelo, lo ataban, arrastrándolo hasta el canal más inmediato para meter su cabeza en el agua, y en los intermedios del tormento de la inmersión le iban dando palizas. Otras veces cortaban la nariz o las orejas a los malos pagadores.

Vive mejor el *fellah* de ahora, aunque la suerte de los que siguen cultivando la tierra nilótica no sea extraordinariamente dichosa. Los hijos de muchos de ellos han abandonado el cultivo en los

últimos años para vivir a costa de los invernantes. En los dos primeros tercios del siglo XIX, el progresivo déspota Mohamed Alí y sus herederos imitaron a los faraones, tiranizando al *fellah* para que trabajase a golpes en obras civilizadoras. Luego la oleada de viajeros que todos los inviernos se extiende sobre Egipto ha ido libertando y elevando a los indígenas en los lugares visitados por tan rica inmigración.

Los habitantes de Luxor, Karnak y la orilla de enfrente, llena de tumbas y ruinas, viven de los miles y miles de curiosos que vienen a conocer el vasto emplazamiento de la antigua Tebas. Son domésticos en los hoteles, borriqueros, cocheros, guías. Los más jóvenes aspiran a la gloria de guiar un automóvil y todos ejercen el comercio de antigüedades falsificadas. Ofrecen con misterio escarabajos sagrados de piedra verde, diosecillos de fingido basalto, un sinnúmero de objetos «históricos», que fabrican a centenares otros egipcios, simples *fellahs* como ellos. Únicamente en Karnak, alejado del Nilo un kilómetro, cultivan los indígenas los campos de esta sección de la ribera.

Visito durante un día entero los monumentos de la orilla derecha comprendidos entre las dos antiguas aldeas árabes, que hoy son poblaciones modernas, habiendo acabado por juntar su caserío. No voy a describir la famosa sala hipóstila del templo de Karnak, cuyas ciento treinta y cuatro columnas son tan gruesas como la columna Vendôme de París, con una altura de veintitrés metros, lo que las hace parecer aún más robustas. Cada una de ellas es una torre cubierta de relieves y jeroglíficos.

Esta sala, que tiene más de cien metros de longitud, permanece como estaba hace tres mil años, con todas las columnas erguidas, conservando en algunos sitios sus vigas de granito, pues los egipcios, aunque conocían el arco, cubrieron siempre sus monumentos con superficies lisas de piedra. Este templo y el que existe en Luxor imponen respeto y admiración a causa de sus proporciones colosales. El visitante se siente humillado por su pequeñez al pasar junto a estas columnas-torres que forman un bosque compacto de granito.

Sin embargo, esto no es más que un esqueleto, y hay que darle carne y epidermis con un esfuerzo imaginativo. Sólo se ve el color rojo y amarillento de la piedra. Jeroglíficos y figuras se marcan con un relieve oscuro en las columnas y los pilones. El arte egipcio fue policromo. Toda esta piedra estuvo cubierta de estucos y los relieves humanos o de bestias los animaron los artistas remotos con tintas brillantes. Cada templo fue un libro de páginas de alabastro, con figuras que sirven de letras y escenas de la vida ordinaria graciosamente coloridas.

Las murallas que faltaron siempre a las ciudades egipcias existieron en torno a sus templos. Un muro de ladrillo, alto y muy grueso, ponía la morada del dios a cubierto de ladrones e impuros. Junto a estas murallas estaban los almacenes de granos, frutas, aceite y cerveza destinados al personal del templo, las panaderías que fabricaban pan para los sacerdotes y tortas sagradas para los dioses, los talleres de vestidos y otros adornos, los laboratorios de perfumes dedicados a la divinidad local.

Una avenida enlosada de granito, con dos filas de esfinges, casi siempre leones rematados por cabezas humanas, conducía a la puerta del templo. Esta puerta, de forma cuadrangular, tenía a ambos lados dos torres enormes y macizas, dos pirámides truncadas cubiertas de relieves e inscripciones: el famoso pilón.

Ante él se alzaban dos agujas de granito, los obeliscos, de veinte a treinta metros de altura, con un casquete metálico en su remate, que muchos creyeron simple adorno y otros han supuesto de gran valor científico, como diré más adelante. Dos colosos sentados en las jambas de la puerta

representaban al monarca que había ordenado la construcción del monumento.

Atravesando la puerta del pilón se entraba en el patio, dedicado a las procesiones durante las grandes fiestas. En el fondo, otra puerta de madera preciosa con chapas de oro daba acceso al verdadero templo.

La primera sala era llamada de «la Aparición», y las columnas cubiertas de pinturas que sostenían la techumbre afectaban en sus capiteles la forma de la flor del loto o de las hojas de la palmera. Una luz difusa, favorable a las visiones extraordinarias, se introducía por el techo. Los fieles depositaban aquí sus ofrendas y los sacerdotes hacían sus sacrificios. Más allá se abría la Cámara del Misterio, donde sólo podían entrar los sacerdotes importantes, y en ella reposaba la imagen del dios, muchas veces sobre una barca de madera con adornos de oro.

Desde el pilón hasta el santuario final, cada una de las salas era más alta que la anterior, de modo que el visitante iba subiendo siempre entre columnas rojas, azules y doradas. Los techos estaban adornados con estrellas y enormes gavilanes de alas abiertas.

Raro era el templo que no poseía animales vivos, a los cuales se tributaban por tradición honores sagrados, cual si fuesen dioses. Desde el buey Apis, divinidad nacional, hasta pequeñas bestias caseras, todos eran mantenidos por los sacerdotes y adorados y regalados con presentes alimenticios por parte de los devotos.

Muchas de las actuales ruinas sagradas, al mismo tiempo que evocan los períodos de mayor esplendor egipcio, hacen recordar sus épocas de completo abandono, cuando aún no existían las dos aldeas árabes de Luxor y Karnak.

Habían acabado por huir los cultivadores de estas riberas del Nilo tan abundantes en bosques de columnas, en colosos sentados que miran con terrorífica insistencia, en tumbas subterráneas, en ídolos de testa humana y cuerpo de león, o al contrario, iguales al hombre desde el cuello a los pies y con cabeza de gavilán, de tigre o de león. Los chacales vivían tranquilamente en edificios levantados por faraones ávidos de gloria, como Ramsés II y otros. El desierto se extendía por las dos riberas del Nilo. La arena de las mesetas, trasladada por el soplo ardiente del *kamsin*, se iba depositando sobre los monumentos de granito, subía a las rodillas de los colosos, ocultaba bajo su amarillento sudario las inscripciones jeroglíficas.

Durante los primeros tiempos del cristianismo, la soledad fue absoluta. Un día, la metrópoli muerta de piedra volvió a ver hombres, pero aislados, avanzando por las avenidas orladas de esfinges, como supervivientes de un mundo desaparecido o como avanzadas de una humanidad nueva.

Iban casi desnudos, crecidas en salvaje libertad sus barbas y cabelleras, insensibles a las crueldades de la temperatura, encontrando su sustento en lugares donde no podían mantenerse las bestias más acostumbradas a privaciones. Eran los primeros eremitas, los cristianos, ansiosos de soledad y sufrimientos, que iban a imitar, sin saberlo, lo que hacían desde muchos siglos antes los contemplativos de la India, llamados después faquires, y otros santos asiáticos.

Necesitaban huir del mundo por un deseo de sacrificio, por libertarse de la esclavitud de las conveniencias sociales, para no presenciar la abominación que ofrecían las grandes poblaciones egipcias, como Alejandría y otras, donde el cristianismo triunfante se había corrompido, viviendo en alegre transigencia con el paganismo, opulento y todavía poderoso por la fuerza de la tradición.

Aquí, San Pablo de Tebas, el primero de los eremitas, pasó, según la leyenda piadosa, noventa y siete años metido en una gruta solo con Dios, y para que no muriese de hambre, un cuervo le traía

todos los días un pan en el pico. Aquí también, según la misma leyenda, vivió Santa María de Egipto, célebre solitaria, que encontró Zósimo después de cuarenta y ocho años de aislamiento, con el cuerpo quemado por el sol y vestida solamente de sus largos cabellos blancos.

Pero el héroe de la Tebas abandonada fue San Antonio. Deseoso de mayor soledad, avanzaba por los páramos de la Tebaida, internándose cada vez más en el desierto, y una muchedumbre de ascetas jóvenes, atraídos por la fama de sus virtudes, seguía sus pasos para instalarse en torno a su refugio. Dormían en los sarcófagos de los antiguos idólatras; evitaban todo contacto con las esfinges porque tenían cara y pechos de mujer; los dioses tebanos y los colosos faraónicos perturbaban sus noches como apariciones del diablo.

Algunos de estos anacoretas, para aislarse de un mundo infernal que parecía hablar a las horas meridianas, cuando el sol dilata la piedra, o gesticulaba en la noche azul por obra de la luna, que hace contraerse los rostros de las estatuas, se instalaron en lo más alto de columnas solitarias, y puestos de rodillas sobre el capitel en forma de loto, permanecían en oración, lo mismo que un faquir.

La inmensa ciudad inmóvil, con su pueblo de imágenes colosales y sus muros cubiertos de figuras y bestias, ofrecía un ambiente de hechizo, favorable a los mayores extravíos imaginativos. Aquí se comprenden las tentaciones de San Antonio —ridiculizadas luego por la ingenua devoción popular y los cuadros de los pintores cristianos—, las astucias inútiles del demonio corruptor, relatadas de buena fe por otros santos entusiastas del célebre anacoreta.

Tan numerosos fueron los solitarios en la Tebaida, que acabaron por juntarse en grupos, levantando a guisa de templo una cabaña y sometándose a una disciplina para las necesidades generales. De esta suerte, los anacoretas que buscaban la soledad terminaron por ser cenobitas, formando asociaciones.

Pacomio, antiguo soldado recluido voluntariamente en el desierto por consejo de un discípulo de San Antonio, dio a los miles de anacoretas una organización militar, ordenando sus chozas o celdas bajo el mismo plan que el campamento de las legiones romanas, sometiendo a los solitarios a una disciplina guerrera basada en la obediencia absoluta.

Así se fundó el primer monasterio. Los ascetas venidos a las ruinas de Tebas por odio a las cosas mundanales, por librarse de las imposiciones de la sociedad, volvieron al mundo y a la sociedad, pero en masa, organizados como una fuerza que desde el desierto egipcio se desparramó por todo el mundo de entonces, y aún hace sentir su influencia en algunos pueblos después de transcurridos más de mil quinientos años.

Al retirarse los eremitas, cayó Tebas otra vez en el abandono y el silencio. Pasaron siglos sin que sus ruinas viesan otros hombres que los barqueros del Nilo navegando de largo ante ellas. Después, varios labriegos egipcios hechos musulmanes vinieron en busca de tierras y de vida libre, lejos de los califas de El Cairo, y fundaron los dos pueblos de Karnak y Luxor.

Otros siglos más de olvido y silencio.

Un día llegaron Nilo arriba grandes barcas llenas de combatientes. Iban tocados con sombreros de dos picos, y sobre sus fusiles el sol egipcio hacía arder las bayonetas lo mismo que llamas. Al desembarcar se desplegó sobre ellos una bandera de tres colores, y algunos, para hacer más viva su marcha, entonaron un canto llamado *La Marsellesa*.

Eran los soldados de Bonaparte y de Kléber.

Al ver de pronto la columnata gigantesca de Karnak enmudecieron. Un estremecimiento de emoción circuló por las filas, y los guerreros de la República francesa, apoyando el fusil en su pecho para tener libres las manos, empezaron a aplaudir lo mismo que si estuviesen en un teatro de París...

El decorado escénico merecía la ovación.

## El Valle de los Reyes

La Tebas de la orilla izquierda.—Cuatro kilómetros de sepulturas.—El cadáver y su doble.—Cómo los embalsamadores preparaban las momias.—Arquitectura de los hipogeos.—Astucias de los constructores para desorientar a los ladrones de tumbas.—La comida del muerto y de su doble.—Los egipcios añaden el alma a estos dos seres encerrados en la tumba.—El tribunal de Osiris y la balanza para pesar las almas.—La primera concepción del infierno y del purgatorio.—Una aristocracia intelectual guardando en el misterio su monoteísmo.—El Valle de los Reyes.—El esnobismo esperando ante la puerta del faraón puesto de moda.—La tumba del padre de Ramsés.—Amenofis II obligado a recibir diariamente una muchedumbre irrespetuosa.—Las horribles momias de cabellera bermeja.—Los colosos de Memnón, que nunca representaron a este personaje mitológico.—Cómo les dieron tal nombre, y el saludo musical de Memnón a su madre.—Arando con un camello y un asno.—Lo que me dijo el dueño de esta yunta extraordinaria.

El segundo día de mi permanencia en Luxar atravieso el Nilo para visitar las ruinas de su orilla izquierda, llamada por los viajeros ingleses «la ribera del Oeste».

Entro en un lanchón movido por ocho remeros y con la vela plegada en lo alto del mástil. Algo mayores que él, y con una cámara baja en la popa, eran los barcos que remontaban el río desde El Cairo antes de que se estableciese la navegación a vapor, deteniéndose en los numerosos lugares de ambas orillas merecedores de interés. Este viaje, unas veces a remo y otras a vela, consumía seis u ocho semanas entre la ida y el regreso, igualándose la excursión por el Nilo a una travesía de alta mar.

Ahora varias agencias ofrecen al público un servicio continuo de vapores-hoteles, semejantes al que nos trajo de la segunda a la primera catarata. Estas flotilas del Nilo clásico, entre la primera catarata y el delta, siempre tienen algún buque amarrado en el muelle de Luxor, acabado de llegar o que se dispone a partir.

Se desliza nuestra lancha entre dichas naves, que parecen casas, con el casco casi a ras del agua y varios pisos superpuestos. Apenas salimos al río libre, los remeros entonan su cántico ritual. La travesía es muy corta, pero necesitan cantar como una justificación de lo que va a ocurrir así que nos aproximemos a la otra orilla. Uno de ellos abandona el remo para presentar su gorro rojo como un platillo: *bacshis*. La barca ha sido alquilada; su dueño, que está en tierra, cobrará el precio a la vuelta. No importa: *bacshis*. En estos países orientales, desmoralizados por la afluencia de visitantes, las cosas hay que pagarlas dos veces y todo empleo se aprecia más por el *bacshis* que por su sueldo fijo.

Al saltar a tierra subo por un declive de barro seco y ocupo un carruaje de dos caballos, que guía un beduino de altísimo *tarbuch*. Esto sólo lo consigo después de librarme de la horda de cocheros, borriqueros, vendedores de escarabajos sagrados e idolillos que está acechando desde el amanecer a los grupos de excursionistas que pasan el Nilo para visitar los colosos de Memnón, el Valle de los Reyes, las estatuas del Ramaseum y otras ruinas milenarias.

Siento cierta emoción al verme en la antigua Tebas de la orilla izquierda.

Como Egipto vivió con el pensamiento puesto en la muerte, sus habitantes se las ingenieron para hacer durar los cadáveres de un modo inaudito, amontonando por millones de millones las momias en el reducido espacio de las dos riberas nilóticas, de tal modo que en algunos lugares la tierra que se pisa es en realidad polvo humano. No hay un rincón en el antiguo valle del Nilo que no sea tierra

sagrada.

Frente a la antigua Tebas ya he dicho que se extiende el desierto Líbico, con una cadena de montañas cuyas paredes abruptas forman anfiteatros paralelos al Nilo. Entre estos baluartes calcáreos y la ribera descienden muchas colinas rojas, y es en ellas donde los habitantes de la antigua Tebas depositaron sus muertos, extendiéndose la montañosa necrópolis cuatro kilómetros a vuelo de pájaro. Los reyes imitaron a los particulares que podían pagar una tumba y un embalsamamiento y abrieron sus hipogeos en los mismos declives.

No intentaron los monarcas tebanos levantar pirámides sobre sus tumbas, como lo hicieron los reyes de Menfis dos mil años antes. La vida egipcia había cambiado. Los monarcas ya no podían dedicar todos los hombres y las riquezas del país a la construcción de su sepultura, igual que en tiempos de Keops. Y como las pirámides no son en realidad otra cosa que montañas artificiales en cuyas entrañas se ha abierto un pasadizo terminado por una cámara sepulcral, los reyes de Tebas perforaron las mismas habitaciones en la roca de las montañas naturales.

Así se fue extendiendo, siglo tras siglo, el enorme panteón faraónico, disimulado exteriormente y repleto en sus salas interiores de imágenes, objetos sagrados y muebles lujosos, que se conoce con el nombre de Valle de los Reyes.

En los desfiladeros de estas columnas rojas no existen solamente tumbas reales. Las hay en número infinito de sacerdotes, altos funcionarios, jefes del ejército y gentes de la clase media.

Para combatir la destrucción del cuerpo y sobrevivir ficticiamente a la muerte, todos los egipcios desearon ser potentados. Hasta los menestrales pasaban su vida haciendo economías para que los herederos pudiesen pagar su entierro y su tumba. La momificación de un cadáver de rico costaba un talento, cantidad que representa muchos miles de francos oro en la moneda actual. Los cadáveres de pobres eran tratados con menos atención, pero aun así consumía su embalsamamiento casi toda la herencia legada por el muerto. Los indigentes, incapaces de satisfacer los precios exigidos por los embalsamadores y de adquirir unos cuantos palmos de tierra en la necrópolis común, debían renunciar a la esperanza de conocer una vida más feliz, pereciendo por entero y para siempre.

El gran arte nacional fue el del embalsamamiento, y todos se preocupaban de él. Creyeron primeramente los egipcios que cuando una persona muere, algo de ella continúa viviendo, y a esta supervivencia le dieron el nombre de «doble», imaginándola como una especie de sombra o fantasma, igual al cuerpo en sus líneas y colores, visible para los vivos, pero completamente impalpable. Durante miles de años creyeron igualmente que el «doble» sólo podía existir mientras el cadáver no sufriese descomposición, y de aquí los cuidados que dedicaron al embalsamamiento, consiguiendo que la momia se conservase entera siglos y siglos.

Luego triplicaron dicha concepción, reconociendo tres partes en cada persona fallecida: el cadáver, el «doble» y el alma. El «doble» quedaba dentro de la tumba viviendo al lado del cadáver, y el alma vagaba muy lejos, en el llamado «Reino del Oeste», después de probar ante Osiris que merecía tal honor por las acciones benéficas y justas realizadas durante su existencia terrenal.

Herodoto y otros viajeros antiguos relatan los trabajos de los embalsamadores, presenciados por ellos, para impedir la descomposición de los muertos. Cuando eran ricos les extraían, valiéndose de ganchos, el cerebro y los intestinos, rellinando su interior con mirra, canela y otros perfumes. Después de coser al cadáver lo lavaban en sal sosa durante sesenta días, fajándolo últimamente con vendas de tela untadas de goma. En los embalsamamientos de segunda clase se abstenían de sacar las entrañas,

poniendo taponés al cadáver para impedir la salida de sus líquidos, y lo metían igualmente dos meses en sal sosa para que ésta devorase sus carnes, no dejando más que la piel y los huesos. En este embalsamamiento, y en el de tercera clase para los más pobres, no quedaban los cadáveres envueltos en vendas, como las momias de los ricos.

Eran cientos de miles los obreros que trabajaban en todo Egipto preparando los muertos para que se mantuviesen sin deterioro en sus tumbas. Esta industria empleaba grandes cantidades de estofas preciosas, telas comunes, líquidos perfumados y antisépticos, sustancias químicas, gomas, materias bituminosas, sin contar los amuletos preciosos y los ricos objetos sagrados cosidos a las vestiduras de los cadáveres.

Las vendas de tela fina que envuelven algunas momias de faraones tienen a veces un kilómetro de extensión, siendo varias las empleadas en un solo cadáver, y todas ellas fueron sumergidas previamente en líquidos perfumados con aromas de la Arabia Feliz. Según dicen algunos egiptólogos, la preparación y el cuidado de los muertos ocupaba en Egipto a una mitad de los vivos.

Como la tumba iba a ser la casa del «doble» durante miles de años, todos procuraban que resultase más amplia y rica que la poseída en vida por el difunto, dedicando a ello la mayor parte de sus bienes. El «doble» necesitaba ser alimentado, vestido y alojado lo mismo que el muerto durante su existencia.

Empiezan las tumbas subterráneas por una capillita que tiene en el fondo una losa de granito puesta verticalmente, a imitación de una puerta cerrada. Delante de ella, una mesa baja servía para recibir las ofrendas dedicadas al muerto. Esta capilla era la única parte del hipogeo donde podían entrar los visitantes. Todo el resto pertenecía al difunto y a su «doble», y por eso la puerta resultaba un simple adorno. Detrás del muro infranqueable partía un corredor estrecho y oscurísimo extendiéndose hasta la verdadera tumba. Estas galerías fúnebres eran tan angostas, que los griegos, comparándolas con un tubo de flauta, las llamaron *siringas*, y con igual nombre las designan los egiptólogos.

Se colocaban en la primera siringa las estatuas del muerto, que a veces eran veinte. De este modo, si la momia quedaba destruida, la reemplazaban las estatuas, y el «doble» podía seguir existiendo. Al extremo del primer pasillo se abría un pozo en la roca, de quince metros de profundidad o de treinta, y en su fondo empezaba otra siringa conduciendo a la verdadera mansión del muerto, cripta abierta en la roca. El sarcófago se alzaba en su centro, de piedra bermeja, negra o blanca. Los sepultureros, al descender el cadáver, dejaban en torno de él grandes vasijas de barro, con agua, dátiles, trigo o pedazos de buey. Luego levantaban un muro en la entrada del pasillo y rellenaban todo el pozo con piedras y arena, abundantemente regadas para que formasen una masa compacta, ocultando a los ladrones el modo de bajar a la tumba.

Teniendo en cuenta que las provisiones depositadas junto al sarcófago sólo podían mantener durante unos meses al «doble», la familia visitaba con frecuencia la capillita superior, quemando sobre la mesa frutas, grasa y otros alimentos, para que sus olores llegasen a las estatuas colocadas al otro lado del muro. Con el transcurso de los siglos fueron modificando los egipcios sus ideas sobre los alimentos materiales, y creyeron que bastaba dar a la momia la imagen de aquellos. Por esto las paredes de las tumbas aparecen cubiertas de pinturas a fajas horizontales, que representan por medio de figurillas todo lo que se quiere hacer llegar al muerto.

Para que tuviese pan en abundancia, se ven en dichas pinturas *fellahs* medio desnudos que labran, siembran y cogen el trigo; menestrales que cosen vestidos y fabrican zapatos; bailarinas y juglares que



divierten al difunto con sus juegos; matarifes que sacrifican un buey, cazadores que persiguen venados en el desierto, pescadores que sacan peces enormes de lagunas cubiertas de papiros, todo destinado a su mesa. Hasta en algunas tumbas se preocuparon de proveer con otra clase de pinturas la satisfacción de ciertas necesidades carnales que siguen a las gastronómicas.

Muchas de las momias, a causa de algún defecto de su embalsamamiento, corrían el peligro de pulverizarse, roídas por una especie de carcoma que perfora los cuerpos como si fuesen madera. Para evitar tal accidente, se colocaba junto al cadáver un repuesto de vendas nuevas y de ungüentos. De tal modo, el muerto podía curarse dentro de la tumba los desperfectos de su momia, volviendo a sumirse en su reposo milenario.

Como ya he dicho, llegó un tiempo en que los egipcios dejaron olvidados en su sepulcro al cadáver y a su «doble», creando el alma que se aleja del cuerpo después de la muerte y va en busca de la divinidad. Inútil es insistir sobre la importancia de esta innovación de los egipcios, que tanto ha influido en las religiones nacidas después.

El alma iba a reunirse con las otras almas en el lugar por donde se oculta el sol, país subterráneo llamado «Reino del Oeste», del cual era monarca Osiris. Este viaje lo hacía en barco por un río tenebroso, encontrando al paso horribles demonios que intentaban despedazarla; pero el dios Anubis, con cabeza de chacal, y Thot, con cabeza de ibis, la protegían, llevándola ante una especie de jurado de cuarenta y dos dioses presidido por el omnipotente Osiris. Estos jueces preguntaban al muerto si había cometido alguno de los cuarenta y dos pecados abominables para el egipcio; luego colocaban sus acciones en una balanza, y según fuesen pesadas o ligeras, el alma era condenada o absuelta.

En caso de condena la arrojaban a un abismo, donde recibía azotes y dentelladas de escorpiones y serpientes; una tempestad la hacía pedazos, y al fin perecía aniquilada. Éste era el infierno egipcio. Si sus acciones se consideraban meritorias, pasaba aún por las pruebas de una especie de purgatorio. Tomaba la forma de un gavilán con alas doradas, y había de escapar de los malos genios que la perseguían disfrazados de cocodrilos o serpientes. Cuando al fin era admitida cerca de los dioses, llevaba una eterna existencia de felicidad, viviendo a la sombra de los sicomoros, el árbol más frondoso del Nilo, en un ambiente refrescado perpetuamente por las brisas del norte, las más gratas del Egipto, comiendo en la misma mesa que Osiris y respirando perfumes celestiales.

Para que el difunto no se turbase en presencia de Osiris y pudiera defender su causa ante los cuarenta y dos jueces, colocaban al lado de su cadáver un ejemplar de *El libro de los muertos*, en el que se indica todo lo que un alma ha de decir y hacer. Ante todo, debía alegar como propias las principales virtudes de un egipcio: no haber cometido fraudes contra los hombres, ni dicho mentiras; no haber matado, no haber atormentado a la viuda, no haber quitado las provisiones y vendas a los muertos, ni alterado las medidas de grano, ni usurpado la tierra, ni vendido con pesas falsas, ni cortado un canal, etc.

Todos los muertos pretendían haber sido buenos y justos, y algunos, en las inscripciones de sus tumbas, afirman a Osiris que defendieron siempre a los débiles contra los fuertes. Resulta indudable que los más de estos epitafios fueron audaces mentiras, como lo son igualmente las relevantes virtudes y méritos que figuran en letras de oro sobre muchas de las tumbas en los cementerios modernos. Pero tales epitafios sirven para demostrar que los egipcios tenían ya una moral semejante a la de los pueblos actuales y una conciencia de lo que es noble, equitativo y bueno.

Añadamos que este pueblo, politeísta en apariencia y deificador de toda clase de animales, llegó a

poseer en el curso de los siglos una concepción monoteísta. El pueblo y las clases ricas poco ilustradas siguieron fieles al conjunto de supersticiones que constituían su religión nacional. La gran masa de los sacerdotes fomentó igualmente las diversas adoraciones del politeísmo egipcio, gracias a las cuales pudo continuar poseyendo las mejores tierras del Nilo. Pero ciertos faraones cultos y algunos sacerdotes de alta categoría guardaron entre ellos, como si fuesen misterios, las concepciones de su mentalidad superior, y los egiptólogos han encontrado, en documentos de aquella época, lo más hermoso que se ha dicho por los antiguos sobre la existencia de Dios, único y omnipotente.

Siento las molestias de una temperatura muy elevada cuando el carruaje empieza a rodar por los desfiladeros que conducen al Valle de los Reyes. Seguimos un camino de arena rojiza que apenas tiene la anchura necesaria para que pasen dos vehículos a la vez. Las paredes en pendiente de las colinas son igualmente rojas, con un tono de sangre seca. Parecen absorber la luz y no devolverla; la transforman en un calor semejante al de los carbones sin llama, que secan el ambiente de una habitación y no añaden ninguna claridad.

Estos pasadizos de las colinas líbicas se van ensanchando hasta formar una especie de ola roja, que es el llamado Valle de los Reyes. Ni un árbol ni una planta; peñas nada más; derrumbamientos de piedra suelta desde los filos de las colinas.

Unos gendarmes egipcios siguen con ojos vigilantes el trabajo de varios obreros. Elevan éstos un estrado de madera, adornándolo con percalinas floreadas y banderas nacionales. Mi cochero me explica que dentro de unos días, o de una semana, y bien pudiera ser pasado un mes, vendrán altos funcionarios de El Cairo para proceder a la apertura de una nueva sala en la famosa tumba de Tutankamón. Después añade que tal vez no vengan nunca, a pesar del gran número de viajeros que llenan a estas horas los hoteles de Luxor. El esnobismo les ha hecho volver luego de terminada la estación invernal, arrostrando el calor creciente. Hasta príncipes reales y grandes personajes viven en Luxor esperando esta segunda apertura de la tumba.

Creo que a la mayoría de ellos nada les importa Tutankamón, rey de una de las últimas dinastías tebanas, cuyo nombre ignoraban hace unos meses. Pero ahora no se habla de otra cosa, y como el faraón está de moda, se disputan el honor de entrar en su sepultura y esperan en Luxor, aventándose las moscas, a que el gobierno egipcio decida una nueva exploración para poder decir: «Yo estaba allí».

Me enseñan la puerta de la célebre tumba: una boca de cueva dando acceso a una siringa en pendiente; ni más ni menos que las entradas de los otros hipogeos. Lo extraordinario de ella hasta el presente son los muebles encontrados, mas éstos se hallan ya en el Museo de El Cairo y podré verlos antes de transcurrida una semana.

Seguimos adelante, para conocer otras tumbas no menos completas y famosas. La de Seti I, padre de Ramsés II, es el tipo perfecto del hipogeo real. Sus siringas oblicuas llegan a una gran profundidad. Hay que pasar por puentecitos de madera sobre abismos abiertos intencionadamente para que los exploradores se equivocasen y descendiesen a ellos creyendo encontrar a su término la cámara mortuoria.

Todas las tumbas del Valle de los Reyes son ahora fáciles de visitar. La luz eléctrica brilla en los techos de salas y galerías; el camino desde la entrada al final resulta directo; pero hay que imaginarse los titubeos y desorientaciones que debieron de sufrir los egiptólogos del pasado siglo antes de poseer el secreto de estas sepulturas subterráneas, cuyos constructores inventaron toda suerte de engaños y

obstáculos.

Son admirables las pinturas murales que adornan el hipogeo del padre de Ramsés. Se alinean en ellas centenares de figurillas, con sus cabezas siempre de perfil, representando ceremonias religiosas y funciones de la vida ordinaria. El hipogeo está iluminado ahora con bombillas eléctricas; pero los artistas que trazaron en el muro tales pinturas no tuvieron para realizar su obra otra luz que la de las antorchas. Justo es añadir que los pintores de las últimas dinastías tebanas, o sea, el período en que Egipto apareció más rico y poderoso, eran artistas rutinarios y trabajaban de un modo casi maquinal.

Escultores y pintores empezaron copiando directamente la naturaleza. Luego sus discípulos imitaron con minuciosidad lo que ellos habían hecho, y de copia en copia se fue estilizando la representación de las cosas.

Las obras más antiguas de Egipto son las más notables, las que verdaderamente interpretaron el tipo nacional. La célebre estatua *Sheik el-Beled* debe tal nombre a que en el acto de ser descubierta por unos *fellahs* éstos lanzaron gritos de asombro viendo su exacto parecido con el alcalde o *sheik* de su pueblo. Por esto se da el nombre de «Alcalde del pueblo» a dicha imagen de madera, la más antigua que se conoce en el mundo. Después de varios miles de años, la semejanza resulta perfecta entre un funcionario de las remotas dinastías faraónicas y un *sheik* de aldea de los modernos jedives. Lo mismo puede decirse de otras estatuas de igual época que existen en diversos museos de Europa.

En cambio, las imágenes colosales de piedra de los grandes faraones de Tebas, esculpidas veinte siglos después, y las estatuas que representan sacerdotes y altos funcionarios, son tan rígidas y monótonas que apenas si se distinguen entre ellas. El arte bajo la influencia teocrática se había hecho hierático, sin expresión natural, obedeciendo a un canon rutinario.

Los visitantes de la tumba de Seti I la encuentran vacía. Su momia está en el Museo de El Cairo junto a la de su hijo Ramsés II. El cadáver de éste y los de otros monarcas fueron descubiertos en un escondrijo, donde los habían depositado muchos siglos antes, por miedo a los beduinos ladrones que se dedicaban al saqueo de hipogeos en el Valle de los Reyes.

La única tumba «habitada» es la de Amenofis II. Está la momia en el centro de la cámara sepulcral y su sarcófago de piedra tiene una tapadera de vidrio, para que se pueda ver el cadáver tendido de espaldas. Una bombilla eléctrica pende de lo alto, junto al rostro del faraón. Todos los días, en las horas fijadas para las visitas por el director de Monumentos históricos de El Cairo, este monarca del Alto y el Bajo Egipto, deificado por sus sacerdotes, señor absoluto de sus súbditos, dueño de sus tierras, constructor de templos, tiene que sufrir la luz extraña y blanca que arde sin calor sobre su rostro, exponiéndolo a la curiosidad de tantos miles de transeúntes de otras razas, que le miran, sonrían, hacen comentarios, muchas veces irreverentes, y se alejan siguiendo al guía, con un libro bajo el brazo y los gemelos en bandolera. Para un hombre-dios que dio órdenes a millones de esclavos, ésta es la más cruel e inesperada de las esclavitudes. Su «doble», afrentado de tal profanación, debe de haber huido para siempre de la caverna mortuoria, que ya no está cerrada por la losa de una puerta fingida.

No por esto se encuentra solo el pobre faraón en sus horas de oscuridad. Se llega hasta su sepulcro pasando por varios corredores, y en uno de ellos vemos una capila lateral con varias momias tendidas sobre el pavimento, sin sarcófago, sin un ataúd siquiera de los que imitan el contorno del cuerpo humano.

Fueron encontradas al descubrirse el hipogeo real y las dejaron en el lugar que ocupan. Unos las

creen de la familia del faraón; otros las aprecian como de altos funcionarios de su servidumbre que quisieron acompañarle con la muerte. Lo único indiscutible es que pertenecen al pueblo. Estos cadáveres tienen los cabellos largos como una mujer y teñidos de rojo chillón.

El rubio y el rojo fueron los colores de pelo preferidos por la aristocracia egipcia. Estos hombres cobrizos que se llamaban «rojos» querían tener sus cabellos como los «pueblos del mar», guerreros rubios, de tez blanca, que desembarcaron algunas veces en el delta, y para ello embadurnaban con pastas bermejas sus melenas intensamente oscuras, de un negro casi azulado. Entre los sudaneses y en ciertas tribus del África ecuatorial aún persiste esta costumbre del tiempo de los faraones. Muchos guerreros negros cubren su cabeza crespa con una peluca roja, que en días de gran calor esparce gotas sangrientas sobre su tez de ébano pulido.

Lo que más sorprende en las momias es su pequeñez. Parecen cuerpos de adolescentes y algunas veces de niño, si el difunto fue de baja estatura. El embalsamamiento achica y adelgaza. Ramsés II, que conserva en su féretro las dimensiones de un hombre de nuestra época, medianamente alto, fue sin duda enorme. Amenofis II, en cuya tumba estamos, también debió de ser de aventajada estatura, aunque algo más pequeño que el jactancioso Sesostris. Su rostro, a pesar de la tirantez inexpresiva del embalsamamiento, tiene cierta serenidad majestuosa y benévola.

Las momias caídas en la cripta próxima y resguardadas por una simple lámina de cristal resultan horribles. Sus cabelleras teñidas de color de fuego, que persisten después de tres mil años como madejas de polvo endurecido, sus ojos con las cuencas vacías, que se conservan abiertos y parecen mirar, la risa inmóvil de sus bocas con labios de herida tumefacta, su estatura infantil, incompatible con unos rostros de ancianos milenarios, hacen de ellas verdaderos demonios de pesadilla. Seguramente han perseguido a muchos visitantes hasta el otro lado de la tierra, reapareciendo en sus ensueños.

Acaba el viajero por fatigarse en el Valle de los Reyes bajando tantas galerías en pendiente para remontarlas poco después. Las paredes de siringas y salas fúnebres han sido libros abiertos para egiptólogos y artistas. Muchas de las pinturas representan fragmentos de *Las letanías del Sol*, *El libro de la abertura de la boca*, *El libro del que está en el infierno*, *El libro de las puertas*, obras religiosas cuyos papiros se colocaban junto a las momias. En ciertas tumbas de reyes se ven pintadas escenas del mundo infernal, que contrastan con los risueños episodios de los hipogeos particulares.

Una vez visitadas tres o cuatro de estas tumbas faraónicas, el viajero ansía nuevos espectáculos para su curiosidad. El calor hace agradable al principio la permanencia en los hipogeos, palacios frescos y silenciosos. Luego causan malestar este ambiente subterráneo que huele a momia, esta luz blanca de lámparas eléctricas brillando en pleno día, y se desea volver a las refracciones solares del valle líbico, comparable por su color y su alta temperatura a un caldero de bronce rojo.

Renunciamos al Valle de las Reinas, para correr por la llanura cultivada que se extiende entre las colinas y el Nilo. De esta llanura, ahora verde por los trigales próximos a madurar, surgen columnatas y colosos.

Vemos el Ramaseum, templo que Ramsés II se erigió a sí mismo, depósito de numerosas estatuas con el rostro de hermosura convencional que quiso atribuirse. En el suelo hay otra estatua suya de proporciones gigantescas, tal vez la más enorme de Egipto. Los temblores de tierra sufridos por Tebas poco antes de la era cristiana, en su época de mayor abandono, derribaron la efigie de este faraón

insaciable de gloria, que en los templos de la orilla derecha borró muchas veces el cartucho heráldico de otros monarcas para grabar el suyo.

Existió igualmente en esta llanura el Amenofium, templo funerario de Amenofis III. Sólo quedan de él dos colosos de piedra oscura que flanqueaban la puerta de su pilón. Nada más ha sobrevivido de obra tan enorme. Los *fellahs* llevan centenares de años arando el limo de su solar.

No consiguió siquiera el faraón autor del Amenofium que conservasen su nombre los dos gigantes de piedra hechos a su imagen. Todo el mundo los llama los colosos de Memnón.

Este guerrero mitológico, hijo del rey de los etíopes, marchó a Troya para socorrerla, y se batió con Aquiles, sucumbiendo después de largo combate. Cuando los viajeros griegos empezaron a explorar Egipto, ya estaba despoblada Tebas y de este templo de Amenofis sólo quedaban en pie los colosos. Se les ocurrió a algunos de aquellos dar el nombre de Memnón, personaje homérico, a una de las estatuas del rey olvidado, y la otra estatua fue, por deducción lógica, su madre Eos o la Aurora, la cual pidió a Júpiter concediese a su hijo la inmortalidad. Desde entonces fueron llamadas las dos imágenes de Amenofis los «colosos de Memnón», y con igual nombre las conocieron los romanos.

La corriente de turistas que enriquece a Egipto actualmente no es una novedad. Hace más de dos mil años venían aquí habitantes de Atenas y de Roma para admirar las Pirámides, la Esfinge y los colosos de Memnón, lo mismo que ahora.

Una leyenda se fue esparciendo por el mundo pagano. Rajó un temblor de tierra la cabeza y el pecho de la estatua que representaba a Memnón, y a partir de tal accidente se produjo un fenómeno asombroso para los antiguos. Cuando los primeros rayos solares empezaban a dorar la estatua, ésta resonaba, emitiendo el ruido de una lira que se rompe... Era Memnón contestando al saludo de su madre.

El coloso fue restaurado después con argamasa, quedando en la forma que aún conserva actualmente, y desde entonces cesó el fenómeno. Éste era originado, según se ha dicho, por el paso del aire a través de los poros y las roturas de la piedra. El caldeamiento de la atmósfera bajo la primera luz del sol producía las vibraciones melódicas.

Hasta hace pocos años, los dos colosos de Memnón se reflejaban en una laguna que el Nilo dejaba en torno de ellos, al retirarse, después de su crecida. Ahora el terreno ha sido levantado por los agricultores, y para llegar hasta los colosos necesito abrirme paso a través de un campo de trigo. Las varillas verdes agitan sus espigas todavía sin granar a la altura de sus pies.

De cerca son dos gigantes heridos en las piernas y el torso con profundos tajos. Sus caras parecen quemadas, y son tantas sus cicatrices, que nada guardan ya de humano. Hacen recordar las figuras monstruosas e informes que, por capricho de la naturaleza, afectan desde lejos algunos peñascos, en montañas y costas.

Tienen grabadas en sus piernas inscripciones y versos, pero no en inglés, como se encuentran en todos los monumentos egipcios. Son en griego y latín, y las trazaron hace veinte siglos excursionistas que pasaban por aquí sin casco blanco, vistiendo túnicas de lino con grecas de púrpura, cubriendo su cabeza, para librarse de una insolación, con la punta de la clámide o la toga.

Salgo del campo de trigo y me detengo para observar a un *fellah* que labra su pedazo de tierra negra, preparando una segunda cosecha.

Es un beduino de los que se dedicaron a agricultores en tiempos de Mohamed Alí. Lleva túnica a rayas, algo sucia, pero todavía de vivos colores, y en la cabeza el *tarbush* rojo con una tela blanca

arrollada en forma de turbante. Su yunta no puede ser más extraordinaria. Un asno grande, huesudo, y un camello viejo, zanquilargo, con la joroba blanda, forman pareja tirando del arado. Esta yunta es digna de los colosos sedentes, que la contemplan ir y venir, emergiendo como escollos sobre el mar verdoso del trigo.

Tengo ante mí una visión clásica de Egipto: Memnón, estatua famosa que cantaba hace dos mil años, y este beduino que abandonó la vida errante de sus abuelos para hacer germinar el limo nilótico, lo mismo que hicieron las generaciones de hace treinta o cuarenta siglos, cuyo polvo forma parte de la tierra arcillosa pegada a nuestros pies.

¡Sencillo labriego egipcio, insensible a los cambios de gobierno y de religión, atento únicamente al suelo de barro que lo sustenta!... Contemplo con simpatía a este arador que aún guarda en su trabajo la altivez y la elegancia natural del árabe. Le veo venir hacia mí siguiendo al camello y al burro, empuñando la esteva, sereno el rostro, con la noble gravedad del musulmán. Quisiera saber su lengua para hablarle... Siento deseos de estrechar su mano callosa.

Él, como si adivinase mi pensamiento, inmoviliza su yunta, abandona el arado, se aproxima, me saluda a estilo oriental, levándose una mano a la frente, abre la boca, y con voz algo bronca dice:

—*¡Bacshis!*

## Las Pirámides y la Esfinge

Las ruinas de Menfis.—Camellos para retratarse.—«¡Al fin te veo!».—Las pirámides de Gizeh.—Otras pirámides más antiguas.—La Esfinge y su rostro enigmático.—Ponemos en lo que nos rodea el misterio que llevamos dentro de nosotros.—Remotísima antigüedad de estos monumentos.—La civilización todavía más remota que los produjo.—Diversa duración de la historia egipcia y la historia judía.—Imposibilidad de colocar la una dentro de la otra.—Las Pirámides, saqueadas hace miles de años.—Inutilidad de estos monumentos orgullosos.—Dos leyendas de la tercera pirámide.—Nitocris, la bella de las mejillas de rosa.—El incesto faraónico.—Cómo Nitocris vengó a su esposo y luego se dio muerte.—La cortesana Rodopis.—Su ascensión a faraona gracias a una sandalia de papiro.—La novela, hermana mayor de la historia.

Vamos en automóvil por un camino ancho que tiene a ambos lados tierras bajas, con el color negruzco del barro nilótico. Veo ante mí la línea donde terminan los campos fértiles del valle y empieza el declive arenoso del desierto Líbico. Este desierto no tiene aquí montañas. Presenta un borde horizontal y regular, una arista de meseta interminable. Únicamente, a un lado de ella, se alzan aisladas tres montañas blancas, tan blancas, que a esta hora temprana parecen de sal o de nieve.

Las tres, de vértices desiguales, forman escalones según se alejan, y se adivina que esto no es sólo un efecto de óptica. La más grande de las montañas en triángulo es en realidad la más próxima, la que se alza a continuación la mediana, y la última la de menos altura.

A nuestra espalda queda El Cairo. Hemos llegado a él con las primeras luces del día, después de un viaje de veinte horas desde Luxor.

Estos campos, verdes de trigo o negros y recién arados en espera de una nueva siembra, sirvieron de solar hasta hace once siglos a Menfis, la más antigua de las capitales egipcias y la que vivió más siglos.

En la época romana los viajeros iban ya a visitar Tebas como un lugar solitario de ruinas interesantes, y en ese tiempo todavía existía Menfis, sobreviviéndose ocho siglos más.

Fueron los musulmanes los que en el siglo II de su era, al fundar la ciudad de El Cairo, acabaron con Menfis, borrándola completamente de la superficie de Egipto. Los restos de sus templos fueron llevados a la nueva capital para construir mezquitas y palacios. Sólo se salvaron los edificios mortuorios situados en el vecino desierto de Gizeh, unos por ser macizos como las Pirámides y de larga demolición, otros por haberlos cubierto la arena.

Menfis fue la ciudad más antigua de Egipto. Su fundación se pierde en tinieblas remotísimas, seis mil años antes de nuestra era, cuando se inicia confusamente la historia de este país y los relatos fabulosos sólo hablan de gobiernos de dioses y de héroes.

La historia egipcia cambió de rumbo según la situación de su capital y la hegemonía del Bajo o el Alto Egipto. La inmovilidad que se atribuye a este pueblo durante siglos y siglos es simplemente un error de los griegos. Cuando llegaron por primera vez a Egipto lo vieron en decadencia, dominado por los sacerdotes, sometido al faraón, dueño absoluto de tierras y vidas, con una historia guardada en secreto para que el pueblo no conociera su pasado, e imaginaron que siempre había sido así.

Como todas las naciones, Egipto sufrió sacudimientos revolucionarios y guerras de invasión, que cambiaron el emplazamiento de su capital, dando orientaciones diferentes a su política y su cultura.

Siempre que dominaba Tebas, ciudad del Alto Nilo perdida en el interior del país, Egipto era un mundo cerrado, refractario a las influencias exteriores, oprimido por la presión teocrática, y su preponderancia política iba acompañada de una regresión material y moral. Cuando dominó Menfis al principio de la vida egipcia y otras ciudades del delta en los últimos siglos de su independencia, Egipto estuvo en comunicación con el resto del mundo por hallarse más cerca del mar, iniciándose períodos de progreso y mayor libertad en las costumbres.

Empieza a rarificarse la vegetación a ambos lados de nuestro camino. Vemos desmoronamientos de piedras rojizas procedentes de los acantilados del desierto y capas de arena que el *kamsin* dejó caer sobre los campos alejados del Nilo.

Se detiene el automóvil en una especie de plaza, ensanchamiento de la carretera rodeado de edificios. Aquí terminan los rieles de un tranvía que hemos venido siguiendo desde El Cairo. Nos asalta una muchedumbre igual a la que se encuentra en todos los lugares con ruinas célebres: vendedores de fotografías, de escarabajos sagrados o estatuillas funerarias, guías, borriqueros y camelleros.

Cerca del Hotel Semíramis (¿por qué tal nombre en este lugar?) hay una doble fila de camellos, más de cien, con la joroba oculta bajo el paño rojo que cubre su silla. Se agolpan los camelleros en torno al automóvil, enalteciendo cada uno a gritos las condiciones de su bestia y su propia experiencia como guía.

Los más de los visitantes de las Pirámides consideran obligación ritual instalarse aquí sobre la giba de un camello manso para subir la corta pendiente que les separa de aquellas. Saben que al pie de la Gran Pirámide aguarda un enjambre de fotógrafos, prontos a retratarlos montados lo mismo que si fuesen audaces exploradores del desierto, y estas fotografías circulan después como documentos interesantísimos por Europa y América.

En el momento de mi llegada veo muchos grupos de clientes de la Agencia Cook en tratos con los camelleros. Se deshace la doble y larga fila de animales pacienzudos y cuellilargos. Las familias se distribuyen estas monturas exóticas, escogiéndolas con el pensamiento puesto en el retratista. El padre ocupa una, la madre otra, y siguen tras ellos los diversos hijos, riendo y dando gritos de entusiasmo a causa de esta novedad ambulatoria. Varias *misses* ríen también como niñas, mientras los camelleros de ojos ardientes aprovechan la ocasión para ayudarlas a montar, apoyando sus manos más abajo de las femeninas espaldas. Alemanas de casco blanco, anteojos redondos y mechones de un rubio pálido acompañan los movimientos de su camello balanceándose isócronamente al compás de su cuello rojizo y su cabeza chata, que parten el aire como una proa.

Prescindo de esta farsa «turística». No quiero hacerme retratar en lo alto de uno de estos animales, ocupado solamente durante algunos minutos. He montado por necesidad en camello más de una vez, y declaro que su andadura resulta molesta, hasta el punto de dar un mareo peor que el de los viajes marítimos a los que no estamos acostumbrados a tal género de locomoción. Además, un escrúpulo que puede llamarse de respeto histórico me impulsa a llegar hasta las Pirámides a pie, como los viajeros de Atenas y de Roma que empezaron a visitarlas y a propagar su fama en el mundo, hace veinticuatro siglos.

Subo en automóvil la cuesta que existe entre los postreros campos del valle y la meseta líbica. En la última revuelta algo se interpone entre mis ojos y el cielo blanquecino de luz: un cono inmenso, que parece cubrir con su compacta solidez todo el horizonte. Las ruedas delanteras del vehículo se hunden



en la arena y continúan volteando entre nubecillas rojas sin poder avanzar más. Abandono el carruaje y doy unos pasos sobre el suelo caliente y blando. Tropezco con piedras ásperas y cortantes como la lava, pero a pesar de ello no miro abajo ni miro tampoco horizontalmente ante mí. He echado mi cabeza atrás.

—¡Al fin te veo!...

Tengo ante mis ojos la Gran Pirámide. Para todos, este primer encuentro representa una emoción inevitable, no por lo que se ve, sino porque al fin se ha conseguido verlo.

Desde que nuestra razón empieza a formarse en la escuela de primeras letras, nos enseñan a admirar ciertas maravillas, unas existentes, otras que desaparecieron, pero igualmente célebres: las Pirámides, el Coloso de Rodas, el Partenón, el Coliseo, etc. ¿Quién no ha pasado una parte de su vida deseando ver, sea cuando sea, estas construcciones que admiramos desde niños en los grabados de los libros y nos son tan familiares como la casa de nuestros padres?

Vuelvo a repetir mentalmente mi exclamación: «¡Al fin te veo!...», pero camino con la prisa de un espectador que tiene conciencia de que se halla mal colocado y desea cambiar de sitio.

Estoy a espaldas de la Gran Pirámide, en la cara donde se abre el pequeñísimo túnel, a unos quince metros de altura, por el que se penetra hasta la única cámara mortuoria que existe en sus entrañas. Desde aquí sólo veo uno de los lados, y su masa oculta a las otras pirámides. Hay que bordearla, pasando a la cara opuesta, que es donde se desarrolla el verdadero paisaje clásico que todos conocemos: las tres pirámides, alineadas por orden de altura, y delante de ellas, como si emergiese de una excavación de arena, la colosal y misteriosa Esfinge.

Marcho unos minutos por el suelo movedizo y pasan junto a mí filas de camellos con sus arrogantes jinetes de ocasión, así como muchas abonadas de Cook montadas en borricos, lo mismo que la reina de Saba.

Dos *fellahs* de larga camisa color añil se agregan a mí en espera del *bacshis*. Me toman de los brazos como si fuese a caerme; uno me espanta las moscas pegajosas con una rama de palmera; el otro saca mi pañuelo de un bolsillo del pecho, me quita el casco y enjuga mi frente. ¡Simpáticos ayudantes! ... ¡Pensar que a la hora del *bacshis*, aunque les dé la propina más inaudita, fingirán desilusión y enfado, corriendo inmediatamente en busca de otros viajeros!...

Dejo atrás un ángulo de la pirámide, doblo luego un segundo ángulo, y veo de pronto en la realidad lo que tantas veces contemplé en libros y cuadros.

La pirámide más grande, a cuyo pie estoy, es la de Keops; más allá se alza la de Kefrén, y en último término la de Micerino. Estos nombres de los reyes que ordenaron tales construcciones no son exactos, pues los desfiguró la traducción griega. En realidad, los tres monarcas de la cuarta dinastía se llamaron Khufu, Khafra y Menkaura.

Esta masa enorme, edificada por Keops, tenía antes 144 metros de altura y trabajaron en ella cien mil hombres a la vez, renovados cada tres meses por un ejército de trabajadores de igual número. La obra duró treinta años. Hubo que buscar bloques al otro lado del Nilo, en las canteras del desierto Árábigo, construir caminos en rampa para su arrastre hasta la orilla fluvial, embarcarlos, traerlos en balsas a las cercanías de Menfis, echarlos a tierra y empujarlos de nuevo a lo alto de la meseta líbica. Para su colocación en esta montaña artificial se construyó una calzada de suave pendiente, que iba ascendiendo por las caras de la pirámide a medida que aumentaba su altura, y terminada aquella hubo

que demoler el camino arrollado a sus cuatro superficies como una cinta ascendente.

Las tres pirámides de Gizeh resultan las más conocidas, las más populares, pero existen muchas otras en el desierto paralelas al Nilo. Estas tres son las obras más antiguas de piedra que existen en Egipto, pero no por esto debe tenérselas por las más remotas de las construcciones, como se cree generalmente. Antes de que a los mencionados faraones se les ocurriese la edificación de unas tumbas tan absurdas por su costo, otros reyes habían levantado ya pirámides para sus cadáveres.

Es la pirámide una concepción primaria de los pueblos. A todos los grupos humanos se les ha ocurrido colocar un montón de piedras sobre las tumbas, y los egipcios pasaron de esto a la construcción de la pirámide tal como la conocemos. Los remotos monarcas de la protohistoria egipcia levantaron pirámides de ladrillos y en escalones, como las de los sumerios, los asirios y otros pueblos de la Mesopotamia. Indudablemente existió una influencia sumeria, tal vez ochenta o noventa siglos antes de nuestra era, en un período oscurísimo, más allá de los datos presentes de la Historia, y los reyezuelos del Egipto Bajo, deseosos de engrandecer la majestad faraónica, imitaron con ladrillos, o sea con lo que tenían más a mano, los monumentos de la civilización mesopotámica, la que dan algunos historiadores de diez mil a once mil años de antigüedad.

Cuando los monarcas egipcios se vieron poderosos, gozando de una autoridad absoluta sobre su pueblo, consiguieron realizar las mismas obras, pero en piedra, trayendo sobre trineos y balsas la calcárea del desierto Árábigo y el granito rojo de más arriba de Asuán.

Debo confesar que las Pirámides, en el primer momento de su aparición, no conmueven al visitante. ¡Las hemos visto tantas veces en libros, en cuadros y hasta en pisapapeles antes de contemplarlas en la realidad!... Sólo sabemos repetir en nuestro interior que son muy grandes, absurdamente grandes.

Además, vista de cerca, la Gran Pirámide parece un simple amontonamiento de piedras, formando escalones de unos setenta centímetros de profundidad. En otro tiempo estaban recubiertos estos peldaños con sillares de granito pulimentado, tan lisos que era imposible subir por su pendiente y tan bien unidos que no se lograba introducir un palo entre dos de ellos. Este revestimiento de piedra pulida fue arrancado para emplearlo en otras construcciones y sólo queda su enorme macizo de albañilería completamente descubierto, lo que hace pensar en un organismo monstruoso al que hubiesen arrancado la epidermis.

Los beduínos que ganan su vida como guías de la Gran Pirámide imitan a los montañeses de los Alpes siempre que acompañan viajeros hasta la cúspide de la montaña artificial. Tiran de sus brazos, los empujan por las asentaderas ayudándoles a subir, y cuando llegan a la cumbre, hacen rodar alguna de las piedras para que se aprecie su altura. Esto último fue prohibido; pero el juego aún se repite a pesar de que achicó a la Gran Pirámide en más de siete metros. Actualmente sólo tiene ciento treinta y siete, pero aún figura entre los monumentos de piedra como uno de los más altos del mundo.

Las tres habían sido ya visitadas y robadas hacía siglos, cuando los primeros egiptólogos consiguieron, en nuestra época, descubrir las angostas galerías que conducen a sus cámaras mortuorias. Durante la Edad Media los soldanes de El Cairo supieron desentrañar cuantos secretos habían amontonado los faraones, dando finalmente con sus escondrijos fúnebres para apoderarse de joyas y otros ornatos.

Ninguno de los tres reyes egipcios fue hallado en el interior de su montaña de piedra. Los saqueadores, después de robar sus momias, las dejaron perder tal vez en las arenas del desierto o las

hicieron pedazos.

«Muy grande, absurdamente grande», seguimos pensando; pero la grandeza de las tres montañas blancas acaba por infundir admiración cuando se piensa en los ejércitos de trabajadores que se movieron aquí durante treinta años, bajo la amenaza del palo, para levantar una de dichas pirámides.

Asombra también la apreciación de las prodigiosas cantidades de piedra acumuladas. Solamente la Gran Pirámide tiene una masa de veinticinco millones de metros cúbicos, cantidad que bastaría para construir un muro más alto que un hombre y largo de cuatro mil kilómetros.

El paisaje piramidista causa una impresión más honda cuando se bajan los ojos, y olvidando momentáneamente las tres montañas triangulares, se concentra la mirada en la Esfinge, enorme cabeza de piedra que emerge de la arena como surgiría un monstruo prehistórico entre las espumas amarillas del océano en formación.

Es en realidad esta figura misteriosa la imagen del dios Harmakhis, símbolo del sol naciente. El resto de su cuerpo está hundido en la arena, pero las excavaciones revelan su contorno. La cabeza humana tiene un cuerpo de león, tallado en la roca, descansando sobre las patas encogidas.

No trajeron de lejos su piedra, como la de las Pirámides. Era un peñasco perdido en el desierto, que tal vez por su rareza mereció honores sagrados. En el lomo de la Esfinge existe una sepultura de incalculable antigüedad, anterior indudablemente al tallado de dicha imagen.

Su cabeza tiene diecinueve metros de altura, la de una casa de cinco pisos, y la oreja todavía visible mide un metro. Excavaciones hechas en el pasado siglo permitieron descubrir un templete colocado entre sus dos garras. Ahora el templete ha vuelto a desaparecer bajo la arena, y en realidad sólo vemos de la misteriosa imagen el pecho, la cabeza y una parte de su lomo. Las olas de este mar seco y ardiente muestran una tenaz voluntad de recobrarla. Varias excavaciones la han sacado a la luz y poco después ha vuelto la arena a ocultarla bajo sus mareas encrespadas por los soplos del *kamsin*.

El rostro de la Esfinge es de una fealdad monstruosa. Le falta la nariz, y esto parece dar a sus ojos, que se conservan enteros y son de una fijeza perturbadora, cierto aire de ferocidad, semejante al de los guerreros tártaros, de cara achatada. Una larga contemplación va desentrañando su gesto enigmático y hostil. El rostro del dios Sol fue hermoso. Colocando en él, imaginariamente, la nariz que le falta y rellenando las oquedades de sus cicatrices, cambian de forma los ojos de la divinidad solar, son largos y pensativos, reflejando un espíritu interior de bondad y tolerancia.

Hace dos mil años que poetas y filósofos desfilan ante la figura enigmática, y cada uno interpreta su gesto con arreglo a sus creencias. Tal vez esta roca no es más que un ídolo gigantesco y mutilado, como creen algunos; también podría ser que guardase el gran secreto de nuestro destino, como imaginan otros. ¿Quién sabe? Las más de las cosas sólo contienen en realidad aquello que deseamos colocar en ellas.

Nuestro desdoblamiento puebla lo que nos rodea con partículas de nosotros mismos y luego las admiramos como verdades exteriores. La gran angustia de los hombres es saber de dónde venimos, por qué estamos aquí, a dónde iremos después; y como estas preguntas no las contestarán nunca de un modo lógico y satisfactorio religiones ni filosofías, necesita la debilidad humana creer que alguien posee dicho secreto, y deposita tal esperanza en todas las imágenes revestidas de profundo misterio por su remota antigüedad.

Esta antigüedad incalculable que se pierde en las brumas del amanecer protohistórico se va

apoderando de nuestro pensamiento y reemplaza la primera y vulgar admiración de las dimensiones brutalmente grandes.

Las tres pirámides que se alzan ante mis ojos fueron construidas cuatro mil años antes de nuestra era, y añadiendo mil novecientos después de Jesucristo resulta que estos monumentos los levantaron los hombres hace sesenta siglos aproximadamente. Y la Esfinge es sin duda alguna anterior a la construcción de las Pirámides, lo mismo que un templo subterráneo encontrado cerca de ella. Son anteriores también al rey Menés, personaje del que habla la tradición como fundador de Menfis, contando que lo mató un hipopótamo en el Nilo luego de reinar sesenta y un años.

Este Menés, el más remoto de los faraones, imperó sobre un Egipto que conocía ya las labores agrícolas, las artes mecánicas necesarias para la vida y era capaz de construir ciertos monumentos anteriores a las Pirámides, cuyas ruinas acaban de descubrirse, así como diques para el aprovechamiento del Nilo.

Como ha dicho el sabio orientalista Guimet, «la civilización del rey Menés no es un principio, es un apogeo y debe haber sido precedida forzosamente de numerosos siglos de ensayos y progresos muy lentos. La gran Esfinge es anterior al rey Menés, así como las pirámides de Sakkara». (Dichas pirámides son las construidas en forma de gradas, copiando la arquitectura de la civilización mesopotámica.)

Resulta, pues, que esta Esfinge tiene más de siete mil años. Los hombres que la tallaron en la roca eran ya verdaderos artistas, y las artes sólo aparecen y se desarrollan en los pueblos después que han realizado éstos durante siglos y siglos todos los progresos necesarios para el mantenimiento de la vida y conseguido las comodidades que favorecen el pensamiento o el ensueño.

Alguien ha comparado el desarrollo de una nación a la lentitud con que se eleva un roble, extendiendo a lo lejos sus raíces en las profundidades del suelo. Todo esto me hace pensar en los miles de años que debieron transcurrir antes de los setenta u ochenta siglos de vida que lleva la Esfinge, y experimento la misma turbación, aunque en menor escala, que causan las cifras astronómicas al fijar la lejanía de los astros o la velocidad de la luz.

Cada egiptólogo ha ido empujando ante él las fronteras de la historia. Hay un límite entre el período histórico y el período mítico. La historia egipcia abarca cerca de cinco mil años antes de nuestra era, o sea unos siete mil hasta el presente, pero en el período mítico (antes de Menés) existía ya una gran civilización; las civilizaciones no se crean de un golpe, son muy lentas, y esto da a la protohistoria egipcia nuevos miles de años, sin límite visible.

Digamos de paso, para el lector que lo ignore, que esta historia egipcia de tantos miles de años se apoya en textos antiguos, siendo los más importantes de ellos las listas de Manetón y el llamado «papiro de Turín».

Manetón fue un gran sacerdote de Heliópolis, que por encargo de Ptolomeo Filadelfo, uno de los faraones egipcio-griegos de la XXXIII dinastía, hizo las listas de las treinta y dos dinastías anteriores, o sea de toda la historia de Egipto a partir del rey Menés (primera dinastía), cinco mil ochocientos años anteriores a nuestra era, unos setenta siglos antes de nosotros.

La historia egipcia, con su amplitud enorme, mal conocida hasta hace un siglo, ha puesto en penosa situación a muchos historiadores deseosos de armonizar dicha cronología con la historia del pueblo judío, declarada sagrada. El Pentateuco no da más que tres mil o cuatro mil años, según los diversos comentaristas, a la vida de la humanidad entre el Diluvio y el nacimiento del Mesías,

principio de nuestra era. ¿Cómo explicar la existencia histórica de las dinastías egipcias durante cinco mil ochocientos años?

Los primeros faraones resultan muy anteriores al Diluvio, y como en sus tiempos el pueblo egipcio había ya llegado a una civilización que exige miles de años para su desarrollo, debemos admitir que cuando los escultores nilóticos habían tallado ya esta Esfinge que ahora contemplo, Adán y Eva aún no estaban en el Paraíso ni habían empezado a desarrollarse en Asia los demás episodios preliminares de la interesante leyenda de los hebreos.

Algunos autores llevan realizados grandes esfuerzos para justificar esta incoherencia histórica, pero resultan tan inútiles como pretender vestir a la Esfinge con mezquinas ropas humanas.

Lo primero que se les ocurrió fue declarar errónea la cronología de Manetón. Efectivamente, las tablas del gran sacerdote de Heliópolis contienen inexactitudes, como todas las obras que abarcan períodos de miles de años; pero tales equivocaciones, si por un lado dan mayor duración a ciertas dinastías, disminuyen en cambio los años de otras, que recientes descubrimientos arqueológicos hacen más extensas. Estos errores sólo significan una diferencia de quinientos años para los observadores imparciales. Mas los que desean a toda costa encerrar la inmensa historia egipcia dentro de los tres mil o cuatro mil años de la historia de los judíos, sin otra razón que la de haber sido declarado sagrado este pequeño y oscuro pueblo de la Antigüedad, llegan a suprimir catorce siglos en la cronología de Manetón con argumentos arbitrarios, desmentidos continuamente por los descubrimientos de la arqueología.

Pero aunque la crónica de Manetón resultase en realidad mil cuatrocientos años más corta, no por esto dejaría de ser la historia egipcia infinitamente más larga que la del pueblo judío. Antes de las dinastías consignadas por Manetón existe el período mítico, los miles y miles de años que fueron necesarios para que los cultivadores del Nilo modificasen las tierras pantanosas y crearan una civilización capaz de producir la Esfinge y las Pirámides.

Este período prehistórico tiene un testimonio: el «papiro de Turín», llamado así porque lo guardan en la Biblioteca de dicha ciudad. Dicho papiro divide el Egipto remotísimo en tres períodos, que abarcan juntos diez mil años, época mitológica de dioses y héroes, simbolizando los trabajos y penalidades de los primitivos egipcios al cultivar y civilizar lentamente el valle del Nilo.

Las Pirámides impresionaron algunas imaginaciones a causa de sus masas y el esfuerzo inexplicable representado por ellas, hasta el punto de dar origen a una especie de culto religioso. Hombres de espíritu elevado quisieron atribuir una significación espiritual y misteriosa a estas piedras amontonadas por el «inepto orgullo» de varios faraones.

En Inglaterra ha existido una escuela «piramidista» con hombres de verdadero mérito, que pretendieron encontrar en las Pirámides secretos matemáticos, astronómicos y religiosos. Para ellos, cada una de dichas tumbas gigantescas guardaba una gran lección de la misteriosa ciencia egipcia. En realidad, los creadores de estas obras absurdas e imponentes sólo buscaron satisfacer su inmenso orgullo, siguiendo a la vez los instintos de todo déspota, inclinado a sospechar de cuanto le rodea. Quisieron que sus monumentos fúnebres se viesan de muy lejos a causa de la potencia de su masa, aumentando su esplendor con templos secundarios, avenidas de esfinges y pilones triunfales. Al mismo tiempo desearon que su cadáver, divinizado, quedase tan hábilmente oculto que nadie pudiera descubrirlo.

Así se explica la absurda invención, que tanto desorientó a los comentaristas de las Pirámides, de construir toda una montaña maciza para abrigar una estrecha galería, casi comparable por su pequeñez a un tubo de chimenea, conduciendo a una cámara funeraria igualmente insignificante en parangón con el inmenso resto de la obra. La cripta para el cadáver de Keops en la Gran Pirámide representa como relación de tamaños menos que la pepita de una manzana en el interior de dicha fruta.

El miedo a que profanasen sus tumbas les hizo adoptar tan exageradas precauciones. Era grande en Egipto el respeto a la muerte, pero aún era mayor la miseria del pueblo, y durante miles de años muchedumbres famélicas miraron con envidia las tumbas de unos reyes cuyos nombres habían olvidado, y en cuyo interior existían tesoros perdidos rodeando a sus momias.

Se hablaba, por tradición, de «salas de oro», donde los sacerdotes y las concubinas de los faraones habían depositado todo lo que les perteneció en vida, armas, joyas, muebles y trajes. En ciertos períodos de hambre, cuando por una crecida defectuosa del Nilo resultaba mala la cosecha, bandas armadas asaltaron dichas tumbas, descubriendo con husmeos hábiles de indígena todos los secretos de su entrada.

Antiguos papiros hablan de muchos robos de sepulturas reales. En tiempos de Estrabón ya habían sido saqueados cuarenta sepulcros de faraones y desaparecido sus cadáveres, quedando abiertas a todo el mundo las galerías minuciosamente disimuladas durante miles de años. Los turistas de Grecia y de Roma entraban en ellas con toda libertad para cubrir sus muros de inscripciones, lo mismo que los visitantes actuales.

Al penetrar por primera vez los exploradores de nuestra época en la Gran Pirámide la encontraron vacía. Muchos siglos antes, los musulmanes habían descubierto su entrada. Lo único que vieron en su interior fue el nombre de Keops marcado en los sillares con tinta roja. En la segunda pirámide, o sea la de Kefrén, descubierta en 1818, la exploración de su interior tampoco dio resultado. Sólo encontraron un sarcófago vacío, y en los muros de la cámara sepulcral una inscripción árabe declarando que ya había sido visitada por un soldán de El Cairo, sucesor de Saladino, sin descubrir nada digno de consideración. Esto fue sin duda porque la habían registrado y robado muchos siglos antes los bandoleros indígenas.

La tercera y más pequeña de las Pirámides, la del faraón Micerino, es superior a las otras por la finura del trabajo y guarda una parte de su bello revestimiento. Cuando fue descubierta su entrada por un explorador italiano y un coronel inglés, éstos se convencieron inmediatamente de que también la habían robado los antiguos egipcios. Sin embargo, todavía encontraron en ella un hermoso sarcófago de piedra y un ataúd de momia hecho de cedro, con el nombre de Menkaura, que es, como ya dijimos, el de Micerino. Este hallazgo único de las Pirámides tuvo mala suerte. Lo embarcaron para Inglaterra, y el buque naufragó frente a las costas de España, a la altura de Cartagena. Como el sarcófago pesaba tres toneladas, se fue al fondo del mar. El ataúd del faraón, con su cubierta imitando la forma de la momia, flotó sobre las aguas y lo recogieron algunos días después, figurando actualmente en el Museo Británico.

Esta pirámide de Micerino es la única que tiene su leyenda. Las otras dos son mudas.

Micerino fue un héroe de novela gracias a la mujer que le acompañó en el trono durante su corta existencia.

Dos historias van unidas a su nombre y a la tercera pirámide. En una de ellas Micerino figura

casado con su hermana Nitocris, unión que nada tiene de extraordinaria. Casi todos los faraones fueron incestuosos. La etiqueta real exigió durante miles de años que el rey de Egipto se casase con una hermana suya, para que no viniesen hembras extrañas a profanar la pureza de la dinastía. También el dios Osiris estaba casado con su hermana la diosa Isis. El incesto se encuentra al principio de todas las historias religiosas, absolutamente de todas. Oportuno es recordar que los hijos de Adán se casaron con sus hermanas las hijas de Eva.

Nitocris, «la bella de las mejillas de rosa» —tal es el significado de su nombre—, recibió un día la noticia de que su fraternal esposo Micerino había sido asesinado por orden de los principales personajes de la corte. Éstos, deseosos de gobernar el país indirectamente, ofrecieron el trono a Nitocris, y ella lo aceptó pensando en su venganza. Hizo edificar una sala subterránea cerca del Nilo y con el pretexto de inaugurarla invitó a un gran banquete a cuantos próceres habían tramado el asesinato de su esposo. Todos acudieron, y los ahogó derrumbando sobre el banquete las aguas de un canal abierto ocultamente.

Añade la leyenda que en los siete años de su reinado hizo construir esta pirámide, dándole su costoso revestimiento de sienita, que tanto admiraron después griegos, romanos y árabes. Cuando hubo terminado la obra, depositó en su cámara central el cadáver de Micerino, y juzgando sin finalidad su existencia, se dio la muerte arrojándose a un subterráneo lleno de cenizas.

El recuerdo de la faraona Nitocris, indiscutiblemente bella, pues todos los documentos del Egipto de entonces hablan de sus «mejillas de rosa», va tan unido a la tercera pirámide, que durante muchos siglos se la designó con su nombre y no con el de su esposo. Los árabes han creído durante mil años, casi hasta nuestra época, que la hermosa Nitocris habita su pirámide y se aparece algunas veces en lo alto de ella, atrayendo a los hombres con sus cantos y su desnudez. Pero el bello fantasma, después de enloquecerlos de amor, les quita la vida.

La otra leyenda es menos lúgubre. En ella Nitocris se llama Rodopis, nombre de cortesana que le dieron los griegos.

Rodopis era una hermosa joven del pueblo, una especie de almea de la antigua Menfis, y mientras estaba bañándose en el Nilo, un águila arrebató una de sus sandalias. Luego de volar con ella mucho tiempo, la dejó caer en las rodillas del faraón Micerino, ocupado en administrar justicia al aire libre.

Fue tal su asombro ante la pequeñez de dicha sandalia, que dio orden para que buscasen a su dueña por todo Egipto; y cuando trajeron la joven a su presencia la encontró tan interesante como su ligero calzado de papiro, acabando por casarse con ella. El joven Micerino murió al poco tiempo, y la reina mostró su amor y su desesperación levantando la más graciosa de las tres pirámides.

Como se ha dicho muchas veces, la historia es una novela que fue y la novela una historia que pudo ser. Pero en todas partes la novela aparece antes que la historia, dando un ambiente poético a los tiempos en que ésta no ha nacido aún.

Los hombres prefieren instintivamente la novela a la historia, y hacen bien. Es su hermana mayor.

## El Museo de El Cairo

Cómo nació la egiptología.—El joven Champollion y la famosa piedra de Rosetta.—Los descubrimientos de Mariette.—Trabajos de Maspero.—La policromía egipcia.—Setenta siglos encerrados en un palacio blanco.—La escultura, superior a la pintura.—Nunca existió una religión egipcia.—Infinita variedad de dioses y cultos.—Los dioses triunfando o decayendo según la suerte política de la ciudad en que nacieron.—Los animales sagrados.—Vida compleja y contradictoria de los egipcios, falsamente tenidos por un pueblo inmóvil.—El misterio científico de los sacerdotes.—Pararrayos en los templos.—Vuelta a la alegría de la vida, después del período tebano.—La momia de Ramsés el viejo y de su padre joven.—Cómo Sesostris resucitó, después de tres mil quinientos años, para dar a los empleados del museo el mayor susto de su vida.

La egiptología es una ciencia moderna, de origen francés.

Hasta principios del siglo XIX sólo podía saberse del antiguo Egipto lo que habían contado los griegos a partir de Herodoto, y éstos conocieron el país bajo la dominación de los persas, después de extinguidas las dinastías faraónicas.

Además, ninguno de ellos consiguió leer la escritura egipcia, y todo lo que dijeron fue por relatos orales, incurriendo en grandes errores que han llegado hasta nuestra época.

Un ejército de la República francesa, mandado por el joven general Bonaparte, conquistó Egipto en 1798. Varios sabios agregados a dicha expedición trajeron a Europa descripciones y dibujos de las ruinas egipcias, pero ninguno pudo descifrar los *jeroglíficos*, palabra griega equivalente a «escritura sagrada». La escritura egipcia era un muro de misterio contra el cual venían chocando inútilmente las hipótesis de los hombres de estudio.

Fueron tres en realidad las escrituras creadas en diversas épocas, recibiendo los nombres de jeroglífica, hierática y demótica. La más antigua o jeroglífica consistía en la representación de los objetos mismos que se deseaba mencionar, dibujando un hombre para escribir hombre, una silla por silla, lo que hizo de todo escrito una serie de pequeños dibujos. Más adelante, para dar mayor extensión y flexibilidad al lenguaje, las figuritas representaron letras. Un gavián significaba E, un león L, etcétera, y algunos dibujos equivalían a palabras enteras. Así se formó la escritura llamada hierática. A partir de la XXI dinastía, las necesidades comerciales de los egipcios les obligaron a abandonar estas dos escrituras representadas por bestias, personas y objetos, e inventaron una tercera, de mayor sencillez para su contabilidad, formada con letras, que se tituló demótica, más fácil de escribir que la jeroglífica, y más abundante en dificultades para su lectura.

Cierto joven francés llamado Champollion se sintió repentinamente interesado por todo lo referente al Egipto misterioso, y estudiando, a los catorce años, en el Liceo de Grenoble, adquirió una gramática de la lengua copta, derivación del antiguo egipcio, que aún se hablaba en todo el valle del Nilo por ser el idioma de los cristianos. En 1807, antes de su salida del Liceo, este joven de diecisiete años escribió un trabajo histórico sobre Egipto, trasladándose luego a París para estudiar las piedras e imágenes depositadas en el Museo del Louvre por los sabios de la expedición de Bonaparte.

Un oficial de artillería de la mencionada expedición había encontrado en Rosetta, junto a la desembocadura occidental del Nilo, una piedra triangular conteniendo tres inscripciones: en griego, en



lengua demótica y en lengua jeroglífica. Los sabios, valiéndose del griego, habían llegado a traducir la inscripción demótica, pero no pudieron entender una sola frase de la jeroglífica. Champollion se dedicó a descifrar la piedra de Rosetta en 1821, con la firme voluntad de no desistir de dicho trabajo hasta obtener completo éxito.

Primeramente estudió los nombres rodeados de un cartucho, por ser bien sabido que los que tenían por adorno tal emblema heráldico eran de reyes, y cuando los hubo desentrañado, le dieron todo el alfabeto jeroglífico. Además se convenció de que la lengua jeroglífica se parecía mucho a la copta, aprendida por él. Como les ocurre a todos los innovadores, algunos sabios viejos, representantes de la ciencia oficial, pusieron en duda los descubrimientos de Champollion. Éste hizo un viaje a Egipto, escribió una gramática jeroglífica, y extenuado por su inmenso trabajo mental murió a los cuarenta y un años de edad, en 1832.

Al conocer las reglas para la lectura de los jeroglíficos, muchos se consagraron al estudio de las antigüedades faraónicas, y gracias a Champollion nació la ciencia de la egiptología. La piedra de Rosetta fue la llave mágica que abrió una puerta inaccesible durante veinticinco siglos. Surgieron egiptólogos en varias naciones, yendo todos al valle del Nilo para desenterrar monumentos, explorar pirámides e hipogeos, ir descifrando una historia nueva en piedras y papiros. Hoy pueden leerse con exactitud los textos egipcios, y los niños de las escuelas conocen una historia de este pueblo más cierta que la que relataban los sabios hace menos de un siglo.

La egiptología, nacida en Francia, siguió recibiendo de ella sus hombres más importantes. Franceses han sido Saulcy, Rougé, Mariette y Maspero.

Tranquilo profesor en el Liceo de Boulogne, su ciudad natal, Mariette se sintió tentado por el misterio del Egipto a fuerza de contemplar una momia que existía en la biblioteca de dicho centro de enseñanza. Sus primeros estudios los hizo como Champollion, examinando las antigüedades egipcias del Louvre. Después consiguió que el gobierno de Francia le enviase a hacer excavaciones en Egipto.

Una buena suerte, siempre fiel, acompañó sus trabajos. Al poco tiempo de iniciarlos descubrió el Serapeum de Menfis, panteón donde se guardaban las momias de los bueyes Apis. Este hallazgo le hizo célebre, y el jedive de Egipto, luego de darle el título de bey, le encargó la dirección de todas las excavaciones arqueológicas del país. Durante treinta años, Mariette-bey exploró el Egipto en varias direcciones, limpiando de arena los monumentos de Menfis y de escombros los grandes templos tebanos. Con todos sus hallazgos creó cerca de El Cairo el Museo de Bulaq, extraordinario para su época, pero que después ha resultado malsano por su emplazamiento junto al Nilo y pequeño para contener los hallazgos de sus sucesores.

Mariette-bey murió en 1881, siendo enterrado como un egipcio del tiempo de los faraones, a la entrada del Museo de Bulaq, en un sarcófago de granito, entre dos esfinges.

Otro francés continuó su obra, Gaston Maspero, antiguo profesor del Colegio de Francia, que acabó por ser director general de las Antigüedades de Egipto, con toda clase de facultades concedidas por el gobierno del país. Bajo su dirección, hasta hace pocos años, en que ocurrió su muerte, y bajo la de su sucesor, continúan sin descanso las excavaciones, saliendo a la luz nuevos monumentos y papiros.

Hoy todo el producto de la cosecha milenaria, realizada por los egiptólogos, ya no está en el Museo de Bulaq. Maspero creó en pleno Cairo el llamado Museo Egipcio, vastísimo palacio rodeado de jardines, que tiene frente a su fachada un monumento a Mariette.

Este Museo de El Cairo es la construcción más extensa y hermosa de dicha capital. En ninguno de los de Europa se preocuparon los arquitectos de la comodidad de los visitantes y buenas condiciones para su respiración como en este edificio, casi reciente. A pesar de que existen en su interior tantos cadáveres, tantos objetos que permanecieron miles de años en la lobreguez de las tumbas, no se nota el más leve hedor. Su ambiente es más puro que el de los museos de cuadros y de estatuas.

Sin embargo, la elegante e higiénica blancura de sus escalinatas y la aireada amplitud de sus salones únicamente se aprecian en los primeros momentos, al entrar en el museo. En seguida nos asalta el pasado, nos envuelve el misterioso encanto de este país que se resistió a dejarse conocer durante el curso de dos milenarios, y ahora, repentinamente, en menos de un siglo, entrega con una prontitud que puede llamarse violenta todo el secreto de su pasado.

Ya dije al hablar de Tebas que las ruinas actuales dan una falsa idea de lo que fueron las construcciones antiguas. No se ve en aquellas más que la piedra, algunas veces áspera porque la labraron para mantenerse oculta bajo suave revestimiento. La mayor parte de los edificios del antiguo Egipto fueron multicolores. Las columnas estaban pintadas y sus capiteles de loto tenían cubiertas las hojas de diversas tintas y de oro.

Es en este museo donde puede conocerse directamente el arte multicolor de los egipcios. Junto al Nilo, en las ruinas de templos y pirámides, perdura el esqueleto de su civilización; aquí, bajo techo, se guardan sus músculos, su carne, sobre todo su epidermis maravillosa.

Vemos por todas partes oro y colores. Hasta las estatuas de madera o alabastro están pintadas con una frescura de tintas tan maravillosas que hace dudar de su origen remoto. Casi todas las cabezas tienen ojos de vidrio, con un redondel de ébano y metal que imita la pupila, dándole una fijeza enigmática e inquietante. Parece que estos personajes de sesenta o setenta siglos guardan aún fragmentos de un alma que ha podido presenciar la mayor parte de la historia humana.

Menciono tal cantidad de siglos porque las figuras más expresivas, más cerca de la realidad, son las antiguas, las de la época menfita, contemporáneas de las Pirámides y de los primeros faraones.

Además de la policromía de estatuas, muebles y joyeles, la piedra empleada por los antiguos artistas da una variada gradación de colores naturales a este museo de siete mil años, que guarda desde el punzón de oro tallado perteneciente al tocador de una dama de Menfis, hasta colosos de varios metros que tocan con su mitra faraónica el techo de los salones. La diorita, el alabastro, la calcárea blanca y amarilla, el asperón rojo, los granitos rosa y gris, el esquisto verde, extraídos de las diversas canteras vecinas al Nilo Alto, al Nilo del Sudán o las costas del mar Rojo, alternan con el alabastro y la madera como materias estatuarias.

Encontramos sarcófagos en abundancia: unos pesadísimos, de sobria ornamentación, imponentes por las toneladas que representa su masa de una sola pieza; estelas con estatuas destinadas a guardar la puerta fingida de todo hipogeo egipcio; bajorrelieves con centenares de personas siguiendo al faraón triunfante —el monarca siempre gigantesco y los simples mortales tan pequeños que apenas le llegan al tobillo—; columnas de floridos capiteles imitando al loto y a la palmera; escribas leyendo o arrodillados, en actitud de estenógrafo; servidores amasando el pan, vigilando el asador, llevando las sandalias de su amo; escenas cinceladas en el granito que representan las flotas egipcias en sus avances por el mar Rojo, o a la princesa negra Ponuit, de grotescas posaderas, saliendo al frente de sus tribus para ofrecer árboles de incienso a los marinos faraónicos; y esfinges, muchas esfinges, con

rostro de mujer y cuerpo de león.

Resulta interminable la asamblea de faraones y princesas reunida en estos salones blancos. Hasta hay estatuas de enanos que indudablemente hicieron reír con tristes bufonadas a reyes y reinas en los tiempos que aún estaba empezando la historia del pueblo hebreo. Vemos dioses fluviales con los pies apoyados en cocodrilos; episodios de guerra, burilados con una paciencia admirable en las piedras más duras y difíciles de ser trabajadas; sangrientos choques, que deben llamarse de «carretería», pues en ellos los adversarios no van a caballo y se lanzan flechas desde lo alto de sus carros de combate.

Admiramos los muebles recién salidos de la tumba de Tutankamón. Tienen la misma brillantez y frescura que si fuesen imitaciones modernas. La permanencia de varias docenas de siglos en la lobreguez de una tumba parece haber rejuvenecido sus oros. Examinamos numerosos sillones que fueron tronos, igualmente dorados, con el cuero cubierto de figuras multicolores y los brazos en forma de pantera; cofres que tienen en sus cuatro superficies y su tapa cóncava interminables historias representadas por un mando de figurillas; lechos por cuyos costados desfilan también procesiones de hombres y animales diminutos.

Alineada en armarios de cristal existe toda una humanidad de estatuillas talladas en madera. Egipcios rechonchos, de cara jocunda, celebran banquetes al aire libre y se divierten con varios juegos; filas de mujeres llevan ofrendas a los dioses; pequeñas barcas, exactamente parecidas a las del Nilo, permanecen inmóviles en mitad de las vitrinas, con la vela izada, los bogadores encorvados sobre los remos y un niño en la proa que tiene los brazos en alto y la boca abierta en actitud de gritar. Los personajes caricaturescos se mezclan en este mundo de muñecos egipcios con plañideras de trágica actitud.

Más allá vemos paisajes ingenuos pintados en láminas de alabastro o de barro. La pintura no progresó en Egipto como la escultura. Cortó su desarrollo la influencia sacerdotal, exigiendo una actitud hierática al cuerpo humano, un convencionalismo de pintura sagrada en las escenas de la vida ordinaria. Todos los personajes están en fila, tienen la cara de perfil, el tronco de frente, con los dos hombros iguales, y brazos y piernas igualmente perfilados.

Hay carros faraónicos en estos salones que aún se mantienen sobre sus ruedas, mesas de ofrendas dedicadas a los muertos, estatuas para prolongar la vida del «doble», tumbas sostenidas por gacelas de piedra cuya forma ligera contrasta con la mole de granito rojo convertida en sarcófago, y una variedad desconcertante de ataúdes antropomórficos, cajas de madera pintada, que todos hemos visto en los museos de Europa, imitando el contorno del cuerpo humano y en la parte correspondiente a la cabeza una copia policroma de la cara del difunto. Pero aquí estos féretros son de faraones o altos personajes de su corte, resultando admirable la frescura de sus colores y dorados.

Las joyas de ciertas reinas llenan vitrinas enteras: collares de ristras múltiples, sortijas, pendientes, anchos brazaletes. Los faraones también usaban alhajas, y algunas de las más admirables pertenecieron al fastuoso Ramsés II.

Abundan platos y copas de oro. El Egipto antiguo apenas conoció la plata, no habiéndose encontrado hasta ahora ningún objeto de dicho metal. Todo es oro y bronce, y los artífices del país llegaron a forjar puñales y espadas con una flexibilidad comparable a la de las hojas de acero.

El Egipto posterior a los faraones, el sometido a la influencia de griegos y romanos, está en las salas del piso bajo. Descendiendo a ellas se cree haber saltado en unos minutos numerosos siglos. La momia, la estela, el faraón sentado, el dios con cara de animal, quedan lejísimos. Aquí encontramos

sirenas pulsando liras, la imagen de Serapis, la de Afrodita, cabezas de prisioneros gálatas, estelas del cristianismo egipcio, vírgenes coptas de un tallado ingenuo y rudo, capillas que recuerdan el arte bizantino, con más rudeza en sus trazos; todo lo que los anticuarios descubrieron en el convento de San Apolo, en Bait, fundado durante los primeros tiempos del cristianismo triunfante.

Pero la historia cristiana del Egipto sólo tiene un interés secundario para los que visitan el país. Esta tierra es la de los faraones, y todos desean conocer lo que se mantuvo en el misterio hasta mitad del siglo pasado, la historia del Egipto clásico remontándose desde la dinastía XXIII a la protohistoria, vagorosa entre las nieblas de la fábula.

En ningún otro sitio puede abarcarse como aquí la interminable y confusa variedad de las divinidades egipcias.

Verdaderamente no ha existido una religión egipcia, organizada y única, como es por ejemplo el catolicismo. Durante cuarenta siglos sólo hubo numerosos cultos locales. Unos adquirieron importancia según la protección de los faraones o sus propios milagros; otros fueron eliminados por una selección religiosa.

Los egipcios, conservadores por naturaleza, se preocuparon más de guardar todos los cultos que de escoger entre ellos para formar una religión única. Por su parte, los sacerdotes, en vez de trabajar para suprimir dicha confusión religiosa, sólo pensaron en establecer una jerarquía entre los numerosos dioses, respetándolos a todos. Cada uno procedió así por el interés de su provincia y de su dios especial. Los sacerdotes de inteligencia elevada vieron en los innumerables dioses una emanación particular de un dios único, más poderoso que todos; pero tal concepción monoteísta solamente la poseyeron los egipcios de casta superior.

De esta masa de dioses, confusa e imposible de describir minuciosamente, se elevaron con triunfante superioridad, por ser divinidades particulares de pueblos dominantes en la historia de Egipto: Horus, Ra y Osiris. Cuando Tebas prevaleció sobre Menfis, el dios tebano Amón recibió culto en todo Egipto bajo el nombre de Amón-Ra, para identificarlo con el dios particular de Heliópolis, que era Ra, el Sol.

Otro dios nacido en una provincia se extendió por todo el Egipto: el ya mencionado Osiris, dios de la luz, enemigo de su hermano Set o Tifón, demonio de las tinieblas. Brilla durante el día, y Set lo mata a traición y lo despedaza todas las noches. Su mujer Isis llora sobre su cadáver mientras Set reina en la tierra y la cubre de sombras. Pero el triunfo de la iniquidad dura poco. Horus surge en el horizonte y venga a su padre.

En realidad, Osiris, símbolo de la luz, acabó por ser el más popular de los dioses egipcios. El hierro era considerado vil porque Set había matado a Osiris con un arma de dicho metal. Cuando se oxidaba el hierro, cubriéndose de manchas rojas, los egipcios creían ver en ellas la sangre de Osiris.

Los diversos cultos locales empezaron a representar sus primeros dioses con cuerpo de animal y cabeza humana, como en la gran Esfinge. Siglos después, fue más frecuente que los dioses se mostrasen representados con cuerpo humano y cabeza de animal. Horus aparece con cabeza de gavián, Isis con cabeza de vaca, y los demás dioses con cabeza de ibis, chacal, leona, etc.

Como lógica deducción de esta manera de representar a sus dioses, acabaron los egipcios por rendir culto a ciertos animales. Los consideraron divinos por el hecho de que sus cabezas servían para las imágenes. Estos animales divinizados fueron el león, el cocodrilo, el buey, el carnero, el chacal, el

gato, el gavilán, el ibis y el escarabajo.

Unos pocos de ellos nada más consiguieron ser adorados en todo el Egipto. Los restantes sólo eran tenidos por dioses en determinadas ciudades, mientras recibían en otras los peores tratos, por rivalidad provincial. En Tebas, por ejemplo, tributaban honores divinos a los cocodrilos, y en la isla de Elefantina, situada a corta distancia, los mataban.

Era peligroso tocar a un animal sagrado dentro de la población que le rendía culto. En Alejandría, ciudad casi griega, bajo el reinado de los Ptolomeos, faraones mestizos de heleno, la muchedumbre ejecutó a un soldado romano, cien años antes de nuestra era, por haber matado a un gato sin intención preconcebida, sólo porque el gato era sagrado en dicha ciudad.

Manténían los templos animales vivos, que los fieles adoraban, ofreciéndoles comida y adornos, dando motivo dicho totemismo a grandes burlas de los primeros escritores de la Iglesia cristiana. En Shodú, donde eran tan abundantes los cocodrilos sagrados que los griegos la llamaban Cocodrilópolis, así como en los templos de Tebas, guardaban los sacerdotes muchas bestias de tal especie, adornando sus orejas con anillos de oro y sus patas con brazaletes. En Heliópolis adoraban a un ave de paso, que los griegos llamaron en su lengua *fénix*, inventando acerca de ella varias fábulas que han llegado hasta nosotros y hecho popular el nombre del ave fénix.

De todos los animales sagrados, el más famoso fue el buey Apis. Vivía en Menfis y necesitaba condiciones muy especiales para ser promovido al rango de dios. Debía ser negro, con una mancha blanca sobre la frente en forma de triángulo, la figura de un águila en el lomo, una marca en la lengua semejante a un ala de escarabajo, y los pelos de su cola dobles. Los sacerdotes le creían engendrado por un rayo caído junto a una vaca. Cuando encontraban a este animal extraordinario, luego de convencerse de la existencia de todas las señales mencionadas, lo instalaban en su capilla, mostrándolo al pueblo.

Su reinado divino sólo duraba veinticinco años. Si vivía más, los sacerdotes lo ahogaban en una fuente sagrada, buscando a otro. Todos los Apis eran embalsamados, y Ramsés II dedicó a sus cuerpos una gruta excavada en la roca, el Serapeum. Por espacio de dos mil años recibió este panteón las momias de los Apis, siendo al fin cubierto por la arena y olvidado cuando Egipto aceptó el cristianismo, hasta que Mariette-bey lo descubrió en 1851, perfectamente intacto.

Como el período de mayor dominación faraónica fue el de las dinastías tebanas, Amón, dios de Tebas, ascendió de simple divinidad provincial a figurar como el primero de todos los dioses, poseyendo los templos más enormes. Sus sacerdotes le llamaron «padre de los padres y madre de las madres», perfecto, eterno y todopoderoso, habiéndolo creado todo y no habiendo sido creado jamás. Los otros dioses eran el mismo con diverso nombre, y lo representaban navegando por el cielo en una barca, un dios secundario en la proa armado de lanza, otro dios en el timón, y moviendo los remos, las almas de los hombres más virtuosos y eminentes.

Pero todo esto no es más que una síntesis ligera de la gran masa de religiones egipcias, que nunca constituyeron una creencia homogénea; selva tropical, enmarañada y oscura de dioses y diosas, animales deificados, demonios y magias.

Este pueblo de tantos miles de años tuvo una existencia más compleja que la imaginada por los sabios cuando aún les era imposible leer su escritura. Abundan contrastes y contradicciones en su historia religiosa. Adoraban a los animales, les daban muerte cuando habían cumplido cierta edad, y a continuación los embalsamaban, convirtiéndolos en dioses.

Durante los faraones de origen egipcio, los diversos cultos se mantuvieron en las orillas del Nilo; luego mostraron una extraordinaria fuerza de expansión, en la época griega de los Ptolomeos y bajo el Imperio romano. Desde las costas del Asia Menor hasta las Galias y las Islas Británicas se han encontrado estatuillas de dioses egipcios o imitaciones locales de dichas imágenes. Sacerdotes vagabundos de Isis llevaban a todos los pueblos los cultos de su diosa, de Serapis y de Anubis.

Dichos sacerdotes de Isis —poco recomendables a causa de sus costumbres— ofrecían el engañoso consuelo del milagro que ha deseado siempre la pobre humanidad desde sus primeros tiempos, siendo con ello simples precursores de imágenes omnipotentes creadas después por otros cultos más modernos. Curaban valiéndose de prodigios; eran adivinos y exorcistas, y las cofradías formadas por ellos en muchos lugares de Europa lloraban una vez al año la muerte de Osiris, celebrando con gran estrépito su resurrección.

Empezaba a extenderse el cristianismo por el mundo, precisamente en el momento de la mayor expansión religiosa de los egipcios, y miró con odio especial a estos sacerdotes de Isis, curanderos y milagreros, que pretendían rivalizar con la nueva doctrina. A fines del siglo IV, Teófilo, patriarca cristiano de Alejandría, impulsó a las turbas a quemar el Serapeum de dicha ciudad, gran centro de las creencias egipcias.

El animismo del antiguo Egipto, que dio importancia de dioses a todas las cosas naturales, «desde los cuerpos celestes y el Nilo, hasta los más humildes sicomoros de sus orillas», proporcionó al mismo tiempo a los hombres la noción de la inmortalidad del alma, noción que ha servido de base a todas las religiones posteriores.

Por un lado, parece que los egipcios pensaban mucho en la muerte. Un escritor romano dijo de ellos que consideraban sus viviendas como moradas de paso y sus tumbas como moradas eternas. En sus banquetes fue costumbre presentar a los comensales un pequeño féretro, para que no olvidasen en medio de su regocijo que debían morir. Pero a la vez amaban no menos la vida, como observa Salomón Reynach, y tal era su pasión por ella, que desearon conservarla más allá de la muerte, guardando, gracias al «doble», en el interior de su tumba las mismas sensualidades y apetitos que los vivos.

Resulta indudable la existencia en Egipto de una aristocracia intelectual, poseedora de conocimientos guardados en el misterio para que no los adquiriese la muchedumbre. Se han exagerado mucho estos conocimientos, pero con mayor o menor amplitud es cierto que existieron.

Algunos templos estaban contruidos de un modo que facilitase la observación de las estrellas, pudiendo notar sus posiciones relativas. Ciertos pasillos y puertas eran empleados, a causa de su orientación, como tubos de telescopio para estudiar el cielo.

De sus descubrimientos, el más indiscutible es el uso del pararrayos. Esto no quita ningún mérito a Franklin. La autenticidad de su invención nadie la pone en duda; pero como ha ocurrido muchas veces en la historia de la ciencia, lo que él descubrió lo habían descubierto miles de años antes los sabios egipcios.

En el pilón de todos los templos, las dos torres macizas que lo componen estaban rayadas por dos huecos verticales, adaptándose a cada uno de ellos un mástil que se remontaba muy por encima del edificio. Al fin de este mástil ondeaban cuatro banderolas con los colores sagrados: rojo, blanco, azul y verde. Según escritos de la época, dichos mástiles, que se ven en todas las representaciones de

portadas elevándose hasta treinta metros, y que muchos creyeron simples portabanderas, tenían su punta final forrada de cobre. También los obeliscos de piedra erguidos ante los templos guardaban su punta bajo un casquete del mismo metal. Los textos egipcios dicen expresamente que dichos palos eran elevados para «cortar la tempestad en las alturas del cielo». Otros escritos añaden en forma simbólica que eran las dos hermanas divinas Isis y Neftis, las cuales con sus grandes alas protegían a su hermano Osiris contra las violencias de Tifón, dios de las sombras, deseoso de darle muerte.

Fue la ciencia en Egipto un monopolio de los sacerdotes; pero a semejanza de lo ocurrido en otros pueblos, acabó por salir del secreto de los templos, se hizo laica durante las últimas dinastías y ejerció una influencia benéfica sobre los conocimientos del pueblo griego. Y como los griegos fueron los maestros del mundo actual, debemos indudablemente una parte de nuestros conocimientos y nuestra manera de apreciar la vida a remotos sacerdotes egipcios cuyos nombres probablemente no conoceremos nunca.

La inmovilidad milenaria de Egipto resulta una falsa apreciación de los escritores helenos. Este pueblo ha tenido avances y reacciones, como todos. Bajo las primeras dinastías llevó una vida patriarcal. Los faraones no habían acaparado aún la tierra del país, y poseían los labriegos la independencia y el decoro que proporciona un régimen de pequeña propiedad.

El período tebano fue el del apogeo faraónico, y al mismo tiempo el de más despotismo político y mayor influencia teocrática. Los sacerdotes de Amón acabaron por ser reyes o creadores de reyes. Las pinturas de las tumbas eran horripilantes. La presión del sacerdote se extendía hasta más allá de la muerte.

Luego, al perecer el Imperio tebano y filtrarse en el valle del Nilo ideas exteriores con la llegada de pueblos navegantes, empieza a hablarse una lengua olvidada, la de los tiempos de la protohistoria egipcia. Ansias de vida gozosa y libre se mezclan con la antigua preocupación de la muerte, penetrando hasta en los hipogeos como un rayo de sol. Así se comprende, dice Reclus, que poco antes de la conquista romana, un gran sacerdote que había perdido a su esposa grabase una inscripción solemne en su tumba, semejante a las antiguas, pero añadiendo como exhortación final: «No te canses en la otra vida de comer, de beber, de embriagarte, de hacer el amor; no dejes que la pena penetre en tu corazón».

Buscan todos los visitantes del Museo Egipcio la momia de Ramsés II. No es solamente por las glorias exageradas y sonoras que se atribuyeron al gran Sesostris; tal predilección tiene por origen una leyenda terrorífica formada en torno a su cadáver.

Este gran fabricante de templos y toda clase de construcciones laudatorias para los dioses y para él, que en una inscripción llama «piedras eternas» a las de sus edificios, no ha conocido el respeto eterno para su gloria, hábilmente falsificada, pues la crítica histórica la desmenuzó, restableciendo la verdad. Tampoco ha conocido el respeto eterno para su cadáver. Muchos siglos después de su muerte, alarmados los sacerdotes por los frecuentes saqueos de tumbas reales, juntaron cierto número de momias faraónicas, entre ellas la de Ramsés II, para ocultarlas en un escondrijo. Pero el mencionado depósito fue descubierto por los egiptólogos hace algunos años, viniendo a parar aquí el cadáver embetunado y cubierto de vendas del gran Sesostris.

Se halla tendido en un ataúd que tiene por cubierta una lámina de cristal. Dicho féretro está colocado horizontalmente a la altura de una mesa, y el visitante puede inclinarse sobre él, examinando su contenido a pocos centímetros de distancia.

Al lado de Ramsés, en otra caja de cristal, vemos a su padre, Set I. Murió más joven que Sesostris, era de menos estatura, y al contemplarlos juntos parece imposible que el jovencuelo momificado pueda ser padre del otro, viejo feroz, extremadamente narigudo, que murió a los noventa años y guarda una expresión de altivez jactanciosa, de vanidad real.

Treinta y un siglos y medio después de su muerte, todavía se dio el gusto de asustar una vez más a los egipcios.

Su cadáver fue colocado por orden de Maspero en esta caja de cristal. Tenía los dos brazos, con sus envoltorios de vendas, cruzados en aspa sobre el pecho y las manos tocando sus hombros.

No se sabe cómo se realizó el prodigio. La explicación más verosímil es suponer que, después de un encierro de tres mil años, en absoluta oscuridad, los brazos del cadáver, cubiertos de una capa de betún, al recibir un rayo solar a través del vidrio, sufrieron la dilatación que produce el calor sobre ciertas materias, moviéndose espasmódicamente uno de ellos.

Lo cierto es que la momia de Ramsés II, sin perder su inmovilidad yacente, levantó una de sus manos, dando una bofetada a la cubierta de cristal. Se la ve todavía con el desarreglo de dicho movimiento: un brazo cruzado sobre el pecho, con la mano junto al hombro; el otro brazo separado del tronco, la mano levantada y los dedos vendados junto al vidrio.

Todos los guardianes egipcios del museo, que habían mirado con cierta alarma la llegada del terrible personaje, no perdiéndole de vista un momento en su nueva instalación, se dieron cuenta inmediatamente del despertar de Sesostris.

Estaban seguros de que al fin haría una de las suyas; pero tal convicción no les impidió sufrir el susto más grande de su vida.

Corrieron despavoridos hacia las puertas, luchando por quién escaparía el primero. Algunos rodaron escaleras abajo; a otros hubo que curarlos por haberse arrojado de cabeza a través de las vidrieras de los ventanales, cayendo en el jardín inmediato.

Ésta fue la última victoria de Sesostris.



## La Universidad de El-Azhar

Una esposa cristiana de Mahoma.—Jacobitas y bizantinos.—Los árabes se apoderan fácilmente de Egipto.—Fundación de El Cairo, llamada Babilonia durante la Edad Media.—Saladino y los sarracenos.—Destrucción definitiva de Menfis.—Los egipcios modernos. —Falda corta, a la moda de Europa, y manto de harén.—Las intrincadas calles de El Cairo árabe.—La Ciudadela.—La Universidad de El-Azhar.—Libertad absoluta de estudiantes y profesores. —Musulmanes de todos los países.—Pobreza de los escolares de El-Azhar.—Futuros agitadores del Islam.—Lecciones recitadas con balanceos.—Un guía fanático.—Ni biblioteca, ni libros.—Inesperada petición surgida de un corro de futuros teólogos. —Cólera y vergüenza de mi guía.

Cuando Mahoma venció a sus enemigos y todos los árabes reconocieron su autoridad, envió un mensaje a los gobernantes de los países inmediatos, que él titulaba «los reyes del mundo» por ignorar la existencia de otras naciones más apartadas, dándoles a escoger entre la guerra o la aceptación de la fe musulmana.

Estas proposiciones, dignas de la simplicidad de un exaltado convencido de su misión sobrenatural, no obtuvieron respuesta. Sólo el prefecto indígena de Egipto, el *muqawqis* que gobernaba el valle del Nilo en nombre del emperador de Bizancio, le envió como presentes una mula, un asno y una mujer, María la Copta, cristiana egipcia que Mahoma hizo su esposa. Esto fue en 628. Diez años después, los musulmanes se apoderaban del Imperio de Persia y de toda la Siria, viendo en la conquista de Egipto el complemento de esta expansión periférica del pueblo árabe.

Egipto no era más que la provincia del Imperio bizantino. Su población, amalgama de razas, dejaba ver sobre tal mezcolanza étnica dos clases bien determinadas: la de los melkitas y la de los jacobitas. Los melkitas eran los gobernantes, los griegos llegados de Bizancio para explotar el país como funcionarios administrativos o militares, como cobradores de impuestos y cultivadores en grande de las tierras del Nilo, mostrándose insolentes y sin entrañas con la masa popular. Además, todos ellos practicaban la religión ortodoxa griega.

Los jacobitas, descendientes de los antiguos egipcios, eran los coptos, agricultores y artesanos, acostumbrados desde tiempos remotos a sufrir la tiranía de sus gobernantes. Se llamaban jacobitas porque su cristianismo era la herejía de los monofisitas, propagada en el valle del Nilo por Jacobo Baradeo, que murió obispo de Edessa en 578.

No era posible el acuerdo entre ambas poblaciones. A los antagonismos sociales y de raza se unían las intransigencias religiosas de los dos grupos, igualmente fanáticos, excomulgándose mutuamente y aprovechando de los bizantinos todas las circunstancias favorables para aumentar la servidumbre de los coptos.

Esta situación supo aprovecharla uno de los caudillos de la expansión árabe, Amr Ibn El-As, invadiendo el territorio egipcio. El avance de los musulmanes hasta el Nilo fue un simple paseo. Las autoridades griegas y los colonos del mismo origen huyeron sin oponerles resistencia, y toda la población copta los recibió como libertadores. La antigua Menfis, llamada finalmente Menf, era la capital copta del Egipto, y los musulmanes entraron en ella sin ningún esfuerzo. Alejandría, capital griega, opuso una resistencia que duró catorce meses, pero al fin cayó también en poder de Amr Ibn, el general del califa Omar, y según una tradición, este califa dio orden de que fuesen quemados todos los

manuscritos existentes en su biblioteca. Pero ningún documento prueba la autenticidad de tal destrucción.

Acabaron los musulmanes por hacerse dueños de todo el Egipto, y una vez más fue engañado el pobre *fellah*. El primer caudillo árabe concedió toda clase de libertades y derechos a los indígenas. Jamás se habían visto los coptos tan respetados y considerados. Al iniciarse la dominación musulmana aumentaron los recursos del país como una consecuencia de tal libertad; pero a los transigentes caudillos de la invasión sucedieron ávidos gobernadores enviados por el califa de Bagdad, y volvió a ser Egipto un pueblo explotado y esclavizado, como en tiempos de los peores faraones.

Una gran parte de la población nilótica se hizo mahometana, buscando de este modo mejorar su suerte. Los *fellahs* cultivadores de la tierra abandonaron en masa el cristianismo, y actualmente siguen fieles al Islam. Los cristianos de las poblaciones, menos sumisos que el *fellah*, se mantuvieron leales a su religión, siendo sus descendientes los coptos de ahora. Éstos monopolizan el comercio y las pequeñas industrias en las ciudades, habiendo llegado a poseer algunos de ellos considerables fortunas.

La historia musulmana de Egipto resulta monótona y poco interesante. Fue al principio un simple reflejo de las variaciones sufridas por el Imperio de los califas de Bagdad. Luego, al declararse independientes los egipcios, la vida política consistió en guerras civiles para obtener ciertos caudillos árabes la dignidad de sultán o soldán.

El año 969 de nuestra era, un califa dio a su gobernador en Egipto la orden de fundar una capital junto al Nilo, cerca del sitio donde éste se abre en ramas, formando la gran copa del delta. La nueva ciudad tomó el nombre de El-Kahirah, «la Victoriosa», que los europeos convirtieron en El Cairo. Dicho título se lo dieron para celebrar un triunfo del mencionado califa sobre un rival suyo, habiéndose desarrollado la batalla junto a la aldea de Fosta, población del tiempo de los faraones, a la que daban los autores griegos el nombre de Babilonia. A causa de esto, los escritores de la Edad Media confundieron los dos nombres, llamando muchas veces Babilonia a El Cairo.

Primero fue capital de Egipto y finalmente de todo el Imperio árabe de los fatimitas, realizando el califa El-Mansur y sus sucesores grandes obras para su embellecimiento. En pocos años tuvo 300.000 habitantes, cifra que no sobrepasó nunca, ni aun en la época actual, si únicamente se aprecia su vecindario indígena.

Después de la caída de los fatimitas, el personaje más importante del Egipto musulmán fue el califa Salah-al-Din, el Saladino de las Cruzadas, y sus jinetes llamados *serradjin* son los sarracenos, nombre que se dio luego por extensión a todos los musulmanes.

Saladino ordenó la construcción de palacios y murallas que aún existen, aunque considerablemente modificados, y algunos sucesores de él levantaron numerosas mezquitas aprovechando los materiales de las obras antiguas. La dominación musulmana completó la destrucción de las ciudades egipcias inmediatas a El Cairo, Menfis fue borrada por entero, trasladando los musulmanes a su nueva capital portadas, columnas, sillares y hasta la cimentación de los templos antiguos. Todavía, durante el período progresivo de Mohamed Alí, en 1820, fueron arrasados varios monumentos faraónicos y arcos de triunfo de la época romana, empleándose su piedra para hacer cal destinada a las explotaciones azucareras del dictador mahometano.

Además, los berberiscos, grandes husmeadores de tumbas, encontraron las entradas secretas de pirámides o hipogeos al ir en busca de tesoros enterrados, y como para conseguir tales

descubrimientos necesitaban realizar muchas exploraciones preliminares, rompieron en ellas enlosados y muros, sin aprecio para sus inscripciones. Los albañiles árabes trituraron igualmente las piedras escritas, mezclando sus pedazos con barro del río para hacer argamasa.

Antes de esta destrucción mahometana había ocurrido otra, la de los primeros cristianos, monjes del desierto, que veían en las estatuas egipcias representaciones del demonio y eran seguidos en sus delirios por muchedumbres fanáticas. Se salvaron los monumentos de granito, asperón y pórfido por la dificultad que tales materiales oponen a sus destructores. También las arenas del desierto salvaron muchas construcciones antiguas.

Hay que decir en justicia que otras obras del período faraónico han llegado hasta nosotros gracias al cristianismo, aunque tal no fuese su voluntad. Los sacerdotes del nuevo culto aprovecharon los templos egipcios que se mantenían con techumbre para convertirlos en iglesias, y cubrieron de cal los bajorrelieves o inscripciones por creerlos obras diabólicas. Este blanqueamiento ha servido para que los egiptólogos encuentren ahora mejor conservados los textos milenarios de la historia egipcia... Pero ¡qué de estatuas, papiros y otros documentos de fácil destrucción fueron anulados para siempre por el fanatismo de los primeros cristianos y por el fanatismo musulmán!

El pueblo egipcio, bajo la dominación de sus soldanes, acabó por transformarse en un organismo nuevo, y ahora hay que rascar su revestimiento mahometano para entrever lo que fue en la época faraónica. El *fellah* todavía posee un alma igual a la del cultivador de los tiempos de Menfis y Tebas; la misma resignación, idéntica tendencia a evitar el trabajo, ya que este trabajo nunca es justamente remunerado. El rey de hace miles de años lo explotaba sin misericordia, quebrantándolo a palos cuando no presentaba al recaudador el grano exigido. Colonos griegos y romanos le trataron con idéntica crueldad. Los señores feudales de la época musulmana no se mostraron con él más dulces, y sólo en nuestro tiempo empieza a mejorar su situación, aproximándose poco a poco a la de un agricultor de Europa.

Dentro de las ciudades es donde se nota la influencia moderna, en la educación de las personas mayores, en la instrucción de los niños, en la manera de vivir. Los musulmanes fanáticos, la clase media y el pueblo conservan las antiguas costumbres, por creer que son las únicas de acuerdo con las doctrinas del Profeta; pero la alta sociedad sigue los usos de Occidente, aunque guarda por orgullo patriótico muchos resabios orientales en su manera de vestir.

A pesar de la afluencia de viajeros durante el invierno, son infinitamente más numerosos en las calles principales de El Cairo los transeúntes que van vestidos a la musulmana. Las esposas de altos funcionarios, las damas de la clase media y sus hijas mezclan las galas tradicionales de las mujeres de harén con los adornos europeos. La falda extremadamente corta, que es de moda ahora en los pueblos occidentales, la usan las egipcias de El Cairo. Su *yabrah*, o sea, el dominó de seda negro, que en las señoras mayores y en las musulmanas tradicionalistas es amplio y largo como un saco, lo llevan las jóvenes muy corto y abierto por la parte inferior, para que todos puedan ver su falda breve a la moda de Europa y sus piernas con medias de seda y zapatos de alto tacón. Por abajo parecen muchachas de París disfrazadas a la oriental; por arriba conservan el misterio del tapujo, el velo estrecho y largo que les sirve de máscara y sólo deja ver sus ojos agrandados por una hábil combinación de líneas azules y negras.

La juventud masculina de El Cairo copia con no menos fervor las modas de Europa, pero en este

momento extrema igualmente su nacionalismo, desea emanciparse de la influencia inglesa, ve con indignación cómo pasan por las calles de su capital piquetes de soldados británicos con el fusil al hombro, y por esto, sea cual sea su traje, chaqueta, chaqué o esmoquin, conserva en la cabeza el *tarbuch*, gorro rojo de cono truncado, que los egipcios usan más alto que los turcos. Los ulemas o sacerdotes van vestidos como los burgueses musulmanes, con túnica blanca o azul, entreabierta superiormente para que se vea el chaleco rayado de vivos colores, y tocados con el turbante. Éste les sirve de distintivo. Los que se creen descendientes del Profeta lo usan verde; los coptos, que a pesar de sus creencias cristianas van vestidos como los mahometanos, lo llevan de color negro.

Ofrece El Cairo una mezcla rara de orientalismo e influencia europea mayor que la que se nota en Constantinopla. Sin embargo, conserva gran parte de su carácter original, pues las construcciones de gusto moderno, las calles amplias tiradas a cordel, las avenidas con árboles y las casas de muchos pisos sólo existen en los barrios nuevos. Los invernantes, al permanecer a veces muchos días en estos barrios de El Cairo, bailando en los grandes hoteles y volviendo a reunirse a la hora del té en establecimientos a la inglesa, tienen que hacer un esfuerzo mental para acordarse de que viven en Egipto.

El Cairo árabe es un dédalo de callejuelas que se entrecruzan, formando ángulos y curvas, retroceden para continuarse a sí mismas paralelamente, o se cortan con brusquedad, convirtiéndose en callejones sin salida. El plano de uno de sus barrios ha sido comparado a un árbol de ramas torcidas y entrelazadas. Durante la expedición de Bonaparte a Egipto resultó frecuente que los destacamentos de soldados de la primera República francesa, al circular por El Cairo, se extraviasen, necesitando detener a uno de los transeúntes para que les sirviese de guía.

Representan los cincuenta y tres *harah* o barrios de la ciudad árabe la red urbana más complicada que existe. Para hacer más fácil su circulación, la autoridad municipal ha dado recientemente nombres a las calles y numerado las casas en los lugares más importantes; pero aun con esta medida, el extranjero que circula solo por el verdadero Cairo puede estar seguro de perder su rumbo.

La estrechez de las calles y sus frecuentes alternativas de sol y de sombra resultan agradables en este país de temperatura cálida. Las casas son altas, hallándose separadas solamente por los escasos metros de amplitud que tiene la calle, y como los diversos pisos terminan en miradores avanzados unos sobre otros, los últimos casi se tocan.

Para librar del sol a los transeúntes, se tienden en las vías más anchas, de una terraza a otra, celosías horizontales de listones o de cañas con toldos multicolores, que dan al pavimento sombra y frescura. Algunas están empedradas con guijarros; otras, más estrechas, con losas de granito; pero esto sólo se ve en aquellas que tienen bazares o pequeños talleres domésticos. En la mayoría, el piso es de tierra y está siempre húmedo a las horas de sol.

Posee la administración egipcia aparatos de riego para los barrios modernos, iguales a los que emplean los municipios de las capitales más progresivas; pero en la ciudad indígena, cuyas calles angostas no permiten el paso de un vehículo, el riego lo hacen los *saqua*, llevando un odre de macho cabrío en los brazos, cuya agua derraman lentamente sobre el polvo.

En ciertos barrios donde se fabrican objetos árabes para los viajeros, cada calle está ocupada por un gremio especial, que le da el nombre de su profesión: calle de los Joyeros, calle de los Broncistas, etc. Muchas de las tiendas son simples cuevas abiertas en el muro, a un metro de altura. El dueño se muestra con las piernas cruzadas sobre una estera, en medio de sus mercancías, que cuelgan del techo,

de las paredes o de la fachada.

Tienen las tiendas más ricas en su exterior un empavesado de nave antigua. Ondeán como banderas y flámulas los chales de seda traídos de Asia; grandes platos de cobre repujado brillan lo mismo que los escudos de combate que se colgaban en fila de las bordas. Flota en el ambiente un olor de rosa y de otros perfumes orientales, densos y persistentes. Pastillas diversas humean sus aromas de harén a las puertas de los almacenes, para atraer a los transeúntes.

Como en todos los países habitados por el musulmán, siempre predispuesto a la inmovilidad y el ensueño, abundan aquí los cafés, con semicírculos de silenciosos clientes sentados sobre esteras. En unos escuchan al tañedor de *rubab*, violín de tres cuerdas; en otros peroran los cuentistas verbales, rapsodas que relatan semanas y semanas los innumerables episodios de una misma historia, añadiéndola cada vez nuevos detalles. A estos novelistas, ignorantes del arte de escribir, debemos que *Las mil y una noches* hayan llegado hasta nosotros. El viejo Cairo conservó la gran colección de cuentos orientales tanto como Bagdad.

Sus monumentos árabes más dignos de aprecio son las mezquitas. La Ciudadela ofrece un aspecto interesante contemplada de lejos, pero sus edificios actuales, examinados de cerca, no merecen admiración. Los más notables resultan copia de otros de Constantinopla. El palacio que habitó Saladino está en ruinas. Sus columnas, caídas ahora en el suelo, pertenecieron a los templos faraónicos de Menfis. En un patio de dicha Ciudadela se abre el llamado «pozo de José», que la leyenda atribuye al hijo del patriarca Jacob, no se sabe con qué fundamento. Las mezquitas que sirven de tumbas a los soldanes tienen una elegancia fastuosa a la turca, que les da aspecto de salones de recepción.

Lo mejor de la Ciudadela es lo que puede verse desde sus antiguos baluartes, construidos por Saladino. El Cairo se extiende abajo, con centenares y centenares de minaretes y cúpulas que parecen repartidos al azar, aglomerándose en unos barrios y rarificándose en otros. Más allá de la brillante lámina del Nilo se yerguen las tres pirámides de Gizeh, y otras más pequeñas marcan el emplazamiento de la antigua necrópolis de Menfis.

Esta ciudad, que es la más grande de Oriente después de Constantinopla, tiene cuatrocientas mezquitas, según dicen los musulmanes, y de ellas doscientas cincuenta alzan sus agudas torres en un cielo siempre azul. Cincuenta gozan de cierta fama por la riqueza de su arquitectura, y las tres más célebres son la del sultán Hassán, la de Tulun y la Universidad religiosa de El-Azhar. Visito las dos primeras, templos mahometanos suntuosos, pero que no se diferencian mucho de los que vi en Constantinopla y otras ciudades musulmanas. Lo que deseo con impaciencia es visitar la célebre Universidad religiosa, establecida desde hace numerosos siglos —tantos como tiene de vida la ciudad de El Cairo— en la mezquita de El-Azhar.

Dicho nombre significa Mezquita de las Flores, y tal vez la llamaron así los musulmanes por comparar las doctrinas que se enseñan en ella con las fragancias de un jardín.

Se halla situada en el corazón de la ciudad árabe, y sus tres puertas dan sobre otras tantas callejuelas, cuyas casas están ocupadas por pequeños comercios o industrias de familia. Sus fachadas y sus esbeltos minaretes amarillos, con fajas rojas horizontales, no se pueden ver en conjunto, pues lo impide la aglomeración de edificios en torno de ella. Es la mezquita santa por excelencia, el sacro colegio musulmán al que acuden todos los que quieren instruirse en la teología y las leyes islámicas.

No hay nación mahometana que no tenga aquí su grupo de jóvenes. La enseñanza es gratuita, no

existen matrículas, el estudiante permanece en ella mientras cree que aún le queda algo que aprender, se marcha cuando considera terminados sus estudios, y algunos de fe insaciable se quedan para siempre. Los profesores tampoco son en número limitado ni necesitan títulos especiales. Todo el que quiere explicar un curso se presenta en El-Azhar, y sentado en el pavimento de su patio o junto a una de las columnas del interior de la mezquita, empieza sus explicaciones. Siempre hay estudiantes para formar corro en torno a él. Le escuchan; si creen que vale la pena seguir oyéndole, permanecen inmóviles. Si consideran mediocres sus enseñanzas, se alejan, y el maestro acaba por desaparecer, falto de discípulos.

Ningún profesor goza de retribución; los que no son ricos viven de las lecciones particulares que puede proporcionarles su prestigio adquirido en El-Azhar o de hacer copias de libros antiguos.

El número de estudiantes ha fluctuado según las circunstancias políticas de Egipto. Por término medio son siete mil, y los profesores, de doscientos cincuenta a trescientos. Durante la dominación de los madhistas en el Sudán disminuyó mucho la cantidad de estudiantes, por estar cortado el camino entre Egipto y los pueblos musulmanes del África ecuatorial.

Abarca esta enseñanza la gramática, la retórica y la versificación, materias muy importantes para los pueblos de lengua árabe, propensos a dar mayor aprecio al sonido de las palabras que a los pensamientos expresados por ellas. Pero la verdadera ciencia de esta universidad, lo que vienen a buscar sus alumnos desde los últimos confines del mundo mahometano, es la exposición o interpretación de la doctrina coránica y la jurisprudencia que se desprende de ella. Como una diversión intelectual, algunos profesores enseñan además la aritmética, el álgebra, los cálculos del calendario y ciertas nociones de Medicina, todo con arreglo a la más estricta fe religiosa, lo mismo que se enseñaba hace siglos.

Parece imposible que los maestros y estudiantes de El-Azhar sean descendientes de tantos filósofos, médicos, astrónomos, matemáticos y alquimistas sarracenos que durante la Edad Media, en España y Sicilia, prestaron valiosos servicios a la ciencia universal, difundiendo los tesoros de la sabiduría helénica y realizando descubrimientos que han sido luego la base de otros cercanos a nuestra época, mientras la mayor parte de la Europa de entonces vivía en supersticiosa barbarie.

Me cuentan que un profesor intentó hace pocos años explicar la astronomía moderna a los estudiantes de El-Azhar y los demás maestros le obligaron a retirarse, viendo en tal enseñanza un atentado a la ciencia indiscutible del Corán. En verdad, esta gran escuela de El Cairo hace pensar en Averroes y Avicena como hombres de distinta raza, sin ninguna relación con sus actuales profesores y estudiantes.

Entro una tarde en la famosa universidad egipcia por la puerta llamada de los Barberos, que es la principal. Lleva este nombre porque desde hace muchos siglos penetran por aquí en determinado día de la semana los barberos encargados de afeitarse la cabeza a los alumnos para que les pese menos el turbante, dejándoles en el occipucio una sola mecha de pelo.

Su vasto patio cuadrangular, con una pavimentación de losas de granito que debieron de pertenecer a algún templo faraónico, es la parte más frecuentada. Como en El Cairo apenas llueve, aquí dan sus clases los profesores, y los estudiantes repasan sus lecciones en grupos sueltos. Paralelamente está la mezquita, de vieja techumbre y columnas abundantes, descubierta por el lado del patio, lo que hace de ella una continuación de éste. La mencionada techumbre es plana y nueve filas de columnas sostienen sus artesonados de fina labor, pero tan viejos que empiezan a pulverizarse. Ascenden las columnas a

trescientas ochenta, de mármol, granito o pórfido, todas sacadas de monumentos egipcios de la época ptolomea y romana. En su penumbra brillan continuamente mil doscientas lámparas.

Muchos profesores y estudiantes prefieren el ambiente de la mezquita, y establecen sus clases al pie de cualquiera de las columnas. Basta para ello que haya un lugar libre y el maestro pueda tender sobre las losas la esterilla de esparto o la piel de cabra que le sirve de asiento.

El plano del edificio ha perdido su regularidad original por haberle adosado, en el curso de diez siglos, oratorios, alojamientos y otras construcciones necesarias para transformar la antigua mezquita en escuela.

A esta hora de la tarde la mayoría de los estudiantes vaga por las callejuelas de El Cairo árabe, pero no obstante veo muchos grupos de ellos sentados a la redonda sobre las piedras recalentadas por el sol. Unos escuchan a los últimos profesores del día, otros repasan sus lecciones.

Los más, hombres ya cuajados, las recitan en voz alta, unas veces solos, otras con un compañero enfrente que les advierte sus errores. Todos permanecen en el suelo, sobre sus piernas cruzadas, y se mueven de cintura arriba, a la izquierda y a la derecha o adelante y atrás, como si fuesen péndulos. Es una costumbre que adquieren los mahometanos desde la escuela de primeras letras. Según ellos, la agitación rítmica del busto facilita la memoria, y todas las enseñanzas que se dan aquí tienen por base la memoria.

Se nota inmediatamente la gran variedad étnica de esta juventud estudiosa. La mayor parte se compone de indígenas del Egipto Bajo y del Alto, con rostro de *fellah*. Los hay de tez oscura, procedentes de la Nubia y del Sudán; otros son de un negro de ébano, brillante y sudoroso, venidos del África ecuatorial; y revueltos con ellos, árabes, turcos, persas, marroquíes e indostánicos de los antiguos dominios del Gran Mogol. Como ya dije, no hay país mahometano que no tenga estudiantes en El-Azhar.

En torno al patio, en las tres alas de edificios que lo completan con la mezquita, existen varias dependencias, divididas con arreglo a las diversas nacionalidades de los estudiantes. Cada grupo posee su departamento propio, pero no puede dormir en él, por ser considerablemente mayor el número de sus individuos que el espacio de que disponen. Dentro de dichas piezas sólo existen armarios divididos en cajoncitos, y cada escolar guarda sus provisiones en uno de ellos. Tales provisiones consisten en galletas duras y enmohecidas que envía la familia todos los trimestres. A este pan añade el estudiante, cuando puede, una cebolla o un puñado de habas crudas. Las más de las veces tiene que contentarse con el pan a secas.

Basta verles para darse cuenta de su sobriedad; mejor dicho, de su energía firmísima para despreciar el hambre. Algunos ni siquiera reciben pan de su familia, y se lo proporciona la dirección de El-Azhar, parcamente, pero de un modo gratuito. Herencias dejadas a su muerte por mahometanos piadosos aseguran el pan de los estudiantes pobres.

Estos indigentes, para procurarse el resto de su alimentación, sirven a los compañeros menos miserables o trabajan en la limpieza de la mezquita, barriendo el suelo con ramas de palmeras.

El traje de todos ellos es modesto y popular; llevan una simple camisa azul, babuchas y turbante. Algunos, venidos de lejanas tierras, van descalzos, guardan todavía el garrote del viaje y un manto de raídas pieles de oveja les sirve de asiento y cama.

Voy pasando entre los grupos que escuchan las lecciones o estudian aparte. Un franco menosprecio

con el visitante infiel me acompaña a través del patio y la mezquita. El profesor, sentado en el suelo, levanta los ojos hacia el curioso que pasa, hace un gesto elegante de indiferencia, y continúa hablando, como si le hubiese distraído por leves momentos una mosca o una hormiga.

Algunos pasos más allá, un escolar que parece marroquí se ha dejado caer en las losas tibias y duerme, falto de turbante, con la rapada cabeza bajo los ardores solares, sin ningún apoyo que le sirva de almohada, amenazado por la congestión. Pero, según parece, no es accidente de temer para estas cabezas, que dan a nuestros ojos de occidentales una impresión de dureza, de tenacidad invulnerable. Se cansó de escuchar la explicación, y para no levantarse se ha tendido a dormir en el mismo sitio, mientras el maestro continúa hablando.

Dentro de la mezquita llena de luces, que parece próxima a desplomarse de puro vieja, se refugian los pájaros a millares. Su continuo piar se une a los recitados monótonos y abundantes en jotas que murmuran los estudiantes a solas, balanceándose sobre sus caderas como muñecos desarticulados.

Muchos me miran con hostilidad, especialmente los mulatos y negros. Tienen frentes estrechas, mandíbulas salientes, ojos ardorosos de iluminados. Su gesto agresivo hace recordar al Madhí.

Es una juventud dispuesta a morir por su fe y más dispuesta aún a matar por ella. Estos escolares volverán a sus países, ostentando como título de santidad su paso por El-Azhar. Serán escuchados por las muchedumbres del interior de África como personajes inspirados por Dios. Aquí repiten lecciones, recitan versos, aprenden los comentarios teológicos del profesor sobre cada sura del Corán. Dentro de unos años, tal vez marchen a caballo, entre banderas de cofradías fanáticas, con una cimitarra en la diestra, proclamando la guerra santa.

Todas las revoluciones y motines de El Cairo, originados las más de las veces por un incidente de orden religioso, tuvieron como iniciadores a los estudiantes de El-Azhar. De aquí partieron las manifestaciones revoltosas, atravesando las callejuelas de la ciudad árabe, hasta el palacio de los jedives. En el presente momento, dicha juventud, que en su mayor parte no es egipcia, se une a los nacionalistas de Egipto y figura en todas las asonadas contra las autoridades inglesas, que persisten en «proteger» al país.

Me sirve de guía un empleado de la casa, algo así como un inspector, encargado de velar por las buenas costumbres universitarias. Es pequeño, de pelo rojizo, y contra el uso de los musulmanes tradicionalistas, lleva el rostro afeitado, sin más que un pequeño bigote, mezcla de rojo y blanco. Entre las cejas tiene una mancha herpética que parece de sangre y sus ojos divagan con un estrabismo que le da cierta expresión de astucia y disimulo.

Cruza algunas palabras con el guía que me acompaña, y como parece de acuerdo con él, se digna enseñarme la universidad. Me doy cuenta inmediatamente de su fanatismo. Es algo que se desprende de él, como el olor natural de ciertos cuerpos.

Al entrar por la puerta de los Barberos, pasamos ante un pabellón que es la biblioteca. He oído hablar muchas veces de la biblioteca de El-Azhar. En ella se guardan manuscritos muy importantes de la historia árabe de España. La célebre elegía del moro valenciano después de la toma de su ciudad por El Cid, su poética lamentación al ver Valencia saqueada y arruinada por el adalid cristiano, la guarda esta librería secular.

Manifiesto deseos de conocer su interior, y el musulmán hace un gesto de escándalo, como si le propusiera un sacrilegio. Insinúa la posibilidad de comprar algún libro de los publicados por los maestros de El-Azhar para llevármelo como recuerdo, pero el fanático desprecia mi anzuelo tentador.



Ni biblioteca, ni libros.

Me va enseñando a toda prisa la parte pública de la universidad, o sea el patio y la mezquita.

Cuando el guía le dice que soy de España, alza los ojos con cierta admiración religiosa e inicia un gesto de interés. Ha oído algo indudablemente de este país remotísimo, al otro lado del mundo conocido, que fue durante varios siglos musulmán. Pero recuerda tal vez nuevas cosas, pues a continuación me lanza una mirada de ironía, de hostilidad, de menosprecio, todo a un tiempo. Debe de saber que sus hermanos, los verdaderos fieles, fueron echados de mal modo de la mencionada tierra.

Seguimos caminando entre los grupos sentados en el patio. Uno de estos corros, compuesto de estudiantes muy jóvenes, adolescentes los más, escucha en silencio a un narrador que es todavía un niño, pero con cierto aire de pilluelo de El Cairo.

Parece haber nacido en la ciudad, se adivina en su vestimenta. No lleva camisa larga ni turbante; usa calzoncillos blancos y chaqueta del mismo color sobre la piel rojiza de su tronco desnudo. La cabeza de mono malicioso la cubre con un gorrito blanco y redondo, semejante al de los mercaderes.

Su familia habita tal vez en el barrio y lo envía a la universidad próxima para librarse de él. También es posible que la frecuente de un modo espontáneo, por parecerle divertida tal visita. Los otros estudiantes escuchan su charla con una expresión de lugareños asombrados y regocijados a la vez.

Al pasar nosotros junto al corro, el pilluelo vestido de blanco levanta la cabeza, me mira, sonrío descaradamente, y avanzando una mano grita: «*Bacshis*».

¡Pedir *bacshis* en el patio de El-Azhar!... El oleaje ascendente de los infieles, la influencia desmoralizadora del viajero cristiano, entró ya en el corazón de esta escuela santamente tradicionalista e inmutable, ocupada en enseñar las mismas verdades que hace once siglos.

Ahora siento lástima y simpatía por el fanático que me acompaña. Ha dudado entre caer con la mano en alto sobre este pilluelo de El Cairo, deshonroso para el Islam, o fingir indiferencia, como si nada hubiese oído. Al fin opta por lo último, y sigue adelante, mostrándome cosas que ya he visto, tal es su turbación.

Balbucea; se nota que tiene el pensamiento muy lejos de las palabras que va profiriendo. Hace esfuerzos para ocultar su cólera y su vergüenza.

Y yo, mientras me finjo igualmente distraído, sufro con él.

## 22

# Fin del viaje

Las fértiles tierras del delta.—Alejandría. —Monumentos desaparecidos.—Lo que fue Alejandría en la historia intelectual del mundo.—Judíos alejandrinos.—Explotación de momias egipcias en la Edad Media.—La carne de momia, medicamento europeo.—Fabricación de momias falsas.—El Mediterráneo.—Islas napolitanas que pertenecen a la historia española.—La cúpula de San Pedro.—Despertar frente a Montecarlo.—«¿He soñado mi excursión alrededor del mundo?»—Un equipaje que asombra y hace reír.—La plaza del Casino.—¡Todo está igual!—Curiosidad y preguntas.—Hago el resumen de lo que he visto en mi viaje.

Atravesamos el delta por su parte occidental, siguiendo la línea férrea entre El Cairo y Alejandría.

El lector sabe indudablemente que «delta» es una de las letras del alfabeto griego. Como está representada por un triángulo, los griegos dieron su nombre a las tierras de la desembocadura del Nilo que más allá de El Cairo actual se abren en esta misma forma, un vértice en el interior y los otros dos frente al mar, formando una línea de doscientos kilómetros. Desde entonces todas las tierras de aluvión esparcidas en las desembocaduras de los ríos recibieron el nombre de la letra «delta».

Vemos desde la ventanilla del vagón la parte más fértil y rica de Egipto. Los campos no son aquí dos filas de tierras emergidas, tan angostas que pueden abarcarse con la vista: dos aceras de barro fecundo que flanquean la avenida navegable del Nilo. Ya no se ve el río nutridor con su homogénea corriente. Se partió en numerosos brazos, ríos secundarios, amplios canales navegables, que a su vez se subdividen en nuevas vías líquidas, como el ramaje de un árbol gigantesco va pasando de los brazos gruesos a las ramas secundarias y finalmente las varillas que sustentan las hojas.

Además, en el delta todo es planicie, no se ven montañas ni tampoco las colinas amarillentas que sirven de pedestal al desierto arenoso. Sobre el verde perpetuo de los campos se extiende el telón de un cielo siempre sereno, ardoroso y sin nubes. Esta llanura rayada de canales y cultivada hasta en sus últimos rincones recuerda la huerta de Valencia y otras vegas famosas. Pero la tierra es aquí barro negro, el célebre limo nilótico, y negras se muestran igualmente las casas, cubiertas de carrizos.

Las techumbres no son en caballete y a dos aguas. Como en este país apenas llueve, los *fellahs* colocan sobre sus viviendas un tejido de cañas sin pendiente, imitando la horizontalidad de las casas de las ciudades, todas con una terraza en vez de tejado.

Están separadas las tierras por altos malecones de limo duro. Los canales, en esta época de aguas bajas, deslizan su corriente profunda entre dos muros negros, altos como diques. Tales obstáculos, que contienen y dirigen las aguas cuando llega la inundación, sirven ahora de caminos. Pasan por su borde superior filas de asnos, camellos y bueyes de larguísima cornamenta en forma de lira, que ayudan al *fellah* en sus labores. Las mujeres de manto negro y larga cola parecen monjas. Muchas conservan la máscara que les llega a las rodillas, mientras caminan llevando sobre sus cabezas, verticalmente, ánforas de barro o estrechos cestos.

Tienen los pueblos aspecto de ruinas a causa de la ligereza de sus techumbres. No se ven éstas a cierta distancia, y parece que los muros sean de construcciones a las que un vendaval arrancó sus cubiertas. Sobre los grupos urbanos del delta lo único sólido y grato a la vista son las mezquitas, con sus cúpulas de barro blanqueado y sus minaretes que surgen airosos por encima de las palmeras.

Como vamos hacia el norte, la temperatura desciende agradablemente. Ya se puede permanecer al

sol mucho tiempo sin sentir quemada la epidermis. En las estaciones pasean egipcios de aspecto acomodado, usando gabanes en pleno día. Para ellos indudablemente hace frío.

Cada cuarto de hora pasa el ferrocarril sobre un canal navegable. Vemos barcos en todos ellos con las lonas izadas o escuadrillas al ancla frente a los caseríos. La marina fluvial es enorme. Debe de constar de miles y miles de veleros, que llevan los productos a las grandes ciudades o hacen el cabotaje entre las numerosas aldeas del delta.

Avanzan a través de los campos muchos buques invisibles. Se desliza su gran velamen triangular sobre el verdor de la tierra, quedando el casco con sus tripulantes hundido en el profundo canal.

Llegamos a Alejandría, ciudad famosa que nada guarda de su pasado. Para los que vienen de Europa y desembarcan en ella puede representar un engañoso o incompleto avance de la vida oriental. Ven por primera vez la muchedumbre pedigüeña y tramposa, compuesta de berberiscos, judíos, griegos, etc., aglomerada en el puerto y los barrios populares; conocen igualmente los cafés egipcios, con sus parroquianos perezosos, sus músicos y cuentistas, y los bailes de almeas, que no resultan mejores ni peores que los de El Cairo. A los que vienen del interior de Egipto les parece Alejandría una ciudad casi europea, semejante a otras muchas de Levante, con sus tiendas cosmopolitas y su vecindario de griegos e italianos. De su pasado sólo le queda como monumento una simple columna, que los del país llaman de Pompeyo y perteneció en realidad a Diocleciano.

Tal vez fue Alejandría la ciudad que reunió durante siglos mayor número de monumentos célebres; pero hace más de mil años que dejaron de existir, habiendo desaparecido hasta sus restos. Aquí estuvo el Faro, una de las siete maravillas del mundo, torre de cien metros con una hoguera en su cima durante la noche y un espejo de pulido acero que reflejaba en las horas diurnas la imagen de los buques desde que aparecían en el horizonte. Hoy, unos bloques de mármol y unos pilares de granito que se ven a través de las aguas, en el Puerto Nuevo, es todo lo que subsiste de esta obra maravillosa del primero de los Ptolomeos.

Aquí el Museum, con la famosa biblioteca de Alejandría, la más grande del mundo en aquellos tiempos, poseedora de 700.000 volúmenes procedentes de todos los países, y que Julio César quemó cuarenta y siete años antes de nuestra era, al incendiar en el puerto la flota de los alejandrinos rebeldes. El Serapeum era, después del Capitolio de Roma, la más famosa de las construcciones. Este templo a Serapis, situado donde ahora se yergue la que llaman columna de Pompeyo, fue destruido el año 389 por los cristianos, que al saquearlo quemaron los 100.000 volúmenes guardados en su biblioteca. El Poseidón, gran templo de Neptuno, el palacio de los Ptolomeos y otros monumentos célebres de Alejandría han desaparecido igualmente, sin dejar huellas.

Durante los tres siglos anteriores a nuestra era fue la metrópoli comercial o intelectual del mundo. Fundada por Alejandro el Grande, su teniente Ptolomeo, al ocurrir la muerte de éste, se declaró rey de Egipto, dando principio a una dinastía de trescientos años, que terminó con Cleopatra y fue el último gobierno independiente del país.

Los Ptolomeos, griegos hábiles, amigos de las letras y las ciencias, hicieron de Alejandría el depósito de las riquezas de Oriente, el centro de las transacciones entre Asia y Europa, el lugar de encuentro de los sabios más ilustres y los artistas más célebres.

Una gran parte de la herencia griega, recibida por los pueblos modernos, no vino directamente de las pequeñas repúblicas helénicas; fueron los habitantes de Alejandría quienes guardaron y aumentaron el tesoro de la sabiduría antigua, transmitiéndolo luego a la Europa occidental.

La célebre escuela de Alejandría es la última gran escuela de la Antigüedad. Esta filosofía alejandrina, llamada neoplatónica, representaba un eclecticismo filosófico, producción digna del emplazamiento geográfico en que nació. Alejandría llegó a unir el mundo griego y el mundo oriental. Gracias a ella, los griegos, hasta entonces rebeldes a lo vago y lo místico, se asimilaron con su curiosidad inteligente el pensamiento de los pueblos orientales. Plotino representó la doctrina de esta escuela en su período más culminante. Jámblico, Porfirio y otros la sostuvieron en épocas menos gloriosas.

También ofreció un ambiente favorable al pueblo hebreo. La prosperidad mercantil de los judíos y su importancia social empezaron en Alejandría. Los más emprendedores de ellos, al encontrar estrecho para sus actividades el pequeño reino de Judea, se trasladaron paulatinamente a Alejandría, y al fin, resultó más considerable el número de judíos en la ciudad greco-egipcia que en Jerusalén.

Filón estima que en su tiempo los judíos de Alejandría llegaban a un millón, haciendo de esta capital la más poblada del mundo después de Roma. Desempeñaban todos los empleos administrativos, cobraban los impuestos, poseían los más altos cargos militares. Los últimos Ptolomeos, incluso Cleopatra, tuvieron a su servicio cuerpos mercenarios de judíos, y también pertenecieron a la misma nacionalidad y religión los generales más importantes de sus tropas.

El apoyo dado por los monarcas greco-egipcios a los personajes hebreos, el odio que inspiran siempre los encargados de exigir el pago de las contribuciones, así como los mercaderes hábiles en sus negocios, motivaron varias sublevaciones antijudías del populacho alejandrino. Al extinguirse los Ptolomeos, sus inmediatos sucesores, los Césares de Roma, dictaron crueles decretos contra los judíos de Alejandría y éstos intentaron resistir, pero sus revueltas quedaron ahogadas en sangre.

Fue tal la extensión de la actividad hebrea en Alejandría, que la mayor parte de su flota estuvo mandada por capitanes de dicha raza. También los intelectuales de Palestina sintieron la influencia de la metrópoli de los Ptolomeos. Antes de su fundación, el Oriente y el Occidente eran dos mundos enteramente cerrados el uno para el otro. Cuando aquella irradió su luz atractiva, acudieron los judíos cultos, adoptando, lo mismo que sus correligionarios comerciantes, la lengua griega, y olvidando casi enteramente el hebreo. Puede afirmarse que, con sus lecturas asiduas de Homero, Platón y todos los poetas y filósofos griegos, estos judíos estudiosos se embriagaron de helenismo. A su vez, difundieron en la sociedad pagana algunos de los principios fundamentales de su religión: la unidad de Dios y la fe en una justicia superior, con lo cual prepararon en cierto modo el advenimiento del cristianismo.

Su actividad literaria les levó a traducir la Biblia en griego, versión que resultaba necesaria, pues la mayor parte de los judíos alejandrinos, acostumbrados a tratar en griego sus negocios, no conocían ya su lengua propia. Esta traducción de la Biblia, que es famosa bajo el nombre de Versión de los Setenta, costó mucho tiempo, empleándose en ella varias generaciones. Obra de los traductores alejandrinos fueron la historia de Susana y otros relatos bíblicos.

La rivalidad entre griegos y hebreos y la envidia inevitable del pobre hacia el rico dieron nacimiento en dicha capital a la mayor parte de las calumnias y hechos inverosímiles atribuidos a los judíos, invenciones que sirvieron luego de pretexto para persecuciones y grandes asesinatos en la Edad Media, y han llegado hasta nuestros días en forma de fanática propaganda antisemítica.

Acabó la influencia creciente de los cristianos en Alejandría por expulsar al vecindario judío. El lector conoce seguramente cómo fue el populacho fanático de dicha ciudad durante los primeros siglos

del cristianismo. Los eremitas ferozmente devotos que vivían en el desierto, considerando a Alejandría por su lujo y sus artes como un lugar de abominación, entraban a veces en ella con el garrote en alto, predicando el exterminio de las obras del demonio, y siempre encontraban muchedumbres egipcias prontas a seguirles por fanatismo o por ansia de robar y destruir, seguras de que al mismo tiempo que satisfacían sus malos instintos podían ganar el cielo.

Así fueron pulverizados los monumentos de la civilización heleno-egipcia; así murió asesinada y hecha pedazos la joven Hipatia, última representante de la cultura griega.

Volvieron los judíos a la ciudad cuando los musulmanes se apoderaron de Egipto, pero ya había pasado la época del esplendor alejandrino. La capital de los Ptolomeos no era más que un simple puerto. Los soldanes habían creado una nueva metrópoli, El Cairo, y el movimiento exterior penetraba por los canales hasta el Nilo sin detenerse en aquella.

Todavía los judíos pobres de Alejandría ejercieron un comercio importante en los siglos xv y xvi: la exportación de momias.

Una de las mayores injusticias es reírse de la farmacopea de los pueblos exóticos, como si nosotros no hubiésemos incurrido nunca en iguales extravagancias. Dije algo de esto al describir los remedios que venden los boticarios chinos. En nuestra civilizada Europa, hace menos de dos siglos todavía se usaba la carne de momia egipcia, llamada «droga de momia», para curar muchas enfermedades. Este polvo de cadáver era precioso en caso de herida o contusión. «El nitro y el betún obtenido de las momias —decían muchos doctores de aquellos tiempos— restablecen la circulación de la sangre y la expelen del cuerpo cuando se coagula en el estómago.»

Con las momias se fabricaban polvos, bálsamos, tinturas, aceites, y este medicamento fúnebre, cuyo empleo fue iniciado en 1300 por un médico judío de Alejandría, duró hasta fines del siglo xviii, casi nuestra época. Todas las naciones de Europa lo usaron. No hay libro antiguo de Medicina en que no se le encuentre. En España lo mencionan diversas obras de farmacopea, y un doctor, Félix Palacios, en su *Palestra Farmacéutica*, publicada en 1737, habla extensamente de él, llamando *mumia* a la momia, y diciendo así: «La mumia es una sustancia negra, dura y resinosa, que tiene su origen de los cuerpos muertos conservados con bálsamos y arométicos».

Tan grande fue su consumo en Europa, que el populacho de Alejandría se dedicó en los siglos xvi y xvii a la destrucción de las necrópolis antiguas, sacando de sus sepulcros las momias egipcias para venderlas a los comerciantes judíos. Éstos las enviaban a sus numerosos corresponsales en los mercados de Europa, que pedían con urgencia un artículo tan precioso para la salud.

El macabro saqueo agotó los depósitos de momias en Alejandría. Las autoridades musulmanas prohibieron al fin con severas penas que continuase tal profanación, pero con ello dieron nacimiento a otra industria no menos extraordinaria: la de fabricar momias falsas. Los exportadores emplearon todos los cadáveres recientes de pobres y de esclavos, dándoles inyecciones de betún y dejándolos secar al sol durante un par de meses. Luego los empaquetaban y embarcaban como si fuesen contemporáneos de cualquier dinastía faraónica.

Guías y cocheros, en la ciudad actual, hablan al viajero de las llamadas catacumbas como de algo maravilloso. Son criptas abiertas por los antiguos egipcios para que les sirviesen de necrópolis; pero al quedar muchas de ellas más abajo del nivel del mar, las filtraciones acabaron por destruir sus bóvedas, sumergiéndolas en gran parte. Los cristianos, durante sus épocas de persecución, se refugiaron en los

lugares secos de estas cavidades subterráneas.

Lo más curioso que puede verse en las catacumbas de Alejandría es una imagen de Jesús grabada en la pared, con los adornos y atributos de Osiris, lo que demuestra la confusión de la doctrina naciente para muchos de sus adeptos.

Encontramos otra vez al *Franconia* en el puerto de Alejandría. Se reanuda nuestra existencia marítima, fresca, cómoda, entre blancuras higiénicas.

Terminaron las moscas pegajosas, acostumbradas a vivir en torno a la boca y los ojos del indígena, el polvo, la arena que invade los vagones, las turbas de mendigos que parecen cultivar sus llagas y sus harapos para infundir más interés... ¡todas las plagas de Egipto!

Pero esta vida marítima sólo va a durar una semana. Mientras navegamos por el Mediterráneo, bajo la frescura de una primavera que conocimos ya adelantadísima en otros países y ahora empieza a iniciarse en la Europa meridional, se nota en nuestro buque un movimiento semejante al de las familias cuando van a mudarse de casa.

Pasillos y salones se estrechan diariamente con nuevas barricadas de cofres y maletas. Muchos pasajeros se hablan con cierta melancolía pensando en la próxima separación. Unos tomarán el tren en Nápoles para visitar Italia, otros desembarcarán en Mónaco, yendo luego a París. Sólo una mitad sigue directamente hasta Nueva York sin abandonar el buque, haciendo el viaje redondo.

Un atardecer, cuando el sol fugitivo da un color anaranjado a pueblos y cumbres, pasamos entre la Italia continental y el macizo abruptamente montañoso de Sicilia. En el fondo vemos emerger de un mar violeta, como si fuesen llamas de oro, varios pitones volcánicos: las islas cónicas de Lipari.

A la mañana siguiente nuestro palacio flotante está pegado a un muelle del puerto de Nápoles. Permanecemos tres días en esta ciudad. Mis compañeros corren la ribera del golfo hasta Sorrento, pasan al otro lado del promontorio cubierto de limoneros y naranjos, visitan Amalfi y Salerno o ascienden por los senderos de la isla de Capri, que fue toda ella un palacio.

Durante los tres días me quedo en el buque leyendo o paseo por la ciudad. ¡He visto tantas veces estos paisajes!...

Terminó el viaje para mí. Aún paso en el *Franconia* un día más de navegación. Hemos salido de Nápoles al amanecer, y vamos siguiendo la costa italiana todo lo más cerca que puede marchar un paquebote de gran calado.

Esta navegación representa una novedad para mí. Contemplo las numerosas islas alineadas a lo largo de la costa napolitana, cuyos nombres recuerdan episodios de la historia española y de la dominación de los reyes aragoneses: Ponza, Ischia, Prócida, etc.

Luego vemos Gaeta, vasto caserío rojizo al pie de un promontorio, cuyo lomo ocupa su fortaleza, célebre en otros tiempos. Cuando estamos frente a ésta, una noticia circula por el buque, y la gente corre a agolparse en las barandillas de las diversas cubiertas por la parte de estribor.

Los oficiales nos muestran una especie de pelota blanca destacándose sobre la costa, por encima de la línea negra o rojiza en la que chocan las ondulaciones del mar. Este pequeño globo pulido a ras de tierra, que se mueve según avanzamos, es la cúpula de San Pedro.

Su aparición inesperada emociona a muchos pasajeros. Piensan que es Roma lo que se ve, y siguen con ojos de histórica veneración el globito que va pasando sobre colinas, golfos y promontorios, siempre paralelo a nosotros, hasta que al fin se cansa, lo mismo que un corredor falto de aliento, va quedando atrás, se esfuma y desaparece.

Al cerrar la noche nos hablan las luces de los faros, despertando nuestros recuerdos. Cada parpadeo rojo en la sombra representa una evocación histórica o literaria: Elba, Montecristo, Caprera.

Cuando despierto a la mañana siguiente, noto que el buque permanece inmóvil. Miro por el ventano del camarote y veo frente a mí el Casino de Montecarlo. A un lado está Mónaco, al otro Cap Martin, tapando con su lomo verde el golfo de Mentón y su dilatadísimo caserío. En el estrecho, espacio de mar que existe entre el buque y la ribera, se deslizan los audaces velámenes de una regata de balandras lujosas.

Permanezco dudando unos momentos: «¿Será verdad mi viaje alrededor del mundo, o lo he soñado y acabo de despertar?...».

Las exigencias del desembarco cortan mis vacilaciones. Bajamos a tierra. Algunos de mis compañeros de viaje desean ver Niza cuanto antes. Otros muestran impaciencia por entrar en los salones del Casino de Montecarlo. Todos quieren conocer de un golpe la Costa Azul entera. ¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós, tal vez para siempre!...

Quedo en el muelle con veintitrés cajas grandes y varios bultos de mi equipaje personal. Los desocupados y los funcionarios de la aduana contemplan con risa y asombro toda mi impedimenta. He ido adquiriendo vajillas enteras, trajes exóticos, imágenes de diversas religiones, libros, espadas, lanzas, metales repujados, ¡qué sé yo!...

Abandono todo esto a los que vinieron a recibirme y subo en mi automóvil la cuesta que conduce a Montecarlo. Al atravesar la plaza siento el deseo de echar pie a tierra y detenerme unos momentos en el Café de París, frente al Casino.

¡Todo está igual! Las gentes entran en el palacio policromo para jugar. En los bancos de la plaza y las mesillas del café veo los mismos tipos de medio año antes. Están esperando la hora de la suerte decisiva, que nunca llega.

Saludo a dos damas en una mesa inmediata. Son inglesas, rusas o escandinavas; da lo mismo. En realidad, son de Montecarlo, pues aquí pasan la mayor parte del año, como muchas otras, perdiendo dinero, lamentándose de haberlo perdido y volviendo a jugar.

—¿De dónde viene usted? —me pregunta una de ellas—. Hace mucho tiempo que no le vemos.

—De dar la vuelta al mundo. Acabo de desembarcar.

Las dos sonrían con alegre incredulidad. Adivino que van a llamarme bromista, pero una de ellas contiene a la otra y cesa de sonreír. Recuerda haber leído algo de este viaje. Después afirma que está perfectamente enterada de él por los periódicos.

Un ambiente de curiosidad me rodea instantáneamente. Otros conocidos que abandonan el café y van hacia el Casino se detienen junto mí al saber la noticia. Todos me acosan con sus preguntas. Quieren saber que es lo que considero más interesante de mi viaje...

Estos sedentarios del juego han permanecido aquí seis meses, colocándose todos los días ante una enorme mesa verde, para mirar las mismas caras. Mientras yo corría el mundo, los únicos episodios de la existencia de estas señoras han sido estrenar dos o tres vestidos y otros tantos sombreros, perder mucho dinero y recobrar un poco de él, celebrando dicho éxito engañoso con una vanidad infantil.

La gente sigue entrando en el Casino.

Una de las damas insiste en preguntar cuál es la idea resumen de mi viaje, la enseñanza concreta que me ha proporcionado ver tantos pueblos distintos, tantas creencias religiosas, tantas

organizaciones sociales.

—Lo que he aprendido, amigas mías, no es alegre ni tranquilizador. Creo que existe ahora en el mundo más gente que nunca. Los adelantos de la higiene y la facilidad de los transportes han evitado una gran parte de las matanzas, las epidemias y las hambres que formaron siempre nuestra pobre historia humana. Somos cada vez más numerosos sobre la corteza de nuestro planeta, y esto resulta inquietante, pues los alimentos no se multiplican con la misma rapidez. Podría hacer un resumen brutal diciendo que más de la mitad de los hombres viven sufriendo hambre. Nosotros los blancos llevamos la mejor parte hasta ahora; pero ¿y si algún día los centenares de millones de asiáticos encuentran un jefe y un ideal común?... Este viaje ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. He visto futuros campos de batalla: el Pacífico, la China, la India, ¡quién sabe si Egipto y sus antiguos territorios ecuatoriales! Esos choques futuros puede ser que aún los presenciemos nosotros, y si nos libramos de tal angustia, los verán seguramente las próximas generaciones... ¡Tantas cosas que podrían evitar los hombres si dedicasen a ello una buena voluntad!

Me parece inútil seguir entreteniéndome a unas personas que después se meterán en el Casino pensando en las excelencias de un número. Además, siento de pronto la atracción de mi casa; deseo verme cuanto antes en mi jardín.

Pero la dama curiosa parece esperar algo más, y antes de marcharme añado como resumen:

—Todos los hombres son lo mismo, y nuestros progresos puramente exteriores, mecánicos y materiales. Aún no ha llegado la gran revolución, la interior, la que inició el cristianismo sin éxito alguno, pues ningún cristiano practica sus enseñanzas. Lo que he aprendido es que debemos crearnos un alma nueva, y entonces, todo será fácil. Necesitamos matar el egoísmo; y así, la abnegación y la tolerancia, que ahora sólo conocen unos cuantos espíritus privilegiados, llegarán a ser virtudes comunes de todos los hombres.

FIN





VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. Escritor, periodista y político español nacido en Valencia (España) en 1867. En sus años de juventud se adhirió al movimiento republicano y fue editor del diario antimonárquico *El Pueblo*. En 1896, fue arrestado por sus actividades políticas y condenado a dos años de trabajos forzados. Blasco Ibáñez fue posteriormente (1898-1907) diputado del Partido Republicano en el Parlamento español. Sus novelas, que contienen descripciones vivas y realistas de la vida en su Valencia natal, adquirieron más fama fuera de España que en su propio país. Su primera obra de éxito fue *La barraca* (1898), una novela que denunciaba la injusticia social en la Valencia campesina. Otras de sus obras de carácter regional son *Cañas y barro* (1902), *La Catedral* (1903) y *Sangre y arena* (1908), algunas de ellas fueron famosas adaptaciones televisivas. El gran éxito a nivel internacional le llegó a Blasco Ibáñez con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), obra que se vendió en todo el mundo y que fue adaptada al cine en varias ocasiones.

Vicente Blasco Ibáñez murió en Menton (Francia), en 1928 y no fue hasta cuatro años después de su muerte, bajo el gobierno de la II República, que sus restos llegaron a su Valencia natal.

# Notas

[1] *Musmé*, muchacha (*N. del A.*). <<

[2] *Musko*, muchacho (*N. del A.*). <<

[3] El eminente dramaturgo francés Brieux ha publicado en su libro *Au Japon* estudios muy interesantes sobre la vida doméstica japonesa (*N. del A.*). <<

[4] Debe de referirse al castillo de Himeji, ciudad que se encuentra en la via férrea entre Osaka y Shimonoseki (*N. del E. d.*). <<

[5] Aquí se equivoca el autor. El nombre Seúl es coreano, y significa «Capital». Keijo es el nombre japonés que recibió la ciudad durante el periodo de dominio colonial nipón, entre 1907 y 1945 ([http://en.wikipedia.org/wiki/Names\\_of\\_Seoul](http://en.wikipedia.org/wiki/Names_of_Seoul)) (*N. del E. d.*). <<

[6] Se refiere a David Lloyd George, político británico que fue primer ministro del Reino Unido entre 1916 y 1922 (*N. del E. d.*). <<



[7] Actualmente Pyongyang, la capital de Corea del Norte. Heijo es el nombre japonés, usado durante la época colonial (*N. del E. d.*). <<

[8] Actualmente conocida como Shenyang (*N. del E. d.*). <<

[9] En transcripción moderna Tianjin (*N. del E. d.*). <<

[10] En transcripción moderna *Tai-He-Dian*. Una traducción más correcta del nombre es «Sala de la Suprema Armonía». (N. del E. d.). <<

[11] En transcripción moderna Nanjing (*N. del E. d.*). <<

[12] La actual Yakarta. (*N. del E. d.*). <<

[13] Weltevreden y Meester Cornelis se denominan ahora Sawah Besar y Jatinegara, respectivamente, y son distritos de la moderna ciudad de Yakarta. (*N. del E. d.*). <<

[14] Cervantes, no sabemos si por burla o por descuido, llama a esta isla Trapobana. (*N. del A.*). <<



[15] *Kamsin* significa «cincuenta» en árabe, y llaman así a este terrible viento egipcio porque dura cincuenta días (*Nota del A.*). <<